L A

ESTRELLA DE CHILE

PERIÓDICO SEMANAL

Relijioso i Literario.

1870 - 71.

AÑO CUARTO.

Nos. 188-209.

SANTIAGO
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE»
CALLE DE LA COMPAÑÍA, N.° 102.
1871.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, octubre 9 de 1870. Núm. 158.

CUARTO AÑO.

La Estrella de Chile llega hoi a su cuarto año, gracias a la decidida proteccion del público i gracias tambien al desinteres i la constancia con que sus jóvenes redactores le han consagrado sus talentos i su tiempo.

Al alcanzar a su cuarto año, *La Estrella de Chile*, periódico literario, que ha visto desaparecer en tres años algunas publicaciones de su clase, realiza algo que en Chile es verdaderamente un prodijio; prodijio que no puede ménos de producir una profunda satisfaccion en aquéllos que ven en nuestro periódico su obra i en todos los que se interesen por el progreso literario del pais.

Tres grandes propósitos inspiraron la fundacion de *La Estrella de Chile*: i a esos propósito cree haber correspondido constantemente. Un defensor valiente, franco, leal de la idea católica, pura i neta, tal cual la profesa el Papa, un órgano de publicidad para las producciones literarias de nuestros jóvenes i, por último, una lectura fácil, amena i moral para las familias: hé ahí lo que quisieron crear los fundadores de *La Estrella de Chile*; hé ahi lo que *La Estrella de Chile* ha sido i será siempre.

Atravesamos un tiempo en que está de en moda la irrelijion, que no se puede ser intelijente ni ilustrado sin ser ántes irrelijioso. Menester era, pues, que la juventud sensata formase fila compacta bajo el estandarte de la fé, para defenderlo contra los que con malicia, por ignorancia o por moda la combatian i la combaten.

Corazones juveniles en cuyas fibras aun no ha filtrado la hiel del odio, los redactores de *La Estrella de Chile*, han amado su causa como se sabe amar a los veinte años; pero no han odiado a sus adversarios. Como la abeja, han producido espontánea i gustosamente la miel, no han usado sin pena del aguijon.

La fé católica no ha sido para ellos tan solo una enseña de combate, una conviccion; ha sido brújula infalible para navegar hácia el puerto de la verdad, fuente inagotable de ciencia, de poesia. No ha sido para ellos solo la causa que enciende en entusiasmo, sino tambien la belleza que inspira.

Han querido probar prácticamente que se engañan los que creen que el vuelo atrevido del injenio, los arrebatos de la imajinacion i los caprichos del arte no se concilian con la sumision de la fé, con la moral severa, con la estabilidad i la unidad de las creencias. Por eso, no abandonarán jamas la bandera que han enarbolado, la idea católica.

La Estrella de Chile hija del entusiasmo de jóvenes, sostenida despues por los constantes esfuerzos de jóvenes, pertenece mui especialmente a la juventud. Por eso, ha acojido i acojerá siempre los trabajos literarios con que ella quiera honrar sus columnas, sin hacer la mezquina i odiosa distincion de bandos.

Como hasta aqui, *La Estrella de Chile* procurará ser la lectura de las familias. Quiere seguir siendo el solaz instructivo, sano i ameno en el seno del hogar.

En la política, será espectadora, observadora, no combatiente. Cuando surja una

El amor a la mujer, al ser de la debilidad i de la timidez ¿tenia algo de celestial, algo que pudiera durar mas que la hermosura, ser mas incontrastable que la luz de unos ojos que la muerte apaga i debilita el soplo de los años? ¿Se elevaba como se eleva a la sombra de la idea cristiana, a la clase de un culto que hace del ser adorado, no un puro objeto del placer, sino una parte de la vida i la mitad del corazon? Era para los idólatras infelices como para nosotros un ánjel con la misma suerte del hombre, o era tan solo una flor qua aunque bella no tenia mas en si que cautivara que su color i su perfume pasajero?

Quiero que a estas preguntas nos conteste Virjilio, es decir, el corazon del mas delicado de los poetas antiguos, el que sin duda fué, despues de Homero, el mas espiritual i capaz de presentar las pasiones de su época bajo una forma mas pulcra.

Las églogas son la primera muestra que nos dió de lo que eran sus tiempos en cuanto a los afectos, i de lo que no pudo ménos de ser él mismo. Los campos se ven en ellas admirablemente pintados i con tal ilusion, que al solo oir hablar de ellos parece hasta llegar a sentir su perfume pero esos prados apacibles no despiertan en el poeta ni en los personajes de sus escenas el sentimiento contemplativo, al contrario el susurro de las brisas i el murmurio de las abejas del verano solo aparecen sirviendo para empezar a su favor un sueño que ponga olvido al pensamiento vacio de ideas superiores.

—¡Oh! Licori, ven aqui conmigo donde tengo frescos sombras i muelles prados, te será grato dejar consumir tu vida. Este es el testo de algunos versos del poeta i en cuanto a la idea es la de casi todos sus cantares de felicidad.

Cosa admirable ninguno de estos amadores alaba a su idolo otra cosa que su blancura de nieve, sus cabellos i su hermosura, nunca su bondad porque esta idea de belleza moral no encontraba eco en aquellos corazones.

La pasion pagana parece estar personificada en Dido, porque la historia de esta reina está puesta en luz con todo el arte posible i es el fondo del patético de un poema prodijioso. Pero este amor no ha nacido de la simpatia, es decir, de la atraccion de las almas. El brota de una manera fatal i funesta a impulso de una voluntad divina que no se ocupa de hacerlo nacer en el corazon sino que lo enciende como una llama que abrasa. Un hijo de dioses baja traidoramente del cielo en forma de un niño que la mujer incauta estrecha creyendo abrazar la inocencia. Aquella creatura, dotada de una maldad sobrenatural, le infunde en sus huesos a la reina un amor ciego por Eneas.

Era así de la única manera como el amor ajitaba las sociedades antiguas, como un instinto, i por eso los poetas no loaban sus encantos porque en la satisfaccion de necesidades no hai poema.

Horacio mas varonil, no fué por eso mas elevado; su talento no alcanzó a darle libertad de un siglo material i de unas ideas mezquinas. A todo pudo cantar, todo pudo ennoblecerlo al tomarlo como asunto, ménos a Dios i a la mujer. El gran poeta no se ocupó de ella sino en una composicion; en la persona de una vieja repugnante; se rió de las desgracias i achaques del sexo débil. Parece que ningun poeta contempló a este ánjel compañero del hombre bajo esa luz que ahora hace enloquecer a todos los que no son indignos de tener un corazon.

El amor romántico moderno, esto es, el que se inspira mas cerca de la sombra de la cruz, no es, como en otros tiempos, atraccion material, no es la simpatia de dos plantas que teniendo destinos semejantes parecen reconocerse hermanas i se enlazan i se unen, es un vuelo del alma hácia lo bueno i tiene por principio el espíritu que busca el contacto de lo que es espíritu, llamamiento del alma al alma que atraviesa la arcilla en que las almas están envueltas.

Mas los antiguos clásicos no conocieron nunca este sentimiento tan nuevo que arrebata como una inspiracion a los cantores modernos o le tuvieron en mucho menor grado, i así, mas dueños de si mismos, pudieron tener tambien mas arte, i la armonía de sus composiciones se hizo esquisita con tal riqueza i tal oportunidad de colores i de buen sonido que, ocupados i encantados el oido i la vista, tomaron el lugar del corazon. Hicieron asi una lectura de tal modo grata que pudieron suspender al lector i esclavizarle aunque no alcanzan talvez nunca a tocarle el corazon i a conquistar una lágrima a favor de sus héroes.

Pero si se quiere contraste, véngase a

lo moderno; un libro de Chateaubriand nos hace sentir en las primeras pájinas, i sus hombres no hablan en vano porque su lenguaje es el de las pasiones i no el de las combinaciones en que se estendia mas el agrado que la verdad. René vagando en las florestas de la América sin ser ni un Dios ni un héroe, sin tener nada de grandeza, ántes, hastiado de todo i huyendo de cuanto es gloria i honor, es un ser que nos interesa con sus melancolías i con el vacío de su escepticismo mas que los guerreros portentosos de la fábula.

Así, pues, el amor no era fuente de poesía para los antiguos, ni sus misterios exaltaban su imajinacion, ni sentian su calor.

I, si se piensa en el cielo del paganismo, se hallará tambien que no se ponia en él ningun afecto benévolo. Los dioses no inspiraban tampoco amor; ellos no se habian apoderado de las creencias por sentimientos de afeccion hácia los hombres: éstos no podian ver en los seres sobrenaturales unos confidentes ni unos protectores amigos. Un filósofo ha dicho que los primeros dioses se hicieron adorar por el temor: *primos in orbe deos fecit timor*. A la verdad que el temor es lo único que no fuese posible olvidar tratándose de divinidades de las cuales no se conservaba mas recuerdo que las destrucciones o muertes que habian causado. Júpiter, el primero del Olimpo, nada habia hecho jamas en beneficio del hombre; ántes al contrario, él fué quien encadenó a Prometeo por haber querido facilitara los mortales el fuego i los secretos de las artes. Era preciso pensar continuamente en aplacar a este dios a quien no se habia visto sino con los rayos prontos a ser disparados; nadie pensó jamas en que seria bueno amarle. La fuerza i la fatalidad solo tenian altares.

De suerte que la invocacion a Dios, ese arranque por el que el hombre parece elevarse sobre la desgracia, aun en los casos mas apurados, no existe propiamente en la literatura antigua, i la última esplicacion de los sucesos i de los cambios de fortuna era una creencia terrible. Así lo quisieron los hados, así lo mandó el destino: estas eran las palabras llamadas a completar toda la filosofía de los acontecimientos. El desgraciado era abrumado así como en la tiniebla bajo un peso que una mano desconocida que era imposible ablandar o maldecir habia lanzado contra él.

Bajo la influencia de los principios cristianos la desgracia no es jamas el anonadamiento: siempre hai que esperar i aun en el instante en que el naufrajio de la fortuna es completo se puede hablar de felicidad, porque la muerte no es ya la nada sino un cambio de existencia. Nuevos horizontes son éstos que ha dejado abiertos la luz de la nueva doctrina relijiosa; campo vastísimo a la imajinacion i al pensamiento. Inmenso precio dado a la palabra i al sentimiento: despues de la sombra de los hados i del acaso que todo lo gobernaban sin escuchar jamas ningun deseo, el cristianismo presentó la Providencia, no tanto como una gran fuerza, sino como un gran corazon abierto a cada instante a todas las peticiones i las súplicas. El hombre así no llega a ninguna situacion en que sea inútil su voz i su deseo; es mas dueño de sí mismo; tiene, por lo mismo, mas entusiasmo i mas confianza; es mas lírico i mas audaz porque está escuchado por Dios i espera ser ayudado por él.

F. González E.

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

(Continuacion.)

Esa noche pasó; pero los recuerdos dulcísimos no se borrarán jamas de mi memoria.

En medio de los sufrimientos horribles que me han venido despues, he invocado a menudo esos recuerdos para consolarme i en algo han podido mitigar mi pena.

Así pasaba yo la vida. Ni la mas lijera nubecilla oscurecia el porvenir dorado de mi existencia; ni el mas leve dolor enturbiaba mi felicidad. Yo amaba con entusiasmo i era amado de la misma manera ¿qué mas aspira un jóven de veintidos años?

Pronto llegó el aniversario del dia en que yo la conocí. Ese dia que fué la aurora de mi felicidad era mui solemne i mui grato para mi corazon.

Pasamos la noche juntos, en su casa. Estaba ella mas hermosa que nunca.

A su belleza anjelical habia añadido

aquella noche los atractivos de que sabe disponer siempre una niña bonita cuando quiere impresionar mas vivamente al jóven a quien ama.

Oh! Recuerdo perfectamente como estaba vestida. Un traje blanquisimo como la nieve i ligeramente escotado, adornado con cintas azules realzaba su hermosura.

Prendida en su irreprochable i gracioso peinado tenia una hermosa camelia del mismo color que el vestido.

Al verla me pareció encontrarme frente a frente de una ilusion de amor revestida de la forma de una virjen.

Estuve largo rato contemplándola embebido, i sin atreverme a dirijirla la palabra.

—¿Qué tienes? me preguntó ella con una espresion indefinible de ternura.

—Tengo orgullo, la contesté, de ser amado por el ánjel mas puro i mas bello de la tierra.

—Pues, mira, dijo ella con una coquetería infantil, ahora estoi bonita como dices tú porque quiero grabar en tu memoria el recuerdo de este dia; quiero que no lo olvides nunca porque, agregó suspirando, quien sabe si no se repite muchas veces para mi este aniversario!....

Yo soi supersticioso i ademas Elena pronunció estas palabras con un aire de tristeza que me heló.

—Siempre tienes tú esos presentimientos, le repliqué. ¿No eres feliz ahora, Elena mia?

¿Por qué no gozar entónces del presente sin inquietarnos del porvenir? A mi me dice el corazon que seremos los seres mas dichosos de la tierra.

—Será una locura, si tú quieres; pero solo puedo tranquilizarme cuando te veo, cuando estás a mi lado, cuando me juras que tu amor será eterno como el mio. Ah! Cárlos, te amo de una manera estraña i tus palabras me producen un efecto inesplicable.

—Es que esas palabras nacen de mi corazon, ánjel mio, i llegan al tuyo fácilmente; es que tú sabes que te pertenezco mas que a mí mismo i que tu amor llena por completo mi existencia. Mira! Cuando pienso que no pasa un solo instante sin que un recuerdo tuyo me venga a acariciar, que parece que hai un eco errante i dulcísimo que pronuncia sin cesar tu nombre en mis oidos, que mi alma vive intimamente unida a tu alma, he llegado a concebir el pensamiento impio de que a ti i no a Dios debo la vida, la vida que no podria comprender jamas sin las inefables delicias de tu amor.

—Yo sentia tambien en mi corazon una sed inestinguible de amor que tú solo has podido saciar, porque tú tienes un alma de poeta grande i noble como ninguna; porque tú realizas todas las dulces ilusiones de mi fantasía, porque a tu lado desaparece el mundo i se vive solo en la rejion de los espiritus.

Tal era su lenguaje, Ricardo, tal su amor!

Habia tanto fuego, tanta dulzura, tanta poesia en las palabras que salian de sus labios que yo la escuchaba estasiado, delirante, loco. No me atrevia a interrumpirla. Me veia pequeño, insignificante junto a ese ánjel.

Poco despues se fué a sentar al piano i ejecutó admirablemente una composicion sobre temas de Julieta i Romeo. En seguida cantó con una voz de serafin un bello i tiernisimo romance frances.....ah! cuyas palabras suenan lúgubremente en mis oidos:

»Mes jours sont condamnés, je vais quitter la terre.
Il faut vous dire adieu sans espoir de retour... »

Yo, sentado alli a su lado, la oia con indecible placer. Sus notas llegaban a mi oido envueltas en una nube de ilusiones, de mil ideas vagas, inconexas, estrañas; impresiones desconocidas me ajitaban; sentia ensancharse el corazon; una mezcla de melancolía i de ternura arrebataba el alma, un no sé qué indefinible me sumia en una especie de adormecimiento i de delirio; mi espíritu se elevaba hasta Dios i alzaba una plegaria por la felicidad de esa niña que tenia mucho de ideal i de sublime para mi.

Me sentia abrumado bajo el peso de tantas i tan variadas impresiones i me faltaba el aire para respirar. Lo que entónces sentia, lo que pensaba, la trasformacion que se efectuaba en mi alma era una cosa nueva para mi i que en vano trataria de pintar.

No habian pasado quince dias de este suceso, era el 7 de enero, cuando al despedirse ella de mi, en la noche, me dijo estas palabras que produjeron en mi ánimo una impresion dolorosa i estraña:

—No dejes de venir mañana: me siento triste i desearia verte para calmar mi afan.

Esa noche fué terrible para mi. El sueño huia de mis párpados, i los mas negros pensamientos se apoderaban de mi mente.

Mas temprano que de costumbre me diriji en la noche siguiente a casa de Elena. Elena no estaba en el salon!

Lleno de inquietud pregunté por ella i su madre me contestó que se habia sentido bastante mal i habia guardado cama.

En cualquiera otra circunstancia talvez habria tomado este accidente como una cosa pasajera: pero esa vez comprendí que solo una enfermedad grave podria haberla impedido recibirme.

Ella que sabia cuanto la amaba, que sabia tambien que, invitado especialmente para ir esa noche, su ausencia me hacia sufrir demasiado, no se habria resignado a permanecer en cama sin un motivo mui poderoso.

El momento que allí estuve me pareció interminable. Abandoné mui pronto esa casa con el llanto en los ojos, el dolor en el corazon, la desesperacion en el alma.

En mi amargura, me pareció que no iba a volver a verla, que la noche anterior nos habiamos separado para siempre i que eso no era mas que el principio de una ausencia eterna.

Volví al dia siguiente. Elena continuaba enferma i su enfermedad comenzaba a inquietar a la familia.

Durante ocho dias fuí recibiendo noticias cada vez mas alarmantes.

Renuncio a pintarte el estado de mi ánimo durante esos ocho dias de eterno dolor. Habia cambiado completamente. Yo no probaba alimento, ni dormia, ni hablaba; no sabia sino estar silencioso i triste.

El noveno dia, como a las dos de la tarde, encontré a su madre llorando.

—¿Qué ha sucedido por Dios? pregunté con una ansiedad horrible.

—Mi hija se muere! esclamó la señora.

—Se muere!.....repetí yo maquinalmente i caí desvanecido de dolor i desesperacion.

Ah! Yo no habia pensado nunca en que Elena podia morirse....

No sé cuanto tiempo permaneci en aquel estado.

Cuando volví en mi, todas las personas de la casa lloraban.

Acababa de salir el médico de cabecera i habia pronunciado esas terribles palabras que llenan de espanto:

—La ciencia nada puede contra su mal. Es tiempo de encomendar el alma a Dios!

Desesperado quise precipitarme a la habitacion de Elena; pero su madre bañada en lágrimas me decia.

—Si Ud. entra, la impresion agravará su enfermedad!

Yo me volvia loco. Mi cabeza ardia i un sudor frio bañaba todo mi cuerpo.

—Un confesor! un confesor! gritó la madre i yo sin saber lo que hacia, salí corriendo en direccion al colejio de jesuitas.

Entré como un desesperado i ví en uno de los ángulos del patio a un anciano venerable que leia su breviario.

—Señor, señor! le dije. Elena se muere i necesita un confesor.

La espresion de mi semblante debió ser mui estraordinaria porque sin preguntar mas, ese anciano salió conmigo tal como estaba i abrazándome con ternura,

—Tenga confianza en Dios, hijo mio, me contestó. El no abandona jamas a los que sufren.

—Esa jóven, me preguntó poco despues, no es parienta de Ud., ¿no es verdad?

—Ese ánjel, le repliqué, es mi vida, es mi alma i se muere sin que yo le dé el último adios!....

—La verá Ud., hijo mio, agregó con un acento de dolor i de ternura: la verá Ud. aunque sea solo para darle ese último adios!

Inmediatamente que llegó se dirijió a la habitacion de Elena. La confesion de esta virjen fué mui corta. Mas que una confesion, debió ser una plegaria que su alma pura elevó a Dios.

Cuando el anciano salió de la habitacion, yo estaba ahi esperándolo, desatentado, demente, muerto.

—Señora, dijo dirijiéndose a la madre de Elena, en nombre de su hija que agoniza, yo le pido que permita a este jóven llegar hasta su presencia.

—Oh señor! esclamó ella, esa impresion puede....

—Será la última que reciba, replicó el sacerdote porque ya va a entregar su alma a Dios.

Yo me precipité sin esperar mas.

La señora quiso detenerme; pero el ministro del Señor la contuvo.

—Déjelo entrar, señora, agregó. Esas

dos almas puras recibirán al despedirse de este mundo la bendicion de Dios....

Allí estaba Elena! Recostada en su lecho, pálida, desfigurada, triste, semejaba la imájen de la melancolía.

Cuando me vió entrar, sus hermosos ojos, ya hundidos, parecieron animarse un tanto. Me dirijió una mirada, impregnada de amor i de ternura.

Yo caí arrodillado a sus piés, llorando como un niño. Tomé una de sus manos i la cubria de besos i de lágrimas. Sollozaba sin poder articular una palabra i la miraba mil veces como dudando de lo que veia.

—¿Por qué lloras? me interrogó ella con una voz entrecortada. Ese anciano me ha asegurado que nuestra separacion será mui corta, i que siendo nuestro amor tan puro, Dios que es el mejor de los padres, nos unirá pronto i para siempre allá en el cielo.

—Elena, Elena mia, le contesté pugnando inútilmente por sujetar mis lágrimas, ¿por qué me abandonas tan pronto? ¿por qué no quieres acompañarme mas tiempo?...Ah! si supieras cuanto he sufrido, cuanto he llorado...Ah!...¿Por qué me abandonas? No eres tú mia, como yo soi tuyo? Te has convencido de que soi indigno de tí i que no puedes amarme?

—Cárlos, te amo, te adoro como nunca. Nó, no te abandono como tú crees. Me despido de tí para volverte a ver pronto i no separarnos jamas.

—Nó, tú no me dejarás. ¿Te acuerdas de la última noche que pasamos juntos? Te pregunté si me amabas, i tú ¡ah! con esa voz pura suavísima, con esa voz de ánjel, con esa voz pura que llega hasta el alma, me respondiste: te adoro! Elena, Elena mia, mis oidos te escuchaban, mi corazon te bendecia; pero mis labios permanecian mudos, sí, mudos de amor i de felicidad. Pues bien! esa felicidad es el cielo. Yo no lo comprendo de otra manera ni tú puedes comprenderlo tampoco. ¿Por qué me dejas entónces para ir a buscarlo? Nó, yo no quiero que te vayas, tú no te irás.

—Los juicios de Dios, Cárlos, son incomprensibles i adorables. El lo dispone así: bendigamos su voluntad!.....Mira, este anillo lo llevo desde hace cuatro años: quiero colocarlo yo mismo en tus manos como un recuerdo de despedida.

Ahora, agregó, voi a manifestarte mi última voluntad ¿la cumplirás, no es verdad?

—Me lo preguntas!....

—El camino de la vida es largo i penoso. Yo quiero que tú no lo recorras solo. Antes de cumplir treinta años debes buscar una mujer a quien darle el título de esposa.

—Acércate un poco mas, balbució despues.

Sus ojos ya no ardian. Una lágrima parecia querer desprenderse de ellos. Estaba tan triste que cualquiera la habria tomado por la vírjen de los recuerdos....

Sentí que me llamaba con una voz dulce i cariñosa; oí que pronunciaba mi nombre con ternura i.....¡ai! yo no podia responder!....

Me encontraba fuera de mí, mi voz se ahogaba en la garganta i no llegaba hasta ella. Apreté suavemente mi mano.

—Cárlos...Cárlos, murmuró, te amo... adios!

Clavó los ojos como si hubiera escuchado el sonido de alguna música celestial... su alma habia volado al cielo!....

Entónces....ah! entónces....yo no sé lo que sentí.

Lancé un grito horrible, estridente, mortal i perdí el conocimiento.

—Muerta!...muerta!...Ricardo...

Cárlos habia pronunciado las últimas palabras con desesperacion. Su voz temblaba i a cada instante se veia obligado a detenerse para enjugar sus lágrimas, para respirar.

Ricardo que comprendia cuán dolorosos eran para su amigo esos tristísimos recuerdos i que veia el combate cruel que sostenia el amor i la enerjía de Cárlos.

—No quieras ocultar tu llanto, amigo mio, le dijo. La enerjía consiste en luchar contra las adversidades de la vida; pero no en aparentar una insensibilidad imposible en una alma ardiente i elevada. Llora, sí! Te encuentras al lado de un hombre que comprende tu dolor i que llora contigo.

—¡Oh Ricardo! esclamó el jóven. A los veintitres años me encontraba junto al cadáver de mi primer amor!....

Un profundo silencio siguió a estas palabras. Cárlos habia tenido razon, cuando momentos ántes interrumpió a Ricardo: «¡oh! el primer golpe asesina.»

Sí! I el primer golpe como el primer amor, no puede olvidarse nunca.

Ambos dejan una herida siempre abierta, manando siempre sangre, aquella sangre que sale del corazon para inundar los

ojos i que toma el nombre de lágrimas!

—Hai ciertos dolores en la vida, continuó Cárlos conmovido, de los cuales no puede uno darse cuenta i a los que es imposible resignarse. Yo habria presenciado los últimos momentos de Elena, estaba ahí, la habia visto morir, la veia muerta, i todo me parecia un sueño, una pesadilla horrible i abria los ojos i movia la cabeza para despertar.

No quise abandonarlo un instante. Permanecí arrodillado a sus piés las veinticuatro horas que duró la velacion, mudo, inmóvil, absorto. Todos respetaban mi dolor, i nadie se atrevió a interrumpirme.

MARIANO EGAÑA.

(*Concluirá.*)

A LA VIRJEN MARIA.

(INÉDITO.)

(Traduccion.)

Siempre, ¡ oh María! fuiste aqui en la tierra
Del dolor triste presa. Ni un momento
La ilusion de los goces que ella encierra
Calmó tu cruel tormento.

Cuando en la edad estabas en que el mundo
A sus virjenes brinda dicha inmensa:
Cuando a sus ojos pintase fecundo
En gloria i recompensa,

De dolor i de angustia ¡ai! tú jemias
I elevando tus ojos hácia el cielo
Una plegaria humilde repetias
Por único consuelo.

¿Por qué jemir tan jóven? Tu inocencia
Ha manchado jamas el torpe vicio?
Ni a tu alma virjinal la penitencia
Exije un Dios propicio.

Mas un misterio Dios te revelara
De tristeza i horror.... Razgó su mano
El velo que hasta entónces ocultara
Tu porvenir humano.

El Hijo del Altisimo a tu seno
No bajara; incompletos aun los dias
Tantas veces predichos, sobre el heno
Sufrir ya le veais.

I en el huerto postrado entre congojas
Le oias proferir ruego divino,
Que iba a mezclarse al ruido de las hojas
I el torrente vecino.

¡I cuántas veces a Jesus mirando
Oprimió a su alma dolorosa angustia
I huyó léjos el sueño, el sueño blando
De Ella doliente i mústia!

Suplicios, sangre, destruccion i muerte
Halla do quiera que la vista jira,
I el término fatal de tan cruel suerte
La cruz en que El espira.

I le seguiste, oh Madre dolorosa,
Cuando el dia llegó del sacrificio,
A la cumbre del Gólgota afrentosa
Do fué su cruel suplicio.

Los rudos golpes i las mofas viles
Del rencor popular no satisfecho
Eran ¡ai! para ti hierros sutiles
Clavados en tu pecho.

¿Cómo pudiste reprimir el grito
De cólera i furor que al labio viene?
¿No implorar fuese el pueblo aquel maldito
Con maldicion perene?

Cual la tierra tembló, como de un velo
Negro cubierto el sol, cuando moria
El Hijo de David, el Rei del cielo,
Así estaba María.

Cuando apénas veia él los objetos
E invisibles los ánjeles bajaban
Para llevarle un triunfo, no completos
Sus mandatos estaban.

Fijando en ti su rostro ensangrentado
A Juan—«esa es tu madre»—i luego dijo
La faz volviendo hácia el alumno amado
—«Mira, oh mujer, a tu hijo.»

De aquellos, que, agoviados de tristeza,
Un destino de mármol o de bronce
Hallaron lleno siempre de crudeza
Hizote madre entónces.

I a su palabra fiel tú siempre has sido,
Nadie en vano invocó tu santo nombre,
Ante tu sacro altar no se ha vertido
Ni una lágrima inútil para el hombre!

Abril 29 de 1850.

PIO VARAS.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

Hé aquí las publicaciones que se han recibido en la Biblioteca Nacional durante el pasado mes de setiembre:

Los constituyentes de 1870, por Justo i Domingo Arteaga Alemparte.—3.ª entrega. —1 vol. in 4.° de 36 pájs.—Imprenta de «La Libertad.»

La reforma, por los mismos —1 vol. in 8.° de 36 pájs.—Imprenta de «La Libertad.—Santiago.

El sufrajio universal en el porvenir, artículo publicado en la *Revista de Ambos Mundos*, por Eujenio Aurry Vitel, traducido al castellano por E. G.—1 vol. in 8.° de 38 pájs.—«Imprenta Nueva.»—Chillan.

Credo, alianza i reglamento de la Iglesia Evanjélica (?) *chilena*—1 vol. in 8.° de 16 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

Mocion presentada a la Cámara de Diputados sobre aumento de sueldo de las clases i tropas del ejército, por Francisco Echáurren Huidobro.—1 vol. in 4.° mayor de 4 pájs.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

Estatutos del Club de Obreros de Santiago.—1 vol. in 4.° de 7 pájinas.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

Discusion para mantener 1,500 *hombres e invertir* 500,000 *pesos en las operaciones de Arauco.*—1. vol. in 4.° de 194 pájs.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

Oracion fúnebre del señor presbítero don Pedro Juan Buttoffoco, por frai José de Santa Rosa Feliú.—1 vol. in 4.° de 12 pájs. —Imprenta de «La República» — Santiago.

Mocion sobre administracion de bienes nacionales, por A. C. Gallo.—1 vol. in 4.° mayor de 4 páj.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

Glorias i virtudes de San José, por el R. P. Huguet.—1 vol. in 8.° de 35 pájs. —«Imprenta del Correo.»—Santiago.

Retractacion de sentencia ejecutoriada.-Elojio de don Bernardino Opaso, por Jorje 2.° Huneeus.—1 vol. in 4.° de 28 pájs.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

Distribucion de premios el 17 *de setiembre de* 1870 *en el Liceo de la Serena.*—1 vol. in 4.° de 30 pájs.—«Imprenta del Colejio.» Serena.

Observaciones sobre el poder judicial tal como se encuentra establecido en Chile por Juan E. Mackena.—1 vol. in 4.° de 97 pájs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

Ensayo sobre el desarrollo de la riqueza de Chile.—1 vol. in 4.° de 50 pájs. por Domingo Morel.—Imprenta de «La Libertad.»—Santiago.

Porvenir de las familias.—Seccion a mútuo.— Novena liquidacion practicada en 1870.—1 vol. in 4.° de 36 pajs.—Imprenta de «La Libertad.»—Santiago.

Porvenir de las familias.—Tarifas.— 1 vol. in 4.° de 36 pájs.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

Reglamento para el Liceo de Cauquénes, aprobado en 29 de abril de 1870.—1 vol. in 4.° de 16 pájs.—«Imprenta Nacional.» —Santiago.

Reglamento de policía marítima, para los puertos de Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Valparaiso, Concepcion, Valdivia, Llanquihue i Chiloé dictado el 1.° de agosto de 1870.—1 vol. in 4.° de 15 pájs.— «Imprenta Nacional.»—Santiago.

Proyecto de lei sobre garantías individuales por Antonio Varas.—1 vol. in 4.° de 8 pájs.—«Imprenta Nacional.» — Santiago;

Una votacion popular.—Juguete cómico por Roman Vial.—1. vol. in 8.° de 23 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

Reconocimiento de la costa comprendida entre la rada de los Vilos i el rio Choapa i del rio Valdivia i costa comprendida entre el morro Bonifacio i el rio Maullin por Francisco Vidal Gormaz.—1 vol. in 4.° de 110 pájinas.—«Imprenta Nacional.»—Santiago.

No podemos acabar de persuadirnos de que en toda la República apénas se imprima otra cosa que los balances de las socie-

dades anónimas, los reglamentos de liceos i las mociones de las Cámaras. Por el honor del pais nos inclinamos a creer que las publicaciones de alguna importancia, que no suponemos tampoco que sean mui numerosas, no se remiten conforme a la lei a la Biblioteca jeneral. Por segunda vez, pues, i ésta seguros de que en la Biblioteca no se han recibido mas impresos, nos tomamos la libertad de recomendar a quienes competa el que se haga cumplir con la lei que ordena se remita cierto número de ejemplares de cada publicacion a la Biblioteca Nacional.

En la larga lista de libros que hemos dado a nuestros lectores, solo son de algun valer, de algun interes: *Los constituyentes de* 1870, el trabajo del señor Huneeus, el de don Domingo Morel, el de nuestro intelijente marino don Francisco Vidal Gormaz i la memoria del señor Mackenna.

Hemos creido curioso presentar un cuadro completo de los diarios i periódicos que actualmente se publican en Chile. Hélo aquí:

El Aconcagüino.—San Felipe.—Su imprenta.

El Agricultor.—San Cárlos.—«Imprenta principal.»

El Alba.—Concepcion.—Imprenta de «La Union.»

Los Anales de la Universidad.—Santiago.—«Imprenta Nacional.»

El Araucano. — Santiago. — «Imprenta Nacional.»

El Artesano. — Talca.— «Imprenta del Provinciano.»

Boletin de la Sociedad Nacional de Agricultura. — Valparaiso.—Imprenta de «El Mercurio.»

Boletin de la Comsion Visitadora de Escuelas de Santiago.—Santiago.—«Imprenta Nacional.»

Boletin de las Leyes i Decretos.—Santiago.—«Imprenta Nacional.»

La Campana.—Santiago.—Su imprenta.

El Censor.—San Felipe.—«Imprenta Democrática.»

El Colchagua.—San Fernando.—Su imprenta.

El Cóndor.—Los Andes.—Su imprenta.

El Chilote.—Ancud.—Su imprenta.

El Constituyente.—Copiapó.—«Imprenta de la Union.»

El Copiapino.—Id.—Su imprenta.

El Correo de la Serena.—Serena.—«Imprenta del Comercio.»

El Eco del Sur.—Valdivia.—«Imprenta Valdiviana.»

La Estrella de Chile.—Santiago.—Imprenta de «El Independiente.»

La Discusion.—Chillan.—«Imprenta Nueva.»

El Foro Militar.—Santiago.—«Imprenta Nacional.»

El Ferrocarril. — Santiago.—Su imprenta.

La Gaceta de los Tribunales.—Santiago.—«Imprenta Chilena.»

El Independiente. — Santiago.—Su imprenta.

El Instructor. — Santiago.—«Imprenta Nacional.»

El Labrador.—Valparaiso.—Imprenta de «La Patria.»

La Libertad.—Santiago.—Su imprenta.

El Mensajero del Pueblo.—Santiago.—«Imprenta del Correo.»

El Mercurio.—Valparaiso.—Su imprenta.

El Mercurio del Vapor.—Valparaiso.—Imprenta de «El Mercurio.»

El Meteoro.—Anjeles.—Su imprenta.

El Minero de Freirina.—Carrizal Alto.—Su imprenta.

—*La Patria.*—Valparaiso.—Su imprenta.

La Piedra.—Valparaiso.—«Imprenta de la Patria.»

El Provinciano.—San Cárlos.—Su imprenta.

El Progreso. — Santiago. — «Imprenta Chilena.»

El Progreso.—Melipilla.—Su imprenta.

La Reforma.—Serena.—Su imprenta.

El Renguino.—Rengo.—Su imprenta.

La República.—Santiago.—Su Imprenta.

The Record.—Valparaiso.—«Imprenta de la Patria.»

La Reforma.—San Fernando.

La Revista Católica.—Santiago.—«Imprenta del Correo.»

La Revista Coquimbana.—Serena.—«Imprenta del Colejio.»

La Revista Agrícola.—Santiago.—«Imprenta Nacional.»

El Rojo (¿qué tal?)—Copiapó.—No sabemos la imprenta.

El Sufrajio.—Curicó.—Su imprenta.

La Tarántula.—Concepcion.—«Imprenta de la Union.»
El Telégrafo.—Chillan.—Su imprenta.
Valparaiso and west coast-mail.—Valparaiso.—«Imprenta Albion.»
La Verdad.—Curicó.—Su imprenta.

NO ME QUEJO DE TI.

No me quejo de ti.—Si hondo lamento
Oyeres de mis labios, alma mia,
Será el ¡ai! con que exhala su tormento
El pecho en su agonía.

No me quejo de ti—Si cual vapores,
Que disipa la brisa en la mañana,
Trocaste la ilusion de mis amores
En una sombra vana;

No supe sino amarte en mi desvelo,
I otra cosa no ansié que tu ventura,
I siempre que alzo mi oracion al cielo
Tu nombre el labio con pasion murmura.
Sé, pues, feliz, ya que mi suerte quiso
Que del dolor las heces apurara,
I las puertas no mas del paraiso
Desde léjos mirara....

Anjel soñado por la mente mia,
Nunca sepas del mal, i nunca llores,
I de amor i esperanza i poesía
Ornen tu frente virjinal las flores.
No perturben tu dulce complacencia
Ayes que lanzo en mi profundo duelo.
No me quejo de tí ¡Sábelo el cielo
Que a tu dicha inmolara mi existencia!
¡Sean los goces para ti, alma mia!
Para mi de la vida los abrojos....
Por ahorrar una lágrima a tus ojos
¡Ai! todo lo daria!

Talca, setiembre de 1870.

ALBERTO F. DÁVILA.

POETA I SOLDADO.

ROMANCE.

¡Oh! no digais que el poeta
Es un proscrito en la vida
Con un volcan en el alma
I un cielo en la fantasía!

No es su destino en la tierra
Solo arrancar de su lira
Melodiosas vibraciones,
Dulcísimas armonías.

Su misiones mas hermosa!....
I el vate que asi la estima
Mas alto tiende su vuelo,
Mas alto los ojos fija!

Templar el alma en el bien,
Buscar la fé que ilumina
I alzar a la humanidad
A la verdad infinita....

Tal es su mision! Dejadle,
Si el entusiasmo le inspira,
Obedecer al impulso
De su alma ardiente i bendita!

Dadle campo a su altivez,
Templad su noble enerjía,
I de laureles gloriosos
Ceñirá su frente invicta.

I no digais que el poeta
Es un proscripto en la vida
Sin otra ambicion que el triunfo
Efímero de su lira!

De brazo esforzado i noble
De alma jenerosa i digna,
Trovador i caballero
Fué Don Alonso de Ercilla.

Nunca desnudó su acero
Sin razon i sin justicia,
I jamas volvió la espalda
A las armas enemigas.

I, como en blandir la espada,
Diestro en manejar la lira,
Cantó en deliciosos versos
Los hechos de la conquista,

Versos escritos a veces
Sobre el arzon de la silla,
Muchas veces en los troncos
De aquellas selvas antiguas!

En las veladas nocturnas
En octavas peregrinas
Consignaba las hazañas
Que presenciara en el dia!

I de estos fragmentos frájiles
I de esas hojas perdidas
Nació la hermosa «Araucana»
Que hoi es honra de Castilla!

Hé aquí una hoja arrancada
A esas pájinas bellísimas,
Que, en homenaje al poeta,
Yo he consignado en las mias.

«Permitidme», así una tarde
Del mar del sud en la orilla
Hablaba el jentil poeta
Al capitan Don Garcia.

«Permitidme, capitan,
Largarme al mar, i a esas islas
Lejanas que nuestros ojos
Al horizonte divisan,

«Llevar i clavar en ella
La bandera de Castilla,
Que en la tierra i en los mares
Sobre dos mundos domina!

«Yo seré el primer cristiano
Que llegue a esa apuesta orilla,
Cruzando, el primero, el golfo
De esta mar desconocida!»

Así, lleno de entusiasmo
I de emulacion altiva,
El trovador caballero,
Henchido de poesia,

Buscaba nuevos peligros
I al mar lanzarse queria
Sobre un frájil barquichuelo
Sin miedo a sus roncas iras!

«Id, le respondió el caudillo,
Donde el honor os indica:
Tomad posesion del golfo
I dadles nombre a esas islas!

La tarde estaba serena,
Las leves ondas jemian
Muriendo sobre una playa
De arena menuda i fina:

Allá en la distancia, léjos,
Como gabiotas tranquilas
Sobre un lago trasparente
Que trémulas auras rizan,

Cruzaban el manso golfo
En direcciones distintas
Algunas leves piraguas
De aquellos pobres indíjenas,

I se perdian a veces
Entre las pequeñas islas
I aparecian de nuevo,
I de nuevo se perdian.

Entretanto, poco a poco,
Iban las luces del dia
Apagándose, i la noche
Cubriendo la inmensa cima.

De las lejanas montañas;
Una pálida neblina
Se levantaba del mar;
Algunas nubes perdidas

Doradas por los postreros
Rayos del sol, se estendian
Sobre el bruñido horizonte
De las ondas cristalinas.

Era un panorama hermoso
Aquel....Una mar tranquila,
Una tierra agreste i triste
Del todo desconocida,

Una soledad profunda
Llena de melancolía,
I un puñado de valientes
En tan apartada orilla!....

I, sobre todo, diez hombres
Solos, sin norte, ni guia,
Sobre una débil canoa
Yendo a una nueva conquista!....

Honor al noble poeta
Que aquella tarde seguia
La inspiracion jenerosa
De su ardiente fantasía!....

Cumplió su deber con honra,
I clavó con mano altiva
En las islas de Chiloé
La bandera de Castilla!

En la mañana siguiente
Los españoles escrita
En la corteza de un árbol,
Aquesta estrofa leian:

«Aquí llegó donde otro no ha llegado
Don Alonso de Ercilla, que el primero

En un pequeño barco desastrado
Con solo diez, pasó el desaguadero,

El año cincuenta i ocho entrado
Sobre mil i quinientos por febrero,
A las dos de la tarde el postrer dia
Volviendo a la dejada compañia.»

Volvió en efecto el poeta
Bien pronto a su compañia,
A ser objeto de celos,
De emulacion i de envidia.

Porque está escrito: las almas
Superiores son las víctimas
De las intrigas cobardes,
De las pasiones mezquinas!

Pero, esas bajas miserias
No alcanzan nunca al que fija
Los ojos en sol mas alto
I el vuelo tiende hácia arriba!

C. Walker Martinez.

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

XIII.

(CONTINUACION)

Pero, se nos dirá, ¿cómo pudo suceder que Cárlos III, el católico Cárlos III, consintiera en autorizar la espulsion? Indudablemente habria causas mui justas para ello, causas que el monarca español debió conocer i en virtud de las cuales otorgaria su autorizacion.

Efectivamente, Cárlos III llegó a convencerse,—lo aparentó al ménos,— de que la espulsion de los jesuitas era necesaria para la seguridad del Estado i la seguridad de su propio trono.

El motin de Esquilace no era suficiente, sinembargo, para persuadir al monarca de que los jesuitas tramaban su ruina. Entónces, esos hábiles hombres de Estado, esos filósofos que se sentian destinados a la rejeneracion de la humanidad por la difusion de las ideas nuevas, se hicieron falsificadores.

Cierto dia de 1761 un portador de cartas se presentó en la casa de los jesuitas de Madrid, justamente a la hora en que la campana llamaba a los padres al refectorio. El superior, a quien fueron entregadas, se dispuso a abrirlas; mas, como el portador le declarase que no era cosa de urjencia la contestacion, las dejó sobre su mesa i se marchó tranquilamente a comer.

Pocos minutos despues la policía entraba a la casa, armada de una órden de allanamiento que le permitia rejistrar todos los aposentos de los padres. El superior no se opuso,—no tenia por que oponerse,—i los ajentes se apoderaron del paquete de cartas que acababa de recibir, rejistrando despues por mera fórmula todos los demas aposentos.

¡Oh! los ministros de Su Majestad católica tenian una habilidad que rayaba en prodijio. En aquel paquete de cartas, con tanta oportunidad sorprendido, habia una del jeneral de la órden, padre Lorenzo Ricci, en que decia al superior de Madrid que tenia en su poder documentos auténticos que probaban que Cárlos III era hijo adulterino, siendo de consiguiente monarca lejítimo de los españoles su hermano don Luis, en cuyo favor le ordenaba sublevar al pueblo.

Aquella carta fué presentada al rei, i se comprende bien la impresion que debió recibir al leerla. Ya no le fué difícil creer entónces que el motin de Esquilace habia sido promovido por jesuitas, i adquirió la certidumbre de que la existencia de aquellos relijiosos en España envolvia un peligro serio para la estabilidad de su poder.

La espulsion quedó desde entónces irrevocablemente resuelta.

Antes de pasar a referir como se verificó, se nos permitirá confirmar lo que dejamos espuesto con testimonios dignos de fe. Temeriamos que se nos acusase de estar defendiendo a la Compañía de Jesus con mentiras i consejas; porque, en realidad, parece increible que a tanto pudieran atreverse unos hombres a quienes su alta posicion debia vedarles siquiera el colocarse al nivel de los galeotes.

Sinembargo, fué como lo dejamos dicho. Hé aquí las autoridades en que nos hemos apoyado:

«De mucho tiempo atras, dice un historiador ingles protestante, el ministerio frances se ocupaba de la caida de los jesui-

tas en los demas paises, i, preferentemente, de su espulsion del suelo español. A este efecto Choisseul no perdonó medio ni intriga para hacer cundir la alarma sobre sus principios i carácter, atribuyéndoles todas las faltas aparentes para hacerles incurrir en desgracia. Ningun escrúpulo tuvo para *hacer circular cartas apócrifas* bajo el nombre de su jeneral i otros superiores, i propalar odiosas calumnias contra algunos individuos de la Sociedad. Por todas partes circulaban rumores relativos a los supuestos complots de los jesuitas i a sus conspiraciones contra el gobierno español. Para hacer mas verosimil la acusacion, *se falsificó una carta* que se supuso escrita por el jeneral de la órden en Roma i dirijida al provincial de España. Esta carta le mandaba promover insurrecciones i le fué entregada de modo que pudiera ser interceptada.» (1)

«Persuadieron a Cárlos III, dice otro, de que los jesuitas habian cometido el proyecto de sentar en el trono a su hermano Luis.» (2)

El hecho de que se trata es grave; necesitamos una prueba abundante i completa, i continuamos con otras citas:

«Cárlos III conservaba un profundo resentimiento por la insurreccion de Madrid que creia obra de alguna intriga estranjera; pero lograron hacerle creer que era obra de los jesuitas i éste fué el principio de su desgracia en España. Rumores de complots, acusaciones calumniosas, *cartas apócrifas destinadas a ser interceptadas i que en efecto lo fueron*, acabaron de decidir al rei.» (3)

Por último Schoell, en su obra tantas veces citada en el curso de este trabajo, se espresa así:

«Desde el año 1764, en que el duque de Choisseul habia espulsado a los jesuitas de Francia, se persiguió a la órden en España. Empleáronse todos los medios para presentarla al rei como objeto de terror i lo consiguieron por medio de una atroz calumnia. Asegúrase que le presentaron una carta del P. Jeneral Ricci, de la cual se acusa al duque de Choisseul como autor, carta en la cual anunciaba que habia logrado reunir los documentos que probaban que Cárlos III era hijo de un adulterio. Esta absurda invencion hizo tal efecto en el rei, que se dejó arrancar la órden de espulsion de los jesuitas.»

Basta ya, porque es fuerza sacrificar a la brevedad una comprobacion mas amplia para la cual tenemos abundantes documentos. Ademas, deseamos referir un hecho bien curioso i que por sí solo puede convencer de la efectividad de tan tristes falsificaciones.

Como se puede suponer, i lo dicen los historiadores aquí citados, no fué uno solo el documento que se falsificó; para hacer verosimil la trama fué menester falsificar correspondencias enteras.

Los jesuitas negaban tenazmente ser autores de aquellas cartas i Clemente XIII tampoco podia creer que lo fuesen. Pidió entónces para cerciorarse de la verdad i formar su juicio, que se la remitiesen aquellos documentos auto cabeza de proceso para examinarlos.

Los documentos le fueron enviados i el Papa los sometió al exámen de una comision de prelados. Uno de ellos, el que fué despues Pio VI, hizo con este motivo un curioso descubrimiento.

Habiéndole estrañado que el papel de las cartas escritas en Roma fuese de fábrica española, lo examinó con mayor cuidado i encontró que llevaba en su marca la fecha de su fabricacion. Ahora bien, esta fecha era dos años posterior a la fecha de la carta, de suerte que la tal carta estaba escrita en aquel papel dos años ántes de que fuera fabricado.

Ahora se concibe mui bien que los que a tales medios descendian para deshacerse de una órden que oponia una barrera insuperable a la prosecucion de sus planes, prescindiesen de todas esas fórmulas i trámites que ha establecido la justicia humana en garantía de los derechos de la inocencia.

La razon de Estado debia disculparlo todo. Por eso se siguió a la Compañía un proceso tenebroso, en el cual los jueces debian jurar no descubrir el nombre de los testigos, en el cual se oyó a todos los delatores i ni a uno solo de los reos, en el cual se pronunció una sentencia inapelable sin oir defensa de ninguna especie, siquiera hubiese sido por respeto a la vindicta pública i al juicio de los hombres i de la historia.

(1) Coxe.—*España bajo la dominacion de los Borbones.*
(2) Ranke.—*Historia del Popado.*
(3) Sismondi.—Historia de los franceses.

¿Por qué, entónces, no se tuvo la franqueza del despotismo? ¿Por qué, si el crimen debia cometerse, cubrirle con apariencias falaces que lo hacian, no ya crimen de malvados, sino crimen de miserables? Inconsecuencia, vergonzosa inconsecuencia del espíritu humano!

Decretada la espulsion, el conde de Aranda se encargó de ejecutarla. Vamos a referir como lo hizo en la corte, porque sucedió mas o ménos lo mismo en todas las ciudades del reino.

En las primeras horas de la noche del dia designado para ejecutar la sentencia, el conde de Aranda se apoderó de todos los carruajes que pudo haber en Madrid. A las once de la noche varios piquetes de infantería salieron de sus cuarteles i rodearon todas las casas de los jesuitas, que en Madrid eran seis.

A las doce se llamó a sus puertas en nombre del rei. Acto continuo los soldados se apoderaron de todas las avenidas, i se pusieron centinelas en todas las puertas de los aposentos.

El alcalde de corte, que presidia aquel acto, ordenó al rector que hiciese reunir a toda prisa la comunidad en el refectorio. Una vez allí, se permitió a los relijiosos ir a sus aposentos a traer su manteo, su sombrero i su breviario. Reunidos otra vez en el mismo lugar, se les condujo a los carruajes preparados al efecto i se les sacó de la ciudad tres horas ántes de amanecer escoltados con tropa de caballería. Llegados a la costa se les metió en las bodegas de los buques de trasporte i se les lanzó al mar.

Despues de sufrimientos increibles soportados con resignacion cristiana, despues del atroz martirio de una navegacion larga i penosa, hacinados como iban a manera de ganados en el fondo del buque i careciendo ademas hasta del alimento indispensable; despues de aquel prolongado martirio, decimos, en que muchos perdieron la vida, se arribó a Civitta-Vecchia cuyo gobernador, no estando prevenido, no quiso recibirlos. Se hicieron, pues, nuevamente a la mar, prolongando por algun tiempo mas aquella larga agonía.

Para que se vea que no hemos ennegrecido el cuadro que acabamos de trazar trascribiremos aquí el juicio formado sobre este hecho por un escritor enemigo de los jesuitas. Dice así:

«El arresto i el embarque, todo se hizo con una precipitacion necesaria talvez, pero bárbara. Cerca de diez mil sacerdotes de todas edades, hombres de ilustre nacimiento, personajes doctos, ancianos agobiados de enfermedades, privados de los objetos mas indispensables, fueron arrojados a las bodegas de los buques i lanzados al mar sin objeto determinado, sin direccion precisa.» (1)

Ademas de esto, Cárlos III que habia sentenciado a los jesuitas sin oirlos, les vedó defenderse. Mas aun, se prohibió a todos los súbditos españoles bajo severísimas penas el que intentasen siquiera la defensa de las víctimas.

Se encuentra, pues, en este hecho un increible refinamiento de crueldad unido a los excesos del mas odioso despotismo. Sinembargo, aun encuentra aplaudidores entre los que se dicen liberales i es aun probable que, si hubiera de repetirse, serian ellos sus primeros cómplices.

Adoradores del éxito ¿qué les importa lo demas? La historia, sinembargo, que no acepta el mismo criterio, sabe estigmatizar el delito provechoso i el crimen feliz como realzar la virtud desgraciada i glorificar la inocencia perseguida.

Es esa historia, eco poderoso de la voz de la humanidad, la que ha dicho de Cárlos III que fué un tirano, la que ha proclamado la inocencia de sus víctimas concediéndoles al mismo tiempo los honores que se tributan a los mártires.

¡Oh! es que la verdad tienes sus fueros i no se puede impunemente hollarlos; es que la virtud brilla con resplandor nuevo cuando el viento de reparacion ha disipado los nubarrones que la ocultaron un instante.

MÁXIMO R. LIRA.

CONFIANZA.

Nihil in terra sine causa fit, et de humo non oritur dolor.
Job. cap. V. v. VI.

No es la vida una noche borrascosa,
Do entre la sombra oscura
Vaga la humanidad siempre afanosa
Sin encontrar ventura;

(1) Saint-Priest—*Histoire de la chute des jésuites.*

Ni viene a la desgracia condenado
El hombre a nuestro suelo,
Que para ser dichoso fué creado
Por la bondad del cielo.

La existencia es un dia de combate,
De esfuerzo i de esperanza.
En el que el héroe que jamas se abate
La recompensa alcanza.

Todo es bien en la tierra: el dolor mismo
La tempestad, la muerte
Son cielos de ventura ante el abismo
De una existencia inerte.

El noble arrojo en la tormenta ruda
Al hombre hace sublime;
Lo engrandece el dolor,—de impia duda
La muerte lo redime.

Que todo cuanto existe en lo creado,
Cuanto se vé i se siente,
Para el hombre i su bien lo ha combinado
La Mano Omnipotente....

Despunta el sol: empieza la fatiga
Del rústico afanoso
I espera en su labor la noche amiga
Para encontrar reposo.

Nace la flor, derrama su perfume,
El tiempo la marchita;
¡I por el mismo sol que la consume
Mas tarde resucita!

Todo cuanto jermina en la natura
Para su bien varia
I no siempre las flores son frescura
Ni eterno albor el dia.

La aurora es claridad, auras errantes
El dia refrijeran,
La tarde es par bendita, astros brillantes
De noche reverberan.

I la niñez es inocencia pura,
La juventud es alma,
Trae la reflexion la edad madura,
La ancianidad la calma....

Iel niño es de los ánjeles hermano
I el jóven tiene amores,
El hombre la esperiencia, i el anciano
Veneracion i honores.

¿I vivir es llorar? ¡Calla, hombre adusto,
Pues en tu mano tienes
La alma felicidad:—basta ser justo
Para gozar sus bienes.—

En la virtud busquemos la bendita
Felicidad del suelo
I si la cruel tormenta nos ajita
Pensemos en el cielo....

Ruja la tempestad, sin temor deje
Mi nao a la ventura
¿Qué me importa? ¿no sé que Dios proteje
A toda criatura?

I si basta la fé, si la confianza
Todo un eden encierra
¿Qué son, cuando tenemos la esperanza,
Los males de la tierra?....

J. A. Soffia.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Se nos ha remitido la siguiente:

1. *Almo*, puro, es el ser que a el alma mia
Con hermosas quimeras alimenta,
I es *almo* el cielo azul i es *almo* el dia
I cuanto Dios con su cariño alienta
2. *Hada* divina, alúmbrame en la tierra
Con la luz de tus ojos bienhechora;
I de mi triste corazon destierra
Tenaz recuerdo que importuno llora
3. I, cual en blanda *almohada*, haz que mi [frente
Pose en tu seno cándido, inocente.

Un Derviche.

Contenido de este número.

I.—Cuarto año, por los Editores.
II.—El sentimiento en la literatura cristiana i la pagana, por F. Gonzalez E.
III.—El consuelo de los que sufren (continuacion), por Mariano Egaña.
IV.—A la Virjen María (poesía), por Pio Varas (Inédito).
V.—Revista Bibliográfica.
VI.—No me quejo de ti (poesía), por Alberto F. Dávila.
VII.—Poeta i soldado (romance), por Cárlos Walker Martinez.
VIII.—Los Jesuitas i sus detractores, (continuacion), por Máximo R. Lira.
IX.—Confianza (poesía), por J. A. Soffia.
X.—Solucion de la charada del número anterior.

Circulo de Colaboradores de «La Estrella de Chile.»—La sesion correspondiente al dia de hoi tendrá lugar mañana a las siete i media de la noche.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, octubre 16 de 1870. Núm. 159.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

ÉL ARTE LIBRE.

«Que aquél que haya recibido el alto don de modular cantares, cante en la poética selva de Alemania. Da vida a el alma i dicha al corazon oir que cada rama del árbol tiene un son que le es propio.

«Nó, no está entre nosotros a orgullosos nombres encadenado el arte lírico: esparcida está esa semilla por todos los ámbitos de la tierra alemana.

«Exhala valerosamente i con libertad los tiernos sentimientos en que rebosa el corazon; que tu amor mane de tus labios como manso arroyuelo i que tu cólera resuene como el trueno.

«Si no cantais todo el espacio de vuestras vidas, que sea a lo ménos miéntras la juventud; miéntras la época dura en que abren sus cálices las flores, i el ruiseñor encanta al valle con sus trinos.

«Si no puedes acumular en un libro las inspiraciones que te legaron los instantes pasados, arroja una hoja suelta al viento, que la cojerá al pasar la juventud ardiente.

«Léjos de nosotros las artes misteriosas de la alquimia i de la nigromancia: la fórmula no nos tiene cautivos entre sus rejas: nuestro arte se llama poesía.

«Tributamos al jenio un culto relijioso; pero los nombres no valen para nosotros mas que el humo: honramos a los maestros; pero nuestro arte es libre.

«No en las frias sepulturas de mármol, ni en los sombrios templos levantados a la memoria de los muertos, sino en los frescos bosques de encina respira i tiene su morada i asiento el Dios de la Alemania.»

Traduciremos en seguida algunas composiciones en que el poeta se inspira principalmente en la naturaleza.

LAS RUINAS.

Duerme bajo esas ruinas, viajero, de los siglos
Que aun brillan con el lustre de un fúljido (esplendor;
I acaso si dormirte bajo su sombra puedes
En sueños, con sus frisos i blancos capiteles,
Alzarlas há cual fueron tu jenio creador.

EN MAYO.

Como la luz, las flores
Brillando están,
I verde aureola ciñe
Con vivos resplandores
Al árbol secular.

De negras nubes, cielo,
Cúbrete ya:
Guarda tu luz que tiene
Hoi luz sobrada el suelo:
De mas la tuya está.

A UN POETA MUERTO DE HAMBRE.

¡Así lo quiso la suerte!
Entre cuidados viviste,
I entre cuidados ¡oh poeta!
Tambien te cojió la muerte.
La bruja que allá en la cuna
Tu porvenir anunció
De sobra a entender lo dió
Cuando quiso destinar
Tu boca imprudentemente
Para cantar solamente,
I solo para cantar!
Murió tu madre i quedaste
Huérfano i en desamparo;
Lo que fué casi avisarte
Que en esta prosaica tierra
Nunca hallarias amparo.
Puso el mundo sus tesoros
Su opulencia i su grandeza
A tu vista; mas tan solo
Debias ver su belleza
Desde léjos, i cantarla
Despues en tu laud sonoro;
¡Pero no de cuerdas de oro!
Te daba la primavera
Contento, fuerzas i vida

I en la flor de la pradera
Tu alma inspiracion bebia.
Otros el fruto cosechan
I esprimen felices la uva,
I el dulce jugo aprovechan,
I dueños son de la cuba.
¿Cuántas veces miéntras tú
Con agua limpia apagabas
La sed, a otros alegraban
Tus inspirados cantares;
A otros que devoraban
Los mas sabrosos manjares,
Mascando al son de tu lira
A que solo el hambre inspira.
Miéntras viviste en el mundo
Espíritu parecias
I te embriagaste i viviste
De aromas i de ambrosía.

Hoi frio cadáver es
I su lira pende huérfana
De las ramas del ciprés.

Tierra, sobre él no peses importuna:
¡El triste no pesaba lo que pesan
El céfiro, las sombras i las plumas!

No por vivir en estrecha intimidad con la naturaleza desconoce Uhland los tiernos sentimientos del alma. Sabe espresarlos con una delicadeza que encantan en Alemania el corazon de las jóvenes i de las madres. No hai quien no sepa de memoria i cante sus *Lieder*. Las señoras de alto copete las modulan en el piano para disipar el fastidio de las noches largas i la pobre hilandera las entona para llegar mas lijero i sin sentirlo al fin de su tarea.

A esta clase de composiciones pertenecen las dos siguientes:

EL NIÑO PIADOSO.

Cuando ¡oh madre querida! la tierra
Como un manto tus restos cubrió
Fuése tu hijo llorando al sepulcro
I allí, puesto de hinojos, oró.
En seguida en el verde collado
Donde duermes el sueño sin fin
Dos rosales plantó con su mano,
Dos rosales color de carmin.
A tus piés como símbolo eterno
De sus penas un sauce plantó
I cubrióte con mármol blanquísimo
Como tu alma que al cielo voló.

MUERTE DEL NIÑO.

El niño.

¡Madre! escucha esos blandos acentos!
Oh qué dicha poderlos oir!
Cómo mi alma se embriaga! Mas duermes...
Oye! madre, ya basta el dormir!

La madre.

Ya despierto...la noche está en calma...
Nada escucho. Descansa, hijo, en paz...
Talvez fué serenata lejana:
Talvez, hijo, soñando estarás.

El niño.

Madre, nó, que tan dulce armonía
No es humana; esa célica voz
Es de un ánjel que alegre me llama:
Madre, duerme, no llores... ¡Adios!

RESOLUCION.

Hoi a este valle
Viene mi amada;
No mas cobarde
No mas seré:
Ya no, como ántes,
Huiréme al verla;
Hoi arrogante
La esperaré.
Ella es un ánjel

Vamos a ocuparnos de otra especie de composiciones. Los mejores años de los artesanos i estudiantes son sin disputa los que emplean en viajar; ya sea para perfeccionarse en el arte que han estudiado, ora sea para evocar en los lugares clásicos la sombra de los grandes hombres i el recuerdo de los heroicos hechos. Aquéllos a quienes las musas han elejido por discípulos salen tambien a recojer el jugo que mas tarde han de convertir en miel sabrosa.

Los pueblos del norte aprecian en tan alto grado la utilidad de esta educacion del poeta por la naturaleza que muchos de ellos suministran los fondos necesarios para el viaje (*reisestipendia*) a los estudiantes pobres i cuyos talentos prometen algo para lo futuro.

Así viajaban en la edad media los bardos i los *minnesinger*, llamados con justicia por un poeta aleman, *los caballeros andantes de la poesía*.

Eran sus torneos dulces combates de coplas amorosas, que no dejaban por eso de

concluir a veces de una manera trájica, como es de ello sobrada prueba aquel famoso combate de Wartburgo en que el que fuese vencido debia morir. Pero de ordinario en estas justas de rimas no habia mas lanzas rotas que algunas cuerdas de las liras. Una *lied* de Uhland describe con encantadora precision esa vida nómade i alegre del *minnesiyer*. Sus canciones, dice, brillan como una diadema de flores en torno de su frente. Lo acompañan cual fieles amantes por entre los bosques. Llega a las fiestas populares, canta en la real morada i se sobrecoje de admiracion la multitud de los convidados: su canto ilumina la sala del festin: las mujeres mas bellas lo coronan con las flores mas lozanas i hermosas: sus ojos resplandecen de júbilo i sus mejillas se tiñen de carmin.

Las *lieder* de Uhland son otros tantos dramas en miniatura. El poeta no busca a su héroe, toma el que el acaso le presenta; aquí es un cazador; mas allá un músico ambulante a quien el viento de la tempestad inspira sombria entonacion. Otra vez un jeneroso manzano a cuya sombra el poeta se ha quedado dormido, sacude sus hermosas ramas i deja caer el sabroso fruto sobre el peregrino que se refresca con él al despertar. Pero entre todas estas canciones, muchas de las cuales no son sino alegres juguetes, hai una que vamos a traducir porque parece exhalar ese perfume de las antiguas costumbres alemanas i de la hospitalidad antigua.

EL DERECHO DOMÉSTICO.

¡Bien venido el huésped sea
Que el piadoso Dios me envia!
La capa con alegria
I el bordon al muro cuelga.
Sed el primero en mi mesa!
Que eso cumple al peregrino
I que una copa de vino
Levante tus caidas fuerzas.
Si de tu patria te aleja
Negra injusticia o venganza,
En mi hogar con la esperanza
Abrigo i familia encuentras.
Solo una cosa te pido:
¡Guárdate huésped querido
De alterar
Las costumbres que tuvieron
Nuestros padres que murieron
En su hogar.

El sentimiento que revelan estas estrofas prueba hasta qué punto poseia el poeta el ideal caballeresco. Este elevado carácter de su musa rebosa sobre todo en sus baladas i romances; i a nuestro juicio, en estos últimos, Uhland, que ha tenido tantos i tan diestros imitadores, ha sido del todo inimitable.

Antes de entrar en esos encantados dominios del poeta, donde con gusto recojeriamos mas de una flor fragante, ocupémonos de dos especies de composiciones del todo opuestas i en que Uhland se ensayó mas de una vez con la maestria propia de él: es a saber, los brindis o canciones de sobremesa i la balada o canto relijioso. El poeta ha buscado siempre el argumento de estos últimos, en la edad media católica i en la vida contemplativa de los claustros i monasterios. Su tema inevitable es el abandono de las mundanas alegrías por las santas alegrías del cielo. Una que otra vez, para producir un poético contraste, los ojos de la monja que se elevan en éxtasis hácia la patria celestial se humedecen con una lágrima arrancada por un tierno recuerdo del mundano destierro que en vano se empeña en olvidar completamente.

Las canciones *báquicas* no son jeneralmente mas que odas panteistas en donde se reflejan, como al traves de un prisma, los infinitos rayos de la esperanza, de las ilusiones, de la fantasía, con multitud de imájenes, ya reales ya imajinarias. Pero la impresion que deja en el alma el conjunto nunca deja de ser saludable i moral: júzguese por las siguientes estrofas.

CANCION BÁQUICA.

La cuenta ya hemos perdido
Del vino que hemos bebido.
¡Sigamos bebiendo!
¡Brindando sigamos!
Ya innumerables van siendo
Las estrofas que cantamos
¡Sigamos bebiendo!
¡Cantando sigamos!

El cielo i la tierra los vientos i el mar
Acudan lijeros la mente a inspirar;
Misterios i sombras, niñez, senectud,
El crimen odioso, la amable virtud.
Ya la trompa retumba en el bosque,
Ya las trahillas cruzándolo van,
Los briosos corceles relinchan,
I veloces los ciervos caminan.

Frescas aguas al monte a buscar.
La temible escopeta resuena:
Ya la presa cojida estará.
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

Allá están la tormenta i las olas
Que se chocan con bárbaro afan;
Los peñascos de espuma se visten
Miéntras frájil entena resiste
Valerosa al tremendo huracan.
¡Lucha....llama....se pierde....sucumbe...!
Huerfanitos i viudas ¡llorad!
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

Allí vense ardorosos campeones
Con sus lanzas entrarse a la lid:
Los contrarios rabiosos se encuentran
I al pisar los corceles las piedras
Vénse chispas brillantes lucir:
Silba el plomo i las balas mortíferas
Van los pechos valientes a herir.
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

¿No sentis cómo suena en los aires
La trompeta del juicio de Dios?
Ved cual se alzan los muertos lijeros
Para oir en el dia postrero
Del gran Juez la terrífica voz.
Se abre el cielo i con palma los ánjeles
Cantan: ¡Gloria sin fin al Señor!
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

A la postre i despues de la caza,
I las bravas tormentas del mar,
I despues de las luchas sangrientas,
I despues de la trompa tremenda,
Precursora del juicio final,
En el vino i los cantos pensemos
I en las copas henchidas topar.
La cuenta ya hemos perdido
Del vino etc.

Estas estrofas son a nuestro juicio un modelo de los cantos báquicos tales como los comprenden i cantan los alemanes. Todas las ideas i sentimientos que hacen latir el corazon del hombre, entran en esta especie de composiciones; vénse en ellas esa inquietud eterna a que estamos entregados miéntras vivimos, ese ardiente deseo por llegar a una patria mejor, simbolizado entre los poetas alemanes por sus sagradas i seculares selvas, i finalmente esa inclinacion invencible hácia todos lo desconocido, lo tétrico i lo ideal. Los alemanes han dado así a sus canciones báquicas un carácter elevado que no han querido o logrado darle los franceses. Consideran el vino como un medio de exaltar las nobles facultades del alma. En este mismo sentido escribió el jóven poeta M. Laprade este delicado i hermoso verso sobre el vino:

«Buvons-le chastement comme le sang d'un Dieu.»

Demos ahora una muestra de la balada o cancion relijiosa de Uhland.

LA MONJA.

Pálida como el mármol i tranquila
Cual la conciencia limpia, silenciosa,
Del monasterio por la huerta umbrosa
Paséase una monja: su pupila
Lágrima dulce i misteriosa empaña
Que despues rueda i sus mejillas baña.

«¡Oh dulce amado i prometido esposo,
Muerto en la aurora de tu edad primera!
¿Con qué aun me atrevo i criminal me gozo
En recordar tu imájen hechicera?
Anjel del cielo, a quien mi labio invoca,
¡Aun oso amarte irreverente i loca!»

Así diciendo ante la imájen bella
De una Vírjen detúvose su pié,
I de María, en la jentil doncella,
Una mirada, a detenerse fué,
Con pura luz su rostro iluminando
I de estrellas su frente coronando.

Allí se pone la infeliz de hinojos
Callada i triste, i a la imájen santa
Piadosa alzando los azules ojos
Su alma con ellos hácia Dios levanta....
¡Murió! i cayendo de su frente el velo,
Cerró los ojos i volóse al cielo!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará.*)

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

(Conclusion.)

I estaba resuelto a impedir que la enterraran i tengo la conviccion de que si hu-

biera visto el féretro que destinaban a su cadáver, lo habria hecho pedazos en mi desesperacion.

Ah! Pero me sucedió una cosa tan providencial, que despues no he podido esplicármelo sino como un milagro operado por ese ánjel.

Me vino una especie de enajenacion mental, una especie de delirio o de ensueño.

Talvez la fatiga, el dolor o las exijencias de la naturaleza me sumieron en un adormecimiento incomprensible.

Ignoro si cerré los ojos, pero si recuerdo que nada vi, nada oí de lo que pasó en aquella habitacion.

Me pareció que la veia vestida de blanco, hermosa como la esperanza i melancólica como el recuerdo. Una música que semejaba una orquesta de los ánjeles elevaba mi espíritu hasta Dios. Elena estaba en medio de un hermoso grupo de vírjenes tan puras como ella, que entonaban un cántico impregnado de armonía i de ternura. Su voz mas arjentina i suave que las otras sobresalia entre todas. Yo percibia distintamente estas palabras:

Los ánjeles me invitan
A su mansion feliz
Ah! vente dueño mio,
Vente conmigo aqui!

El hermoso grupo comenzó a alejarse lijero, mui lijero. A medida que iba alejándose la tristeza i el hastío se apoderaban de mi pobre corazon i el grupo avanzaba sin cuidarse de nada. Pronto Elena se habia perdido de vista... ya no era mas que un recuerdo... yo le habia dado el último adios!...

Cuando volví en mi, abrí los ojos... la habitacion estaba vacia!...

Entónces me dió un vértigo. Me diriji como un loco a la pieza que ocupaba la señora i que estaba como yo, deshecha en lágrimas.

—Ah! le grité, han robado a su hija i usted en vez de impedirlo, no sabe mas que llorar! Miserable! Si Elena no vuelve, usted me responde con su vida!...

Me iba a precipitar sobre ella, cuando apareció en la habitacion el anciano i venerable jesuita que acompañó a Elena en sus últimos momentos.

—Hijo mio, me dijo sujetándome con dulzura, respeta el dolor de una madre. Elena, peregrina en este mundo, ha vuelto a su celestial mansion. En nombre de ese ánjel, en nombre de sus últimas palabras, en nombre del amor que en vida los unió, yo exijo de usted que me permita acompañarlo hasta su casa.

La voz solemne del sacerdote me produjo un efecto estraño. Sin fuerza para resistir, me dejé llevar por él. Me condujo a una habitacion i me hizo acostar.

La fiebre que me devoraba me sumió pronto en un letargo profundo. Dos dias permanecí en cama.

Cuando me levanté, mi espíritu estaba un poco mas tranquilo. Pude entónces meditar en mi horrible situacion, i no comprendiendo ya la vida tuve, como la has tenido tú, la idea de suicidarme.

A las 9 de la noche me puse a escribir una carta a mi hermana.

—«Hermana mia, le decia, cuando recibas esta carta, tu desgraciado hermano habrá muerto.

«Tú sabes cuanto amaba a Elena. Sabes que le adoraba con delirio, que no concebia la felicidad fuera de ella, que mi alma le pertenecia, que ni aun arrancándome el corazon podria borrar su imájen: le debo tanto bien, tan completa felicidad!

«Ella me abandonó... i ai!.. sin ella me asesina hasta el aire que respiro!...

«Sé que derramarás muchas lágrimas al saber esta noticia... perdóname, hermana mia, yo no puedo resistir al dolor... i sucumbo...»

Habia concluido esta carta. Mi revólver estaba preparado sobre la mesa. Fuí a tomarlo cuando sentí una mano sobre mis hombros i oí una voz que me dijo estas palabras:

—Hijo mio. Elena me envia para consolarte e infundirte valor!

Era el anciano sacerdote que, en efecto, parecia enviado ahí por la mano de Dios mismo.

Su presencia, su voz, sus palabras el dulcísimo nombre de hijo que acababa de darme, todo me avergonzó i yo que sonreia a la vista de la muerte, palidecí en presencia de aquel anciano.

—Consuelo! valor! repetí. Anciano, vos no habeis amado nunca i por eso imajinais que cabe consuelo en mi dolor.

—Hijo mio, replicó el venerable jesuita, tu comienzas a vivir i ya has aprendido a conocer la desgracia i crees que yo, que tengo tres veces tu edad no la comprenda?

Mira i cada uno talvez de mis cabellos blancos representa una lágrima vertida i otra lágrima enjugada. En mi larga vida he podido consolar mas de una vez dolores tan profundos como el tuyo i es que Dios que nos ha dado una mision de paz i de consuelo, guia nuestros pasos, alumbra nuestra intelijencia i nos ausilia en nuestra obra. Confia en él, hijo mio, i él devolverá la paz a tu corazon i la tranquilidad a tu alma.

—Ah! Yo necesito morir porque necesito verla!

—Conozco que el estado de tu ánimo, ijo mio, no te permite oir largas reflecciones. Me limitaré solo a hacerte una pregunta: no consideras tú como una felicidad incomparable, vivir eternamente al lado de Elena, gozando sin inquietudes ni temores de todas las inefables delicias de su amor?

—Es la única felicidad posible, es la felicidad suprema!

—Pues bien! Qué méritos has contraido tu para hacerte acreedor a una felicidad como ésta? Has aliviado las desgracias de tus hermanos? has practicado la caridad, has tenido fé? Nó! La felidad a que tú aspiras no puede darse sino en premio de una vida entera consagrada al bien i a la virtud.

—Pero vivir léjos de Elena!...

—Estas separado de ella; pero esta separacion no será larga. Nuestra vida es un soplo, es un suspiro, es una nada. Despues viene la eternidad, la eternidad feliz o desgraciada pero inevitable. Si tú aguardas tranquilo i resignado el dia en que Dios se sirva poner término a tu dolor, verás a Elena i serás eternamente venturoso; pues si pretendes acortar la distancia que te separa de ella no harás otra cosa que poner una abismo entre los dos, un abismo infinito que nadie podrá salvar jamás.

Las palabras inspiradas i elocuentes del anciano caian como gotas de rocio sobre mi alma i la devolvian si no la paz al menos la resignacion.

—I bien, pregunté despues de un momento de silencio ¿qué debo hacer para alcanzar el bien a que aspiro?

—Amar a Dios sobre todas las cosas i a tu prójimo como a ti mismo, me contestó. A este solo precepto se reduce el Evanjelio; ese código sublime de amor i de bondad escrito por la mano de Dios mismo i que encierra un alivio para todos los dolores, un consuelo para todas las desgracias.

—Yo no tengo valor para vivir!...

—Dios te lo enviará, hijo mio. Vente conmigo i en el silencio i soledad de nuestra casa, hallarás un bálsamo para tus heridas.

Mañana comienzan unos ejercicios espirituales que se dan con frecuencia para jóvenes como tú. Esta vez asistirán diez i nueve: tu serás el vijésimo.

—Haced de mi lo que gusteis, dije al sacerdote, sintiéndome ya sin fuerzas i sin voluntad para cuestionar.

En efecto, pasé allí los nueve dias que duraron los ejercicios.

Oh! Jamás hubiera creido que la relijion católica tenia un tesoro tan inagotable de consuelos.

Allí, en esa santa casa, oyendo la palabra inspirada de austeros i sabios relijiosos, elevando continuamente mi espíritu a Dios, alejado del mundo, ocupado solo del alma, encontré la resignacion hija de la fé. Comprendí que mi dolor irreparable, inmenso, no podia encontrar lenitivo sino en algo infinito i eterno.

Allí aprendí a conocer esas dos virtudes que son el fundamunto de las demas: la caridad i la humildad, esa virtud tan rara en el mundo i sin la cual la caridad no puede existir en toda su espléndida hermosura.

Abandoné aquel recinto con un sentimiento profundo. Me parecia que al alejarme de allí, me alejaba tambien del alma de Elena.

Llevaba la firme resolucion de enjugar todas las lágrimas que viera derramar i de procurar un alivio a todos los dolores que pudiera mitigar.

El bullicio de la ciudad me desagradaba hasta parecerme insoportable. No concebia como el mundo podia continuar su acostumbrada marcha, sin detenerse ante el espectáculo de una alma desierta de ilusiones i de un corazon agostado por el dolor.

Me retiré al campo i en esa amable soledad i dulce paz, mi espiritu pudo entregarse con mas desahogo a la contemplacion. Al levantarse i al ponerse el sol me dirijia a un pequeño cerro próximo al fundo en que vivia i en cuya cúspide habia

una cruz plantada por la ferviente caridad de un misionero, i allí, bajo el cielo i en medio del espacio, pedia al Señor la gloria para Elena i la paz para mi alma.

Cuatro años pasé de esta manera: ni envidioso, ni envidiado.

Conocí entónces a Luisa, ese ánjel de bondad i de sencillez, i sentí hácia ella un afecto suave i tranquilo. No la amaba: no cabia en mi corazon otro amor que el de Elena; pero me inspiró una especie de amistad, algo como ese cariño de hermano.

Pero yo tenia para ella un atractivo poderoso: esa tristeza romántica que nunca me abandonaba, i la circunstancia de ser talvez el primer jóven de alguna educacion que ella conoció.

No me fué difícil comprender que Luisa sentia por mí un amor sincero i profundo.

Yo habia prometido a Elena en sus últimos momentos, aunque por cierto sin saber lo que prometia, tomar una compañera para recorrer el camino de la vida. Por otra parte, sabia que aquella niña seria desgraciada viéndome insensible i frio a sus amores.

Estas fueron las causas de mi matrimonio.

Luisa fué feliz durante los dos años que vivimos juntos. Yo la apreciaba demasiado para omitir todas aquellas demostraciones de cariño que tanto la halagaban i procuré hacerla agradable mi compañía. Murió al dar a luz a mi querida Elenita. Su muerte fué un golpe bien cruel para mí que veia en ella un ánjel de bondad.

Todo mi afecto se reconcentró entónces en aquella creatura débil que Dios me habia enviado i que reunia los recuerdos de la mujer que tanto amé, ligados a los de aquella a quien debia el ser.

Dios ha colocado en el corazon humano un tesoro infinito de un amor puro i elevado que permanece oculto para el hombre hasta el dia en que aparece ese ser pequeño i frájil a quien damos el dulcísimo nombre de hijo.

Yo derramé con profusion ese tesoro i Elenita fué el dulce objeto de mis mas solícitos cuidados.

Dios sinembargo, que nos da i nos quita con una sabiduría impenetrable todos los bienes de este mundo, me arrebató aquel pedazo de mis entrañas. Amante vime separado de mi amada; esposo, de mi esposa; padre, de mi hija.

Estaba resuelto en los altos juicios de Dios: yo no debia amar con particular afecto a nadie en el mundo i el amor al prójimo era el único que debia ocupar mi corazon.

Desde aquel dia terrible de prueba i de martirio, no he tenido otro consuelo que el que ahora te doi con todo el afecto de una amistad sincera: amar a Dios sobre todas las cosas i a nuestro prójimo como a nosotros mismos.....

.....

.....

.....

Cárlos habia terminado. Un doloroso suspiro, arrancado por tan tristes recuerdos, manifestaba a Ricardo que su jóven i desgraciado amigo habia apurado la copa del dolor.

La luz del nuevo dia alumbraba ya el aposento.

Despues de una noche tempestuosa i cruda, el sol aparecia brillante i espléndido.

Tal es la vida! Al dolor sigue amenudo la esperanza.

¡Ai de aquellos que viven en eterna tempestad!

MARIANO EGAÑA.

LA ROSA.

De las flores del prado
La rosa es la mas bella;
Lirios, claveles, todas
La aclaman por su reina

El mas preciado aroma
Bebe el aura en ella
I en su torno murmura
Dulce, plácida i fresca

La linda mariposa
Inconstante i lijera
Prendada de la rosa
Entre sus ramas vuela.

La gota de rocío
Como brillante perla

Se ostenta en su corola
Mas cándida i mas bella.

¡Bendito sea el Señor
Que adornó la pradera
Con mil hermosas flores
De que la rosa es reina!

R. C. B.

ORIJENES DE LA IMPRENTA.

(Traduccion).

Dans le palais superbe et dans l'humble chaumière
L'art qu'ils ont inventé va porter la lumière.

La imprenta no ha nacido a despecho de la relijion católica, sino en su seno i mecida por ella. Como primeros elementos, como átomos elementales i primitivos de este descubrimiento, se encuentran leyendas toscamente esculpidas, reproducciones de oraciones en planchas de madera, fragmentos biblicos, libros de educacion redactados por los monjes. I asi debia ser. El clero era el único institutor de las almas i de los talentos. Espliquese el nacimiento de la imprenta por los *donats* de Holanda o por los juegos de naipe del siglo XV, no se puede negar la influencia del clero. Los filósofos de estos últimos tiempos, mui poco devotos, como es sabido, han ocultado este orijen eclesiástico lo mejor que han podido: ¿qué no han dicho contra los monjes agustinos, dominicanos i benedictinos?-Esos monjes son sinembargo, los primeros promotores de la imprenta, o mas bien los primeros impresores. Habian hecho las catedrales, las habian adornado, esculpido i llenado de vidrios trasparentes con pinturas. Todas las artes se habian desarrollado en sus manos. Ninguna bella iglesia habia que no estuviese adornada con esos vidrios, brillantes como diamantes, que reflejaban en el pavimento hermosas manchas color púrpura, azul, anaranjado i representando toda la historia de la Biblia. Esa era la Biblia del pobre. El que no sabia leer, veia. Cuando el clero observó que las cartas de juegos circulaban en manos de todos, trató de aplicar las cartas a esos mas nobles i mas piadosos. Con ellas se perdia el dinero; quiso que se esperara ganar con ellas la salvacion.

El clero aconsejó a los fabricantes la creacion de hojas de pergamino separadas, que llevasen, en lugar de los retratos de César i Dido, bonitos santos i bellas santas con leyendas i algunas veces con sus nombres. La obra no era difícil; bastaba copiar las pinturas de los vidrios de las iglesias. Se jugaba al naipe con los fieles, i aunque no hubieran sabido leer, no habia como cerrar los ojos i no recordar a Moises, Faraon, José o Jacob. Mui luego esas nuevas cartas, del tamaño de la mano, fueron mui buscadas; se las juntó para hacer coleccion de grabados. Todas las pinturas en vidrio del convento de Hirschau se encuentran, dice Lessing, en la venerable coleccion llamada *Biblia Pauperum*. Esta fecundidad de la idea es el mas profundo i el mas admirable de los prodijios.

Esas estampas eran grabadas en madera, como los antiguos naipes. Allí no hai perspectiva, proporcion, ni gradacion de luz. Sin embargo, el estudio de los vidrios perfeccionó esos grabados en madera. Hubo dos cofradías, la de los *talladores en madera* i la de los *pintores de letra* o *ymagiers*, ámbas mui ricas. Asi el dibujo, el grabado, la pintura, la imprenta imitada de antiguos modelos, habian contribuido ya a formar ese arte que entónces no era mas que un bosquejo.

Todo esto pasaba en el momento en que fermentaba una singular exaltacion, en que el rei buscaba libros, el pobre queria descifrar una inscripcion, en que se contrataba un copista con seis meses de anticipacion, en que Alfonso de Nápoles hacia la paz con Médicis, que le habia prestado un manuscrito. Ya que se grababa pasajes de vidas de santos en planchas de madera, ¿por qué no grabar tambien en ellas palabras, frases i párrafos? ¿Por qué no servirse del mismo medio para sacar muchas copias? El clero ganaba considerablemente con la popularizacion de las leyendas i de los salmos. Esas toscas imájenes de santos que se ven clavadas en nuestras cabañas son iguales a los informes ensayos de la imprenta. Comenzó por pequeños *specula humanæ salvationis*, por gramáticas para el uso de los conventos, por fragmentos de cánticos que reemplazaban económicamen-

te los libros. No investigaré aquí cuándo termina la época de los grabados en madera o *xilografía*, cuándo i por qué manos felices se movilizaron los caractéres del alfabeto a los cuales dió tanto poder ese fraccionamiento, si el prodijio se operó en Harlem en 1400, en Estrasburgo en 1440, en Maguncia en 1460, en Bamberg en 1461. Cada opinion cuenta grandes autoridades en su apoyo; no seria imposible que todas tuviesen razon, que ensayos incompletos, tentativas frustradas, numerosas, diseminadas hubieran precedido al descubrimiento definitivo, que debia reemplazar el manuscrito por el libro impreso.

F. Chasles.

A peticion de su jóven autor, damos cabida en nuestras columnas a la siguiente composicion, declamada en la última solemne distribucion de premios del Colejio de los Sagrados Corazones i publicada con algunos errores en la prensa diaria.

ALOCUCION A LOS PREMIADOS.

Junto al hermoso campo del progreso,
En belleza rival, otro se estiende:
Allí la libertad con embeleso
Sus bellas alas a los aires tiende.
I baña de la ciencia,
Brillante el sol con sus brillantes rayos,
El campo donde en triunfos i desmayos
Busca aliento i vigor la intelijencia!

Desde que brilla la niñez hermosa,
El hombre figurado allí aparece:
Que es teatro de gran lucha, lucha honrosá
Do hasta el mismo vencido se enaltece;
Obtener la victoria
Es para todos decidido anhelo
Porque en la gaza del sereno cielo
Con oro escrito está: ¡Premio: la gloria!

En ese campo Ciceron i Hòracio
Alcanzaron el nombre que hoi les queda;
I lanzaron sus cantos al espacio
El gran cantor de *El Lago* i Espronceda:
Apóstol de su idea,
Hace su nombre espléndido Linneo,
I ardiendo en entusiasmo Galileo,
Su mirada en la bóveda pasea.

Es ese campo la Instruccion, do el hombre
Que ama la libertad, progreso ciencia,
Debe acudir a esclarecer su nombre
I a elevar su entusiasta intelijencia:
¡Ah! si obra de este modo,
Hará el mundo un oásis de belleza:
Honores obtendrá, dicha i riqueza,
I si la fé lo ayuda, tendrá todo.

Bien habeis vuestro puesto allí ocupado:
Triunfando lo habeis hecho mas brillante:
A imitacion del varonil soldado
Ha sido vuestra norma ir adelante;
La ardiente fila rota,
Siguiendo a la victoria no se vea:
Que aunque hubiera heroismo en la pelea
Es triste en pos del triunfo la derrota.

Con el estudio renovad cada año
Los laureles que adornan vuestras sienes,
I a vuestro porvenir no será estraño
Brindaros goces i deseados bienes.
I brillar vuestra estrella
Verá la sociedad entusiasmada,
Que los triunfos que avista su mirada
Son dignos triunfos i laureles de ella!

I la patria tambien ¡con qué contento
Os verá trabajar para instruiros!
Lanzará de continuo el raudo viento
De alborozo i de amor dulces suspiros.
Dirá al mundo acaso:
«Yo siempre seré grande i siempre fuerte:
«Si arranca de su puesto hombres la muerte,
«Hallo en la juventud el reemplazo!»

Asi como en el campo de batalla,
Ante la enseña tricolor querida,
Nuestros héroes, rompiendo toda valla
A Chile dieron libertad i vida:
Guiados por su ejemplo,
I a la sombra tambien de ese estandarte,
De Chile haced con la Instruccion i el arte
De ciencia i de trabajo hermoso templo!

Fermin Vergara Montt.

DELIRIOS DEL TROVADOR.

A MANUEL CASTILLO.

I.

¿Quien como tú feliz sobre la vida,
Enviado al mundo en plácida alborada,
Del alto olimpo estrella desprendida
Para alumbrar la tierra infortunada?

¡Flor que en tallo jentil lozana vives
Blandamente mecida por las brisas,
Que de las ninfas el cantar percibes,
Néctar bebiendo en sus sin par sonrisas!

¿Quien como tú, cuya alma adormecida
Entre el leve crespon de blancas brumas,
Mira la selva del eden florida
Que matizan las aves con sus plumas?

Tú que cumpliendo tu mision sublime,
Al grato son de citara armoniosa,
Prestas consuelo al misero que jime
Trazándole una senda venturosa:

Tú que en el cielo con los ojos fijos
I de ternura rebosando el pecho,
Has consagrado a tus amantes hijos
Himnos de amor en su inocente lecho.

Tú que al compas de inimitable quena
Cantas el triste yaraví peruano,
Que al escucharlo el corazon que pena
Se considera de jigante, enano.

Tú que por fin con misterioso acento
Del Misti cantas la ignorada historia,
Erijiendo al volcan un monumento
Que eterna hará su inmarcesible gloria;

Forja un pensil de embalsamadas flores
En el dorado alcázar de tu mente,
I puros se deslicen tus amores
De aura apacible al delicioso ambiente.

Sueñe tu alma en placeres embriagada
Un fantástico mundo de ilusiones
I no atiendas la voz infortunada
Del triste trovador en sus canciones;

Que en vez de notas de armonioso canto,
Al son consolador de una arpa de oro,
Tan solo escucharás ayes de llanto;
I en plañidera lira, ecos de lloro....

Yo tambien, como tú, feliz vivia
Exento del dolor, libre del duelo,
El placer en sus brazos me mecia
I el porvenir me prometia un cielo.

Yo en la gloria creí i en los laureles,
Pensé con ellos coronar mi frente,
I a mi cuerpo ceñir los oropeles
Que presta el mundo a la atrevida jente.

Pretendia cantar de la belleza
El perenal i seductor encanto,
Desde el albor que con el dia empieza
Hasta que cae de la noche el manto.

I cuando mi alma en ambicion ardiendo,
Un fantástico eden me prometia
Mil májicos espacios recorriendo
Mi acalorada mente, así decia:

II.

Yo cantaré de Dios la omnipotencia
Sin atreverme a escudriñar sus juicios;
Adoraré su incomprensible esencia;
I ante su faz se estinguirán mis vicios.

Pregonaré sus iras eternales,
I al escuchar que es infinito El solo,
Se postrarán los miseros mortales
I mi voz sonará de polo a polo.

Yo cantaré del mar las tempestades,
Al ronco son del huracan i el trueno;
El velo rasgaré de la edades,
I me abrirán las tumbas su hondo seno.

Contaré de los muertos las historias,
I a mi voz se alzarán reinos e imperios,
Revivirán sus sepultadas glorias
I el libro escribiré de sus misterios.

Imitaré el jemir de los torrentes
Para llorar sus dolorosas cuitas,
I entre el murmullo de apacibles fuentes
Referiré sus amorosas citas.

Antes de ver la luz de la mañana,
Sorprenderé al amante que delira,
En coloquios al pié de la ventana,
Con la amada mujer por quien delira.

I miéntras que ámbos libarán contentos
El néctar del amor en copas de oro,
Yo seré el trovador, i mil concentos
Los aires poblarán en dulce coro.

I a sus fieras conquistas i batallas
Yo seguiré entusiasta a los guerreros,
Describiré sus cotas i sus mallas
I el doble rechinar de sus aceros;

I el empuje feroz de sus caballos
Que harán temblar bajo sus piés la tierra
I el bárbaro valor de mil vasallos,
Entre el clamor unánime de guerra.

I al concluir la indómita pelea
El grito aterrador de la victoria,
Cuando en el aire un estandarte ondea
Adjudicando al vencedor la gloria.

Compilaré las intrincadas leyes
De la era culta i de la edad salvaje,
I contaré la historia de los reyes
Desnuda de su espléndido ropaje.

I al repasarla, absortas las naciones,
Sin careta verán a sus tiranos,
Empapados en hiel sus corazones
I de sangre infeliz tintas las manos.

Yo cantaré el lamento moribundo
De la raza de Adan desventurada,
Cuando, perdiendo su equilibrio el mundo,
Se derrumba en el seno de la nada.

I vibrarán, por fin, en el futuro
Las cuerda de mi lira de poeta,
I al describir el porvenir oscuro,
Seré, a la vez que trovador, profeta.

I cuando cese de vibrar mi acento,
Cansado de cantar duelos i amores,
Concentraré en mi mente el pensamiento
I hará brotar mi fantasia flores.

¡I tan bella ilusion absorta el alma,
I ébrio mi corazon en sus delirios,
Empuñaré del trovador la palma
I mi sien orlaré de blancos lirios.

I al despertar del éxtasis divino,
Estraño al sentimiento de otros seres,
Seguiré infatigable mi camino
En pos de otros incógnitos placeres.

III.

Asi decia yo, necio, forjando
En mi audaz fantasía mil quimeras,
I el corazon avaro alimentando
Con dulces esperanzas lisonjeras.

I águila soñé ser para encumbrarme
I detener al sol en su carrera,
I en sus ardientes rayos inspirarme
I ver de allí la creacion entera.

I en mi febril delirio i sueño insano
Crei bajar del alto a lo profundo;
Penetrar de las ciencias el arcano
I los aplausos conquistar del mundo.

I esperaba arrancar a la fortuna
Un elevado, esclarecido nombre,
Suspenderme atrevido hasta la luna
I escribir en los cielos mi renombre....

Mas....tal deseo abrasador, innato,
Que en mi pecho enjendrara otros martirios,
Hoi vengo a conocer que era insensato....
Que era del trovador loco delirio....

I en recompensa a mi soñada gloria,
A la mitad talvez de mi jornada,
De terrenal grandeza entre la escoria
Perderse veo el humo de mi nada;

Pues que aun los himnos de plácer que un dia
De mi entusiasta corazon se alzaron,
Fueron fugaces cual mi suerte impia,
I al fiero impulso del dolor cesaron.

I hoi que, cual siervo, ansioso por la vida,
Creo ver una fuente en lontananza,
Encuentro una ilusion desvanecida
I seco el manantial de mi esperanza.

Auméntase mi sed con el deseo,
Busco en la edad futura dicha i gloria,
I cuanto mas ansio, solo veo
Mi estéril porvenir, mi infausta historia,

I, cuando al golpe del dolor sucumba,
No encontraré sobre la tierra un hombre
Que al visitar mi solitaria tumba,
Escriba en la pared mi oscuro nombre.

¿Qué es del vate infeliz la cruel fortuna?
Cantar placeres, consolar dolores,
I al sepulcro llegar desde la cuna
Cojiendo espinas, por verter sus flores.

Arequipa, febrero 29 de 1860.

J. M. Carpenter.

ECOS

DE UNA ALMA ARREPENTIDA.

Ego autem sum vermis, et non homo: opprobrium hominum, et abjectio plebis (SALM. XXI, V. 7.)
Inclina, Domine, aurem tuam et exaudi me: quoniam inops et pauper sum ego (SALM. LXXXV. V. 1.)

Un vil gusano que se arrastra inmundo
Del crimen en el cieno corrompido,
Despertando del sueño mas profundo,
A ti, Jesus, libertador del mundo,
Eleva su clamor adolorido.

Desde el trono inmortal de tu grandeza
Sobre él dirije tu mirar propicio,
Para que a ti levante su cabeza
Del hondo lodazal de su vileza
Do yace encadenado por el vicio.

Tú que en el santo Gólgota vertiste
Tu noble sangre en afrentosa muerte,
I que tu amante corazon abriste
Para que sirva de consuelo al triste,
Tu amor i gracia dentro mi pecho vierte.

Bien sé, Señor, que por mi vida impura
Solo merezco tu rigor, tu ira;
Pero mi alma anegada en la amargura
Quiere olvidar su criminal locura,
I, prosternada, por tu amor suspira.

Si tuviera el dolor de Magdalena,
Las lágrimas de Pedro compunjido,
La fé viva que a Dimas encadena,
I la constante abnegacion que llena
La mente del discípulo querido;

Pudiera entónces, con mi acerbo llanto
Alcanzar tus favores infinitos,
Mi alma cobrara su perdido encanto,
I de tu labio omnipotente i santo
Escuchara el perdon de mis delitos.

Mas, como soi la descarriada oveja
Que sin pastor ni guia anda entre abrojos,
I a cada paso del redil se aleja,
A ti levanto mi sentida queja
Para que vuelvas sobre mi tus ojos.

No desoigas mi ruego, Jesus mio,
Ni te hagas sordo a mi clamor ferviente:
Si te azoté como verdugo impio,
Hoi en tu amor i tu bondad confio
Perdones al ingrato delincuente.

El pródigo yo soi que arrepentido
Viene a implorar el paternal abrazo,
Recíbeme a tus plantas convertido,
No me dejes, ¡oh Padre! en el olvido,
Ya que ansio llorar en tu regazo.

Por el amor intenso de María,
De esa mártir del Gólgota fecundo,
A cuyo nombre la serpiente impia
Doblega la cerviz, que ántes tenia
Soberbia levantada sobre el mundo.

Por esa Vírjen inocente i pura
Cuyo seno fué el templo do habitaste:
Por sus crueles dolores i amargura,
De mi alma enferma las dolencias cura,
Cual las heridas de Agustin curaste.

No mires los delitos de mi vida,
Que ellos merecen eternal infierno;
Mira tu sangre por mi bien vertida,
I en tu costado la profunda herida
Que está implorando mi perdon eterno.

Ella es la fuente que lo estéril riega,
Es de la gracia el manantial divino
Que de dulzura el corazon aniega;
I en ella quiere mi conciencia ciega
Vista encontrar cual la encontró Lonjino.

Recuerda ¡oh Padre! que veniste al mundo
Para salvar al pecador precito:
Despoja mi alma del pecado inmundo,
Hiere mi pecho con dolor profundo
I haz que yo espire ante tus piés contrito.

Arequipa, abril 12 de 1867.

J. M. CARPENTER. (1)

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

XIV.

Despues de haber presenciado dos verdaderas trajedias en Portugal i en España,

(1) Poeta distinguido i ejemplar sacerdote peruano; estos trabajos suyos nos han sido proporcionados por el señor don José Domingo Cortés.

vamos a asistir en Francia a un espectáculo trájico-cómico.

Son aquí los personajes mas prominentes, Choisseul, ministro incrédulo, la Pompadour, una vil prostituta, personas ambas que, como dice Chateaubriand, uno no sabe cómo elevarlas a la categoría de personajes históricos.

Para proceder con método i dar toda la claridad posible a nuestras observaciones, vamos a averiguar cuáles fueron las causas de la persecucion de los jesuitas en Francia, bajo el reinado de S. M. Luis XV. Ya sabemos que antes, en el reinado de Enrique IV habian sido espulsados i vueltos a llamar por el mismo monarca que los vindicó de un modo tan espléndido, segun dejamos referido.

Pues bien; era ministro de Luis XV el duque de Choisseul. Sobre este personaje hemos referido ya una anécdota en nuestro artículo II que prueba cuáles eran sus ideas relijiosas. Creía que era necesario destruir a los jesuitas, porque de ese modo caerian por sí mismos los demas institutos relijiosos.

Mas, si no se quiere dar a esta anécdota un valor histórico, comprobaremos de otro modo la irrelijiosidad de Choisseul. Nos van a proporcionar la prueba que necesitamos dos cartas de Voltaire, una dirijida a D'Alembert en que le decia: «No temais que el duque de Choisseul se os oponga de ningun modo; os lo repito, no os engaño se hará un mérito de serviros;» i otra a Marmontelen que añadia: «Nos habian alarmado algo ciertos terrores pánicos, pero jamas hubo ménos fundamento: el señor duque de Choisseul i la señora de Pompadour saben el modo de pensar del tio i de la sobrina; se nos puede enviar todo sin riesgo.» I luego, en un rapto de entusiasmo, esclamaba: ¡Viva el ministerio de Francia! ¡viva, sobre todo, el señor duque de Choisseul!

Tenemos, pues, que el ministro era uno de los afiliados en la secta de los filósofos que habian jurado la ruina de la relijion.

Pero el monarca estimaba a los jesuitas i parecia resuelto a protejerlos. Todos los planes del ministro se hubieran, pues, estrellado contra la voluntad de Luis XV, si no hubiera encontrado aquél un aliado poderoso para remover este único obstáculo. Ese aliado fué la marquesa de Pompadour, la querida del rei.

Nuestros lectores querrán saber por qué aquella célebre cortesana entró en la conspiracion que se tramaba contra los jesuitas, i vamos a decirlo. La impúdica marquesa tenia que vengar una ofensa que los padres de la Compañía habian inferido a su orgullo, i un ataque que habian dado contra su poder.

Cuando el atentado de Damiens, Luis XV que, en medio de sus desórdenes, encerraba cierto fondo de relijiosidad, quiso seguir una vida mas conforme con los preceptos de la moral i suprimir el escándalo que daba a los pueblos con su vida licenciosa. Impulsábanlo por el buen camino el Delfin i otros miembros de su familia apoyados por los jesuitas.

Madame de Pompadour no pudo ménos de comprender que, si el rei variaba de conducta, el poder se le escapaba, se veria perdida sin remedio. Recurrió al ardid para salvarse, i se finjió tambien mui dispuesta a reparar sus escándalos pasados.

Al efecto, hizo condenar la puerta que comunicaba sus aposentos con los del rei, hizo construir en ellos un oratorio, se rodeó de libros de devocion proscribiendo de su lado los ritos licenciosos, finjió haber buscado reconciliacion con su marido cuyo nombre habia deshonrado i aun exhibió una carta de éste en que le concedia su perdon. Por fin, quiso tener a un jesuita por director espiritual.

Fué éste el P. Sacy que sostuvo durante dos años una lucha tenaz con la cortesana; ella pidiéndole su absolucion i él exijiéndole como garantía de la sinceridad de su conversion que se separase del rei i abandonase la corte. Era una condicion inaceptable para la cortesana que se habia puesto aquella máscara de devocion, no por arrepentimiento, sino por conservar su poder.

Al P. Sacy sucedieron otros dos relijiosos, los PP. Perisseau i Desmarets, que pusieron a la marquesa la misma condicion.

Ella se negó a aceptarla i los jesuitas salieron de la corte perdiendo su gracia. Los detractores de la Compañía de Jesus pueden ver aquí cómo esos relijiosos, ávidos de poder i de influencias mundanas, todo lo sacrifican al cumplimiento de su austero deber de sacerdotes.

Esta fué la primera ofensa que la Pom-

padour se propuso vengar cuando se alió a Choisseul para perseguir a la Compañía de Jesus. Habia aun otras dos mas que hacian mas vivo su resentimiento.

Asistió un dia el rei a una fiesta, la de la Purificacion,—en la que se hallaba presente toda la corte. Con escándalo de la nobleza i, en jeneral, de todas las jentes honradas, la Pompadour ocupaba un lugar preferente cerca del monarca.

El sermon estaba a cargo del padre jesuita Neuville que, aprovechándose de la presencia del rei i queriendo hacer fructuosa su predicacion, se dirijió a él recordándole los señalados beneficios que habia recibido de la mano de Dios para encaminarlo por el sendero de la virtud.

Aunque las palabras del jesuita no envolvian ni podian envolver ninguna alusion a objeto determinado, si se recuerda el lugar en que hablaba i a quienes se dirijia, la Pompadour vió en cada una de ellas una condenacion bochornosa de las faltas del rei cuya causa era ella. I no era de estrañarlo; la impudente cortesana que arrastraba a Luis XV por el lodazal de los vicios mas torpes debia ver una conspiracion contra su influencia i su poder en aquel llamamiento al buen camino hecho en nombre de Dios i desde lo alto de la tribuna santa.

La Pompadour salió humillada del templo. I aquella mujer era mui poderosa por el ascendiente que poseia sobre el rei, i en ese corazon cabia mucho odio para que no jurara vengarse.

No tardó mucho en poner en práctica su pensamiento.

Su primer paso fué dirijirse al Santo Padre esponiéndole que, resueltos el rei i ella a abandonar la vida licenciosa que habian llevado hasta entónces, habian acudido a los jesuitas quienes se habian negado a reconciliarlos con Dios, como era de su deber, robusteciendo así el escándalo que se proponian cortar.

Aquella representacion, escrita por el duque de Choisseul,—pues se la halló despues entre sus manuscritos,—estaba hábilmente redactada. Sin embargo, el Papa no cayó en la red que se le tendia i contestó que «no estaba en el caso de juzgar de los escrúpulos de los jesuitas confesores.»

Habiendo fracasado en esta primer tentativa, la Pompadour no pensó ya sino en secundar al duque de Choisseul en el plan de espulsion que meditaba contra la Compañía.

Para concluir de enumerar las causas verdaderas de este acontecimiento, debemos añadir que el tesoro real se hallaba agotado con el derroche que era necesario hacer para mantener una vida constante de deleites, gracias a la cual el rei, adormecido, dejaba todo su poder a su ministro i a su querida. Los jesuitas poseian algunos bienes i se creyó que el mejor medio de llenar nuevamente los cofres reales era apoderarse de ellos, despojando a los que que los habian adquirido con un trabajo honrado.

Es tiempo ya de que comprobemos ámpliamente cuanto dejamos dicho hasta aquí.

«El duque de Choisseul,» dice Juan de Muller, escritor protestante, «poderosisimo ministro de Luis XV, enemigo de los jesuitas i protector de la escuela filosófica, fué el que, despues de haber zapado los cimientos del catolicismo, concluyendo por destruir la autoridad real, encargó al Parlamento de Paris que examinara las constituciones de los jesuitas.» (1)

Otro escritor protestante, Schlosser, citado ya otras veces en este trabajo, se espresa así:

«Habiase jurado un odio irreconciliable a la Iglesia católica incorporada al Estado hacia mas de diez siglos. Para acabar con esta revolucion interior i arrebatar a los antiguos sistemas político i relijioso de los estados católicos su principal sosten, las diversas cortes de la casa de Borbon, ignorando que por este medio iban a entregar la instruccion de la juventud a manos mui distintas, se juntaron contra los jesuitas, a quienes de mucho ántes los jansenistas habian hecho perder, por medios frecuentemente mui equívocos, la secular estimacion que habian sabido granjearse.—En Francia, hacia mucho tiempo que los jansenistas se habian declarado sus enemigos. Acusábaseles en los parlamentos, unos porque como galicanos veian en ellos a los enemigos de las libertades de la iglesia de Francia i los fautores de la supremacia absoluta de la Sede Apostólica; otros porque, como jansenistas, veian detestados sus relajados principios sobre la penitencia i la gracia. Tenian a mas de esto contra sí la doctrina

(1) *Historia universal.*

de Voltaire i de sus partidarios.—España i Portugal habrian perdido todo su trabajo, los parlamentos franceses en vano habrian hecho a la Compañía responsable del hecho de uno solo de sus individuos i habrian buscado sin éxito en las constituciones de la órden un motivo para proceder judicialmente, si Choisseul no hubiera hecho causa comun con todos los enemigos de los jesuitas, i si Madame de Pompadour no tuviera intencion de perder a esta órden, por muchas razones estrañas a la historia jeneral.» (1)

«No olvidó Madame de Pompadour, dice Lacretelle, con cuánta prisa el partido del Delfin la habia espulsado de Versalles, desde que el crimen de Damiens hizo concebir inquietudes por la vida del rei. Sabia tambien hasta qué punto era Luis accesible a los terrores de la relijion; un solo instante de remordimiento podia hacerla incurrir en la desgracia de un monarca que hacía mucho tiempo no se mostraba tan esclavo de sus gracias, como lo fué un dia. Los jesuitas, i de acuerdo con ellos, la reina, sus hijos, el Delfin, la Delfina, i muchos señores respetables, espiaban la ocasion de atraer a Luis a un piadoso arrepentimiento. Madame de Pompadour, ocupada en defenderse contra toda la familia real, quiso quitarle el apoyo de los jesuitas. *Si el rei consentia en este sacrificio, separábase mas que nunca de su familia i se retardaba por mucho tiempo su vuelta a la relijion.* Madame de Pompadour habia tomado ya la resolucion de perder a los jesuitas cuando encontró en el duque de Choisseul un asociado que compartia con ella la direccion de todos los negocios.» (2)

Nos parece, pues, que no puede quedar duda a nuestros lectores sobre cuáles fueron las verdaderas causas de la espulsion de los jesuitas de Francia: la impiedad de un ministro i la impudencia de una cortesana.

I es preciso advertir que no se limitaron a Francia los manejos de estos dos personajes contra la Compañía. Fueron ellos los que instigaron a Pombal; en el gabinete del duque de Choisseul se falsificaron muchos de los documentos que sirvieron en el proceso de los jesuitas en España.

(1) *Historia de las revoluciones políticas i literarias de la Europa en el siglo XVIII.*
(2) *Historia del siglo XVIII.*

Choisseul no se paraba en medios. De mui antiguo tenian los embajadores franceses el privilejio de ocupar el primer lugar entre los embajadores de las demas naciones. Para halagar a Cárlos III i tenerlo propicio, el ministro frances cedió ese privilejio a los embajadores españoles, hiriendo de ese modo a la nacion a que pertenecia en su lejítimo orgullo i en sus justas susceptibilidades.

Los jesuitas fueron, pues, entregados al Parlamento para que los juzgase i juzgase tambien al Instituto en si mismo. Debe advertirse que el Parlamento se hallaba compuesto en su gran mayoría de filósofos sectarios i en jeneral de aduladores de Choisseul i de la Pompadour. Se les juzgó i se les condenó a destierro; ¿saben nuestros lectores por qué? Van a verlo.

En la sentencia de aquel tribunal se declara a los jesuitas culpables de haber enseñado en todo tiempo i constantemente, con aprobacion de sus superiores i jenerales, la simonia, la blasfemia, el sacrilejio, la májia i el maleficio, la astrolojia, la irrelijion de todo jénero, la idolatría i la supersticion, la impureza, el perjurio, el falso testimonio, las prevaricaciones de los jueces, el robo, el parricidio, el homicidio, el suicidio i el rejicidio.»

Como se vé, esto es ya olvidar completamente hasta las apariencias de dignidad i decencia, i descender sin titubear al dominio de los bufones.

Pero hai mas aun. El Parlamento entró a juzgar la doctrina i moral del Instituto i las declaró «favorables al cisma de los griegos, atentatorias contra el dogma de la procedencia del Espíritu Santo, favorables al arrianismo, al socianismo, al sabelianismo, al nestorianismo, destructoras de la certidumbre de algunos dogmas sobre la jerarquía, sobre los ritos del sacrificio i del sacramento, de la autoridad de la Iglesia i de la Sede Apostólica, favorables a los luteranos, los calvinistas i otros novadores del siglo XVI, reproductoras de la herejía de Wicleff, de los errores de Tichonio, de Pelajio, de los semi-pelajianos, de Casiano de Fausto, de los Marselleses, añadiendo la blasfemia a la herejía; como injuriosas a los Santos Padres, a los Apóstoles, a Abraham, a los Profetas, a san Juan Bautista i a los ángeles; como que ultrajan i blasfeman de la bienaventurada Vírjen María, i quebrantan los fundamentos de la

fé cristiana; destructoras de la divinidad de Jesucristo, contrarias al misterio de la Redencion, favorables a la impiedad de los deistas, impregnadas de epicureismo, enseñando a los hombres a vivir como bestias i a los cristianos a vivir como paganos.»

En consecuencia, se declaraba a la Compañía inadmisible en todo Estado culto, *contraria al derecho natural* i atentatoria de toda autoridad espiritual i temporal.

Ya ven nuestros lectores cómo teniamos razon para decir al principio de este artículo que en la espulsion de los jesuitas de Francia habia mucho de cómico i, bien pudiera añadirse, de grotesco.

Voltaire, que no perdonaba ni a sus amigos ni a sus correlijionarios cuando queria hacer alarde de un rasgo de injenio, comprendió bien el absurdo de esta sentencia del Parlamento i la injusticia con que espulsó a los jesuitas de Portugal, cuando decia: Allá se les espulsó por no cumplir con las reglas de su Instituto; aquí se les espulsa porque las cumplen. Todo, pues, podria remediarse enviando a Portugal a las jesuitas franceses para cumplir con sus instituciones i trayendo a Francia a los de Portugal para no cumplirlas.

Todos los comentarios que quisiéramos hacer sobre la sentencia del Parlamento de Paris no equivaldrian a lo que dice la anterior reflexion del jefe de los enciclopedistas. Para caracterizarla, para comprender cuánto tiene de inicua i de absurda, ella basta i sobra i nos ahorra otras reflecciones.

Los jesuitas fueron, pues, espulsados de Francia, sus bienes pasaron a los cofres reales i sirvieron para prolongar por algun tiempo los deleites del monarca, Choisseul continuó siendo el ministro omnipotente i la Pompadour conservó toda su influencia en la corte.

Sinembargo, cuando estuvo logrado el objeto de la trama, todavia se temió un fracaso i se adoptaron medidas severas para prevenirlo. Asi, dos sacerdotes que tuvieron la audacia de levantar su voz en defensa de los jesuitas perseguidos i desterrados fueron sometidos a juicio, condenados a muerte i ejecutados por los que se decian descubridores de los dogmas políticos de la libertad i de la fraternidad.

Ahora quisieramos que los detractores de los jesuitas volvieran a repetirnos que su espulsion de las naciones católicas está probando la existencia de graves delitos i lo preniciosa que era su institucion. Ya se ha visto por qué i cómo se les juzgó en la Francia, único pais en que se guardaron siquiera las apariencias legales.

Espulsados por el odio de un ministro sectario i por no haber querido ser cómplices de los escándalos que daba al mundo una impudente cortesana, la historia i las jentes imparciales diran si es ése un título de condenacion o un título de gloria.

MÁXIMO R. LIRA.

CHARADA.

Sin lengua charlo yo mas
Que veinte mujeres juntas,
Hago infinitas preguntas,
I sé bien que no me oirás;
Quieta siempre me verás,
Si no vienen a inquietarme;
Mas, como lleguen a urgarme,
Soi feroz, soi compasiva
Desdeñosa i espresiva,
Que a todo sé acomodarme.

Contenido de este número.

I.—Poetas contemporáneos de Alemania (continuacion), por Zorobabel Rodriguez.
II.—El consuelo de los que sufren (continuacion), por Mariano Egaña.
III.—La rosa (poesia), por R. C. B.
IV.—Orijenes de la imprenta por F. Chasles.
V.—Alocucion a los premiados (poesia), por Fermin Vergara Montt.
VI.—Delirios del trovador (poesia), por J. M. Carpenter.
VII.—Ecos de una alma arrepentida (poesia), por J. M. Carpenter.
VIII.—Los Jesuitas i sus detractores (continuacion), por Máximo R. Lira.
IX.—Charada.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE», calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, octubre 23 de 1870. Núm. 160.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

Luis Uhland.

(Continuacion.)

RESOLUCION.

Hoi a este valle
Viene mi amada:
No mas cobarde,
No mas seré.
Ya no como ántes
Huiréme al verla;
Hoi arrogante
La esperaré.
Ella es un ánjel
Que solo bienes
Derramar sabe
Con profusion:
¡Tranquilo late!
No mas temores!
Animo grande!
Leal corazon!
Al verla vanse
Todos galanos
I alegres le hacen
Saludos mil;
Yo al acercarme
Mirar no oso
La mas fragante
Flor del abril.
Sus puros cálices
Las flores doblan
Para que pase
Mi dulce bien,
I hasta las aves
Le dan trinando
En su lenguaje
El parabien.
El cielo sabe
Cuánto en las noches
Interminables
Quéjome a Dios!

Pero delante
De ella no puedo
Significarle
Mi ardiente amor.
Bajo estos árboles
Sobre la grama
Voi a acostarme
A descansar:
Ella en las tardes
Por aquí suele
Sola alejarse
A meditar.
I cuando pase
Me haré dormido:
Cual si soñase
Solo hablaré,
Diciendo audace:
«Si a mis amores
Sorda te haces,
Yo moriré»
Voi....¡Miserable
Suerte la mia!
¡Ya se me sale
El corazon!
Entre el ramaje
Por allá viene
I va a mirarme
¡Qué turbacion!
Corro a los árboles
I tras sus ramas
Hasta que pase
La aguaitaré.
Oculto, nadie
Sabrá mi dicha
I sin turbarme
Verla podré.

El soneto, qué a pesar de los elojios de Boileau, es una composicion esencialmente romántica, el soneto tenia atractivos sobrados para cautivar a la nueva i libre pléyade de poetas alemanes. Todos se enamoraron de esta graciosa flor trasplantada a las brumosas tierras del norte desde el ardiente suelo del mediodía. Todos le habian confiado sus mas intimos secretos de amor i sus mas dulces ilusiones. Solo Gœthe se mantenia a la distancia i mostraba desden altivo hácia la recien llegada. El maestro de la forma, dueño absoluto de la rima i del metro, habia condenado la estructura artificiosa del soneto i las dificultades que pone a la libre espresion de las concepciones del poeta.

Habia con escéptica sonrisa preguntado por las ventajas de este lecho de Procusto sin consentir en martirizar sobre él a su flexible jenio. Triunfó un dia con todo un feliz capricho de la obstinacion del poeta. Acercó sus labios a la embriagadora copa del soneto, i tambien hubo de saberle, que continuó en seguida acercándolos con frecuencia a ella.

Esta conversion fué un verdadero acontecimiento en Alemania. Los ecos repitieron: ¡Gœthe ha compuesto un soneto! El antiguo Rhin se estremeció en sus profundas grutas. Los partidarios del soneto se apresuraron a cantar esta victoria espléndida.

Uhland compuso tambien el siguiente:

LA CONVERSION AL SONETO.

Tú, a quien vimos no a mucho rigoroso
Lanzar desde tu catédra altanero,
De epigrámas i sátiras, severo,
Un torrente salado i abundoso:

Blanco cisne bajado del grandioso
Olimpo antiguo ¿di? tu albor primero
¿Cómo manchar pudiste i el sendero
Bajo, seguir de un metro deshonroso?

¿Has ya tus burlas olvidado acaso?
I de Voss i otros la aversion tremenda,
I sus injurias i furor no escaso?

¡Ah! sin querer recuerdo la leyenda
Del maestro que a los niños confiscaba
Dulces i frutas que él despues tragaba?

Ignoro que Gœthe, este Odin poético sentado sobre la cima del Heildskiof de la literatura alemana, observando con irónica sonrisa a los semidioses i a los hombres que se mueven bajo sus piés, haya aplaudido jamas publicamente el jenio de Uhland. En vano buscamos entre los innumerables versos puestos al pié de los nombres propios o en las ricas pájinas de los album, no ya un solo cuarteto, pero ni siquiera un lacónico dístico en alabanza del poeta popular. ¿Nos atreveriamos a ver en el malicioso soneto que acabamos de traducir la causa de semejante olvido? ¿O bien no tuvo éste mas que causas puramente políticas? ¿La musa liberal de Wurtemberg se habia comprometido de tal modo por sus estrofas al *buen derecho antiguo* que su hermana de Weymar habria pronunciado con algun embarazo alabanzas a su nombre en los salones del gran Duque!

Uhland, que abogaba así por el soneto, no se ensayó sinembargo sino como una veintena de veces en esta agradable forma poética.

Traducimos a continuacion dos de ellos que nos parecen ménos rebeldes a nuestro arte métrico.

LAS DOS NIÑAS.

En la belleza i en la edad iguales
Dos niñas de pié están en la colina,
A la laguna tersa i cristalina
Mirando i el brillar de sus cristales.

La una el valle cubierto de animales
Señala con la mano peregrina;
La otra del sol molesto que declina
Su frente oculta i ojos celestiales:

Juzgad si en mi alma entónces naceria
Este deseo suspirando: ¡Cuánto
Si estuviese a su lado gozaria!

Mas otra vez mirándolas en tanto
Me dijo el corazon: ¡Callad, i que ellas
Ni aun te noten siquera ¡son tan bellas!

SONETO ECO.

Queda por largo rato resonando
La campana despues de ser herida,
I la piedra del monte desprendida
Va largo trecho por el plan rodando.

El tizon que apagado se va enfriando
Suele aun arder con luz descolorida,
I verse suele tarda flor prendida
Del árbol que va el viento deshojando.

Antes que mueran los sentidos áyes
Con que el pastor su desventura llora
El eco los repites por los valles.

Tambien yo siento aproximarse mi hora
I al dar remate a mi existir inquieto,
Quise escribir el último soneto.

Nadie ignora que en otro tiempo los poetas populares pululaban en Alemania. Los cancioneros (*miestersingers*) salian a menudo del taller estrecho del obrero. El famoso Hans Sachs era un cordonero de Nuremberg. Las diversas sociedades tenian sus hermandades de poetas que se ejercitaban en ciertos temas que venian a ser siempre de asuntos tocantes a sus profesiones u oficios, cuyos goces i penalidades se esplotaban, tratando de imitar hasta los mas leves ruidos i los rasgos característicos de su arte, mediante las combinaciones métricas i la armonía imitativa de las palabras. No se hallan esta clase de composiciones profundos i elevados conceptos; pero el elemento poético circulaba en el pueblo i daba como una suave i apacible luz a los menesteres mas prosaicos i oscuros de la vida comun. Se acrecentó el amor al trabajo i se fortificó el espiritu de cuerpo. Hubo una emulacion continua entre los poetas de las diversas asociaciones. Los artesanos trabajaban al son de estos cantos que tenian tan intima relacion con su oficio. Desde entónces, como dice Uhland, la semilla de la poesia se esparció i dió opimos frutos en toda la Alemania. Las canciones de las diversas sociedades formaron una cadena no interrumpida, cadena a que los poetas modernos han agregado algunos anillos.

Hé aquí una de Uhland sobre el herrero.

EL HERRERO.

De pié junto al yunque vive
El herrero fuelle en mano
Al carbon soplando ufano
Que en la fragua centellea.
Su mente en tanto recrea

En su querida pensando...
Las chispas siguen saltando
I el hierro chisporrotea.
La roja barra retira
De la fragua i placentero
La mano tiende el herrero
Al pesado combo, audaz.
Brama el hierro i chispas mil
Cruzan el aire en cuadrilla
I el sudor no ménos brilla
Del rudo herrero en la faz.

Muchas de las baladas de Uhland se refieren a los siglos heroicos de Alemania. El poeta está a la cabeza de esos modernos rapsodas que preparan al futuro Homero jermánico los elementos de una nueva epopeya que sacará de esos tiempos caballerescos, las costumbres, las supersticiosas creencias i maravillosas tradiciones, i hasta lo plástico de los cuadros i la viveza del colorido. Entre las tradiciones heroicas Uhland ha esplotado con preferencia las que versan sobre Sigfredo i los héroes de Niebelungen, i muchas de sus baladas podrian interpolarse perfectamente en uno u otro de los cantos de ese antiguo Poema. Las siguientes, por ejemplo, que parecen provocar el arco de otro Volker en la corte suntuosamente bárbara de otro Hetzel:

LAS TRES CANCIONES.

Celebrando sus hazañas
Estábase el rei Sigfredo
Sobre su trono sentado:
—«Arpistas ¿quién con mas bello
Canto entretendrá a su rei?»
Entonce un jentil mancebo
Hácia el rei tranquilo avanza
Llevando al cinto el acero
I el arpa en la diestra mano.

—«Rei, le dice con despejo,
Yo sé tres bellas canciones:
Es la primera de un tiempo
Mui remoto, i olvidado
La habrás talvez, rei Sigfredo.
Tú a mi hermano muerte diste
I yo olvidarlo no debo.

Improvisé la segunda
En una noche de invierno
Al fragor de la tormenta
I al relampaguear del cielo:
I dice que en lid mortal
Rei, los dos nos batiremos.»

Al punto sobre la mesa
Su arpa deja el caballero
E impacientes de coraje
Ambos cruzaban los aceros:
Por largo rato luchando
Rei i súbdito estuvieron,
Hasta que al fin junto al trono
Cayó aquél vencido i muerto.

—«Ahora la mas alegre
Cancion entonar ya puedo:
¡En roja sangre bañado
Yace el que fué rei Sigfredo!

(*Concluirá.*)

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

EL CERRO DE LA CAMPANA.

«Era un sonido acompasado, inesplicable, estraordinario. I ese sonido que sin cesar resuena i que en todas partes escucho, me atosiga, me desespera, me vuelve loco. . . . . »

I.

LA PARTIDA.

—Arre! arre cochero! gritaba yo desde el fondo de un coche de alquiler que volaba en direccion a la Estacion, haciendo saltar las piedras i guijarros de la avenida norte de la Alameda.

—Arre! arre! repetia i el cochero descargaba golpes i mas golpes sobre dos rocines flacos i enclenques que apénas podian ya con el vehiculo, que como he dicho, arrastraban con una velocidad inusitada.

Mi reloj marcaba las siete i veinticinco minutos. Debia embarcarme para Quillota en el tren que partia a las siete i treinta minutos, de aquí mi impaciencia por llegar, i de aquí los huascazos que el cochero menudeaba a mas i mejor.

—Dale! dale cochero! ocho reales para tu desayuno, si llegamos a tiempo.

Resonó un violento chasquido i tras éste, otro i otro.

La velocidad creció de punto.

Ya no se oyó sino el rodado del carruaje

i los continuos castañeteos del flexible látigo del esperto auriga.

El bárbaro se habia convertido en verdugo.

Azotaba duro i sin piedad a las pobres bestias.

—Por fin, grité yo saltando de aquella prision ambulante, miéntras una multitud de muchachos encasquetados con bonetes rojos en los que se veia brillar una placa de bronce con su correspondiente número de órden, me rodeaban, me acosaban, i sacaban de paciencia.

Uno me tomaba la maleta; él otro, la caja del sombrero; aquél, mi saco de noche; éste, mi baston.

—Un lado! un lado! esclamó de repente con voz estentórea i de mando el que llevaba el número siete i que era el que habia conseguido apoderarse de la maleta. El patron me ha tomado a mi. Acá el saco, número diez; acá el sombrero, número cuatro!

Poco a poco, aquel enjambre se disipó, i poco a poco tambien se alejó aquel molesto e incómodo run-run.

La máquina «Porvenir,» humeaba enganchada ya a los cinco o seis carros que no tardaria en conducir.

Corrí al anden, me lancé a la boleteria.

—Uno de primera, a Quillota!

Oyóse dentro un golpecito metálico i... guardé mi boleto.

Treinta segundos despues, yo estaba en el wagon, sofocado, traspirante.

—*La República!*

—*El Ferrocarril!*

—*El Independiente!*

—*La Libertad!* gritaron a la vez cuatro voces chillonas i atipladas.

—Fuera el cuarteto! fuera!

—Novelas de Paul de Kock! El almanaque divertido! El *número trece* de Blest Gana! repetia una quinta voz afinada en dó bemol, al mismo tiempo que una mano impertinente, me ensartaba por los ojos, libros, cuadernos i papeles.

—Uf! quita allá muchacho!

—¡Una limosna por amor de Dios! dijo una pobre anciana, alargando una mano macilenta i temblorosa; una limosna por caridad!

Saqué la cabeza fuera del carro.

—¡Oh! qué miseria! esclamé al ver a una infeliz mujer rodeada de tres chicos a cual mas andrajoso i harapiento.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaleco.

Dos pesetas nuevas cayeron en el delantal de la infeliz.

—¡Gracias, gracias, patroncito! Dios se lo pague!

Nunca he visto un semblante mas reconocido i alegre que el de aquella mujer.

Miraba las monedas, miraba a sus chicos, levantaba los ojos al cielo i luego me mostraba a mi.

Resonó un silbido agudo, prolongado.

—¡Los boletos! gritó álguien en la otra puerta del carro.

Solo entónces vine a notar que no estaba solo: dos personas mas estaban arrellenadas en los rincones.

—¿A Quillota? preguntó el conductor.

—¡A Quillota! contestamos a duo, yo i el otro señor, miéntras mi tercer compañero de viaje, digo mal, mi compañera, pues era una mujer, se envolvia en un largo i rico chal de cachemira.

Oyóse un segundo silbido.

La máquina lanzó ocho o diez bufidos, i....partimos.

II.

MARY I GEORGE.

Hubo un momento de silencio, durante el cual solo se oyó el sordo i monótono ruido de las ruedas i los chillidos de los ejes i de los pernos de fierro, al ser frotados i comprimidos contra el fierro.

Los álamos huian de nuestra vista, las casas desaparecian como el relámpago. Santiago quedaba a nuestras espaldas. La máquina devoraba las distancias. Por minutos, aquella distancia se iba prolongando, prolongando. El señor del rincon, no habia hecho el menor movimiento. Cubierto con un confortable gorro de lana; embozado en un cachenez a cuadros; metidas sus manos en grandes guantes de gamuza, permanecia impasible aspirando con voluptuosidad el suave aroma de un riquisimo habano i siguiendo con la vista las espirales i ondulaciones del humo que arrojaba por boca i narices. Sobre sus rodillas habia colocado varios números del *Times* i sobre su cabeza, pendiente de un gancho, una tercerola o licorera que se balanceaba i se balanceaba siempre.

Comencé a sospechar que mi compañero fuese quizas un ingles, sospecha que no tardó en convertirse en certidumbre, luego que hube examinado atentamente esa fiso-

nomía estóica e inalterable.—Figuraos un hombre de unos cuarenta i cinco años; alto, delgado, pero macizo i huesudo; una cara un si es no es redonda con esponjadas i negras patillas; pómulos salientes i pronunciados; ojos pequeños, pero penetrantes i vivos; labios delgados i ásperos; nariz aguileña; frente ancha i despejada. Ahora bien, sobre la piel que cubre este rostro, echad un lijero barniz de sonrosado carmin, i tendreis a mi individuo.

Vis-a-vis i como envuelta en una misteriosa atmósfera, misterio que rodea siempre a la mujer, permanecia silenciosa i meditabunda, la tercera persona de esta escena. Bajo el chal de cachemira, se veia un elegante vestido de seda, color esperanza. Bajo el vestido asomaba un pieceeito el mas mono i lindo. Sobre el chal se destacaba una cabeza, ¡oh! una cabeza de querubin. Llevaba mi compañerita un sombrerillo de terciopelo negro un tanto inclinado sobre la frente i coronado por una hermosa pluma blanca. Le caia sobre el rostro un velo finisimo i delicado que dejaba traslucir unas facciones que no titubearia en llamar divinas: ojos grandes, rasgados i azules, tan azules como el azul del cielo; una nariz que Rafael ideaba para sus virjenes; una boquita sonrosada, preciosa; unos dientes menudos, apretados, blancos, parejos; unas mejillas en las que se formaban dos oyuelos fascinadores; una garganta llena de encantos i cayendo sobre su cuello, una cabellera rubia, ondeante, perfumada. Nada digo de una cierta melancolía, ternura, romanticismo o no sé qué de encantador que hacian de mi compañerita de viaje, como un ser ideal, fantástico.

Permanecimos largo rato mudos i silenciosos. El ingles habia desplegado uno delos números del *Times* i lo leia al parecer con atencion, lo que no impedia sinembargo que de vez en cuando alzase un poco la vista i fijase sus ojitos pardos ya en ella ya en mí. Ella cinco o seis veces habia dejado escapar una vaga sonrisa i esto habia sucedido siempre que sus ojos se habian encontrado con los suyos. Aquella situacion no podia durar.

Estaba impaciente por entablar conversacion i romper aquel tenaz silencio.

Por fortuna el cigarro de mi individuo se apagó (siempre el cigarro ha sido considerado como un soberano recurso en los lances apurados.)

Buscaba su caja de fósforo. Yo atento a sus menores movimientos, me anticipé a satisfacer su deseo, presentándole un fósforo encendido. Esto pareció complacerle, me miró con satisfaccion, encendió su habano i me dió las gracias con un gutural i lacónico-«I thank You»—Yo que solo aguardaba esta ocasion, me deshice en cumplidos. El señor abrió tantos ojos, se enderezó en su rincon, dobló el *Times* i.... entablamos conversacion. Es el caso que yo le habia contestado en su idioma. Mi desconocido hizo tambien un movimiento, como si hubiese sido ajitado por una conmocion eléctrica. Poco a poco fué animándose nuestra conversacion. El viaje que hasta entónces habia sido un tanto cansado i monótono, se hizo agradable i lleno de atractivos. Al cabo de una hora, ya éramos como antiguos i viejos conocidos. Mary, que tal era el nombre de mi hermosa compañera, no cesaba de hablar i reir. George su padre, pues el señor del rincon lo era en efecto, estaba como embobado al ver a su hija tan alegre i espansiva

—¡Oh! my dear, me decia, desde hace cinco años, es la primera vez que la veo tan contenta!

—Es natural, es natural, contestaba yo, la esperanza de volver pronto a su patria i de volver a encontrar los antiguos compañeros de su infancia, su ciudad natal, su hogar....

Mary me miró de un modo estraño, sus ojos azules se clavaron con insistencia en los mios. Sentí en mi interior una corazonada violenta; ella me miraba, me miraba siempre.

Oh! solo ahora que ella está léjos, tan léjos; solo ahora que el océano nos separa, he venido a comprender el porqué de aquella profunda i celestial mirada.

Nuestra conversacion se hizo mas viva. Antes de llegar al Tabon, la mas franca confianza i la mas cordial armonia, reinaba ya entre nosotros.

George con una verbosidad sin ejemplo, me habia puesto al corriente de toda su vida. Era un viejo capitalista ingles. Habia tenido la desgracia de perder a su esposa. Esto i el amor que profesaba a Mary, su hija única, lo habia obligado a partir para el estranjero i a buscar en mejores climas, no solo el consuelo tan necesario a su alma

acongojada, sino tambien la salud de su preciosa Mary, de esa mitad de su alma, a quien habia postrado la pérdida de su idolatrada madre. Cinco años hacia viajaban de esta manera, habian visitado una gran parte de la América. Por fin, habian venido a Chile. Dos meses hacia estaban en Santiago, ahora partian de nuevo para el Viejo Mundo. El vapor *Cordillera* debia salir el miércoles 13 de abril i estábamos a 11, ántes de embarcarse habia resuelto detenerse un dia en Quillota, para despedirse de William, un amigo i compatriota suyo, que residia allí.

Esta era la historia de George.

Mary, muchas veces se habia mezclado en nuestra conversacion. Su voz arjentina resonaba con delicia en mis oidos, gozaba con oirla hablar, sus ojos azules se fijaban en los mios, pero de una manera tenaz, irresistible, magnetizadora. Esa mirada de fuego, me quemaba el alma.—¿Por qué me miraba así?....

Comenzábamos a trepar la rápida pendiente del Tabon.

(*Continuará.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

ORACION DE LOS INCAS

A PACHACAMAC.

Paráfrasis castellana.

I.

Dios eterno, que cuentas i presides
De los siglos el número infinito,
I con tu mano trazas el circuito
Que huellan por igual;

Dios inmenso, que pueblas los espacios
I el soplo llevas de tu sér fecundo
Desde el cimiento en que se apoya el mundo
Hasta el celeste umbral.

II.

Dios poderoso, a cuya voz brotaron
Los ocultos raudales de la vida,
I esta tierra creaste revestida
De belleza i placer;

Que con solo decir: "Tú serás hombre,
I mujer serás tú," lo realizaste,
I en un punto formaste i pintaste
Al hombre i la mujer.

III.

Dios bondadoso, liberal i pío,
Que nos hiciste el don de la existencia
I al alma diste una alta preeminencia,
De la virtud capaz;

Señor, guarda tus nobles creaturas,
Haz que tu amparo paternal reciban
I que sanas i salvas aquí vivan
Sin peligro i en paz.

IV.

¿Dónde estás? ¿Por ventura a lo mas alto
Del azulado firmamento subes
I en réjio trono de lucientes nubes
Brilla tu majestad?

¿O bien velas tu faz entre las nieblas,
O en lóbregos abismos te sepultas?
¿Dónde, Señor, estás? ¿Dónde te ocultas,
Misteriosa deidad?

V.

Oye i responde; i jeneroso otorga
Lo que unidos aquí te suplicamos:
Por la senda difícil que cruzamos:
Dirije nuestros piés;

Entre las llamas de tu amor divino
Haz que gocemos sempiterna vida,
I nuestra voz por ti sea acojida
Donde quiera que estés.

CONSTANTINO CARRASCO.

(*Peruano*)

FILOLOJIA.

I.

Difícil cosa es en los tiempos que álcanzamos saber a qué atenerse en materia de ortografía (que es uno de los ramos de la filolojía), desde que dos autoridades, igualmente poderosas, se disputan la palma: estas dos autoridades son la *etimolojía* i el *uso*, siendo mucho mayor el número de prosélitos de este último, como que está mas al alcance de todo el mundo que

aquel otro ramo científico, cuyo estudio es tan descuidado i acerca del cual no hai ninguna obra española que pueda competir ni remotamente siquiera con alguna de las muchas buenas que a la materia han dedicado Alemania, Inglaterra i aun Francia; Alemania principalmente.

Obras de filolojía españolas solo tenemos los *Orijenes de San Isidro de Sevilla*, el *Tesoro* de Covarrúbias i el *Diccionario etimolójico* de don Felipe Monlau, libro demasiado elemental i sin la menor orijinalidad para los que están algo versados en la filolojía estranjera.

Pasamos por alto el monumental diccionario de la Academia, publicado a principios del siglo pasado, el *Fundamento i Vigor* de Garces, el antiquísimo *Diálogo de la lengua*, los opúsculos de *Puigblanch*, los *Comentarios* de Clemencin al Quijote i hasta las *Cuestiones filolójicas* de don Antonio J. Irizarri, que es, al par de Bello, el único americano que se ha deslizado en estas cuestiones, porque ninguna de esas obras, aunque llenas de enseñanza, puede considerarse como especialmente filolójica, esceptuando, eso sí, las de Irizarri i Bello.

Volviendo a nuestro punto de partida ortográfico, unos, esencialmente etimolójicos i del todo privados de sentido práctico quieren que se escriba siempre *subscripcion*, *Bethleem*; otros, modernos, irreflexivos, innovadores, adelantándose noveleros a tiempos que por fortuna no han llegado todavía para el Perú, aunque sí para Chile i Colombia, se arrojan a cambiar la *y* griega, conjuncion copulativa, por *i* latina, i a suprimir el *Don* despues del *Señor*, el *Don* tan eminentemente español ¡ cuya supresion no tiene ningun objeto, sino es aproximarnos a la locucion francesa, pues *Señor Pedro*, por ejemplo, no es otra cosa que *Monsieur Pierre*.

No ménos mal me parece la adopcion de la *i* latina en reemplazo de la griega, porque aparte de que al escribirla hai que volver atras para echarle su punto encima, miéntras que la griega se puede dibujar rápidamente como quien tira a una virgulilla o coma larga, aparte de este tropiezo doblemente penoso para las personas que escriben excitadas, que son las mas, la *y* griega establece a la vista del lector como un tabique entre palabra i palabra i entre período i período, al paso que la *i* latina, confundida i confusa en medio de las filas, hace la triste figura de un soldado de a pié o un peon, entre otros de caballería. Irizarri en sus *Cuestiones Filolójicas* i Maertens Lopez en su *Gramática* rechazan igualmente la introduccion de la *i* latina como conjuncion copulativa.

Dejémonos pues de *ies* latinas i de *Señor Pedro*, que se puede ser ilustrado sin esto, i mucho mas sin lo de *Señor Pedro*, que va ganando terreno entre nuestra jente irreflexiva, i que solo arguye afectacion i pedantería.

En el mismo caso se halla el femenino *Doña*, cuya ausencia solo nos place despues de *Señorita*, porque como que parece en efecto que es echar demasiada carga *i* tocas de *Dueña* antigua en los hombros de una *Señorita*, el arrimarle *Doña*.

Pase, pues, en un sobre lo de *Señorita Peta* etc. pero no pase lo de *Señora Josefa* etc. i pase tambien nuestra impertinencia, desde que pasa la de los que quieren introducirnos sus *ies* i sus *Señor Pedro* sin llevarnos mas ventaja que la de venir de fuera.

En el estado anárquico de la ortografía castellana, lo mejor seria lo que en todas las cosas: el término medio. Colocarse entre *conservadores* i *liberales* o sea entre *etimolojistas* (o mejor *radicales*, pues están por la *raiz*) i entre *usuales*, ya que no nos ocurre una espresion mas feliz para denotar a los que se ciñen al *uso*; ser conservador sin fanatismo i liberal sin *mataperrismo* (hablamos siempre filolójicamente.)

El etimolojista *conserva* las buenas tradiciones de la lengua; quiere que cada casa solariega recuerde siempre lo que fué i ostente su escudo de armas por delante; por ejemplo, que *higuera* i *hombre*, fieles a su orijen, no se despojen de la venerable sombra de su *H* i que no se precipiten a la calle en mangas de camisa como *iguera* i como *ombre*, solo por dar gusto a los alborotadores, que creen que el mundo no avanza i se estanca cuando no destruye i chapoda. Nada cuesta derribar un árbol añoso; pero el proporcionárselo nuevamente, es obra muchas veces de un cuarto de siglo. Antes de dar el hachazo mortal, debe, pues, meditarse.

No es decoroso que las palabras salgan tan mal vestidas i casi desnudas a la calle, como en el ejemplo precedente de *iguera* i *ombre*; pero tampoco es propio que en el

pleno siglo XIX se presenten embarazadas i *obstruidas* con *bees* i *pees*, con *enes* i *equis*, que es como si dijéramos con todos sus árboles genealójicos i ejecutorias.

Si se realizara lo primero, dando gusto a *usuales* desaforados, enemigos de toda traba i de todo respeto, pronto no se sabria ni de dónde vino la lengua, i seria la castellana una lengua híbrida; si triunfaran *ultramontanos* etimolojistas, habria que establecer dos lenguas, una literaria, que diria *subscripcion*, i otra vulgar o hablada que diria *suscricion* i éste seria un verdadero cisma....filolójico.

Las lenguas, como las jentes, señores *usuales*, requieren castigo i rigor; pero no tanto que revienten, señores *ultra*.

El etimolojista, finalmente, halaga la imajinacion i es por decirlo así, monarquista i europeo; el *usual* está por lo del momento, i es como si dijéramos republicano i yankee.

Obran en el primero, poderosa, irresistiblemente, los recuerdos. No pueden prescindir de su querida *Y* griega, que, cuando mayúscula, les representa un antiguo i bíblico encanto de la naturaleza, una higuera *bifurcada* o *ahorquillada*.

Obran en el segundo los placeres del dia presente, i quiere a todo trance la *i* latina, talvez porque, cuando mayúscula, le recuerda un poste del telégrafo.

Pero nuestra metáfora, a fuerza de prolongarse, se va haciendo violenta, oscura; i ya no es igualmente aplicable a la filolojia i a los partidos políticos.

Tanto por esto, cuanto porque solo nos propusimos disertar sobre aquélla, vamos a hacerlo en términos llanos....en el siguiente artículo.

II.

El ingles i el frances conservan relijiosamente sus tradiciones etimolójicas, i la superficie de ámbos idiomas está esmaltada de las dobles *th* i *ph* i de la *y* griega haciendo de vocal, cuya triple presencia recuerda a la vista lo que esas lenguas debieron al griego i al latin.

El español, que está léjos de ser la mas culta de las lenguas modernas, ha sido mas irrespetuoso que el ingles i el frances, i hecho un verdadero republicano, ha roto con el pasado ahuyentando de su ortografía la *th*, la *ph*, la *y* griega vocal, en las voces de orijen griego, i hasta la *x* i el *trans*, que hoi son casi siempre *s* y *tras*.

A pesar de esta osadía, la lengua, lo repetimos, no solo está mui distante de ser la mas culta entre las modernas, sino que camina, en Sud-América al ménos, a una ruina espantosa. Signos de ella son ya su creciente empobrecimiento entre nosotros, revelado entre otros mil modos, por el uso i el abuso de las voces demostrativas *esto* i *cosa*.

En ésta i en las otras repúblicas hispano-americanas todo se designa por *el esto* o *la cosa*; como si esa cosa i ese esto no hubieran tenido i no tuvieran hoi mismo uno, dos, tres i hasta cinco nombres en español.

Pero es el caso que unos (los mas) ignoran esos nombres; otros los conocen, mas se los guardan como unas monedas antiguas, que, aunque bien acuñadas i de buena lei, no pasan con la facilidad que la moneda feble, o son aceptadas con reparos que desagradan i que entorpecen la rapidez de las transacciones verbales.

En España hai muchas, muchísimas voces, que sin razon ninguna, i aun haciendo falta, han caducado i vuéltose arcaismo, ignorados por unos, i desechados por otros; pero en América puede decirse que ha caducado el idioma entero, o que siempre se le habló a medias; no habiéndose tomado de los conquistadores mas que las voces necesarias para el cambio diario.

Un mismo verbo i un mismo sustantivo pintan uniformemente una variedad inmensa de situaciones i de objetos que en España se van espresando por verbos i sustantivos distintos i del caso.

A este empobrecimiento o estancamiento voluntario del idioma, que proviene, o de ignorancia, o de la indolencia endémica a los paises de la *hamaca*, hai que agregar el empobrecimiento, o mas bien, el vicio que padece el idioma con la introduccion innecesaria de tantísimo vocablo estranjero, que parece no tener mas objeto que rendir homenaje a la elevada cultura de esas lenguas, francesa e inglesa, que ocupan hoi el rango que la nuestra siglos há.

No somos de los que proscribimos todo vocablo estranjero, porque el uso o la importancia intrínseca ha hecho de algunos preciosos recursos de la espresion; i porque remontándonos a tiempos antiguos, o a la etimolojía, muchos de los que hoi pa-

san por galicismo, no son sino arcaismo o latinismo, pero ¿quién podrá probarnos que *lunch* dice mas ni en ménos tiempo que *once*; que *tunnel* es mas espresivo que *socavon*: que el estúpido *debutar* (adoptado ya por muchos *Diccionarios de la lengua castellana*, no obstante que su uso aun no es jeneral, lo que prueba que ciertos hablistas malhadados son como los *avant-coureurs* de la corrupcion, i que mas dañan que aprovechan) que el estúpido *debutar* sea preferible a *estrenarse*, o a *hacer su estreno*, si se trata de *faire son début*?

¿Que aquella pedantesca abreviatura que encontramos todos los dias aun en los escritos mas vulgares, *p. m.* diga mas que *de la tarde*, o *de la mañana* cuando es *a. m.* al aludir a las horas?

Si de los vocables pasamos a los periodos, éstos no son ya cortos, sino archi-cortos. Ya no recuerdan el andar de un asmático, que se detiene a cada paso a tomar aliento, como decia Capmany, sino los versículos de la Biblia, o los *versetes* como diria un liberal en filolojia.

Hoi se escribe poco ménos que en columnas monosilábicas de esta manera:

Y.
Pero.
Ea!
Bien, pues.
Porque.

Estos trozos monosilábicos son a la grandeza de la lengua, lo que las aisladas columnas monolíticas de sus ruinas son a Palmira i a Tébas.

Véase, pues, si nos sobra o nó razon para decir, no solo que el español marcha a su ruina en el Hispano-América, sino que está amenazado de un cataclismo tan espantoso, que su fruto exhumador tendrá que lastimarse con el arqueólogo de Ménfis diciendo *etiam periere ruinæ! Han perecido hasta las propias ruinas!*

Mas borrado que nuestra superficie territorial vendrá a quedar el español, que lo que lo están hoi el *quichua* o el *chinchaysuyo*.

III.

El empobrecimiento que resulta al idioma de introducirle vocablos estranjeros que no necesitaba i que no cuadran a su índole, causa ménos pena que el proveniente de no usar todos los términos que el diccionario, i el uso mismo de España, atesoran, i que nosotros tenemos arrinconados.

El desuso en Hispano-América de una gran parte del vocabulario español es debido, como dijimos ántes, a la ignorancia unas veces, al temor de no ser ámpliamente comprendido otras, i las mas, a la indolencia propia de las sibaríticas rejiones de la *hamaca*.

Hai otra causa curiosa que talvez no ha ocurrido a nuestros lectores. Los españoles, no solo tuvieron que poblar la América de jente, sino tambien las casas de vajilla, de muebles, i de mil enseres domésticos inventados por la civilizacion; las cocinas, de instrumentos; las despensas, de especies especiales desconocidas a una jente frugal, sencilla, que en lo material, como en lo moral e intelectual, habia vivido de mui poco; las huertas de hortaliza i árboles frutales; los campos de plantas i animales útiles, i finalmente, el territorio todo de aparatos i maquinarias que vinieran a reemplazar a los hombres en las numerosas i monumentales obras, que, como las del antiguo Ejipto, solo habian podido ejecutarse merced al sinnúmero de brazos i a su condicion de siervos.

I, como no era posible que los conquistadores, en tiempos en que las comunicaciones eran tan difíciles i los transportes tan costosos fueran trayendo todas las variedades de cada artículo, de cada planta, o de cada animal, sino solo las mas indispensables, no pudimos conocer *prácticamente* mas que una parte del idioma.

Por eso, desconocemos hoi o no sabemos aplicar bien la otra parte, porque como dice Horacio:

Segnius irritant animos demissa per aurem
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus.

Mal pueden grabarse en la memoria i aplicarse con acierto nombres de cosas cuya representacion material no se acompaña.

Entre los nuevos libros ilustrados para niños que hemos visto últimamente donde Aubert, hai algunos que parecen hechos con este fin, pues van presentando por séries, nomenclaturas i dibujos de la vida doméstica, de los oficios, de la naturaleza etc.

(*Concluirá.*)

JUAN DE ARONA.

COSTUMBRES DE LOS ABOGADOS.

Hai algunos que tienen opiniones mui avanzadas respecto a los abogados, i creen que estos no deben ser considerados en Chile ya como hombres de profesion sino como de raza como si por su número pudieran compararse a una clase de la sociedad i por sus cualidades a una especie distinta de las demas.

El historiador Vicuña, que, apesar de su mucho escribir, no deja a veces de pensar bien, los juzga como una calamidad en el pais porque su influjo ha sido casi esclusivo i porque ha sido siempre caracterizado por malos resultados. Los primeros hombres de lei fueron tambien los primeros aristócratas, ellos trajeron de España el alto copete i la peluca empolvada.

En vano se ha querido atajar el mal, la Universidad no ha escaseado espedientes para dificultar la carrera o dejarla abierta solo al talento. Se ha preocupado continuamente de este asunto como si temiese una especie de irrupcion de bárbaros que cantando el Código i las Partidas podrian talvez desalojar al sentido comun de todas partes; pero el hecho es que brotan abogados i por cierto que no todos mui resueltos a vivir con toda civilizacion.

Mas acaso no hai motivo para temer i sea éste un juicio exajerado como todos los del vulgo que no halla término entre querer i aborrecer, entre hacer gran bulla con una cosa o no pensar mas en ella.

A nosotros lo que nos importa es ser justos, i asi nos abstendremos de lancear al jénero de los licenciados, sin haber ántes puesto en tela de juicio lo que ellos son i lo que se merecen. Esto tanto mas cuanto que es cosa que merece respeto i que nadie ignora aquel principio de equidad que espresa que nadie es malo, si ántes no se le prueba, o como dice nuestro Código, no se por donde: la mala fé no se presume nunca.

Pues considerando desapasionadamente el asunto no hallamos materia en el abogado para que se le condene asi tan sin apelacion, es preciso atenderle. Dígase lo que se quiera: en jeneral no puede asegurarse que un licenciado sea miembro perjudicial a la sociedad, i si lo es, la culpa no es suya.

En primer lugar, segun el sistema que se ha adoptado, se exije tal clase de saber enciclopédico para recibir a un neófito que muchas veces, por averiguar lo que los autores dicen sobre cada punto del derecho, mui bien puede pasarle que se acabe su noviciado sin darse cuenta de lo que él piensa sobre ninguna materia.

Por otra parte, no hai planteados muchos estudios para enseñar a discurrir sino que todos sirven mas bien para ahorrarse el trabajo de pensar.

I asi es que no es barbaridad de ningun jénero el decir que los hombres de leyes no hacen en jeneral mucho caso de la propia conciencia. ¿Qué conciencia, si talvez no se la han podido formar en los dias de su vida?

Una vez constituida la necesidad de andar siempre siguiendo autores i comentadores, a donde querrá uno ir que no pueda llevar buena compañia de notables pensadores? ¿No hai opinion que haga del asesino un simple enfermo que necesitó una sangria que le despejase el cerebro; del impuro un ser digno de lástima por estar dominado por las diabluras de la imajinacion; i del ladron un desgraciado sujeto al mal influjo de los astros, acaso por haber nacido mientras brillaba Mercurio?

Imajinémonos un abogado empeñado en salir bien en una defensa i sin tener pensamiento propio porque eso no se le exijió, i digamos si no se hallará entre tantas opiniones en grave peligro de atenerse mas a las que le han de dar el honorario que a las que le conservarian el honor.

Lo repetimos somos propensos a pensar demasiado mal: se oye a alguno hablar desatinos, liberalidades, ya luego uno del auditorio vuelve la nariz, se hace cruces i dice: ¡qué pobre! qué pobre!....

Como si el pobre tuviera la culpa de lo que habla, cuando talvez carece de tal orijinalidad i solo repite lo que oyó, o se acuerda sin quererlo de lecturas que se le indijestaron en tiempos de pasiones juveniles i le confundieron el caletre.

Pues un abogado no tiene motivo para ser de mas fundamentos que el comun de las jentes: ántes, al contrario, mas le conviene no tener idea cierta sobre ninguna cosa, si es posible, para que en todas ocasiones pueda estar con la opinion que se le mande sostener i por la cual le han de pagar su cuota-litis.

Asi como una casa que ha de recibir de

todos huéspedes es mejor que esté desocupada de familias sedentarias, asi la cabeza de un jurisconsulto que quiere prosperar es preciso que no ande ocupada con muchas ideas para que quepan en ella cuantas citas de autores buenas i malas sirvan para dar visos de justicia a los mayores absurdos, i algunos pedazos latinos, aunque sean sin sentido, que se polvoreen para brillo del discurso.

De este modo si que lucirá el novel juris-perito i será comparado a Papiniano.

Asi si que arrastrará curiosos a los estrados de los tribunales, i será de oirle cuando, enternecido por la vista del interesado a quien defiende que le está mirando con ansiedad, i picado por las miradas del defensor de la parte contraria, eleve los ojos i grito a cada instante como si quisiera pedir sobre el demandado la gracia del cielo ántes que la justicia del tribunal. I luego, hablando de las exijencias leoninas del adversario i de la conducta honorable de su defendido, se pondrá ambas manos en el pecho, como si el contraste de tanta maldad i justicia revolviesen sus pasiones en una verdadera litis-pendencia.

¿Cómo se habrá quedado con todo este patético desplegado con tanta oportunidad sobre siembras i barbechos, como se habrá quedado el cliente que ha seguido la causa i el discurso con el interes mayor posible, con el interes pecuniario?

¿Cómo habrá creido haber encontrado un Ciceron para sus trigos?

El que talvez viene recientemente del campo, Dios sabe cuán campesino, i sin mas haber oido hablar que rústicas conversaciones, no necesitará mas que aquella bulla para creerse sumamente feliz en haber merecido el auxilio de aquel sabio.

En este caso, el abogado habrá ganado de todos modos, aunque su impericia haya perdido el asunto; el cliente es hombre asegurado para él como saco de dinero. Salga ahora de la audiencia, tiéndale la mano protectora, que él le abrirá los brazos: dígale que la causa está fallada en contra, pero que se puede decir de nulidad, i empújelo en un nuevo fandango en que acaben de vaciársele las alforjas. O diga como aquel jeneral frances: la batalla está perdida, pero hai tiempo para ganar otra.

¡Ah! Si yo no hubiera visto como con esa habilidad que tienen algunos en sus alegatos para dirijirse a cautivarse al litigante ántes que a convencer al tribunal, se hacia enternecer a un infeliz hasta pugnar con las lágrimas, i el orador, no sabiendo cómo defender los bueyes que le quitaban al protejido, hacia elojio de sus virtudes i de su conocida honradez, lo que sin duda le seria mui agradecido por él mismo contra el cual la impertinencia del alegato hacia que se formulase en la mente de los jueces la terrible confirmatoria con costas.

De este modo cunde la fama del licenciado mui frecuentemente i téngase presente que esta fama supone siempre la lana del dinerillo i el gusto de tener quien le escriba ofreciéndole mil humildes servicios i besos para los piés i manos de él i toda su familia.

Mas no solo en la parola está el arte de darse tono i de hacerse pagar hasta los disparates.

Váyase a ver a uno de estos defensores que cantan por cualquiera justicia, mientras haya quien remunere el canto.

—Siéntese Ud. aquí en la ante-sala; el señor abogado está mui ocupado, ¡oh! si tiene tantas causas! Esto dirá el escribiente, como parte en la tramoya.

Ahí el desgraciado litigante, que, acometido por un vecino en término de apremio, está dudando si tendrá casa para mañana i si dirán algo las leyes sobre que cada cual es dueño de lo que gana, o si no hai cosa que no ceda al primer diablo, ahí tendrá que aguardar, i de ahí se tendrá que salir con su duda i su planton bien dado porque no hai doctor tan vulgar que salga la primera vez que se le necesita.

Al dia siguiente vuelve el desposeido i se aguarda otra vez entre una señora que por no hacer ruido no tuece i un bausan de provincia que huele a un tabaco de malísima lei.

Está en comparendo, volverá de aquí a dos horas: ¡resignacion!

Todo esto entra en la jurisprudencia práctica para sacar mejor el dinero.

I no seria temerario juicio el decir que talvez el comparendo con que tanto se embroma tenga lugar por esa vez en la tienda de Alexandre en donde se discuta el grave negocio de dos botellas del mas espiritual champaña, miéntras media docena de pobres diablos se está esperando al abogado, i pensando que es un grande hombre porque anda en tantos asuntos.

Ni ha de ser tampoco un imposible que se haya arreglado de modo que cite a sus dos o tres clientes para un mismo dia i hora para que se crean que hai en el bufete mucha jente.

Una vez que se deja ver, lo hace entre mil balumbas de papel i libros, todos puestos en un desórden cuidadoso como para que parezcan decir: ¡vea Ud.: nuestro amo nos quiere tanto que no nos aparta de sus ojos!

El leguleyo escucha con neglijente atencion la relacion del pleito, luego con gran flema reflexiona i añade que puede correr con él mucho despues de haber hecho el ánimo a defenderlo sin necesidad de saber si era o no justo.

Porque allí tiene sus libros, su inmenso número de infolios, allí tiene su parecer escrito i su conciencia está en todos i en cada uno de los autores segun los casos. Al decir, pues, que todos los pleitos que se presenten al susodicho defensor están admitidos de antemano, no hemos querido llamarle inmoral, i, si los abogados hoi alegan en contra de lo que defendieron en otra circunstancia, eso no autoriza para gritarles que no tienen conciencia, eso quiere decir solo que tienen no solo una sino muchas.

I, si esto no le parece bien a un timorato, cónstele i sepa que en su gusto en contra de la lei i del mismo cuerpo docente por escelencia de nuestra nacion. Todas las autoridades quieren que el que vaya al foro vaya brillante con una tirita de cada ciencia. ¿I cómo se quiere que el abogado sepa los años en que perdió su ojo Aníbal i los caballos que llevó a Italia i mil otras curiosidades que entretienen i no dejan tiempo para ir por muchas honduras?

Siguese de aquí que, si hemos de inculpar, no lo hagamos a medias, i que, si alguien gusta tirar piedras, mire que hai quien las reclame por uno i otro lado.

Ya es tiempo que el abogado de mas arriba haya escrito su demanda. Con la uniformidad de nuestras leyes i su comun brevedad, un trabajo de esta naturaleza debia ser cosa sencilla: asunto que sin muchos términos legales se haria claro.

Pero tomándolo de su cuenta un abogado como se alarga!

Es preciso que el demandante en el exordio se despoje de toda vanidad, haga saludo a Usia diciéndole que *se presenta comparece i dice*. Todo agregando que se hace *en la mejor forma de derecho*, porque talvez alguno podrá creer que se habia escojido lo peor por pura humorada de perder el pleito.

Toda esta fraseolojia corre por todo el discurso, i, por mas que parezca inútil para la defensa para el que la redacta no lo es, porque las mas veces se le paga segun la lonjitud del escrito, ya que la sustancia a veces es inaveriguable. Tampoco le parece mal la amplificacion al amanuense porque él cobra garabato por garabato.

Ni el juez está en contra de las cortesias porque ellas no son cosas que han de darle qué fallar, ni ménos le importa al procurador que está asalariado miéntras dure el litijio, de modo que no será por empeños suyos por lo que se le ponga punto ni se vaya a despertar al gato.

El recurrente costea la fiesta asi para que se diviertan los prójimos, i para que disputando por huevos les toquen a ellos las cáscaras i lo sustancioso a los defensores de justicia i de obras pias.

Respecto a esto casi todo individuo de la profesion es lo mismo en sus escritos, todos parecen calcados sobre un solo modelo. No hai mas que una elocuencia forense en toda la república; elocuencia que persuade a dormir al mas porfiado.

Para distinguir los abogados es preciso oirlos, porque cuando hablan escitados por la ateucion del tribunal i por el mismo temor, la pasion domina i hace salir a la superficie todo lo que hai en el alma como las sustancias que aparecen en un liquido que hierve. Allí el abogado estudioso en esceso, verdadero naturalista que troncha la lei i con trozos de diferentes cuerpos, forma caprichosas combinaciones que al mas esperto juez hacen vacilar.

Pero a veces estos eruditos sufren con la pesada carga de sus testos. Sucédele a uno, que quiere citar un hecho i tras de ese hecho le viene otro i otro que se desplome, asi como piedras amontonadas sin liga cuando se quita una del pié. Acaso si el rejente no le hace una llamada a la cuestion i a la lójica, se olvide de donde viene i a donde vá, i acabe cuando no pueda hablar mas.

Estos son los peligros del que sabe, por lo que mira a los que hablan ignorándolo todo, no hai cómo esplicar la diversion de verlos enredarse, manotear buscando al-

go sólido para levantarse, alguna cosa mas qué decir.

Entre estos hai algunos sublimes que caen al primer paso como el niño que ánda en zancos.

Estos jéneros son los mas numerosos, las unidades las forman los modestos las decenas hasta la decena de mil las componen todos los demas de la especie bosquejada.

I sinembargo ¿por qué todos quieren ser abogados? Oiga Ud.: el título sirve siempre: muchas veces acaso no habrá otra prueba fehaciente de que el que lo lleva estuvo en colejio i tuvo alguien que quisiera enseñarle. En seguida, miéntras peores sean los abogados, mejor será que cada cual haga lo posible para no tener que meterse con ninguno de ellos, i esto se hace procurándose el mismo título. ¡Oh filosofía de las cosas humanas!

BRAULIO.

UNA MISA EN EL SIGLO XVI.

I.

Era una linda mañana
De la alegre primavera
Bajo el espléndido cielo
De los trópicos de América.

La mar en copos de espuma
Sobre la fresca ribera
Rompia sus ondas leves
Azul, trasparente, inquieta.

Gorjeaban entre los árboles
Las avecillas lijeras
I hacian eco a sus cantos
Los murmullos de la selva.

El cielo estaba tranquilo,
El sol brillante, serena
La atmosfera, hermosa i pura
Toda la naturaleza!

En la parroquia del pueblo
De Panamá habia fiesta,
Se celebraba una misa
Con grande magnificencia.

Tapizados los altares
Estaban con oro i sedas,
Las puertas engalanadas
Con flores i con banderas;

I con joyas las imájenes
I gran número de velas,
I el pavimento cubierto
Con alfombras europeas.

La multitud agolpada
Llenaba toda la iglesia
I con devocion piadosa
Postrada estaba i atenta.

Los vecinos mas ilustres
Por su sangre i su riqueza,
Los majistrados, los títulos,
I toda la turba inmensa

De audaces aventureros
Que en Panamá en aquella época
esperaban impacientes
Conquistas i empresas nuevas,

Asistian, con respeto
Inclinada la cabeza...
Que entonces de ser cristiano
Nadie tenia vergüenza!...

II.

Celebraba i presidia
Esta ceremonia augusta
Aquel Fernando de Luque,
Hombre ya de edad madura,

Que, dotado por el cielo
De intelijencia i de astucia,
Supo unir sus buenas prendas
Al carro de su fortuna.

Bajo el hábito modesto
De su condicion oscura,
Ténia una alma de héroe
I una fé santa i profunda.

Así sus hechos ilustres
Lo probaron con usura,
I en tal concepto en la historia
Lugar distinguido ocupa.

Párroco de Panamá
En aquel tiempo, su única
Ambicion éra hacer bien
Con benevolencia suma;

I respetado de todos
En su mision noble i pura,
Iba pasando su vida
Feliz, humilde i oculta.

Pronta a terminar la misa,
Salieron de entre la turba
Dos hombres de noble aspecto
I de gallarda apostura,

Se acercaron al altar
Con reverencia profunda
I se postraron de hinojos,
Al pecho ambas manos juntas.

Las blancas canas del uno,
Su edad avanzada acusan,
Aunque en su fresco semblante
Sus otoños disimula;

I a juzgarlo por la alegre
Sonrisa que se dibuja
En sus agraciados labios,
Si es, o nó, jóven se duda.

Sus ojos negros i altivos,
Que brillan con llama fúljida,
Revelan de una alma ardiente
Las resoluciones súbitas;

I su manera de andar
I su arrogante figura
Dicen que es un caballero
Quien tan bellas prendas junta.

El otro, mas jóven, cuelga
Larga espada a la cintura,
I mira con tales ojos
Que mas que halagan, insultan.

Recio de miembros, la frente
Morena, torva i adusta,
I echada atrás con orgullo,
Que no reprime, ni oculta,

Es el tipo de un soldado
De aquellos tiempos de lucha,
De estraordinarias hazañas,
De curiosas aventuras.

Bizarro i franco en su porte,
De aventajada estatura,
Arrastra sin darse cuenta
La admiracion de la chusma;

Lo que a él le importa bien poco,
Por que fiado en su fortuna
Campo mas vasto i abierto
A sus ambiciones busca.

De hinojos ambos soldados
Algunas frases confusas
Que a oir no alcanzara el pueblo
Cruzaron entre ellos; muda

I atenta a entrambos siguió
Con sus miradas la turba,
Por cierto mas fija en ellos
Que en la ceremonia angusta.

Partió Luque en tres pedazos
La hostia consagrada i pura,
I asi habló a los caballeros
Que a un tiempo con él comulgan:

«Solo quien en Dios confia
De sus enemigos triunfa,
I el solo a los corazones
Dá favor i presta ayuda.

«Nuestra alianza está sellada,
I en nombre de Dios se anuncia
Con la sangre del cordero
Que rejenera i alumbra!

«El os lleve en el camino
De causa tan noble i justa,
Para dar gloria a su nombre
En la tierra i las alturas!»

III.

Concluida la ceremonia
Convidó a tomar refresco
El buen Fernando de Luque
A todos los caballeros,

Entre los que figuraron
En primer lugar, por cierto,
Los dos piadosos soldados
De que hemos recuerdos,

Que no eran, en verdad, otros
Que Diego Almagro el primero,
Castellano a las derechas
Franco, entusiasta i resuelto;

El segundo, mas famoso
En la historia por sus hechos,
Era Francisco Pizarro,
Aventurero estremeño.

La turba aplaudió entusiasta,
I las campanas del pueblo
Para celebrar la fiesta
Se echaron todas a vuelo.

Asi quedó consagrado
Aquel curioso convenio
Que celebraron tres hombres,
Mas con fé que con dinero,

Para emprender la conquista
Del rico imperio opulento
Que en las costas del Pacífico
Los Incas establecieron!

C. Walker Martínez

EL EMPLEOMANIACO

Si el retrato se os parece,
Como puede suceder,
Romper la cara os importa
Que el retrato no hai por qué.

¿¿Qué me importa que Juan mande,
Mande Jil o mande Diego,
Con tal que los tres me den
El *cum quibus* de mi anhelo?
Qué me importan las sesiones
De los sabios del Congreso,
Con tal que mi nombre quede
Vijente en el presupuesto?
¡Libertades, garantías,
Buenas leyes, buen gobierno!.....
Ya, ya, lindo i mui corriente,
En ello estamos de acuerdo.
Pero verse un funcionario
Cesante ¡hui! i sin dinero,
Ni por pienso ¡Santa Tecla!
Quitenme antes el pellejo.
Pues tengo hecho voto firme,
Para despues de mi entierro,
De vivir siempre empleado
En el cielo o el infierno.
A este fin ya tengo listo
Un memorial para Pedro,
Si me salvo, i sino ¡vamos!
Será para el Cancervero.

El retrato se os parece;
¡Diablo!...qué le hemos de hacer?
Borrad la cara, si os place:
El retrato no hai por qué.

EL SOLFEO.

Hace seis meses que canto
Las escalas en solfeo.
Que voi en progreso dice,
Mi profesor Timoteo.
Este es un bello cantante,
Cortes, amable i cabal;
Canta a las mil maravillas
Cuando está en *si* natural.
Es su boca, un semibreve,
Cada ceja un calderon,
I, aunque nariz de bemol,
Sus ojos dos *soles* son.
Cuando está en *sol sostenido*
Canta en alegro i no mas,
Con el cuerpo i la cabeza
Sabe llevar el compas.
Cuando a *mi la do re*-pasa,
Fija los ojos en *mi*,
I en *fa do* mayor señala,
Si me retiro de *si*.
Cuando en *molto dolce* dice,
Mi sol, so la eres mi amor.
I en bajo tono ¿me quieres?
Llevo el alto en *si* mayor.
I las mas veces le agrada
Cantar en *mi sostenido*,
Señalando a *si* me dice,
Que en su corazon *re si do*.
Siempre cantamos acordes
La leccion con Timoteo,
Canta él por *mi* yo por *si*,
Siendo en *re do mi* solfeo.

María Josefa Mujía.

(*Poetisa boliviana*)

LA AUSENCIA.

Hai en la vida una leccion que todos hemos recibido mas o ménos, i que hasta ahora ningun escritor ha señalado con suficiente énfasis: «¡recelarse de las ausencias!» El verdadero dolor no está solamente en la pena de separarnos, sino en el pensamiento del *cuándo* i *cómo* nos volveremos a ver. Desde el apasionado *adios* que dirijimos a la mujer que guarda nuestro corazon, hasta el frio «*¡hasta otra vista!*» con que nos despedimos de los compañeros i casuales conocidos en viajes i paseos, siempre en toda despedida una cuerda estalla en nuestro corazon, i el tiempo no se entretiene despues en atar los lazos rotos. Puede suceder que nos volvamos a ver; ¿pero de la misma manera? ¿con las mismas simpatías i con los mismos sentimientos? ¿Las almas unidas ántes, pero que han tomado caminos diferentes, se encontrarán acaso despues de ese intervalo, como si el tiempo trascurrido hubiera sido un sueño no mas? ¡Qué rara vez sucede esto!

Despues de un año o un mes de ausencia, ¿habeis vuelto acaso al mismo lugar, i encontrado las mismas personas sin suspirar dolorosamente al pensar: ¿dónde está el encanto que se respiraba aquí i que brillaba en estas fisonomías? Un poeta ha dicho:

«La eternidad misma no puede devolvernos la pérdida de un minuto.» Oh! si sois feliz en alguna parte, al lado de personas cuya voz es vuestro encanto, no os separeis de ellas, i si no podeis evitarlo, no digais, desafiando al *Tiempo* i al *Destino*: «¡Qué importa; nos volveremos a reunir!»

¡Ah! me estremezco al pensar en todos los labios que murmuraron: «Pronto nos veremos;» i recordamos hoi cuán completamente separados de corazon, a'ma i pensamiento nos vimos al encontrarnos de nuevo....!

El aire que respiramos forma el medio a cuyo traves se comunica el sonido; pero aunque el instrumento no sea otro i la fuerza que se emplea la misma, sin embargo, el aire que produce la música, el aire que no alcanzamos a ver, es el que puede cambiar.

BULWER.

LAGRIMAS.

Mui superficiales deben de ser los jueces de la naturaleza humana que piensan que las lágrimas no son dignas de un hombre. ¡Bien juzgó el mas severo de los escritores romanos, cuando señaló el distintivo de la humanidad, separándola así de las demas creaturas de la tierra, en el don de las lágrimas!

Preferiria confiar mi bolsa a un ladron de profesion, mas bien que dar mi sincera amistad a quien se jacta de que sus ojos jamas se humedecen con aquel rocío des corazon. Pero cuando el hombre llora debe estar solo; no porque las lágrimas sean prueba de debilidad, sino porque son sagradas. Las lágrimas son hermanas de la oracion. Los fariseos ostentaban sus oraciones, i los impostores sus lágrimas.

BULWER.

UN PEDANTE.

SONETO.

Érase un gran pedante mui simpático:
El agua para él era un narcótico;
A un estranjero le decia exótico,
I al reloj de la plaza epigramático,

A un griego consideraba como asiático;
Lo bello, segun él era, estrambótico;
A un *gringo* le decia: «usted es gótico,»
I a un buque apellidaba gran gramático.

Un sombrero de pelo era un ridículo;
Decia que lo negro era hiperbólico,
I un reloj de bolsillo era un vehículo.

PEDRO N. PRÉNDEZ

CHARADA.

Reina de los jardines,
Radiante de hermosura,
Es en la primavera
Mi *primera* i *segunda*.
El que ata alguna cosa
Con la diestra o la zurda
Mi *tercera* i mi *cuarta*
Al hacerlo ejecuta.
Se nombran con mi *todo*
Niñas i viejas muchas,
Reinas i cocineras
Instruidas i palurdas.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

LA PLUMA.

Contenido de este número.

I.—Poetas contemporáneos de Alemania (continuacion), por Zorobabel Rodriguez.
II.—El cerro de la Campana, por Ruperto Marchant Pereira.
III.—Oracion de los Incas a Pachacamac (poesia), por Constantino Carrasco.
IV.—Filolojía, por Juan de Arona.
V.—Costumbres de los abogados, por Braulio.
VI.—Una misa en el siglo XVI (poesia), por C. Walker Martinez.
VII.—El Empleomaniaco (poesia), por Maria Josefa Mujia.
VIII.—El Solfeo (poesia), por la misma.
IX.—La ausencia, por Bulwes.
X.—Lágrimas, por el mismo.
XI.—Un pedante, soneto, por Pedro N. Prendez.
XII.—Charada.
XIII.—Solucion de la charada del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE», calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, octubre 30 de 1870. Núm. 161.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

Luis Uhland.

(Continuacion.)

Estos versos respiran ese ardor feroz de las razas enérjicas a que desdeñosamente la imperial Roma daba el nombre de bárbaras i que debian vencer al fin a los conquistadores del mundo. Como se vé, lo que mas atractivo tiene para el jenio de Uhland es el elemento épico que él sin trabajo descubre por do quiera.

Esta vocacion era en él tan marcada, que, aun cuando se ocupase de las ideas i sentimientos de su época, no dejaba por eso de componer verdaderos fragmentos épicos. Todo, al pasar bajo su mano, tomaba las proporciones sencillas i majestuosas de la epopeya i no son a la verdad otra cosa sus cantos patrióticos compuestos desde 1812 hasta 1813. ¿Quién, leyendo la composicion siguiente, no creerá que tiene en la mano i que sus ojos recorren las uno de esos antiguos cantos de los escandinavos?

EL REI CIEGO.

¿Por qué en la playa que las olas lamen
Tanto guerrero en confusion se vé?
¿Qué quiere el de la blanca cabellera?
¿Qué quiere el ciego i moribundo rei?
El peso de sus años apoyando,
No en hijo amante, en rústico baston,
Grita, i de la isla que a lo léjos vése
Repite el eco su doliente voz.

—«Vuélveme mi hija, salteador cobarde,
Que allá en tu cueva en cautiverio cruel
Con grandes piedras encerrada tienes;
La que a traicion me arrebataste ayer.
Sus dulces cantos al tañer del arpa
De mi oscura vejez eran la luz:
Miéntras bailaba alegre en la ribera
¡Maldito seas! la robaste tú.
A peso tanto de dolor tamaño
Avergonzado inclino la cerviz:
¡Nunca temíle a la gloriosa muerte;
Pero a la infamia i a la deshonra, sí!»

En esto llega i ante el rei detiénese
El bandido arrogante i colosal,
Golpeando fiero su cortante espada
Contra el escudo en bárbaro ademan.
—«¿De qué, le dice, tus arqueros sirven,
De qué tus nobles i vasallos, dí?
Si nadie osa, defendiendo a tu hija,
Conmigo al campo del honor salir?»

Mudos en tanto los guerreros yacen;
Que el miedo a todos la palabra hurtó,
I en vano el rei se vuelve a sus guerreros
I ausilio pide en sollozante voz.

—¡Ah! solo estoi! desesperado esclama!
I al punto el hijo del anciano rei
Al viejo aprieta la rugosa mano
I grita: «¡Padre! yo te vengaré!»

—«Hijo querido, jigantesca talla
Tiene en su abono el pérfido raptor;
Mas noble sangre por tus venas corre,
Sangre que nunca el deshonor manchó!
Del muro baja mi temible espada
Que a los Escaldas conquisté en la lid,
Mi antigua espada; que si mueres, hijo,
Del mar las olas tragaránme a mi....
.....
¡Oid! la quilla de velero barco
Cortando va las aguas de la mar....
Alza el anciano la cabeza blanca
I el ruido escucha que menguando va....
Los dos se fueron.... el silencio reina...
El viejo escucha.... cuando en ronco son
De la isla llegan furibundos gritos
I el eco sordo del combate atroz.
El rei entónces de contento henchido
Se alza esclamando: «¡La conozco, sí,
Esa es mi espada, mi invencible espada!
¿Qué otra podria resonar así?
De ella, el malvado—¡corazon alégrate!—
El merecido premio recibió.
¡Gloria al hijo del rei entre los bravos,
Que al viejo padre, del jayan vengó!»
Vuelve el silencio i nuevamente escucha

El viejo rei.... i por segunda vez
Esclama «¿Qué oigo?—¡El ruido que los remos
Forman sobre las olas al caer!

—«¡Salud! nosotros, padre, que llegamos:
Tu hijo que muerte al enemigo dió,
Tu hija Gunilda de las trenzas de oro,
Tu hija mas bella que el radiante sol.»
—«¡Venid, venid! hácia mis brazos hijos:
De hoi mas, alegre mi vejez será.
I, cuando muera, al contemplar mi tumba,
¡Murió sin mancha! el trovador dirá.
Pon a mi diestra mi invencible espada,
Hijo adorado; i con tu dulce voz,
Gunilda, entona del sepulcro el canto
Que ya a morirme de la dicha voi!

Entre los romances nacidos puramente de la imajinacion del poeta, nos contentaremos con citar dos que bastarán para dar una idea de la feliz inventiva i del alegre candor con que Uhland sabe enriquecer esos poemas en miniatura. ¿Qué podria imajinarse de mas delicado i encantador que el siguiente idilio que no osamos traducir en verso, temerosos de desfigurar mas todavía la ciertamente ya mui desfigurada traduccion francesa que tenemos a la vista?

LA HIJA DEL JOYERO.

«Estaba en su tienda sentado un joyero entre las perlas i las piedras preciosas.

—«Helena, dijo a su hija, la joya mas pura i preciosa que han visto mis ojos, eres con todo tú, querida niña.

«Entró en esto a la tienda un guapo mozo i apuesto caballero.

—«¡Salud! graciosa niña; buenos dias amigo! Vengo a rogarte que me hagas una rica corona para mi dulce novia.»

Cuando estuvo acabada la corona, Helena sumerjida en la mas profunda tristeza, la tomó la primera vez que se vió sola i poniéndosela sobre la cabeza dijo:

—«¡Ah! feliz la novia para quien está destinada esta corona! Si ese jentil caballero se dignase ofrecerme tan solo una de rosas ¡qué dichosa seria!»

Pocos dias despues volvió a entrar a la tienda el caballero, i despues de examinar atentamente la corona, dijo al joyero:

—«Querido, ten la bondad de hacerme ahora un rico anillo de brillantes para mi dulce novia.»

Cuando estuvo concluido el anillo, Helena, sumida en la tristeza siempre, dijo poniéndoselo al dedo tan luego como se vió sola:

—«¡Ah! feliz la novia que con este anillo ha de adornar su mano! Si ese jentil caballero se dignase siquiera ofrecerme un riso de sus blondos cabellos ¡qué dichosa seria!»

Algunos dias despues el caballero volvió: i examinando atentamente el anillo dijo:

—«Querido joyero, has trabajado primorosamente este anillo que voi a regalar a mi dulce futura; pero para ver mejor desde luego cuanto le agraciarán estas alhajas, acércate un poco amable niña i permite que pruebe en tí este adorno nupcial de mi amada: es tan hermosa como tú.»

Era la mañana de un dia domingo i por eso la hija del joyero se habia puesto para ir a la iglesia su mas hermoso traje.

Teñidas sus mejillas con el rosado amable del pudor, colocóse de pié ante el caballero. Púsole éste la corona sobre la cabeza i en el dedo el anillo, i despues tendiéndole la mano, le dijo con voz enamorada:

—«Adorable Helena, no es éste un juego, una apariencia vana: ¡tú eres la novia encantadora para quien destinaba ese brillante anillo i esa corona de oro!»

El carácter dominante de esta composicion es la ideal pureza del amor aleman. La balada con que nos proponemos dar remate a estas citas se distingue al contrario por cierta rudeza antigua, mas desembarazada en sus adornos i tono que los idilios de Gessner, i que hace recordar involuntariamente algunos de esos episodios tan sencillos como tiernos que leemos en la Biblia.

MARÍA LA SEGADORA.

—«¡Salud, María! Siempre la primera
Al prado llegas i al trabajo tú.
Al verte entre la mies de la pradera
Pienso en la Biblia i la virtuosa Ruth.
Premiarte quiero: si el estenso llano
De hoi en tres dias a segar alcanzas,
De mi único hijo, te daré la mano.
¡Adios! i a la obra que las horas pasan!»

—«¿Cómo dudar? Lo dijo el opulento
Dueño del valle i su palabra es lei.
¡Cobra cuitado corazon aliento
Que vas tu sueño realizado a ver!»

Late su seno venturoso i brilla
Alta en la mano la corva guadaña.
I al ver tendida la primer gavilla
De miedo jimen las flexibles hojas
Las doce llegan i del sol ardiente
Todos huyeron i durmiendo están;
Maria i las abejas solamente
Ni del sol huyen ni a dormir se va.
Pónese el sol; la cóncava campana
Invita al rezo, i al pasar junto a ella
Todos le gritan: «Segadora ¡basta!
Basta por hoi, segadorcita bella!»

Cae de lo alto celestial rocio,
El estrellado cielo centellea,
Modula el ruiseñor sus dulces trinos
I no hai quien sordo a sus acentos sea;
Solo María no los oye: ajita
Infatigable la cortante hoz;
En vano el sueño a descansar la invita:
Nada resfria su entusiasta ardor.
Asi desde la tarde hasta la aurora,
I desde ésta a la noche, por tres dias
De amor i de esperanza alentadora
Alimentóse la jentil María.

Brilla del cuarto sol la luz deseada....
¡Venid i ved cuál llora en la pradera
De dicha la zagala enamorada
Que el trabajo acabó i el premio espera!

Allá viene el señor.... tiembla María....
—«Niña ¡salud! ¿Qué miro? ¡Ya segado
El campo todo! ¡Por el alma mia
Que no he de ser en el pagarte escaso!
En cuanto a mi hijo darte.... fué una
(chanza....
Jamas imajiné que tú a lo sério....
¡Ah! i cómo ve visiones la esperanza!
Que el loco amor encadenó a su impe-
(rio!

Dijo i pasó.... ¡Desventurada niña!
Cae; sus fuerzas se acabaron ya:
Helado siente el corazon.... Su vida
La flaca muerte en breve segará.

La hoz sobre el pecho i la jentil cabeza
En las rubias espigas apoyada,
Hallaron a la misera doncella
Sus tristes padres yerta i desmayada.
Un año aun desatentada i loca
Con agua i miel la vida conservó.
¡Llorad amantes al cavar su fosa,
Que el amor puro con su amor murió!

Hemos recorrido todas las poesias liricas de Uhland, i bien podriamos comparar el viaje que acabamos de terminar a esas maravillosas espediciones que hoi en dia no se hacen sino en las leyendas, al traves de selvas encantadas. Uhland ha sido efectivamente para Alemania el amable májico que en los años tristes i en la época de la prueba dirijió las miradas de sus compatriotas hácia mejores i mas gloriosos tiempos.

En estos últimos años una turbulenta escuela de poetas politicos se ha mostrado ingrata con su antiguo maestro, culpándolo de haber adormecido la nueva libertad de Alemania en medio de las leyendas i las flores feudales.

Esta fogosa falanje de noveles poetas, ha olvidado i mucho, la valerosa lucha que Uhland sostuvo defendiendo la libertad de su pais i la honrosa parte que le cupo en la Constitucion otorgada en 1817 por el rei de Wurtemberg. Hace treinta años que Uhland se ha consagrado completamente a los intereses politicos de su patria i ha abandonado del todo a la Musa, su antigua compañera. Habiendo llegado el poeta a ocupar un asiento en la Cámara, despues del otorgamiento de la Constitucion wurtemberguesa, parece decidido a no volver ya mas a entregarse a los encantos de la poesia que fué con él tan pródiga en dones. Sin duda que tal resolucion prueba fuerza de carácter; pero no podemos admirarla con todo. Casi nos sentimos arrastrados por el contrario a formular una amarga queja contra el vate que ha sacrificado a intereses puramente humanos una facultad de orijen divino i cuya influencia sobre el corazon de sus semejantes habria sido sin duda mas eficaz i mas suave que los mas elocuentes discursos parlamentarias.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Continuará.*)

EL CERRO DE LA CAMPANA.

(CONTINUACION)

Me asomé a la ventanilla.

La locomotora arrojaba torrentes de humo i vapor.

Los rieles crujian bajo su peso; las palancas i los ejes rechinaban.

Ibamos con una rapidez vertijinosa.

Los peñascos, los postes del telégrafo, las casuchas esparcidas por acá i por allá, desfilaban como el viento.

Por un instante me olvidé de mis compañeros i permanecí apoyado en la portezuela.

El terreno parecia animarse a nuestro paso i como un torrente murmurando, se deslizaba bajo las ruedas que jiraban, jiraban sin cesar.

Un polvo menudo i espeso, nos envolvia como en una nube.

Los animales huian despavoridos i encabritándose i bufando, se separaban al acercarse aquel monstruo de venas, articulaciones i miembros de acero; aquel mónstruo cuyo movimiento, modo de ser i vida en fin, dimanan solo del fuego i del vapor.

La locomotora comenzó a silbar, pero de un modo estrepitoso, atronador.

Yo miraba siempre.

Con la cabeza descubierta, la vista escudriñadora, la respiracion anhelante, permanecia extasiado i mudo.

Lo inmenso i lo infinito me envolvian entre sus arcanos.

Debí hacer algun movimiento raro o dejar escapar alguna esclamacion.

—¿Qué tiene Ud?, me preguntaron a un tiempo George i Mary.

—Nada, nada, contesté, asustado de semejante pregunta, porque no me daba cuenta de lo que me sucedia i luego tratando de disimular...., es que, añadí...., es que, ya estamos cerca del primer túnel.

En efecto, segundos despues, ya estábamos completamente a oscuras.

Ibamos perforando una montaña.

—¡Ai! esclamó Mary i por un movimiento instintivo, se tomó de mi brazo.

El roce de aquella mano, el contacto de aquel ánjel me hizo estremecer.

Cuando volvió a brillar la luz, los ojos azules de Mary estaban siempre fijos, fijos en los mios.

Georje nos contemplaba distraido. En sus labios se dibujaba una estraña sonrisa.

Llegamos al puente de los Maquis.

Los tres nos agrupamos en la ventanilla.

—¡Soberbio! esclamó George.

—¡Imponente! repetí yo.

—¡Tengo miedo! murmuró Mary i su delicada mano volvió a oprimir mi brazo.

I volvimos a entrar a otro i otro túnel.

Cuando salimos por tercera vez a la luz del dia, encontré un clavel rojo en el ojal de mi paletot.

¿Quién lo habia puesto ahí?...

Los ojos azules me miraban con pasion.

He oido decir que el lenguaje de los ojos es el mas elocuente i a fe que tienen razon.

Le dí las gracias a Mary con un lijero movimiento de cabeza.

Ella me comprendió sin duda; la ví sonrojarse i luego palidecer.

George distraido en apariencia, encendia un sétimo habano.

—¡*La Patria* de hoi! *El Ferrocarril* de hoi! Agüita fresquita! Biscochuelos, biscochuelos! Todas estas voces resonaron a un tiempo en nuestros oidos.

Salté de mi asiento.

Acabábamos de llegar a Llaillai.

III.

I ese nombre?...Omito los detalles de nuestra permanencia en esta estacion, detalles por demas de todos conocidos, porque, ¿quién no ha viajado alguna vez? ¿quién no conoce lo que es esa vida de los que van i vienen de un punto a otro i que como las aves, solo se posan algunos minutos aqui o allá?...

Seria hacer una repeticion inútil i cansada.

Baste diga, que en el «Smith Hotel», tomamos un lijero almuerzo, almuerzo que como te habrá sucedido alguna vez a ti, amado lector, de todo tendrá ménos de suculento, i del que léjos de reportar algun provecho, solo queda disgusto i desazon, amen de las peladuras que casi siempre resultan en la lengua o en el paladar, por tener que tragar mas que de prisa, pues a cada instante uno cree sentir la señal que anuncia la llegada de un tren o la partida del que nos conduce.

Volvimos pues a instalarnos en nuestros asientos del wagon.

Tomé colocacion al lado de Mary i frente a George.

El tren volvió a ponerse en movimiento

i luego comenzamos de nuevo a correr i correr.

Despues de algunos instantes de silencio George dormitaba.

Miré a Mary, ella tambien me miró.

¿Acaso nuestras almas se comprendieron?....

—Mary! dije a media voz.

—Chit! repuso ella poniendo en sus labios de guinda un dedo torneado, blanco, pequeñito.

Miramos a George; comenzaba a roncar. El habano que apretaba entre sus dedos, se le habia apagado.

Mary alzó su velo de muselina.

¡Qué rostro tan divino!

—¿Ha amado Ud. alguna vez!..me preguntó ella.

—¡Señorita!...balbucié yo, atónito i perplejo ante aquella lacónica i resuelta pregunta.

—¿Ha amado o ama Ud.?, volvió a repetir.

—Señorita!....tartamudeé yo, inquieto, irresoluto i sin saber que responder.

—Contésteme Ud. sin rodeos; pero, por piedad no me engañe. Dígame la verdad, la verdad!

La sangre afluyó a mi cerebro, una nube pasó por mis ojos. Un sudor frio corria por todo mi cuerpo.

Era preciso contestar i era menester decir la verdad.

Mentir en aquella ocasion, mentir a esa pura e inocente niña que me preguntaba si yo habia amado o si amaba, hubiera sido una infamia.

Tomé una resolucion estrema, decidida.

El corazon me palpitaba con violencia, las sienes me latian, sentia el pecho oprimido i en los ojos un ardor que casi me hacia saltar las lágrimas.

—I bien?.... repuso ella.

—Yo amo! fué mi respuesta.

—Cómo! Ud. ama?

—Si señorita, con pasion, con locura.

Mary comenzó a ponerse pálida, su semblante se contrajo i tomó una espresion reconcentrada, triste, lúgubre.

—I seria indiscrecion si yo le preguntase a Ud. el nombre de la mujer a quien Ud. ama?

—No es una mujer, que es un ánjel le contesté yo, una niña que apénas diez i seis veces habrá visto reverdecer los claveles i los jazmines. Una niña encantadora, preciosa.

El velo de muselina cubrió el rostro de Mary; una lágrima silenciosa, única, se balanceaba en sus pestañas.

—I esa niña, balbuceó, le corresponde a Ud.?

—No lo sé.

—Es posible! i entónces?....

—Ahí verá Ud. qué clase de amor es el mio. Es un amor ideal, purísimo, de esos que el mundo llaman platónicos. Nunca he hablado con ella, i sinembargo conozco el sonido de su voz, converso horas enteras con ella i horas enteras la adoro i la contemplo. Nunca he tenido sus manos entre las mias i sinembargo yo las siento, las palpo i las estrecho. En todas partes la veo. Su imájen está grabada en mi alma. Su nombre lo veo escrito por do quiera. Los árboles al ser ajitados por el viento, la nombran i tambien las aguas murmurando en los arroyos i las avecillas al trinar en la espesura o al hendir el aire con sus cortantes alas. Ese nombre esta ahí en el cielo, aquí a mi lado, en todas partes en fin. Al moverse la locomotora, veia escaparse ese divino nombre, enmedio del penacho de humo que lanzaba por su chimenea, como lo veo ahora en las paredes de este carro i hasta en los pliegues de vuestro vestido.

—Ah!, esclamó Mary conmovida i palpitante, i ese nombre, ese nombre, cual es?

—Me acerqué a ella i murmuré bajo, mui bajo i en un tono apénas perceptible ese nombre sagrado, ese nombre que envuelve un mundo para mi, puesto que es el centro de todas mis esperanzas, de todos mis ensueños, de todas mis ilusiones.

—Oh! dijo ella, que se habia incorporado, cayendo de nuevo sobre los cojines de su asiento, ¡el nombre de mi madre!

—Singular coincidencia!, repetí yo, pasando un pañuelo por mi frente bañada de sudor.

Todo quedo en silencio.

Mary permaneció sumida en una profunda reflexion. Sus ojos azules estaban velados por sus párpados color de rosa.

En este instante un movimiento irregular del tren, hizo saltar del gancho la licorera de George, que fué a caer sobre la cabeza del narcotizado ingles.

—God bless!, esclamó él, brincando de

su asiento i llevando a su cabeza una de sus manos.

—Se ha hecho Ud. algun daño?, repuse yo.

—Te has hecho mal, papá?, preguntó ella.

—Nó, no es nada. Pero a fé que estaba profundamente dormido. Soñaba que nos habiamos desrielado en el puente de los Maquis i que ibamos cayendo, cayendo....

No pudimos ménos de reirnos Mary i yo.

George tomó la licorera i me la presentó, oferta que yo rehusé cortesmente, él en cambio casi la estrujó.

—¡Oh!, very good!, ¡delicioso! esclamó sacudiendo algunas gotas que habian caido sobre su cachenez, al mismo tiempo que se quitaba su gorro de lana. Entónces vine a ver que sus cabellos comenzaban a emblanquecer, cosa en que no habia reparado. Se restregó los ojos, i dió unos cuantos bostezos, estiró sus brazos i sus piernas, encendió un habano i se apoyó en la ventanilla que miraba a Occidente.

—Tohat is that?, me preguntó, estirando su brazo hácia una sombra negra i que como flecha, se destacaba entre la multitud de cerros que rodeaban los campos que atravesábamos.

—En el cerro de la Campana, contesté yo, cerro que está a inmediaciones de Quillota. Dicho esto, hice una larga i minuciosa relacion de todas las historias i cuentos que corren sobre esa famosa montaña, cuentos que cien veces habia oido cuando niño, durante las largas veladas de invierno, miéntras que sentado al amor de la lumbre, la lluvia azotaba los cristales de las ventanas i el viento silbaba al traves de las rendijas de la puerta.

George escuchaba con marcada atencion.

Mary, del mismo modo, no perdia una palabra de mi narracion.

Los ojos del ingles comenzaban a dilatarse de una manera estraordinaria, permanecian clavados, fijos en esa empinada cumbre.

I si a veces teniamos que recorrer algunas curvas i el cerro desaparecia, no por eso George, dejaba de mirar i mirar siempre; cualquiera hubiera dicho estaba magnetizado. Su rostro entónces se contraia, sus labios se apretaban convulsivamente, pero no tan pronto volvia a aparecer de nuevo el cerro, que una alegria estraordinaria se pintaba en todas sus facciones.

Yo seguia con mis historias.

El interes de mis oyentes habia ido creciendo por grados.

Cuando yo acabé de hablar, ellos me escuchaban todavía.

—¿Con que decis que nadie ha llegado a la cima de esa montaña?

—Nadie.

—I decis que es temeridad, el querer trepar a esa altura?

—Asi es.

—I añadis que este peligro es sobretodo mayor i mas inminente en la Semana Santa?

—Asi refieren las abuelas en sus cuentos.

—Pues amigo, estamos en Semana Santa, (en efecto, era Lúnes Santo), i yo he de hacer lo que nadie ha hecho. Antes de partir para Europa, quiero visitar ese cerro-Mary comenzó a temblar.

—No ireis padre mio, dijo, no ireis.

—Si iré i espero que Ud., añadió dirijiendose a mi, tendrá la bondad de acompañarme.

—Acepto, acepto; iré con el mayor gusto Hace mucho tiempo deseaba hacer lo que ahora me proponeis.

—Pues entónces, apénas lleguemos a Quillota, nos pondremos en camino i espero que mañana, ya sabremos lo que encierran de verdad esas crónicas o historias que acabais de referirnos i ademas sabremos por esperiencia propia, lo que es pasar la noche del Lúnes Santo en la cumbre del cerro de la Campana.

La locomotora comenzó a silbar.

Acabábamos de llegar a una estacion.

—¡Quillota! gritó el conductor en la puerta del carro.

Media hora despues, ya estábamos en casa de William, el amigo de George.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

FILOLOJIA.

III.

(Conclusion).

Jeneralizados estos cuadernos i leidos con detenimiento harán que la futura jene-

racion sepa dar razon de su idioma mejor que muchos de nosotros.

Aun en el dia, algunas personas crecidas harian bien en consultarlos. Ya que nuestra vida no es bastante civilizada i variada para enseñarnos prácticamente el valor de todas las voces, apelemos a la representacion figurada de la vida estranjera.

Los objetos que nosotros hicimos nacer a la sombra o a imitacion de los importados por los españoles, no pudieron ser muchos, desde que, como es sabido i está a la vista, nuestros progresos industriales de la conquista acá no han sido grandes. Esos objetos, i los del pais, i los mismos traidos por los españoles, recibieron nuevos hombres, indijenas unos, semi-españoles otros, i dignos varios de ellos de ser incorporados en el Diccionario de la lengua castellana, tales como *pucho*, *panca*, *chala*, (ya que otros ejemplos no nos ocurren,) que en una palabra i con toda propiedad designan lo que las perifrasis españolas *punta de cigarro*, *hoja de maiz*, i.... ¿cómo traducirán los españoles la palabra *chala*?

Court de Guebelin, en su célebre obra del *Mundo primitivo*, remontándose hasta el idioma primitivo que se supone existió anterior a la confusion de Babel, hace derivar al quichua *chala* del primitivo *cal*, que se encuentra en griego como *Kálamos* i en latin como *calamus*. Si *non é vero*, *è ben trovato*.

Miéntras tanto digamos para los que no lo sepan que *chala* es el conjunto de hojas i tallos de maiz verdes que se venden en lios para pasto. El *cálamo del maiz* esto es, su canuto, se llama en quichua *güiro*.

Debe entenderse igualmente que *panca* designa la hoja ya seca, i no la hoja toda, sino meramente la que envuelve la mazorca.

¿Qué razon hai para que la Academia no acepte estas i otras voces americanas, necesarias ya i hasta indispensables al idioma? Asi como traduce *panca* por *hoja de maiz*, podria traducir la áspera e ingrata palabra sajona *revolver* por *pistola de cilindro* o *jiratoria*, o de *tantos tiros*, i no lo hace; ¿por qué? porque cuando un pueblo está postrado i decaido, no tiene valor ni para examinar siquiera los contrabandos que le introduce una nacion preponderante, i guarda todo su rigorismo i encono para los buenos artículos procedentes de pueblos cuya importancia literaria es nula. La soga, ¡ha de quebrar siempre por lo mas delgado!

Un erudito español, Juan de Guzman, presentia ya, desde 1586, la necesidad de admitir las voces americanas; i en sus *Anotaciones a la primera geórjica* espresábase así:

«I cierto que es bien, que cuando el nombre es sonante i usado de los nuestros en algunas partes, que todos nos aprovechemos de él, siquiera porque nuestra lengua se enriquezca de estos vocablos peregrinos, que será señal si en otro tiempo nuestro Señor determinare hacer otra cosa, que Monarquia estuvo en España, i que tuvo señorío en aquellas jentes, de quien tomó aquellos tales vocablos.»

Posteriormente Salvá, en el prólogo de su diccionario, propone *dictaminar*, *editorial* i *empastar*, como buenos americanismos.

Butaca es una de las pocas palabras de este continente acojida en España con tal amor, i tan bien marcada por el sello de su idioma, que el peruano que por escepcion la usa, se pavonea i echa para atrás creyendo que está hablando un español de los mas puros.

¡Así desconocemos las especies que nosotros mismos suministramos, i aun aceptamos nuestras propias voces desfiguradas por algun estranjero como se verá por el siguiente ejemplo!

Cuando la toma de las isla de Chincha, los españoles, que no tenian por qué conocer nuestras concordancias, las llamaban *Las Chinchas*. Este barbarismo fué acojido por todo el pais con una carcajada, i todo el mundo lo repetia, por supuesto *burlescamente*.

Pues bien: hoi es raro el escritor, el periodista que en su mas sério lenguaje no dice *Las Chinchas*, como pudiera un estranjero.

Si mañana un ciudadano....de la repúbliquilla de San Marino, o del islote de *Mauricio* nos enseña a decir *las Guañapas* por las isla de *Guañape* y *las Lobos* por las de *Lobas*, ¿le seguiremos tambien?

El orgullo nacional que casi siempre es quijoteria, ¿dónde se encuentra, dónde se refunde, donde se pierde en los casos en que solo se trata de dignidad nacional?

Pero si España puede i debe recibir de

nosotros un rico, variado i pintoresco vocabulario, superior es el que nosotros pudiéramos i debiéramos tomar de ella consultando i leyendo atentamente sus obras antiguas i modernas, sus actuales periódicos de costumbres, visitándola con la frecuencia que a otras naciones de Europa, i estrechando relaciones que se debilitan mas cada dia.

Si al describir la naturaleza, por ejemplo, nos atuviéramos únicamente a los nombres que la costa peruana puede suministra a sus moradores, nuestro caudal de voces quedaria reducido poco ménos que a *arena* y *sauces*; i sólo recurriendo a los artificiales medios que proponemos en el acápite anterior nos seria dado usar con la misma gallardia que los españoles los nombres de *chopo*, *teje*, *madroño*, *acerolo*, *mimbrera*, *castaño*, *carrasca*, *coscoja*, *acebo*cacebuche*, *espinoalbar*, *cambronera*, *zaraz* i otros mil de árboles, plantas, flores, aves i cuadrúpedos que solo confusamente conocemos cuando no los ignoramos del todo.

No he mencionado a la encina, el roble, el pino, el abeto, el alerce, porque por su gran importancia i el uso de su madera, tenemos acerca de ellos nociones ménos imperfectas.

Miéntras tanto, las luces, que en lo antiguo bebiamos de España, las bebemos hoi de todas partes, escepto de nuestra antigua metrópoli; i asi, aunque progresamos grandemente en el conocimento de las cosas, nos atrasamos considerablemente en el de los nombres propios españoles que las designaron en todo tiempo, o las designan ahora.

Jardineros italianos i franceses nos han familiarizado con la *adelfa* de Andalucia, tan antigua como el Bétis, pero haciéndonos creer que se llama *laurel-rosa* o bien *nério oleandro*.

Al hacernos amigos de otros exóticos individuos del reino vejetal, no es ya con su nombre vulgar estranjero sinó con su indijente nombre botánico con el que nos han familiarizado, como se vé en *eucaliptus globulus*, *astrapea* i otros mil mas.

¿Qué significan estos nombres? ¿Qué significan todos los nombres botánicos? Alguna de las cualidades mas ocultas (i que menos vé el vulgo) de un vejetal, cuando no el áspero apelativo del que descubrió o clasificó la planta, cuya vista, mas o ménos deslumbrante, frondosa o aromática, suscita en la imajinacion del que la contempla cien nombres mas imitativos i adecuados que los que pueden derivarse de Haencke, Humboldt, Bougianville o Bignon.

¿Quien me negará que el nombre vulgar ingles del australense jigante, *gomero azul*, dice mucho mas que *eucaliptus globulus*?

Felizmente en este caso, nuestro pueblo, fuertemente sorprendido por el olor de trementina que despide el eucalipto, lo ha bautizado con el nombre de *alcanfor*, que tambien dice mas que eucalipto.

La astrapea es una malvacea oriunda no sabemos si de Australia o del Cabo de Buena Esperanza, i la jente de Lima no pudiendo convenirse con un nombre que nada la recuerda, la suele llamar *satrapea*, talvez para hacerse la ilusion de que desciende de algun *sátrapa* de Persia.

Si fuéramos a buscar los correspondientes españoles de *eucaliptus* i *astrapeas*, apuradillos nos veriamos, porque tan exóticos le son a España estos árboles como a nosotros mismos. La introduccion del primero causaba no ha mucho gran ruido en Madrid.

Por lo pronto *eucalipto* i *astrapea* suplen bastante bien, el primero, porque castellanizado como lo damos es eufónico i bonito; el segundo, porque un uso jeneral i relativamente antiguo le ha dado aquella importancia de circunstancias que en el artículo anterior asignábamos a algunos neologismos.

IV.

Si solicitamos de todas las profesiones i ocupaciones, de todos los oficios, artes, industrias, i de todos los meros vivientes de nuestro pais que nos presenten el respectivo vocabulario de su uso, notaremos que faltan en él, sin razon ninguna, las mas de las palabras que debiera contener.

Nuestra jente es parca, sóbria i frugal; vive de poco.... en materia de palabras. Cierto es que la pobreza de que nos quejamos se halla débilmente compensada con alguno que otro provincialismo que no hallaríamos en el diccionario de la lengua; que el arriero nos hablará del *tambo* i la *pascana* ya que no del *parador* i la *posada*; el labrador de la *Huella*, el *ihuanco*, la *pálca*, los *cachai* etc. a falta de la *avenida*.

Pero estos términos locales, sobre no reunir muchos de ellos los requisitos necesarios para ser admitidos en el idioma, no hacen mas que traducir espresiones espa-

ñolas tan propias o mejores. Miéntras tanto, la reunion de todos esos vocabularios pobres compone el español empobrecido que hablamos en América.

Preguntad a un dependiente de mostrador con que otro nombre se le puede designar, ya que el de dependiente es tan jeneral, i no sabrá contestar *hortera*. El aficionado a caballos i el mero viviente ignorarán que la *baticola* es tambien *grupera* i aun *otaharre*; el cazador, que su *morral* tiene otro nombre mas peregrino i acaso mas propio que es el de *burjaca*. Para el *chacarero* las *cercas* de su *heredad* no serán mas que *tapias*, o cuando mucho *cercas*; así como en *chacra* i *hacienda* termina nuestra nomenclatura de propiedades campestres. No conocemos o no usamos *granja*, *alquería*, *quinta heredad*, *cortijo* etc. Esto proviene de que, como ya hemos dicho ántes, nuestra vida, así urbana como rural ha sido multiplicado tan poco, que en mui pocas palabras está reflejada..

Nuestras *cercas* o *tapias* no se subdividen o multiplican en *vallado*, *valladar*, *bardales*, *seto* etc. porque tan pronto como tuvimos la grosera i costosa tapia, de incesante renovacion, para deslindar las propiedades o los *potreros* (*dehesas*), la falta de elementos o la indolencia *hamaquense* no nos permitieron hacer mas ensayos. Quedámonos, pues, sin el *seto*, que es la cerca de palos o empalizada; sin el precioso *seto vivo*, tan lindo, tan económico i tan seguro, i para el cual no tenemos o no hemos querido buscar plantas aparentes como el *boj*, el *espino albar* etc.

Los *cactus*, los granados agrios, el *rubus occidentalis* (especie de frambuesa silvestre), la *cántua* (i aun la *bougainvillea*, sobre la cual algunos jardineros europeos han comenzado a llamar la atencion, considerándola adecuada para *cercas vivas*) son otras tantas plantas, ya nuestras, ya introducidas, que podian comenzar a reemplazar las tapias.

Pero la indolencia *hamaquense*, las revoluciones, i la inseguridad cada vez mayor de nuestros campos, nos retraen de estos prácticos ensayos, que exijen tiempo i perseverancia; i nuestros *chacareros*, sitiados por las tercianas, por la falta de caminos, por la carencia de todo, i últimamente por las amenazas de los chinos, estan *apurados* i solo piensan en crearse cuanto ántes un capital para retirarse al único punto semihabitable del Perú, que es éste.

El hotelano ni siquiera sospechará que el *poyito* que le impide ir a ver que un pozo es *alto*, mirándolo desde el fondo para arriba, que era como debian considerarlo los latinos al llamarlo *alto* por *hondo*, ni siquiera sospechará el horticola peruano que ese *poyito* o *cosa* que le impide irse de cabeza al fondo del antro, se llama *brocal*, *pretil*, etc.

La niña que está recostada en la ventana, creerá que se recuesta en el *poyito* o *cosa* de la ventana.—¡I el *alfeizar*!—Se ha perdido. ¡Vaya un horror del nombre propio! *La fuga del nombre*, como diria un frances.

Nuestros conocimientos verbales acerca de una *rueda*, verbigracia, puede decirse que empiezan en la rueda i acaban en los *rayos*. Todo aquello de *llanta*, *pinas*, *cubo*, es griego; para eso está ahi la *cosa* para designar cada pieza.

Tan cierto es esto, que no hace muchos dias que un corresponsal de *El Comercio* en el Callao (agosto 18) trascribiendo una prescripcion municipal fijando el ancho que debia tener la *llanta* en cada rueda de carreta, *subrayaba* relijiosamente esta palabra como quien emplea un vocablo estranjero, estraño, o importuno.

El azotacalles i el escritor i todo Lima i todo el Perú vive en la dulce persuasion de que la *acera* no es sino la *vereda*, i casi nunca se le ha llamado ni se le llama por aquel su propio nombre. Hé aquí un caso de empobrecimiento innegable.

La *impropiedad* es el peor defecto de nuestro castellano de acá. Parece que las palabras, al atravesar las tres mil lenguas consabidas, se desvirtúan, como las nueces, los dátiles, las guindas i otras golosinas, que una cosa es tomarlas en Europa i otra en América; o que se *marean* como algunos guantes i ciertos jéneros.

¡Pobres paises que no tienen nada propio, si no es su naturaleza que ni ellos mismos conocen bien! Cuando esto llegue a ser mundo, ¿qué será de nosotros? Ni en ceniza existiremos sobre la tierra, i ni en recuerdo en la memoria de los pósteros, que no verán en nosotros sino las *ruedas* que *jirando* i no *viviendo*, *descalabrándose* no *pensando*, labraron, pulieron i prepararon *maquinalmente* la escena para ellos, los verdaderos hombres.

¡Qué triste papel nos habrá cabido en la historia americana! Es probable que esos futuros habitantes no decanten tanto como nosotros su libertad, sus fueros, sus derechos, su autonomía; i, con todo, se puede apostar a que llevarán la frente mas alta que susIraquiticos, aunque entonados, projenitores; que respirarán mas verdadera libertad que nosotros en su porte; que ostentarán una musculatura mas recia i un cerebro mejor puesto; i que, en fin, realizarán con mas perfeccion que nosotros esta antigua pintura del hombre:

«Rostro levantado i mirar al cielo.»

(*Os homini sublime dedit cœlumque tueri.*—Ovid.)

¿Puede darse un tipo mas cabizbajo, mas abatido, mas macilento i humiliado i mas de esclavo que el del actual hombre libre i autónomo poblador de la América?

Pero dejémonos de cuestiones etnolójicas o antropolójicas i no raspemos mas el amor propio criollo, que harto lo hacemos ya con decirle que no habla con propiedad.

La impropiedad se nota igualmente al designar fracciones o porciones. Que estas sean de pan, de fruta, de pelo o de lana, decimos *pedazo o porcion*, dejando arrinconadas por *flojera* o por ignorancia las frases propias que son, *cacho* de pan, *gajo* de naranja, *cadejo* de pelo, *vedija* de lana, etc.

Véase, ademas, la siguiente lista de impropiedades de toda especie: decimos *ensartar* por *enebrar* una aguja; *tierra* por *polvo*; *olleta* por *chocolatera*; *cocinar* por *cocer* (en casos en que aquel no viene bien); *comer* por *escocer*; i el verbo *tomar*, solito, carga sobre sus flacos hombros todas las acepciones suyas i las de su hermano *cojer*.

Lo peor es que en estos casos el hombre instruido se ve perplejo, porque emplear una expresion falsa es repugnante, i emplear la propia es chocar.

La *alcuza* o *aceitera* brega (i creemos que tambien entre los españoles) por tener un nombre que dé idea de lo que es, lo que no cumplen aquellos, desde que dicho mueble ademas de *aceite*, contiene tambien vinagre, sal i pimienta.

No falta ya quien esté recuriendo al frances i diga *etagére*. ¿Por qué no se consulta la analojía? ¿Puede darse mayor que la que existe entre *esa cosa*, ya se divida en dos, ya en cuatro compartimientos, i unas *angarillas* de dos o cuatro capachos?

Creo pues que *angarillas* es mejor en todo caso que *alcuza etagére*, *aceitera* o *convoy* (este último nombre me parece el mas ridículo de todos.)

Cuando no queremos que las escurriduras de una vela vayan a parar a la alfombra o a nuestros dedos, pedimos....pues, aquella *cosita* de cristal o porcelana que... que...i al fin creyendo nombrarla con toda propiedad aflojamos ¡*la candileja*!

Si remontándonos al buen español pidiéramos....*la arandela*, ¿qué sucederia? que el criado se quedaria estupefacto, que los concurrentes se echaria a reir, i que al dia siguiente un *salado comunicado* del "Comercio" anunciaria mui sériamente la aparicion de un *cándido* mas. ¡Métase Ud. a hablar con propiedad i abundancia, con semejante amenaza pendiente!

I *a propósito* ¿dónde me dejan Uds. este curioso *limeñismo*? Aquel futuro americano cuyo retrato bosquejábamos con entusiasmo no há mucho; aquel que a boca llena podrá decir *Homo sum*, cosa que a nosotros nos está vedada, ¿qué dirá, cuando averigüe que toda la obra de Benedictinos, que todo el Dijesto, que toda la Enciclopedia del Perú del siglo XIX se redujo á balbucear *cándido*? ¿Qué pensará de esa raza que se precipitó de bruces en la descreencia de la edad senil, sin haber irradiado ántes sobre el mundo las alboradas virjenes, risueñas i lozanas de un periodo Biblico u Homerico?

Pensará....lo que apuntamos arriba; que solo fué la máquina que le preparó la escena.

Echemos ahora un nuevo vistazo sobre palabras arrinconadas sin motivo i que hacen gran falta; sobre sinónimos que jamas se usan, estranjerismos que han debido traducirse, terminaciones diminutivas desdeñadas, i galicismos indispensables, por una u otra razon; levantemos una especie de osario.

¿Qué se hicieron la *jicara* el *pozillo* i la *aljofaina*?

Para pescar estos i otros vocablos que la ignorancia i la pedantería llaman arcaismos, sin enseñarnos con cuales otros vocablos han sido relevados, para dar con estas perlas hai que descender, a lo buzo, a las profundidades del bajo pueblo, arca universal donde se conservan todas las reliquias baradas en el naufrajio de las edades.

Como la clase ínfima no tiene contacto inmediato ni contínuo con los estranjeros i sus artículos, sigue hablando íntegro i puro i por tradicion el idioma que heredó de los primeros españoles, que guarda en su memoria tan fielmente como ostenta en una esquina de la habitacion la antigua *rinconera*, *alacena* o *escaparate* llena de chucherías, que ha sido postergada en los elevados salones por el moderno *chinero*.

La *jícara*, la *alfofaina* i el *pozillo* han sido uniformemente sustituidas por la *taza*—¿Por qué? Acaso porque esta palabra tiene el honor de recordar directamente la *tasse* de los franceses.

Lo que es *escudilla* creo que nunca se dijo, i así me aflije ménos el que tambien se la haya *bebido* la *taza*.

De *cazo* hemos hecho *casito*, pero nadie se acuerda del padre que lo enjendró; así como de *sera* sacamos *seron* i nunca se menciona a la madre que lo parió.

La jente *canastada* o de *canasta* dice siempre *canasta*, o cuando mucho *balai* (peruanismo): nunca *cesto*, ni *canasta*, ni *cesta*, ni *espuerta*.

Pasemos a los estranjerismos que han debido traducirse. Cuando aparecieron los *wagones*, ¿por qué no recordaron los españoles sus *faetones*? Les pasó seguramente lo que al no traducir *revólver* por *pistola de cilindro*, que creyeron que un pueblo postrado, decaido i empobrecido no tiene derecho para hacer alarde de la riqueza que aun pueda conservar oculta; porque si se arroja a hacerlo, puede acaecerle lo que al pobre de la copla, que «vertia perlas i *no de cobre*; mas como las vertia un pobre, nadie se bajaba a cojerlas.» Aunque, con perdon, yo creo que si nadie se bajaba a cojerlas, no era porque las vertia un pobre, sino porque como lo confiesa su propio autor en la copla que me he atrevido a alterar, las perlas que vertia *eran* de cobre.»

"Si, señor; *mas son de cobre*"

he leido i oido constantemente. Pues si de cobre eran, por confesion propia, razon ha[illegible] para no recojerlas.

[illegible]blemente el pobre de aquel entónces [illegible] tan bellacon como los de ahora, [illegible]ue aun[illegible] viertan cada perla....como un [illegible]entave, le [illegible]han la culpa de todo *a su pobreza*, i no por pienso a la pobreza moral, intelectual i física de que son víctima.

Las terminaciones diminutivas en *ico*, *illo i ete*, que tanta variedad dan al idioma, no le han petado al peruano. *Mostacilla*, *redecilla*, (adorno de cabeza femenino) *granadilla*, *cascarilla*, *cabritilla* (tafilete finísimo) son meramente nombres posesivos, i jamas diminutivos de *mostaza*, *red*, *granado*, *cáscara* i *cabrita*, que para eso está ahi *ita* i si es *cabrita*, *cabritita*.

En cuanto a *ico* i *ete*, el peruano que diga que su *chico* hace *pinicos* por *pininos*, i que habla de *templetes*, *pistoletes*, i *ponetes*, pueda estar seguro de producir *sensacion*.

De los estranjerismos indispensables, *wagon* i todos los de su especie son buen ejemplo, pues designando objetos esencialmente modernos i esencialmente estranjeros, los pintan mejor que una rancia palabra española de ahora siglos, por adecuada que sea.

El gacilismo *país* (cuando lo es) es tambien indispensable, pése a Baralt e Iriarte, por la siguiente razon moral: habiéndose hecho necesario a los hombres modernos el *idolatrar* i el traer a cuento para todo el *Pueblo*, todos los nombres que lo designen son poco, como para nombrar a Dios.

En conclusion: Si ciertos libros ilustrados para niños de que hablábamos en el artículo anterior, servirán para que estos conozcan la propiedad de muchas voces, el Jardin Botánico, la Esposcion en grande que se prepara, la Quinta Modelo de agricultura i otras mil obras de la actual administracion, darán un extraordinario impulso al idioma entre la jente crecida.

Recorriendo los cuarteles del Jardin, las galerías de la Exposicion, i los terrenos de la Quinta, aprenderán i acopiarán mas voces los peruanos, que leyendo un diccionario; con la ventaja que el vocabulario adquirido en el mismo terreno de la práctica se les grabará mejor i no olvidarán nunca.

En cambio, como en toda esas empresas tienen por fuerzas que invertir en primera línea el elemento estranjero, *progresaremos grandemente en el conocimiento de las cosas*, i *nos atrasaremos en el de los nombres españoles puros que las designaron ántes o pueden designarlas ahora*, como tambien deciamos en el artículo anterior.

Los nombres que aprendamos en esas visitas, aunque mui ilustrativos, no serán

en lo jeneral, mui españoles; i asi, dos causas diamentralmente opuestas, como son la ignorancia i la indolencia *hamaguense* por un lado, i la ciencia i la precipitada actividad yankee por otro, habrán contribuido al mismo fin, a la corrupcion, quizás a la destruccion del idioma entre nosotros.

JUAN DE ARONA.

Recomendamos mui encarecidamente la lectura de la bellísima composicion con que el distinguido poeta colombiano, señor Caro, ha tenido a bien favorecer a *La Estrella de Chile*, i enviamos a su autor las mas espresivas gracias por su benevolencia.

Esperamos que no será ésta la última vez que los lectores de *La Estrella de Chile* tengan ocasion de gozar de las inspiradas producciones del escritor, por mas de un título simpático para ellos i para los redactores de este periódico.

LA CONFUSION DE LENGUAS.

I.

La historia del mortal es su pecado:
Fué el sueño de un instante su reinado
I eterna es su cadena.
Pecó Adan; i el señor dijo a Natura:
«Séle extraña u hostil; calla o murmura!»
Fué la primera pena.

Natura obedeció: negó homenaje;
Negó el Eden al hombre su hospedaje;
Mas áun quedóle espacio:
Hizo un manto de hojas contra el frio;
Guarecióle una choza del vacio,
I fué esta choza del amor palacio.

Milagros del amor: dábanse un nombre,
Siempre elocuente, la mujer i el hombre
En perenne armonía.
¡Milagros del amor correspondido,
Que en pobres pajas de ignorado nido
Al mundo desafía!

Ellos de su futura descendencia,
Condenada a pobreza, i a dolencia,
A veces se acordaban.
«Mas penas llevaderas,» se decian,
«Si cual nosotros, al amor se fian;»
I ellos mismos asi se consolaban.

Pecó despues, no un hombre, el pueblo entero;
I a Natura el Señor dijo severo:
«Hoi tus fuerzas desata;
Al soberbio mortal náufrago inunda;
Cubran el orbe en confusion profunda
Tormenta i catarata!»

I pasaron las recias agonías;
Jérmen quedó de los antiguos dias;
Se repobló la tierra.
Tornó a pecar, no un hombre, el pueblo entero;
Dios el castigo fulminó tercero...
¡I este es el fallo que mi mente aterra!

La humana criatura a eterna cumbre
Quiso avanzar de su alcázar la techumbre,
E irguió su pensamiento:
Juró escalar hasta el docel del mismo
Que por librarla de insondable abismo
La dejaba un cimiento!

I la ira del señor asi tronaba:
«Publíquenlo los vientos: hoi se agrava
Mi sentencia tremenda:
No entender a Natura fué el castigo
Que al hombre impuse en el Edeu; hoi digo:
¡Jamas al hombre mismo el hombre entienda!

II.

Hélos ahí, peregrinos,
Desorientados, dolientes;
Ceñudas las rejias frentes,
Anhelante el corazon:
Todos por incierta via,
Cada cual por su camino;
Buscando un eco divino
I hallando una maldicion.

Ellos, respuestas pidiendo,
Han cruzado tierras, mares,
I a los altos luminares
Talvez tentaron volar.
Mas ni en el suelo, ni en la onda,
Ni en la esfera cristalina,
Voces que el alma adivina
Han logrado despertar.

Que toda senda al desierto
Llevó al que afanado yerra;
I el que en ciudades se encierra
Tambien sufrió soledad.

Ni al hombre Naturaleza
Ni el hombre mismo responde:
Siempre una cifra se esconde,
I es problema la verdad.

No se entienden los que juzgan;
I porque no hai espresiones
Con que acordar opiniones,
Se vé la sangre correr.
No se entienden los que aman;
I porque no hai elementos
Con que esplicar sentimientos,
Jime el hombre i la mujer.

En vano investiga el sabio
Aquel primitivo idioma,
Lleno de luz i de aroma,
Del adámico pensil.
Perdióse, perdióse el habla
Que la verdad santa inspira,
I en su lugar la mentira
Forja audaz dia'ectos mil.

¡Cuántas veces gasta el alma,
Bien cual en morboso estado,
El tiempo, ese don sagrado,
En rodar entre una red!
¡Cuántas, sus brios no apura,
Bien como en lucha infelice,
En trato que amor se dice,
Sin nunca aliviar su sed!

Nos aman;—i no sabemos
En dónde ese amor se halla,
O porque franco no estalla
O porque ocasion faltó.
Amamos;—i acaso somos
Esclavos de un ser indigno:
¡Con este espantoso signo
Anjeles conozco yo!

Cuando dos almas unisonas
Se acercan tras lid tan larga,
Ya el pasado, fuente amarga,
Les emponzoña el placer.
O al morir se reconocen;
O la una florece amante,
Miéntras la otra, agonizante,
Solo alcanza a agradecer.

Yo siempre de amor sediento,
La codiciada respuesta
En una mirada honesta
Una vez leer crei.
Pasó; fué un sueño: me queda,
Cual celaje moribundo,
El recuerdo de ese mundo
Misterioso que entrevi.

¡Dios mio! ¡Cuánto consuelo
Si al fin volviese el reinado
Del amor, en el soñado
Palacio de la verdad!...
¡Ah! corrompidos en siglos
Por la impotencia i el dolo,
Acaso halláramos solo
Mayor infelicidad!

III.

En muchos, entre tanto, reprobados,
Con la voz se anubló la intelijencia;
I son quizá los ménos desgraciados,
Porque no tienen de su mal conciencia.

Ya, cual fieras, habiten despoblados,
Ya, cual deidades, opulentos nidos,
No presumen del alma los cuidados,
O se burlan talvez de sus quejidos.

Entre el vulgo o procaz o indiferente,
Va errante a par quien por su bien suspira
Hombre que inspiracion lleva en la mente,
I entre las manos, náufrago, una lira.

¡Una lira! reliquia de su gloria,
Que a veces, de sus lágrimas movida,
Recuerdos brota de olvidada historia,
O anuncios tiernos de ilusion querida.

I es la lira, aunque don privilejiado,
Símbolo cierto del tercer castigo,
Cual dura, aunque fructífero, ela rado,
De la primera maldicion testigo.

Que el vate sabe bien cuánto ha perdido,
I él sufre solo por su raza entera;
Siente la insuficiencia del jemido
¡Cuando el daño comun jemir quisiera!

I cual las tristes a quien finje el mito
Colmando algo sin fondo gota a gota,
Con su laud un mal que es infinito
El trata de expresar nota por nota.

¡Temerario teson! mísero canto!
Mal exhalado, crece el sentimiento;
Sorda la tierra bebe nuestro llanto,
I nuestras voces....se las lleva el viento!

IV.

Siglos ha, viendo que todo
Claro a responder resiste,
Una traza ideó el jenio,
Hábil, atrevida, insigne.

«I pues calla,» dijo, no habla
En enigma lo visible,
Yo sacaré de mi mente
Quien a mi querer se humille!»

I ya con golpes valientes,
Ora con toques felices,
Trazó o abultó figuras
Que con lo vivo compiten.

Hélas, milagros inmóviles,
Apariciones tanjibles;
I ¡ah! cuán muda es su respuesta
A quien respuestas le pide!

I ese estar petrificadas,—
Que hasta su inquietud es firme,—
Lleva visos de anatema;
Es el legado de un crimen!

Narra la historia que un dia,
Al pié de su obra sublime,
El jenio, que la miraba,
«¡Hab'al» imperioso le dice;

I su metálico cetro
En su creacion imprime
Golpe que electrice el mármol
I que a responder le oblige.
¡En vano! A su autor la estátua,
Silenciosa sobrevive;
I del cincel enojado
Diz que áun la señal existe.

V.

Asi en Edon perdida su inocencia
I en Senaar luego su elocuencia pura,
¿Qué ha quedado al humano sin ventura?
Le ha quedado el amor.

Amor desventurado, viudo,
Que de jenial intérprete carece,
Que, nutrido de lágrimas, fallece
I mustio de dolor.

I talvez a perderlo nos condene,
Ultimo bien, por última desgracia,
El gran pecado de esta edad reacia
Que derribó el altar;

Ella, ella al Dios que el universo llena
Busca loca recónditos asilos,
I, a la razon sacando nuevos filos,
Le quiere herir, matar!

Mas¿ qué es perderte, amor? ¿Qué impor-
(ta al ciego
Que nunca realizó lo que imajina,
Si ricos pensamientos ilumina
Con májico matiz?

Asi el alma que excelsos sentimientos
Guarda, i en lid por desahogarlos jime,
Con salir de esa lid ¿no se redime?
¿No es ménos infeliz?

No; que vales, Amor, aun mas que cuestas:
Consuelo del viviente desterrado,
Tú le preludias superior estado,
¡Oh prenda de su Edei!

Mal declarado, mal correspondido,
Renuevas los suplicios del infierno;
Pero instantes del éxtasis eterno
Nos dispensas tambien!

Mas pienso: del precito nos aleja
I nos arrima al serafin tu llama;
Que el demonio aborrece, el ánjel ama,
Los distingue á los dos.

Cuando a juicio se yerga el mundo muerto,
El odio tiznará a los delincuentes,
I tu aureola ceñirá las frentes
De los hijos de Dios!

Bogotá, 1870

MIGUEL ANTONIO CARO.

¡LO QUE VA DE TIEMPO A TIEMPO.!

De sus pasados amores
Haciendo algunos recuerdos,
Dos ex-jóvenes amantes
Se hallan asi discurriendo,
—Cincuenta años, Sinforosa,
Hacen hoi dia lo ménos
Que tú contabas tus veinte.
—No seas tan embustero.
—Es la verdad, Sinforosa.
—Faltas a el'a, Prudencio.
—Te equivocas, Sinforosa.
Pues lo que digo es bien cierto;
Mas sea como tú dices.
—Esa es la verdad — convengo
En fin, hija, no riñamos
Por un año mas i ménos,
Que ellos no han disminuir
Por mas que los apoquemos.
I, esto a un lado, Sinforosa,
¿Te acuerdas de aquellos tiempos
Cuando eras jóven, bonita,
De talle pu'ido, esbelto,
Cuando yo te contemplaba
Estático i boqui-abierto
I te llamaba ¡arjel mio!
¡Reina de mi pensamiento!
I mil otras necedades
Que ahora ya no recuerdo?
I hoi te miro, te remiro,

I en tu rostro solo encuentro
Una infinidad de arrugas,
Huellas que ha dejado el tiempo
Como muestras invariables
De su destructor imperio
¿Quién diria, Sinforosa,
Que fuiste tú en aquel tiempo
El dueño de mi albedrio
La que amé con tanto fuego,
Que esas rugosas mejillas
Fueron cútis limpio i terso?
¡Quién creyera, Sinforosa!...
—¿I quién creyera, Prudencio,
Que fueras tan descortes,
Tan majadero i tan necio,
Tan sandio i tan animal?
—Mas soi animal sincero,
Digo siempre la verdad
Desnuda como la siento;
Al pan, pan, al vino, vino,
I a lo que es añoso, viejo,
De que nosotros lo somos
Tú no puedes dudar de ello.
¿Qué importa, pues, que lo diga
Cuando no tiene remedio?
Comprendo que las mujeres
Quieran mantener en secreto
El número de sus años
Cuando no se anuncian ellos;
Mas, la verdad, Sinforosa,
A comprender yo no acierto
Que pretendan ocultarlos,
Si a voces lo estan diciendo
En proclamas, verbi-gracia
Como tu rostro i tu cuerpo.
—Tampoco yo a la verdad
Oyéndote no comprendo
Como pueden haber hombres
Tan tontos, tan majaderos
Tan estúpidos, tan brutos
Como tú en este momento.
¡Hablar así a una mujer!
Con tan poco miramiento!
No solo es descortesia
Falta de comedimiento
Sino que es estupidez,
I no digo mas, Prudencio.
—No te enfades, Sinforosa,
Por que no ha sido mi intento
Echarte en cara tus años
(Cosa que ya hicieron ellos;)
Sino solamente hablar
De las cosas que hace el tiempo
Cómo todo lo trastorna
I al fin todo lo hace viejo.
De esta verdad, Sinforosa,
Somos nosotros ejemplo:
Ayer maravilla fuimos;
I hoi somos rábanos secos.
Lo que equivale a decir
Que somos i estamos viejos.
La culpa tienen los años
Que sino fuera por ellos
Tú serias jóven, bella,
I yo seria un mancebo
sicut erat in principio
Cuando te estaba queriendo,
Es decir, enamorado
De tu semblante hechicero..
Mas hoi dia, Sinforosa,
Si en el cristal de un espejo
Nos mirásemos los dos,
Al vernos de cuerpo entero
Esclamariamos— ¡Tonto!
—¡Lo que va de tiempo a tiempo!

Santiago, 1870.

K. T. T.

EL SIGLO ILUSTRADO.

Con este nombre acaba de establecerse en Santiago una empresa, dirijida por los S. S. Espasa Hermanos, que tiene por objeto proporcionar obras valiosas por entregas de ínfimo precio.

El Siglo Ilustrado viene, pues, a llenar una necesidad entre nosotros. La inmensa mayoría de las jentes no puede desembolsar de una vez una cantidad crecida para adquirir obras, que le serian de alta instruccion i provecho. *El Siglo Ilustrado* viene a remover ese grave obstáculo que se opone a la difusion de las luces.

Por esa parte, todos los que de veras deseamos la ilustracion de nuestro pais, debemos congratularnos de que tal empresa se haya planteado en él.

Pero, nosotros deseamos para el pueblo chileno, no una ilustracion cualquiera, sino una ilustracion que les enseñe la verdad relijiosa i social i que deje en los espíritus jérmenes de moralidad i órden. Por eso, nos interesamos vivamente en que haya discrecion i conciencia en la eleccion de las lecturas que hayan de presentarsele.

Una empresa tal como *El Siglo Ilustrado* tiene la facilidad de hacer, a su voluntad,

mucho bien o mucho mal, por lo mismo que puede dar a sus publicaciones una circulacion inmensa.

Los S. S. Espasa Hermanos nos han asegurado que todas sus publicaciones seran relijiosas i morales. Fiando, pues, en su palabra las recomendamos a nuestros lectores.

La primera obra que han comenzado a distribuir i que tenemos a la vista se titula: *Historia de la Iglesia desde su establecimieto hasta el poutificado de Pio* IX, preciosa edicion, en cuatro gruesos vólumenes. Habiendola recibido hace tan poco i siendo ella tan estensa, se comprende que no hemos tenido tiempo de leerla con la detencion que se requeriria para emitir sobre ello un juicio cabal. Sinembargo, por lo que hemos hojeado i por haber merecido la aprobacion del diocesano de Barcelona, creemos que la *Historia de la Iglesia* merece buena aceptacion de parte del público. Actualmente está sujeta a revision del ordinario de Santiago.

Si *El Siglo Ilustrado* continúa esplotando, como se nos ha asegurado, tantos libros, escritos con talento, buenas obras literarias, respetuosos con la relijion católica, respetuosos con la moral i de gran provecho para toda clase de jentes, merecerá, no lo dudamos, el aplauso i la proteccion del público sensato de Santiago. Si, por el contrario, echa mano de escritos ofensivos de los principios ortodojos, repugnantes al criterio moral, depresivos de la dignidad de sus autores, de sus editores i de los que las leen i que, con mui raras escepciones, son tambien mamarrachos literarios ofensivos del buen gusto, deseamos i esperamos que el público le niegue toda proteccion.

¡Hai tanto bueno, en materia de libros, que es no solo una maldad sino una necedad recurrir a lo malo!

RAFAEL B. GUMUCIO.

CHARADA.

La *primera* en mi charada
Es una usada particula,
Que destruye lo que toca
I en si nada significa.
Algo que en la cara tienen
Las mujeres mas bonitas
I hai tambien en muchas máquinas
Es mi *cuarta* con mi *quinta*.
Es una exótica planta
Lo que se espresa en mi *quinta*
Que los griegos i romanos
Ni siquera conocian,
I es su infusion del ingles
La bebida favorita.
Los montes i las mujeres
(¡Serio!Lector, no te rias!)
Tienen en sí casi siempre
Mi *tercera*, *cuarta* i *quinta*.
I, si te vas a las tiendas,
Encontrarás lo que indican
Mi *segunda* i mi *tercera*
Con mi *cuarta* i con mi *quinta*.
Como el sol, asi es mi *todo*:
Aparece cada dia.
Cuatro hermanos aqui tiene
Con los cuales siempre lidia.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

ROSALIA.

Contenido de este número.

I.—Poetas contemporáneos de Alemania (continuacion), por Zorobabel Rodriguez.
II.—El cerro de la Campana, (continuacion), por Ruperto Marchant Pereira.
III.—Filolojia, (conclusion), por Juan de Arona.
IV.—La confusion de las lenguas, poesía, por Miguel Antonio Caro.
V.—Lo que va de tiempo a tiempo, poesia, por K. T. T.
VI.—El siglo ilustrado, por Rafael B. Gumucio.
VII.—Charada.
VIII.—Solucion de la charada del número anterior.

BIBLIOTECA DE "LA ESTRELLA DE CHILE."

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN.

La Biblioteca de *La Estrella de Chile* se ha enriquecido con otro pequeño volúmen que contiene en una bonita i esmerada edicion la interesante novelita de nuestro amigo e intelijente colaborador don Mariano Egaña, i sobre la que tan favorable i merecidos juicios ha emitido la prensa diaria de Santiago.

El consuelo de los que sufren se halla en venta en la oficina de *El Independiente*, a 30 cts. el ejemplar.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE», calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, 6 noviembre de 1870. Núm. 162.

UNA INVITACION.

Non videbis dies Petri es un adajio romano relativo a la duracion de los pontificados i que ha tenido una inequívoca confirmacion en la larga serie de los 258 papas que han sucedido a San Pedro en la santa Silla de Roma.

El príncipe de los apóstoles ocupó esa Silla desde el año 40 hasta el año 65 de la era cristiana, veinticinco años. De entónces acá ningun otro soberano pontífice ha alcanzado a un reinado tan largo.

San Silvestre I, San Leon Magno i Alejandro III gobernaron veintiun años; Adriano I i Pio VII veintitres; Pio VI veinticuatro.

Pues bien: apesar de su fé en el antiguo adajio, el pueblo italiano comienza a creer ya en que Pio IX será la primera i notabilísima escepcion. El 21 de junio del presente año ha entrado el augusto i venerable Pio IX al vijésimo quinto año de su pontificado.

Si tal acontecimiento se realiza, si el anciano i cariñoso padre de los cristianos alcanza a los dias de Pedro, será un nuevo triunfo para ese anciano i un dia de santo regocijo para la Iglesia. Entónces habrá recibido una nueva i espléndida confirmacion el grandioso destino providencial de Pio IX.

En el último número de *La Revista Católica* hemos leido una invitacion que el presidente de la sociedad de la Juventud Católica Italiana dirije desde Bolonia, especialmente a sus compatriotas, i en jeneral, a todos los católicos del orbe para celebrar tan fausto acontecimiento el 21 de junio del año venidero.

«Como coronamiento, dice en su circular, de la esperanza que nuestro pecho abriga de que Dios oirá nuestras fervientes súplicas, damos a los católicos de cada nacion una cita amistosa para la Ciudad Eterna el dia 21 de junio de 1871, para que los pueblos creyentes, peregrinando una vez mas *ad limina Apostolorum*, entonen allí el himno de rendidas gracias al Dios Optimo i Máximo al ver sentado sobre la cátedra de Pedro, circuido de maravilloso esplendor, al venerable anciano que vive i reina para salud de la grei de Cristo confiada a su cuidado; al Pontífice infalible, oráculo de tantas verdades enunciadas o próximas a publicarse; al restaurador de tantas ruinas morales en el Concilio del Vaticano; al coronador de María Inmaculada; al Padre amoroso, de misericordia inagotable; al mártir cuya larga pasion contrista al alma de todo buen cristiano; al Rei constituido por Dios sobre el monte Sion, i que recibe su cetro de mano del Señor Omnipotente.

«I si por ventura estuviese escrito en el libro de los eternos juicios de la Divina Providencia que fuese llamado al gozo de la gloria nuestro amantísimo i mui venerado Padre, ántes que sus hijos hayan podido tributarle este nuevo testimonio público de amor, de fé, el pensamiento, sinembargo, que motiva nuestras palabras, quedaria siempre como monumento imperecedero para recordar a las jeneraciones futuras en cuán alta estima ha tenido el don maravilloso de un hombre tan providencial, que la historia señalará siempre como él solo, el verdadero protector de los pueblos i naciones en medio de las tinieblas i las horribles luchas de nuestros tiempos.

«En consecuencia, enviamos a todos nuestros hermanos el siguiente

PROGRAMA.

I.

«Se invita a todos los católicos a que imploren de Dios Todopoderoso, Señor de vida i muerte, que se digne conservar la preciosa vida de Nuestro Soberano Pontífice Pio IX, a cuyo efecto, desde el 17 de junio de este año al 21 de junio de 1871, recitarán todos los dias la siguiente oracion litúrjica: *Oremus pro Pontifice nostro Pio: Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus.*»

II.

«Se propone una cuestacion jeneral estraordinaria del *Dinero de San Pedro*, para entregarla al Sumo Pontifice por tan feliz circunstancia.

III.

«Se hace un llamamiento al celo de los católicos de todos los paises, ciudades, vecindarios, parroquias, etc., para que formen comisiones que reunan productos naturales, de industria, arte i comercio, objetos preciosos, etc., para regalarlos al Santo Padre i formar con ellos una esposicion solemne, en testimonio del amor universal de la Santa Sede, sorteándose despues todos estos regalos en beneficio del *Dinero de San Pedro*.

IV.

«Para solemnizar en forma esplendorosa el dia 21 de junio de 1871, i apesar de que no faltarán multiplicados testimonios del afecto i adhesion de los pueblos al Santo Padre, sucesor de San Pedro, se propone una solemne embajada de todas las naciones católicas, en que estén representadas todas las asociaciones, academias, universidades, institutos, colejios, órdenes militares, civiles i relijiosas, que con estandartes i emblemas nacionales vayan al Vaticano a rendir homenaje de fé i amor, en nombre del mundo católico, al Sumo Pontifice que desde veinticinco años estará sentado en la Cátedra de San Pedro.

V.

«Se invita a los circulos i sociedades de juventud católica en Italia a que obren con celo i entusiasmo en la ejecucion del referido programa, constituyendo los centros necesarios para reunir los regalos i cuestaciones del *Dinero de San Pedro*.

VI.

«Se suplica a todas las asociaciones católicas i diarios nacionales i estranjeros defensores del Papado, que se asocien al proyecto, i den con su cooperacion nuevo lustre a la fiesta que el mundo católico celebrará en honor de su padre i maestro, el Romano Pontifice Pio IX.

VII.

«I, por último, se ruega a todas las asociaciones del pais o estranjeras que envien sus propuestas o programas, en la lengua que les sea propia, que tiendan a mejorar i asegurar el éxito de este programa católico, para que, teniendo todo en cuenta, sea llevado a cabo con la perfeccion i entusiasmo que reclama su sagrado objeto.

«Bolonia, 28 de marzo de 1870.—*Dr. Juan Accuaderni*, Presidente del Consejo superior de la Sociedad de la Juventud Católica.»

Los católicos de Chile no podriamos permanecer indiferentes al llamamiento que se hace a nuestro amor filial para con Pio IX.

Cuando llega el dia del cumple-años de nuestros padres, acostumbramos presentarles un regalo que signifique nuestro amor, nuestra gratitud i nuestro regocijo porque Dios ha querido conservarnos un año mas a esos seres tan queridos para nosotros. ¿Cómo podremos desoir la invitacion que se nos hace para celebrar el gran cumple-años, el glorioso cumple-años de nuestro tierno padre Pio IX? Hijos adictos i amantes, ¿cómo no habriamos de unirnos tambien nosotros a nuestros hermanos, los católicos del mundo entero para saludarlo todos en ese dia solemne, con voz unánime i resarcir con nuestras adhesiones i nuestras cariñosas manifestaciones, las amarguras que le han causado el odio i la persecucion de sus enemigos i de los que debieran ser sus mejores amigos?

Si el Padre de la Iglesia, siendo rei del pequeño Estado Pontificio, arrastraba nuestra entusiasta adhesion, si cuando con soberana independencia i en medio de completa paz gobernaba desde el Vaticano a la ciudad i al orbe, le amábamos con ternura ¿cuánto mas ahora que, a consecuencia de la desastrosa guerra de que es teatro la Europa, está indefenso a merced de las hordas bárbaras que le odian i que le persiguen i en cuyas manos está quizas a esta hora prisionero?

Cuando, apesar de todos los obstáculos, se inauguró el 8 de diciembre pasado el Concilio del Vaticano, los católicos de todas las naciones enviaron al Santo Padre sus votos de adhesion i sus ofrendas. Solo la juventud católica de Chile estuvo apática i muda.

Mostremos esta vez que amamos a Pio IX. Acudamos al llamamiento que nos hacen nuestros hermanos de Italia.

¡Que nuestra voz i la de todos los católicos del orbe se junten en una misma plegaria para alcanzar del cielo la prolonga-

cion de los dias de nuestro padre comun, el 21 de junio de 1871 enviémosle con nuestro óbolo un saludo lleno de fé i de entusiasta amor filial!

RAFAEL B. GUMUCIO.

MEDITACION DE UNA FEA.

¡Ai infeliz de la que nace fea!

¡Veinte años ya luchando
Contra mi negra suerte!
Las fuerzas i el valor me van faltando!
¡Vivir cual vivo sin cesar buscando
Un corazon, un hombre, una mirada,
Una sola mentira de ternura;
I trabajar en vano, no hallar nada....
Es un suplicio horrible! ¡Qué espantosa
Burla la tuya!—¡oh poeta!—que escribiste
¡Ai infeliz de la que nace hermosa!

Ni la dicha siquiera
De ser compadecidas, ser cantadas,
Tienen las que, cual yo, nacieron feas!
Hasta el ser desdichadas
Robarnos quieren las mujeres bellas....
¡Malditas sean ellas!
I tú,—poeta adulon—maldito seas!

¿Quién es mas infeliz? la que aplaudida
Baila una noche entera
I al aclarar retírase rendida,
I observa, al acostarse, la pollera
Ajada i descosida;

O la que como yo, la noche pasa
Inmóvil, muda, triste, arrinconada,
I al llegar a su casa
No puede recordar ni la pisada
De un torpe compañero;
I vé sin mancha i terso su vestido,
I a orillas del brasero
Calienta los piés frios
Piés que helados e inmóviles yacian
Miéntras tantos bailaban i se ardian!

Hermosas, os quejais de que no os deja
La turba de amadores....
Dios os castigue oyendo vuestra queja
I quiera en sus rigores
Oiros tanto i tanto,
Que bajeis a la tumba cual yo espero
Curiosas de escuchar un—»¡yo te quiero!»

Dios mio! ¿por qué diste
Corazon a las feas
Si que fuesen amadas no quisiste?
¿Qué martirio hai que sea
Con esta lucha eterna comparable
Que trabo diariamente en el espejo
Con mi talle, mi cara i mi pellejo?
¡Oh espejo cruel! ¡oh bárbaro enemigo!

Así yo en trizas mil vuelto te vea,
Voluntario testigo
Que me gritas sin tregua:
«¡Eres fea, mujer! eres mui fea!»
.....
I al cabo, al cabo, sin razon lo insulto....
Me arrepiento, de véras. Yo debia
¡Oh espejo! darte culto,
Unico ser de sexo masculino
Que sin muecas hacer ni contorsiones
Ha visto mi talante i mis facciones.

Ni el feo con ser feo
A las mujeres feas enamora,
I hasta en las tiendas i juzgados veo
Que siempre quedo para la última hora.

Amar como yo he amado
Tanto i a tantos i con tal teson....
I ver el fuego ya casi apagado
Sin que un hombre siquiera
Haya entibiado en él el corazon!
Renunciar a ser madre, a ser esposa,
I renunciar por fuerza,
I resignarse humilde i respetuosa
A *guaguatear* los hijos de una hermana
A quien meci en la cuna....
¡Oh suerte cruel, tirana!
¡Oh sino adverso i desigual fortuna!
Todas se van casando, i entre tanto
Soltera voi quedando
I me he de resignar a vestir santos!

¿Qué hacer? no tiene cura
Mi crónico sufrir, naci tan fea!
Pronto el término vea
A mi senda de espinas i amargura!
Ampáreme el Señor, la Virjen pia
Accediendo a mis ruegos bondadosa,
Haga que el poeta cruel que escribió un dia
¡Ai infeliz de la que nace hermosa!
Atormentado sea
Hasta que grite en voz que el orbe atruene:
¡Ai infeliz de la que nace fea!

1862.

CLAVILEÑO.

UNA PIEDRA DE ESCÁNDALO.

Si hoi en dia están preocupados los ánimos con los graves sucesos que tienen lugar en Europa, si la nacion francesa se vé invadida por un poderoso enemigo que por todas partes lleva la desolacion i la muerte, nosotros tambien tenemos una especie de invasion moral que pretende a toda costa invertir nuestro modo de ser social, político i relijioso.

No pretendemos abultar los hechos, ellos hablan bien elocuentemente por si mismos.

Habrá espíritus fuertes que miren con desden lo que pasa en derredor nuestro, habrá indiferentistas que aun ni se fijen en ello, empero, ello es cierto que en el ahinco con que se hace la propaganda disidente no puede ménos que entrar, i con mucho, un plan preconcebido. Desgraciado seria nuestro pais, si con tiempo no abriera los ojos a este respecto.

Se ha dicho que el oro prusiano alimentaba varias publicaciones en Paris a fin de introducir la discordia, enervando mas el espíritu público. En efecto, la prensa es un instrumento, en ciertos casos, mas temible que el fusil de aguja. Este obra sobre la materia, aquélla sobre el espíritu.

Bajo este punto de vista, desde que por primera vez tuvimos la conviccion de los asiduos trabajos de los disidentes, a fin de inculcar en el pueblo su propaganda; desde que la vemos cada dia mas audaz, no podemos ménos que preguntarnos a dónde se nos quiere conducir sino al trastorno del órden social i político sirviéndose del ariete del error que tantas lágrimas i sangre ha hecho verter en otros pueblos.

Las doctrinas protestantes son propagadas por miles de folletos, que se tiene la especiosa galantería de distribuir a domicilio, para de este modo llevar hasta nuestros hogares el insulto que se hace a la relijion augusta que profesamos.

Los disidentes, con sus publicaciones ya dichas, i ahora, con su periódico *La Piedra*, hacen a un pais profundamente católico un agravio gratuito, considerando a sus habitantes en el mismo rango de los hijos de Buda o de Mahoma, con quienes podian emplear con provecho su propaganda.

Por lo que a nosotros respecta, no podemos ménos que lamentar lo que es la ceguera del espíritu; hemos tenido el cuidado de examinar a fondo muchos de los escritos protestantes que han llegado a nuestro poder, i no hemos encontrado mas que absurdos, superficialidades en materia de relijion, mezcladas con un odio profundo al Pontífice i al clero católico.

En una de las *Piedras* que han caido en nuestras manos, se compara a Lutero, al fraile apóstata, que rompió con la Iglesia católica atacando i desobedeciendo al Pontífice, para entregarse a la sensualidad, al apóstol San Pablo. Su ideal está solamente en leer la Biblia para ser buen cristiano.

Así nosotros decimos: La Iglesia del Cristo cuenta cerca de diez i nueve siglos, miéntras que el descubrimiento de la imprenta tiene solo tres, o poco mas, por manera que todos aquellos cristianos de los siglos anteriores, cuando no se conocia la imprenta, ni se podian multiplicar con facilidad los libros, no pudieron ser buenos cristianos segun las conclusiones de los corifeos de la Sociedad Biblica.

Al contemplar estas controversias en asuntos relijiosos, consideramos que en los disidentes obra mas el capricho que la conviccion, i ¡son ellos los que pretenden rejenerarnos!

Por lo demas, lo que contiene *La Piedra* son cuestiones debatidas ya hasta el cansancio; puntos sobresalientes del error que han pulverizado las elocuentes plumas de Bossuet i de Bálmes. Si algunos chilenos han caido en el lazo que les han tendido los disidentes, no será porque comprendan lo que es el protestantismo, ni ménos la relijion de sus padres, cuando al primer soplo del error han doblegado cobardemente la cerviz.

Nuestros mayores, en materia de fé relijiosa, tuvieron la felicidad de respirar en una atmósfera mas pura; al presente los tiempos han cambiado. Las nuevas jeneraciones que se levantan, tendrian que deplorar el funesto legado del error que mas se inclina a destruir que a fomentar los nobles sentimientos del alma, sino se le declaramos una guerra sin cuartel en la prensa i en el hogar, los que hemos formado una familia. Por lo regular, gran parte de la juventud es inclinada a la novedad, i a vivir libremente; quitesele el freno moral que pone la relijion católica, única

verdadera depositaria de la verdad, i mui pronto el fruto no se dejaria esperar. Niéguense los augustos misterios que enseña el catolicismo; niéguense sus principales sacramentos, sus dogmas, su pura doctrina, a ver que le queda al hombre una vez lanzado en la duda o en la negacion de la fé.

Señores disidentes, si vosotros os tapais con las dos manos los ojos, para no ver la luz del sol, dejad tranquilos a los que queremos seguir bajo su benéfica influencia. Seria mucho mas justo que tuvieseis mejores intenciones para con nuestro pais que por muchos títulos es digno de mas respeto.

Bajo el punto de vista político, la propaganda protestante, sigue la máxima de Maquiavelo, «divide i manda.» Bajo el punto de vista relijioso, se quiere hacer, debilitando la fé, descender al desenfreno de las malas costumbres, o sea a la inmoralidad.

Estas son las tendencias de *La Piedra Verdadera i Divina* de los disidentes que en su nombre jenuino la llamaremos de hoi en adelante la verdadera *Piedra de Escándalo*.

Santiago, 27 de octubre de 1870.

J. Tomas Gonzalez.

LA PAMPA.

(Para *La Estrella de Chile*)

Por los confines del Plata
Estiendes, Pampa grandiosa,
Tu llanura silenciosa,
Tus desiertos sin igual
I de dos mares potentes
Contemplas la ira bravía
Cual fuerte que desafia
Las furias de su rival.

Cuando al lanzar una ojeada
Por el yermo misterioso
Donde en sueño i en reposo
Yace todo lo mortal,
Tus soledades contemplo
Tu campiña dilatada
Tu existencia ante ignorada
Desde tiempo inmemorial;

El alma mia se eleva
I estática i arrobada
Vislumbra la edad pasada
I el tiempo que trascurrió,
I mil tristes pensamientos
La conmueven con frecuencia
Sobre la muda existencia
Que con tus años pasó.

Antes quizá que el Eterno
En sus enojos fatales
Resolviera a los mortales
I al universo anegar,
So las aguas encubiertas
Tus tierras permanecian
I el mar las naves podian
Sobre tus campos surcar.

Has cumplido la venganza
Cuando el Señor soberano
Mandó al desbordado Océano
Retirase el aluvion,
Trasformado en continente
Al soplo de Dios quedara
Quizá el golfo que mediara
Entre el Austro i Aquilon.

Mas al surjir del abismo
Cual un sol que se levanta;
Cual tierra que desencanta
Algun májico poder,
En su seno el océano
Su inculta huella dejaba
I estéril te condenaba
Por largo tiempo a yacer!

¿Dó estan sino los verjeles
Que los campos embalsaman
I que en el aire derraman
Su perfume i suavidad?
Nunca lo vió tu desierto,
Nada en tu campo florece,
Raro arbusto allí envejece
Todo es llano i soledad!

¿I en vez de fuertes ciudades
Que se levanten pomposas
I que ostenten orgullosas
Su poder i su blason;
En vez de alegres campiñas,
De ejércitos, pabellones,
Enseñas, ricos pendones
Qué descubro en su rejion?

Arido, triste, sombrío,
Cual en silencio calmada
Por su rejion dilatada
Lanza sus aguas la mar,
Un llano inmenso se estiende
De un océano que existia;

Vanos recuerdos, que un dia
Habrá el tiempo de borrar!

.....

Mas aun monótona i triste
Aun igual i silenciosa
Eres, oh Pampa, grandiosa
Con tu inmensa soledad
Porque el alma me sublimas
I tu llanura desierta
En nuestra mente despierta
Ideas de majestad.

En la noche oscura i fria
Cuando el viajero cansado
Dirije desamparado
Su mirada en derredor,
I en tu morada, consuelo
Para su afliccion buscando
Se extasia contemplando
Tu paisaje asombrador;

Cuando allá tras negras nubes
Que se deslizan aprisa
La luz pálida divisa
De la luna i su brillar,
I a sus tímidos reflejos
Vé fantasmas vagorosas
I mil sombras pavorosas
Su fantasía cruzar;

Cuando en su afan i desvelo
De un ave el triste chillido
En el espacio perdido
Escucha con ansiedad,
I vé los mudos contornos
Del ombú que en lontananza
Al aire su copa lanza
Que aumenta la oscuridad:

Tu estension indefinida
Se representa a su mente
Cual la imájen elocuente
De misteriosa verdad;
Cual un remedo tremendo
Portentoso i admirable
De aquel cáos insondable
De la inmensa eternidad!

.....

¡Oh! sublime es, oh Pampa, tu llano
I es sublime tu inculta aridez,
Que alli humilla su frente el humano
I depone ante Dios su altivez.

Aun el indio tostado que oculta
I cobija tu estensa mansion,
Esa tribu feliz aunque inculta
Que su nombre tomó en tu rejion,

Que cual dueña de tus soledades
Muchos años en ellas vagó
I que el curso de luengas edades
En tu seno i en paz disfrutó,

Esa raza que erguida la frente
Con el tigre pelea feroz
I en el campo le acosa valiente
I sin miedo le sige veloz,

Es misterio del hombre ignorado
Que jamas alcanzó a penetrar
Pues que nadie a su seno ha llegado
Ni ha podido su cifra contar,

Cuando un triste alarido lanzando
Cruza el indio tu llano veloz
I en el campo su planta estampando
En pos deja vibrando su voz,

Que alguien dijo, parece, al cuitado
«Guarda, guárdate libre i feliz,
Huye léjos del mundo engañado
No le dobles jamas tu cerviz.

Si feroz te persige en el llano
Abandona sin miedo tu hogar,
Hai un cielo i un Dios soberano
I anchas tierras por donde vagar,

Mas en vano; los años pasando
A las fieras yo miro salir
Tras el indio, i tus tierras dejando
A lejanas rejiones huir .

I yo al pueblo del Plata flameando
Su arjentino pendon vencedor,
De su imperio estendido clamando
Se declara por solo señor.

I a su impulso florece el desierto
Trasformado en hermoso verjel
I al ribazo de un lago antes yerto
Le sucede apacible dosel.

Ya diviso ciudades sin cuento
Elevarse en riqueza i poder
I del muro a los piés ciento a ciento
Las cabañas del indio caer....

¡Mas cuán cortos, mas ¡ay! cuán fugaces
Son los sueños de gloria i solaz
¡Ay! cuán presto en rencores tenaces
Se convierte el contento i la paz!

La discordia por medio esos llanos
Ya discurre con paso veloz
I al sembrar sus rencores villanos
Las ciudades escuchan su voz...

Ya de ejércitos mil se levanta
Turba inmensa, ya van a luchar
I la tierra a su vista se espanta,
Se la vé de pavura temblar

I la sangre arjentina vertida
Tú veras por el llano correr,
I verás al mas vil fratricida
Contemplar sus despojos en él;

I alzarás a los cielos, penoso
Cruel lamento de luto i horror
I al recuerdo de un tiempo glorioso
Crecerá tu afliccion i pavor...

El valiente arjentino esforzado
Con bravura aquí mismo arrostró
El valor del hispano ensañado,
I a su injusto opresor destrozó.

Sí, venciólo i sus fuertes pendones
Al libero quitó con lealtad:
¡Son los hombres del Plata leones
Cuando luchan por su libertad!

.....

Mas no temas; tambien de ventura
Tras la guerra su tiempo vendrá
¡Que en el mundo solaz i amarguras
Todo pasa, pasó i pasará!

Santa Fé, setiembre de 1870.

LUIS R. PIÑEIRO.

EL CERRO DE LA CAMPANA.

(CONTINUACION)

IV.

ÁL IIÉ DEL CERRO DE LA CAMPANA.

Las doce acababan de dar.

George i yo, galopábamos en dos magníficos alazanes.

Hacia mucho calor.

En el arzon de nuestras monturas, llevábamos dos gruesas mantas, i bajo ellas, un par de excelentes revólvers.

Hombre prevenido, vale por dos, dice el adajio, i a fé que el adajio tiene razon.

El camino se hacia monótono i pesado.

A uno i otro lado se estendian interminables tapias i cercas de piedras o espino. Algunas arboledas i una que otra casa-quinta, de vez en cuando aparecian.

El polvo nos incomodaba sobremanera.

El cachenez de George ahora casi le cubria hasta los ojos, los que le brillaban como carbunclos, fijos siempre en el cerro de la Campana que ya veiamos a mui corta distancia i que como un jigante se elevaba hasta las nubes.

Nuestra cabalgaduras estaban cubiertas de sudor. Habiamos hecho una jornada bastante larga i a un paso mas que regular. Mi alazan tascaba el freno con impaciencia. En vano lo aguijoneaba con las espuelas. Estaba rendido.

Fué preciso hacer alto.

Nos encontrábamos al pié de la Campana i cerca de una vivienda, quizas posesion de algun inquilino, a juzgar por las pequeñas siembras i algunas plantas de duraznos, higueras, ciruelos i perales que rodeaban el miserable rancho a cuya puerta nos desmontamos.

Cuatro o cinco chiquillos mal traidos i casi desnudos, salieron de aquel chirivitil. Algunos perros comenzaron a ladrar. Una mujer apareció tras un cercado. Era la dueño de casa. Despues de algunas cortesías i saludos i de algunas palabras cruzadas entre la mujer i yo, nos instalamos bajo un hermoso parroncito, donde al cabo de algunos instantes nos sirvieron una suculenta i abundante cazuela. George se saboreaba i protestaba enérjicamente contra el mal gusto de sus compatriotas, que, segun él decia, no solo no saben preparar eso que nosotros los chilenos, llamamos cazuela, pero ni siquiera de nombre la conocen.

La mujer i yo no pudimos ménos de reirnos de la salida de George, que en un santi-amen, se habia echado a pechos, una descomunal taza de la consabida cazuela i ya le menudeaba a mas i mejor a una segunda, i luego arremetió con una tercera.

—¡Oh! very good, very good! repetia, relamiéndose los labios i haciendo castañetear su lengua en el paladar. Yo querer siempre comer cazuela. Mi gustar mucho de esto la cazuela.

El dia avanzaba a grandes pasos. Resolvimos partir.

—¿Adónde van Udes? nos dijo la mujer.

—Vamos a trepar a ese cerro, contesté yo.

—¡Cómo! Udes. van a subir a la Campana i precisamente hoi Lúnes Santo; no

puede ser, no puede ser. Seria preciso estuviesen Udes. locos, señores, gritó la mujer abriendo tantos ojos i santiguándose con devocion, miéntras los chiquillos, asustados al oir a su madre, se agrupaban i colgaban de sus vestidos.—Nó, no irán Udes., añadió, yo se los suplico i les aconsejo no hagan tal disparate.

—Es inútil, señora, contestó el ingles. Hemos resuelto pasar la noche i la noche del Lúnes Santo, como Ud. dice, en la cima de ese cerro. Guarde Ud. nuestras cabalgaduras, déles Ud. un buen pienso i hasta mañana en que espero Ud. nos verá bajar tan buenos i sanos como ahora i sobretodo con mucho, muchísimo apetito, dijo, lánzando una mirada de soslayo a un pucherete que humeaba en el fuego.

—Hasta mañana, repetí yo, tomándome del brazo de George i saliendo de aquella posesion.

—¡Jesus! Jesus! murmuró la mujer; está visto, estos caballeros han perdido el juicio; i se entró en su vivienda, seguida de los niños, no sin hacer ántes, dos o tres veces la señal de la cruz.

V.

¡THAT IS THE QUESTION!

Comenzamos a trepar aquel áspero i escarpado cerro.

Provisto cada uno de un fornido garrote, que nos servia de baston, nos lanzamos diré al asalto de aquella misteriosa montaña.

Era preciso llegar a la cumbre, tal era nuestra determinacion. ¿Lo conseguiriamos?.....

—*¡That is the question!* decia George.

—*¡That is the question!* murmuraba yo.

Un estraño presentimiento comenzó a pesar sobre mi corazon. Sin poderlo evitar, principié a recordar una por una todas las historias que aquella mañana yo habia referido a George. En vano es que trataba de arrojar léjos de mi las tristes ideas i los lúgubres pensamientos que como un torbellino rodeaban i oprimian mi imajinacion; esas ideas i esos pensamientos se hacian mas i mas tenaces i mas i mas terribles e importunos.

George caminaba a mi lado, meditabundo i silencioso. Sus ojos pardos se fijaban en la cima de la Campana. Se conocia que su único i constante deseo, era llegar ahi. Por eso es que habia del todo enmudecido. Yo tambien callaba. Solo se oia lo forzado i anhelante de nuestra respiracion. Ningun otro rumor venia a interrumpir aquel silencio i aquella soledad que comenzaba a hacerse espantosa e insoportable.

I caminábamos siempre i, miéntras mas caminábamos, mas se prolongaba el camino i mas difícil e interminable se hacia.

Mas de una vez habiamos caido de bruces. Mas de una vez los cardos i las espinas de que aquel cerro se veia sembrado i casi cubierto, habian rasguñado nuestros vestidos i nuestras carnes.

Pero no podiamos detenernos.

Hacia tres horas que caminábamos de esta manera.

El sudor bañaba mi frente. Tenia la boca seca i amarga. La sed devoraba mi garganta.

George me miró i.... se detuvo.

—Aquí podemos descansar un instante, añadió.

Nos sentamos en una roca cortada a pico. Cualquiera que nos hubiera visto en aquella situacion, en aquel lugar i en aquellos momentos, no podria ménos que decir lo que la mujer nos habia dicho al partir.—No hai remedio, estos caballeros han perdido el juicio.

I en efecto, nos hallábamos a una inmensa altura, sentados al borde de un abismo vertijinoso, mareador. Sobre nuestras cabezas se destacaba la empinada cumbre de la Campana; a nuestros piés la inmensa planicie donde está situado Quillota, que veiamos como una sombra, una nube.

La llanura se veia cruzada por infinidad de arboledas i caseríos que aparecian como menudo césped.

El rio Quillota cortaba aquellos campos como una faja de plata que se enroscaba, se doblaba, se retorcia i luego brillaba con los últimos fulgores del sol que comenzaba a ocultarse en occidente. Este astro lo veiamos de un tamaño estraordinario i de un color rojo. Su disco luminoso, se fué perdiendo poco a poco. Ya no se veia sino un pedacito, pero tan pequeño, tan pequeño que mas parecia una estrella. Por fin, desapareció.

Las nubes del zenit comenzaron a teñirse de color de rosa.

—¡Qué lindo espectáculo! esclamé yo estasiado ante aquel magnífico cuadro.

—De véras que es sublime, repitió Geor-

ge, presentándome su licorera, que esta vez me apresuré a aceptar i hacerle los honores.

Aquel licor me hizo bien. Me sentí fortalecido. Mi respiracion se hizo mas fácil. Mis pulmones se dilataron.

Hasta entónces habia tenido calor, comencé a sentirme helado, pero con un hielo que daba escalofrío.

Media hora habria pasado i ya estábamos de nuevo trepando i trepando siempre.

Ahora avanzábamos despacio i con lentitud. No se veia sendero alguno sino los canales que las aguas del invierno trazan en los cerro.

Caminábamos en cuatro piés, agarrándonos de las malezas i de cuantas ramas encontrábamos.

El terreno era mui perpendicular.

Cualquier, desliz i hubiéramos ido rodando hasta la falda de aquella mole.

I trepábamos, trepábamos siempre.

Comenzó a anochecer.

Las tinieblas rodearon los cerros i la llanura.

Nuestra situacion llegó a ser mui crítica. No veiamos sino a mui corta distancia. Todos los objetos tomaban una magnitud asombrosa. Los *quiscos* los veiamos como árboles i las piedras i las rocas parecian seres animados que se alzaban, se inclinaban, se movian. Los arbustos al ser ajitados por el viento, producian un murmullo aterrante, lúgubre.

I las sombras se sucedian unas a otras, se proyectaban, se empujaban, se repelian.

Las estrellas brillaron en el cielo.

La luna se levantó sobre los Andes. ¡Qué hermosa, qué hermosa era aquella luna!....

La saludé con júbilo. Ya no estábamos solos.

¿No es cierto que ese melancólico resplandor acompaña i hace mas tolerable la soledad?....

¿No es cierto que el alma se dilata, se estasia i como que se recrea cuando la luna brilla en el firmamento?.... I luego en aquel simpático astro veia tantas cosas, me traia tantos recuerdos.... Ella, la encantadora, la preciosa, la anjelical.... pero no pronunciemos su nombre, seria profanarlo. Pues en ese astro veia yo escrito el nombre que habia pronunciado en los oidos de Mary; yo lo veia, deletreaba sus tres silabas, recorria sus letras...., i las horas trascurrian asi insensiblemente i nuestra ascension se iba por momentos haciendo mas penosa i llena de peligros.

Llegó un momento en que creimos no poder avanzar ni un paso mas.

La tierra i los guijarros se desmoronaban bajo nuestros piés. Adelantábamos un paso i rodábamos dos o tres.

Fué aquel un instante de perplejidad i de angustia.

¿Qué hacer?.....

Seguir adelante no podiamos; retroceder seria una cobardía i ademas ya estábamos casi en la cumbre apetecida.

Los peñascos que coronan ese cerro, se alzaban sobre nosotros, jigantescos i amenazadores. Parecia iban a desplomarse i sepultarnos bajo su peso, como para castigar nuestra osadía.

Habíamos alcanzado un punto a donde quizas jamas se habria posado la planta del hombre.

Parecíamos dos águilas.

Los precipicios nos rodeaban, nos desvanecian.

Las espinas nos punzaban i nos herian el rostro i las manos.

Los peñascos como barreras se sucedian unos a otros.

Era la última lucha de la naturaleza contra el hombre.

Eran los últimos esfuerzos que hacia aquella mole, por rechazar a los impávidos i atrevidos esploradores.

Nuestra ascencion tenia algo de infernal.

Las piedras que se desgajaban, iban rodando con hórrido fragor, hasta perderse en el fondo del abismo, que abierto i negro, negro como la muerte, estaba esperando a sus víctimas.

—¡Animo! gritó George, ¡ánimo! que el triunfo es nuestro.

Sentí reanimarse mis abatidas fuerzas. Mis nervios tomaron una enerjía inacostumbrada. Estaba dispuesto a seguir a George hasta lo último.

Mi resolucion no tardó en quedar recompensada.

Media hora todavía.... i, exhaustos, rendidos i casi muertos de fatiga i de cansancio, llegábamos a la mas alta cima de un enorme peñasco, que como una pirámide está plantado en la cúspide de ese cerro.

Acabábamos de cumplir una obra de titanes.

Habiamos escalado aquel muro de granito i esto precisamente en la noche del Lúnes Santo.

George acababa de probar de un modo maravilloso, que era ingles e ingles de pura raza ¿i yo?.... ¿i yo?..... tú lo dirás, lector.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará.*)

AMOR.

A....

Los sueños del alma, graciosa Anjelina,
Son nubes fugaces. Un dia sabrás
Que al sol que los goces radiante ilumina,
Cual fúnebre sombra sucede el pesar.

Mas hai en la vida un algo mui bello,
No todo lo grande aquí es ilusion:
Dios quiso en el alma grabar su destello
I al hombre le dijo:—te doi el amor.—

Amor es lo solo que hai grande en la vida
La flor que guardamos del májico Eden,
Nos vela en la cuna su sombra querida,
Mas tarde nos guia como ánjel del bien.

Si acaso tu pecho jamas ha latido
Oyendo ese nombre tan caro al mortal,
Si acaso en tus sueños jamas ha venido
Tus cándidas sienes con su ala a rozar

Ignoras do se halla la májica fuente
Que apaga en la vida del alma la sed....
Mas no que en tu dulce mirada inocente
Brillar almo fuego he visto talvez....

Dichoso en amarte, si me amas ignoro,
Acaso el destino llevóme hácia tí:
Tras dias amargos de luto i de lloro,
Con solo adorarte me encuentro feliz.

Ayer, de ti léjos, marchaba, agoviado
La copa apurando que colma el dolor,
Pasé indiferente quizas a tu lado,
Ni nunca ardoroso mi pecho latió...

Talvez te miraba cual flor de la vida
Que exhala su aroma en otra rejion,
Cual flor que un instante admira, i olvida
Errante viajero que al paso la halló.

Oyendo algun dia tu majico acento
Sentí que te amaba; dichosa inquietud
Al alma volvióle la vida, el aliento,
Brilló en mi horizonte magnífica luz.

Volví a la esperanza, volví a la alegria,
Tu nombre en mi labio constante vagó
Tu imájen en mi alma grabada tenia....
De entónces no anhelo mas bien que tu [amor.

¡Oh! fija, bien mio, mi suerte indecisa;
Sé el ánjel que espero tras largo penar,
El ánjel que me haga con blanda sonrisa
Dolores pasados por siempre olvidar.

Tras largos combates el alma alimenta
De puras delicias la dulce ilusion:
Asi al sosegarse la ruda tormenta
Saluda al marino espléndido el sol.

Santiago, 1870.

E. R. N.

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

(Continuacion.)

XIII.

Los reyes de la casa de Borbon, o mejor dicho sus ministros, no se contentaron con haber espulsado a la Compañia de Jesus de sus respectivos estados i de aquellos que gobernaban sus parientes i dependientes, sino que pensaron obtener de la Santa Sede la completa estincion de la órden. Era esta la verdadera gran batalla que la impiedad queria dar al catolicismo i se propuso ganaria.

Tenemos, pues, en campaña por un lado el triunvirato de Choisseul, Aranda i Pombal i por el otro a solo Clemente XIII; por una parte a tres reyes que se repartian el imperio del mundo, i por la otra al Pontifice, pequeño soberano que no tenia a su disposicion la fuerza de las armas i de los hombres pero si la fuerza de Dios.

Para el mundo la lucha no podria ser dudosa; vencerian los fuertes. Vamos a ver como el mundo se engañó.

Debemos advertir aquí que los reyes de Francia, Portugal i España, solicitando la abolicion de la Compañía, buscaban la sancion de los abusos que habian cometido con ella. La opinion pública, formada por el pueblo en masa i por todas las jentes honradas, protestaba altamente contra la iniquidad de que habian sido víctimas aquellos ciudadanos ilustres por su ciencia aquellos sacerdotes venerables por sus virtudes. Mas, si se daba a aquellos actos la sancion de la autoridad suprema del Pontífice, las quejas deberian concluir i los reyes conservarian su tranquilidad.

Fué Pombal el que dió el primer paso, solicitando con audacia cínica de la Santa Sede la aprobacion de sus excesos. Clemente XIII quiso ser prudente i contestó que para castigar era necesario que existiera un delito; ese delito no estaba probado porque no se habia dado jueces a la Compañía i pidió que se le dieran.

Pombal replicó que aquella contestacion importaba una injuria para el rei de Portugal. I en efecto ino debia ser bochornoso para aquellos hombres, que habian inflijido a los jesuitas el mas severo de los castigos, tener que confesar que en la demencia de su odio habian llegado hasta negar a toda una clase de ciudadanos las garantías de la justicia?

El ministro portugues, vista la longanimidad i paciencia del Pontífice, quiso hallar a toda costa un pretesto de rompimiento. Al efecto, pretendió que el Nuncio Apostólico habia faltado a un deber de etiqueta con el rei i lo arrojó a la frontera.

El Papa no perdió aun su calma. Veia a Pombal empeñado en separar aquella nacion de la comunion católica i, para salvarla, buscó todos los medios posibles de avenimiento escribiendo al rei i a Pombal mismo cartas de una dulzura comparables solo a la brutalidad de las contestaciones del ministro.

Al fin, asediado por las exijencias del pueblo, acudió a la reconciliacion que vino a hacer bajo el reinado del sucesor de Clemente XIII.

Vino despues la Fraccia solicitando del Papa ciertas reformas en la Compañía, que tendian indudablemente a irla destruyendo por grados, término medio que sujirió Luis XV.

«La sabiduría de Clemente XIII lo rechazó i se cree que fué entónces cuando pronunció una palabra enérjica i prudente, imputada muchas veces como un acto de orgullo al jeneral de la Compañía: «*Sint ut sunt aut non sint!*: Que sean lo que son, o que no sean!" (1).

Los parlamentos condenaron despues a la Compañía, como lo hemos visto, declarándola instituto inmoral e irreljioso, pernicioso a la Iglesia i a la sociedad civil.

El Papa entónces elevó su voz para negar su competencia a aquellas jueces que se mezclaban en los asuntos espirituales i, en presencia del sacro colejio, declaró vanos i sin fuerza alguna los decretos del Parlamento.

La España vino, en fin, solicitando la estincion de la órden Clemente XIII contestó en un breve de una ternura incomparable manifestándo su sorpresa i su dolor por la tenacidad que el católico monarca ponia en destruir una órden que era uno de los mas firmes apoyos de la Iglesia.

Cárlos III insistió i fueron en su apoyo las solicitudes de los embajadores italianos i franceses. El Papa no cedió, pero hubo de pagar con su vida las crueles angustias i los dolores que le imponian los reyes de la casa de Borbon.

El cardenal Negroni decia a los embajadores de estos monarcas: «Este último paso abrirá el sepulcro al Santo Padre.»

Efectivamente, una semana despues sucumbia «como esos héroes que no cuentan sus heridas i a quienes la muerte no tiene permiso de arrebatar sino de pié i vestidos de sus armaduras» (2).

El cincel de Cánova, animado con el recuerdo del gran Pontífice i en un momento de inspiracion sublime, colocó a los piés de la estátua de Clemente XIII dos leones, el uno dormido, el otro en vela, mostrando sus garras i en actitud de defenderse. Hé ahí una magnífica alegoría que representa por completo el carácter del Pontífice. Dulce, pacífico, suave en las circunstancias ordinarias; enérjico, valiente, incontrastable cuando se le exijió la sancion de una injusticia i que destruyese con su propia mano a los mas celosos defensores de la Iglesia.

La muerte de Clemente XIII vino a rea-

(1) *L. Veuillot. De quelques erreurs sur la Papauté.*

(2) Louis Veuillot. *La Papauté.*

vivar las esperanzas de las cortes borbónicas, destruidas ya con la enérjica resistencia que opuso a sus pretensiones la firmeza de aquel Pontífice.

Inmediatamente despues de la muerte del Papa se reunió el cónclave para darle un sucesor. I aquí principia un episodio histórico verdaderamente repugnante por las muchas bajezas e innumerables miserias de que se hicieron reos muchos conspicuos personajes.

Cuando aun vivia Clemente XIII, Choiseul escribia al embajador de Francia en Roma que, siendo imposible obtener nada de la «cabeza férrea» que gobernaba la Santa Sede, era necesario trabajar para obtener «despues de este Papa, uno que convenga a las circunstancias.»

Se estaba forjando, pues, de antemano esa cadena de intrigas que hizo tan memorable el cónclave que elijió a Clemente XIV.

Las grandes potencias europeas gozaban de un privilejio que se les habia acordado en bien de la paz i de su buena armonia con la Santa Sede, cual era el de escluir del derecho al Pontificado a los cardenales que no juzgasen convenientes. Héla ahí, pues, usando ahora en grande escala de su privilejio i escluyendo a todos los cardenales que eran o parecian ser adictos a los jesuitas.

El furor de las esclusiones llegó a tanto, que el Sacro Colejio no tenia ya casi a quien elejir.

Entretanto los ministros de Francia, Portugal i España, el cardenal de Bernis que representaba en el cónclave a la primera de estas potencias, i el cardenal Solis que representaba a la última, ponian en juego toda clase de manejos para lograr que el futuro Papa fuera enemigo de los jesuitas.

La cosa, sinembargo, era mui difícil de obtener. Apesar de todas las esclusiones, los enemigos de la Compañia se hallaban aun en presencia de lo desconocido. Bien podia el futuro Papa no ser afecto a los jesuitas; pero ¿los suprimiria? ¿Podria olvidarse de que el instituto de S. Ignacio habria sido confirmado por un gran número de Pontífices i sus méritos reconocidos por el mismo Concilio de Trento?

El marques d'Aubeterre, embajador frances, juzgaba que el camino mas llano para obviar toda dificultad posterior, era exijir del candidato de las cortes una promesa escrita de abolision de la Compañia de Jesus.

Esto era olvidar, no ya que el candidato era un príncipe de la Iglesia, sino hasta su carácter de sacerdote. ¿Quién habria sido capaz de firmar aquel contrato simoniaco?

Se ha dicho que Ganganelli lo firmó, i tenemos a la vista algunas défensas de los jesuitas—escritas por seglares, debemos decirlo—en que se hace la misma aseveracion. Es falso; Ganzanelli no firmó, no hizo aun de palabra promesa alguna, aunque si es cierto que se guardó mui bien de manifestarse durante el cónclave amigo de los jesuitas como lo habia sido ántes, i que dejó concebir a sus adversarios esperanzas de que él podria ser el ejecutor de sus proyectos.

El cardenal Ganganelli fué elejido al fin el 19 de marzo de 1769 i subió al solio pontificio con el nombre de Clemente XIV.

De la época de las intrigas volvemos nuevamente a la época de lucha del pontificado anterior.

El nuevo Papa se manifestó desde el principio hostil a los jesuitas, negándose a recibir la visita de su jeneral i haciendo otras demostraciones semejantes. Pero no hablaba de supresion, i hé aquí que las potencias conspiradas vuelven nuevamente a sus exijencias i a sus amenazas. Esta lucha de los fuertes contra el débil deja en el alma las mas tristes impresiones, porque se vé cuanta ruindad cabia en aquellos pechos reales al exijir del pobre Papa que firmara su humillacion.

Las intrigas se multiplicaban a su alrededor, las exijencias crecian, las amenazas se formulaban en tono altivo. Clemente se batia en retirada buscando su salvacion en espedientes dilatorios que no tardaron en conducirlo a la última estremidad. Hé aquí como describe M. de Saint Priest en su *Historia de la caida de los jesuitas* las luchas, las vacilaciones, la situacion del Pontífice:

«El Papa, dice, tomaba todos los tonos para conciliarse a los Borbones sin asociarse a la venganza que querian ejercer contra los jesuitas. Ya insistia sobre la dignidad del soberano Pontífice, que no puede, que nunca debe ceder ante la fuerza; ya alegaba la necesidad de reflecciones profundas ántes de adoptar medidas de tamaña importancia. Encerrado con canonis-

tas profundos, compulsaba los libros i las memorias relativas a la Compañía; aun hacia venir de España, para ganar tiempo las correspondencias de Felipe II con Sixto V. Despues, agotados ya todos los medios de este jénero, se perdia en un laberinto de motivos frivolos. Finjia temer el resentimiento de María Teresa i de otros príncipes católicos; aun apelaba a los gobiernos separados de la Iglesia romana como la Prusia i la Rusia; en fin prometia estirpar a los jesuitas despues de haber obtenido el consentimiento de todas las cortes sin escepcion. Este procedimiento de una duracion indefinida, de una dificultad infinita, sonreia a su debilidad, porque esperaba salvarse a través de estas dilaciones i de estas dificultades. Su embarazo le sujeria otros espedientes igualmente inaceptables. Prometia no dar sucesor a Ricci i no admitir mas novicios. Aun hablaba de reunir un concilio para encargarle la resolucion de esta gran cuestion.»

Todos estos espedientes fracasaron ante la tenacidad de los ministros conjurados. I es mui digno de observarse que miéntras los representantes de las naciones católicas exijian asi la destruccion de la órden de San Ignacio, los monarcas separados de la Iglesia respondian al Papa que nada tenian que observar contra los jesuitas de sus Estados; que eran hábiles maestros, virtuosos i honrados ciudadanos, sacerdotes ejemplares.

Por fin, Clemente XIV hubo de ceder. Bien pudo salvar a los jesuitas con una sola palabra, pero vió tambien que en el acto de pronunciarla, se separarian de la Iglesia la Italia, la Francia, el Portugal i la España.

No cedió sinembargo sino despues que sus fuerzas físicas i morales fueron completamentes agotadas en la lucha. El cardenal de Bernis nos ha conservado la relacion de las desgarradoras escenas que presenció. ¡Cuántas veces, despues de separarse de los embajadores estranjeros que lo asediaban, se encerraba en sus aposentos i allí entre sollozos i entre angustias infinitas pedia a Dios perdon para esos reyes católicos que así desgarraban su corazon de padre de todos los fieles! ¡Cuántas veces, casi implorando gracia del embajador español, mostrándole sus brazos enflaquecidos i estenuados por la fiebre que le devoraba, esclamó con indecible amargura: «Este asunto me costará la vida!»

¡Pobre Papa! la resistencia era ya imposible i debió firmar la capitulacion! La estincion de la Compañía fué acordada por el célebre breve *Dominus ac redemptor* del 13 de julio de 1773.

Hé ahí el documento que exhiben con triunfante alegría los enemigos de la Compañía de Jesus: la condenacion nunciada por un pontífice.

Mas para conocer el valor de ese documento es necesario recordar la historia que acabamos de referir i saber ademas que en él se estingue la Compañía de Jesus pero no se la condena, que en él se espresa claramente que se adopta esta medida para conservar la paz de la Iglesia comprometida por un cisma inminente; que él es un breve i no una bula solemne; que le faltan muchas solemnidades canónicas, como si se hubiera querido facilitar desde luego su abrogacion; en fin que no fué publicado ni fijado en los lugares de costumbre, ni rejistrado en la cancillería.

Agreguemos por fin que el Papa manifestó claramente su arrepentimiento por este acto de debilidad i que a cada paso se le oia esclamar: «*Compulsus feci! compulsus feci!!*..

Ademas, parece cosa averiguada e indudable que llegó a redactar un breve de retractacion, cuyo testo en latin se encuentra en obras de escritores protestantes asegurando M. de Saint Victor que es un documento de incontestable autenticidad.

Por fin, preguntamos a los detractores de los jesuitas: si os apoyais en la autoridad de un Papa para condenar a la Compañía ¿por qué olvidais que fué un Papa el que autorizó su restablecimiento, que otra larga série de pontífices lo ha confirmado, con aplausos que constituyen la gloria imperecedera del instituto de San Ignacio, i que a mas de la aprobacion de los antecesores i sucesores de Clemente XIV ha obtenido la aprobacion de la Iglesia formulada por sus Concilios?

MÁXIMO R. LIRA.

MI PESAR.

Al cielo límpido miro:
Todo alegra primavera,
Brotan flores por do quiera;
Todo canta!....i yo suspiro!....

Siento en mi un profundo hastío
Que mi existencia carcome,
I no hai un astro que asome
En mi horizonte sombrío.

Con espléndida belleza
Alegre el campo se viste;
I a mi alma solo reviste
Negra nube de tristeza.

Oprime mi corazon
Pesarosa indiferencia;
Se agotan en mi existencia
Las flores de la ilusion!

Ayer no mas, fantasías
Risueñas me acariciaban,
Ayer no mas, me embriagaban
Delicadas harmonías....

Contemplo hoi sin ansiedad
Las tempestades del mundo;
Que es mi disgusto profundo,
Me abruma la realidad!

¡Escucha la triste queja,
Dios mio, que el pecho lanza,
Horizonte a mi esperanza
Estiende, el dolor aleja!

¡Llena, oh Dios, el alma mia
De espontánea inspiracion,
Dá vida a mi corazon,
Dá fuego a mi fantasía!
Santiago, octubre de 1870.

JUAN DE DIOS VIAL.

FILOLOJIA.

V.

CORRECCIONES AL ANTERIOR.

Al designar fracciones o porciones de cualquiera cosa, nos atenemos a nombres jenrales i rarísima vez se oye *mendrugo* o *zoquete* de pan, *gajo* o *cacho* de fruta, *cadejo* de pelo, *vedija* de lana, etc.

Cojer no suena ni truena: *tomar* i *agarrar* sé alternan para hacer sus veces con mas o ménos impropiedad.

Los diminutivos en *uelo, uela, ejo,* corren la misma suerte que los que en *ico, illo* i *etc.* i son igualmente reemplazados por los en *ito, ita,* únicos que aquí gustan. En mi concepto esta es una de las principales diferencias *superficiales* entre el español de acá i el de España. I tan lo conocen así ciertos escritores *superficiales*, que sus escritos están esmaltados de *palabricas* en *illo, ico, etc.* i *uelo* tanto mas disonantes, cuanto que su lenguaje, despojado de este barniz español, es por lo demas mui criollo i mui impuro.

No es raro oirlos hablar de *conchuelas* i *realejos*, de *magüer* i de su *péñola*, como quien no dice nada entre *remarcable* i *debutar* i otros bastardos que a *debrutar* enseñan.

La *alcuza* o *aceitera*, no solo pudiera llamarse *angarillas*, como sujiero con mas o ménos fundamento, sino *taller*, pues las descripciones que los mas antiguos diccionarios de la lengua hacen de este *mueblecico o piececica* o *cosica*, vienen pintiparadas a lo que hoi llamamos *alcuza*.

«La misma difusion de las luces contribuirá a que se corrompa, a que desaparezca quizá el español de entre nosotros, dije, i ahora agrego: «Pero como quedará el arbitrio de consultar los libros o a las personas doctas cuando se quiera reducir a su primitiva pureza los nombres corrompidos o desfigurados, persona que en medio de esos adelantos continúe estropeando el idioma, no merecerá perdon, porque lo deberá solo a su indolencia i a su *flojera*.»

Desde hoi ya tenemos escritores que ni conocen ni consultan jamas un diccionario, i que (esto es lo peor) hasta se jactan de ello; i así sale ello.

¡Qué aplicable es a estos pésimos hablistas el verso de Boileau, sublime en este caso!

Sans la langue en un mot l'auteur le plus divin,
Est toujours, quoiqu' il fasse, un méchant écrivain.

«Sin el lenguaje, en una palabra, el mas divino autor será siempre, por mas que pueje, un pésimo escritor.»

La inspiracion, la sensibilidad, el colorido, todo se ahoga i desaparece en ese fárrago incorrecto, por mas que de trecho en trecho alguna *lentejuela* brille por casualidad en ese monton de tierra opaca.

No pido la correccion de un Jovellanos, de un Iriarte, correccion tiesa i estirada como un pergamino i que no causa envidia; no la pido, porque solo a fuerza de tiempo i laboriosidad puede alcanzarse esa correccion esencialmente gramatical; sino la de un Fernan Caballero, la del mismo Cervantes, que está léjos de serlo en el verdadero sentido de la palabra, i que sinembargo, encanta, porque es la correccion de la naturaleza, cien veces mas envidiable que la del arte.

¿I cómo la consiguieron? Primeramente habiendo nacido con el talento de escritores; i en segundo lugar, pensando, sintiendo i observando por si mismos. De esta triple tarea no puede ménos de brotar un verdadero estilo, sin que obste el que sóbre o falte un *pero*, o se *mastique* mucho algun *mas*, o se *coma* alguna *coma*.

Pero cuando tropiezo con versos que no son versos, i que reducidos a prosa no son prosa ni reducidos a estilo, estilo, ni a lenguaje, lenguaje; cuando tropiezo con esta obra inane que no revela ni al escritor del arte, ni al de la naturaleza, no puedo ménos de rujir con Boileau: «sin el lenguaje, el mas divino autor es, por mas que puje, un pésimo escritor.»

Lectores mios, os habeis soplado lo que se llama una *Fé de Erratas*, sin advertirlo i quizá hasta paladeándola. Ya no podreis daros importancia encajándoos los pulgares en las sobaqueras del chaleco i esclamando: «yo nunca leo *fé de erratas*» porque os habeis leido una de marca mayor. A lo hecho, pecho i pasemos a una.

CONTESTACION.

Un colateral nuestro que firma *Nazareno*, me se recomienda en su *Semana* última algunos galicismos para «mis filolojias.»

Siento no estar enteramente de acuerdo con el hijo de Nazaret i *Galilea* (de cuyo último pais líbreme Dios, si ya no he dado en él) en lo concerniente a *hacer el amor*, porque aunque no puedo negarle que es un *galicismazo*, como una loma, niego que *haga furor* (ahi va otro) aquí como en Madrid. En esa corte corrompida (comparada a la nuestra) no se oye otra cosa que preguntas i respuestas sobre quien *hace el amor* a la señora de.....En Lima se usa mucho todavía *hacer la corte*, *cortejar*, *enamorar*, *galantear*, *requebrar*, *piquinear* (que es provincial) i respecto al galicismazo *hacer el amor*, aun no ha llegado a nosotros, i estamos mucho mas *atrasados* (ahí me las den todas) que los madrileños. Para eso que si en esto les vamos en zaga, purismos i elegancias i refinamientos de locucion tenemos en los que vamos en *pescante* a españoles i aun a franceses.

Miéntras el cronista de *La Patrie* o *La Presse* al narrar un *hecho diverso* de la mañana o de la tarde se contenta con agregar, despues que ha dado la hora, *du matin* o *du soir*; el croniquero peruano, que está a mas altura, como que no pertenece a viejas monarquias donde el derecho no ha hecho conquistas ni se vé caminar a *Doña Idea* como el *spiritus Dei super aquas*, el croniquero peruano, digo, desdeña esta locuion trivial; i al comunicarnos una defuncion asnal, por ejemplo, tendrá cuidado de advertirnos que el suceso pasó a las tres *p. m.* o a las nueve *a. m.*, ni mas ni ménos que si se tratara de algun fenómeno meteorolójico.

No acepta la x en *extraño*, ni en *excéntrico* ni en ninguna otra palabra semejante, *porque éstas son vejeces* buenas para viejas monarquias estacionarias; pero trátese de *espontáneo* o de *espléndido* que se derivan de *sponte* i de *splendidus*,

I entónces si
Que encaja un EX tamaño
Como el gran MI

de nuestro *Gacetillero*.

Correjidos los descuidos que se me escaparon en el anterior, i contestado mi colateral, no me queda mas que despedirme del lector hasta el *sexto*.

JUAN DE ARONA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

En el mes de octubre han ingresado en la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN, por Mariano Egaña.—1 vol. in 8.° de 85 pájs.—

Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Memoria que el ministro de Estado en los departamentos de Justicia, Culto e Instruccion pública (señor don Eulojio Altamirano) presenta al Congreso Nacional de 1870 —1 vol. in 4.° de 260 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

A orillas del Bio-Bio por Máximo R. Lira.—1 vol. in 8.° de 104 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Message presented by the Minister of finance to Congress, 1870.—1 vol. in 4.° —Imprenta *Albion*.—Valparaiso.

Estatutos de la Compañía de carruajes del servicio público de Santiago.—1 vol. in 4.° de 12 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Guerra entre Francia i Prusia.—Entrega 1.ª i 2.ª.—2 vol. in 4.° de 48 pájs. cada uno. Con litografías i retratos.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Catálogo de la Biblioteca Carvallo.—2.ª parte.—1 vol. in 4.° de 132 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Estadística comercial de la República de Chile, correspondiente al año de 1869. —1 vol. in 4.° mayor de 294 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Memorial *en que José Antonio Nolasco solicita abono de servicios*.—1 vol. in 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Coleccion *de las leyes, ordenanzas i reglamentos de policía del departamento de Santiago*.—1 vol. in 4.° de 282 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Memoria *que el señor Ministro de Estado en el departamento del Interior* (señor don Belisario Prats) *presenta al congreso de* 1870. —1 vol. in 4.° de 230 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Recuerdo del jurado del dia 30 de julio *o sea contestacion al pasquin-protesta de los enemigos de la Sociedad Patriótica i de los intereses del pueblo*.—1 vol. in 4.° de 31 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

El filósofo en la bohardilla, por Emilio Souvestre.—Traduccion de la señora R. E. i S.—1 vol. in 8.° de 149 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

La democracia moderna *o sea los derechos del pueblo*, por E. Corvalan.—1 vol. in 4.° de 80 pájs.—Imprenta de *El Provinciano*. —Talca.

Don Juan.—Melodrama en 3 actos.—Música del maestro W. A. Mozard.—1 vol. in 8.° de 106 páj.—Imprenta de *La Libertad*.

UNION.

Los miembros del *Círculo de Colaboradores de* La Estrella de Chile han recibido un diploma de la Academia de Literatura del colejio de Santa Fé (República Arjentina) que los nombra socios corresponsales de esa Academia.

Como es natural, el *Círculo* ha contestado dando a los jóvenes de Santa Fé las mas rendidas gracias por la distincion que han recibido de ellos.

Por nuestra parte, nos complacemos en ver que comienzan a trabarse esos vínculos entre los que por el doble título de católicos i de americanos están llamados a cultivar las mas íntimas, sinceras i provechosas relaciones.

Como lo habrán observado nuestros lectores, hemos publicado ya mas de un trabajo literario con que nos han favorecido nuestros nuevos colaboradores del otro lado de los Andes.

Felicitamos, pues, al *Círculo de Colaboradores* por la distincion que ha recibido i nos felicitamos nosotros mismos de poder contar con nuevos e intelijentes cooperadores.

Los Editores.

CHARADA.

Yo no soi de hembra nacido,
Como que no tuve madre;
Pero la tuvo mi padre;
I abuelo no he conocido;
I, cuando me vi criado,
Mil virtudes descubrí,
Males muchos redimí
I a algunos la muerte he dado.

Solucion de la charada del número anterior.

INDEPENDIENTE.

Contenido de este número.

I.—Una invitacion, por Rafael B. Gumucio.
II.—Meditacion de una fea, poesía, por Clavileño.
III.—Una piedra de escándalo, por J. Tomas Gonzalez.
IV.—La pampa, poesía, por Luis R. Piñeiro.
V.—El cerro de la Campana, (continuacion,) por Ruperto Marchant Pereira.
VI.—Amor, poesía, por E. R. N.
VII.—Los jesuitas i sus destractores, (continuacion,) por Máximo R. Lira.
VIII.—Mi pesar, poesía, por Juan de Dios Vial.
IX.—Filolojía (conclusion), por Juan de Arona.
X.—Revista bibliográfica.
XI.—Union, por los Editores.
XII.—Charada.
XIII.—Solucion de la charada del número anterior.

Círculo de Colaboradores de «La Estrella de Chile.»—La sesion correspondiente al dia de hoi tendrá lugar mañana a las siete i media de la noche.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, noviembre 13 de 1870. Núm. 163.

CERTÁMEN.

Pasado mañana, mártes 15, deberán estar en poder del Secretario del *Círculo de Colaboradores* de este periódico todos los trabajos de los que piensen concurrir al certámen anunciado en 21 de agosto último.

Tanto los que lleguen a manos del Secretario despues de ese dia como los que no vengan en la forma exijida, quedarán escluidos del certámen.

Se suplica a los concurrentes que se sirvan copiar sus composiciones en letra clara i perfectamente intelijible i en la forma en que se acostumbra hacerlo para entregarlas a la prensa, es decir, escribiendo solo por un lado de la hoja.

En nuestro próximo número, daremos cuenta de las composiciones que se hayan presentado.

LOS MUERTOS.

I.

¡Cuán espesa venda echó Dios sobre los ojos del hombre, desde el momento en que, lleno de satánico orgullo, abandonó la anchurosa senda que alumbran las divinas enseñanzas para engolfarse en otro que solo alumbra la razon humana! Cada paso ha sido para él una caida lastimosa en ese nuevo camino.

Los que pretenden rejenerar al hombre, enaltecerlo, libertándolo del yugo del *fanatismo*, sustrayéndolo al influjo de las *preocupaciones* bebidas en la infancia i enseñándole lo que es, lo que vale, lo que puede, cuán grande es su ser, son precisamente los que mas deprimen i envilecen al hombre.

¡Cosa admirable! En este siglo XIX, en que la exajeracion de los derechos del hombre ha enjendrado la monstruosa idolatría del *yo*, en este siglo en que cada hombre se cree tan grande como Dios o mas grande que él, en este siglo, decimos, tiene secuaces, i muchos, el rastrero i mezquino materialismo.

II.

Los *sabios* han llegado a descubrir que el hombre no es mas que una armazon de huesos cubierta de carne. Segun ellos, cuando las moléculas de nuestro cuerpo se han podrido en el sepulcro no queda de nosotros nada. Segun ellos, cuando los labios lívidos de nuestra madre balbuciaron, al exhalar el último suspiro, un adios desgarrador, ese adios fué eterno, porque ese ser a quien debemos la existencia, a quien amábamos con adoracion queda reducido a la nada para siempre.

Hé ahi la desesperante doctrina anticatólica.

Si la razon, si ese sentido intimo de nuestras almas no la rechazara, protestaría contra ella el corazon.

¡Cómo! ¿No habia mas que huesos i carne en el inmortal autor de la Iliada, en el cantor de Eneas, en el sublime poeta de los Trenos, en el arquitecto de San Pedro, en Tomas de Aquino, en Colon, en Newton, en Descartes?....

¿Con que el esposo, la madre i el hijo habrian de resignarse a creer que, cuando arrancan de sus brazos el cadáver de la esposa, del hijo o de la madre, les arrancan tambien *para siempre* lo único que queda de esos seres queridos?....

¡Nó, mil veces nó!

III.

Hai un dogma consolador que la razon i la fé nos enseñan, i que, si ellas no nos lo enseñaran, lo finjiria el corazon para no estallar de desesperacion. Ese dogma es

la existencia de nuestras almas i su inmortalidad.

Miserable es el hombre: su razon flaca i tenebrosa, su corazon propenso al mal, su cuerpo está sujeto al hambre, al dolor i a la muerte; pero su espíritu le asemeja a Dios, sobrevive a la corrupcion de la materia i tiene mas allá de la tumba una vida sin fin.

Cuando los despojos materiales de los que desaparecieron de nuestro lado son ya imperceptible polvo, sus almas están vivas e intactas en la rejion de los espíritus. Viven allá con Dios i nos esperan. Cuando hayamos concluido nuestra peregrinacion volveremos a encontrar en la Patria a los que amó nuestro corazon en el destierro.

IV.

Aun, miéntras las ligaduras de la carne nos tienen sujetos a la tierra, miéntras dura la separacion material, nuestros espíritus están unidos. Nuestros padres, nuestros hermanos i nuestros amigos están allá, en el cielo. Cuando oramos, nuestra oracion les aprovecha; cuando ellos oran, nos aprovecha tambien la suya. Cuando abandonaron la rejion de los vivos, no fueron a perderse en una rejion a donde no alcancen las voces de nuestras almas i desde donde no pueda descender hasta nosotros el consuelo.

El poeta, poseido de la conviccion innata de la inmortalidad, esclamó inspirado: *Non omnis moriar!* La Iglesia católica dice algo mas grande, algo mas sublime que la egoista esclamacion del poeta: *¡Creo en la comunion de los santos!*

V.

La Iglesia católica nos enseña que no somos solo un puñado de corruptible barro. «Teneis, nos dice, dentro de la deleznable cubierta de vuestro cuerpo una chispa desprendida de la esencia misma de Dios, teneis un alma que entiende, que ama i que produce maravillas. Cuando no veais ya en la tierra a los vuestros, creed que viven. Orad, habladles, porque os oyen; enviadles desde acá los homenajes de vuestro amor, porque os aman todavía.

¡Comparad, comparad esta doctrina con la doctrina de los *sabios!* ¡Comparad esta doctrina consoladora, sublime con la que os quita toda vuestra nobleza, quitándoos el alma, con la que os niega una vida mas allá de la agonía, con la que hunde *para siempre* en el abismo de la nada a todos los que amabais!

El *sabio*, al depositar un cadáver en la tumba, piensa que allí deja una masa de materia que va a corromperse i nada mas. Da sepultura a su madre o a su hijo como se arroja al muladar el cadáver putrefacto de una bestia. ¡I no ha faltado uno, en nuestros dias, que pidiera que las reliquias sagradas de los santos se utilizaran en abonar la tierra!

La Iglesia católica nó. Ella se acerca al lecho del moribundo i le dice palabras de consuelo. Cuando el agonizante siente cerrarse poco a poco tras de sí la puerta de la vida temporal, el sacerdote católico le muestra la puerta de la eternidad que se entreabre i deja escapar ya fulgentes resplandores i suavísimos perfumes. Cuando el alma ha volado a su destino, la Iglesia recoje el cuerpo del cristiano con relijioso respeto i veneracion. Al lado del cadáver ofrece al Señor de la vida i de la muerte el sacrificio propiciatorio. I, cuando los restos mortales reposan ya en el último albergue que les da la tierra, la Iglesia consagra ese albergue, clava sobre él el estandarte de la cruz, cierra con su sello la piedra de la tumba i se constituye su perpétuo guardian hasta el dia de la resurreccion universal.

Nunca que ora olvida a los muertos. Desde nuestra infancia, nos ha acostumbrado a que, cuando las sombras de la noche comienzan a invadir la tierra, en esa lúgubre hora del crepúsculo, al tañido de la campana, elevemos nuestro corazon al cielo i oremos por los muertos.

Los justos están en la mano de Dios, nos dice. *Justorum animæ in manu Dei sunt.*

Para pedir consuelo en las amarguras de la vida, para pedir fuerzas en el desmayo, remedio en nuestras miserias, acudimos a los justos que están en la mano de Dios. I ellos oran i las gracias descienden en raudales a la tierra.

Cada año, cuando llega el risueño mes de las flores, cojemos las mas bellas i fragantes i vamos a depositarlas en las tumbas queridas. Regamos esas flores con lágrimas de amor i de esperanza, nó con lágrimas de duelo.

Dejamos en los brazos de la rústica cruz, plantada en el suelo, i en que está escrito

un nombre que nos es caro, una guirnalda de siempreviva. Oramos, lloramos; llenos despues de suavísimo consuelo, de dulcísima esperanza, al abandonar aquella tumba querida, decimos un *¡adios!* que quiere decir: *¡hasta luego!* i que es escuchado en el cielo.

Santiago, noviembre 1.° de 1870.

RAFAEL B. GUMUCIO.

SALOMÉ.

I.

Los acordes sonidos,
Que arrancan de sus arpas cien cantores,
Aumentan los latidos
Del corazon del rei i vibradores
Resuenan en las anchas galerías,
Do muelle reclinado
En lecho de marfil, púrpura i oro
I en báquicas orjías
Liba risueño el Chipre perfumado.
Entre nubes de mirra,
Bella como la aurora que amanece,
Envuelta en sútil gaza cristalina,
En el rejio salon presto aparece
La hermosa Salomé, que, peregrina,
Los cabellos cuajados de diamantes,
Cayendo en negros rizos
A su desnuda espalda,
Los ojos centellantes....
Arranca de la sala en un momento
Gritos de admiracion i de contento!....
Heródes, embriagado,
Presa de inícuo amor—«Pide, hija mia,
Vacilante esclamó, que el rei te ofrece
Lo que sueñe tu loca fantasía
I cumplir jura por lo mas sagrado!»—
Salomé en un instante
De su madre en los ojos
Comprendió la respuesta i anhelante,
Lleno el seno de míseros enojos,
Revelando en su jesto la fiereza,
Dijo al rei conmovido:
—«Yo quiero del Bautista la cabeza!»—
Un pavor silencioso
Siguió al canto i la danza i sobre el lecho
El débil soberano, como herido,
Se desplomó: que de acto jeneroso
Era incapaz su pecho....
Una hora no pasó, cuando sangrienta
Sobre fuente de plata cincelada
A la fiera sedienta
La cabeza de Juan fué presentada!

II.

En húmedo i sombrío calabozo
El Precursor de Cristo sucumbia
De duros hierros bajo el peso infame
I al tirano aun decia
Sin miedo la verdad i sin embozo
A su rostro arrojaba
El incestuoso amor, la fé mentida:
Desde entonce odio eterno
Escondido en el pecho le guardaba
La mujer ofendida.
¡La hora de venturanza
Ya para Juan sonó; celeste coro
Le arranca de la tierra en raudo vuelo,
I con júbilo el cielo
Abre sus puertas de oro!....
¡La sangre jenerosa que el verdugo
Vertió, por Salomé, ciego instrumento,
Que cayera fatal, al cielo plugo,
Sobre su frente con hórrido tormento
I de entónces, anatema furibundo
Llevó sobre la tierra i maldecida,
Corriendo el ancho mundo,
De ella aterrorizada huyó la vida!

DAVID BARI.

1870.

EL ARZOBISPO ESCALADA.

Otros dirán la historia del santo anciano, cuya muerte acaba de acongojar a este pueblo. Aqui solo procuraremos interpretar un sentimiento propio de los hombres de nuestra jeneracion.

Todos le llamábamos *el Obispo*. Era para nuestro sentido estético el tipo i la encarnacion precisa del Pontífice. El revestia esa grave majestad ántes que la vejez le coronara de canas, ántes que el tiempo acentuara en su fisonomía la espresion de la fortaleza i de la santidad.

Le hemos conocido, fulminado por la persecucion implacable del tirano, pero descollando sobre la muchedumbre con aquella serenidad de los justos que reposan en el vigor de su inocencia.

Le hemos conocido al pié del tabernáculo, en el sacrificio de paz, en la fraccion del pan.—Jamas en un corazon infantil es-

pectáculo alguno habrá hecho vibrar tan intensamente las cuerdas del sentimiento relijioso ni despertado tan profundas emociones, como lo que los niños de mi tiempo llamábamos la *Misa del Obispo*. Aquel varon poseia toda la fé evanjélica i sacrificaba «con temor i con temblor». Su profunda turbacion le excitaba hasta hacer visibles sus estremecimientos. En sus ojos se traslucia el anonadamiento i en sus manos trémulas la honda lucha de la humildad i de la fé. Aquello sobrecojia en una sorpresa reveladora. El apóstol primitivo que presenció la cena i creyó en la Resurreccion al conocer a Jesucristo cuando partia el pan en Emmaus reanimando el crepúsculo con su irradiacion célica i divina, no haria mas estremecido i empapado en su fé «la primera conmemoracion,» que el santo obispo cuando temblaba trasfigurado en el altar.

Han pasado los años que nos empujan a la tierra del reposo en que él ha entrado ya triunfantemente. Estamos en esta fujitiva plenitud de la vida, que nos permite juzgar i sufrir. *El Obispo* llegó a viejo i en la vejez alcanzó las altas cumbres i pisó el teatro de las grandes manifestaciones. La veneracion sustituyó al odio, la obediencia a la persecucion.

Los santos son candorosos, i *el Obispo* lo fué. En el alma diariamente abrevada en la contemplacion de la Suprema Justicia, parece que se agota la fuente del pecado. Quien no siente su impulso, jamas le sospecha. Todos sus sentimientos se purifican, i reflejan la inocencia del corazon que los atesora sobre cuantos tienen la fortuna de abordar el radio de sus relaciones. Los santos aman a los débiles, porque los débiles son puros o arrepentidos. Cándido i amoroso se reveló *el Obispo* miéntras ejerció el poder. Juzgaráse de sus actos con mayor o menor benevolencia: podrá descubrirse error en ellos; pero nadie le argüirá de pecado, nadie se alzará a negar la sublime sencillez, la incomparable sinceridad de sus palabras i sus pensamientos. Jamas desconfió de nadie, jamas recurrió a la astucia, porque le sostenia ademas de su candor, su profundo convencimiento.

Era la fé una de sus fuerzas vitales. Habria sobrevivido a la pérdida de su conciencia ántes que a la pérdida de sus creencias. La nocion de sus deberes pastorales no era ni ménos vigorosa, ni ménos impregnante, digámoslo así, ni ménos imperativa que la nocion de su dogma.

Era manso i sufria silencioso. ¡Cuántas amarguras ha devorado en su provecta edad! ¡Cuántas rebeliones, cuántas insensatas osadías i cuántas inesplicables injusticias, no le han invadido i asediado, capaces de irritar cualquier otra alma ménos defendida por su estoicismo cristiano i sus entrañas paternales. La tumba suele ser un altar. Su sombra sirve para borrar los pecados de los vivos, i sus esplendores para realzar las virtudes de los muertos. La santidad estalla como una iluminacion repentina sobre la piedra sepulcral; i los injustos i los olvidadizos de ayer se rinden, porque su conciencia les dice que su error fué grande i su plegaria es inútil.

Era dulce como son dulces los mansos de corazon. ¿Para quién no tenia induljencia? ¿A quién no rodeaba de atenciones i no cautivaba con su bondad desbordante? —Austero como un santo, era suave como un patriarca, culto como un caballero, i accesible como un hermano.

El ejército que derribó a Rosas obedecia a un salvaje a quien impulsaban sentimientos tan ambiciosos i negros como los del gran criminal cuyo trono contribuyó a hundir.—*El Obispo* contuvo sus iras. Es natural.—Aquel majestuoso continente, dócil para espresar todas las bondades, i dominante, cuando se erguia, era potente para subyugar al caudillo i debelar los bélicos pendones.

A tanta mansedumbre i a tanta modestia, uníase en su naturaleza, para caracterizarla, una enerjía indomable, producto lójico de su fé i de la severidad de sus convicciones. Era inflexible cuando sentia la inspiracion de un deber. Nadie le influenciaba. Nadie podia doblegarle.

¿Para qué ahondar sus pensamientos?— Tal vez no se adaptó siempre a todas las modificaciones del espíritu moderno, pero el recuerdo de su tolerancia que proclamamos por conviccion i gratitud, domina en nuestra mente toda tentacion de juicio i de debate; i lo honramos imitándole al callar. No fué tampoco ciego i retardatario. Muchas cosas conocia que la muerte le ha impedido mejorar. Pensaba porque amaba. El amor de su Dios suscitaba en aquel fecundo corazon todos los amores que ennoblecen, el de la humanidad i el de la pa-

tria, en cuyo culto fué duro como un espartano i animoso como un héroe.

Es visible el secreto de su fuerza.

El Obispo era un cristiano con todos los caractéres de amor i de piedad estática i activa de los escojidos. Sus virtudes se templaban en dos fuentes esencialmente místicas, que vigorizan a los confesores i a los mártires: la contemplacion i la penitencia. Era hombre de oracion, era hombre de dolor.

Ha muerto. La tierra sorda i opaca nos le roba. Los que le admiramos siendo niños, hemos perdido al que fué para nosotros el mas venerable i el mas directo ministro del Altísimo. El olvido, que es la reaccion del egoismo, jamas consolará a sus amigos.

Pero, sobre la fuerza que destruye las vidas i sobre la lei que transforma los seres, existe el principio de la fuerza i de la lei, que nos conserva nuestros padres, nuestros amigos i nuestros santos en la comunion del amor a traves del santuario i del misterio.

El vive. Arrojó la corrupcion para ser vestido de incorruptibilidad, i la muerte para ser vestido de inmortalidad. Ya no verá la negra sombra ni sentirá flaqueza. Conforme esperó le ha sido hecho. Es uno con su Maestro; Resurreccion i vida, como su Maestro es uno con el Eterno Padre en la beatitud de la eterna caridad.

Séannos propicios sus manes i sus oraciones, ya que tanto nos amó; i merezcámoslas teniendo para él la memoria fiel i pura en que viven los justos!

Buenos Aires, setiembre de 1870.

J. M. Estrada.

RESPUESTA.

¿Preguntas si se apagó
La llama en que ayer ardia?
—Si te dijera que nó,
Acaso te engañaria.

En la pira del amor
Mi corazon encendí
I, mas que goces, dolor,
Dulce amiga encontré allí.

Tras un sueño de ventura,
Un suspiro una mirada.....
Todo se huyó con presura,
Todo huyó. ¡No queda nada!

Así copos de alba nieve
Se deshacen al caer;
Así volaron en breve
Ilusiones i placer!....

Yo que idolatraba ciego,
Asaz pronto comprendí
Que mas hai humo que fuego
En los amores de aquí.

I la copa que apuraba
Mi inesperta juventud
Agrias heces me guardaba
¡Olvido e ingratitud!

Pesar amargo sentí
Viendo burlada mi fé,
Mucho en el alma sufrí,
Hasta que al fin olvidé.

Que en los vaivenes del mundo
Nada en su puesto se está
I hasta al amor mas profundo
Sigue otro, si aquél se va.

¡Todo en la tierra se olvida!
Nos lo dice la esperiencia,
¡Es fruto amargo en la vida,
El del árbol de la ciencia!

Deshecha nuestra ilusion,
Queda esta triste verdad:
¡ La mas ardiente pasion
Solo es humo i vanidad!

Nadie quiere caminar
De un vano delirio en pos,
I en esto del olvidar
Todo es cuestion de un ¡adios!

1870.

Alberto Félix Dávila.

POETAS SUD-AMERICANOS.

Ha llegado a las librerias de Santiago un libro que se titula:

Poesías de la América Meridional colec-

cionadas por Anita J. de Wittstein.—1 vol. en 8.° de 339 páj.—Imprenta de F. A. Brockhaus—Leipzig, 1870.

Hé aquí los autores cuyas poesías contiene esta coleccion con las noticias biográficas que da de cada uno de ellos:

Avellaneda (doña Jertrúdis Gomez de). Nació en la ciudad de Puerto-Príncipe (isla de Cuba), el dia 23 de marzo de 1816.

Balcarce (don Florencio) poeta arjentino. Murió en Buenos Aires el 16 de mayo de 1839.

Baralt (don Rafael María). Nació en Maracaibo (Venezuela), en 1810.

Bello (don Andres) Nació en Carácas por los años de 1780.

Berro (don Adolfo). Nació en Montevideo el dia 11 de agosto de 1819. Murió el 28 de setiembre de 1841.

Calderon (don Fernando). Nació en Guadalajara (Méjico) el 20 de julio de 1809. Falleció en la ciudad de Ojocaliente el 18 de enero de 1845.

Cantillo (don José María). Nació en Buenos Aires.

Carpio (don Manuel). Nació en Casamaloapam (Estado de Veracruz).

Cervantes (don Alejandro Magariños i). Nació en Montevideo el dia 3 de octubre de 1825.

Chacon (don Jacinto). Hijo de la República de Chile. Nació en 1822.

Cortés (don José Manuel). Hijo de la República de Bolivia.

Couto (don José Bernardo). Poeta mejicano.

Delmonte (don Félix María). Nació en la ciudad de Santo Domingo el dia 20 de noviembre de 1819.

Dominguez (don Luis L.). Nació en la ciudad de Buenos Aires.

Echeverría (don Estévan). Nació en la ciudad de Buenos Aires.

Figueroa (don Francisco Acuña de). Nació en Montevideo por los últimos años del siglo próximo pasado.

Godoi (don Juan). Nació en Mendoza, provincia de Cuyo, en la República Arjentina el año 1793.

Gomez (don Juan Cárlos). Nació el 25 de julio de 1820 en la capital del Estado Oriental del Uruguay.

Heredia (don José María). Nació en Santiago de Cuba el dia 29 de diciembre de 1803 falleció en Méjico en 1839.

Hidalgo (don Bartolomé). Nació en la ciudad de Montevideo.

Inurrieta (don Manuel). Nació en Chascomus, ciudad de la provincia de Buenos Aires.

Irizarri (don Hermójenes). Nació en la República de Chile el 19 de abril de 1819.

Lafinur (don Juan Crisóstomo). Nació en las Minas de la Carolina, lugar situado en la jurisdiccion de San Luis, provincia de la República Arjentina, el 27 de enero de 1797. Murió el 13 de agosto de 1824.

Lanzas (don Joaquin M. de Castillo i). Hijo de Jalapa, en Méjico.

Lillo (don Eusebio). Nació el 14 de agosto de 1826. Su patria es Chile.

Luca (don Estévan) Nació en Buenos Aires i pereció en el Banco Ingles del Rio de la Plata, en marzo de 1824.

Lozano (don A.). Es hijo de Venezuela.

Madiedo (don M. M.) Poeta granadino.

Madrid (don José Fernandez). Nació en Cartajena (Nueva Granada). Falleció en Lóndres por los años de 1830.

Maitin (don José Antonio). Nació en Puerto Cabello, ciudad marítima de Venezuela.

Marin del Solar (doña Mercedes). Es hija de Santiago, capital de la República de Chile.

Mármol (don José). Nació en Buenos Aires el dia 4 de diciembre de 1818. Es bibliotecario de la Biblioteca pública de Buenos Aires.

Mendive (don Rafael María). Nació en la Habana, capital de la isla de Cuba, el dia 24 de octubre de 1821.

Milanés (don José Jacinto). Nació en la ciudad de Matanzas (isla de Cuba) el año de 1814.

Navarrete (don frai Manuel Martinez de). Nació en Méjico en la villa de Zamora, el dia 18 de junio de 1768. Murió el 19 de julio de 1809.

Olmedo (don José Joaquin de). Nació en Guayaquil por los años de 1784.

Pacheco i Obes (don Melchor). Nació en el Uruguay el dia 9 de enero de 1810.

Pardo i Aliaga (don Felipe). Nació en Lima el año de 1806.

Pesado (don Joaquin). Es nativo de Orizaba, Méjico.

Prieto (don Guillermo). Poeta mejicano.

Ramallo (don Mariano). Nació en la ciudad de Oruro (República de Bolivia) en 24 de setiembre de 1817.

Real de Azúa (don Gabriel Alejandro). Nació en Buenos Aires.

Rivera Indarte (don José). Nació en la ciudad de Córdoba del Tucuman el 13 de agosto de 1814. Falleció en la isla de Santa Catalina el 18 de agosto de 1845.

Tagle (don Francisco M. Sanchez de). Nació en Morelia, capital del Estado de Michoacan (Méjico) el dia 11 de enero de 1782. Falleció el 7 de diciembre de 1847.

Valdes (Gabriel de la Concepcion). Nació en Matanzas (isla de Cuba). Murió el dia 28 de junio de 1844.

Valdes (don José Manuel). Catedrático de prima de medicina, Protomédico jeneral del Perú, Director del colejio de medicina i cirujia de Lima etc. etc.

Varela (don Florencio). Es hijo de Buenos Aires.

Varela (don Juan Cruz). Nació en Buenos Aires el 24 de noviembre de 1794. Falleció en Montevideo el dia 24 de enero de 1839.

A UNA PATA.

LETRILLA.

(Para *La Estrella de Chile*)

¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

De inclitos sin par guerreros
Canten otros las hazañas,
Canten tambien los amores
De pastores i zagalas,
I canten aun de los gatos
El amor, en hora mala,
Lleven su loca manía
A cantar las remolachas;
Que yo he de cantar las glorias
De una tremebunda pata.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

Sí, de una pata solemne,
De una ballena sin barbas,
De una pata mui enorme,
De pata desaforada,
De una fragata sin velas,
De una tan tremenda pata
Que en su zapato Goliat
Se enterrará con holganza,
Que hasta del mar los abismos
Secos entrando dejara.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

Cantaré al gran patagon,
A una grandísima pata,
A una pata inmensurable,
A una pata mui grandaza,
Tan grande que hasta pudiera
Transformar en noche opaca
A la mitad de este mundo
En la mañana mas clara,
Solo al ponerse delante
Del astro de la alborada.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

Cantaré a un dragon enorme
A una patética pata,
A una pata cuyas glorias
Debieran estar grabadas
Con caractéres de hierro;
A una tremenda palanca
Que si Arquímedes viviera
Con ella a la tierra alzara:
¡Oh! si ésta no es pata grande
Las demas son pataratas.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

¡Oh grande, enorme i sin par,
Oh tremenda, jigantaza,
I sin segunda, espantosa
Terrible, infinita pata,
Oh patacho exorbitante,
Oh pata extraordinaria,
Pasmosa, atroz, furibunda,
Oh pata admirable i rara,
Yo te admiro i te contemplo,
Mi alma ante tí se anonada!
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

¡Quien jamas decir oyó,
Ni cuando el mundo se hallaba
Columpiándose en su cuna,
Ni cuando en indeble barca
Se salvó la humanidad,
Que pata de hombre pagara
De tierra la porcion que holla
Por su grandeza estimada?
Solo a nuestra pata cupo
La gran gloria de pagarla.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

¡Oh! dicha grande la mia!

Que en una grande fragata,
Cual ningun mortal he visto
Estar otra colocada,
Es que muestra chiquitita,
La monona, la gallarda,
La bonita, la graciosa,
La diminuta, la rara,
La pequeñuela, la corta,
La patita en viaje andaba.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

¿Hase visto alguna vez,
Ni oido cosa mas estraña,
Desde que da vuelta el mundo,
Que en un baile, treato o casa,
De una pata el pobre dueño
En las funciones entrara
Quedando la pata fuera
Por no caber en la sala?
Solo al dueño aconteció
De esta tremebunda pata.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

Tú Señor, Dios de grandeza,
Tú diste al mar su pujanza,
Al viento su rebramar,
Al bello prado sus galas,
La majestad a los cielos,
Al ave trinos que encantan,
Al averno sus horrores;
Pero todo ¡todo es nada,
Donde admiro tu poder
Es en esta grande pata.
¡Qué pata solemne,
Señores, qué pata!

JENARO C. SILVA.

Santa Fé 19 de julio de 1870.

EL CERRO DE LA CAMPANA.

(CONTINUACION)

VI.

UNA NOCHE DEL LÚNES SANTO.

Nos tiramos sobre la dura piedra. Ahi permanecimos largo rato. Necesitábamos de ese descanso. Nuestras fuerzas estaban agotadas.

Que nuestra ascension se hubiese prolongado algunos minutos mas, i George i yo habriamos encontrado nuestra tumba.

El frio comenzó a entumecer nuestros miembros. Fué preciso levantarnos.

Buscamos alguna concavidad. Luego encontramos dos grandes peñascos que caidos el uno sobre el otro formaban una especie de hornilla. Comenzamos a cortar i recojer ramas i hojas secas.

La tarea era difícil.

Felizmente la luna nos alumbraba de lleno.

Los atados que íbamos formando, los íbamos reuniendo al rededor del peñasco.

Al cabo de algunos instantes ya teníamos acopiada una regular cantidad.

Separamos algunos haces.

George sacó una caja de fósforos.

Poco despues se levantó una llama azuleja, amarillenta, roja, juguetona.

La llama crecia, crecia con prodijioso rapidez.

La leña chisporroteaba.

Las chispas volaban enmedio de una columna de un humo blanco i espeso.

La claridad de nuestra fogata se esparcia en nuestro rededor.

La figura de George se destacaba entre las tinieblas, alta, fantástica i como de relieve.

Yo seguia echando leña a la hoguera.

Ese calor me devolvia la vida.

Hacia poco nos encontrábamos en esta situacion, cuando allá, léjos, mui léjos i en el fondo del valle vimos aparecer como una luz, al principio pequeña, pero que luego fué creciendo, creciendo. Tras ésta i a una corta distancia, luego apareció otra i otra.

—¿Acaso los campesinos habrán divisado nuestra fogata?, dije a George.

—¡Oh!, sin duda i por eso ellos tambien encienden sus fuegos, talvez para darse la voz de alerta.

—Teneis razon. Ellos, asustados, creerán que son brujos o duendes o que sé yo, quienes han encendido este fuego, que ellos divisarán, sin poder esplicarse la causa.

—Eso es. Pues, señor, sin quererlo vamos a servir de tema de conversacion a estas jentes, que mañana aseverarán i contarán de voz en cuello, que ellos han visto al diablo en la cumbre del Cerro de la Campana.

—I en la noche del Lúnes Santo....

—Cosa que por cierto, añadirá mas mis-

terio a este raro prodijio que ellos por mas que hagan, nunca podrán esplicarse.

George se acercó a mi.

—Vamos; me dijo, es menester que dejemos algun recuerdo, algo que atestigue nuestra permanencia en este lugar. Tomad, añadió sacando de su bolsillo un instrumento agudo i cortante, tomad i grabad en esa roca el nombre que habeis pronunciado en los oidos de Mary.

Me quedé helado.

Aquel hombre habia oido nuestra conversacion. Nosotros lo habiamos creido dormido i quizas no habia perdido una silaba de nuestras palabras.

— Escribid, continuó, presentándome aquella especie de cincel i una piedra pequeña, pero dura i compacta. Ya teneis todo lo que habeis menester, martillo i buril, escribid!

Fué preciso obedecer.

Me levanté, apoyé en el peñasco mas encumbrado i en una parte lisa i pulida de aquella roca i mirando hácia el oriente, comencé a grabar las tres silabas de aquel nombre que llevo escondido i oculto i tambien cincelado en el corazon.

George se aproximó a la fogata i quedó sumido en muda contemplacion.

¿Qué pensaba George?....

Yo seguia trabajando; los golpes que daba con la piedra en el cincel, retumbaban sin cesar.

Habia puesto toda mi atencion, todas mis potencias i mi alma toda en aquel nombre que yo mismo trazaba en el peñasco.

Pasó mucho rato; yo seguia trabajando con ahinco, con teson.

Queria que aquel nombre para mi tan querido, ya que debia quedar escrito sobre la cumbre del Cerro de la Campana, lo fuese de un modo estable i sólido. Debia resistir a la intemperie i al tiempo i por tanto procuraba que el cincel penetrase bastante en la roca.

I asi fué en efecto.

El nombre estaba escrito.

Lo contemplé con orgullo; quedé satisfecho de mi obra.

Me descubrí con respeto.

Mis labios rozaron aquellas letras que yo mismo habia trazado.

La piedra estaba fria, mui fria, pero mis labios quemaban como el fuego. George que notó que ya habian cesado los golpes que yo daba al herir el peñasco, se acercó.

Su mirada se dilató. Sus ojos se fijaron en aquellas tres silabas.

—Oh! esclamó, el nombre de mi esposa!....i cayó de rodillas i una lágrima se deslizó por sus mejillas.

Se levantó i estrechó mis manos entre las suyas i luego con acento solemne añadió:

—¡Pobre jóven! ¿por qué has dejado penetrar en tu corazon, ese amor?....Apénas hemos pasado juntos algunas horas i ya conozco que esa pasion te domina de tal manera, que irremediablemente ella ha de causar o tu dicha o tu desgracia.

—Teneis razon, teneis razon, le contesté yo con amargura i medio fascinado por las palabras de George, de George que tan profundamente iba leyendo en los pliegues de mi alma. Esa misma pregunta me la he hecho mil veces, mas ¡ah! siempre ha quedado sin respuesta.

En este momento se sintió en nuestro alrededor un estraño rumor. El aire se puso pesado i sofocante.

De repente un sonido acompasado, metálico, vibrante, sonoro, hizo helar la sangre en mis venas.

—Oh! esclamó George, ¿habeis oido?

—Yo no sé, pero creo....

Por segunda vez el mismo estraño i rarísimo sonido hirió los aires.

Mis nervios se crisparon. Un sudor frio corria por mi cuerpo. La voz se anudó en mi garganta.

George preparó su revolvers.

Su mirada erraba en el vacio

Su brazo se alzó hasta la altura del ojo i.....resonó una detonacion que los ecos del valle, largo tiempo rechazaron, repitieron.

Mi reloj señalaba las doce.

—¡Media noche! dije yo.

—¡Media noche ya! repitió maquinalmente George. Pero, decid, estais seguro de haber oido aquel sonido, aquella campana....

Tan seguro, como que despues he oido resonar la detonacion de vuestro revolvers.

—¡Es estraño! yo nunca hubiera creido..

George casi se fué de espaldas.

Por tercera vez volvió a oirse aquel primer sonido metálico, ronco, semejante al que produciria una gran campana de bronce, cuyo badajo estuviera todo envuelto en algodon.

Era un sonido inesplicable, sobrenatural....agudo, pues heria hasta el timpano del oido.

Grave, pues como un bombo resonaba dentro del pecho.

Finisimo como la punta de una aguja, pues aquel sonido lastimaba las carnes, despedazaba el cerebro.

Cada campanada retemblaba largo tiempo de un modo angustioso i vibrador, tan vibrador como una angosta, estensa i delgada hoja de acero, que, puesta en el aire, se ajitase por uno de sus estremos.

Aquel sonido llenaba el aire i las rocas.

Aquel sonido estaba sobre nuestras cabezas, dentro de los peñascos i en las profundidades de la montaña.

Aquel sonido incomparable, estraordinario, inmenso, se oia cerca, mui cerca, casi a nuestro lado. Parecia que ahi mismo una mano de hierro, movia aquel enorme badajo, el que luego iba a encontrar los bordes de la tremenda campana produciendo ese sonido de muerte.

Luego despues el sonido se alejaba, se alejaba i no tan pronto cesaba de resonar el primer golpe, cuando un segundo mas fuerte i acompasado, hacia estremecer la montaña entera.

I la campana invisible seguia tocando.

I ese tic-toc infernal, esos golpes apagados, vivos, amartillados, penetrantes, eléctricos, volvian i volvian siempre. Un brazo de George ceñia mi cintura.

Nuestras manos crispadas, apretaban convulsivamente los revolvers.

Dos tiros volvieron a resonar.

El tic-toc de aquel badajo envuelto en algodon, pareció salir de nuestros propios cuerpos.

Ambos caimos desplomados, desfallecidos.

La fogata comenzó a estinguirse.

La leña se habia consumido.

Algunos palos medio verdes humeaban i chisporroteaban todavia.

Las cenizas rojas i candentes comenzaban a esparcirse en confusos remolinos.

Se habia levantado un viento fuerte que silbaba con furia i estruendo.

Brillaron algunas últimas llamaradas, como brilla una lámpara de aceite, cuando vá a estinguirse o como luce un candil que de repente parece haberse apagado i al cabo de un rato vuelve de nuevo a reanimarse.

El fúnebre tic-toc seguia siempre.

Quedar a oscuras en aquel entónces, hubiera sido horrible.

Un monton de leña quedaba aun cerca de nosotros.

Trate de cojer algunos haces para avivar el fuego.

No podia moverme.

Estaba engarrotado, trémulo, afiebrado.

George no me soltaba. Murmuraba palabras ininteljibles; solo pude destinguir en sus incoordinadas fraces, el nombre de Mary.

¡Oh! los ojos azules de aquella niña, se me presentaron cristalinos, puros, divinos.

Oi su voz.

—No vayais papa, habia dicho, no vayais.

I esas palabras habian sido proféticas.

I por eso yo habia tenido aquel estraño presentimiento.

I ahora que yo recordaba estas cosas me desesperaba

Hice un supremo esfuerzo; tomé un tizon i lo arrojé en medio del monton de leña.

El viento avivó aquel fuego i en un momento nos vimos envueltos en un inmenso torbellino de llamas.

La campana seguia tocando i ese tic-toc glacial, heria las fibras del corazon, penetraba hasta los huesos.

Era un jemido lastimero, profundo; era como un ¡ai! desgarrador.

Creí oir voces funerarias i sepulcrales.

Me pareció distinguir entre la sombra de la noche i a la claridad de la fogata, esqueletos diformes, fantasmas aterrantes, fatidicos espectros.

Mi imajinacion habia llegado a un sumo grado de excitacion.

Todo comenzó a desaparecer i a envolverse en nubes opacas i negras.

Sin embargo, aun veia los objetos que nos rodeaban.

Veia a George, sentia el hielo de su mano, los latidos de su corazon.

Veia las llamas de la pira que yo mismo habia encendido, la roca en que habia grabado aquel nombre para mi tan querido, el instrumento que me habia servido de cincel i hasta la piedra que habia hecho las veces de martillo.

Todas estas cosas las veia, las palpaba i sin embargo, no podia, no podia moverme.

De mi garganta se escapaban gritos ahogados incoherentes.

Al fin perdi el conocimiento.

VII.

NO ERA UN SUEÑO

Cuando volví en mí me sentí tan yerto i frio como la roca sobre que descansaba.

Mis vestidos i mis cabellos estaban empapados i cubiertos de escarcha.

Las manos i casi todos los miembros de mi cuerpo, engarrotados i ateridos.

Quise hablar; pero no pude.

George estaba a mi lado, inmóvil como un cadáver.

Pasaron algunos minutos.

No podia darme cuenta de nada.

No sabia donde me encontraba.

Comencé a coordinar mis ideas.

Los acontecimientos de la última noche se me presentaron con toda su horrible certidumbre.

Tuve miedo.

George comenzó a moverse.

Balbucié su nombre.

Hice un esfuerzo; me levanté.

No podia andar.

Estaba como mareado.

Volví a llamar a George; este abrió los ojos i se incorporó.

Principiaba a amanecer. El oriente parecia vomitar llamas de fuego. La luna estaba como sangre. Las estrellas se perdian.

—¿Sueño o estoi despierto?, murmuró George.

Los dos revolvers estaban por el suelo; los levanté. En el de George habia dos tiros ménos; en el mio, uno.

Era pues una realidad i no una pesadilla lo que nos habia sucedido aquella noche.

La fogata que habiamos encendido, no existia. El viento habia arrastrado con todas las cenizas.

Solo quedaban algunos palos medio quemados i las piedras ennegrecidas por el humo.

—Partamos! dijo George.

—Si; vamos, vamos repeti yo, dirijiéndome a la roca donde creia haber grabado un nombre.

Retrocedí espantado.

Lo que yo pensaba era solo una idea, un sueño....era verdad.

El nombre estaba ahí grabado i cincelado profundamente en la roca.

Pasé mis dedos por aquellas letras, las acaricié con amor.

Era el adios de despedida.

Quizas no debia volverlas a ver jamas!

VIII.

GEORGE HABIA DESAPARECIDO....

Comenzamos a bajar.

Una neblina espesa i arrastrada que se levantaba de lo profundo del valle, principió a rodear el cerro de la Campana i a envolvernos en su lienzo de agua i de tinieblas.

Como por encanto desaparecian los peñascos i los arbustos.

Nuestros vestidos se fueron humedeciendo poco a poco.

El pasto i el musgo que llenaba los senderos, se cubrió de cristalinas gotas de rocío que brillaban como diamantes.

I la neblina subia, subia siempre i cada vez se iba haciendo mas impenetrable i mas espesa.

No veiamos ni a diez pasos de distancia.

George callaba.

Algo lo preocupaba.

Todo su anhelo era bajar i llegar cuanto ántes al pié de la montaña.

Yo lo seguia con trabajo.

Sinembargo, bajábamos con una rapidez asombrosa.

Casi rodábamos, pues era tan perpendicular la pendiente, que nos costaba mucho poder minorar la velocidad que nos impulsaba i que por grados iba creciendo. Saltábamos los troncos i las zanjas que lo quebrado del terreno a cada paso nos presentaba.

El suelo principió a aparecer tapizado de verdura i de vistosos i variadas flores silvestres. Me agaché a recojer algunas campanillas blancas i azules, que era la flor que abundaba mas.

Sus cálices estaban llenos de rocío que llevé con avidez a mis labios.

Cuando atiné a mirar, George habia desaparecido.

Seguí adelante procurando alcanzarlo.

La neblina como un velo todo lo cubria.

I yo no podia romper ese velo.

Comencé a gritar.

Llamé a George una i otra vez.

Los ecos del valle repitieron a porfía mi voz i mis acentos.

George me contestó, pero léjos, mui léjos. Me puse a correr hácia donde habia creido oir su voz, gritando siempre.

Pasó una hora.

La neblina principiaba a disiparse.

Los rayos del sol rasgaron aquella gasa impenetrable.

Estaba casi ronco de tanto gritar.

Corté un coligüe largo i delgado i en la punta até mi pañuelo a guisa de banderola,

Esperaba que George veria aquella señal.

Mis esperanzas no salieron frustradas.

Momentos despues, entre unas matas de boldo i de espino, ví flotar otra bandera igual a la mia.

Apresuré el paso hácia aquella direccion.

George estaba ahi sonriendo, pero con una sonrisa amarga.

Nada me dijo.

Se contentó con estrechar mi mano i volvimos a caminar.

Cuando llegamos a la cabaña, donde el dia anterior habiamos dejado nuestras cabalgaduras, nuestros relojes marcaban las siete.

La mujer i los niños salieron a recibirnos.

Los perros se pusieron a ahullar.

La mujer nos miraba desatentada i como con recelo.

Su marido no tardó en presentarse i junto con él, una multitud de paisanos i de mujeres.

Todos nos lanzaban miradas llenas de inquietud i de sorpresa.

Las comadres desataron sus lenguas viperinas: los cuchicheos comenzaron, las esclamaciones se sucedieron i luego nos acosaron con una verdadera lluvia de preguntas.

Aquellas jentes supersticiosas e ignorantes, no podian convencerse de la ascension que acabábamos de efectuar.

Nosotros no referimos nada de lo que nos habia acontecido, pero nuestros semblantes debian estar mui alterados.

Nos trajeron nuestros alazanes i nos instaron a que partiéramos.

Ni siquiera nos dieron tiempo para descansar.

Ellos querian alejarnos a toda costa.

Fué preciso obedecer.

Cuando abandonábamos aquella posesion, me pareció oir que algunos decian:

—¡Han hecho pacto con el diablo!

Aun ví que varias mujeres se santiguaron.

George i yo no pudimos ménos de reirnos.

Instantes despues, galopábamos camino de Quillota.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Concluirá.*)

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

XIV.

Sin apartarnos de las materias indicadas por el *Código de los jesuítas*, habiamos prescindido de él hasta cierto punto en nuestros últimos articulos. Ahora vamos a citarlo nuevamente.

En su páj. 23 se lee lo que sigue:

«Un solo pais les quedó (a los jesuitas), el Paraguay, donde uno de ellos se proclamó rei; el Paraguay, que ofrece la imájen de la nada i de la tumba!»

Estas líneas nos obligan a no terminar este trabajo, como lo habiamos deseado, sin ocuparnos ántes de una de las obras mas grandes del cristianismo i de una de las empresas mas gloriosas que haya podido llevar a cabo la Compañia de Jesus.

No habrá probablemente ninguno de nuestros lectores que ignore la existencia de esa escuela que se propone destruir el órden social existente dándole nuevas bases i organizacion nueva, escuela que lleva el nombre de socialismo. Soñadores maliciosos o inocentes,—en mucho mayor número los primeros,—en vista de las desgracias inevitables que aquejan a la humanidad, han ideado espedientes para asegurarle una felicidad duradera i un bienestar sin mezcla de males.

No entra en nuestro plan el exámen de las teorías socialistas, ni de los esfuerzos que se han hecho para llevarlos al terreno de la práctica, ni del fracaso de todas las tentativas hechas con este objeto. Solo cumple a nuestro propósito recordar que, en jeneral, los que asi se han preocupado del bien de la humanidad, han creido poder labrárselo haciéndola independiente de Dios i emancipándola de sus eternas leyes.

Hacemos este recuerdo porque vamos a manifestar con el ejemplo del Paraguay, que nos obliga a examinar el folleto que contestamos, que solo el catolicismo es ca-

paz de realizar las teorías socialistas en lo que tienen de justo, de noble i de bueno, como quiera que fuera de él no hai ideal posible de justicia completa ni de cabal felicidad.

I aquí va a permitirsenos trascribir íntegras las las bellísimas pájinas que Chateaubriand ha consagrado a dar una idea de la república cristiana del Paraguay en su inmortal poema, el *Jenio del cristianismo*. Nada nuevo ni nada mejor podríamos decir nosotros; por eso nos limitamos a transcribir:

«Los primeros salvajes que se reunieron a la voz de los jesuitas, fueron los *Guaranis*, pueblos estendidos sobre las orillas del *Paranapane*, del *Pirape* i del *Uraguay*; los cuales compusieron un lugar grande bajo la direccion de los padres *Maceta* i *Cataldino*, cuyos nombres debe perpetuar la fama entre los bienhechores de los hombres. Este pueblo se llamó *Loreto*; i despues, segun iban erijiéndose las iglesias indias, se comprendieron todas bajo el nombre jeneral de *Reducciones*. En pocos años se contaban ya hasta treinta, i formaron entre sí aquella célebre *república cristiana*, que parecia un resto de la antigüedad, descubierto en el Nuevo Mundo: confirmando en nuestros tiempos aquella grande verdad conocida por Roma i por la Grecia, de que no se civilizan los hombres ni se fundan los imperios con principios abstractos de la filosofía, sino con el establecimiento de la relijion.

Cada lugar se gobernaba por dos misioneros, que tenian la direccion de todos los negocios espirituales i temporales de las pequeñas repúblicas, en donde no podia permanecer ningun estranjero mas de tres dias; i para evitar toda familiaridad que pudiese corromper las costumbres de los nuevos cristianos, estaba prohibido aprender a hablar la lengua española, no obstante que todos los neófitos sabian leerla i escribirla correctamente.

En cada *Reduccion* habia dos escuelas, la una de primeras letras, i la otra de baile i música. Este último arte que sirvió de fundamento a las leyes de las antiguas repúblicas, era particularmente cultivado de los *Guaranis*, quienes sabian hacer órganos, arpas, flautas, guitarras, i todos nuestros instrumentos militares.

Cuando llegaba un niño a la edad de siete años, observaban los dos relijiosos su jenio. Si les parecia apto para las ocupaciones mecánicas, se les ponia en uno de los talleres de la *Reduccion*, para que aprendiesen el oficio a que se inclinaba; haciéndose platero, dorador, relojero, cerrajero, carpintero, ebanista, tejedor o fundidor. Estos obradores fueron instituidos por los mismos jesuitas, que habian aprendido espresamente todas las artes útiles, para enseñarlas a los indios, sin necesidad de recurrir a los estranjeros.

Los jóvenes que eran inclinados a la agricultura, se incluian en el gremio de labradores; i los que conservaban aun algun humor vagabundo de su primera vida, se destinaban a guardar los ganados.

Las mujeres trabajaban separadas de los hombres, dentro de sus casas, distribuyéndoles al principio de la semana una cantidad determinada de lana o algodon, que habian de dar completamente trabajada el sábado en la tarde: en los ratos libres tambien se ocupaban, con proporcion a sus fuerzas, en los cuidados del campo.

No habia en aquellos lugares mercados públicos; porque en dias señalados se repartia a cada familia las cosas necesarias para la vida, cuidando uno de los misioneros de que las partes fuesen proporcionadas al número de individuos de cada cabaña.

Los trabajos se empezaban i acababan a son de campana. Tocábase por la mañana al rayar el alba, e inmediatamente se juntaban los niños en la iglesia, durando su concierto matutino, como el de los pajarillos, hasta salir el sol. Los hombres i mujeres asistian despues a la misa, desde donde iban a sus labores; i cuando declinaba el dia, volvia la campana a llamar a los nuevos ciudadanos al templo, i se cantaba la oracion de la tarde a dos coros i con grande música.

La tierra estaba dividida en muchas suertes o porciones, i cada familia cultivaba una de ellas para ocurrir a sus necesidades. Habia ademas un campo público, llamado la *Posesion de Dios* (1), cuyos frutos estaban destinados para suplir las malas cosechas, para mantener las viudas, huérfanos i enfermos, i aun servian de fondos para la guerra. Si al fin del año quedaba alguna cosa del tesoro público, se aplicaba este sobrante al culto, i a la

(1) Montesquieu se engañó en creer que habia comunidad de bienes en el Paraguay; i aquí se vé lo que lo indujo en este error.

satisfaccion del tributo del escudo de oro, que cada familia pagaba al rei de España (1).

El cuerpo militar, civil i político de estas *reducciones*, le componian un *cacique* o jefe de guerra, un *corregidor* para la administracion de justicia i los *rejidores* i *alcaldes* para la policía i direccion de los trabajos públicos. Estos majistrados se nombraban por la asamblea jeneral de los ciudadanos, aunque al parecer no podian elejir sino de entre los sujetos que proponian los misioneros cuya lei la tomaron del senado i del pueblo romano. Ademas habia un jefe llamado *fiscal*, que era una especie de censor público, elejido por los ancianos, el cual tenia un rejistro o matrícula de los hombres que, segun su edad, se hallaban en estado de tomar las armas. Un *teniente* cuidaba de los unos, conduciéndolos a la iglesia, i acompañándolos a las escuelas, con una varita larga en la mano, siendo ademas de su cargo dar cuenta a los misioneros de las observaciones que hacia sobre las costumbres, carácter, cualidades i defectos de sus discípulos.

Ultimamente el lugar estaba dividido en muchos cuarteles i cada cuartel tenia un celador. Como los indios son naturalmente indolentes i desidiosos habia un jefe de agricultura encargado de visitar los arados i de obligar a los cabezas de familia a sembrar sus tierras.

Cuando se quebrantaban las leyes, se reprendia secretamente la primera falta por los misioneros; la segunda se castigaba con penitencia pública en las puertas de la iglesia como entre los primeros fieles, i la tercera con azotes. Mas no obstante esto, apénas hai ejemplar, en siglo i medio que duró aquella república de que ningun indio necesitase semejante castigo. «Todos sus »defectos son defectos pueriles, dice el pa»dre Charlevoix; i lo son en muchas cosas »toda su vida, sin que por eso le falte nin»guna buena cualidad.»

A los perezosos se les condenba a cultivar una porcion mas grande del campo comun convirtiendo de este modo con una sábia economía los defectos mismos de estos hombres inocentes en provecho de la prosperidad pública.

Se cuidaba de casar pronto a los jóvenes para evitar el libertinaje. Las mujeres que no tenian hijos se retiraban, durante la ausencia de su marido, a una casa particular, llamada *Casa de Refujio*. Los dos sexos estaban separados casi del mismo modo que en las repúblicas griegas: en la iglesia tenian bancos distintos, i puerta diferente por donde salian sin confundirse.

Todo estaba ordenado, hasta el vestido conveniente a la modestia sin que perjudicase a las gracias. Las mujeres llevaban una túnica blanca, ceñida por la cintura; los brazos i piernas descubiertas, el cabello suelto sirviéndoles de velo.

Los hombres estaban vestidos como los antiguos castellanos i cuando iban al trabajo, cubrian este noble traje con un saco de tela blanca. Los que se habian distinguido por algunas acciones de valor o de virtud, le llevaban de color de púrpura.

Los españoles i especialmente los portugueses del Brasil hacian algunas correrías en las tierras de la *república cristiana*, i se llevaban frecuentemente algunos desgraciados que reducian a la esclavitud. Deseando los jesuitas remediar estos males, obtuvieron, con su habilidad de la corte de Madrid licencia para armar sus neófitos. Proveyéronse, pues, de las primeras materias, establecieron fábricas de cañones, molinos de pólvora i adiestraron para la guerra aquéllos a quienes no se queria dejar en paz. Juntábase todos los lúnes una milicia arreglada, para hacer el ejercicio i pasar revista ante un cacique, i habia premio señalado para los ballesteros, los porta-lanzas, los honderos, los artilleros i los mosqueteros. —Volvieron en fin los portugueses i cuando creian encontrar algunos labradores tímidos i dispersos, dieron con batallones que los destrozaron i persiguieron hasta el pié de sus fortalezas. Se advirtió que la nueva tropa jamas retrecedia i que se reunia sin confusion bajo el fuego del enemigo. Era tal su ardor en sus ejercicios militares i se exaltaba de tal manera que muchas veces era necesario interrumpirlos temiendo alguna consecuencia funesta.

Veiase, pues, en el *Paraguay* un estado que no tenia los riesgos de una constitucion enteramente guerrera, como la de los lacedemonios, ni los inconvenientes de una sociedad del todo pacífica, como la fraternidad de los cuácaros. El gran problema político se vino a resolver, pues se vieron reunidas la agricultura que funda i las armas que

(1) Charlevoix, *Hist. del Parag.* Montesquieu ha estimado este tributo en una quinta parte de los bienes.

conserva; siendo cultivadores los Guaranis, sin tener esclavos, i guerreros sin ser feroces, inmensas i sublimes ventajas que debian a la relijion cristiana de que no pudieron gozar bajo el politeismo los griegos ni los romanos.

En todo se observaba este sabio medio; porque la *República Cristiana* ni era absolutamente agricultora, ni enteramente dada a la guerra, ni absolutamente privada de las letras i del comercio: de todo tenia un poco, i solamente abundaba en fiesta. No era tétrica como Esparta, ni frivola como Atenas; el ciudadano ni estaba agoviado con el trabajo, ni afeminado por el placer. En fin, limitando los misioneros la atencion de la multitud a las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir entre el rebaño los niños a quienes la naturaleza habia dado disposicion para mas altos destinos, i, segun el consejo de Platon, separaban a aquellos en quienes descubrian talento, para instruirles en las letras i en las ciencias. Llamábanse estos niños escojidos la *Congregacion*, i eran educados en una especie de seminario, donde se les hacia observar con toda rejidez el silencio i el retiro, sometidos a los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos una emulacion tan grande que bastaba solamente amenazarlos con que serian enviados a las escuelas comunes, para que cualquier discípulo cayese en la desesperacion. De este seminario excelente debian salir despues los sacerdotes, los majistrados i los héroes de la patria.

Los lugares de las *Reducciones* ocupaban un terrero bastante grande, regularmente a la orilla de un rio, o en una hermosa situacion. Todas las casas eran de piedra, uniformes, i de un alto solamente; las calles anchas i rectas. En el centro de la poblacion estaba la plaza pública, i al rededor la iglesia, la casa de los padres, el arsenal, el granero comun, la casa de refujio, i el hospicio para los estranjeros. Las iglesias eran hermosas i mui adornadas; sus paredes cubiertas de pinturas separadas con festones de flores i hojas de un verde natural. Los dias de fiesta se echaban agua de olor en la nave, i el pavimento del santuario estaba cubierto de flores de lianas deshojadas.

El cementerio estaba detras del templo, i formaba un cuadrilongo cercado de paredes a la altura del pecho. Todo al rededor habia una calle de palmeras i cipreses, i por dentro le atravesaban otras de limon ros i naranjos: la de en medio conducia a una capilla, en donde todos los lúnes se celebraba una misa por los difuntos.

Desde la estremidad de las calles de la poblacion salian filas de árboles los mas hermosos i corpulentos, hasta llegar a otras capillas construidas en el campo, las cuales se veian en perspectiva: a estos monumentos relijiosos iban a parar las procesiones en los dias de grandes solemnidades.

El domingo, despues de la misa, se celebraban los esponsales i los matrimonios; i por la tarde se bautizaban los catecúmenos i los infantes.

Estos bautismos se hacian, como en la primitiva Iglesia, por las tres inmersiones, con los cantos i vestidura de lino.

Las principales fiestas de la relijion se anunciaban con una pompa estraordinaria. La víspera se encendian luminarias en señal de regocijo, se iluminaban tambien las calles, i los muchachos bailaban en la plaza pública. Por la mañana, al romper el dia, se presentaba la milicia vestida i completamente armada, precedida del cacique de guerra montado en un arrogante caballo, i caminando bajo un dosel que llevaban dos caballeros a sus lados. Al medio dia, despues de los oficios divinos, se hacia un festin a los estranjeros, si habia algunos en la república, i se permitia beber un poco de vino. A la tarde, habia carreras de sortija, a que asistian los dos padres para distribuir los premios a los vencedores; al anochecer, se hacia la señal de retirada, i todas aquellas familias venturosas i apacibles iban a gozar de las dulzuras del sueño.

Entre aquellos salvajes cristianos no se veian pleitos ni querellas, ni se conocian el *tuyo* ni el *mio*; pues, como observa Charlevoix, el estar siempre dispuesto a partir lo poco que se tiene con los que lo necesitan, es no tener nada suyo. Provistos abundantemente de las cosas necesarias a la vida; gobernados por aquellos mismos hombres que los habian sacado de la barbarie, i a quienes miraban con razon como a unas divinidades; gozando en sus familias i en su patria de los sentimientos mas dulces de la naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil, sin haber salido del desierto, i las maravillas de la sociedad, sin haber perdido las de la soledad; aquellos indios

podian alabarse de que gozaban una felicidad que no tenia ejemplar en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia i las tiernas virtudes corrian naturalmente de sus corazones a la voz de la relijion, asi como los olivos dejan caer sus maduros frutos al soplo de los apacibles vientos del mediodia. Muratori pintó brevisimamente aquella república cristiana, intitulando la descripcion que hizo de ella: *Il Cristianesimo felice.*

Estoi viendo a mis lectores, con la narracion de esta historia, concebir el deseo de atravesar los mares, i alejarse de la turbacion i revoluciones para ir a buscar una vida oscura en las cabañas de los salvajes, i un apacible sepulcro a la sombra de las palmeras de sus cementerios. Mas, ¡ah! que ni los desiertos son bastante profundos, ni harto vastos los mares para librar al hombre de los dolores que le persiguen. Siempre que se refiere la historia de la felicidad de un pueblo, es forzoso acabarla con su catástrofe. En medio de las mas halagüeñas pinturas se vé comprimido el corazon del que la escribe, con esta triste reflexion que se le ofrece sin cesar: ¡*Nada de todo esto existe ya*! Las misiones del *Paraguay* se deshicieron; los salvajes reunidos a costa de tantas fatigas andan de nuevo errantes por los bosques, o se ven sepultados vivos en las entrañas de la tierra. Se ha aplaudido la destruccion de la obra mas bella que ha podido salir de la mano de los hombres. Un establecimiento del cristianismo, una mies fecunda con la sangre de los apóstoles, ¿es posible que no haya de merecer sino aborrecimiento i desprecio? I eso que miéntras nosotros triunfábamos, viendo a los desgraciados indios en el Nuevo Mundo caer otra vez en una horrible servidumbre, toda la Europa resonaba con el ruido de nuestra filantropía i de nuestro amor a la libertad. Apartemos los ojos de estas vergonzosas mudanzas de la naturaleza humana por la ajitacion de sus encontradas pasiones; no detengamos la vista sobre tan torpes objetos, si no queremos infamar o pervertir nuestro espíritu. Digamos, sí, que somos débiles, que son inescrutables los juicios de Dios, i que quiere probar a sus siervos. Miéntras que nosotros jemimos aquí, los sencillos cristianos del *Paraguay*, sepultados ahora en las minas del Potosí, adoran sin duda la mano que los hiere, i ganan con sus pacientes sufrimientos un lugar mui distinguido en aquella república de los santos, donde no pueden caber las persecuciones de los hombres.»

Hé ahí el Estado que ofrece la imájen de la nada i de la tumba, segun los enemigos de los jesuitas. Preguntamos si alguna vez o en alguna otra parte se ha realizado un ideal de ventura pública, como lo realizaron los jesuitas en el Paraguay.

MÁXIMO R. LIRA.

CHARADA.

Mi primera i mi segunda
(No me lo creerás, lector)
No forman mas que una letra
Del alfabeto español.
I respecto a mi tercera
¿Qué te diré, ¡voto a brio!
Cuando yo mismo no acierto
A esplicarme tanto horror?
Con anteponerle solo
Una vocal, la mayor,
De una mujer te da el nombre
Aun mas antigua que Dios,
Puesto que su abuela ha sido...
I yo no te engaño, ¡nó!
Mi todo es tambien un nombre
Que Homero inmortalizó
I que Offenbach prostituye
En inmoral saineton:
Nombre que suena a mi oido
Como un lejano rumor
De la orquesta que en el cielo
Himnos entona al Señor.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

AGUARDIENTE.

Contenido de este número.

I.—Certámen.
II.—Los muertos, por Rafael B. Gumucio.
III.—Salomé, poesía, por David Bari.
IV.—El arzobispo Escalada, por J. M. Estrada.
V.—Respuesta, poesía, por Alberto Félix Dávila.
VI.—Poetas sud-americanos.
VII.—A una pata, poesía, por Jenaro S. Silva.
VIII.—El cerro de la Campana (continuacion), por Ruperto Marchant Pereira.
IX.—Los jesuitas i sus detractores (continuacion), por Máximo R. Lira.
X.—Charada.
XI.—Solucion de la charada del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre. Se recomienda mui especialmente la asistencia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, noviembre 20 de 1870. Núm. 164.

BIENVENIDA.

Ha llegado en estos últimos dias a Santiago el jóven i distinguido literato colombiano señor don Jorje Isaacs.

Desde léjos habiamos admirado en él la inspiracion del poeta, la imajinacion del novelista, la fé i el talento del escritor católico; su viaje a Chile nos ha proporcionado la ocasion de conocerlo personalmente i de ofrecerle nuestra sincera amistad.

Asociándonos, pues, a nuestro colega de *El Independiente*, i quizá mas obligados que él, damos al señor Isaacs una cordialísima bienvenida.

CERTAMEN.

El martes último quedó cerrado el certámen literario del *Círculo de Colaboradores* abierto en 21 de agosto. El Secretario ha recibido los siguentes trabajos:

I. *El honor de una mujer*, suscrito Ciro;

II. *Evelina*, suscrito Endimion;

III. *La espiacion de una falta*, suscrito A. L. P.;

IV. *Un viajecito al infierno*, que tiene por lema el título de la composicion;

V. *Por donde pecas pagas*, con la firma de su autor;

VI. *A la luz de la luna*, que lleva por lema el mismo título de la composicion;

VII. *Pájinas del alma*, suscrito Ella;

VIII. *Alfredo*, que lleva por lema la siguiente estrofa:

> Triste es vivir, si acerba desventura
> Empaña los albores de la vida.
> Solo un consuelo queda i es la pura
> Amistad, flor del cielo desprendida.

IX *La calumnia*, suscrito Jota;

X. *Un matrimonio por convencimiento*, suscrito Adan;

XI. *Luz i sombras*, suscrito Mario.

XII. *¡Infamia!*, señalado con los siguientes versos:

> ¡Fuerza de la pobreza, tú me obligas
> Hasta a dar pajas en lugar de espigas!
> I me obliga mi poco entendimiento
> Un mamarracho a presentar por cuento!

Inmediatamente despues de presentados al *Círculo*, todos los trabajos serán puestos a disposicion de los señores jueces del certámen.

Habiendo composiciones un tanto largas, será mui posible que su atenta lectura demande algun tiempo al jurado. Hacemos esta advertencia para que, si sucede como creemos, no lo estrañen los jóvenes que han concurrido al certámen.

Tan pronto como los jueces hayan dictaminado, comunicaremos su fallo a nuestros lectores.

REFORMA

DEL SISTEMA DE PRUEBAS PARA OBTENER EL GRADO DE BACHILLER EN HUMANIDADES.

I.

Los que han sido testigos del empeño con que los redactores de *La Estrella de Chile* han venido prestando su concurso a la simpática e importante campaña en favor de la libertad de enseñanza comprenderán la satisfaccion con que nuestros compañeros i nosotros hemos leido la *Memoria acerca de la reforma del sistema de pruebas para obtener el grado de bachiller en humanidades* (1) presentada al Consejo Universitario por el señor prebendado don Joaquin Larrain Gandarillas.

Nuestra satisfaccion es mui natural:

(1) Un vol. in 4.° de 41 pájs.—Imp. de *El Independiente*.—Santiago, 1870.

cuando consagramos a una causa todo nuestro entusiasmo i nuestros pobres servicios, nos complace ver que se levantan a prestarle un apoyo valioso hombres de inteligencia, de ilustracion i de respetabilidad.

Un estudio prolijo i concienzudo de los sistemas de educacion jenerales i de los métodos particulares de enseñanza de los paises europeos mas adelantados i de los Estados-Unidos de Norte-América, no ménos que una larga práctica en la direccion de uno de los colejios mas florecientes de Sud-América hacen del señor Larrain Gandarillas indisputablemente el primer educacionista de Chile.

Por eso, anduvo mui acertado el Consejo Universitario cuando le encomendó la presentacion de la *Memoria* de que nos ocupamos.

La *Memoria* corresponde a la idea que sobre ella habiamos formado ántes de leerla. Como lo esperábamos, ella agota la cuestion de la libertad de enseñanza.

Sentimos devéras no tener espacio para reproducirla íntegra en estas columnas.

El plan del escrito es el siguiente: sienta primero los antecedentes de la cuestion de la libertad de enseñanza, fija los puntos capitales de la discusion, los dilucida i se hace cargo, por último, de las objeciones que los adversarios de la libertad de enseñanza oponen a la conveniencia de su planteacion.

En todo el trabajo reina la mas completa imparcialidad, la mas notable fuerza de lójica, i la mas profunda posesion de la materia. El estilo es conciso, sobrio.

¿Conviene conservar las comisiones universitarias en los exámenes anuales de los colejios?

¿Debe exijirse siempre de los alumnos de los colejios particulares que rindan los exámenes anuales ante los profesores de los colejios del Estado?

Supuesta la necesidad de la reforma, ¿en qué sentido podria hacerse esta?

Hé aqui las tres preguntas en que precisa las cuestion el autor de la *Memoria*.

En cuanto a la primera, invocando la práctica de los paises mas liberales en materia de enseñanza i lo ilusorio que ha sido hasta ahora entre nosotros la garantia que buscaba el Consejo Universitario al enviar comisiones de miembros de la Universidad para presenciar los exámenes, demuestra que, creada una prueba final, es innecesaria la asistencia de esas comisiones a los exámenes anuales.

Respecto de la segunda, cree el señor Larrain Gandarillas que los exámenes anuales rendidos por los alumnos ante los directores de sus propios establecimientos son necesarios para el órden interior de esos establecimientos, para pasar a los alumnos de un curso inferior a otro superior; pero los exámenes anuales, como pruebas para obtener grados universitarios, i, sobre todo, rendidos ante profesores de los colejios fiscales son trabas inútiles, odiosas, injustas, anti-liberales; mas todavia, son ineficaces, inadecuados al objeto que con ellos se persigue. I esto último es de primera evidencia. Si este año se le exije al alumno exámen de un ramo, el año siguiente de otro, el subsiguiente de otro i asi sucesivamente, es mui fácil, i podemos asegurar que sucede cada dia, que el alumno vaya olvidando los ramos sobre que versaron esos exámenes en el mismo órden en que los aprendió i, cuando recibe su diploma de bachiller, que la Universidad le da mui satisfecha, haya olvidado todo o casi todo, talvez con la única escepcion de las materias de que rindió exámen en el último año de estudios. Hé ahi la garantia de los exámenes anuales como pruebas de la competencia para optar a títulos universitarios.

Por otra parte, contrayendo la cuestion a los colejios de Santiago, ¿hasta qué punto son válidos i legales los exámenes que se rinden ante comisiones compuestas solamente de profesores del Instituto Nacional?

El decreto supremo de 27 de octubre de 1843 declaró *válidos* los exámenes rendidos ante comisiones de profesores del Instituto Nacional a condicion de que fuesen *presididas* las comisiones *por el rector* de ese establecimiento. I todos sabemos que esta condicion impuesta por el decreto no podria cumplirla el rector del Instituto, a ménos de multilocarse, pues jeneralmente funcionan a la vez cuatro i mas diferentes comisiones examinadoras.

El autor de la *Memoria* demuestra largamente i de manera que no deja lugar a réplica la violacion de la libertad de enseñanza que importa, i el obstáculo insuperable que opone a la competencia de los

establecimientos libres i al desarrollo i progreso de la educacion en el pais, el injustificable monopolio, la tan inútil cuanto odiosa fiscalizacion que se atribuye a los colejios del Estado sobre los de particulares.

«Este réjimen, dice mas abajo, lastima la justicia natural i viola la igualdad ante la lei, que nuestra Constitucion asegura a todos los chilenos, pues convierte en privilejio lo que debe ser de derecho comun. La instruccion, el profesorado, los grados literarios i las carreras a que ellos abren entrada son cosas a que todos los ciudadanos pueden aspirar con los mismos títulos; i con todo, no solo los profesores sino tambien los alumnos de los colejios del Estado son de mejor condicion que los de los establecimientos particulares. Esta diferencia de condicion consiste en la ventaja de tener los unos por examinadores i jueces de su aprovechamiento a sus propios profesores, a quienes conocen, a cuyo método, trato i palabra están acostumbrados i en los que a lo ménos están seguros de encontrar una benévola imparcialidad; miéntras que los otros están obligados a presentarse en una casa estraña, ante personas desconocidas, que pueden suponer mal prevenidas i que naturalmente interrogan conforme al sistema de enseñanza i testos que siguen en sus clases, sin que los alumnos tengan siquiera el recurso de poder ser alentados por los maestros que los han enseñado; pues que en la sala de exámenes no tienen derecho para desplegar sus labios, ni tender una mano amiga al niño tímido o que no alcanza a comprender el sentido de las preguntas que se le hacen. Suponiendo dos alumnos igualmente aprovechados i que sean interrogados por personas perfectamente imparciales, el resultado de la prueba será mui diverso si el uno contesta a las preguntas de su propio profesor i el otro a las de un estraño; porque solo el propio profesor sabe sacar partido de las aptitudes naturales i de la ciencia de sus discípulos, como que son cosas que nadie conoce como él, así como solo él sabe qué materias esplicó mejor i en que puntos profundizó mas en la clase. I por esta misma razon, aun los examinadores mejor intencionados pueden fácilmente equivocarse al apreciar el aprovechamiento del estudiante desconocido, sino tiene mucha sagacidad para preguntar i una larga práctica en la enseñanza; condiciones que de seguro no pueden encontrarse en todos los profesores del Estado. Los alumnos de los colejios de Chile se encuentran pues divididos en dos clases, en privilejiados i no privilejiados. La equidad reclama la igualdad por todos. El exorbitante privilejio con que ha favorecido el Estado a sus colejios debe ser la lei comun, para que todos los estudiantes de la república tengan las mismas facilidades para instruirse, para comprobar sus aptitudes i para obtener los grados universitarios.

«Por fin, la subdivision de los ramos i de consiguiente el número de exámenes parciales son de tal naturaleza que en el Instituto Nacional ocupan a los profesores a fines i a principio de año cerca de dos meses, los que mas tarde no bastarán para satisfacer las exijencias del siempre creciente número de estudiantes. Esta tarea gratuita impone no pocas molestias a los profesores i perjudica manifiestamente a sus alumnos, que durante un tiempo tan considerable quedan privados de su direccion i lecciones.»

Demostrados los vicios i los inconvenientes del actual sistema, queda demostrada la necesidad de una pronta reforma. ¿En qué sentido deberá practicarse ésta?

Hé aquí la respuesta que el señor Larrain Gandarillas da a esa pregunta:

«La reforma, a mi juicio, dice, deberia contener tres puntos: 1.° abolicion de los exámenes parciales i obligatorios, pero dejandoles subsistentes en los colejios del Estado i seminarios, como medida de buena disciplina para comprobar el aprovechamiento de los alumnos en cada año i hacerlos pasar a la clase superior; 2.° hacer mas severa la prueba final prescrita ultimamente por el Supremo Gobierno a peticion del Consejo; 3.° disponer que ella se rinda ante comisiones mistas de profesores del Estado i de los establecimientos libres.»

I, en efecto, es ésa la reforma que debe hacerse.

Si hai una prueba final ¿para qué tanta prueba parcial? Porque es menester penetrarse de que lo único a que tiene derecho la Universidad es a cerciorarse de si los que le piden sus títulos son o no aptos, son o no competentes. El método, los libros, el tiempo i todo lo demas no le importa.

Los exámenes anuales subsistirán para conocer el mayor o menor grado de apro-

vechamiento de los alumnos i su aptitud para pasar a estudios superiores; pero cada alumno los rendiria ante sus propios directores, conforme a su propio método i programa, los exámenes no serian pruebas para la colacion del grado, serian simplemente actos de economía interior de los colejios.

La prueba final deberia ser severa, mas severa que la que ha decretado últimamente el Ministerio de Instruccion Pública. El señor Larrain Gandarillas dice a este respecto:

«La prueba final puede hacerse mas o ménos severa. Si para la escrita no se cree conveniente exijir una composicion latina, como se hace en Francia, podria agregarse a la traduccion el análisis gramatical, lójico, ortográfico i prosódico del trozo sorteado. Podria tambien pedirse el mismo análisis por escrito de un trozo en prosa o en verso de algun clásico español elejido a la suerte. Cuando el trozo latino o castellano estuviese en verso, seria tambien obligatorio el análisis métrico.

«La prueba oral deb ria tener lugar inmediatamente despues del sorteo de las cédulas i el exámen convendria que durara a lo ménos una hora.»

Respecto a las comisiones ¿qué cosa mas justa que desprender a los colejios particulares de la fiscalizacion de los colejios del Estado, concediéndoles participacion en la formacion de las comisiones examinadoras en la prueba final?

Hemos llegado ya en esta rapidísima ojeada a la parte de la *Memoria* que se ocupa de desvanecer los argumentos aducidos contra el proyecto de reforma en el seno del Consejo Universitario i que se aducen tambien fuera de él.

Suprimidos los exámenes anuales, objetan primero, se disminuiria la aplicacion de los alumnos, porque les faltaria ese estímulo inmediato.

Con el autor de la *Memoria*, creemos por nuestra parte, que no seria así, porque los alumnos comprenderian que es mas difícil, que se necesita mucha mas contraccion al estudio para aprender un ramo dado de suerte que puedan satisfacer al exámen que se les haga sobre él dos, cuatro o mas años despues de estudiado que para salir bien en el exámen del mismo ramo rendido inmediatamente despues de haberlo estudiado.

Por otra parte, en todos los colejios, ménos en los fiscales, hai ademas de los exámenes anuales otros estímulos para la aplicacion de los estudiantes. En los colejios no fiscales, hai cada tres meses exámenes parciales o certámenes que los alumnos se ven obligados a preparar. De suerte que solo en los colejios que se pretenden modelos puede suceder que un alumno espere impunemente los dos últimos meses del año escolar para comenzar a estudiar.

La objecion mas repetida i que parece ser el caballo de batalla de los monopolistas es la siguiente que copiamos tal como la presenta la *Memoria*, advirtiendo que su autor en el empeño de presentar con lealtad i con toda la fuerza que entrañen las observaciones contrarias ha llegado a revestir la que vamos a copiar de una apariencia especiosa que, francamente, los que la hacen no habrian alcanzado a darle.

Héla aquí:

«Esos exámenes tomados dentro de cada colejio no habian de producir ningun resultado serio. Los colejios de especulacion convertirán tambien en especulacion los exámenes, en la confianza de que el medio mas seguro de atraer un mayor número de alumnos seria el de hacer exámenes mas fáciles. Los mismos padres de familia creerian sin duda que el mejor colejio es aquél en que los alumnos obtuvieran una aprobacion tan segura como fácil, i no aquél en que enseñan con mas esmero i prolijidad. Hace poco tiempo, era frecuente ver a los alumnos de diversos establecimientos de educacion recorrer las provincias a fines de año para rendir uno o varios exámenes en aquellos liceos donde creian encontrar profesores ménos competentes o mas indulgentes; i aun ahora mismo se solicitan del Consejo de la Universidad permiso análogos. Los jóvenes que prefieren hacer estos viajes, ordinariamente costosos, para rendir sus exámenes con mui poco estudio, encontrarian en el sistema que se propone, la satisfaccion completa de todas sus aspiraciones. Especuladores poco escrupulosos se aprovecharian de esta situacion para abrir colejios de todas materias, en la seguridad que para ello no habian de necesitar ni estudios anteriores ni un conveniente personal de profesores, porque no habria necesidad de todo esto para contar con numerosos alumnos.»

Los que así argumentan es necesario

que tengan una idea tan alta de sus propias aptitudes i de su propia honradez como pequeña i mezquina de las aptitudes i de la honradez de los demas. De otro modo ¿cómo se concibe ese temor angustioso que les asalta de que, una vez que salga de sus manos la direccion esclusiva, despótica de los negocios de enseñanza vayan a correr éstos una triste suerte gracias a la ineptitud i la charlatanería de los que se dedican en Chile a la educacion, i no son profesores de colejios nacionales i gracias tambien a la imbecilidad de todos los padres de familia? ¿De dónde ha salido, preguntamos, esa falanje de maestros únicos, de quijotescos tutores de todo el mundo?

Cuando se les habla de libertad de enseñanza se sonrien con una sonrisa de desdeñosa lástima o bien se alarman como se alarmarian si se les hablara de quitarle a un loco su saco de fuerza.

¡No tengais tanta lástima a los profanos, señores defensores del monopolio! Si creeis beneficiarlos oponiéndoos a la libertad de enseñanza, no les hagais ese beneficio contra su voluntad, *beneficium invito non datur!* ¡Desatad al loco i dejadle que se descalabre! ¿Que os importa?.... Liberales de nuevo cuño, teneis miedo a la libertad: dejadla que se abra paso, soltad la presa i despues veremos si vuestras lástimas i vuestros temores tenian fundamento!

¿Cuáles serian, pregunta el señor Larrain Gandarillas, esos colejios donde el charlatanismo esplotase la inocencia de los padres de familia? ¿Serian los seminarios, serian los colejios dirijidos por corporaciones relijiosas, serian los dos o otres colejios de alguna valia no oficiales dirijidos por laicos actualmente existentes? ¿O serán los que se funden en lo futuro, i en ese caso se habria prejuzgado de la manera mas injuriosa i gratuita?

Por nuestra parte, agregamos: solo los defensores del monopolio tienen de su pais una idea tan triste que creen que todos los padres de familia son una manada de imbéciles que cualquier charlatan pueda engagar a su antojo.

Abusos puede haber; pero esos abusos los conocerán los padres de familia, los conocerá la opinion pública, los conocerá la prensa, los conocerán los directores de los otros establecimientos de educacion interesados en la cesacion del abuso.

Los partidarios del actual sistema no tienen empacho para sostener que hai en Chile la mas *completa i absoluta* libertad de enseñanza, como no la hai ni en Francia ni en Béljica.

El señor Larrain Gandarillas les contesta que en Francia se exijen, es verdad ciertos requisitos para abrir un colejio; pero, una vez abierto, ningun representante de las Universidades oficiales ni del gobierno tiene otra injerencia en el réjimen de esos colejios que la de reprimir los delitos contra la moralidad o contra las leyes jenerales.

En Béljica, las Universidades del Estado no tienen intervencion alguna en la apertura de un colejio ni ménos en la instruccion i sistema de enseñanza de los que los establecen. Para los grados se exije una sola prueba final séria i «puede presentarse a los exámenes i obtener grados toda persona, *cualquiera que haya sido el tiempo, el lugar o la manera como haya hecho sus estudios.*»

En Inglaterra, no se exije requisito alguno para abrir un colejio i la conducta de los maestros no tiene mas juez ni mas correctivo que la opinion pública.

En Estados Unidos, no se conoce tampoco el Estado docente. Hai una sola prueba final para los grados i los establecimientos libres que los confieren pasan de 290.

¿Pasa esto en Chile?

Cuando entre nosotros se trata de abrir una casa de educacion, el Consejo Universitario puede o no autorizar esa apertura «previo el conocimiento de lo que se va a enseñar i *demas circunstancias que exije el buen órden de los establecimientos libres.*»

Despues de permitida la apertura de un colejio, el Consejo Universitario tiene derecho: 1.° para velar sobre la estricta observancia de las leyes i demas disposiciones relativas a la instruccion pública; 2.° para *cuidar de que todos los ramos de la enseñanza estén confiados a un número suficiente de profesores idóneos i celosos por la instruccion*; 3.° para *velar por el buen arreglo de dichos establecimientos.*

El Consejo puede ejercer esa vijilancia por si o por cualesquier comisionados i se estiende hasta a los testos i los métodos de enseñanza. Pero ¿qué mas, si los inspectores universitarios tienen derecho para visitar en desempeño de su cometido hasta el

interior i el menaje de los colejios *libres*?

No es exacto, dicen, los monopolistas que la Universidad quiera imponer a los colejios libres su plan de estudios, su órden *lójico* i sus testos.

¡Cierto! La Universidad no les ha dicho a esos colejios: os obligo a adoptar mi plan i mi órden de exámenes; pero ¿a quién se le oculta que, siendo, por una atroz anomalía, los profesores de los colejios del Estado los únicos jueces, tienen que conformarse todos los colejios a los métodos adoptados en los colejios fiscales?

I, en cuanto a los testos, hai un acuerdo del Consejo Universitario de 21 de marzo de 1870, que dispone que no se admita a exámenes sino a los que los hubieren preparado por los testos de la Universidad.

Se dice todavía que no hai por qué temer que los profesores de los colejios nacionales no tengan la imparcialidad suficiente para hacer justicia igual a alumnos propios i ajenos. I se afirma que en los exámenes reina la mas rigurosa imparcialidad, que no se hace distincion alguna entre alumnos de los colejios nacionales i alumnos de colejios libres. *Tros Tyriusque mihi nullo discrimine agetur.*

Francamente, creemos que para afirmar una cosa semejante se necesita haber olvidado que hai innumerables testigos de la induljencia excesiva que se gasta a veces en favor de los alumnos del Instituto, por ejemplo, i de la mala disposicion de que la mayor parte de los profesores están animados contra los alumnos estraños. No nos gusta entrar a inquirir las causas de esa mala disposicion, puede provenir de emulacion, de preocupaciones relijiosas o políticas o, por último, quizas tambien a veces, sobre todo ahora i en algunos profesores, de un cierto espíritu *colejialesco*.

No se repita, pues, mas esta asercion: hai testigos, hai víctimas, hai hasta favorecidos que podrian deponer en contra.

No hai prevencion ni parcialidad dicen, lo que hai es sencillamente que en el Instituto aprenden mejor los alumnos que en otros colejios.

I ¿por qué? preguntamos nosotros. ¿Será que no hai maestros tan competentes i tan celosos en los otros colejios como en el Instituto? Esto es lo que quieren dar a entender los defensores del monopolio; pero todos sabemos que ésa es en boca de ellos una asercion que merece mui poca fé, eso se llama incensarse a sí mismos; todos sabemos tambien que hai en los demas colejios maestros tanto o mas competentes que los del Instituto.

¿O será que los alumnos de los otros colejios tienen ménos intelijencia o ménos aplicacion? Si esto fuera así, ¿cómo podria esplicarse tamaño prodijio, esa especie de atraccion magnética del Instituto sobre los talentos? I si no es así, si las circunstancias son iguales ¿por qué es diferente el éxito?

En la conciencia pública está que existen la mas odiosa parcialidad; inútil es negar la existencia de los abusos.

No sabemos si el señor rector del Instituto los conozca: si no los conoce, su deber seria conocerlos; si los conoce, su deber seria entónces reprimirlos.

Hemos dado mui a la lijera una idea del escrito del señor Larrain Gandarillas.

Hemos añadido de nuestra propia cosecha uno que otro comentario que nos han sujerido las objeciones de los contrarios i que el señor Larrain Gandarillas no ha hecho o por su reconocida moderacion o por respeto al carácter que inviste o porque no estará talvez en posesion de los datos que nosotros.

Réstanos solo recomendar la atenta lectura de la *Memoria* a todos los que se interesen por la instruccion pública i mui especialmente a los que están llamados a discutir i dictar la reforma que tan imperiosamente exije nuestro actual sistema de enseñanza.

RAFAEL B. GUMUCIO.

MALOS AGÜEROS.

I.

Es el famoso Lientur,
Aunque en años avanzado,
El carácter mas entero,
La primer lanza de Arauco.

Nunca turbaron su sueño
La timidez, o el espanto;
Nunca la alegre sonrisa
Movió sus cárdenos lábios....

Indomable en los combates,
Pues batalla sin descanso
Hace mas de medio siglo,
Todos respetan su brazo;

I en el consejo obedecen,
Como a supremos mandatos,
A su voz autorizada
Por la ciencia i por los años.

Hoi nuevamente a campaña
Sale; le siguen sus pasos
Cuatro mil hombres de a pié,
Dos mil hombres de acaballo.

Vá a batir en campo abierto
A aquel Don Francisco Lazo,
Célebre en nuestras historias
Por sus hechos temerarios.

En las filas Araucanas
Reina un inmenso entusiasmo
Porque vá junto a Lientur
Butapichion esforzado.

Butapichion siempre marcha
A la vanguardia; su brazo
Es el primero en herir,
I cuando hiere es un rayo!

Lo adora la juventud
Porque con él ha cruzado
Diez veces el Biobio
A talar contrario campo.

Chillan i las Cangrejeras
Conservan su nombre claro,
I en Nacimiento estan frescos
Los recuerdos de su asalto.

Hoi como prenda de lujo
Lleva el joven Araucano,
Pues se la arrancó en los Robles,
La capa del mismo Lazo; (1)

I la lleva con donaire
Como el que está acostumbrado
A cargar botin de guerra
Conquistado a los contrarios....

Suenan las trompas i cajas,
Se mueve el campo Araucano,
I Lientur marcha en silencio
I Butapichion cantando.

(1) Gay. Hist. de Chile.

El uno cumple un deber
Austero, solemne i santo,
Cuando vá a lidiar; el otro
Apenas cuenta treinta años,

I va a la lid, como van
Las águilas al espacio,
A buscar aire mas puro
Donde elevarse mas alto!

Sabe que ha nacido libre
I no ha de morir esclavo,
I mas que el deber, lo arrastra
Su jeneroso entusiasmo.

Fuerte en número i en armas
Es el ejército indiano;
Pero, tambien es mui fuerte
El Español: tiene Lazo

Dos mil valientes guerreros
Junto a la plaza de Arauco,
I allí con ánimo espera
A sus émulos bizarros.

Recorre el campo, vijila,
No dá a su cuerpo descanso,
Por que de un momento a otro
Teme un repentino asalto.

Mas, como cuenta en sus filas
Rejimientos veteranos
Recien llegados de Europa,
Magnificamente armados,

I jefes de nombradía,
Que con jeneral aplauso
En las campañas de Flandes
Su claro nombre ilustraron.

Le alienta una alta confianza
Que robustece su ánimo.....
Que, si como jefe es bueno,
Es mejor como soldado!

II.

La tarde estaba revuelta
I borrascosa; poblado
El cielo de negras nubes,
Que se iban amontonando

Cargadas de fluido eléctrico
Al soplo del cierzo helado,
De la Andina cordillera
Sobre los picos mas altos.

La tempestad arreciaba;
I a poco mas todo el llano
Se vió de la sombra oscura
Envuelto en el denso manto...

A veces aparecia
El horizonte inflamado
En toda su latitud
Por repentinos relámpagos;

I a veces por la vislumbre
De los fujitivos rayos,
Para volver a quedar
Amenazante i opaco.

En ese instante talvez
Del sol el último rayo
Tras de aquella inmensa sombra
Se perdia en el Ocaso.....

¡Ai! en tan triste crepúsculo
Mal pudieran sobre el campo
Brillar sus trémulas luces
Muertas en un mar lejano!

Los escuadrones indijenas
Iban en orden marchando,
Cuando repentinamente
Paró Lientur su caballo.

«Silencio!» gritó-«silencio!»
Todos al punto callaron;
I él continuó de esta suerte
Con voz de profundo espanto:

«Tened! Tened vuestra marcha,
Valientes hijos de Arauco,
I no os lanceis al abismo
Que se ha abierto a vuestros pasos.»

«He visto al siniestro buho
Que vá los aires cruzando;
I he oido el eco siniestro
De su fatídico canto».....

«En nuestras filas tres veces
En esta tarde ha cantado,
Agüero cierto i seguro
De un mal, de un destino infausto!»

«Volved, valientes caudillos,
Al hogar abandonado
I no emprendais la campaña
Bajo auspicios tan ingratos!»

Con terror supersticioso
Asi habló el severo anciano,
Resuelto a volver la espalda
Al compromiso empeñado.

Butapichion menos crédulo,
O talvez más temerario,
Respondió con voz airada
Que estremeció todo el campo:

«Apesar de los agüeros
De tímidos visionarios,
Hoi mismo los Españoles
Caerán en nuestras manos;»

«Que en la guerra los agüeros
Mas seguros i mas claros,
Son las virtudes que alientan
Corazones esforzados.»

«Queden atras los que crean
En fatídicos presajios,
I adelante los valientes
Que tengan pecho mas alto!»

Dijo, i con rabia clavó
Las espuelas al caballo,
Hasta arrancarle la sangre
De sus hijares cansados.

Lientur volvióse a su tribu,
Butapichion siguió a Arauco;
El uno supersticioso,
El otro atrevido i franco.

Mas ¡ai! la fortuna adversa
Le fué al caudillo Araucano,
I en la célebre Albarrada
Dió fin a sus nobles años.

Los agüeros se cumplieron,
Talvez porque eran infaustos,
I las trompetas de guerra
Clamaron triunfante a Lazo.

Son los agüeros quimeras!.....
Pero, fué mui desgraciado
Cuando no hizo caso de ellos
El primer jefe Araucano!

C. Walker Martinez.

EL CERRO DE LA CAMPANA.

(Conclusion).

IX.

¡REMEMBER!

La primera persona que salió a nuestro encuentro al enfrentar la casa de William, fué Mary, la simpática Mary. Estaba mui pálida i sus ojos azules, rodeados porsombras color violeta. Aquella niña quizas no habia dormido; talvez habia llorado.

¿Por qué?....

En la casa de William, nos prodigaron mil atenciones i cuidados. Todos se esmeraban en agasajarnos i en hacer mas agradable nuestra corta permamencia.

El tren para Valparaiso pasaba a las dos cuarenta minutos. A las dos, ya estábamos en la estacion.

La despedida de Mary fué triste i dolorosa.

George no cesaba de hablar con William. Les oi nombrar la Inglaterra.

El tren apareció a la distancia.

Su inmenso penacho de humo, como una negra serpiente se enroscaba i se perdia en el espacio.

Minutos despues ya estábamos instalados en un wagon.

Nos pusimos en movimiento.

Pronto Quillota habia desaparecido i pronto tambien habia desaparecido el cerro de la Campana....

Aquí debia haber terminado esta narracion, pero prefiero continuar. Puede que algun dia estas mal trazadas líneas, lleguen a manos de Mary i que al recorrer las últimas pájinas de este escrito, recuerde a su compañero de viaje de Santiago a Valparaiso.

Esta idea me anima a proseguir.

—«¡Remember!» me dijo ella al partir, «Remember», le digo yo ahora tambien, pues quien sabe si el tiempo i la distancia que todo lo cubre i lo envuelve todo hasta sepultarlo en la negra fosa del olvido, no habrá ya sepultado mi nombre, borrándolo para siempre de la memoria de Mary!....

X.

¿POR QUÉ LA AMO TANTO?....

Llegamos a Valparaiso.

El «Cordillera» partia al dia siguiente, miércoles 13 de abril.

A las ocho de la noche el equipaje estaba ya a bordo; los pasaportes i pasajes tomados.

Hasta las diez estuve con Mary i George. Ella supo los pormenores de nuestra espedicion. Sin embargo, como todos aquéllos a quienes la he referido, i como te sucederá tambien a ti, amado lector, no quiso creer nada de lo concerniente a aquella campana que habiamos oido resonar i se contentó con repetir:

—Habeis soñado, no hai remedio; habeis soñado. Vuestra imajinacion exaltada, os habrá hecho ver i oir cosas que en realidad no existian.

—No hija, replicó George, eso no puede ser, pues es difícil, mui difícil, que el señor i yo, hayamos tenido el mismo sueño.

Cambié de conversacion. Hablamos del próximo viaje.

Mary se puso mui triste.

Dieron las once; tomé mi sombrero.

—¿Tan pronto se vá Ud? dijo Mary.

—Son las once, hija mia, repuso George i el señor necesitará descansar. Buenas noches, amigo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, contesté yo estrechando la mano que Mary sonriendo me presentaba, miéntras sus labios de coral, deletreaban bajo, mui bajo, las tres sílabas que yo habia grabado en el peñasco de la Campana.

Cuando llegué a mi aposento, la ventana que daba al mar, estaba abierta; la persiana levantada. La luna bañaba toda la pieza.

Me acerqué al balcon i me apoyé en la barandilla.

El mar como un inmenso lago cristalino i tranquilo, reflejaba en sus verdosas aguas la luna i las estrellas que brillaban en el firmamento.

Los buques se alzaban a mi vista, miéntras las luces de los reverberos colocados en lo alto de sus mástiles, se dibujaban en el espejo de las aguas con mil caprichosas i variadas formas.

Las olas venian a romperse a los piés de mi ventana, produciendo un chasquido seco, prolongado.

Mudo silencio envolvia a aquel panorama, pero aquel silencio era elocuentísimo para mí.

¡Valparaiso! ¡Valparaiso! qué de recuerdos trae tu nombre a mi memoria!....

La casa de mis padres; el colejio donde recibí los primeros rudimentos de la ciencia; los años de mi niñez, de mi niñez que tan pronto huyó; los inocentes juegos de mi infancia...., todo, todo se me representó vivo i patente aquella noche.

Volví a ver revivir los dias de mis primeros años, hermoso tiempo que nunca se olvida i que miéntras mas uno se envejece i adelanta hácia el sepulcro, con mas placer recuerda.

Es verdad que a veces esos mismos recuerdos llenan el alma de tristeza por la

memoria del bien perdido, pero no obstante gusta volverlos a encontrar, gusta volverlos a ver revivir.

Son amigos viejos que aunque mudos, hablan sin embargo al corazon.

Elocuente es su silencio, elocuente su decrepitud!....

I seguia contemplando ese inmenso océano i mil confusas i halagüeñas ideas ofuscaban mi fantasía.

¡Oh! el mar, el mar!....¡Cómo su vista me hacia recordar aquellos dias del invierno en que miéntras silbaba el viento i mujia la tempestad, yo me lanzaba hácia la playa i trepado sobre las escarpadas rocas, permanecia extasiado sin hacer caso de la lluvia, ni del peligro, miéntras las olas en inmensa vorájine, jigantescas i amenazantes, con espantoso fragor i estruendo, altas como montañas, negras como el abismo, venian a quebrarse a mis piés, cubriéndolo todo de blanca espuma!....¡Cómo recordaba lo que gozaba entónces al oir en las naves el silbato de los marineros, sus gritos de pavor, sus imprecaciones que de vez en cuando alguna ráfaga del norte traia a mis oidos i luego al divisar los mismos buques, ajitados, sacudidos, arrastrados, sumerjidos i vueltos a levantar i a sumerjir por la violencia de las olas!....¡Oh! aquello era majestuoso, imponente, sublime!

Ahora ese mismo mar, estaba límpido i terso.

Estraño contraste, mui diferente por cierto al que presentaba mi alma!

El reloj de la Intendencia, tocó las doce. Su campana sonora, vibrante me hizo estremecer.

La cumbre del cerro de la Campana se me presentó con todos sus terrores i con todo su misterio.

Aquel sonido tenia algo del que George i yo habiamos oido, solo que este último era mas apagado i semejante, como ya lo he dicho al tic-toc que produciria un badajo envuelto en algodon. Los buques de la bahia comenzaron a repetir aquel toque de media noche. Me sentí conmovido.

Iba a cerrar la ventana, pero me detuvo el melancólico i dulce sonido de un organillo.

Escuché con toda mi alma.

El organillo tocaba un trozo de «Lucía.»

Aquella música me hizo mucho bien.

Aquella música alejó por unos instantes, la tristeza que me abrumaba.

Mi pensamiento, como por encanto, voló a Santiago, se trasladó al Teatro Municipal.

Yo estaba ahí i ella, el ánjel de mi amor, ese ánjel precioso i divino, ese ánjel, único objeto i fin de todas mis aspiraciones i ensueños, ese ánjel cuyo nombre habia pronunciado en los oidos de Mary, tambien estaba ahí, luminoso i deslumbrador, como el mas resplandeciente lucero.

Veia su purísimo semblante, sus fascinadores ojos i su sonrisa celestial.

¡Qué aire de bondad i de dulzura!

Distinguia la cintita negra que rodeaba su encantadora garganta i la rosa encarnada que adornaba sus lindos cabellos.

¡Oh! esa rosa, esa rosa!....la flor de la esperanza!....la flor que yo he cantado en mis trovas.... ahi la encontraba tambien!

¿Por qué se adorna ella con esa flor?....

¿Por qué la prefiere como yo?....

¿Será solo un mero capricho o será qué?

.....

¡Ah! corazon, corazon! reprime tus latidos, apaga ese fuego que te consume, piensa que solo amarguras i desengaños te puede proporcionar ese amor.

Las flores se tornarán en espinas....., i tus ensueños de felicidad i tus esperanzas de una dicha inmensa, se desvanecerán como el humo, i solo te quedará el acíbar i la hiel!....

¡Corazon, corazon! estingue esa llama que te devora, arranca esa pasion que te domina, ¿no sabes que ese lucero que tú adoras, brilla con demasiado fulgor?.... ¿Nó sabes que nadie puede alcanzar las estrellas del firmamento?....

El organillo habia cesado de tocar.

Las tiernas i doloridas notas de ese sentimental trozo de «Lucía», me habian herido el alma.

Las lágrimas saltaron a mis ojos i sin saber por qué, lloraba, lloraba como un niño....

XI.

A BORDO DEL «CORDILLERA.»

Mi sueño debió ser profundo, porque cuando desperté, la claridad que entraba al traves de los cristales de la ventana,

me hizo conocer que el sol debia estar ya mui alto sobre el horizonte.

En efecto, era tarde, eran cerca de las diez. Me levanté sobresaltado.

Mary i George, me esperaban ya.

Almorzamos juntos i luego nos dirijimos al muelle.

Una multitud de jentes de todas clases i condiciones, se agolpaba en las escaleras.

Los botes se chocaban, se apretaban, se confundian.

—¡Aquí patron, aquí está su bote!

—¿Vamos al «Cordillera», señor?

¡Ala a babor!, ¡si, a estribor!, gritaba un piloto, dirijiendo una falúa que llegaba a ocho remos.

—¡Alza timonel!, atraca a ese costado!

—¡Aquí la carga!, acá esos bultos!

—¡Paso, paso! por aquí caballero!

—Un lado señorita.

Alguien me tomó fuertemente por las espaldas; era Eduardo, un amigo i compañero de colejio.

—¡Hola, Eduardo!, ¿tambien te embarcas hoi?

—Sí, por desgracia.

—¿Para Inglaterra?

—Nó, voi a Francia.

—¿I volverás?

—Lo dudo. ¿I tú te vuelves pronto a Santiago?

—Sí, mañana. Solo he venido a dejar algunos amigos.

—¡Oh! ¡qué feliz eres!

—¿Yo?....¿I por qué?

—Porque te quedas.

—¡Hombre!

Cuando vuelvas a la capital, saluda a todos mis compañeros; diles que a todos los llevo en el corazon i que se acuerden de mí, que no me olviden.

—Así lo haré.

Volví la cabeza, Augusto, otro compañero de estudios, estaba ahí.

Nos dimos un fuerte apreton de manos.

El tambien se iba.

Ambos me acosaban a preguntas, no cesaban de hacerme encargos i mas encargos.

Estaban mui tristes.

Ya se vé, debe ser mui duro el tener que abandonar su patria, su ciudad natal, su familia, sus amigos, sus conocidos i hasta....la prenda de nuestro amor!

—¡Al bote, al bote! gritó un marinero alto, corpulento, fornido.

—¡Hasta luego!, dije a Eduardo i a Augusto dejándome caer al lado de Mary que estaba ya colocada junto a su padre.

Los marineros comenzaron a bogar.

El muelle i la ciudad comenzaron, a alejarse.

Mary no cesaba de mirarme. Sus ojos azules revelaban un mundo de ternura.

George callaba.

I nos acercábamos del «Cordillera», que majestuoso se alzaba delante de nosotros. El llegar hasta el costado del vapor, era cuestion árdua, pues eran tantas las chalupas i botes, que apénas si se veia posibilidad de poder romper aquella barrera.

Despues de inauditos esfuerzos, llegamos, por fin, sobre cubierta.

¡Qué ruido!, ¡qué movimiento!, ¡qué confusion!...Aquello era un enjambre de avejas. Unos iban, otros venian, aquéllos subian, éstos bajaban. Los marineros corrian. Los oficiales impartian sus órdenes; sus silbatos señalaban la maniobra.

I los pasajeros seguian llegando i junto con ellos, los conocidos, los amigos, los parientes, los hermanos.

Bajamos al comedor.

Un grupo de jóvenes al parecer estranjeros, estaban al rededor del piano. El champagne espumaba en las copas.

Entonaron la Marsellesa i brindaron chocando los cristales en que chispeaba el licor.

Sus gritos, sus esclamaciones, sus cantos, me hicieron mal. Aquella frenética alegría era un sarcasmo horrible i cruel.

Salimos de ahí.

El tiempo habia trascurrido velozmente. ¡Se hacen tan cortos los instantes que pasamos al lado de las personas que nos son queridas!....I cuando esos instantes están contados, i cuando el péndulo va marcando los segundos, los minutos, i ese péndulo que nadie puede detener, anda i anda siempre. ¡Oh! entónces, parece que una mano invisible empuja i apura esos momentos que quisiéramos no terminaran nunca!....

Habia vuelto a encontrar a Eduardo i a Augusto.

Nos dimos un abrazo, el abrazo de despedida.

El «Cordillera» comenzó a lanzar por su

enorme chimenea, negros penachos de humo.

Se oyó un repique. Era la primera señal.

La cubierta comenzó a despejarse.

Bajamos al camarote de George.

Mary no se habia separado de mi. Nuestra conversacion habia sido triste, mui triste.

Cuando bajamos una escalerita de caracol i atravesamos un estrecho pasillo, oprimió con fuerza mi brazo. Sus delicados dedos apretaban un papel que me presentó diciéndome esta sola i única palabra: «¡Remember!» i....desapareció.

George i yo habiamos quedado afuera del camarote.

Resonó un segundo repique. Era la segunda señal.

El «Cordillera» comenzó a bramar.

George clavó en mi sus ojos; su mirada era intensa, dolorosa.

—Amigo, me dijo, ¿ois esa campana que como un eco funerario, anuncia nuestra separacion?...¡Ah! ese acento no cesará nunca de resonar en mi alma. Vos tampoco lo podreis olvidar, él nos traerá siempre a la memoria, aquel misterioso sonido que hirió nuestros oidos en la noche del Lúnes Santo. Pues bien, ya que esto ha de ser así, que al acento de las campanas, se unan siempre nuestros nombres, que ese acento os recuerde a vuestros compañeros de viaje, a George i a mi querida Mary!.., dijo i me estrechó contra su pecho, con frenesí, con locura. Los sollozos lo ahogaban i a mi tambien. Me arranqué de sus brazos i afiebrado, delirante, me lancé sobre cubierta.

Momentos despues, ya estaba en mi bote, pero ¡ai! estaba solo!

Oyóse un tercer repique. Era el último.

Los marineros trepados sobre las vergas i las jarcias, alzaron el ¡hurra! de despedida.

Un cañonazo hirió los aires.

El «Cordillera» acababa de abandonar su fondeadero. Tras sí iba dejando una blanca estela semejante a la que dejan las aves al azotar las aguas con sus alas.

De pié i con la mirada clavada en uno de los portalones del buque, hice señal a los remeros para que siguiésemos el vapor.

Una mano blanca, pequeñita, salió por el portalon que yo miraba. Esa mano comenzó a ajitar un pañuelo blanco.

Yo me descubrí enternecido i ajité mi sombrero sobre mi cabeza.

Fué el último adios.

El «Cordillera» se iba alejando, alejando....

El pañuelo blanco se ajitaba todavía.

—¡Mary! esclamé, ¡Mary! repetí, cayendo desplomado en los asientos del bote.

El pañuelo acababa de desaparecer.

En el ojal de mi paletot, marchito i mustio, estaba el clavel que ella me habia regalado al atravesar el túnel del Tabon. En mis manos tenia el papel que ella me entregó al partir. Lo desdoble. ¡Creí soñar!

El nombre del ánjel que yo adoro, estaba escrito ahí i estaba escrito por la mano de Mary!

Las letras de aquel nombre, se destacaban entre guirnaldas de flores, trazadas, se conocia, por una mano temblorosa i tímida.

Aquella última manifestacion de Mary, me conmovió hasta hacerme derramar lágrimas. No me cansaba de mirar aquellas letras; parecia queria identificarme con aquel papel, o mas bien diré, con aquel nombre.

El «Cordillera» llegó a la puntilla, que por el lado de Playa-Ancha, se avanza hácia el mar.

Comenzó a perderse tras la puntilla.

Ya no se veia sino una parte de la popa.

I se perdia siempre.

Ya no se sivisaba sino la estremidad de uno de sus mástiles.

Por fin....desapareció.

Nos dirijimos a tierra.

Cuando llegué al hotel, estaba medio atontado. Me encerré en mi pieza. Ahí me llevé meditando horas enteras.

El papel de Mary lo tenia en mis manos. Aquel papel era para mí como una joya: lo doblé con cuidado i lo guardé con veneracion.

Lo conservaré siempre.

Al dia siguiente partí para Santiago.

Solo un consuelo animaba mi desfallecido ánimo: iba a volver a ver a mi ánjel.

Cada minuto, era un paso mas que me acercaba hácia el lugar donde ella estaba.

A las cinco desembarcaba con toda felicidad en la Estacion.

Era Juéves Santo.

Las calles se veian atestadas de mujeres cubiertas de mantos, i de hombres del pueblo que se apresuraban a recorrer i a visitar las iglesias.

No se veia un solo carruaje.

Reinaba un silencio relijioso, solemne.

XII.

¡ELLA, SIEMPRE ELLA!

.....

.....

Muchos dias han pasado.

A ella la he vuelto a ver muchas veces.

Cada vez mas encantadora, mas divina.

Su vista me hace vivir; su presencia me reanima.

Cada dia la amo mas.

En este amor están cifradas todas mis esperanzas.

El será el único lenitivo que aliviará mis sufrimientos, el único consuelo que tendré en mis pesares, el único bálsamo que podrá cicatrizar las heridas con que mas tarde un atroz destino pudiera lacerar mi pobre corazon. Como me lo dijo mui bien George, este amor ha de causar o mi dicha o mi desgracia.

Este amor es imperecedero, es eterno, i por tanto, ni aun con mi existencia podrá concluir; él me acompañará hasta mas allá del sepulcro!!..

Junio 6 de 1870.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

A JULIA.

No exhala su blando aroma
La flor cuando está marchita;
El pecho que no palpita
No siente, blanca paloma!

El corazon que no ama
Yace inerte, sin afan,
Es apagado volcan
Do no se enciende una llama.

Pará el joven, el amor
Es su horizonte, su meta;
Como la luz al planeta,
Como el perfume a la flor!

Si aparece en su camino,
Como el cáliz de una rosa
Bella virjen pudorosa:

Fija en ella su destino.

Así no estrañes, mi cielo
Que yo rendido te adore,
No estrañes, ¡nó! que te implore
Que satisfagas mi anhelo.

Que late mi corazon
A impulsos de tu hermosura,
Destello de una alma pura,
Reflejo de una ilusion.

Santiago, noviembre 15 de 1870.

CAMILO RIOS.

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

XV.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo. Cuando apareció el «Código de los jesuitas» creimos que un artículo seria bastante para dar una idea de ese nuevo parto de la calumnia; pero, la materia nos sedujo i hé aquí que el artículo se convirtió en una serie por cuya prolongacion pedimos mil perdones a los lectores de la *Estrella* de cuya benevolencia hemos abusado.

El propósito que nos ha guiado en este trabajo no ha sido otro que manifestar el valor que tienen ciertas acusaciones que se dirijen contra la Compañía de Jesus, fundadas en hechos poco conocidos i, por lo jeneral, completamente adulterados. Lo hemos hecho con la brevedad posible i apoyándonos casi siempre en autoridades nada sospechosas para los recelosos i aun para los enemigos mismos.

En este exámen de los hechos, en esta investigacion histórica hemos podido conocer a fondo a los detractores de los jesuitas. Ya sabemos quienes son, que pretenden, de que armas se valen para combatir.

Sabemos que enemigos de la Compañía de Jesus han sido todos los enemigos de Dios i de su Iglesia, llámense protestantes o reformadores, racionalistas, jansenistas, libre-pensadores. Sabemos que lo que pretenden es destruir con la Compañía de Jesus la vanguardia de los ejércitos de la fé, esa vanguardia que tan digna se ha manifestado de su puesto de honor i de peligro en todas las batallas de la impiedad. Sabemos, finalmente, que en la guerra sin cuartel declarada a los jesuitas no se ha reco-

nocido arma vedada: se ha empleado la mentira, la difamacion i la calumnia; se ha tramado contra ellos miserables intrigas de cortesanas, se les ha condenado sin juicio, se les ha proscrito sin oirles i con refinamientos de crueldad, se les ha enterrado en los calabozos. Se les ha pendido de los cadalsos. En una palabra; desde la mano pérfida que falsifica en el silencio del gabinete la prueba de la calumnia, hasta la mano brutal del verdugo que ejecuta al aire libre la sentencia de la iniquidad, todos han procurado minar i destruir ese Instituto debido a la celestial inspiracion de un santo i de un héroe.

Así fué la Compañía de Jesus proscrita de Francia, de España, de Portugal, de Italia; así, fué, finalmente abolida por un Pontífice.

Pero, esa misma Compañía que por la tranquilidad de la Iglesia habia suprimido Clemente XIV, por el bien de la misma fué restablecida por Pio VII. El Instituto de San Ignacio triunfaba así despues de durísimas pruebas i volvia al trabajo purificado i robustecido por la persecucion.

Los reyes i sus pérfidos inspiradores habian desaparecido, las pasiones se habian calmado, los fautores del complot i de la persecucion se veian reducidos á polvo, cuando los jesuitas acudian desde los rincones del mundo a formar en su patria nuevos santos i nuevos héroes. La justicia popular, los llama en Francia; la justicia popular i legal los llama en España; en todas partes exijen su presencia las mas altas necesidades sociales; porque, como dice Juan de Muller, escritor protestante «se conocia que habia caido con ellos un baluarte comun de toda autoridad.» La reparacion fué completa.

Los perseguidores, sinembargo, han seguido en su tarea i hoi, escritores venales o corrompidos, i gobiernos de pandilla, repiten éstos sus atentados, aquéllos sus calumnias para estraviar el juicio público i realizar una obra que en el espacio de tres siglos no han podido llevar a cabo ni los poderes de la tierra ni los poderes del infierno.

El éxito de esta lucha nueva como de todas las luchas sucesivas será el mismo. Los jesuitas se verán calumniados, perseguidos, entregados al verdugo; pero los dolores i angustias de esas víctimas, la sangre de esos héroes jerminarán i fructificarán i habrá muchos que quieran seguir las huellas del perseguido, muchos que aspiren a la gloria de idéntico sacrificio.

En el Japon, en la China, en la América, en todos los lugares del mundo donde habia infieles que convertir, allí se encuentran las huellas del misionero jesuita, marcadas las mas veces con un ancho reguero de sangre. Pero, esa es sangre que no se ha derramado infructuosamente, porque ella ha dado muchos héroes a la historia de los hombres ilustres, mucha gloria a la Compañía, muchos santos al cielo, innumerables almas a Dios!

Ese ha sido el fruto de la obra de los verdugos; no ha sido mas lisonjero el de las empresas de los letrados. Apesar de la calumnia, muchas veces gracias a ella, la Compañía ha hecho valiosas adquisiciones de hombres ilustres que han levantado a la virtud i a las ciencias monumentos imperecederos. I despues ¡cómo se refleja sobre esos maestros de la juventud la gloria de sus ilustres discípulos! Muchos se han estraviado, mas son los que han permanecido fieles a Dios; pero, entre tanto, todos ellos han dado lustre a su país en esferas diversas, i gloria a la Compañía que los habia educado en su seno.

Maestros i misioneros, hé ahí lo que los jesuitas son ántes que todo i sobre todo; forman i conquistan almas para Dios. Las glorias de estos últimos las ha cantado i las canta aun el cielo; las de los primeros el mundo las vé con asombro. Porque, nadie lo negará, hai algo mas que arte, hai inspiracion en el modo como esos hombres educan a la juventud.

Pero ésta es tambien una de las causas que les han acarreado tantos odios. «¿Qué me importan vuestras virtudes si nos traeis la peste?» esclamaba una vez el *Journal des Débats*; esta peste era la educacion moral i cristiana de la juventud. Es sensible que esta peste de los libre-pensadores sea la única salvacion de la humanidad!

Esos maestros son tambien hombres irreprochables en su conducta. Este homenaje a la verdad es siquiera el que ménos se ha negado. No faltan, sinembargo, quienes quieran arrojar lodo sobre esas reputaciones inmaculadas. Insensatos! no comprenden que no mancha el lodo de un corazon depravado!

Vaya aquí, ya que de los jesuitas tratamos considerándolos como hombres i maes-

tros, el juicio que ha formulado sobre ellos un hombre ilustre i que elejimos entre muchos.

«Al entrar (al colejio de los jesuitas de Belley), dice Lamartine, sentí en pocos dias la diferencia prodijiosa que hai entre una educacion venal, vendida a niños desgraciados por el amor al oro, por maestros industriales, i una educacion dada en nombre de Dios e inspirada por una relijiosa abnegacion que solo el cielo recompensa. Yo me sometia espontáneamente a un yugo que excelentes maestros sabian hacerme dulce i lijero. Es allí donde he visto lo que se podia hacer de los hombres no por la fuerza, sino inspirándolos.... Me despedí con gratitud de los excelentes maestros que habian sabido vivificar mi alma formando mi intelijencia; i que habian hecho por decirlo así fecundo su amor a Dios en amor i en celo por el alma de sus hijos.... Su fé era sincera, su vida pura, ruda, inmolada a cada minuto i hasta el fin al deber i a Dios. Voltaire que tambien fué su discípulo les ha hecho la misma justicia» (1).

Debemos concluir aquí, porque la misma amplitud de la materia que tratamos nos impide entrar en nuevas consideraciones que llegarian a hacerse interminables. Pero, ántes de eso, permítasenos protestar enérjicamente contra una calumnia que lanzada contra los jesuitas tambien nos alcanza a nosotros. Hablando de las Congregaciones establecidas en los colejios de la Compañía, dice el *Código de los jesuitas*.

«Los congregantes forman asociaciones secretas, afiliaciones misteriosas. Por estas asociaciones intentan los jesuitas avasallar la opinion pública, i, por este motivo implican, con su funesta influencia, los intereses del Estado i de los particulares mas oscuros, en cuyo corazon despiertan deseos ambiciosos, a los cuales se apresuran a satisfacer con gusto los discípulos de Loyola, con tal que esos dóciles prosélitos se sometan ciegamente a la insuficiente moral de sus intereses....»

Teniendo la fortuna de pertenecer a esas congregaciones, protestamos de las palabras anteriores no con indignacion sino con pena. ¿Conque es posible que la calumnia no respete así ni lo mas santo? ¿Conque los ejercicios de piedad a que se obliga a los congregantes, las exhortaciones piadosas que se les dirijen para mantenerlos en el sendero de la virtud i acostumbrarlos a amarla son resortes de que se vale la ambicion jesuítica para satisfacer sus deseos de dominacion i servir a sus intereses? Pero ¿hasta dónde llega, Dios mio, la ignorancia i la necedad de algunas jentes?

Congregantes i discípulos de los jesuitas, nosotros declaramos que nunca hemos recibido de ellos otra cosa que provechosas lecciones i saludables ejemplos. Han procurado ilustrarnos i, ántes que todo, formar nuestro corazon en el amor a Dios, al bien i a la virtud. Nuestro agradecimiento por ello es profundo i nos es mui satisfactorio poderlo manifestar al fin de estas pájinas, que no hemos escrito a instigacion de los jesuitas para estraviar la opinion, sino movidos por un sentimiento de admiracion tan lejítima como el que merecen las grandes obras i las grandes virtudes.

MÁXIMO R. LIRA.

(1) Confidencias.

APROVECHA BIEN EL TIEMPO

Doña Jacinta es soltera,
I hubo tiempo en que fué niña:
Hoi es vieja, i lo lamenta
Sin darse por entendida:
Que siente mas en el alma
Que en el cuerpo su desdicha
Aunque sucede al contrario
Con todos los que la miran;
Porque solo ven el cuerpo
Mas no el alma que la anima.
Cuando habla de su pasado,
Dice mi Doña Jacinta
Que no ha querido casarse,
Que el pensarlo la horripila;
Pero que tuvo mas novios
Que la mar tiene sardinas;
Aunque esto causa sospresa
No es estraño que lo diga,
Que en iguales circustancias
Cualquier mujer lo diria,
Porque las mujeres son
(No lo digo por diatriva)
Como mandadas hacer
Par echar estas mentiras.
Mas lo que calla tenaz
(I en esto siempre la imita

Todo el sexo femenino
De su estado i de su dias)
Es que de su celibato
Fué su gran coqueteria,
Si no la única causa,
Al ménos la decisiva.
I es en efecto verdad
Que allá en su tiempo de niña
Conoció por su desgracia
Que no era mal parecida;
I como a cada momento
Todos se lo repetian
Llegó a persuadirse al fin
Que era una mujer divina.
I con estas ilusiones
Cátate a Doña Jacinta
Haciendo dengues a todos
Por oir galanterías
Miéntras el tiempo veloz
Sin detenerse corria
Ajando poquito a poco
Su hermosura peregrina.
I los galanes de juicio
Desertaban a porfia.
Asi pasaron los años,
I cuando ella arrepentida,
Quiso enmendar su conducta
Mostrándose menos frivola
El tiempo allá en su interior
Es tarde ya, le decia,
Loca i temerariamente
Me has malgastado, Jacinta;
Mas yo haré que te arrepientas
De tus locas fantasías;
Hiciste tú de las tuyas,
Yo haré ahora de las mias.
I le hizo en efecto arrugas
En sus rosadas mejillas.
A pinturas i pomadas
Apeló Doña Jacinta
Pero fué vano recurso,
Pues siempre se traslucian,
A traves de esos mejuzjes,
Los años de esas mejillas.
Miéntras tanto ni un galan
A consolarla venia;
Entónces desengañada
Empezó Doña Jacinta
A decir mal de los hombres,
Que es cosa ya bien sabida,
Ultimo i solo recurso
De las mujeres caidas
A quienes perpetuamente
Condena su suerte impia
A ser madres de conventos
O en el mundo solo tias.

Asi, pues, niñas hermosas,
No imiteis a mi Jacinta:
Dejaos de devaneos
Que solo os traerán desdichas:
I para que asi lo hagais
Meditad bien dia a dia
La siguiente octava real,
Que compuso cierta niña:

«¿Yo para qué nací? para casarme
Que a vieja he de llegar, es presumible
I vieja i solterona al fin quedarme
Triste cosa será, pero posible.
¡Posible i coqueteo! ¡es increible!
¡I vivo sin tratar de asegurarme!
¡Oh qué necia locura, Dios clemente
Preciso es, pues, obrar mas cuerdamente.»

Santiago, noviembre de 1870.

K. T. T.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

ELENA.

Contenido de este número.

I.—Bienvenida.
II.—Certámen.
III.—Reforma del sistema de pruebas para obtener el grado de bachiller en humanidades, bibliografia, por Rafael B. Gumucio.
IV.—Malos agüeros, poesia, por Cárlos Walker Martinez.
V.—El cerro de la Campana (conclusion), por Ruperto Marchant Pereira.
VI.—A Julia, poesia, por Camilo Rios.
VII.—Los jesuitas i sus detractores (conclusion), por Máximo R. Lira.
VIII.—Aprovecha bien el tiempo, poesia, por K. T. T.
IX.—Solucion de la charada del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre. Se recomienda mui especialmente la asistencia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, noviembre 27 de 1870. Núm. 165.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

Alberto de Chamisso.

Alberto de Chamisso nació en 1781 en el castillo de sus padres, en Champaña. La emigracion de la nobleza francesa lo arrastró, niño aun (1790) hácia la Alemania. Despues de muchos sufrimientos llegó a Berlin, donde la reina, esposa de Federico Guillermo II lo colocó entre sus pajes, abriéndole así la carrera de las armas. Era en 1798 oficial en un rejimiento de infantería de la guarnicion de Berlin. Dos años despues tuvo que separarse de su familia, la cual volvió a Francia a consecuencia de la amnistía acordada a los emigrados por el primer cónsul.

Chamisso nada habia aprendido, no frecuentó regularmente ningun colejio. Abandonado a sí mismo, se dió a escribir versos, primero en frances, despues en aleman. En 1801 dió a luz en union de C. A. Varnhagen von Ense, un *Almanaque de las Musas* que continuó publicándose durante tres años consecutivos. Esta empresa casi temeraria, ejerció una influencia mui favorable sobre su destino. Ella lo puso en relacion con jóvenes que despues figuraron entre los mas distinguidos de la época. Dedicóse con ahinco a recuperar el tiempo perdido. Se puso con admirable perseverancia a aprender el griego, el latin i las lenguas vivas. Pensaba dejar el servicio militar para consagrarse enteramente al estudio, cuando los acontecimientos de 1806 vinieron a retardar la ejecucion de sus proyectos.

El círculo de amigos al cual deseaba reunirse, no existia ya: el ejército de que habia formado parte estaba disuelto: sus padres habian muerto. En estos momentos de desesperante incertidumbre fué nombrado profesor del Liceo de Napoleonville. Partió para Francia; pero no alcanzó a tomar posesion de su cátedra por que fué atraido por el májico iman de Mad. Staël. Cuando en 1812 la autora de *Corina* se vió precisada a huir hácia Inglaterra, Chamisso dejó a Coppet para volver a Berlin donde se entregó con ardor al estudio de la medicina i de la naturaleza. Los sucesos de 1813 no fueron bastantes a desviarlo de su camino. En los cortos momentos que robaba a las ciencias escribió *La historia maravillosa de Pedro Schlemihl.*

En 1815 el conde de Romanzoff, canciller del emperador Alejandro, lo invitó a tomar parte, como naturalista i como sabio, en la espedicion esploradora que a su costo enviaba al mar del Sur i al rededor del mundo. Este viaje duró tres años. Chamisso volvió a Berlin dueño de una valiosísima coleccion de historia natural. No tardó en obsequiarla al museo del Rei.

Poco tiempo despues la facultad de filosofía de la universidad le confirió el título de doctor. Contrajo matrimonio i las musas vinieron de nuevo a llamar a la puerta de su feliz hogar.

Director del museo real, miembro de la academia de ciencias, gloriosamente conocido como sabio i como poeta, contento en medio de siete hijos que alegraban su ancianidad con sus juegos infantiles, rico con su temperancia i su modesta fortuna, pocos hombres vivian tan felices como Chamisso cuando la muerte vino a herirlo el 28 de agosto de 1838. Desde 1832 dirijia con Gustavo Schwal el *Almanaque de las musas* i traducia con Francisco Gaudy las *Canciones de Beranger.*

Esta eleccion de las obras de Beranger, que deseaba popularizar en Alemania, no era el resultado de un simple capricho de Chamisso. Al contrario, pudiera decirse que estaba de alguna manera predestinado para este trabajo por la inclinacion de su alma, por la naturaleza a la vez que candorosa e irónica, tiernamente exaltada i profunda de su injenio, por un estrecho parentesco de gusto i de talento con el inmortal cancionero frances. Sinembargo, no por haberse hecho aleman por el reconoci-

miento i por los hábitos de una vida consagrada enteramente al estudio i a la meditacion (vida que acaso solo es posible llevar con felicidad i provecho en Alemania), Chamisso habia borrado de su corazon el vivo i respetuoso afecto que profesaba a Francia; i es sin duda a las cualidades esencialmente francesas de su imajinacion, al jiro malicioso de su buen humor, a sus picantes salidas i a sus ardientes arrebatos, a lo que debe atribuirse, en gran parte al ménos, la orijinalidad que brilla en sus obras, de las cuales, con razon se muestra orgullosa la literatura moderna de Alemania. ¡Curioso capricho del destino! Es a un frances, a Chamisso, a quien la fantástica Alemania, que pretende no sin razon haber comprendido i cultivado mejor que nadie el romanticismo, debe la obra maestra de su poesia romántica, *La historia maravillosa de Pedro Schlemihl*. Es imposible leer este inimitable capricho sin que se quede grabado en la memoria. El ha admirado i deleitado a toda la Europa i no existe un idioma a que no haya sido traducido.

Las poesias de Chamisso tienen las mismas cualidades que han hecho de *Schlemihl* un libro inmortal. Ellas llevan el sello de la honradez, de la hidalguia i de la lealdad del poeta, que vivió hasta su última hora tan puro i tan sensible como un niño. Chamisso, se nos presenta como una imájen benévola i simpática de aquel sabio verdaderamente humano, de quien dijo el poeta latino:

Homo sum, humani mihil a me alienum puto.

Obligados a trazar solo un boceto de Chamisso, hemos escojido en la coleccion de sus poesias algunas piezas en que brillan las cualidades diversas de su injenio, el buen humor, graciosamente irónico, la reservada melancolia, la tierna efusion i hasta el vigor, el vigor que por una notable escepcion se acentuaba en el poeta a medida que el cuerpo del hombre se debilitaba bajo el peso de los años.

AMOR TRAICIONADO.

La niña.

¡Oh jóven! pues que la noche
Ocultó nuestra entrevista,
Si las estrellas tan solo
Miraron nuestras caricias,
¿Cómo es que el dulce secreto
Corre hoi suelto por la villa?

El jóven.

¡Ai! una de esas estrellas
Cayó en el mar, dulce niña!
La estrella lo dijo a la ola,
La ola indiscreta en seguida
Al remo i éste al remero,
I el remero a cierta amiga....
Así el secreto amoroso
Corre hoi suelto por la villa.

ÚLTIMO SONETO.

El niño.

Al amor cantó un tiempo i la hermosura
Tu lira de marfil tiernas canciones:
Del pecho el rencor fiero i la amargura
Ibanse al ruido de sus dulces sones.
Mas se apagó tu voz—A los moscones
Su red en la sonora encordadura
Tiende la araña. ¡Gratas vibraciones,
Volved de nuevo a mi alma su ventura!

El poeta.

¡Oh niño! ¡i cuánto mas que tú apetezco
La paz de mi alma, triste, desolada!
¡Niño yo hasta de lágrimas carezco!
¡Canté cual la cigarra en la alborada!
Tan solo el cisne al borde de la fosa....
Pero hablemos, amigo, de otra cosa....

LOS TRES SOLES.

Mis largos cabellos blancos
No siempre así blancos fueron;
Tambien fui jóven, tambien
Los peiné rubios un tiempo.
I cuando te miro, niña,
Con alma tal i tal cuerpo
Diviso, allá en mi pasado,
Un dulcísimo recuerdo.
La madre de la tu madre....,
Sol igual a ver no he vuelto;
Ante su brillo quedaba
Absorto, sin movimiento.
Su mano, igual a la tuya,
Suave como terciopelo,
Me dió una tarde; pero a otro
Dióle el corazon.... Hui léjos....,

Cuando, veinte años corridos,
Torné a mi patria ya viejo,
Otro Sol vi que alumbraba
De mi patria el fértil suelo.
¡Oh virjen!.... era tu madre!
Rostro igual a ver no he vuelto;
Ante sus ojos quedaba

Absorto, sin movimiento.
Un dia mi mano ardiente
La suya estrechó en silencio;
Mas otro la obtuvo.... i yo
Cruzé otra vez el Océano.

Asi entre esperanzas vanas
I tristísimos recuerdos
He vuelto a mi patria cuando
La alumbra ya el Sol tercero.

¡Eres tú, niña preciosa!
Rostro igual ya ver no espero;
Rendido estoi a tus plantas
Absorto, sin movimiento.

Me alargas tu blanca mano,
Sientes como te la estrecho;
Mas si otro hombre ha de obtenerla
Me iré otra vez....¡al infierno!

VIAJE NOCTURNO.

ÉL.—Puesto que el sol poniente
Reclina fatigado
En el lecho dorado
La calurosa sien,
Acude dilijente,
Amada a mi barquilla;
Deja la triste orilla:
¡Ven, dueño mio, ven!

ELLA.—Tiende la vela al viento
Que mui mas que tú mismo
Surcar el negro abismo
Deseando estaba yo.
¡Ya estoi! ¡aquí me siento!
Tolera, dueño mio,
Rijan a su albedrío
Mis manos el timon.

ÉL.—¿A dó, niña del alma,
El barquichuelo guias?
¿No temes las bravías
Olas del alta mar?

ELLA.—¿Cómo al Océano en calma
Que nos está invitando
Tener pudiera cuando
Confiéme a tu lealdad?

ÉL.—¡Detente, atolondrada!
¿No ves que aun a despecho
Del remo, vas derecho
En el escollo a dar?
¿No vez cómo ajitada
La navecilla jira?
I se alza! i sube! mira!!
¡Mírala zozobrar!

ELLA.—¡Dejad, dejad que el viento,
Dejad, dejad que la ola
Su última barcarola
Nos canten al morir!
¡Cobarde, cobra aliento!
Con mano vengadora
Ya el tiempo marcó la hora
De nuestro justo fin.

¡Ah! seductor infame!
No tiembles ante brillo
Del vengador cuchillo....
¡No tiembles seductor!
Que aún hiriendo estáme
Aquel mucho mas fiero,
Aquel agudo acero,
Que el alma me clavó!

Si hai otras, que engañadas,
Su fé burlada lloran
I al fementido imploran
Yo no hélo de implorar,
¡Adios dichas pasadas!
¡Muere, felon infame!
I ahora ¡muerte dame,
Cuchillo, sin piedad!

Pasó la noche impía,
Los vientos se calmaron,
Las ondas saludaron
La luz de un nuevo sol;

I al aclarar el dia
Los dos ensangrentados
Cuerpos inanimados
La aurora contempló.

Completemos este ramillete poético con una composicion en que los recuerdos de la tierra natal se agolpan a la imajinacion del poeta en medio de la tranquila dicha de que disfrutaba en el seno de su patria adoptiva. Es como una brisa de la Francia que pasa por su corazon.

La dificultad casi insuperable de traducir en verso castellano esta composicion, sin apartarnos mas o ménos del orijinal, nos obliga a darla en prosa.

EL CASTILLO DE BONCOURT.

«Sueño que he tornado a los dias de mi infancia i sacudo mi cabeza cana: ¿Cómo es que volveis a visitarme, imájenes, que desde muchos años creia ya olvidadas?»

«En medio de un verde i sombrío cercado surje un brillante castillo: ¡reconozco las torres, las almenas, los puentes de piedra, la puerta.»

«Los leones del escudo me miran con ojos de amistad. Saludo a los antiguos conocidos i penetro en el patio.»

«Allá está la esfinje al borde de la fuente: acá la higuera eleva su verde copa: ¡allí, detras de esas ventanas soñé mi primer sueño de amor!»

«Entro a la capilla i busco los sepulcros de mis abuelos: ¡hélos aquí! ved como penden de las columnas sus pesadas i gloriosas armaduras.»

«Mis ojos, como cubiertos por un velo, no logran leer los caractéres de la inscripcion a pesar de la viva luz que penetra al traves de los pintados cristales.»

«Así, pues, castillo de mis padres, hogar de mi infancia, tú permaneces inmóvil, intacto e inalterable en mi corazon fiel. I sinembargo has sido igualado al suelo i hoi pasa el arado por la tierra que sustentaba tus robustos cimientos.»

«Sé fecunda ¡oh tierra querida! Yo te bendigo piadosamente conmovido i bendigo dos veces al labrador sencillo que abre surcos sobre tu noble seno.»

«En cuanto a mi, voi a evocar mis recuerdos mas queridos i con mi laud en la mano a cantar de pais en pais.»

El poeta escribió talvez estos versos en vísperas de poner el pié en la nave en que iba a hacer su viaje al rededor del mundo.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

CANCION INDIANA.

¡Ai de la niña que entrega
Su corazon a un guerrero:
Su padre la dará a otro
I vivirá en un tormento!

Por eso, la misma Gualda,
La de los ojos de fuego,
La que a las brisas ganaba
En lo suave de su aliento;
La del andar majestuso,
La de labios hechiceros,
La del pecho palpitante,
Murió sin hallar consuelo.

Que un dia vieron sus ojos
Al gallardo Pagilmenu
El vencedor de la puma,
El mas apuesto guerrero.
Otro dia fué a traer agua
I en la fuente volvió a verlo
I como ya se querian
Muchas cosas se dijeron

Hermosa Gualda, a quien amo,
Dijo el esbelto mancebo,
¿Quiéres entrar en mi choza
I encender en ella un fuego?
I ella dijo: «Gualda quiere»
I los dos se convinieron
En que pasados dos soles
Tendrian un solo techo.

¡Ai! de la niña que entrega
Su corazon a un guerrero:
Su padre la dará a otro
I vivirá en un tormento!

Santiago, junio de 1870.

CELTA.

FILOLOJIA

VI.

Si el español ha roto, hecho un verdadero republicano, con casi todas las trabas ortográficas que acreditaban su orijen greco-latino, como deciaen mi primer artículo, del que me he desviado despues considerablemente, por atender a la casa americana ¿qué dirémos; del señor don Italiano, o del señor italiano para hablar a la colombiana?

Allí sí que puede echarse un galgo, i un perdiguero, i una jáuria entera para que *levante* una sola *h* inicial, una sola *ex* o *trans*, i mui particularmente una *s* final, de las que el italiano huye con mas horror que el gato escaldado del agua fria. Así es que al adoptar un nombre extranjero que finaliza en esta silbante letra, doblemente imitativa de la serpiente por su forma i por su sonido, el primer cuidado del italiano es echarla abajo, i presentarnos, verbigratia, a *Alejandro Dumas* desmochado de este modo: *Alesandro Duma*.

Nuestros lectores verán que el apellido ha sido mondado, i que el nombre ha perdido su antiquísima i tradicional *x*, transmutable a lo sumo en *j*, para cambiarla en suavísima *s*.

Asimismo, no dará a *Artajérjes*, que se halla en igual caso que *Alejandro* por lo que respeta a la *x* i a la *j*, sino *Artaserse*.

En Homero, Hércules o Hipócrates,

blandirá el hacha i echará abajo *achis* iniciales i *eses* finales; i un español, que no tendria inconveniente talvez en entender que *Ercole* es Hércules, oyéndolo, acaso titubearia al verlo escrito así, sin aquella *H* i aquella *s* con que lo ha encontrado en todas las lenguas.

Al escribir *Omero* con *o*, el italiano tiene por lo ménos el honor de recordar al griego, porque en esta lengua el padre de la *Odisea* se llama *Omeros*.

¿Y cómo es, dirán mis lectores, que solo la lengua italiana ha andado acertada en la traduccion, i que todos los otros idiomas han escrito Homero con *H*?

Es que ese *Omeros*, i todas las palabras griegas que en nuestas lenguas empiezan con *H*, lleva sobre la *O* el acento especial helénico llamado por nosotros *acento o espíritu rudo o fuerte*, i que se marca así *O'* con una coma al revés. Dicho espíritu indica una pequeña aspiracion en la letra a que corona, i esta aspiracion es lo que las lenguas modernas, excepto la italiana, traducen por una *h*.

¿Qué español reconoceria a su querido *Quijote* en la traduccion italiana *Chisciotte*? ¿No parece que se oyera silbar o chasquiar el *chis chas* de los cintarazos? Pero, todavia el verlo escrito es peor, porque la desemejanza entre el italiano i otras lenguas sus hermanas no está en el sonido, sino en la escritura, por ser esta lengua la mas avanzada, i despues de ella la española, en materia de libertades ortográficas. El español, sin embargo, está queriendo apropiarse la suavidad i afectacion del italiano, como cuando dice *Setiembre* por *Septiembre*, escelente por *excelente*.

Lo que mas choca en el italiano escrito, es la ausencia de *achis* iniciales; i en el hablado, la de *eses* finales. Hablado o escrito parece una lengua pelada, porque *achis* iniciales i *eses* finales, son como la cáscara i la corteza de la palabra. El portugués lleva el amor a la dulzura fónica, quizá mas lejos que el italiano, i así como en aleman suelen hallarse palabras de media vara de largo sin una sola vocal, se encuentran otras en portugues, no tan largas, es verdad, dónde todo es vocal. Las primeras me producen el efecto de ciertas frutas, ciertas *paltas*, verbigratia, donde todo es hueso o cuesco; las segundas me recuerdan las aceitunas deshuesadas o sin pepita, donde todo es pulpa.

El italiano i el español creyeron que *luna* era ya bastante dulce; el portugués se preocupó con esa *n*, la echó abajo i dejó *lua*, como tambien *ceo* por *cielo*. Por supuesto que, si ambos sustantivos requieren el artículo, éste se apresurará a quitarse la consonante, como quien se quita el sombrero, i dirá *a lua, o ceo* en vez de *la luna, el cielo*.

¡Cuán diferente el español, o el andaluz, o el peruano, o de quien sea la invencion! Creyó que las dos vocales que concurren en aza*h*ar i en el mo*h*o, fastidian por ser muda la *h* que las divide i dijo azajar i mojo. I es que pensó, por dulce que sea la miel, empalaga sin la aspereza del pan; i a fé que, aunque vulgarotes ámbos provincialismos, el segundo «azajar,» como que me agrada i me sabe a miel con pan o si quereis sobre hojuelas.

El profesor de italiano de Mr. Chouffleury le decia que para hablar este idioma, bastaba agregar *no* al masculino i *na* al femenino. Si pensáramos como ese singular profesor, diriamos que para hablar portugués inmediatamente, basta suprimir toda consonante entre vocales.

Lo que mas estraño al leer u oir hablar italiano es la *s* final; porque si bien es verdad que en frances e ingles tampoco suena sino raras veces, por lo ménos se consuela uno pensando que ahí está.

El griego antiguo i moderno, es el único idioma que puede disputárselas al español i aun quizá llevárselo de encuentro en esto de *eses* finales. Es verdad que en él no siempre son signo de plural; i *Omeros Olimpos, inos, onos, dromedarios*, significan simplemente Homero, el Olimpo, el vino, el asno, el dromedario, el nominativo singular.

En griego moderno además, se toma con frecuencia el acusativo plural por el nominativo; i con saber español, oi decir mas de una vez en la moderna Aténas: *tris ores* (*tres horas, las tres*); *¿poses dracmas?* (*¿cuántos dramas?*) De paso, enseñaré a mis lectores una grandísima curiosidad de puntuacion helénica, i es que el signo de interrogacion (;) se representa en griego por *punto i coma*. *Dyo minas* (*dos meses.*) Tambien se oye silbar las *s* final en caso de verbo; como *¿as ono mazis?* (*¿cómo te llamas?*)

II

El sintetismo en algunas lenguas modernas (alemana e inglesa) no es tan perfecto

como el del griego antiguo, en el que se verificaba fundiéndose dos o mas palabras en una, tan bien que, a primera vista, esa palabra parece de una sola pieza.

El sintetismo de las lenguas modernas, cuando lo tienen, es por el estilo de la arquitectura ciclópica, cuyo arte consistia en amontonar enormes pedrones unos sobre otros, sin argamasa ni ligadura de ninguna especie. Era un mero sistema de aposicion, i éste es el que me recuerdan, en español, las palabras *corre-vé-i-dile*, *correvedil*, *saca-corchos*, *destripaterrones* i otras, i en ingles, *orang tree*, por ejemplo, *naranja-árbol* (*naranjo.*) Estas palabras son compuestas i no sintéticas, i su composicion no tiene nada ni de injenioso ni de mui profundo.

No así en griego. Un ignorante de este idioma creerá por ejemplo que *paleontolojía* es una sola palabra, segun lo bien que en él el sonido se entrelazan sus partes componentes. Tomemos la llana o plana (*badilejo*) de la filolojia; piquemos la endurecida mezcla que ha hecho un solo *bloc* de varias piezas, i separemos. Primeramente tenemos el adverbio *palai*, que es el *olim* de los latinos; en seguida el *ontos*, que es un tiempo del verbo *Eimi*, ser, i finalmente el sustantivo *logos* o *logia*, dándonos toda la palabra esta frase: *Descripcion de los que ántes existieron.*

Como se vé, el desarmar una palabra de estas es mucho mas peliagudo que el hacerlo con *orang-tree* o *salta-bancos*; lo que prueba que el sintetismo de los antiguos estaba en su espíritu, i el de los modernos en la material construccion de palabras.

No todas las voces sintéticas del griego i del latin se prestan a una descomposicion tan perfecta. Las hai mui fáciles, como por ejemplo en latin *subscribere*. ¿De qué se compone?-de la preposicion *sub*, que significa debajo, i del verbo *scribere*. ¿I por qué se dijo así? Porque *suscribirse* es *escribir* su nombre *debajo* de las condiciones que se aceptan. En cambio, si un ignorante de procedimientos filolójicos me pregunta porque se llama en el mismo idioma latino *auceps* al que *caza pájaros*, ya veo discurrir por sus labios una sonrisa desdeñosa al contestarle yo: porque se ha tenido presente a *avis ave*, i a *capere* cojer, i haciéndose una contraccion violenta, como puño que se cierra, se ha formado lo *auceps*.

Los procedimientos filolójicos causan a los ignorantes la misma risa, que la nomenclatura de las ciencias naturales a los que no están iniciados en ella, i nada hai mas seguro ni mas exacto que uno i otro, cuando se ha penetrado su aparente algarabía.

Respecto a *auceps*, puedo asegurar i jurar por mis copiosas barbas que no soi yo quien descubre o inventa la etimolojia; pues sometiendo esa palabra i cualquiera otra a los principios fijos establecidos, nada mas fácil que desatarla con su auxilio.

La ventaja de las lenguas modernas sobre las antiguas es el ser analíticas. Sin dejar yo de acatar esta preciosa cualidad, soi tan frenético por la reconcentracion de las lenguas muertas que, si me llevara de mi gusto, todo lo hablaria bárbaramente sintético. No diria *San Juan de Dios tiene dos plazuelas*, sino el *bi-plazuelado San Juan de Dios*; *los que vivimos aquende el tren*, sino los *citrenaicos*, componiendo una voz parecida a la antigua de *cisalpina*, para calificar a la parte de la Gália que estaba del lado del que hablaba.

El antiguo sintetismo i el moderno análisis de nuestras lenguas llamadas analíticas, pueden representarse en español por *acercaos* i *acérquese usted*. ¿Cómo era o es mas cómodo? Lo primero era mas sintético; lo segundo es mas analítico, i no deja duda acerca del *número* de personas a quien se manda acercárse. *Acercaos* podia dirijirse a una sola persona i a muchas; *acérquese usted*, solo se refiere a uno, porque para dos o mas diriamos *ustedes*. Estos dos números del *usted*, singular i plural, son segun Salvá, una de sus ventajas sobre el *vous* i el *you* de los franceses e ingleses, que no varian en el plural.

En latin para echarle un piropo a la Virjen, basta decirle *domus aurea*. *Casa aurea* en español significaria lo mismo, i sin embargo, nos pareceria mejor analizar i diriamos *casa de oro*.

Pero el análisis no ha de llevarse hasta el estremo de aquel que daba de este modo los nombres de los padres de un niño: «Siendo sus padres don Fulano de tal, *como padre*, i doña Zutana de tal *como madre*.»

JUAN DE ARONA.

TUS OJOS I TUS MIRADAS.

A C.

No sé qué tienen tus ojos
Cuando me miran serenos,
Que le hacen sentir a mi alma
El placer del sentimiento.

Hai tanta melancolía
Bajo sus pestañas negras,
Que tu mirada es plegaria,
Talvez amoroso ruego.

Cuando contemplo estasiado
Tus ojos pardos i bellos,
Miro ocultos en su sombra
De tu dolor los reflejos.

A veces tristes se ocultan
En lánguido movimiento,
Como tórtola que esconde
Bajo del ala su cuello.

¿Por qué si te quiero tanto
I si yo soi tu contento,
Están diciendo tus ojos
Que ves la dicha mui léjos?

Ten confianza, vida mia,
En mi constancia i mi anhelo
I deja brillen tus ojos
Con la luz de los luceros.

Que no me miren dolientes,
Sino alegres i risueños:
Sus miradas son mi dicha,
Sus reflejos mi contento.

Es cierto que nos separan,
Que apénas podemos vernos,
Pero a dos almas unidas
Las acerca el pensamiento.

Nada importe la distancia,
Nada nos importe el tiempo,
Que yo tengo tu palabra
I tienes mis juramentos.

Ámame como te adoro
I acalla tu sufrimiento,
Hoi nos separan, mañana,
Siempre unidos estaremos.

Confianza, pues, alma mia,
En mi constancia i mi anhelo,
I deja brillen tus ojos
Con la luz de los luceros.

Noviembre de 1870.

J. O.

CAILLOMA.

(LEYENDA INDIANA)

Buscaba un dia los dulces placeres que la naturaleza sabe producir. Habia dejado esa mañana la tranquila ciudad de Rengo, i gozaba caminando al acaso en el silencio de la meditacion.

Era ya de noche; la luna brillaba en el cielo i el tañido de una campana iba a perderse en el murmullo silencioso de los campos. Un estenso valle se dilataba a mi vista bordado de frondosos bosques que cubren la ribera de innumerables arroyos; no léjos de mí, se alzaba una eminencia cuya aridez contrastaba con la robusta vejetacion de la pradera. A ese pequeño cerro se le da el nombre de CAILLOMA.

Esa noche, al abrigo de un techo hospitalario, escuché de los labios de un anciano bondadoso una de esas historias henchidas de poesía en que se refleja la naturaleza con su dulce i sencillo encanto.

¡Ojalá pueda yo contárosla cual la escuché en una de las horas mas felices de mi vida.

I.

En el mismo sitio que esa noche me encontraba, un matchi indio llamado Cailloma vivió, hace muchos años, apartado de todos, en una pequeña choza escondida en un espeso bosque.

La vida de Cailloma era triste en medio de su poder i de la veneracion que gozaba. Las noches las pasaba todas sobre la cumbre del cerro en misteriosas ceremonias i descompasados cánticos, jirando al rededor de una hoguera.

Jamas el indio en sus cazerías se acercaba a los lugares donde el terrible Pillan conversaba con el anciano del cabello blanco; cuando Cailloma atravesaba la campiña los guerreros le presentaban sus hijos para que los bendijese i sus armas para que las pusiera bajo la proteccion del dios de la pelea. Las madres, en tanto, ocultaban sus pequeñas hijas, para que la mirada del matchi no les quitase la ternura i sensibilidad de la mujer.

Los mas nobles guerreros no tocaron jamas la orla de su vestido (1). ¿Cuándo puso

(1) Los *matchis*, en la época a que se refiere esta leyenda, usaban traje talar i vivian apartados i sin familia.

Cailloma su planta sagrada sobre el umbral de una choza, sin que sus moradores huyeran despavoridos ante la majestad de Pillan?

Los blancos se habian apoderado del bello pais de las cumbres blancas (Chile); i sus guerreros, ardiendo en ira, pedian a Pillan que enviase sobre ellos el jenio del mal para esterminarlos. Pero, en vano se teñian en sangre las manos del matchi; en vano los mas valientes aguardaban las noches enteras al pié de la montaña para batallar con los malos jenios i escuchar del hechicero la favorable respuesta de la divinidad. Pillan estaba sordo; el dios de la guerra habia desamparado sus guerreros i las majestuosas moradas de los dioses (1) brotaban torrentes de humo i llamas amenazadoras.

El anciano de la blanca cabellera bajaba todas las mañanas de la montaña silencioso i pensativo, contemplando la suerte que aguardaba á su patria.

El dios del mal se complacia en esparcir el desaliento i la muerte en el pais de las cumbres blancas. El indio escuchaba todas las noches el lúgubre graznido del ave del callado volar, i bajo su techo de paja derramaba tristes lágrimas al pensar en la suerte de sus hijos. ¡Ni la sagrada choza del matchi respetaba el fatídico grito de la *coa*!

¡Pobre patria! Sus guerreros han de morir, los dioses que la protejen la han abandonado i el jenio de la guerra se ha refujiado en el bosque!....

Tal era el estado en que se encontraba la patria de los valientes guerreros.

Jamas de la severa frente del matchi se borraban ya las ceñudas arrugas que el dolor le imprimia.

Era una mañana de invierno, la primera luna de las espumas (2) ostentaba su triste atavio; el cielo estaba cubierto de negras nubes, el matchi bajaba de la montaña, i de la choza oculta entre los árboles, se levantaba una débil columna de humo.

Cailloma penetró en su choza con tardo paso, nublada la frente i fijos los ojos en el suelo. Una niña que habia visto solamente quince o diez i seis veces la luna de los nuevos frutos se acercó a él i temerosa de interrumpir su callado pensamiento, le presentó un banco cubierto de pieles.

El anciano siguió su meditacion i la niña junto al fuego, que alzaba su llama en medio de la cabaña, contemplaba pensativa el chisporrotear de los tizones.

El viento jemia, i las ramas de los árboles en su monótono vaiven pasaban cual lijeras sombras por la puerta de la choza.

Largo rato pasó; alzó la niña su frente, i, con voz tímida i dulce: «Padre mio, dijo, todo está preparado.» El anciano, como despertando de un sueño, repliqó: «¡Bien, Ghùlqüendula, puedes marcharte!» La niña cojió de entre el fuego un pequeño fruto i salió de la cabaña.

¿A dónde va esa virjen indiana, que es tímida i candorosa como la tórtola i altiva i jenerosa como el cóndor? Ghùlqüendula, la hija del matchi, la de los ojos negros, siente en su pecho algo desconocido, su corazon comienza la existencia. Ghùlsqüendula, la paloma del pais de las cumbre blancas, la de talle mas flexible que el *payro* (1); encuentra en su alma misterios que no se esplica, necesita respirar en medio de la soledad i comprender el lenguaje de la naturaleza.

Ha llegado ya a esa edad en que el alma despierta del sueño de la infancia, en que se forja visiones dulces i placeres por do quiera; esa edad en que se goza en medio de la mas suave melancolía; esa edad feliz: la edad del corazon.

¿Quién no conserva un recuerdo de esas horas? ¿De esos dias en que el alma, el corazon, la existencia i los sentimientos pueden refundirse en una sola palabra: poesia; de esas horas cuya memoria es el placer de la vejez?

Ghùlqüendula se encontraba en esa edad. Sentada sobre una peña bajo el coposo ramaje que cubria las riberas de uno de los muchos arroyos que surcan el valle, ostentaba toda la hermosura i jentileza de las libres hijas de la selva.

El agua se deslizaba a sus piés murmurando; la brisa jemia entre las ramas i millares de aves regalaban su oido. Ghùl-

---

Bascuñan en su «Cautiverio feliz» consigna esta tradicion. Cap. XIX páj. 361.

(1) Los volcanes.

(2) Junio.

Es sabido que los indios contában los meses por lunas (cújen) i hemos preferido dar la traduccion de su nombre, mejor que el castellano, por acercarnos en lo posible al lenguaje de los indios.

(1) Especie de lirio.

qüendula henchido el pecho de esa dulce melancolía precursora del amor, juguteaba tristemente con las hojas que el viento habia hecho desprenderse de los árboles. Talvez su leve pié ajitaba las cristalinas aguas del arroyo i los pececillos asustados huian lijeros i juguetones.

¡Cuán hermosa era la hija del pais de las cumbres blancas! Los mas nobles guerreros se esforzaban en la pelea para poder presentarle nuevas hazañas. Todas las doncellas palpitaban de envidia al ver la hermosura de la hija del matchi.

El indio, en sus canciones, la llamaba: la joya del pais de las cumbres blancas, el *payro* del valle, la tórtola del bosque; pero ¡ai! el indio al contemplarla en medio del verde de las ramas, la retinta cabellera suelta al viento, los ojos negros como la noche, henchidos de cristalinas lágrimas; habria enmudecido porque era Ghùlqüendula dulce como una noche de estio, hechicera como la inocencia de un niño.

El cantor de las dulces armonías (1) con el corazon lleno de amor habia dicho a la hija del matchi: que era bella como la melancolía, que su planta era mas lijera que la brisa al pasar sobre las flores i que aventajaba su talle a las palmas de ramas sonadoras; pero habria callado trémulo de emocion al contemplar sus formas suaves apénas veladas por lijera túnica.

Sus labios por donde vagaba tristemente la sonrisa de la ilusion se entreabrieron dejando escapar acentos celestiales i suspiros del alma. I cantó así:

«Juguetona corre el agua
Por entre la verde yerba
I los colibris festivos
A todas las flores besan.
El indio juega en el prado
O va a cazar a la selva;
Yo sola jimiendo paso
Solitaria i prisionera.
«Las tórtolas se acarician
Por el ramaje cubiertas;
El indio tiene su amigo
I elije su compañera.
Hasta el cachorro en el monte
Con sus padres juguetea;
Yo solo jimiendo paso
Solitaria i prisionera.»

Súbito la hija del pais de las cumbres blancas se alzó con la noble altivez de las vírjenes hijas de América. Sus ojos negros se fijaban en un jóven español que la contemplaba estático, medio cubierto por las ramas.

—¿Quién eres tú, que sorprendes el canto de una vírjen? ¿Eres acaso el bondadoso Moilen (1) que se oculta en esta selva?

—Hermosa niña, no temas, contestó el jóven, soi un huinca i solo la casualidad me ha hecho interrumpir el canto de una vírjen.

—Jóven, eres hermoso, i los huincas ponen cadenas al pié de los guerreros: hai huincas crueles como hai indios que gozan en el sufrimiento del enemigo. Huinca, eres bello i tus ojos son bondadosos, por eso eres amado en mi corazon, i mi corazon te dice que huyas; los guerreros del pais de las cumbres blancas calman con dificultad la rabia de su pecho.

—Niña, en mi corazon se guardan tus palabras; pero tus guerreros son nobles i no atacarán al que se presenta a ellos sin las armas del enemigo.

—Mi padre conversa con Pillan i los malos jenios pueden decirle: «Ghùlqüendula fué mirada por un huinca i sus labios se desplegaron para contestar a sus palabras.»

—No temas, hija del matchi, el Dios de los huincas es mas poderoso que los dioses que habitan en vuestras moradas de fuego, i él impedirá que los malos jenios digan a tu padre: «Ghùlqüendula ha oido las palabras de un hombre de rostro blanco.»

—¡Jóven, huye, mi padre poco tarda, vendrá pronto a ofrecer el sacrificio a Eponemon i los guerreros le acompañan! Huye, huinca, imploran del dios de las batallas la señal de la pelea, i morireis todos vosotros, si el dios acepta el sacrificio. ¡Huye, jóven de los ojos bondadosos!

—Niña del triste canto, huiré por que tú así lo pides al jóven de los ojos bondadosos; pero queda en el bosque donde se ofrecen sacrificios una niña que dijo a un huinca: «eres amado en mi corazon, i a quien él respondió: en mi corazon se guardan tus palabras.»

—¡Huinca, huye, eres mas bello que todos los guerreros, i mi alma dijo a Ghùlqüendula: «¿por qué te turbas cuando miras a

(1) Poeta.

(1) Dios del bien.

ese jóven de rostro blanco?»; pero ¡huye, que presto llegarán!

—Todos los sonidos que escuche mi oido serán al llegar al corazon el nombre de la niña de los negros cabellos.

—Jóven guerrero, me alejo, no quiero que mis ojos me digan: «hemos visto caer al huinca de la dulce mirada.»

—Nó, hermosa, niña, parto ya; pero ántes mis labios dicen a la hija de la selvas: «¿Puede el huinca volverla a ver en el bosque? Ha oido su canto i sus lágrimas han caido en su corazon.»

—Jóven, Ghùlqüendula ha visto un huinca i lo recuerda en la soledad de la noche, desea volver a verlo; pero teme la venganza de los guerreros. Mi padre llega.»

Partió la hermosa niña i un momento despues el jóven español.

II.

Vivia cerca del lugar donde hoi se alza la ciudad de Rengo, en los primeros años de la conquista, un soldado español llamado don Diego de Miranda. Como se acostumbraba en aquellos tiempos, era dueño de un gran número de indios que se le habian adjudicado a titulo de *encomienda*.

Como hombre elevado por la fortuna, era bajo i orgulloso, i daba a los pobres indios el trato mas cruel. A la muerte de su esposa, le habian quedado un hijo i una hija: el primero, de carácter dulce i corazon bondadoso, protejia a los indios en cuanto le era dable, por cuya razon todos ellos le miraban con el mas tierno cariño; la segunda, era víctima del rudo carácter de su padre.

Don Luis, que así se llamaba el hijo del español, llegaba ya a esa edad en que cambian en el hombre el rostro i los sentimientos. De alta estatura i de gallardo porte, parecia destinado a ser el mas apuesto capitan que ostentara Chile entre sus nuevos hijos.

La mirada dulce de sus grandes ojos azules, su rubia i blonda cabellera, su ancha frente i graciosas facciones prestaban a su persona los mas bellos atractivos.

Su padre, siguiendo la costumbre, habia pensado dedicarlo a las armas; pero queria que ántes adquiriera en España los conocimientos necesarios para lucir en el ejército de Arauco.

Hasta la época de que hablo, no se habia atrevido a realizar su proyecto porque su avanzada edad le hacia temer no ver mas a su hijo.

Don Luis, criado sin los cariños de la madre, al lado de un padre que le hacia sufrir atrozmente i en medio de tantos seres desgraciados, habia adquirido ese carácter melancólico que se reflejaba en su rostro. Si algo dulce encontraba sobre la tierra, era el cariño que profesabaa suhermana.

Cuando su corazon habia comenzado a despertarse, ansió la soledad i se alejaba largas horas de su casa con el pretesto de ir a cazar.—

Una mañana que habia partido cuando aun la aurora no asomaba, dejando que su caballo lo guiase caminando sin rumbo fijo; se internó en un pequeño bosque, donde el silencio de los campos i la belleza del prado trajeron a su mente esos dulces pensamientos en que piensa el corazon.

No habia amado aun, i su alma sin objeto en quien fijar el tesoro de amor que encerraba, se ajitaba en esa inquietud tan dulce i tan amarga. ¿Cuántas visiones halagüeñas se finjia su mente?

Súbito una voz, suave como las armonías lejanas i pura como el cielo de la patria, hirió sus oidos i su pecho sintió algo tan dulce como jamas su fantasia lo habia imajinado.

Trémulo i anhelante, se acercó al lugar de donde la voz partia i escuchó en idioma indio, que él conocia perfectamente, la cancion que os he contado.

Volvió al lado de su padre, estaba mas silencioso que de costumbre: habia brotado el amor en un corazon virjen.

III.

Eponemon estaba vencido, la lluvia del cielo habia apagado el fuego del sacrificio, el dios de los huincas triunfaba: el matchi habia llorado sobre los destinos de la patria i los guerreros fueron a ocultar su rabia en el silencio de la choza.

Era la noche, i la lluvia caia a torrentes, el indio escuchaba en el silbar del viento el grito de las almas de sus padres que maldecian su temor.

Todo era silencio i lobreguez. Solo dos corazones palpitaban en el grato desvelo del amor, i el silbar del viento, el ruido de

las hojas i el sordo bullicio de la lluvia, repetian para ellos palabras deleitosas i lejanos juramentos.

Los rayos del sol coloreaban la blanca cumbre de los Andes i la pálida luz llegaba apénas al hermoso prado cubierto de bosques i de arroyos.

El matchi habia salido de su cabaña; el triste latir de su corazon habia hecho que sus ojos derramaran lágrimas sin conseguir que el sueño enjugara su llanto.

—Un rayo de la luz del alba penetraba en la cabaña i permitia ver en el fondo de ella la mas hermosa i poética escena. Una niña dormia dulcemente en un rústico lecho de esteras i de yerbas. Una negra i espesa cabellera sombreaba su rostro con indefinible encanto, su brazo desnudo le servia de almohada, i a sus esbeltas formas le daba mas realce su voluptuoso abandono. Su pecho se ajitaba suavemente, i su aliento virjinal se escapaba sin esfuerzo. Algunas veces en los hoyuelos de sus mejillas i en su graciosa boca se dibujaba una amorosa sonrisa, i talvez pronunciaba palabras mui dulces a su corazon, sus pupilas entónces parecian diseñarse ardientes de amor i radiantes de alegria bajo sus párpades cerrados i sus pestañas crespas.

La hermosa niña era Ghùlqüendula. Amaba: ya por eso, habia adquirido todas las gracias de la mujer.

Ghùlqüendula habia abandonado la choza; ya en su rostro no se pintaba la melancolía; el amor, la ansiedad i la esperanza le prestaban una hermosura nueva.

Su lijera planta hollaba apénas la yerba. El bosque ya escuchaba sus suspiros, i su aliento se perdia entre las hojas cubiertas de tembladoras gotas de agua.

Los instantes pasaban, i una triste ánsia se iba reflejando en el semblante de la virjen del prado.

¡Cuántos sentimientos ajitaban su amante corazon!

Una hora habia pasado. Algunas lágrimas comenzaban a deslizarse por las mejillas de la amorosa niña.

Súbito se entreabrieron las ramas i don Luis apareció. Un grito de sorpresa i de gozo se escapó de los labios de la feliz Ghùlqüendula.

—¡Huinca, esclamó, la hija del matchi lloraba porque un guerrero le habia dicho volveré; i el guerrero no volvia!

Don Luis no contestó; sus ojos titilaban de amor; todo un poema de ternura se reflejaba en su rostro.

Las horas habian pasado. El esbelto español conversaba dulcemente con el objeto de su cariño. Renuncio a pintar las palabras que entre aquellos dos corazones se habian trocado. ¡Cómo pudiera descubrir una pasion tan pura, tan ardiente i tan bella! Las palabras espresan los pensamientos, el corazon carece de lenguaje.

—Me alejo, Ghùlqüendula, dijo el jóven, es ya la hora en que los pajarillos ocultos entre las ramas celebran el bello sol de la luna de las espumas. La hija del matchi no ha encendido aun el fuego de su cabaña.

—Huinca, mi padre preside la junta donde los guerreros han hincado la lanza en la tierra, los fuegos se han encendido en las cumbres de todos los montes, i todos los jefes, hasta los que están cercanos a las grandes aguas, han tomado un asiento junto a la hoguera del consejo.

El matchi i los guerreros no volverán hasta que un sol nuevo ilumine los Andes, los sacrificios aguardan los primeros gritos de la *coa* para dar principio i en el silencio de la noche repetirán los campos la palabra de los jefes.

—El corazon de un huinca palpita de gozo, la tórtola del pais de las cumbres blancas permanecerá ante sus ojos hasta que el dia oculte sus alegres colores.

—Guerrero huinca, esclamó la niña con la mas triste espresion, no seré tuya.

Don Luis palideció.

—Un guerrero llegará una noche a la puerta de la choza, continuó Ghùlqüendula, lucharé en vano, la voluntad de mi padre dará mayor brio al brazo del que me arrebata! ¡Ai! El corazon me dice: jemirás junto a los fuegos de otras mujeres i bajo el techo de un guerrero que no amarás i que se llamará tu esposo.

—Jamas, esclamó el jóven, el brazo del huinca arrancará a la amada de su alma del centro mismo de las ardientes moradas de los dioses.

—Nó, los guerreros de los agudos dardos estirparán tu raza o morirán todos por los fuegos de sus relámpagos. Yo te amo, huinca; pero los dioses me castigarian, el cielo se oscureceria para mi i mi padre a

morir lanzaria maldiciones de desesperacion si Ghùlqüendula encendiera su fuego en la choza del guerrero que se manchó en la sangre de sus hermanos.

—Hija del matchi, jamas yo podria dar la muerte a los valientes que defienden a su patria.

—Nó; huinca, apártate de mi, tú, si no eres un cobarde que abandona a los suyos, deberias pelear i sacrificar a nuestros guerreros. Yo te he dicho que el corazon de Ghùlqüendula palpita por ti en medio del silencio i de la soledad; pero ¡ai! mi corazon te ama i no quiere que al repetir tu nombre los guerreros esclamen: ¡digno es solo de encender un fuego en la choza de un soldado!

—Hermosa prenda de mi alma, jamas tu amor i tu recuerdo se apartarán de mi. No temas, amada mia, el Dios de los huincas hace temblar al mismo Pillan i tus guerreros no osarán levantar sus armas contra los hombres de rostro blanco....Hai en el cielo, mas allá de las estrellas, una Virjen mas poderosa que la saña del huracan, i esa virjen ama a los hombres que no esconden el crimen en su alma i se complace en protejer a los corazones que se aman con amor puro.

La inocente niña escuchaba las palabras de don Luis con la atencion del que en medio de la desgracia recibe un rayo de esperanza.

Largo rato permaneció en silencio, su rostro iba recobrando poco a poco esa intima espresion de dulce alegria que habia perdido: por fin, esclamó:

—¡Huinca, jóven que ama mi corazon, Ghùlqüendula será feliz a tu lado. Pero en el fondo de su pecho jemirá diciendo: talvez por protejerme, la Virjen del amor puro permite que los guerreros del pais de las cumbres blancas jiman en las cadenas i sirvan como esclavos a los hombres que les arrebataron supatria. Nó; huye, olvida la hija del valle, i tu pecho se encenderá pronto en dulce pasion por otra mujer cuyos ojos sean azules! Ghùlqüendula, cuando en el bosque vaya a buscar leña para el fuego de la cabaña de su esposo derramará lágrimas solitarias, i recordará los dias felices en que se abrasaba en las miradas amorosas del mas bello guerrero.

—Amada mia, jamas, jamas mi pecho dejará de amarte, aunque las grandes aguas me separen de ti i sea blanco el cabello de mi frente. Sí, tórtola del prado, yo te amo i moriré amándote. Ama me tú, la Virjen de los amores castos bendecirá nuestra union, i el indio cazará alegre en el bosque porque ella tambien proteje al débil i al oprimido.

Raimundo Larrain C.

(*Continuará.*)

EL SANTUARIO DE GUADALUPE.

I.

En un rincon escondido
De aquel valle pintoresco,
Donde entre alfombras de flores
Se alza Méjico opulento,

Hace ya mas de tres siglos
Vivia el indio Juan Diego,
Dichoso en su oscuridad,
Del mundo olvidado i léjos.

Era el indio entrado en años,
Piadoso, noble i austero,
De mui elevadas prendas,
De mui nobles sentimientos:

Todos con leal cariño
Le tributaban respeto,
I en verdad lo merecia
Por su conducta i ejemplo.

El trabajo de sus manos
Le daba el diario sustento;
I descanso a sus fatigas
El dulce, apacible sueño,

Que Dios concede piadoso
A las almas de los buenos
Que no se manchan del vicio
En el lodazal grosero!

Pero, ántes de retirarse
De noche al blando silencio,
Juan Diego iba diariamente
A la parroquia del pueblo

A alzar con piedad sincera
Al cielo sus pensamientos
I a implorar merced divina
Del omnipotente dueño.

Una tarde—de la iglesia
A su cabaña volviendo—

Cruzaba una serrania
Por un estrecho sendero;

Sendero, que aunque era triste,
Salvaje, agreste, desierto,
Era mas corto; i sólia
Por eso andarle Juan Diego.

No crecia en todo él
Ni una flor; en varios trechos
Lo interrumpian las zarzas
Dándole penoso aspecto.

En cambio, desde la altura
Era sublime i espléndido
El cuadro que se ofrecia
A los ojos del viajero:

Aparecia a sus plantas
Dilatado, alegre, fresco,
El valle donde sus dones
Mas ricos derramó el cielo;

I mas allá trasparente,
Como un azulado espejo,
Se veia el lago ceñido
De varios i lindos pueblos,

I alzando entre sus espumas
Como un encantado ensueño,
A la emperatriz de Anáhuac
Llena de tristes recuerdos,

Arrullada por las hondas
Al leve rumor del viento,
Adormecida entre flores,
Coronada de cien templos!

I, como marco al paisaje,
El horizonte a lo léjos
Cerrando, inmensas montañas
I un cielo limpio i sereno!....

¡Qué de impresiones profundas,
Qué de tristes pensamientos
Se despertaban entónces
En el alma de Juan Diego!

No hacian sino diez años
Que en el imperio de Méjico
Las banderas españolas,
Se desplegaran al viento!

No hacian sino diez años
Que con horrísono estruendo
Se desplomara i hundiera
El mas poderoso imperio,

Al choque del recio empuje
De algunos aventureros
Que dieron asombro al mundo
Con la altivez de su jenio!

A poco andar oyó el indio
De un dulcísimo concierto
Las hermosas armonías
Que de súbito le hirieron.

Temeroso se detuvo
Sin esplicarse el misterio
De música tan sublime
En medio de aquel desierto.

Era una armonía aquella
Indescriptible, un concento
Inefable, majestuoso,
Que repetian los ecos

Con voces tan delicadas,
Con rumor tan dulce i bello,
Que parecia, sin duda,
Algo de Dios i del cielo.

Poco a poco iluminando
Se fué casi al mismo tiempo
El lugar donde se oia
El magnífico concierto;

I de una luz trasparente
Se fué la esfera tiñendo
Hasta que en luz tan radiante
Se vió todo el mundo envuelto,

Que, atónito ante el prodijio
I deslumbrado Juan Diego,
Cayó postrado de hinojos
De estupor i espanto lleno.

Creció su asombro de punto
Despues de breves momentos
Porque hirió su vista atónita
Un nuevo i mas santo objeto.

Entre el resplandor brillante
De la atmósfera i del cielo
Vió a una mujer bellísima
De la altura descendiendo:

De pedestal le servia
La luna, trece luceros
Eran aureola a su frente;
Llevaba el traje modesto

Que las doncellas indíjenas
Vestian en aquel tiempo,
Mezcla de vivos colores
I de hermosísimo efecto.

A su alrededor jiraban
Mil coros de ánjeles bellos,

Tañendo en harpas de oro
Los armónicos concentos

Que habian arrebatado
Al indio en extásis tierno
I que de sones tan dulces
Poblaban aquel desierto.

La sublime aparicion
Era la reina del cielo,
Era la madre de Dios
Que encerró virjen al verbo!

Se acercó al indio dichoso
Que la adoraba en silencio,
I le dijo estas palabras
De bendicion i consuelo:

«¡Ven! Soi la madre de Dios,
Fuente de la eterna vida;
Soi la virjen concebida
Sin pecado orijinal!
Tú eres hoi el escojido
Para ser el mensajero
De mi culto verdadero,
De mi afecto maternal!

«Vuelve a los tuyos, i cuenta
A los hombres de tu raza
Que a ningun pueblo rechaza
Mi amorosa caridad;
I di a tu obispo a mi nombre
Que es la voluntad de mi hijo
Que en este lugar que elijo
Se me levante un altar!»

Dijo, i no bien concluyera,
La aparicion, el concierto,
La luz, el eco, el perfume
En el mismo instante huyeron;

I todo volvió a quedar
Salvaje, triste, desierto,
En la soledad mas lóbrega
En el mas hondo silencio.

II.

Vedada para los pobres
La entrada de los palacios
Ha estado en todos los tiempos
Desde los siglos lejanos;

Mas para el vicio insolente
Que arrastra opulencia i fausto
Sus puertas de bronce abiertas
De par en par han estado.

¡Injusticia de los hombres!
I es que el corazon humano
Es mas corrompido i duro
Al paso que está mas alto!

Así Juan Diego a las puertas
Del magnífico palacio
Donde reside el obispo
Largas horas pasó en vano.

En vano una i otra vez
Pidiera audiencia: el prelado
Siempre invisible a sus ojos,
Siempre sordo a sus llamados!

Corrieron dias i meses
En esperanzas; al cabo
Lo oyó: i recibió Juan Diego
Otro nuevo desengaño.

«Dame una prueba, le dijo
El obispo, desconfiado,
I creeré solo entónces
Que no eres un visionario.»

Pero, la Virjen María
Que a los suyos presta amparo,
Ni olvidó a su fiel devoto,
Ni lo dejó abandonado;

I para cumplir sus órdenes
Tres veces volvió a llamarlo,
I a dudar volvió tres veces
El incrédulo prelado.

Tanto humillaron al indio
Los repetidos rechazos,
Que temeroso de hallar
A la virjen a su paso,

No volvió a cruzar del monte
El sendero acostumbrado;
I se encerró en su cabaña
Abatido i solitario....

Si le hablaba, «¿qué decirle,
Así pensaba, en descargo
De no haber podido nada
Obtener a sus mandatos?»..

Mas, una tarde de estío
Que, otro camino cruzando,
Iba el indio, como siempre,
Dolorido i cabisbajo,

Halló a la Virjen María
Que por su nombre llamándolo
Así le habló con palabras
De dulce, inefable encanto:

«Vuelve a la montaña, en donde
Por vez primera me viste
I el mandato recibiste
De mi afecto maternal:

Coje las flores que encuentres,
I llévalas al prelado
En prenda de que has hablado
En mi nombre la verdad!»

Corrió en el instante mismo
A la montaña i ¡cuán grato
Fué su asombro al encontrar
Convertido en rico campo

De hermosas i frescas flores
Aquel yermo solitario
Donde ántes solo las zarzas
Crecieron en tristes lazos!

¡Cuán inmenso fué su júbilo
Ante el hecho estraordinario
De que eran testigos mudos
Aquellos montes ingratos!

Habian desparecido
Aquellas zarzas, i en cambio
Los jazmines florecian
La atmósfera perfumando;

I en vez de piedras estériles,
Estaba el campo alfombrado
De rosas de cien colores,
De claveles encarnados!

Sino era ilusion fantástica
Este repentino cambio,
Era, asi pensó Juan Diego,
Un verdadero milagro.

Cojió las flores, con ellas
Reverente, entusiasmado,
Llenó su capa; i a Méjico
Dirijió al punto sus pasos.

En aquel dulce momento
Al horizonte lejano
Bajaba el astro del dia
En magnífico desmayo;

I algunas nubes de púrpura
Destrozadas a pedazos
Reflejaban sus postreros
I melancólicos rayos!

III.

Temblando aun de emocion,
Preso de un santo delirio,
Llegó el humilde Juan Diego
A presencia del obispo.

Le refirió con honrada
Fé, i en lenguaje sencillo,
El grande acontecimiento
De que era feliz testigo.

Quedaron todos atónitos
Los que oyeron del prodijio
La narracion elocuente
Que hacia al obispo el indio;

I a su redor se agolparon
Todos, incluso el obispo,
Majistrados, sacerdotes,
Hombres, mujeres i niños,

Para observar esas flores
De orijen santo i divino
Trasplantadas a la tierra
De los jardines empíreos!

Juan Diego estendió su capa
I ¡o nuevo i mas gran prodijio!
En vez de descubrir flores
Como lo creyera él mismo,

Mostró dibujado en ella
El puro rostro bellísimo
De la reina de los cielos,
Tal como él lo habia visto!

Era la imájen de aquella
Señora que en su camino
Se le apareció, el retrato
De la madre del Dios vivo!

Cayeron todos de hinojos,
I con corazon contrito
Adoraron reverentes
Del cielo los altos juicios!

Hoi un santuario se eleva
En aquel sagrado sitio
Donde la vírjen María
Tamaños milagros hizo;

I el nombre de Guadalupe
Todo el mundo ha recorrido
Unido desde aquel tiempo
Al nombre ilustre del indio!

C. Walker Martinez.

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

Drama histórico orijinal de Ruperto Marchant Pereira.

En la solemne reparticion de premios del año que corre a los alumnos del Colejio de los Sagrados Corazones, se representó por la primera vez el drama con cuyo título encabezamos estas líneas.

La simpatía que arrastraba su argumento, interesante i tierno por demas, su objeto, el afecto que profesábamos a su autor, nos hizo concebir desde el primer momento el pensamiento de dedicarle algunas líneas en *La Estrella de Chile*.

Motivos ajenos a nuestra voluntad nos habian impedido hasta hoi cumplir con nuestros propósitos. Sinembargo creemos que nunca es tarde para enviar a su autor nuestra palabra de aliento i de sincera felicitacion.

Siempre hemos creido que las obras de los jóvenes no deben ser juzgadas con la severidad del aristarco; sino por el criterio indulgente i benévolo del que vé entre los lunares brillar los carácteres del mérito verdadero i de la intelijencia. Sobre todo en Chile, en donde no hai estímulos de ningun jénero, en donde mui pocos aprecian las obras de la intelijencia en su verdadero valor, creemos que es algo mas que un deber alentar a los que cultivan las letras, a los que escriben un libro, tanto mas si son jóvenes, que al dia siguiente pueden trasformar en bellezas los defectos de la obra de la víspera.

Quizá no hai un jénero literario ménos cultivado en Chile que el dramático.

No averiguamos el por qué; citamos el hecho simplemente.

Por eso, el drama de que damos cuenta es una novedad literaria, que no debe pasar desapercibida.

No queremos hacer ni el estracto de su argumento, que es sumamente interesante, ni un detallado exámen de sus bellezas i defectos. Cumple a nuestro modesto propósito, saludar a su autor i estimularlo a continuar en el camino en que ha empezado a marchar con paso tan seguro.

¡Ojalá dedicara su tiempo a la composicion de una obra de mas aliento, en qué tuvieran su lugar las escenas que no tienen cabida en el proscenio de un colejio, i en que desarrollara argumentos sociales, de utilidad práctica, mas bien que hechos que ni pueden arrastrar gran interes ni ser susceptibles de mucha novedad, i en que tuviera su puesto la mujer a quien en la vida real de los hombres i de las naciones le toca desempeñar un papel tan importante.

En este terreno, tenemos fé, que obtendria los mismos aplausos i los mismos triunfos qué ha obtenido con sus ensayos dramáticos en diferentes ocasiones en los actos públicos de un establecimiento, cuyos superiores han contribuido mucho a desarrollar en la juventud el amor al arte i a la literatura.

Marchant ha consagrado las primicias de su talento al colejio en que aprendió las letras i cultivó en su corazon el amor al bien i a la justicia, que deben presidir el plan de toda obra de imajinacion. ¡Que su primer triunfo sea su mejor estímulo en la ingrata pero elevada mision del que consagra su vida a cultivar las dotes de su intelijencia i de su corazon en bien de sus semejantes!

VENTURA BLANCO.

CHARADA.

El murciélago nocturno
I el muchacho regalon
Mi *primera* i mi *tercera*
Lo hacen a toda voz.
Al navio mas pesado
I al esquife mas veloz
Mi *segunda* i mi *tercera*
Faltarles no puede, nó.
Las viejas jamas serán
Mi *todo*, por mas que a Dios
Lo pidan; pero las niñas,
Siempre ¡felices! lo son.

Contenido de este número.

I.—Poetas contemporáneos de Alemania, por Zorobabel Rodriguez.
II.—Cancion indiana, poesía, por Celta.
III.—Filolojía, por Juan de Arona.
IV.—Tus ojos i tus miradas, por J. O.
V.—Cailloma, leyenda indiana, por Raimundo Larrain C.
VI.—El santuario de Guadalupe, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
VII.—El último dia de Polonia, por Ventura Blanco.
VIII.—Charada.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPEDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, diciembre 4 de 1870. Núm. 166.

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

En tiempos en que no hai nada bueno que no reciba diarios i tenaces ataques; en que se ha declarado guerra, i guerra a muerte, a todo lo que lleva el sello de relijiosidad, no estraña ver levantarse a cada paso enemigos encarnizados de la Compañía de Jesus. No nos admiran los ataques, ni nos alarma su repeticion. Ello es lójico. Lo que nos estraña es la indiferencia con que se les recibe i el miedo que llegan a imponer hasta a los mas sinceros creyentes.

Si juzgáramos a los jesuitas por el número de sus amigos i defensores que se atreven a presentarse en público como tales, probablemente llegaríamos a creer que forman una institucion que no tiene cabida en nuestro suelo, que están condenados a ser los párias de la humanidad.

Pero al ojo ménos perspicaz no se oculta que semejante juicio está mui léjos de ser exacto, siquiera probable.

La Compañía de Jesus cuenta en Chile con sinceras adhesiones; i por cada ataque que recibe en público recibe tambien cien testimonios sinceros de admiracion i afecto.

I no necesitamos de mucho esfuerzo para probarlo. En sus aulas reciben la instruccion relijiosa, científica i literaria numerosos jóvenes, a quienes no avergüenza el nombre de amigos de los jesuitas, i que se honran de serlo.

Este folleto sale hoi a la luz pública para golpear la puerta de toda persona que tiene la suficiente imparcialidad para reconocer la verdad i el bien, en donde se encuentra.

Nuestro ilustrado amigo Máximo R. Lira ha empezado hoi la cruzada contra el error, i cercenando a sus tareas diarias i al descanso muchas horas ha venido a arrebatar, una vez mas, la máscara a los difamadores de oficio, a los incrédulos de siempre, que con el nombre de historia de los jesuitas borronean panfletos ridículos, indecentes, que a nadie convencen, sino a los convencidos de antemano.

El *Código de los Jesuitas* publicado por la imprenta de *La Patria* de Valparaiso, en el año que corre, pareció quizá a algunos ilusos destinado a dar el golpe de gracia a una institucion que cuentá tantas persecuciones i tantos triunfos como años de existencia.

Pero se contaba demasiado con la ignorancia del pueblo, a quien iba dirijido principalmente, con la indiferencia de muchos, i (quizá no nos engañamos) con el miedo de todos.

La Estrella de Chile al anunciar la publicacion mencionada ofreció hacer su análisis, refutar sus errores, lanzar a la cara de los que no tienen siquiera el valor de la responsabilidad i que se ocultan detras del anónimo, el mentis que merece la calumnia cínica i grosera, los que propalan la inmoralidad, invocando la santa libertad de la prensa.

Desde entónces acá, semana a semana, la verdad ha ido apareciendo mas clara i mas patente, i estamos seguros que semana a semana habrá ido creciendo el rubor i la vergüenza de los editores del panfleto, si es que son susceptibles de vergüenza i de rubor los que hieren por la espalda, los que necesitan mentir para escribir la historia.

No hace mucho la prensa reproducia ciertas palabras del Papa Pio IX, que recibian su confirmacion en esos mismos dias en la diócesis de un obispo a quien hablaba con esa esperanza que nunca vacila, porque está basada en la promesa de Dios.

«La juventud, decia, vuelve sus ojos a Roma. En ella busca la luz de la verdad; se acerca a la cátedra de Pedro i abandona la incredulidad i los errores, que se ocultan bajo el pomposo nombre de filosofía.»

I el Pontífice hablaba inspirado. En Chile hai quienes se llaman católicos i que

no tienen vergüenza en acercarse a los jesuitas. El folleto de Máximo R. Lira es la mejor prueba.

Quizá no hai una sola institucion que haya recibido mas tenaces, mas rudos, mas continuos ataques que la Compañía de Jesus.

Creada para la guerra nació al frente del enemigo, i desde entónces no ha esquivado un solo ataque, ni ha abandonado la brecha un solo instante.

Pocos años despues de su fundacion, i en el tiempo en que otras instituciones apénas dan sus primeros i vacilantes pasos, la Compañía de Jesus habia enviado sus mensajeros de paz a todo el mundo.

Miéntras en Europa luchaba con el protestantismo, en Asia i en América pugnaba con la barbarie. En donde los conquistadores europeos en nombre de la civilizacion levantaban los cadalzos en que desaparecian a millares los indíjenas, i en los campos en donde no quedaba ni siquiera la memoria de sus primitivos moradores, el jesuita plantaba una cruz i a su alrededor se agrupaban los oprimidos buscando la salvacion i la vida.

Su tren de conquista material no consistia sino en un breviario i una cruz, i una fé i una caridad en el alma a toda prueba.

¡Quién derramó jamas una lágrima en las misiones de los jesuitas!

El Paraguay i Arauco fueron el objeto de su solícita i tierna caridad. I por eso se esplica facilmente por qué encontraron siempre en su camino dificultades de todo jénero. En las colonias militares, el indio era una mercancia, en las misiones, un hermano; en aquellas una bestia de carga, en estas un hijo de Dios.

No se necesita de grandes esfuerzos ni de latos conocimientos históricos para saberlo; no hai un solo niño de escuela que no conozca a los misioneros que hicieron felices i civilizados a los *guaraníes*, al incomparable Valdivia que fué el primero que levantó su voz en defensa del araucano, anticipando así las ideas i los principios proclamados un siglo mas tarde en medio del asombro mudo de la humanidad.

¿Era posible que los que tales cosas hacian no tuvieran por premio el odio encarnizado de los que en ellos veian la barrera insuperable que les arrebataba el lucro que producia el crimen?

Mas tarde, cuando no se trataba de conquistas, cuando era necesario consolidar i hacer fructífera la obra consagrada con el sacrificio de cien pueblos, los jesuitas fueron los primeros en abrir las escuelas.

En sus aulas se ilustraron muchas jeneraciones, i en sus claustros crecieron grandes glorias de la América, que, en medio de la vertijinosa tarea de empequeñecer todo lo que lleva el sello de relijion, son recordadas con respeto i profunda veneracion.

Si no fuera estralimitar el modesto plan que nos hemos señalado, quizá no seria fuera de propósito entrar en el análisis de muchos cargos que se repiten dia a dia, sin conseguir en el último convencer mas que en el primero.

Nada es tan fácil como acusar, dice la Historia del Concilio de Trento: pero nada tan difícil como defenderse. El calumniador se atreve a vender por verdades las invenciones, mas el que se defiende de ellas tiene el improbo i árduo trabajo de probar que son invenciones i no verdades. Para estampar una calumnia basta una sola palabra, empero para convencerla de tal, por lo comun, son menester muchos pliegos.

En el dia difícilmente podria encontrarse un crímen que no se haya imputado alguna vez a los jesuitas; ni responsabilidad que no se haya hecho pesar sobre ellos.

Pero, para fortuna de la humanidad, han sobrado en todos los tiempos quienes han tenido el suficiente valor para marchar de frente contra las preocupaciones, i decir bien alto la verdad clara i desapasionadamente.

Para el autor del Código de la Compañía de Jesus el jesuita en los imperios predica el rejicidio i en las repúblicas la negacion de la libertad. Evanjeliza al pueblo incitándolo al fanatismo, cerrándolo puede decirse, en un anillo de fierro, i al jesuita que tal predica se le acusa de ser sostenedor del probabilismo.

El jesuita es la piedra de escándalo. ¿De quiénes?

Predica la disolucion, favorece la simonía, es el que marcha a la vanguardia de la corrupcion social. I sinembargo esos jesuitas son los que no cesan de decir al pueblo que deben obedecer i respetar a las autoridades; i a éstas que deben amar al pueblo. I esos jesuitas son los que llevan a todos los hogares una enseñanza i un

ejemplo que evanjelizan, que instruyen a la juventud, que la inspiran el amor a las ciencias i al arte, porque como decia Federico II, es necesario dejar a los jesuitas o que falte toda enseñanza.

¿En dónde hai un jesuita, sin que haya una escuela? En dónde un convento sin que haya una academia? Quién se ha acercado una vez sola a sus colejios sin aprender algo, sin encontrar una idea elevada, un pensamiento de adelanto?

¿En qué ramos de ciencias, de letras, de artes, no tienen los jesuitas, no diremos iniciados, sino maestros? En qué universidad no se citan las doctrinas de sus escritores. ¿En qué escuela no hacen autoridad sus teorias?

I cuando se vé esto, que creemos un verdadero prodijio, i contemplamos que no hai tormento, que no hai martirio de que no se haya echado mano para aniquilar esta institucion, no se puede ménos de reconocer que ahí está la mano de Dios.

Pero la Compañía de Jesus no solo no ha perdido en nada con estos ataques sino que se ha levantado cada dia mas vigorosa i resuelta a la resistencia aprovechando las fecundas, aunque amargas, lecciones de la esperiencia, que para ella ha sido una verdadera *via-crucis*.

Los jesuitas pueden repetir con el Maestro: mi reino no es de este mundo.

Sério i digno estudio seria el de los que podriamos llamar medios, de los resortes de su regla para procurar esa homojeneidad incontrastable, esa unidad a toda prueba, ese espíritu de cuerpo incorruptible, que molde de fundir jesuitas.

«Los jesuitas, escribe el mas encarnizado enemigo de la Compañía, D'Alembert, son tropas de línea i bien disciplinadas bajo el estandarte de la supersticion...forman la columna macedonia, cuya ruina i esterminio importa tanto a la razon; porque no mereciendo los frailes de las demas órdenes otro concepto que el de cosacos o jenizaros, tendrá poco que hacer la filosofía para destruirlos o dispersarlos, cuando se vean solos en el combate. La ruina de los jesuitas arrastrará bien pronto la de sus enemigos los otros regulares, no con violencia sino lentamente i por la vía de la insensible transpiracion.»

Este espíritu de cuerpo, que no puede estar basado sino en el bien i en la justicia, que es lo único que da fuerza i estabilidad a las instituciones, fué sin duda el que esquivaron los consejeros de Cárlos III al levantar sus sijilosas i oficiales pesquisas, sin audiencia de la Compañía ni particulares individuos, para obtener lo que se llamó la seguridad del trono i la tranquilidad del reino.

Hai una idea dominante en toda obra en que pone mano la Compañía de Jesus, i es la mayor gloria de Dios.

Por eso no ha temido a las persecuciones, ni las rehuye siempre que cumple con su fin. Por eso sus trabajos llevan el sello de la abnegacion.

Perseguida en una gran parte de los Estados de la Europa halló un asilo en Prusia i en Rusia que no profesaban el catolicismo. I cuando, calmadas las pasiones, se vió la luz, todas las puertas volvieron a abrirse para los jesuitas que llevaban consigo la moral mas pura, la ilustracion, el consejo.

I la España que habia sido la primera en iniciar en 1767 la cruzada contra la Compañía, cuarenta i ocho años despues de su estrañamiento, pedia por el órgano de los arzobispos, de los obispos, de las diputaciones, de los ayuntamientos, «que considerando S. M. el lastimoso estado a que habia venido la educacion en esos reinos, del escandaloso progreso que habian hecho en ellos la irrelijion, el libertinaje i los dogmas subversivos con que los apóstoles de la impiedad i los sofistas de la rebelion, habian atacado sucesivamente la seguridad del altar i el trono, puesto en combustion la Europa i cubierto de horror, carnicería i crímenes todos los Estados del mundo católico... se dignara, a imitacion del Pontífice reinante, restablecer en esos dominios la Compañía de Jesus, espulsada de ellos perpetuamente, en virtud de la providencia arrancada por sorpresa i por esquisitas e indebidas maneras al magnánimo i piadoso abuelo de S. M. el señor don Cárlos III.»

Hemos copiado literalmente el resúmen de la vista fiscal del juicio sobre restablecimiento de la Compañía en los dominios de la corte de España. Es un documento que habla mas alto que nuestras palabras. Todo habia desaparecido con la espulsion de los jesuitas. El pueblo, todas las clases sociales pedian su restablecimiento, no como una esperanza del porvenir, sino como un remedio necesario del presente.

¡Oh! esto no necesita de comentarios!

La Compañía de Jesus estaba vindicada por una nacion entera, que la llamaba nuevamente a dirijir sus establecimientos de educacion, a moralizar su pueblo, a elevar su hogar.

Sinembargo, los enemigos no cesan de atacarla; i entre nosotros no ha faltado quien haya emprendido esta cruzada de necedad i de intolerancia.

El folleto que vé hoi la luz pública es la coleccion de los artículos en que se han refutado los principales cargos, las mas groseras calumnias del panfleto *El Código de los Jesuitas*.

El público, desapasionado i justiciero, apreciará los hechos en su verdadero valor. A él va dirijido, no a aquéllos a quienes podria aplicarse las palabras de M. Deseze «quereis tener la imparcialidad de jueces, i empezais por abrigar los odios de los acusadores.»

Hai una vindicacion que vale mas que muchos libros. Esta la tienen los jesuitas en su conducta, en su ilustracion, en su sagacidad proverbial. El que se acerca a ellos, no puede ménos de amarlos i de respetarlos, reconociendo cuán justa es la observacion del periodista frances: «Yo concibo que se odie a los jesuitas cuando se tiene la desgracia de odiar a Dios.»

La contienda está terminada; la humanidad entera ha fallado ya en favor de aquéllos que profesan ideas de mas porvenir, i abrigan jérmenes mas benéficos i fecundos.

Debemos agregar mui pocas palabras respecto del mérito del folleto, porque no necesita de mas recomendaciones que su lectura i el nombre de su autor, conocido ventajosamente en los círculos literarios.

Difícilmente en ménos pájinas se habria podido dar pruebas de mas sólidos estudios, de mas sana crítica, de un juicio mas claro i desapasionado.

Lira ha pagado con esta obra, mas que un tributo a sus maestros, un homenaje a la verdad i al buen sentido que dirije a la juventud chilena.

VENTURA BLANCO.

LAS FLORES.

(IMITACION DE MME. VALMORE).

«Il est si beau de mourir ir jeune, et de rendre a Dieu qui nous juge un vie encore pleine d'illusions!»
M. H. de Latouche.

¡Aire, perfumes, flores!—Dadme flores
Que embalsamen mis dias.
Pero ellas presto mueren....¡como ellas
Yo morir desearia!

¡Oh! i morir jóven ¡sí!—Cuando aun alumbra
Bello sol nuestra dicha;
Cuando aun de la esperanza los celajes
Cruel realidad no eclipsa.

Ménos que una borrasca, un soplo a veces,
I la flor ya es marchita:
¡I una lágrima solo, cuántas, cuántas,
Tortura es de una vida!

¡Ah! felices aquéllos que en un solo
Dolor paran la cifra;
En un solo dolor, en el primero,
Como la flor caida!

Morir jóven, morir!—No hubiera entónces
Amargas despedidas;
No hubiera adios tan largo..¡Ah! sí, i hubiera
Conciencia mas tranquila!

Pero, nó!—El viento sopla i al acaso
Hiere con furia impia
Al roble secular, al haya enhiesta
I a la violeta tímida.

I a la rosa tambien....Vuelan sus hojas,
Belleza, ¿i tu confias?
I tambien al laurel....¡Son tan precarias
¡Oh gloria! tus conquistas!

Por eso, yo como las flores quiero
Que discurran mis dias;
I si ellas mueren presto, como ellas
Yo morir desearia!

EMILIO BELLO.

LOS SEMBRADORES

GILBERT, EMPARAN I CA.

Ha llegado a nuestras manos uno de los impresos costeados por la Sociedad Biblica que de cuando en cuando vemos distribuir grátis a quienes quieren recibirlos. Es un folleto o periódico que se publica por entregas i se llama *El Sembrador*. Su autor es el *reverendo* Mr. Gilbert, que parece haber asociádo a sus trabajos *apostólicos* al famoso Emparan, que nuestros lectores deben conocer, de nombre al ménos.

Comienza la entrega de que hablamos con el *Símbolo de los Apóstoles*, a la protestante, es decir, mutilado; en él han suprimido de un tajo nada ménos que toda *la vida perdurable*.

Al pié de la primera pájina, se lee la siguiente nota:

«Este credo presenta un sumario de los *hechos del Dios uno i trino*, desde la creacion del mundo hasta la resurreccion del cuerpo.

«En cuanto a su enseñanza es apostólica i nosotros *tenemos obligacion de creerlo*, no obstante es jeneralmente admitido que no tenemos pruebas concluyentes para creer que los apóstoles mismos lo escribieron. No podemos encontrarlo en su forma actual ántes del siglo tercero, ni en ninguna forma ántes del segundo siglo.»

¿En qué quedamos, Mr. Gilbert, es apostólico o nó el orijen del credo?—Comenzasteis diciendo que «su enseñanza es apostólica» i concluis diciendo que no se le encuentra «en ninguna forma ántes del segundo siglo.»

¡Vamos! Lo que hai sencillamente es que, con ser *doctor* i *doctor reverendo*, no entendeis mas de estos asuntos que nosotros de caldeo.

Mui incapaces de discurrir debe creer a sus fieles el *pastor* que, despues de enseñarles que no se debe creer nada mas que lo que está en la Biblia, les dice que «tenemos obligacion» de creer el *Símbolo de los Apóstoles*, trasmitido por la tradicion.

Al llegar en el credo a las palabras *la santa Iglesia católica* hai una llamada para otra nota que dice:

«Es decir, la Iglesia universal e invisible que abraza a todos los cristianos verdaderos, asi en la tierra como en el cielo, a todos los que tienen fé en Jesus cumpliendo con la voluntad de Dios.

«La palabra *católico* consta de dos palabras *griegas* que significan la una, *con respecto* i la otra, *todo*. El sentido orijinal es *universalidad*. La Iglesia romana no es universal, ménos de una mitad de los que se llaman cristianos pertenecen a esta Iglesia; tampoco la iglesia protestante es universal ni podemos decir que abraza a todos los que son cristianos verdaderos. Si la palabra «*católica*» en el credo, significa, *verdadera i santa*, puede decirse que cada iglesia particular que es *santa*, es tambien *católica*.

«La iglesia protestante es *santa* en cuanto a sus doctrinas; todas se sacan de la Biblia. En cuanto a sus sacramentos, puesto que practica todos los que Jesus estableció; en cuanto al carácter de sus comulgantes, de sus fundadores, siendo el caso, que la iglesia protestante fué establecida sobre los principios sanos, buenos i eternos de la enseñanza de los profetas, de los apóstoles i Jesucristo mismo, los gloriosos fundadores de la relijion cristiana.»

Sin gastar tanta erudicion griega, *católico* quiere decir *universal*. ¿Son universales las innumerables sectas protestantes? Las mas antiguas datan del siglo XVI i hasta hoi mismo han estado naciendo cada dia nuevas sectas de la estravagante doctrina del libre exámen. ¿Qué número de prosélitos tienen cada una de esas sectas para que pueda merecer el título de universal? Porque no se las debe considerar a todas en conjunto, sino separadamente, puesto que no hai entre ellas unidad de doctrinas. No son, pues, ni pueden ser universales, porque la sola multiplicidad escluye absolutamente la universalidad.

«La iglesia protestante es santa» escribe con mucho aplomo Mr. Gilbert, i si, como lo escribe, lo dijera de viva voz, no seria estraño que no le salieran los colores a la cara.

Si, *santa*, mui *santa* es la doctrina luteraná que quita al hombre su libre albedrío i lo deja reducido a una máquina que roba, fornica, asesina i blasfema ciega, fatal e irresponsablemente. *Santa* es la máxima protestante *crede firmiter et pecca fortiter*—*cree con firmeza i peca sin tasa*. *Santa* la doctrina calvinista que enseña que está mas dignamente preparado para comulgar

el que tiene mas i mas graves pecados. *Santas, santísimas* son por último, todas las abominaciones que los protestantes han creido aprender en el mas santo de los libros; pero que en realidad no estaban en la Biblia sino en los corazones de los bíblicos.

Santo es tambien el protestantismo en sus fundadores. Lutero, el soberbio patriarca de la reforma protestante, el fraile lujurioso que atropellaba sus votos i seducia a una monja, era *santo*. Calvino a quien las autoridades marcaron a fuego por licencioso, era *santo*. Enrique VIII el voluptuoso, el sanguinario, Enrique VIII, el asesino de su lejítima esposa, el decapitador de sus concubinas, era *santo*. *Santos* eran, por último, todos esos *evanjélicos* apóstoles de la reforma que propagaban sus delirios a sangre i fuego.

Pero, no es ésa la parte mas curiosa del folleto, lo que hai famoso en él es la disertacion en forma de diálogo con que le da fin el mui conocido Emparan.

El reverendo Gilbert debió recordar sin duda aquel testo que dice que Dios elije lo débil para confundir a lo fuerte. En sus adentros debió razonar así: a Jesucristo le bastaron doce pescadores para conquistar el mundo a la fé cristiana, ¿no tendré yo bastante con un relojero para *convertir* a Chile a la fé protestante?—I desde entónces, debió quedar elejido cooperador apostólico nuestro Emparan.

Pues bien: la colaboracion de Emparan versa sobre el deber de examinar la Biblia por nosotros mismos. I parece haber querido probar con su insulso diálogo que no hai en el mundo libro mas claro que la Biblia. Sintiendo de veras que esté de por medio la persona del Emparan, a quien no querriamos, por respeto a nuestros lectores, hacer los honores de una refutacion, dejamos la palabra sobre esta cuestion de la claridad de la Biblia a un PROTESTANTE. Es O'Callaghan, que se espresa así:

«Llevados los primeros reformadores de su espíritu de oposicion a la Iglesia Romana reclamaron a voz en grito el derecho de interpretar las Escrituras conforme al juicio particular de cada uno;... pero, afanados por emancipar al pueblo de la autoridad del pontífice romano, proclamaron este derecho sin esplicacion ni restricciones, i las consecuencias fueron *terribles*. Impacientes por minar la basa de la jurisdiccion papal, sostuvieron sin limitacion alguna, que cada individuo tiene indisputable derecho a interpretar la Sagrada Escritura por sí mismo; i como este principio tomado en toda su estension era insostenible, fué menester, para afirmarle, darle el apoyo de otro principio, cual es, que la Biblia es un libro fácil, al alcance de todos los espíritus, que el carácter mas inseparable de la revelacion divina es una gran claridad: principios ambos, ora se los considere aislados, ora unidos, son incapaces de sufrir un ataque serio.

«El juicio privado de Muncer descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza i las grandes propiedades son una usurpacion impía, contraria a la natural igualdad de los fieles, e invitó a sus secuaces a examinar si no era ésta la verdad del hecho: examinaron los sectarios la cosa, alabaron a Dios, i procedieron en seguida por medio del hierro i del fuego, a la estirpacion de los impíos, i a apoderarse de sus propiedades. El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia que las leyes establecidas eran puramente restriccion de la libertad cristiana; i héos aquí que Juan de Leyde tira los instrumentos de su oficio, se pone a la cabeza de un populacho fanático, sorprende la ciudad de Munster, se proclama a sí mismo rei de Sion, toma catorce mujeres a la vez, asegurado que la poligamia era una de las libertades cristianas, i el privilejio de los santos. Pero si la criminal locura de los paisanos estranjeros aflije a los amigo de la humanidad i de una piedad razonable, por cierto que no es a propósito para consolarlos la historia de la Inglaterra, durante un largo espacio del siglo XVIII. En ese período de tiempo, levantáronse una innumerable muchedumbre de fanáticos, ora juntos, ora unos en pos de otros, embriagados de doctrinas estravagantes i de pasiones dañinas, desde el feroz delirio de Fox hasta la metódica locura de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel hasta la necia impiedad de *Praise-God-Barebones*. La piedad, la razon i el buen sentido parecian desterrados del mundo, i se habian puesto en su lugar una estravagante algarabía, un frenesí relijioso, un celo insensato: todos citaban la Escritura, todos pretendian haber tenido inspiraciones, visiones, arrobos de espíritu, i a la verdad con tanto fundamento lo pretendian unos como otros.

«Sosteniase con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio i la dignidad real; pues que los sacerdotes eran los servidores de Satanás, i los reyes eran los delegados de la Prostituta de Babilonia, i que la existencia de unos i otros era incompatible con el reino del Redentor. Esos fanáticos condenaban la ciencia como invencion pagana, i las universidades como seminarios de la impiedad anti-cristiana. Ni la santidad de sus funciones protejia al obispo, ni la majestad del trono al rei: uno i otro eran objeto de desprecio i de odio, i degollados sin compasion por aquellos fanáticos cuyo único libro era la Biblia, sin notas ni comentarios. A la sazon estaba en su mayar auje el entusiasmo por la oracion, la predicacion, i la lectura de los libros Santos; todos oraban, todos predicaban, todos leian, pero nadie escuchaba. Las mayores atrocidades se las justificaba por la Sagrada Escritura; en las transacciones mas ordinarias de la vida se usaba el lenguaje de la Sagrada Escritura; de los negocios interiores de la nacion, de sus relaciones esteriores, se trataba con frases de la Escritura; con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones; i todo era no solo justificado, sino tambien consagrado con citas de la Sagrada Escritura. Estos hechos históricos han asombrado con frecuencia a los hombres de bien, i consternado a las almas piadosas; *pero, demasiado embebido el lector en sus propios sentimientos, olvida la leccion encerrada en esta terrible esperiencia: a saber, que la Biblia sin esplicacion ni comentarios, no es para leida por hombres groseros e ignorantes.*

«La masa del linaje humano ha de contentarse con recibir *de otro* sus instrucciones, i no le es dado acercarse a los manantiales de la ciencia. Las verdades mas importantes en medicina, en jurisprudencia, en física, en matemáticas, ha de recibirlas de aquellos que las beben en los primeros manantiales: i por lo que toca al cristianismo, en jeneral se ha constantemente seguido el mismo método; i siempre que se le ha dejado hasta cierto punto, *la sociedad se ha conmovido hasta sus cimientos.*»

Las palabras de O'Callaghan no necesitan comentarios.

Una observacion, pues, i habremos concluido.

Miéntras intelijencias ilustradas declaran que en la Biblia han encontrado un libro lleno de dificultades i de misterios, son los zapateros, los carniceros i los.....relojeros ambulantes los que la encuentran clara como el agua.

RAFAEL B. GUMUCIO.

¡AI!....TE LO DIJE!

—Esplicame por Dios, Celia,
Qué es eso que amor se llama;
Pues de estar enamorado
Muchas sospechas me asaltan.

Te contaré lo que siento
En unas pocas palabras:
I, si es amor, un remedio
Dame que me dé la calma.

El corazon me palpita
Con una violencia estraña,
I siento dentro del pecho
Las emociones mas raras.

Siempre en vela me sorprende
La primera luz del alba,
I si duermo, sueño...sueño...
Con visiones que me encantan.

En medio de ellas descubro,
Llena de hechizo i de gracia
Una niña...

—¡Ya voi viendo
Que tu sospecha es fundada!

—El nombre de aquella niña
Dentro mi pecho se guarda,
I cuando estoi léjos de ella
Triste se ajita mi alma.

Es algo grande, infinito,
¡Yo no sé lo que me pasa!
Pero en la música escucho
El eco de sus palabras.

Si tibia alumbra la luna
Cuando la noche está en calma,
El campo, la mar, la brisa
Todo, todo de ella me habla.

Es algo vago, indecible
Lo que hácia ella me arrastra

No sé si es amor...
—¡Es claro!
¿I qué duda te quedaba?

—No sé si gozo, si sufro,
Dulce tristeza me embarga;
Pero sé que soi dichoso
Si su voz mi oido halaga.

Cuando en tí fijo los ojos
I se hallan con tus miradas...
¡Ai!....te lo dije. Perdona
Que me ha traicionado el alma.

Esto siento. ¿Amor es esto?
¡Qué! te pones colorada!
—Nó, sino...
—Dame el remedio
Que me devuelva la calma.

Santiago, noviembre 13 de 1870.

R. Larrain C.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

Durante el mes de noviembre ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones hechas por las prensas de la república:

Criaderos minerales de la Placeta Seca i su esplotacion por M. Mières.—1 vol. en 4.° de 79 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Esta publicacion es un estudio sobre las minas situadas en el lugar denominado *Placeta Seca* en la cordillera del departamento de Rancagua. El señor Mières dá a conocer primeramente con mucha minuciosidad la topografía del asiento de los minerales i sus alrededores. Describe i examina despues la naturaleza i forma de los criaderos metalíferos, considerándolos bajo el punto de vista científico i el meramente especulativo.

La parte mas estensa de la obra es la que trata de la esplotacion, ocupándose en ella de las herramientas que se usan en esos minerales i los demas medios necesarios en los trabajos de ellos, tales como la maquinária, la pólvora, el carbon, etc. incluyéndose tambien algunas interesantes observaciones sobre la contabilidad en materia de minas.

El autor termina su memoria con varias indicaciones dirijidas a los mineros de las provincias de Santiago i demas del sur, referentes a la necesidad de tomar en comun ciertas medidas que tiendan al mantenimiento i mejor éxito de sus trabajos.

Elementos de anatomía jeneral o de histolojía.—1 vol. en 4.° de 115 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

Nociones de anatomía quirúrjica especial.—1 vol. en 4.° de 39 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Entendemos que los dos opúsculos anónimos precedentes han sido redactados siguiendo las esplicaciones del profesor del ramo en la Escuela de Medicina.

El Cerro de la Campana, (cuento), por Ruperto Marchant Pereira.—1 vol. en 8.° de 100 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Este interesante trabajo de nuestro amigo Marchant Pereira publicado ya en las columnas de este mismo periódico se ha dado a luz en una elegante edicion que enriquece con un volúmen mas la *Biblioteca de «La Estrella de Chile.»*

Memoria *acerca de la reforma del sistema de pruebas para obtener el grado de bachiller en humanidades* presentada a Consejo Universitario por el prebendado don Joaquin Larrain Gandarillas.—1 vol. en 4.° de 41 páj.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

En uno de los números anteriores de *La Estrella de Chile* se ha ocupado de esta publicacion nuestro compañero don Rafael B. Gumucio en un interesante i estenso artículo.

Almanaque divertido para 1871.—1 vol. en 4.° de 50 páj.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

Este almanaque no tiene de *divertido* mas que el nombre.

La gran cuestion del dia—La libertad.—Opúsculo por monseñor Segur.—1 vol. en 8.° de 286 páj.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

De esta publicacion, notable como todas las que salen de la pluma de monseñor Segur, dará dentro de poco un juicio crítico alguno de los redactores de este periódico.

Los constituyentes chilenos de 1870 por Justo i Domingo Arteaga Alemparte.—

Entrega 4.ª—1 vol. en 4.° de la pájs. 289 a la 384.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

La felicidad en el matrimonio o continuacion de los secretos del pueblo por Martin Palma.—Entregas 1.ª, 2.ª i 3.ª en 4.° con 152 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Estatutos de la sociedad anónima denominada «Hotel Santiago.»—1 vol. en 8.° de 8 páj.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Roberto el diablo (Libreto de esta ópera).—1 vol. en 8.° de 42 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.— Santiago.

Sesiones de la Cámara de diputados de 1870.—1 vol. en 4.° mayor, de 937 pajs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Informe *que el superintendente del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso presenta al supremo gobierno por el año de* 1869.—1 vol. en 4.° con 17 pájs. i 25 hojas de diversos tamaños, conteniendo estados, tarifas, etc.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

La última palabra de Rocambole por Ponson du Terrail.—Entrega 1.ª—1 vol. en 4.° de 48 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

Cuenta jeneral de las entradas i gastos fiscales de la república de Chile en 1869.—1 vol. en folio de 169 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Memoria *que el Asesor del Banco del Sur presentó a la Junta Jeneral de accionistas en sesion de* 15 *de setiembre, correspondiente a las operaciones del primer semestre*.—1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Imprenta *Nueva*.—Chillan.

Guerra entre Francia i Prusia en 1870. 2 vol. en 4.°.—Entregas 3.ª i 4.ª desde la pájs. 97 hasta la 192.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Catálogo *de los animales reproductores i gordos presentados a la Esposicion organizada por la sociedad Nacional de Agricultura*.—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Ex change tables *showing the Chili currency produced on sterling money, and vice-versa*.—1 vol. en 4.° de 36 pájs.—Imprenta *Albion*.—Valparaiso.

Varios nuevos campeones han aparecido en la arena del periodismo, durante este mes. El Artesano redactado por don F. E. Salas Ramirez, i La Campana, periódicos ámbos de Santiago, han vuelto otra vez a vivir despues de una desaparicion no corta. ¡Se merecen para renacer jemelos!

La colonia francesa de Valparaiso ha fundado un periódico semanal con el título de Courrier du Chili para que sirva de órgano a sus intereses. Por su parte, los residentes alemanes de esa ciudad han comenzado tambien a publicar otro periódico que lleva el nombre de Deutsche Nachrichten, el cual, por motivo de la aceptacion que ha tenido, desde el segundo número ha aumentado su tamaño i en vez de ser quincenal, como habian anunciado sus editores, aparecerá en adelante semanalmente.

En San Felipe se ha comenzado a dar a luz El Observador No conocemos aun este periódico, pues no ha llegado a nuestras manos ninguno de sus números.

El Progreso de Santiago dejó de existir el último dia de noviembre. Sus redactores han pasado a serlo de *La Libertad*, diario que ha sido comprado por don Luis Cousiño a sus fundadores los hermanos Arteaga Alemparte, quienes se retiran del periodismo.

Ramon C. Briseño.

A ELLA.

Hai un dia feliz en mi memoria,
Un dia de dulcísima ventura
En que alumbrara mi existencia oscura
De tus amores la esplendente luz:
Era mi vida interminable noche
I tú le diste al fin una alborada
Aquella vez que alegre, apasionada
Me dijiste: «mi dicha serás tú.»

Tu amor me declaraste cuando mi alma
Se ajitaba por ti, por ti sufria
I solamente el corazon latia
Tambien por ti, mi suspirado bien!
Pálidas son las frases del estilo....
No hai idioma tan dulce i vigoroso
Que espresar pueda el indecible gozo
Con que tu amor purísimo acepté.

Desde entónces mi vida, cual arroyo
Que suspirando va por entre flores,
Al delicioso son de los amores
Se siente fujitiva deslizar;

Si tú tambien en tu inocente seno
Sientes latir el corazon amante,
Sé fiel, amada mia, sé constante,
Que el cielo nuestro amor bendecirá

No importa que haya seres en el mundo
Que envidien nuestro amor i en su delirio
Pretendan someternos al martirio
Que produce una cruel separacion
Ausentes estaremos; mas las almas
Como las nuestras, que en amor se encienden
A distancias inmensas se comprenden
I no hai muros que atajen su clamor.

Yo sé que tú me amas, me lo has dicho
Que llegará a la tumba tu constancia
Que nunca habrá para tu amor distancia,
Aunque fuera preciso sucumbir;
I yo temblando al escuchar tus frases
Lleno de orgullo i amoroso anhelo
Juré en presencia del augusto cielo
Guardar lealtad a nuestro amor sin fin.

Si es preciso sufrir, pues que la ausencia
A los amantes a sufrir condena,
Mitigue tus dolores i tu pena
La misma fé que me consuela a mi.
Confia en Dios que como autor supremo
Creó el amor i lo legó a los hombres:
El tendrá presente nuestros nombres
El, ánjel mio, nos hará felices.

Bien raros son los goces de la vida
Que no se compran a crecido precio
Puso la mano del destino recio
Muchas espinas para cada flor.
Cuando te veas solitaria i triste
I pienses en tu amor, hermosa mia,
Confia en Dios, que cuando en él confia,
Encuentra el hombre alivio en su afliccion.

El dia llegará de nuestra dicha
Que demando a los cielos sin descanso....
Lleno de fé al porvenir me lanzo
Ardiendo el pecho en relijioso amor,
El dia llegará, no tengas duda,
En que embriagados de un placer profundo
Unidos estaremos ante el mundo
Como ahora lo estamos ante Dios!

F. DE B.-B.

Santiago, noviembre 11 de 1870.

CAILLOMA.

(CONTINUACION)

La hermosa niña fué recobrando su alegria i el cielo del amor comenzó de nuevo a brillar para ellos mas puro, mas hermoso que nunca.

¡Feliz el que en la tierra encuentra un corazon i el que halla fijos en sus pupilas los tiernos ojos de la mujer que ama!

Ghùlqüendula lijera i bulliciosa jugueteaba con su amado. Ya el bosque les prestaba su sombra, el arroyo sus murmullos i las aves su canto; ya la verde yerba le servia de alfombra, donde se estampaban sus lijeras huellas; o ya en la cumbre del cerro de los sacrificios se destacaban las gallardas figuras de los dos amantes.

El sol habia declinado a su ocaso, la blanca cumbre de los Andes se doraba aun por sus postreros rayos i sobre las cimas de las montañas de la costa un cielo de fuego iba suavemente tomando su purisimo azul.

El silencio del valle, la débil luz de la tarde, el canto de una que otra avecilla, que atravesaba el espacio buscando su nido, i ese sordo bullicio de la hora del crepúsculo, daban a la naturaleza todo el misterio de un corazon que jime i toda la melancolia de una ausencia prolongada.

Allá a lo léjos un brioso corcel tendia su carrera; don Luis guiaba su brida i la bella Ghùlqüendula, cojida de su cintura, miraba alegremente pasar ante su vista los árboles como sombras fujitivas. El caballo, orgulloso de su carga, atravesaba con la rapidez de la flecha el verde prado i el sombrio bosque.

¡Ah! cuánta dicha para un pecho que ama volar mas rápido que el viento, en medio de la soledad, escuchando la palpitacion del corazon amado!

¡Cuán hermosa se ostentaba Ghùlqüendula! Cuánto se parecia a la ilusion primera en su belleza i en la rapidez con que pasaba! Un poeta hubiera creido, al contemplarla, que era talvez el dulce jenio de la noche, que corria a su lecho de espumas, donde se duerme la onda cristalina en la tendida playa.

Pero ¡ai! ignoraba la tierna flor del va-

lle que su dicha pasaria como desfilaban a su vista los árboles del prado!

La luna asomaba sobre la cumbre de los Andes; los dorados tintes del sol se iban perdiendo por el lado del mar, i el océano azul del cielo se confundia con la opaca sombra de los montes lejanos.

Los jóvenes atravesaban lentamente un pequeño prado, i allá entre los primeros árboles del bosque se divisaba la choza de paja casi oculta por las ramas.

Un momento despues penetraban, en la cabaña i el humo del hogar se levantaba por entre las ramas en espiral hácia el cielo.

La hermosa Ghùlqüendula preparaba para su amado sabrosos manjares con las frutas del valle.

—Huinca, se escuchaba decir a la niña llena de alegria, algun dia bajo el techo de tu gran cabaña, encenderé para ti el fuego, i entónces bello guerrero, te llamaré mi esposo.

Así trascurrieron las horas en el gozo mas puro e inocente.

La luna brillaba ya en medio del cielo, a la puerta de la choza, bajo el ramaje de los árboles, descansaban la vírjen del pais de las cumbres blancas i el guerrero huinca, sentado el uno al lado del otro sobre un banco cubierto de pieles. Uno que otro suspiro se escapaba de sus pechos anhelantes, el silencio reinaba, i la tristeza se reflejaba en sus rostros. Se acercaba la hora mas amarga: la hora del adios.

Largo rato habia pasado, la hija del matchi lloraba solitaria a la puerta de la choza.

El consejo habia concluido, los jefes regresado a sus hogares i llorado ocultamente los guerreros su impotente rabia contra los dioses.

El matchi habia esclamado despues del sacrificio mezándose los cabellos de dolor:

—Nobles guerreros del pais de las cumbres blancas, las antiguas tradiciones se cumplen, llorad por la suerte de la patria, llorad la esclavitud de vuestros hijos. Ha llegado el dia. Un dios mas poderoso que Pillan ha avasallado nuestra tierra. Id, guerreros, los vencedores en cien batallas, id como débiles mujeres a encender un fuego en la choza de los blancos.

En vano ¡la sangre de las victimas que nuestros bravos han cojido en el monte ha teñido la tierra i mojado la planta de los jefes. En vano junto a la hoguera del consejo se ha aclamado el nombre del terrible Eponemon. Los dioses han abandonado nuestra patria, los libres hijos del pais de las cumbres blancas jemirán esclavos recordando la perdida libertad.

Id, guerreros, a vuestras cabañas i mirad impacientes que se os arrebata vuestras hijas, quedad tranquilos cuando la planta del estranjero oprima vuestra cerviz, i no exhaleis una queja cuando los hijos de los libres ablanden con su llanto el manjar del oprobio.

Anciano soi, no veré las desgracias de la patria; pero ¡ai de vosotros!.....

I el pecho de los guerreros exhaló un ronco grito de furor.

Todas las tribus se ajitaban sordamente; los jóvenes ejercitaban la fuerza de su brazo i los rudos troncos de árboles seculares eran traspasados al bote de su lanza.

Los dias de la luna de las espumas se deslizaban nebulosos i frios.

La hija del matchi en el silencio de la noche i en la soledad del bosque, esclamaba: ¡Vírjen de los amores castos, tú, que has hecho huir a nuestros dioses de sus moradas de llamas, ten compasion de mi! El huinca me ha dicho que nunca abandonas al desgraciado, apiádate del guerrero que amo, no des la muerte a mi triste corazon!

¡Vírjen, calma la rabia en el pecho de los guerreros i haz que sus mujeres i las de los blancos vayan juntas a sacar agua de las fuentes i sus hijos unidos persigan a la *puma* en el bosque i la montaña!

¡Madre de los amores inocentes, si escuchas mi plegaria, yo entonaré en la selva tu canto cuando el sol tiña de color de fuego la nieve de la montaña!

Serena se alzaba Ghùlqüendula despues de la plegaria.

Cuando la aurora comenzaba a esparcir su ténue luz por el valle, la niña del negro cabello, subia llena de esperanza el cerro de los sacrificios. Sus ojos se dilataban ansiosos por la llanura i, cuando a lo léjos se levantaba una pequeña polvareda o se distinguia alguna leve sombra, la niña de talle mas esbelto que las palmas de ramas sonadoras, bajaba de la eminencia henchi-

da de alegria con la velocidad del cóndor a desprenderse de la altura de los cielos. Un momento despues a las márjenes del arroyo; en la espesura del bosque se escuchaban amorosas palabras i ardientes suspiros de dos corazones que se amaban. Ghùlqüendula era entónces feliz.

IV.

Los meses habian pasado i los primeros dias de la apacible luna de los nuevos frutos engalanaban la naturaleza con sus mas bellos atavios.

Las tribus se ajitaban en silencio preparando el esterminio de los blancos, los fuegos se repetian todas las noches en la cumbre de los montes i hasta los jefes mas lejanos respondian a ellos. El matchi, mas sombrio que nunca, bajaba lleno de desesperacion del cerro de los sacrificios al contemplar la inútil muerte de tanto guerrero.

La hermosa Ghùlqüendula miraba llena de afliccion los preparativos para la pelea, i para aumentar su angustia sus ojos hacia cuatro soles que no se abrasaban en las ardientes miradas de su amado.

En vano sus pupilas escrutaban prolijas todas las mañanas el vasto prado desde la eminencia de los sacrificios; en vano, sus ardientes plegarias se elevaban a la virjen de los amores castos; todo en vano. Cuando las aves buscaban en el bosque un amparo contra el calor del mediodia, bajaba llorando la triste Ghùlqüendula. En la soledad derramaba sus lágrimas, que caian en las aguas del arroyo, i cuando la luna brillaba pálida i solemne en la mitad del cielo, se veia aun a la virjen de la negra cabellera jemir en la cumbre de la eminencia o en la espesura de la selva.

Cuatro soles se habian ya reclinado a descansar en sus lechos ocultos en las grandes aguas, los tintes dorados del dia se habian borrado de la cumbre de los montes de occidente; era la hora en que a la opaca luz de la luna los Andes con sus moles macizas aparecen cual inmensos fantasmas de negro ropaje i blanca cabellera.

La hija del matchi, bañada por un débil rayo de luz, sufria toda la amargura que saben comprender los corazones grandes. La desesperacion comenzaba a apoderarse de su alma.

Sollozos profundos i ahogados exhalaba su pecho, i sus pupilas se ajitaban convulsas sin que una lágrima viniera a humedecerlas. La hermosa niña temblaba con nervioso estremecimiento i sus labios se conmovian como para pronunciar palabras que no podia articular.

¡Cuántos funestos presentimientos destrozaban su alma! Cuántas ideas terribles atormentaban su mente! Talvez algun guerrero habria clavado su afilada lanza en el pecho de su amado, talvez la puma lo habria despedazado entre sus garras o algun grave mal lo habria sepultado en la tumba. ¡Cuán terrible incertidumbre para un corazon que ama!

Súbito, un grito agudo se exhaló del pecho de la tórtola del valle i un mar de lágrimas corrió por sus mejillas. Largo rato pasó i sus ojos lloraban aun un dolor tanto tiempo comprimido.

Esa tranquila desesperacion que viene despues de una pasion violenta comenzaba a invadirla; pero un dulce recuerdo vino a endulzar un tanto su amargura.

Las rodillas en tierra, los brazos lánguidamente caidos i los ojos llenos de trémulas lágrimas alzados al cielo, esclamó: ¡Madre, virjen de los castos amores, aquí está Ghùlqüendula, socórrela, jime en medio de la desesperacion! Ampara al guerrero huinca i vuélvelo a mi lado; ya que hasta aquí me has protejido, no me abandones en la amargura!

¡Virjen de los amores inocentes, tú, mas poderosa que los dioses que habitan en chozas de fuego, eres amada en el pecho de Ghùlqüendula; i has sido preferida por ella al dios de su padre que no sabia consolarla!

I continuó por largo rato una plegaria misteriosa que solo la madre del amor podia comprender.

La hija del matchi se alzó i su corazon estaba mas tranquilo porque habia implorado a la virjen de los amores castos. Sentada sobre la roca en el querido sitio de sus amantes conversaciones, comenzó a entonar una cancion con que talvez su madre la adormecia en las horas de la infancia.

Un ruido estraño impidió que su canto continuara, las ramas se ajitaron con violencia i apareció don Luis.

—¡Huinca! esclamó la niña, i los jóvenes se estrecharon en amante abrazo.

Largo tiempo permanecieron en silencio, sus corazones hablaban. La hija del matchi lloraba de alegria i el jóven reflejaba en la triste mirada de sus ojos azules toda la inmensidad de la pasion mas pura i ardiente.

Por fin, la enamorada tórtola del p i-de las cumbres blancas dijo con voz trémula de amor i entrecortada por los sollozos:

—¡Guerrero mio, en vano Ghùlqüendula subia todas las mañanas a examinar el valle; en vano su vista ansiosa se dilataba por el prado; en vano, interrogaba a los vientos para que le trajesen el sonido de las pisadas de su amado: todo le traia solo amargura para el corazon!

Ghùlqüendula te aguardaba en este lugar sin escuchar tu voz, lloraba solitaria i nadie venia a consolarla; algunas veces creia ver al huinca muerto por la lanza de un guerrero o destrozado por la *puma*, otras llena de dolor pensaba que su amado habria emprendido el viaje de las sombras (1) o que la habria ya olvidado por el amor de otra mujer de ojos azules!

—¡Jamas amada mia, esclamó don Luis, estrechándo a Ghùlqüendula! I continuaron por largo tiempo en amorosa conversacion.

—Guerrero, dijo Ghùlqüendula, ¿por qué siento latir con tristeza tu corazon i se refleja en tu rostro la espresion de un dolor profundo? ¡Ah! cuando mi alma estaba triste, yo sufria pensando que tal vez el que yo amo me habria olvidado; pero Ghùlqüendula creia imposible que el huinca pudiese olvidarla. Ahora, cuando te miro aflijido e inclinas con dolor tu frente, vuelve a turbarse mi corazon. Una dolorosa sonrisa asomó apénas a los labios de don Luis i fijó en la niña una mirada en que se retrataba la misteriosa agonía del amor i del pesar mas intenso.

—¡Ghùlqüendula, esclamó, te amo..... Ojalá no te hubiera conocido....Ojalá pudiera olvidarte!....

—¡Cuando me acercaba escuché tu voz, canta, hermosa niña, que tu canto aliviará la pena de mi alma!

La enamorada virjen no se atrevió a romper el misterio del pensamiento de su amado, i su voz dulce comenzó a repetir la bella cancion en tanto que sus lágrimas rodaban por sus mejillas.

Continuó el silencio. Por fin, don Luis, dando un profundo suspiro, esclamó:

—¡Prenda del alma, voi a revelarte un amargo secreto, hasta aquí habia querido ocultarlo, él nos va a hacer a ámbos desgraciados; pero consuélate, pronto pasarán los dias del infortunio i llegarán las horas del placer....En tanto la virjen de los amores castos nos dará fuerzas para resistir a la separacion!....

—¡Huinca!.....Nó, llévame donde tu vayas, jamas te abandonaré. Si dejas sola a Ghùlqüendula, cuando tú vuelvas habrá muerto, su corazon no habrá podido resistir.....Huinca, llévame donde tú vayas i si te avergüenzas de que la hija de los bosques sea tu esposa, llévame como esclava!....

I los ojos de la niña se arrasaban en lágrimas.

Don Luis con la frente serena, pero el alma destrozada, replicó:

—Ghùlqüendula, jamas he dejado de amarte.....Ni un solo instante te borrarás de mi corazon.....Pronto volveré, no quieras amargar mas mi pecho, que está henchido de dolor....Jamas, jamas, Ghùlqüendula, podré olvidarte, bien lo sabes....Mui presto serás mi esposa, te lo juro.»—La niña seguia llorando en medio de la mas horrorosa desesperacion.

Don Luis continuó:

—Mi padre sabe que te amo i me hace atravesar las grandes aguas por separarme de ti....!

¡Toma, hermosa mia, toma esa imájen de la virjen de los amores castos....Yo rogaré a ella por la hija de los bosques, i en la soledad de la noche empaparé en mis lágrimas el cabello que guardo junto a mi corazon!

La niña lloraba desesperada, i se la escuchaba en medio de sus sollozos:

—¡Huinca, no te dejaré partir!

El jóven español no pudo contener el llanto.

Súbito se entreabrieron las ramas con estrépito i el matchi, con mano de fierro cojió al jóven por el cuello.

—¡Infame, necesitabas una victima i la encontraste en mi indigna hija!

(1) La muerte.

La vez del matchi temblaba de furor; sus ojos relampagueaban; su cuerpo estaba trémulo a impulsos de la ira. El baston que le servia de apoyo se habia partido por la fuerza de los golpes que descargaba sobre un enemigo indefenso i que ya estaba exánime i cubierto de heridas. Ghùlqüendula habia exhalado un grito, que fué ahogado por los rujidos de su padre, i habia caido desfallecida.

Cailloma, temblando de furor, arrastró por un brazo a su hija desmayada, esclamando con entrecortada voz: ¡Hija indigna, no otra mano que la de tu padre rasgará tu pecho; no solo has manchado tu sangre, sino que tambien has vendido tu patria! ¡Padre desgraciado! No en balde latia desesperado mi corazon al no encontrarte en la choza, presintiendo la deshonra que me aguardaba!

I los delicados miembros de la niña iban dejando un reguero de sangre que brotaba de las heridas que le hacian las espinas i los guijarros.

Pasaron las horas de esa noche terrible; el matchi, a la mañana siguiente, no encontró el cuerpo de don Luis.

Dos soles se habian ocultado en el mar; era la mañana del tercer dia; Ghùlqüendula despertaba de un sueño; recordaba confusamente la causa de su mal. Se hallaba sola.

Apénas podia sostenerse en pié; sus débiles plantas se dirijieron al lugar donde tres noches hacia habia visto a don Luis por última vez.

La yerba estaba teñida en sangre; las lágrimas de Ghùlqüendula volvian a liquidarla, i con su aliento le infundia calor; pero la sangre no contestaba a la inocente niña.

En vano los ecos repetian sus jemidos; el fúnebre bullicio del bosque solo respondia a ellos.

¡Con cuánto amor estrechaba contra su pecho la ensangrentada yerba. Pero ¡ai! el ardor de su aliento no volvia la vida a la sangre que habia sustentado al ser que mas amaba!

—¡Huinca, esclamaba la inocente virjen, inútilmente mi ruego se alza a la virjen de los amores castos. ¡Ah! que no le sea dado a la infeliz Ghùlqüendula encontrar el cadáver del que ama!

I en vano los pasos de la niña cruzaban el bosque.

—¡Huinca, guerrero mio, yo te estrecharia contra mi corazon, i sus latidos tornarian a la vida a tu helado pecho!

I la hermosa virjen jemia i sus lágrimas regaban el suelo testigo de sus amores i al mismo tiempo de su desgracia.

¡Ah! corazones que amais, almas en que Dios ha depositado una gota de su esencia, llorad con la virjen de la pradera, que vosotros podeis acompañarla!

Los vacilantes pasos de la niña se dirijieron a la cabaña en tanto que sus lágrimas caian sobre la yerba que oprimia contra su corazon. Llegó, por fin, a la puerta de la choza; penetró en ella; i cayó sobre el lecho desfallecida.

RAIMUNDO LARRAIN C.

(*Concluirá.*)

EN UN ALBUM.

En un arpa que solo ha suspirado
Los internos dolores que sufria
Mi pecho de pasiones ajitado
Cantar en vano, en vano intentaria
Tu plácida belleza
De inocencia sellada i de pureza.

En vano lo queria; que la fuente
Cuando sus ondas ha turbado el viento,
No retrata la luna que al poniente
Bella cruzando el cielo en jiro lento
Pacífica se aleja.

¡Ai! solo ver su negro fondo deja!

PIO VARAS.

AUSENCIA.

A C.

Hace tiempo, prenda mia,
Que no te miran mis ojos;

I mi vida se desliza
Entre espinas i entre abrojos.

Marchitas están las flores
Que soñaba mi ilusion,
Humedecidos mi ojos
I triste mi corazon.

Cuando las nubes ocultan
Los resplandores del sol
La flor doblega su tallo
I es debil, ténue su olor.

Asi tambien, vida mia,
Yo sufro si no te miro
Mi alma inquieta se doblega
I entristecido suspiro.

Que mi vida es tu sonrisa
I mi alimento tu amor,
I el fuego de tu mirada
I los ecos de tu voz.

J. O.

LA VIDA.

Los ancianos son felices. Los recuerdos de su pasado desaparecen i se debilitan, quedando apénas fijos i brillantes los de su niñez i primera juventud: adelante ven ya mui inmediato el puerto de la eternidad, i el sol que aparece por entre las nieblas de la opuesta ribera los alumbra ya. Cuando el hombre sufre mas, es cuando empieza a envejecer: las pasadas penas duelen todavía, i aunque sus fuerzas se debilitan, las mismas pasiones luchan en su corazon, viendo en el porvenir la imbecilidad i la dependencia.

La vida es un embrollo: como el juego de un niño compuesto de piezas diferentes, que a medida que se van acomodando toman una forma simétrica, i cuando el niño alborotado exclama: ¡mirad, mirad! ya está todo arreglado! Una mano llega de improviso i arrastrando todas las piezas las tira al cajon: el cajon es el ataud negro con tachuelas amarillas! BULWER.

RECTIFICACION.—En la páj. 131, acápite sesto de la primera columna léase:

«Sério i digno de estudio seria el de los medios, de los resortes de su regla para procurar esa homojeneidad incontrastable, esa unidad a toda prueba, ese espíritu de cuerpo incorruptible, que podriamos llamar molde de fundir jesuitas.

BALADA.

El huracan va tronchando
Del árbol, hojas i flor,
Como trunca el desengaño
Las flores del corazon.

El claro azul de los cielos
Pálida nube ocultó,
Como lo real en el mundo
Borra la bella ilusion.

La alegría de mi alma
Solo un momento duró,
Porque el placer de la vida
Es un celaje veloz.

¡Ilusiones de la infancia!
¡Claro cielo de mi amor!
¡Volved mis sueños de gloria,
Dad vida a mi corazon!....

Pero ¡ai! el hombre no puede
Volver el tiempo que huyó,
Como no puede borrar
Las huellas de su dolor.

1865.

M. A. HURTADO.

IMPRESIONES.

A C.

Mas bella que la esperanza
En la ventana te ví!
Mi pluma a pintar no alcanza
La conmocion que sentí!

Estabas, niña, vestida
De blanco i puro color,
En tu asiento adormecida,
Talvez pensando en mi amor.

Cuando pasé, tu semblante
Risueño se iluminó,
I tu mirada anhelante,
Amorosa me siguió.

¿Por qué no puedo a tu lado
Cuanto te adoro decir?
¿Por qué de ti separado
Me estoi sintiendo morir?

¡Ah! nos aleja la suerte,
Mas nos liga nuestro amor
Con un vínculo tan fuerte
Que no romperá el dolor!

Tú me quieres, yo te adoro,
¡Paciencia i resignacion!
Al fin cesará tu lloro,
Triunfará mi corazon!

I cuanto mi pecho siente
A tu lado te diré,
I amándote tiernamente
Tu constancia premiaré.

Noviembre 7 de 1870.

J. O.

CHARADA.

Mi primera con tercera
Triunfa sobre las distancias
I corazones acerca
Que la ausencia triste amarga.

De mi segunda i tercera
Muchas viejas i muchachas
Llevan el prosáico nombre
Mui comun en nuestra patria.

Hacer segunda i primera
El infierno nos depara.....
Sobre mi todo escribí,
Buen lector, esta charada.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CHIQUILLA.

Contenido de este número.

I.—*Los jesuitas i sus detractores*, por Ventura Blanco.
II.—Las flores, poesía, por Emilio Bello.
III.—Los sembradores Gilbert, Emparan i Ca., por Rafael B. Gumucio.
IV.—¡Ai!....te lo dije!, poesía, por Raimundo Larrain C.
V.—Revista bibliográfica, por Ramon C. Briseño.
VI.—A ella, poesía, por F. de B. B.
VII.—Cailloma (continuacion), por Raimundo Larrain C.
VIII.—En un album, poesía, por Pio Varas.
IX.—Ausencia, poesía, por J. O.
X.—La vida, por Bulwer.
XI.—Balada, poesía, por M. A. Hurtado.
XII.—Impresiones, poesía, por J. O.
XIII.—Charada.
XIV.—Solucion de la del número anterior.

Suplicamos a nuestros suscritores se sirvan poner inmediatamente en nuestro conocimiento cualquiera falta o atraso en la distribucion de *La Estrella de Chile*.

Hemos tomado medidas eficaces para precaver toda irregularidad en adelante.

Rogamos tambien a nuestros abonados que se sirvan comunicarnos oportunamente los cambios de su residencia para evitar estravíos.

BIBLIOTECA.

DE «LA ESTRELLA DE CHILE».

Los jesuitas i sus detractores.

Accediendo a la peticion de algunos suscritores de *La Estrella de Chile*, hemos hecho una copiosa edicion por separado de los artículos que con el título que encabeza las presentes líneas ha venido publicando en estas columnas nuestro intelijente e ilustrado colaborador don Máximo R. Lira.

La coleccion de esos artículos irá precedida de una introduccion por don Ventura Blanco, que publicamos en las primeras pájinas de este número.

Desde el juéves próximo estará en venta el libro que anunciamos en la oficina de *El Independiente* i en la cigarrería de don Eusebio Montes, plaza de O'Higgins, al precio de setenta i cinco centavos ejemplar.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—La sesion correspondiente al dia de hoi tendrá lugar mañana a las siete i media de la noche.

IMPRENTA DE «EL INDEPEDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, diciembre 11 de 1870. Núm. 167.

TEATROS POPULARES.

Por haberse establecido recientemente una sociedad para la fundacion de Teatros Populares, nos ha parecido conveniente reproducir el interesante i juicioso artículo que sobre esa materia publicó en *El Independiente*, en 1864, su actual redactor en jefe i nuestro colaborador, don Zorobabel Rodriguez.

Hélo aquí:

I.

Quéjanse con frecuencia, la prensa i los hombres filantrópicos i verdaderos amigos del pueblo, de la inmoralidad de nuestra clase proletaria i de las perniciosísimas diversiones a que se entregan i en que vienen a malgastar los trabajadores el producto de su trabajo, dejando con frecuencia a sus familias en la mayor miseria. Este mal es gravísimo, se palpa i está fuera de toda discusion.

No es, pues, estraño que se hayan hecho esfuerzos por estinguirlo o por impedir por lo ménos que siga desarrollándose. Quienes, atribuyéndolo a la ignorancia, se han sacrificado por jeneralizar la instruccion, fundando sociedades con ese objeto i pidiendo al gobierno que multiplique los liceos i las escuelas.

Quienes, atribuyéndolo a la pobreza han pedido de cuando en cuando que se establezcan talleres por cuenta de la nacion para ocupar al pueblo.

Quienes, por fin, atribuyendo el mal a la anterior causa al mismo tiempo que a la falta de moralidad i a la ignorancia, trabajan infatigables llevando al domicilio de los pobres los primeros rudimentos de la ciencia, los saludables consejos i los socorros materiales.

Apesar de todos estos medios puestos simultáneamente en accion, el mal no desaparece, ni siquiera disminuye con la rapidez con que seria de desear.

Vamos a indicar sucintamente, i como lo exije un artículo de periódico, otro medio de moralizacion para el pueblo que creemos produciria satisfactorios resultados.

El medio que vamos a indicar se reduce a la fundacion de Teatros Populares.

Antes de entrar al desenvolvimiento de nuestra idea, permítasenos una observacion importante.

Se dice jeneralmente i se acepta como un axioma puesto fuera de toda duda, que el hombre es tanto mas moral cuanto mas ilustrado.

Quien esto escribe siempre lo habia creido así. Sinembargo, recorriendo las pájinas de una obra bajo muchos conceptos notable: *La medicina de las pasiones* por Mr. Descuret, ha leido con cierto desconsuelo i abatimiento las siguientes líneas:

«De las investigaciones practicadas con todo esmero sobre este punto (la criminalidad en sus relaciones con la instruccion) por los señores Guerry, Danguéville, Morogue i Michel, resulta que la ignorancia no es una causa de criminalidad tan grande como jeneralmente se cree. I en prueba de ello sépase que la lójica de las cifras oficiales hizo que el último de los estadistas que acabo de nombrar admitiese los siguientes resultados: 1.° que el número de los crímenes i de los delitos ha aumentado de año en año en una proporcion análoga al aumento en la propagacion de la instruccion; 2.° que en el número de esos delitos o crímenes la clase de los acusados que saben leer i escribir entra por un quinto mas que la clase de los acusados completamente rudos i, que la clase de los acusados que han recibido alguna instruccion superior entra por dos tercios mas, guardada proporcion entre las cifras respectivas del total de cada clase.

En otros términos, cuando

25,000 individuos de la clase enteramente iliterata dan cinco acusados,

25,000 individuos de la clase de los que sa-

ben leer i escribir dan mas de 6,25,000 inividuos de la clase que ha recibido una instruccion superior dan mas de 15;

3.° que el grado de perversidad en el crimen i las probabilidades de librarse de la persecucion de la justicia i de la vindicta de las leyes se hallan en razon directa del grado de instruccion.

4.° Que los departamentos donde mas difundida se halla la instruccion presentan mayor número de crímenes; es decir que la moralidad se encuentra en ellos en razon inversa del grado de instruccion.

5.° Que las recidivas son mas frecuentes entre los acusados que han recibido alguna instruccion que entre los que no saben leer ni escribir.»

No pretendemos dar a las anteriores cifras toda la importancia de una conclusion evidente. No puede negarse, sinembargo, que merecen llamar la atencion i que hacen sospechar por lo ménos que la instruccion por sí sola no basta para moralizar al pueblo.

Algunos economistas sostienen que el hombre ha nacido para trabajar, citando oportunamente, pero interpretando mal a nuestro juicio, aquellas palabras de Job: «*El hombre ha nacido para el trabajo.*» Como quiera que sea, si el hombre trabaja constantemente, no mira el trabajo como un fin sino como un medio para alcanzar un fin.

Parece una paradoja i es sinembargo la verdad: si no fuera por el deseo de descansar nadie trabajaria.

Para moralizar el pueblo se necesitan por lo tanto dos cosas: darle los medios para que pueda trabajar i los medios para que emplee bien el producto de su trabajo.

Muchos se ocupan de lo primero; casi nadie piensa en lo segundo. I sinembargo miéntras no se proporcione a la jente poco acomodada distracciones, cuando ménos lícitas, ella se las proporcionará como las encuentre.

Los que frecuentan las *chinganas* seguirán frecuentándolas miéntras no tengan otro lugar que pueda ofrecerles sus atractivos sin sus inconvenientes. Nosotros creemos que los Teatros Populares deben ser los sucesores de las *chinganas* despues de haberlas desterrado de nuestro suelo.

Ademas de esta ventaja, que es la principal, los Teatros Populares tienen dos mas que no carecen de importacia. En resúmen creemos que puede proporcionar:

1.° Una distraccion moralizadora o, cuando ménos, inocente para el pueblo.

2.° Los medios de que nazca i se propague en Chile una nueva carrera de que se aprovecharian principalmente los pobres de uno i otro sexo.

3.° Un nuevo aliciente para que los amantes de las letras empleen sus fuerzas en el cultivo del arte, tan difícil como útil i agradable, de las composiciones dramáticas.

Consideraremos sucesivamente bajo estos tres aspectos a los Teatros Populares; pero ántes espondremos nuestra idea sobre el modo como deberian plantearse entre nosotros.

II

La empresa podria ser de cuenta de las municipalidades. Ellas están encargadas por la lei i por la naturaleza misma de su constitucion, de dar a los vecinos seguridad para sus vidas i haciendas, ornato i salubridad para las poblaciones i paseos i útiles pasatiempos para las horas de descanso. Natural parece por otra parte que corporaciones que como las de Santiago i otros puntos, han hecho injentes gastos para construir teatros para la jente acomodada, dediquen, aunque sea una pequeña suma, para construir edificios de la misma naturaleza en beneficio de la jente pobre.

Si tan ciudadanos son unos como otros, si unos i otros soportan por lo ménos igualmente la carga de las contribuciones municipales, justo es que se atienda tambien a los pobres, proporcionándoles establecimientos en que por una módica suma puedan pasar un rato de distraccion honesta e instructiva.

I no se diga que nuestro pueblo no gusta de los espectáculos que se representan en los teatros, que la multitud que siempre acude a presenciar las funciones de títeres, los autos sacramentales que suelen verse en los suburbios, los sainetes de los aficionados i hasta las mismas representaciones que se dan en nuestro Teatro Municipal, están probando lo contrario. Pero fuera del subido precio de entrada en los teatros de la república, hai otra razon poderosa para que no tengan aliciente para el pueblo, las piezas que en ellos se representan i que llegaria hasta justificar su abstencion absoluta.

Oportunamente manifestaremos esa causa e indicaremos los medios que, a nuestro juicio, la harian desaparecer del todo.

Una vez construidos los edificios, que podrian ser dos en Santiago i otros grandes centros de poblacion i uno en los pueblos de menor importancia, el gobierno deberia proceder a la creacion de dos escuelas, una de hombres i otra de mujeres, en que se enseñase gratuitamente el arte de la declamacion i todos aquellos conocimientos que son indispensables i útiles para los que se dedican a las representaciones teatrales. La designacion de los ramos que deberian cursarse en esas escuelas, es cosa demasiado obvia para que nos detengamos a indicarla.

Como no todos son susceptibles de llegar a ser regulares actores, ni aun a costa de una aplicacion continuada, podrianse escojer de tiempo en tiempo aquellas personas que manifestasen mejores aptitudes, para preferirlas en las escuelas i evitar que se perdiese el tiempo i el dinero en la educacion de aquellos jóvenes de quienes no hubiera nada que esperar.

Terminado el aprendizaje, los alumnos saldrian a trabajar en los Teatros Populares; ya fuese de su cuenta i riesgo, ya por cuenta del Estado o Municipalidad durante cierto tiempo, segun se acordase i pareciese mas conveniente.

Para que las anteriores medidas produjesen el saludable efectoque deberia tenerse en vista, seria de todo punto necesario que la Universidad, por si o el Supremo Gobierno por su medio, estableciesen un certámen periódico en que se asignasen premios a las composiciones dramáticas mas útiles para el pueblo i mas adecuadas para representarse en los Teatros Populares de la república.

Tales son las principales medidas que, a nuestro juicio, deberian tomarse para poner en práctica la idea de que tratamos.

Pasemos a manifestar ahora los bienes que esa institucion produciria al pais en jeneral.

III

No necesitaremos esforzarnos mucho para ello.

Se trata de arrancar al pueblo de las funciones de *títeres*, de los ridículos autos sacramentales, de las chinganas i casas en que se *remuele* a puerta cerrada, para llevarlo a presenciar la representacion de piezas dramáticas, sencillas, moralizadoras e instructivas a los Teatros Populares.

La eleccion no puede ser dudosa, cuando se pretende estinguir un mal i reemplazarlo con un bien.

Si se considera sobre todo, que tal como lo hemos indicado, las piezas que deberian representarse, no podrian ser tomadas al acaso, sino trabajadas esclusivamente para los Teatros Populares, se vendrá en cuenta de la distancia que mediaria entre las diversiones en que la jente pobre pierde ahora su tiempo i su dinero i la que nosotros proponemos.

Las chinganas son el re umidero sin fondo en que el trabajador arroja en un dia el fruto del trabajo de una semana entera, a que tienen derecho i de que tienen necesidad urjentísima su mujer i casi siempre una familia numerosa que padece de hambre, miéntras que el jefe de ella, arroja con la prodigalidad que comunica el vino, las monedas que lleva en su bolsillo, dentro de la vihuela de la cantora.

¡Cuántos pagan a ésta por una tonada o un *cogollo* el salario que a duras pénas han podido ganar en muchos dias de constante trabajo!

Es necesario tener mui presente que la chingana, no solo es un establecimiento profundamente inmoral i ruinoso para los que acuden a ella, sino que es esencialmente anti-doméstico i poderoso como ningun otro para romper los dulces lazos de la familia, para alejar al padre de su mujer i de sus hijos i para introducir en el hogar del pobre, tantas veces visitado por la necesidad, el viento infernal de las discordias i de los escándalos domésticos.

Este mal es para nosotros de la mas alta trascendencia i digno de la atencion mas séria. Cuando padece la sociedad doméstica, que es la base de todas, el edificio político i social se estremece i amenaza allanarse.

Como la chingana por su naturaleza no es una diversion de familia, a que puede acudir el padre con su mujer i con sus hijos, sucede que aquél deja su casa i asiste solo a ella. La mujer, que miéntras tanto queda sola i abandonada a sus propios recursos, con una familia numerosa que le pide pan sin tener como proporcionárselo, que tiene la triste conviccion de que su marido en ese mismo instante arroja pródigamente

a estrañas el dinero que ha negado a su familia con dureza, siente nacer en su alma, junto con el martirio de los celos, la indignacion contra el mal esposo i padre de familia, i cae unas veces en el abatimento mas lamentable i otras se entrega a proyectos de venganza, sucediendo siempre que el lazo conyugal se rompe i el escándalo i las riñas acaban por convertir en infierno el hogar doméstico.

Los que han tenido ocasion de presenciar esas escenas, los que no tienen a ménos visitar de vez en cuando el cuarto o *rancho* en que el pobre se alberga, saben demasiado que no hai exajeracion, i que ántes bien nos quedamos cortos en lo que aseguramos.

¿Quién no ha sido testigo, siquiera sea por casualidad, de esas tristes escenas que tienen lugar el lúnes o mártes, por la mañana, cuando llega el marido de *divertirse* i tambien *divertido*, segun el lenguaje de nuestro pueblo? ¡Qué ceño i qué saludo por parte del que llega! ¡Qué recibimiento de parte de los que con miedo i sobresalto lo esperaban!

¡Cuán distinto del labrador sencillo que al ponerse el sol llega del trabajo con su yunta de bueyes a su *rancho*, a cuya puerta lo aguaitan impacientes sus pequeñuelos que corren a abrazarlo, i su honrada mujer con la *mericnda* preparada!

¡Qué distinta cosa sucederia tambien en el seno de nuestras ciudades si en vez de irse solo el padre de familia o la chingana, se fuese con su mujer i con sus hijos al Teatro Popular a distraerse honestamente i a recojer las semillas de las buenas máximas i de los ejemplos saludables!

¿Por qué habrian de ser de peor condicion los moradores de las ciudades que los del campo, si todos son hermanos por su orijen comun i por la relijion que profesan, único código que siempre está en vigor entre los ignorantes i los pobres?

¡Qué espetáculo tan hermoso no seria ver en el palco al trabajador pobre, pero hombre de bien, al artesano laborioso, acompañado de su mujer i rodeado de su familia! ¡Qué prueba tan elocuente seria ésta de nuestra cultura, civilizacion i republicanismo!

I ya que hemos empleado esa palabra ¿no habrán pensado nunca nuestros literatos i hombres públicos en la naturaleza de las composiciones dramáticas que se vé obligada a presenciar la sociedad chilena? ¿No habrán pensado nunca que es una mengua para una república esa escuela tan concurrida en que se predica de continuo la monarquía i las rancias preocupaciones aristocráticas de la edad media? En el núm. V haremos las reflexiones que este hecho nos sujiera.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Concluirá.*)

SAETAS.

¡Un cuidado sin cesar
Me atormenta noche i dia:
San Anton del alma mia
Si me tengo de casar!

¡Ai! cuán triste es ser soltera
I a los treinta haber llegado
Sin esperanza siquiera
De haber de variar de estado.
I aquel terrible cuidado
De quedarse para tia
Sin poderlo remediar.....!
¡San Anton del alma mia
Si me tengo de casar!

¿Qué me vale ser coqueta
O finjir amable trato,
Qué me vale usar la treta
De hacer desden al boato,
Si en perpétuo celibato,
Suspirando noche i dia,
Para siempre he de quedar?.....
¡San Anton del alma mia
Si me tengo de casar!

El dolor mi pecho aflije
I lo atormenta el temor
Porque en su pesar coloje,
Si no media tu favor,
Que con bárbaro rigor
En horrible solteria
Al fin me he de alechugar.....
¡San Anton del alma mia
Si me tengo te casar!

¿Dónde hallar a mi deseo
La alegria o el placer,
Si la antorcha de himeneo

Para mi nunca ha de arder?
¡Mas valiera perecer
Que en esta triste agonía
Soltera a vieja llegar....!
San Anton del alma mia
Si me tengo de casar!

Santiago, diciembre 6 de 1870.

CATETE.

FRANCISCO DE RIOJA

(Estudio literario.)

ARTÍCULO III.

La Itálica.—Rodrigo Caro.

I.

Faltábanos para concluir nuestro estudio sobre el poeta sevillano hablar de una de sus obras, que, traducida a todos los idiomas del mundo, ha hecho famoso su nombre en las rejiones mas apartadas. Tal es la célebre cancion *A las ruinas de Itálica*.

Ignora todavía la posteridad si Rioja hizo o no pasar como suya esta obra maestra, o si al dar lectura de ella a sus amigos les advirtió que solo era la correccion de una antiquísima oda de Rodrigo Caro que yacia perdida en el olvido en aquella época para aparecer mas tarde, a echar una sombra sobre la buena fama del corrector a quien algunos miran hoi en dia como un plajiario.

La obra de Rioja no es orijinal mas que en la sola bellísima estrofa en que nos hace oir los lamentables ecos que entre las derruidas columnas lloran en la noche la pasada grandeza de la ciudad que el tiempo ha destruido. Lo demas es del poeta Rodrigo Caro, bardo notabilísimo, cuyas obras por desgracia se han perdido. Rioja corrijió, como gran crítico que era, la obra olvidada, le suprimió una hermosísima estrofa, calcó a mas sobre un soneto de Medrano los primeros versos de la cancion, componiendo con tan ricos materiales una pieza poética inimitable.

Mui conocida es la cancion de Rioja. ¿Quién no la ha leido alguna vez? ¿Quién no se ha deleitado respirando la sublime melancolía de esa musa que llora sobre las ruinas lamentando la caida de un gran pueblo? La colonia de los romanos reducida a polvo, el circo desmoronado, las columnas que ya no sostienen magníficos arcos i que solitarias se elevan como los pinos en la llanura, la soledad que allí reina, todo habla del pasado en esa triste Necrópolis. Los templos de los dioses han caido, los hombres no han durado mas que los monumentos, i la ciudad que dió emperadores a Roma es una reina destronada, sin otra corona que el musgo que brota entre las grietas de sus muros. No hai una voz que interrumpa allí el silencio; las fieras habitan los templos de los dioses i la desolacion estiende por todas partes su manto de luto. Allí mora la muerte, los vivos no visitan esos sitios donde solo vive el desengaño i se siente el vacío de los sepulcros. Solo el poeta viene a sentarse en medio de las desiertas plazas para evocar un pasado que no existe, i al estender en torno su vista, contristados sus ojos por el espectáculo que contemplan, la lira vibra un canto triste como los del profeta de Jerusalen i severo como las lecciones que allí enseña la historia.

Todo esto se respira en la cancion a *Itálica*. Todo lo habia pintado Rodrigo Caro, ántes que Rioja, i para que se vea la diferencia que hai entre el orijinal i la correccion haremos de ámbos una confrontacion que será tan breve como el asunto lo permita.

Deciamos que la primera estrofa de Rioja estaba inspirada en un soneto de Medrano, i vamos a trascribir sus primeros versos:

Estos de pan llevar campos ahora
Fueron un tiempo Itálica: este llano
Fué templo: aquí a Teodosio, allí a Trajano
Puso estátuas su patria vencedora. (1)

Comparemos ahora a Rioja i a Caro. Dice el segundo:

Aqueste destrozado anfiteatro
Donde por daño antiguo i nueva afrenta
Renace ahora el verde jaramago
Ya convertido en trájico teatro

(1) Este soneto fué tambien desvergonzadamente plajiado por Quevedo en su magnífica silva que comienza:
«Esta que miras grande Roma ahora.»

¡Cuán miserablemente representa
Que su labor se iguala con su estrago!
Como, desierto i vago,
La grita i vocería
Que oirse en él solia
Se ha convertido en un silencio mudo
Que aun siendo herido en cavernosos huecos
Apénas vuelve mis dolientes ecos.
De su artificio natural desnudo!
Mas, si para entender estos despojos,
Los oidos del alma son los ojos,
Aunque confusos miran lo presente
Mil voces de dolor el alma siente.

Rioja corrijió de esta manera la estancia anterior.

Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido a trájico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza i es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena,
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hai, está el desnudo
Luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros a los ojos,
I miran tan confusos lo presente
Que voces de dolor el alma siente.

Interesante estudio seria comparar en estas estrofas verso a verso, pues siempre Rioja mejora lo que en el orijinal no parece correjible. Aquí se vé al maestro, i este trabajo del docto sevillano es inapreciable para formar el gusto de los principiantes.

No seguiremos copiando a Rioja, pues siendo como decimos tan sabida su obra, los aficionados conocerán al momento, leyendo las citas que hacemos de Caro, las variaciones que aquel introdujo en la obra primitiva.

Recuerda Rodrigo Caro los héroes nacidos en Itálica:

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Columna de la paz, honor de España,
Felice triunfador, rejio Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que las ondas del mar pérsico baña
Hasta el límite patrio gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio excelente,
De su padre valiente
Rodaron de marfil i oro las cunas:
Aquí, ya de laurel, ya de jasmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales i lagunas.
La casa para el César fabricada
Hoi del lagarto vil es habitada;
Casas, jardines, Césares murieron

I aun las piedras que de ellos se escribieron!

Igualmente ha tomado Rioja la estrofa dedicada a San Jeroncio obispo i mártir de Itálica, que, por mas que digan los críticos, no es indigna de las demas. De Caro son estos dos tan tiernos cuanto magníficos versos:

Yo cavaré con lágrimas las peñas
Que cubren su sarcófago sagrado.

Si no nos engañamos, el primero que encontró que esta estancia desdecia de la nobleza del poema fué el clérigo apóstata a quien se nombra con cierto énfasis el *filósofo* Marchena. Marchena. No la insertó en sus *Lecciones de Filosofía*, porque estaba destinada a engrandecer a un mártir del cristianismo, i él era un impio repugnante, que en su ciego orgullo llega a decir de si propio, que como poeta era mui superior a Chateaubriand, cuya mejor obra (1) califica de «una ensalada compuesta de yerbas ácidas unas, amargas otras que forman el manjar mas revuelto que gustar pudo paladar humano.» (2) ¡Qué crítico!

Los versos de Caro dedicados a San Jeroncio no deshonran en manera alguna la *Cancion*, i era natural que el poeta cristiano recordara en ella al santo obispo que murió en cadenas por la fé de Cristo en aquella ciudad a cuyos hijos habia predicado por tantos años el Evanjelio.

Rioja en un solo verso recuerda la gloria de Silio Itálico, a la que Caro consagra una de las mas bellas i melancólicas estrofas que se haya escrito en la lengua de Cervantes. No se puede llevar mas allá la dulzura i majestad del idioma:

En esta turbia i solitaria fuente,
Que un tiempo sus purísimos cristales

---

(1) El *Jénio del cristianismo*.
(2) Discurso de introduccion a las *Lecciones de Filosofía*.

En mármol i alabastro derramaba,
Dejando el padre Bétis su corriente,
Con debido laurel las inmortales
Sienes del docto Silio coronaba,
I claras le mostraba
En sus ondas azules
Las faces i curules
Con que a Roma i al mundo mandaria,
I aquel sangriento i lamentable estrago
Que por los hados de la gran Cartago
En grave i alto estilo cantaria,
¡Bétis! ¡ah Bétis! Sordo pasa el rio
¡Silio! ¿dónde estás? ¡Silio, Silio mio!
Todo desapareció, i la fuente ahora
Con el agua que vierte a Silio llora!

Este Silio, a quien Caro tan dulcemente canta, fué uno de los mas distinguidos hijos de Itálica. Antes de Caro, lo habia celebrado el epigramático Marcial.

Autor de un poema sobre la segunda guerra púnica, fué apreciado entre los poetas contemporáneos mas que como hombre inspirado, como narrador de detalles i elegante versificador. Su poema, perdido durante siglos, fué hallado en un monasterio en el año de 1111.

Silio era un patricio de su época, licencioso i refinado, amaba con delirio el placer, i alcanzó a la alta dignidad de cónsul de Roma en el año 68 de Jesucristo, el mismo año de la muerte de Neron. Tenia nobles gustos, ise sabe de él que compró la casa en que Ciceron escribió sus cuestiones académicas i el campo donde yacian las cenizas de Virjilio. Damos estos lijeros datos, a fin de hacer mas clara la intelijencia de la estancia que le dedica Rodrigo Caro.

Para concluir las citaciones de esta pieza, daremos la estancia trunca, en que, siguiendo la moda de la época, el poeta habla con su cancion:

¡Ai, despoblada i de conceptos llena,
Itálica hermosa,
Que los que comunica lastimosa
Los borra al producir la grave pena,
I como muda lloras tu ruina,
Lágrimas i silencio es tu doctrina.

II.

Resta ahora una sola cuestion. ¿Fué o no Rioja un plajiario? Corrijió la cancion de Caro con el objeto de apropiarse la gloria de éste o solo para deleitar los ocios de sus amigos? Este es un secreto que se ha guardado la tumba.

Pero, entrando en el terreno de la especulacion, hallamos motivos que nos inducen a juzgar favorablemente de la honradez literaria del docto canónigo. En primer lugar se nos ofrece la seriedad de su carácter del que hacian grande aprecio las personas mas graves i respetables de la época. Rioja, por otra parte, no hizo grande aprecio de sus obras poéticas que no se cuidó ni siquiera de dar a la estampa durante su vida. Mas aun, no se imprimieron por primera vez sino en el año de 1770 en el *Parnaso Español* de don J. J. Lopez de Sedano (1). Siendo pues así, no se puede atribuir a Rioja la intencion de apropiarse una obra ajena que apareció entre las suyas manuscrita de su letra mas de un siglo despues de su muerte.

Hai todavía una razon de mas peso que las dadas. El que por ganar fama literaria comete un hurto de esta clase no deja en pos de si una huella por donde pueda ser descubierto. El manuscrito de Caro se encuentra en la *Biblioteca Colombina* de la catedral de Sevilla. Rioja, canónigo de ese capítulo que pasaba horas enteras estudiando las ciencias de dicha biblioteca, i de quien nadie se desconfiaba sin duda, habria hallado mil ocasiones de sustraer ese manuscrito que podia mas tarde denunciar su plajio, i sinembargo no lo hizo. Esto habla mui alto en favor de mi opinion.

III.

Por desgracia carecemos de datos biográficos sobre Rodrigo Caro, el verdadero autor de las *Ruinas de Itálica*. Acaso existan algunas otras de sus composiciones poéticas en los riquisimos códices de las bibliotecas españolas, que hasta el dia no han sido debidamente rejistradbs. Es imposible que tan gran maestro no haya dejado mas muestras de su inspiracion que la cancion citada i la valentisima silva *A Carmona* que vamos a copiar en seguida. Caro debió escribir mucho mas i es un motivo de sentimiento que sus obras no aparezcan todavía.

(1) Las obras de este excelentísimo español, aunque son bastantes, no existen impresas ni conocidas. *Sedano-Parnaso Español.* Tomo IV.—Madrid, 1870.

La silva *A Carmona* segun una nota que se halla en el manuscrito de que se toma es obra de la vejez, i verdaderamente es admirable el poeta que en sus últimos años conserva tanto vigor de espresion i tanta lozanía de imájenes.

SILVA.

A la villa de Carmona.

Salve, alcázar sagrado,
Salve una i otra vez antiguo muro
De mi por patria cara venerado.
Aunque del tiempo vives mal seguro,
I del mismo te veo
Ya casi en tus ruïnas sepultado,
No sé qué de valor i de grandeza
A mis ojos ofreces
Con que respeto i aficion mereces.

Cuán bien te puso nombre de alegría
¡Oh inclita Carmona!
Quien tu primero pueblo disponia,
Pues con mural corona
Sales festiva a recibir el dia
I con la fértil cópia de tus bienes
Alegre lo festejas i entretienes.

Previnote la mano artificiosa
Sobre altos pedernales arriscada
Para que de altos fines
Emula, a las estrellas te avecines;
I tú, a grandes hazañas ardidosa,
Les hurtaste no ménos que un lucero
Que resplandece, empresa gloriosa,
En el escudo de tu limpio acero.
De tu ilustre trofeo
Las dos Hesperias envidiosas veo,
Pues usurpas su honor a Leurotea
I su espejo luciente a Citerea.

Para ser como reina respetada
Te dió naturaleza
La majestad i alteza;
I así, en hombros de montes levantada,
Presides el gran llano
Que enriquece de espigas el verano.

¡Cuánto es mejor tu vega
Que la que, en varias flores deleitosa,
Darro barre con oro i Jenil riega!
¡Cuánto te debe Palas belicosa
De olivas siempre verdes!
¡Cuánto licor sagrado
Pródiga, en aras de Dionisio pierdes!

Mas ¿para qué tu jeneroso aliento
Desacredito en lo caduco i vano
I arrastro por el suelo el pensamiento?
Voces me da en su templo soberano
La fama de tus hijos inmortales,
Cuyo nombre la aurora en sus umbrales
Oyó admirada, i su valor pregona
El indio mar en la tostada zona.

Aquí i allí corrieron orgullosos
El renombre español acreditando
I dando a Marte ejemplos gloriosos
Que está la fiera envidia murmurando;
Pues vió cuanto esta gloria tuya abona,
Que para el César invencible fuese
Flaco el poder romano
I al mismo pareciese
(Quizá temió), fortísima Carmona.

De la bárbara jente descreida,
Del feroz africano
Tanto fuiste temida,
Que acometer no osó tu muro fuerte,
I así pudo engañarte no vencerte.

¡Ai cuánto precio diste
De noble sangre al rudo alfanje moro,
A la vida de Cruz anteponiendo
La lealtad al tesoro!
Dígalo el cuello santo
De uno solo ¡i cuán grande! Teodomiro,
Admiracion de Córdoba i espanto
Del bruto Abderramen endurecido:
¿I qué retorno diste a la venganza?
¡Mil te pagó por uno!

Tú fuiste de Fernando la esperanza,
Que con solo aquistar tu alcázar fuerte,
Adelantó su intento glorioso
Sobre el oscuro reino de la muerte:
Lloró su fatal suerte
El bárbaro en Sevilla delicioso,
Arrastró negro luto, entristecido,
El gran Califa, en Africa temido.

¿Qué reñidas batallas, qué escuadrones
No honraron tus pendones?
Ilustres hijos tuyos
Dan ser al promontorio militeo
Desde el mar gaditano al turbio Ejeo.

¿Quién el jenio no admira
De los que con benigno aspecto mira
Erudita Minerva?
Mas su decoro a sí sola reserva
Su debida alabanza,

Que, aunque se esfuerce osado el pensa-
[miento
El decir no lo alcanza.

Vive siempre segura, vive ufana,
No temas de tu luz sombra enemiga;
Tu gloria soberana
Vivirá eternamente,
Que es mayor que el olvido tu alta frente.

Cualquiera despues de leer la *Silva* anterior reconoce en ella al cantor de Itálica, valiente en su espresion, florido en su lenguaje, siempre arrancando al olvido la memoria de los héroes i de los mártires.

Pocos dias ántes de escribir este artículo, leiamos una interesante novelita del orijinal autor *Fernan Caballero*, en la que aprendimos muchos datos referentes a la historia i particulares tradiciones de la villa de Carmona, i esta circunstancia nos ha hecho apreciar i gustar doblemente la magnífica oda de Rodrigo Caro. Este poeta tiene el mérito de trazar en sus versos verdaderos cuadros históricos que ponen de relieve el pasado en toda su gloria i su grandeza. Nada olvida el autor de esta famosa oda ni aun el lucero que adorna el escudo de la ciudad que canta; i todo sin descender a los detalles fastidiosos de que tan pródigas se muestran las mediocridades.

De Rodrigo Caro se sabe que no era nacido en Carmona como podria colejirse de los primeros versos de la *Silva* que acabamos de copiar; pero en esta villa estaba el solar de su familia, i era *la patria de los Caros*, amada por el poeta como su ciudad natal.

¡Ojalá con el tiempo se encuentren los detalles que nos falta sobre la vida de este insigne varon i sobre todo sus poesias que, juzgando por las escasas muestras que nos han llegado, deben todas ser de un mérito relevante!

ENRIQUE DEL SOLAR.

ROMANCE.

¿Adónde vas tan lijero,
Pobre arroyo? ¿adónde vas,
Que no detiene tu paso
De las aves el cantar,
Ni el rumor del aura leve
Que un concierto divinal
Al rizar tus puras aguas
Alza con dulce compas;
Ni la verde florecilla
Que al borde de tu raudal
Crece i que tierna perfuma
Con intensa suavidad;
Ni las luces te retardan
De la aurora matinal
Que en tu corriente, amorosas
Venianse a reflejar;
Ni esperas la clara luna
Que su adormecida faz
Retrataba en tus cristales
Con encanto celestial?
I sigues tenaz i sigues
Los valles dejando atras,
I afanoso te contemplo
Por los peñascos saltar,
De loca ambicion llevado
Que al fin te será fatal.
¡Oh! pára, arroyo, un momento
I escúchame por piedad!.....
Pero mis voces desoyes!....
Ya te encuentras en la mar!
I en vano clamas al cielo
En medio de tu ansiedad,
Por volver a ver tus dichas
Que no volverán jamas,
I en vano clamas, en vano,
Por tu prision quebrantar.....
¡Cuánto, arroyo, te pareces
A la pobre humanidad!
El hombre corre i se afana
Tras de la felicidad,
I deja bienes estables
Por mas placeres hallar,
I sigue i sigue impaciente,
Con su pensamiento audaz,
En pos de las ilusiones
Que no puede realizar.
I cuando mas se figura
Hallar deleites quizas,
Llega a la tumba i concluye
Su incesante batallar.
¡Qué tal es la lei del mundo
Que rije a todos igual!

1867.

M. A. HURTADO.

EL PAPA.

La catolicidad entera tiene ahora vueltos sus ojos a Roma. Los acontecimientos que allí se realizan i sobre todo los que en algun modo alcanzan al Soberano Pontífice no son ni pueden ser indiferentes para todos los buenos católicos del orbe. De los golpes que recibe la cabeza se resiente el cuerpo todo.

Los designios de los hombres contra la obra de Dios, los pensamientos de venganza i esterminio contra la Iglesia católica mui raras veces se han mostrado francos. Mui pocas se ha echado mano contra ella del potro, de la hoguera o de la espada. Los malos propósitos, los designios inspirados por el odio a Dios i a su relijion se presentan casi siempre disfrazados con nombres i con galas mas o ménos hermosas, mas o ménos encubridoras.

Los enemigos del catolicismo, los que en el seno de sus secretos conciliábulos han jurado moverle guerra a muerte, han visto en todos los siglos estrellarse sus satánicos esfuerzos contra la roca inconmovible del Pontificado. De allí han partido el consuelo, la firmeza i la esperanza para todos los ángulos del mundo donde bramaba la persecucion, allí se ha alzado siempre para confundirlos la voz de la verdad, la voz de la justicia, eco de la voz de Dios. Centro de la unidad, cimiento indestructible del gran edificio de la Iglesia, cerebro invulnerable de la cristiandad, Roma debia ser naturalmente el blanco de toda la rabia de los enemigos del Cristo. Por eso, en todos los siglos allá se han dirijido sus mas impetuosos ataques, allá han dirijido sus sordas maquinaciones i sus golpes descubiertos. Por eso tambien, en nuestro siglo, si bien no hai ya la audacia de las cárceles i de los cadalsos para la Iglesia, hai sí contra ella la conjuracion cavernosa, subterránea, hipócrita.

Roma en poder de los Pontífices, han dicho los enemigos del Pontificado en el siglo XIX, es un lunar, una laguna en medio de la Italia. Queremos la unidad italiana.

¡Especiosa apariencia ¿no es verdad?

Pero no es eso lo que quieren: la Italia una o la Italia dividida en mil diversos estados poco les importa a Mazzini i los suyos. Lo que ellos quieren es sofocar el Papado. Victor Manuel quiere la Italia una, pero con la condicion precisa de que es Italia una sea de Victor Manuel. Faltando la condicion, no le importa mucho ni poco la unidad de Italia o su fraccionamiento.

Hé ahí, pues, por una parte, el odio contra la Iglesia, que lo mismo que a ella sabe tambien odiar a los reyes i a toda autoridad i, por otra, la ambicion de un rei conjuradas contra el Pontificado; i el odio i la ambicion conjurados se encubrieron con el programa de la unidad italiana.

Esa lucha ha sido la que se ha desenlazado no hace mucho.

La rivalidad, el capricho de dos hombres arrastró el uno contra el otro a dos pueblos grandes, florecientes, felices. I los campos que se estienden desde las orillas del Rhin hasta Paris se han empapado con la sangre i se han cubierto con los cadáveres de millares i millares de hombres que han dejado hambrientas i desoladas otras tantas familias. La Francia, la nacion de las grandes glorias i de los grandes reveses, de las grandes inspiraciones i de las grandes demencias, atraviesa su hora de infortunio i de ceguera. La Francia es humillada, necesita para detener al enemigo de todos sus soldados, llama a los que tenia apóstados en las puertas del Vaticano, Pio IX queda solo e indefenso.

Hé ahí llegada la hora del *rei caballero*. Conquistador de última moda, pescador a rio revuelto, hace conquistas sin moverse de palacio, sin disparar un tiro, sin perder un soldado. Cada complicacion entre las grandes potencias le acarrea una ganancia. Tiene todas las ambiciones del conquistador; pero no tiene ni su audacia ni su altaneria; recoje migajas.

Miéntras hubo en Roma un solo soldado frances, estuvo silencioso i tranquilo en Florencia. Mas, apénas estuvo Roma inerme i el Papa sin mas defensa que su buen derecho, el *rei caballero* se lanzó sobre Roma. ¡Una corona para este nuevo Alejandro que conquista una ciudad sin guarniciones i derroca de su trono a un anciano sin ejércitos! ¡Pobre conquistador que no sabe para quien conquista, pobre conquistador a quien arrebatarán su presa las hordas revolucionarias que se ajitan al pie de su trono, pobre conquistador que ha tocado al unjido del Altísimo!

Despues de prometer, en nombre de su mentida fé católica, bajo su palabra de rei,

dejar al Pontífice independiente, libre i soberano en el ejercicio de su autoridad espiritual, ¿sabeis lo que hace el rei *galantuomo*? Reduce al Pontífice a la situacion de un prisionero; pero no de un prisionero venerable i augusto a quien se trata con hidalguia i distincion, sino de un prisionero a quien se custodia con soldados, a quien se espia i se oprime. Todos conocemos ya la enérjica protesta que ha dirijido al mundo católico el Santo Padre desde su prision. Ella revela hasta donde tenia razon Pio IX cuando declaraba absolutamente indispensable para el buen gobierno de la Iglesia Universal su soberanía temporal.

Allí está Pio IX, en poder de un rei incrédulo, rodeado de soldados, que no perdonan ni la correspondencia del Papa, a merced de los recursos para el gobierno de la Iglesia que tenga a bien darle el rei usurpador; hoi le dará poco, mañana nada; pero ¿qué mas si ni siquiera tiene la libertad de gobernar la diócesis de Roma, especialmente confiada a su pastoral cuidado?

Allí está el parlamento italiano confiscando los bienes de los conventos i espoliando a la Iglesia en Roma, como lo hizo en Florencia. ¡Hé ahí la unidad italiana, hé ahí ese hermoso programa, hé ahí la libertad, la honradez que lleva a Roma Victor Manuel! Siempre el gran mal de nuestro siglo, el equívoco de los nombres. *¡Unidad italiana! Espoliacion italiana, guerra al catolicismo* deberian apellidar su obra, si quisieran ser mas francos, los invasores de Roma.

La situacion del Papa, cabeza visible de la Iglesia católica, tiene en este momento llenos de indignacion i de dolor a todos los católicos. El mundo católico quiere a Roma para el Papa, Roma quiere tambien bien al Papa, por eso el mundo católico i Roma protestan contra la invasion; el mundo católico i Roma aman al Papa, por eso el uno i la otra alzan su voz para consolar la afliccion de Pio IX.

El Pontífice destronado, prisionero, oprimido i pobre, debe escitar, pues, nuestro amor filial, i en efecto lo ha escitado.

La sociedad católica de Chile i mui en especial la de Santiago se ha conmovido. Nuestros prelados nos han invitado a dirijir a Dios incesantes i fervorosas oraciones para que el Sumo Pontífice reciba del cielo el consuelo i la fuerza que necesita en estos sus amargos dias de tribulacion i para que cuanto ántes recobre la soberanía que necesita para el gobierno de todas las iglesias.

Los fieles han orado. El ocho de diciembre, aniversario de las tres grandes glorias de Pio IX, los católicos de Santiago han invocado, por la intercesion de María Inmaculada, la proteccion de Dios sobre el ilustre Pontífice.

Por fin, acaba de establecerse en esta capital una asociacion que tiene por objeto colectar limosnas periódicas destinadas a acudir a la pobreza del Santo Padre.

La señorita Teresa Tocornal i la señora doña Melesia Eyzaguirre de Tocornal, entre otras, han promovido tan bella obra con un celo digno de elojio e imitacion. Todos los católicos sinceros les debemos, pues, un aplauso.

La erogacion fijada es de veinte centavos mensuales, cantidad sabiamente calculada para ponerla al alcance de las personas de todas condiciones. El pobre podrá sacar de sus economías de cada mes esa pequeña ofrenda de amor i adhesion al Sumo Pontífice.

No necesitamos exhortar a nuestros lectores para que contribuyan con todas fuerzas a la realizacion del hermoso pensamiento de enviar periódicamente al Santo Padre las limosnas de todos los católicos de Chile. Bástanos esponerles la situacion de la Santa Sede para que, católicos sinceros i adictos hijos de la Iglesia como son, pongan cuanto esté a su alcance para remediar, en parte siquiera, los males que ellos i nosotros lamentamos.

¡Oremos, que junto con nosotros ora la cristiandad entera, i aliviemos las amarguras de nuestro Padre comun!

RAFAEL B. GUMUCIO.

TURNO DOBLE.

Cabizbajo i taciturno
Me tiene don Rafael,
Con ese cilicio cruel

Que se llama *doble-turno.* (1)
Yo soi de escaso majin
I en discurrir poco ducho;
Asi, señores, ¿qué mucho
Que el turno me cause *spleen*? (*esplin.*)
¡Apénas puedo con uno
I quiere exijirme dos!
Pero, don Rafael ¡por Dios
No sea tan importuno!
Yo me afano, pero en vano
Para poderle dar gusto.
I, ya que no puedo, es justo
Que se muestre mas humano.
Para *La Estrella*, señor,
Yo con gusto escribiria,
Mas por desgracia la mia
No ha sido la de escritor.
I, aunque es para mi gran peso
Para *La Estrella* escribir,
Bien le podria decir
(Si fuera de carne i hueso)
Que de padecer por ella
El alma tanto se paga
Que el mismo dolor la halaga,
Por ser la causa tan bella.
I aqui dejo, taciturno,
Esta charla insoportable
Pidiendo al *Círculo* amable
Que me dispense hoi el turno.
Santiago, diciembre 1870.

CATETE.

CAILLOMA.

(Conclusion).

Era la hora en que solo se escucha el fúnebre graznido de la *coa*; el fuego de todas las chozas se habia apagado. Los jefes se habian retirado a sus hogares.

Súbito la puerta de la cabaña del matchi se abrió, i penetró el fiero padre de Ghùlqüendula. Encendió un pequeño fuego en el centro de la choza, i despues, con aire de reconcentrado furor, se acercó a paso lento al lecho donde su hija dormía. Largo rato contempló con frente ceñuda el respirar anhelante de la jóven.

El verlo de pié junto al lecho como meditando un crimen i levantar su maza como para descargarla sobre la inocente niña, era un espetáculo horrendo. Pero habia aun en el pecho de Cailloma un resto de ese cariño que no se borra jamas.

Por fin, tocó con la punta del pié a la desventurada virjen para privarla asi del único momento en que olvidaba su infortunio. La niña tembló, la tremenda voz de su padre resonó entónces.

«Ghùlqüendula, dijo, los guerreros se han juntado para celebrar un consejo i han invocado el nombre de Pillan para obrar con justicia.»

«El infeliz Cailloma ha dicho ante ellos: «el matchi ha visto a su hija en los brazos de un huinca.» Los guerreros dijeron: «nuestros padres daban la muerte a la que deshonraba a su familia, i el fuego de los hijos del pais de las cumbres blancas abrasó siempre al traidor que vendia a su patria.»

«Ghùlqüendula, el dia primero de la luna de las cosechas hasta los jefes mas lejanos rodearan el cerro de los sacrificios, i en su cumbre, en medio de una hoguera, una hija infiel, la que ha hecho la desgracia de un padre, espiará su crimen.»

Un suspiró se exhaló del pecho de la inocente niña i balbucearon apénas sus convulsos labios: «Virjen de los amores castos, has escuchado mi súplica, pronto estrecharé al huinca contra mi pecho i nadie podrá separarme.» I cayó sobre el lecho, sus párpados se habian cerrado i solo se escuchaba su respiracion anhelante.

El matchi seguia como muda estátua de pié junto al lecho, i la sombra de su cuerpo, que se proyectaba en la pared, a la luz de la llama que vacilaba, le daba el aspecto tremendo de las fantasmas del pavor. Su blanca cabellera caia sin órden sobre su atezada piel i el negro arco de sus cejas ocultaba sus ojos centellantes.

Pasaba el tiempo, i la mirada de Cailloma se fijaba sobre su hija, que dormia ya. La virjen del prado, en medio de la somnolencia de la fiebre, sonreia dulcemente i sus pequeñas manos oprimian con cariño

(1) En el *Círculo de Colaboradores* es de regla penar, al que no presenta su trabajo en el dia de su turno, con la obligacion de presentar dos en la próxima sesion.—Hacemos esta advertencia para que se comprenda la alusion que hace nuestro colaborador *Catete*, que es el mismo K. T. T. de cuyas festivas composiciones han gustado mas de una vez los lectores de *La Estrella de Chile*.

su pecho para impedir talvez la fuerza de sus latidos. Pero nó, dulces recuerdos venian a su corazon inocente o talvez conversaba con su amado i estrechaba con amor el único tesoro que conservaba de él.

Cailloma era hombre, el matchi era padre, una lágrima empañó sus pupilas. Un crimen no podia manchar el alma de la que sonreia tan dulcemente cuarenta dias ántes de su horrendo sacrificio. Una idea tremenda para el corazon de un padre se despertó en su mente. Hubiera querido oir de los labios de su hija una palabra de salvacion; pero la inocente niña no podia pronunciarla por el letargo que la dominaba.

Acercábase el dia del martirio, Cailloma miraba con horror la desgracia que se le aguardaba. Pero la hermosa virjen permanecia ya muchos soles delirante i en sus palabras entrecortadas pronunciaba muchas veces el nombre del huinca.

¿I despues cuando la fiebre calmó? ¡Ai! despues.... despues si su padre con tono casi suplicante quiso arrebatarle su secreto, ella, lanzando una estrepitosa carcajada, habia esclamado: «Si, yo te ví, el huinca tendido en tierra.... la sangre corria.... tú lo mataste», i seguia riendo: estaba loca.

Los dias volaban i la niña salia a las cercanias acompañada de su padre.

Una mañana, un indio llegó a la puerta de la cabaña de Cailloma i el matchi salió apresuradamente en pos del mensajero.

Ghùlqüendula despertó, i al verse sola, salió de la choza llena de alegria cantando una dulce cancion. Cansada de andar, se sentó en una roca al pié del cerro de los sacrificios; una india que buscaba al matchi, se detuvo junto a ella.

«Pobre niña, le dijo, en el consejo se repitieron estas palabras: «el matchi ha visto a su hija en los brazos de un estranjero! ¡Ai de tí! el primer sol de la luna de las cosechas verá tu muerte!»

«¡Pobre Ghùlqüendula! continuó la india derramando lágrimas, ¡tan bella no puedes ser culpable!.... Cerca está tu muerte i contemplas tranquila el lugar del sacrificio.»

Pero la desgraciada niña fijaba sobre ella sus ojos con la atencion tan triste de la que ha perdido el juicio. Por fin, despues de largo rato, respondió: «El huinca ha muerto; mi padre le ha quitado la vida ¡ai! su sangre empapa la yerba. La virjen de los amores castos me colocará a su lado; yo guardo un recuerdo.» I estrechaba su tierno depósito contra su pecho enamorado. Despues continuó, i algunas lágrimas humedecieron sus mejillas.

«Un fuego en la cumbre del cerro, i el guerrero ¿por qué no viene? ¡Ai! sus ojos habrán visto una mujer de rostro blanco; yo lo amo; él me decia yo te lo juro cuando vuelva ¡ai! ¿por qué no vuelve? Ya no me dice bajo la sombra i junto al arroyo: en mi corazon se guardan tus palabras. »Yo lo ví, su sangre teñia la yerba; mi padre le dijo *infame*, yo lo ví tendido en tierra; su sangre teñia la yerba; ha muerto; i Ghùlqüendula no volverá a encontrarlo en el bosque! I una insensata carcajada se exhaló del pecho de la inocente virjen.»

La india se retiró llorando.

Una ajitacion estraña se notaba entre los guerreros, nuevas crueldades de los españoles apresuraban la hora de la pelea. Algunas tribus temerosas del poder del Dios del estranjero, habian inclinado su cerviz al yugo del invasor; pero los guerreros del valle habian jurado con un puñado de valientes de las tribus vecinas ir a morir al campo de batalla ántes que someterse a su dominio.

El dia de la partida se acercaba, Cailloma marchaba tambien; las ceremonias de la guerra se repetian en el silencio de la noche. Ghùlqüendula se habia salvado por entónces.

La hora de la despedida fué mui triste, los guerreros habian dicho a sus mujeres: si el último dia de la luna de las cosechas, los guerreros del valle no descansan junto a sus fuegos, ahogad en la cuna a nuestros hijos; no deben ser esclavos los hijos de los libres.

El matchi habia llorado estrechando a su hija contra su corazon i ella le contestó solamente: «Yo lo ví.... yo lo ví.... tendido en tierra.... la yerba estaba teñiña en sangre.... el matchi lo habia muerto....»

Marchó el anciano de la blanca cabellera con el corazon oprimido: un torcedor horrendo destrozaba su alma.

La hermosa niña, la virjen mas pura que el payro del valle, mas inocente que

la tórtola que arrulla entre el ramaje; exhalaba su aliento bajo el techo de una choza estraña, su padre al partir habia dicho a una de las mujeres de un guerrero: ¿Hai lugar junto a tu fuego para mi hija? I ella habia contestado: ¿cómo pudiera en la choza de un guerrero no haber lugar para la que dice padre al matchi?

La hermosa niña vagaba solitaria por el bosque i, si alguna vez quisieron impedírselo, su delirio se habia trocado en la mas ardiente desesperacion. A menudo, sus pasos seguian el curso del arroyo i la sombra de los árboles del lugar testigo de sus amores, la resguardaba de los rayos del sol. En este sitio entabla dulces conversaciones con la adorada imájen que talvez solo ella veia. «Huinca, esclamaba, ¿por qué siento latir con tristeza tu corazon?» i pronunciaba palabras que nadie podia percibir; cantaba dulces canciones para adormecer los dolores del alma de su amado.

¡Cuántas veces jimió su corazon cuando no aparecia a su mente la idolatrada sombra!

Cuando la aurora asomaba, la vírjen de planta mas lijera que la brisa al pasar sobre las flores, desde la cumbre del cerro de los sacrificios dilataba su vista ansiosa por la pradera. Unas veces bajaba llena de contento al sitio de sus entrevistas, otras, henchidas de desaliento, jemia i se desesperaba porque no volvia el huinca.

En medio de la tranquilidad de la noche, alzaba a veces plegarias ardientes uniendo a ellas el nombre de su amado.

Cuando las mujeres que la rodeaban le hacian alguna pregunta, la pobre loca solo respondia con frases incoherentes i carcajadas estrepitosas.

Habia pasado la luna de las cosechas i los guerreros no volvian, tristes noticias anunciaban los pocos indios que habian regresado a su patria.

El mes de las espumas ostentaba ese triste ropaje de que sabe revestir a una naturaleza muda.

Era una noche tempestuosa; la lluvia caia a torrentes; el viento zumbaba amenazando arrancar las chozas de los habitantes del valle.

En una de las cabañas mas espaciosas, se veian sentadas en torno del fuego varias mujeres de aspecto meditabundo; allá en el fondo apénas se divisaba una hermosa niña de formas virjinales, cuyos ojos brillaban en medio de la oscuridad. Escuchábase solo el silbido del viento i el chisporroteo del fuego. De cuando en cuando, la bella niña murmuraba allá en medio de la lobreguez en palabras apénas perceptibles: «Yo lo vi.... tendido en tierra ... la yerba teñida con su sangre.... mi padre le quitó la vida.... ya no lo veré mas....»

De repente, un anciano de blanca i larga cabellera, cuyos rotos vestidos estaban traspasados por el agua, penetró en la cabaña; las mujeres lanzaron un grito de espanto i huyeron despavoridas esclamando: «el matchi, el matchi:» solo la loca no se movió. Cuando su padre la estrechó contra su seno i le dirijió amorosas palabras, ella, llorando tristemente, murmuraba: «Yo lo vi.... la sangre que teñia la yerba!....» i Cailloma temblaba involuntariamente.

Una mañana, la mañana en que la primavera habia apurado sus primores para engalanar una naturaleza exuberante de vida, subió la hermosa niña, como de costumbre, al cerro de los sacrificios; pero en su rostro se notaban las señales de un dolor profundo.

Bajó al prado cuando el sol brillaba en medio del cielo; un canto mas melancólico que el sonido lejano de un arpa en una noche de luna se escapó de sus labios. Era el canto de muerte.

El guerrero canta cuando su sangre se hiela dentro de sus venas.

Ghülqüendula talvez se despedia en medio de su dolorido canto de aquellos sitios, mudos testigos de la felicidad de dos almas.

La luna brillaba en medio de un cielo azul i sin nubes, la naturaleza dormia, la hermosa niña en el lugar de sus amores lanzaba gritos de desesperacion, su pecho palpitaba, i sus ojos se ajitaban violentamente.

Era la media noche. La severa figura del matchi apareció en aquella escena tan conmovedora. Con amorosa solicitud, pretendia en vano arrancar a su hija de aquellos sitios i conducirla a la abrigada choza, por única respuesta a sus instancias, escuchaba

de sus labios las mismas dolorosas palabras.

I seguia Ghùlqüendula, en medio de la mas horrorosa desesperacion, clamando: «El huinca ha muerto.... yo lo he visto.... su sangre teñia la yerba.... ya no lo volveré a ver.... para qué vive la infeliz hija del matchi?»....

Consiguió, por fin, el anciano llevarla blandamente a su cabaña.

Todo yacia en silencio; una blanca sombra se deslizaba en medio de la oscuridad de la choza.

Mas tarde, en la cumbre del cerro de los sacrificios, se veia iluminada por los rayos de la luna una hermosa vision.

«Yo lo vi....se escuchaba en medio de la tranquilidad de los campos, la yerba teñida en su sangre....ya no lo veré mas... yo lo amo....quizá me habrá olvidado... ¡qué importa....ha muerto....no volveré a verlo...yo lo amo!...¡qué importa! ¡qué importa!»

Mas tarde, el silencio reinaba; la blanca vision parecia flotar mecida por la brisa.

Una cancion fúnebre i mas dulce que los ensueños de una virjen, comienza a resonar en los espacios, i sus ecos vibraban en la esfera de las estrellas. La cancion se iba debilitando poco a poco; por fin, nada se escuchó.

¡Ha muerto de amor! repetian las mujeres, a la mañana siguiente en la desierta choza de los guerreros.

V.

Ocho años habian pasado. Las cabañas estaban arruinadas i sus paredes servian de nido al ave del callado volar, los guerreros del valle habian sucumbido, el bello pais de las cumbres blancas jemia bajo el yugo del estranjero.

Cuando el crepúsculo teñia apénas de rojo la cumbre de las montañas de occidente, se veia sobre la cima del cerro de los sacrificios un anciano en cuya cabellera blanca jugueteaba el viento. Era talvez el jenio de la patria, que lloraba sobre la tumba de sus hijos.

Una tarde de invierno se veia al anciano en ese sitio desventurado; una numerosa comitiva seguia a un bizarro jinete que corria por la pradera.

El caballo se detuvo, i el caballero con ojos anhelantes buscaba un objeto. Avanzó solo; pero llamó en vano a la puerta de la cabaña de Cailloma. Buscaba sin hallar un sitio que él conocia; pero los frondosos árboles del bosque estaban cortados.

Algunos instantes despues, trepaba el cerro.

El anciano, al ser interrumpido en su misteriosa contemplacion, fijó en el español su sombria mirada; un temblor involuntario ajitó su cuerpo. El caballero miraba a Cailloma con la atenta espresion del que recuerda lejanos acontecimientos. Por fin, esclamó:

—Anciano, ¿cuál es la choza del que conversa con Pillan?

—Huinca, respondió el matchi, el valle está desierto i las chozas de todos sus hijos han sido destruidas por el fuego, una sola, la del infeliz Cailloma, se alza solitaria sin lumbre i sin bullicio.

—¿Sois acaso vos, anciano....

—Sí, yo soi el que teñí en sangre la yerba de este valle, yo, el desgraciado que llora solitario sobre la tumba de su hija!

—¿La tumba?....esclamó don Luis, i sus palabras se ahogaron en su garganta.

—Sí, continuó el anciano, Cailloma ha visto la desolacion de su patria, i ha sentido en el pecho una voz que le grita: ¡Asesino de tu hija!....

Yo escuché tu nombre en sus labios, i cuando sus manos heladas por la muerte oprimian su corazon, estrechaba entre ellas la yerba teñida en la sangre del huinca. I esta insignia que cuelga sobre mi pecho, escuchaba los virjinales latidos de un corazon inocente.

Sí, huinca, vivo aun, ¡poco he sufrido todavia! Ya no tengo hija....mi patria no existe....el guerrero del valle jime entre cadenas, i la frente del matchi está marcada con el sello de la esclavitud....

Espio en la tierra la muerte de Ghùlqüendula, i cuando el sol se reclina en su lecho de espumas vengo a jemir sobre su sepulcro: éste es el único consuelo que mis años permiten a mi ancianidad.

El jóven habia permanecido mudo escuchando las palabras del matchi, i algunas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Era ya media noche, i se veia aun sobre la cumbre de la montaña, un gallardo ca-

ballero hincado en tierra i un anciano entre cuyos blancos cabellos jugueteaba el viento.

Nunca despues, en el bello pais de las blancas cumbres volvió a repetirse el nombre de don Luis de Miranda; i todas las tardes, cuando la noche tendia su oscuro manto, un anciano jemia sobre la cima del cerro de los sacrificios.

Muchos años han pasado, i yo, en una noche de luna, he meditado silencioso sobre el sepulcro de Ghùlquëndula i Cailloma.

RAIMUNDO LARRAIN C.

Junio 11 de 1870.

SENTIMIENTOS.

Los sabios han computado en setecientos siete millones las vibraciones que han penetrado en el ojo ántes de que pueda distinguirse el tinte de la violeta, por ejemplo.

¿Qué filósofo podrá calcular las vibraciones del corazon ántes de que pueda distinguir los colores del *amor*?....

Las mujeres gustan de que se crea que no han sido comprendidas, i tienen a veces razon; por que el hombre, aunque sea mui sagaz, rara vez comprende enteramente a la mujer, por sencilla que ella sea. En este particular, el bello sexo nos aventaja: leen con facilidad en nuestro corazon, aunque no sepan cuál ha sido nuestra vida anterior. Pero nosotros podemos presenciar todos los actos de la vida de una mujer, encubierta bajo las formas convencionales, i sinembargo, su corazon tendrá mil misterios cuyo arcano no seremos nunca capaces de abrir.

Frecuentemente una mujer piensa con su corazon, de lo cual provienen la mayor parte de sus desgracias i equivocaciones. El hombre de jenio tambien piensa con su corazon, i de esto provienen la mayor parte de sus desgracias i equivocaciones. Asi es que entre la mujer i el hombre de jenio hai grande afinidad de simpatías: cada uno de por si intuitivamente comprende el secreto del otro; i miéntras mas femenina es la mujer i mas delicado el jenio del hombre, se encontrará mayor motivo de intelijencia entre los dos. Sinembargo, si el amor se interpone entre los dos, esta adivinacion tácita se pierde i equivoca, i ya no se comprenden.

BULWER.

CHARADA.

Nombre de una consonante
Castellana es mi primera,
Mi segunda es tambien nombre
De una consonante griega,
I una nota musical
Se nombra con mi tercera.

Mi todo es un dios pagano
Al que adora todavia
Con ferviente idolatría
El universo cristiano.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CARPETA.

Contenido de este número.

I.—Teatros Populares, por Zorobabel Rodriguez.
II.—Saetas, poesia, por Catete.
III.—Francisco de Rioja.—Estudio literario—por Enrique del Solar.
IV.—Romance, poesia, por M. A. Hurtado.
V.—El Papa, por Rafael B. Gumucio.
VI.—Doble turno, poesia, por Catete.
VII.—Cailloma (conclusion), por Raimundo Larrain C.
VIII.—Sentimientos, por Bulwer.
IX.—Charada.
X.—Solucion de la del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, diciembre 18 de 1870. Núm. 168.

FELICITACION.

Don Cárlos Walker Martinez ha dirijido por la prensa diaria una carta de felicitacion a don Máximo R. Lira por su libro *Los jesuitas i sus detractores*, que acaba de salir a luz por esta imprenta.

No podemos prescindir de reproducir en nuestras columnas esta felicitacion que nos toca tan de cerca. Obra de un amigo i constante compañero de trabajos, escrito en defensa de la Compañía de Jesus a que nos ligan vínculos tan estrechos, formado de una série de artículos publicados en las columnas de nuestro periódico, *Los jesuitas i sus detractores* es un libro que nos pertenece por mas de un título.

Nuestro amigo Walker Martinez, al dirijir a Lira la carta que vamos a reproducir, ha roto valientemente con las preocupaciones que hacen abstenerse a tantos jóvenes de prestar su apoyo i su defensa a muchas causas nobles i jenerosas que tienen la desgracia de rozarse con la relijion.

Miéntras los enemigos de la relijion gritan, los hombres relijiosos callan. Lira i Walker Martinez han abandonado ese estado de apatía, saliendo el primero a la liza i aplaudiendo el segundo el triunfo del primero.

Por nuestra parte, felicitamos al que da i al que recibe la felicitacion i nos enorgullecemos de tener por compañeros en nuestras tareas a jóvenes como Walker Martinez i Lira.

Hé aquí ahora la carta a que hemos hecho referencia:

«*Santiago, diciembre* 13 *de* 1870.

«Mi amigo:

«He leido con profunda atencion su hermoso libro *Los jesuitas i sus detractores* i me apresuro a dar a Ud. el mas ardiente plácemе.

«Ha recorrido Ud. con la historia en la la mano, todos los cargos, todas las acusaciones que se han hecho, desde siglos atras, a la Compañía de Jesus; i los ha desvanecido, i los ha pulverizado brillantemente, sin dejar en pié ningun argumento en su contra, ni ninguna de las mil calumnias de que ha sido víctima.

«¡Honrosa tarea la que Ud. ha desempeñado! ¡Digno homenaje el que Ud. ha rendido a la virtud, a la ciencia, a la abnegacion sin límites de esa sociedad que ha sido siempre perseguida por los malvados, siempre aplaudida por los corazones honrados!

«A Dios gracias, en Chile ella ocupa el puesto que le corresponde; arrastra el cariño i el respeto de todo el pueblo, sus enemigos son bien escasos, sus amigos bien numerosos. Admirador apasionado de esa órden, yo no puedo permanecer indiferente al ataque i a la defensa que se le hace; todo lo que a ella se refiere me conmueve, me toca mui de cerca, i sufro o gozo con sus luchas, con sus glorias, sus infortunios, sus martirios!

«Estos son mis títulos para interesarme en un libro como el de Ud. ¡I estos son mis títulos, sobre la amistad que a Ud. me liga, para darle el plácemе mas sincero i mas entusiasta! Ud. sobradamente lo merece.

«Suyo.—(Firmado.) *C. Walker Martinez.*»

TEATROS POPULARES.

(Conclusion).

IV.

Pero ademas de los beneficios jenerales que produciria a la sociedad la institucion de que no ocupamos, hemos indicado dos

otros, que siendo tambien beneficios considerados en si, son por otra parte medios indispensables para que la medida pudiera realizarse.

El primero de ellos seria la fundacion de escuelas en que se enseñase el arte de la declamacion i los conocimientos que deben acompañarle siempre.

El segundo, la institucion de certámenes periódicos en que se premiasen con largueza las mejores piezas dramáticas que se presentaran para los Teatros Populares.

Trataremos desde luego, de desenvolver la primera de estas ideas.

Ante todo, la fundacion de dos escuelas por lo ménos en que se enseñase a los jóvenes el arte de las representaciones teatrales i los conocimientos anexos a él, es una medida indispensable, caso de que se quieran establecer los Teatros Populares. Las compañías dramáticas que nos vienen del estranjero, si bien suelen amenudo carecer del mérito necesario, casi nunca carecen de las mas exajeradas pretensiones. De aquí es que seria difícil sino imposible, conseguir que se dedicasen a representar, con una recompensa modesta en los Teatros Populares, que por cierto no podrian pagar si no modestamente a sus actores. I dado caso de que algunos miembros de esas compañías se resolviesen a trabajar en aquellos, siempre resultaria que éstos se irian quedando con la brosa de todas las compañías que viniesen, jente que rarísimas veces obedece a la lei del progreso por aquello de «moro viejo no puede ser buen cristiano.»

Distinta cosa seria si se fundasen escuelas de declamacion; porque recibiendo en ellas a niños i niñas desvalidos, podria formárseles a la vez que en su arte, en la parte moral, tan descuidada en casi todos los que se dedican a representar en la escena. Esos niños, aun en el caso de que concluido su aprendizaje quedasen en libertad completa, abandonarian rarísima vez el país pues las relaciones de familia, el amor al suelo natal i hasta cierta aversion a los viajes que tiene siempre quien no ha abandonado nunca sus hogares, seria un obstáculo para ello.

Esto por lo que toca a los beneficios que reportaria el pueblo en jeneral de la fundacion de las escuelas que indicamos. Ahora si se considera esta medida con relacion a los que deberian recibir la educacion en ellas, su utilidad es de primera evidencia. De contínuo nos quejamos de lo atrasado de nuestra industria, de la escasez de ocupaciones para las clases proletarias, de los progresos de la vagancia, etc. Por consiguiente la autoridad se halla en el caso de protejer cualquiera institucion que venga a remediar estos males siquiera sea en algo.

La fundacion de Teatros Populares i de escuelas de declamacion, vendria a proporcionar útil i honesta ocupacion a muchos individuos que hoi se abandonan a la ociosidad o al crímen. I téngase en cuenta que esta medida, que seria ventajosa para los hombres, seria ventajosísima para las mujeres, que en Chile carecen completamente de recursos, cuando no tienen a su lado un esposo o les cabe la desgracia de perder la proteccion del padre de familia.

Los Teatros Populares vendrian a abrir a la mujer entre nosotros una carrera lucrativa i no ménos honrosa por cierto que la de arpista, cantora o bailarina.

Agréguese a esto, como hemos dicho ántes, que al propio tiempo se les enseñara declamacion, deberia tratarse de dirijir sus corazones a lo bueno i de inspirar en ellos sentimientos morales. Así nadie se creeria deshonrado saliendo a las tablas; se aprovecharian así tantos talentos que se pierden lastimosamente, i cuando, despues de cumplido el tiempo que tuviesen que trabajar por obligacion en los Teatros Populares, alguno se sintiese con deseo i fuerzas suficientes para trabajar en los otros teatros de la república, podria hacerlo i llegaria talvez una época en que los americanos no necesitásemos estar aquí a la espectativa de las compañías que no pudiendo hacer nada en España, tienen a bien venir a visitarnos.

V.

Réstanos todavía ocuparnos de un punto importantísimo i de una medida sin la cual las propuestas en los números anteriores no surtirian efecto alguno.

Las piezas que habrian de representarse en los Teatros Populares deberian ser trabajadas ex-profeso para ellos, porque de esta manera se conseguiria dar impulso a este ramo, el mas atrasado talvez de nuestra literatura nacional; remover un mal

de mucha trascendencia en que pocos fijan la atencion, pero que no es por eso ménos evidente, i dar mayor atractivo al teatro, haciendo por tanto que fuese concurrido por mayor número de pesonas.

Nuestra idea es que el gobierno, la municipalidad, o la universidad o los tres conjuntamente, estableciesen certámenes periódicos en que se premiasen las mejores comedias, dramas o sainetes que se escribiesen para los Teatros Populares. Inútil seria entrar aqui en la enumeracion de las cualidades que deberian concurrir en estas composiciones para que llenasen cumplidamente su objeto. No estará demas advertir sinembargo, que la moralidad mas severa, la sencillez de lenguaje i el amor a la patria i a las instituciones que la rijen deberian de constituir sus principales cualidades. En cuanto fuera posible, los argumentos deberian tomarse de nuestros propios anales para que de este modo el pueblo se familiarizase con los gloriosos hechos de nuestra historia i creciese robusto en sus corazones el deseo de imitar los altos hechos de nuestros antepasados.

No faltaria entónces quien se dedicase a ese ramo de la literatura que es el mas difícil ciertamente, pero tambien el mas lucrativo para los que tienen la suerte de cultivarlo con provecho; i no estaria como hoi lo vemos completamente abandonado, despues de unos poquisimos ensayos, laudables es cierto, pero casi en su totalidad completamente desgraciados. ¿Quién en efecto, tendrá la audacia suficiente para dar un ensayo a la escena en que la noche ántes se habria representado talvez alguna de las obras maestras del teatro frances o español?

No sucederia así una vez que se estableciesen los certámenes, i la lucha para los noveles escritores ofreceria mayores probabilidades de buen éxito.

Dijimos tambien que se lograria así curar un mal grave en que creemos que poco se fija la atencion.

Pretenden unos que el teatro debe ser la escuela de las buenas costumbre i otros combaten esta teoría. Nosotros nos contentaremos con afirmar que siempre que se pueda seguir el precepto de Horacio debe seguirse, i que vale mas deleitar e instruir que solo deleitar; pero en lo que todos estarán ciertamente de acuerdo es en la grande influencia que tienen sobre las costumbres e ideas las representaciones teatrales i en que no debe ir a ellas el pueblo para perder su corazon.

¡Cuánto habria que hablar sobre estos puntos! El sensualismo en que vive i de que se alimenta la literatura europea, salvo honrosas i raras escepciones, pasa los mares i penetra en nuesta sociedad en forma de novelas, poesias i dramas i llega a exhibirse impudicamente en nuestros teatros en presencia se nuestro hijos, de nuestras mujeres i de nuestro pueblo. No hace a nuestro propósito sinembargo mostrar lo grave de este mal: él no se remediaria si no en pequeña parte con la planteacion de la idea que venimos desenvolviendo.

No así en cuanto a las ideas politicas i sociales, que defienden constantemente los dramáticos europeos.

En los franceses vése continuamente un decidido empeño por realzar el crímen, i humillar la virtud: sus héroes salen casi siempre de la clase mas degradada i vil de la sociedad, sus mayores criminales tienen un nombre ilustre o son personas que están en el gobierno u ocupan altos puestos. Es verdad que jeneralmente son retratos perfectos, especies de fotografías; pero trabajados deslealmente, poniendo por regla la escepcion, i la escepcion por regla. Allí se suele copiar a la naturaleza; pero servilmente i sin discernimiento. En esos cuadros no faltan jamas los cenagales; pero rarísimas veces se divisa a lo léjos una porcion del cielo.

Tal es a nuestro juicio el carácter jeneral del drama i de la novela en Francia, sin que por eso deje de pecar a veces por donde pecan casi siempre los dramas españoles.

«Dios, el rei i la patria» es la divisa de éstos.

Nosotros no podemos admitir la segunda persona de esta trinidad, en cuyo nombre realizaron los antiguos españoles hazañas que están escritas en las pájinas mas brillantes del libro de la historia, i a cuyo nombre tambien sacrificaban con recta intencion sin duda, pero erradamente, segun creemos ahora, nada ménos que la libertad a quien nosotros hemos hecho sentarse sobre el trono de los reyes.

Dése el alcance que se quiera a la influencia que pueden ejercer en el pueblo las doctrinas aristocráticas, monárquicas,

i muchas veces hasta inmorales que se defienden en la mayor parte de los dramas que se representan entre nosotros; nunca se podrá negar que por lo ménos es una mengua para la república i para los ciudadanos que asisten al teatro, el verse precisados a oir continuamente las alabanzas de los principios monárquicos i de las aristocráticas costumbres de otros tiempos i paises.

¡Cuánto mas propio i conveniente seria que nuestro teatro, en vez de ser la antitesis eterna de nuestras instituciones i costumbres fuese su defensor constante i mas firme apoyo!

¿I qué medio mas adecuado para lograr este objeto que la planteacion de los Teatros Populares en la forma que la hemos indicado?

La moral, pues, los principios democráticos que profesamos, el bienestar del pueblo, reclaman urjentemente que se ponga en práctica tan benéfica idea.

Para alcanzar buenos resultados no basta que se mande construir un teatro al que se bautice con el nombre de *popular*. Esto no es dar un paso siquiera por el buen camino. Las tres medidas que hemos apuntado deben tomarse a un tiempo, porque apoyándose mutuamente, la falta de cualquiera de ellas haria que las otras no pudieran sostenerse i viniesen a tierra.

En resumén, para que los teatros merezcan el nombre de *populares*, es necesario que los actores hayan salido del seno del pueblo i que para el pueblo hayan sido espresamente escritas las piezas que se representan en ellos.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

UNA IDEA.

Umbra locis adero.

En este sitio un dia
Sin amargura triste
Tus penas me dijiste,
I mi amistad te oia.

I, súbito inspirado,
A tu pecho doliente
Yo revelé elocuente
Un porvenir dorado.

Dorado, como el bello
Celaje de esa tarde:
Hacia el sol alarde
De su mejor destello.

Todo en torno reposa,
Ni cambio alguno miro;
Vago exhala un suspiro
Naturaleza hermosa.

Jime la árida rama
Que agobia el aura leda,
I allá la fuente rueda
Humilde entre la grama.

I en la vecina villa
La cúpula contemplo
De algun adusto templo
Que al sol de ocaso brilla.

Tú a estos mismos lugares
Me has traido, ¡oh memorias!
A cantarme tus glorias
Como ántes tus pesares.

Mas yo...yo soi la sombra
De ése que vistes un dia;
Mi alma huella sombria
Esta florida alfombra.

Que se cumplen me dices
Mis presajios risueños;
Tornarse ves tus sueños
Realidades felices.

Bien mi amistad suspira
Por celebrar presente
El porvenir riente
Qué adivinó mi lira.

Bien mi amistad desea
Felicitarte...i jime;
Mi pecho labra, oprime
¡Una cruel idea!

Perdon, si es en tu oido
¡Mi voz un desengaño!
Tú instantes en un año,
¡Yo siglos he vivido!

Como la amante esquiva
Que al doncel porfiado
El seno abrió llagado
Que su esquivez motiva,

Yo así a tu vista alzando
De mi alma herida el velo,
Justifico mi duelo
I aun compasion demando.

¡Ah! el tiempo en mi eslabona
Dos seres: hoi me veo
Enmordazado reo
Do ayer ceñí corona.

Si balbuce mi labio,
Si mi lengua se anuda,
Si mi lira está muda,
No lo tomes a agravio.

Que esa cruel idea
Mi pecho oprime, labra,
I hiela la palabra
Que la amistad emplea.

MIGUEL ANTONIO CARO.

AMOR I FE.

Paseábame un dia por los espaciosos corredores de uno de los conventos de esta ciudad.

Triste, apesadumbrado por una penosa amargura de aquellas que en nuestra vida de jóven vienen a visitarnos de vez en cuando sumerjiendo nuestro espíritu en una cruel melancolía, me habia retirado a pasar algunos dias en medio del silencioso recojimiento del claustro i de la oracion.

Desde el primer dia, mi atencion se habia fijado en uno de los legos del convento, a quien su porte noble i distinguido, su semblante siempre triste, su vista invariablemente fija en el suelo, representaban a mi imajinacion como el héroe de alguno de esos íntimos dramas sociales que envuelven una interesante historia, i a menudo una útil leccion.

Ese pobre lego me inspiraba curiosidad.

Esta curiosidad subió de punto cuando un dia se me dijo por el portero que el hermano Claudio, tal era el nombre que se le daba en el convento, habia suplicado al Prior que lo eximiera de la obligacion de acompañar a los frailes que por razon de su ministerio u ocupacion tenian que salir fuera de la casa.

Me dediqué desde ese dia a recojer, por medio de preguntas que procuraba hacer con todo el disimulo indispensable para que no se trasluciera mi objeto, todos los datos posibles sobre la vida de dicho lego.

Tuve la felicidad de obtener, mediante la buena voluntad del superior, el permiso para que él viniera frecuentemente a mi aposento, con el fin de acompañarme.

Allí, durante las largas horas de la noche, conversaba con él sobre diversos i variados temas, notando siempre que poseia una instruccion vasta, sólida; un trato fino que denotaba el esmero con que se habia atendido a su educacion.

Realzaba esas dotes con una profunda modestia, i su humildad era, a juicio de sus demas compañeros, ejemplar.

¿Quién era ese hombre?

Nunca habia logrado obtener cuando trataba de descubrir su orijen i familia sino contestaciones evasivas que no arrojaban ninguna luz sino que picaban mucho mas mi curiosidad.

Verdaderamente contrariado en mi pretension, pensaba ya en si renunciaria o nó a mis investigaciones, cuando un incidente inesperado vino a hacerme poseedor de un precioso documento que me reveló todo lo que deseaba saber.

El dia ántes de abandonar esa santa casa, leia yo distraidamente uno de los diarios de la capital, cuando entró a mi aposento el hermano Claudio.

Maquinalmente puse en sus manos dicho diario, comenzando él tranquilamente su lectura.

De repente le vi inmutarse, cambiar de color i asomar a sus ojos dos gruesas lágrimas, que pronto fueron seguidas de otra i otra mas.

Me levanté de mi asiento; i dirijiéndome a él, ¿qué teneis? le dije.

—Leed, fué su única respuesta, indicándome con el dedo una acápite de crónica en que bajo el título de *Necrolojía* se decia lo siguiente:

«Hoi han sido conducidos al cementerio los restos del señor don Francisco de Paula U....

«Cariñoso padre, amante esposo, deja a su familia sumida en el mas intenso pesar.

«Lo acompañamos en su justo dolor por tan irreparable pérdida.»

Concluida esta lectura, e instantáneamente ¿era vuestro pariente? le pregunté.

—Mi padre, caballero, fué su contestacion, derramando, al darla, abundantes lágrimas.

—Mas, pronto me agregó: os suplico no digais a nadie lo que acabais de oirme. Era un secreto i os lo he revelado. Guardadlo, por Dios.

—Os lo prometo, le dije.

El hermano Claudio se retiró, dejándome solo i entregado a una profunda meditacion.

¿Por qué tanto misterio en su vida?...

.....

A la noche, i a la hora de costumbre vino a verme. Puso en mis manos un cuaderno, un retrato i una pequeña medalla.

—Conservad, me dijo, lo que ahora os entrego. Cuando llegue a vuestros oidos la noticia de mi muerte, podreis ver ese retrato i leer ese cuaderno en el que se halla escrita la historia de mi vida.

Sois el único hombre que habeis sabido inspirarme confianza, manifestando verdadero interes i cariño por el pobre lego.

El os dá lo que mas estima.

En cuanto a esa medalla, que la Virjen cuya imájen tiene grabada, os proteja.

Descanso en vuestra palabra de honor, que no abusareis de la confianza que en vos deposito.

Lleno de emocion por lo que acababa de oir, abracé al lego, diciéndole: «Me habeis honrado con vuestra confianza. No olvideis que en todas las circunstancias de mi vida, soi mas que amigo, soi vuestro hermano. Miradme como a tal i pedid a Dios por mi en vuestras oraciones.»

Al dia siguiente abandoné el convento.

Pregunté, al despedirme, por el hermano Claudio,

Se me contestó que estaba enfermo en cama.....

Volví muchas veces a verlo.

Solo una vez lo conseguí.

Su pálido semblante me indicó el abatimiento moral de su espíritu, el progresivo aniquilamiento de sus fuerzas.

Su enfermedad era de muerte.....

.....

Han pasado cinco años despues de los sucesos referidos.

He ido al convento i he sabido el fallecimiento del hermano Claudio, ocurrido hace ocho dias.

«Era un santo», decian unos.

«Fué un modelo de virtudes», agregaban otros.

«Todo eso ha sido; pero mas que todo un mártir», dijo uno de los ancianos mas venerables del convento.

Regresé a mi casa, habiendo solicitado i obtenido ántes el permiso de orar sobre su tumba.....

.....

El, al abandonar la vida, habia dejado escrita una carta, que me fué entregada por el Prior del convento.

Dicha carta solo contenia las siguientes líneas:

«Amigo:

«Muero resignado en la voluntad de Dios.

«Cumplid mi encargo.

«Orad por mi.....

.....

Hé aquí la historia del hermano Claudio, escrita por él mismo.

I.

¿Por qué jamas puede apagarse en el alma el abrasador fuego del recuerdo?

Ni la quietud i silencio que reina en el claustro, ni la aspereza de la vida monástica a que estoi sometido, ni los blancos cabellos, que escasos ya, pueblan mi cabeza, como triste reliquia de los que fueron; nada, nada consigue el triunfo completo del olvido sobre el recuerdo incesante que ajita mi espíritu.

Voi a escribir mi propia historia, no como una lisonja a la vanidad desterrada hace tiempo, desde que el tosco sayal del lego reemplazó el elegante traje del jóven que vive en el torbellino del mundo sujeto a los mudables caprichos de la moda, sino solo como una satisfaccion, un desahogo que el corazon siente al confiar sus impresiones a este confidente mudo del papel.....

.....

.....

II.

Hoi, 11 de marzo, hace nueve años que abandoné el mundo par venir a buscar en el cláustro el consuelo, la paz, la tranquilidad que eran tan necesarias a mi triste corazon.

Los sucesos que precedieron a esa resolucion, motivándola, son los que voi a referir convirtiéndome en simple narrador, sin darles mas colorido que el que les presta la verdad, sin deducir de ellos mas conclusiones que las naturales i lójicas que de su fin se desprenden.....

Contaba solo quince años cuando una violenta enfermedad llevó a la tumba a mi madre.

¡Mi madre! cuando recuerdo su nombre, agólpase a mis ojos un torrente de lágrimas.

Aun me parece verla con aquel semblante hermoso como la virtud del cielo, con aquellos ojos celestes como el azul del firmamento.

Escucho sus palabras, que destilaban en mi alma la divina enseñanza de la relijion i los saludables consejos que solo las madres saben dar.

¡Desde esa morada de luz donde resides, oh madre, tú velas mi sueño, enjugas mis lágrimas i pensando en tí halla mi alma consuelo i paz!

Eras tan buena, tan anjélica, que Dios quiso llevarte a su lado cuando aun no habias llegado al medio de la vida.

Mi madre tenia treinta i cinco años cuando una rápida enfermedad la arrebató a mi cariño.....

.....

.....

.....

III.

Cuando pude reponerme de la impresion causada por la terrible desgracia que acababa de soportar, me encontré instalado en casa de una tia paterna, a quien habia visto solo raras ocasiones durante el trascurso de mi vida.

Mi familia habia quedado reducida a cuatro personas. Mi padre, mis dos hermanas, cuyos nombres eran Elisa, i Julia, i yo.

No puedo pasar por alto el penoso sentimiento con que dejé para siempre aquella casa donde se habian deslizado felices los años de mi infancia.

Pareciame que todos i cada uno de los lugares de esa morada me acusaban de ingratitud por el abandono a que precisamente los sometia, pues un nuevo poseedor no respetaria los recuerdos que los hacia tan queridos.

Pero mi padre lo habia dispuesto así, i era preciso obedecer.....

.....

Mi tia me demostró al principio una amabilidad i cariño que dispuso en su favor toda mi simpatia.

Sinembargo, las picantes alusiones que de vez en cuando se permitia hacer al carácter, segun ella, estremadamente sensible i tímido de mi madre, aunque en verdad tales dotes eran solo una joya mas de las preciosas que adornaban su alma anjélica, lastimaban el cariño que, al través de la tumba me unia a ella.

Alzaba mi voz en defensa de causa tan justa, mereciéndome esta conducta los calificativos de orgulloso i altanero con que mi tia solia apellidarme.

No era diferente el trato que mi tia Rosa, tal era su nombre, daba a mis hermanas Elisa i Julia.

Fundánse en que se hallaban de luto por la muerte de mi madre, las sometia a un riguroso encierro en la casa, del cual apenas salian los dias de fiesta con el fin de cumplir con el precepto de oir misa, encierro que consistiendo en la absoluta falta de ejercicio hacia decaer rápidamente su salud.

Este tratamiento de parte de mi tia, hizo que yo pidiera con instancia a mi padre el ser colocado de interno en algun establecimiento de educacion para continuar mis estudios, accidentalmente interrumpidos....

.....

.....

Mi padre accedió a mis deseos, i cinco años trascurrieron para mi, si no felices, a lo ménos libres de molestas exijencias.

Los meses de vacaciones acompañaba a mi padre, quien poseia un fundo en una provincia distante de Santiago, donde residia casi todo el año entregado a las faenas del campesino, viniendo solo de vez en cuando a esta ciudad i descansando tranquilo en la confianza de que mis hermanas i yo estábamos perfectamente atendidos por mi tia.....

.....

.....

IV.

Habia cumplido veinte años.

Abandoné el colejio, terminados los estudios de humanidades, para continuar los

de leyes, residiendo desde entónces en la casa de mi tia.

¡Veinte años, edad de oro de las ilusiones!

Tenia, como todos en esa época un mundo de esperanzas en mi corazon, un deseo impetuoso de goces que creia hallar en el confuso torbellino de la sociedad.....

Cuando traigo a mi memoria esas horas i esos dias, siento aun, sin que los años ni las mortificaciones de la vida que al presente llevo, hayan podido estinguirlo, el calor entusiasta con que desafiaba todo peligro i corria como un loco de goce en goce, de placer en placer sin saciar jamas esa sed de felicidad que mi alma trataba de apagar.....

.....

.....

Quisiera dejar en blanco la pájina de mi historia que abraza el período de tiempo desde la época mencionada hasta la edad de veinte i seis años.

Mi pluma se resiste a escribir la lucha terrible en que mi pobre corazon estuvo próximo a perder la brújula que dirijia la nave del destino en medio del tempestuoso mar de la vida.....

¡Adela! yo he muerto para tí!.....

Tú hace nueve años há que no has oido pronunciar mi nombre, sino como un recuerdo perdido allá en el fondo de tu memoria.

¿Qué te importa la vida de amargura i pesar a que me has condenado?.....

¡Mas nó!

¡Perdon para ella!

¡La he amado tanto, la amo aun, apesar de todo, no obstante su ingratitud, su menosprecio!.....

Empero, volvamos a mi relacion.

Un dia, que jamas olvidaré, mi padre nos notició la resolucion que habia tomado de contraer segundas nupcias, guiado, segun él decia a mis hermanas i a mi, por el interes de nuestro porvenir.

No aplaudimos ni censuramos esta determinacion de nuestro padre.

En nuestro carácter de hijos, debiamos ser obedientes i respetuosos, i obrando en ese sentido le dimos por contestacion nuestro silencio.

Ocho dias mas tarde variaba yo de residencia, yendo a habitar una nueva casa que mi padre habia arrendado; i pocos dias despues asistia, con mis hermanas, a su enlace con la señora Manuela B....

Cuando concluida la ceremonia, mi padre me indicó abrazara a mi nueva madre, esta fué su frase, lo hice, pero de un modo frio i sin entusiasmo.

Debo confesar que no sé por qué procedí de esa manera.

¿Era presentimiento del corazon?

No lo sé, pero los hechos posteriores han justificado plenamente la secreta repulsion que mi alma sintió hácia aquella a quien le acababa de dar el nombre que solo una vez se repite: «madre!».....

Pasaron los dias en medio de bulliciosos festejos.

Mi madrastra era de una fisonomía bastante agraciada, de modales francos i distinguidos. Habia recibido una esmerada educacion i su talento era sereno i despejado.

Empero tenia una aficion desordenada al lujo i sacrificaba todo al egoismo de brillar por la elegancia de su traje i por el fausto i esplendor de su tren.

A primera vista, no se comprendia como ella hubiera podido interesarse al punto de unir su porvenir al de un hombre como mi padre, de edad algo avanzada i que no poseia atractivos físicos.

Mas la murmuracion social habia esplicado este contrasentido aparente, dándole por razon su verdadera causa, pues se decia que la pingüe fortuna de mi padre era un cebo bastante apetecible a las aspiraciones de mi madrastra.

Bien pronto pudo notarse que no era ésta una murmuracion destituida de fundamento, por los dispendiosos gastos que una vida de continuas tertulias i numerosos paseos, orijinaban.

Mas no cumple a mi objeto sino referir incidentalmente estos sucesos.

Mi madrastra habia traido a casa a habitar con ella a una sobrina suya.

Adela, era una jóven que tenia entónces diez i seis años. Hermosa como una mañana de primavera, Dios, al crearla, la habia enriquecido con todos los dones de la belleza física i moral.

Huérfana, sin padre ni madre, habiendo perdido a esta última hacia dos años, habia sido recojida por mi madrastra, su tia materna, viviendo siempre a su lado como su hija, rodeada del cariño i de las consideraciones de tal.

Yo no haré su retrato físico; pasaré en silencio sus grandes i hermosos ojos negros, de los que parecian brotar dos magníficas chispas de esa luz viva i centelleante que se ajitaba en su ser; nada diré tampoco de ese soberbio conjunto que arrastraba un murmullo de admiracion donde quiera que se presentara.

¿Para qué?

Tengo aquí, ante mi presencia, su retrato, única reliquia que de ella conservo i que oculto a las miradas indiscretas de mis demas hermanos en este convento.

Aquí, debajo de mi hábito, lo llevo siempre escondido i él me recuerda la sola ilusion que he amado!

Nuestras primeras relaciones se resentian de cierta etiqueta i reserva mui natural, pues éramos estraños el uno para el otro.

Un año habia trascurrido. En él, la vida de familia que llevábamos, viéndonos i hablando a todas horas habia hecho comprender a nuestros corazones la necesidad de unirnos mas i mas por los vínculos del cariño.

Sinembargo, prudentes i discretos, cualidades raras en dos corazones que se aman, teníamos la fuerza de voluntad que era preciso para dar a nuestros sentimientos, aparentemente el carácter de una fraternal confianza.

Vivíamos contentos con poder soñar un porvenir de encantadora felicidad.

Mis hermanas, a quienes yo nada ocultaba, secundaban mis proyectos i mis ilusiones.

LUIS LARRAIN ZAÑARTU.

(*Continuará.*)

ROMANCE.

Herido tengo de amores
El corazon, madre mia,
I no puedo hallar sosiego
Ni en tus deseadas caricias.
Ni me agradan los paseos,
Ni el murmurar de la brisa,
Ni el perfume de las flores,
Ni los astros cuando brillan.
Todo me causa desvelos,
Todo pesar i agonía,
Todo ansiedad i delirio,
Todo, me cansa i fastidia.
¡Cuán feliz en otro tiempo,
En tu regazo adormida,
Escuchaba de tu boca
Du'ces pláticas amigas!
I mi existencia entre flores
Deslizábase tranquila,
Sin sobresalto, sin duelo,
Entre juegos i sonrisas.
Yo me acuerdo, yo me acuerdo
Cuando triste me decias:
Cuida mucho de los hombres
I de sus amores, hija,
Porque el goce que presentan
Cuando ya el alma se obliga,
Es a veces luz brillante
Que a los sentidos fascina,
O ya un abismo insondable
Que al dolor nos precipita.
¡Cuántas veces, madre, estuve
Cuántas veces indecisa
Al oir de los amantes
Las alabanzas cumplidas!
Mas ¡ai! ¡para mi martirio!
Mas ¡ai! ¡para mi desdicha!
Que una tarde en el paseo
Ví que un jóven, ví que un jóven
Asaz mis pasos seguia,
I aunque yo no lo miraba
Su vista en mi estaba fija,
I no sé por qué mi rostro
Los ojos de él lo encendian,
I sentí que el corazon
Con mas violencia latia.
Despues lo encontré en el baile,
I con palabras mui finas
Me dijo que era mui bella,
Me dijo que era mui linda,
Me dijo que era su encanto,
Que era su amor, madre mia,
Adios entónces, placeres,
Adios, fantásticos prismas,
Adios, mis tranquilos sueños,
Adios, mi dulce alegria;
Porque en mis oidos suenan
Sus palabras mui cumplidas,
I a todas horas lo encuentro
I a todas horas me mira;
I en vano marcho lijero,
Porque él tambien marcha aprisa,
I si despacio camino,
Tambien despacio camina,
I me deja siempre triste,
I me deja pensativa,

I herido tengo de amores
El corazon, madre mia.

1866.

M. A. Hurtado.

EL VERDADERO HEROISMO.

Nacen a veces hombres tan nobles i jenerosos, que nos consuelan algun tanto de la multitud de los malvados i egoistas. Uno de ellos fué Cárlos Robert, que pareció consagrarse desde su infancia al servicio de los demas i al olvido de si mismo.

Cuéntase que en una época en que apénas tenia diez años, i en que sinembargo la fuerza de su cuerpo, igual a la de su alma, era casi atlética, un lobo aterrorizaba la comarca. Los pastores no hablaban sino con el mayor espanto de aquel terrible animal que devoraba las mejores de sus ovejas, muchas veces a sus propios ojos i bajo la custodia de los perros: hasta algunos niños habian sido victimas suyas. En vano habian probado sorprenderle i matarle todos los campesinos reunidos en partidas; pues los mas intrépidos habian tenido que retroceder a su temible aspecto.

Cárlos Robert hizo por si solo lo que todos reunidos no habian podido alcanzar. Un dia que estaba al acecho, vió que se llevaba entre sus mortiferos dientes a un pobre cordero. Correr hácia él armado unicamente de un palo, cojerle atrevidamente por la cola, i obligarle a soltar su presa, fué para Cárlos obra de un momento. El lobo, reducido a defenderse por si mismo, empezó por soltar al cordero, i se preparó a dirijir sus dientes contra su nuevo adversario. Robert, tirando entónces su baston, cojió al animal por la garganta, le derribó, i con sus manos i rodillas pudo lograr el ahogarle.

Este era el primer servicio que hacia a sus semejantes, i preludio de otros mas importantes; testigo el que vamos a contar.

Hacia un invierno mui crudo: el grande estanque de la comarca en que habitaba Cárlos Robert estaba enteramente helado, i habia invitado a los niños a ir a divertirse sobre el hielo.

Entre los espectadores que los contemplaban desde las orillas, se hallaba un jóven como ellos, del cual se burlaban mucho porque no tomaba parte en sus placeres, i aun le hubieran tachado de cobarde, sino hubiese tenido la reputacion de ser un vigoroso muchacho, que, si hubiese convenido, hubiera podido atemorizarlos a todos de una bofetada.

Este era Cárlos Robert, que jamas habia sabido deslizarse sobre el hielo porque no lo creia bueno para otra cosa que para causar disgusto a los padres i romperse algun brazo o pierna; pero en compensacion habia aprendido a nadar como un pez, porque le habian dicho que en ciertos casos era mui útil para salvar la vida de sus semejantes.

Burlábanse pues en voz baja de Cárlos Robert, que ni siquiera pensaba en ellos, i parecia preocupado de cosas mucho mas sérias.

De repente todas las carcajadas de alegria se convirtieron en cuatro gritos espantosos, que fueron respondidos por cuatro esclamaciones jenerales no ménos terribles en las orillas del estanque. Habiase percibido un crujido, el hielo se habia rajado, i se habia abierto un abismo en que corrian a hundirse unos tras otros los imprudentes que se habian aventurado sobre aquel frájil suelo, i que ninguna fuerza humana podia detener tras el impulso que ellos mismos se habian dado. Cuatro desgraciados niños desaparecieron bajo el hielo.

El espanto i la consternacion eran jenerales, i sinembargo nadie, nadie se arrojaba a socorrerlos; sus compañeros habian huido a la vista de un peligro que por poco los pierde a todos.

Pero me engaño: no léjos de allí habia un muchacho que se descalzaba i desnudaba apresuradamente. En tres saltos habia atravesado la muchedumbre que permanecia estática i ni siquiera le habia visto, i se habia sumerjido en el agua helada.

Nadie le vió hasta que, despues de algunos minutos, salió del fatal agujero, llevando por los cabellos a uno de los anegados, que colocó sobre la yerba. Este valiente muchacho no era otro que Cárlos Robert.

Levantóse en este momento un grito de admiracion.

Cárlos lo oyó apénas, pues andaba ya en busca de un segundo anegado, que tardó poco en volver a la vida.

Rendido de frio i de fatiga, nadie pudo sinembargo detenerle, i se arrojó a aquel abismo por tercera vez.

Pero esta vez tardó mucho en aparecer; todos temblaban por él, i desconfiaban ya de volverle a ver, cuando al fin pálido i vacilante llegó a colocar su tercera conquista junto a las otras; i tiritando con la camisa helada sobre la piel, los cabellos erizados, los labios amoratados i los ojos cerrados, cayó sin fuerza alguna casi espirante cerca de aquellos a quienes tan noblemente habia salvado.

Durante este tiempo habia acudido una mujer desolada, que hacia resonar el aire con estas palabras:

«Mi hijo, ¿dónde está mi hijo?»

Era la madre de Cárlos Robert. Encontróle al fin pero en el terrible estado que os he dicho.

Hijos mios, si alguna vez habeis comprendido bien lo que es el amor de una madre que no vive mas que para su hijo, i que ha de morir si éste muere, juzgad cuáles serian los dolores i tormentos de aquélla. Arrojóse sobre su hijo, procurando calentarle con su cuerpo i con su aliento, i suplicándole que hablase a su madre i abriese sus ojos. Entreabriólos en efecto, i alargándole la mano esclamó:

«¡Madre mia!»....

Habia recobrado la constancia al oir aquella voz tan amada, que le rogaba que viviese.

Pero no está dicho todo: allí habia dos madres, la de Cárlos Robert i la del cuarto niño, a quien no habia aquél podido salvar, i que sin duda acababa en aquel momento de espirar debajo del hielo.

Aquella pobre madre habia llamado tambien a su hijo, que no la habia respondido, i habia corrido al sitio donde estaban los tres niños sacados del agua.

Ninguno de ellos erá su hijo.

¡Pobre madre! casi tenia zelos; casi estaba resentida con Cárlos por haber salvado a los otros niños, puesto que no habia podido conservarle el suyo. Apoderóse de ella la desesperacion: aquella desgraciada iba a arrojarse a aquel abismo para morir junto a su hijo, cuando Cárlos, que habia recobrado algunas fuerzas, desprendiéndose de los brazos de su propia madre, detuvo a aquella mujer por el vestido, i prometiéndola devolverle su hijo se arrojó bajo el hielo por cuarta vez.

Pasaron dos mortales minutos.

¡Nada!....Cárlos no reaparecia.

¡Oh! entónces habriais visto un triste espectáculo de amor maternal; habriais visto a aquellas dos madres, de las cuales la una parecia decir a la otra:

«Tú me matas a mi hijo por salvar al tuyo.»

I que la otra, trastornada i perdida la razon, no sabia responder mas que estas palabras:

«¡Mi José! ¡mi José! ¡quién me devolverá a mi José!»

Aquella escena era capaz de hacer llorar a una roca.

Ved ahí, atolondrados, a lo que esponeis a vuestros padres con vuestros imprudentes juegos.

Cárlos Robert continuaba en no aparecer, i todos los ojos de los espectadores, fijos en el estanque, espresaban una inquietud que crecia por segundos.

Al fin a cierta distancia de la abertura en que se habia introducido, se oyó un ruido sordo como de una cabeza que hubiese intentado romper el hielo por debajo para abrirse una nueva salida.

Ponen en seguida manos a la obra, i con el ausilio de una hacha rompen el hielo, i se presenta de nuevo el jóven i sublime vencedor José, el hijo de aquella mujer, que no podia creer a sus ojos, i que iba del uno al otro sin saber a cuál de los dos dar el nombre de hijo.

Por lo que hace a la otra madre, a la de Cárlos Robert, a quien todos cumplimentaban, vacilaba entre el llanto i la amargura i las lágrimas de una justa vanidad. ¡Tenia tantos derechos para estar orgullosa de su hijo!

Se habia tenido el cuidado de preparar ropa caliente para Cárlos Robert a su salida del agua. Reanimaron su fatigado cuerpo, que solo se sostenia por la conciencia de una accion grande i jenerosa.

Lleváronle en seguida acompañado de cuatro trofeos a la casa mas vecina al estanque, donde fué el objeto de la admiracion i cuidados de las personas mas notables de las cercanías, que todas fueron a visitarle.

El prefecto le recomendó de un modo especial al ministro de lo interior, que envió a Cárlos Robert una medalla de oro, colmándole de elojios i asegurándole su proteccion. Cárlos, en todos estos testimo-

nios de estimacion que no solicitaba, solo ha encontrado nuevos motivos de hacer señalados servicios a la humanidad. Desde entónces no ha pasado un año sin que se haya tenido que añadir al catálogo alguna nueva víctima arrancada a las garras de la muerte en el agua o en el fuego. Cuéntase tambien que, aunque pobre, ha llegado a socorrer de su mismo bolsillo a aquellos mismos a quienes habia conservado la existencia. En efecto, ¿qué le ha de costar el dar el dinero ganado con el sudor de su frente al que se halla sin cesar dispuesto a dar hasta su vida para salvar la de los demas? No hace mucho que Cárlos Robert mereció el premio Monthyon, que es la recompensa mas señalada a la virtud i a la humanidad. Lo tenia bien merecido.

Todavía conserva las señales de la enfermedad que contrajo a consecuencia de sus jenerosas acciones. Sus miembros están a veces entorpecidos como los de un anciano soldado de los que estuvieron en la campaña de Rusia. Estas son cicatrices notables, de heridas recibidas salvando hombres, i que sin duda valen mas que las recibidas destruyéndolos. ¡Cuántos padres i madres dicen al ver pasar aquel noble hijo del pueblo: «Hé aquí al que salvó nuestro hijo, nuestro hermano!» Un jeneral cubierto de cruces i de gloriosas heridas, ¿tiene acaso derecho para estar mas orgulloso que Cárlos Robert? I sinembargo es el mas modesto de los hombres; mira como a cosa la mas natural del mundo los servicios que ha prestado i los que está prestando aun con peligro de su vida; el sacrificio de su persona para salvar la de sus semejantes, le parece una de las condiciones de la existencia del hombre sobre la tierra. ¿Quién puede lisonjearse de interpretar mejor que él la divina lei del Señor? En honor i para consuelo de la humanidad que encierra tantos criminales i produce tantos delitos, debemos decir que Cárlos Robert no es el único héroe de su especie, i que entre los hombres del pueblo particularmente, no son raras las abnegaciones del mismo jénero: pero como casi siempre son ejecutadas por personas poco ambiciosas de publicidad, i raras veces tienen cerca de sí a quien un bien jeneral prescinda de su modestia i rompa su silencio, permanecen desconocidos en su mayor parte. Pero nó. Dios que los vé, los recompensará, aunque nunca se hará demasiado para buscarlos i ofrecerlos por dechados a los hombres en la tierra.

A UNA ROSA MÚSTIA.

¡Pobre flor! ¿Porqué tu tallo
Se inclina doliente al suelo?
¿Por qué en actitud de duelo
Te vengo acaso a encontrar?

¿Qué ha causado tu desmayo
Flor hermosa de otro dia?
Di, que has hecho la ambrosia
De tu seno virjinal?

¿Por qué el aroma no brindas
Conque al prado perfumabas
Cuando cándida te alzabas
Admirando tu esplendor?

Entre esas flores tan lindas
Eras tú la mas hermosa
I hoi suspiras, linda rosa,
¡Bajo el peso del dolor!

¡Ai! quizas ya no te mece
Con ternura el fresco ambiente,
O las aguas del torrente
No te bañan al pasar....

¡Ah!...recuerdo....me parece
Que un jasmin tambien habia
A tu lado, que crecia
Conservando tu amistad

Quizas, rosa, tú le amabas
Pero quiso el destino,
El torrente recio vino
I a tu amante se llevó.

Cuando alegre le besabas
A despecho de otras flores
Embriagada en tus amores
El dolor te sorprendió.

Si su ausencia, pobre rosa,
Ha causado tu amargura,
Razon tienes; pues apura
Ese cáliz de dolor.

La corriente presurosa
Lo llevaba; tú lo viste,

Para siempre lo perdiste
¡Llora, llora pobre flor!

.....

Yo tambien una flor ví
De mi vida en la pradera
Tierna, pura i hechicera
A quien ciego empecé a amar

Como tú, tambien sentí
Del dolor la mano impía
A tu lado, rosa mia,
Yo tambien quiero llorar.

Francisco de B. Ballesteros.

EL SUFRAJIO.

El principio de la soberania del pueblo implica el del sufrajio universal.

Muchos piensan de distinta manera; pero todas las diverjencias de opinion respecto de la naturaleza i estension del sufrajio derivan de falsas nociones de la soberania popular. A la verdad se llega por caminos tan sencillos como ella. El que los equivoca jamas la alcanza: el que los complica la desnaturaliza irremediablemente. Nadie negará que el sufrajio es el medio que tiene de espresar su voluntad el soberano en todos aquellos paises en los cuales la soberania no está individualizada, i en que el total o fraccion de pueblo, en el cual ella radica, no la ejerce directamente. Asi, el réjimen democrático entraña el derecho de sufrajio como resorte indispensable, dados su índole i sus elementos. Pero la soberania popular es un hecho mal apreciado i un principio mal entendido por parte de numerosos i grandes pensadores políticos. De aquí la discusion entablada a menudo sobre estos puntos:

1.° ¿El sufrajio es un deber o un derecho?

2.° El sufrajio debe ser universal o restrinjido: condicional o absoluto?

3.° ¿El sufrajio debe ser singular o plural; o en otros términos: los votos deben contarse o pesarse?

4.° Las mujeres deben o no ser admitidas a ejercer el derecho de sufrajio?

Todas estas cuestiones se simplifican i desaparecen bajo la accion de la lójica cuando la reflexion tiene por base una idea correcta de la sociedad i la soberania.

Comenzaremos por la primera. Poner en duda el carácter moral del sufrajio equivale a poner en duda el carácter de la fuerza que obra en él i por su intermedio. Diversas soluciones se han ensayado. Hai quien afirma que el sufrajio es un derecho otorgado por la sociedad, i en consecuencia, susceptible de ser limitado o estendido a menor o mayor número de individuos. Otros piensan que, siendo un medio de gobierno, una pieza en la organizacion política, el sufrajio importa un cargo público, i por lo tanto entraña funciones cuyo ejercicio es exijible aun por medios coercitivos. Ambas hipótesis son igualmente fuertes si se atribuye al sufrajio una procedencia convencional. Si, en efecto, este principio no tiene arraigo fuera de los establecimientos positivos i arbitrarios de las naciones civilizadas, puede revestir uno u otro de aquellos caractéres, segun se le haya entendido al tiempo de adoptarlo. El escepticismo lójico no debe herir con su esterilidad la condicion de vida del réjimen político que repoza en la libertad i garantiza su imperio. La filiacion de esas opiniones es visible. Ellas derivan en las doctrinas del *Contrato social*, que arroja a la rejion movediza de las convicciones i de la utilidad todos los principios políticos; de la Escuela histórica que confunde la soberania con la autoridad i acepta la tradicion como fuente esclusiva del derecho; o bien de la Escuela positivista que por medio de una ficcion psicolójica esplica la sociedad como una unidad orgánica, elimina la libertad en la enumeracion de los elementos históricos, limita la investigacion i rechaza por incompletas e inverificables las altas concepciones racionales, dislocando así los puntos de apoyo mas sublimes i sólidos de la ciencia social i despojándola de toda nocion absoluta. Sus últimas consecuencias participan de la naturaleza del paralojismo en que se funda. Los principios del derecho político son absolutos. Autoridad no es soberania. La sociedad es natural. Estas tres afirmaciones se completan i se ilustran; i abren camino a una solucion cumplida i clarísima de la cuestion planteada.

Siendo la sociedad producto de una lei ineludible de la constitucion moral del hombre, es por el hecho, una condicion de su

existencia i progreso. De aquí se sigue su sometimiento a los principios racionales del deber, i su obligacion primitiva de amparar a todos i cada uno de los individuos que la componen en el ejercicio regular de sus fuerzas adaptado a las leyes divinas que las impelen al logro de su destino. La nocion del derecho nace del contacto de los seres que son responsables i obligados por una misma lei. Asi en la universidad del deber tiene orijen la universidad del derecho. Garantir los derechos del hombre, o en otros términos, impedir que ningun hombre sea perturbado en el cumplimiento de sus deberes morales; i algo mas, facilitarle su observancia, es el objeto de la sociedad, en cuya virtud, tiene potestad para conservarse a si misma i para someter a obediencia a los que, alterando el órden o menoscabando el derecho ajeno, infrinjen las leyes eternas del universo racional. Esta potestad se llama soberania. La soberania es una fuerza limitada i lejislada: corresponde a un deber, i no existe sino en cuanto existe la responsabilidad con la cual se relaciona. Siendo comun a todos los hombres el deber de garantir a cada uno el uso libre de sus fuerzas en cumplimiento de su deber moral, se sigue que es solidaria i universal la responsabilidad que dá orijen a la soberania; i por lo tanto que es ilejitima toda organizacion positiva de la sociedad en la cual la soberania radique en otra entidad, sea clase o persona, distinta del pueblo.

Ahora bien; el sufrajio es el medio de accion de la soberania popular. Sirve para constituir por el mandato del pueblo la autoridad de los gobiernos. En consecuencia partipa del carácter de la soberania que lo implica. No es un derecho creado por las leyes positivas. Es anterior a ellas, las supera i las lejitima. Ménos es un cargo que ellas impongan. Estas hipótesis se oponen a la nocion correcta del orijen de la sociedad i de la soberania. Por otra parte, no es restrinjible ni exijible. No es restrinjible porque es inalienable. El ciudadano no puede abdicarlo, el pueblo no puede renunciar a él, porque la soberania tiene límites i no se salva sino por ellos, que la hacen sagrada, hiriendo de nulidad todas las absorciones violentas i todas las abdicaciones cobardes en que estriban las tiranias i las formas viciosas de gobierno. No es exijible, porque la accion de las leyes políticas no tiene acceso en las rejiones superiores de los principios absolutos i de las reglas divinas de la vida que obran directamente sobre la conciencia i tienen una sancion escelsa i sobrenatural. En una palabra, el orijen del sufrajio no es convencional, es primitivo. Del punto de vista individual es un deber; i la obligacion de usarlo es tan sagrada como la soberania. Por eso sucumben i la pierden los pueblos que lo descuidan, o que por una grosera ilusion, llegan a creer que pueden usarlo para renunciar a su ejercicio. Del punto de vista social es un derecho, cuyo menoscabo trae siempre aparejado el envilecimiento de las naciones i la prepotencia de los ambiciosos i de los malvados. No es posible establecer con firmeza los caractéres de un derecho sino investigándolos en la abstraccion i en lo absoluto. Lo concreto dá fenómenos i revela leyes, pero no suministra principios. Las doctrinas empiricas fundadas en lo consuetudinario i en lo tradicional son tan instables como las que se apoyan en hipótesis ilusorias. Comte i Hobbes no difieren en la debilidad de sus consecuencias. Remontando a los orijenes de la sociedad i a las luminosas enseñanzas de la naturaleza, encontramos rijida e inalterablemente establecido el principio que acabamos de enunciar, i que exime el derecho de sufrajio de toda perturbacion i duda. Esta doctrina envuelve otra, no ménos clara i sencilla, respecto de la estension i condiciones del sufrajio.

Los derechos naturales pertenecen a todos i son incondicionales. Ningun privilejio para su posesion es subsistente i valedero: ninguna traba puesta a su ejercicio es lejítima. Constituyen la propiedad de todo hombre que se halle en la plenitud de su personalidad. Razones de conveniencia política han desfigurado este carácter del derecho de sufrajio. Desde luego conviene objetar que el criterio utilitario es inadmisible e ineficaz para interpretar las leyes morales, ya se trate de aplicarlas a la sociedad, ya se trate de aplicarlas al individuo. Si se quisiera computar el rigor lójico de este rechazo perentorio con que la escuela espiritualista hiere a la moral de Benthan, bastaria considerar la diversidad de formas que ha asumido respecto de la cuestion que ventilamos. Se ha alegado la conveniencia de limitar el derecho de sufrajio, en Inglaterra para conservar el pres-

tijio del elemento aristocrático, por ejemplo, i en Chile para resguardar las instituciones democraticas de la influencia de las clases incultas. Doctrina que se amolda a servir las contrarias i las contradictorias es necesariamente falsa. Por otra parte, no distamos de reconocer que los lejisladores ingleses son mas lójicos que los chilenos. Procurando los primeros perpetuar el privilejio de las altas clases prestijiadas de suyo por sus alianzas con el pueblo i sus servicios a la libertad comun, acertaron con el medio, toda vez que no es claro que los no sufragantes están perpetuamente sometidos a la prepotencia de aquéllos que disfrutan un derecho que a ellos les es vedado. Los segundos están en plena contradiccion. La libertad democrática desaparece cuando se presume unirla sacrilegamente con el privilejio; uno i otro son elementos que se repelen; el privilejio lucha con el poder que entraña: la libertan con la pasion esplosiva que enjendra las revoluciones. Adelantemos, preguntando: ¿en virtud de qué raciocinio sofistico, en vista de qué interes erroneamente apreciado, se pretende abonar el privilejio electoral a nombre de la democracia i para salvar la soberania del pueblo?

Se alega primeramente esta razon: que habrá siempre una porcion del pueblo ménos apta que otra para ejercer discretamente los grandes derechos politicos, i que esta porcion formará la mayoria; de manera que si el derecho de sufrajio no es restrinjido, padecerá la sociedad las consecuencias de un gobierno formado con malos elementos. Si la observacion fuera bien tomada, este raciocinio seria fuerte. La democracia representativa es el gobierno de todos pero ejercido por medio de los mejores. Asi el republicano, concilia el derecho natural con las conveniencias del progreso humano. La gran ventaja que lleva a los gobiernos de privilejio es que se sirve de una aristocracia natural i lejitima, i en los segundos la soberania es absorbida por una aristocracia artificial i bastarda. No todos los hombres son iguales por el alcance de su intelijencia i el mérito de su carácter; i nada mas conforme a las advertencias de la naturaleza i a la lójica del interes social que la confianza depositada por los pueblos en los hombres superiores para ejercer la autoridad; pero las calidades morales no se trasmiten por la jeneracion; de manera que la aristocracia hereditaria desaloja de su rango i de su papel a la verdadera aristocracia. Si, pues, fuese exacto que el sufrajio universal trae consigo el predominio de las mayorias incultas, seria preciso convenir en que es incapaz de consolidar la libertad i de promover por su influjo el movimiento constante del progreso. Mas la observacion es caprichosa e insubsistente. El derecho de sufrajio no equivale a la posesion i ejercicio del gobierno. El primero recae naturalmente en la totalidad de los ciudadanos, pero el segundo es conferido por inspiracion del interes i del honor popular, a los que disfrutan de aptitudes notorias para desempeñarlo. El amor a la patria, el conocimiento de las necesidades públicas i de las deficiencias sociales, la apreciacion del carácter de las personas consagradas a la política, son calidades comunes en todo pueblo medianamente educado i que no esceden a la intelijencia vulgar.

No puede dudarse de que en periodos embrionarios i en sociedades pervertidas por una ignorancia inveterada i por hábitos viciosos de gobierno, el sufrajio será probablemente ejercicio sin bastante discernimiento. Pero de lo particular no se concluye a lo jeneral, de lo transitorio no se concluye a lo permanente, i por fin, las dificultades de realizacion i la inhabilidad fortuita del ajente de un derecho no invalidan el derecho ni atenúan su vigor, que proviene de su naturaleza i autenticidad. La educacion del pueblo es un resorte orgánico del réjimen democrático. ¿Por qué? Porque implica i supone, subsiste i obra en virtud de el sufrajio universal. Las jeneraciones se educan en diversas formas: en la niñez, en la escuela: en la virilidad por la práctica asidua del derecho i el ejercicio regular de la libertad.

Las razones de utilidad no escluyen, como se vé: ántes bien, fortalecen el principio del sufrajio universal.

¿Bajo qué regla, que obtenga a lo ménos apariencias de equidad podria intentarse un sistema de privilejio respecto del sufrajio? ¿A quién se reconoceria este derecho? ¿Quién seria escluido de su ejercicio?

Concederlo a los que poseen cierta suma de riqueza, entrañaria ademas del grave inconveniente que se sigue de la limitacion caprichosa de un derecho natural, estos dos:—1.° el peligro de confiarlo a los mé-

nos aptos:—2.° el de fomentar un vasto establecimiento aristocrático.

Los ricos son jeneralmente egoistas. Las condiciones sociales, obrando sobre las pasiones, las modifican i caracterizan, i cada una de ellas, para concretar la cuestion, imprime una forma *sui generis* al amor propio: el hombre de estudio es a menudo orgulloso i espansivo: el militar dominante i altanero; el rico es vano i egoista. El rico se reputa a si mismo irresistible i adorable como una gran moneda. Habiendo realizado su perpetuo sueño al enriquecerse, cree de buena fé encarnar el ideal humano. Poseyendo medios acumulados para procurarse servicios innumerables por su cantidad i su condicion, llega a pensar que es supérflua la cooperacion voluntaria de los demas: no la busca, i no buscándola, no la escita por su consagracion espontánea al bien público. Obseso por su dios de contrabando, se cree señor del mundo, se adora adorándole, i menosprecia todos los objetos tras de los cuales se apresura i por cuya posesion trabaja i se martiriza el hombre.—Desdeña las ciencias creyendo poder comprarlas; desdeña los principios creyendo poseer el fin a que, segun sus sospechas, tienden los que los investigan i preconizan.

¿Merecen los ricos el privilejio del sufrajio? Evidentemente.—Grande i fecunda es la mision peculiar que les corresponde. El capital es el resultado de la economía, i de la perseverancia i la intelijencia en el cumplimiento de la severa lei del trabajo. El capital es el punto de apoyo que busca el sabio para trasformar el estado intelectual i moral en las sociedades, realizando los grandes cambios que sus descubrimientos en las artes i en la industria deben producir en el mundo.—Pero los servicios del capitalista i los méritos que refleja, o que le son personales, no le hacen ni mas apto ni mas digno que otro hombre para que sea lícito adjudicarle el privilejio de los grandes derechos políticos.

Añadimos que la igualdad debe desaparecer donde quiera que la riqueza se asocie con esos derechos i llegue a ser una condicion de su ejercicio.—La aristocracia arraiga en la acumulacion de la riqueza, en el monopolio de la propiedad territorial, en el mayorazgo, en la herencia con cargo sustitutivo. Si estas condiciones desaparecen, la aristocracia sucumbe, cualesquiera medios artificiales que se empleen para conservarla; pero donde ellas reaparecen, por mas que se resista a toda tendencia desigualitaria, la aristocracia renace i acaba por triunfar.

(Concluirá.)

J. M. Estrada.

CHARADA.

En toda parte del mundo
Mi primera es el gozquejo,
Todo huesos i pellejo
I que ladra furibundo.

Que hizo segunda dirá
Quien piadoso regaló
A algun pobre su paltó
Movido de caridad.

Se sirve de tercia i cuarta
El que busca alguna cosa;
I si es falanje numerosa
Lo de ello inútil descarta.

En el templo i coliseo
Prima i cuarta siempre se hace
I con el pedernal nace
Muriendo en su laboreo.

Sin ser mi todo, ninguno
Será jamás Presidente,
Tampoco Constituyente;
Mas si popular tribuno.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CUPIDO.

Contenido de este número.

I.—Felicitacion.
II.—Teatros Populares (conclusion), por Zorobabel Rodriguez.
III.—Una idea, poesía, por Miguel Antonio Caro.
IV.—Amor i fé, por Luis Larrain Zañartu.
V.—Romance, poesía, por M. A. Hurtado.
VI.—El verdadero heroismo.
VII.—A una rosa mústia, poesía, por Francisco de B. Ballesteros.
VIII.—El Sufrajio, por J. M. Estrada.
IX.—Charada.
X.—Solucion de la del número anterior.

Círculo de colaboradores de «La Estrella de Chile.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, diciembre 25 de 1870. Núm. 169.

ILUSTRE HUESPED.

Desde hace pocos dias, está en Santiago el Ilustrisimo Señor Doctor Don Pedro de Puch, Arzobispo de La Plata en Bolivia.

Nos hacemos un deber de saludar a S. S. I. respetuosamente deseándole que su corta permanencia en Chile le sea agradable i feliz su regreso a su querida grei, en que es tan justamente amado i venerado.

VEINTICINCO DE DICIEMBRE.

Hoi es un gran aniversario.

Habian trascurrido 4000 años de la creacion del mundo, 2344 del diluvio universal, 1916 de la salida de Abraham de Ur de los caldeos, 1846 de la salida de los judíos de Ejipto, 1007 de la fundacion del templo de Jerusalen, 584 de su destruccion, cuando una hermosa i purísima doncella de Judá daba a luz en un pesebre al Redentor prometido, en cuya esperanza se habian salvado los escojidos de Dios i por quien suspiraban todas las jeneraciones de los justos.

El hombre prevaricador habia sido destituido de su antigua grandeza, despojado de sus prerogativas i condenado a muerte i condenacion eterna.

El Mesías prometido llegaba, pues, a redimirlo con su sangre, restituirlo a su antigua dignidad de Hijo de Dios i a rescatar su derecho a la felicidad eterna.

Los ánjeles cantaron: *¡Gloria a Dios en las alturas!* los pastores i los reyes vinieron desde léjos a adorar al recien nacido i en el seno de Abraham se levantó majestuosa la voz de todos los patriarcas i justos de la antigua lei para entonar un himno de gratitud al Eterno.

* * *

Toda carne habia corrompido su camino. Los hombres se habian olvidado de Dios i se habian hecho dioses de piedra i de madera.

Cada vicio tenia su divinidad protectora. El robo tenia su Mercurio, la embriaguez su Baco, la lujuria su Vénus.

El esclavo i la mujer eran cosas.

El estranjero era enemigo.

El placer era el dios universal.

La marea de la abominacion habia subido a su mayor altura.

Jesus, el recien nacido de Belen, venia a inaugurar en el mundo una era nueva.

Venia a enseñar que no hai mas que un solo Dios Santísimo.

Que todos los hombres son hermanos.

Que debemos amar a los enemigos como nos amamos a nosotros mismos.

Que la cruz, la ignominia, el sufrimiento son el camino del cielo.

* * *

El advenimiento del autor de nuestra eterna salvacion, saludamos hoi llenos de júbilo i de gratitud todos los que tenemos fé en el Cristo.

Pero, aun mirada desde un punto de vista completamente estraño a la fé relijiosa, el dia cuyo aniversario honramos hoi debe ser un gran dia, el mas grande de los dias de la historia humana.

Los que se han horrorizado al leer que los esclavos servian de pasto a los peces de sus amos, los que se han indignado al contemplar la abyeccion, la opresion en que yacian la esposa i el hijo, los que han escrito en su bandera *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*, saluden reverentes i llenos de gratitud i admiracion al gran libertador, al que enseñó al rico, al poderoso i al monarca que era igual al pobre i al esclavo,

al que enalteció a la mujer, al que enseñó a todos los hombres a mirarse i a tratarse como hermanos: sepan que el lema de su bandera es usurpado i que bien pudiera resumirse en un solo término: *cristianismo*.

* * *

Desde los primeros siglos de la Iglesia, se ha conmemorado en todo el orbe cristiano con solemnísima fiesta el aniversario del nacimiento del Salvador i para celebrarla cada año viene preparándose la Iglesia durante toda la época del año que, en el lenguaje litúrjico, se llama *adviento*.

El lugar del nacimiento de Nuestro Señor es objeto de numerosísimas peregrinaciones.

En el mismo miserable sitio en que quiso nacer el Señor del universo se alza hoi un magnífico santuario, debido a la piedad i a la munificencia de Santa Elena.

Merced a las abundantes limosnas de los peregrinos i de los demas fieles, se da en este templo un culto espléndido al Salvador del mundo.

Debajo del coro hai una capilla subterránea, a la cual se baja por dos escaleras de quince gradas cada una i allí está el lugar donde tuvo lugar el nacimiento de Nuestro Señor. Tiene treinta i siete piés i medio i es de hechura irregular. La capilla no recibe luz del esterior, la alumbran constantemente treinta i dos hermosas lámparas. En el fondo de la gruta, por el lado del oriente, está señalado el lugar donde la Virjen dió a luz al Salvador, con un mármol blanco incrustado de jaspe i rodeado de un círculo de plata con radios en forma de sol, a cuyo rededor se lee esta inscripcion:

HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST.

El pesebre se venera hoi en la Basílica de Santa María en Roma, a donde lo hizo trasladar un pontífice.

RAFAEL B. GUMUCIO.

A ORILLAS DEL MAR.

Cual del mar la hirviente ola
Que bramando se atropella,
Que se ajita i que se estrella
En revuelta confusion;
Tal sentí en mi pecho amante
Sucederse procelosa,
Siempre densa i borrascosa
Mi volcánica pasion.

Cual la bella i blanca espuma
Que los túmbos van formando
I va el viento disipando
En su diáfano placer;
Tal miré las ilusiones
Que mi alma entusiasmaron
I que rápidas pasaron
Para nunca mas volver.

Esa luz clara i serena
Que en las ondas riela pura
I que alivia la amargura
Del que sufre algun pesar;
Me recuerda de mi amada
La luz de sus lindos ojos
Que otro tiempo, sin enojos,
Mi ventura fué a formar.

Cual la luna en la corriente
Va mostrando mil paisajes
Que abrillantan los oleajes
O se ocultan al vaivén;
El amor así, en el alma
Se anidó en feliz momento,
I el engaño, el sentimiento
Disipáronlo tambien.

Cual el agua va jimiendo
I se arrastra dolorida,
Así ha corrido mi vida
En abismos de pesar;
Porque han sido los deleites
Que sintió mi pecho amante
Esperanzas de un instante
Que jamas pude alcanzar.

1868.

M. A. HURTADO.

EL SUFRAJIO.

(Conclusion).

Conceded al rico, ade mas del placer, ya demasiado grande la riqueza, el poder del privilejio político,—i vereis que

en poco tiempo concibe el vehemente deseo de que hombres que llevan su sangre i su nombre posean indefinidamente el doble poderio que él disfruta. De aquí el restablecimiento de los absurdos principios de derecho civil, que repele hoi dia el mundo civilizado bajo la doble inspiracion de ideas claras de justicia i de nociones correctas de economía política, i que restablecerian la iniquidad irritante de la Aristocracia. Seria ridículo objetar que esas tentativas se estrellarian contra las ideas corrientes en la civilizacion moderna, i contra los principios democráticos imperantes.—Gozando los ricos del privilejio electoral, gozarian del privilejio lejislativo; i sus intereses i sus ambiciones ahogarian el grito impotente de una democracia que hubiera temido la insensatez de vincularse con el privilejio.

Una objecion puede oponérsenos: que la mente de los republicanos adversarios del sufrajio universal, no es realizar el sueño del sábio griego, entregando a los filósofos el gobierno de los pueblos, sino separar las masas incultas de su ejercicio i reservarlo para la porcion de ciudadanos que esté mejor preparada, estendiéndolo a medida que aumente su número. La cuestion se hace mas práctica en este terreno.

Es evidente que la barbarie i la ignorancia imperfeccionan las instituciones libres; pero negamos redondamente que el privilejio electoral sea un medio de reducirlas. Ya sabemos como se aprende la práctica del derecho, i entrando al corazon de la doctrina que discutimos, preguntaremos:—¿qué regla podrá establecerse para discernir al apto del inepto en esta materia?—En diversas Constituciones nacionales i provinciales de Sud América se ha establecido la privacion del derecho electoral contra los que no aprenden a leer i escribir. La práctica nos enseña que ese temperamento ha sido infructuoso. Observamos además que es deficiente: saber leer no es indispensable para apreciar el mérito de los candidatos por los cuales se vota, ni es bastante para hacerlo discretamente, cuando no se poseen otras cualidades concurrentes i esenciales.—¿Se exijirá, bajo coaccion legal, una instruccion mas estensa? ¿Hasta dónde podrá llegar la exijencia? ¿Hasta la regla de tres imitando a Stuart Mill? Para conocer la regla de tres no es necesario saber leer; Ferber ha resuelto este problema pedagójico. Siendo el sufrajio un derecho, su privacion es una pena, i no puede serle impuesta al desgraciado, que por la incuria de los suyos o de las sociedad, crece en la ignorancia, sin infrinjir las reglas mas óbvias de la equidad. No puede aplicarse a los culpables de la ignorancia de un hombre, porque son, o tan ignorates como él, i entónces no han delinquido; o no lo son, i entónces el pueblo se priva del concurso útil de un hombre educado sin mejorar su condicion jeneral; i por fin, si en paises, como la mayoria de las Repúblicas Sud Americanas, incluyendo la Arjentina, hubieran de ser penados con la privacion de sus derechos políticos todos los culpables de la ignorancia popular, tendriamos que entonar por via de salmodia penitencial el canto de las ranas, pidiendo un Rey a grito herido.

Un sistema de educacion sólido i accesible, comun e intencionalmente republicano, es el único medio sério de adaptar a sus ideales los elementos políticos de un pueblo tan inferior como el arjentino a sus propias instituciones . Pero imperfeccionando éstas en vez de perfeccionar aquél, se violarian la lójica i la justicia. Esta observacion concreta es aplicable a todos los pueblos del mundo, i es rigorosamente armónica con los altos principios en que estriban los gobiernos libres.

Las aptitudes cívicas nó se reasumen en la disciplina intelectual, en la posesion de una copia mas o menos estensa de ideas i de medios instrumentales de informacion, sino que comprenden ademas, la disciplina moral i la conciencia austera i viril de la suprema lei a que obedecen las sociedades derivando deberes i derechos para los individuos. Aquí la dificultad se levanta enhiesta i brusca, i basta concebirla, para repeler como una quimera perniciosa la pretension del privilejio. ¿Quién i cómo puede calificar un ciudadano, bajo ese múltiple punto de vista, para establecer si debe o nó ser aceptado en el ejercicio del derecho de sufrajio? En política todo lo que es imposible es falso. La verdad contiene en sí misma la potencia de realizarse.

Ni las doctrinas ni los hechos dan cimiento al privilejio electoral. El sufrajio

es, por la naturaleza de la soberania del pueblo, universal i de derecho incondicional i absoluto. Las dificultades de su ejercicio no autorizan a la sociedad a adulterarlo, pero que ella no puede modificar ni restrinjir derechos que no emanan de las lejislaciones positivas, sino de la naturaleza que vincula los hombres entre si i dá reglas a su union. Mayores dificultades, i ménos superables por el aislamiento del ajente, implica la paternidad. ¿Limitaríase por esto el derecho de todo hombre a casarse i enjendrar? En la India se prohibe al paria contraer matrimonio fuera de su casta, para impedir que la maldita se mezcle con las superiores; pero, malgrado de la tirania horrenda que le envilece, no ha penetrado en aquel pueblo tan orijinal i tan lójico en sus aberraciones, la idea de reputarle inhábil para la familia entendida a su manera i de privarle en consecuencia de su derecho. Las condiciones que la sociedad considera autorizada a establecer para el ejercicio de este derecho, no son arbitrarias, sino interpretativas de la lei natural, que lójicamente reclama cierta capacidad orgánica i moral en el hombre que entra al matrimonio. Discurriendo por analojía, podemos percibir que el dominio completo de si mismo, presumido por la edad, es la única condicion que puede exijirse para el ejercicio del sufrajio político sin violentar la naturaleza i la moral.

Desalojados los ricos de su candidatura teórica al privilejio electoral, los reemplazaremos en el debate con los sabios. ¿Conviene concedérselo a éstos?

Por sabios entendemos aquí los hombres consagrados a los trabajos de la intelijencia. En este sentido, los sabios pueden ser de muchas clases; pueden ser como Newton, como Darwin, como Buckley, como Locke, como Shakespeare, como Montaigne, como Cervantes, como Kant, como Savigni, como Tácito, como Didino el gramático. Es decir, que pueden penetrar anhelantemente en todos los secretos de la naturaleza buscando en una serie de inducciones la manifestacion racional de las causas primarias; i que pueden ahondar todos los arcanos científicos para arrasar, como ateos i positivistas, todas las nociones absolutas. Pueden recorrer i analizar la historia para comprender por sus fenómenos la lei de la vida colectiva i los elementos de realizacion del derecho; i pueden recorrerla i analizarla presumiendo, como Hegel, amoldar los movimientos mas bruscos e incoherentes a las fórmulas de una esplicion preconcebida i caprichosa. Pueden estudiar la fuerza i las armonías i los desquilibrios psicolójicos, morales i sociales, en vista de un objeto mejorador imparcialmente servido; i pueden hacerlo a impulso de una preocupacion anárquica i desmoralizadora. Por fin, pueden vivir en la contemplacion asidua i mística de lo abstracto, preferir el análisis de lo concreto, de lo útil, i lo aplicable, o dilapidar, digámoslo así, su propia intelijencia consagrándola a vanas investigaciones, disputas de palabras i curiosidades estériles. Luego, la consagracion a las nobles tareas de la intelijencia no uniforma a los que la practican bajo un tipo comun, i por consecuencia, no puede dar base al establecimiento de un privilejio.

Los sabios piensan los pensamientos de Dios, como decia un grande hombre, se nutren en los caudales del conocimiento i los reflejan sobre las sociedades i el mundo; pero el entendimiento humano, aun en su mayor intensidad, padece de su deficiencia esencial. Así, difieren los sabios en su rumbo, difieren en la manera de entender las cosas i sufren la presion de su temperamento, de sus costumbres i de las circunstancias esteriores, sean jenerales o particulares, que los rodean. Ni su carácter esplicaria mejor el privilejio por lo que tienen de comun que por lo que tienen de peculiar. El sabio es frecuentemente ensimismado en sus ideas i por la conciencia de su fuerza. Es espansivo por el impulso de dos tendencias: la nobilísima de esparcir las ideas que adquiere: la ménos pura de influir sobre sus semejantes i subyugarles por la fascinacion de su propia superioridad. Adora las adquisiciones de su espíritu, se encapricha en sus ideas i resiste a toda modificacion en ellas i en la manera de aplicarlas. Se crea una atmósfera de ideas i puntos dados de observacion, fuera de los cuales nada vé, ni el conjunto de las naciones, ni el reverso de los objetos que contempla, ni los hechos i las pasiones que se desarrollan i rujen en torno suyo. El sentido comun abate su pedestal cuando se eleva; i las verdades, mejor controladas a menudo, que forman la civilizacion jeneral, desmenuzan sus teorías i disipan sus

hipótesis. El doctrinarismo es un mal elemento de gobierno. Platon i Sowards, Cicerón i Fourier espresan la fecundidad de la imajinacion i la esterilidad política. El predominio de las utopias precede los estragos; i el imperio esclusivo de los pensadores sin que su influencia sea balanceada por el sentido comun, por los intereses que complican la complexion social i obligan a los hombres de Estado a tomar cuenta de las realidades, por humillantes i dolorosas que sean, prepara el avenimiento de los teorizadores i los sofistas.

Decia Aristóteles que el signo característico del ciudadano es la participacion en el gobierno, estableciendo doctrinas, que a pesar de todas las inconsecuencias que pueden haberlas modificado, pasan a traves de Montesquieu i los filósofos que le siguieron, hasta Madison, Grimke o Lieber, i que espresaba enérjicamente Kant diciendo; «el ciudadano es el elector.» Luego, si la democracia se funda en el derecho del pueblo al gobierno de sí mismo, todos los hombres son ciudadanos, i el derecho de sufrajio es por lo mismo universal i absoluto.

Estos principios aclaran tambien el error de los doctrinarios que afirman que los votos deben ser pesados, por la calidad de los votantes, en vez de ser contados por su número. De aquí el sistema del *voto plural* de Mill, que es un medio práctico de dar mayor influencia, representando sus votos por un número mas alto, a una que otra u otras clases o condiciones de hombres existentes en un pais. Todas las razones en cuya virtud rechazamos el privilejio electoral militan contra este sistema, que no es sino un forma del privilejio, atenuado aparentemente, pero no ménos eficaz por cierto en el fondo.

Conviene, no obstante, notar que si hubiera de aplicarse con lójica i severidad aun vale ménos que el privilejio. Es mas difícil, es mas injusto, si en lo injusto cabe graduacion.

Es mas difícil, porque exije, una vez aceptado su principio, la calificacion proporcional, no solo de los grupos o porciones de pueblo, sino tambien de los individuos.—¿Con qué criterio se clasificarian? Seria ridículo aceptar como base para esta operacion las patentes científicas. ¿Cuántos doctores mal paridos por las universidades equivalen a un hombre de talento, o a uno de sus colegas nacido perfectamente viable del mismo seno científico? Ninguna fuerza es conocida sino por sus productos; i por lo tanto no puede graduarse comparativamente la intelijencia de dos hombres que hayan aplicado la suya en esferas distintas, produciendo en consecuencia fenómenos heterecojéneos que resisten a toda proporcion aritmética. Comparad el poeta i el soldado, lord Byron i Moltke;—comparad el filósofo i el estadista, Descartes i Maquiavelo: vuestro paralelo será ilójico i vuestro resultado absurdo.—I de otra parte, ¿nada valen en igualdad de condiciones intelectuales, las superioridades morales? ¿Cuál de ámbas implicará títulos preferentes a la influencia i al privilejio? El error del sistema es palpable. Las autoridades verianse precisadas a calificar la capacidad i las costumbres de cada ciudadano, para colocar a todos en una escala graduada i dar un valor numérico a su voto respectivo. Huyendo de lo modesto caemos en lo ridículo.—Lo modesto es contentarnos con gobernarnos como podamos; lo ridículo es presumir elevarnos multiplicando idealmente los elementos cultos de un pueblo. Si se prescinde de las calidades intelectuales i se otorga el mayor valor del voto a los contribuyentes mas fuertes, se incurre en los inconvenientes del privilejio electoral concedido a la riqueza. Si se estiende a ámbas clases, se hace imposible establecer proporcion individual, i se juntan todas las fuerzas de los dos sistemas para sofocar la libertad con la prepotencia de la minoría i las rivalidades enconosas de las clases apoderadas de la soberanía positiva.

Hemos añadido que este sistema es aun mas injusto que el privilejio electoral pura i francamente concedido a una sola clase social; porque es mas inconsecuente i mas cínico.

Reconociendo el derecho de sufrajio, se reconoce el de todo ciudadano a tomar parte en el gobierno de la sociedad, i se reconoce tambien el interes de cada uno en la prosperidad i bienestar de su pais. Un hombre es una opinion, un hombre es una voluntad; luego, si en el momento de ejercer el derecho que se le reconoce, es sofocado bajo la pesadumbre de votos emitidos por personas cuya opinion se considera de un valor doble, triple o cuádruplo que el de la suya, se le irroga una injusticia, se le priva de un derecho constante,

notorio i confesado: se hace traicion a la doctrina recibida i se falsean a sabiendas, en virtud de una ficcion monstruosa, los principios clarísimos de la libertad política.—Stuart Mill, filósofo positivista i político parlamentario i aristócrata, ha podido, sin incurrir en una aberracion, admitir i preconizar este sistema; pero una vez adoptada la forma democrática de gobierno i nuestra nocion de la soberanía del pueblo que la funda i garantiza, su aceptacion sería imposible sin un eclectismo sofístico o una carencia radical de lójica.

Otra cuestion se presenta, con la cual se agotan las jeneralidades de esta materia, dejando solo pendientes aquellos problemas referentes a la organizacion del sufrajio para facilitar sus resultados, asegurarles su autenticidad i su carácter propio,—i que trataremos en otra oportunidad.

La cuestion planteada es ésta: si el sufrajio es necesariamente universal: si es ilejítimo imponer condiciones a su ejercicio, ¿debe estenderse este derecho a las mujeres?

Hemos visto que los principios de la democracia están en la naturaleza, i que de ella derivan todas sus consecuencias i aplicaciones. Debemos, por lo tanto, buscar en la naturaleza misma luces para resolver este problema, respecto del cual no existe ménos diverjencia de opiniones que por lo que toca a los anteriormente discutidos.

Dos doctrinas estremas i atinjentes a esta materia hallamos al recorrer la historia del derecho i de las ciencias sociales en jeneral. El paganismo reputaba a la mujer un ser inferior, desprovisto de responsabilidades, de derecho, i hasta de aquel sentimiento de la propia dignidad que, aficionándonos a gozar de la buena opinion de los demas, crea en todas las almas el resorte del honor. Los utopistas modernos de diverso nombre i secta, han servido comunmente, bajo el influjo de la ilusion i el sofisma, a la hueca propaganda de la *emancipacion de la mujer*, empecinados en su orgullo de reformadores, i reproduciendo el tipo del Máfio Orsini de Donizzeti, que al tiempo en que se envenenaba, como éstos se envenenan con el error, ofrecia revelar a sus amigos «el secreto para ser felices.»

Los locos de ámbos sexos de Ménilmontant pervirtieron las ideas de la juventud francesa con estas quimeras, que indiscretamente ausiliadas en el Norte de América por estravios en la organizacion escolar, han desenvuelto el *iluminismo* en el centro de aquella sociedad, bastante rica, por fortuna, de doctrinas fuertes i de buen sentido para resistir la avalancha que amenaza perturbarla. Esta propaganda contiene una nocion radicalmente contraria a la pagana, pero es igualmente exajerada i falsa, i conduciria con no menor eficacia a la degradacion moral i la instabilidad del órden social. El cristianismo abrogó el derecho de poligamia, el derecho de repudio i divorcio, el derecho de prostitucion, i colocó a la mujer en su sitio noble i lejítimo. En sus enseñanzas, que espresan la lei de Dios, está la verdad que ilumina el alma cuando busca en la naturaleza la solucion de estos vastos i atractivos problemas.

El hombre es naturalmente monógamo. Ha de reproducirse: tal es su lei, como la lei de todas las especies vivas. La poligamia simultánea envilece a la mujer, hundiéndola en la categoría que el paganismo le creó, i nivelándola con cualquier otro instrumento de placer fujitivo del varon. El amor libre envilece al varon i a la mujer, porque es producto del imperio de los instintos con supremo olvido de los deberes que la condicion de ser racional i la debilidad física i moral del infante humano imponen a aquéllos que le dan la vida, i que son comunes al padre i a la madre. La poligamia sucesiva implica todos los inconvenientes del impudor desarrollado en la poligamia simultánea, i de la degradacion moral de ámbos sexos producida por el amor libre. De manera que surje de la naturaleza la unidad i la indisolubilidad del matrimonio, destruyendo todas las doctrinas que se le oponen, sean contradictorias como las espuestas, sean contrarias como la del divorcio, inferior a todas por ser disimulada i cobarde.

Se sigue de aquí algo mas: la constitucion de la familia como condicion del órden i forma primaria de la sociedad. Todo lo que está en la naturaleza es armónico i duradero. Lo que no está en ella es insubsistente i precario. Si democracia i domesticismo se repelieran, sería forzoso reconocer *a priori* la falsedad de uno de los dos términos. Pero la verdad es que uno

i otro se concilian, se completan i se esplican. El hombre está entregado a su libertad; pero el hombre no es aislable, es social, i necesita gobierno: cuando es plenamente civil el propio, el democrático: miéntras es niño i atraviesa la estacion preparatoria de su existencia, el de la familia. Hé aquí la fértil i sublime mision de la mujer sobre la tierra: educar, bajo la inspiracion de aquel inagotable i luminoso amor que centuplica sus fuerzas i le revela todos los misterios del corazon i del alma de sus hijos. Así comparte con el varon la soberanía del mundo; él gobierna en el vasto terreno de la política i de la vida pública: ella gobierna desde el hogar. Las funciones domésticas de la mujer son incompatibles con las funciones políticas que se le quiere atribuir: aquéllas son naturales, éstas son artificiales: aquéllas son las verdaderas, por consecuencia, i éstas las falsas. La condicion social de la mujer limitada a las primeras se hermana con los principios de la democracia. Si la madre de familia fuera desalojada de su hogar i comprometida en las luchas políticas desapareceria su elemento preparatorio, porque el ajente educador de la infancia seria distraido en el gobierno de los hombres hechos. Los *iluministas* pretenden que los varones las sustituyan en las tareas que desertan. Piensan con lójica pero sin discrecion.

Una doctrina o una quimera no pueden ultrapasar el límite que Blasckstone asigna a la omnipotencia del parlamento ingles, el de hacer de un hombre una mujer i de una mujer un hombre. La política entraña deberes que exijen ciertas fuerzas i una salud constante: las mujeres no pueden ser soldados. ¿Cómo se quiere entónces que los hombres sean nodrizas? I sinembargo, Stuart Mill no vé que ésta es la última consecuencia de su doctrina. No queremos chancear, i por lo tanto no preguntaremos ¿qué jiro tomaria una jóven en la edad de las ilusiones, de la abnegada pasion i del fantaseo dominante, entre su partido i su novio? Pero sí haremos una observacion capital aunque análoga. La sociedad sucumbe o se deprava cuando las familias se anarquizan; i la armonía doméstica depende de la homojeneidad de ideas, de la correlacion de los caractéres, de la afinidad de sentimientos; de tal modo que no puede reputarse garantida la paz i el bienestar en matrimonios compuestos por personas de temperamento antipático, de sentimientos repulsivos, de ideas inconciliables, de distinta patria, de distinta relijion: ni por viudos, que ingresan bajo el techo remendado de su nuevo hogar con diversas costumbres i reminiscencias de truncados amores i el reato de viejos juramentos. Supongamos los derechos políticos de la mujer, i veremos que ha de producirse irremediablemente uno de estos dos fenómenos: o la esposa se adhiere a las opiniones de su marido, i entónces la familia no tiene sino una, i puede ser representada por un voto como en la organizacion presente de la sociedad, que no implica el peligro de alejarla de la cuna de sus hijos: o bien se separará de ella, i las exasperaciones de la pasion de partido introducirán la semilla nefanda de la anarquía en el hogar, dispersando lo que Dios unió, desolando el alma del niño que busca en la mirada de sus padres la fuerza i la alegría por la comunion del amor espresada en la sonrisa i en la plácida delicia de su union, de sus recuerdos, de sus amarguras i de sus esperanzas.

Contestamos, pues, a la última cuestion: —nó, el derecho electoral no debe, no puede ser conferido a las mujeres, las cuales no lo poseen naturalmente, sin que peligre la democracia, la libertad, el órden impuesto por Dios a las sociedades humanas.

En resúmen:

—El sufrajio es un derecho inalienable que debe ser ejercido, sin condiciones artificiales ni respecto de sus ajentes, ni respecto del valor proporcional de los votos que ellos imitan, por todos los varones adultos incorporados a la ciudadanía, sea natural, sea adquirida.

J. M. Estrada.

A. C.

¡Oh! dime fúljida estrella
Que el corazon me iluminas,
Esas voces arjentinas
Que lleva el aire fugaz,
¿Son acaso de tu pecho

Un amoroso convento?
¿Mandas a mi alma el contento?
¿Son un beleño de paz?

Cuando contemplo tus ojos
¡En mí clavados los miro!...
Creo escuchar un suspiro
¿Es una ilusion de amor?
¡Nos sé; pero si me engaña
Mi apasionado delirio,
Será un horrendo martirio,
Me asesinará el dolor!...

Mas si al contrario, me amas,
Si yo encuentro en tí ternura,
Será eterna mi ventura
Será la tierra un Eden
¡Unidos como dos gotas
Purísimas de rocío!...
¡En mi amante desvarío
Mi alma sueña tanto bien!...

1870.

CAMILO RIOS.

AMOR I FE.

(CONTINUACION)

Apesar de nuestros esfuerzos, mi madrastra habia sorprendido nuestro secreto, i pronto pude conocerlo.

Entre las personas que visitaban nuestra casa, habia una a quien ella distinguia con preferentes atenciones.

Don Santiago E.... era un caballero, soltero, i cuya edad frisaba ya en los cincuenta años. Elevado desde la esfera de la última clase social al rango que ocupaba, por el *valor moral* que le daba su crecida fortuna, pues se le creia millonario, era un hombre brusco en sus maneras, ordinario en su trato i de un lenguaje tan poco culto que la decencia se resistia, a veces, de oirlo. Sinembargo, mi madrastra disculpaba sus actos i decia que era un partido tan ventajoso que era menester aprovecharlo, o, en otros términos, ella queria a todo trance que don Santiago quedára, segun su espresion, en la familia.

Adela era la víctima destinada a ser sacrificada en aras de la ambicion que significaba el matrimonio por interes, a que pensaba someterla.

Mas, ¿cómo realizarlo sin destruir el obstáculo insuperable que se hallaba en la voluntad de Adela i en el eterno cariño que nos habiamos prometido?

He dicho ya que mi madrastra era capaz de sacrificarlo todo al egoismo de la ambicion.

Este era precisamente el móvil que le hacia consentir en esa union monstruosa de una niña pura i bella con un hombre sin fé i sin amor. Don Santiago era inmensamente rico i el oro constituye la felicidad, porque con el oro se compran los goces, tal era su raciocinio sin pensar que el corazon, es decir, la parte noble e intelijente de nuestro ser necesita su alimento, tiene su vida i ésa no la da el oro sino el amor. Mas, ¿para qué detenerme en reflexiones?

Continúo como simple narrador esta triste historia de mi vida.

Adela habia sido reconvenida varias ocasiones por mi madrastra, a causa de la poca amabilidad conque recibia las atenciones de don Santiago. Ella no me habia ocultado estos sucesos i yo le habia espresado mis temores sobre los proyectos de su tia, acerca de su porvenir.

Cuando hablaba de tales cosas, Cárlos, me decia, ¿crees en mí?

Con toda mi alma, era mi respuesta. Pues entónces, replicaba ella, yo te prometo que jamas seré de nadie sino tuya. Has sido mi primero i serás mi único amor.

Yo olvidaba las tristes aprensiones que aflijian mi espíritu i volvia de nuevo con mas fé i consagracion a dedicarme a mis ocupaciones, interrumpidas solo por el recuerdo de ella....

Don Santiago redoblaba sus visitas i muchos dias aceptaba las invitaciones de mi madrastra, quedándose a comer en casa....

Llegó un dia en que con notable sorpresa recibí una carta de mi padre, ausente hacia un mes de Santiago, en la que me decia que inmediatamente fuera a reunirme con él, dirijiéndome al fundo de campo donde él se hallaba, pues se sentia mal, i encontrándose en la época de la cosecha inhabilitado por un fuerte ataque de gota necesitaba que yo fuese en su lugar a dirijir los trabajos de dicho fundo.

No vacilé un momento, i al dia siguiente partí en la direccion indicada.

Al despedirme de Adela le hice renovar una i cien veces su juramento, i yo por mi parte hacia otro tanto estrechando sus manos entre las mias i colocando en uno de sus dedos un anillo, símbolo de nuestro compromiso ante nuestra conciencia i de la futura union que ligaria nuestros destinos en el porvenir.

Ella por su parte hizo otro tanto, dándome a mas un guardapelo que llevaba al rededor de su cuello, recuerdo de su madre cuyo retrato contenia.....

Partí, pues, al dia siguiente, confiado en la grata esperanza de verla pronto. Jóven sin esperiencia, habia sido engañado, teniendo la carta de mi padre no otro objeto que retenerme a su lado, separarme de Adela i de ese modo hacer fácil i realizable el matrimonio de ésta con don Santiago E.....

Mi padre me recibió con su natural afabilidad, esponiéndome que debiendo yo sucederle en la direccion de los asuntos de la familia i teniendo ya la edad de veinticuatro años cumplidos, habia creido oportuno tenerme a su lado para que me hiciera cargo i me instruyera en esos asuntos, a lo que se agregaba que su salud achacosa le hacia indispensable la asistencia inmediata de un compañero que le prestara los debidos ausilios i le reemplazara en sus faennas.

Le contesté que estaba dispuesto a cumplir sus deseos, i que nada complaceria mas a mi corazon como llenar satisfactoriamente mi deber.

Esta respuesta pareció conmoverle.

—Eres demasiado bueno, me dijo. Tienes el carácter anjelical de tu madre.

Este recuerdo hizo saltar de mis ojos numerosas lágrimas....

Trascurrieron ocho dias, siendo nuestra vida sumamente monótona i sin distraccion.

A los ocho dias recibí una carta. La trascribo literalmente tal como la conservo en mi memoria.—Héla aquí:

«Cárlos: ¿me has olvidado? Cuánto me »he acordado de tí i cuánta falta me haces, »sobre todo ahora cuando mi tia quiere »forzar mi voluntad a un sacrificio que no »aceptaré nunca.

«Al dia siguiente de tu partida me llamó »para decirme que era conveniente pen»sara en establecerme i que ningun par»tido pudiera serme mas ventajoso que »don Santiago, quien me queria mucho i »era inmensamente rico. Yo le contesté »que no pensaba en casarme porque era »todavía mui niña i que a don Santiago »lo miraria siempre solo como un amigo. »Tú sabes que yo mentia, pero ¿qué podia »decir en esa ocasion?

«Cárlos, escríbeme. Necesito que me »consueles.

«Mi tia está mui amable conmigo. Sos»pecho que a todo trance quiere casarme »con ese viejo necio de don Santiago.

«No te demores. Vente luego. Tus her»manas me dicen que estrañan tu silencio. »Escríbeles a ellas i a mí.

«No me olvides i ámame tanto como »siempre te amará tu Adela.»

Renuncio a describir la impresion que produjo en mi ánimo la lectura de esta carta.

¡Mis previsiones no me habian engañado!

El llamamiento que se me habia hecho alejándome de Adela habia sido solo un lazo tendido a mi buena fé para realizar los ambiciosos planes de mi madrastra.

Si hubiera dejado obrar libremente a mi corazon, habria marchado inmediatamente a Santiago.

¿Pero no era ésta una resolucion aventurada cuyo resultado no era otro que patentizar mis relaciones de cariño con Adela, atrayéndome el enojo de su tia i haciendo imposible nuestra futura union?

Por otra parte, la carta de mi padre me manifestaba que él estaba en el plan ideado de mi madrastra.

Sin contar con ningun apoyo ¿habria comprometido a Adela sin poder ofrecerle una solucion pronta, pues no tenia recursos suficientes para hacerlo inmediatamente?

Desechó, pues, haciendo dominar la calma sobre la ajitacion de mi espíritu, las ideas que quemaban mi cerebro i me limité a contestarle «que tuviera fé i constancia; fé en Dios para confiar en El que conocia la pureza de nuestros sentimientos, constancia para no olvidar sus juramentos i sus promesas. En cuanto a mí, le decia, preparo el terreno por medio de obediencia i docilidad a mi padre, para contar siempre con la bendicion de Aquél que premia siempre al buen hijo.»

Un mes, eterno plazo, trascurrió en estas alternativas, sufriendo inmensamente léjos de ella.

Mi padre, entre tanto, decaia visiblemente en su salud.

No podia abandonarlo.

De una parte me tenia a su lado la voz del deber filial, de otra me llamaba la voz del corazon que me decia que me iban a arrebatar la única delicia de mi vida.

Lucha terrible en que presa de violenta fiebre mi cabeza se abrasaba i mi ser entero se conmovia.

Mi padre pasaba dias enteros en la cama i yo velaba incesantemente a su lado.

Tantas pruebas de filial cariño lo enternecieron, i un dia, abriendo los secretos de su alma a la comunicacion, me dijo con voz entrecortada por los sollozos estas palabras:

—Cárlos, perdóname el que haya contribuido a tu desgracia.

—Señor, le dije, de vos no he recibido sino beneficios.

—No, hijo, repuso, tú amabas i eras amado de Adela i yo cediendo a la debilidad de carácter que me ha hecho tan infeliz, he consentido en que la roben a tu cariño. Ayer se ha casado con don Santiago E.....

—Padre, esclamé, dominado por un sentimiento que no sé esplicar, os engañais. Adela no es de nadie, nó! nó! nó!.....

.....

Perdí el conocimiento i caí en tierra.....

.....

El rudo golpe que la adversidad habia descargado sobre mi corazon era mortal.»

Recobrado el conocimiento, cuando volví en mí, me hallé en mi lecho teniendo a mi cabecera a mi padre que me contemplaba con un semblante de compasion i de interes.

Preguntarle por Adela habria sido reconvenirlo por su conducta injusta para conmigo.

Preferí guardar silencio.

Mas, un acontecimiento casual vino a hacerme comprender la verdad de todo lo ocurrido.

Mi padre habia salido con el objeto de visitar e inspeccionar los trabajos del campo, quedando entre tanto yo en casa, pues el estado delicado de mi salud me impedia acompañarlo.

Maquinalmente me dirijí a la pieza que le servia de escritorio i grande fué mi sorpresa cuando encima de él encontré un paquete de cartas rotuladas a mi direccion.

Conocí al instante la letra de quien las habia escrito. Eran de Adela.

Mas ¿cómo esas cartas no habian llegado a mi poder?

No cabia duda alguna de que se las habia interceptado, ocultándolas a mi conocimiento.

Las tomé sin escrúpulo, i dominado por una delirante avidez.

¿Por qué razon mi padre habia conspirado tambien, para arrebatarme mi dicha, mi felicidad?

Empero, leamos las cartas de Adela. Eran cinco, escritas con la sucesion de tiempo que ellas indican.

Las trascribo literalmente.

«Cárlos: Hace seis dias há que te escribí una carta que no has contestado.

«¿Por qué este silencio?.....

¿¡Me has olvidado?

«Insisten en querer casarme con don Santiago E.....

«¡Yo no puedo amar a ese hombre!

«Escríbeme, pues tus cartas me darán valor para soportar la terrible lucha que se me prepara.—Tuya siempre.—Adela.»

Hé aquí su segunda carta:

«Carlos: Siempre tu silencio, tu matador, tu desesperante silencio!

«Ayer nuevamente me ha llamado mi tia para darme un sermon en el que me ha pintado lo triste de mi situacion. Me ha dicho que siendo huérfana i pudiendo ella dejar de existir, quiere ántes de cerrar sus ojos a la luz de la existencia, dejar asegurado mi porvenir i que, por consiguiente, debo resolverme a casarme con don Santiago, quien le ha manifestado sus prentensiones a mi mano, pretensiones que yo debo aceptar llena de placer.

«Le he contestado que no he pensado nada acerca de este asunto, i que miraria a don Santiago solo como un amigo.

«Esta contestacion la ha exasperado i me ha dicho, dominada por un violento enojo «que soi una ingrata i una necia.»

«Cárlos, consuélame diciéndome lo que debo hacer.

«Sufro mucho. Si tú estuvieras a mi lado, yo tendria valor, pero hace tanto tiempo que no sé de ti,

«No me olvides, Cárlos. Piensa en que está triste i sufre—Tu Adela.

(Concluirá.)

Luis Larrain Zañartu.

LA CAMPANA DEL MONASTERIO.

Allá en la tarde sombría,
A la hora en que desparece
El dulce encanto del dia
I envuelto en la niebla fria
El cielo azul palidece;
Cuando las sombras, tendiendo
Su negro manto de horror,
Las cosas van confundiendo,
Cuando la luz vá perdiendo
Su fúljido resplandor;
I el mundo todo se viste
De oscuridad...de misterio...
¿Di, pasajero, no oiste
La melancólica i triste
Campana del monasterio?
Ese sonido vibrante
Que hiende la sombra vana
I retumbando un instante
Sepúltase agonizante
Allá en la bruma lejana.
Ese tañer que nos llena
De triste melancolía,
I en el espacio resuena
Cual ronca voz que condena
Los goces i la alegria;
Ese vibrar que estremece
Las fibras del corazon,
I el último *adios* parece
Del dia que ya fenece
Envuelto en negro crespon;

Son ecos que lanza
la triste campana
Colgada en la cumbre
de un alto torreon,
Vetusto edificio
de edad ya lejana,
De un príncipe acaso
suntuosa mansion
Sus puertas de hierro
miraron un dia
Mil bravos guerreros
bajo ellas pasar
Pintada en sus rostros
la audacia se via...
¡Mas nunca las puertas
los vieron tornar!
El príncipe altivo,
que al campo los guiaba,
En rudo combate
con ellos murió...;
I el fuerte castillo
que al mundo asombraba,
Desierto, sin jente
bien pronto quedó!
I son sus salones,
hoi, claustros callados
Do suenan las notas
del sacro laud;
I es hoi el alcázar
de tiempos pasados
Feliz monasterio
de paz i quietud.
Allí acude el hombre
que vió de su vida
Deshecha la hermosa
dorada ilusion-
Allí el que buscando
la dicha perdida
Llenó de amargura
su audaz corazon.
Que allí la alegria
jamás desparece
Ni el alma conturba
del mundo la voz;
Pues esas paredes
que el tiempo ennegrece
Separan al mundo
del *Hombre de Dios.*
I en vano se estrellan
allá en su cimiento
Con furia desecha
las olas del mar,
En vano conmueve
las fuerzas del viento
Las viejas almenas
que quiere voltear:
Que siempre repulsan
su furia bravía
Las negras paredes
del alto torreon,
I siempre despide
al fin ya del dia
La aguda campana
su tétrico son.

En la campiña florida
El labrador abandona
La dura tierra que abona
Con su trabajo i sudor;

Enjuga su rostro....fija
Sus ojos en occidente
Do vé la luz esplendente
Que estingue su resplandor;
I al oir la triste campana
Que en el espacio resuena
Recuerdos de oculta pena
Invaden su corazon;
Los brazos cruza en el pecho
Llena la faz de amargura
I entre sus lábios murmura
Sentida i tierna oracion.
Acaso en esos momentos
Algun amigo querido
Dejó, por la muerte herido,
Nuestra mansion terrenal!...
I al dar el postrer suspiro,
Allá en la amarga agonia,
Cual negro presajio oia
La campana funeral.
¡Que es mui triste allá en la tarde
Cuando el cielo palidece
I la tiniebla que crece
Aumenta la oscuridad,
Escuchar la voz aguda
De la sonora campana,
Que hendiendo la sombra vana
Nos convida a reposar;
Ver la avecilla que busca
Entre el ramaje su nido
Presurosa porque ha oido
De sus hijos el pïar;
Ver las flores cual se inclinan
Para que el tallo sustente
Su cáliz desfalleciente
Que acaba el sol de secar;
I cual las hojas cayendo
Del árbol que las mecia
Tapizan la selva umbria
De amarillento color!...
¡Ai! esas hojas i flores
Mañana fuerte i bravio
Las arrebata al vacio
El furibundo Aquilon!...
¡Tal vuelan de nuestro pecho
La dulce paz i la dicha
Cuando la torva desdicha
Sobre él se viene a posar;
Tal vuelan las ilusiones
Que amantes acariciamos...
I a su partida escuchamos
De la campana el sonar!
Que todo en el mundo cede
Del tiempo al andar contino
I todo cumple el destino
Que el Eterno le fijó!..
Tan solo nunca enmudece
De su larga vida ufana
La funeraria campana
Colgada allá en el torreon!

Santa Fé, Abril 7 de 1870.

BENITO VILLANUEVA.

FILOSOFIA ESPERIMENTAL.

ADMIRABLE INVENCION.

La razon moderna no admite como ciencia sino lo que es esperimentalmente demostrable.

Saint-Beuve.

Dijo un convidado poniéndose de pié con la copa en la mano:

«Honorables miembros de este honorable club, no se puede ser buen ciudadano sin ser algo filósofo, como no se puede obrar racionalmente sin ser un tanto de buena razon. Por eso no es estraño el que, en un banquete patriótico i civil como éste, yo pida una copa i hable en honor de la razon independiente. Brindo, pues, ciudadanos, por este triunfo que es el mayor de los infinitos del progreso, que ha sacado a la razon de toda tutela i le ha hecho bastarse a si misma.

»Esto hago como admirador del espiritu del siglo. Como amigo vuestro, deseo que tengais como yo, la creencia en la soberania de la razon, i la independencia de toda fé.

»Este es mi orgullo i quiero que sea tambien el de vosotros. Para lo cual, reitero el brindis i os invito a que prometais seguir este lema que resume la verdadera filosofia liberal: ¡ver i creer, no mas creer sino lo que se vé i lo que uno mismo puede probar: no hai relijion con misterios!»

Este breve discurso fué unánimemente aplaudido i el principio que sostenia fué aprobado con gran alegria. Se celebró el acuerdo de independencia con muchas libaciones i con grandes elojios para el orador.—¡Qué talento! decia uno, ¡qué facilidad! esclamó el otro: ¡Ciceron! añadió un tercero que no podia hablar mucho por tener ocupadas sus mandibulas.

I todos admiraban a cual mas, pero sin dejar de hacer con los platos i cuchillos

algo de mas provecho, aunque la admiracion era mucha. ¡Tan cierto es que el hombre es un compuesto, i que el componente animal es el que hace mejor su negocio en todo banquete, por filantrópico i político que sea el fin con que se tiene!

Así quedó enaltecida i triunfante la filosofía esperimental, esa bella ciencia que tiene de particular el no ser superior al tacto, ni al olfato, i que es una de las mas peregrinas invenciones de esos grandes jenios que no comprenden lo que cualquier hijo de vecino entiende.

Mas el apóstol de esta filosofía se hallaba a los pocos momentos en estado lamentable, i hablaba en estos términos:

—Si, era una cerveza infernal, i esos burros me hicieron beber demasiado. Creo que esta vez me lleva Satanas por haberme metido con ellos.

Así esclamaba a impulsos de un apremio físicamente insufrible, i luego pensaba:

—Es cierto que no sabia que me habian hacer daño esos diabólicos vasos: yo soi de esperimental i no creo mas que lo que he visto i sentido alguna vez, pero en esta ocasion ¡ai! debí hacer una escepcion por ahorrarme un batacazo, i reflexionar en abstracto que el estómago tiene límites!

—¡Manuel, Manuel! tírame las botas, quítame la ropa que me ahogo. Ahora anda, corre a llamar al doctor: que venga luego.

El sirviente asustado se apresura a salir forcejea con la puerta pero no puede dar vuelta la perilla.

El amo, que le vé detenido, se encoleriza i le grita: salga ¡diablo! que me muero.

—No entiendo esta chapa, señor; no la he manejado nunca.

—¡Qué! ¿Necesitas para hacer cualquier cosa el haberla hecho ántes?

—Tener esperiencia: nada sabe uno sino se ha probado. Ud. lo ha dicho....

—¡Diantre! ¿Estás haciéndome argumentos? Te respondo con ése. I le lanzó una bota a la cabeza.

El mozo perdió la paciencia se le fué encima i, en la cama como estaba, le tomó de las manos fuertemente diciéndole: ¿qué hace ahora? ¡Ah!

El amo hizo tanto esfuerzo que el catre vino al suelo, i con el estruendo acudió una criada que pudo abrir la puerta i, pasado el primer espanto, voló en busca del médico.

Llegado éste e inspeccionado el caso, no tardó en hacer traer los ingredientes necesarios. El enfermo estaba dominado por los efectos del causon que se habian aumentado con la fiebre de la reciente cólera.

Pero esta fiebre léjos de oscurecer su intelijencia, la tenia mas lúcida, i así, acordándose de su sistema filosófico, dijo al doctor que estaba ocupado de preparar bebidas de estraños colores:

—Doctor, ¿ha probado Ud. esos medicamentos?

—¡Ah! no los he necesitado porque nunca me excedo.

—Yo tampoco me excedo. Pero no le pregunto eso sino si sabe por esperiencia propia el efecto de lo que me va a dar.

—Esto es lo que receta todo el mundo.

—No me importa todo el mundo; lo que ahora me interesa soi yo. I si no ha esperimentado el remedio no me lo presente; no venga a estudiar en mí.

—No necesito aprender señor, i....

—Es Ud. impertinente. ¡Ah! ¿se imajina que sobre su simple palabra habia de creer? Vaya, doctor, con todos los santos: no me salga con esas infracciones de la filosofía de toda mi vida.

—¿Está loco?

—Déjese de eso. En prueba que estoi mui cuerdo le digo que por esa puerta se va a dar a la calle.

El sabio no quiso mas que esto i dos pesos que le pasó la criada con prontitud por el deseo de evitar mayor disputa, i tomó su sombrero i se fué.

El racionalista puro quedó sufriendo las consecuencias de su fidelidad al sistema.

Mas esta vez la naturaleza fué superior a su razon, i mejoró lo suficente para que, pasados algunos años i meses, le tuviéramos de buena salud en una casa de campo con las siguientes ideas:

—Hé aquí estos campesinos rústicos i pobres diablos sin filosofía que saben ser mas felices que yo. Ellos gozan vida despreocupada; tienen sus amantes mujeres; yo apesar de que sé muchas cosas, ando perplejo i ajitado como si todo fuese dudoso, i, en cuanto a mujer ¡santo cielo! en figura de ella tengo un demonio.

Pero, si la suerte me persigue, la filosofía me absuelve: sin duda soi bien desgraciado nada he acertado de cuanto he hecho, pero soi lójico i tengo esa gloria.

Antes de casarme profesaba los mismos altos principios que ahora: es decir, no creia sino a mi razon: en lo que habia aprendido en la filosofía magnífica de Saint-Beuve i de todos los libre-pensadores. Todo lo sobrenatural: divinidad de providencia: inmortalidad del "alma: todo eso es increible porque nadie lo ha visto. Fuera de lo que uno vé, nada: decia yo entónces como ahora.

I cuando en aquel instante fatal tuve delante a ésta que ahora es mi mujer: mis ojos, mis oidos, mi corazon me decian ahí tienes un ánjel i sin consultar a nadie, crei a mis sentidos como siempre les habia creido. Pero ellos me engañaron i ya veo que nunca he estado con ánjeles. Sinembargo al casarme permanecí lójico i fuí consecuente.

¡Qué importa ser desgraciado si se puede tener el gusto de haber seguido, a pesar de todos los obstáculos, esos principios?..

Pero, ¿qué es eso? ahí pára un coche, i veo bajar un hombre otro i otro, i entre ellos uno que siempre he reconocido como un médico de Barrabas.

En efecto, cuatro personas decentes se acercaron saludándole cortesmente. Espero, señor, dijo el doctor, que nos acompañará a la ciudad.

—Ni por un pienso, señor, hace pocos dias que estoi aquí, i lo estoi pasando mui bien.

—Mejor lo pasará, me parece, con su familia que me manda buscarlo....

—Pero, hombre, no sé qué títulos tiene Ud. para andarme siempre persiguiendo.

—El de la ciencia. Todos los enfermos se confian en mí.

—Pero yo estoi tan sano, que si se empeñan mucho, les resisto a todos cuatro con este baston.

No obstante esto, el filósofo no era demasiado belicoso, i tuvo que ceder al fin i entrar como preso en el carruaje que luego volvió a partir.

Miéntras el viaje, él se consolaba i decia: esta broma ya es pesada i en mi casa dan muestras de estar mui atrasados en civilizacion si tenerme por loco. Es verdad que yo me casé como nadie se casa, en un dos portres, en un acto primo-primo sin consultar a nadie i con la que ménos se pensaban; es verdad que hace tiempo que digo i hago cosas al reves de todo el mundo, pero yo les probaré a todos esos retrógrados que en todo eso que les parece disparate no he hecho sino independizar mi razon como cualquier racionalista, i seguir la filosofía del mui conocido Saint-Beuve.

BRAULIO.

LA DEUDA DE LA AMISTAD.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

Cuando entré al colejio,—hará ya unos cuarenta años a la fecha,—tenia una estrecha amistad, digo poco, una tierna pasion por uno de mis compañeros, Javier de Zelther.

¿Quereis que os cuente el orijen de esta noble pasion?

I.

Estaba todavía en brazos de mi nodriza, cuando mi padre i mi madre murieron casi a un tiempo. No me quedaban ni abuelo ni abuela, ni hermanos, ni hermanas, nada que se pareciese a una familia.

Los parientes lejanos a quienes fué confiada mi infancia no me mostraron nunca gran cariño. Yo habria sido mui feliz si hubiera tenido siquiera fuese un perro a quien amar i acariciar,—no lo tenia.

A los siete años, segun creo, me colocaron en el internado de M. Brindejone, que dejé cinco años despues para entrar en el colejio de San Luis.

Como era mui tímido, fuí siempre víctima, en el colejio, de las bromas i las travesuras de mis camaradas. Hasta los maestros, aunque no les daba absolutamente motivo para castigarme, parecian complacerse en atormentarme.

Yo era, pues, durante toda la semana desgraciado mas allá de toda espresion.

Cuando llegaba el domingo, mi desgracia no cesaba. Mudaba de forma. Era entónces presa, por doce horas, del mas espantoso aburrimiento.

Un criado viejo venia a buscarme, a las nueve de la mañana, al colejio de M. Brindejone.

Me parece que veo todavía a ese honrado pero terrible Rigoberto, con sus grandes brazos secos, largos como patas de langosta, sus piernas como huso, que ha-

cian recordar a la familia de las zancudas, sus ojos de lechuza i su nariz de gavilan. Paréceme oir su palabra lenta, solemne i dura como la de un alguacil que lee una sentencia de muerte. Oigo el sonido de la cadena de su reloj que movia maquinalmente, como un carcelero el manojo de llaves que lleva en el cinturon.

Jamas se reia Rigoberto; jamas hablaba el primero, sino en caso de absoluta necesidad. Contestaba a mis preguntas con un monosilabo seco. Se creia obligado en conciencia a llevarme de la mano desde la puerta del colejio hasta la de mi tia. I, llegando al barrio de Roule (en esta risueña situacion estaba la casa de mi tia) mis pobres dedos estaban adoloridos.

Mi tia,—la llamaba asi *reverentiæ causâ*, en realidad era mi prima en sétimo u octavo grado,—mi tia, Madame Ladure, no era una mala persona. Mas bien habia sido mui jenerosa al encargarse de todos los gastos de mi educacion, pero era tiesa como un *life's guard*, fria i severa como un antiguo juez, i sobre todo (¡pobrecita! no tenia ella la culpa) fea que daba miedo. Cuando comenzé a aprender la mitolojia, me era imposible figurarme la petrificante cabeza de Medusa o Nemesis, la diosa vengativa, con otras facciones que las de la tia Ladure.

Cada domingo por la mañana la terrible mano de Rigoberto me presentaba ante esta terrible figura.

—Buenos dias, tia, decia temblando. ¿Cómo está Ud?

—No se trata de mí, respondia casi invariablemente con una voz casi a la vez fuerte i chillona, sino de ti. ¿Cómo has trabajado estos ocho dias?

Mi respuesta era sacar del bolsillo el boleto de la semana i dárselo a mi tia. Por lo regular era mui satisfactorio, porque, a Dios gracias, jamas he sido perezoso; i sin duda, para indemnizarme de lo que por mi timidez me hacian sufrir los compañeros, mis maestros, que me estimaban mucho, me trataban mui bien. Sabian por otra parte ante qué Rhadamanto tenia que presentarme semanalmente i siempre me daban buenas notas.

A mi juez dominical no le gustaba sino el *mui bueno*. Cuando no tenia sino un *bueno*, mi tia fruncia el ceño, me trataba de holgazan o de mal muchacho, me amenazaba con el procurador del rei, hacia sonar a mi oido el nombre de los peores criminales i me aseguraba que tendria que llegar al cadalso.

Sinembargo, despues del exámen, mi tia volvia a su voz ordinaria, que era siempre chillona, i me decia:

—Ve a jugar.

«Ve a jugar,» era fácil decirlo. Pero ¿con qué se podia jugar en esta triste casa?

La casa de mi tia parecia respirar tristeza i fastidio por todos sus poros. Yo no me imajino ninguna garita, ninguna fábrica, ningun hospital, ningun *work-house*, ninguna prision, cuyo aspecto sea mas lúgubre que el aspecto de la casa de mi tia.

Habia grandes cuartos medio desnudos, inmensos armarios cerrados con cadenas, viejos sillones en que la mano del tiempo habia dejado imperecederos recuerdos, produciendo un color uniforme en las molduras borradas, en las cortinas arrugadas i en los clavos enmohecidos. Habia tambien algunos cuadros de familia, pero colocados tan arriba que yo no podia conocer a las personas sino subiendo sobre una mesa i dándome un espantoso cabezazo.

Estudiar esta insípida galeria, era, sinembargo, uno de los placeres mayores que me proporcionaba mi tia.

No tenia ningun compañero para jugar; ningun juguete para engañar lo largo de los dias; ningun pajarito para verlo saltar, ni un gato para arrojarle una bolita de papel.

Mi única diversion era, pues, contemplar esos retratos que ningun interes tenian para mi, o pasearme a lo largo de los cuartos, contando el número de ladrillos quebrados I compararlos con el de los intactos, i preguntarme con terror si mi vida seria siempre igual, i si, cuando cumpliera veinte años, habia de ver que el suplicio del domingo reemplazaba al de la semana.

Me objetareis quizá con el almuerzo i la comida. Esto es al decir, de los colejiales, el verdadero *criterium* de la vida. Si el almuerzo es bueno, si la comida es excelente ¡qué importa lo demas! Se dijiere el primero miéntras viene el segundo, i para saborear el recuerdo de éste la tarde no es mui larga.

Desgraciadamente yo no era goloso ni perezoso; ni las ostras de Ostende, ni los riñones saltados, ni el pastel de Lesage, ni la buena sopa de la cena—porque no se comia, se cenaba donde Mme. Ladure—me

ayudaban a soportar el pesado fardo de fastidio que cargaban mis espaldas, i que me habria hecho pensar en los suplicios del Dante, si lo hubiese conocido entónces.

¡Si al ménos hubiese habido un jardin en casa de mi tia!—porque no me atreveria a dar ese nombre a un gran cercado en que habia gran confusion de malas yerbas i en donde estaban depositados en comun algunas pilas de ladrillos, tubos de chimínea fuera de servicio, dos planchas carcomidas, i debajo de un viejo sotechado, la leña, el carbon, las virutas i demas combustibles para el invierno.

Tal como estaba, este cercado me servia de distraccion; i cuando una lluvia persistente, me retenia en el cuarto todo el dia, miraba el cercado con cierta envidia.

II.

El año 1828 es una fecha memorable en mi vida.

El huerto de mi tia estaba separado del parque vecino por una cerca viva. Pero esta cerca mui espesa i de siete piés de altura era una verdadera muralla para un muchacho de once años como yo.

En el verano, yo no veia del parque, sino la copa de los mas altos castaños.

Pero a veces, en octubre, cuando todas las hojas habian caido, yo veia prados, paseos de arena, algunas flores del otoño i árboles bonitos.

Un dia de primavera, oia cantar a los pájaros en el seto del parque; me llegaba, a traves de la cerca, un perfume de violeta que me embriagaba; comparaba mi esclavitud con la libertad de esas vastas alamedas i praderas que veia tan cerca de mi....mi corazon se oprimia, me sentia poseido de un violento deseo de recorrer por mi mismo, nó con sola mi imajinacion, ese paraiso terrestre.

¿Pero el medio?

Vi sobre el galpon una carretilla vieja. Os he hablado de la provision de combustible que allí habia guardada....Luego concebí mi plan.

Voi a construir con la leña de mi tia una especie de pila semejante, agregué acordándome de Virjilio, a esa pirámide que trepó Dido para darse la muerte.

Dicho i hecho. En ménos de dos horas mi pila estaba construida. Subí la carretilla, me encaramé sobre este edificio un poco movedizo.

El parque apareció a mis ojos deslumbrador, con todo el encanto i todo el brillo de la primavera. Magníficos bosquecillos de árboles se levantaban por todas partes del medio de verdaderas praderas, a traves de las cuales serpenteaban las alamedas cubiertas de una arena brillante i fina como la de la playa. Las mas bonitas flores del mundo se agrupaban en un punto, se estendian en forma de encajes, o se levantaban en gradientes a ámbos lados de una linda graderia de mármol. Las violetas, las azucenas azules i blancas, el lirio perfumado, hasta la humilde fresa de fruta encarnada esmaltaban el césped. Yo estaba loco.

(*Continuará.*)

EUJENIO DE MARGERIE.

CHARADA.

Primera i segunda tienen
Los cuchillos, las espadas.
Mi tercera se oye siempre
Que los corderillos balan.

Prima i cuarta es cualidad
Mui apreciable i buscada
En las piedras, en las telas,
En la sátira, en las damas.

Es mi todo dulce nombre
De niña amable i simpática,
Anjel del cielo venido
Para consuelo del alma.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CANDIDATO.

Contenido de este número.

I.—Ilustre huésped.
II.—Veinticinco de diciembre, por Rafael B. Gumucio.
III.—A orillas del mar, poesia, por M. A. Hurtado.
IV.—El sufrajio, por J. M. Estrada.
V.—A. C., poesia, por Camilo Rios.
VI.—Amor i fé, (continuacion), por Luis Larrain Zañartu.
VII.—La campana del monasterio, poesia, por Benito Villanueva.
VIII.—Filosofia espirimental, por Braulio.
IX.—La deuda de la amistad, por Eujenio de Margerie.
X.—Charada.
XI.—Solucion de la del número anterior.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, enero 1.° de 1871. Núm. 170.

AÑO NUEVO.

¡Año nuevo! ¡un año mas! esclamamos, hoi es un dia de regocijo! Así lo hemos oido desde que comenzamos a vivir. Pero ¿cuál es la verdadera impresion, el verdadero sentimiento que debiera despertar en nosotros un año que pasa? El cumpleaños ¿debe ser una fiesta o un dia de severas meditaciones? ¿Qué es mas exacto decir: *un año mas o un año ménos.*

El hombre es eminentemente imitador. Le es mui difícil dominar el aturdimiento, el vértigo con que corre de la cuna a la tumba, i pararse a meditar si aquello que ve celebrar por todos como una fiesta no es quizá motivo de tristeza, si el júbilo del dia de año nuevo está en su lugar o si mas bien debiera derramarse en este dia mas de una lágrima.

Desde nuestra infancia, hemos acostumbrado, cuando llega el cumpleaños de nuestro anciano padre, rodearle, felicitarle i hacer demostraciones de regocijo; pero, al mirar su cabeza alboreando en canas, no nos ha ocurrido el pensamiento de que el año que espira en ese dia en que tanto nos alegramos es un año ménos que estará a nuestro lado ese ser querido.

Los dias de la vida están contados, pasan i no vuelven, hemos oido decir siempre; pero nunca nos hemos penetrado de esa severa verdad.

Nuestro constante anhelo en la primera mitad de la vida es que los años trascurran veloces. Siempre nos soñamos una interminable série de años en pos de cada uno que principia para nosotros. Parécenos que cada año que pasa, es un año conquistado i marchamos ansiosos a la conquista de los demas. Pero ¡ai! llega la segunda mitad de la vida: acertamos a mirar hácia atras i vemos léjos, mui léjos de nosotros hermosos años en que fuimos felices en la medida que es dado serlo en la tierra. Entónces nos parece que los años huyeron demasiado presto.

El tiempo, ese gran enemigo del hombre, lo va arrastrando sucesivamente de la niñez a la juventud, de la juventud a la vejez, de la vejez a la tumba.

El tiempo destruye todo lo que ha hecho el hombre con mil afanes.

No hai ser amado que al fin no arrebate, no hai belleza que no aje, grandeza que no gaste, lazo que no rompa.

Cada año, cada mes, cada dia se lleva un goce, una ilusion, una dicha i con ellas una parte de nuestra existencia que nunca mas recuperamos.

Cada instante que se desliza nos acerca mas i mas al término de nuestra vida.

¡I sinembargo, cada paso que da hácia adelante ese enemigo implacable i desvastador lo celebramos como una fiesta, como un triunfo!

Mas, me direis ¿acaso el que cree en una eterna bienandanza mas allá del sepulcro ha de entristecerse porque el destierro se acorta i se acerca el momento de la vuelta a la patria? Este mundo, con sus miserias, con sus dolores ¿es acaso digno de nuestro amor?

Teneis razon. No es bueno que el israelita a quien Dios lleva a la tierra de promision eche ménos las cebollas del Ejipto. Este mundo donde todo es pequeñez, tiniebla i vicio no es digno del amor del que fué hecho a semejanza de Dios. Está bien; pero, poned vuestra mano sobre el pecho i decid si habeis aprovechado el tiempo, si habeis esplotado debidamente ese precioso tesoro que Dios os dió en usufructo, si, en vista del camino que habeis hecho, estais seguros de llegar a la patria.

Somos desterrados, el mundo es nuestro destierro; pero el regreso a la patria se compra con el buen empleo del tiempo. La tierra en que vivimos, maldecida por Dios, es todo dolor i miseria; pero en ella hemos de ganar el derecho de llegar a la patria.

¡Ah, si cada año que huye de nosotros pasara lleno de virtudes i de mérito! Pero nó. Los años huyen vacios de virtud, va-

cios de mérito, llenos de vanidades, si no de crímenes.

Duro es helar la risa en los labios de[l] que está poseido de alegria, duro turbar el contento del corazon; pero bueno es examinar por qué se rie, por qué hai alegria en el corazon. ¿Porque hemos vivido un año mas i nos queda un año ménos de existencia? ¿Porque el mal pasado es irremediable, el bien omitido irreemplazable, el plazo futuro un arcano?

Nó. Meditadlo bien. Profunda pena mas bien que regocijo debiera haber hoi en los corazones, una plegaria de perdon mas bien que un canto de triunfo debiéramos entonar.

Agradezcamos al Señor de la vida i de la muerte que no nos haya exijido ya la restitucion de los *talentos* que nos diera para lucrar nuestra eterna dicha.

Aprendamos en el pasado a aprovechar el presente i el porvenir. Si hemos disipado el año que acaba de huir sin vuelta de nosotros, seamos avaros de cada instante de los que delante nos queden.

Solo Dios sabe si la nueva fecha que hoi comenzamos a escribir no está destinada a gravarse sobre la lápida de nuestra tumba.

Santiago, enero 1.° de 1871.

RAFAEL B. GUMUCIO.

UN TIPO DE ASPIRANTE.

Por esta vez tengo que avanzar algunos datos sobre mi personalidad, i deciros que por ahora, sin que esto haya de pasar entre vosotros con autoridad de cosa juzgada, conviene a mi derecho i a mi historia que me tengais como un hombre ya algo caduco i maduro, i que, por no vivir mui escondido, pudiera alguno creer influyente en materias políticas.

Pues sin estos datos no es concebible que me venga a ver el personaje que me permito poner en debate.

Con esto basta, i creedme que un dia se me presentó por primera vez en casa el señor Astudillo en calidad de aspirante a una posicion social, i para que yo le apoyase en sus pretensiones.

Venia en estremo elegante i a la moda, con vistosos guantes, un levita ajustado i corto hasta el lirismo, i en suma, con un hambre perfectamente disfrazada.

Luego empezó a hablar con gran cuidado de decirme *señor* a cada cuatro palabras, esplicándome sus circunstancias: que se hallaba con algunos compromisos sin poderlos cumplir; que su porvenir se le presentaba sombrío, i su presente era mui angustiado, etc.

Deseos tuve de preguntarle como conciliaba palabras tan tristes i luctuosas con el trajecito tan alegre en que se me presentaba. Pero temí que por ésto creyese que yo abrigaba alguna duda sobre su honorabilidad i sobre si dejaba o no a los sastres sin pagar, i toleré que me tuviese aquel rato por inocente ya que iba haciendo el ánimo a no concederle ningun otro favor.

Mas, como ví que las circunstancias aquéllas se desarrollaban en un exordio demasiado largo para la conclusion brevísima como habia de ser la de un *deme Ud.*, que me parecia seguro, le indiqué, para ahorrarle trámites amargos, que bajase al fondo de la cuestion.

Lo cual empezó a ejecutar diciéndome: «La profesion de abogado está de capa caida, como Ud. sabe, i no da ni para cigarros, i mucho ménos puede darme a mí que me recibí solo por dar gusto a mis padres, sin pensar en ejercerla formalmente nunca.»

Lo que yo sabia era que ni habia llegado a recibirse de abogado nunca, ni a rendir mas que uno o dos exámenes en todos sus estudios. Habia sido mi condiscípulo en un colejio en que desde chico no hizo sino embromar siendo un verdadero ajente de negocios del infierno por sus travesuras incesantes, sin llegar a estudiar una palabra.

Pero lo dejé seguir i que me dijese que en esta necesidad en que le ponia su fortuna venia a buscarme por ver si yo me acordaba de su antiguo condiscípulo.

—¡Oh! ¡si me acuerdo, le respondí!

—Pues entónces, señor, yo desearia saber, si le fuera posible a Ud. hacer algo por mí; proporcionarme algun empleo.

—¿Como cuál desearia Ud?

—Yo no puedo aspirar a mucho por ahora: mi carrera no fué bien concluida, i como lo he pasado en el campo.... tengo algunos pequeños negocitos que me quitan tiempo.

—Pero vamos es preciso que se declare.

Esto le dije yo pensando en la administracion de mi fundo que era la única miga que podia ofrecer i que me parecia ser análoga a lo que me pedia desde que citaba la vida en el campo que habia hecho.

Mas, ¡cuál no seria mi sorpresa cuando haciendo un jesto mohino como quien acepta una cosa no de mui buena gana me dice:

¡Una intendencia creo que no me seria mala para mí, allá en el Sur!

Necesité entónces sangre fria para no romper todo miramiento con mi recien descubierto amigo. Estuve por preguntarle si eran compatibles con una intendencia sus antecedentes, i sus prendas personales. De veras que aquel ambicioso descarado me pareció por de pronto un macaco: tal fué mi admiracion.

Pero no quise tomar a lo sério lo de la intendencia, ya que tampoco hubiera podido conseguirsela a nadie en ningun caso. I así, abandonando el camino de la indignacion, tomé el de decirle, sin sacarle del engaño en que estaba respecto a mi gran valer en la corte:

—Las intendencias están ocupadas i mucho mas del Sur: así es que creo que no hai esperanza para Ud. a lo ménos miéntras no pasen estas elecciones, que entónces puede ser que lestituyan a algunos, si es que las pierdan.

—¿I no habrá vacante otro destino?

—No, me parece, a no ser de esos mui insignificantes que talvez no tenga presente.

—Ojalá que se acordase de alguno cualquiera que fuese.

Cuando ví que de intendente bajaba sus deseos a cualquiera cosa, no me sorprendió poco i, queriendo conocer el mínimum de aquellas aspiraciones, le dije:

—Vea, yo tengo en Rancagua una haciendita pequeña. Le hice la descripcion de mi fundo, i agregué: poco ha el mayordomo que tenia se me mandó mudar porque se le subieron no sé que humos a la cabeza i se le figuró que estaba mal allí, i que habia de aspirar a mayor cosa. De modo que me encuentro sin administrador. He encargado a un amigo que me haga la diligencia de uno porque yo poco tiempo tengo para eso, pero dado caso que no hubiera él tratado con ninguno ¿querria Ud. entrar en el negocio?

Yo, al concluir mi proposicion, temí haber andado lijero, i que aquel hombre que se creia mui digno del mando de una provincia, al ver que se le ofrecian mayordomías de campo, no se enojase i pusiese pálido o encendido de sorpresa o de indignacion. Pero ¿qué cree Ud? El águila no tardó en descender de las nubes a recojer el pedazo de queso!

—Sí, me contestó, yo no tengo dificultad.

—Pues, le avisaré!.....

Esta advertencia era un verdadero punto final i despedida para el caso, a lo ménos este fué mi deseo porque ya mi comitente me habia embromado mas de dos horas con su cuento.

Mas él no lo entendió así, i tomó la cosa como la caida de un telon para cambiar de escena no mas, i no hablando ya de sus penurias, tomó otros aires i me enderezó esta pregunta que era un anzuelo verdadero para sacar una larga conversacion.

—¿Cómo le va de profesion?

Yo, no hallando qué contestar que fuera principio i fin de aquella nueva série que mi enemigo pensaba abrir con mucha calma, como se daba a entender por la que empleaba en encender su cigarro i en ofrecerme otro a mí, no hallando nada directo a la cuestion de límites, me atuve a las indirectas, i quise esperimentar la siguiente:

—Ahí vamos: mucho que hacer; ahora tengo comparendo i no tardarán en venirme a buscar.

Tambien este fué golpe en vago, i él se quedó mui sereno.

Mas, por casualidad, golpearon a la puerta. Mi amigo se levantó para despedirse, creyendo que me venia visita. Yo abrí i recibí una carta de manos de un sirviente, que no era otro el que habia llamado.

Mas, como el señor Astudillo habia tomado su sombrero, fué preciso dejarlo marcharse sin rogarle mucho que se quedase.

Desde esta vista, apesar de todas mis precauciones, mi pobre amigo pareció quedar con una incurable amistad para conmigo. Fuera de la molestia que me daba en tener que corresponder a sus saludos dos veces cada momento en cualquiera parte que nos encontrábamos, se me venia de visita sin mas objeto que repetirme que éramos iguales en el modo de pensar sobre política, que teníamos la misma manera de ver las cosas, i mil otras analojías que para mí no eran gloria ninguna..

Esto duró algun tiempo hasta que no sé quien tentó con promesas a mi compañero. La cierto fué que, despues de tenerle ausente algunos meses, llegué a saber que se hallaba de propagandista de oposicion en Curicó vuelto un reformista loco, i que hablaba postes de mi, considerándome como el mas pícaro gobiernista.

Pensé que no estaria demas quitarle un poco los brios i le escribí:

«Querido don Estévan:

«La política es cosa fatal: los que se entregan a ella con demasiado ahinco olvidan jeneralmente todo respeto i hasta su propia conveniencia. Tengo el gusto de decirle esto a Ud. porque si es cierto, que está tan comprometido en la oposicion, como se dice, yo no podré mantenerlo en las esperanzas que le tengo dadas, i buscaré un mayordomo que pueda dedicarse mas pacíficamente al campo, aunque por otra parte no me ofrezca las garantías que Ud. Lo cual será una necesidad sensible para S. S. S.»

Esta carta debió producir su efecto, porque vi en un periódico de provincia la siguiente excomunion que trascribo fielmente:

«Curicó, tantos del año tal:

Considerando: 1.° que el señor don Estévan Astudillo no ha querido firmar la protesta que los hombres honrados de este pueblo hemos hecho en contra de la escandalosa conducta del gobernador en las últimas elecciones.

«Considerando ademas qe ha andado recalcitrante por dos meses sin querer fomentar el Club de la Reforma de este pueblo.

Teniendo presente que, por todo esto he faltado como un traidor a compromisos solemnemente firmados, los abajos suscritos directores del Club reformista de este vecindario, hemos venido en dar al mencionado Astudillo la calificacion que se merece de reaccionario i falso, declarando que desde hoi cesa de pertenecer a dicho club con completa repulsion para lo futuro. Farabundo Uñijarte.—Paulo Fustillo.—Meliton Pleitos.»

Así yo podia tener el gusto de haber privado al partido de oposicion de un buen tenor, ya que no de una regular cabeza, pero esto me costaba atraer sobre mi todas las consecuencias de unos nuevos vínculos amistosos. No dejaba de pensar algo tristemente sobre aquella responsabilidad temiendo por mi tiempo, mi libertad i tambien por mi paciencia, no fuese que alguna vez se me ocurrieran las vias de hecho contra mi afectísimo.

En efecto los primeros dias de su regreso volvió a tomarme, diremos así, en usufructo a mi i a todas mis cosas, a pretestos de urjencias, necesidades i favores que siempre eran sinónimos de préstamos, franqueos i plantones: ninguna de las cuales cosas me abonaba con nada.

Mas fué queriendo la fortuna que se fuesen repitiendo incidentes tales que mi amigo tuvo que irse poco a poco batiendo en retirada.

Una vez tocó la casualidad que habiéndome él ido a buscar, por hallarme yo mui ocupado, mandé que le dijesen que no estaba. Pero él se habia puesto tan cerca de la puerta, que oyó perfectamente la encomienda ántes que se la tradujese mi criado.

Otra casualidad fué que en una visita de cuatro horas que me hizo, estando él mui gárrulo i chistoso en toda ella, por encontrarme yo involuntariamente de un humor negro, no me pudo sacar mas palabras que unos cuantos sies i otros tantos noes. I es de advertir que este laconismo mio tuvo lugar miéntras me participaba de unos amores que le eran mui dulces, i de unas correspondencias cariñosas que le producian un ciento por uno de placer.

Con estos antecedentes i otros análogos, i con alguna luz que debió iluminarle desde el cielo, es probable que se formase al fin alguna idea clara de lo que podia esperar de mis influencias políticas i de mi voluntad para emplearlas, porque ya hace mucho tiempo que no tenemos ocasion de vernos por la calle ni de saludarnos. Por lo que toca a venirse él a fumar a mi estudio i a pedirme ausilios de cualquier clase, creo que he conquistado ya por prescripcion el derecho de que no lo vuelva a hacer en los dias de su vida ni en los de la mia.

BRAULIO.

AMOR I FE.

(Conclusion).

La tercera decia: «Cárlos: llego a sospechar que ya no me amas, al ver que no has contestado ninguna de mis cartas.»

«Hoi cuando todos estábamos en la mesa del almuerzo, mi tia ha dicho que habia recibido carta de tu padre en la que refiriéndose a tí decia que estabas mui contento i que no pensabas en venir a ésta, que le habias manifestado que tus proyectos consistian en dedicarte completamente al trabajo campestre i mil otras cosas que ahora no recuerdo porque al oir que decia que tú estabas contento, sufrí un vértigo que me trastornó enteramente.

«¿No es cierto, Cárlos, que tú no puedes estar contento léjos de tu Adela, asi como tu Adela es desgraciada porque está separada de tí?»

«Disipa, por Dios, por el recuerdo de tu enjelical madre, de quien siempre me hablabas, esta terrible aprension que me enloquece.

«Escribeme. ¿Qué te impide el hacerlo? —¿Tienes miedo? Yo lo hago a escondidas cuando mi tia se ha recojido a su aposento, i para enviar las cartas me valgo de tus hermanas que tienen mas libertad que yo i de quienes no sospechan.

«Si no me contestas, creeré que tú has olvidado a tu Adela.

«Ella te jura, te amará siempre.—Tu Adela.»

La cuarta carta era la siguiente:

Cárlos: «Al fin cesó tu silencio. Me dices en tu carta que he leido una i cien veces que no debo pensaren tí porque no es amor lo que nuestros corazones han sentido sino una lijera simpatía nacida del trato diario, de la confianza mútua de dos personas que viven en la misma casa, i como jóvenes miran el porvenir de color de rosa.

Me dices tambien..... pero nó..... yo no puedo repetir las palabras de tu carta.

«Concluyes dejando en mis manos la eleccion de mi porvenir desligándome del *compromiso ficticio* que entre nosotros habia.....

«Cárlos, ¿por qué le juraste a la pobre huérfana un amor que no sentias?

«¡Ingrato! Dios te perdone, como yo lo hago, el mal que me has hecho.—Adela.»

Aquí terminaba su correspondencia.

Junto a ese paquete habia otro en el que se hallaban todas las cartas que yo habia dirijido rotuladas a mis hermanas, aunque en realidad fueron para Adela, las cuales no habian sido remitidas a su destino.

Estas últimas podian reasumirse en una palabra «amor sin límites; amor eterno; fé en Dios; constancia en nuestras promesas; esperanzas en el porvenir.»

Renuncio a describir la impresion que las lecturas de esas cartas dejó en mi ánimo.

¡Era víctima de un cruel engaño!

I el mal no tenia ya remedio alguno que pudiera impedir su accion!

Mi padre me habia comunicado el efectuado enlace de Adela con don Santiago E.....

Ella, la niña pura, candorosa i bella seducida por mentidas cartas que yo no habia escrito, cediendo a las apariencias de verdad de un plan tan inicuo cuanto hábilmente combinado, era ya la esposa de un hombre que no podia jamas hacerla feliz!

No pude resistir al efecto que los sucesos referidos causaron en mi alma.

A los cuatro dias despues me puse en camino para Santiago.....

V.

Cuando llegué, encontré triste, desierta i solitaria la morada que yo habia dejado hacia meses con mis ojos bañados en lágrimas, pero con mi corazon henchido de ilusiones.

Adela habia partido ese mismo dia de su matrimonio, dirijiéndose a Valparaiso.

Apesar de la resolucion que habia formado de guardar un secreto eterno de los sucesos relacionados en las cartas que he leido i de la perfidia con que se habia impedido llegaran a mi poder, mis hermanas me hicieron faltar a dicha resolucion refiriéndome el modo brusco i las condiciones crueles que habian arrancado a Adela la determinacion ya realizada.

No quiero ocuparme de esos sucesos.

Jeneroso i magnánimo hasta mas allá de lo que era natural, no hice reproche alguno contentándome con prescindir completamente de las atenciones de cariño i

afecto que no podia dar a aquéllos que me habian sacrificado a un interes egoista.

VI.

Han avanzado en la marcha del tiempo dos años, en el trascurso de mi vida.—

He buscado en la sociedad, en las reuniones, en los paseos, en los bailes i teatros el consuelo que tanto necesita mi triste corazon.

¡Es en vano!

¡Lucho con un imposible que es inútil pretenda vencer!

El recuerdo de Adela me persigue incesantemente.

¡Yo no puedo olvidarla!

No he sabido de ella sino noticias vagas e incompletas de su vida.

Hai quienes me han dicho se halla enferma de muerte.....

Entre tanto, duras pruebas habian puesto mi ánimo cada dia mas displicente i mas melancólico.

¡La melancolía, esa terrible enfermedad del espíritu, se habia ido posesionando poco a poco de mi ser hasta dominarlo completamente!

¡Tristeza, siempre tristeza!

¡Cerrados por todas partes los horizontes de la dicha, presa de lúgubres ideas, este mi pobre corazon estaba destinado a sufrir el eterno invierno del dolor sin que jamas la primavera de la dicha diera espansion i alegría a su porvenir!

Yo veia en otros el semblante adusto i severo de ese dolor cuando la fatídica hora del pesar turbaba su sueño.

Yo habia visto correr lágrimas producidas por desesperantes decepciones.

Empero, mas tarde habia visto tambien placenteros a esos mismos rostros i habia oido la sonora risa de su alegría.

Talvez la benéfica maga del olvido habia estendido sobre ellos sus alas protectoras, devolviendo a sus corazones la calma, a sus semblantes la dulce serenidad.

¡Mas yo habia encontrado espinas i solo espinas por donde quiera que hubiera transitado!

Las flores tienen su perfume, las aves su canto, el hombre su ilusion.

Porque la ilusion es inseparable de la existencia.

Mi ilusion no habia sido sino una engañadora vision del dueño de mi pensamiento.

Fantástico miraje del desierto.....

En medio de tan dolorosos pesares solo una cosa daba valor a mi espíritu.

Esa cosa era la fé.

Yo no habia olvidado los consejos de mi madre.

La semilla de luz i de verdad que ella grabara un dia en mi alma, daba su fruto, i yo buscaba el consuelo en la única fuente pura de donde emana: en Dios....

La fé me salvó del horrible precipicio a que un corazon sin horizonte, sin ilusion, se habia entregado creyendo hallar un justo desahogo a su afliccion.

VII.

Llego a la última parte de mi relacion.

Mi hermana Elisa habia unido su destino al de un jóven abogado, amigo mio, perteneciente a una de las familias mas respetables de la capital.

Vivia contenta al lado de un esposo que la idolatraba i que cifraba su dicha en hacerla feliz.

Julia, cuyo carácter siempre reposado i sereno era poco comun en su edad, despues de una madura reflexion i habiéndose consultado con persona de sabio consejo, tomaba el hábito en uno de los monasterios de esta ciudad.

Quedé solo.

Resistí a las reiteradas cuanto sinceras instancias de Elisa a fin de que permaneciera en su compañía.

Vivia solo con mis recuerdo.

El recuerdo es nuestra esperiencia en el pasado.

El recuerdo es nuestra luz en el porvenir.

Vivimos en i con el recuerdo.

En el recuerdo de los seres que nos comprenden i nos aman.

Con el recuerdo de nuestras ilusiones i nuestros desengaños.

¿Cuál seria, entónces, la vida de los que no abrigan sino tristes impresiones en su corazon si no pudieran cicatrizar las heridas de su alma con el vivificante bálsamo de un feliz recuerdo?

Sabia que Adela no era dichosa en su matrimonio, i una carta acabó de confirmarme en esa idea.

En ella me decia Adela «que don Santiago, su esposo, habia partido hacia un

mes al Perú, dejándole una reducida cantidad para sus gastos; que a los dos dias de su partida se habian presentado dos personas a quienes ella no conocia, trayendo una órden firmada por el juez de comercio para embargar los muebles i útiles de la casa, i concluia pidiéndome, como amigo, que le dijera lo que debia hacerse en este caso.»

Sin vacilar marché a Valparaiso.

Puse puerta de bronce a mi corazon i cubrí con el espeso manto del olvido, mi pasado.

Me constituí responsable por las deudas de don Santiago, evitando así la vergüenza consiguiente a una declaracion de quiebra.

Cinco dias despues me embarcaba en el vapor que se dirijia al Callao i, omitiendo la relacion de las dilijencias relativas a mi objeto, al poco tiempo estaba de vuelta en Valparaiso, viniendo conmigo don Santiago, a quien instalé de nuevo en su casa.

Arreglé sus asuntos i, terminado esto, poniendo la mano sobre mi corazon, esperimenté la dulce satisfaccion que causa en el alma una buena accion.

Tres dias despues me hallaba en Santiago.

VIII.

Habia cumplido veinte i seis años.

Encontrábame en aquella edad en que la vida se presenta lisonjera i en que el porvenir es algo mas que una palabra para quien busca en él, de buena fé, la solucion del problema de su vida.

Sinembargo, ajitábase en mi ser algo que yo no comprendia i que era mi pensamiento incesante.

El recuerdo de Adela, el imposible que habia entre ella i yo i la necesidad que todo corazon siente como un impulso irresistible a la felicidad, hé aquí las ideas que a todas horas, en todo lugar, a cada instante, tenian preocupado mi ánimo.

«A grandes males, me dije un dia, grandes remedios.»

¡El recojimiento de unos dias de meditacion dió a mi espíritu la clave del enigma que trataba de resolver!

¡El mundo no me proporciona paz i consuelo!

Habia nacido parar amar i ser amado.

El único ser que habia despertado en mi alma esas emociones, ya no existia para mí.

Hé aquí lo que produjo la resulucion que adopté sin vacilar.

Faltaban a pénas unos dias para que yo contara veinte i siete años, cuando un dia, lleno de fé i valor, corrí a este convento, me arrojé a los piés del prior i le pedí humilde i sinceramente el hábito de lego i la felicidad de ser contado entre los hermanos de esta santa casa.

IX.

Hace nueve años que permanezco aquí, olvidado del mundo a quien desprecio i pensando en la verdad, pues la verdad no se halla en el confuso i turbulento bullicio que en él existe.

La paz que aquí reina, la tranquilidad, el silencio, la oracion han dado a mi corazon descanso si no olvido de las impresiones que ajitaron mi alma miéntras viví fuera de esta casa.

Una palabra mas i habré concluido.

¿He olvidado a Adela?

¡Nó, nunca!

En mis oraciones pido a Dios por ella i hasta que El disponga de mi vida, yo le consagraré una parte de mi pensamiento como suyas fueron mis primeras, mis únicas ilusiones.....

.....

Cualquiera que sea quien recoja este manuscrito trátelo con cariño como que es la espresion sincera de un corazon que jamas rindió culto sino a la pureza de sentimiento s i a la elevacion de ideas.

¡Adela! tuyo fué el primer albor de de mis impresiones, tuyo será tambien, despues de Dios, mi último recuerdo!

Allí desde la eternal morada a donde ansio llegar, rogaré a Aquél que todo lo puede por tí i al traves del sepulcro yo me comunicaré con tu espíritu i te daré valor en tus pesares.....

.....

La campana me llama a la oracion..

.....«Adios»

.....

Aquí terminaba el manuscrito del hermano Claudio.

¿Qué agregar a esa elocuente historia de un noble corazon?

Dejo al lector las apreciaciones.

Para mí, es un sublime testimonio de fé i amor.

Junio 15 de 1870.

LUIS LARRAIN ZAÑARTU.

LA DEUDA DE LA AMISTAD.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

Mi admiracion fué mayor, cuando, a dos pasos de mí, ví a un niño como yo i que estaba montado en una rama de un árbol de la Judea. El me sonreia i me dijo:

—«¿Quieres venir a jugar conmigo.»

Sin darme tiempo para reflexionar, se adelantó i me hizo una señal para que salvara la cerca, cuyo follaje trenzado casi, apénas cedió al lijero peso de mi cuerpo. Despues el niño me dijo:

—Toma esta rama, despues esta otra que está mas abajo, i despues esta otra; déjate caer ahora sobre la yerba.

Asi lo hice. Por su parte, el niño, lijero como una ardilla, habia saltado a tierra. Bajó un segundo ántes que yo, lo bastante para sostenerme con las manos en el momento en que yo resbalaba e iba, *horresco referens*, a manchar mi pantalon gris.

He dicho que yo era tímido. El niño era tan amable, sus grandes ojos azules se fijaban en mí con una espresion tan dulce, tan deseosa de complacerme, que yo me sentia con entera libertad i mui su amigo.

Me preguntó mi nombre.

—Cárlos, le respondí.

—I yo Javier.

—¿Qué hace tu papá?

Yo no contesté

—¿I tu mamá?....Vive en la casa vecina?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Yo pensaba en la desgracia que pesaba sobre mí, por haber perdido mis padres i me parecia que si encontraba en Javier el aire tan amable i tan alegre, era porque tenia un padre i una madre que lo amarian tiernamente i no una tia Ladure que lo atormentara.

Pero yo tenia que contestar....Por otra parte, sentia tal deseo de amar a álguien, que abrí entero mi corazon a Javier. Le dije lo que sabia de mis padres, a quienes jamas habia conocido, i lo desgraciado que era en el colejio de M. Brindejonc, lo triste que pasaba los domingos, i lo grato que me seria tener un amigo.

—Yo seré tu amigo, Cárlos, si quieres, me dijo Javier. Yo soi mui feliz, i querria participar con álguien mi felicidad. ¿Quieres que sea contigo?

Yo salté a su cuello i se lo agradecí con toda mi alma. Javier a su turno me contó su historia.

Era hijo único, mui querido de su padre i de su madre, los marqueses de Zelther. Pasaba el invierno en este gran palacio del arrabal de Roule, i el verano en un magnífico castillo en Turena, a las orillas del Loira. Este año, sinembargo, los negocios debian retener a la familia en Paris, con gran pesar de Javier.

Miéntras nos haciamos estas mutuas confidencias, estábamos abrazados como dos antiguos amigos.

—Es preciso que vengas a verme todos los domingos me, dijo.

—No me atreveria a pedírselo a mi tia, le respondí.

Al oirme estas palabras, *mi tia*, me acordé que haria cuatro horas que no me veia i que por lo tanto debia estar mui inquieta i sobre todo mui sentida conmigo. Esta idea me hizo palidecer.

Le conté mi temor a mi amigo.

—Yo iré contigo, me dijo, a pedir tu perdon, i tambien permiso para vernos a meundo.

Despues, llevándome consigo, Javier corrió a la casa. Se echó en los brazos de su mamá a quien contó como habia hecho amistad conmigo i terminó pidiéndole permiso para llevarme a casa de Mme. Ladure, i solicitar mi perdon.

Este permiso fué concedido i tomamos entónces el camino del árbol de la Judea, que nos debia conducir a la cerca i ésta a la pila i la pila al patio. Concluido esto entramos en casa de mi tia.

Ella habia tenido visitas i no se habia apercibido de mi ausencia.

Javier tomó la palabra, hizo de lo pasado la relacion mas interesante i divertida i concluyó diciendo:

—Espero, señora, que Ud. permitirá que Cárlos sea mi amigo, i que podamos vernos cada cierto tiempo, los domingos por ejemplo.

Esperaba que mi tia dijera *nó*. Jamas habia solicitado algo de ella sin que lo rehusara netamente i sin deliberar un segundo.

Pero Javier era tan insinuante, habia en sus maneras algo tan respetuoso i al mismo tiempo tan poca ficcion, que inmediatamente se ganó la buena voluntad de Mme. Ladure.

—Con mucho gusto, señorito, contestó. Mi sobrino no podria desear mejor compañía i espero que aprovechará de ella para perder algo de su rudeza i de su aire afectado.

En breve, Javier fué mi mejor, o mas bien, mi único amigo. Con él, el gozo entró en mi vida, i lo que es mas increible, a la casa de mi tia.

Cuando Javier pasaba ahi conmigo, esos grandes salones que siempre me habian parecido tan tristes i sombrios, los encontraba tan alegres como el parque mismo.

Aun cuando no hubiera hecho otra cosa que pasearme con mi amigo, él pintándome la bondad de su padre i de su madre i todas las magnificencias de su castillo de *Val-Thibault*, yo escuchándole o narrándole historias de colejio, que le divertian infinito.... con gran admiracion mia pues todo lo que venia de M. Brindejonc me desagradaba en estremo.... aun cuando no hubiese hecho otra cosa que pasearme conversando con él, digo, habria gozado de una felicidad que habria renovado mi existencia entera.

En efecto, si digo que todo lo que venia de Mr. Brindejonc me era insoportable, me refiero a la época anterior a la amistad de Javier; porque despues cada domingo hacia provisiones para toda la semana. Por duras que fueran las pruebas desde el lúnes por la mañana hasta el sábado en la noche, las soportaba animosamente, pensando que nada me impediria gozar el domingo siguiente la compañia de mi amigo.

I ademas, ¡tenia Javier unas ideas tan locas! No habia juego que no imajinase. Ya eran juegos de escondite que nunca concluian i que los haciamos o en el jardin, o en los patios o en los graneros, habitaciones hasta entónces de las ratas i bichos. Ya eran cuentos que Javier inventaba con inimitable fecundidad, haciendo intervenir todos esos retratos que ántes tenia en mui poca estimacion i que ahora, gracias a Javier, me eran queridos. El patio, sobre todo, le daba materia para una infinita variedad de diversiones, en que su imajinacion, su gracia, su atrevimiento cercano ya a la temeridad, su complacencia a toda prueba, su imperturbable buen humor, brillaban sin rival.

Sinembargo, el mes de octubre se acercaba.

He dicho que los negocios impedian que los padres de Javier salieran en el verano de Paris. El se consoló mui luego de no ir a *Val-Thibault*, pensando que no tendria yo el sentimiento de verme separado de él, cuando apénas comenzaba nuestra amistad.

El penúltimo domingo de setiembre, cuando llegué a casa de mi tia, faltaba todavia una hora para almorzar, corrí a casa de Javier, i tomándolo por el brazo con ese aire de importancia que afectan los muchachos de nuestra edad, (solo teniamos doce años) le dije que me iban a poner en el colejio de Luis el Grande.

—Yo no saldré sino cada quince dias, mi buen Javier, le dije con un tono algo triste, i aun una vez de las dos que salga al mes, iré a casa de mi tio que vive en Courbevoie, i que quiere descargar a mi tia de parte de la vijilancia que tiene que ejercer sobre el pobre Cárlos.

Javier tuvo uno de esos raptos dignos de un corazon amante i compasivo, como el suyo, que no olvidaré, aunque viva cien años.

—¡Bien! me dijo abrazándome, yo tambien iré al colejio de Luis el Grande; ahi nos veremos todos los dias, lo que será mucho mejor que verse cada domingo.

—Pero tus padres ¿lo consentirán?

—¡Oh! replicó, mi papá hace siempre lo que quiere mamá i mamá quiere lo que yo quiero.

Javier era, en efecto, un niño regalon, pero tan bien educado que si llega a perder su carácter, dificilmente se pierde su espíritu i jamas su corazon.

Javier nada tenia malo. Sus padres hacian lo que él queria, pero rara vez queria algo que no fuera racional i nunca lo que fuera desdoroso.

Ahora Javier, arrastrado por su buen corazon queria una cosa, relativamente al ménos, razonable. Porque si es cierto que hai mucho que decir contra la enseñanza universitaria, Javier educado en su casa, por padres que no eran cristianos, tenia muchas

mas probabilidades de quedar ignorante o ser un escéptico, que respirando la atmósfera de los colejios en que el bien i el mal viven juntos. En el colejio habia la posibilidad que siguiese el camino del bien, porque al ménos, el colejio de Luis el Grande, estaba bien garantido, segun la creencia de su tia.

Mme. de Zelther, fué mui difícil en consentir en la proposicion de Javier. Pero al fin cedió, i quedó decidido que ámbos entraríamos al colejio de Luis el Grande, en la semana siguiente.

III.

El año 1828 es notable para mí por otro suceso mas importante todavía que la amistad de Javier. En ese año supe conocer i amar a Dios.

Cuando entré al colejio, bajo la direccion relijiosa del abate Iran, capellan de Luis el Grande, puedo decir que no conocia a Dios.

Habia estudiado el catecismo donde M. Brindejonc, lo mismo que la aritmética i la jeografía, es decir, como una leccion fastidiosa. Nadie me habia hablado de Dios de modo que pudiera tener mi corazon o mi alma, una idea séria del Todopoderoso; nunca se me habia enseñado a amarlo.

¡Ah! sobre las rodillas de las madres los niños oyen por primera vez hablar de relijion, i ese regazo me faltó desde mi primera edad. Mi tia, mui buena cristiana, pero no mui ilustrada ni mui fervorosa, se contentaba con ver con aprobacion los *mui buenos*, que en materia de instruccion relijiosa, me concedian los profesores. Jamas tuvo la idea de preguntarme, para certificar si sabia lo que se me enseñaba, i sobre todo, si comprendia que la felicidad de toda mi vida dependia de la práctica i de la creencia firme de esa enseñanza.

El abate Iran, tenia por principio captarse la amistad de sus alumnos. Cuando entraba algun nuevo alumno, el buen capellan trataba ante todo, de hacerse su amigo. Trataba de obtener su confianza, de dejarle entrever algo de la belleza, de la relijion i de los consuelos que daba. ¡Ah! ¿a los doce años habrá alguno que no necesite consuelos i consejos?

A no ser que el niño, que veia por primera vez a ese venerable sacerdote, tuviese el corazon o el espíritu corrompido, estaba conquistado. El abate habia triunfado en sus operaciones preliminares; tenia imperio sobre el alma; i pronto conseguia hacerse amar.

No hai palabras con que ponderar lo querido que era M. Iran. Todos lo respetaban, i, cosa estraña, jamas oia pronunciar, ni aun por los peores alumnos, ese eterno reproche contra los sacerdotes. «Cumple su deber, pues se le paga para que nos predique.»

En cuanto a mí, jamas se me habia hecho la menor caricia; i, salvo Javier, nadie me habia dicho una palabra tierna. Así, pronto fuí presa del celo del buen capellan.

Jamas olvidaré mi primera entrevista con él. Todavía lo veo adelantándose a la puerta de su cuarto para recibirme, dándome la mano, haciéndome sentar en un canapé, me abrazó como lo habria hecho mi padre, me hizo algunas preguntas que contesté con soltura, porque comprendí que esas preguntas partian del corazon.

—¡Pobre niño! repetia a menudo, cuando le contaba el abandono, en que habia crecido.

Quedó visiblemente conmovido cuando le conté mi amistad con Javier, i cuando supo que a fin de que yo no entrara solo, Javier se habia decidido a entrar al colejio, renunciando por esta especie de cautividad a la libertad sin límites que gozaba i a todas las caricias de su casa.

—Es un noble corazon, dijo, i Dios no lo dejará perecer.

Despues me examinó sobre mis estudios relijiosos, i pronto vió que eran mui pocos i sobre todo que no eran conformes a los recomendados por Bossuet. Me dijo entónces sonriendo:

—Volveremos a aprender el catecismo i despues sabremos servirnos de él.

Yo no comprendia bien lo que me queria decir, pero tenia el corazon de tal modo cautivado que me encantaba la idea de ver a menudo a un hombre tan bueno i tan amable.

Despues fui en las vacaciones uno de los mas asiduos visitantes del buen capellan; i puedo decir que aprendí a la relijion en esas conversaciones; aprendí a amarla i a unirme a ella como al centro de todas las cosas i a hacer de ella la norma de mis actos i mis juicios.

Grande habia sido mi felicidad, cuando,

en medio de mi aislamiento, me brindó Javier con su amistad, i llenó el vacío de mi corazon.

Ideas de mui distinto órden eran las que predominaban en mi cuando, gracias al buen abate Iran, conocí a Dios i la relijion i, cuando sentí, con todas las fuerzas de que es capaz un niño de doce años, la accion fortificante de la piedad, cuando conocí esas virtudes sobrehumanas que, no solo nos abren las puertas del cielo, sino que nos suministran tantos consuelos para los pesares de la vida; el amor de Dios, de la Iglesia, de la Santa Virjen, de los ánjeles i de los santos, la resignacion, la esperanza de salvacion i el cariño al prójimo, la conformidad con las decisiones de lo alto, etc.....

Talvez se estrañe esto i parezcan mui profundos estos conocimientos para un niño de doce años. Pero es no conocer la piedad, ni el alma de los niños, ni la afinidad secreta entre una i otra.

El abate Iran hacia un estudio asiduo de esta afinidad, que casi siempre se escapa a las jentes vulgares. Creia que para entrar al reino de los cielos era necesario tener el alma de un niño, i encontraba inverosímil que éstos se resistieran a recibir la divina simiente de la piedad. Su esperiencia le decia que todos los niños recibian con facilidad no solo la letra, sino tambien el espíritu de los estudios evanjélicos; i él contaba en su colejio algunos santos de doce a diezíocho años.

Yo, no me contaba en ese número. Pero la relijion formaba mi delicia. Me enloquecia la idea de ser amado de Dios, de saber que yo era el objeto de los cuidados de la Providencia, yo que hasta entónces habia sido desdeñado de los hombres i abandonado.

No me cansaba de ver a M. Iran, de darle las gracias, i pedirle con instancia la historia de algun santo. Lo hacia con una elocuencia brillante, i todavía me parece que siento resonar sus palabras en mis oidos.

El año siguiente hice mi primera comunion.

Nada puedo decir sobre esto. Vosotros, que habeis cumplido este deber con conciencia pura, remontad el curso de los años; haced callar, si es posible, el bullicio de los negocios i de los placeres; i, si recordais lo que fué para vosotros, sabreis lo que ha sido para mi.....I si este recuerdo os causa remordimiento, yo rogaré a Dios que tenga piedad de vosotros.

IV.

He abandonado un momento a Javier, para hablaros del abate Iran i de mi conversion.

No es que Javier no sea ya mi mejor amigo. Nuestra intimidad era célebre en el colejio. Los superiores mismos parecian respetarla. Siempre nos colocaban juntos, en la clase, en el dormitorio, en el comedor.

Todo era comun en nosotros, por solo la fuerza de la amistad. Si uno tenia que copiar mil versos, el otro hacia la mitad, i nuestros escritos eran tan parecidos, que los profesores los creian de uno solo. Debo a esta union no haber sido víctima como en otro tiempo. Mis compañeros sabian que si me maltrataban, Javier me defendia; i él era temido por su fuerza, i mui buscado por las buenas *provisiones* que siempre le mandaban.

Estaba mui agradecido a Javier. Habria deseado hacerle algun servicio.

Lo habria podido si él me hubiese admitido. Pero he trabajado en vano durante veinte años.

Desde que conocí al abate Iran, le hablaba con entusiasmo a Javier, pero éste siempre me contestaba:

—Sí; es un buen hombre; yo tambien lo he visto.

Admirado de encontrar un amigo tan indiferente, trataba de hacer jirar la conversacion sobre relijion.

—Yo hice el año último mi primera comunion, me decia Javier, i miéntras esté en el colejio, cumpliré con el precepto, porque tal es la regla. Pero no siento la necesidad de llevarme con los clérigos. Ademas, mi padre los detesta; i bien conozco que mi madre no los quiere.

Nunca obtuve otra contestacion. El fué fiel a este programa, miéntras estuvimos en el colejio.

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará).

EPISODIO DE LA CONQUISTA DE MÉJICO.

I.

En el teócali sagrado
Suena la trompa guerrera,
Que a combatir por la patria
Llama a todos los Aztecas.

No hai ninguno que no acuda
A su voz, i en la pelea
No vaya a cruzar sus armas
Con las armas estranjeras.

De un antiguo adoratorio,
Arrancado por la fuerza
A los nobles mejicanos
Que altivos lo defendieran,

Hasta quedar sin aliento
Su guarnicion toda entera,
Los audaces invasores
Han hecho su fortaleza.

El templo es un cuadrilátero
De altas murallas inmensas
Que ofrece a los defensores
Poderosa resistencia.

Por eso los españoles
Sostienen larga defensa
I en vano los mejicanos
Por arrojarlos se empeñan.

Los príncipes del imperio
Como soldados pelean,
I al frente de sus vasallos
Tienden sus libres banderas.

Allí se vé al de Tescuco
Que entre los suyos descuella,
Lanzándose a lo mas recio
De la sangrienta refriega;

El de Tizatlan sus armas
En sus pendones ostenta,
Es una garza mui blanca
Sobre una elevada peña;

Tepetiepac en su escudo
Dibuja un lobo entre flechas,
I orna su frente atrevida
Con plumas blancas i negras;

Guatimozin, aun mui jóven,
Pero de elevadas prendas,
Destinado a ser mas tarde
El héroe de los Aztecas,

Con su voz i con su ejemplo
Guia las huestes guerreras
I del imperio de Méjico
El pendon sagrado lleva.

Son las armas del imperio
Un águila altiva i fiera
En actitud de arrojarse
Sobre un tigre de la selva.

Un sordo clamor, un solo
Grito en los vientos resuena,
I las almas estremece
De ardiente furor de guerra!

Las calles llena de un pueblo
Airado, las azoteas
Llenas tambien, i los templos
Trocados en fortalezas,

I confusion i desórden,
I ronco son de trompetas,
I gritos de combatientes
Que mueren, o desesperan:

Tal es el cuadro que ofrece
La capital opulenta
De Anahuac ¡ai! destinada
A cargar duras cadenas....

Cortéz anima a los suyos,
I lucha de tal manera
Que donde alcanza su espada
Desolacion solo deja.

Junto a él se bate Alvarado,
Alma atrabiliaria i terca;
Pero, el jefe mas bizarro
De las filas europeas.

I mas allá se descubre
Sosteniendo la pelea
Al famoso Bernal Diaz
Que esta conquista nos cuenta;

I Olid, Escobar, Velazquez,
Que merecen fama eterna,
I tantos otros valientes
Las mismas filas refuerzan.

No avanzan los mejicanos,

Porque, si atacan con fuerza,
Tambien con fuerza defienden
Los otros la fortaleza.

Era mas de medio dia,
I en las columnas aztecas
Ya se empezaba a sentir
Cansancio, si no flaqueza.

El sol del zenit pendia;
Casi insoportables eran
Sus rayos de fuego; el aire
Quemaba; cárcel estrecha

Parecia la ciudad,
Que sofocante, tremenda,
Oprimia los pulmones
De tantas huestes guerreras.

Los mejicanos cedian
El campo; de sus banderas
Muchas habian caido
Prisioneras ya; sus flechas

Iban a embotarse débiles
En las murallas espesas
Del templo; la confusion
Reinaba, en fin, por do quiera:

Los jefes no daban órdenes,
Buscaba la soldadezca
Su salvacion en la fuga;
La derrota era completa.

Callaban los caracoles
De Anáhuac, i las trompetas
Españolas anunciaban
La victoria mas excelsa!

II.

En esto, de entre las filas
Deshechas se desprendieron
Dos guerreros: ámbos jóvenes
De hermoso i de noble aspecto.

Nacidos en cuna ilustre,
Célebres ya por sus hechos
Famosos, eran la joya
Mas gloriosas del imperio.

Hermanos ámbos, hermanos
En sangre, en valor i en jenio,
De cuantas hai prendas bellas
Estaban dotados ellos.

El uno de frente pálida,
De ojos i cabellos negros,
De fuerte musculatura
I de ademanes soberbios,

Era Cinthal.—Era el otro
Naothalan: de talle esbelto,
Ajil de miembros, flexible,
De melancólico aspecto.

Sobre su frente elevada
Parecia estar un sello
Grabado de tristes penas,
De dolorosos recuerdos.

Ambos apénas contaban
Cuatro lustros, ámbos huérfanos,
Solo tenian por madre
La patria de sus abuelos.

«¿Dónde está, dijo Cinthal,
Mejicanos, vuestro aliento,
Si al enemigo que os hiere
Volveis la espalda tan presto?

«Esconded, como mujeres,
Si no sabeis defenderos
Como hombres, vuestra verguenza
Que yo maldigo i detesto!»

«Ocultad vuestra ignominia
En el oscuro silencio,
Si en vuestra frente os estampan
Estigmas de oprobio eterno.»

«Mejicanos, al combate!...
Volved por el nombre vuestro,
I no dejeis que os humille
El orgulloso estranjero!»

«¿Qué esperais? ¿Tornais la espalda
I la muerte os causa miedo?...
Mejicanos, a vencer
O morir en campo abierto!...»

Dijo así Cinthal valiente;
Pero, fué inútil su esfuerzo,
Que el desórden era grande
I era grande el desaliento.

Sus palabras jenerosas
En el aire se perdieron....
Los mejicanos huian
Con profundo desaliento.

Solo su jóven hermano
Oyó sus nobles acentos,
I así respondió a sus voces
Con lábio indignado i trémulo:

«Cinthal, salvemos la patria!...
Nuestras vidas consagremos
A la hermosa libertad!...
Aliento!... ¡Un último esfuerzo!»

I arrastró a su noble hermano
Para decirle en secreto
La noble resolucion
Que abrigaba en su alto pecho.

Cruzaron ámbos las calles
Ensangrentadas de Méjico,
Pobladas ¡ai! de cadáveres
I preñadas de lamentos;

I entre el desórden i espanto
De aquel angustioso pueblo
A la altiva fortaleza
Entrambos se dirijieron.

Subieron, uno por uno,
Con aparente sosiego
Hasta llegar a la cumbre
Los escalones del templo;

I en la azotea al hallarse,
En medio a los estranjeros,
Sin que la frialdad de su ánimo
Se désmintiera en sus hechos,

Al bizarro Hernan Cortéz
Al punto se dirijieron.
El jefe español pensó
Que eran talvez prisioneros.

I cediendo a los instintos
Jenerosos, i dispuesto
A perdonarlos, dió un paso
Adelante. Los guerreros

Astutos a la muralla
Lo arrastraron en silencio;
I allí, ámbos solos con él,
Del muro en lo mas excelso,

De donde una gran distancia
Mediaba hasta el pavimento,
Que era de piedra labrada,
Prodijio de arte i de tiempo,

Se le abrazaron, i a guiza
De serpientes, con sus cuerpos
Formaron un denso nudo;
I, haciendo un supremo esfuerzo,

Se arrojaron desde lo alto
Del muro, empinado, inmenso,
Con su presa al hondo abismo
Para matarla muriendo!

«¡Muere!» le dijeron ámbos,
«Muere, i que se salve Méjico!
Vale mas que nuestra vida
La vida de nuestro pueblo!»

Un grito lanzó Cortés
Repentino, hizo un supremo
Esfuerzo, apartó los brazos
Que en récios nudos estrechos

Lo apretaban fuertemente,
I se desprendió de ellos;
No sin haber balanceado
Sobre el abismo su cuerpo!

III.

Pasó un instante.... En las lozas
Del pavimento, sin vida
Cayeron los dos guerreros,
Víctimas de su enerjía!

Inútil fué el sacrificio
De esas dos almas altivas:
La ruina de los Aztecas
En el cielo estaba escrita!

Las antiguas tradiciones
Al fin cumplirse debian;
I era inútil el combate,
I era inútil la porfía!

Ornad de verdes laureles
La hermosa tumba bendita
Donde descansan los mártires
De sus gloriosas fatigas.

Allí el Jénio de la gloria
Vela en silencio i vijila;
I allí vá la humanidad
A postrarse de rodillas!

No importa el siglo, o la raza...
La historia justa consigna

Los hechos inclitos, i hace
La posteridad justicia!

C. Walker Martinez.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

En el mes de diciembre próximo pasado ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

Argumento de Fra Diavolo.—1 vol. in 8.° de 16 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

La última palabra de Rocambole.—Entrega 2.ª, 3.ª i 4.ª desde la páj. 49 hasta la 192.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

Memoria *que el Ministro de Estado en el departamento de Relaciones Esteriores presenta al Congreso Nacional de* 1870.—1 vol. en 4.° de 158 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Sesiones de la Cámara de Senadores de 1870. (Número 1.)—1 vol. en 4.° mayor de 191 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

La felicidad en el matrimonio *o continuacion de «Los Secretos del Pueblo»*, por Martin Palma.—Entrega 4.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 153 hasta la 200.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Derecho natural *o filosofía del derecho*, por Ramon Briseño. Cuarta edicion aumentada i correjida.—1 vol. en 4.° de 285 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Reglamento *de los médicos al servicio de los establecimientos de beneficencia de Santiago*.—1 vol. en 4.° de 6 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

Los jesuitas i sus detractores, *refutacion del «Código de los de Jesuitas» publicada en «La Estrella de Chile» por Máximo R. Lira precedida de una introduccion por Ventura Blanco*.—1. vol. en 8.° de 238 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Pequeño Plutarco *o sea resúmen biográfico de los hombres ilustres de la antigüedad*, por José B. Suarez.—1 vol. en 8.° de 568 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Los precursores de la Independencia de Chile, por Miguel Luis Amunátegui.—1 vol. en 4.° de 356 pájs. Tomo primero. Imprenta de *La República*.—Santiago.

En el próximo número de *La Estrella de Chile* se publicará un juicio sobre esta obra por uno de nuestros colaboradores.

Décima cuarta memoria *que el directorio de la Union Chilena presenta a la junta jeneral de accionistas en* 15 *de diciembre de* 1870.—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Chile ilustrado.—Prospecto.—2 hojas en folio.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Instruccion *para el uso de las nuevas máquinas de mano para coser*.—6 pájs. en 4.°—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Margarita Pusterla, *novela histórica* por César Cantú, i El Lago Desolado por Emilio Jonveaux.—1 vol. en 4.° de 270 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Reforma de la Constitucion, *discurso leido en el acto de su incorporacion a la facultad de leyes i ciencias políticas de la Universidad* por José Nicolas Hurtado.—1 vol. en 4.° de 52 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Cailloma (*Leyenda Indiana*) por Raimundo Larrain C.—1 vol. en 8.° de 79 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Sociedad de instruccion primaria.—*Informe leido por el [secretario Daniel Lastarria en la reunion jeneral de 25 de diciembre* 1870.—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

Ordo de la recitacion del oficio divino i celebracion de las misas para el clero secular de la Arquidiócesis de Santiago, por el Maestro de Ceremonias presbítero don José Luis Lira.—1 vol. en 8.° de 52 pájs.—Imprenta del *Correo*.—Santiago.

Ordo de la recitacion del oficio divino i celebracion de las misas para los Hermanos Menores Capuchinos de San Francisco, de las misiones chilenas por el R. P. Jeremias Paglieta.—1 vol. en 8.° de 40 pájs.—Imprenta del *Correo*.—Santiago.

Ordo de la recitacion del oficio divino i celebracion de la misa, para los miembros de la Sagrada, Real i Militar Orden de la Merced por el P. Ramon Blaitt.—1 vol. en 8.° de 71 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

EL DESTERRADO

CANCION.

Léjos de cuanto he querido,
Léjos de mi patrio suelo,
Todo es sombra, denso velo,
Todo tiniebla i pesar.
El pensar en lo que se ama
Acrece mas el tormento;
Nadie comprende mi acento,
Nadie calma mi llorar.

I ¿qué importa que otros seres
Compadezcan mi destino,
Si no encuentro en mi camino
Una mano que estrechar;
Si no veo ni un amigo
Que recuerde aquellos dias
De inocentes alegrías
Que en la infancia ví pasar?

Todo vive en torno mio
En la vida de placeres;
Veo aquí lindas mujeres
Que convidan a gozar;
Veo flores aromantes
De bellísimos colores,
Mas no son esas las flores
De mi patria, de mi hogar.

Nada soi en tierra estraña,
Nada aspiro, nada creo,
Nada siento, nada veo
Que me pueda consolar.
Vivo solo en el pasado,
Vivo solo de memorias,
I mil sombras ilusorias
Ante mi veo pasar.

En la ilusion de mis años
Vuelo donde está mi amada,
I mi alma enamorada
La acaricia sin cesar;
Mas ¡ai, triste! solo me hallo
Con mi pena i mi delirio,
I acrece mas el martirio,
De mi sueño al despertar.

¡Cuán amargo es acordarse
De los seres que se aman,
Cuando se buscan, se llaman
Sin poderlos encontrar!
¡Ai del pobre desterrado
Que jamas halla un amigo
Que de su dolor testigo
Venga su llanto a enjugar!

¡Cuánto anhelo, patria mia,
De tus flores la fragancia!
¡Cuánto anhelo en la distancia
Tu claro cielo admirar!
Las horas que breves fueron
En mis venturosos dias,
Hoi son horas de agonías,
Hoi son siglos de pesar.

Santiago, 1866.

M. A. HURTADO.

CHARADA.

Prima i *segunda* de un pollo
Guardó en mi *todo* doña Ana
Para comerla despues
En sabrosa *tercia* i *cuarta*.
Mas no contó la señora
Con el gato, buena alhaja,
Que descubrió el escondite
I se regaló a sus anchas.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

FILOMENA.

Contenido de este número.

I.—Año nuevo, por Rafael B. Gumucio.
II.—Un tipo de aspirante, por Braulio.
III.—Amor i fé, (conclusion), por Luis Larrain Zañartu.
IV.—La deuda de la amistad, (continuacion,) por Eujenio de Margerie.
V.—Episodio de la conquista de Méjico, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
VI.—Bibliografía.
VII.—Los desterrados, poesía, por M. A. Hurtado.
VIII.—Charada.
IX.—Solucion de la del número anterior.

CIRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—La sesion correspondiente al dia de hoi tendrá lugar mañana a las siete i media de la noche.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, enero 8 de 1871. Núm. 171.

CIENCIA I FE.

(TRADUCIDO POR B. D. L.)

Erraba, solo con mi alma, en los campos solitarios.

El invierno, con su helado soplo, habia arrebatado a la naturaleza su adorno de verdura; los árboles estaban desnudos, no se sentia el murmullo de sus hojas, i todo despertaba en mi corazon sombríos pensamientos.

Buscaba el enigma de esta agonía de la naturaleza i sentia que mi pecho se ajitaba mas lentamente bajo el peso de frias reflexiones que me asaltaban.

Me asemejaba a la naturaleza adormecida; porque la meditacion embotaba la fuerza vital en mi cuerpo.

¡El enigma de la vida se alzaba ante mi vista!

Un anciano encorvado, estaba tristemente sentado en el borde del camino, sobre el tronco de un árbol arrancado por la tempestad.

El viento ajitaba en su frente su larga cabellera alba como la nieve; lágrimas heladas corrian por las profundas arrugas que surcaban sus mejillas, i el triste sol del invierno proyectaba en su reluciente cráneo sus oblícuos rayos.

Llevó a sus párpados una mano flaca i descarnada i miéntras se secaban sus lágrimas en sus mejillas, estendió ante él su dedo, húmedo aun, i dijo:

—«Mi corazon está tan despoblado como estos campos, tan sombrío como la atmósfera, tan deshojado como esos árboles, tan frio como el hielo que encadena al arroyo adormecido.

«Porque he rejistrado en lo mas profundo de mi alma, i he pedido cuenta al espíritu que me anima de sus mas secretas emociones.

«He buscado el enigma de todo lo que me rodea, el incomprensible principio de que todo deriva.

«Esta investigacion era una blasfemia i el castigo que se siguió fué duro para un mortal.

«A cada respuesta que me daba el espíritu, una parte de mis goces se me escapaba; a cada enigma resuelto, la consoladora fé i la confianza que sostiene se agotaban para mí.

«Todo fué mentira e impostura a mis ojos, todo hasta el culto de Dios mismo!

«Las risueñas ilusiones de la juventud me abandonaron, cuando aun no era tiempo; mi fruncido ceño oscureció mi mirada, dos profundas arrugas se grabaron en mi frente, i glaciales i sombríos pensamientos fueron mi patrimonio.

Llegué al invierno de la vida sin haber visto ni las frescas sombras del verano ni los suaves frutos del otoño.

La piedad tocó mi corazon i respondí con voz dulce i compasiva:

—Oh! padre mio, si las nubes de la vejez pesan sobre vuestra vida, si vuestra frente se inclina a la tierra, ¿no podeis consolaros i alimentar vuestro corazon destrozado, con el recuerdo de los tiempos felices? La esperanza de una vida futura i alegre es, pues, tan impotente para reanimaros i sosteneros que os acercais llorando a la tumba?

—¡Hijo mio, replicó el viejo con una sonrisa amarga, tú no conoces la vida del hombre!

Fui jóven i fuerte en un tiempo como tú lo eres ahora; las rosas florecian en mis mejillas i todo me sonreia en la bella naturaleza;

Mi ojo comprendia sus májicos colores i sus seductoras transformaciones;

I entónces admiraba la obra del Creador; porque *creia*. Sabia orar i dar gracias.

Pero los dias de la infancia pasaron, pasáron como el fuego fátuo, que en una ardiente tarde de verano, se eleva alegremente, brilla i se apaga.... para siempre!

Creia entónces que la vida dabá bastantes placeres para poder ahogar los pesares;

I lleno de contento entré, inocente i crédulo, en la gran sociedad humana.

Mi mano oprimia cordialmente la de todos; creia que habia amor en el fondo del alma de todos los hombres.

Creia esto porque habia recibido la riqueza en patrimonio.

Un dia, la miseria llegó a oprimirme en sus terribles brazos—i confiado en mis amigos los llamé en mi socorro.

Vi entónces cuán poco amor habia en el corazon de los hombres;

Porque todos me abandonaron i se burlaron de mi desesperacion.

Vi a cada uno de ellos llevarse una parte de lo que me pertenecia.

Uno solo permaneció a mi lado. En el infortunio i sufrimientos que me agobiaron él secó las lágrimas que bañaban mis mejillas;

I bebia conmigo el cáliz de la desgracia.

¡Oh! él reposaba en mi corazon i sobre mi corazon; con qué delicia batia mi corazon junto al suyo!

Pero la muerte, la celosa muerte, lanzó una flecha a su pecho;

I la tumba abierta recibió su cuerpo inanimado, i la tierra helada cubrió al único hombre que yo queria en el mundo....

¡I era eternamente!

Entónces busqué la felicidad en el amor.

Pobre, vivia tranquilamente con el trabajo de mis manos i mil veces amargos sudores corrian por mi ardiente frente.

Tuve una esposa i hermosos hijos;

I senti renacer en mi corazon la felicidad i la alegria.

En cuanto a Dios no pensaba en él.

Pero una plaga terrible recorrió el mundo; la hoz de la muerte se paseó sobre la tierra;

I todas las cabezas queridas sobre las que reposaba mi paz i la felicidad de mi vida, todas ellas fueron tronchadas.

Mi mujer, mis hijos, mis hijas, todos murieron en mi seno.

Los he visto, aqui en mis rodillas, morir en medio de indecibles torturas de su alma i de su cuerpo.

Cuando los ojos de mi hijo mayor se turbaron, i cuando ya dos veces su alma habia llegado hasta sus labios, supliqué al Señor lo perdonara;

Pero él no escuchó mi súplica i una horrible convulsion contrajo sus miembros i espulsó de su cuerpo aniquilado el espíritu que lo animaba.

Desesperado, permanecia tendido en medio de sus cadáveres yertos. Los llamaba en mi estravío.

¡Los muertos no oyen!

Entónces respiré con gran fuerza el aire pestilente que los rodeaba. ¡Cuán dulce me habria sido el sueño eterno!

Pero no pude morir: no habia apurado aun el resto del cáliz....

I todo lo que yo amaba descendió con ellos a la tumba.

Una impenetrable barrera separó al padre de sus hijos,

I quedé solo en el mundo.

Entónces mi mirada remontó al pasado i calculé la suma de mis placeres i mis penas.

I encontré que los instantes de verdadera alegria comparados con las horas de tristeza son como *uno* es a *mil!*

Me levanté contra Dios, lleno de cólera i de blasfemia; le dije:

¿Acaso has creado al hombre solo para el sufrimiento i las lágrimas?

¿Por qué no has dejado dormir al polvo inanimado en la paz i el reposo de la naturaleza increada?

I el Señor me castigó, aun una vez, por mi blasfemia; pues mi corazon se hizo de piedra.

La fé me abandonó completamente, no supe ya ni llorar ni quejarme.

Entónces una fatal insensibilidad vino a mantener siempre unida a mis labios su copa de hiel;

¡I los dias de mi vida fueron desde entónces sombrios i cubiertos de nubes!

El viejo se adelantó i lo vi alejarse lentamente.

Su pesada frente se inclinaba hácia adelante; marchaba penosamente i encorvado bajo el peso de sus tristes recuerdos.

Su terrible prediccion arrojó mi espíritu en una sombria preocupacion.

Yo apercibia ya en el porvenir los lúgubres espectros de la desolacion i la desgracia que se avanzaban ante mi.

Sinembargo yo tenia todavia confianza en Dios.

Mi vista se elevó, suplicante, al cielo.

I un rayo de consuelo i misericordia arrojó las tristes reflexiones que me asaltaban.

Diriji mis pasos al templo del Señor,

porque mi alma tenia necesidad de ser consolada.

Mis pasos erraban al azar en los senderos caprichosos del cementerio,

I me senté en un banco medio destruido ante una fosa abierta.

Ahí vi las horribles caras de los muertos, i mi mirada cayó con ansiedad en los ojos profundos de los dormidos cráneos.

Repentinamente me estremecí i un frio glacial recorrió mi cuerpo, porque una mano flaca i descarnada tocaba la mia.

Era el viejo que estaba a mi lado.

—Hijo mio, dijo mostrando con su dedo un cráneo blanco i desnudo, ¿ves esta cabeza?.... ¡Fué la de mi padre!

I un torrente de lágrimas i de amargos sollozos ahogó su voz,

I el cráneo reia irónicamente de su tristeza.

Despues cambiando la direccion de su dedo, tocó un cráneo mas pequeño i dijo:

—¿Ves éste? Fué mi hijo mayor! Era jóven como tú i sinembargo murió.

Esta es la cabeza de mi mujer, tan hermosa, tan buena..... Aquélla la de mi amigo!

En estos cráneos despojados reposan mi esperanza, mi paz, mi felicidad!

Mira! las contracciones convulsivas del dolor persisten en ellos aun despues de la vida!

Hai un lugar tambien en medio de estas osamentas para tí, hijo mio!

I entónces tus ojos se verán huecos como aquellos, i el agua del cielo blanqueará i enrojecerá tu cráneo.

Miéntras que, llena de angustias mi alma, yo queria arrojar léjos de mí, como un penoso ensueño, las palabras del viejo, él aguardaba mi respuesta.

Una mujer de pálido rostro se deslizó suavemente ante nosotros.

Bajo sus lágrimas flotaba una sonrisa tan dulce, tan seductora como la esperanza misma.

Sus dedos delicados sostenian coronas de flores i estaba envuelta en un velo fúnebre.

Se arrodilló sobre una fosa recientemente cavada i esparció flores sobre su tierra.

El viejo me mostró de nuevo los cráneos i me dijo:

—Oh! hijo mio! ¿conoces la vida ahora? Comprendes que la palabra de todo el enigma es *la nada?*

—¡No lo creas, hijo, esclamó llorando aquella mujer, no lo creas!

Levantó los ojos al cielo i como una profetisa iluminada por el espíritu de Dios dijo:

Hé aquí la eterna solucion de todos los enigmas,—de la vida i de la muerte—de la felicidad i del infortunio!....

Yo tambien he sido visitada por Dios; a mi tambien un esposo i un hijo me han sido arrebatados;

La tierra helada cubre tambien sus cadáveres;

I sinembargo, he encontrado el consuelo en esta eterna palabra del enigma: *Dios!*

En este momento el sueño de desesperacion que me oprimia se desvaneció.

Besé con reconocimiento la mano de la mujer que acababa de consolarme i de iluminarme i mi corazon se reveló contra el adusto viejo.

I le pregunté con osadía su nombre.

El me respondió: Yo soi *la Ciencia!*

I a la misma pregunta la mujer respondió: Yo soi *la Fé!*

Ella me cubrió con su manto i desde entónces ningun pensamiento desesperado ha podido alcanzarme bajo esta égida sagrada.

He recibido en patrimonio el reposo, la felicidad i la paz!

ENRIQUE CONSCIENCE.

ULTIMAS HUELLAS.

¡Cómo los años vuelan, madre mia!
Quince hacen i parece que ayer era
Cuando ufana te veia
Ir i tornar lijera
Por estos mismos sitios, coronada
De bulliciosa e infantil parvada!

¡Cómo el materno amor, puro, cristiano
De tus azules ojos irradiaba!
¡Qué diestra era tu mano
Cuando la flor plantaba
O la varilla endeble i diminuta
Que hoi nos regala su sabrosa fruta!

¡Qué invierno aquel invierno en que te
[fuiste!

Nunca al caer formaron los raudales
De lluvia un son tan triste:
Nunca asi los cristales
Jemir habia oido, en noche alguna
Se alzó tan melancólica la luna.

Vino despues la alegre primavera
Pródiga de perfumes i colores
Cubriendo la pradera
De insectos i de flores
Mas ¡ai! la tibia brisa llamó en vano
A las flores plantadas por tu mano!

Cubrieron las malezas insolentes
La tierra en que jazmines cultivaban
Las manos dilijentes
I allí mismo do alzaban
Sus pétalos las rosas purpurinas
Los *clonquis* ostentaron sus espinas.

I siguió el tiempo su veloz carrera
Anhelando borrar con planta impia
Cuanto un recuerdo era
De tu amor, madre mia!
Mas quiso Dios que aun flores, sino bellas,
Inmortales jerminen en tus huellas

¡Oh blanca i desmedrada florecilla
Que sin cultivo pertinaz floreces
Pegada a aquella orilla!
Cuan triste que te meces
Lágrima de la Virjen i ser pruebas
Digna del nombre que llorando llevas!

Si, que erá en esa parte en do solia
En la ora del crepúsculo sentarse
I con dulce ufania
De sus hijos rodearse
I alzar la vista suplicante al cielo
I regar con sus lágrimas el suelo!

¡Ah! blanca, desmedrada florecilla,
Si de una madre la sin par ternura
Sembró vuestra semilla,
Si llanto de amargura
Humedeció la tierra que os sustenta
Que no os causen mis lágrimas afrenta.

Quillota, 1870.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

LA DEUDA DE LA AMISTAD.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

La relijion era para mi una fuente de inagotable delicia. Todo nacia de ese receptáculo divino; fidelidad en seguir los dictados de la conciencia, valor para levantarme despues de una caida, enerjia para vencer las dificultades de mis estudios, resignacion para sufrir las pequeñas incomodidades de la vida.... Todo lo que creia que era bueno i fuerte, el freno de la sensualidad, el vencimiento de mi pereza, todo me parecia venir de Dios por el conducto de la relijion! I Javier, ese corazon tan noble i tan abnegado, Javier, a quien amaba entrañablemente, rehusaba juntarse a mi, para gozar ámbos las delicias de la fuente maravillosa.

No quiero decir que esto resfriase nuestra amistad. Al contrario, yo rogaba a Dios para que iluminara a mi amigo; no dejaba trascurrir un dia sin recomendarlo a la buena Virjen i a todos los santos del Paraiso. Pero, cuánto mas estrecha no hubiera sido nuestra amistad si nos hubiera unido la uniformidad de sentimientos! Habia entre los dos algo que nos embarazaba mútuamente. Javier conocia que no ocupaba ya el primer lugar en mi corazon. Yo procuraba hacerle comprender que si Dios entra en un corazon, no destrona ninguna afeccion lejitima, i que, al contrario, las aviva purificándolas.

Yo hablaba un lenguaje que él no comprendia.

Tuve que callar.

V.

A los dieziocho años nos separamos para no vernos en mucho tiempo.

La igualdad del colejio era reemplazada por la mas marcada desigualdad social.

Javier se dedicó a viajar; queria conocer por si mismo las universidades alemanas, la alta sociedad inglesa, las maravillas de la Suiza i de la Italia, i hasta las lejanas curiosidades de la India i de la América.

A su vuelta fué nombrado adjunto a la legacion de Washington. Rico, de buena apariencia, de una educacion clásica la mas esquisita, unida a una gran facilidad para retener lo que una vez heria su imajinacion, poseyendo ademas tres o cuatro idiomas.

Javier era considerado como el tipo de la juventud. En fin, esa seductora amabilidad que habia conservado desde la infancia, le captaba todos los corazones.

Tuvo un feliz ascenso.

A los veintisiete años volvió a Paris i se casó.

Fuí convidado a su matrimonio. Una circunstancia mui prosaica me impidió ir.... no tenia ropa.

VI.

No concluyais de esto que yo fuera desgraciado.

El periodo de los brillantes triunfos de mi amigo, fué para mi una época, no brillante, pero si feliz i tranquila—mui feliz! porque Dios no permitió que durase mucho esa felicidad completa que me habria unido demasiado a la tierra.

Cuando dejé el colejio, me recibí de bachiller. Seguí el curso de derecho, despues, a los veinte años, entré como oficial de número al ministerio de trabajos públicos. Dos años despues, tenia mil doscientos francos de renta, al año siguiente mil quinientos i al otro mil ochocientos.

Mi tia murió ese año.

Debo consagrarle algunas líneas de tardío homenaje, casi de reparacion.

Cuando iba creciendo, ella iba perdiendo poco a poco su severidad. Siempre me habia querido. Al fin de su vida, se decidió a demostrármelo, fué esta una conquista llena de encanto.

Para agradecerle los serios beneficios de que me habia colmado en mi infancia, i de esta nueva ternura que es un beneficio mil veces mas precioso, considero un deber vivir con ella, ya que terminados mis estudios, puedo abandonar el barrio Latino.

Me consuela pensar que yo he contribuido asi a aliviar en parte el peso de los últimos años de mi tia. Durante mas de veinte años, habia habido entre nosotros una perpétua desavenencia. Ella me queria mucho, pero creia de su deber mostrarme siempre cara amarga. Yo trataba de quererla, pero cuando la miraba, temblaba.

¡Qué frecuentes son estas desavenencias!

Cuantas veces se vé que seres destinados a amarse i hacerse agradable i útil su mútua existencia, malgastan su vida en espiarse como enemigos i hacerse odiosos unos a otros.

A Dios gracias, esta situacion cesó, i ámbos gozamos tres años deliciosos. Esto era para mi como una de esas tardes de verano en que despues de una violenta tempestad o despues de una lluvia triste i fria, el sol se muestra un momento ántes de su ocaso, i no conserva otra huella de ese terrible o monótono dia que las gótas de agua suspendidas, como otros tantos diamantes, en cada hoja de los bosques, o en las menores flores del camino.

Mi tia murió habiendo olvidado otorgar testamento. Tuvimos que dividirnos su herencia entre veinticinco sobrinos i sobrinas i otros colaterales. Yo tuve por mi parte 1,500 francos de renta, los que unidos a los 1,800 que ántes tenia, me formaban una renta de cerca de mil escudos.

Era rico para mi edad. Me casé con una niña encantadora que no poseia otros bienes que sus virtudes, sus lindos ojos, i el producto esencialmente precario i variable de las lecciones que daba.

Fuimos pobres, pero ¡qué felices!

No gustábamos ninguno de los placeres del lujo; tampoco sufriamos las privaciones de la miseria.—Ambos teniamos una salud de fierro; trabajábamos con ese ardor, con ese embeleso que hace agradable el trabajo mas rudo i mas ingrato. A la tarde, cuando yo volvia de mi escritorio i Elisa de sus lecciones, fatigados ámbos, pero satisfechos del deber cumplido, i felices por volvernos a ver, entonábamos acciones de gracia a la Providencia. No concebiamos una felicidad superior a la nuestra.

Los domingos oiamos misa, i despues nos ibamos a pasar el dia al campo, llevando algunas provisiones de boca para no aumentar nuestros gastos.

Renuncio a describiros estas pintorescas espediciones que, en dos años, nos hicieron conocer todos los paseos elegantes o alegres que hai en los alrededores de Paris....

Nó, no hai placer semejante a esto: en una tranquila tarde de julio, o en una risueña mañana de primavera, o cuando en octubre el sol, a mediodia, dora las últimas hojas de los árboles i hace creer en la vuelta del verano—llevando del brazo el objeto del mas tierno i mas lejítimo afecto —subir i bajar las *suaves pendientes de los collados*, i las sinuosas calles de los bosques, atravesar los campos en que la esperanza de la mies próxima sale ya de la tierra en pequeños hilos de brillante yerba—abrazar a

lo léjos con la vista los caminos amarillos al traves de los floridos prados, los campanarios de las aldeas, las colinas cubiertas de verdura, las largas alamedas mirándose en las aguas trasparentes de un bello arroyo—atravesar todo esto con un pié tan lijero i un espíritu tan desprendido como si todo esto nos perteneciera—admirarlo, pero admirarlo con la vista del cristiano, esa vista que no estingue la imajinacion, que le da, al contrario, alas casi divinas, recordando sin cesar a Dios en medio de sus obras, no aislando jamas las bellezas materiales de las bellezas grandiosas del órden espiritual, conduciéndonos a éstas de aquéllas i no comprendiendo ya a la naturaleza por la naturaleza sino al arte por el arte.

La naturaleza, el arte, las mas vivas i mas puras emociones, todo por Dios i en Dios.... esta es la estética, la moral del cristianismo. Yo aseguro que ni la naturaleza, ni el arte, ni la amistad, ni el amor honesto pierden con ello; a ménos que no creais que los metales preciosos pierden de su valor cuando se purifican en el crisol... Algunos lo creen asi.

Yo no queria hablar una palabra sobre estos seis años de arrobamiento.... i sin embargo me he dejado llevar.

Lo repito, éramos mui felices. Si esta apacible felicidad se hubiese prolongado, talvez habria sido un argumento en favor de los que creen que la felicidad se encuentra acá en la tierra.... con tal que se le sepa buscar.

Veo sonreir a mas de un lector. ¡Ser mui feliz con 5,000 libras de renta! Es lo necesario para no morir de hambre.

Respondo que éramos mui vividores, que habiamos organizado nuestra vida en razon de la *cifra* (como se dice ahora) de nuestra fortuna, i que, gracias a la admirable economía de Elisa, a nuestros gustos sencillos, a nuestra vida retirada, nos encontrábamos en una posicion holgada. Jamas carecimos de dinero. Eramos ricos, en el sentido relativo (el único verdadero) de la palabra. Eramos jóvenes i nunca habiamos estado enfermos. Nos amábamos mucho; i a Dios sobre todo. Aunque con un trabajo tenaz, nuestras ocupaciones nos permitian cada tarde leer algun poeta i tocar algun trozo de música, i cada domingo admirar a Dios en sus obras. Ejercitábamos la caridad.

En fin, Dios nos habia concedido tres hijos, bellos como los ánjeles (al ménos asi los encontrábamos nosotros) i que prometian ser tan suaves como su madre. ¿Qué mas podiamos desear?

Ah! Cuando no hai nada que desear, se debe temer todo!

En 1850, en el mes de julio, mi mujer murió de una enfermedad a la garganta. Ocho dias despues, mis dos hijos mayores seguian a su madre.... I yo caia del colmo de dicha a la mas cruel desolacion que se pueda imajinar....

Dios se dignó preservarme de la blasfemia i de la desesperacion. Como cristiano, conocia que debia humillarme bajo la mano que me heria.

Como padre, tenia que redoblar mi enerjía en favor de mi pobre Mauricio, el único que sobrevivió conmigo a este triste naufrajio, i que, a los cinco años debia buscar en mí, no solo a su padre, sino tambien los cuidados de su madre.

Los médicos me aconsejaron que lo llevara al campo.

Yo no titubeé; abandoné mi empleo en el ministerio. La influencia de algunos amigos me hizo obtener un empleo en las oficinas de una de las sub-prefecturas a las orillas del Loira, i el 1.° de agosto parti con mi hijo para establecerme en * * *

VII.

Hacia ocho dias que habia llegado a * * *

Los cuidados de mi instalacion, mi trabajo diario en la oficina, una pequeña indisposicion que habia sufrido, el temor de encontrar algun indiscreto que, leyendo mi dolor i mi duelo en mi frente, quisiera consolarme—esta idea me era odiosa—todo esto me habia retenido en el estrecho recinto de * * *

No conocia de la ciudad sino mi casa i el camino de la iglesia i de la sub-prefectura.

Por lo tanto, un dia, al salir de mi oficina con un gran dolor de cabeza, resolví dar un paseo por el campo. Era una de esas bellas tardes de principios de octubre, tibias como un dia de primavera....

Ah! ese aire puro, esa dulce temperatura, ese sol cariñoso del otoño, ese paisaje medio velado, esa serenidad de la naturaleza tan de acuerdo con la de nuestras almas... todo eso formaba el encanto de mi Elisa... al comenzar solo mi paseo de viudo, creí

un momento que el corazon se me despedazaba.

Hice un esfuerzo. Todo el resto de mi vida, me dije, ha de ser *una vida nueva*. Mi existencia estaba tan confundida, tan entrelazada con la suya, que nada puedo emprender sin encontrar su imájen. ¿Deberé por esto dejar estinguirse mis facultades i rehusar los dones que el cielo me presenta para fortificar mi corazon i ayudarme a cumplir los deberes de padre?

Por otra parte, donde dejaré de encontrar esta tierna i dulce imájen, si siempre la llevo conmigo?

I, con pié firme, salvé la calle de los Judíos, la estrecha alameda plantada de olmos, la puerta fortificada en otro tiempo, i me encontré en el campo. Al principio, seguí un sendero que serpentea entre dos colinas....¡Ah! cuánto nos agradaban las colinas, a Elisa i a mí, sobre todo en esa época del año en que, resecadas i amarillas un instante por los calores del verano, adquieren, bajo la influencia de los abundantes riegos del verano, esos tintes verdes tan suaves a la vista, i en que las flores del otoño, agrupándose en diversos puntos, comienzan a ostentar sus cálices lilas....

Las praderas por donde caminaba, se estendian a derecha e izquierda, sobre un plano lijeramente inclinado. Un arroyo atravesaba la de la derecha, i aunque estaba mui léjos para oir su murmullo, se conocia su curso siguiendo con la vista los viejos llorones, que, de distancia en distancia, empapaban en él sus nudosas raices. A la izquierda, se veia el Loira a poca distancia, arrastrando sus aguas con esa lentitud majestuosa que prefiero al tumultuoso estrépito del Rhin o del Ródano, *impiger fluminum Rhodanus*. Mas léjos se verian las primeras ondulaciones de los campos cubiertos de viñas.

El aire era tan puro, tan perfumado, este sendero, estos prados, me traian a la memoria recuerdos tan dulces;—¿lo diré? sentia tal necesidad de ejercicio, mi ser sentia tal bienestar en pasearse en este encantador paisaje—que, en un momento, sentí un verdadero solaz que casi me avergonzaba.

Pero, pronto se hacia sentir la incurable herida que llevo en el fondo del corazon; á estas benignas influencias que habian calmado un instante mi dolor, la hacian mas aguda.

Yo seguia adelante. En un recodo del camino, en el momento en que los prados daban lugar a los campos de trigo, me encontré delante de un pequeño morro en que, a la sombra de dos o tres viejos tilos, una mano piadosa ha colocado para reposo del viajero, algunas piedras medio carcomidas, cubiertas por él tiempo de un espeso musgo.

Este sitio parecia invitarme al reposo para gozar de algun bello espectáculo. Me senté.

El sol llegaba a su ocaso. Algunas nubes que empañaban el horizonte, parecian al principio montañas cubiertas de nieve... despues al disiparse, ramilletes dorados; despues se estendian al impulso del viento, i el cielo parecia un inmenso *velarium* de púrpura.

Yo miraba, admiraba, alababa a Dios por la belleza de sus obras, trataba de comprimir las lágrimas que amenazaban sofocarme, cuando ví de repente, dirijiéndose hácia la colina en que estaba sentado, cuyo traje elegante revelaba al señor del campo.

A medida que se acercaba, esta figura despertaba en mí mil recuerdos.

Cuando el paseante me vió, lo ví detenerse un instante i dar las muestras mas inequívocas de gozo i de sorpresa.

Echó a correr hácia mí, al mismo tiempo que desde mi asiento me precipitaba hácia él.... En dos segundos estábamos el uno en brazos del otro.

¡Javier! esclamé, ¡querido Javier! ¿Por qué casualidad?....

No tuve tiempo de concluir.

—Por la mas sencilla de las casualidades. Mi castillo de *Val-Chibault* está a tres cuartos de legua de aquí, a las bordes del del Loira. Es uno de mis paseos favoritos, sobre todo en las tardes del otoño, venir, con un libro en la mano, a pararme a la piedra de los tilos a mirar el sol cuando se oculta detras de mi querido rio. He llegado tarde hoi....pero no me quejo; no he mirado el sol, pero encuentro mi mejor amigo.

—¡Ah! esclamé, entre el sol i yo existe un abismo; existe la noche que empaña mi vida.

El tono acongojado con que pronunciaba estas palabras, enterneció a Javier; se-

lo entónces se apercibió de que yo llevaba luto.

—¿Perdon amigo mio, me dijo, tú has sufrido mucho? ¿Qué te ha sucedido?

—No me habia olvidado, mi querido Javier, que tu has sido el primero de mis consoladores; i, en medio de la profunda e indecible afliccion en que yazco, doi gracias a Dios por su fraternal proteccion que me conduce cerca de ti.

—Tú hablas de Dios: ¿eres siempre beato?

—Trato de serlo. Si no tuviera las fuerzas i los consuelos que da la fé, tiempo há la desesperacion me habria llevado a los peores estremos.

—«Relátame tu vida.»

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará).

La composicion que en seguida publicamos fué declamada el domingo 1.° del presente en la solemne distribucion de premios del Seminario Conciliar de esta ciudad.

Sentimos de veras haberla recibido con la condicion de no publicar el nombre de su autor.

ULTIMO DIA DEL AÑO ESCOLAR.

El último dia
Del año se hunde,
¡Que el pecho se inunde
De grato solaz!

Contaba las horas
I alegre decia:
¡Feliz la agonía
Del año escolar!

Cansados los miembros,
Mis ojos cansados,
Los libros gastados
De tanto servir;

Mi pobre cabeza
Ya era un Vesubio,
Con ese diluvio
De ciencias sin fin.

Mas llega este dia,
Mui otro me siento;
Hai fuerzas i aliento,
Yo valgo por dos.

La fiebre se calma,
Veloz convalezco,
Parece que crezco,
Me siento mayor.

Si tal cambio opera
En mi, tal mudanza
La sola esperanza
De un tiempo feliz,

No sé que me pase
Llegando a gozarle,
Si solo el pensarle
Trastórname así.

Correr ya siento los trenes
Henchidos todos de jente,
Atras queda el horno ardiente,
La desierta capital.

¡Qué bello el campo, qué puras
Son sus auras virjinales,
Jugando en los matorrales,
Rizando el limpio raudal!

¡Qué grato en fresca mañana
Estar, cuando el alba asoma
Tras de la florida loma,
Ensillando su corcel;

I ¡sús! al instante arriba
Volar por la ancha llanura,
La era de espiga madura
Ir en círculo a correr!

I si en trilla bulliciosa
La alegre mañana avanza,
Carne de gorda matanza
Ya chirria en el asador.

I si entronizado arroja
El sol del zenit sus rayos
Sobrados hai para-rayos
Que desvien su furor.

Allí está el bosque sombrío
Do, aumentando su frescura,
Caprichosa linfa pura
Entre los árboles va.

Aquello es baño, i se nada
Mas lijero que los peces,
Solo parándose a veces

Por frutas mil saborear.

Vuelan i cantan las aves,
Chilla la mansa cigarra,
Miéntras a trepadora parra
Acecha zorzal fiël.

Así se pasa la siesta,
¿Qué importa el ardor de estío
A orillas de manso rio,
Bajo sombras de un Eden?

Llega la tarde ¡qué mesa!
Por no ser epicurëo
Callaré; viene el paseo
¿I dónde? lo vais a oir.

No léjos se estiende un lago
Tan puro, que, con ser hondo,
Puede el sosegado fondo
La mirada percibir.

Se ven los grandes peñascos
I el verde muzgo su adorno,
Juegan los peces en torno
I burlan al pescador.

Acá el *chili* de los triles
Suena entre gárrulas cañas,
Patos i taguas huraña
Desvelan al cazador.

Allá silvestre cascada,
I en sus nevadas espumas
Negro cuello entre albas plumas
Ostenta cisne jentil.

I en la isla retirada
Que bordan densos carrizos,
Bulliciosos, movedizos,
Oculta el nido feliz.

Mas ya el crepúsculo espira
I ya se aduermen las aves
I blandos rayos süaves
Hacen las aguas brillar:

Es la luna que rïela
Desde el azul firmamento,
¡Oh dulcísimo momento,
Cantando, a su luz, bogar!

La noche avanza, i con élla
El sueño a dormir convida,
Paréntesis de la vida
Que iguala dicha i dolor.

Está la conciencia pura,
Reposa el alma tranquila,
La soñolienta pupila
Cerró ferviente oracion.

I todo al sueño acaricia:
De las aguas el arrullo,
De las hojas el murmullo,
El misterioso rumor;

Hasta del oculto grillo
El monótono chillido,
Hasta el lejano rüido
Del queltehue velador.
Así se pasan los dias,

I las fuerzas se reparan,
Las potencias se preparan
Para de nuevo estudiar.

I con tales vacaciones,
En el año venidero
Seré en premios el primero,
Nadie me ha de aventajar.

HISTORIA DE AGUSTIN I MARGARITA.

I.

Eran mui felices nuestros protejidos al tiempo en que vamos a comenzar su historia pasando juntos una temporada de verano. Junto con su familia se hallaban en el pueblo de N***, lugarcito medio campestre, escondido como un nido entre árboles i parrones. Allí era donde el padre de Margarita pasaba su vida, aunque rico, ocupado en el trabajo de sus campos. Agustin solo habia ido con su madre por paseo.

El caballero no tenia mas familia que un hijo que se encontraba fuera del pais, i Margarita; de donde puede sacarse lo que la queria a ella que era un retrato de su malograda esposa, con los mismos ojos azules i el mismo cabello rubio.

Agustin era hijo único. Ambos jóvenes se miraban con una amistad como de hermanos. Margarita, aunque mas niña, parecia mas séria i mas reflexiva que Agustin. Cuando éste por la tarde solia ir a su casa con su madre a invitarla a un paseo a caballo, la encontraba a menudo sentada en el corredor del jardin sola como si tuviese

que pensar muchos asuntos. Pero apénas veia llegar al jóven en su caballo vistoso, corria a pedir permiso a su padre i luego volvia alegre con la concesion i marchaban los dos. De este modo habian enterado algunos meses, hasta que llegó el dia en que fué preciso separarse. Ambos se prometian acordarse el uno del otro con una sinceridad de niños, sin saber que la aficcion con que se hacian tal promesa significaba mucho mas que deseo de recuerdo.

Agustin era llamado a Santiago por una carta urjente.

Encontró a su padre gravemente enfermo, i no tardó mucho en tener que acompañarlo al cementerio. Con motivo de este golpe, su pobre madre se vió envuelta en mil asuntos concernientes a sus bienes que aparecian comprometidos por su marido en una compañia de comercio que luego se declaró en quiebra. Esta quiebra se llevó toda la fortuna de la viuda aun ántes de que tuviera tiempo de darse cuenta de la miseria a que iba a quedar reducida. Fué forzoso vender la casa, los muebles i todo, i hasta llorar para que algunos acreedores perdonasen el pan de los primeros dias. Así, en cuatro años, Agustin se vió tan pobre, que solo le restaba una casa mui pequeña en uno de los barrios mas apartados de Santiago, en la cual su madre con un trabajo diario de costuras i bordados ganaba apénas una escasa subsistencia. El quiso recurrir a la amistad de los antiguos conocidos. Pero fué en valde. ¿Para qué decir cómo un pariente rico no tuvo una ocupacion en que darle a ganar ni medio alguno de socorrerle? ¿Para qué contar todas las puertas que encontró cerradas un jóven que se presentaba pobre i perseguido por la desgracia?

Todo fué una serie de desengaños, hasta que se resignó a sentar plaza en las guardias municipales: este era un triste destino pero que al ménos no le separaba de su madre.

II.

Una noche nuestro vijilante o sereno recorria los límites de su jurisdiccion como se lo mandaba el deber, i en medio del silencio recorria en su mente todos los recuerdos alegres de su vida pasada i pensaba al mismo tiempo en su oscuro porvenir. Este contraste era a la vez amargo i consolador. Toda la dicha de otros tiempos habia pasado como nube, pero en medio de ese pasado el recuerdo de Margarita estaba vivo, i su imájen parecia brillar ante sus ojos cuando los volvia hácia el futuro.

La memoria de Margarita era así para el jóven un consuelo i al mismo tiempo el objeto de una esperanza vaga i sin nombre.

El nunca se habia dado cuenta del fin de esa esperanza o de ese sueño. Pero despues del largo tiempo que no habia vuelto a verle muchas veces se repetia: Margarita que no ha conocido las penas no se acordará de mi ni de los agradables dias que pasamos juntos ni debo esperar que esos tiempos vuelvan jamas; pero si yo al ménos pudiera hablarle, verla, ¡ah! qué consuelo podria hallar comparable a gozar un momento de su vista!

En esto discurria cuando oyó el sonido de un piano: la curiosidad lo llevó a una ventana que estaba entreabierta i daba vista a un lujoso i brillante salon. Allí se tenia un baile, i el soldado estuvo largo rato viendo pasar por delante de si al traves de los vidrios las alegres parejas, mujeres hermosas i resplandecientes con la sonrisa del placer que se goza. Todas pasaban *lijeras cómo flores que arrebatara un torbellino de viento.*

Pero entre tantas beldades que exaltaban su fantasía i mantenian temblando su corazon, vió una superior como la luna entre las estrellas. Era Margarita: habia embellecido mucho mas desde que le habia visto por la última vez: estaba mas alta i mas mujer i tenia cierta encantadora majestad que incitaba a la adoracion tanto como al amor.

Nunca el jóven se hubiera cansado de admirarla ni hubiera sentido pasar allí las horas, si una mano que maldijo a pesar de lo diminuto de sus formas i de los brillantes de sus dedos no hubiera cerrado la ventana. Tuvo ocasion entónces de volver sobre si i sobre la penosa realidad. ¡Ah!, esclamó, me habia olvidado de mi saco de soldado: vuelve, triste sereno, a tu pan de cada dia. Comenzó a pasearse por la cuadra. En esto vió venir hácia él una elegante pareja; luego reconoció a Margarita otra vez: a la luz del farol de la calle se dibujó perfectamente su perfil. Su vestido de seda crujia cayendo en pliegues i su cabeza venia envuelta en tejido blanco que le

ceñia toda haciendo resaltar todo lo regordete i gracioso de su cara.

La vió pasar junto a sí: i se estremeció al sentir la atmósfera de perfumes que arrastraba: le parecia que habia vuelto el rostro i que una mirada suya habia penetrado hasta el fondo de su alma como una luz.

Pero tambien la habia visto en compañia de un jóven que estrechaba su brazo que temblaba con el frio del aire o con el amor primerizo de una novia.

Este pensamiento cayó tambien sobre el corazon del jóven i le sobresaltó como si los celos nacieran en él ántes que el amor. Desde aquella ocasion conoció que estaba mucho ménos olvidado de Margarita de lo que pensaba. Sé, decia amenudo que es locura la mia pensar en un imposible, ella, nada debe esperar de mí, estará casada ya i aunque no, que tengo de comun con su suerte pobre infeliz como soi.

I asi en vano buscaba razones para lo que el corazon desmentia. El corazon como otra razon, le hablaba elocuentemente de la hermosura, de la inapreciable bondad de la niña, de la felicidad que seria contemplarle algunos instantes i de la necesidad de saber de ella i de su suerte.

III.

Agustin no tenia en su inexperiencia i juventud fuerzas con que resistir a esa elocuencia del corazon que le impulsaba a buscar a Margarita i acercarse a ella de cualquier manera. ¿Qué habia de hacer sino podia vivir sin su vista? Mucho lo pensó hasta que entró de hortelano en la hermosa quinta en que ella vivia.

Pero fué mucho su asombro al notar el misterio que le rodeaba allí; en tres meses no pudo verla ni saber una palabra de ella. Bien es verdad que él como hortelano nada tenia que ver con el interior de la casa ni ocasion de observar lo que pasaba, pero se habia dirijido al otro sirviente que era el único que habia fuera de él i le habia encontrado tan taimado i tan estudiosamente callado que su curiosidad no habia podido satisfacerse.

Trabajaba sinembargo como si realmente no pensase mas que en trabajar i en ganar su vida. Arreglaba a maravilla las plantas con la esperanza de dar un gusto a su señora.

Una vez en este afan se ocupaba mui de mañana cuando vió que ella asomaba a un balcon. Era la primera vez que la veia, i estaba tan bella con su cabello sin trenzar i su sonrisa de complacencia al contemplarla al albor de la primera hora, que el jóven quedó suspenso. Pero era aquel el momento tan suspirado. Se acercó aunque con temor: ella le vió que no se atrevia a hablar i le dijo: yo no sé por que has entrado a esta casa: no te reprendo, pero ten cuidado, este caballero que vive conmigo es mui raro. ¿Tu marido? se atrevió a preguntar Agustin. En este instante la niña sintió pasos alcanzó a hacer un signo negativo que se confundió con una sonrisa, paso el dedo en los labios en señal de silencio i volvió rápidamente la espalda. Este fué un nuevo motivo de perplejidad para Agustin.

Pero veamos lo que pasaba en la compañia de Margarita i de Alfonso su hermano, que tal era el jóven a cuyo lado vevia.

En la tarde de aquel mismo dia los dos estaban juntos, no conversaban porque el jóven no acostumbraban ni parecian estar contentos de verse cerca el uno del otro, porque él estaba siempre de un negro humor, no hablaba a su hermana sino con reticencia, no le escuchaba i no hacia mas que pasearse silencioso i meditabundo, como si le pesase estar unido a aquella niña; no manifestaba interes por ella ni la atendia en nada.

IV.

No era que le pesase a Alfonso la compañia de su hermana, no era que despreciase a esa niña mas jóven que él, único recuerdo de su familia; único encargo de su madre.

Era que un secreto terrible le abrumaba, que una memoria fatal absorbia toda su atencion de un modo constante i penoso.

En un viaje que hizo a la República Arjentina, habiendo estado allí algunos años por realizar unos negocios, se vió enredado en una complicacion política en que se mezclaba tambien una pasion que habia concebido por una jóven arjentina. Con tropas del gobierno tuvo que combatir un pueblo insurrecto, le venció i tuvo con este motivo un lance en que dejó muerto a uno de los revolucionarios. Ese era su rival i esta circunstancia dió al hecho el mas

odioso aspecto de alevosía, de traicion: los hermanos del muerto juraron venganza. Alfonso volvió despues a Santiago, pero cartas amenazadoras en que le decian sus amigos que se trataba de matarle, turbaban su vida.

Asi se unian los remordimientos al temor haciendo de él un hombre estraordinariamente reservado que jamas tuvo confianza ni aun con su hermana.

En la tarde, pues, que hemos dicho Alfonso estaba mucho mas sombrío que de costumbre i Margarita aunque parecia distraida con su costura, temblaba interiormente delante de su hermano.

Este habia visto en la oscuridad i entre los árboles a su sirviente Agustin: que parecia esconderse, acercarse i estar empeñado en observar lo que pasaba. Esto que tomo por única causa del jóven descubrir el misterio que rodeaba a Margarita i talvez el deseo de divisarla, apareció en la exaltada fantasía de Alfonso como un indicio funesto. Ocurriósele que aquel mozo que sin que nadie le llamase se le habia ofrecido inopinadamente a servirle con mucho empeño, bien podria ser un espía pagado o talvez un asesino.

Con esta prevencion de ánimo observó varias veces al jóven i notó los mismos ocultamientos, hasta que se resolvió a despedirle; asi lo hizo sin ningun jénero de esplicaciones.

Pero esta medida no le condujo al sosiego, porque Agustin creyó que le habia despedido por sospechas del amor hácia su hermana, i que como un tirano queria oponerse a la voluntad de aquella niña i en esta creencia pasaba adrede por la quinta por verla i buscar oportunidad de hablarle.

Esto fué notado por Alfonso i aumentó su fatal sospecha de que se le buscaba con fin siniestro.

Una noche que volvia de visitar con su hermana, vió al bajarse del coche el bulto de un hombre apostado a alguna distancia en la sombra que daba la pared sin habitaciones que formaba en parte aquella calle solitaria. Conoció a su antiguo sirviente; ya no le cupo duda sobre su pérfido intento. No era cobarde, i por desgracia en esta ocasion se sintió mas léjos de serlo que nunca, tomó su resolucion repentinamente. Se apresuró a acompañar a su hermana hasta el interior, pero al dejarla sintió la conmocion que precede siempre a un acto terrible: la besó con exaltacion diciéndole ¡adios! me voi a recojer porque no me siento mui bien.

Ella se quedó en silencio, pero estaba tan prevenida por el ánimo sobrio de su hermano que temió algo en aquella despedida turbada i estrañamente afectuosa. No se acostó: un rato despues se fué hasta el cuarto de Alfonso, miró con tiento por la hendidura de la puerta, escuchó i no vió luz ni sintió ruido alguno. No estaba allí. Llena de presentimientos que la hacian estremecer volvió a su aposento, se puso de rodillas i asi permaneció la mayor parte de la noche, hasta que oyó los pasos de alguien que entraba por el patio con precaucion. Es él, se dijo, i salió a recibirle llena de cuidado.

¿A dónde has ido? le preguntó con dulce reconvencion. El desvió el rostro i Margarita al resplandor de la luna le vió pálido i convulso.

Su corazon de hermana le reveló algo terrible, i le abrazó como si quisiera aquella vez vencer su resistencia a la franqueza. Mas él no parecia sentir la amorosa presion con que su hermana se estrechaba a su pecho, ni oir sus palabras; estaba petrificado i nada respondia, hasta que ella sintiendo que tocaba algo húmedo retiró los brazos i los vió teñidos ¡Dios mio! esclamó, vienes lleno de sangre: ¿qué has hecho? ¿estás herido? Le arrastró a su dormitorio. El se dejó caer en una silla: la sangre de los puños i del levita se vió perfectamente.

Margarita miró aquellas manchas con espanto, pero como sobre todo amaba a su hermano, dominó su horror: no se apartó de él, i quiso pensar mas bien en una desgracia que en un crimen. Se puso de rodillas a sus piés: le cojió las manos con pasion. Alfonso, cuéntame, cuéntame qué es lo que has hecho: ten confianza alguna vez con tu hermana. Yo quiero sufrir lo que tú sufres, estoi triste por lo que tú pasas triste.

Alfonso, conmovido i confundido por la espresion de su hermana, se levantó i con voz seca le dijo: ¡déjame!.. ¡déjame!.. he muerto a un hombre! i añadió encubriendo la verdad; he muerto a un hombre por causa de una borrachera, de un juego!

Diciendo esto se retiró a su cuarto.

Margarita quedó aterrada, pero sé decia:

nó, esto no es verdad! Alfonso no bebe nunca, no juega, es tan honrado. ¡Ah! qué desgracia tan profunda debe arrastrarle que jamas está sereno, que llega a cometer!.. Los sollozos cortaron su voz i el horror anubló su razon.

FRANCISCO GONZALEZ E.

(*Concluirá.*)

A ORILLAS DEL MAULE.

Con plácidas ondas la playa bañaba
El rio, mintiendo suspiro de amores,
I mansa la brisa al paso aspiraba
Balsámico aroma que exhalan las flores.

¡Qué calma tan dulce! ¡qué noche tan bella!..
Cual tierna mirada de amante hermosura
Sus pálidos rayos la luna destella,
Deidad melancólica que reina en la altura.

Yo, solo, sentado de un roble a la sombra,
Me entrego a poético, fugaz desvario,
I en sueños de dicha mi labio te nombra
I el alma estasiada te invoca, ánjel mio.

Las ramas se estienden cual púdico velo
Que cubre a una virjen la cándida frente;
Tras ellas, mirando la lumbre del cielo
Mirar me parece su faz inocente.

¡O rio de encantos! graciosa ribera
¡Do crecen los sauces i brotan las flores!
El alma aqui olvida su pena severa,
Al son de tus dulces tranquilos rumores...

I escucho en la ola que lánguida espira
La voz melodiosa de un ánjel querido;
Ambiente mas puro el pecho respira
I célicas notas halagan mi oido.

¡Ai! nunca te olvidaré,
Noche tranquila i serena:
En el alma
El recuerdo llevaré
De tu beldad que enajena,
De tu calma.

Hace rato, de la orilla,
Por el rio me alejaba
Lentamente,
En una leve barquilla
Que con murmullo cortaba
La corriente.

Iba al acaso pensando
En breves dichosos dias
Que pasaron,
I una a una lamentando
Ilusiones i alegrías
Que volaron.

De las ondas al ruïdo
Hondo suspiro anhelante
Confundia,
I mi pecho dolorido
Opreso en aquel instante
Se sentia.

Acorde con mi pesar,
Mas que del rio el murmullo
Me agradaba
El son del cercano mar,
Cuyo monótono arrullo
Escuchaba.

Vago, desolante anhelo
El alma desconsolada
Me oprimia.
Lleno de nubes el cielo
De mi existencia enlutada
Solo veia.

En mi profunda tristeza
No me estasiaba el encanto
De natura;
Ni miraban su belleza
Ojos que anublaba el llanto
De amargura.

Ai que yo, misero náufrago
En este mar de borrascas,
Perdí en la ajitada vida
El norte de la esperanza.

Cual punzadoras espinas
El corazon me desgarran
Memorias que el alma llora
De tanta ilusion burlada....

Veo aquí flores marchitas
Ya sin perfumes ni galas,
Allá nubes precursoras
De una tormenta cercana;

I el porvenir, que tan bello
Divisé en mi alegre infancia,
Velado en opacas nubes
Que ninguna estrella aclara...

Solo el amor a lo léjos...
¡Dulce relijion del alma!
Mis ojos convierte al cielo
Hablándome de esperanzas.

¡Esperar! ¡esperar! alcé la frente
Para pedir en mi eternal desvelo
El bienhechor rocío del consuelo
A la bondad de Dios.

El ánjel de la noche misteriosa
Dulces palabras murmuró a mi oido,
I el corazon con desigual latido
Súbito palpitó.

¡Nó! no es el mundo maldecido vallo
De miserias i horror donde no alcanza
El rayo a iluminar de la esperanza
Al mísero mortal.

Por mas que al yugo del dolor doblemos
Nuestra mísera faz entristecida
Aun es hermosa la terrestre vida
Cuando se puede amar.

Así pensaba, i blando, como nota,
De celestial, anjélica armonía,
Naturaleza, tu cantar oia
Sonando en la quietud.

Mansas sus hondas con fugaz arrullo
El claro rio deslizaba lento,
Magnífico brillaba, el firmamento
Bañado en alma luz.

I, ya vuelto a la fé que me faltaba
Torné tranquilo a la feliz ribera
A respirar un aura placentera
De aromas i frescor.

I en grato desvarío contemplando,
Noche, tu melancólica belleza,
La sombra disipó de mi tristeza
Amorosa ilusion.

Constitucion, 17 de febrero de 1870.

L. O.

LOS ACONTECIMIENTOS

DE LA SEMANA.

Desde el juéves de la semana que acaba de pasar tenemos entre nosotros, despues de una larga ausencia, al Ilustrísimo i Reverendísimo señor Arzobispo de esta Arquidiócesis.

Dios ha querido escuchar los ardientes votos que haciamos los católicos chilenos cuando hace mas de un año veiamos alejarse de las playas de la patria al venerable Pastor.

Su ancianidad, su quebrantada salud, los azares i los peligros de una larga peregrinacion llenaban de zozobra nuestros corazones. Pero tuvimos confianza en el Todopoderoso, a su amorosa solicitud entregamos la suerte del ilustre viajero. I la Providencia nos lo restituye a nuestro amor filial que lloraba la separacion i la ausencia.

Un sagrado deber lo arrancó del suelo patrio. El Supremo Pastor habia convocado el augusto Senado de la Iglesia Católica i era menester ir a Roma a celebrar ese consejo con sus hermanos, todos los obispos del orbe.

Las bayonetas del rei de Italia disolvieron la asamblea del Vaticano, la mision de los obispos habia concluido i cada cual se puso en marcha para volver al seno de su grei.

Nadie ignora cuán importante papel ha hecho en el santo Concilio nuestro ilustrísimo metropolitano. Su alta intelijencia, su vasto saber i su profunda prudencia no ménos que su eminente virtud le granjearon el respeto i la estimacion de sus hermanos i la confianza del Sumo Pontífice.

Despues de haber prestado valiosos servicios a la Iglesia i de haber colocado mui alto el nombre del episcopado chileno de que es tan digno jefe, ha vuelto por fin al seno de los suyos.

Todos hemos sido testigos de la espléndida recepcion que le ha hecho el amor de

sus hijos. Los ricos i los pobres, los hombres i los niños, cada cual a su manera, le han manifestado su regocijo. Santiago entero le ha salido al encuentro, todos querian verle de cerca, recibir su primera bendicion; sembraban de flores su camino i le aclamaban llenos de entusiasmo. Su entrada a la ciudad ha sido una marcha triunfal, una magnifica ovacion.

A nuestro turno, lo saludamos respetuosamente. ¡Que sea bien venido! Que el amor de sus hijos, tan tiernamente manifestado en la noche del juéves, le sirva de consuelo en las penas que amargan su corazon episcopal! ¡Que su salud i sus fuerzas se restablezcan cuanto ántes! ¡Que Dios le conserve muchos años para la ventura de su grei i para gloria de la patria!

Otro acontecimiento por demas consolador para los corazones católicos ha tenido lugar tambien en la semana pasada.

Antes de ayer se celebró una gran Asamblea Católica para protestar contra la injustificable, cobarde i sacrílega espoliacion del patrimonio pontificio.

Lo mas selecto, lo mas respetable de nuestra sociedad, individuos de todos los colores politicos, de todas las profesiones, majistrados, simples ciudadanos, jóvenes, clero, todos estaban reunidos allí espontáneamente, guiados por la misma inspiracion, dominados del mismo sentimiento.

Nunca habiamos presenciado una asamblea a la vez tan solemne, tan entusiasta, tan unánime como la del viérnes.

Inauguramos los católicos chilenos una era nueva. Comenzamos a vivir la vida de la asamblea, del comicio, de la libertad. Comenzamos a olvidar las diferencias que en la vida ordinaria dividen al católico del católico i en adelante, cada vez que surja un gran interes relijioso, todos nos hallaremos al pié de una bandera comun, agrupados al derredor de nuestros pastores, con un solo pensamiento, con un solo corazon, con una sola voz.

Ese era el grandioso espectáculo que presentaba la Asamblea Católica.

La inmensa concurrencia que llenaba la rotunda de la Universidad recibió con estrepitosos aplausos los hermosos discursos del Ilmo. señor obispo de Himeria, presidente de la asamblea, i de los señores Fernandez Concha, Donoso i Fábres.

No fué menor el entusiasmo con que se oyó la lectura de la carta que el Ilmo. i Rmo. señor Arzobispo, imposibilitado para presidir personalmente el comicio, enviaba al Ilmo. señor obispo de Himeria, prestando su pastoral aprobacion i confirmando el pensamiento que habia inspirado aquella reunion.

El señor prebendado Larrain Gandarillas propuso en seguida a la Asamblea un proyecto de carta al Santo Padre, que fué aprobado por aclamacion i suscrito inmediatamente por los asistentes.

Despues de haber suscrito como miembros de la asamblea esa hermosa carta, nos complacemos en prestarle nuestra adhesion pública i en exhortar a todos nuestros lectores a que le presten la suya, si queda alguno que no lo haya hecho ya.

Es menester que todos los que tienen un alma noble i jenerosa protesten contra el mas execrable i vergonzoso despojo. Es preciso que los que aman la libertad condenen la conducta de los que han pisoteado los derechos sagrados del pueblo romano i de su augusto i lejítimo soberano. Es necesario, por último, que todos los que se glorian del nombre de católicos levanten su voz para protestar contra la ambicion del monarca que se ha atrevido a atentar contra la soberanía i la independencia del Supremo Jefe de la Iglesia Católica.

Unamos nuestra voz a la de todos los católicos del mundo para reivindicar a Roma para el universo católico, para protestar contra la violacion de los eternos principios de justicia, para protestar del reprobado abuso de la fuerza contra el débil;

digamos bien alto al rei que tales cosas consuma que es un cobarde porque ha usado de sus bayonetas contra un anciano octojenario, contra una ciudad indefensa.

AL SALTO DE TEQUENDAMA.

Á MI QUERIDO AMIGO EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA SAMPER.

Descubierta la frente, el pié inseguro
Al borde del abismo que me aterra,
Suspendido el aliento, el alma absorta,
Sumida la razon entre tinieblas,
Trémulo el corazon, el labio mudo,
Mis ojos asombrados te contemplan,
Prodijio colosal, que de los hombres
Humillas la arrogancia i la soberbia.
En confuso rumor mi oido hiere
La voz de los amigos que me cercan;
Háblanme, i sus palabras no comprendo;
Ni aun de mi propio sér tengo conciencia,
Porque en tu formidable torbellino
Confundidas se lanzan mis ideas.
En vano el ave su sonoro canto
Hace escuchar en la vecina selva;
En vano el viento las copudas ramas
Sobre mi ajita con tenaz violencia;
En vano el sol con sus calientes rayos
Las nubes rompe que tu frente velan;
Solo tú existes para mi, tú solo
I de Dios la sublime omnipotencia.
Repuesto al fin de la impresion profunda,
Sigue la admiracion a la sorpresa;
I como los vapores de tu abismo,
Que el aire por la atmósfera dispersa,
Así la reflexion va esclareciendo
De mi mente la opaca, oscura niebla.
Tiendo la vista en derredor; los bosques
Que te circundan, cual corona espléndida,
Heridos por la luz de un sol radiante,
Que en sus húmedas hojas reverbera,
Confundiendo sus copas con las nubes,
Que en fantásticas formas se despliegan,
Revisten las montañas encumbradas
De caprichosa i sin igual belleza.
Las rocas en la altura suspendidas
Por una estraña, inesplicable fuerza,
Avanzando sus puntas descarnadas,
Jigantescos festones asemejan;
I en el profundo abismo en que tus ondas
Se precipitan con feroz vehemencia,
Ruje la tempestad, el iris brilla
I horrísono rumor el aire atruena.
¿Cuántos años ¡oh Funza! cuántos años
Hace que en esa cima te despeñas?
¿Qué cataclismo, abriendo las entrañas
De los montes que altivos te rodean,
Vertió el profundo mar, que la llanura
Inundó con sus aguas turbulentas?
¡Cuántas jeneraciones asombradas
Te vieron con horror! Cuántas quimeras
En la mente del hombre has levantado
Desde que apareció sobre el planeta!
¡Cuánta bella i sublime teoría!
¡Cuánta locura en frases inmodestas!..
¡Hipótesis no mas! Solo Dios guarda
El secreto que envuelve tu existencia,
Tu principio i tu fin siempre ignorados;
Que si tu ronca voz algo revela
Es que ante su poder todo es mezquino,
I el hombre solo a comprender acierta
Que cuando mas descubre, ménos sabe,
I es mas pequeño, cuanto mas se eleva.
En vano yo mi destemplada lira
Ante tu majestad de horrores llena
Quiero pulsar. Sus ecos apagados
Por tu imponente voz solo sirvieran
Para hacer mas visible el ruin alarde
De mi ruda ignorancia i mi impotencia.
Cuando el Supremo Ser con sus prodijios
Habla a la humanidad; cuando su lengua,
En las incomprensibles maravillas,
Con que se ufana la creacion entera,
En su divino, esp'éndido lenguaje
Las grandes obras del Señor ostenta,
Solo es posible doblegar la frente,
Fijar sumiso la rodilla en tierra,
I, esperando i creyendo, bendecirle,
I adorar su poder i su grandeza.

Bogotá, 14 de setiembre de 1870.

José María Gutierrez de Alba.

CHARADA.

Forman el todo i conjunto
Dos silabitas tan solo,
De las cuales la segunda
Diz que es nota de alto tono:
Si la primera le añades,
A casarme me acomodo,
I, si el todo no adivinas....
¡Bah! no adivinar el todo!

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

ALACENA.

Contenido de este número.

I.—Ciencia i fé, por Enrique Conscience.
II.—Ultimas huellas, poesía, por Zorobabel Rodriguez.
III.—La deuda de la amistad (continuacion), por Eujenio de Margerie.
IV.—Último dia del año escolar, poesía.
V.—Historia de Agustin i Margarita, por Francisco Gonzalez E.
VI.—A orillas del Maule, poesía, por L. O.
VII.—Los acontecimientos de la semana.
VIII.—Al salto de Tequendama, poesía, por José María Gutierrez de Alba.
IX.—Charada.
X.—Solucion de la del número anterior.

Círculo de colaboradores de «La Estrella de Chile.»— Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, enero 15 de 1871. Núm. 172.

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,

Por Miguel Luis Amunátegui. (1)

I.

Por la imprenta de la *República*, se ha publicado el primero de los dos tomos de que constará una nueva obra escrita por el señor don Miguel Luis Amunátegui sobre la historia nacional i que lleva por título: *Los precursores de la independencia de Chile.*

Hace algunos minutos que hemos doblado, no sin pena, la última hoja del nuevo libro del señor Amunátegui, i con la pluma en la mano ya, vacilamos todavía entre dejarla correr libremente al hilo de nuestras impresiones i volverla a sumerjir en el tintero.

El nombre del autor i el título de la obra nos aconsejaban lo último.

Lo que debemos a nuestra sinceridad i a los lectores de *La Estrella de Chile* nos han decidido a lo primero.

Si hai temeridad en asumir el papel de crítico tratándose de un escritor como el señor Amunátegui, para muchos será mas que un temerario intento, ridícula pretension la de juzgarlo como historiador patrio. Empero, i aunque parezca estraño, es precisamente el contraste que existe entre la encumbrada situacion que ocupa el autor i la mui humilde que ocupa el crítico, la consideracion mas poderosa que ha movido al crítico a escribir estas líneas. Gracias a ese contraste, si elojiamos, nadie estimará interesados elojios que el autor no necesita para su fama; i si por el contrario censuramos, nos quedará en el alma la satisfaccion de ver que nuestras censuras, como dardos lanzados por manos demasiado débiles, en vez de llegar al blanco, caigan solo a los piés de aquel contra quien vayan dirijidos, revelando así toda la altura de su talla i dando a su gloria nuevo lustre.

(1) Tomo 1.° Un volúmen en 4.° de 355 pájinas, Santiago, imprenta de *La República*, 1870.

II.

Nada mas sencillo i comprensible que el plan de la obra. El señor Amunátegui se propone relatar los esfuerzos i sacrificios de todo jénero que hicieron los primeros chilenos que sintieron bullir en su mente las ideas de libertad i patria, para despertar a sus conciudadanos del sueño letárjico en que mañosamente los habia mantenido durante siglos la política española i lanzarlos a los gloriosos combates de la independencia. Pero, como no es posible calcular la magnitud de una empresa ni los méritos de los que logran llevarla a término feliz sin conocer ántes las dificultades que se oponian a su realizacion, el señor Amunátegui ha empezado por describir en el primer tomo, minuciosamente i a lo vivo, los obstáculos que se oponian a la revolucion, reservándose decirnos en el segundo cómo i por quiénes esos obstáculos fueron superados.

Antes, sinembargo, de entrar a revelarnos lo que era la vida colonial para deducir de ella la gloria de los precursores de la revolucion i la gratitud que les debemos, plantea el autor la gran cuestion del libre albedrío, aplicada a la historia de las naciones.

¿Tiene el hombre en sus manos los hilos de los acontecimientos como lleva el jinete las riendas del dócil bruto en que cabalga o bien no tenemos en la marcha de la humanidad otra parte que la que tenemos en la marcha del tren cuando viajamos arrastrados por la fuerza de una locomotora? En otros términos, la ¿humanidad es una planta que crece i se desarrolla, es un rio que se desliza por un cauce abierto de antemano, es un astro que jira, o bien es una nave que no recibe el rumbo de los vientos ni de las olas, sino de la iniciativa intelijente i libre de los que la tripulan?

¿Tenian razon los paganos cuando echaban la responsabilidad de los sucesos sobre los hombros del Destino, o la tenemos nosotros los cristianos cuando afirmamos que el hombre lleva dentro de su corazon i de su intelijencia los destinos temporales i eternos de su raza?

Tal es la cuestion que plantea i resuelve en el sentido cristiano el señor Amunátegui i a la cual dedica el capítulo primero de su libro. La humanidad no es arrastrada por las fuerzas físicas i sociales, como el planeta por las leyes de la gravedad, o siquiera como el viajero por la locomotora; pero por desgracia tampoco seria exacto afirmar que dirije a su arbitrio los sucesos como el jinete que guia libremente a su corcel.

La verdad se halla entre estos dos estremos. El hombre no es un rei pero no es tampoco un fardo. Si el medio en que vive influye sobre él, tambien él influye sobre cuanto le rodea. Al nacer no puede escusarse de recibir la herencia de sus antepasados sin beneficio de inventario; i al morir no puede tampoco hacer que se borren todas las huellas de sus pasos i que todas sus obras i las consecuencias de éstas sean enterradas con su cadáver.

Es esta una teoría tan racional como consoladora, que nosotros aceptarismos sin reserva si no creyéramos que hai todavia, aun sobre la libertad humana i sobre las influencias físicas i sociales, una altísima diestra que posee el privilejio de hacer servir a sus designios la libertad humana sin coartarla, i las influencias físicas i sociales sin quebrantar por eso las leyes del mundo moral ni las leyes de la naturaleza.

III.

Despues de esponer asi en el capítulo primero teóricamente su pensamiento sobre la filosofía de la historia, entra el autor a demostrarnos apoyándose en documentos numerosos, la confirmacion visible que esta teoría recibió con el éxito feliz de nuestra gran revolucion a pesar de las precauciones esquisitas que se habian tomado para prevenirla.

El señor Amunátegui estudia la sociedad colonial bajo diversas faces: ha ido a sorprender en los antiguos manuscritos i en los empolvados infolios el plan político del gobierno español i los sentimientos, las ideas i las preocupaciones de nuestros abuelos. En este trabajo de exhumacion el autor ha procedido no solo con celo sino con *amore*. Escarba los basurales con paciencia admirable, busca i rebusca las pequeñeces i las miserias de los siglos pasados i, en vez de cubrirlas respetuosamente como el buen hijo de Noé cubrió la desnudez de su padre, se rie de ellas con la mas sincera alegria. A estarnos a lo que el señor Amunátegui afirma, Chile durante la colonia fué un enorme pajal en donde los habitantes dormian una perpétua siesta apénas interrumpida por uno que otro capítulo de frailes, por una que otra competencia entre las autoridades o por cuestiones de comadres.

Esta pintura puede ser exacta en lo que contiene; pero indudablemente no lo es si atendemos a lo que le falta. Entre la colonia i la república habia, sin duda, un abismo pero éste no era por fortuna un abismo sin puente, como aparece del libro que analizamos.

El señor Amunátegui que comienza declarando que en los acontecimientos humanos el hombre comparte la iniciativa, la direccion i la responsabilidad con las influencias sociales i físicas ¿cómo es que pudo escribir los ocho capítulos de que consta su libro sobre las miserias de la colonia sin advertir que al mismo tiempo borraba la teoría que acababa de sostener en la Introduccion? ¿Cómo no comprendió que a fuerza de cavar la tierra a los piés de sus héroes para darles una colosal estatura se esponia a dejarlos suspendidos sobre el vacío?

La doctrina de la jeneracion espontánea es tan falsa en el mundo moral como en el mundo físico; i, si no basta la voluntad del hombre para fecundizar la tierra que no haya recibido en su seno semillas de su propia mano o de manos de la naturaleza, no basta tampoco esa voluntad, por poderosa que sea, para realizar una revolucion tan radical i completa como fué la revolucion de la independencia.

Entre la premisa i la consecuencia del señor Amunátegui, hai, pues, lo que podriamos llamar una solucion de continuidad. Solucion de continuidad manifiesta ya entre la introduccion de la obra i su primer tomo; solucion de continuidad que separa fatalmente éste del segundo.

En efecto para mantenerse fiel a su teoría, el autor, al referirnos la historia de la

colonia debió señalarnos no solo lo que en ella dificultaba la revolucion, sino tambien las causas que la venian preparando, mas o ménos ocultamente, pero de una manera real i positiva. Si hubiera seguido este camino, el lector al doblar la última hoja del tomo primero no habria pensado involuntariamente, como hemos pensado nosotros al doblarla: ¡la vida, la libertad, la independencia de ese pueblo están a mas de mil leguas de distancia! Será tan imposible desterrar de la mente de esos estúpidos colonos el dogma de la majestad real como el dogma de la existencia de Dios!

¡I sinembargo, de súbito, sin causa, casi por obra de majia, aquel dogma desaparece i el pobre injenio de colonos serviles, ignorantes i somnolientos, se transforma en un pueblo de demócratas, de ciudadanos i de héroes! Esto puede ser hermoso como contraste; pero ni es mui filosófico, ni mui exacto, ni mui satisfactorio. Los hombres pensadores no podrán aceptar jamas como causa de una gran revolucion la voluntad de unos cuantos hombres de corazon jeneroso i de intelijencia sobresaliente. Si esos hombres no hubieran llegado a la hora oportuna, si su voz no hubiese encontrado eco en la sociedad que los rodeaba, si al predicar la cruzada de la libertad no se hubiesen hecho intérpretes de aspiraciones profundas i hasta cierto punto jenerales, sus esfuerzos habrian sido estériles: habrian podido morir en un patíbulo víctimas de sus convicciones; jamas habrian podido hacer una revolucion i sacar un pueblo de un rebaño.

El tomo que tenemos a la vista es una historia de la vida colonial, en todo lo que esa vida tenia de monótono, de ridículo i de pequeño. Es, a la par de una caricatura, una miniatura. Puede ser que el retrato se parezca al orijinal, pero lo que tenemos por evidente es que hai en ese retrato facciones contrahechas, facciones apocadas i facciones omitidas.

¿Nos engañamos? Entónces, i sea dicho con sinceridad, no comprendemos, mirando alternativamente a la madre i a la hija, el secreto de una filiacion tan estraordinaria, por mas que se ponderе la habilidad de los médicos que presidieron al alumbramiento.

Si la colonia era lo que asegura el señor Amunátegui i si no era mas que lo que asegura, la colonia debió ser eterna. No se esplica la ruina de un edificio de granito con decir que algunos hombres esforzados se propusieron empujarlo hasta echarlo por tierra.

IV.

Se comprenderá facilmente que no tengamos ni los medios ni la voluntad para llenar el vacío a que acabamos de referirnos. El estudio de las causas visibles i latentes, sociales i políticas que produjeron i hasta en cierto modo hicieron necesaria la revolucion de la independencia seria uno de los estudios mas interesantes i elevados que podrian acometerse; pero que por desgracia no estamos en situacion de acometer.

Pero, si no podemos suplir lo que falta al libro de que nos ocupamos, podemos i queremos indicar algo de lo que hai en él de exajerado i excesivo.

El señor Amunátegui que, segun uno de sus biógrafos, es sumamente tímido para acometer reformas, prohijar ideas nuevas i combatir preocupaciones poderosas, revela una intrepidez inaudita cada vez que se trata de luchar contra muertos. Nadie lo ha igualado en ardor para combatir la monarquía, que no tiene en Chile un solo partidario. Nadie lo excederá tampoco en dilijencia para poner de relieve todo lo que habia de pequeño, de ridículo i de miserable en la época colonial, hace ya tantos años enterrada.

En verdad, no esperábamos que sobre este particular el señor Amunátegui se resignase a seguir dócilmente las huellas del señor Vicuña Mackenna. Sin tener, como se comprenderá facilmente, ni en nuestra intelijencia ni en nuestro corazon lazos de ningun jénero que nos liguen a la colonia, nos ha chocado siempre cierto tono burlesco i a veces chocarrero, que va haciéndose de moda cada vez que se habla de sus hombres o de sus sucesos. Ese tono desdice de la seriedad de la historia i en ocasiones el deseo de justificarlo puede arrastrar a los que lo emplean a lijerezas incomprensibles i a exajeraciones evidentes.

Para patentizar la anterior observacion, i al mismo tiempo, para comprobarla, pongamos un ejemplo.

Leemos en la páj. 321:

«Entre los bandos que solian publicarse con gran solemnidad, a son de caja i con

aparato de guerra habia algunos como los que siguen:

«En mayo de 1787, gobernando don Tomas Alvarez de Acevedo: se hacia saber de real órden a todos los estantes i habitantes de Chile un remedio infalible contra las niguas que consistia en untar con aceite de olivas sin calentar la parte del cuerpo donde se hubiesen pegado, lo bastante para matarlas i para que se desprendiesen las bolsillas que las contenian. Este remedio habia sido descubierto por un arzobispo de Santa Fé.»

«En diciembre de 1793 se recibian de la corte seis ejemplares de una receta para la curacion de los dolores reumáticos, venereos i escorbúticos, que se habian practicado con éxito en Nueva Orleans.»

Hemos, tomado como se vé, dos hechos de los mas ridículos que contiene el libro que analizamos, que el mismo autor estima como tales presentándolos como caracteristicos de la sociedad colonial. I a la verdad que si hoi viésemos pregonar por bando, a son de caja i de órden del supremo gobierno, algun remedio contra las niguas o los dolores reumáticos tendriamos por cosa cierta que los que tal hubiesen mandado habian perdido la razon.

Meditemos, sinembargo, un momento.

Hoi, recorriendo la seccion de *Hechos Diversos* del diario que leemos, hemos encontrado la noticia de haberse descubierto por el doctor tal de Nueva York un remedio eficaz contra las chinches, remedio que consiste sencillamente en poner los muebles o ropas infestadas al alcance de un hormiguero.

Al imponernos de esta receta, hemos dudado de ella o la hemos creido de difícil aplicacion, o hemos seguido adelante sin abrir dictámen; pero hemos estado mui léjos de juzgarla ridícula o impropia de la crónica de nuestro diario.

Pues bien, supongamos ahora que no hai en Santiago doctores, ni diarios, ni bibliotecas, ni carteles, ni medio alguno, en fin, de hacer llegar hasta el pueblo las noticias ¿qué tendria de singular, de ridículo, o de grotesco que se divulgasen de la única manera posible?

No olvidemos que durante la colonia no habia otro órgano de publicidad que el escribano i que este funcionario tenia entónces mas de un punto de contacto con nuestros cronistas. Tengamos presente el aislamiento en que se vivia entónces, la ignorancia casi jeneral, la falta de medios de comunicacion con el resto del mundo i se comprenderá el por qué de ciertas cosas que hoi nos parecen a primera vista incomprensibles, i cómo esos bandos tan ridículos, pudieron ser útiles i mui bien recibidos en su tiempo ni mas ni ménos que como hoi se recibe un informe del Protomedicato sobre la *trichina*, o una nota de la Sociedad de Farmacia sobre las *Serpientes de Faraon*.

Don Jaime Balmes observa en su *Criterio* que la máxima «*piensa mal i no errarás*» es tan contraria a la caridad como a la sana razon.

¿No seria oportuno recordar esta juiciosa observacion a ciertos historiadores que nunca vuelven los ojos hácia el pasado sino para notar sus pequeñeces, sus miserias i sus errores i ofrecerlo despues en espectáculo de escándalo, de irrision i contraste ante una sociedad siempre dispuesta a burlarse de los que no participan de sus ideas, de sus costumbres i preocupaciones i a aplaudir a los que la encomian i adulan?

Esta candorosa suficiencia para citar como reo al pasado ante el tribunal del presente, como álguien lo ha dicho ántes que nosotros, revela en el historiador cierta superficialidad de miras mui poco compatible con su noble mision. I, en efecto, los que adoptan semejante procedimiento olvidan que no puede establecerse una ecuacion entre el pasado i el presente sin incurrir a la vez en una injusticia, en un absurdo, ya que el presente no es otra cosa que una suma compuesta de esos infinitos sumandos sucesivos que forman el pasado; idea que espresaba mui pintorescamente lord Macauley cuando decia que los historiadores a que nos referimos le traian a la imajinacion ciertos niños traviesos i regalones que montados a horcajadas sobre los hombros de sus padres i mirándolos de alto a bajo suelen esclamar con infantil orgullo: *¡Somos mas grandes que papá!*

Sin duda que el pasado aparece mui pequeño comparado con el presente; pero es porque el presente cabalga, por decirlo así, sobre los hombros del pasado.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(*Concluirá.*)

NIMA. (1)

Mora en las grutas
Que forma el Nima
Bajo las lianas
De sus orillas,
Sobre los musgos
Adormecida,
Tan voluptuosa,
Tan bella ondina
Como los sueños
Del alma mia.

Cuando en sus bosques,
Siendo yo niño,
De las palomas
Espiaba el nido,
Hallé sus huellas,
Su aroma rico;
Por ella el viento
Bordaba el rio
Con flores rojas
De los *cachiombos*.

Sus limpias aguas
No hiende el cisne,
Ni han reflejado
Luz de jardines
De mármol i oro
Que Europa viste;
Pero en el valle
Do rueda humilde
Es grande todo,
Todo, hasta el crimen.

En los veranos
¡Cuán dulces horas
Pasé en sus bosques
Bajo la sombra,
Viendo perderse
Las tersas ondas,
De los gaduales
Las verdes copas
Meciendo raudas
O perezosas!

La leve garza
De blancas plumas
Al monte viene
De la llanura;
Asustadizas
La selva oscura
En donde tristes
Quejas modulan
Dejan, i al rio
Van las *cuncunas*

En los ramajes
Medio velada
Murmura a veces
La guacamaya,
I los rumores
De hojas i aguas
La voz domina
De la chicharra
Que al sol estivo
Gozosa canta.

Cuando en la tarde
Los arreboles
El valle tiñen
Con luz de bronce,
I silenciosa
Viene la noche;
Crujen asidos
Los altos robles
I mil perfumes
Exhala el bosque.

He visto entónces
La ondina bella
Bordar sus bucles
En la ribera
Con los cocuyos
Que errantes vuelan:
Gazas de espumas
Por manto lleva
Que temblorosas
Las flores besan.

¡Gratas memorias
De dulces tiempos
En vano sigue
Mi pensamiento!
Perdido ha mi alma
Su humor risueño,
¡Ai! i mis ojos
El patrio suelo;
Está sin lumbre
Mi hogar desierto!

JORJE ISAACS.

(1) Pequeño rio del Cauca.

HISTORIA DE AGUSTIN I MARGARITA.

(CONCLUSION.)

V.

¡Oh! Si en aquel momento Margarita hubiera sabido que la sangre que manchaba a su hermano era la sangre de Agustin, de ese ser cuya sombra, cuyo recuerdo se habia hermanado para siempre a todos sus deseos, a todos sus pensamientos, a todo su corazon!

Lo hemos dicho, Alfonso se creia perseguido continuamente como si hubiérase atado a sus pasos una fantasma sangrienta. Al ver a ese hombre aquella noche, como siempre espiando, como siempre acechando, su sangre se habia inflamado i su cerebro se habia exaltado. Dejó a su hermana i se fué a su cuarto, sacó de él un largo puñal i salió. Buscó al hombre i al verlo que se alejaba le gritó.

Agustin se habia acostumbrado al honor, al conocerse perseguido i llamado asesino, se detuvo. Alfonso tuvo en aquel instante horror al asesinato traidor, i le dijo: ¡defiéndete! El entónces sacó su puñal i lo levantó en la actitud natural de la defensa, pero en este momento vió que su agresor que por un movimiento habia salido de la sombra de la pared i tenia el rostro iluminado por la luna, no era sino su antiguo señor, el hermano de su amada, i paró el golpe queriendo hablar. Pero Alfonso estaba ciego, no perdió tiempo, i clavó tres veces su puñal en el pecho de Agustin. Cayó éste desplomado.

Alfonso en presencia de lo que habia hecho, esperimentó el frio del espanto. Arrastró el cuerpo hácia la luna, se inclinó sobre él i vió que estaba pálido con la palidez de la muerte: su rostro juvenil, era hermoso, i no parecia revelar odio ninguno.

El lo tomó en brazos i lo llevó por largas callejuelas hasta dejarle mui léjos. Volvió por el mismo camino, observó, tentó i borró del suelo algunas manchas de sangre. Entró a su casa en donde lo hemos ya visto.

VI.

Mil espantos le ajitaron en su retiro, mil sombras horrorosas se presentaron a su imajinacion, hasta que todavia oscuro, despertó a su criado i le hizo poner el coche con ánimo de irse a una hacienda lejana.

Su hermana salió al ruido de las puertas que se abrian i cerraban, i vió a Alfonso con el sombrero puesto i conoció que se trataba de viaje.

—¿A dónde vas, le dijo, sin llevarme? ¿Qué voi a hacer sola?....

—Esta ciudad es detestable para mí; contestó Alfonso. Aquí me persiguen....

—¿Quién te persigue, hermano?...

—Mis remordimientos, replicó él con voz incierto. Me voi al sur; venderé todo aquello i me marcharé a cualquiera parte.

—Pero no será sin mí, repuso Margarita.

El agradeció aquel incansable afecto, en lo íntimo de su alma, pero la tempestad que habia en ella no permitia dar espansion a ningun sentimiento benévolo i se contentó con su acostumbrado silencio.

Margarita conoció la voluntad de su hermano, tomó este silencio por consentimiento: se fué a su pieza, puso en una pequeña maleta algunos objetos a toda prisa i salió con ella. Pero sus piés vacilaban i todo revelaba en ella la doble lucha en que se hallaba.

Volvió sobre sus pasos: se asomó por un momento al balcon i vió a la luz del crepúsculo los árboles, las flores que una mano prolija habia arreglado solo por ella, i se oprimió con ámbas manos el corazon como si quisiera ahogar allí algun sentimiento tormentoso.

Era el recuerdo de Agustin, del amigo fiel a quien iba a dejar sin decirle ¡adios! acaso para siempre!

Pero secó sus lágrimas, resuelta siempre a no revelar a su hermano nada de sus luchas, tanto por la especie de temor con que se habia acostumbrado a mirarle, como por no agravar las tribulaciones en que le veia aflijido.

Tomó valor i se fué al coche que ya le esperaba; pronto montó en él i marcharon.

VII.

Cuando estuvieron en el campo, fué tal la melancolía que se apoderó de Margarita al verse separada sin esperanza de Agustin i al sentir la nueva desgracia de su hermano, que éste se halló perplejo temiendo por ella; i no se atrevió a emprender los

preparativos de venta i de separacion definitiva de Chile como lo habia pensado.

Un dia estaban los dos juntos, porque Alfonso se habia vuelto un tanto amable con su compañera a fuerza de verle enferma, hablaban amigablemente, él quiso aprovechar aquel momento de intimidad para descubrir el corazon de su hermana i así le dijo: dime Margarita si te aflije el que enajenemos estas tierras que fueron de mi padre, o acaso tienes algun otro pesar, porque no sé por que te veo tan triste.

Ella sonriendo por el consuelo que sentia al ver a su hermano alguna vez solícito por ella le respondió:

—¿Qué estraño que no esté contenta ahora? ¿Me has visto acaso tú reir mucho desde que pasaron aquellos tiempos en que nos mirábamos con tanta confianza, como hermanos que nos queriamos: desde que volviste de tu viaje con tus eternos cuidados?

Alfonso esperimentó por la primera vez que la amistad de aquella niña aliviaba el el peso de sus recuerdos: sintió que sus palabras que le tocaban el corazon, i despues de una pausa añadió:

—Sí, es verdad que tú has querido sufrir conmigo; pero ahora tú sientes algo mas.

Margarita le miró con ojos en que brotaban las lágrimas i con un amor que parecia querer recompensarle su interes. I, luego como, aunque habia aprendido a callar, no era capaz de engañar añadió:

—Sí, hermano mio, tengo penas que tú no has sospechado, tengo a mas de verte triste, otros dolores que sufrir, pero no te los diré sino me prometes perdon.

—¿Qué he de perdonarte si eres un ánjel? repuso Anfonso.

—El haberte ocultado este secreto.

—Pues veámoslo.

Hubo un rato de silencio porque Margarita buscaba fuerzas i estaba enternecida. Dueña un tanto de si, acercó su silla a la de su hermano i, poniendo una mano sobre la suya, dijo, señalando con la otra el jardin que tenia delante:

—¿Ves, Alfonso? Las flores se unen i se enlazan unas con otras; las mariposas las buscan, el viento parece acariciarlas, i en la naturaleza toda se hermana i se confunde sin que nada viva aislado en el mundo. ¡Ah! amigo, yo no veo mas que amor en él, i he aprendido sin que nadie me lo diga ese amor que se refleja en todas las cosas.

Despues agregó, haciendo un amargo esfuerzo como si entónces tragase una lágrima:

—Te acuerdas de Agustin, de aquel jóven que tú echastes de la casa?....

—¡Ah! interrumpió Alfonso, al oir aquel nombre: ¡ah! has amado tú a ese hombre!

—Sí, replicó con viveza Margarita, le amo porque mi corazon lo manda, i porque no sabria ser ingrata.

Alfonso se habia puesto de pié con desesperacion, i su hermana le miró con asombro ponerse lívido i despues cárdeno, i, creyendo haberle ofendido con su repentina declaracion, quiso pedirle escusa tendiéndole los brazos, pero él nada vió ni escuchó i salió espantado.

¡Qué horror el de aquella situacion para Alfonso! El habia muerto con sus manos inutilmente por un temor ciego a un inocente, al amado de su propia hermana, al que era para ella la esperanza i la necesidad de la vida! Aquella sangre se levantaba entre los dos como una maldicion.

Un silencio i una cautela constante siguió a esta escena. Ella no se atrevió a pedir esplicaciones de lo que juzgaba la reprobacion de su amor.

El temblaba a la idea de que volviesen los labios de su hermana con el afan del cariño i del deseo, a repetir el nombre de un difunto, de una víctima inmolada por él mismo. Ménos que nunca osaba proponer un viaje que era inadmisible para Margarita, i que para él ya no tenia ninguna necesidad, sabiendo que no habia sido realmente perseguido. Permanecia en completa indecision.

Pero tal estado no podia durar porque la soledad era para ámbos odiosa. Margarita propuso la vuelta a Santiago pensando siempre en el objeto de su ternura. Como Alfonso no temia las consecuencias de su pasada accion ya porque se hubiera vuelto insensible a su suerte, ya porque le pareciese inverosímil que le culpasen de la muerte de un infeliz que no podia suponerse inmolado ni por codicia ni por venganza, o ya porque en último caso pudiera justificarse por las circunstancias, no tuvo reparo a los deseos de su hermana. Al contrario tuvo cierto gusto porque esperaba que en las

distracciones de la sociedad ella acabaria por olvidar su pensamiento.

La apasionada niña sacó de esta resolucion ilusorios consuelos:—si él se decide a llevarme allá a donde sabe que Agustin vive i que me buscará i me hallará, es sin duda porque se arrepiente de su obstinacion i no quiere oponerse a mi felicidad. Con esta idea llegó dichosa a la capital.

Allí ámbos procuraron atraer sobre ellos todos los placeres, todas las diversiones del gran mundo. Eran ricos i vivieron en continuas fiestas, ámbos finjiendo un contento que no tenian con un fin perfectamente errado. Ella pensaba que, arrastrando a las entretenciones i al buen humor a Alfonso, se olvidaria de sus ideas tétricas i se haria complaciente con ella, de modo que aprobaria su union con Agustin a quien, aunque estrañaba no haber visto, esperaba con confianza verle aparecer en su busca.

Alfonso por su parte creia que su hermana se iba olvidando de su antigua pasion.

Uno i otro estaban, pues, engañados juzgándose recíprocamente tranquilos. En virtud de esta armonía, Alfonso le dijo una vez: veo, hija, que estás satisfecha, que sabes pasarlo bien; esto es todo lo que deseaba. Pero ahora quisiera saber sino te parece impertinencia ¿si alguno de esos elegantes que te rodean i que te están acostumbrando a ver morir por tí, te ha llamado seriamente la atencion alguna vez?

—Ninguno; respondió ella creyendo que esta franqueza de su hermano le daba ocasion para manifestarle con buen fruto su inolvidable propósito.

—¿Cómo ninguno? Pues yo creo que no te se habrá ocurrido tampoco pensar en ser monja.

Margarita apoyó con una sonrisa la indicacion, i luego añadió: yo no he podido elejir mas que una vez; no espero mas que una dicha, i para tenerla solo me falta que la bendigas tú en nombre de mi madre.

Este discurso heló el corazon de Alfonso. Ella continuó: sí, hermano, no tiene remedio.

—¡Has vuelto a lo mismo! interrumpió él cuya frente se habia oscurecido.

Margarita vió otra vez en aquella frente formarse la tormenta de otros tiempos, i pretendió hacer el último esfuerzo por vencerle con la ternura de su fraternal cariño.

Rogó llorando de rodillas: no te opongas mas por Dios! le decia: o al ménos dime que razon tienes....

—Me opongo i me opondré siempre: respondió con voz opaca.

—Serás insensible toda la vida; esclamó ella desesperada. Pues, mira, yo he agurdado largo tiempo a que tu razon se aclarase. He sufrido un martirio terrible ocultándole por no aumentar tu desgracia: he ansiado tu paz ántes que mi bien, i esto nuncaha llegado a conmoverte: Pues ahora yo no esperaré mas de ti: aunque me maldigas, iré como mujer vulgar i ordinaria, i sin reparar en nada, le buscaré i me echaré en los brazos de él, de él que me ha querido sin interes, que me ha amado toda su vida!

—No lo harás, no lo harás: te lo mando en nombre de tu padre.

—¿Qué dices? Mi padre me amaba, i jamas por un capricho....

—Nó; no es por capricho, es porque quieres un imposible; sí, imposible como que ese nuestro padre nos vea i nos hable.

Al oir esto ella, se alzó, como loca; trémula, espirante, puso las manos en los hombros de Alfonso i le dijo: ¡oh! tú me aborreces i me quieres matar; mátame, mátame, pero dime ¿qué has hecho de Agustin? ¿dónde está?

—¡Le he muerto! respondió Alfonso fuera de sí, desesperado i aturdido.

Margarita cayó desvanecida i él huyó despavorido como de un nuevo crimen.

VIII.

Verse sola en el mundo, i jóven: haber perdido el objeto de un amor tierno, constante, inocente: que su hermano único, a quien siempre habia amado, se lo hubiese arrebatado matándole como a un bandido: eran pensamientos demasiado abrumadores para una mujer: eran sentimientos sobrado desesperantes para un corazon débil, abandonado sin apoyo a todo el tormento de su imajinacion.

Margarita no resistió a este cúmulo de desgracias, i pasó noches i dias indecibles sin poder buscar un consuelo en los consejos de Alfonso porque la sangre de que le veia cubierto le hacia insoportable a sus ojos; sin poder rechazarle porque era su hermano i porque le amaba con un amor de lástima i de caridad contemplándole desgraciado como ella.

Moria con una agonia en que se unian los tormentos propios i los de su hermano.

El disvariaba; ideas de muerte le perseguian; se revolvia entre el remordimiento i un amor desgraciado, porque amaba a ese ser débil que habia visto crecer i que Dios habia puesto bajo su solo amparo.

De este modo pasaron tres meses aquellos infelices.

IX.

Una tarde en que habia salido Alfonso como de costumbre errando por la ciudad huyendo de si mismo, llegó sin pensarlo a la estacion del ferrocarril del sur.

Todo era allí movimiento, i la jente afluia de todas partes a la salida del tren; pero él no reparó en nada absorto como estaba en sus tristes ideas. Se sentó porque estaba rendido, i nada le llamó la atencion. Mas, a poco rato pasó por delante un jóven que le pareció haber visto otra vez. Era alto, delgado, de un talle perfectamente perfilado, i con un rostro pálido pero indudablemente hermoso.

Fumaba paseándose con una distraccion un tanto melancólica i simpática.

Alfonso pudo apénas retener un grito porque reconoció a Agustin el amado de su hermana. No sabia como hablar ni qué hacer porque alegrias infinitas le embargaban; no era él asesino, su hermana iba a ser feliz! En esto sonó un silbido i Agustin se acercó al tren. Alfonso se abalanzó sobre él, le cojió fuertemente a tiempo que ponia el pié en el estribo del carro que ya caminaba.

El jóven volvió el rostro i se puso rojo al conocer al que le sujetaba. ¡Oh dijo, vuelve contra mi. ¡Bien, bien, ahora no es tan fácil asesinar; nos arreglaremos. I quiso salir a un lado.

—Si, esclamó Alfonso tenemos que arreglarnos, pero ante todo no habrá muerte, sino es que Ud. despues de lo que le diga quiere matarme. Diciendo esto lo llevó al hotel que estaba solo.

Se sentó primero e hizo sentar a Agustin que estaba doblemente asombrado.

—Oiga Ud. le dijo: yo tengo una hermana vengo a hablarle de ella de Margarita. ¿Le conoce Ud?

Este nombre fué májico para Agustin, no sintió mas cólera, no vió delante ningun asesino.

—¡Ah si le conozco! dijo, apretándose la frente con los puños cerrados, su imájen no se ha separado jamas de mi alma.

—Pues ella desea verle a Ud., lo necesita ahora en este instante.

—¿Cómo? preguntó loco de júbilo.

—Venga, vamos allá, no perdamos un minuto. Montaron en un coche i en el camino los dos tuvieron tiempo de esplicarse su estraña situacion. La casualidad habia salvado de las heridas al jóven porque el cuchillo habia encontrado mucha ropa. Una herencia le habia sacado de su pobreza pero su madre habia muerto de modo que no teniendo por que esperar en una tierra en que habia perdido tantas cosas habia resuelto salir del pais.

Esto era todo. Alfonso dijo: hombre sabes que si nos presentamos sin prevenirle le vamos a matar porque está mui sin fuerzas?

Convinieron en esperar hasta el dia siguiente.

X.

Cuando llegó ese dia, Margarita, instruida de todo, estaba como en el cielo. ¿Quién podrá decir el infinito goce que sentia? Se habia levantado débil, flaca, pero irradiaba su rostro un resplandor estraordinario, celestial. Vestida de blanco que hacia resaltar sus delicadas formas, coronada de flores que daban una sombra dulce a sus grandes ojos i un aspecto encantador a su rubia cabellera, con los labios trémulos i risueños, con el pecho anhelante esperaba a su esposo, asistida por su hermano que habia cubierto de besos mil veces cada una de sus blancas manos.

El esposo llegó al fin: apareció a sus ojos como la vision de un sueño: olvidó todo cuanto habia aprendido para decirle, i solo abrió los brazos presentando al jóven un oceano de felicidad.

FRANCISCO GONZALEZ E.

LA MADRE A SU HIJO.

CANCION.

Hijo mio, hijo mio inocente,
Que los ánjeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,

Para ti sea el mundo un Eden.
Al pisar en la tierra, sus dones
Anegando tu vida en delicias
Con eternas i suaves caricias
Te prodigue el divino Creador.
Que tu alma se inspire tan solo
De virtud depurada en la esencia,
I que guie tu grata existencia
De la dicha el deseado esplendor.

Tú eres puro, del crimen odioso
No te envuelvan las olas del mundo,
I tu pecho en los bienes fecundo
Nunca ajiten los jenios del mal.
Que en tu mente jermine lo justo,
Hácia Dios los pesares avanza;
De ese modo tan solo se alcanza
La mansion de la gloria eternal.
Hijo mio, hijo mio inocente,
Que los ánjeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,
Para ti sea el mundo un Eden.

Cuando brille a tus ojos el orbe
Con su pompa, perfumes i galas,
I a tu antojo magníficas salas
Bello encanto te ofrezcan quizas;
Nunca olvides que es humo lijero
El placer mas intenso en la tierra,
I que el goce mas grande que encierra
Pasa luego cual sombra no mas.
Hijo mio, hijo mio inocente,
Que los ánjeles cubran tu sien:
Ornen flores tu cándida frente,
Para ti sea el mundo un Eden.

Cuando sientas bullir en tu alma
Las pasiones con loca ventura,
I te brinde la dulce hermosura
Los halagos ardientes de amor;
Nunca olvides que dicha cumplida
En sus dias el hombre no alcanza,
I que tras de la bella esperanza
Va el engaño i el triste dolor.
Hijo mio, hijo mio inocente,
Que los ánjeles cubran tu sien;
Ornen flores tu cándida frente,
Para ti sea el mundo un Eden.

1866.

M. A. Hurtado.

MARIA.

NOVELA ORIJINAL POR JORJE ISAACS.

La *María* es admirable; pero ¿qué es?

No encontramos en ella ni un soplo de Shakespeare, ni un soplo de Dickens, ni ménos i por fortuna un soplo de Dumas. María es una niña: niña de cualquier pais, de cualquiera sociedad, con tal de ser niña. Efraim es un jóven capaz de pensar i querer fuertemente, pero a quien conocemos en el crepúsculo de su virilidad, amando como todas las naturalezas de su temple, cuando no han sido labradas por el rozamiento brutal de la traicion ni de ninguna entre las miserias arrogantes i agresivas que sombrean los caracteres: amando esplosiva i anjélicamente. El teatro de sus amores es nuevo i espléndido: nuevo para el arte, espléndido para la pasion. Pero ni los graves perfiles del Cauca ni la indefinida serenidad de la pampa prestan elementos al drama, cuando no intervienen en él pasiones que se chocan i le anudan i cuyo desarrollo le desenlaza en la catástrofe o en la suprema delicia. Esta lucha no existe en la *María*. El grupo de sus actores es un grupo hermoso, demasiado hermoso, demasiado monótono en su belleza para que pueda llenar las condiciones dramáticas de la novela. ¡Qué tremenda cosa seria la vida sin la perspectiva, mas o ménos lejana i tétrica, de la muerte! ¿Cómo podrian resaltar la virtud i la fuerza sin el contraste del vicio i de la debilidad?

El teatro i la novela pueden asumir infinitas formas; pero jeneralmente obedecen al imperio de la habitud en el autor, i en este caso revisten un jenio nacional. En la novela francesa domina por lo comun el elemento social; i ella reproduce preferentemente cuadros de costumbres, estados morales característicos del pais en momentos dados, vicios jerárquicos, aspiraciones políticas o económicas; porque en Francia se vive casi siempre bajo la influencia de la atmósfera esterior i el poeta siente i piensa arrebatado por las fuerzas difusas de las cuales se alimenta. En la novela i en el teatro ingleses sobre-abundan los tipos orijinales i vigorosos que constituyen el drama por su simple movimiento, por la accion i el combate de la pasion que caracteriza a uno u dos personajes que atraen a

si toda la atencion i todos los elementos que se les relacionan; porque la Inglaterra es un pueblo esencialmente individualista, en que cada uno piensa con sus sesos, i obra bien o mal, segun que acierte o se equivoque en la manera de entender la vida i de concebir el deber.

Sinembargo, pueden estas obras literarias emanar de una inspiracion eminentemente sujetiva a impulsos del sentimiento que contiene mayor fecundidad poética. Entónces teneis a *Werther*, a *Atala*, a *Pablo i Virjinia*, a *Graziella*, a *María*.

Descartemos a *Werthers*. Es el abismo bañado por un rayo celeste. Aquel amor es estático i vertijinoso; ensancha un corazon i le estruja; compendia el drama en el misticismo i el *spleen* en el arrebato de la inmortalidad i el delirio del suicidio.

La *Atala* es obra de imajinacion, de imajinacion pura i no sujeta ni complicada por los arranques de una sensibilidad inspiratriz. Obra grandiosa i espléndida sin duda i que responde a un estado psicolójico del poeta, pero que no tiene ni la sencillez, ni la ternura, ni el candor de *Pablo i Virjinia*, de *Graziella* i de *María*.

En la *Graziella* de Lamartine la catástrofe viene de las influencias sociales. St. Pierre i Isaacs han creado una accion mas simple. Sus obras invitan al paralelo. Una i otra son el idilio interrumpido por la muerte. Dos almas igualmente puras que se entregan recíprocamente con la lozanía de su único amor, viven de los deleites de la esperanza i son separadas en la tumba.

Los esplendores de aquellas dos vidas i las amarguras de aquellas dos muertes se encuadran, digámoslo así, en los espectáculos soberbios de dos pedazos de tierra exornados con todos los lujos de la naturaleza.

Dada la prioridad de Saint-Pierre parece que su gloria, resistente al tiempo i a las variaciones del gusto, hubiera de eclipsar la de Isaacs, privándole del mérito de la orijinalidad a que nunca es insensible la crítica. Sinembargo, la sencillez misma del tema destruiria esa observacion. Ninguno de ámbos poetas lo ha creado: es un fenómeno eternamente reproducido miéntras el corazon humano ame i necesite amor. Su concepcion no requiere esfuerzo. Son los accesorios del cuadro i la pintura del talle los que dejan campo al trabajo de la imajinacion; i en este punto, los dos libros difieren entre sí, ya por los caracteres del teatro, ya por los rasgos empleados para espresar el orijen i el crecimiento de la pasion que constituye el fondo del romance. Nada tiene Isaacs que perder en este paralelo.

Por lo demas reputamos superior la *María*, al *Pablo i Virjinia*. Esta encierra una tendencia doctrinaria, i es una forma especial i pintoresca dada por Saint-Pierre a su propaganda exajerada i quimérica en favor del estado de naturaleza, espuesto con otros tonos i colores en sus *Armonías*, en la *Cabaña Indiana*, etc. La *María* es simple i puramente la historia del amor de dos jóvenes. De aquí su limpieza de toda invectiva contra la sociedad i de toda disertacion metafísica.

Pablo sucumbe a su dolor despues de la muerte de Virjinia, i la narracion de su vida pierde brillo i movimiento al pasar por los labios de un anciano misántropo, cuyas reminiscencias amorosas no podian prestarle el fuego i el colorido que tendria en boca del héroe mismo. Esta circunstancia es gravísima, si se tiene en cuenta las condiciones de verosimilitud exijidas por el arte cuando refleja la emocion recóndita i los profundos misterios de una pasion. En todos los romances de su jénero la accion se personifica jeneralmente en el narrador obedeciendo a esta exijencia.

Embebido, pues, el poeta en sus elucubraciones filosóficas, i puesta la historia en labios de un espectador lejano, no podia esperarse que el amor de los héroes fuera espresado por la reproduccion fiel de fenómenos íntimos i de los mil episodios en que se descubren, triviales i sin significado para quien los mira sin ser inspirado por la iluminacion interna. Así nada hai en los amores de Pablo i Virjinia característico ni esclusivamente humano. Su amor es el amor de dos niños o de dos pájaros o de dos flores: es la atraccion de la fuerza armónica i fecundante de la naturaleza.

La narracion de Isaacs es humana, circunstancial, gráfica. El héroe cuenta su amor i su amargura. Ninguna fibra del alma deja de vibrar en su dolorosa historia, ningun incidente esterno olvida, i todo es eficaz, porque todo es sincero: se siente en ella una vitalidad palpitante, i predispone al lector por no sé qué modificacion simpática de la sensibilidad, a reproducir como una lámina bruñida i sonora las iluminacio-

nes i los acentos de la pasion narrada. Hiere todas las fuentes de nuestros propios amores i reimpregna en su caudal estremeciendo todas las cuerdas de la emocion. Nos hace penetrar en el misterio de aquellas almas cándidas i fuertes, en todas sus ilusiones, sus congojas, sus zozobras, sus agüeros, sus presentimientos i sus esperanzas, desde el nacimiento hasta el estrago de su fé. La *María* es mas fuerte que toda indiferencia i que cualquier escepticismo. Lamartine ha dicho que las lágrimas de Virjinia i de Pablo serán siempre contajiosas para ojos de veinte años. Por nuestra parte trasladaríamos de buena gana este elocuente tributo de admiracion al autor de *María*.

Apesar de la sencillez del episodio, hai en la catástrofe de la *María* una singularidad que la diferencia ventajosamente de *Pablo i Virjinia*.—El naufrajio es un espectáculo que cautiva, pero la muerte producida por él, i consiguientemente inesperada, no es un resorte dramático. María sucumbe a una enfermedad hereditaria, cuyas primeras esplosiones amargan las primeras horas de su amor. Su muerte es por consiguiente presentida, esperada. El amor de los jóvenes lucha contra aquella sombría perspectiva, i cuando en la efusion de sus alegrías la alejan por intérvalos, el ave negra les suscita dolientes supersticiones que la reproducen i la fijan tenazmente en su horizonte.

Por fin, la *María* resiste el paralelo respecto de la grandeza i el color de las descripciones de la naturaleza, i excede, cuanto lo hemos notado, en la concepcion del plan, en la sencillez i la eficacia de la narracion, al romance de Sain-Pierre, tenido hasta hoi por el modelo de su jénero, i sustituido en adelante, si no nos equivocamos mucho, a lo ménos en América, por la admirable creacion del poeta colombiano.

J. M. Estrada.

NUEVA VIDA.

Hace poco sentia yo el vacio,
No sabia talvez lo que es amar,
Solo albergaba matador hastío
Que consumia mi calor vital;

Mas hoi yo siento vivida esperanza
Promesa de risueño porvenir,
I placeres sin fin en lontananza
Puros contemplo por do quier surjir!

Alguna vez el lauro de la gloria
Anhelara quizas mi corazon,
Los fastos inmortales de la historia
Contemplara tambien con ambicion.

Mas pasaron los sueños de grandeza
Fantasías que abruman de dolor,
I tan solo deseo tu belleza
Cándida virjen, pudorosa flor!

Cuánta ventura es contemplar el cielo,
Cuando palpita el corazon por tí!
Rasgar la luna de la noche el velo,
Es plácido mirar, amando así!

Ave que trinas, brisa que murmuras
Id al lugar donde mi amor está,
E ignotas melodías, cuanto puras,
Embriagadas de amores entonad!

¡Coronad con tus rayos, sol brillante,
La frente alma, tranquila de mi bien!
Exhalad vuestro aroma, flor amante,
Que ella contigo adornará su sien!

El poeta, tambien, con fantasía
Las cuerdas de su lira haga vibrar,
I en ideal, celeste melodía
Los goces cante del que sabe amar!

1870.

Camilo Rios.

EL DORMILON.

Le someil est un doux essai de la mort. (*Bourdaloue*).

Hace poco, vivia en Part Dieu (convento de cartujos en Suiza) un padre a quien contrariaba estraordinariamente la mas invencible propension al sueño. Con la mejor voluntad del mundo, no podia despertar a las once de la noche para ir a cantar maitines. Pero la naturaleza, que lo habia hecho tan dormilon, lo habia hecho tambien mui buen mecánico. Sin estudio, sin nocion alguna de matemáticas, a fuerza de

reflexion i trabajo, habia trabajado un reloj perfecto. Agregó primero un aparato en forma de despertador que producia un rudo repique, que fué insuficiente. Luego añadió en los ángulos i en el medio del pequeño capitel que coronaba un cuadrante, un tordo, un gallo i un tambor. A la hora fija, todo eso hacia ruido. Durante algunas noches las cosas anduvieron bien; pero al cabo de algun tiempo, cuando eran las once, la campana repicaba, el tordo chillaba, el gallo cantaba, el tambor redoblaba..... i el monje roncaba.

Cualquier otro habria desesperado. El padre, invocando su jénio, construyó pronto una serpiente que, colocada bajo su cabeza, venia siempre a silbarle al oido: ¡Es hora: levantaos! La serpiente fué mas hábil que el tordo, el gallo, el tambor i las campanillas, que no dejaban de hacer tambien al mismo tiempo su tintamarra suplementaria. Todo iba a las mil maravillas: el cartujo no dejaba de despertar. Mas ¡ai! en medio de su gozo, hizo un triste descubrimiento; no se creia mas que dormilon; conoció que era perezoso. Por mas que despertaba perfectamente, vacilaba en abandonar su dura camilla; perdia hasta un minuto en saborear la dulzura de sentirse en la cama, cerrando un ojo i fingiendo dormir. Eso exijia reforma. El relijioso se reconocia culpable, i el mecánico se encontró humillado; el diablo se reia del uno i del otro; era preciso volver a sobreponérsele.

Inmediatamente dispuso arriba de la cama una plancha pesada que caia sobre los piés del perezoso diez segundos despues del caritativo aviso de la serpiente; mas de una vez fué cojo i magullado al coro el pobre padre.

¡Bien! ¿Lo creereis? fuese que la serpiente hubiese perdido su voz de falsete, fuese que la plancha se hubiese hecho ménos pesada con el tiempo, lo cierto es que el viejo estaba mas dormilon; fuese que sus piernas se endurecieran o que hubiese adquirido la criminal costumbre de retirarlas ántes que cayera el castigo, no tardó en sentir la necesidad de otra invencion; i todas las noches, ántes de acostarse, se amarra del brazo un cordel que a la hora fatal tira sin hacer ruido i lo echa abajo de la cama.

¡Sabe Dios qué nuevos proyectos somnicidas revolveria en su cabeza, cuando sintió que se dormia para siempre!.... ¡Dormirse! ¡oh! nó; el ferviente cristiano no juzgó así; i, apesar de su pecadillo de pereza, lleno de confianza en Aquél que perdona: «¡Ah! esclamó al morir, al fin despierto!»—Esas fueron sus últimas palabras.

LUIS VEUILLOT.

LA DEUDA DE LA AMISTAD.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

(CONTINUACION)

Yo le narré la historia de mi vida, triste hacia un mes solamente, durante diez años, al contrario, tan satisfecha por el trabajo, por la tardia pero viva afeccion de mi tia i por la felicidad doméstica, perdida tan pronto

Héme aquí, le dije al terminar, a los treinta años, sumido el resto de mi vida en un profundo dolor, dedicado a educar por mi mismo a mi pobre Mauricio. ¡Ah! yo soi mui desgraciado! ¡Oh! es una cobardía espresarse así, i mejor deberia decir, mi querido Javier, que he sido mui castigado por la fortuna. Pero, por duras que sean a nuestra pobre naturaleza, sé que esas pruebas son una gracia de Aquél que nos castiga porque nos ama, i le pido a Dios que me haga soportar la mas pesada tribulacion ántes que mis labios se entreabran para murmurar contra su divina voluntad.

Javier replicó:

—Sí, concibo que cuando álguien se vé como tú, perseguido por la fatalidad, i herido una a una, en sus mas caras afecciones, encuentre en la relijion una fuente inagotable de consuelos. Dios me guarde de querer privarte de esos suaves lenitivos. En cuanto a mí, debo confesarlo, no me encuentro en ese estado. Yo soi feliz.... me da vergüenza decirtelo a ti tan desgraciado.... tan feliz que muchas veces esa misma felicidad me espanta i temo por mi porvenir. Dios es quien te ha enviado, buen Cárlos. Yo quiero, si no compartir contigo mi felicidad—talvez esto sea imposible en el estado de tu alma—al ménos sacar de nuestros corazones ese bálsamo de la amistad, que, derramado en tus heridas, consiga cicatrizarlas un tanto.

Mi mujer, sobre todo, que es un ánjel, se dedicará a ello mejor que yo.

Yo no podia responder. En medio de las protestas de amistad de Javier, protestas de cuya sinceridad no podia dudar, sentia el corazon oprimido al ver desplegarse tanta felicidad ante un alma tan atormentada como la mia.

Sinembargo, queriendo mostrar serenidad:

—¿I la diplomacia? le dije. ¿Has dado tu eterno adios a esa brillante carrera, que tú seguias a pasos de jigante?

Javier me esplicó por qué habia abandonado en 1848 esa carrera fastidiosa para él. Desde entónces se habia dedicado a la agricultura—rol mas oscuro quizá, pero que le agradaba infinitamente mas.

El órden reaparece, agregaba. *El peso de la patria*, no nos hace encorvarnos. Aquí paso dias deliciosos, entre mi mujer, que es de intelijencia, de buen corazon i de una rara instruccion—la educacion de mis hijos—las musas, que cultivo discretamente, sin que la tinta de imprenta ensucie mis dedos—mi castillo, que acabo de reconstruir—i el campo que siempre me ha gustado i que ahora me tiene apasionado. Hacemos el bien que nos es posible. En el verano, nuestro castillo sirve de casa de campo a aquellos amigos que la suerte ha privado de este lujo tan necesario.....

Iba a seguir, pero de repente se detuvo; yo no respondí. El comprendia que, por la segunda vez, se habia dejado arrastrar mui léjos. A mí me era imposible no decirle desde el fondo de mi alma:

—Pero, imprudente, estais asegurados tú i los tuyos, contra los pesares, las enfermedades, contra la vejez, contra la muerte, contra la peor muerte de las muertes—la pérdida de los que amais—para abandonar asi a otros ese divino bálsamo: la Relijion?.... Ella que consuela, en los dias de duelo, a los que en sus dias prósperos le han sido fieles.

—Perdon, una vez mas, me dijo Javier, apretando afectuosamente mis manos entre las suyas.... Ven a comer con nosotros; yo te presentaré a mi mujer que conoce ya de fama al amigo Cárlos. Estoi seguro que te agradará.

Respondí que Mauricio me esperaba i quedé convenido que al dia siguiente ámbos iriamos a pasar un medio dia a *Val-Thibault*.

—¡Qué desgracia, esclamé tomando el camino de mi casa; qué desgracia si r tan feliz fuera de la verdad! ¡Oh! nó, yo no cambiaria esta vida encantadora, pero en que Dios no aparece, por mi triste vida, que solo se desliza para El!—Quién sabe!—quizas El me envia aqui para cumplir mi deber con Javier, para turbar esa felicidad funesta, esa especie de sueño bajo el manzanillo.

VIII.

Al dia siguiente, salí de mi escritorio un poco mas temprano que de costumbre, i tomando de la mano a Mauricio me diriji a *Val-Thibault*.

El pobre niño que, desde nuestra estadía en * * * no habia tenido otro paseo que andar por las calles, estaba loco con esta escursion.

Pronto dejó mi mano i se puso a jugar corriendo mui léjos, despues sentándose para esperarme, tomando algunas flores del campo, soplando algunas otras para conocer su destino, para saber a que edad se casaria.

A cada recodo del camino, a cada cambio de este risueño paisaje, si las nubes doradas por el sol le representaban altas montañas, si una bandada de pajaritos volaba hácia el cielo entonando sus trinos, Mauricio no podia contener ardientes esclamaciones de júbilo.

No hacia un mes que el pobrecito, al ver sacar de la casa paterna a su madre i sus dos hermanos, habia enjugado las lágrimas de sus ojos, aun ahora recordaba mui a menudo a sus queridos finados; por la mañana i a la noche rogaba a Dios por el descanso de sus almas.

Pero, en ese momento, la indiferencia de la infancia, tenia mas poder. Mauricio respiraba un aire puro; se encontraba libre; gozaba esa libertad del campo que nunca habia conocido; tomaba posesion al mismo tiempo de la vida i de la naturaleza; se divertia. Divertirse a esa edad, es ser feliz. I, apesar de la estraña disonancia de este gozo con mi dolor, yo encontraba un placer en la felicidad del niño, i me parecia un deber procurársela siempre.

Distinto fué lo que pasó cuando llegamos a *Val Thibault*. Bernardo i Sejismundo, herederos de la encantadora gracia de su padre, se apoderaron de Mauricio i lo lle-

varon al parque. Le mostraron sucesivamente los patios interiores, la huerta, la pajarera, el laberinto; lo hicieron trotar sobre *Mac-Ivor*, su buen caballo escoces; le pusieron en los brazos de los bonitos conejos que criaban; lo ligaron con estrecha amistad a *Mahmoud*, el soberbio i cariñoso terranova. Los tres amigos (puedo decir que cuatro, porque creo que *Mahmoud* era de la partida) se tendieron sobre el muzgo e hicieron en el granero (como en otro tiempo su padre i yo en casa de la tia Ladure) interminables juegos de escondite.

Cuando entraron a comer, estaban mui acalorados, casi *muriéndose de hambre*, colorados como granadas, felices mas allá de lo que puede decirse.

Pero ¿cómo no hablaros ya de la mujer de Javier, Gabriela?

Rara i hermosa creatura, a primera vista el tipo de la esposa i de la madre—para quien sabe mirar de frente i sobre todo observar con la vista del cristiano—mui incompleta, sinembargo, apesar de su aparente perfeccion. Le faltaba absoluta i radicalmente el *unum necessarium*.

Ambos eran bellos; la hermosura no en ellos, como en tantos otros, una insignia falaz. No se les podia mirar sin ser arrastrado a amarlos; i despues de haberlos tratado, se descubria en ellos tesoros que a primera vista estaban ocultos.

Este encanto o, si quereis, este atractivo, consistia sobre todo en Gabriela, en dos cualidades que se completan una a otra, i cuyo efecto siempre me ha parecido irresistible: la bondad i la sencillez. Ni su belleza, que era notable, ni su fortuna, que era inmensa, ni los constantes halagos de la suerte, ni un espíritu mui penetrante i mui cultivado, ni los triunfos que por todas partes habia conquistado, habian logrado alterar esa bondad que formaba el fondo de su alma, ni aun producir esa amalgama tan comun: alguna pretension, algo de vanidad, o al ménos esa modestia fingida, esa cara de humildad que son el pan cuotidiano, la moneda corriente en el mundo—hablo de la jente honrada.

Dios habia creado esta alma rica, pura, ardiente i recta; i, aunque la luz cristiana le habia faltado, nada se habia perdido de esa riqueza, de ese ardor, de esa pureza, de esa rectitud nativa.

Cosa casi increible, pero de la que se vé entre nosotros mas de un ejemplo—en pleno siglo XIX, en medio de los brillantes resplandores del Evanjelio—Gabriela no habia sentido el menor rayo; ella habia visto pero no habia mirado; vivia, en materia de relijion, en la misma ignorancia, en la misma buena fé que el salvaje que habita una isla desierta.

Apénas llegados al castillo, i, miéntras los niños corrian por el parque, se habia puesto a conversar.

Con ese tacto esquisito de la mujer, Gabriela me dijo, apropósito de los golpes tan terribles i tan repetidos que habia sufrido, precisamente lo que me debia decir. Como una hermana de caridad que toma cuidados infinitos para mover al enfermo en el lecho del dolor, no tocaba mi corazon sino con una dulzura i un respeto que me enternecian. Sin duda, esto reavivaba un instante mis angustias, pero para calmarlas mas pronto, como el aceite i el bálsamo que se derrama sobre una herida i que amortigua bien pronto el dolor que aumentan al principio.

Hai diversas clases de afijidos. Los unos buscan la soledad i el silencio, el duelo de los estraños les son odiosos; aun los consuelos de la amistad mas abnegada, llegan a ser importunos. Dios solo parece capaz de mitigar los golpes que ha mandado.

No era asi mi dolor. Hasta entónces lo habia encerrado en mi mismo. Por el solaz que senti comunicando mi alma con almas amigas, conoci cuán dura era la soledad a mi corazon i que mi pesar era como esas lágrimas que nos ahogan cuando pretendemos retenerlas, que nos alivian, al contrario, si las dejamos correr—nada digo si las excitamos, si nos complacemos en saborear su amarga dulzura;—nada nos alivia mas que este dolor convulsivo.

Despues de haber conversado mucho i de haberles narrado mil veces—sin que esos buenos corazones se cansaran de oirme—la historia de mi felicidad perdida i la profundidad de mis males, Gabriela no pudo dejar de esclamar:

—¿Nunca habeis llegado a la desesperacion? En cuanto a mi, creo que si Bernardo o Sejismundo estuviesen gravemente enfermos, me volveria loca.

—La desesperacion, respondi, es para un cristiano el mayor de los crímenes; es una vergonzosa ingratitud, una desconfianza en la bondad de Dios. Ese fué el crímen de Caín, ese el crímen de Júdas. El'a es la

puerta del infierno. A falta del Evanjelio, acordaos del Dante. Nó, por la gracia de Dios, si el dolor no me ha de abandonar, confio en que la desesperacion no me dañe ni me abata.

—Yo os admiro. Pòr mi parte, pregunto, ¿qué cosa en el mundo me impediria, si fuera herida en mis mas caras afecciones, perder toda esperanza? No seria seguramente mi conciencia. La desesperacion me parece una calamidad, no una falta.

Caimos entónces en una conversacion.... o mas bien la conversacion llegó a ser un monólogo apénas interrumpido por algunas objeciones i esclamaciones de Gabriela.

La conversacion recaia sobre las dulzuras de la relijion—sobre la relijion misma, la que Gabriela habia mirado siempre como una cruz insoportable i como un medio de esclavizar—sobre las bases de nuestras creencias, sobre el carácter de la vida cristiana, sobre los compromisos que impone, i sobre los consuelos que da.

Sus esclamaciones ya sobre la belleza de los dogmas, ya sobre la maravillosa armonia que descubria entre esta luz que percibia por primera vez i las secretas aspiraciones de su alma; sus esclamaciones eran llenas de esa espontaneidad, de ese candor, de ese fuego de los neófitos cuya sola cercania reaviva el celo de los viejos cristianos i que, en pocos segundos, recompensa los años de apostolado del relijioso que vé encenderse este fuego bajo su palabra.

Gabriela no habia oido nunca la palabra de Dios, i un alma como la suya, no podia permanecer tranquila ante tal revelacion.

Yo, que simplemente creia conversar con buenos amigos, estaba mui sorprendido del jiro que tomaba la discusion, del efecto que producia, con las sencillas reflexiones, sobre esa intelijencia cuya superioridad era incontestable. Nunca habia visto tal ignorancia de los dogmas, nunca tal deseo de preguntar, nunca tal docilidad en seguir la estrella que la guiaba hácia las fuentes del cristianismo, como en otro tiempo a los magos a la cuna del Niño Dios.

Javier no hablaba una palabra. Pero estaba quizá mas perplejo que todos. La súbita curiosidad de Gabriela sobre materias que hasta entónces la habian visto indiferente, admiraba a Javier, tanto como su prontitud en satisfacerla.

Creo aun que, apesar de su gran bondad, concibió algun despecho.

—Bravo, señor teólogo, esclamó aprovechándose de la primera pausa—tú eres siempre aquél que en colejio queria hacerme pasar las vacaciones en la celda del capellan. Francamente, no te creia tan firme. Gozas tú de privilejios que no tiene nuestro cura. Cuando este buen hombre viene, le es permitido hablarnos de sus pobres, de las necesidades de su iglesia; pero no comprometerse en una polémica. Parece que esta prohibicion no se ha hecho para ti.

Iba a contestar que habia sido el provocado, pero Gabriela no me dió tiempo.

—Javier, le dijo, no os riais, os lo pido. El señor me dice, segun parece, cosas mui juiciosas i mui conmovedoras. ¿Querriais que él no me hubiera contestado, faltando a la política, o que yo faltara al amor por la verdad, dejara de interrogarle sobre materias que él conoce i yo ignoro?

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará).

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

T O D O .

Contenido de este número.

I.—*Los precursores de la Independencia de Chile*, por Zorobabel Rodriguez.
II.—Nima, poesia, por Jorje Isaacs.
III.—Historia de Agustin i Margarita, conclusion, por Francisco Gonzalez E.
IV.—La Madre a su hijo, poesia, por M. A. Hurtado.
V.—María, por J. M. Estrada.
VI.—Nueva vida, poesia, por Camilo Rios.
VII.—El dormilon, por Luis Veuillot.
VIII.—La deuda de la amistad, continuacion, por Eujenio de Margerie.
IX.—Solucion de la charada del número anterior.

CERTÁMEN.—Ponemos en conocimiento de los interesados que el premio del Certámen abierto por el *Círculo de Colaboradores* de este periódico, no se adjudicará hasta los primeros dias de marzo próximo venidero.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, enero 22 de 1871. Núm. 173.

LOPE DE VEGA I SUS HIJOS.

I.

Años hace que deseábamos conocer algunos detalles sobre la vida i obras de la jóven i santa hija de Lope de Vega que el mundo conoció con el nombre de doña Marcela del Cárpio, i el claustro con el *no ménos ilustre* de Sor Marcela de San Félix. Pero la falta de datos por una parte i por otra la de ciertos libros que necesitábamos, eran causa de que solo tuviéramos a mano a tal cual indicacion insignificante acerca de su vida, ignorando del todo cual fuese su mérito como poetisa, con cuyo título la saludaba la fama.

Por fortuna la Real Academia Española, deseando dejar fijado el sitio donde fué sepultado el insigne autor de *Don Quijote*, encomendó esta tarea al distinguido literato marques de Molins, quien, al dilucidar esta cuestion, hace la historia del monasterio madrileño de Trinitarias descalzas de San Ildefonso dándonos de paso interesantes noticias biográficas i muestras apreciable del númen poético de la relijiosa Sor Marcela de San Félix.

A la obra del erudito marques (1) debemos casi todo lo que consignamos en estos apuntes, pues solo conociamos ántes de leerla, la tierna i bellísima epístola de Lope en que refiere el monjio de su hija, i las líneas que dedica a ésta Alvarez de Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*.

II.

Lope de Vega amó estrañablemente a Marcela lo mismo que a Lope Félix de Vega, hijos ámbos de sus amores con doña María de Lujan. Ya en 1605, época del nacimiento de la primera, el gran poeta habia regado con lágrimas la senda de su vida. Ardiente i enamorado por naturaleza, parecia predestinado desde la cuna a fluctuar entre las olas de una juventud borrascosa.

Su nacimiento mismo se debia a los celos, segun lo cuenta en una de sus epistolas. Su padre, Félix de Vega, acababa de abandonar a su esposa, prendado de los encantos de otra mujer; pero aquélla, llevada de sus ardientes celos, dejó su morada por seguir hasta Madrid al consorte infiel, siendo fruto de su reconciliacion el famoso injenio que ha dado a España tanta gloria.

Lope cuenta esta aventura de familia en los siguientes tercetos:

Tiene su silla en la florida alfombra
De Castilla el valor de la montaña,
Que el Valle de Carriedo España nombra·

Allí otro tiempo se cifraba España;
Allí tuve principio; ¿mas qué importa
Nacer laurel i ser humilde caña?

Falta el dinero allí; la tierra es corta:
Vino mi padre del solar de Vega:
Así a los pobres la nobleza exhorta.

Siguióle hasta Madrid de celos ciega
Su amorosa mujer, porque él queria
Una española Elena, entónces griega.

Hicieron amistades i aquel dia
Fué piedra en mi primero fundamento
La paz de su celosa fantasía.

En fin, *por celos soi*. ¡Qué nacimiento!
Imajinadlo vos, de haber nacido
Por tan inquieta causa fué portento.

Así vino al mundo este hijo de los celos a quien habia de arrastrar el destino por los senderos mas estraños, haciéndolo recorrer la vida en las condiciones entre sí mas opuestas. Estudiante bullicioso, niño todavia, por ver el mundo abandona la casa paterna sin detenerse a pensar en las lágrimas de su madre; jóven siguió la carrera de las armas, alternando sus duras fatigas con el incesante cultivo de la poesía; escribe en forma de novelas los amores de altos personajes que lo protejen; se despide

(1) *La sepultura de Miguel de Cervántes*.—Un vol.—Madrid Cárlos Bailly Bailliere.—Plaza de Topete (ántes de Sta. Ana).—1870.

mas tarde de sus mecenas por contraer matrimonio con una mujer a quien amaba i cuya temprana muerte hubo de llorar mui pronto; sobre su hogar destruido funda otro nuevo que tambien abate la muerte; i al peso de tanta desgracia no se rinde su alma impetuosa ni se marchita su fantasía. Crea, produce, cautiva con su injenio la admiracion de su siglo i de los venideros. I cuando su alma lacerada ya parece no resistir a tantas pérdidas; el poeta se vuelve guerrero, i embarcándose en la *Armada Invencible*, presencia su destruccion sin encontrar la muerte que buscaba. Solo en el mundo por el injenio, carecia de una familia a quien legar su gloria i su nombre. De su matrimonio con Isabel de Urbina no hubo mas que una hija que al año de su vida pasó a unirse a los ánjeles; (1) su segunda esposa doña Juana de Gardio le regaló un varon i una hembra «que es, dice Montalvan en su Fama póstuma, la mayor dicha que pueden tener los casados, porque el padre quiere a la hija i la madre al hijo, cada uno encareciendo su amor i su gusto.» De estos frutos de su amor solo Feliciana sobrevivió a su padre, pues el primojénito Cárlos Félix no alcanzó a llegar a la edad de la razon. El retrato de este niño, sacado a los cuatro años de su edad, adornaba el escritorio de Lope, ostentando una divisa compuesta de una celada sobre un libro en el que se leian estas palabras: *Fata Sciunt*; con lo que el poeta quiso indicar que su primojénito no tenia en la vida para elejir sino entre las armas i las letras. (2) La muerte de Cárlos Félix segun Montalvan (1) trajo en pos de sí la de su madre. (2) Da a entender Montalvan que esta doble desgracia fué la que llevó al sacerdocio al cristiano poeta; pero es sabido que no tardó mucho en hallar consuelo en sus amores con la madre de Marcela i Lope Félix, la hermosa doña María de Lujan.

Para solo ocuparnos en adelante de la monja Marcela diremos en breves palabras lo que sabemos acerca del destino que le cupo en suerte a Lope Félix. Este jóven, como cuanto era querido a su padre, pasó por la vida como un relámpago brillante. Con grande sentimiento del insigne poeta, Lope Félix sintió desde mui niño una aficion invencible por la carrera de las armas. Era tambien favorecido de las musas, i a los quince años alternó con los mas grandes injenios de Madrid, presentando una glosa al certámen que en 1620 se celebró en honra de San Isidro, justa literaria que forma época en la historia de la Iglesia i de las letras de España.

En vano habria querido su padre que ya tocaba el umbral de la vejez retenerlo a su lado para hacerlo partícipe de sus honores i heredero de su gloria; el valiente mancebo se embarcó en las galeras que iban a combatir contra holandeses i turcos, i despues de haber asistido a algunos encuentros, pereció en un naufrajio frente a la isla de Margarita. (3)

Lope Félix *el mozo*, como se firma en el certámen de San Isidro recibió de su padre repetidas pruebas de cariño. A él son dirijidos sabios consejos, que indican la manera como el gran Lope hacia sus estudios; cosa mui de admirar en un hombre que

(1) A su muerte dedica Lope este tiernísimo

SONETO

Mi bien, nacido de mis propios males,
Imájen celestial de mi Belisa, (1)
Que en mudas voces i con dulce risa
Mi destierro i consuelo hiciste iguales.
Segunda vez de mis entrañas sales,
I, pues tu blanco pié los cielos pisa,
¿Por qué el de un hombre en tierra tan [aprisa
Quebranta tus estrellas celestiales?
Ciego llorando, niña de mis ojos,
Sobre esta piedra cantaré que es mina
Donde el que pasa al indio en propio suelo
Halle mas presto el oro en tus despojos,
Las perlas, el coral, la plata fina....
Mas ¡ai! que es ánjel, i llevólo el cielo!

(2) Lope de Vega, dedicatoria de la comedia *El verdadero amante*.

(1) Anagrama de Isabel.

(1) *Fama póstuma de Lope de Vega.*

(2) Con motivo de la muerte de Cárlos Félix escribió Lope una cancion llena de cristianos afectos, por cuya primera estrofa puede verse cuanto le amaba:

Este de mis entrañas dulce fruto
Con vuestra bendicion, oh rei eterno,
Ofrezco humildemente a vuestras aras;
Que si es de todos el mejor tributo
Un puro corazon humilde i tierno,
I el mas precioso de las prendas caras,
No las aromas raras
Entre olores fenicios,
I licores sabeos
Os rinden mis deseos
Por ménos olorosos sacrificios,
Sino mi corazon, que Cárlos era;
Que en el que me quedó ménos os diera.

(3) Alvarez i Baena.—*Hijos ilustres de Madrid.*

como él parece no hubiera tenido tiempo para estudiar nada con detencion, ocupado como estuvo desde los once años en escribir tantas comedias i poemas de toda especie, cuya sola enumeracion llega a fatigar la mente.

En la dedicatoria de la comedia *El verdadero amante*, dice Lope a su hijo: «Vos me habreis entendido.....si no os inclináredes a las letras humanas, que tengais pocos libros i esos selectos, i que les saqueis las sentencias, sin dejar cosa que leais notable, sin línea i márjen; i si por vuestra desdicha vuestra sangre os inclinare a hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante i no os dará provecho. Tened en esto templanza, no sepais versos de memoria, ni los digais a nadie; que miéntras ménos tuviéredes desto, tendreis mas de opinion i de juicio; i en esta materia, i en lo que os importa seguir vuestros estudios sin esta rémora, no busqueis, Lope, ejemplo mas que el mio; pues, aunque vivais muchos años, no llegareis a hacer a los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir mas premio, i tengo, como sabeis, pobre casa, igual cama i mesa i un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados i me dan concetos. Librariéisos con esto de que os conozcan; que por la opinion de muchos es una desdicha, i así tenia por jeroglífico un hombre docto deste tiempo un espejo en un árbol, a quien unos muchachos tiraban piedras, con esta letra: *Periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sujetos, prosa i verso, i tantos papeles sueltos de varios sujetos que no llegará jamas lo impreso a lo que está por imprimir; i he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones i cuidados; perdido el tiempo preciosísimo, i, llegada la *non intellecta senectus*, que dijo Ausonio, sin dejaros mas que estos inútiles consejos.

«Esta comedia llamada *El verdadero amante*, quise dedicaros por haberla escrito de los mismos años que vos teneis; (1) que aunque entónces se celebraba, conocereis por ella mis rudos principios; con pacto i condicion que no la tomeis por ejemplar para que no os veais escuchado de muchos i estimado depocos.»

El padre que así hablaba en vida a su hijo lo lloró muerto en una dulcísima *égloga pescatoria* (1), en la que despues de referir su naufrajio i doloroso fin, prorrumpe en sentidos ayes diciendo:

Oh mi Felicio, oh mi Felicio,
Cuando tu airoso talle imajinaba,
Bizarro de colores,
Con mas plumas que el pájaro fenicio,
¿Así mis años, que esperé nestores,
Cubres de triste i miserable luto
Siendo tú fin de mi esperanza el fruto?
¿Para qué quiero yo vida sin verte?
¡Ai! perezosa muerte,
Contraria del estilo sucesivo
De la naturaleza,
Pues para mas rigor de tu fiereza
Lo que debe morir perdonas vivo,
Pues muere quien tan tierna edad vivia
I vivo yo cuando morir debia!
.....

Rudos golpes eran éstos para una alma tan apasionada como la de Lope de Vega; tocaba el invierno de la vida i se hallaba casi solo. Dos hijas solo le quedaban; Feliciana no le pertenecia ya, pues habia contraido matrimonio con un caballero de Madrid, llamado don Luis Usategui. Marcela solamente vivia con él, pero el pobre anciano ignoraba que esta hija debia abandonarlo tambien.

No le quedaba pues, si no la gloria, esa brillante quimera que al fin i al cabo cuesta tantas amarguras, no alcanzando a satisfacer a almas tan elevadas como la suya. Necesitaba afectos i la tumba se habia interpuesto entre él i sus amores. Entónces el caballero cristiano se acordó de su Dios; i el guerrero el cortesano el enamorado, se trocaron en el humilde sacerdote de Cristo; i así, despues de haber probado todo cuanto la vida puede ofrecer, sus últimos dias se consagraron a la caridad i la penitencia.

No sin enternecimiento recuerdan los contemporáneos los años postreros del ilustre anciano. Era como un sol que a mediodia se apaga en todo el esplendor de su luz. Para Lope no hubo ocaso. Aquella fantasía prodijiosa que no abatian los desengaños no se rendia ni a la edad misma. Lo-

(1) Catorce años.

(1) Felicia. Egloga pescatoria. — A la muerte de Lope Félix del Carpio i Lujan.

pe sacerdote continuó siendo gran poeta.

Pero él vivia tambien de nuevos afectos, la fé lo sostenia i la esperanza le allanaba el camino que le quedaba por recorrer.

Se vió muchas veces al noble anciano practicar las virtudes de Tobias, cavando él mismo con sus trémulos brazos la fosa donde luego deponia el cadáver de alguno de sus hermanos en el sacerdocio. Así lo testifican muchos que lo vieron practicar esta obra de misericordia. La oracion i la plegaria lo acompañaron hasta el fin de su camino; i al tocar los límites de la vida su alma se ensanchaba respirando los perfumes de la otra ribera.

Su muerte fué la de un santo; así lo cuenta el doctor Juan Perez de Montalban, que refiere estensamente sus últimos momentos: «Oyendo salmos divinos, letanías sagradas, oraciones devotas, avisos católicos, actos de esperanza, profesiones de fé, cristianas aclamaciones i llantos amorosos, los ojos en el cielo, la boca en un crucifijo i el alma en Dios, espiró la suya, al eco del dulcísimo nombre de Jesus i de María, que aun mismo tiempo repitieron todos. (1)

Sin duda que junto al lecho del moribundo velaria como hija amante Feliciana de la Vega. El anciano sacerdote la deja en su testamento recomendada a las bondades del duque de Sesa, que tanto lo habia favorecido en su larga carrera.

(*Continuará.*)

ENRIQUE DEL SOLAR.

FRAGMENTO DE LEYENDA.

En dulces sueños i tranquilos juegos
Pasaba Alberto la niñez primera,
Sin pensar en mañana se adormia
En el regazo de su madre tierna.

Su vida deslizábase süave
Cual se arrastra el arroyo en la pradera,
Tranquilo el corazon, sin ilusiones;
Con dulces goces; sin amargas penas.

Yo recuerdo tambien aquellas horas
Las mas dulces; pero ¡ai! las mas lijeras,
Entre los brazos de mi amada madre
Cuán deleitosas sus caricias eran!

¡Oh cuan bello es vivir cuando es la vida
El dulce bien que el corazon desea!
Ah cuan dulce es vivir sin ilusiones!
Cuán hermosa es la edad de la inocencia!

¿Por qué huyeron tan presto aquellas horas?
I mi dicha por qué voló con ellas?...
Me era dulce vivir porque la vida
Hermosa en esa edad se nos presenta.

Cuando en los brazos de amorosa madre
I cuando el labio apénas balbucea,
Alzando a Dios plegaria fervorosa
Con piedad infantil, con fé sincera;

Cuando blandas caricias nos arrullan
I el labio maternal la frente sella,
Cuando el amor a Dios, él nos infunde,
O ya las reglas de virtud severa;

I cuando sin temor la frente erguida
Al cielo levantamos pura i terza
¡Entónces si, que nuestra vida es dulce!
¡Entónces si, que es bella la existencia!

Así pasaba Alberto
Sus infatiles años,
Colmado de delicias;
Sin pesares amargos.
Mas súbito sus gustos
I sus juegos cambiaron,
Que ya las ilusiones
Comenzaban su engaño.
Blando era ayer su sueño,
Hoi inquieto i turbado,
Que el corazon ya late
Su existencia ajitando.

Hoi vé en el mundo un piélago
De dichas i placeres,
Lo porvenir espléndido
Preséntase ante él.
Son sus sueños fantásticos,
Es su vivir alegre,
Mil ilusiones májicas
Contemplando a la vez.
Late en el pecho, férvido
Su corazon de jóven,
Que ansia en vuelo rápido
Las horas ver pasar;
Con la pupila fúljida
Lo porvenir devora,
Que un sentimiento incógnito
Su pecho va a ajitar.

(1) *Fama póstuma.*

¿Qué era ese cambio? Alberto lo ignoraba;
Solo sabia que en su inquieto afan
Goces sin cuento el corazon hallaba,
Dulces, mui dulces, pero ansiaba mas.

Salia de la infancia de la vida,
Principiaba a existir su corazon,
Esa existencia dulce i escondida
De ese ser que en el hombre puso Dios.

Es nuestra vida en esa edad primera
Un cristalino i apacible mar
Sin tempestad, sin ondas, sin ribera
Do no brama jamas el huracan.

En medio de tan dulce i blanda calma
El corazon conduce su bajel,
Rielando en dichas, sosegada el alma,
Lánguidas brisas viénenlo a mecer.

Súbito en lontananza se divisa
Tapizada de flores i verdor,
Encantada ribera cuya brisa
Perfuma de la mar la ancha estension.

El corazon ajítase vehemente
De tan dulces encantos por gozar,
Ora finjiendo plateada fuente,
Bellos jardines, bosques de arrayan.

Rompe la quilla la onda cristalina,
Resbala en tanto rápido el bajel;
Mas es despacio aun, porque imajina
No alcanzar a gozar tan bello edén.

Llega por fin a la feliz ribera;
I halla solo una vasta soledad.
Avanza el paso. La jentil pradera
Miraje fué que se perdió al llegar.

Así sucedió a Alberto cuando encontrar creia
Placeres i bellezas encantos por do quier,
Halló que eran dolores los goces que veia
I vió las ilusiones perdidas para él.

Cuan despreciable encuentra lo que en con-
(torno mira,
No hai en el mundo nada que sacie el corazon;
Que son sus goces falsos i sus glorias mentira
I solo es verdadero el tedio i el dolor.

Su corazon ardiente ayer no mas se alzaba,
Hoi abatido late perdida la ilusion;
Ayer con sus amigos feliz se recreaba
Hoi solo encuentra en ellos ingrata decepcion.

Mas no a las almas nobles, ni ardientes cora-
(zones
Los postra desmayados la ruda adversidad.
Jamas, que la pelea no aterra a los leones
Ni abate al alto roble el fierro vendabal.

Jamas, porque si un dia Alberto dió un jemido
Ante el dolor acerbo impávido está hoi;
No es justo que las penas del mundo envilecido
De un hombre despedacen el noble corazon.

Santiago, noviembre 26 de 1869.

R. Larrain C.

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,

por Miguel Luis Amunátegui.

(conclusion.)

V.

Lo que a nuestro juicio agrava el defecto que notamos i hace mas injustificable esa malévola i minuciosa espurgacion de los años que fueron es el enlace, débil casi siempre i nulo a veces, que existe entre el procedimiento i el objeto ostensible que el autor se propone. Si, como hemos creido comprenderlo, el señor Amunátegui en el libro de que damos cuenta ha tratado de manifestarnos todos los obstáculos que se oponian a la revolucion, nos atrevemos a pensar que hai en el tomo primero mas de un capítulo perfectamente inútil para la realizacion de tal propósito.

No haremos hincapié en lo que el señor Amunátegui llama con tanta insistencia *el dogma de la Majestad real*, aun cuando en los capítulos que ha dedicado al asunto el autor se muestra mas celoso por probar su tésis, amoldando a ella los hechos que de esponer éstos dejando al lector el grato trabajo de deducir las consecuencias; pero, si, nos atrevemos a preguntar a todo hombre juicioso i despreocupado: la facilidad que tenian los conquistadores i sus descendientes para ver en todas partes prodijios, verdaderos o imajinarios realizados en su favor ¿cómo podia constituir un obstáculo para la revolucion? En hora buena que los conquistadores creyesen en consejas, i que viesen casi en todas partes marchar a la

Virjen María i al apóstol Santiago a la vanguardia de sus diminutos escuadrones de aventureros; mas en verdad que no se nos alcanza como esta credulidad excesiva, este fanatismo, esta pretension de contar con la ayuda del cielo haya retardado o dificultado el advenimiento de la independencia i de la república.

Si los españoles creian firmemente que el cielo los ayudaba de un modo sobrenatural i maravilloso, era por cuanto ellos se proclamaban defensores i propagadores de la única relijion verdadera. Venian a conquistar nuevos imperios para la fé de Cristo, a derramar entre bárbaros jentiles la luz del Evanjelio, a plantar la cruz en un mundo que la desconocia ¿qué mucho entónces que se creyesen especialmente favorecidos por Dios i por sus santos? Pero si esos fervorosos creyentes del siglo diez i seis hubiesen vivido con su misma fé relijiosa a principios del presente siglo ¿qué obstáculos les habria ella presentado para abrazar la causa de la revolucion i proclamar la independencia? La fé ardiente i aun poco ilustrada de muchos de los que vivian en 1810 ¿les impidió acaso formar en las filas de los insurjentes i merecer el nombre de padres de la patria?

La fé; i aun si se quiere el fanatismo relijioso de los conquistadores, desempeñó sin duda un papel importante en la sociedad colonial, de tal manera que no careceria de interes, nó la narracion prolija de la crónica milagrosa de aquellos tiempos, como la intentada por el señor Amunátegui, sino el estudio de sus consecuencias i efectos.

No nos toca hacer ese estudio, ni siquiera indicarlo; pero ¿quién no comprende la perseverancia inquebrantable, la enerjia casi sobrehumana i el entusiasmo constante que debió producir esa fé ciega en el ánimo de los conquistadores del nuevo mundo? Nosotros que no osariamos saludar jamas con el título de héroes, ni a un Francisco Pizarro, ni a un Hernan Cortés, ni a ninguno de los famosos ladrones i asesinos de su jaez, hemos creido siempre que muchos hechos de aquella época que nos parecen estraordinarios i muchísimos que realmente lo son sin que lo parezcan, no se habrian realizado o serian de todo punto inesplicables, sino se esplicaran por la enerjia casi sobrenatural que da al hombre una ardiente conviccion relijiosa.

Sea ello como fuere, si el señor Amunátegui ha hecho un retrato fiel de la credulidad de nuestros antepasados, no cabe duda que en el libro de que nos ocupamos ese retrato está fuera de su lugar: no hai armonía entre él i el conjunto, no conduce a nada ni prueba nada de lo que se quiere probar.

VI.

Pasando ya de estos vacios, exajeraciones i estravagancias del libro del señor Amunátegui a lo que constituye su esencia i su plan, cúmplenos agregar un nuevo reparo al que hacíamos al principio de este artículo cuando señalábamos el abismo insondable i sin puente que separaria al tomo segundo del primero. Entónces dijimos: si, segun el autor, no habia en la colonia nada que hiciera presajiar la independencia, si todo cooperaba al afianzamiento i a la subsistencia indefinida de aquel réjimen ¿cómo se esplica que en pocos años unos cuantos hombres de buena voluntad lograron arrancarlo de raiz i reemplazarlo por el que actualmente tenemos?

Esta consideracion basta para convencernos *a priori* de que el plan adoptado por el señor Amunátegui adolece de algun vicio radical. I en efecto, basta reflexionar un instante para descubrirlo.

Casi donde quiera que el autor descubre i señala alguna medida sabiamente tomada por la metrópoli para perpetuar su dominio, nosotros no vemos otra cosa que semillas revolucionarias i combustibles para el grande incendio que se venia preparando. El despotismo minucioso i hasta repugnante de los monarcas españoles, la suspicacia estrema con que procuraban mantener en la ignorancia de sus derechos a los colonos, no podian ménos de producir al fin i al cabo una reaccion irresistible en el sentido de la libertad i de la independencia. Las leyes pueden hacerlo todo; pero no pueden cambiar la naturaleza humana ni arrancar del corazon del hombre aquellos sentimientos innatos e indestructibles, que son superiores a todos los estados sociales. Las costumbres, los hábitos, las creencias, las preocupaciones, pueden sin duda amortiguarlos, enervarlos i neutralizarlos por cierto tiempo; pero no hai nada que

pueda estinguirlos de una manera definitiva i absoluta.

Le aconteció a España con sus colonias lo que suele con sus hijos a ciertos padres timoratos en demasia. Imajinándose que es cosa hacedera enmendar la plana a la naturaleza i prescindir de sus leyes i de sus exijencias toman sabiamente sus medidas, no para dirijir hácia el bien los sentimientos exhuberantes de la adolescencia, ni para aplicar a las virtuosas i patrióticas empresas la poderosa palanca de las pasiones juveniles, sino para imponerles silencio, para apagarlas i estinguirlas. Imajinándose tontamente que las pasiones son malas en sí, batallan i trabajan por hacer de sus hijos seres esteriormente humanos, pero interiormente mónstruosos.

Las consecuencias de este sistema absurdo de educacion son harto conocidas. Mas tarde o mas temprano, si la víctima no sucumbe en la prueba, la naturaleza hace su oficio: una terrible reaccion se opera: todos los diques que parecian inamovibles son despezados en un instante, i un dia el padre temerario llega a convencerse, aunque tarde, de que su mal dirijido celo por ahogar en jérmen los instintos i las pasiones del niño, solo ha logrado hacer mas fuerte i deplorable el estallido.

El descubrimiento i colonizacion de la América dotó a los monarcas españoles de una numerosísima familia, que como era natural se propusieron educar segun las ideas i costumbres que se tenian entónces por mejores. Si hubiera estado en sus manos la habrian encerrado en un convento; mas, ya que esto no les era posible, trataron de hacer pesar sobre el continente americano una lejislacion calculada para transformarlo en algo como un inmenso monasterio. Un doble muro de circunvalacion impedia que los educandos se pusiesen material o moralmente en contacto con el resto del mundo. El estranjero era considerado como impuro i la lei castigaba cualquier intento para cegar el abismo que lo separaba del americano: con él el comercio era un delito, el cambio de ideas una abominacion, i los enlaces de familia gravísimos negocios de Estado, que de ordinario concluian mal para los que tenian la temeridad de contraerlos.

Pero a pesar de este cordon satinario, no tardó la esperiencia en demostrar que tambien reza con los reyes poderosos el adajio español que asegura no es dado poner puertas al campo. Llegada la primera oportunidad pudo verse que las que se creian vallas impasables habian sido pasadas por todos cuantos tenian interes en pasarlas, por los estranjeros, por las ideas i por las patrióticas aspiraciones. La política española habia logrado talvez demorar por algunos años el estallido; pero ni habia logrado impedirlo ni evitar que tomase con la demora mayor fuerza.

Nos atrevemos, pues, a afirmar que el receloso despotismo del gobierno español i la direccion forzada i absurda que trató de dar a los pueblos americanos, léjos de hacer mas sólido i duradero el edificio colonial, como lo cree el señor Amunátegui, contribuyeron poderosamente a derribarlo.

Si álguien lo duda imajínese que las cosas hubieran sucedido de otro modo; suponga por un momento que España, mejor aconsejada, hubiese dejado vivir, respirar i moverse a las colonias en libertad completa, respetando sus derechos, apoyando con desinteres sus primeros pasos, siendo en fin en todo i por todo, no su esplotadora insaciable, sino su noble protectora. ¿Qué habria sucedido? Mui probablemente lo contrario de lo que sucedió. Sino imposible, la revolucion de la independencia habria sido mil veces mas difícil de lo que fué; i por lo tanto mucho mas árdua habria sido tambien la tarea de sus *precursores*. En efecto, si fué obra de romanos encontrar quienes quisiesen tomar sobre sí el peligroso papel de echar abajo la puerta de la libertad que los monarcas castellanos mantenian cerrada con llave, con tranca i con cerrojo, habria sido mucho mas árdua empresa encontrar quienes hubieran querido darse el trabajo de ponerse en campaña para abrirla, estando de par en par abierta.

Estas consideraciones no tienen por objeto demostrar que la revolucion de la independencia fué una empresa vulgar, ni por lo tanto menoscabar el mérito de los que la iniciaron i le dieron feliz remate. Nada de eso: lo único que ellas prueban es que no ha andado exacto el señor Amunátegui al tomar nota minuciosa de todas las pequeñeces que constituian el despotismo de la metrópoli como de otros tantos eslabones de la cadena que impedia a la América desplegar sus alas i subir a las puras rejiones en que hoi se cierne. Esos

eslabones eran mas pesados i numerosos que sólidos: mui propios para hacer odiosa la servidumbre, eran de todo punto ineficaces para perpetuarla. Así fué que cuando unos pocos dieron el primer grito de libertad, ese grito encontró por do quiera un eco simpático, porque él apénas importaba otra cosa que la manifestacion pública de los sentimientos, de las necesidades i de las aspiraciones que existian en el alma de la sociedad colonial i en las íntimas palpitaciones de su corazon, oprimido i adormecido; pero ni estenuado ni muerto.

VII.

Digamos para concluir, algo sobre lo que tiene de interesante e instructivo el libro que analizamos.

Como ya lo hemos insinuado, el tomo de que damos cuenta, por los documentos que contiene, es un verdadero museo de antigüedades nacionales en el cual hai mucho que ver i no poco que estudiar. Uno se asombra realmente al considerar la paciencia del autor para buscar i la fortuna con que casi siempre encuentra lo que necesita. No se satisface con darnos la relacion auténtica i oficial de los sucesos, sino que de ordinario sube hasta las causas que los produjeron i sigue su desarrollo hasta tocar su desenlace. Leyendo la historia oficial de la colonia tal cual puede leerse en el libro del señor Amunátegui, se esperimenta una doble sorpresa: sorpresa de que hayan quedado consignadas en documentos públicos tantas pequeñeces, i sorpresa mayor aun de que despues de tantos años haya sido posible reunir ordenadamente en un haz los elementos dispersos de esa historia.

Bajo este aspecto el libro que analizamos tiene un mérito indisputable, i sin temor de equivocarnos podemos asegurar que él contribuirá poderosamente a la iluminacion de nuestro oscuro pasado. Mérito es éste que no alcanza a ser desvirtuado por las omisiones, exajeraciones i errores que hemos hecho notar mas arriba, ya que ofreciéndonos el libro premisas ciertas i abundantes, cualquier error en las consecuencias es de fácil enmienda. Con los documentos a la vista cada lector podrá juzgar de la solidez del plan, de la exactitud de las apreciaciones, i de la lejitimidad de las consecuencias.

La exhumacion i coordinacion de los documentos antiguos no es por otra parte, como suele creerse, esclusivamente una obra de paciencia i de tiempo: ni para realizar tales trabajos basta vencer la natural repugnancia que inspiran al olfato i al tacto ese olor i ese polvillo especial de los rancios mamotretos de que nos habla el señor Amunátegui. Como quiera que la obra requiere tambien en quien la acometa un instinto especial para buscar lo que se necesita allí donde puede o donde debe encontrarse, instinto que es el fruto de una instruccion vasta i que supone trabajos e investigaciones anteriores.

Por lo que respecta al estilo, el del señor Amunátegui es harto conocido para que nos detengamos a caracterizarlo. Siempre correcto, llano i casi humilde, jamas peca de rebuscado o de ampuloso. Como un arroyo de pequeño caudal que corre por un terreno poco accidentado, es claro i trasparente: no se descubren en él ni las espumosas cascadas de una rica fantasía, ni las turbiezas de la pasion.

Esta sencillez de estilo ha sido siempre característica de los grandes escritores, que instintivamente casi desdeñan los oropeles i relumbrones en que tanto suelen complacerse los principiantes i los adocenados. Empero nada es ménos fácil que deslizarse por la suave pendiente de lo sencillo sin caer en los hostigosos vericuetos de lo vulgar. El señor Amunátegui cae a veces. En su empeño por no levantar los piés mas de una pulgada de la tierra, los arrastra de cuando en cuando.

En otras ocasiones por no precipitarse, sin hacer ántes las debidas esploraciones, marca el paso i mueve sus piernas como si anduviese, sin avanzar un punto. Entónces mastica hasta dejarlo de sobra lo que una vez se ha llevado a la boca sin decidirse a tomar un nuevo bocado. Valiéndonos de una comparacion, cuya vulgaridad se nos perdonará en obsequio de su exactitud, podria decirse, que en tales casos el señor Amunátegui hace con la idea que ha caido en su cerebro como con la levita que encuentra al despertarse a los piés de su cama: la usa sin misericordia miéntras le es posible hasta el instante en que otra se presenta a relevarla. No se crea sinembargo que este servicio excesivo que el señor Amunátegui impone a ciertas ideas, proviene de que las ideas le hagan falta; nó, proviene de cierta propension mui fuerte

en él a aferrarse a lo encontrado i conocido: le cuesta despedirse de una idea, como le cuesta despedirse de un amigo, como vacila i sufre ántes de volver las espaldas a una conviccion o a un sistema cuya falsedad ha descubierto.

Por lo demas esta propension a aclimatarse i esta dificultad para despedirse, no constituyen en nuestro concepto un grave delito literario, tanto ménos cuanto que en este mismo instante nos sentimos bajo su influencia. Hace ya un buen rato que debiéramos haber escrito la última palabra de este artículo, i aun no nos resolvemos a marcar el punto final. ¿Ni cómo habiamos de resolvernos sin espresar ántes la confianza que abrigamos de que el señor Amunátegui, cuya última obra ha recibido por la prensa elojios tan desinteresados i honrosos, se dignará aceptar con benevolencia nuestras observaciones, mas honrosas que los elojios, porque si éstos son la moneda de los que bien se quieren, aquéllas son la moneda de los que se estiman a si mismos i estiman a la verdad en mucho.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

FIRMEZA.

En horas de pesar o de alegria
Solo tu nombre aclamo,
I aunque te encuentro indiferente i fria
Yo siempre fino te amo.

Eres tú sola la ventura i gloria
De mi feliz deseo,
I a mi lado, fantástica, ilusoria,
Tu imájen pura veo.

Tu acento regalado de ternura
Acaba mis enojos,
I disipa del alma la tristura
La lumbre de tus ojos.

I te amo con delirio, mis amores
A ti sola confio,
I aunque halle espinas en lugar de flores
He de amarte, bien mio.

1864.

M. A. HURTADO.

LA DEUDA DE LA AMISTAD.

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

(CONCLUSION)

Despues de comer, Javier me propuso ir a fumar un cigarro a la luz de la luna.

Miéntras recorriamos las calles del parque, recordábamos la casa del arrabal de Roule i el orijen de nuestra amistad. Yo no encontraba palabras para decirle a Javier cuanto me habia agradado su mujer.

—Le falta, sinembargo, alguna cosa, segun tu parecer, dijo; i tú encuentras a Gabriela mui ignorante en materias relijiosas.

—Estad seguro que ese algo no le faltará mucho tiempo, respondí. En cuanto a su ignorancia, rara en verdad en una mujer, hace resaltar mejor la admirable buena fé de Mme. de Zelther.

—¿Quieres que te dé la esplicacion de esta ignorancia? me dijo. Hai en esto, como dicen los filósofos, un fenómeno psicolójico que merece ser estudiado.

Supe, segun me dijo Javier, que Gabriela de Saint-Eudes (quizá este nombre haya sido el nombre de la relijion de su abuelo) era nieta de un relijioso esclaustrado.

Convencional mui moderado, despues baron del imperio, M. de Saint-Eudes nunca le habia perdonado a Dios ni a la relijion el crimen de apostasía que pesaba sobre él. Por esta causa habia dado a su hija única, la madre de Gabriela, una educacion profundamente volteriana. Despues, habiendo muerto su hija i el marido de ésta, el viejo renegado aplicó en su nieta el mismo sistema pedagójico.

Empleó toda clase de recursos intelectuales para oponer entre su nieta i la relijion una barrera insuperable.

Esto parecia difícil. Gabriela no tenia rastros de esa risa sardónica de su madre i de su abuelo. Aunque llena de malicia infantil i viveza, era buena, tierna, accesible a las dulces emociones, amiga de los desgraciados.

Yo no sé por qué resto de preocupacion de su madre, Gabriela habia sido bautizada. Pero no hizo su primera comunion. Se le buscaba sus compañeras entre mil, teniendo cuidado de eliminar aquéllas en que quedaba algo del cristianismo. Las casas a

donde la llevaba su aya—discípula de Hilvecio—eran aquéllas en que la relijion era considerada como una simple ridiculez.

Gabriela pasaba una gran parte de su vida en la compañía del viejo baron, i éste se conducia con tal tino, que vió colmadas sus esperanzas. Cuando Gabriela se casó, queria respetuosamente a su abuelo, tiernamente a sus amigas i a los pobres, apasionadamente la música i la poesía, i se preparaba para mezclar estos deleites con la afeccion que profesaba a Javier. Jesucristo era para ella como Júpiter, Osiris, Odin o Brahma, un personaje mitolójico.

IX.

Despues de la conversacion que tuvimos en *Val-Thibault*, Dios ha sido el constante anhelo de Gabriela.

Acosaba a Javier con cuestiones que éste no podia resolver. I cuando el cura fué a comer al castillo, Gabriela le anunció que el veto se habia suspendido.

Yo volví muchas veces a *Val-Thibault*. Ambos me hacian el mejor recibimiento. Ella no me hablaba casi de relijion, pero yo sabia que tenia frecuentes conferencias con el cura. Creia en su conversion i que ésta causaria la de su marido. Me regocijaba, en medio de mis penas, pensando que iba a comenzar a pagar mi deuda de reconocimiento i amistad.....

Un dia Mauricio cayó enfermo; a los ocho dias sucumbia a la misma enfermedad que habia llevado a la tumba a su madre i hermanos.

¿Qué decir de mi dolor despues de esta catástrofe?.... Perdia mucho ménos de lo que habia perdido, hacia seis meses cuando la muerte me llevaba a mi mujer i mis hijos; pero ahora perdia lo único que me quedaba.

Javier i Gabriela emplearon conmigo las atenciones de un hermano....

Ocho dias despues de haber puesto en tierra a mi pobre Mauricio, me dirijia por última vez a *Val-Thibault*.

Mis amigos salieron a recibirme teniendo en los labios esa misma sonrisa que tantas veces me habia consolado.

—Queridos amigos, les dije, yo parto para San Sulpicio. Sin duda Dios, para que le sirva directamente, ha querido romper el único vínculo que me ligara a la tierra. Voi a tomar las órdenes.

—¿Qué fuerza hai en la relijion, me dijo Gabriela, que la desgracia en vez de sumiros en la desesperacion, os conduce a una vida llena de abnegacion?.....Yo quiero que lleveis del mundo un consuelo; serán las primicias de vuestro apostolado. Vuestras palabras me han conmovido. El domingo recibo la absolucion.

Di gracias a Dios, a mis amigos, abracé lleno de lágrimas a Javier i partí.

.....

Seis meses despues recibí una carta de Javier:

—«Querido amigo, me decia; tus lecciones han dado sus frutos. ¡Yo tambien soi cristiano!....

«Hemos perdido a nuestro Sejismundo. Nuestro hijo mayor, en quien creia encontrar todos los encantos de su madre, i cuya intelijencia tomaba ya un desarrollo que me encantaba, ha muerto en nuestros brazos, en medio de los mas crueles dolores.

«Su muerte ha sido la de un santo. Frecuentemente repetia, que moria contento porque creia que tal era la voluntad de Dios.

«La resignacion de Gabriela ha sido mas admirable. Ha llorado mucho; pero ella me ha exhortado a la sumision, venciendo su propio dolor. Sus acentos han alcanzado mas de lo que se proponia. Queria solamente que no murmurase de Dios; pero ahora me encuentro con valor para bendecirle.

«He creido que nada podria serte mas agradable que saber este resultado que tú siempre has perseguido, con tus esfuerzos i tus oraciones desde los dias del abate Iran.

«Tu antiguo amigo.

«Javier de Zelther.»

Yo caí de rodillas.

—¡Gran Dios, esclamé, cuán preciosa es una alma a tus ojos! Si es permitido sondear las miras de la Providencia, pregunto si no ha sido necesario que yo pierda a mi mujer i mis hijos para salvar a Javier? No ha sido necesario que se presentase ante él, el espectáculo de una madre resignada con la muerte de su hijo, para convertir a un esposo? ¿Cuántas almas heridas para salvar una sola?

Ahora que he sido, oh Dios, el primer

eslabon de esta cadena que os une a Javier, conozco que he pagado mi deuda de amistad.

EUJENIO DE MARGERIE.

ENVIDIA.

Los colejiales tienen sus vacaciones, los tinterillos su feriado, solo *nosotros los periodistas* no tenemos ni vacaciones ni feriado. En fin, con algo hemos de pagar el honor que todo el año se nos hace leyénnos i llamándonos *publicistas*.

Triste es ver cómo para cada cual llega un dia en que ya nada tiene que hacer mas que arreglar sus maletas i tomar el tren del norte o del sur o el carruaje que debe conducirlo al lugar de sus vacaciones, triste es ver como a cada hora pasan por nuestra ventana carretas que jimen bajo el peso de un mundo de muebles, coches llenos de jente vestida de viaje i que con su cara de pascua parece va diciendo a todos los que nos quedamos en Santiago: ¡huichi! me voi al campo! ¿I tú?

¿I nosotros? Nosotros nos quedamos aquí, azándonos vivos casi solos en esta ciudad desierta i obligados a trabajar cuando todo el mundo no piensa mas que en holgarse.

Por primera vez en la vida hemos conocido ese mónstruo enjuto, pálido, de ojos torvos i de cárdenos dientes que nos describe el poeta latino i que en romance se llama envidia. ¿Qué mas tienen ellos, hemos dicho, pensando en vosotros, queridos lectores, perdonadnos, qué mas tienen ellos para tener el privilejio de las buenas i sabrosas vacaciones, miéntras nosotros nos estamos aquí mal de nuestro grado quemándonos vivos i, lo que es peor que eso, trabajando? ¡Quién fuera como ellos! ¿I no es verdad que este pensamiento es envidioso?

Pero lo que hai de cierto en el asunto es que con nuestra envidia i todo, con todas nuestras infulas de escritores públicos etc., etc., estamos irremediablemente condenados a no descansar cuando i como descansan todos los que jamas han sido ni serán escritores ni talvez siquiera lectores.

Me imajino como si lo viera lo que vosotros estais haciendo a la hora en que esto escribo, ¡desgraciado de mí! solo porque, como dicen, *la necesidad tiene cara de hereje* (i ojalá fuera solo la cara lo que la picara tiene de hereje) me imajino, digo, como si estuviera viéndolo, lo que vosotros haceis en este momento.

Habeis pasado un dia delicioso, que se han dividido el baño, la buena comida, la lectura (si os gusta), la siesta (de esto no dudo) el caballo i qué se yo cuántas buenas cosas mas. Han llegado las primeras horas de la noche. I ora os imajino en sabrosa charla al son del romántico canto de los zapos, tomándoos un mate de leche de chuparse los dedos, ora paréceme veros rodeados de la guitarra aplaudiendo alguna salada cancion andaluza, que tan bien saben ejecutar las chilenas o acompañar con vuestro entusiasta palmoteo la campestre *cueca* que por esta vez reemplaza con ventaja a la mazurca, la polka i las cuadrillas de Santiago. No podeis negarme que el contraste es grande. ¡Triste condicion: estar surciendo de mala gana un desaliñado artículo, verdadero prisionero bajo palabra de honor con la ciudad por cárcel, forzado a trabajar como todo el año cuando todos, todos, hasta los que no tienen de qué descansar, descansan!

¡Paciencia i barajar! dice el refran. I estoi con el refran, porque no hai mas que hacer.

Vosotros, caros lectores, os estais mui alegres i sosegados en vuestras haciendas, vuestras chacras o vuestros baños de mar; i allá va a buscaros, siempre fiel, vuestra buena amiga «*La Estrella de Chile*»; emprende largos viajes solo por daros un momento de placer. Recibidla bien en retorno de tantas finezas.

Si la encontrais insípida a la infeliz, no os enfadeis con ella; pensad mas bien en que la pobrecita no tiene vacaciones i está de mala gana, con sobradísima razon. Acordaos que durante toda esta temporada queda entregada a sus propias fuerzas. Sus colaboradores han ido marchándose uno a uno i quedádose ella sola conmigo a quien parece haber visto mas cara de bobo, cuando solo a mí me ha detenido a su lado. ¡Bien! ¡Sea por amor de Dios!

Santiago, enero 19 de 1871.

BENIGNO CÓNDOR.

MODO FACIL DE HACER VERSOS.

Consiste en ponerlos en boca de un tartamudo; el ejemplo siguiente, que es imitado de uno escrito en ingles, es buena demostracion de lo dicho:

A BRÍJIDA.

Hermosa-sa, tu dulce-dulce nombre,
No acierto-cierto-cierto-cierto a pronunciar,
Pero en mis sueños-sueños (no te asombre)
Me alegra-alegra tu risueña faz.

Fe-feliz, do-doble yo feliz seria,
Si lograra vencer mi timidez,
I pudiera a la luz-la luz del dia,
Postrado-trado ¡ai!-a tus piés caer.

No puedo empero-pero resolverme;
Que al ver-verte me lleno de humildad,
I fuera mucho para mi atreverme-
Treverme tus zapatos a besar.

Con todo-todo si el amor me aguija.....
¡Qué-qué insensato i-iba yo a decir!....
Perdona, Bri-Bri-Bruja-Bruji, Brija....
(Tu-tu nombre no puedo proferir)....
¡Brijida! al fin-al fin te nombro!
Escrújulo i con j! Ya no me asombro,
De que apénas lo alcance a balbucir.

¿Qué tal el procedimiento, lectoras?

EL MAESTRO DE MUSICA

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

Aulnay, 15 *de noviembre de* 185....

Esta mañana he ido a pasearme al bosque. Yo estaba sombrío como noviembre i sentia, a pesar mio, la influencia de esa temperatura fria i penetrante, de ese paisaje velado por la bruma i tristemente embellecido por la escarcha, de las hojas caidas que arrastraba la brisa de otoño, del sol ausente, de los pájaros mudos, de las flores marchitas.

Iba a entregarme a esa vaga melancolia que, para las almas que no han sido fortificadas por la fé, es el peor escollo de la soledad. Dios, queriendo retenerme sobre esta pendiente, permitió que mi tristeza tomase un curso singular; me puse a repasar en mi recuerdo, todas las almas que la mia ha perdido.

¿Dónde está ese compañero de infancia destinado a una larga i brillante carrera, i que el viento de otoño se ha llevado ántes de los quince años?

¿Dónde esa buena i amable abuela que por largo tiempo me ha mecido sobre sus rodillas, que yo me prometia rodear de cariños i cuidados en su ancianidad, i que un accidente se ha llevado en pocas horas?

¿Dónde está mi hermana, el sol de nuestra casa, desaparecida en el momento en que sus rayos iban a brillar con todo su fulgor?

¿Dónde está mi madre, que debia presidir toda mi vida i que no debia dejarme sino despues de haber bendecido a los hijos de mis hijos; mi madre que el cielo se ha llevado tan jóven i cuyo recuerdo no puedo compartir con mi mujer i mis hijos?

¿Dónde está aquel amigo, de pocos años, pero a quien me unian vínculos tan fuertes, i por cuya muerte, he sentido una desolacion inaudita?.....

.....

El recuerdo de este amigo dió de súbito una nueva direccion a mis pensamientos. De sombrios se tornaron risueños. —I así debia ser.—Siempre la memoria de Pablo Lecostois habia ejercido sobre mi una influencia mui consoladora, porque la serenidad era el estado natural de mi ánimo. Gracias a esta disposicion, mi amigo habia conseguido tan preciosa virtud i ser siempre feliz en todas las circunstancias en que hubiera podido, o humanamente hablando, hubiera debido ser desgraciado.

Héme pues, rehaciendo la vida de mi amigo Pablo, el último quiza por órden de fecha, el primero sin disputa por el encanto con que sembró los dos años de nuestra amistad, o por el efecto saludable que su solo pensamiento producia en mi espíritu.

Tendreis, queridos lectores, el resultado de estas meditaciones; he tomado la pluma, pensando que lo que tanto bien me ha hecho, podria ser útil a otros.

Permitidme una reflexion ántes de entrar en materia.

Siempre me he dicho que, si escribiera una novela, querria mantenerme a igual distancia de dos excesos que considero como el Charybdis i el Scila de los moralistas i escritores de cuentos.—Presentar como la mayor parte de los escritores relijiosos del último siglo, la virtud siempre perseguida i el vicio triunfante, ¿no es apartar de la primera para sumerjir en el segundo, a esas naturalezas débiles, que no se satisfacen con la perspectiva de las remuneraciones de la otra vida?—Estenderse, al contrario, como lo hacen muchos, sobre las recompensas aun temporales que obtienen los que practican la virtud, no es esponerse a hacer promesas que el tiempo tal vez no cumpla?

La verdad es que los sucesos materiales son casi los mismos para todos, o que si hai desgracias de que la virtud preserva, hai tambien algunas que la conciencia manifiesta

Pero, al lado de los hechos materiales, mirados de un modo abstracto, está el efecto de estos sobre nosotros;—i este efecto varia segun nuestras disposiciones interiores.

Pues bien, corresponde a la relijion cristiana modificar estas disposiciones. En este sentido puede decirse que la virtud hace la felicidad, colocando al alma en ese firme pedestal que no pueden derribar la fuerza de las pasiones ni los golpes de la fortuna.

Por esto mismo me parece que la vida de mi amigo Pablo es digna de ser narrada, i sobre todo, digna de ser imitada.

I.

La infancia i la juventud de Pablo fueron mui felices. Gozaba las felicidades del cristiano.

Dios rara vez concede, aun a los que ama mas, largos años de semejante felicidad. Pero parece que, si la felicidad tiene en alguna parte una mansion estable, es en los corazones modestos en que la sencillez, al mismo tiempo que realza los otros goces, le sirve como de salvaguardia. I, cuando este período ha pasado, cuando las diversas penas de la vida notifican al cristiano que los goces, aun los mas puros, no duran en la tierra, queda como un perfume de esos deleites primitivos. Es uno de los frutos mas preciosos de la relijion el que, miéntras el incrédulo vé con dolor desaparecer las dulzuras que habia gustado sin reconocimiento, el cristiano goza todavía con el recuerdo de los dias serenos que ya no existen, al mismo tiempo que su fé le enseña a saborear los goces mas varoniles de la prueba.

.....

La familia de Pablo habitaba una aldea que llamaremos Beaulieu, es una pobre sub-prefectura que participa con otras quince de Francia, el privilejio de ser ciudad episcopal.

M. Lecostois, padre, hombre de un espíritu distinguido, habia sido seducido a aceptar, a causa de diversos golpes en su fortuna, el destino de organista de la Catedral. Otro, recordando el rango que en otro tiempo tuviera su familia en la provincia, habria creido hacer mucho resignándose. El padre de Pablo hizo mas; aceptó este humilde empleo con gozo i gratitud. Encontraba feliz su posicion cuando la comparaba a la que él creia que le convenia mas: un lugar en una oficina de Paris.

Beaulieu, al ménos, no presenta esa triste anomalía de un organista que cree en Dios i no en su Iglesia. Aquel que en su música derrama todos los sentimientos de su alma para con Dios, ¿no producirá un encanto mucho mas irresistible que el efecto mas májico—pero humano—producido por un alma indiferente? Se agrega a esto que todos los fieles conocian al buen hombre que tocaba el órgano en Beaulieu i que sentian, escuchándolo, algo de lo que abrian sentido si David o Santa Cecilia los hubiesen acompañado en sus cantos.

Ademas de ser artista, M. Lecostois era un hombre instruido, o mejor, esto es lo mismo, aquel que por tener, no los conocimientos profundos, sino el gusto i la intelijencia de las letras, se cree un artista, se engaña groseramente. Si tiene alguna ejecucion, no llegará jamas ni a esa altura ni a esa profundidad en que ocultan, confiados en la guarda de los grandes jénios de la humanidad, esos tesoros de poesía, de que el arte es la manifestacion.

II.

M. Lecostois hizo él mismo la educacion de su hijo.

Emprendida por tal padre, ayudada por una madre piadosa e intelijente, la educacion doméstica es, sin disputa, la primera de todas, i Pablo fué toda su vida la prueba de ello. La familia, las artes, las letras, los pobres, a quienes M. Lecostois daba su superfluo—superfluo que él descubria donde otros encontrarian necesidades apremiantes—hé aquí lo que Pablo aprendió a amar desde temprano viendo que su padre i su madre profesaban este amor con una abnegacion i un ardor sin igual.

Sobre todo amó a Dios; Dios, la fuente i el fin de todos los amores permitidos; Dios, nuestro guardian i nuestra garantía.—En efecto, miéntras que para muchas almas bien nacidas, pero que carecen de principios, la familia es una afeccion mui insulsa; miéntras que las artes i las letras pierden sus encantos o no los conservan sino tomando un brillo facticio o un sabor exajerado—Dios es el aroma que les conserva toda su fragancia, conservando en el alma que las goza todo su candor i su inocencia.

III.

Beaulieu es un lugar en que una familia vive con toda comodidad con tres mil francos de renta. Esta era precisamente la fortuna de M. Lecostois. Mil francos como organista de la Catedral, mil del Estado, únicos restos salvados del naufrajio de una fortuna en otro tiempo inmensa, mil que se ganaba dando lecciones de piano i violin, i ademas la casita de la plaza de Notre-Dame, constituian toda la fortuna de la familia—fortuna mas que suficiente, porque para los pobres es lo bastante, lo que habria hecho avergonzarse a un rico, si M. Lecostois no hubiera cubierto su caridad de un velo sumamente espeso.

Por poco que hayais pasado por Beaulieu, habeis visto la casita en que pasaron los primeros años de Pablo. Casi unida a las murallas de la Catedral, conservando en su terreno, en el color de sus piedras ennegrecidas por el tiempo, en sus ventanas en cruz, en algunas esculturas groseras i en una inscripcion en que se descifra la fecha de 1850, conservando un vínculo estrecho con la vieja Catedral, estaba la casa de un artista. Una cierta elegancia sencilla moderaba en el interior lo que la fachada podia tener de severo. Algunas flores sobre la chimenea, libros abiertos sobre la mesa, instrumentos de música agrupados sin pretension, algunos dibujos en que descollaba mas el injenio del corazon de un amigo de talento que la ejecucion brillante i las bellezas de convencion de los artistas en voga; sobre todo esto, un interior en que reinaba perenne la paz, i en que se albergaban las mas puras afecciones, inspiradas siempre por la gran afeccion del cristiano, tal era el hogar de los Lecostois, despreciado por los ricos propietarios, que no encontraban en él, ni ricos confortables, ni muebles deslumbradores, ni relojes en que el oro reemplace al buen gusto, tal era ese humilde techo, al que no se podia entrar sin amarlo, sin amar a los que lo habitasen, sin amar a Dios, que con elementos tan poco aparentes de felicidad, habia esparcido sobre estos tres seres ignorados, una felicidad tan perfecta.

A la casa estaba unido un jardin que terminaba por una especie de esplanada en que vista seguia con delicia la corriente de un riachuelo que serpenteaba sobre la colina.

Cuando hablaba de su juventud, cuando recordaba el salon de la familia en que, cada tarde, despues de alguna lectura o de algun trozo de Hayden, de rezaba en comun; los paseos a la Cour Royal que algunas veces se estendia hasta las murallas para gozar de la vista del sol poniente.—Cuando estos recuerdos invadian su memoria, las lágrimas se agolpaban a sus ojos, i, si estábamos juntos, me apretaba las manos i me obligaba a bendecir a Dios Dios por los goces de sus primeros años.

IV.

Con un maestro como su padre, Pablo debió hacer rápidos progresos en la música, para la cual tenia admirables disposiciones. Todavía era un niño, i ya suplia a M. Lecostois en la Catedral. Sus dedos se paseaban con delicia sobre las notas, para su piedad era una gran felicidad, un acto de devocion mayor que un estudio o una distraccion, acompañar el *Tantum ergo*, o buscar en su memoria, sobre todo en su corazon, durante la elevacion, los acentos mas apropiados para los sublimes misterios que se celebraban en el altar.

Pablo tambien heredó el talento de su padre para el violin, o mejor lo sobrepujó. Educado entre maestros, dotado por otra

parte, ademas de las cualidades que constituyen al hábil ejecutante, de una rica imajinacion, de una alma tierna i sensible, en la que los sentimientos elevados encontraban un eco seguro, sintiendo latir en su interior, no esas aspiraciones vagas e indefinidas o esas efervescencias sensuales que hacen jerminar producciones enervantes sino un sentimiento de lo infinito, un deseo, una necesidad de elevavarse sin cesar de las bellezas del arte, hácia Aquél que es la fuente de toda belleza; Pablo, con esas disposiciones, viviendo en esa calma de la vida de familia o de la vida campestre, tan saludable a las almas puras, Pablo, era en jérmen, a los cinco años, un artista distinguido; a los doce años, comenzaba a producir encantadores frutos; i a los veinte, estuvo en plena madurez. I el deseo que entónces tuvo su padre, de enviarlo a Paris, para que allí se formase una posicion digna de su talento, no tuvo nada de espresivo.

V.

Pablo, no obstante, no tuvo buen éxito en Paris.

¿Fué a causa de sus principios? No me atreveria a decirlo, por no desanimar a los artistas cristianos que tienen tanta necesidad de ser apoyados.

Sin embargo, es bien claro, bajo un punto de vista, no el del talento, sino bajo el punto de vista del éxito, que los cristianos, que lo son sinceramente i ante todo, tienen cierta inferioridad respecto de los que no lo son. Los cristianos no hacen nunca cosas deshonestas. Entre las cosas que el mundo juzga inocentes i sencillas, muchas hai ante las cuales los cristianos retroceden sin duda: porque ellas hieren virtudes que el mundo no conoce, o que trata de debilidades, como la humildad, por ejemplo. Pues bien, ¿no es mui cierto, que muchas veces el triunfo se adquiere por medios deshonestos que repugnan al cristiano? Con igual mérito, aquél que solo mira el fin llegará mas pronto que aquél que se preocupa de los medios i de su mayor o menor lejitimidad.

I ademas, ¿no es evidente que el cristiano que divisa en lontananza algo mejor i mas durable que los goces de esta vida, no ha de perseguir el éxito con la misma ansiedad que el que solo ambiciona la gloria o el dinero?

Es preciso que los cristianos tomen su partido. Sin duda el sol luce para todos, i lo necesario para la vida no faltará a los amigos de Dios ni tampoco a los que no le aman.—Pero, en cuanto al brillo, en cuanto a los laureles que la humanidad concede, en cuanto a las trompetas con que pregona su fama, Dios las niega mui amenudo a los que él ama.

Pablo, pronto comprendió esta verdad. Se dijo que la verdadera gloria, era la gloria de Dios; que, en cuanto a su propia gloria, era un don que se le habia rehusado, pero que, ya que en Beaulieu tenia una posesion mediocre pero segura, i que bastaba para la satisfaccion de sus gustos modestos, él debia volverse a su pais.

Su padre era ya viejo, i apénas podia llenar sus funciones. Pablo llegaria a tiempo para encargarse de sus lecciones de piano, violin, e impedir que un cualquiera se aprovechara de esta porcion considerable de su patrimonio. Su vuelta a Beaulieu, tendria ademas la ventaja de que los gastos la familia dejarian de estar gravados con los que Pablo hacia en Paris i que siempre habian sido mayores que lo que él ganaba.

Dió valientemente sus adioses a sus sueños de gloria i de fortuna, i volvió a su pais natal para allí vivir i morir *professore di musica*.

VI.

Por apasionado que uno sea por su arte, no todo es rosas en el profesorado musical; o por lo ménos cada rosa tiene su espina. Quizas las mismas espinas son mas dolorosas cuando se mira el lado artístico de la profesion i que no se puede mirar prosaicamente i como un simple oficio.

Oir, miéntras dura el dia, estropear por las manos de las niñitas o por señoritas pretensiosas, las obras maestras de los autores que se aprecia; doblegarse ante los caprichos de los padres que quieren que sus hijas toquen polkas o masurkas;—cuando, por casualidad, se descubre en una niña una chispa del fuego sagrado, ver que esta chispa se estingue poco a poco en la espesa atmósfera que la rodea—tener

lastimados todo el dia los oidos, ya por las falsas notas de las aprendices, ya por la estúpida admiracion del auditorio, que a propósito de los mas grandes jenios como de los menores ejecutantes, repiten sin cesar el estribillo del campesino de Boileau: —«Para mi, Corneille es bonito algunas veces.—Perder cada año sus mejores alumnos por el matrimonio, sea que se casen con un marido que deteste la música, la poesía, sea que el poco gusto que ellas tuvieran, ceda sin resistencia a las seducciones de la vanidad, al amor del mundo i estos son algunos de los ratos amargos del profesor.

Nada digo de las heridas del amor propio, de esas elegantes señoritas que os reciben con ménos gracia que la que emplearian con un dependiente, i que hacen señas a sus visitas para que no se muevan, agregando bastante alto, para que se alcanse a oir: «no os incomodeis; es el maestro.»

Creeis que a causa de estas miserias i del bien de los otros, Pablo se creyese víctima, i maldijese su suerte—suerte que en lugar de decernirle esos laureles académicos que tanto merecia, lo enviaba a vejetar oscuramente a una ciudad de provincia?

Mui léjos de eso, él tenia por principio que se debe aprovechar el tiempo i a las alumnas tales como sean por su educacion; que no hai terreno tan ingrato en que una cultura intelijente no logre hacer jerminar algunas plantas útiles.—Estudiaba por lo tanto la intelijencia de cada una de sus discípulas, i trataba de desarrollarla; aquí, una ejecucion brillante pero prosaica que pudiera regocijar a los que la oyeran; allá, un verdadero sentimiento de lo bello i del arte tan intimo en el alma que pudiera resistir a todas las influencias esteriores i, que para el resto de la vida, pudiera servir de antidoto infalible, sino contra el pesar, al ménos contra el fastidio; en otra parte, nada quizá bajo el punto de vista de la música, pero si alguna cosa mucho mejor.....

¿Veis esa creatura que crece en un centro impregnado de impiedad, de indiferencia, de olvido de las cosas eternas? Tiene poco gusto por las artes, i su profesor de piano no hará de ella un músico. ¡Quién sabe si Dios la ha escojido para hacer de ella un cristiano, depositando en su corazon un jérmen que, fecundado por la gracia, produzca la curiosidad, despues el gusto, despues el amor, i por último el heroismo de la relijion! I todo esto será el fruto de una palabra que parezca dicha al acase, de una observacion impregnada del espiritu cristiano mas eficaz porque el niño (que estaria en guardia contra un sacerdote) nada esperaba de este nuevo *Don Alonso*.

Colocándose bajo este punto de vista superior, adoptando esta idea tan justa que hai en todo algun bien que ejecutar; que se tiene la guarda de toda alma con la cual estamos en contacto; que con los oscuros esfuerzos del último de los servidores Dios puede obrar maravillas de conversion,—no hai estado prosaico.

Por amigo que fuera de su arte, sensible, como artista, a las pequeñas recepciones que hemos indicado, como cristiano las olvidaba; se creia elevado a mil leguas sobre esas miserias; saboreaba casi las notas falsas, cuando sobre todo esto, ademas de ser cumplida la voluntad de Dios, encontraba el medio de hacer un bien a algunas almas.

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará).

Contenido de este número.

I.—Lope de Vega i sus hijos, por Enrique del Solar.
II.—Fragmento de leyenda, poesia, por Raimundo Larrain C.
III.—*Los precursores de la Independencia de Chile*, conclusion, por Zorobabel Rodriguez.
IV.—Firmeza, poesia, por M. A. Hurtado.
V.—La deuda de la amistad, conclusion, por Eujenio de Margerie.
VI.—Envidia, por Benigno Cóndor.
VII.—Modo fácil de hacer versos.
VIII.—El maestro de música, por Eujenio de Margerie.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, enero 29 de 1871. Núm. 174.

LOPE DE VEGA I SUS HIJOS.

(CONTINUACION.)

III.

Resta solo hablar de Marcela del Carpio, prenda la mas amada del poeta. *Primer cuidado de su amor* llama en sus versos a esta hija de la vejez; i en verdad que las virtudes e inocencia de la jóven la hacian acreedora al mas acendrado cariño.

Marcela vino al mundo cuando Lope habia visto desparecer casi todos los retoños del árbol de su vida; i toda la ternura de su corazon se concentró en esa niña que el cielo le concedia para enjugar sus lágrimas. Acaso tambien la madre de Marcela, fué la mujer a quien mas amó en la tierra.

Apénas hallamos lijeros rastros de lo que fueron los amores de Lope con doña María de Lujan. Se sabe, sí, que era una noble dama. ¿Por qué estos amores no se santificaron con los vínculos del matrimonio? Quien sabe. Talvez Lope tembló a la sola idea de estrechar por tercera vez estos sagrados lazos. El amaba el matrimonio como lo prueban los siguientes versos tomados de la citada égloga *Belardo á Amarilis*:

Dos veces me casé, de cuya empresa
Sacareis que acerté; pues porfiaba;
Que nadie vuelve a ver lo que le pesa.

Con todo, no se atrevió a aventurarse por tercera vez i prosiguió por algunos años siendo el fiel amante de doña María de Lujan.

No es Lope el escritor que ménos haya hablado en sus poesías acerca de su persona i aventuras. Los biógrafos hallarian en una prolija lectura de sus epístolas datos preciosos para escribir la historia de sus afectos i vicisitudes. Pero tocándose los amores con la madre de Marcela apénas se encuentran lijeras indicaciones. Doña María de Lujan es aquella pastora *Lucinda* que celebra mas de una vez en sus versos i por la inspiracion apasionada de algunas estrofas se vé cuan tiernamente la amaba.

Si se ha de creer al poeta, tuvo por *Lucinda* una pasion frenética. Ausente de ella le escribia una carta, que, aunque no exenta en tal o cual pasaje de la afectacion culterana, revela sentimiento, i aun deja entrever la huella de algunas lágrimas.

Despues de algunos dias de embriagador delirio se vé forzado a dejarla; en su mente se agolpan en tropel los dulces recuerdos del amor correspondido, palpita su pecho a la idea de las caricias que en mucho tiempo no podrá ya gozar i al arrancarse de los brazos de esa mujer adorada deja en ellos lo mas precioso del alma. Se va el amante, pero su paso se detiene a cada momento para divisar una vez mas la casa que habita el encanto de su corazon; sus amigos ignorantes de su secreto, admiran su indecision i lo exhortan a marchar, i él se vé forzado a seguirlos. Tal es la escena que refiere en estos versos:

Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena de perderte,
La dura soledad creciendo el llanto:

I llamando mil veces a la muerte
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver a verte.

A la ciudad famosa que dejaba
La cabeza volví que desde léjos
Los muros con sus fuegos me enseñaba.

I dándome en los ojos los reflejos,
Gran tiempo hácia la parte en que vivias
Los tuvo amor suspensos i perplejos.

I como imajinabas que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.

Mas, como los amigos, de esto ajenos,
Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto ménos.

Ya pues que el alma en la ciudad dejaba,
I no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava,

—Adios, dije mil veces, dueño mio;
Hasta que a verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvio.

El marques de Molins afirma que *Lucinda* es María de Lujan (1). Si es así en el tiempo en que estos versos se escribieron ya eran nacidos Marcela i Lope Félix, segun puede inferirse de los versos que siguen:

Lucinda, sin tu dulce compañía
I *sin las prendas de tu hermoso pecho*,
Todo es llorar desde la noche al dia.

En los que en seguida van a citarse se suscita la duda de si *Lucinda* seria casada; aunque bien pueden espresar ellos imajinarios celos, propios de una pasion exaltada:

Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma
Dando mil ñudos a mi cuello estrecho;

Que con dolor de que le dejo en calma
I el fruto de mi amor goza otro dueño
Parece que he sembrado ingrata palma.

Por nuestra parte, no podriamos afirmar si María de Lujan es *Lucinda* pero pesa mucho en la balanza la opinion de un literato tan erudito i prudente como el marques de Molins.

Los hijos naturales de Lope de Vega permanecerian acaso al lado de su madre en sus primeros años; pero ya crecidos, pasaron a vivir con su padre quien dirijia personalmente la educacion del niño Lope Félix i se complacia, ya sacerdote, en las modestas gracias, injenio i virtudes de su Marcela.

Hablando en la epístola a Amarilis de la suerte de sus hijos, dice:

Lope quedó, que es el que vive ahora;
¿Nó estudia Lope? ¿Qué quereis que os diga
Si solo la milicia le enamora?

Marcela con tres lustros ya me obliga
A ofrecérsela a Dios, a quien desea,
Si él se sirviere que su intento siga.

Aquí, *pues no ha de haber nadie que crea*
Amor de padre, no es decir exceso
Que no fué necia i se libró de fea.

Si doña María de Lujan alcanzó a ver de esta edad a sus hijos es difícil averiguarlo. En la profesion de Marcela no era posible ni ménos decente que apareciera como madre. A mas, es mui posible que hubiese muerto a esa época.

Si al principio se guardó algun misterio sobre el orijen de estos niños, Lope de Vega les dió mas tarde los apellidos paterno i materno, llamándose, al ménos Lope Félix, *Carpio* i *Lujan*.

IV.

El veintiocho de febrero de 1621 víspera de la fiesta del Arjel de la Guarda la iglesia del monasterio de Trinitarias descalzas, se veia invadida por los personajes mas notables de la corte. Madrid entero acudia a aquel templo, dias ántes tan pobre, i en aquél colgado de tapices i resplandeciente con el brillo del oro i de los cirios, a presenciar la toma de hábito de la hija de Lope de Vega que iba a trocar su nombre por el de sor Marcela de San Félix.

Lope habia tocado al apojeo de su gloria. Admirado como poeta era el orgullo de su nacion, i el pueblo i la nobleza veneraban en él al jenio portentoso, al anciano i al sacerdote. Así no es estraño que los príncipes i grandes acudieran a acompañarlo en los solemnes momentos en que su hija se consagraba a Dios.

Vanamente trataríamos de describir una fiesta de esta clase i sobre todo cuando Lope lo hace con tan tierno i papético estilo en una de sus epístolas. (1)

El padre es, pues, quien va a referir el monjío de la hija.

Marcela, de mi amor primer cuidado
Se trató de casar, i libremente
Una noche me dijo el desposado.

Yo viendo que era término prudente
Examinar mejor su pensamiento.
Que hai cosas que gobierna el accidente.

Hice mis diligencias, siempre atento
A no quitarla el gusto, si tenia
En la verdad del alma fundamento.

Mas, creciendo sus ánsias cada dia,
Determinéme a dársela a su esposo
Que con tan grande amor la pretendia.

.....

(1) Epístola que comienza: *Serrana hermosa.*

(1) Epístola a don Francisco Herrera i Maldonado.

Las esposas de Dios, las almas puras,
A quien llaman descalzas trinitarias
Que andan descalzas, pero van seguras,
.....

Previenen a la boda el desposado,
Visten un *niño* (1) que de sol vestido
(No digo bien, que él viste al sol) i luego
Se suena en voz alegre que ha venido.

Sale Marcela, i perdonad os ruego
Si el amor se adelanta, que quien ama
Juzga de los colores como ciego.

No vi en mi vida tan hermosa dama,
Tal cara, tal cabello i gallardía;
Mayor pareció a todos que su fama.

Ayuda a la hermosura la alegría
Al talle el brío, al cuerpo que estrenaba
Los primeros chapines aquel dia.

Refiere en seguida el poeta los quienes fueron los padrinos (2) i grandes personajes que acompañaban a su hija así como tres músicos famosos (3) que cantaron en esta solemnidad los versos que para ella había compuesto los que llama, *dulces por llorados*.

Pero llega el instante de los desposorios i del adios al mundo. Es sumamente tierna la descripcion de las ceremonias sagradas:

Aquel descalzo templo militante
Estaba con las velas encendidas
I los velos del tálamo delante.

Marcela, las dos rosas encendidas,
I, bañada la boca en risa honesta,
Miróme a mi para apartar dos vidas.

I el alma, a tanta vocacion dispuesta,
Con una reverencia dió la espalda
A cuanto el mundo llama aplauso i fiesta.

I ofreciéndole al niño la guirnalda
De casta virjen abrazó su esposo,
Besándole sus ojos de esmeralda.

Cerró su puerta el cielo a mi piadoso
Pecho, i llevóme el alma que tenia
De que no fuesen mil estoi quejoso.
.....

(1) Se veneraba en la iglesia de las Trinitarias una imájen del Niño Dios, mui famosa en Madrid. Lope de Vega la ha cantado en sus versos mas de una vez.
(2) La marquesa de la Tela i el marques de Povar.
(3) Ponce, Valdes i Horian.

Volvimos a la iglesia, despojadas
Las galas de la novia, piedras i oro
Las en sayales toscos trasformadas,
Cortados los cabellos i el decoro
Tienen de la hermosura....
Pidióme luego a voces que concluya
El casamiento....
I la que yo *tan tiernamente amaba*
Que, *mas galan que padre*, en oro i seda
Su persona bellísima engastaba,
Como la rosa que marchita queda
Cayó en sí misma al espirar el dia,
Perdió la pompa la púrpura rueda;
Sobre unas pajas áridas dormia
I descalza i desnuda en pobre mesa
El alma por los ojos discurria.

El convento de Trinitarias descalzas era un asilo de penitencia, donde la observancia relijiosa se mantenia en su primitivo rigor. Marcela entraba en él pocos años despues de su fundacion, a la que habia seguido para las humildes i santas relijiosas una série de pruebas terribles, de las cuales la no menor era una estremada miseria.

La hija de Lope de Vega dejaba en el mundo cuanto podia lisonjearla; la gloria de su ilustre padre, ofuscando las manchas de su nacimiento, le hacia fácil el camino de un establecimiento ventajoso; era jóven, bella i virtuosa, estimada de todos i acaso le sobraban adoradores: de manera, que ella ofreció a Dios un sacrificio completo.

Entraba en una vida de penitencia i sin halagos segun el mundo; iba a inmolarse en holocausto en las aras del divino amor, a dar en fin un adios eterno a todos los goces i grandezas de la tierra.

La piadosa jóven pasó un año de prueba entregada a las austeras prácticas de la vida acética, i contando con impaciencia los dias que faltaban para el dichosísimo de su profesion.

Llegó al fin dia tan deseado, i el cariño paternal decoró el pobre i humilde templo de las Trinitarias con riquísimos adornos e inscripciones alusivas a las circunstancias, compuestas como era natural por él.

A la hora designada,
Celebró con devocion la misa
Un caballero docto i jeneroso.
En claveles, en gloria, en cielo, en risa,
Bañado el dulce Esposo trajo el velo,
De las arras espléndida divisa.

Allí postrada (1) en el sagrado suelo
Sus exequias penúltimas cantaron
Tan triste el mundo cuanto alegre el cielo.
Todas, (2) una por una la abrazaron;
Fuéronse con su esposo i a la mesa
Con el divino *niño* la sentaron.

Allí Marcela vive, allí profesa;
Léjos del loco mundo i sus engaños,
Del cielo sigue la divina empresa,

¡Oh santos i floridos desengaños
Pues tan hermosa virjen tierna i casta
Consagra al Dios de amor dieziseis años!

De la misma epístola resulta que predicó en la profesion de Marcela el célebre padre Palavicino, orador de moda en aquel tiempo i que no poco contribuyó con sus culteranas homilias a la corrupcion del gusto literario en España.

Esta circunstancia no podia dejarla pasar inapercibida el buen Lope sobre cuya modestia la crítica moderna ha suscitado dudas mas que fundadas.

Para Marcela quedaron desde esta dia cerradas las puertas del mundo; pero en el claustro halló una nueva vida en la que conquistó en pocos años la doble palma del injenio i de la virtud.

(Continuará).

ENRIQUE DEL SOLAR.

A UN JÓVEN.

Jóven que á vivir empiezas,
Si pretendes ser dichoso,
No dés cavida en tu pecho
Ni a la malicia ni al odio.

¡Ai del que siempre severo
Quiera juzgar a los otros!
¡Ai del que adusto condena
Por apariencias tan solo!...

Todo no es lo que parece
I en nada infalibles somos:
Mucho engaña el pensamiento
I mucho ven mal los ojos!...

Que así como en tosca piedra
Se cria el brillante oro
I bajo de clara linfa
Se esconde el infecto lodo,

Así, bajo ricas galas
Se ocultan pechos de lobo
I bajo pobres andrajos
Almas que son un tesoro.....

Has el bien i no preguntes
A quien llevas tu socorro:
Sé el consuelo del que jime,
Sé un hermano para todos.

Con desenfrenada lengua
No maldigas al vicioso,
Dale ejemplos de virtudes,
Hazlo bueno, sé su apoyo.

¡Levanta al débil!...Alienta
Al que escondiendo su rostro
Arrepentido del crimen
Busca el perdon jeneroso.

Alza a la mujer caida,
Flor marchitada entre abrojos,
I un noble camino muéstrale
En vez de aumentar su oprobio.

No por que tú no has caido
Menosprecies a los otros:
¿Sabes tú cuánto lucharon
Antes de hundirse en el lodo?

¿Es justo que al desgraciado
Diga el hombre rencoroso:
«¡*Te maldigo!*» miéntras dulce
Le dice Dios; «¡*Te perdono!*»?

¡Ah! si los cielos se olvidan
Del mal, i si Dios piadoso
Perdona al que se lo pide
¿Qué no hemos de hacer nosotros?...

Jóven que a vivir empiezas,
Si pretendes ser dichoso,
No dés cavida en tu pecho
Ni a la malicia ni al odio....

1869.

J. A. SOFFÍA,

---

(1) Marcela.
(2) Las relijiosas.

FIESTA RELIJIOSA-OFICIAL

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Los católicos los mas entusiastas en su celebracion.

Washington, diciembre 3 *de* 1870.

SS. EE. de *La Estrella de Chile*:

En cumplimiento del deseo manifestado por Uds., me pongo desde esta mala en comunicacion con su interesante periódico literario a cuyas columnas habia tenido ya el honor de ser admitido como colaborador en Santiago.

He escojido como tema de mi primera correspondencia el asunto que va espreso en el epigrafe, porque su naturaleza se adapta, a mi juicio, mejor que cualquiera otro al carácter relijioso i literario a la vez de esa publicacion.

No se ignora en Chile, i acaso por el contrario se sabe demasiado merced a la constante preconizacion de la circunstancia por los innovadores radicales que quisieran vernos seguir los pasos de los Estados Unidos a este respecto, que no hai relijion alguna reconocida en la carta fundamental del Estado, de donde procede que se llame ordinariamente gobierno ateo al de esta gran república.

Cualquiera creeria en presencia de estos hechos que Dios i el culto son cosas completamente ajenas del poder político en la Union Americana, i que su prescindencia consagrada por el silencio constitucional es una verdad absoluta sin ningun jénero de escepciones.

No es esta la realidad, sin embargo. La multiplicidad infinita de las sectas en que se han subdividido los pobladores de estas rejiones arrojados a sus playas por la persecucion ortodoja desde los remotos dias de los primitivos puritanos de Massachussets, ha impuesto a la constitucion federal, interesada en despejar todo motivo de discordia entre hermanos que estaba llamada a armonizar i a unir, ese silencio en materia relijiosa, que en vez de representársenos como una triste necesidad, se ha dado en pintarnos como un atrevido progreso. Si en vez de haber sido puritano fanático Massachussets, libre pensador Roger Williams en Rhode Island, otra secta desprendida del Nucleo Nueva Hamphire anglicanos muchos de los Estados del medio, católicos en gran parte los del sur, i finalmente cuakeros los antiguos establecimientos del oeste, los trece primeros miembros de esta federacion hubieran disfrutado como nosotros de las ventajas de una cabeza i una fé, la habrian dejado sancionada sobre su carta magna i entre sus derechos en el vacio abandono que hoi se nos señala como una feliz orijinalidad.

Apesar de todo esto, i de las mil citas en que se nos ha asegurado el ateismo del Estado en esta Union, tanto en nuestra prensa como en nuestros debates parlamentarios, nada está mas distante de la realidad. El gobierno de los Estados Unidos de Norte-América no solo reconoce la existencia de Dios i de una vida futura de un modo oficial i solemne, sino que en disposiciones parlamentarias consagra varios dias en el curso del año al culto de la divinidad, correspondiendo al presidente de la nacion, jefe del ejecutivo, señalar uno de esos dias, puesto que los demas lo están ya por los creyentes mismos i las tradiciones populares i sagradas.

A cuatro o cinco ascienden solamente esas festividades patrióticas i relijiosas sancionadas por el congreso, siendo las tres tradicionales la Pascua de Natividad, el primer dia del año i el aniversario de la independencia, 4 de julio. La fiesta convencional cuya celebracion debe determinar el presidente de la república, ha sido fijada para tener lugar el 25 de noviembre. De la que acaba de trascurrir es de la que propongo escribir a Uds. estensamente, a fin de que sus lectores logren formarse la mas exacta idea posible del especial carácter de este pueblo en materias relijiosas.

La fiesta del presidente es conocida con el precioso nombre de «*Dia de Gracias*», porque el primer majistrado de la nacion exhorta en una proclama con sabor de sermon en la mañana a todo el pueblo a que rinda su acatamiento al Creador por los magníficos e innumerables beneficios recibidos en el último año. Esta invocacion se reproduce de uno a otro estremo del pais, es apoyada por exhortaciones del mismo jénero espedidas por las autoridades de cada Estado en particular, i publicada de la manera mas profusa en la prensa diaria.

Las poblaciones presentan en este dia un aspecto mui análogo a nuestro jovial domingo, que no tiene nada de comun con el

dia del Señor de los paises en que abundan los protestantes, donde es silenciosa i severamente observado hasta el punto de convertirse como por ensalmo en verdaderos desiertos las ciudades en que ensordece el bullicio del tráfico i estravia al estranjero la compacta multitud en los dias ordinarios. El dia de gracias no es propiamente un domingo, puesto que no es el séptimo señalado por Dios para el sagrado reposo de la semana, i todas las sectas han convenido en que es propiamente una festividad destinada, al par que al culto, a la alegría.

Los opulentos adornan desde por la mañana la portada de sus réjias mansiones con la bandera estrellada; los edificios públicos engalanan tambien su frente con alegorías de su objeto; los teatros abren desde por la mañana sus puertas i anuncian desde la víspera funciones especialmente combinadas; los templos se coronan de mirto i se festonan de flores; los salones de ostras i de cerveza alemana tienen perpétuamente abiertas las llaves de sus toneles de *lager beer*, i por fin, la jente que no tiene que asistir a sus oficinas porque por órden gubernativa están cerradas, ni que enclaustrarse en sus casas, porque no es este un domingo que lo exija rigorosamente, se lanza en tropel a las calles i paseos, vestidos todos con el traje mas elegante i esa luminosa jovialidad que respira siempre el semblante de los que están determinados a divertirse honestamente.

Esta fiesta oficial tiene tambien la estraordinaria importancia de ser a la vez una de las fiestas de familia mas gratas en el hogar doméstico. Todos los miembros de la parentela, desde el labriego de las nuevas fundaciones del Oeste, o el minero de los remotos Estados de la Costa del Pacífico, hasta los empleados ministeriales que obtienen la conveniente licencia para el caso, se reunen al rededor de sus ancianos padres en el lugar en que trascurrió su infancia. Así no es estraño que en una humilde casucha, en una de las aldeas de la Nueva Inglaterra, que es donde residen las familias mas antiguas, se junten el 25 de noviembre como si se hubieran dado cita los hermanos i primos ocupados en pueblos estremos en los cuatro puntos cardinales.

Si el hogar es pobre, es costumbre que los huéspedes anuales lleven en muestra de su trabajo algun pequeño ausilio, i la anciana pareja tiene, en cambio, cuidado de tener para ese dia provista su modesta mesa de un pavo gordo bien asado i un inmenso pastel de zapayo todo adornado con flores i verduras i destinado al consumo comun.

Hai en todos los incidentes de esta fiesta algo de candoroso i pastoril, que remonta al pensador a los felices tiempos de los primitivos fundadores que en busca de la paz de la conciencia se refujiaban, despues de cruzar el turjente seno del Océano, en las frondosas selvas de un continente virjen, llenos de amor i de ternura, ilibres de odios i ambiciones. No tardará alguna lira privilejiada en ensayar los tonos encantadores del idilio a propósito de tan bello argumento.

En Washingthon ha tenido esta festividad una importancia especial el presente año, pues los católicos abundan estraordinariamente en el distrito neutral de Colombia cuyo centro es esta capital, i el arzobispo de Baltimore, primado de la América del Norte, en cuya diócesis está comprendida junto con Marylandia i Delaware esta interesante porcion del pais, fijó ese dia para su primera visita a esta numerosa majada de su estensa grei.

El mui Ilustre i Reverendo Señor habia regresado de Roma, donde se hallaba desde la inauguracion del Concilio del Vaticano, hacia apénas dos semanas, de modo que toda demostracion de parte de sus feligreses era en estas circunstancias, a la par que una muestra de simpatías a la causa de la Santa Sede, una especie de aprobacion popular i espontánea de la conducta observada por el célebre prelado.

Como se recordará, S. I. fué en el Concilio miembro de la *Comision de Fide* i un abogado prominente del dogma de la infalibilidad.

El motivo de su visita fué una invitacion dirijida quince dias ántes por los estudiantes del Colejio de Georges-Town para que viniera a visitar su institucion, invitacion que él aceptó. Los católicos de la ciudad, al conocer su próximo viaje, se reunieron en inmensa muchedumbre i al mismo tiempo que organizaron la ceremonia de la recepcion, nombraron una comision para que fuera a encontrarle a Baltimore i acompañarle hasta aquí. Esta comision partió a recibirle el 24 por la mañana.

El tren llegó aquí el 25 a las 10 de la

mañana trayendo al arzobispo i a su secretario, una guardia de honor compuesta de las sociedades católicas de Baltimore i de la comision de Washington. A esta hora ya el comandante jeneral de policía habia formado la procesion de los que iban a darle la bienvenida en las pricipales calles de la ciudad. Se tenia lista una espléndida vitoria abierta, arrastrada por dos parejas de caballos blancos, para conducir a Su Ilustrísima, i numerosos carruajes de todo lujo para las distintas comisiones. Al descender de los carros el arzobispo fué saludado por todas las bandas de música de esta capital con un hermoso himno titulado: «Gloria al Caudillo». En seguida fué escoltado a su carretela i se formó la procesion del modo siguiente:

La jendarmería de a caballo mandada por su sarjento mayor.

El comandante jeneral de armas i su cuerpo de ayudantes.

La sociedad musical de Santa Cecilia, la sociedad de los jóvenes amigos católicos de Georgestown, la sociedad católica de la abstinencia i los miembros de la Congregacion de la Santísima Trinidad;

La congregacion de San Patricio, la sociedad irlandesa de la temperancia absoluta, la sociedad de beneficencia de Hibernio, la sociedad de temperancia de San Pedro i la congregacion del mismo santo;

La congregacion de San Mateo; la sociedad abstinente de Santo Domingo; las congregaciones dominicanas de María, i de José; la bandera papal i el batallon Washington-Germania, presidida por su banda de música, la sociedad de beneficencia de San José, la sociedad de San Bonifacio, la congregacion de San Luis i la Purísima estendido por todo el Orbe católico, la congregacion de la Inmaculada Concepcion, la congregacion de la Sagrada Virjen María;

La cofradía de San Estéban, la sociedad de beneficencia católica; la sociedad musical de San Martin i de Boethoven;

La sociedad de los negros bajo la invocacion del beato Pedro Claver i otras veinte instituciones benéficas i devotas, cuya enumeracion seria demasiado engorrosa para los lectores de *La Estrella*, en cuyo obsequio las dejo en el tintero.

Muchas personas prominentes presidian las diversas secciones de la procesion; los estandartes lujosamente bordados de cada sociedad marcaban las distancias i permitian apreciar la estension de aquella lejion inmensa, i las bandas de música acertadamente distribuidas no cesaban de llenar la atmósfera con las mas oportunas i entusiastas armonías.

Una porcion de la Sociedad de los Jóvenes Amigos Católicos servian de guardia de honor al reverendo Arzobispo, i tras de su carruaje seguian los de los distintos relijiosos, principalmente jesuitas, de los distintos colejios, templos i casas profesas de este distrito. El número de los concurrentes a las filas, clasificados de la manera que dejamos espuesta, fluctuaba entre 3,500 i 4,000, i toda la poblacion se habia dado cita para ver desfilar aquel pacífico ejército desde la estacion del ferrocarril hasta la iglesia de San Mateo, sostenida por los jesuitas, en que debia tener lugar la fiesta.

En todo su curso, la procesion fué acojida con entusiastas aplausos; los edificios públicos del trayecto estaban atestados de señoras, que a medida que la lejion pasaba, ajitaban sus pañuelos i hacian otras demostraciones de la mas viva complacencia. Varios establecimientos de educacion i algunas casas de huérfanos habian formado a sus internos en los terrenos adyacentes a la iglesia de San Patricio, vestidos de uniforme, para asistir desde allí a la ceremonia, i muchos acaudalados vecinos habian engalanado el frontis de sus casas-palacios.

A las once i media llegó a la iglesia la cabeza de la columna, donde habia reunida una inmensa muchedumbre. Una fuerza de policía estaba allí dispuesta para mantener espedito el acceso a la iglesia. El interior estaba decorado con mucho gusto con toda clase de siemprevivas. La portada i las columnas lo estaban del mismo modo i en el triángulo superior bajo una dorada cruz i entre laureles se leia el célebre lema de Constantino en Magencia *In hoc signo Vinces*. Todo esto era obra de las principales señoritas de las diversas congregaciones.

Cuando llegó la victoria del arzobispo, S. I. R. se convirtió en el centro de todas las miradas i fué el objeto de los mas vivos aplausos. Descendió del carruaje en que venia en traje de simple particular como todos los demas relijiosos que lo acompañaban, es decir, con levita i sombrero de copa alta, i entró a la iglesia donde en el acto

se revistió del traje de su sagrado ministerio.

Al aparecer su ilustrísima frente al altar, un notable, Mr. J. Carroll Brent, pronunció el siguiente discurso de bienvenida a nombre de la reunion:

«Honrado con el cargo, i a nombre de los seglares católicos de Washington i Georges-town, tengo el singular privilejio apesar de mi indignidad, de daros, en representacion de vuestra grei, su cordial i sincera bienvenida en esta nuestra primera visita a esta porcion de nuestra diócesis despues de vuestro regreso de la Santa Ciudad.

El esplendor de esta fiesta i la muchedumbre que habeis visto aglomerada en vuestra presencia, el entusiasmo de los que han asistido a nuestra marcha triunfante al traves de las avenidas i calles de esta metrópoli, hacen inútil mi palabra para espresaros lo que ya habeis visto, la alta estimacion i veneracion que profesan a la dignidad de su prelado, i los sentimientos de afecto i de ardiente i cordial adhesion que esperimentan por las virtudes, cualidades i méritos de la persona. Parecerá, pues, ilustrísimo i amado arzobispo, que no sois vos sino nosotros los seglares católicos de Washington los que en esta ocasion debemos felicitarnos, pues volviendo a encontraros en buena salud i en mejor aptitud de servir a la causa de la Iglesia de quien sois adorno i paladin, deben ser nuestras las causas de congratulacion i regocijo Tambien somos nosotros los que debemos felitarnos de teneros en nuestro número para recibir vuestra bendicion i alentarnos con las palabras que hemos menester de nuestros labios.

Yo, pues, a nombre de esta inmensa multitud, os saludo, mi reverendo prelado, con el eco unisono de todos los corazones: »Gloria a Dios, i vida i salud al arzobispo »en su primera visita a esta porcion de su »grei.»

El reverendisimo e ilustrísimo arzobispo respondió como sigue:

«Os agradezco, Mr. Brent, vuestra cordial bienvenida como órgano de ésta inmensa reunion. Estoi persuadido por lo que veo, que no habeis hecho mas que servir de eco a los afectuosos sentimientos que han impulsado a todos, los seglares i el clero, a hacerme en esta ocasion tan espléndida acojida. Me siento profundamente reconocido por tanta benevolencia, apesar de considerarme indigno de ella. Lo único que puedo alegar es que he deseado honradamente desempeñar mi deber i fomentar el bien espiritual de esta la mas numerosa e interesante grei que Dios Todopoderoso ha querido confiarme.

Pero hai UNO, Mr. Brent i católicos de esta gran metrópoli de la nacion mas grande que existe sobre la faz de esta tierra de Dios, *(aplausos,)* hai UNO que es digno de todo nuestro amor, de toda nuestra veneracion i puedo agregar de todas nuestras simpatías. Uno que en realidad es actualmente un prisionero; aquél, a quien doscientos millones de cristianos contemplan con reverencia i con cariño, cautivo hoi en aquel pequeño territorio,—especie de distrito neutral de Colombia,—el reducido sagrado terreno que conservaba como porcion neutral perteneciente a todos los cristianos, es decir, a 200,000.000 de ellos. Se han apoderado de él, i con tales circunstancias, que constituyen un ultraje tan monstruoso, como si un Estado vecino que hallara conveniríe apoderarse de este territorio, lo ocupase declarando prisionero al presidente en esta misma porcion garantida por todos los Estados Unidos.

Pio IX merece todo nuestro amor, es acreedor a todas nuestras simpatías i confio que, como en Baltimore, tambien en esta gran metrópoli, nosotros, sus hijos espirituales, contemplando solo la libre libertad del padre de cristianos en sus relaciones, afirmaremos los principios de esa libertad que nunca le está garantida a no ser independiente de cualquiera otra soberanía, i ajena a las influencias de la versatil política moderna.

Ahora se halla toda la Europa en conmocion, i confio, fieles ardientemente amados, que os unireis a los amados i venerables hermanos del clero, con todos nosotros, en fin, para dar a estos sentimientos que vuestros honrados corazones i vuestra incontrastable fé os sujiera. En esto no va envuelta intervencion de ningun jénero con las relaciones de Estados esteriores.

«Todo lo que queremos para Pio IX. es libertad.

«Os agradezco de nuevo, amados fieles, espero en Dios que os bendecirá a vosotros i a nuestras familias, i que multiplicará vuestro número como ha multiplicado ya nuestras iglesias que han subido de una

a once en los límites de la memoria de muchos que aun viven i acaso se hallan aquí presentes.

«Dios os bendiga.»

Despues de los discursos, entró el arzobispo de nuevo a la iglesia i se prosiguieron las ceremonias de la recepcion. Su Ilustrísima, precedido por acólitos con incensarios, fué escoltado hasta el presbiterio i se sentó en el trono episcopal, miéntras los órganos i la orquesta tocaban una marcha sagrada i los coros cantaban *Cœli enarrant gloriam Dei!*

En seguida el reverendo padre White de la Compañía de Jesus, pronunció a nombre del clero la siguiente alocucion:

«Mui Reverendo Arzobispo: A nombre del reverendo clero de la Iglesia Católica del distrito de Columbia os doi la mas cordial bienvenida en vuestra vuelta a la arquidiócesis sobre cuyos intereses espirituales presidis. Ha sido costumbre de las naciones civilizadas en todo tiempo recibir con júbilo i festejo al vencedor que reaparecia entre ellos despues de los peligros del campo de batalla, i manifestar su demostracion patriótica, su agradecido aprecio por el heroísmo desplegado i los triunfos obtenidos para el engrandecimiento del pais. ¿Cuánto mayor no debe ser el entusiasmo de un pueblo cristiano cuando vuelve a contemplar en su seno al patron i jefe del ganado, despues de las pruebas i trabajos arrostrados con distinguido celo i éxito en obsequio de sus eternos i espirituales intereses? No nos corresponde a nosotros, mui reverendo señor, juzgar del mérito i eficacia de la parte que tomasteis en las deliberaciones de la augusta asamblea de prelados convocada en la Ciudad Eterna de todas las rejiones del globo para proclamar la fé de Cristo i a fin de proveer a su creciente influjo entre los hombres por medio de la sancion de leyes saludables; no conviene a los hijos erijirse en jueces de los padres; pero, sí, nos toca por lo ménos, el privilejio de congratularnos, junto con el cuerpo católico entero, de haber sido representados en ese sínodo venerable e imponente cuya sabiduría i celo, le hacen digno, segun el unánime consentimiento del mundo cristiano, de ser considerado como una de las mas brillantes luminarias de la jerarquía católica i una de las mas firmes columnas de la Iglesia.

«Sentimos que se refleja sobre nosotros la honra que os cupo en aquella asociacion tan prominente con la flor i nata de la intelijencia i la virtud que brilla ante el mundo en el Concilio Ecuménico; porque, como ciudadanos cristianos, nos recuerda que al entrar como hermanos al místico cuerpo de Cristo no nos hicimos miembros de una organizacion humana, sujeta a error, corrupcion i decadencia, sino que fuimos afiliados a aquella Iglesia que es inmortal porque es infalible; una Iglesia fundada por el Hijo de Dios hecho hombre, con la cual prometió permanecer unido hasta el fin de los tiempos, i contra la cual jamas prevalecerán las puertas del infierno. En posesion de una vida divina i guiada por las disposiciones inerrables de su supremo Pastor, el Obispo de Roma, prospera lo mismo bajo la sonrisa de sus aliados que bajo las persecuciones de sus enemigos.

«Como hijos leales, nos regocijamos con ella en sus alegrías i simpatizamos en sus pruebas. I ahora que su augusto director, el magnánimo Pio IX, ha sido asaltado por las bandas del enemigo, i en el abusado nombre de la libertad i el progreso ha sido despojado de su dominio temporal i privado de la indispensable libertad para el ejercicio de sus altas funciones i su espedita comunicacion e influencia con sus doscientos millares de hijos esparcidos por la faz del globo, el mundo católico entero siente el ultraje que en su contra se ha cometido, i por su medio contra la relijion i la sociedad. El, en su caracter espiritual i superioridad temporal, era el único representante subsistente en los tiempos modernos del estado normal de la sociedad cristiana, es decir del perfecto acuerdo entre el órden natural i el sobrenatural. Pero, una mano impía ha trastornado momentáneamente esta estructura modelo.

«En esta ocasion, pues, que nos recuerda que vos, mui reverendo señor, i vuestros ilustres colegas del Concilio Ecuménico os habéis visto compelidos a suspender vuestra obra, por la misma violencia sacrílega i latrocinio sin nombre que ha invadido el territorio papal, no podemos ménos de levantar nuestra voz unísona i en tonos enérjicos para protestar contra la iniquidad, i estimamos el presente un momento oportuno para hacer, con vuestro permiso, una declaracion que naturalmente inspira la gravedad de las mencionadas circunstancias.

«Al mismo tiempo, permitidnos, mui reverendo Arzobispo, aseguraros que, ora esteis aqui rodeado por vuestra afectuosa i leal grei infundiendo vida i vigor nuevos a cada departamento de vuestra espiritual administracion, ora os halleis en un teatro mas vasto de utilidad oponiéndoos como murallа de bronce al latitudinarianismo o infidelidad de la época, sereis siempre el objeto de nuestra profunda veneracion i de nuestra adhesion sbnegada.»

El Ilustrisimo i Reverendisimo Arzobispo contestó a este discurso en los breves términos que siguen:

«Reverendo doctor White i venerable clero de este distrito, os reitero mis gracias de corazon por vuestra cordial bienvenida a mi regreso. Os agradezco la estimacion que haceis, demasiado parcial me temo, de lo poco que he sido capaz de hacer en el Concilio Ecuménico. Es verdad, fui colocado en posiciones de mui considerable responsabilidad por la opinion del Soberano Pontifice i por los votos de cerca de ochocientos de mis colegas; pero, fui solo uno de muchos i me sentí allí mas insignificante de lo que jamas me habia sentido en mi vida.

«Cuando una persona es una entre mil, cuando entre los arzobispos lleva el número 131, como me aconteció a mi, es evidente que uno no puede palpar lo pequeño que es. Jamas me sentí tan pigmeo en el centro de Lóndres, o Paris.

«Os estoi reconocido, venerables hermanos, i espero de que asi como hasta aqui nuestras relaciones han sido buenas i cordiales, seguirán todavia mas intimas, i que todos seguiremos trabajando de acuerdo a mayor gloria de Dios i salvacion de las almas.

«Agregaré algo de lo que dije en la Portada a fin de que reflexionando sobre ello no haya la menor mala intelijencia. Hablo con respecto a lo que habeis tenido la bondad de decir en referencia a la actual posesion del Soberano Pontifice. Quiero suponer este caso. Supongamos que tres o cuatro Estados, o un Estado, Maryландia, o Virjinia, se viniesen a apoderar del distrito de Columbia, a encerrar con una guardia la Casa Blanca i a decirle al presidente: «Oh! sois libre, perfectamente »libre; podeis escribir i comunicaros; pero »toda esa correspondencia pasará por nues»tras manos. Oficinas, correos, tribunales, »sois libres; pero recordad que nosotros »presidimos a vuestra libertad. Dirijios co»mo gusteis a todos los Estados Unidos, »pero nosotros estamos a la puerta para »examinar vuestras órdenes i darles, o no, »curso. Dispersaremos vuestro congreso, »porque es inútil.»

«Hé aqui precisamente lo que los pretendidos amantes de la libertad, han hecho en Italia. Dispersaron el congreso de la cristiandad compuesto de ochocientos obispos, los arrojaron fuera i apresaron al presidente, i en seguida piensan que ha de ser, suficientemente cándido, para creerse libre.

«¡Libre! con una guardia montada al rededor del Palacio del Vaticano!

«¡Libre! cuando no ha podido salir una sola vez a la ciudad desde el 20 de setiembre por temor de verse insultado!

«Solo puede pasear respetado en su jardin.

Tal es la libertad que se ha dejado al hombre de quien buscan «consejo i direccion espiritual doscientos millones de cristianos de las cuatro partes del mundo.»

Un simple obispo disfruta de mas libertad en este pais i goza de mas garantias que el corazon del catolicismo, que el jefe mismo de la Iglesia en quien reside la iniciativa i cuya independencia es por consiguiente condicion esencial de vida para todo el cuerpo, como es la autonomia necesidad vital de los pueblos.

Os agradezco de nuevo i de todo corazon vuestra afectuosa i espléndida demostracion.

Al concluir de hablar el Arzobispo, se formó dentro de la misma Iglesia un meeting de todo el clero i de las diversas sociedades, en el cual se adoptaron despues de leido su largo preámbulo i de hacer uso de la palabra varios oradores, las resoluciones siguientes, aprobándolas con levantar las manos.

Considerando que Nuestro Santo Padre Pio IX espidió el 29 de julio de 1868 en la fiesta de los Santos Apóstoles San Pedro i San Pablo su bula de convocacion del Concilio Ecuménico del Vaticano para ser inaugurado el 8 de diciembre de 1869 en la ciudad de Roma; considerando que dicho Concilio se reunió como estaba determinado i bajo la direccion del Espiritu Santo, procedió tranquilamente a realizar la obra a que habia sido llamado hasta el

20 de setiembre de 1870, en que los Estados de la Iglesia fueron, sin causa i sin previa declaracion de guerra, invadidos por las tropas del monarca vecino, rei Victor Manuel, i el Padre Santo fué hecho prisionero i su gobierno trastornado por la violencia, i la autoridad de Su Santidad usurpada por las creaturas del invasor:

Nosotros, los católicos de la arquidiócesis de Baltimore, reunidos para recibir a nuestro amado Padre en Dios, el mui reverendo Martin Juan Spalding, Arzobispo de esta diócesis, en su regreso a su rebaño despues de participar en los procedimientos del mencionado Concilio, juzgamos oportuna la presente ocasion para espresar nuestras firmes convicciones con respecto al ultraje por el rei Victor Manuel: De consiguiente.

Resolvemos.—Que la mencionada invasion del territorio papal i el trastorno del gobierno de su Santidad i la usurpacion de su soberanía fueron i son contra todo derecho i justicia, en violacion de los términos de la convencion del 15 de setiembre de 1864 entre el emperador de Francia i el dicho rei Victor Manuel, i contra la buena fé; i un ultraje ostensible contra el mundo civilizado.

Resolvemos.—Que las circunstancias del caso justificarian la intervencion de todos los gobiernos cristianos en favor del restablecimiento de Su Santidad i de sus «soberanos derechos.»

Las ceremonias de la iglesia terminaron con una bendicion del reverendo Arzobispo, que fué en seguida con un numeroso cortejo al colejio de los reverendos padres jesuitas en Georges-Town, en donde los alumnos le tenian preparada una espléndida acojida. El establecimiento completamente engalanado con banderas i flores ofreció al comun Pastor una academia literaria en siete idiomas, en que los alumnos recitaron hermosas composiciones propias alusivas a las circunstancias, dando una muestra de la superior educacion que se recibe en aquella Universidad i de sus propias privilejiadas intelijencias.

Monseñor Spalding les correspondió con un encantador speech adecuado a su infantil auditorio, en el cual se detuvo peculiarmente dando a los alumnos una minuciosa idea de los conocimientos filolójicos de los Padres del Concilio, entre los cuales Su Ilustrísima mencionó muchos que poseian sobre veinte idiomas. Entre tanto el latin era la lengua comun, i de esta unidad del idioma entre los príncipes de la Iglesia sacó Monseñor su oportuno simil para preconizar la unidad del cuerpo católico.

En fin, señores editores, esto vá demasiado largo i es necesario terminar.

En Estados Unidos, el espíritu relijioso es poderosísimo, como lo prueba el dia de dar gracias que acabé de escribir a Uds. El Estado dista mucho de ser ateo en la práctica, puesto que su propio jefe ordena al pueblo consagrarse al culto, lo que es mas propio de un Pontífice que de un descreido; i, lo que a nosotros debe importarnos mas, porque debemos mirarlo como modelo e imitarlo en Ch le, los católicos son varoniles i activos.

Ya han visto Uds. como se mueven, como llenan en un gran dia con su entusiasmo la capital misma de la Gran República, i como se reunen i proclaman sus principios i elevan sus protestas entre el colosal capitolio en que se reune el todopoderoso Congreso de la Union, i la casa Blanca donde reside el primer majistrado de este jigantesco pais.

CÁRLOS MORLA VICUÑA.

AL BUEN ENTENDEDOR.

¿Sabes graciosa Violante,
De qué asunto hablarte quiero?
—No lo sé, pero lo infiero.
—Con inferirlo es bastante.

—Pero quizá me equivoco;
Usted quiere hablarme de.....
—Mas tarde me esplicaré;
Niña, vamos poco a poco.

—Si ha de decirlo mañana,
¿Por qué no lo dice hoi?
—Pues a decírtelo voi:
Mas de hablar no tengo gana.

—Usted sin duda..... —¡Cabal!
¿I por qué no lo decia?
—Qué sé yo; talvez temia.....
Que lo tomaras a mal.

—Gratitud profunda abrigo;
Mas no sé si mi mamá....
En fin, usted le hablará;
I si no, yo se lo digo.

—Es tanto lo que se gasta....
—Pero mi dote, señor,
Puede.... —Al buen entendedor
Con media palabra basta.

R. C.

EL MAESTRO DE MUSICA

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

(CONTINUACION.)

VII.

Por otra parte, concluidas las lecciones, Pablo volvia a su casa; i despues de una comida en que el placer de encontrarse parecia cada dia mas vivo, comenzaban los trios de la familia.

Con entusiasmo le he oido contar a Pablo estas fiestas de la tarde, muchas veces he tomado parte en ellas como oyente i tomo con palabras frias, el brillante recuerdo que de ellas conservo.

La música era como un vínculo mas, entre estos tres seres tan unidos, como una lengua nueva mas rica i mas harmoniosa que las lenguas que se hablan, mas capaz de traducir ese sentimiento hácia lo infinito que trabaja, por sencillas e injénuas que sean, las almas verdaderamente cristianas.

Una tarde entré al salon, cuando se tocaba un trio de Haydin. Lo habian estudiado tanto, que lo repetian sin música i aun sin otra luz que los pálidos resplandores del crepúsculo i de la luna que se levantaban. Sumidos i como absortos en la obra que ejecutaban, en ese jenio, tan profundo, tan vivo, tan sencillo, tan apropiado al carácter de esa familia de oro, no me vieron ni me oyeron.

Me senté en una poltrona, i quedé oculto a la sombra de un baul. No distinguia a ninguno. I sinembargo, en las notas firmes, pero dulces i sonoras del piano; en los sones del bajo, mas atrevidos sin ser por eso ménos sensibles; en ese canto del violin, tan suave, i tan en perfecto acuerdo con los otros dos instrumentos, a quienes dominaba, como si estuviese destinado a sobrevivirles,—en esas voces tan harmoniosamente mezcladas, tan intimamente ligadas las unas a las otras, sin perder nada de su personalidad, yo oia la voz de la madre, del padre i del hijo.

La vida de Pablo le era grata. Le gustaba mas pasar el dia, oyendo estropear sus maestros favoritos, que languidecer en una oficina, alineando cifras, copiando palabras o componiendo informes.

Por otra parte, ¿cuál es el estado, por atractivo que sea, en que se viva de ideal? El abogado, por una o dos cuestiones en que se ajitan cuestiones de un órden elevado, intereses de gran importancia, presta cien veces su talento a admirables demandas entre un locatario i un propietario, entre vecinos que se disputan un árbol o sus frutas. El profesor enseña Virjilio i Homero a alumnos que suspiran por las bellezas literarias del Odeon. El matemático construye pavimento de calles. El oficial pasa de guarnicion en guarnicion, encontrando en todo el fastidio i las alegres diversiones del cigarro, del billar i otras.

Apesar de los sinsabores que hemos señalado, Pablo era de la vida comun. Encontraba en esta cultura diaria i desinteresada de las artes, una compensacion que falta a muchos otros. Sobre todo, el pensamiento ulterior que le dominaba, era un preservativo seguro contra el disgusto o el desaliento.

VIII.

Los hombres que nutren su alma en las fuentes del mundo, no tienen de ordinario, sino una de estas dos clases de valor; el uno acepta con resignacion las pruebas de la vida; el otro cumple con un gran corazon los mas heroicos sacrificios.—El verdadero cristiano reune estas dos especies de valor;—i Pablo despues de haber soportado valientemente, el peso de una posicion mediocre i laboriosa, tuvo un dia que luchar contra el asalto violento e inesperado de una pasion, de una pasion mucho mas viva, porque atacaba un alma jóven que no habia sido marchitada por ninguno de esos

efesos tan comunes en los primeros arrebatos del corazon.

Antes de ir a Paris, cuando suplia a su padre, tenia entre sus alumnas una niña de diez años, Alicia Desrosiers, hija del notario. El le habia puesto el dedo sobre el piano. En dos años hizo rápidos progresos... Despues perdió a su madre, i su padre la puso en un convento.

La historia de la entrada al convento habia causado gran ruido en todo Beaulieu. M. Desrosiers estaba a la cabeza del partido liberal; leia el *Constitucionnel*, i hablablaba con elocuencia en la *Cámara Literaria*, i en las reuniones electorales que habia. Asociaba a su entusiasmo i a sus penas, las conquistas del 89 i era enemigo del réjimen imperial.

Miembro del consejo jeneral, i esperando ser diputado, M. Desrosiers era un hombre prudente en el departamento. Esto suministra un apoyo mas a esta verdad tan vieja como el mundo; que no siempre el crédito i la influencia se concede a los caractéres elevados, sino mui a menudo a los estremadamente vulgares, bastante privados de espíritu para abrazar las torpes preocupaciones de la multitud, bastante desprovistos de sentido moral, para finjir creer, lo que saben que es falso, o para estimar lo que desprecian.

No hablaremos de Mme. Desrosiers sino *por recuerdos*, Su relijion era mui parecida a la irrelijion de su marido. Tenia la misma ignorancia de principios i del espíritu cristiano, i sobre todo el mismo rencor al *partido clerical*, el mismo terror a los jesuitas, la misma adoracion por los liberales; —era un eco, en buenas palabras; porque Mme. Desrosiers era una mujer vulgar, que solo la relijion, pero una relijion séria, habria podido levantar, haciéndola salir de la estrecha órbita en que jiraban las ideas i las afecciones del notario liberal.

Alicia iba a cumplir doce años i bien se concibe cuál iba a ser la educacion relijiosa que la casa paterna iba a ofrecer a la pobre niña, cuando murió Mme. Desrosiers.

Dios, que saca el bien del mal, permitió que la muerte de su madre fuese el punto de partida para que Alicia recibiera una educacion radicalmente hostil a la que sus padres le hubieran dado.

Privada de su madre, Alicia debió ser puesta en un colejio. I los *esprits forts* de Beaulieu, se regocijaron creyendo que la mas rica heredera del departamento iba a dar nuevo lustre al *establecimiento de las señoritas Aubry*, abierto para hacer competencia al convento de la Visitacion.

Sinembargo, nada de eso sucedió. M. Desrosiers detestaba cordialmente a muchos de los que militaban bajo su estandarte político, i aunque decia que nada era peor que ser noble, la consideraba en el fondo de su alma o la envidiaba de buenas ganas. En vez, pues, de colocar a Alicia con las hijas de artesanos o de los pobres, donde las señoritas Aubry, tuvo la vanidad de ponerla con las visitandinas, con las hijas de la aristocracia local.

Estupefactas de ver que aquel cuya aversion era manifiesta por las cosas de Dios, les confiaba el cuidado de su hija, las buenas relijiosas vieron en esto una disposicion secreta de la Providencia, que se vale aun de las pasiones de los malos en bien de sus elejidos.

IX.

Alicia no pudo vivir con las amables hijas de San Francisco de Sales sin ser cristiana primero, despues piadosa. A los diezíocho años, cuando volvió a la casa paterna, era un ánjel.....

.....

Alicia tenia un alma amante, cuyo ardor llegaba a la exaltacion. Sin la intervencion bienhechora de la relijion, se habria consumido en una lenta desesperacion, muriendo de ese hastío vago que, al decir de un romancero, sitia i concluye por matar todas las almas grandes condenadas a vivir en una ciudad pequeña. ¡Desgraciado! ¡Como si los encantos austeros del deber, los recursos inagotables de la relijion, los goces de la amistad, el santuario de la familia, como si todo esto no existiese sino en el tumulto de las grandes ciudades, o en la poética soledad de los campos, i como si las prefecturas fuesen desheredadas de la fortuna i del bienestar! O bien, entregándose a la lectura de romances contemporáneos, Alicia habria sido, en realidad talvez, pero si en imajinacion i en deseo, una heroina a la Jorje Sand.

Mui felizmente, la relijion dió a esta exaltacion su verdadero sendero; la relijion le enseñó cuán independiente es la felicidad del lugar en que se habita, i que así

en las humildes chozas como en los mas suntuosos palacios abundan las ocasiones de una vida útil a Dios, dulce por lo tanto a el alma del verdadero cristiano.

Alicia habia aprendido en el colejio a obrar, en todo, a buscar en todas partes a Dios. A Él admiraba en las bellezas de la naturaleza, o en las maravillosas producciones del arte; a Él servia, obedeciendo con tierno afan a los menores deseos de su padre; a Él oraba siempre, en medio de las brillantes distracciones como en el silencio de su cuarto; a Él imploraba, muchas veces con lágrimas i sollozos, siempre con un fervor i un recojimiento admirables, en favor de todas las almas que veia estraviadas, ante todo por el alma de su padre.—Idolatrada por su padre, se aprovechaba de su influencia para hacerle dar abundantes limosnas, esperando que tarde o temprano la caridad le volveria a la fé.

Una dulzura incomparable, un candor de niño, la gracia que gana los corazones, i la cordialidad que los retiene, formaban el amable i asiduo cortejo de Alicia. Bella, espiritual, rica, llena de encantos, ignorándolos ella solo, o por lo ménos, haciendo poco caso de ellos, teniendo cuidado de enviar a Dios los elojios con que la colmaban. Todo Beaulieu miraba con admiracion a esta niña, que a su belleza no se unia la cóqueteria, que no tenia orgullo por la fortuna de su padre, ni el deseo de hacer brillar su talento a espensas del prójimo, i que nunca se vanagloriaba por su variada instruccion.

X.

He dicho que Pablo habia dado algunas lecciones a Alice, ántes que ella entrara al convento. Estas lecciones fueron continuadas con intelijencia por una relijiosa, cuya mejor alumna fue pronto Alice.

Cuando Alice volvió a casa de su padre, tenia un talento admirable. Se decidió que era menester darle un maestro de acompañamiento.

No habia mas que dos en Beaulieu. Pablo Lecostois fué llamado.

Alegróse primero como artista i en toda sencillez. Se acordaba de las raras disposiciones de Alice; conocia de fama a la buena monja que enseñaba piano en la visitacion i que decia bien alto, con una encantadora mezcla de amor propio i humildad, qué habia hecho de Alice una discípula *ante la cual ella no era digna de dar vuelta las pájinas de los cuadernos de música.*

Cuando Pablo oyó a Alice por primera vez, quedó entusiasmado. Era verdaderamente aquella alumna tal cual él se la habia soñado, uniendo a una gran habilidad de ejecucion mucho talento i un gran corazon, dos cosas sin las cuales no se encuentra jamas esa tercera cosa que principalmente constituye al artista: el verdadero sentimiento del arte.

Los dúos fueron perfectos. Era difícil conocer cuál enseñaba a cuál;—i, cuando Pablo se avanzaba a hacer alguna esplicacion sobre el carácter del trozo que acababan de ejecutar, se apercibia de que ella lo habia comprendido mejor que él; que miéntras él habia levantado apénas una punta del velo tras del cual se ocultaba el pensamiento del autor, todo el velo estaba descorrido para ella. Despues que sus dedos habian traducido a su manera los sentimientos a que ese velo trasparente da mas encanto, su voz, a su turno, repitiendo con palabras inflamadas lo que habia adivinado del pensamiento del maestro, hacia brotar, a los ojos deslumbrados de Pablo, luz i poesía. Se preguntaba dónde habia bebido aquella niña un sentido tan profundo i tan delicado de esos misterios, ante los cuales tantos profanos,—que el mundo cree iniciados porque son del oficio—pasan todos los dias sin sospechar siquiera que hai en ellos algo que no comprenden.

XI.

Pablo admiró esa rara i rica naturaleza. Pero la admiracion puramente especulativa no es posible de parte de un jóven de veinticinco años para con una niña de diez i ocho. Pablo vió, pues, pronto (i, para verlo en su corazon no necesitaba gran perspicacia) que habia allí un gran peligro para él, uno de esos peligros que no se pueden vencer mas que con la fuga.

Las lecciones habian comenzado hacia apénas un mes, cuando llegó una fiesta en que Pablo tenia la costumbre de comulgar. Fué pues en busca de su confesor, se espuicó francamente con él acerca de los sentimientos que sentia jerminar en el fondo de su alma para con la señorita Desrosiers. El confesor le repitió en alta voz lo que su

conciencia le decia en voz baja: que era menester retirarse pronto i en silencio.

Pido permiso para abrir aquí un paréntesis i hacer notar contra M. Michelet, los buenos efectos de la confesion para la tranquilidad de las familias.

En el lugar de Pablo, un hombre sin principios habria procurado seducir si no robarse a Alice.

Un hombre honrado i jeneroso habria quizá sacrificado su amor al honor de la que amaba—no sin haber pedido i aprovechado un momento de conversacion, en que hubiera confesado sus sentimientos, habria habido mil quejas contra la injusticia de la sociedad que impide la union de dos almas tan bien preparadas la una para la otra; despues habria dicho que partia, pero que su corazon, estaba destrozado, que jamas amaria a otra, etc., etc.

(*Continuará.*)

EUJENIO DE MARGERIE.

YARAVÍ.

¡Cuán solitaria i desierta
La tierra que nos legaron
Nuestros mayores!
Está de escombros cubierta....
Nada, nada perdonaron
Los invasores!

Quemaron nuestros hogares
I la sangre derramaron
De nuestros reyes;
Rompieron nuestros altares
I el código destrozaron
De nuestras leyes.

Los que al filo de la espada
No hallaron gloriosa muerte
Lidiando bravos,
Hoi, con la frente humillada
Jimen con dolor mas fuerte,
I son esclavos!

Nuestras hermosas mujeres
Se unen con estraño dueño
En torpes lazos;
Le regalan sus placeres
I ¡ai! le concilian el sueño
Entre sus brazos!

¡Cómo se ultraja el Imperio
De Manco! ¡Cuán abatida
Su triste raza!
¡Cuán horrible el cautiverio
Que hoi, en el oprobio hundida,
La despedaza!

Adios, patria! patria mia!
Pues tu desgracia inhumana
Me aflije tanto,
Yo en mi honda melancolía
Parto a la selva lejana
Con mi quebranto!...

Parto a ocultar mis dolores,
Donde no lleven los vientos
Entre sus alas
Ni el himno de tus señores,
Ni los fúnebres lamentos
Que, o patria, exhalas!

Allí en olvido profundo
Daré a mis males prolijos
Tranquilo puerto;
Viviré léjos del mundo,
I la patria de mis hijos
Será el desierto!

Así el nieto de los Incas
Dijo, i se internó en el bosque
Sin que volviera jamas
Nadie a repetir su nombre.

Talvez vivió largos años;
Talvez, peregrino i jóven,
Llorando su triste suerte
Murió en sus años mejores....

Quién sabe! Acaso su tumba
Guarda solitario monte,
Donde el proscrito no tuvo
Préces, ni llanto, ni flores!

C. WALKER MARTINEZ.

LA MUJER.

Cuando la mujer se deja llevar por los encantos del lujo exajerado, no es ya la

compañera i asociada del hombre: es su *mujer*, su *propiedad*, su *esclava*.

Los hombres procurarán ocultar esta situacion con cariñosas palabras i finjidas adoraciones, pero esta es una verdad incontestable e inflexible.

Entre los antiguos pueblos las mujeres llevaban anillos en las orejas, la nariz i los dedos, argollas en los brazos i en los tobillos, diademas en la cabeza, collares de pedrerias i cinturones de oro i de seda; esto lo usaban no solamente como adorno, sino que eran mitos i simbolos.

Estos pretendidos adornos eran i son la imájen de los anillos i ligaduras que las atan al hombre: cadena dividida en varias partes con el objeto de disimularla, pero cuyo significado es la esclavitud de la mujer. Si la fabrican de oro, perlas i se las, es porque asi aumentan su fuerza, quitándole a la sierva el deseo de romperla. Esta terrible cadena llamada *lujo*, fué inventada para que representase una esclavitud voluntaria, en lugar de la esclavitud forzada de los tiempos antiguos. Asi, la mujer, ántes de pretender hacerse independiente, deberia romper tan perniciosa cadena, i no sacudir los hierros metafóricos que no existen, i de los que tanto han hablado.

Que la mujer tome su parte en los cuidados i penalidades de la familia, i será igual al hombre.

Ved al hombre en su estado salvaje: él caza i pesca; la mujer prepara la comida con el fruto de la cacería i pesquería del hombre; el hombre lleva el cuero del oso, i la mujer hace los vestidos.

Ella es, pues, su compañera, su asociada i su igual.

Pero la mujer que se ocupa solamente de sus trajes; la que no lleva al hogar sino un aumento de necesidades; aquella por quien el hombre debe imponerse un doble trabajo, dobles privaciones, dobles rapiñas, dobles crímenes: esa no es igual al hombre, ni su asociada, ni su compañera; ella no puede pagar la esclavitud de sus caprichos sino con la esclavitud que el hombre exija de ella.

Que mis lectoras no me crean enemigo suyo (el diablo sabe lo contrario); pero Praxiteles no hizo una Vénus sin golpearla con su cincel i martillo, i yo quisiera ver a las mujeres a la altura del amor que me inspiran....No soi enemigo de la coquetería hasta cierto punto; soi partidario de los adornos, i aun mas: creo que el deber de toda mujer es presentarse tan bonita como le sea posible.

Se ha convenido en que las mujeres harán siempre el papel de tímidas i débiles, i que los hombres fingirán ser fuertes i valientes.

ALFONSO KARR.

¿LA MANIA DE ESCRIBIR ES HEREDITARIA?

Ada, la hija de lord Byron, *la hermosa hija de mi corazon i de mi hogar*, se casó con lord Lovelace i se cree que es la autora de la obra titulada *Vestiges of the natural history of creation*, la cual tuvo cuatro ediciones en ménos de un año.

PRECEPTO I EJEMPLO.

Thompson, autor del poema de *Las Estaciones*, escribió en la cama sus hermosos versos sobre las bellezas del alba i lo saludable que es levantarse temprano.

La descripcion comienza con estas palabras:

«¡Oh, falso regalo! ¿a estas horas ningun hombre estará despierto?.... El alba despertaba en aquellas edades la raza feliz de los hombres inocentes, i no se avergonzaba, como hoi, de esparcir sus rayos sagrados sobre seres entregados al sueño..... renacian como el sol i se levantaban para cultivar la tierra o pastorear alegremente sus rebaños, etc.»

Contenido de este número.

I.—Lope de Vega i sus hijos, continuacion, por Enrique del Solar.
II.—A un jóven, poesía, por J. A. Soffia.
III.—Fiesta relijiosa-oficial en los Estados Unidos, por Cárlos Morla.
IV.—Al buen entendedor, poesía, por R. C.
V.—El maestro de baile, continuacion, por Eujenio de Margerie.
VI.—Yaravi, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
VII.—La mujer, por Alfonso Karr.
VIII.—¿La mania de escribir es hereditaria?
IX.—Precepto i ejemplo.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, febrero 5 de 1871. Núm. 175.

LOPE DE VEGA I SUS HIJOS.

(Conclusion).

V.

En el claustro hallamos en Marcela la santa i la poetisa.

Miéntras su padre ocupa en el mundo una posicion brillante siendo el ornamento de la corte i el ídolo del pueblo, ella florece humilde en medio del retiro.

La vida de las trinitarias estaba, como lo hemos dicho, cercada de privaciones. Este monasterio sufrió desde su orijen una série de pruebas terribles; a los pocos años habia ya perdido los ausilios que le proporcionaba su fundadora, pues los caprichos i exijencias de ésta eran infinitamente mas inaguantables que la miseria i el abandono.

Las primeras relijiosas que se asilaron en esa casa de recojimiento eran pobres i habian de mantenerse con el trabajo de sus manos; su templo era humilde hasta no mas, bien que enriquecido con la presencia de la Sagrada Eucaristía, i digno asilo de un Dios por la pureza de los corazones que iban a ofrecerle allí su amor i sus votos.

La entrada de Marcela debió sin duda traer algun bienestar material a las pobres Trinitarias. Es de creer que Lope de Vega, que tanto esmero puso en odornar el templo para el monjio de su hija no limitaria su proteccion al monasterio a solo esta ostentacion bondadosa.

Sinembargo, el local era estrecho i las monjas no podian lograr el retiro i libertad que son tan necesarios en una casa de contemplacion.

Esto las tenia tristes, si bien resignadas, hasta que al fin, permitiéndolo las circunstancias, variaron de domicilio, cuatro años despues de la entrada al convento de sor Marcela de San Félix.

Por estos tiempos la hija del *Fénix de los injenios* habia dado a conocer la sangre que corria por sus venas, ya cantando el jardin de su monasterio, ya celebrando la piadosa i dulce soledad que proporcionaba el ensanche del convento a sus hermanas en relijion.

Hé aquí como pondera las excelencias de la soledad con motivo de este acontecimiento:

En la soledad perecen
Estas apariencias falsas
Que el mundo vende por buenas
Con infinidad de faltas.

En la soledad se quitan
Las nubes i opacas,
I el alma, llena de luz,
Toda la verdad abrasa.

Sor Marcela, debió ser mui amante del retiro, pues en otro romance que tenemos a la vista, vuelve sobre el mismo tema con mejor entonacion, pues en el citado canta un suceso casero i en el que va a leerse los puros e íntimos afectos de su corazon.

ROMANCE A UNA SOLEDAD.

En tí, soledad amada,
Hallaba mi compañía,
En tí los dias son gloria
En tí las noches son dias.

.....

En tí gocé libertad
De tanto precio i estima,
Que darlo todo por ella
No será paga cumplida.

.....

En tí, con dichas tan grandes,
Las horas, noches i dias
Dulcemente se pasaban
Instantes me parecian.

En tí ¡qué corto mi sueño!
I ¡qué larga mi vijilia!

¡Qué penoso fué el descanso!
¡Qué gustosa la fatiga!

En tí le dije a mi amante
Lo tierna que le queria;
En tí pudo conocer
Como le estaba rendida
Mi alma que está colgada
De su voluntad divina

En tí le pedí su union
Con ansias de amor tan vivas,
Que no sé si le obligaron
El lo sabe i El lo diga.

. . . . . .

En tí conocí del suyo (1)
La gran fuerza i valentía
Lo ardiente con que me enciende
Lo activo con que me anima.

Imposible es para los que por nuestro espíritu i la disipacion de la vida diaria vivimos alejados de los éxtasis que arroban en el claustro a las almas puras, penetrarnos i vivir de sus piadosos sentimientos. Pero la soledad de la vida monástica abre a las personas contemplativas un estenso campo de afectos, donde el corazon se pierde abismado en las cosas eternas.

Asi, Teresa de Jesus, a quien algunos con tan poco acierto parangonan con Safo, hallaba mezquino i vacío el mundo i ansiando la muerte para unirse al santo objeto de su estático arrobamiento esclamaba:

Vivo sin vivir en mí
I tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

El amor divino hacia prorrumpir a esta misma admirable santa en aquel sublime apóstrofe dirijido a Satanás cuando le decia: *¡Desdichado, tú no puedes amar!....*

Marcela se vió acaso turbada en su recojimiento por alguna congoja:

Desde que tú me faltaste
Me ha faltado la alegría.
Cercóme la confusion
El afan i las fatigas,
Todo me aflije i congoja
I causa melancolía.

(1) De su amor.

Tempestades se levantan,
Brama el mar, i la barquilla
Grande tormenta padece
De las olas combatida

Oh! si gozara de tí
Lo que me dure la vida!

. . . . . .

¿Qué virtud no se alimenta
Con tus pechos i caricias?
¿Quién deja de estar contento
Si te busca i te codicia?
Tú causas los desengaños,
I a la verdad solícitas,
Para que usando su fuerza
Atropelle la mentira.
Haces del destierro patria
I sacas con valentía
A las almas que te aman
De la opresion de sí mismas.

El místico amor de sor Marcela de San Félix a su divino esposo se revela tierna i sencillamente en estas seguidillas, cuyo estilo podria equivocarse con el de Lope:

A mi amado le digan
Que aquí me tiene
I que trate a su esclava
Como quisiere.

Díganle que le busco
Solo por amar,
Sin que quiera mas precio
Que verme penar.

Nunca me satisfaga
Con otros dones
Porque son mas seguros
Los de aflixiones.

Sospechoso se hace
Con los regalos
Todo amor, aunque sea
Mui estremado.

Poco estima el amarte,
Dulce bien mio,
Quien pretende otro premio
Mas que a tí mismo.

Devocion i aliento
Tengan los buenas;
Mas a mí, como ingrata
Vengan las penas.

Aunque no las merezco;
Que es cosa grande

El penar por amores,
Servir de balde.

Nadie sirve de balde
A tan gran Señor;
Que el amor en las penas
Su paga libró.

Por amarte te amo
Sin otro interes;
Que el amor se sustenta
Con gajes de fé.

Bien trocaste las manos
De tus amores,
Que en lugar de caricias
Me das rigores.

Pero yo me contento
Con este trueque
¡Ojala, dueño mio,
Que ellos creciesen!

¿Para qué son desdenes,
Belleza mia,
Si yo sé que me amas
Mas que a tu vida?

I como tú me quieras,
Amado mio,
¡Cuán de veras la muerte
Será mi alivio!

¡Ai! mira que me matan
Ansias de verte,
I es tan dulce agonia
Dichosa muerte! (1)

¿Quién al leer estos desahogos de un alma piadosa no reconoce en ellos el espíritu de Santa Teresa i de San Juan de la Cruz? La entonacion es mas humilde, el espíritu de sacrificio, los afectos son los mismos.

Sor Marcela escribió algunas loas i juguetes dramáticos para las profesiones de sus hermanas en las que se precia de haber heredado algo del jenio poético de su padre:

Se precia de discípula
De aquella fecunda *Vega*,
De cuyo injénio los partos
Dieron a España nobleza (1).

En un entremes en que sor Marcela representa el papel de estudiante se hallan tambien los siguientes versos:

Yo soi un pobre estudiante
Tentado por ser poeta,
Cosa que, por mis pecados,
Me ha venido por herencia;
Porque es que *qualis pater*
Talis filius- etcétera (2).

El orijen de Marcela era, como se vé conocido en el convento, aunque las crónicas de éste guarden silencio sobre el particular.

El marques de Molins no copia en los apéndices de su *memoria* (3) la *Vida de sor Marcela* que halló en los archivos de las Trinitarias, lo que nos priva de datos preciosisimos para adornar este articulo; pero la hija de Lope dejó en pos de si el olor de las virtudes i la fama del talento.

Sin duda que al lado de Marcela del Carpio vivia en el mismo monasterio otra niña, hija como ella de un gran jenio, hermana suya en la piedad como en el nacimiento. Queremos hablar de la hija natural de Miguel de Cervántes, doña Isabel de Saavedra, relijiosa lega de ese monasterio, la que no tuvo a su entrada ni el lujo ni las ovaciones con que el mundo despidió a la hija de Lope en los dinteles del claustro. Isabel de Saavedra, desconocida de los hombres, acabó allí sus dias, velando en la oracion sobre la tierra bendita donde yacian los restos de su ilustre padre, cerca del cual es de creer se la sepultaria.

Marcela que en el retiro cultivaba como su padre las inspiraciones dramáticas pudo desde léjos gozarse en los triunfos de éste i mas aun, estaciarse en la contemplacion de su venerable persona que acudia con frecuencia al monasterio a desempeñar las funciones mas augustas del ministerio sacerdotal.

La iglesia de las Trinitarias era el templo a donde Lope de Vega celebraba el santo sacrificio de la misa. (4) Esto se sabe por

(1) Esta composicion así como las demas citas que hacemos de sor Marcela son tomadas de la obra del marques de Molins, quien a su vez las ha copiado de un códice que se halla en el monasterio de Trinitarias titulado *Poesías inéditas de la V. M. sor Marcela de San Félix.*

(1) *Loa a una profesion.*
(2) *Loa a la profesion de la hermana Isabel del Santísimo Sacramento.*
(3) *La sepultura de Miguel de Cervántes.*
(4) Esta asistencia de Lope al convento de las Trinitarias se hayatambien confirma-

el mismo Lope quien en un romance a la muerte de la relijiosa Sor Ines del Espíritu Santo lo deja asi entender:

¡Dichoso yo, que te dí
Talvez el pan de los cielos
Porque pienso hacerte cargo
De haberte dado sustento!

Lope demostró pues siempre una cariñosa deferencia a la familia espiritual de Marcela i en sus poesias no son pocos los rastros que de esta fina amistad se hallan.

El milagroso Niño Dios de que hemos hablado en la profesion de Marcela, le inspiró tres o cuatro composiciones diversas. Para las relijiosas trinitarias fueron acaso compuestos aquellos *soliloquios* i las *cien jaculatorias a Jesus crucificado*, monumento las últimas de tierna piedad, que honra tanto al escritor como al creyente.

Marcela vivió pues protejida por el cariño de su padre hasta en el seno del retiro que habia elejido. Pero un dia le faltó este consuelo i Lope no pudo ya visitar el convento. El gran poeta espiró el 22 de agosto de 1635 i aun despues de muerto su nombre quedó ligado por una circunstancia mas a la historia del monasterio. Sor Marcela de San Félix solicitó despedirse del cadáver de su padre i el acompañamiento desfiló por delante de la casa de las Trinitarias.

Todo Madrid iba acompañando aquel séquito que presidido por el duque de Sesa avanzaba a paso lento en medio de los jemidos de la muchedumbre. Jamas se habia mas visto en la capital de España una apoteósis popular i magnífica: los grandes unidos al pueblo, los sabios, los poetas, los prelados i los militares rodeaban la urna de aquel hombre, pasmo de su siglo, que era llevada en hombros por los sacerdotes de su congregacion.

Asi marchaba al sepulcro a la luz de un sol de verano en la hora mas espléndida del dia, descubierta la venerable frente el mas fecundo de los poetas.

I Marcela pudo contemplarle al traves de las rejas de su convento, i acaso esta fué la primera vez que el orgullo mundano vino a tocar a las puertas de su alma virjinal.

Muerto su padre la hija quedó á llorarle, i su dolor tendria el piadoso consuelo de la esperanza cristiana que muestra bien claro a los ojos del creyente lo que para el ecséptico se oculta en la otra ribera de la vida. Vivirian Marcela i su padre en el santo comercio de las almas cuyo idioma es la plegaria i cuyo lazo de union es la caridad.

Los que admiran al padre guarden tambien un relijioso recuerdo de la hija, digna de él por su injenio, flor pura i delicada que abrió en el claustro dejando rodar melancólicamente sus hojas al pié del altar tantas veces regado con sus lágrimas i perfumado con el aroma de sus suspiros.

ENRIQUE DEL SOLAR.

---

da en la *Vida de Sor Marcela*. «Tal fué, dice el códice del monasterio, la madre Marcela de San Félix nacida en Madrid, cuyos projenitores nos ha ocultado el olvido o el misterio. Solo ha quedado memoria de haber sido mui cercana consanguinea del padre frai Luis de la Madre de Dios, relijioso benemérito de nuestra descalcez, i del famoso poeta don Félix de Vega Carpio, *que en los últimos años de su vida venia a decir misa a la iglesia de las madres, por atencion a su virtuosa parienta.*»

JUSTICIA DE DIOS.

I.

En Quito reina Atahualpa;
Huáscar, que a Huaina sucede
En el Imperio Peruano,
Su asiento en el Cuzco tiene.

Ambos, aunque hijos del sol,
De jenios bien diferentes,
Reinan, en paz el segundo,
I en guerra el primero siempre.

Movido por la ambicion
Atahualpa, que es valiente,
Declara guerra a su hermano
I en campo abierto lo vence.

Le arrebata la corona
I a sus hijos les dá muerte;
I cuando Huáscar se queja
I quiere a piedad moverle,

Le responde con enfado:
«A mis proyectos conviene
Que asi vivas prisionero....

—¿Siempre prisionero?—
—¡Siempre!—

Así corrieron tres años.
¡Cuántos problemas resuelve
El tiempo en plazo tan corto!
¡Cuántos desengaños tiene!

Prisionero de Pizarro
Cayó Atahualpa el valiente,
I a manos pasó su cetro
De otra raza i de otros reyes.

Se queja de sus desdichas,
Se lamenta de su suerte,
I a su altivo carcelero
Mover con lágrimas quiere;

Pero, Pizarro a sus súplicas
Inflexible se mantiene,
I a sus voces está sordo
I a sus penas inclemente.

El Inca por su recate
Darle tanto oro le ofrece
Cuanto quepa en la prision
Donde encerrado le tiene;

I cumple su compromiso
(Increible, en verdad, parece)
Hasta saciar con usura
La codicia de aquel jefe!....

Pide, en cambio, el cumplimiento
De la promesa solemne
Que el conquistador le hiciera
I su libertad pretende.

I éste airado le responde:
«A mis proyectos conviene
Que así vivas prisionero....»
—¿Siempre prisionero?—
—¡Siempre!—

II.

En las sombras de la noche
Forja Atahualpa i revuelve
Para asegurar su trono
Mil proyectos en su mente.

Llama i les dice a los suyos:
«Dad a mi hermano la muerte,
Que quitarlo de por medio
Conviene a mis intereses.»

«Acaso mis enemigos
Tendiéndome falsas redes,
Quieran ceñirle del Inca
La corona refuljente.»

«Id, volad, cumplid mis órdenes;
I, pues sois vasallos fieles,
No dejeis que me arrebaten
La corona de mis sienes!»

Clamó Huáscar por su vida,
Pero, clamó inutilmente.....
Inflexible el duro hermano,
Ni oyó, ni otorgó mercedes!

Consumado el negro crimen,
Atahualpa, algunos meses
Despues, hablaba a Pizarro,
I le hablaba de esta suerte:

—«¡Dadme, por piedad, la vida!...
Por ella os daré cien veces
El trono de mis mayores,
Cuanto oro los Andes tienen!»

«Apartad de mi cabeza
La atroz sentencia de muerte,
I yo seré vuestro esclavo
Humillado i obediente.»

«No olvideis, por compasion,
Vuestras promesas solemnes....
¡Oh! dadme, al menos, la vida,
I vuestro el imperio quede!»

Inflexible el español,
Ni oyó, ni otorgó mercedes,
I es fama que en estos términos
Habló del Inca a los jueces:

«Sentenciad presto, señores;
I, pues sois vasallos fieles
De la corona de España,
No dejeis que de la frente

«Del ilustre Cárlos quinto
Esta corona se aleje;
Ni que su brillo se empañe,
Ni que su gloria se amengüe!»

I cuentan que al alejarse
Así murmuró entre dientes:

«¡Que muera el Inca, no hai duda,
Conviene a mis intereses!»

Muerte de garrote vil
Sufrió Atahualpa: los jueces,
Sordos a sus tristes quejas,
Lo condenaron a muerte.

¡Ai! la justicia de Dios
No perdona al delincuente,
I al que a hierro mata, a hierro
Tambien desdichado muere!

C. Walker Martinez.

EL MAESTRO DE MUSICA

(Traducido para *La Estrella de Chile.*)

(continuacion.)

Aun suponiendo que este hombre jeneroso hubiese tratado con una niña candorosa en quien esos acentos apasionados no despertasen ningun eco funesto, habria enturbiado ese candor, habria hecho a Alice desgraciada con una desgracia de que ella se reconoceria como inocente causa; la habria hecho disgustarse de ante mano con ese lance novelesco del porvenir, honorable, pero tranquilo i monótono, que se desplegaba ante ella.

Pablo no hizo ni dijo nada semejante. Fué a buscar a M. Desrosiers, le espuso (lo que era cierto) que no tenia mas que enseñar a su hija. M. Desrosiers admiró el desinteres de Pablo que así sacrificaba sus entradas. Nunca se supo que habia sacrificado tambien otra cosa mucho mayor.—I Pablo hasta su matrimonio no vió a Alice sino por casualidad i de léjos.....

¿Diré que, ese dia, al entrar a su casa despues de haber dado una leccion de piano a una provincianita mui ridícula i tocado el violin con el jefe de oficinas de la sub-prefectura, un verdadero beocio; diré que Pablo, al volver a su casa, no derramó una lágrima?

Nó, ciertamente, no lo diré; porque temeria mentir.—Pero, si lloraba, tenia la conciencia en paz.

¿Podria acaso haber obrado de otro modo que como habia obrado? Si hubiese persistido en dar lecciones a la señorita Desrosiers, gustando dulzuras cada dia mas peligrosas, habria tenido el alma destrozada por el remordimiento. Para el cristiano, la paz de la conciencia es una cosa tan capital i la conciencia misma ha llegado a adquirir tan esquisita sensibilidad, que permite sufrir cualquiera cosa ántes que esponerse a sus reproches, a las mordeduras talvez de esa Nemesis interior.

«Pero ¿no habria podido yo participar mi amor a Alice, arrancar despues a la ternura de su padre el consentimiento de nuestro enlace? «se decia en la superficie de su conciencia el pobre Pablo.» Mi educacion vale bien la suya. Sin duda mi padre no es mas que organista, pero mi abuelo era consejero del parlamento; i si M. Desrosiers es notario, todos saben que su padre era trapero. En cuanto a los principios ¿cómo encuentran otros que esten mas en armonia que los de Alice i los mios?»

En seguida, desde lo íntimo de su conciencia, Pablo se respondió a sí mismo: «Pero tú sabes que el trapero ha desaparecido tras del notario, del mismo modo que el alto majistrado tras del maestro de música,—i que jamas consentiria el rico Desrosiers en dar su hija, su hija, cuya dote será de mas de doscientos mil francos, a un profesorcillo que anda cada dia media ciudad para dar cuatro lecciones, cualesquiera que sean las virtudes, los talentos o los antepasados del dicho profesor. Continuar viéndola, seguro como yo estaba de no poder casarme con ella, era esponerme, a mi con seguridad, talvez tambien a ella, a arrepentimientos, si no a remordimientos.»

Al cabo de poco tiempo, Pablo habia recuperado su serenidad.

—«¿No la amabas, pues?»—le decia Pedro Chalumet, el escribiente del notario, su único confidente, viéndolo consolarse tan presto.

—«¡Oh qué bien la habria amado!—respondió Pablo con una sonrisa en que se revelaba el dolor de un bien entrevisto i que jamas es dado poseer.—Despues, añadia: «Pero, como no se podia amarla sin

ofender a Dios, he querido mas bien no pensar mas en ello. Aquél a quien yo amo sobre todo, es Dios. I le pido que nunca ame yo a nadie con injuria suya.»

Despues habló de otra cosa....

Un alma valiente solo a medias se habria complacido en su desgracia, habria gustado de alimentarse de ella, de vivir de recuerdos, habria hecho, en una palabra, todo lo posible para perder el fruto de su difícil victoria.—Pablo, por el contrario, procuraba disuadirse de que no era desgraciado; de que, bajo el punto de vista de la realizacion posible de un matrimonio, le habria valido lo mismo enamorarse de una marquesa; que huir de los tormentos de una conciencia culpable (aunque solo fuese culpable de imprudencia), no era una desgracia sino un deber i un honor.

La victoria de su fé lo consoló del fracaso de su tierna pasion.—I esa pasion, en el Pablo cristiano, no habia tomado el desarrollo súbito que en otro habria tomado. El cristiano está acostumbrado a velar sobre sus impresiones. Desde que se apercibe de que puede haber un peligro en algun sentimiento, se pone alerta. Cuando es menester romper, la ruptura no se hace esperar.

XII.

Pablo comenzó a vivir su vida habitual. —Este incidente, el primero que habia turbado la marcha apacible de sus años, no era nada al lado del que iba a seguirle. Dios le reservaba esa prueba, que un amor feliz le habia acarreado mucho mas amargas i durables penas que un amor desgraciado.

Pablo tenia una prima que era el polo opuesto a Alice. Miéntras que ésta tenia desprecio e indiferencia para las riquezas, los placeres i las vanidades del mundo,—Olimpia, a quien todas estas cosas faltaban, las deseaba con un ardor indecible. Niña regalona, ambiciosa, de mal carácter, era una prueba resaltante de la inmensa importancia de las pequeñas virtudes de que ella carecia i de la insuficiencia de las grandes que dormian ociosas en un ángulo de su alma, esperando la ocasion de manifestarse. En la hora del peligro ni la jenerosidad, ni la abnegacion le habrian faltado; pero ella no llevaba al comercio habitual de la vida ni dulzura, ni induljencia, ni buen humor ni serenidad. En medio de todos los sufrimientos del lujo, Alice, cuyo corazon estaba desprendido de esas miserias, era verdaderamente pobre de espíritu. Olimpia, por el contrario, en una posicion modesta, igualmente alejada de las estremadas privaciones de la miseria i de los embarazos i seducciones de la riqueza, en posesion de todos los encantos i todas las ventajas de la mediocridad, Olimpia era rica de espíritu, rica en el sentido cruel que mereció las maldiciones del Salvador; porque uno se apega mas todavía a los bienes de este mundo por el deseo que por la posesion.

En lugar de hacer de su *humour* un atractivo para los que la rodeaban, Olimpia lo trocaba en instrumento de maledicencia o de burla. En una palabra, aunque ella era intelijente, de bella figura, cristiana en el fondo, buena bajo esa áspera superficie, aunque mil razones de conveniencia hiciesen de Olimpia la mujer predestinada de Pablo, Pablo se habia propuesto morirse mil veces soltero que casar con su hermosa prima.

Miéntras tanto el padre de Olimpia cayó gravemente enfermo. Durante tres meses, se la vió cuidarlo con un cariño admirable. Parecia que durante todo ese tiempo, esa alma se habia trasformado. Ni una sola palabra mas de aquellas agrias en que ántes se exhalaban su ambicion i sus sueños envidiosos; ni una sola de las miradas al espejo; una indiferencia absoluta por aquellas dos cosas que ántes amaba tanto: sus comodidades i su propio juicio; una igualdad de humor increible, i que, ciertamente habria curado a su pobre padre, si su pobre padre hubiera podido ser curado.

Pablo quedó tanto mas sorprendido por la esplosion de esas virtudes, cuanto que ellas habian estado hasta entónces escondidas. Talvez tampoco fué insensible a esa belleza que se hacia mil veces mas encantadora en medio de las lágrimas i entónces que Olimpia, en vez de empeñarse en hacerla valer, la olvidaba completamente.

Olimpia tambien agradeció las visitas de Pablo—la asidua compañia que habia hecho a su padre, escuchando con un interes que no se desmintió jamas la eterna narracion de las mismas campañas—la atencion delicada que gastaba en buscar entre sus papeles de música los trozos mas apropia-

dos para adormecer los dolores del pobre enfermo.

Se amaron;—i, cuando el padre de Olimpia hubo sucumbido a su mal, cuando Pablo vió a su prima condenada al aislamiento, relegada por fuerza, si no se casaba, al lado de una parienta vieja, volteriana i malvada, Pablo olvidó a la Olimpia de otro tiempo, para no ver mas que a la jenerosa cuidadora de ayer, la interesante huérfana de hoi.—I resolvió casarse con ella.

La tia de Pablo, una santa señora de cincuenta años i que habia consagrado su vida a Dios, a los pobres i a su hermano, M. Lecostois, se fué a vivir en casa de Olimpia para que ésta no se viera obligada a marcharse de Beaulieu.

Seis meses despues, Olimpia era la mujer de Pablo.

La pena i la felicidad hicieron callar todavía algun tiempo esas malas cualidades que ántes habian hecho proverbial en el lugar el pésimo humor de Olimpia.—Pablo se felicitaba i triunfaba de sus amigos, que habian hecho todo lo posible para disuadirlo de casarse con su prima.

De repente, no sé con ocasion de qué, sin ocasion quizas, ese humor displicente se despertó mas agrio i mas hiriente, mas anguloso i mas erizado que nunca.

Olimpia amaba mucho a su marido; pero ella era como tantas otras jentes que bien moririan por aquéllos a quienes aman, pero no saben vivir para ellos.—Tisico desahuciado o condenado a destierro, Pablo habria encontrado en su mujer una abnegacion incomparable. Pero, si por desgracia hubiera sanado o vuelto a su patria, Olimpia habria vuelto a su carácter, no habria sabido sacrificar un momento de impaciencia, una veleidad de mal humor, el placer de una palabra altanera e hiriente, a ese marido que ella amaba tiernamente i por quien se habria sacrificado sin trabajo su salud o su vida.

Pablo vió con dolor, con terror esa recaida en un pasado que él habia creido olvidado. Fiel a sus hábitos de razon i de calma, se puso a hacer el balance de su situacion. «No tendré jamas, se dijo, la felicidad interior completa, tal como yo lo habia soñado. Ese acorde perfecto entre dos almas que hace que toda causa de disputa o solamente de sentimientos desaparezca entre ellas, puesto que lo que agrada a la una agrada forzosamente i por lo mismo a la otra;—esa paz a que yo aspiraba, esa calma de un corazon que sabe que el corazon que él ama será mañana para él lo mismo que es hoi, lo que era ayer, no solamente fiel i adherido a los grandes deberes que no se podria olvidar sin crímen, sino tambien injenioso para encontrar en las cosas mas pequeñas la palabra amable, el jesto afectuoso, el paso cordial, para retirar del camino de su amigo la mas mínima piedra o el mas pequeño obstáculo;—esa felicidad de todos los instantes, el goce de encontrar en la que me es cara sobre todas las creaturas esa inalterable sonrisa del alma que yo quiero ofrecerle siempre: todo eso, es un sueño al cual es necesario decir adios.

«El carácter de mi mujer será la prueba constante de mi vida. Pero depende de mi hacer este purgatorio mas soportable cada dia, o trocarlo, por el contrario en un insoportable infierno. Si me impaciento, si resisto, si alguna vez echo sobre esos arranques que estallan de súbito como un incendio, el aceite de una calma afectada o de una dulzura exasperante, si solamente me conduzco al acaso en todo esto, arriesgo mucho trasformar mi felicidad negativa en una desgracia mui positiva, i, al mismo tiempo que cambiar, con perjuicio mio, comprometer para siempre el reposo de mi casa.»

Estas reflexiones las puso en práctica con una sangre fria i una constancia que admiro todavía cuanso pienso en ello. Estudió a su mujer; supo cuando era bueno ceder a sus humores, cuando una pequeña resistencia lo irritaba ménos que una retirada sin disparar tiro; tomó el partido de no atenerse a su opinion en materias que no interesasen a la conciencia; por lo demas su sacrificio fué completo; i, desde el dia en que asi lo hizo, dejó de ser penoso.—Cuando el corazon sufre verdaderamente ¿qué importan las heridas del amor propio? o mas bien ¿no es imajinaria la mayor parte de esas heridas? I cómo habria de resentirse de ellas un alma tan humilde i tan razonable como la de Pablo?

Olimpia tenia, como hemos dicho, corazon i talento. Algunas veces se sentia penetrada de admiracion por la bondad de su marido, por su inalterable dulzura, por el cuidado prolijo que ponia en no aparecer apercibirse de sus violencias i de sus caprichos. Habia momentos en que la bon-

dad nativa de Olimpia parecia predominar; estallaba en sollozos i, echándose al cuello de Pablo, le pedia perdon de la amargura que introducia en vida.—Pablo sabia bien que esos momentos serian cortos i seguidos pronto de una represalia de hostilidados. Bastaban, sinembargo, para hacerlo perfectamente feliz i llenar su corazon de mas induljencia aun para con la pobre Olimpia.—En todo, sabia Pablo contentarse con poco, precioso recurso para ser feliz.

EUJENIO DE MARGERIE.

(*Continuará.*)

EL PAR DE CABALLOS.

(*The pair of beasts.*)

IMITACION DEL INGLÉS.

Un ingles de los campos
Tenia dos hijos,
Una muchacha hermosa
I un bello niño;
I los queria...
Vaya! como hijos que eran
De su María.

Mui bien se hallaba el hombre:
Mucho ganado,
I manadas de ovejas,
I en sus sembrados
Trigales de oro,
Cual un mar ostentaban
Rico tesoro.

La madre del cordero
En otra parte,
Dormia calladita,
Bajo de llave,
En un armario...
Las libras i coronas
De Jorje IV.

Ralph se llamaba el padre,
I Tom el hijo
Qué, (con perdon de ustedes),
Era un borrico
Como su padre,
Que rebuznaba recio
I a cada instante.

Pensó Ralph una vez
Con sumo acierto
I dijo: ¡Tomasito
Pide colejio!
I luego al punto
Llevó a Tom donde un maestro
Que era mui ducho.

Le hizo con grave tono
La cortesia,
I comenzó a decirle...
¿Qué le diria?
¡Ah! ya se sabe;
Que el muchacho era un águila
Por sus alcances.

Llegó al segundo punto,
Que consistia
Es saber qué dinero
Le pagaria.
—En cuanto al precio,
Son diez libras por año,
Dijo el maestro.

—¿Mantenido i vestido?
—¡No fuera malo!
—¿Es decir que diez libras
Por enseñarlo?
¿Solo por eso?
Pues diez libras, amigo,
Son un exceso.

Con diez libras se compra
Un buen caballo.
—Cómprelo i tendrá dos,
Dijo indignado
El buen maestro;
I lo echó enhoramala
De su áposento.

SR.-AMOUR.

LA ACADEMIA DEL SILENCIO.

Habia en Menfis una célebre academia cuyo principal estatuto era digno de la escuela de Pitágoras. Hélo aquí: *Los académicos pensarán mucho, escribirán poco i hablarán lo ménos posible.* Llamábase la ACADEMIA SILENCIOSA i no habia en Ejipto sabio distinguido que tuviese la ambicion de ser admitido en ella.

Alamiro, jóven ejipcio, de una erudicion inmensa i de un juicio esquisito, habia compuesto un excelente opúsculo titulado: *La Mordaza*. Trabajaba todavía en reducir mas i mas esa obra maestra de precision, cuando llegó a su apartada provincia la noticia de que habia un lugar vacante en la Academia silenciosa: aunque no tenia entónces mas que veinte i dos años; aunque habia un gran número de pretendientes para ese lugar, él llega i se presenta a la puerta de la célebre Academia. Una multitud de charlatanes e importunos que se paseaban a lo largo de las galerías, se acercan a toda prisa al taciturno estranjero; en seguida, como acostumbran, lo confundieron a preguntas. Alamiro fué derecho a su objeto i sin proferir una palabra, entrega al portero de la sala para trasmitirlo al presidente de la augusta asamblea el siguiente billete: «*Alamiro pide humildemente el lugar vacante.*»

La cábala i la intriga habian dispuesto ya de la vacante, que acababa de ser concedida al protejido de un creso ignorante. El senado silencioso sufrió, pues, un verdadero contratiempo: acababa de recibir a un mozo, cuya amfibolójica verbosidad fastidiaba en estremo sin instruir, miéntras que Alamiro, el azote de los habladores, no pronunciaba una palabra que no fuera una sentencia. ¿Cómo anunciar una nueva tan desagradable al autor de *La Mordaza*?—No sabian qué hacer, cuando el presidente ideó este espediente: llenó de agua una gran copa, pero de manera que una sola gota mas la hiciera rebalsar; en seguida, hizo señal para que se hiciese entrar al candidato.

Alamiro, todo sonrojado, a paso lento i firme, se avanzó con ese esterior modesto que sienta tan bien al verdadero mérito. Cuando se hubo acercado, el presidente se levantó mui galantemente i le mostró con un aire triste la señal de su esclusion. El jóven ejipcio comprendió fácilmente lo que habia i no se desconcertó. Persuadido de que un académico supernumerario no estorbaria i no infrinjiria la lei, tomó una hoja de rosa que vió a sus piés, la colocó con cuidado sobre la superficie del agua en que quedó flotando perfectamente sin que ni una gota rebosara de la copa.

Cuando vieron esa injeniosa respuesta, todos aplaudieron con las manos, i, por consentimiento unánime, se hizo pasar de mano en mano al aspirante el rejistro de la Academia; él inscribió allí su nombre al pié de los de los postulantes i escribió al márjen el número ciento que era el de sus nuevos colegas. Poniendo en seguida delante de esas cifras un cero, por el cual se designaba él, añadió estas palabras: (0.100) «*No valdrán mas ni ménos.*»

Igualmente encantado el presidente por el espíritu lacónico i la modestia poco comun del jóven Alamiro, lo abrazó i lo colmó de caricias. Sustituyó en seguida la cifra cero que precedia al número 100 por la cifra uno i escribió a su vez (1.100) con esta frase: «*Valdrán diez veces mas.*»

El abate Blanchet.

RIMAS DE D. DANIEL CALVO. (1)

Dichosos los que recibieron al nacer los dones del injenio, i que trajeron al monumento incipiente de la literatura hispano-americana un trozo siquiera labrado en su taller. Para algunos de estos beneméritos obreros los estímulos del renombre, las espectativas de la fama, los lauros de gloria inmortal.

Pobres de los que llevaron al cultivo de las letras los anhelos mas caros i ardientes de su alma, conociendo ellos mismos que las fuerzas mas viriles de su espíritu no llegarian jamas hasta la impulsion que inventa i que produce. Ocio estéril son sus labores. Grato olvido descienda sobre ellos si aceptaron su suerte sin envidia ni amargura, i si ántes al contrario preconizaron los títulos literarios de los otros, empleando su sentido comun en trillar el sendero todavía agreste de la crítica.

La crítica desinteresada i previsora nunca estará mas obligada a usar de su derecho democrático de exámen, como en esta época primitiva i rudimentaria en que nuestros jérmenes literarios se agrupan buscando cohesion i solidez, i cuando los diversos ensayos que aparecen van acaso destinados a las basas i cimientos de la nueva literatura que se levanta.

(1) 1 vol. 4.° de 174 páj. Santiago, 1871, Imp. de *El Independiente*.

Hoi por hoi es un libro de poesías, que viene ¿de dónde? de Bolivia, que busca asilo en tierra de Chile, que se hospeda en esta capital, imprenta de *El Independiente*, i que sale despues a la calle, mui si señor, vestido con la estampa tipográfica bajo el nombre de *Rimas de don Daniel Calvo*. Donde quiera hoi se le vé; en los clubs, en las librerías del comercio, en los salones de lectura, en las bibliotecas públicas. Los hombres del charqui aprensado i del ocho i medio por ciento lo arrojan como importuno; los políticos militantes que no sueñan sino en la salvacion de la patria lo miran con desden; los cultos i letrados se detienen a observarlo; i como su cálculo, en materia de versos criollos, fué siempre cometer una sola injusticia probable para escapar de noventa i nueve chascos seguros, acaban por apartarse del libro distraidos e indiferentes. No le queda a éste por de pronto sino la acojida jenorosa i benévola de los amigos de las letras del continente, animados a este respecto de un noble cuanto ventajoso espíritu de corporacion i confraternidad internacional.

Para ellos, afortunadamente, el autor no es un estraño desconocido. Las gacetas de Bolivia i algunas publicaciones literarias de Chile i aun de Europa, han presentado ya algunas muestras de su cosecha poética. Desechando no pocos de esos primeros ensayos e incluyendo la leyenda *Ana Dorset*, que corre impresa desde 1839, (1) el presente volúmen ha recojido con enmiendas algo de lo ya publicado i mucho que todavía no ha visto la luz pública.

«Muchos padres, dice Lope de Vega, son como las aves; en sabiendo volar el pájaro, válgale el aire i ayúdele el pico.» Pero en la paternidad poética es siempre de otro modo; porque el bardo ruiseñor queda ahí, a responder del vuelo i pico de los hijuelos que privó de los arrullos del nido para lanzarlos a los rigores de fuera.

I ante todo ¿quién es ese progenitor aventurero? La respuesta a esta pregunta de la curiosidad vidriosa, es mui breve en el caso presente.

Nacido en Sucre en 18 de setiembre de 1832, don Daniel Calvo tiene la dicha poco comun de haberse mantenido en Bolivia constantemente fiel al honor, «cuyos altares, aunque estén abandonados, reclaman siempre i siempre sacrificios.» (1)

Ha enseñado i dirijido con fruto algunos años a la juventud. Luciano decia, que «a esos que Júpiter detesta los hace en cualquiera parte maestros de escuela»..... *I profesores en Bolivia*, era de agregar para encarecer debidamente estos servicios de Calvo.

En el bendecido recinto de su hogar i en su pequeño mundo de relaciones, estudios i quehaceres, la poesía no fué nunca para Calvo una bagatela pasajera; sino un comercio íntimo, un recojimiento grave, una predileccion sin reparos, hambre del alma.

Cuando uno vé en Bolivia estas vocaciones irrevocables i, como prueba de ellas, un volúmen literario sin necedades ni barbarismos, quisiera al punto trabar disputa con ciertos pesimistas recalcitrantes i burlescos de Hispano-América.

Parapetados tras un muro de gacetas de toda especie, boletines, carteles de anuncios, memorias del despacho, *ordo recitandi officii*, redactores del congreso, recetarios de guisos i postres, guias de litigantes, precios corrientes, bandos de policía, vindicaciones sobre empréstitos, tarifas de avalúos, bulas de cruzada, informes de sociedades anónimas, lenguaje de las flores, alegatos de bien probado, manuales de táctica para las tres armas, oráculos de la buena ventura, pastorales, silabarios, novenas, almanaques i pólizas, que, entre varios otros frutos del pais, son los renglones con mas demanda en el mercado i forman por lo mismo el sustento habitual de nuestra industria tipográfica; parapetados, decimos, tras este muro enorme, entre risas i bravos irónicos los utilitarios empedernidos lanzan contra su contendor una lluvia de parnasos, narratorias, arengatorias, i de cuanto aborto literario acertó, en el espacio de treinta años, a servir de ludibrio a la malignidad humana en las repúblicas latinas de América. I como su estratejia estriba en escojer bien su momento i en no dejar al contrario punto de reposo, en logrando asentar el pié en la efectividad de algunos hechos i ponerse del lado de las apariencias, la burla anti-literata como

(1) Sucre, imp. de España, 4.° de 90 pájinas.

(1) Chateaubriand.

que se tornara de repente en campeon invencible.

Dejémosla ahí con su buen humor, i hablemos acá formalmente.

Por poco que uno se detenga a examinar la presente actividad intelectual de Hispano-América, no dejará, sin duda, de conocer que, en lo que mira a las labores literarias i poéticas, esa actividad no corresponde ámpliamente al despertamiento de ahora quince a veinte años. Los que hallaren este aserto aventurado confesarán a lo ménos, que si aquellas épocas fueron una alborada precursora, no ha brillado aun el claro dia de una rica primavera.

No se crea que aquí vamos a entrar en la abstracta i consabida tésis del progreso i de las decadencias. La civilizacion de un pueblo es algo de mui complejo, para que, con solo ver el lento jiro de una de sus ruedas durante algunos instantes, vayamos a afirmar que la máquina anda trabada en sus movimientos o que amenaza ruina. La verdad es que las mejoras i adelantos que por entre mil obstáculos vamos allegando, i esa gravitacion irresistible que a la sociedad hispano-americana impulsa a un estado mas próspero, son hechos de primera evidencia, como que ellos mismos constituyen nuestra porcion de bienestar moral, social i político.

Mas no por eso es ménos cierto que en la suma de tamaños bienes no entra por mucho, ni aun en la mera parte que debiera, la manifestacion escrita del pensamiento. La prensa cotidiana subviene a nuestras necesidades mas urjentes; pero el injenio no busca todavía con ardimiento sus formas predilectas, esas formas que ajustándose aquí a los peculiares requisitos requeridos por nuestros paises, constituirian al arte literario en hecho notorio a la vez que en ajente eficacísimo de cultura i progreso.

A otros pueblos cupo la gloria incomparable de amamantarse a sí propios, de formarse por sí mismos, de adquirir sin estraña ayuda el vigor i robustez de la civilizacion. Una lei providencial e histórica dispuso que esta América en un principio tuviese a España por madrastra, i mas tarde (i quien sabe hasta cuando) a la vieja i sabia Europa por inevitable nodriza.

Lanzados de improviso i en edad temprana a rejir sus propios destinos, los raquíticos pueblos hispano-americanos gastan hoi los mas activos conatos de su pensamiento, i consumen lo mejor de su enerjía i de sus esfuerzos, en el afianzamiento de sus nuevas cuanto movedizas instituciones; i no es mucho que de esta cotidiana tarea, a las veces terrible i sangrienta, salga el individuo mal dispuesto para la meditacion espontánea i serena, fuente de la orijinalidad creadora, i que se contente con acopiar en su memoria los tipos ultra-marinos, que en la esfera de lo útil i de lo bello, viene a brindarle aquí a sus mismas puertas una civilizacion forastera, pero sin disputa la mas avanzada de cuantas rejistra la historia.

La imitacion: hé aquí, pues, un lazo mui conocido de parentesco i el aire mas comun de familia entre nuestros bardos. La imitacion jenérica, sin ahinco i como por efecto de un ascendiente inevitable; la imitacion, decimos, de ciertos líricos franceses de la primera i lejítima jeneracion de la casta romántica, es en la fisonomía de los versos compuestos por don Daniel Calvo una faccion mui pronunciada.

La verdad es que (volviendo a los contratiempos de nuestra literatura), la verdad es que no se divisa cuándo tendremos acá una labor incesante con muchos i espertos operarios. Por ahora es en vano volver los ojos a ciertos hombres que mostraron alguna vez felices disposiciones, que tienen dadas pruebas de ilustracion i saber, i que nunca pierden la aficion ni los hábitos del literato. Porque fuera de algunos casos notables en el Plata, Chile i Colombia, ellos están prendados de sus autores favoritos i como enfrascados, o refinados, o saciados, o estragados, o repletos i satisfechos con las literaturas estranjeras; las cuales, si a menudo suelen levantar en los cerebros juveniles ventoleras de imitacion, en la inventiva de estos repastados sibaritas dejan casi siempre la impotencia i la esterilidad incurables.

Vedlos, i ¡qué soberbios, i cómo derraman a torrentes el desden sobre cuantos ensayos dieron a la publicidad jóvenes mal preparados sin duda, pero animados siquiera de nobles i levantadas miras! Aduaneros inexorables de la república literaria ¡ai del temerario que sin la vénia fiscal junta su bagaje i se asoma a los sagrados linderos! Custodios solapados del *sancta-sanctorum* de la poesía, incapaces de ado-

rar con ofrendas, ahí están ellos para castigar las profanaciones; i en sus manos el buen gusto se convierte en lima acerada, la crítica en hacha de leñadores, la erudicion en masa para demoler.

¿Qué estraña es esta furia de los doctos, cuando el vulgo, que nunca supo desdeñar a los vocingleros perjudiciales, suele ensañarse a tontas i a locas contra ciertos principiantes estudiosos i de buenas aptitudes? Años atras decia el poeta Cortez en una carta: «He alentado a Calvo miéntras muchos le hacian la guerra.» I era en efecto un justo motivo de orgullo. Mas tarde, Cortez ministro destituyó a Calvo rector que se habia separado del amigo para militar en su contra, sin duda por aquello de Ciceron: *Ab amicis discedendum esse, si peccen in republican.* «Se debe romper con los amigos cuando pecan contra la patria.» (1)

Loado sea Dios; i maravillense cuanto quieran los burlones, los apáticos i los indolentes. Asi i todo, hai ya una naciente literatura en América, compuesta de cierto número no despreciable de obras duraderas, aparecidas aquí i allá, años atras i ayer, en dias serenos i en noches de tempestad; acabadas con el arte algunas, arranques las mas de una afortunada improvisacion; frutos de semillas importadas de otros climas entre flores indíjenas que brotaron a la intemperie en el cráter de los volcanes.

Sin duda alguna el cultivo literario exije en nuestro suelo virjen una estacion todavia mas benigna; pero que no se abatan los pueblos del continente abrumados por un cúmulo de desdichas, ni se engrian tampoco los que supieron fundar la paz pública i a su sombra el bienestar privado. Porque este nuevo injenio que se levanta no tiene por lo visto hijos desheredados, ni preteridos, ni mejorados; i los que por su cultura precoz ganaron en correccion i abundancia, perdieron la gallarda sencillez de los que yacen en rústico abandono; i por donde quiera truenan los ímpetus de la pasion en unos, al lado del melodioso murmurio i la blandura melancólica de otros.

I eso que acá no hai jenios-lumbreras, sabios-palancas, focos académicos, patriarcas consagrados de tradiciones venerables, apóstoles de innovaciones flamantes, falanjes de sectarios, culminantes jerarquías, palestras de las artes, etc., etc. Resortes ya vistos de literaturas conocidas; i ¡cuán errado anda quien, por solo echar ménos vuestro imponente estrépito, concluye que aquí el afan literario no consume una parte de nuestras fuerzas espontáneas con visos de tornarse en trabajo forzoso de la vida!

(Continuará).

(1) «Solo diré a Ud. que he sido de continuo alentado en mis trabajos por las insinuaciones repetidas i jenerosas de mis amigos, entre los cuales, por el vivo interes que siempre me manifestó, ha figurado ántes de ahora don Manuel José Cortez, de quien desgraciadas ocurrencias políticas me han alejado un tanto últimamente. Fué tal nuestra confraternidad literaria, que hemos sometido alternativamente a nuestra recíproca censura nuestros versos i trabajos de todo jénero, aceptando con franqueza i agradecimiento nuestras mútuas correcciones. Asi, he tenido largo tiempo en mi poder el libro de composiciones literarias de Cortez, como él ha tenido en el suyo cuanto bueno o malo ha salido de mi pluma.» *Carta de Calvo, fecha 26 de mayo de 1861.*

COSTUMBRES HÚNGARAS.

HISTORIA VERDADERA DE UN MILITAR RETIRADO

Un dia de verano, en que el cielo incierto de Inglaterra habia amanecido con el aspecto dulcísimo que a veces toma, dispuse valerme de uno de los barcos de vapor, que en aquella estacion suben diariamente, rio arriba, desde la torre de Londres hasta el hermoso pueblo de Richmond. Un vientecillo lijero del sudoeste daba a las aguas i las hojas el movimiento necesario, i no mas, para quitar la quietud macilenta que toman las escenas campestres inglesas, en los dias de calor i calma, a causa de la humedad de que abunda la atmósfera. A poco rato de esperar a la orilla, divertido con la escena de actividad que las cercanías de Londres presentan a todas horas, descubrí, por cima del terreno inmediato, la columna movible de humo, que indicaba la cercanía del barco, i en breve apareció, cortando majestuosamente las aguas, rodeado de la espuma que forman las aletas de las ruedas; en fin, con mas apariencia de un monstruo marino que se mueve a discrecion propia, que de máquina inanimada a quien

la injeniosidad del hombre dá impulso, púseme en un bote pequeño, i enderezé hácia el barco, que al momento refrenó el ímpetu con que iba, como si de motu proprio se dispusiese a recibir la nueva carga. La subida cómoda i segura; la anchura de la cubierta rodeada de una baranda agraciada; la variedad de pasajeros, parte sentados parte paseándose, como por una gran sala; todos bien vestidos; todos de buen humor, aunque quietos; presentan al no acostumbrado, cuadro de la mayor novedad e interes. Pero nada llega a la variedad bellísima que halaga la vista, al paso que el barco se deja atras a Londres. Aun antes de perder esta ciudad de vista, ella solo basta para excitar en la mente un enjambre de ideas, i en el corazon un remolino de afectos. ¡Qué grandeza! ¡qué poder! ¡cuántas virtudes! ¡cuántos vicios! qué acumulacion de placeres! qué peso enorme de afliccion i dolor, se encierran en aquel mar de causas, de que solo descubro la orilla! El hilo (si es que lo tienen), de estas ideas, se rompe al acercarse al gran puente de Waterloo, cuyo igual no se vé en Europa. Se pasma la imajinacion al hallarse surcando las aguas libremente bajo los arcos aplanados, que dan paso al rio; al ver la solidez de la estructura, la magnitud de los cantos de granito azulado, i mas que todo la aparente facilidad que la obra presenta, despues de acabada. Pero si los otros puentes pierden parte de su efecto sobre el espectador, despues de visto el de Waterloo, hacen, no obstante, que la admiracion se aumente por su variedad i su número. El puente de hierro colado, de Vauxhall, por la estrañeza de su material i construccion, admira al que lo vé de nuevo, i mucho mas al que pasa debajo de él, i observa la multitud i complicacion de las barras que lo sustentan.

Pasado que se ha el real hospital de Chelsea, que da magnífico asilo a los inválidos del ejército, la escena toma el carácter misto, ciudadano-campestre, que es propio de Inglaterra. Ambas orillas están salpicadas de casas, i aun de pueblos pequeños. Pequeños digo en comparacion de Lóndres, pues Hammersmith, por ejemplo, pasaria por villa de primer órden en otras partes. Abundan las casas de campo de jentes ricas, a la márjen del nobilísimo rio, que estrechándose poco a poco, gana en tranquilidad i belleza, lo que pierde en raudales. Los jardines reales de Kew, el elegante puente de piedra que toma el nombre de pueblecito en que están los jardines; los edificios que descuellan aquí i allí, en todas direcciones, i parecen moverse con el rápido movimiento del barco; en fin, la multitud de árboles, especialmente sauces acopados, de las orillas, que dan a las aguas trasparentes del rio un verde esmeralda de la mayor pureza, trasportan la imajinacion a paises encantados, i la dejan atras en sus mas atrevidos vuelos. Mas ¿quién podrá describir las sensaciones internas, que entre tales objetos, causa la banda de música, que ahora rompe en ecos, que en la espansion del aire libre, pierden hasta la menor aspereza o disonancia? Una orquesta completa i arreglada haria al aficionado a música, placeres de un órden mas superior; mas enlazados con el entendimiento; mas coloreados con las fuertes tintas de las pasiones: pero, en vano aspiraria a excitar el vivo, aunque suave trasporte que las vagas vibraciones de un harpa, acompañada de tres o cuatro instrumentos de viento, producen bajo un cielo plácido, toldado de lijerísimas nubes, en tanto que un bajel, movido sin velas ni remeros, se desliza por encima de mil imájenes de árboles, casas, sol i nubes que bailan ante los ojos, pintadas en el fondo del rio.

Algun rato habia pasado gozando en silencio esta escena, cuando entre los pasajeros descubrí a un conocido, que, habiéndome visto casi al mismo tiempo, se dirijia hácia mí. Era éste un militar que habiendo servido, aunque estranjero, en el ejército ingles, con mucho honor i en dilatadas campañas; subió por su mérito a un grado mui alto en él. Los españoles, acostumbrados al uso constante de uniformes i distintivos, estrañarán que un oficial de tan alta graduacion, pudiese confundirse entre los pasajeros de un barco, sin llamar la atencion por algun tiempo; pero, es menester que sepan que las costumbres inglesas, no permiten la odiosa afectacion de presentarse al público con distintivos de ninguna clase, a no ser para ir a palacio, en dias de besamanos, o cuando los oficiales están en faccion. Mi conocido (pues el poco trato que hasta entónces habiamos tenido no nos habia aun hecho amigos) se sentó a mi lado, i desde entónces pasamos bastante parte del dia en conversacion agradable. A la vuelta, apénas

pusimos pié en el barco, me dijo que su casa estaba tan cerca de la orilla del Támesis i de Lóndres, que tendria mucho gusto en que desembarcásemos en sus inmediaciones i fuésemos juntos a tomar té, en ella. Admití gustoso el convite, i ántes de ponerse el sol, me hallé en una casa adornada con gusto, pero sin ostentacion; asilo en que mi buen jeneral cargado mas de dolencias contraidas en sus campañas de años, pasaba la tarde de su vida en honrada quietud. Colocámonos en la sala principal, sin tener que pasar por nuevos cumplimientos a la entrada, porque siendo soltero i sin parientes en Inglaterra, mi huésped vivia solitario. Estaba la sala que era preciosa, adornada con varios cuadros i curiosidades, muchas de ellas hechas por manos del jeneral, hombre de habilidad e injenio. Era dado a la música, i en esta circunstancia contribuyó bien pronto a cierta intimidad, pues, siendo yo de los iniciados en este arte encantador, siempre he hallado en todos los aficionados una especie de fraternidad masónica. Examiné los cuadros—planos de fortificaciones, de que nada entendia—vi sables e insignias de honor ganadas en el campo de la gloria, que me hicieron bullir la sangre en el pecho; mas nada fijó mi atencion sino un marco con cristal, que encerraba una especie de mapa de relieve en que los objetos resaltaban de bulto, casas, montes i bosques. Admiré la destreza de la ejecucion i el agradable efecto de la ilusion producida; pues, con poco esfuerzo de la imajinacion, se podia uno creer sobre algun alto cerro desde donde descubria a lo léjos, i reducido por la distancia, el pequeño territorio que el mapa representaba. Era este un espacio de como una legua a la redonda, con una espaciosa casa de campo en el centro, un pequeño lago bajo el recuesto en que aparecia la casa i varias colinas que ondeaban el terreno en todas direcciones, coronadas algunas de pequeños bosques, i todas ellas con aspecto que indicaba ser aquel sitio un valle de pais montañoso.

Viéndome mi amigo (tal nombre no será ya impropio, pues la aficion mútua crecia) tan interesado en la escena rústica que tenia a la vista: «Si supiera Ud. (dijo), la historia de ese cuadro, creo que lo miraria aun con mas ahinco.» Mucho me alegraria de saberla, le respondí. «A no parecer afectacion en un anciano (contestó el jeneral), hablar de sus primeros amores, se la contaria a Ud. toda.» A la verdad, há tantos años que aconteció i tan del todo ha borrado la desgracia hasta las huellas de la familia que habitaba esa casa, que no puede haber inconveniente alguno en que yo cuente la triste aventura que me liga el corazon a ese sitio. Sentémonos pues, i oiga Ud. la

HISTORIA DE UN AÑO EN HUNGRÍA.

Mi padre era mayor al servicio de Austria cuando teniendo yo solo seis años me llevó consigo a Malinas. Vióme allí varias veces el arzobispo de aquella ciudad, conde F., i habiéndome tomado aficion, propuso que fuese a educarme a Viena, en casa de sr hermana la condesa de S., hasta que hubiese una vacante en la academia militar. Mi padre aceptó alegre la oferta, sabiendo que bajo tal proteccion no podia yo dejar de hacer carrera. Lleváronme, en efecto a Viena, donde me crié con el sobrino del arzobispo, quien, como todos sus parientes, personas de gran influjo, me cobraron amor i promovieron mi educacion en el colejio.

Aun no tenia mas que el grado de teniente cuando el gobierno me comisionó para tomar medidas trigonométricas en Hungría. Partí acompañado de algunos soldados para el manejo de los instrumentos matemáticos, i servido como un príncipe por los maestros de postas, que, al oir el nombre de un militar, comisionado por la corte, beben el viento por servirlo.

No se necesita de esta recomendacion para que un militar sea recibido con la mayor franqueza por las jentes ricas. La hospitalidad que reina en Hungría, la sencillez primitiva i pureza de costumbres, que en el tiempo de que hablamos, conservaba el bello sexo, aparecerán bien a las claras en la relacion que voi a hacer. Al mismo tiempo se echará de ver cierta falta de instruccion i finura en los hombres, nacida del retiro en que su posicion jeográfica los hace vivir. Tal vez contribuya a retardar la civilizacion, la variedad de lenguas que divide los habitantes. Solo una tercera parte de la poblacion habla la lengua húngara: los demas están repartidos entre la Alemana i la Ilírica. Entre las jentes que tienen alguna educacion es mui comun hablar latin; i el estranjero que esté acostumbrado a usarlo familiarmente, será entendido casi en todas partes. Otra de las

causas que probablemente contribuyen al atraso de Hungria, son ciertos privilejios nacionales, que aunque reducidos a mera sombra, ofrecen, no obstante medios de intrigas i fomento de preocupaciones añejas. Tal es lo que llaman el consejo de *Comitat*, en que anualmente se juntan los señores de cada provincia, para tratar de los intereses municipales. Pero las operaciones de este cuerpo se reducen a convites i bailes, en tanto que los negocios quedan en manos i a discrecion de los escribanos o secretarios, que son los únicos que, por lo jeneral, entienden a las jentes del pueblo. Las clases inferiores, aunque envanecidas con sus antiguos privilejios, i en especial con la hidalguía hereditaria, que es tan comun como he oido que sucede en Asturias, están enteramente sumisas a los grandes señores i solo dicen lo que los escribanos les sujieren en nombre de ellos. Esta digresion será del caso para entender el pasaje mas importante de mi historia.

Jóven, militar, i comisionado por el gobierno, no era posible que me faltase obsequio en Presburgo. Vino el Carnaval, en que se estila que la nobleza dé bailes públicos toda la temporada. Los usos del pais en este caso, son singulares. Si hai tropas de guarnicion en la ciudad, o se hallan en ella algunos militares de paso, reciben billetes de entrada sin procurarlos. Los directores hacen una lista de los convidados; i si hai mas hombres que mujeres para el baile, los primeros proponen nombres de señoritas sus conocidas, que se insertan en la lista; i solo esto basta para que los padres no puedan, sin impolitica, impedirlas de ir al baile.

Empezaron los bailes, i desde el primero hice conocimiento con dos hermanas llamadas las señoritas de P...., jóvenes de gran belleza i modales amables. La mayor era diestra en el wals; la segunda, aficionada a contradanzas: asi que las tenia alternativamente por compañeras. Gustábanme las dos; pero mi aficion a la mayor crecia de dia en dia. Pero ¿cómo habia de pensar en fomentar o declarar un afecto que no podia conducir a término feliz? Un teniente sin caudal no podia ofrecer su mano a una jóven con mejores esperanzas. Por tanto, llegado el último dia, como yo no tenia conocimiento en casa de mi compañera, no pude ménos que despedirme diciéndole: Hemos bailado ya el *Kerahus*, o conclusion; i en verdad que aquí acaba nuestra historia, pues ya no os veré mas. ¡De ningun modo! (me respondió, con un candor indecible) a no ser que querais huir de nosotras. Todo está ya dispuesto para que visiteis en mi casa: mi padre sabe quien sois; i yo tambien estoi impuesta en mas de lo que pensais. Asi que, si quereis, mañana podeis ir a vernos. Semejante inocencia me ganó en un momento la parte del corazon que me quedaba libre, si es que todo él no habia sido aprisionado mucho ántes. Pero al mismo tiempo hice el mas firme propósito de no abusar lo mas mínimo del candor de mi amiga.

Mi alojamiento estaba en el castillo imperial, que dominando, en sentido físico i militar, la ciudad i el Danubio, presenta una de las vistas mas hermosas de aquel reino. Pero desde que recibí esta cita, hasta que saltándome el corazon en el pecho, partí a hacer la esperada visita, Presburgo i el Danubio habian desaparecido a mis ojos. Apénas entré en la casa, cuando las dos hermanas se pusieron a mi lado i me llevaron de la mano a presentarme a su padre. Ajitado como me hallaba, me vi tentado de risa al observar que el buen caballero me recibió como si fuera obispo, echándome una bendicion. Pregunté la causa de tan inusitada ceremonia, i hallé en ella una prueba del estado de supersticion e ignorancia de aquel pais; pues el objeto de hacerme la cruz, como al diablo, era (me dijeron) evitar que mi venida a la casa fuese con mal agüero. ¡Ojalá que tal precaucion hubiese sido efectiva, i que en lugar de una ceremonia supersticiosa hubiera dirijido al cielo un ruego capaz de obviar las desgracias, que sin culpa mia, llevaba a aquella familia con mi presencia!

(Concluirá.)

Contenido de este número.

I.—Lope de Vega i sus hijos, conclusion, por Enrique del Solar.
II.—Justicia de Dios, poesia, por Cárlos Walker Martinez.
III.—El maestro de baile, continuacion, por Eujenio de Margerie.
IV.—El par de caballos, poesia, por St. Amour.
V.—La academia del silencio, por el abate Blanchet.
VI.—Rimas de D. Daniel Calvo.
VII.—Las costumbres húngaras.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, febrero 12 de 1871. Núm. 176.

COSTUMBRES HUNGARAS.

HISTORIA VERDADERA DE UN MILITAR RETIRADO.

(Conclusion).

Continuaba visitando en la casa con la franqueza de un pariente cercano, cuando el padre me dijo un dia: «Amigo mio, tengo que pediros un favor: mi mujer está algo indispuesta, i me impide que vaya a mi hacienda de campo, como habia intentado. Mis hijas saben manejar mis negocios tan bien como yo: pienso, pues, mandarlas en mi lugar, i os estimaria infinito que las acompañaseis.»

Semejante peticion de parte de un padre en otros paises, pareceria no ménos desatinada que indecente: en Hungria se miraba sin la menor sospecha, o censura. Admití, por supuesto, la propuesta, confiado en mis sentimientos de honor, i en la pureza de alma de las jóvenes a quienes iba a acompañar, que era bastante a contener en su deber a cualquiera que no fuese un monstruo. Ese valle que veis ahí representado, fué la escena de un amor silencioso, que no hubiera salido de mi pecho a no ser por la mala suerte que trataba de halagarme en falso, para hacer mas sensibles las desgracias que estaban preparadas para mí, i mucho mas para el inocente objeto de mi pasion.

Por lo que hace a mi residencia con las dos hermanas, la alegría juvenil i chancera con que me trataban, me hacia una especie de esclavo voluntario de entrámbas. un dia que el padre vino a visitarnos, me halló a poca distancia de la casa diseñando el mapa de que despues saqué ese de relieve. Encontróme sentado sobre la yerba, bajo un árbol, pero sin zapatos.—¿Qué es esto amigo, me dijo, quereis ahorrar el sueldo, reservando el uso de los zapatos para la ciudad?—Nó, señor, le respondí, mis zapatos están en poder de vuestras hijas, quienes me los embargan cuando intentan que no me separe de la hacienda. Rióse a carcajadas, el buen hombre, i, en seguida quiso averiguar lo que estaba haciendo. Miró el mapa; mas tal era su ignorancia, que no podia comprender su objeto. A fuerza de esfuerzos logré esplicarle la representacion de los objetos que tenia presente: vió allí su casa, el lago, los montes i bosques, i quedó pasmado, teniéndome casi por brujo.

La situacion en que me hallaba, aunque en estremo agradable, no podia durar mucho sin que produjese una crisis, o tan feliz que no era ni para soñada; o tan dolorosa, que debia amargar el resto de mis dias.

Acercábase, en efecto, el tiempo en que era indispensable mi partida; i esto, sin haber, ni por insinuacion, propuesto mi enlace con la que ya era objeto de una pasion arraigada. Sumerjido en estos pensamientos la alegría que me animaba al principio de esta aventura se convirtió en un abatimiento que se aumentaba de hora en hora. En vez de proponer paseos, i diversiones como al principio, me retiraba mecánicamente, i casi sin saber donde iba, a la sombra de un árbol, con papel i lapicero, como si fuese a dibujar pero al cabo de horas, me hallaba que no habia tirado una linea.

Embebido en mis confusas ideas, una mañana me hallé de súbito con las dos hermanas que lentamente se habian acercado por el bosquecillo en que me hallaba. Venian dadas del brazo, i la menor parecia ser la que guiaba: el objeto de mi amor echó una ojeada hácia donde yo estaba, i tiró un poco atras a su hermana, subiéndole el color a la cara. La mas jóven rebosándole el rostro vida i alegría, opuso a este movimiento otro tiron mas fuerte hácia mí, apretando con la mano izquierda la derecha de su hermana, i diciéndole con tono de afectuoso enojo una o dos palabras que no pude entender. Dirijióse en seguida a mí, i con su acostumbrada viveza: «Vamos a cuentas, amiguito, me dijo: en nuestra

casa no se sufren melancolías. Dígame Ud. la causa de su tristeza, o si no le quitamos al punto los honores de nuestro caballero andante.» Forzando al semblante una sonrisa, trataba de responder en chanza; pero faltáronme las palabras que intentaba. En lugar de ellas se me escaparon quejas contra la suerte que preparaba nuestra separacion, de allí a pocos dias. «Con que, segun eso continuó la menor, sentís dejarnos.» «Sabe, el cielo, contesté, que nada me puede ser mas sensible.—«¿A entrámbas igualmente?»—El bochorno que cubrió desde la frente al cuello a mi querida, me cegó en un instante los ojos del miramiento, i tomando con ardor su mano, i llevándola a mis labios, la solté al momento para cojer entre las dos mias la derecha de la agraciada medianera. «Mui bien está, señor mio! dijo con afectada seriedad, ya veo que Ud. no me quiere a mi. Mas, como soi jenerosa, no quiero tomar venganza. Sabed, pues, tristísimo caballero, que yo he pedido a mi hermana para vos; i que solo teneis que daros prisa a obtener el grado de capitan, para lograr la incomparable dicha, el alto honor, etc., etc., de ser su marido.» «Vaya! el hombre, se nos ha convertido en estátua.»

Tal seguramente me sentí por algunos momentos. ¿Es posible que no me engañais? dije transportado. «Nó, no, te engaña, amigo mio, respondió, mi adorada; i arrojando los brazos al cuello de su hermana, lo bañó el rostro con lágrimas agradecidas.»—Dichoso yo; mil veces dichoso! la condicion de mi ascenso, que se me impone se va a cumplir dentro de pocos dias. Separémosnos ahora, pues mi deberes militares lo exijen, i en breve me vereis aquí, con mi otra charretera, a reclamar la promesa de la mano que adoro.

En vano seria pintar la felicidad ajitada de los dias que antecedieron a la partida, ni los afectos encontrados de la separacion. Por lo que hace a mi, el horizonte de mi esperanza aparecia sin un celaje, hasta que, habiendo recibido mis amigas una carta de su padre mandándonos volver a la ciudad a causa de que esperaba por huésped al señor de S—, la hermana menor me dijo: «Ese señor, es hombre que se me opone! cuidado amigo, mio, con no disgustarlo, porque mi padre no tiene mas voluntad que la suya.»

Cierta sospecha me desasosegó al oir esto; pero, habiendo sacado en claro que el dicho hombre era casado, desapareció de mi imajinacion todo recelo. Fuimos a la ciudad, en breve fui presentado al gran personaje que venia por huésped. Hallé en él un hombre de entre cuarenta i cincuenta años, ignorante, pomposo i vano, con poquísima finura, i mucha afectacion de franqueza grosera. A no haber sido por miramientos debidos a la casa, i a mis relaciones entabladas con la familia, le hubiera talvez costado cara la muestra que nos dió un dia de esta atrevida libertad de modales. Nos habiamos levantado de la mesa, i las señoras estaban asomadas a un balcon; cuando el señor S—acercándose sutilmente a mi amada, le echó un brazo a la cintura diciendo: «Este tamaño ha de tener el talle de mi segunda mujer, cuando enviude.» Hirvióme la sangre en las venas; pero la prudencia me contuvo, i en breve olvidé al estúpido no'de, i su medida de esposas futuras.

Nuestro apetecido enlace se hubiera verificado ántes de mi partida, si la promocion que esperaba de dia en dia, no se hubiese detenido por una intriga desgraciada. Hice mencion al principio, del Consejo de *Comitat* que se reune todos los años en las provincias de Hungría. El de la que habia sido por tiempo considerable mi residencia, movido por la emulacion que reina entre los militares i paisanos, formó una especie de proceso contra mi, lleno de acusaciones falsas, o infundadas que los escribanos sonsacaron a las jentes del pueblo. La mas grave era que uno de mis soldados habia, de mi órden, dado algunos palos a un hidalgo. La verdad del hecho es, que hallándome en un pueblo pequeño, en que hasta los basureros son hidalgos, rompió un incendio, a que acudí con mis soldados. El majistrado principal, que estaba presente, me pidió ausilio para hacer que las jentes ayudasen a ahogar el fuego. La cobardía, i resistencia de algunos de los presentes me obligaron a recurrir a la fuerza. Tal fué el cimiento de la acusacion que detuvo al consejo de guerra en darme la capitanía, hasta que averiguado el caso, no solo me dieron mi ascenso, sino que reprendieron severamente al *Comitat*. Pero el daño que resultó de esta tardanza, deteniendo mi casamiento, no habia poder humano que pudiese repararlo.

Procedí, por algunos meses, a lo restan-

te de mi comision, siempre festejado de cuantas jentes de forma vivian en la vecindad en que me hallaba. Pero la palabra *vecindad*, necesita de esplicacion, hablando de Hungria. Por ejemplo, un coronel retirado a quien hallé en una casa donde me daban un convite, me dijo que no permitiria que me separase de su *vecindad*, sin ir a verlo. Lo que él llamaba vecindad, era una distancia de treinta leguas. Es verdad que la excelencia de los caminos, i la prontitud con que se ponen las remudas de cuatro caballos, hacen que las distancias de esta clase sean insensibles.

Habiendo aceptado este convite hice mi arreglo para pasar algunos dias en una casa, a lo que entónces sabia de ella, enteramente desconocida para mi. Tomé mi silla de posta; i estando para concluir la jornada, vi dos hombres a caballo que, al galope, se acercaban. Apénas estuvieron a distancia de verme cuando volvieron la grupa i corrieron a rienda tendida. Vilos entrar en la casa como cinco minutos ántes que yo llegase. Al punto que me acerqué a la puerta, salió un grupo de aldeanos i aldeanas a recibirme con instrumentos de música campestre, i la campana del Castillo (1), empezó a repicar. Una dama, vestida a la húngara, se presentó en el porche, alargándome la mano con muestras de antigua amistad. Mi sorpresa fué no ménos grande que agradable, al reconocer a una señora, a quien desde mis primeros años habia tratado en Viena. Habiase casado con el coronel que me convidó; i sabiendo ella que yo me hallaba donde estaba su marido, le escribió que insistiese en que le hiciera una visita, sin decirme, que venia a ver a una amiga.

Aunque con el corazon siempre donde estaba mi amada, los dias pasaban para mi gustosamente en esta mansion agradable, donde todo me halagaba, todo sonreia a mi vista. Pero un dia en lugar de la carta acostumbrada de mi futura esposa, hallé una con sobrescrito de la letra de su hermana. Abrila ajitado, temiendo que estaria enferma, cuando..... la vista me faltó al leer la mitad de su contenido. El señor de S— habia enviudado, no sin sospecha de haber apresurado la muerte de su mujer; i al cabo de un mes de luto, habia pedido, a la que debia ser mia. Segun me decia su hermana, la fortuna de su padre, estaba pendiente de la voluntad de aquel hombre, que podia, i aun amenazaba, arruinarlo, si no fomentaba su pretension. A lo que entendí despues el padre de mi desgraciada habia aumentado su caudal negociando con los intereses de la caja militar que, como comisario, habia tenido a su cargo: delito de Estado que no se perdona en Austria. El señor de S— tenia en su poder, papeles que probaban el hecho. Pero volviendo a mi querida, la resistencia que hacia a la propuesta habia irritado al padre, quien bárbaramente la habia hecho encerrar en un castillo, cerca de Tirnau.

Este golpe mortal disipó, en un instante las visiones deliciosas de felicidad que, hasta entónces, se presentaban, dia i noche, a mi imajinacion exaltada. Mi amiga i huéspeda, se esforzó, cuanto pudo, a consolarme: yo mismo procuraba mantener en vida mi amortecida esperanza, con la idea de que era imposible que un padre tan amante de una hija, que lo adoraba, tuviese corazon para sacrificarla. Mas a pocos dias me llegó una carta de él mismo, suplicándome, por la aficion que me habia mostrado en el seno de su familia, i, si no queria verlos a todos sepultados en la indijencia; que escribiese a mi querida relevándola de la promesa que me habia dado, i poniéndola en libertad de contraer otro casamiento. Apénas leí esta carta cuando arrebatando la pluma, entre la indignacion i la lástima, le incluí una carta para la infeliz en quien mi vida estaba cifrada, dándole la prueba mas dolorosa, i desinteresada de mi amor, en la renuncia que hacia de su persona.

La violencia que me hice al dar este paso causó mas daño en mi salud que lo que yo imajinaba. Dejé la mansion de mi amiga de Viena para proseguir los trabajos de mi comision: i aqui tengo que describir otra escena de hospitalidad húngara, que, aun despues de las ya dichas parecerá increible a los que no la han esperimentado. Mi primera jornada fué a un pueblecito, en donde solo habia una posada, i una casa de campo de una familia noble. Dirijime a la primera, como era regular; pero la patrona me dijo que tenia órden de no recibir a ningun oficial: sino mandarlo a la casa de enfrente. Entré con mi carruaje en la casa,

(1) Castillo, en el sentido de la palabra francesa *Chateau*; mansion señorial en el campo.

donde los criados me recibieron con atencion; mas al oir que solo la señorita estaba en casa, mandé al momento que me llevasen a otra parte. En esto se presentó una jóven de bella presencia, que, sin mas ni ni mas, dió órden a los criados de desempaquetar mi zaga. Díjome que esperaba a sus padres de vuelta de un viaje corto, aquella noche; pero no habiendo llegado, ella sola hizo el agazajo debido a su huésped con la mayor gracia i modestia. Sabiendo que habia de partir mui de mañana, no permitió que los criados preparasen mi almuerzo sin estar ella presente. Parti sin saber como darle cumplidas gracias; pero bien pronto, la fiebre que de dia en dia habia ido apoderándose de mi, me quitó enteramente el sentido. Al cabo de veinte dias volví en mi i me hallé en cama sin fuerzas para moverme. Reconocí a mis criados, de quienes supe que cuando me acometió el delirio en la silla de posta, me volvieron a llevar al pueblo donde habia dormido la noche anterior: que tanto la señorita como sus padres, continuaron a mi cabecera, hasta que por falta de médico, i por oir que de cuando en cuando nombraba a Tunfkirchen, me habian hecho conducir con el mayor cuidado a dicho pueblo que era donde me hallaba.

Recobré poco a poco las fuerzas; i durante mi convalecencia me llegó la patente de capitan, que a haber venido ántes, me hubiera hecho feliz, i hubiera salvado la vida a la desgraciada que ya, a este tiempo, se hallaba en los odiosos brazos del que la obligó a ser su mujer. Pasaron algunos meses, i cuando ménos lo esperaba recibí una carta de la hermana menor, en que me decia que su hermana se hallaba a las puertas de la muerte, habiéndosele pegado la calentura, de modo que los médicos la habian desahuciado: que su marido se habia ausentado dejándola en tan deplorable situacion; i que la moribunda me suplicaba, por el amor que la habia traido al último trance, que la viese ántes de espirar: i en fin, que la entrevista se haria en presencia de su médico, i su hermana para evitar los tiros de la maledicencia.

Parti al momento: llegué a la casa donde mi amiga, la madrina de mis desgraciados amores, salió a recibirme bañada en lágrimas. Pintar la escena que se verificó en seguida, jamas me ha sido posible, aunque está grabada con colores de fuego en mi mente.

Cinco meses despues, selló la muerte la separacion que el egoismo de un bárbaro habia efectuado. El mismo falleció en breve de resultas de sus excesos: i como si hasta en la sepultura no pudiese dejar de perseguir a la infeliz familia cuya mas preciosa joya habia empañado con su brutal aliento; los papeles por medio de los cuales forzó al padre a causar la ruina de su hija, quedaron espuestos al exámen del gobierno: ¡con tal vileza los habia conservado hasta el fin, para dominar en la familia del suegro! Estos documentos condujeron al desdichado padre de mi querida a una cárcel. Confiscáronle sus bienes: murió su mujer de afliccion, i su hija menor, la jenerosa amiga de mi juventud, tuvo que retirarse a un convento; desde donde me comunicó la muerte de su padre, quien no pudo sobrevivir a tantas calamidades.

Por varios años continué recibiendo cartas de esta amable jóven. De pronto cesó la correspondencia, i no tengo duda que la muerte desgajó la última rama de una familia a cuya sombra crei, en otro tiempo, que mi felicidad no conoceria límites. Ved amigo ¡los engaños de la esperanza humana, en este anciano enfermo i solitario!

EJEMPLO.

Donde confunden sus aguas
Mas claras que los cristales
El Vergara i Biobio
En el estremo de un valle,

La plaza de Nacimiento,
Célebre en nuestros anales,
Con viejos i rotos muros
Guarda sus estrechas calles.

Está situada en un monte,
Donde, mas que por el arte
Por su sola posicion
Ofrece defensa fácil.

A su espalda se levanta
Como un inmenso baluarte
La empinada cordillera
De Nahuelbuta, con sangre

De Españoles i Araucanos
Empapada en cien combates,
I coronada de bosques
De pinos i de quillayes.

Tiene al oriente un castillo
Que domina todo el valle,
Cercado por anchos fosos
Entre almenas desiguales;

I en su recinto se alza
La estrecha, lóbrega cárcel,
Donde mora prisionero
El famoso Ulmen Curanque;

Curanque, entre los caciques
Talvez el mas formidable,
De cuantos tienen vasallos
Desde la mar a los Andes.

Diz que a traicion lo prendieron,
Pero, nó, en noble combate;
Diz que con falsos ardides
Consiguieron capturarle!

El gobernador de Chile
Que se interesa en ganarle
Porque conoce el influjo
Que tiene entre los salvajes,

Viene a su estrecha prision
I con cariñosas frases
Lo trata de reducir
A las banderas reales.

—Si rindes tu tierra a España,
Le dice con rostro afable,
Tú serás el mas honrado
De todos mis capitanes.

El rei te dará encomiendas
I títulos que te halaguen,
I riquezas que te abrumen
I glorias que te levanten!—

—No me importan tus honores,
Ni tus riquezas me valen:
Mas precio a mi patria libre
Que cuanto tú puedes darme.—

—Mira que estás en mis manos,
El gobernador le añade,
Entregado a mis caprichos
I preso en segura cárcel:

Si te niegas a aceptar
Condiciones favorables,
Te haré ver que es mi venganza
Superior a mis bondades!—

—Español, nunca abatido
Doblé mi frente ante nadie;
I hoi ni tu bondad acepto,
Ni imploro por mi rescate.—

—Como a villanos traidores
I a perversos criminales,
Yo te colgaré en castigo
De tu soberbia arrogante.—

—¡Pues bien! Si el destino quiere
Que muera de muerte infame,
Como tantos de los mios
En suplicios miserables,

Lo acepto; mas, te suplico
Que cuando a morir me mandes,
Ordenes a tus verdugos,
Hambrientos de oro i de sangre,

Que sin compasion me cuelguen
A la luz del sol brillante
Del árbol mas empinado
Que domine todo el valle!

Quiero que digan los mios
Al contemplar mi cadáver:
«Hé ahí el ejemplo que deja
A sus vasallos Curanque!

Asi respondió el Ulmen,
I con tranquilo semblante
Oyó al capitan de España
Que la órden dió de colgarle.

No era esa la raza actual
Envilecida, cobarde,
Que vive en ébria pereza
Del delito i del pillaje.

Era aquella otra, mas noble,
Mas vigorosa, mas grande,
De Lautaro i Paillamachu,
Que honran los patrios anales.

Era aquella que, orgullosa,
Arrancó notas brillantes
A la Musa castellana
Con sus hechos singulares!

¡Oh! cuánto choca en el dia

El vergonzoso contraste
De aquella raza sublime
I de esta raza salvaje!

C. WALKER MARTINEZ.

RIMAS DE D. DANIEL CALVO.

(CONTINUACION)

No hai verdad todavía con que sostener las pompas i los esplendores de un culto público, solemne, nacional; pero el culto privado i solitario de los espíritus está hai de firme, i se puede certificar su existencia con documentos fehacientes mui estimables. Así como las praderas de los valles andinos se fueron formando por aluviones sucesivos i eventuales, el monumento popular de la literatura hispano-americana, se va componiendo poco a poco de agregaciones de partes justapuestas, labradas en distintos parajes, en ocasiones diferentes i en variedad de matices i figuras: ¡que a cualquier jiro del pensamiento i a toda suerte de gustos provinciales se sabe adaptar en su riqueza esta flexible lengua castellana! Singular i estraordinaria arquitectura, que vinculará los caractéres de su orijinalidad, no talvez en las piezas separadamente ni en el invento de tipos desconocidos hasta ahora, sino en las mismas estrañas circunstancias de su formacion, en la profunda unidad democrático-cristiana del conjunto, en el aspecto i proporciones de perspectiva que le darán los destinos misteriosos de esta raza ilusa, turbulenta i apasionada.

Miéntras tanto, la imitacion no es mas que una travesía donde muchos consumirán sus provisiones i sucumbirán. En rigor no es vorájine sino escollo. Las poesías de don Daniel Calvo nos lo recuerdan tanto i tan naturalmente hoi, cual ántes de ahora las de otros poetas estimables de nuestra América.

No hai duda que la imitacion tímida, servil, artificial, colmo de aspiraciones, es a menudo signo de impotencia i rauda lleva en derechura al olvido. Pero líbrenos Dios de pensar que la muchedumbre de nuestros bardos distinguidos, don Daniel Calvo entre ellos, pertenecen en alma, vida i corazon a esta escuela de maniáticos. Lo que podríamos sostener aquí, contrayéndonos a éste, es que el defecto de su poesía o, mas bien, la deficiencia de su poesía, dimana de haber él frecuentado, sobre todo al comienzo de su carrera, las vías imitadoras. El manoseo de la imitacion voluntaria le hizo caer en la imitacion imprevista.

Calvo, con todo, no se muestra mui esperto en la ciencia de verter poesías francesas, inglesas i alemanas a nuestra lengua, ni mui inspirada en arte de la imitacion específica de ciertas piezas deliberadamente escojidas. Heine, Byron, Lamartine, Hugo, tienen por ello graves cargos contra él. En el volúmen que nos ocupa pueden verse unas pocas de esas poesías estranjeras, una de ella tan mal avenida con la carta castellana de naturaleza que ha querido otorgarle Calvo, que no cede un ápice en mérito a la caterva de traducciones e imitaciones de esta especie que pululan cada mañana en América; i esto es mucho decir de quien no es ciertamente un rimador pedante. Pero es mui probable que Calvo no haya atribuido ninguna importancia a estas inocentes profanaciones autorizadas por la moda. De otra suerte, su propia conciencia fuera la primera en reclamar contra estos cuasi-delitos. Por lo demas, no puede escaparse a su buen criterio, que si entre la mortandad cotidiana de esos partos sietemesinos subsisten todavía, por ejemplo, todas las imitaciones que atesoró el ilustre Bello, las que estampó Irisarri i las dos traducciones que de Byron dejó el malogrado Arcesi o Escobar, es porque en su primor concienzudo el arte acertó a modelar en ellas lo que el alma había sagazmente interpretado i concebido.

La plaga de la imitacion vaga i jenérica, i el calco i el remedo específico con su alarmante estadística de defunciones, han infundido un pánico terrible a ciertos pensadores, que con éstos i otros males ven puestas en inminentes riesgo la suerte i la existencia hispano-americana.

No participamos de terror semejante; i es fuerza que él no haga olvidar a sus víctimas los ejemplos, en contrario, de la historia.

Una nacion inmensa, en grado subido intelijente i sensible, que hablando una lengua inmortal en medio de una naturaleza

virjen i espléndida, se ejercita heroicamente en la vida libre por todos los caminos de la civilizacion, constituye, de grado o por fuerza, mas tarde o mas temprano, una personalidad poderosa, orijinal e irresistible en la manifestacion literaria de su pensamiento. Los obstáculos actuales i otros aun mas graves que sobrevengan, retardarán quizá los resultados necesarios; pero no cambiarán la existencia eficiente de este hecho fundamental.

Alemas, como adherencia de una iniciativa individual espontánea i libre, la imitacion en si misma es fuerza i lleva a la orijinalidad. En las bellas letras no es derecho inviolable el dominio. Con un solo rasgo bien acentuado, el injenio puede hacer tambien suyo eso mismo que ya era de otro. En pedestal ajeno se esculpe estátua propia, i vice-versa; o el mismo material de refunde conforme a una actitud nueva; o en la alhaja el engaste es de uno i la piedra del otro. Sobran casos de las mil diversas maneras de esta comunidad en las obras del arte.

Esta libertad suele convertirse en despotismo. El timbre fuerte, por ejemplo, borra el timbre débil. El título antiguo cede entónces al nuevo, cuyo poseedor entra al punto a adquirir con dominio pleno, absoluto, sin partícipes ni comuneros. Lo peor es que, segun lo acredita la esperiencia, estos despojos violentos no son los mas espuesto a ulteriores revocatorias. Pero son raros. Lo mas corriente es apropiarse lo que, no llevando todavía sello personal, impreso o grabado, se reputa *res nullius*, aunque ya otro lo haya arrojado en el comercio humano.

¿No imitaron Olmedo i Heredia entre nosotros? El entusiasmo lírico, esencialmente personal, repentino, fugaz, no está con todo ménos espuestos que los otros a la invasiones periódicas de las influencias literarias. Los siglos gloriosos imiron. La historia del arte escuela es de buen gusto. Modelarse en sus dechados no es intrepidez en muchos; pero siempre es cautela. Es buscar un tipo de lo perfecto por el camino de la esperiencia; i lo perfecto es resquisito de la inspiracion, no la inspiracion misma.

La anarquía i el despotismo, enjendrando en Bolivia el decaimiento moral, han encorvado el ánimo de la juventud hácia el vasallaje de la imitacion inconsiderada; bien así como han arraigado el predominio del tambor-mayor de palacio, de los prestidijitadores aleves, de los histriones patibularios; de los saltimbaquis, las concubinas, los cacos i los juglares de *quena* i *charango*, Belzu decía con sonrisa irónica ahora veinte años: «Déjenlos conspirar, que ahí les soltaré yo mis perros rabiosos.» pero es la verdad, que ni en sus accesos de hidrofobia dió suelta aquí i allá a mas de un can. Tiempos atrasados. Bolivia es hoi presa de la jauría hambrienta de todos los perros rabiosos.

Como puede notarse en la coleccion de sus rimas, esta pobre patria ha arrancado a Calvo nobles, sentidos i varoniles acentos. Aunque los estadistas bolivianos nada durable acertaron a constituir, i aunque entre tantos escombros hoi solo quedan de pié dos de las tres cosas que dejaron los fundadores; esto es, la independencia nacional i la democracia (ya que el territorio ha visto cercenada su integridad últimamente), la musa de Calvo se ha espaciado tejiendo guirnaldas a tres de esos estadistas. Sea en buen hora; i no estamos nosotros para rebatir al poeta su idealismo de admiracion patriótica ni sus quimeras en materia de biografía heroica.

Aplaudimos de paso el olvido a que ha condenado él mismo su canto furibundo contra Belzu. No carece en verdad de cierta fiereza vibrante; pero sus estrofas sobrepasan en su mayor número el diapason del arte.

Si Calvo no lo publicó en febrero de 1853, fecha de su composicion, no fué por cobardía sino por prudencia. Algo mas que lanzar al rostro del tirano una invectiva en cuartetos alejandrinos, fué alzarse a fines de 1854 contra él en la sublevacion del entónces coronel Achá; campaña que, como la del sur en 1865 contra la usurpacion de Melgarejo, a que concurrió Calvo en calidad de secretario jeneral, tuvo un éxito desastroso i junto con muchos llevó a este último rápidamente al estranjero.

En Bolivia no hai conservadores ni liberales; i las facciones victoriosas, perversas o tolerables, no se designan con otros nombres mas significativos que los meses del año i aun los dias de la semana. Calvo fué partidario de la *causa de setiembre*, como hoi es enemigo de la *causa de diciembre*.

La causa de setiembre no es otra que la dictadura de Linárez, que se entronizó en

1857 i vino a tierra por lo que allá se llama el golpe de Estado en 1861, en que los mismos ministros del despacho, solidarios políticos del dictador, maniataron a éste i lo enviaron a Chile a morir de pena i enfermedad.

Al inaugurarse el réjimen setembrista, Calvo sirvió una jefetura de seccion en las secretarías de Estado. Al principio, en los dias tempestuosos de la jenerala i del combate, habia redactado oficialmente el *Boletin Republicano*. Mas tarde, en la época del afianzamiento, fué redactor de Junin, confirmado a propuesta en terna de ámbos consejos universitario i municipal, i escribió en favor del gobierno el *Siglo* de Sucre.

Merece notarse que como redactor gobiernista Calvo se apartó de la ruta ordinaria de la adulacion al poder; i todavía se recuerdan las nobles palabras que en el *Boletin* dirijió a sus correlijionarios i a la prensa amiga, cuando comenzaba a rujir horas despues del triunfo el frenesí de las reformas i de las venganzas. (1)

La negrura sin ejemplo de los palaciegos de 1861, señaló como puesto obligatorio a su honor las filas opositoras. Calvo lo aceptó con denuedo.

Pocos dias despues, Calvo preguntaba con visible inquietud en la *Causa de setiembre*, si habia todavía setembristas. Cómo no los ha de haber, se contestaba a sí mismo, cuando la sociedad necesita subsistir, i la bandera de aquéllos fué: civilizacion contra barbarie.

Esta manera de plantear el problema político de Bolivia es en abstracto de una exactitud matemática. Pero en concreto, «civilizacion contra barbarie» es fórmula que allá no abona a ningun partido de oposicion política, en virtud de aquella reglita peripatética: *Argumento que prueba demasiado, no prueba nada.*

Ante la impotencia radical, cien veces probada i comprobada, de todos los partidos para constituir el público sosiego, i cuando con tiranía o con libertad la anarquía devora cada vez con mas furia el cuerpo social, los demas políticos bien o mal intencionados no significan nada; nadie puede decir con acierto yo estoi por la civilizacion i aquél por la barbarie; i la sociedad puede echar léjos a rodar a los estadistas con su ciencia política i a los partidos con su derecho público.

En Bolivia todo gobierno, por espúreo que sea su orijen, por depravados que sean sus hombres, por ruinosos que sean sus medios, hoi se presenta de hecho o de derecho como ejecutor de esta lei suprema i salvadora. «Necesidad moral del hombre.» Hé aquí un programa categórico, evidente, preferible a otros mas bellos, por cuanto para su ejecucion cuenta desde luego con el poder i la fuerza pública.

Lo duro i lo triste está en que con la majestad soberana de este principio, que fluctúa entre manos aviesas i osadas, encubre su lodo, su podre i su veneno el éxito de la fuerza brutal de los cuarteles. Pero es esta la estremidad a que han llegado las cosas; i ni poltrones ni revolucionarios tienen por que quejarse; i, prescindiendo de escepciones individuales, ninguna faccion o partido colectivo puede arrojar con mano limpia la primera piedra; i en pro de la civilizacion i contra la barbarie es claro que esas facciones i partidos tienen, por ejemplo, para con el gobierno mismo de la causa de diciembre, hoi triunfante, graves, imperiosos i heroicos deberes.

La causa de setiembre acabó con su caudillo. Sobre erróneo, era ya inoficioso levantar a los aires como estandarte suyo el principio de los derechos esenciales de la sociedad. Pero sea dicho en su elojio, esa causa logró dejar ciertas tradiciones políticas honorables. Convenia, pues, no desperdiciarlas, ántes bien utilizar en otra forma los esfuerzos combinados de sus partidarios fieles.

La fundacion i organizacion de un partido constitucional concurrió a este propósito, i es sin disputa en Bolivia un ensayo político de la mayor importancia, aun en vista de su ineficacia actual i de los sacrificios infructuosos que ha costado.

Calvo coadyuvó a él desde un principio i hasta lo último. Dos campañas electorales, una lejislatura de oposicion parlamentaria, la destitucion que ya sabemos, la redaccion del *Constitucional* en 1864, la signatura de la protesta en masa contra la apelacion al pueblo con que un gobierno quiso derribar la lei fundamental, la persecucion consiguiente a este acto valeroso, la campaña militar

(1) *Boletin Republicano*, de Sucre, números 13 i 25, correspondientes al 25 de octubre i 26 de noviembre de 1856.

i la emigracion de 1865, la inseguridad constante de su hogar, si son gajes de la vida ordinaria en Bolivia, tienen su distintivo honorífico cuando se sabe que, como soldado de la causa constitucional, Calvo no «vivió con variedad de costumbres,» *variis moribus egit*, como dice Tácito, historiador de tiempos nefandos; ni es como esos otros poltrones del mismo partido, *magis extra vitia quam cum virtutibus*, «mas bien sin vicios que con virtudes.»

En medio de circunstancias tales, el bardo boliviano ha proseguido su labor literaria, siendo siempre tributario sumiso de las musas desde 1851 en que dió a luz sus primeros ensayos métricos (1) hasta el presente, que aparece este volúmen.

—«Soi mozo, soi rico i soi enamorado.—Las tres partes se tiene vuesa merced andadas para ser buen poeta.»

Este diálogo pasó entre un rimador de pacotilla i Cervantes, que estensamente i con su habitual donaire lo cuenta en la *Adjunta al Parnaso*.

Si la postrera i cuarta parte de la jornada es el talento, un talento indisputable (acerca de lo cual calla Cervantes), no cabe duda que Calvo tiene ganada ya la mansion de los buenos poetas.

Es rico porque no está condenado a una lucha enérjica i constante contra la miseria, porque su bienestar le ayuda a mantenerse en lo que es debido a la dignidad del arte, i porque puede decir con Juvenal:

Est aliquid, quocunque loco, quocunque recessu,
Unius dominum sese fecisse lacertæ.

«Algo es poder llamarse dueño de un pedazo de tierra, por pequeño que sea i donde quiera que esté situado.»

En cuanto a enamorado, Calvo lo está siempre de la misma que es hoi su esposa, a la cual, como Eloisa a su Abelardo, pudiera llamar *mi única*.

(Concluirá.)

(1) *Melancolías. Poesías de D....* Chuquisaca, imp. de Sucre, cuaderno 1.° en 16.°

LA LUNA.

A MI ESPOSA.

Ya del oriente en el confin profundo
La luna aparta el nebuloso velo;
I leve sienta en el dormido mundo
Su casto pié con virjinal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
I el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no mas lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la rejion vacía,
I la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella ¡oh Luna! a lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricos tintes de ópalo i topacio
Forjando en torno tu dosel de nubes.

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos que tu lumbre tiñe;
I de la noche el iris vaporoso
La rejia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,
I en arjentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre,
I por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
A largos trechos el follaje tocas;
I tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

O al pié del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces i cabañas.

Sierpes de plata, el valle recorriendo,
Vénse a tu luz las fuentes i los rios,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas i plantios.

I yo en tu lumbre difundido ¡oh Luna!
Vuelo al traves de solitarias breñas
A los lejanos valles do en su cuna
De umbrosos bosques i encumbradas peñas,

El lago del desierto reverbera
Adormecido, nítido i sereno

Sus montañas pintando en la ribera
I el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! i estas son tus májicas rejiones
Donde la humana voz jamas se escucha,
Laberinto de selvas i peñones
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del cáos, por el mundo errantes;
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor ful-
(gura,
Luce del cerro en la áspera pendiente;
I a trechos ilumina en la espesura
El impetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza;
O con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansion oculta de las Hadas
Hendiendo el bosque a penetrar alcanza;
I alumbra al pié de linfas despeñadas
De las ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto ajita:
No hai en los seres voz ni movimiento
El corazon del mundo no palpita.

Muda a mis piés, de palidez cubierta,
La tierra yace. Solo el alma mia
Bajo el imperio de tu luz despierta,
I por la vasta escena se espacia.

Hasta el confin de los espacios hiende;
I desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se estiende
Por el callado abismo de la nada!....

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
I de hondo azul los cielos i los mares,

Echó tambien sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios i su poder se asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumerjirme torno entre mi mismo;
I se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran....
Los Andes a lo léjos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados....

El último lucero en el Levante
Asoma i triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante
I adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna! adios! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten i les niega un nombre.

Se ajita mi alma, desespera i jime
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su mision sublime,
I el frájil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Esta que siento, imájen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma hija del cielo
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre a su futuro vuelo.

Bogotá, 1870.

DIEGO FALLON.

EL DOCE DE FEBRERO.

EFEMÉRIDES.

12 *de febrero de* 1541.—Fundacion de la ciudad de Santiago de Chile por Pedro de Valdivia.

12 *de febrero de* 1809.—Nacimiento de Abran Lincoln (en el Estado de Kentucky) de un orijen humilde. Pasó su juventud en el campo ocupado de cortar leña para cercos; i merced a sus propios esfuerzos llegó a ser el décimo sesto presidente de los Estados Unidos i a realizar como tal la grandiosa obra de libertar a la Union del cáncer de la esclavitud.

12 *de febrero de* 1812.—El jeneral Manuel Belgrano, jeneral en jefe del ejército patriota, arjentino, para levantar el ánimo decaido en éste, enarboló en el fuerte del Rosario, un pabellon bicolor celeste i blanco con arreglo a los colores de la escarapela nacional.—Tal es el orijen del pabellon nacional arjentino. Esta medida, que importaba la mas esplícita manifestacion del pensamiento de completa independencia, mereció una acre censura de parte del gobierno, que aun queria guardar la apariencia de sumision a la metrópoli.

12 *de febrero de* 1814.—Primera victoria alcanzada por el jeneral patriota Rivas sobre el hasta entónces invencible español Boves, en las inmediaciones del pueblo de la Victoria, Venezuela.—En ella perdió Boves mas de mil hombres.

12 *de febrero de* 1817.—Espléndida victoria de Chacabuco, Chile, obtenida por el ejército unido arjentino-chileno a las órdenes de los jenerales San Martin i O'Higgins, sobre el ejército realista mandado por el capitan jeneral Marcó, que dejó en el campo 700 muertos i 800 prisioneros. El resultado de esta accion fué el terror inspirado a los realistas i la evacuacion de todo el territorio comprendido por las provincias de Santiago i Valparaiso.

12 *de febrero de* 1818.—El gobierno de Chile, en representacion de sus pueblos, hace saber a todas las naciones del mundo: «que el territorio continental de Chile i sus islas adyacentes, forman, de hecho i de derecho, un Estado *libre, independiente i soberano*, quedando para siempre separado de la monarquia española.»

12 *de febrero de* 1820.—El ejército del Perú, que en virtud de la guerra declarada por el congreso a Colombia, habia invadido el territorio de ésta, en número de 8,400 hombres, mandado por el mismo presidente jeneral Lamar, es batido por el ejército colombiano en número de 6,000 hombres; a las órdenes del jeneral Sucre, en el pueblo de Saraguro.

EL HOMBRE I LA MUJER.

En la narracion sencillá
Del Jénesis he leido
Que a Adan estando dormido,
Dios le sacó una costilla.

Refiere la tradicion,
I el testo calla exprofeso,
Que al quitarle Dios el hueso
Se le arrancó el corazon.

I con él, aun palpitante,
Hizo a la mujer primera,
Timida, pura, hechicera,
De amor i de fé radiante.

I por eso con franqueza
Algun escritor ladino
Llama al sexo femenino
«Un corazon sin cabeza.»

I el filósofo Platon,
Allá en sus lucubraciones
Define así a los varones:
«Cabezas sin corazon.»

I por eso si un momento
Resuelve el hombre sentir,
Sin que lo llegue a advertir,
Siente con el pensamiento;

I, si en mui rara ocasion
La mujer quiere pensar,
Sin llegarlo a sospechar
Piensa con el corazon.

R. Carrasquilla.

EL MAESTRO DE MUSICA

(conclusion.)

XIII.

En esa época fué cuando, enviado de guarnicion a Beaulieu, conocí a Pablo.

Un viérnes, en el hotel de *Trois Pots d'Or*, rogué a la hotelera que me sirviese comida de viernes.

—Es mui fácil, me dijo, ahí está M. Lecostois, el músico, que siempre come de

viérnes.—(La mujer i los hijos de Pablo estaban en la casa de campo de un amigo. A Pablo le habia parecido mejor *dar vuelta la olla i comer en la fonda*, como se dice en Bretaña).

Se nos puso, pues, una mesita para ámbos.—Reunidos así sin premeditacion alguna de nuestra parte, trabamos conversacion con una simpatía que ántes de acabar de comer, se habia convertido en amistad.

Dios i la Iglesia no eran nuestras únicas afecciones comunes. A mí me gustaba mucho la música; tomé lecciones de violin para tener ocasion de estar mas a menudo con Pablo, de oirlo hablar de su arte, lo que hacia con una gracia esquisita i un encanto que raras veces he vuelto a encontrar tan poderoso, tan exento de toda pretension i personalidad.

Dios permitió, i se lo agradezco, que yo llegara a ser para Pablo un goce que sus tribulaciones domésticas le hacian mas sensible i que fué en su vida, entre las pruebas que habia sufrido i las que le esperaban todavía un óasis en medio del desierto.

En cuanto a mí, me edificaba sin cesar con su ejemplo i he sacado de los dos años que pasé en su intimidad, una multitud de lecciones que todos los dias procuro poner en práctica.

Me gustaba sobre todo oirle desarrollar su teoría sobre la felicidad.

«Me parezco, decia, a esos hombres de complexion débil que se ven obligados a vivir bajo un régimen severo, pero que no sufren nada o sufren muí poco. Esos son, no digo los mas felices de los hombres, pero sí los felices de los enfermos. Mi felicidad tiene la salud delicada i no la conservo sino a fuerza de cuidados. Sin duda me gustaria mas que tuviera uno de esos temperamentos robustos que permiten, no digo los excesos, pero sí un uso libre i seguro de todas las cosas buenas i agradables. Me gustaria mas respirar mi felicidad a pulmon lleno, vivir de ella, sumerjirme en ella, que verme obligado a mantenerla como una llama que sin cesar amenaza apagarse. Preferiria un buen tiempo fijo a un tiempo variable que hace temer siempre lluvia o viento i aun tempestad. Pero, despues de todo, yo no tengo la eleccion i, si me comparo a tantos otros que son verdaderamente o llegan a ser desgraciados, ¡cuán feliz me encuentro pensando bien las cosas!

«Mi única pena verdadera es mi pobre mujer, o mas bien su humor desigual. Pero, en el fondo, mi mujer es buena; ella me quiere. Yo la quiero mucho. ¿Cuántas parejas en apariencia mas unidas que la nuestra podrian decir otro tanto?

«Por otra parte, ¿tiene acaso el cristiano necesidad de ser perfectamente feliz? Ese aguijoncillo que en las cosas mas dulces nos recuerda sin cesar que la suprema dulzura está en otra parte que aquí abajo ¿no es una gracia bajo el punto de vista de la fé? I ¿para qué nos serviria la fé, si nos colocáramos siempre fuera de ella para juzgar de nuestros intereses?

«Encontrarse tan bien en el camino que no se desee llegar al término solo puede convenir al que viaja por viajar.—En cuanto a los que viajan para llegar no es malo, me parece, que el camino les haga desear un poco el término.»

La vida de Pablo pasaba así suavemente, pero con una suavidad comprada cara i en una especie de paz armada.—Pablo habia perdido a su padre i a su madre i habia llegado a ser organista propietario de la catedral. Educaba a sus hijos a duras penas, pero los educaba.—Su casa no conocia el lujo, apénas la comodidad, palabra que detestaba por otra parte casi tanto como la cosa que le parecia despertar una idea tan anti-cristiana como es posible. Dios le habia dado lo estrictamente necesario; i ese estrictamente necesario le bastaba, aun le gustaba, i tenia para esa alma vigorosa, una especie de sabor severo que no habria encontrado en las muelles satisfacciones del lujo i de la vanidad. Si algunas veces deseaba ser mas rico era unicamente por su mujer a quien gustaba tanto el brillo.

Sin duda en sus sueños se representaba de veinticinco años, casado con una mujer amable, Alice, por ejemplo, viviendo en la abundancia i cultivando en sus horas ociosas las artes i las letras, llevando una vida de propietario i viendo abrirse delante de sus hijos hermosas perspectivas de fortuna i de gloria. Quizas aun a veces soñó con paletots mas abrigadores i con un vino mas jeneroso que los vinitos crudos de que ordinariamente usaba. Pero,—salvo el artículo de la mujer amable,—Pablo sufria por la ausencia de todo lo que acabamos de enumerar, tanto como yo sufro por no tener un carruaje o un castillo a las orillas del Rhin. Lo que Dios le rehusaba, Pablo

lo habia considerado siempre como supérfluo, i la falta de lo supérfluo no hace sufrir nunca a un hombre racional.

XIV.

Miéntras tanto las pruebas crecian en intensidad con el coraje i la resignacion de Pablo; i ese coraje i esa resignacion se desarrollaban a su vez con tales proporciones que los mas crueles dolores parecian traer consigo un bálsamo secreto.

Perdió uno de sus hijos. Pablo encontró en la muerte edificante de ese ánjel motivo para consolarse i bendecir a la Providencia.

Otro de sus hijos, apénas salido de la adolescencia, cayó en malos caminos. El hijo de tal padre dió en deplorables excesos. La serenidad de Pablo tuvo mas trabajo para resistir a este golpe; pero resistió. Pablo quiso conservar en su alma todas sus fuerzas, a fin de orar por su hijo estraviado. Cuando el desgraciado jóven murió en un hospital de Arjel, las oraciones de su padre habian llegado al cielo i, en su última hora, un sacerdote vino a reconciliarlo con Dios.

Pablo estuvo en víspera de caer en la miseria. Sobrevínole un mal de que los músicos no están mas al abrigo que los demas, sino que mas bien sufren mas. Perdió el uso de tres dedos de su mano izquierda. ¿Cómo tocar así el órgano? Habia perdido pues 1,000 francos de renta sobre 3,000.

Pablo se ocupó tranquilamente de reducir el tren ya tan modesto de su casa. La vela de sebo suplantó a la vela fina, el agua clara al vinillo crudo.—A las bulliciosas quejas de su mujer en presencia de esa decadencia, no tenia mas que una respuesta: «¡Qué quieres, mi buena amiga, cuando las rentas disminuyen, es menester reducir los gastos! Pero, Dios, al quitarnos un poco de dinero, nos envia algo mucho mas precioso, una ocasion de glorificarlo con nuestra resignacion. ¿Perderemos ese mérito que tan fácil nos es adquirir? Por otra parte, no somos mas que cuatro personas las de casa. Nos quedan 2000 francos de renta. Con eso no se muere uno de hambre en Beaulieu.»

En cuanto a él, no vió turbarse un solo instante la paz de su alma. Todos los que lo encontraban con esa frente serena i sabian sus tribulaciones esclamaban: «¡Hé aquí a un hombre que tiene *Filosofía*—*Relijion* debieran haber dicho.

Sinembargo, él tenia una pena: en sus reducciones se habia visto obligado a tocar el presupuesto de los pobres.

Con trabajo se consolaba de ello, cuando se vino a anunciarle que se habia logrado hacerlo nombrar sub-bibliotecario de la ciudad.

Con una especie de infantil alegria recibió esa noticia. Le gustaban los libros casi tanto como la música.—Hasta habria podido combinar esas dos afecciones i tocar el violin en las salas de la biblioteca, tan solitarias estaban ellas.

XV.

Como todas las almas serenas, Pablo amaba la soledad. I sinembargo su celo por el bien lo arrastraba a la sociedad, cuyas delicias hacia con sus talentos i su inalterable buen humor. Pero la soledad tenia evidentemente sus preferencias, la soledad en donde se encuentra a Dios, la suprema sociedad, en donde uno se encuentra a sí mismo i sus propios pensamientos. ¿Por qué se huye de ellos ordinariamente sino porque se los siente ociosos o culpables?

Este goce de la soledad lo disfrutó Pablo hasta la hartura en su biblioteca. El bibliotecario en propiedad por otra parte casi siempre retenido en su casa por la gota, era mudo como una tapia. Apénas llegaba, se instalaba en su poltrona, sin responder mas que con señas a las atenciones de Pablo.—Este no se quejaba. El silencio, esa otra virtud monástica, le gustaba a Pablo practicarla bajo esas bóvedas, antiguo refectorio de los Dominicos, al lado de ese ejército de volúmenes formado de los despojos de todas las bibliotecas de los conventos de la ciudad.

Verdaderamente un pintor o un moralista habrian encontrado un encantador asunto de estudio en ese personaje interesante por tantos títulos—por la pálida i suave belleza de sus facciones, —por la inalterable paz que desde su corazon irradiaba en su rostro,—por todas las pruebas que atravesaba con tan imperturbable serenidad,—por esa espresion de su fisonomía en que se confundian armoniosamente la sencillez de un niño que no conoce la vida i la sabia esperiencia del anciano que ha pesado todas sus vanidades en justa balanza.

Sin duda, eso le daba un tinte de orijinalidad, pero de una orijinalidad que no hacia mas que darle un encanto mas; orijinalidad, por otra parte, que no dañaba a nadie, que residia mas bien en las disposiciones de los que lo observaban i podian admirar, comprendiéndola, esa inalterable igualdad de humor i esa *indiferencia* de los santos a que estamos tan poco habituados. La orijinalidad de Pablo era la del *Sócrates cristiano*, de ese hombre que sabe pedir a la relijion no solamente sus dogmas, sin los cuales el espíritu languidece falto de alimento, no solamente sus preceptos para marchar derecho por la tierra al cielo, no solamente sus poderosos consuelos en las grandes tribulaciones de la vida,—sino que sabe tambien bajar hasta las profundidades donde están depositados, solo para los que tienen el valor de ir a buscarlos allí, tesoros de fuerza, de resignacion, de gozo, de sabiduría,—todo un réjimen de vida por el cual hacemos de nuestra existencia entera una amorosa aplicacion de nuestras creencias i un himno de amor a Aquél de quien recibimos todo bien.

Pablo se paseaba horas de horas en su biblioteca, con un libro en la mano, complaciéndose las mas veces en releer el libro de sus pensamientos, un libro que no tenia nada de triste, apesar de la monotonía de su pasado, apesar de las sombrías perspectivas del porvenir. Para Pablo, habia en todas cosas motivos de glorificar i dar gracias a Dios.

Se cantaba a veces a media voz las sinfonías de sus maestros favoritos, con un arrebato que se reflejaba en su semblante.—Otras veces el impulso de su reconocimiento para con Dios, el fuego de sus oraciones, el gozo que le causaba una conversion a que él habia cooperado, simplemente la meditacion de alguno de los grandes misterios del cristianismo, esa fuente inagotable de emociones para las almas verdaderamente cristianas i que no se ciega tan pronto para nosotros sino porque somos por lo regular cristianos solo de nombre;—todo eso bastaba para producir una música interior en su alma, un gozoso concierto que no se interrumpia durante todo el dia.

Sin duda, una vez mas, en sus largas meditaciones, se deslizaba el delirio i hacia aparecer al espíritu de Pablo esos goces de que estaba para siempre destituido: la campiña dorada por los últimos rayos del sol, las playas majestuosas del océano, los viajes a lejanos i curiosos países, Roma sobre todo, en donde habria gozado tanto él, literato, artista i cristiano....Pero ese sueño era mui pronto rechazado como un mal pensamiento. Pablo veia la vida tan llena que la Providencia le habia dado, sobre todo esos ratos ociosos dedicados a las letras i en que tanto gozaba; era feliz; sus acciones de gracias subian al cielo. No comprendia que sus amigos le hablasen de resignacion.

XVI.

Pablo habia dicho muchas veces con toda sencillez que no le repugnaria morir en el hospital, que allí se estaba verdaderamente mui bien. Yo creo que era ése un voto ardiente, en el fondo de su corazon. ¡Ha sido el de tantos santos!

Dios lo escuchó.—El año pasado, el cólera se ensañaba en Beaulieu. Pablo, en cuanto tenia un momento libre, estaba a la cabecera de los enfermos para cuidarlos i dirijir a Dios sus últimos pensamientos. Pidió, pues, una licencia de un mes i lo aprovechó para elejir un domicilio en el hospital.

El número de las conversiones de que fué así instrumento es prodijioso....Cayó enfermo a su vez i tan repentinamente que no pudo ser trasportado a su casa. Fué menester instalarlo en una cama que acababa de trocar por el lecho supremo, un obrero de la ciudad, famoso por su impiedad, pero que no habia podido resistir a la ardiente caridad de Pablo i que, gracias a él, habia muerto como un santo.

Pablo estaba pronto desde hacia mucho tiempo; i una muerte repentina no habria dejado en sus amigos inquietud alguna por su eterna salvacion.—Tuvo, sinembargo, tiempo de prepararse mas todavía.

Su corta enfermedad no fué mas que un cántico de gozo; espiró pronunciando estas palabras que siempre le habia gustado repetir: *¡Gaudeamus in Domino semper!*

EUJENIO DE MARGERIE.

EL SACERDOTE.

En cada parroquia hai un hombre, que no tiene familia, pero que es de la familia de todos; que se llama como testigo, como consejero o como ajente en todos los actos mas solemnes de la vida civil; sin el cual

no se puede nacer ni morir, que recibe al hombre del seno de su madre i no lo deja sino en la tumba, que bendice la cuna, el tálamo, el lecho de muerte i el ataud; un hombre que los niños se acostumbran a amar, venerar i temer; a quien aun los que no le conocen llaman padre, a cuyos piés van a depositar los cristianos los secretos mas íntimos del alma; un hombre que es el consolador obligado de todas las miserias del alma i del cuerpo, el intermediario entre la riqueza i la indijencia, a cuya puerta tocan alternativamente el rico i el pobre; el rico para dejar allí su limosna secreta, el pobre para recibirla sin sonrojo; que, no perteneciendo a ningun rango social, pertenece igualmente a todas las clases: a las clases inferiores por la vida pobre i a menudo por la humildad del nacimiento; a las clases elevadas, por la educacion, la ciencia i la elevacion de sentimientos que una relijion filantrópica inspira i exije; un hombre, en fin, que sabe todo, que tiene derecho para decir todo i cuya palabra cae sobre las intelijencias i los corazones con la autoridad de una mision divina i con el imperio de la fé.—Ese hombre es el cura: nadie puede hacer mas bien o mas mal a los hombres, segun que cumpla o desconozca su alta mision social.

Como moralista, la obra del cura es admirable. El cristianismo es una filosofía divina, escrita de dos maneras: como historia de la vida i muerte del Cristo; como precepto, en las sublimes enseñanzas que trajo al mundo. Esas dos palabras del cristianismo, el ejemplo i el precepto, están reunidas en el Nuevo Testamento o Evanjelio.

El cura debe tenerlo siempre en la mano, siempre a la vista, siempre en el corazon. Un buen sacerdote es un comentario vivo de ese divino libro. Cada una de sus misteriosas palabras encierra un sentido práctico i social que ilumina i vivifica la conducta del hombre. No hai verdad moral o política que no esté en jérmen en un versículo del Evanjelio; todas las filosofías modernas han comentado uno de ellos i lo han olvidado en seguida; la filantropía ha nacido de su primero, único precepto, la caridad. La libertad ha marchado en el mundo siguiendo sus huellas, ninguna servidumbre degradante ha podido subsistir ante su luz; i la igualdad política ha nacido del reconocimiento de nuestra igualdad, de nuestra fraternidad ante Dios; las leyes se han suavizado, los usos inhumanos se han abolido, las cadenas han caido. A medida que su palabra ha resonado en los siglos, ha derrumbado un error o una tiranía, i se puede decir que todo el mundo actual, con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones i sus esperanzas no es mas que el verbo evanjélico mas o ménos encarnado en la civilizacion moderna.

El cura tiene, pues, en su mano toda razon, toda moral, toda civilizacion, toda política cuando tiene en ellas el Evanjelio. No tiene mas que abrir, leer i derramar en derredor suyo el tesoro de luz i perfeccion cuya clave le ha confiado la Providencia. Pero, como la de Cristo, su enseñanza debe ser doble, por la vida i por la palabra; su vida debe ser, en cuanto cabe en la humana flaqueza, la esplicacion sensible de su doctrina, una palabra viva. La Iglesia lo ha colocado donde está como ejemplo mas bien que como oráculo; la palabra puede faltarle, si la naturaleza le ha rehusado ese don; pero la palabra que se hace oir de todos es la vida; ninguna lengua humana es mas elocuente i mas persuasiva que una virtud.

El cura es todavía administrador espiritual de los sacramentos de la Iglesia i de los beneficios de la caridad. Sus deberes en este carácter son semejantes a los que impone toda administracion. Tiene que tratar con hombres, debe conocer a los hombres. El que toca las pasiones humanas, debe tener mano delicada i suave, llena de prudencia i mesura. Tiene bajo su jurisdiccion las faltas, los arrepentimientos, las miserias, las necesidades i las indijencias de la humanidad; debe tener corazon rico i lleno de tolerancia, misericordia, mansedumbre, compasion, caridad i perdon. Su puerta debe estar abierta a toda hora para el que lo despierte, su lámpara siempre encendida, su baston siempre en la mano; no debe conocer estaciones, distancias, contajio, sol ni nieve, si se trata de llevar el aceite al herido, el perdon al culpable, su Dios al moribundo. No debe haber para él, como no hai para Dios, rico ni pobre, grande ni pequeño, sino hombres, es decir, hermanos en miserias i esperanzas.

Como hombre, el cura tiene todavía algunos deberes puramente humanos, que le son impuestos solamente por el cuidado de su buen nombre, por esa gracia de la

vida civil i doméstica que es como la fragancia de su virtud. Retirado en su humilde casa parroquial, a la sombra de su iglesia, debe salir mui raras veces. Le es permitido tener una viña, un jardin, un verjel, algunas veces un huertecillo, cultivarlo por sus propias manos, alimentar algunos animales domésticos, de placer o de utilidad: la vaca, la cabra, ovejas, pichones, aves cantoras, el perro, sobre todo, ese mueble vivo del hogar, ese amigo de los que están olvidados del mundo i que por eso mismo necesitan de ser amados por álguien.... De este asilo de trabajo, de silencio i de paz, debe alejarse poco el cura para ir a mezclarse en la bulliciosa compañía de la vecindad; solo en algunas circunstancias solemnes debe mojar sus labios con los felices del siglo en la copa de una hospitalidad suntuosa; el resto de su vida debe pasarse en el altar, en medio de los niños a quienes enseña a balbucear el catecismo, ese código vulgar de la mas alta filosofía, ese alfabeto de divina sabiduría, en los estudios serios, en medio de los libros, sociedad muerta del solitario; a la tarde, cuando el sacristan ha recojido las llaves de la iglesia, cuando el campanario ha tocado ya el *Angelus*, se puede ver a veces al cura, con su brevario en la mano, ya bajo los manzanos de su huerto, ya en los senderos elevados de la montaña, respirando el aire suave i relijioso de los campos i el merecido reposo del dia, deteniéndose unas veces para leer una poesia relijiosa, otras para mirar al cielo o al horizonte del valle i bajar despues lentamente en la santa i deliciosa contemp'acion de la naturaleza i de su autor.

¡Hé ahi su vida i sus placeres! ¡Sus cabellos encanecen, sus manos tiemblan al levantar el cáliz, su voz gastada no alcanza ya a llenar el ámbito del santuario, pero resueña todavia en el corazon de su grei; muere, una piedra sin nombre señala su lugar en el cementerio junto a la puerta de su iglesia! ¡Hé ahi una vida que se ha estinguido! ¡Hé ahi un hombre olvidado para siempre!.... Pero ese hombre ha ido a descansar en la eternidad donde de antemano vivia ya su alma, i ha hecho aqui abajo lo mejor que podia hacer. Ha continuado un dogma inmortal, ha servido de eslabon a una cadena inmensa de fé i de virtud i ha dejado a las jeneraciones que van a nacer una creencia, una lei, un Dios.

LAMARTINE.

CARLOS PIÑEIRO.

Llenos de la mas profunda tristeza escribimos este nombre desconocido talvez para muchos de nuestros lectores, pero mui caro para nuestro corazon.

CÁRLOS PIÑEIRO era nuestro amigo i nuestro compañero desde la infancia i hoi le lloramos desastrosamente ahogado en el lago de Llanquihue, a la temprana edad de solo 23 años.

En medio del escojido grupo de los nuestros ninguno habia en cuyo corazon hubiera mas fé, en cuya alma estuviera mas intacta la hermosa flor de la inocencia. Inteljente, modesto, de un carácter amable i simpático, sincero creyente i sólidamente piadoso, CÁRLOS PIÑEIRO era una joya difícil de hallar en estos tristes tiempos.

Dios, que nos arrebata un amigo querido, un compañero de lucha i de trabajo, un hermano en la fé, un modelo en la vida, ha querido enriquecer el cielo con una alma llena de las mas preciosas virtudes.

¡Bendita sea la Providencia!

¡Oremos por nuestro amigo i oremos tambien por que desciénda el divino consuelo sobre su madre, léjos de la cual ha muerto en tierra estranjera, sin tenar al ménos la dicha de verla despues de doce años de ausencia!

Contenido de este número.

I.—Costumbres húngaras, conclusion.
II.—Ejemplo, poesia, por Cárlos Walker Martinez.
III.—Rimas de D. Daniel Calvo, continuacion.
IV.—La luna, poesia, por Diego Fallon.
V.—El doce de febrero.
VI.—El hombre i la mujer, poesia, por R. Carrasquilla.
VII.—El maestro de música, conclusion, por Eujenio de Margerie.
VIII.—El sacerdote, por Lamartine.
IX.—Cárlos Piñeiro.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, febrero 19 de 1871. Núm. 177.

RIMAS DE D. DANIEL CALVO.

(CONCLUSION)

En la pieza intitulada *Separacion*, de una verdad i sobriedad perfectas, se hace referencia, al misterio de otra pasion antigua contraida por el deber. La reserva del autor a este respecto es un rasgo de sensatez i buen gusto, que aplaudimos doblemente por lo demasiado confidencial, doméstico e indiscreto que se va haciendo cada dia el Parnaso entre nosotros. Es en vano buscar en las poesias de Calvo endechas, madrigales i anacreónticas almibaradas para requerir de amores a las damas; ni quejas, maldiciones o sarcasmos amasados con sangre i lágrimas para conturbarlas i sublevarlas. Ni Filis ni Teresas. La fé de una sola persona amada no es en verdad una nota ámplia, bien sentida i numerosa de su poesia; pero el culto de este afecto profundo, sereno e invariable consta de sus versos mas o ménos sincera i naturalmente, a veces al trasluz de uno que otro requiebro romántico al uso de la época.

Sollozo elocuente de ternura casi filial, que rompió con independencia i fuerza en la famosa oda elejiaca *Al cadáver de Fany*, i que se prolonga todavia en algunos suspiros vagos i fujitivos, *En un álbum de... Visita fúnebre* i algunas otras, Fany en realidad no es otra cuerda diferente, sino una modulacion mui particular i acentuada de la misma nota erótica; o, si se quiere, otra nota, pero nota dominante, de un mismo acorde armónico.

«Soi mozo,» pudiera decir tambien Calvo, i si no, aquí están sus poesias que lo declaran mas bien.

Ante todo una restriccion.

Esas poesias no son un himno del májico poema que vive o que vivió dentro i fuera de cada uno de nosotros: la juventud. En ellas no alienta la espansion exhuberante del alma en sus años floridos, con su trágago de alegrías, penas i desengaños; no brilla la fiesta primaveral con sus transportes e inexorables inquietudes, i con sus ensueños de amor, de gloria i de libertad.

«La juventud, dice un malogrado poeta frances, la juventud se parece a las florestas vírjenes combatidas por los vientos: ella sacude a todos lados los ricos presentes de la vida, i en su follaje reina siempre algun profundo murmullo.» (1)

Es esto último solamente, este rumor quedo i misterioso, estos estremecimientos vagabundos del viento en la espesura, lo que de la ardiente juventud canta i jime en las poesias de don Daniel Calvo.

I hémos ahora en campo abierto i frente a frente con aquella deficiencia de su musa, deficiencia que arriba hemos atribuido a un estrago de la imitacion.

Porque es menester convenir en que esta frescura juvenil que se contenta con ser lozana, afable, simpática, tierna, pero que no se atreve impunemente a ser pomposa, magnífica, profunda, marcial, tétrica, novelesca, hábil, injeniosa, fantástica, mistica, etc., no muestra en verdad el abatimiento de una esclava sino la voluntaria sujecion de una musa libre.

El mendigo dadivoso fuerza es que hurte. Calvo no se halla en este caso. Distamos ¡vive Dios! de increparle un crímen, cuando solo queremos tildarle una imprudencia.

El injenio que se embelesa a menudo voltejeando en los campos-elíseos de las musas, i se para de repente a dejar un invento que allí viva, es ni mas ni ménos un temerario; pues se ariesga entónces a un peligro, el de caer en las reminiscencias, peligro a que no está espuesto quien inventa a solas, sin emulacion, recojido i absorto en sí mismo.

¿Cómo en ese instante de exaltacion discernir con delicadeza lo lícito i lo ilícito? ¿Cómo separar escrupulosamente lo propio de lo ajeno? ¿Cómo abstraer la emocion

(1) Guérin. *Le Centaure.*

de lo que uno acaba de admirar en otros, a fin de que brote puro, injénito, espontáneo el propio acento del alma? ¿Es éste el momento oportuno para arrancar a ésta sus secretos, provocar su pujanza nativa i lanzarla en alas de un entusiasmo concentrado en su misma intensidad?

La lima, el yunque, el crisol....

Pero no lo olvidemos: estos purificativos son tardios, se emplean o no, a menudo no se emplean, mortifican, apagan el entusiasmo lírico, su eficacia no es perfecta ni segura. Ademas, el cantor descansa tranquilo en su buena conciencia; i allá va esa oda hija del alma. No hai que temer al vulgo; pues para él es nuevo i flamante lo que le llega primero, i en punto a reminiscencias vive siempre en la mas saludable ignorancia.

Segun las Doce Tablas, los hombres o son injénuos, o libertos, o siervos. Esta division del estado civil romano es aplicable a la condicion de los espíritus en la república literaria. Despues de una buena lectura el libre aplaude i pasa, el que fué *alieni juris* admira i se siente subyugado, el esclavo *a natividate* idolatra i cae de hinojos; i como está escrito en la lei que no sea persona sino cosa, si se levanta es para servir de recipiente.

El epígrafe, la cita nominal, la traduccion de algunas piezas, la imitacion espresa de otras, las tésis poéticas, las reminiscencias persistentes: hé aquí los tributos que, aun largos años despues de sacudida la voluntaria servidumbre, el talento de un fiel liberto suele prestar en homenaje a sus patronos.

Sobra mérito para creer que don Daniel Calvo se ha emancipado ya completamente; pero los que quisieran ver siempre lozanos los laureles que ha sabido conquistarse, deben decirle todavía: alerta contra las reminiscencias involuntarias; alerta contra las odas deliberadamente compuestas conforme a una tésis preconcebida.

No fuera exacto decir que Calvo pertenece a una escuela mística cualquiera; pero es indudable que en sus versos el sentimiento relijioso aparece como cuerda de su lira. Mui bien puede ser que ciertas cadencias cristianas no sean en rigor acentos orijinales de su alma, sino ecos simpáticos de melodías venidas de léjos, simples reminiscencias lamartinianas. Con todo, la presencia divina en las maravillas de la naturaleza i el coro de las armonías universales al Ser Supremo, son cuando ménos una idea poética de su imajinacion, cuyo ardimiento consiguiente la lira de Calvo ha querido en épocas distintas de su carrera modular al canto.

A nuestro juicio, el gran himno de Jehova todavía no ha sido entonado con acento duradero por ningun poeta hispano-americano. Dios ha sido para ellos un tema lírico mui brillante, un asunto de oda propio para ostentar fuego i riqueza de fantasía. Los padres griegos con el lujo oriental de su elocuencia, i Bossuet i Fenelon en el rio majestuoso de su prosa oratoria, no lo consideraron de otra suerte cuando querian declarar i exaltar la razon filosófica, cristiana i providencial de las cosas creadas. Pero ya se deja ver que por este camino los mas afortunados de nuestros vates no habian de hacer sino paisajes magníficos, en el fondo de los cuales, merced a algunas tintas de Chateaubriand, Lamartine i Hugo, la omnipotencia divina se diseña como formando hácia los confines del horizonte un cielo profundo i sereno.

Si por el camino de la fantasía trazaron cuadros, pero no lograron entonar a toda orquesta la sinfonía de la naturaleza en homenaje a su Creador, tampoco lo han conseguido por la via mucho mas breve i adecuada del sentimiento. A la verdad, no escasea acá cierta clase de piezas del jénero sagrado, i hasta se han preludiado melodías simples e individuales que desenvuelven el motivo de la alabanza divina mas o ménos ámpliamente en una forma florida. Pero el alma penetrada de las maravillas de Dios está aquí léjos todavía; i preferimos, miéntras tanto, la salmodia cotidiana del salvaje patagon, que, sin imitar a nadie i levantando al cielo su alimento, dice: «¡Hombre poderoso, jefe de las tribus, dueño del sol! Yo soi un pobre *poyuchi*: protéjeme. Que mañana tenga yo agua, caza i sueño. Mi comida de hoi aquí está; mui escasa, ya lo ves. ¿Tienes hambre? Tómala, padre mio.»

Un sentimiento vivo de la naturaleza en sus relaciones simpáticas con el hombre i con lo infinito, i la uncion relijiosa de una alma entusiasta i apasionada: tales son, a nuestro juicio, las fuerzas virtuales del estro que haya de convertir en ritmo lírico, el transporte de amor de la creatura humana al contemplar la gloria de Dios en

los esplendores del universo. Este cántico tiene coros de melodías unísonas i acordes con diversidad de armonías concertantes. El fervor relijioso no basta; pero sobre todo abandonemos como fin i medio esclusivos i primordiales la descripcion i la enumeracion. Ante todo, es menester «sentir alta i magníficamente de Dios,» como dice frai Luis de Granada, pintor sublime de la naturaleza, que confuso i enternecido arroja de repente su paleta, i dice:

«I por esto suplico yo ahora, Dios mio, a vuestra infinita bondad, que en tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber mas, glorificándoos estén allá en el cielo los que os saben alabar, i ellos compongan lo que yo descompongo, i doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.»

¡Qué música!

De las fuerzas elementales que constituyen el injenio poético, la imajinacion, en su carácter de facultad pasiva, es sin disputa de las mas susceptibles de cultura i desenvolvimiento. El entusiasmo, i sobre todo esta flor del entusiasmo que se llama númen lírico, es brote espontáneo i natural. Pero si en todo caso era forzoso que al producirse quedase atenido el estro a sus propios alcances, a lo ménos, ¿han sido en su apoyo, muchas i mui fuertes las imájenes que en la memoria de Calvo han dejado mediante una esperiencia personal los libros, la reflexion, la vida? La respuesta es interesante porque se refiere a un bardo fiel i todavía en carrera.

En la estrofa octava de *Voces del corazon*, pieza de algun mérito escrita en junio de 1851, están exhibidas las alhajas principales del cofre patrimonial de su musa: el ave, la flor, la brisa, la nube i el arroyo. Estas galas i sus conjéneres inmediatas han formado siempre el atavío diario. En las fiestas de guardar, la musa mas bien que a empréstitos forzosos, ha recurrido a las remiscencias vagas i mui a menudo a la fantasía, servidora de apuros, caballito de siete colores ponte allá, que en sus alas le trajo no sin deterioro preciosidades lejanas i nunca vistas por el poeta.

Abrimos al acaso el volúmen en las pájinas 17, 21, 49 i 74; i hé aquí a las aves, las flores, las brisas, los arroyos i las nubes, solas o con sus amplificaciones, sirviendo de vestidura al pensamiento en tres no nada malas poesías: *A F. Ll. de L.* señalada por su acento de sinceridad; *Ayer, Lucy tristísimo....* soledad florida en donde, a los sitios que denuncian con su fijeza la fuga sin retorno de las dichas allí pasadas, nada añaden las nubes volanderas; i *A Elvira*, sáficos adónicos intencionalmente sin rima i accidentalmente con algunas rimas. El asonante furtivo i clandestino afea muchedumbre de composiciones de Calvo. La cuarta intitulada *La Vuelta*, galano ejemplo de sobriedad selecta, es mui natural en la pintura del sentimiento juntando a los matices de la naturaleza la iglesia de la aldea i la lámpara del santuario.

A veces cualquiera de esos objetos o imájenes constituye lo principal de un pequeño cuadro, o forma el marco, o es la pincelada que da el tono a la tela. De esta clase son los dos sonetos *Para el álbum de....* i *La flor de las ruinas*, i tambien *La rosa*, *Emigracion*, *Visita fúnebre*, *Separacion*.

Pero, si se escapan de contínuo a la percepcion del poeta mil sensaciones pertenecientes a otros gremios; si éstas de la naturaleza campestre, para él quizá las ménos familiares, no le ayudan a imprimir una fisonomía individual a sus obras, con todo, cuando el poeta sabe con claridad de antemano lo que va a decir, lo cual no sucede con frecuencia, estos pocos colores le bastan por sí solos para un breve paisaje mediante un procedimiento mui natural: la figura humana, diestramente colocada en los planos posteriores, da animacion i vida a todo el esbozo, haciendo resaltar los contornos del primer plano. *Desconsuelo* pertenece en cierta manera a esta especie; pero mas propiamente *Otoño* i *Primavera*, bellas composiciones escritas en épocas mui distantes.

Apesar de unos pequeñísimos descuidos métricos i gramaticales, *Primavera* es una pieza notable por mas de un título. Esbelta aparece allí la musa lanzando una mirada centellante i melancólica sobre la vida humana. Uno teme por el brío con que prorrumpe; pero la vivacidad lírica cruza con rapidez i garbo lo trivial, i va a morir muellemente entre las sombras que ella misma emnujó i acumuló. Leyendo *El premio del bien hablar* de Lope de Vega i *El májico prodijioso* de Calderon, nos hemos preguntado varias veces ¿por qué los consonantes pareados del *estilo precioso* de la comedia clásica, no pasan con mas fre-

cuencia al lirismo puro de la oda? *Primavera* ha venido a mostrar que, asociados en largas estrofas con el pentasilabo doble en su apariencia rigurosa de unidad, no ofrece los inconvenientes conocidos hasta ahora, ántes bien su recurrencia sirve para ligar las notas mas variadas, repasando a la vez en escalas ascendentes o descendentes los tonos de la anacreóntica i la elejia.

Estos felices aciertos no autorizan a Calvo a seguir confiadamente la via pecaminosa de los paisajes decorativos. Unas cuantas de las obras mas estimables de sus últimos diez años confirman esta predileccion suya por la fantasia de los colores. No es ojeriza la nuestra al jénero descriptivo; pero verdaderamente nada hai superior a la conmocion del alma, i el prurito de esas pinturas tiende a sustituir, a lo moral, lo material de los sentidos. No desconocemos el mérito de esas telas de Calvo; pero ¿durarán?

No están en el volúmen las poesías colocadas en el órden de su cronolójico composicion. Con todo, *Compensacion*, *Saturnino* i *Ester*, que figuran al fin de las poesias sueltas, son de fecha punto ménos que reciente. Sin pretender apocarlas, declaramos que a nuestro juicio no son ellas en si ni un progreso ni una renovacion. *Compensacion* es un soneto inferior a la mayor parte de los de Calvo, i Calvo los ha trabajado excelentes: uno puede calificarse de obra maestra. *Saturnino* contiene un romance descriptivo no exento de colorido local; pero la composicion en jeneral es casi insignificante. En la primera parte de *Ester* hai verdad i merece ser recomendada. Pero con ella acabó el aliento de la inspiracion. En la segunda i tercera partes comenzó la tarea del fantaseo por el rimador que forja su estrofa. La actualidad repentina en que vuela el estro lirico, no consta en Calvo, como en la mayoria de los bardos, sino de un solo momento preciso. La oda dividida en capitulos ha sido el escollo de la secta que proclamaba *l'art dans la réverie et la réverie dans l'art*. Motivos diversos aconsejan a Calvo no fiarse mas que del primer arranque de su entusiasmo, i de esa forma simple e independiente, casi imprevista, que admite mas tarde lima pero no tijera.

Nuestro bardo es siempre tierno en la espresion de un sentimiento entrañable de la naturaleza. *A mi hijo Eduardo* no es una poesía para el paladar delicado de los hombres del arte; pero tiene su sabor a fruta del huerto de casa, fruta que todos hemos probado i cuyos gratos dejos no se pierden jamas. *A mi padre*, familiar en el ritmo, es amante i sentida. *Dos de noviembre*, acabada en la forma, es una lágrima purisima. No se lee una vez sola sino tres i cuatro, que es ademas mui breve. *Elejia* es un lamento conmovedor, artistico en las dos primeras estrofas. El soneto *A mi madre* es una joya de primer órden. Se parece a las obras que al pasar graban de un golpe los bardos soberanos. Hasta esas telarañas que tapizan los muros del hogar desierto, son de una verdad pintoresca mui sobresaliente.

Al cadáver de Fany i *Visita fúnebre* son flores del mismo jérmen, pero que dos estaciones apartadas hicieron brotar, jentil la una, aromática la otra. Fuerza i suavidad. Como arte son dos términos importantes de comparacion: lo improviso de la partida, i un punto en la carrera desahogado ya. La elejia *Al cadáver de Fany* es conocida con aplauso en la América española.

Si una veintena de composiciones sueltas de poesia, distinguidas o notables, han establecido ya la reputacion de Calvo como bardo cantor. *Ana Dorset* ha venido últimamente a confirmar el valor de sus aptitudes en el jénero lirico. La citada obra es un esfuerzo vigoroso: sostenido de entusiasmo Un amor irresistible i criminal, que fué a esconder sus deliquios en las tempestades del Océano, i que, arrojado entre angustias i remordimientos a los verjeles de una isla salvaje i hasta entónces ignorada, halla en seguida una doble tumba en las soledades de la naturaleza, es sin duda uno de los asuntos mas romancescos, patéticos i brillantes que en cualquiera época pueda brindar al injenio la historia de los descubrimientos jeográficos. Sin inventar un ápice en esta aventura, llamando en su ausilio en casos apurados i para justificar sus furores pindáricos a autores irrefutables, arrebatado por su asunto como en los mas privativos instantes de la improvisacion lirica, Calvo entona un canto en variedad de conmociones, que se suceden en el mismo órden con que se van representando a lo vivo en la fantasia del pocta las peripecias de aquella memorable historia: oda de largo aliento, semejante a esas oberturas que resumen

los motivos principales de una ópera, insinuando i desflorando conforme al contrapunto algunas de sus consecuencias melódicas.

Pero el asunto, los títulos de la obra, la advertencia preliminar e ilustrativa de la edicion de Sucre, i, entre las espesuras del lirismo i del énfasis filosófico, uno que otro claro donde se deslizan algunas corrientes naturales de narrativa, nos vienen a notificar, que si la nave recaló en las costas de la poesía lírica i sentó sus reales el número de concierto con los canarios, las brisas i las cascadas en la floresta del poema elejiaco, el inesperto piloto, sin madurar su derrotero, sin fuerza de velas ni timon para vencer las olas ni los vientos, habia hecho rumbo a otras playas, playas donde se estienden las llanuras de la poesía narrativa, con la mira sin duda de que sus tripulantes sintiesen i obrasen allí al uso de otro tiempo, mostrando en sus actos sus pasiones i desenvolviendo en la práctica de la vida sus caractéres, ni mas ni ménos que los hombres vivos i sanos que habitan la venerable ciudad de la epopeya lejendaria.

Talvez entre *Portia* de Musset por un lado, i el gran maestro ingles i el gran discípulo español por otro, el vate boliviano, no queriendo adoptar francamente el relato simple i natural, tomó consejo en el ardimiento de éstos últimos con sus odas parásitas i sus divagaciones nómades, i no paró mientes en lo principal de Musset, la concision lapidaria estrujando i esprimiendo el jugo dramático del argumento.

No dudamos que en el volúmen de *Rimas de don Daniel Calvo* haya piezas de oro i plata labradas al gusto de otros. Nuestras preferencias particulares son por las que trasparentan en la nitidez del ritmo la verdad nativa, afluente, individual de los sentimientos de su alma.

Cultura literaria, corazon sano i afectuoso, espíritu serio i convencido, el vate boliviano, a quien con este prolijo estudio hemos querido demostrar simpatías por su conducta cívica, está en camino de producir esa poesía jenerosa, bebida cordial, grata así a los fuertes como a las almas flacas en peligro de contajio.

Santiago de Chile, enero 1.° *de* 1871.

A MI MADRE (1).

Es media noche: vaporosa calma
I silencio profundo
El sueño vierte al fatigado mundo,
I yo velo por ti.....
Heredia.

I.

Mi rostro juvenil sombreando apénas
El bozo parecia,
Ai! cuando corria
Deleitoso placer entre mis venas,

Las huellas del dolor jamas mi pecho
Habian lacerado;
Tranquilo, sosegado
Vivia de mi mismo satisfecho.

La risa era mi anhelo; i la inocencia
Cual diosa de mi aurora,
Velaba protectora,
Con su manto cubriendo mi existencia.

En juegos i placer embebecido,
De maternal caricia
Gozaba, i la delicia
Jamas tan dulce deleitó el sentido.

Grato era el resplandor del claro dia
Al asomar la aurora;
Hermosa i seductora
La tarde, cada vez, me parecia.

Grato era el murmurar del arroyuelo
Vivaz la tonadilla
Con que tanta avecilla
Saludaba la luz del almo cielo.

Grato era el resbalar del sol dorado
En nuestro cielo raso,
Entrando en el ocaso
De juguetonas nubes circundado.

Radiante de fulgor aparecias
Ai! siempre clara luna;
Jamas fuiste importuna,
I en májico deleite me adormias.

¡Qué dulce era mi sueño! ¡Qué contento!
Al despertar mostraba
Mi voz cuando escuchaba
Del eco paternal el dulce acento.

¡Cuán plácida la luz me relucia!
I música sonora

(1) El autor escribió esta composicion un año i medio ántes de recibir la tonsura eclesiástica.

Mui mas encantadora
El ruido matinal me parecia.

Mi faz siempre risueña; complacida
Mi mente se extasiaba,
I al mundo contemplaba
Cual Eden puro de placer i vida.

II.

Mas dime, querida madre,
¿Por qué esos tiempos volaron?
¿Por qué veloces llegaron
Las horas del padecer?
Ai! para mi desdichado
Todo cambió en un instante:
Ráfaga de aire inconstante
Fué para mi alma el placer.

Cual relámpago engañoso
Que cruza en la noche oscura,
Dejando en pos la pavura
De una densa oscuridad
Pasaron esos instantes,
I vino luego el tormento:
¡Ilusion fué mi contento,
I el dolor fué realidad!

Dime, mi madre adorada,
Cuando meciste mi cuna:
¿No vertió lágrima alguna,
Tu material compasion?
Ai! si, lloraste al mirarme
Profundamente dormido,
Cuando un présago jemido
Exhaló mi corazon.

Lloraste, si, madre mia,
I una lágrima piadosa,
Surcando tu faz hermosa,
Pudo a mi seno venir.
Guárdola yo desde entónces,
Como reliquia del cielo,
Como lágrima de duelo,
Que mostró mi porvenir.

Buscaste dulce consuelo
Al despertarme propicia
Con esa tierna caricia
Que tu cariño me dió;
I al mirar que te pagaba
Con mi sonrisa inocente,
A tus faldas ledamente
Tu caridad me llevó

Mas disipar no pudiste
Tu sentimiento profundo
Al verme ya de este mundo
En el furioso huracan;
I apretándome en tu seno
Una vez i otra, esclamabas:
¡Ai mi hijito! i me besabas
Con afectuoso ademan.

Ah! cuanta razon tuviste,
Desde entónces, madre mia,
Tu cariño predecia
De mi vida el amargor.
I quien sabe si allá adentro
De tu pecho condolido
Encontraste en mi jemido
Un presájio de dolor.

Ai! si entónces conocido
Hubieras en tu ternura,
Cuan aciaga es la amargura
Que me vez ahora sufrir:
Con razon, mi dulce madre,
Conjurando al Hado impio
Dijeras: *Ai! hijo mio*
Mas te valiera morir.

III.

Ya la noche triste i fiera
La mitad de su carrera
Terminaba;
I en este enojoso mundo
Todo en silencio profundo
Reposaba.

Entre esa májica calma
Con que natura habla al alma
Parecia,
Que desde la inmensa altura
Una voz sagrada i pura
Me decia:

«¿Ves el sueño misterioso
«De que el mortal orgulloso
Hace gala?
«Es la imájen de la muerte
«Que asi al débil, como al fuerte,
Pronto iguala.

«Solo entónces no hai tristura,
«I termina la amargura
De esta vida:
«Mas allá vive la calma
«I esa dulce paz del alma
Tan querida.

«Los placeres de este mundo
«Son un piélago profundo

Sin bonanza,
«Donde el alma seducida
«Cada vez llora perdida
Su esperanza.

«Este mismo sueño breve
«Que el hombre a gozar se atreve
Es delirio:
«Es tregua de las pasiones
«A esta vida de ilusiones
I martirio.

«Todo duerme hasta el malvado
«De sus crímenes pagado,
¡Quién creyera!
«Duerme sin ver preparada,
«Pendiente sobre él la espada
Justiciera.

«Solo la madre virtuosa
«De sus hijos cuidadosa
Yace en vela;
«I su afecto reverente
«Es de la vida inocente
Centinela.

«¿Qué del hombre sucediera,
«Si a su lado no tuviera,
En su infancia,
«De una madre el dulce anhelo,
«Sus caricias, su consuelo,
Su constancia?»

IV.

Mas no que tambien velando
En su triste soledad,
Perdida la paz del alma
Un hijo infeliz está.

I en medio de la amargura
De su misera afliccion,
Al suspirar por su madre
Calma un tanto su dolor.

Ai! dulce suspiro mio:
Si el amor te hizo nacer,
Parte veloz ahora mismo
Donde mi mente se fué,

I dile al objeto amable
Que, dichoso, has de encontrar,
Que eres enviado del alma
Que jamas la olvidará.

I dile a mi madre amada,
Ocultando tu afliccion,
Que eres consuelo en su ausencia,
Que eres prenda de mi amor.

I dile si acaso llora,
Contemplándome infeliz:
¡Por Dios! que enjugue su llanto;
Que no lo vierta por mi.

Talvez sus lágrimas pias,
Agravando su pesar,
Me harán víctima infelice
De inconsolable horfandad.

Que ella es la luz de mis ojos,
El remedio en mi dolor,
El puerto de mi esperanza
La vida del corazon.

Que guarde su tierno llanto
Para un cercano pesar;
¡Quizá las puertas se me abren
De la inmensa eternidad!

Que una lágrima en mi tumba
Debo a sus ojos pedir;
Pero esa lágrima solo
Por el tiempo que viví.

Entretanto, madre mia,
Calme el cielo tu dolor,
Recordándote que sola
Quedas dueño de mi amor.

Todo hará la suerte fiera
Que me abruma sin piedad;
Pero no impedir que te ame:
Eso no, jamas podrá.

I a que conozcas te envío
Desde esta triste mansion,
«Un recuerdo» a tu memoria
I a tus caricias mi amor.

Abril de 1867. (Ibarra.)

J. M. N.

NATALIA.

(Traducido para *La Estrella de Chile* por R. B. G.)

CAPÍTULO I.

Un matrimonio por conveniencia.

El castillo de Longueil estaba de fiesta hacia cuatro dias.—Natalia de Longueil,

la heredera mas rica i, lo que vale mas, la mas espiritual, la mas amable, la mas piadosa, la mas encantadora niña de todo el pais, acababa de casarse con el baron de Noirval, rico i jóven tambien, i a quien la voz pública proclamaba cumplido caballero.

Al baile del *Wedding-day* habia sucedido un paseo en góndolas por este hermoso rio que da su nombre al departamento i serpea, por espacio de una legua en el inmenso parque de Longueil. En seguida, al dia siguiente, los numerosos convidados, dividiéndose en grupos, se habian desparramado por la campiña, disponiendo al efecto de cuanto carruaje i caballo habia en el castillo. Los aficionados a las escursiones pedestres habian cojido bastones i esploraban los frescos valles i las boscosas colinas que hacen de esa comarca el verdadero paraiso del paseante.

Era el cuarto dia; i cada cual, queriendo descansar, daba a sus escursiones menor estension. Solo dos o tres, colejiales intrépidos habian pasado los límites del parque cuyos parajes favoritos estaban ocupados por algunos de los huéspedes de M. Longueil. Bajo las deliciosas sombras de los árboles, en las hermosas avenidas, en los bancos hábilmente dispuestos para dominar desde ellos el curso del rio, en el salon en que cuatro aficionados jugaban un *wisht*, la felicidad de los recien desposados era el tema único de las conversaciones: «Juventud, belleza, fortuna, porvenir brillante i hermosas esperanzas ¿qué les falta? ¿No es verdad que el padre de Natalia i la madre de Edgardo pueden contar con haber asegurado, cuanto es humanamente posible hacerlo, la dicha de sus hijos?»

En medio de este gozo, un solo habitante de Longueil estaba pensativo. Despues de haberse paseado mucho tiempo en una calle solitaria que recorre toda la lonjitud de los muros del parque, volvió a paso precipitado, entró al cuarto que ocupaba en uno de los costados del castillo i sentándose delante de una mesa, se puso a escribir.

Su pluma corria rápida como el pensamiento i se veia que al escribir no hacia mas que dar forma a sentimientos ya desarrollados en su alma. Cuando hubo acabado, lanzó un profundo suspiro en que se adivinaban a la vez una intensa pena i la satisfaccion de haber compartido su peso con un corazon amigo.

Hé aquí lo que escribia a su amigo, Pablo Barré, el capitan de Longueil, hermano de la jóven esposa:

«Esperas quizas, querido Pablo, una descripcion detallada de las fiestas que he encontrado comenzadas, al llegar aquí.

«No me siento con valor para hacerte esa relacion. Mi carta se resume toda en una palabra que no me atrevo a proferir en alta voz, en una palabra que zumba sin cesar a mis oidos: es mui cruel para un hermano verse obligado a esclamar tres dias despues del matrimonio de su hermana: *¡Natalia ha hecho un mal casamiento!*

«Tú sabes que no se me ha consultado acerca de este matrimonio. Mi padre, que es sinembargo bueno i justo, no comprende la autoridad compartida. Nuestra pobre madre lo sabía demasiado, i capitan como soi, mi opinion no pesa mas aquí que la de un niño. Por otra parte, si se me hubiese consultado, si mi hermana hubiese podido (como lo deseaba, estoi seguro) pedirme mi parecer sobre su futuro cónyuje, desde léjos no habria podido dar otra opinion que la favorable. M. de Noirval pasa por un hombre cumplido; ha dejado una excelente reputacion en dos o tres ciudades que habitó cuando estaba en el 7.° de dragones, donde yo tambien he estado de guarnicion. Su posicion es bellísima, su fortuna magnífica; i su madre es el dios pequeño de la comarca.—Para confrontar esas primeras impresiones, para sentar un juicio, por poco motivado que fuese, habria necesitado yo ver con alguna frecuencia al novio de Natalia, conversar con él i adivinar el fondo de su alma en sus palabras, en la inflexion de su voz, en sus menores jestos, en la impresion que produjera en su semblante el aspecto o la relacion de un acto de abnegacion o de una cobardía.

«Nada de esto he podido hacer. Las exijencias de mi servicio me han retenido en Arjel ocho dias mas de lo que yo habia pensado. Nuestra travesía ha sido larga i penosa. Algunas horas de reposo indispensable en Marsella i los desbordamientos del Ródano, no me han permitido llegar a Longueil, a pesar de toda mi impaciencia sino un dia despues de hecho el matrimonio.

«Sentíame cuan favorablemente es posi-

ble dispuesto para con mi cuñado. Despues de haber estrechado entre mis brazos a mi padre i a mi hermana, dí a Edgardo un cordial apreton de manos i, acercándolo a mi, le dí tambien un beso.—«Querido hermano, le dije, nada amo mas en el mundo que a mi Natalia. Conozco que amaré con igual afecto al que va a hacerla tan feliz.»

«Edgardo balbuceó algunas palabras i quedé admirado de que de la plenitud de su felicidad no supiese sacar una palabra calorosa para responder a mis fraternales cariños.

«Una sospecha atravesó por mi mente. —Talvez Edgardo no era el hombre que convenia a mi hermana.—Talvez pertenecia a esa clase de hombres en cuyo corazon el interes ocupa el lugar de todas las demas cosas, dándoles a veces la apariencia de buen talento i buen corazon (por poco que valgan bajo uno i otro aspecto) para engañar a las niñas candorosas.—Lancé una mirada rápida sobre mi hermana i creí ver en sus miradas, al traves de una espresion de gozo i de ternura, como una vaga aprension de lo que yo mismo estaba sospechando.

«Talvez me engañé; talvez interpreté con una severidad mui injeniosa la respuesta embarazada de mi cuñado i las miradas de mi hermana. No me habia pasado a mi mismo muchas veces perder el tino en el momento en que las gracias de la espresion i de la oportunidad me habrian sido mas necesarias? ¿No podia haberle sucedido eso a Edgardo; i la emocion de mi hermana no estaba suficientemente esplicada por la contrariedad que la pobre habia debido sufrir por la turbacion de Edgardo?

«Por mas que procuraba raciocinar así, el golpe estaba dado; yo tenia la impresion de que mi cuñado era un hombre sin corazon ni talento, que no podia ménos, en una palabra, de hacer mui desgraciada a Natalia.—¡Ai! lo que yo he visto, lo que yo he oido en tres dias que estoi aquí, no es a propósito para disipar mi temores.

«He trabajado por combatirlos procurando a Edgardo la ocasion de lucir su intelijencia i su sensibilidad que yacian talvez en él, no en la superficie, como en muchos, sino escondidas en el fondo del alma.

«Se hacen paseos a los alrededores que son preciosos, como tú sabes. Cada uno a su manera se estasia en la contemplacion de esas bellezas de la naturaleza que hablan a las imajinaciones ménos poéticas un lenguaje tan conmovedor, tan misterioso.— Un condiscípulo de mi padre, comisario de Estado, hombre en apariencia rústico i grosero, no pudo ménos que espresar su admiracion cuando llegamos a la cumbre del cerro donde están las ruinas de la antigua torre de Longueil. Desde ese punto culminante, la vista domina todo el valle, sigue en todos sus caprichosos serpenteos al rio, descubre los hermosos campanarios de una o dos aldeas perdidos entre los árboles i, despues de haberse detenido en un horizonte lejano en que se confunden los trigos, las praderas, la gran selva i algunas ciudades, va a pararse en las cimas de los Vosges. Estaban esa tarde coronadas de nubes que la luna comenzaba a platear i los hacia semejarse así a los brillantes ventisqueros de los Alpes.

«Yo, que habito este pais desde mi infancia, no he podido subir una sola vez a *las ruinas* sin esperimentar un vivo sentimiento de gratitud hácia el Creador, sentimiento que se traducia unas veces en un profundo i relijioso silencio, otras en algunas palabras inflamadas. Jamas ninguno de nuestros visitadores habia llegado allí sin sentir esa mismo impresion. Edgardo fué el primero que miró con ojos tranquilos ese conmovedor espectáculo.

«Yo lo observaba cuando subiamos. Llevando del brazo a su novia, habia entablado conversacion con su vecino de la derecha, rico banquero parisiense, sobre el flujo i reflujo de la Bolsa.—Llegado a la cima, se calló el tiempo necesario para dejar que cada uno exhalára su arrebato; inmediatamente reanudó su disertacion sobre las primas i los intereses, como un hombre a quien solo la política ha obligado a interrumpirse.

—«¡Ah, amigo mio, dejemos, pues, esa Bolsa! esclamó mi hermana. ¿No podriamos hablar de otra cosa en presencia de estas obras de Dios?

—«Querida amiga, no soi poeta ni sentimental, respondió Edgardo.

«I el banquero, creyendo hacer una buena cosa, añadió:

—«Señora, vuestro marido es un hombre serio.

«Escuso referirte detalladamente todas

mis demas esperiencias. Hicimos algunas lecturas escojidas de entre lo que hai mas elevado por el sentimiento i mas esquisito por la espresion. Edgardo permaneció insensible; o sus reflexiones, si algunas hizo, descubrieron profunda inintelijencia para lo bello i triste indiferencia para lo bueno.—Conté algunos de esos rasgos de heróica abnegacion de que nuestros soldados de Africa dan cada dia ejemplo, casi sin sospecharlo, i cuya narracion, en boca de un misionero, habria arrancado lágrimas a un auditorio de salvajes o de facinerosos. Edgardo escuchó; su alma no oyó nada.—Lo vi maltratar a su perro con una fria crueldad, sin el menor pretesto.—Ni aun la condescendencia con su mujer lo indujo a ser simplemente humano con un pobre, en circunstancias en que el menor sentimiento de las conveniencias habria debido bastar para hacerlo jeneroso.

«He notado cuatro cosas, sinembargo, a las cuales Edgardo profesa una marcada ternura: la plata, el lujo, la buena comida i las comodidades. Esas cuatro cosas, sinembargo, no forman mas que una; es a si mismo i solo a si mismo a quien ama bajo esas diversas formas.

¡Si amara siquiera su intelijencia i su corazon!—¡Ai! no tiene intelijencia ni corazon. No quiero decir que sea un malvado o un imbécil. Tiene esa dósis de buen sentido que basta para las relaciones ordinarias de la sociedad, para la parte esterior de la vida, por decirlo así. Su capacidad seria suficiente para desempeñar cumplidamente cualquier oficio. Realzado sobre todo con doscientas mil libras de renta, deslumbra al vulgo, que lo cree de talento.—Pero el vulgo se equivoca miserablemente. Jamas ha salido de la boca de Edgardo palabra que le sea propia. Ninguna de la operaciones de la intelijencia es practicada ni siquiera apreciada por él. En todo aquello que no tiene relacion con el figurin de la moda i con esas frioleras actualidades de que se compone la vida de salon, su ignorancia es profunda i lo haria sonrojarse, si su increible vanidad no le persuadiese de que es tan instruido como intelijente. Jamas lee, si no es el diario o alguna novela de moda. La pintura i la música le son tan indiferentes como las bellezas del campo. No vé en sus viajes mas que una satisfaccion de su vanidad, un placer de hacer a los estranjeros tambien testigos de lo que puede su gran fortuna i el gusto de contar a sus amigos, que revientan de envidia, las fiestas espléndidas que ha dado en Florencia i la admiracion que dejó, el año último, en dos o tres ciudades de Alemania, por el tren magnífico del señor frances.

«Edgardo ha sido educado en Brugelette.—Pero han pasado desde entónces diez años; i me ha sido imposible sorprender en él nila sombra de un pensamiento relijioso. Su *infidelidad* se remonta talvez mas allá de su salida del colejio; porque en el colejio ya, i casi desde la infancia, estaba orgulloso por su fortuna i despreciaba a los pobres. ¿Cómo, con ese gusano roedor del orgullo, habria podido ser en él otra cosa que rutina o hipocresia, la relijion de la dulzura i la humildad?

«Todo lo que he visto durante estos tres dias, lo ha visto Natalia mejor que yo. Ella no me ha dicho nada, ni a mi ni a ninguno de los que la felicitaban por su matrimonio. Pero yo que soi su hermano i que la conozco como a la palma de mis manos desde la infancia, he leido en ella esa inefable angustia de una mujer que, allí donde habia esperado la dicha de toda su vida, entrevé una desdicha completa i sin remedio.

«¡Oh! tengo el alma desgarrada!—Pienso en todas las buenas prendas que tiene mi Natalia, en su esquisita piedad, en su amor entusiasta por todo lo que es bello, por todo lo que es bueno, en esa rara intelijencia, en ese corazon pronto a sacrificarse por cada uno de los que lo rodean, pero que parece reclamar, como su indispensable alimento, una ternura igual a la suya. Pienso en todo eso i miro el marido que se ha escojido para ella! Estoi todavia como deslumbrado; me pregunto cómo la perspicacia de mi padre ha podido engañarse tanto; cómo, Natalia misma no ha sabido discernir en su novio uno solo de los síntomas alarmantes que, despues de tres dias de matrimonio, aparecen tan terribles en su marido.

«¡Qué terrible cosa es un matrimonio por conveniencia! La fortuna, la posicion social, la edad están en armonía. Se supone que tambien habrá acuerdo entre los caractéres; por otra parte, las herencias se tocan i confundiéndolas, van a llegar a ser los dueños de la comarca. ¡Hé ahí lo que

decide a veces del porvenir de una jóven!

«Por lo que respecta especialmente a mi hermana, criada con hábitos de obediencia militar, ni siquiera le ocurrió la idea de resistir a la voluntad de su padre. Por otra parte, Edgardo que deseaba ardientemente ese matrimonio i a quien no ha dejado un instante el aguijon del interes, ha hecho una buena jugada. Sé, por las conversaciones que he oido que, ántes del matrimonio, afectaba cierta sensibilidad, mucho gusto por las conversaciones sólidas, se estasiaba como los demas con el canto de las aves i aun hacia frecuentes limosnas. La pobre Natalia, tan sencilla, apesar de todo su talento, tomó todo eso a lo serio; i, en estos dias, a medida que, con una cruel impudencia, el marido dejaba caer una parte de la máscara de que se habia cubierto el novio, yo notaba en las miradas de mi hermana una sorpresa igual a su dolor.

«Con todo, yo no comprendo la ceguera de mi padre i de Natalia sino como el resultado de una accion directa de la Providencia que queria reservar a mi pobre hermana esta terrible prueba.

«¡Oh, Dios mio, ya que imponeis la prueba, dad al mismo tiempo a Natalia el valor de soportarla como conviene a una valiente cristiana! ¡Qué cruel es, en lugar de pediros que bendigais su felicidad, pediros fuerzas i consuelo para un martirio que durará tanto como su vida!

«I ¿qué decir de los peligros que le esperan? Si mujeres perfectamente casadas, que encuentran en su interior todo lo que deberia bastarles para hacerlas felices, un marido amable, bueno, intelijente, piadoso, hijos encantadores, ejemplos domésticos de esa virtud sin mancha que sienta tan bien en los mas ricos como en los mas humildes; si tales mujeres, cristianas, caen con mas frecuencia de lo que se cree en tentaciones contra las cuales parece que todo las pone al abrigo, pero que ¡ai! van a buscar,—¿qué será de una mujer como Natalia, que no encontrará en su marido ninguna de esas cualidades que tenia derecho de esperar i que la hipocresia de su novio le habia hecho esperar; de una mujer toda corazon e imajinacion, que no verá a su lado mas que nulidad, terquedad; de una mujer en evidencia por su fortuna i por su posicion, i cuyo mal enlace no dejará de ser mui pronto conocido de todos! Porque o yo me engaño mucho o los defectos de Edgardo no harán mas que descubrirse i agravarse cada dia mas; i yo estrañaria que este marido, hoi nulo, no llegase a ser mañana, un marido neglijente i brutal,—i, ántes de mucho, un marido infiel.

«Sin duda la profunda piedad de Natalia me infunde esperanza; ninguna de las mujeres cuyas tristes caidas hemos visto tenia, en ese grado al ménos, esa preciosa salvaguardia. Pero, por otro lado, la gran sencillez de Natalia me asusta. Mi hermana no sabe pensar mal de nadie. Ahi está como prueba su matrimonio. Abandonada como no tardará en serlo, ¡cuántos se apresurarán a hacerla olvidar sus penas! I ¡quién sabe si, acojiendo con sencilla buena fé a alguno de sus consoladores que se ofrecerán a ella bajo el velo de la amistad, no dejará penetrar en su corazon consuelos demasiado vivos i una amistad sobrado tierna! Cuando descubra su error ¿no será demasiado tarde? Ellá no hará el mal, sin duda, pero el único bien que le queda, la paz de la conciencia, ¿no se comprometerá?

«Ruega a Dios, querido amigo, por mi pobre hermana.

«Todo tuyo de corazon,

Cárlos de Longueil.

«P. S. No te envio esta carta sino quince dias despues de escrita. He temido la precipitacion de mi primer juicio. ¡Ai! estas dos semanas no han hecho mas que confirmar mis impresiones en todas sus partes i trasformar mis sospechas en certidumbre. No tengo que cambiar una palabra en lo que precede.

Ya que sabemos orar, mi querido amigo, una vez mas, oremos, pues, por mi pobre hermana.

Vale.

C. de L.

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará).

LA SANGUIJUELA I EL CARNERO.

De un arroyuelo en la frondosa orilla
Llena de tierna i fresca yerbecillas

Un lucido carnero
Estaba una mañana de febrero,
Que, de sed acosado,
Al límpido raudal se habia acercado.
Llegó el pobre, i apénas
Pisaron sus pezuñas las arenas,
Su cornuda cabeza eleva al cielo,
Clamando con amargo desconsuelo:
—¡Oh Dioses inmortales,
Que me ofreceis a un tiempo tantos males!
Decid ¿en qué he pecado
Para haber vuestro enojo así probado?
¿Por qué en tan clara fuente
No puedo yo apagar mi sed ardiente?
¡Ah! dejad que este dia
Beba una sola vez, cual yo solia.
Esta plegaria tierna
Hubiera sido eterna,
A no haberla al instante interrumpido
Otro animal que todo lo habia oido;
I este animal, pues siempre hai quien se duela,
Era una compasiva sanguijuela,
Que, al oir su clamor tan lastimero,
Estas palabras dirijió al carnero:
—Señor cornitorcido,
¿Qué causa os mueve a dar tanto jemido?
Si la sed os apura,
¿No está aquí esta corriente fresca i pura?
A hartaros os convida:
Llegad, no os detengais por vuestra vida.
El carnero miróla atentamente,
I así le contestó mui dilijente:
—De buen grado lo hiciera,
Si un grande impedimento no tuviera;
Pero habeis de saber, señora mia,
Que por mi suerte impía
Me ha salido un tumor en el gaznate
Que sin duda ha de ser como un tomate,
I beber a mis anchas no me deja:
Ese es el mal, señora, que me aqueja.
—¿I por causa tan poca?....
Eso es, señor carnero, una bicoca,
La sanguijuela al punto le responde.
Si os quisiéreis curar, decidme dónde
Teneis ese tumor, que así os inquieta;
Pronto vuestra salud será completa.
Dejadme que le chupe,
I ese lugar de sangre os desocupe.
¡Vaya, pues está buena!
Si lo dejais os viene una gangrena.
El infeliz carnero convencido,
Viéndose con el mal tan abatido,
El hocico hasta el agua pronto inclina,
Diciéndole: aplicad la medecina.
La sanguijuela ansiosa
Por la lengua se sube presurosa,
I principia a chupar; pero chupaba
Léjos del sitio donde el mal estaba.
Luego que se vió llena
De la sangre mas pura de una vena,
Desprendióse inclemente,
I se perdió lijera en la corriente,
Dejando al infeliz por consecuencia
Con ménos sangre i con mayor dolencia.

¡Cuántos son, pobres pueblos, los traidores
Que prometen curar tus dolores,
La libertad augusta proclamando;
I luego, apostatando,
Si llegan al poder que ambicionaban,
Tu sangre chupan, tu dolor agravan!

ESTUDIOS SOBRE EL HOMBRE.

Sentadas al rededor de una mesilla de brasero, al calorífero mas agradable, mas cómodo, mas social de cuantos se han inventado, estaban reunidas una noche del pasado invierno varias amigas. Algunas hacian labor, otras miraban estampas i fotografías.

—Bien pudieras, dijo una de ellas a la dueño de la casa, leernos algo para entretenernos e impedirnos oir el monótono sonsonete de la lluvia.

—Con mucho gusto lo haré, Clara, contestó la interpelada, i cojiendo una *Revista* leyó el título de uno de los artículos, que decia: *La mujer*.

—Nó, nó, esclamaron todas, ese tema está empalagoso; busca otra cosa.

La interpelada soltó la *Revista* i desplegó un periódico. Leyó unas cuantas gacetillas i en una se anunciaba: *Estudios de la mujer*.

—¡Otra! esclamó Clara, que era una hermosa señora jóven, con mucho talento i mucho chiste andaluz. Dos traian ayer los diarios que recibimos en casa. Decididamente estos estudios van a absorber todo el tiempo i atencion de los jóvenes: los catedráticos de la universidad los deben prohibir; pero, añadió, lee, lee; veamos nuestra *vera effigies* salida de esos estudios.

La señora que conservaba el periódico en la mano, leyó lo que sigue:

«*Estudios sobre la mujer.*—La mujer compuesta de serpiente, de mona, de gata i de araña. Como araña teje su *coqueteria* i las redes en que nos prende; como serpiente, *muda de piel*, ya para tomar la de la oveja para atraernos, ya la del jerizo para desesperarnos; como la mona, *hace monadas*; i como gata *araña*.»

—¡Qué cosa mas bella, mas profunda i mas chistosa! esclamó Clara. No hai duda, los estudios han sido aprovechados! De la cabeza de Júpiter dicen que salió una Minerva; pero de la de este jóven estudioso ha salido un Salomon con todo su gran séquito de mujeres.

—Estos *Estudios*, opinó la dueño de la casa, son una imitacion e importacion de Francia, por lo cual no nos pintan como a españolas, sino como a *francesas de novelas*, pues de éstas sacan los datos para sus estudios. Aquí las mujeres no se prestan a que se devane nadie los sesos para estudiarlas. En nuestro pais, al salir los jóvenes al mundo o al entrar en la sociedad, con una emancipacion i decision que es de sentir, pero con un desinteres i buena fé que es de celebrar, se comprometen con el jóven por el que se sienten con decidida inclinacion. Si ese jóven no desagrada a sus padres, lo que no suele suceder a menudo (puesto que hasta el dia no han tenido los padres ambiciosas pretensiones en la eleccion de sus yernos, i han preferido la felicidad a la riqueza para sus hijas), consienten estas relaciones, que entónces se consolidan, concediendo las madres quizá demasiada franqueza i esclusivismo en las demostraciones del mutuo interes i preferencia a los amantes. Mas, en compensacion, esta excesiva induljencia evita el que, ya con esquelas i ya con otros amaños, burlen los novios la vijilancia materna, lo que es lo mas infame (no retiro la voz, la dejo en toda su crudeza) que puede hacer una hija, puesto que engañar a una madre encierra en sí todas las faltas. Falta de relijion, pues quien los engaña no honra a sus padres; lo es de corazon, que su mayor falta es la ingratitud; lo es de carácter, pues su mas odiosa falta es la falsedad; lo es de educacion, pues no hai cosa mas grosera, gansa i anticulta que esos engaños de camarera de teatro; i por último, es falta de dignidad, esa bellísima salvaguardia moral que, para mantenerse en su puesto elevado, otorgó Dios a la mujer al negarle la fuerza i enerjía que le dió al hombre.

Despues de casada la jóven, hai, a lo ménos en provincia, la costumbre de comer el pan de la boda....

—¡Pan de la boda! esclamó su hermosa amiga, ¿qué has dicho? ¡Qué ganseria! En las bodas no se come ya pan; se come miel como en los paises mas civilizados o mas golosos, i se dice la *luna de miel*.

—Bien está, repuso la dueño de casa; sea miel, aunque me gusta mas el decir pan, porque es mas sencillo, mas sólido i tiene el privilejio de no cansar nunca. La novia, pues, pasa ese tiempo en arreglar su casa, lucir sus galas de novia, recibir i devolver las visitas, hasta que se siente madre. Entónces por lo regular se acaba el mundo para ella, i hasta la vida, pues solo vive con la de sus hijos; los cria a sus pechos, los cuida, si bien no a la perfeccion, inculcándoles santos principios de relijion i de moral. Suele exajerar su bella mision de madre, ya con demasiado olvido de su propia persona, sometiéndose a los caprichos e impertinentes exijencias de sus hijos, ya con demasiados mimos. Este i no otro es, con pocas escepciones, el tipo de la mujer española, que sin muchos estudios puede conocer el hombre, porque está bastante patente ante sus ojos.

—Has dicho, repuso la hermosa señora a su amiga, una verdad de Pero Grullo; i cuenta que no es mi ánimo, al calificar así tu aserto, rebajarlo, sino encumbrarlo, porque hoi dia una verdad sencilla, dictada por la evidencia i el buen sentido, es una estrella en la noche: una verdad de Pero Grullo es cosa que por su antigüedad i rareza vale mas hoi que una momia de Ejipto, que un mosaico de Pompeya, que un zócalo de Nínive, que las coronas de Guazdamur.

—Pero esas verdades no las comprarian a peso de oro los franceses como aquéllas, repuso su amiga.

—Por mi, prosiguió la hermosa señora jóven, si supiese escribir i tuviese tiempo, el que siempre, como no ignoras, me falta para mis quehaceres, habia de escribir unos *Estudios sobre el hombre*, que serian algo mas exactos que los de ellos sobre la mujer.

—¿I qué dirias? preguntó su amiga sonriendo.

—¿Qué diria? Empezaria por declarar que

las Santas Escrituras habian cometido un gran error.

—¡Clara! ¡por Dios! no digas eso, que hasta dicho en broma es una irreverencia, observó una señora timorata.

—Es que no lo digo en broma, prosiguió Clara,—la Biblia no tiene la fé de erratas, que, si la tuviese, en ella habria consignado la errata que aludo.

—Mujer, ¡por Dios! ¿qué estás diciendo?

—La verdad.....Dice el Jénesis, que despues que Dios creó al hombre lo durmió i sacó una de sus costillas, con la cual hizo a la mujer: pues bien, la equivocacion está en haber puesto *costilla* en lugar de poner *corazon*, pues el corazon fué lo que le sacó el Señor para con él hacer a la mujer que es toda corazon, i el hombre que se quedó sin ninguno.

Le quedó un agujero que se llenó de gas, al cual las pasiones prenden fuego: el gas que mas predomina en aquellas cavidades es el que mas arde. Ahora tienen Udes. en pocas palabras la fisiolojía del hombre. Resultado: cuando por ambicion no se van a la guerra a matar hombres, se van por diversion al campo a matar animales, o a las plazas de toros a verlos matar. Son verdugos, carniceros, son escritores para zaherirse i periodistas para combatirse, son atroces, son crueles.

—Tú tambien lo estás con esos señores de la creacion, Clara, dijo la dueño de la casa; cualquiera al oirte pensaria que te ha hecho alguno de ellos desgraciada, i eres la mujer mas feliz del mundo.

—Eso es punto aparte, repuso la jóven señora. Hablo en jeneral i contesto a esos malévolos ataques que de continuo se nos hacen. No era asi en otros tiempos, pues dice mi madre que los hombres eran finos i galantes, i que decian que existian *corrientes eléctricas* que, sin que mediasen amores ni malas pasiones, atraian al sexo fuerte hácia su bella i débil mitad; pero ya vemos como desde que se ha inventado los telégrafos eléctricos, toda la electricidad la absorben ellos. Desde entónces i desde que no cultivan nuestro trato, se han vuelto fieros puercos espines, cuyas púas son cigarros encendidos en la tea de la discordia.

—¿Incluso tu marido?

—Nó; ése forma la escepcion de la regla.

—Pues, Clara, cada cual dice lo mismo del suyo, i hasta en eso les llevamos la ventaja: por mas que intentes formar una cruzada femenina contra estos *infieles*, no lo lograrás i sucederá siempre lo que sucedió en la ciudad de Weinsberg.

—¿I qué fué? Cuéntalo, pues, por mi: no he oido mentar a esa ciudad de nombre tan atravesado.

—Esa ciudad, cuyo nombre significa *monte de los viñedos*, fué asediada por el emperador Conrado III por los años de mil ochocientos i tantos, e hizo tal resistencia, que exasperado el emperador, mandó que se entrasen sus tropas al asalto, i sin perdonar a ninguno de sus moradores. Entónces las señoras mas bellas i principales de la ciudad se unieron para ir a implorar la clemencia del emperador; mas éste, que como hemos dicho, estaba mui exasperado, no quiso atender a sus ruegos, i únicamente concedió el que saliesen las mujeres ántes del asalto, llevándose sus alhajas de mas valor.

Las pobres señoras se volvieron desconsoladas. A la mañana siguiente se abrieron las puertas de la ciudad, i se hizo calle en el campo de los sitiadores para dejar paso a las desgraciadas, cargadas con sus alhajas de mas valor. Entónces aparecieron todas, llevando cada cual sobre sus hombros a su marido. Esta tierna estratajema conmovió a Conrado, que perdonó a todos.

—Clara, ¿hubieras tú llevado sobre tus hombros al tuyo?

—Aunque me hubiese aplastado, pues sabes es alto i grueso.

—Pues entónces, paz, paz, señores contrincantes, que me pareceis dos manos de un mismo cuerpo arañándose. Dios nos creó a unos i a otros para amarnos i formar la *familia*, para la que tan santas leyes de respeto (1), de amor (2) i de fidelidad (3) instituyó; pero no para que nos combatiésemos. Considere la mujer al hombre, aunque en su juventud sea una cabeza de chorlito, como lo que andando el tiempo será, esto es, una cabeza de casa sobre la que pesarán los destinos de su compañera i de su descendencia; i tengan presente los hombres que, cual en Weinsberg, tendrán en todas

---

(1) Honrar padre i madre.
(2) Todo lo abandonarás por seguir a tu marido.
(3) No desearéis la mujer ajena.

las desgracias i males de la vida los hombros de una mujer querida en que apoyarse.

FERNAN CABALLERO.

ADIOS

DEL COLEJIAL A LAS VACACIONES.

I.

¡Animo, niñas! Entonad cantares
Al Dios de los amores!
¡Tregua al trabajo, tregua a los pesares,
Un velo a los dolores!
Música, baile, canto i alegría
I embriagadora risa!
Ya llega la Cuaresma, llega el dia
Tremendo de Ceniza!

Soi colejial: vosotras todo el año
Teneis para el amor;
Yo solo un mes. ¡Cuán presto por mi daño
Pasóse engañador! ¡Niñas, piedad
Que del colejio el ceño
A un paso se divisa;
El estudiar sin tasa, el poco sueño
Se acercan con Ceniza!

Olvidad jenerosas al amante
De verano e invierno:
¿Quién mas fino es que el colejial constante?
¿Qué corazon mas tierno?
El colejial conténtase con poco,
Un *¡te amo!* lo electriza.
Decidlo, pues, i de entusiasmo loco
Me encontrará Ceniza.

Ya te escucho, criatura encantadora,
Comprendo tu mirada:
Sabrás lo que es estar por una hora
De un niño enamorada.
Corro a tu lado! Caballeros ¡paso!
No os inquieteis, Elisa
Dos horas va a ser mia ¡tiempo escaso!
¡Aguárdate, Ceniza!

Tendrá quince años, el vestido alto,
De todas ¿quién la iguala?
Mi corazon sospecha. ¡Ha dado un salto!....
Tambien es colejiala!
¿Me amas? Comprendo. Mi existir contigo
Rápido se desliza.

¡Animo, union! se acerca el enemigo
Miércoles de Ceniza!

Tú que sabes lo que es el dulce lecho
Dejar ántes del dia,
Sabes lo que es de un colejial el pecho.
Comprendes mi agonía....
No importa, ya no temo. Tú me inspiras,
Encantadora Elisa,
Un valor sobrehumano, de tus iras.
Me rio ya, Ceniza!

II.

Llegad, un rizo de tu negro pelo
Voi a llevar conmigo.
¡Invencion portentosa, hija del cielo,
Tijeras, yo os bendigo!
Cuando levante el profesor el grito
I me eche un buen raspon,
Miraré yo tu rizo de hito en hito
Con plácida emocion.

Apuntaré con él en mi Gramática
De la leccion la pájina
I hasta que demos fin a la Sintáxis
Lo mojarán mis lágrimas;
Aprenderé a contar con sus cabellos
En clase de Aritmética,
I en la clase de Física con ellos
Haré máquina eléctrica.

I si se atreve a interrumpir grosero
Mi meditar amante
El profesor i llévame el portero
Al encierro aterrante
I allí, solo, sin luz, sin alimento
Flaquea el corazon,
Me servirá tu rizo de tormento
De lumbre i colacion!

III.

La luz! el dia! miércoles! Ceniza!
Adios, hasta las otras vacaciones!....
Piensa en el pobre colejial, Elisa,
Cuando oigas de las monjas los sermones.

Abril de 1862.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(De *El Correo del Domingo*).

PROFECIAS.

Entre las profecías particulares tocantes a los últimos tiempos del mundo hai algunas mui notables.

«Hai que precaver a los lectores, dice le padre Enrique Ramière, contra dos tendencias comunes entre los cristianos, ámbas fuera de razon; la de los que, deseosos de conocer indiscretamente el porvenir, recojen toda clase de profecías i la de los que las desechan todas indistintamente.....

«Uno i otro estremo es un error. Las primeras merecen nuestro respeto por ser hechas por santos personajes i porque, examinadas por la Iglesia han sido aprobadas mas o ménos espresamente. Tal aprobacion no alcanza, es cierto, a hacer de ellas artículos de fé, pero basta para prestarles crédito sin imprudencia....Los Bolandistas dicen: «No hai que confundir las visiones i predicciones que no han sufrido exámen con las revelaciones de los santos. Que las visiones de las mujeres sean frecuentemente ilusiones de la fantasía, nadie lo sabe mejor que nosotros; pero tampoco deja de ser cierto que el espíritu de profecía no se ha acabado en la Iglesia i que place a Dios revelar sus secretos a algunos de sus siervos. La sabiduría exije, pues, hacer distincion entre los personajes que se dicen favorecidos con comunicaciones celestiales. Seria tan malo prestarles indiferentemente una fé ciega, como atribuir todas las predicciones al delirio de un cerebro enfermizo.»

* * *

San Malaquías nació en Armagh, Irlanda, en 1094. Fué abad de Benchor, obispo de Connor i arzobispo de Armagh, primado de Irlanda. Reformada su diócesis por su celo i ejemplo, renunció su arzobispado en 1135 i pasó a Francia: tres años despues se encerró en la abadía de Claraval i murió en brazos de su amigo San Bernardo.

Dejó una célebre profecía en que es fácil hallar alguna alusion verosímil al pais de los Papas, sus nombres, sus armas, su nacimiento, sus talentos, su título de cardenal, sus dignidades, sus padecimientos i los que los han perseguido. Algunas de estas denominaciones son notabilísimas por circunstancias raras i estraordinarias, como las de *peregrinus apostolicus* dada a Pio VI, *aquila rapax* a Pio VII i *crux de cruce* a Pio IX.

Trascribirémos la parte mas interesante para nosotros desde el núm. 95:

95. *Visus velox*, vista penetrante—Clemente XIV, 1769.

96. *Peregrinus apostolicus*, peregrino apostólico—Pio VI, 1775.

97. *Aquila rapax*, águila rampante—Pio VII, 1800.

98. *Canis et coluber*, el perro i la culebra—Leon XII, 1823.

99. *Vir religiosus*, varon relijioso—Pio VIII, 1829.

100. *De balneis Etruriæ*, de los baños de Etruria—Gregorio XVI, 1831.

101. *Crux de cruce*, cruz de cruz—Pio IX, 1846.

102. *Lumen in cœlo*, luz en el cielo.

103. *Ignis ardens*, fuego ardiente.

104. *Religio depopulata*, la rejion devastada.

105. *Fides intrepida*, fé intrépida.

106. *Pastor angelicus*, pastor anjélico.

107. *Pastor et nauta*, pastor i piloto.

108. *Flos florum*, flor de las flores.

109. *De medietate lunæ*, del medio de la luna.

110. *De labore solis*, del trabajo del sol.

111. *De gloria oliveæ*.

112. *In persecutione extrema sacræ romanæ Ecclesiæ, sedebit Petrus romanus qui pascet oves in multis tribulationibus; quibus transactis civitas septicollis diruetur et Judex tremendus judicabit populum.* — En la última persecucion de la Santa Iglesia romana, estará sentado Pedro Romano que apacentará las ovejas en medio de muchas tribulaciones. Despues de esto, la ciudad de las siete colinas será destruida i el juez tremendo juzgará al pueblo.

CHARADA.

Mi *todo*, tal barahunda
Formó con su esposa Marta,
Que casi *prima* i *segunda*
Lo miro, *tercera* i *cuarta*.

Contenido de este número.

I.—Rimas de D. Daniel Calvo, conclusion.
II.—A mi madre, poesía, por J. M. N.
III.—Natalia, por Eujenio de Margerie.
IV.—La sanguijuela i el carnero, poesía.
V.—Estudios sobre el hombre, por Fernan Caballero.
VI.—Adios del colejial a las vacaciones, poesía, por Zorobabel Rodriguez.
VII.—Profecías.
VIII.—Charada.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, febrero 26 de 1871. Núm. 178.

BIENVENIDA.

En el vapor que arribó a Valparaiso el 21 del corriente ha llegado nuestro amigo i antiguo colaborador el señor don Abdon Cifuentes.

La redaccion de *La Estrella de Chile* se hace un deber i un honor de enviarle el mas cordial saludo.

UN BUEN COLEJIO. (1)

Tenemos una buena nueva que anunciar especialmente a nuestros lectores i en jeneral a todos los que se interesan en Chile por el verdadero progreso de la educacion nacional.

Contamos con un buen colejio mas.

El antiguo i acreditado Colejio de San Luis, fundado i tan provechosamente rejido durante largos años por el que es hoi dignísimo obispo de la Serena, Sr. Orrego, despues de atravesar un período de verdadero eclipse, parece próximo a renovar su mejor época bajo la intelijente, entusiasta i esmerada direccion de nuestros amigos los señores don Gavino Vieytes i don José Antonio Perez.

Con el conocimiento que tenemos de los nuevos directores del Colejio de San Luis, de sus principios, sus ideas, su instruccion, su completa competencia, en una palabra, podemos asegurar que se llevará a cabo cumplidamente la necesaria reorganizacion que ellos prometen al público en el órden i enseñanza de su colejio.

Desde luego, son bien conocidas de la sociedad de Santiago las profundas convicciones relijiosas de los nuevos directores del Colejio de San Luis i son al mismo tiempo la mas sólida garantía para los padres de familia que desean para sus hijos una educacion católica.

Como profesores, no son ménos conocidos los señores Vieytes i Perez, que han enseñado por algun tiempo, el primero en la Academia Militar i el segundo en clases privadas. El profesorado con que cuentan, por otra parte, es escojido.

Se implantará en el colejio el órden mas severo. Se facilitará a los jóvenes el hacer su carrera con la mayor libertad posible, preparando a los que ásí lo deseen para rendir sus pruebas ante las comisiones del Instituto.

Habrá cursos completos de instruccion primaria, de humanidades, de matemáticas i un curso de estudios comerciales.

En una palabra, el colejio de San Luis merece plena confianza de parte del público.

Merece tambien de parte de él una decidida proteccion.

Alguien ha dicho que cada escuela que se abre es una cárcel que se cierra. Encontramos mui lato el axioma. Cada buena escuela habriamos dicho nosotros. Porque hai escuelas ¡ojalá no hubiera tantas! cuya apertura no importa la clausura de una cárcel sino tal vez la apertura de muchas.

Un buen colejio es una joya i como joya es raro i precioso. Los hombres de bien deben trabajar por su conservacion. Tenemos en Chile buenos colejios; pero no bastan, el colejio de San Luis, reorganizado, viene a llenar un gran vacío.

Como interesados por el adelanto bien entendido de la educacion del pais, nos congratulamos mui sinceramente de la reorganizacion del Colejio de San Luis i nos congratulamos doblemente porque ella va a llevarse a cabo por nuestro amigos Vieytes i Perez.

Felicitamos a los padres de familia católicos porque cuentan con un nuevo estableci-

(1) Con nuestro número pasado distribuimos a los lectores de *La Estrella de Chile* el prospecto que han publicado los nuevos directores del Colejio de San Luis, señores Vieytes i Perez.—Los EE.

miento al cual podrán confiar sin cuidado la educacion e instruccion de sus hijos i porque el colejio de San Luis será, no lo dudamos, un plantel que producirá jóvenes sólidamente instruidos i relijiosamente educados.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA PRIMERA ARRUGA.

IMPROVISACION QUE OBTUVO PREMIO EN EL LICEO DE MADRID.

Una vieja principiante
(Porque hai principiantes viejas)
Con el espejo delante
Se manoseaba el semblante
Desde la barba a las cejas;

I una cosita palpaba
Que otras veces no tenia
I la mano levantaba,
I miraba i remiraba
I una cosita veia.

I, como lo que acababa
De ver no le satisface,
Otra vez se remiraba
I otra vez se repalpaba
I la mano se deshace.

I siempre el mismo estorbillo
En el semblante encontrando,
Tomaba aqueste estribillo:
«No hai remedio, algun diablillo
Es el que me está tentando.»

¿Qué tendré yo en esta mano,
I qué tiene hoi este espejo?
Este cristal no está sano;
Le limpiaré.....pero en vano;
¡Vaya! El azogue era viejo!

¿Qué será? qué no será?
¡Por vida de mi fortuna!
Muhacha, chico, mamá
Quiten este mueble allá
I a ver si traen otra luna.

En esto acerté yo a entrar
Mas fresco que una lechuga;
—Señora, no hai que llorar,
Le dije, ni hai que dudar
Que ésa es la primera arruga.

—¡Arruga! oh, Dios! pero no
Pues que ¿soi yo tan jamona?
—Señora, le dije yo.
La arruga, si que salió;
Pero es arruga mui mona.

—Mona, nó, no puede ser
I de ello segura estoi
Usted se engaña, a mi ver.
Si no la tenia ayer,
¿Cómo la he de tener hoi?

—Señora, es que la vejez
Viene a pasos de tortuga
I a usted la llegó su vez,
I asi, persuádase usted
Que es arruga i mui arruga.

En mala hora le hablé yo
Con tan injenua franqueza,
Que la silla me tiró
I el espejo me arrojó
I me rompió la cabeza

—Pues entendido tendrás
(Ya que el dolor me ataruga)
Que lo que has de sentir mas
No es, nó, la primera arruga,
Si las que vienen detras.

MODESTO LAFUENTE.

NATALIA.

(Traducido para *La Estrella de Chile* por R. B. G.)

(Continuacion.)

CAPÍTULO II.

Un largo martirio.

El amor fraternal vé mui claro. El capitan no se habia engañado. Las fiestas de Longueil habian sido el prólogo de una de esas crueles comedias que se representan a menudo en el interior de nuestras casas i en las cuales casi siempre, en diferentes

grados, el marido es un verdugo i la mujer una víctima.

Cuando de parte de aquél las violencias tienen un carácter material que las hace justiciables por los tribunales, la separacion del cuerpo ofrece al ménos a la pobre mujer tristes consuelos.

Nada semejante hubo en la persecucion que Edgardo hacia sufrir a Natalia. Esta sondeó con su primera mirada el abismo sombrío i sin salida en que su matrimonio la habia precipitado. Estaba casada con un hipócrita, que, por obtener su mano, habia fingido cualidades que no tenia. Ninguna represion legal alcanza a castigar un abuso de confianza semejante; i el mundo mismo no tiene mas que sonrisas de lástima para la que, no encontrando en su marido ningun principio, ninguna idea, ningun gusto, ningun sentimiento análogo a los que su corazon encierra tiernos, nobles, delicados, busca o acepta solamente el título de *mujer no comprendida*.

Pero, si Edgardo hubiera tenido solo defectos, *faltas*, quizas habria sido posible resignarse a esa nulidad de intelijencia, a esa ausencia de corazon.—Pero esa nulidad se traducia en un empecinamiento, un aferramiento a sus propias ideas (tan estrechas i bajas como eran) que hacia desgraciados a cuantos le rodeaban. Esa falta de corazon, era el egoismo, un egoismo insaciable, que, no contento con menospreciar i aborrecer a todo el jénero humano, se amaba a sí mismo con un amor inmenso i llegaba *per fas et nefas* a la consecucion de su mas mínimo capricho.

En el fondo, era ésa una naturaleza salvaje, tan solo revestida de un barniz de civilizacion i de elegancia. Esa cáscara fina engañaba al vulgo, pero, para un ojo un tanto ejercitado, hacia a Edgardo mil veces mas repelente que al samoyedo o al cafre mas auténtico; ni mas ni ménos que ciertos medicamentos que recien llegan al paladar dan un sabor dulce mucho mas repugnante que si se hubiesen presentado desde el primer momento con su gusto nativo.

Jamas negó, en público o delante del último de los criados, M. de Noirval a su señora nada de aquello que en materia de consideraciones debe un hombre cumplido a su mujer. Ella gobernaba la casa como mejor le parecia, tenia una considerable pension, un rico departamento, tantos caballos cuantos queria i un crédito ilimitado para sus placeres, sus viajes i la educacion de sus hijos.

Cuando Natalia parecia triste o se atrevia en el primer tiempo a reclamar la dicha que ella habia esperado encontrar casándose, Edgardo la trataba de mujer novelesca, le preguntaba qué cosa le hacia falta, si su ajuar necesitaba renovarse otra vez. La desfachatez con que él se justificaba así cerraba la boca a Natalia. ¿Para qué pedir a su marido lo que su marido no podia darle, la ternura del alma i la felicidad interior? Edgardo no habia amado jamas a nadie sino a sí mismo i miraba con mucha seriedad a la costurera, a la modista, al tapicero, al joyero i al carrocero como los seres destinados por el cielo para hacer feliz a una mujer a quien su marido amaba lo bastante para no negarle una buena parte de la fortuna que ella misma habia traido.

Hai sin duda muchas mujeres que habrian aceptado un estado de cosas semejante. Al noble corazon de Natalia le repugnaba. No eran las satisfacciones del lujo i de la vanidad las que ella habia ido a buscar al matrimonio. Queria el afecto de su marido. Queria consagrarse toda entera a un ser que le pagara con un tanto de correspondencia.—Veia que ese afecto que soñaba, no lo tendria jamas; que Edgardo era tan incapaz de apreciar el amor de que era objeto como de amar a álguien o alguna cosa; que los negocios, el dinero, el campo i las trufas, la gloria de un caballo vencedor en las carreras de la Marche o de Chantilly, que todo eso podia hacer la felicidad de Edgardo; que, a lo sumo, sentiria su vanidad agradablemente halagada oyendo alabar en un salon la belleza, el talento, las gracias, los ricos trajes de su mujer; pero que su mujer no era ni seria jamas para él mas que como sus jockeys, la ocasion de un triunfo i no el objeto de un afecto. ¿Por ventura amaba él a sus jockeys? ¿Por qué habia de amar entónces a su mujer?

¿Qué diré de las cartas anónimas que comenzaron a llover sobre Natalia, pocos dias despues de su matrimonio, poniendo en su noticia en los términos ménos medidos qué relaciones vergonzosas habia abandonado Edgardo para hacerle la corte? Natalia despreció esos miserables denuncios, que podian mui bien ser calumnias, male-

dicencia. Pero por mas que cerraba sus ojos a la evidencia i sus oidos a los murmullos de la opinion, esos murmullos crecian cada dia mas i le hacian saber que su marido renovaba el escándalo de sus antiguas intrigas,—i eso, ménos al impulso de la pasion, que por seguir hasta en sus mas deplorables exijencias, los caprichos de la moda!

Hai dolores que el tiempo mitiga. Hai otros, por el contrario, que parece que con la prolongacion, adquieren una punta mas penetrante e inflijen al alma torturas cada dia mas insoportables.—Indudablemente, la pérdida de nuestros bienes puede sernos sensible; la muerte de un ser querido, a cuya alma parecia la nuestra encadenada con vínculos mas fuertes que la muerte, sin duda esa pérdida parece no admitir consuelo i que la felicidad no puede habitar ya en un corazon tan desgarrado. Sinembargo, poco a poco la herida se hace ménos sensible; se piensa ménos en ella i uno se distrae mas a menudo. Los hábitos de nuestra vida se organizan fuera de ese ser que ántes era su centro; i si la dicha no vuelve, al ménos alguna dulzura se mezcla a la amargura de nuestro dolor.

Mui de otro modo pasa con aquellas penas cuyo objeto está siempre presente, con esas heridas siempre abiertas i en las cuales el hierro se revuelve sin cesar, como para impedir que jamas se amortigüe el dolor.

Cada dia, veia Natalia traducirse en palabras i en actos (de los cuales, sinembargo, apénas tenia conciencia), el aislamiento moral en que Edgardo la abandonaba, el incurable egoismo de ese hombre que ella procuraba, a pesar de todo, amar i respetar, i la absoluta indiferencia que profesaba por todas las cosas en las cuales solo ella reconocia una verdadera importancia.

En medio de esas penas, tanto mas amargas cuanto mas tiempo temió ella confiarlas a sus mejores amigas, la señora de Noirval habia sido dos veces madre.

Su hija i su hijo fueron al principio para ella un consuelo, el único consuelo, hablando propiamente, que habia esperimentado desde la funesta hora de su matrimonio. Desde que crecieron i que fué menester dar principio a su educacion, se puede decir que causaron a Natalia mas cuidados que goces. No eran de carácter discolo; sus almas, como sus rostros anjélicos, parecian fundidos en el alma i en el rostro de su madre. Pero Edgardo era un estorbo perpétuo para su educacion.

Mui niños todavía, los habia alejado de él lo mas posible, temiendo igualmente por sus nervios su llanto i sus gritos de alegria. Mas tarde, i cuando comenzaron a balbucear, Edgardo se divertia con ellos como con juguetes. Su gallardía i naciente intelijencia, (que le habian heredado a él, segun decia) eran para ese deplorable padre, una ocasion perpétua de lisonjear su amor propio con elojios, de hacer nacer entre ellos una rivalidad que, en seres ménos bien nacidos, habría muerto para siempre al amor fraternal. En una palabra, miéntras que la madre se dedicaba a cultivar en ese precioso terreno los jérmenes de bien que la Providencia habia depositado allí, el amor al deber i al trabajo, el amor a Dios, a los padres, a los compañeros, la compasion con los pobres, todos esos sentimientos que constituyen a un tiempo al hombre de bien i al cristiano i cuyo cultivo nunca puede ser mui anticipado, Edgardo, ya fuese arrastrado por un espíritu de contradiccion comun en las jentes de mal humor, o cediendo simplemente a la triste tendencia de su carácter malo i lijero, parecia complacerse en destruir la obra de su mujer. Lo que le gustaba desarrollar en sus hijos era sus malos instintos; los excitaba a disputar, a atormentar a los animales, a resistir a su aya i a su madre. No se guardaba de hablar delante de ellos con desprecio de las cosas santas, con indiferencia de los pobres. Les habria enseñado a jurar si, sacada fuera de su dulzura ordinaria por el vehemente sentimiento del deber, no hubiese estorbado Natalia con su firmeza ese sacrílego intento.

Natalia tenia, pues, la tarea de desarmar las mas furiosas cóleras, de premunir a sus hijos, sin que se apercibiesen de ello, contra las malas influencias que resultaban para ellos de las palabras, los ejemplos i la actitud de su padre, i al mismo tiempo de educarlos en el amor i el respeto de ese padre que ella no amaba sino por deber i que no podia ménos de despreciar.

En la infancia de Sabina i de Mauricio, esa tarea era todavía practicable. Pero, a medida que sus intelijencias se desarrolla-

ban, la obra de Natalia se hizo de dia en dia mas difícil. Esos niños apreciaban perfectamente, al traves de algunas embusteras apariencias, todos los sufrimientos que ocasionaba Edgardo a su madre. Natalia conocia toda la indignacion que la conducta de M. Noirval producia en esos tiernos corazones i todo el trabajo que les costaba comprender, apesar de las caricias con que él los colmaba, que debieran ellos amar a aquél que tanto hacia sufrir a su madre.

Edgardo acabó por conocerlo tambien. —Hubo entónces durezas i violencias que aumentaron no poco las penas de la pobre madre.

¿Para qué prolongar esta triste historia? Las que han pasado por esas angustias han conservado de ellas un recuerdo que habla mas alto que todas nuestras palabras; en cuanto a las demas, es fuerza desesperar de poder pintarles un martirio cuyas torturas no se comprenden sin esperimentarlas.

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará).

¡MALDITA CAMPANA!

(LETRILLA)

¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Despues de noche lluviosa
De invierno, por la mañana
Cuando tan dulce es el lecho,
I cuando la brisa helada
Corre mas fria, si aun cabe,
De ira se llena mi alma
Si oigo tu tañido aleve
I entónces el labio exclama:
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Tú cual sombra maldecida
Mis placeres acibaras,
I los momentos que gozo
De la amistad en la holganza
I cuando he logrado apénas
Olvidarte, cruel fantasma,
Ya está de nuevo sonando,
I así el corazon quebrantas.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Para que mi pena aumente
I tú mas récio sonaras,
Al pié te han puesto unos héroes
¡Pedazos de tronco de haya! (1)
Capaces de hacer sonar
La famosa toledana;
¿I tú en cantar te complaces
Cuando mas tosco te tratan!
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

¡Cuántas veces conversando
En dulce solaz me hallaba
Con un amigo a quien amo
I me es grata su compañía,
Cual a los prados la lluvia,
De envidia sonaste airada
I en tu tañido dijiste:
«Silencio i a estudio vayan!»
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

¿I quien oir podrá tranquilo
I con alma sosegada,
En los dias de salida,
Los aullidos con que llamas
A mudarse i al estudio;
Despues que ese dia el alma
Respirar gozosa puede
De la libertad el aura?
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Cuando repasar no puedo
La leccion por ser.....*mui larga*,
I las consabidas coplas
De todos los dias, cantas
A las siete o siete i cuatro,
I dice que ya de darla
Es hora i que me apresure,
Mi pecho un suspiro exhala.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

¿Quién la cólera refrena
Cuando a las once nos mandas
A oir, cual estraña cosa,
O del ingles las pavadas

(1) Alude a los colejiales; encargados de tocar la campana, de grande estatura i corpulencia.

O del frances las rarezas?
¡Oh campana! que mal hagas
Que a aprender el *en* i el *u*
Nos condenas despiadada.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Ojalá que de esa altura
En que te hallas colocada
En mil pedazos al suelo
I mas abajo te caigas;
I allí con mano de hierro
Te metan en una caja
I en un barquillo de vela
Te llevan hasta la Arabia.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Ojalá que este tu viaje
Dure cincuenta semanas,
I que en medio los desiertos
Un hondo pozo cabaran
De ciento veinte o doscientas,
I si cabe, de mil varas;
I en él con grotescos modos
Te entierren ¡ah! con infamia.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

I si fuera tal mi dicha
Que te vieras sepultada
En el centro de la tierra,
El fuego que en sus entrañas
Voraz encierra i mantiene
Te consuma con sus llamas,
De suerte que a ménos cero
Te reduzca con su rabia.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

I si alguna sucederte
Pretendiera descarada
En el mando ignominioso,
Le pase lo que a la *Eulalia*
Le sucedió en Barcelona,
Segun nos dice la fama,
Que salia una vez rota
I mas de cuatro sin asa.
¡Quién rota te viera,
Maldita campana!

Santa Fé, 9 de enero de 1871.

GENARO C. SILVA.

LA LOCA.

Antes de entrar en cuestion os voi a hacer una pregunta, pacientísimo lector, (que tal os supongo) para que juzgueis de la impresion que hizo i aun hace en mi alma, lo que relataros intento: ¿habeis tenido en medio de vuestro tranquilo sueño una de esas pesadillas que solo el infierno puede inspirar? Decidmelo con franqueza: ¿las habeis tenido? Si vuestra inocencia, o de tejas para abajo, si el estado de vuestro estómago os ha librado de tal suplicio, oid la que os voi a contar, i oidla con cuidado, pues la tuve tan despierto como, a Dios gracias, estoi ahora, i fué tan real i positiva como es real i positivo que vos me estais leyendo i no sabeis a donde voi.

Para no comenzar como novelista, no diré que era la tarde ni la mañana, ni que el cielo arrebolado por el moribundo sol doraba los prados, ni que la aurora con sus rosados tintes daba vida a las flores i las hacia exhalar dulcísimos aromas; nada de esto: era un dia como todos, el sol el mismo de siempre, i tan frio, perezoso i encapotado como es el sol que alumbra nuestros páramos; i la brisa, no esa brisa que los poetas reciben del templado Parnaso, sino la húmeda, penetrante i antipática de nuestras montañas, silbaba con tal fuerza, que por un milagro no estoi al presente mas sordo que un tesorero a los quejidos de los hambrientos pensionados.

Yo i mi criado montados en sendas mulas, que a decir verdad no eran mas atentas a nuestras espuelas que un juez de nuestros dias a los aguijonazos de su conciencia, pasábamos por las solitarias crestas de los cerros que encierran el pequeño valle de Guatavita. Yo iba preocupado con el objeto de mi viaje, i mi criado con unas tantas copas de aguardiente que a hurtadillas se habia bebido en el último ventorrillo que habiamos dejado: él un rato cantaba i otro me hacia importunas preguntas, i yo paciente tanto por lo pensativo que estaba, como por el respeto que en el dia se debe a nuestros republicanos criados, le contestaba con monosílabos, o con mi silencio le indicaba que no queria oirle. Asi ibamos subiendo i bajando cerros, cuando divisamos a nuestro frente en un declivio una gran labranza de maiz i en el centro unas tantas ahumadas chozas. ¡Allí es! es-

clamó mi criado con alegría. ¡I están de funcion! Esto último lo dijo con tal entusiasmo, que bien se dejaba ver el contento que le causaba la idea de ir a sudar en bullicioso baile el licor que ardia en su cerebro.

Pero quiso su perra estrella que al llegar nosotros a la cerca de palos que rodea la casa, nos encontrásemos con lo que él llamaba funcion, i que, como dicen vulgarmente, *se iba con la música a otra parte*. En efecto, allí habian alquilado el cadáver de un niño muerto en la estancia vecina para bailarlo: hacia tres dias que estaban en la orjia mas bárbara, i ya corrompido el cadáver, habian resuelto llevarlo al cementerio de la parroquia.

Al llegar nosotros al patio, formado por unas seis casas pajizas, negras i tan bajas que para entrar en ellas tendrian que agacharse hasta muchos hombrecidos que por mi mal conozco, nos encontramos a unos tantos hombres que con el semblante desencajado tenian aun en los labios la sonrisa de la orjia; uno de ellos, que seguramente era el mas conspicuo, nos dijo con galantería: *Prosigan, mis dotores, i desmónteasen vustedes. Seguramente* vienen a que los *medecine* el *dotor* Chapeton.

Sin dar tiempo a que yo le replicase, continuó dirijiéndose a la de la mejor de las casas:

Aquí están dos señores a que los *medecine*.

—¡Que *dentren*! dijo desde adentro una voz ronca; i al momento se presentó un individuo de alta talla, color achocolatado, con una nube blanca en uno de los ojos i mirada asaz bellaca. Tenia envuelta la cabeza en un pañuelo de *rabo de gallo*, i largos i ásperos aladares le cubrian las sienes....

Al vernos nos dijo con cierto airecillo de burla: ¿con que *vustedes* vienen en busca de *yo*, no? Hacen mui bien, pues soi el mejor *facultativo* que hai. *Vustedes* no son los primeros que vienen de Santafé a buscar al *dotor* Chapeton. Pero *prosigan* i *siéntensen* miéntras acabo de recetar al hijo del alcalde.

Viendo que con esto conseguia el objeto de mi viaje, que era conocerle, i mas que todo verle recetar, gustoso acepté el ofrecimiento, i entré a su despacho. A consecuencia de lo angosto de las puertas i de no haber ventana alguna, era tan oscuro que al principio me quedé tan ciego como si hubiera entrado al limbo; pero, despues de algunos momentos, mi vista funcionaba bien i pude observar lo que allí habia: al frente de la puerta estaba la mesa con los objetos mas raros i hetereojéneos: una estátua de San Antonio al lado de una botella de aguardiente, un elefante de yeso junto a un rejo de enlazar i a unos tantos frascos llenos de menjurges, i mil otras cosas que callo en obsequio de la discrecion; pero ninguna me llamó tanto la atencion como los libros: Dioscórides traducido por Laguna en gran pergamino amarillo i con las puntas de las ojas envueltas; los aforismos de Hipócrates, un tomo del *Instructor*, i el segundo de una obra, que ahora no recuerdo, de Martin Martinez. Al ver el ladino Chapeton que yo me fijaba en sus libros, dejó de dictarle a un pobre i tímido muchacho que con reverencia le servia de amanuense, i me dijo con satisfaccion:

Así como *vusté* me vé no soi tan bruto: esas obras i otras tantas me las sé de memoria. I queriendo hacer alarde de su vasta erudicion, me hizo una digresion sobre la medicina, tan indijesta i bestial como muchas de las que he oido a muchos de los que pasan por sabios.

Una hora habia corrido desde mi llegada, i tanto porque se callara como por conocer su establecimiento de locos, le interrumpí poniéndome de pié: «Usted me perdonará que le interrumpa, pero es tarde i tengo que volverme; he venido solo a conocer a usted i su establecimiento, pues su fama como médico es inmensa, i salí de Bogotá solo por persuadirme de lo que de usted dicen.»

—¿Con que por allí hablan de *yo*? I qué dicen los *dotores*? Dirán que soi un bruto, pero bruto o no bruto curo mucha jente i mi casa no se desocupa de *enjermos*; *pues* yo aplico la *medecina* como se debe. I si nó vengan i verán mis locos i diganme si en Santa Fé los reponen mas pronto.

Debo advertir para descargo de mi conciencia de narrador i por via de paréntesis i para mejor conocimiento de esta cuasi inventada historia, que el tal facultativo sabe poco de puntuacion en sus discursos, la que suple, principalmente los puntos finales, con saborcados tragos de licor, lo que hace que las mas veces no sean sus aplicaciones i recetas mui acertadas.

Olvidando que estaba recetando, me to-

ma de la mano, me saca de su gabinete médico, me lleva a una parte del patio que yo no habia visto al entrar i me dice: aquí están mis locos.

Sí, allí estaban. I¡oh gran Dios, cómo estaban! A seis gruesas estacas bien hincadas en tierra habia seis infelices amarrados, cada cual a la suya, con mas crueldad que Prometeo a la roca, i me dispensarán mis lectores la novedad de la comparacion.

Así como vieron los locos que nos acercábamos a ellos, unos nos miraban con horror i hacian esfuerzos por romper las ligaduras i huir, i otros, cual rabiosos novillos, se querian arrojar sobre nosotros.

—Hoi les toca estar bravos, por la luna, me dijo Chapeton, pero a la tarde estarán ya mansitos. Al oir esto, todos los locos temblaron de terror. Yo tambien sentí miedo sin saber por qué, i eso que entónces estaba mas cuerdo que ahora.

—A mí no hai *quien* se me resista, continuó mi médico: vea *dotor*, aquel primero: *pus* ése era el mismo diablo; ni todos los de su pueblo podian contenerlo por la *juerza* que tenia. Hace un mes que está aquí i hoi no tiene mas *juerza* que él una mujer. Conmigo no hai aleluyas.

—¿I cómo hace usted para curarlos tan pronto? le pregunté.

—Aunque esto es mi secreto, he *sempatizado con usté* i voi a contárselo: apénas me los traen les pongo esa *cachupina* de costal i los amarro a un *bramadero* a sol i agua; les doi dos sangrías diarias, poco que comer i cincuenta azotes al amanecer. Ademas les hago sorber por las narices con frecuencia mis polvos estupendos de canela, clavo i cal para que se les *juiga* la locura.

Miéntras me hacia esta relacion yo me fijaba en los locos, i al verlos tan cadavéricos i estenuados, me convencí de que era verdad lo que oia. Creo que ni en el infierno se verá un cuadro mas aterrador que el que presentaban esos seis infelices atados i sin movimiento alguno. Pero aun me faltaba lo mas terrible.

—El *dotor* debe ser amigo de las mujeres, segun le he conocido en los ojos, i voi a llevarlo a que vea una que no sería tan *cualquer* cosa.

Verdaderamente, tras de la casa, atada al tronco de un cerezo i desnuda, estaba una mujer como de catorce años, con la negra i abundante cabellera desordenada; sus ojos, mas brillantes que los de una ingrata a quien quise yo en un tiempo, semejaban con la palidez del semblante a la estrella matutina circundada de albas nubes. Tan pronto como ella me vió, bajó los ojos al suelo i el suave tinte del pudor cruzó por sus mejillas.

—I así como *usté* la vé es perrita. En su casa por un tris vuelve loco a todos.

La loca levantó los ojos i miró con furia al médico.

—No te tengo miedo, le dijo éste sonriendo: esta tarde me mirarás de otro modo.

—¡Oh Dios santo! esclamó la loca. Cuánta desgracia! i llorando volvió a inclinar la cabeza.

—Con mis remedios ántes de quince dias podrán llevarla a su casa.

—¿Llevarme a casa? Nó, nó! Acábeme mas bien de matar....mas bien quiero morir que volver a ver a los que tanto me han hecho padecer!

Con tal espresion dijo estas palabras, que pude comprender con facilidad que su locura tenia algun misterio; i queriendo descubrirlo me le acerqué; mas ella al verme junto, me dijo con afan: retírese usted: mire que estoi desnuda, e hizo un jesto de desesperacion.

Para que el pudor exista se necesita que el corazon i la cabeza estén sanos: ni una loca ni una prostituta hacen caso de él: esto vino a convencerme de la sospecha que ya tenia. Quitándome con prontitud la ruana i cubriéndola con presteza, la dije afablemente: ya está usted cubierta: de mí no tema nada, porque soi caballero i mas que todo me he interesado por su suerte: cuénteme su desgracia que yo podré serle útil.

La loca me miró con sorpresa como si fuera mentira lo que oia; mas yo volví a hablarla con mas ternura que ántes, i entónces convencida de lo que le decia, volvió a mirarme con esa dulce sonrisa de los desgraciados cuando encuentran quien se duela de ellos, i con alegría me dijo:

—¿Con que usted se interesa por mí? Oh, qué dicha!....Dicen que estoi loca, mas le juro por Dios que estoi mas sana que nadie. ¡Loca yo, cuando comprendo lo que me pasa i saboreo uno a uno los tormentos con que se han propuesto matarme! No estoi loca! créame usted.

El *dotor* Chapeton que a mis espaldas la

contemplaba, acercándoseme me dijo: por ahí le ha dado la locura: se le ha metido que está mas *güena* que yo. *Usté* no le haga caso, que es el loco que me va a costar mas trabajo *pa* curar.

—Caballero, ya que el cielo me lo ha traido, compadézcase de mí! Mire usted: se han propuesto matarme i este hombre es el verdugo que han escojido para conseguirlo. Si, por Dios, compadézcase de mí i sálveme, que yo le mostraré mi gratitud sirviéndole hasta de criada.

De tal modo se traslucia en su espresion la sinceridad de sus palabras i lo cuerdo de su juicio, que enternecido, volvíme al médico i le dije:

—Esta mujer no está loca, i yo impediré que usted la siga tratando así.

—Qué no está loca? Está loquísima. Se conoce que *usté* no sabe de esto.

Perplejo quise interrumpirle para defenderla, pero él continuó:

—Si *usté quere* convencerse, voi hacerle la *esperencia*; i fuese precipitadamente para su despacho. Miéntras volvia, la loca me dijo con impaciencia:

—No le crea usted: es un farsante que quiere engañarle como engaña a los campesinos. Convénzase de que no estoi loca: pregúnteme cualquier cosa para probar mi juicio. Ah! despues de tantos dias de sufrir con los medicamentos de este hombre, podria estar loca ya, pero apesar de todo me creo con mas juicio que nunca. Y como temiendo que el médico fuera a convencerme, continuó con mas vehemencia: acérquese usted i tómeme el pulso i examíne si encuentra el menor vestijio de locura.....

Ahí llegaba cuando Chapeton hizo sonar un destemplado violin: volví la cara a ver de donde salia tan raro sonido, i con sorpresa ví que amedida que tocaba, una gallinaza revoloteaba sobre su cabeza.

—*Ora i verá, dotor*, como mi sabio dice si está *deschavetada* o nó; dijo al acercárseme con aire de triunfo. I poniéndose al frente de la loca, comenzó a tocar en su sucio instrumento una chillona sonata, i me dijo sin interrumpir:

—Si mi *chulo á lo que* yo le toque se para en mis hombros i aletea, está loca i loquísima.

La loca miéntras tanto temblaba de furia.

Apénas habia acabado de hablar el facultativo la gallinaza se le posó en el hombro i al compas de la música batia las alas.

—Ya lo vé. Esta es mi mejor señal: cuando el *chulo* no baila está *güeno* el *enjermo*.

—No sea malvado! le interrumpió la loca. Ese animal no hace lo que ha hecho sino cuando le tocan lo que usted ha tocado! I volviéndose a mí, continuó:

—Usted es de Bogotá i no se debe dejar engañar por este hombre que alucina a tanta jente. No le crea: él es el instrumento que han escojido para matarme! I si usted no me saca por caridad de aquí, lo conseguirán pronto, si, mui pronto!

Enternecido al ver esta mujer tan bella cuanto desesperada, i comprendiendo que era víctima de alguna trama diabólica, la dije:

—Repito a usted que yo la salvo, i dirijiéndome al médico le supliqué que me la dejara traer a Bogotá. Si está loca, le agregué, la pondré en San Juan de Dios i si no en casa tendrá un asilo.

—*Imposible*. El que me la *trujo* me dijo que la tuviera bien agarrada, porque si no se *juiria* i volveria a dar fraterna allá.

—Yo respondo.

—Ademas me dieron diez pesos.

—Tómelos usted.

—Pero.....

—Si, si, recíbalos, esclamó la loca con alegria i como queriendo desasirse del tronco para obligarle.

—*Güeno*, pues.

—Oh! que dicha! prorrumpió la infeliz con el mayor contento.

—Pero no puede llevársela hasta que esté escuro *pa* que no la vean; *pus* yo diré que de la noche a la mañana se *juyó*. I tampoco hai que soltarla hasta entónces.

Qué bien se pintaba la felicidad en el semblante de la loca. Talvez mortal ninguno ha sentido tanto placer, como esta desventurada en estos momentos. Una i mil veces me regraciaba con las palabras mas tiernas, i una i mil me miraba con los ojos preñados de lágrimas, con esa mirada que solo la gratitud puede tener.

Una vez arreglado con mi estravagante doctor, mandé a mi criado al lugar de donde habia salido, a pedirle a la bondadosa dueña de casa un vestido para mujer i una montura, i ademas que preparara

una abundante cena para una señora i para mi.

La hija que despues de una larga i penosa ausencia encuentra a su idolatrado padre, no se siente tan feliz como la pobre loca cuando persuadida de su libertad me vé a su lado; yo tambien por mi parte, con esa satisfaccion que tiene el alma cuando hace una accion noble, la contemplaba con ternura i complacido oia las alabanzas de gratitud que me prodigaba.

El sol rojeante se escondia tras de las ramas del bosque, cuando la loca, repitiendo lo que continuamente me decia, para probarme el buen estado de su cerebro, agregó:

—Para que no le quede a usted duda, voi a referirle la causa de mis desgracias: mi padre era un honrado propietario que sin ser rico tenia lo necesario para vivir i complacer a su familia con todos los goces que se pueden apetecer en un pueblo pequeño, como es el en que nací. Nueve años tendria yo cuando pudiendo en él mas el deseo de que me ilustrara que su cariño, me llevó a Bogotá i me puso en el colejio de la Merced; allí estuve cuatro años i al regresar a mi casa la encontré desierta i sola, pues mi madre i mi hermano habian muerto. Mi padre distraido i siempre pensativo, apuraba en secreto su soledad, no bastando para consolarle las muchas i repetidas caricias que yo le hacia. Al fin, él comprendió que sus dias eran pocos, i llamando a un su compadre, le dijo delante de mi: mi fin está cercano: moriria feliz si no dejara en el mundo abandonada a esta pobre muchacha: tú eres mi amigo i ademas, perdóname que te lo diga, la gratitud te obliga a ser tan bueno con ella, como yo tui contigo cuando te saqué de la indijencia: asi es que tú debes ser para ella un segundo padre, como ella debe ser para ti una hija obediente. Al decir esto, el amigo me miró con indecible contento i me dió un fuerte abrazo. Abrazo que no comprendí entónces lo que significaba, como no habia comprendido tampoco las repetidas visitas que ántes me habia hecho.

Antes de morir mi padre, cuando desfalleciente podia apénas caminar apoyado en mi, ruborizada i temerosa le dije una tarde: padre, Ud. es el único consejero que tengo en la vida, i por lo tanto solo a Ud. me atrevo a descubrirle lo que en el pecho siento: está enamorado de mi, Felipe, el hijo del juez; yo le amo tambien i ámbos queremos casarnos pronto para que Ud. bendiga nuestro matrimonio.

El sin inmutarse puso en mí su lánguida mirada, i despues de unos momentos me abraza i me dice con conmocion:

—Apruebo tu matrimonio: me gusta Felipe i es seguro que te hará feliz. Recibe desde ahora mi bendicion.

Mas quiso mi desgracia que poco momentos despues perdiera los sentidos i a poco muriera. En mi horfandad me consolaba con el amor i en él solo tenia mi esperanza. Felipe al verme tan afijida, lloraba tambien cual si fuera un hermano.

Mi tutor no me abandonaba ni un instante, i cuando Felipe estaba junto a mi consolándome, yo le veia palidecer i hacer jestos de disgusto.

Hacia doce dias que habia muerto mi padre, cuando siento en la puerta de la calle a mi tutor riñiendo, i despues lo veo venir hácia mi con semblante furioso: ese es un infame! El dia que él vuelva a verte le sacaré a palos. No quiere sino deshonrarte....

Al principio yo no comprendí de quien hablaba; ah! pero tan pronto como me convencí que era de Felipe, afanada traté de sincerarle, pero todo fué en vano; porque iracundo me prohibió que lo viera i al efecto desde entónces me llevó a su casa i me encerró en la sala.

Allí no veia mas que a mi tutor i a una vieja que nos cuidaba. Felipe, despechado, sin cesar rondaba la casa, i una noche quiso su mala suerte que, ansioso de verme, escalara las paredes de la casa. Mi tutor, que seguia con cuidado sus pasos, aprovechó esta ocasion para aprehenderle, llevarle a la cárcel i seguirle un juicio por ladron. Al mes estaba Felipe en la penitenciaria de Bogotá.

Yo no supe nada de lo que pasaba hasta hace dos meses, que mi tutor fué a descubrirme el amor que me tenia i a avisarme que ya estaba todo preparado para casarnos.

Al oirle descubrí todos mis pasados cariños i el recelo que mostraba por mi. I como enojada le desengañase i le dijese que no podia amar en el mundo sino a Felipe, me descubrió su triste paradero, i concluyó diciendo:

—Yo te quiero i serás mi esposa aunque tenga que llevarte muerta al altar.

Tristeza, despecho i cuanto puede sufrir una mujer al ver tiranizado su corazon, sentí entónces: le supliqué, le lloré i le insulté al fin; pero nada valió: inexorable a cuanto le decia, siguió enamorándome hasta que faltaban ocho dias para el matrimonio: entónces no pudiendo sufrir mas, tomé un palo que allí habia, se lo rompí en las espaldas i desesperada salí a la calle a buscar quien me amparara. Todos se mostraron sordos a mi desgracia i creyéronme loca. Mi tutor sabia mui bien cual era la causa i que yo estaba buena, mas por vengarse de mi me trajo a la casa de este indio a que me matara.

Hasta aquí habla la loca i sigo yo, que no sé cómo me calificarán mis lectores al ver que les he metido unas cuantas cuartillas de papel para contarles una pamplina. Paciencia, lectores, por ahora, i despues aunque no volvais a leer mis cosas en la vida.

A los tres dias de esta escena, estaba la loca i yo en Bogotá; ella feliz i un tanto restablecida de las sangrías i polvos de Chapeton, i yo indagando en la penitenciaria por la suerte de Felipe. Aunque no soi intrigante ni ménos tengo esa *compadreria* que se necesita para que los ejecutores de la lei oigan a uno, dí tantas vueltas i hablé tanto, que a los ocho dias se abrazaban en casa los dos amantes.

Al presente están tan rosados i hermosotes que da envidia verles; i es seguro que dará mas el próximo domingo al verles casar en la iglesia parroquial de Santa Bárbara. Para este dia os convido, caros lectores, a la comilona que dará el padrino i servidor vuestro.

ROQUE ROCA I ROQUETE.

Bogotá, diciembre 1870.

RAZONES DE PESO.

EN CASTELLANO.

Don Flaco se casó con doña Mucho;
La novia no tenia gran belleza;
I el novio la escojió, segun su dicho,
Como hubiera escojido su vajilla
De antigua procedencia i plata pura
Por el peso no mas, no por la hechura.

EN INGLES.

When Lovegood married Lady Jenny,
Whose beauties were not very many,
«I chose her» said he, «like old plate—
Not for the fashion, but for the weight.»

(THE FAMILY HERALD)

EL SAPO.

Ordinariamente a la caida de la tarde de un dia tempestuoso, los campos resuenan con los cantos melancólicos de varios animales; distínguense entre todos esos ruidos dos notas monótonas, repetidas casi sin interrupcion, semejantes al tañido de una campanilla de cristal o al sonido de dos teclas de una armónica, tocadas alternativamente: ese canto monótono es el del sapo. El tono de su melodía está siempre en *menor*, i en la escala de la música humana los dos sonidos están representados por *si bemol* i *sol*; una tercia *menor*.

¡Cuántas veces he oido yo la cancion de uno de estos mis vecinos, que todas las tardes salia de debajo de las gradas de un antiquísimo vestíbulo cubierto de musgo, con el objeto de cenar i dar una serenata a las estrellas! Siempre tuve el mayor respeto por este mi amigo de grandes ojos inmóviles. El pobre trabajaba bien por la noche; deslizábase toscamente por las hojas de las legumbres i las flores i despues de dar caza a todos los caracoles, larvas e insectos que se ponian a su alcance, se retiraba filosóficamente repleto i contento a su agujero a dormir hasta la próxima noche.

Un dia, mejor dicho, una noche, la mesa a que se sentó el hermitaño debió estar atestada de manjares esquisitos i mi solitario probablemente traspasó los límites de su sobriedad habitual, en términos que no pudo volver a su casa. Creyóse seguro al abrigo de unos lirios, pero el miserable no contaba con mi jardinero; fué descubierto, sacado de su escondite i muerto,

dando el ejecutor al cometer el hecho muestras visibles de disgusto. Llegué cuando ya estaba consumado el asesinato inútil i sin poder reprimir el primer ímpetu de mi impaciencia, dije a mi criado:

—¿Por qué lo mataste? porque nos servia?

—Nó, señor, me replicó, sino porque era venenoso.

—I ¿qué te importa eso?—Suponiendo que esos animales sean venenosos, su veneno a nadie perjudica, porque a nadie atacan.

—Permítame, señor, me contestó el labriego, que le diga que los sapos son venenosos sin querer. Pasan por encima de unas lechugas i eso basta para envenenar una ensalada; i una vaca reventará si come una col en que haya estado uno de esos malditos.

En ciertos lugares del campo estas son las ideas que se tienen respecto de los sapos: en otros, es la bestia de las brujas que entra en los establos i ordeña las vacas hasta matarlas i hace un papel tan odioso en otras mil consejas, que no pocas veces muere a los golpes que se le asestan.

Para sustraerlo a tan malos tratamientos, la naturaleza felizmente le ha enseñado *a hacerse el barrigon*, como dicen los niños; amaño que consiste en introducir por medio de un mecanismo especial cierta cantidad de aire entre cuero i carne: de este modo se hace una especie de colchon elástico i preservador, dentro del cual su cuerpo se resguarda de golpes funestísimos.

Los muchachos de aldea se divierten en cojer estos animales de una pata i arrojarlos al aire, los infelices caen a tierra produciendo un sonido sordo i seco i los martirizadores corren a verlos muertos... ¡Nada! Despues de algun tiempo los sapos se arrastran tristemente. Los pilluelos irritados lo apedrean; pero el animal herido a cada golpe rebota como una pelota de goma; vierte o suda un licor lechoso i se retira del campo de batalla en que él solo ha recibido los porrazos, contuso i magullado, quizas tuerto o manco, pero vivo. Un cuarto de hora despues, los estropeados que han ido arrastrándose poco a poco a esconderse entre las yerbas o debajo de las piedras se deshinchan i a la caida de la tarde podeis oirles por la centésima vez su melancólica cancion: *¡Pi, pau!*

Desprendámonos, pues, de todas esas necias preocupaciones i rehabilitemos al feo desheredado; porque el sapo realmente es feo; hermoso en el mundo de los escuerzos, pero feo en el de los hombres. El horticultor debe recordar que el animal, aunque horrible, es *útil* i para él, como horticultor, esto es lo importante. ¿No habeis oido decir que los horticultores ingleses compran sapos en Francia a precios subidos para poblar con ellos sus huertos? Muchos de vosotros habeis creido que la noticia era una *bola*, pero yo os digo que es verdadera: muchos de esos insulares dejan sin sapos los campos de Normandía i llevan en toneles cargamentos enteros de esos animales que venden mui bien en Inglaterra, en donde son de tanto provecho en los cercados i huertas. En Béljica los prefieren a las ranas, porque éstas con sus saltos suelen tronchar algunas flores, miéntras que el sapo, deslizándose suavemente por entre las hojas no hace daño alguno.

Deberíamos hacer nosotros lo mismo i no dejar pasar un sapo sin cojerlo de una pata i llevarlo a nuestros jardines; porque, como este animal es sobrio como ningun otro hasta ahora conocido, es necesario suplir con el número aquella falta, si es que queremos obtener resultados apreciables. No creamos, nó, que porque tenemos un sapo en nuestra huerta debemos dormir tranquilamente confiando en que serán comidos por él todos los caracoles.

La historia del sapo está hoi llena de misterios. Recordamos mui de paso las esperiencias hechas en plena Academia sobre sapos hallados en masas de yeso, vivos todavía despues de un largo tiempo increible i sobre los encontrados en rocas anti diluvianas, i sin detenernos a indagar cómo han podido vivir i crecer esos animales, nos contentaremos con copiar lo que sobre este asunto nos dice M. Noël: «En mi niñez arrojé en una cisterna siete u ocho sapos; allí vivieron dieziocho años i al cabo de ellos estaban enormes: ¿con qué se mantenian?—no lo sé; probablemente con animalillos imperceptibles.»—Nosotros creemos todo lo contrario de lo que nos sujiere M. Noël: en la cisterna pudieron encontrar larvas, insectos i moscas, que necesitan de una oscuridad casi completa para que revienten sus huevos; o pudieron atrapar lombrices estraviadas en aquella profundidad. En una palabra, tenian la mesa puesta; porque la vida del sapo es larga

i su crecimiento mui lento: a los cuatro años llegan, como el caballo, a la edad de su adolescencia.

El color del sapo es oscuro casi siempre, pero varia desde el pardo hasta el amarillento, segun los lugares que habita. El renacuajo, como es sabidísimo, es el sapo en el primer período de la vida: la rana es tambien un renacuajo en este estado; i el modo mas fácil de llenar de sapos un jardin es recojer los renacuajos i llevarlos en un tonel al estanque, luego se vuelven sapos i empiezan a cazar incesantemente.

¿El licor que destila este animal es venenoso?—Hipócrates dice que sí i Galeno que nó. De niño, he jugado con otros muchachos de mi edad con estos animale si nunca hemos sentido novedad por tal causa. ¿Es ésta una prueba concluyente?—Nó, porque el líquido lechoso se ha inoculado en animalejos i la esperiencia ha dado por resultado el entorpecimiento i atontamiento de la víctima; segun esto, la secrecion del sapo es un veneno embrutecedor. El doctor de Vaulx refiere que una niña despues de haber jugado con un sapo, fué atacada de una oftalmia violenta i persistente que le duró muchos años.

Es evidente que, inoculando el humor debajo del ala de una paloma, en dósis mui pequeñas, algunos miligramos, el ave muere a los cinco minutos de hecha la operacion. Uno o dos gramos bastan para matar a una perra robusta i fuerte, sin dolor alguno, en ménos de media hora, con tal que se adopte el mismo sistema de inoculacion. La consecuencia que debemos deducir de los hechos que anteceden es ésta: que no debemos manosear los sapos, pero sí dejar que cuiden de nuestras lechugas i de las semillas de nuestras flores.

H. DE LA BLANCHERE.

AMOR INMORTAL.

Niño era yó: mi cuna aun se meciá
De mi sueño postrer,
Del sueño indefinible de la infancia
Por el dulce vaiven.

Mi madre ¡tierna madre! me arrullaba;
Aun oigo su cancion,
Cuando en las altas horas de la noche
Me despertaba yo.

¿Qué faltaba a mi dicha? ¡nada, nada!
¡Oh qué madre, qué hogar!
I mi alma sinembargo me decia:
¡Mas alto, mas allá!

Amaneció de mi razon la aurora
¡I yo era tan feliz!
¡Mi perro, mi caballo, Casa Blanca!
Mi cielo azul turquí.....!

Mi Madre, ánjel querido, ánjel de guarda,
Mi inolvidable amor
Hacia de mi vida un paraiso
¡Qué feliz era yo!

Ella ha muerto, mas vive Casa Blanca,
Todos la pueden ver,
¡Ai! todos ménos yo! Diganme todos
Si hai como ése otro Eden.

Mas cuando yo vagaba en su alto cerro
Viendo abajo mi hogar,
Una voz escondida me decia:
¡Mas alto, mas allá!

Vino la juventud: amé, fuí amado;
Un ánjel, no mujer,
Fué lo que puso Dios entre mis brazos
Un ánjel fué el que amé.

I ¿fuí dichoso? ¡oh Dios! tú bien lo sabes,
Tú i ella i yo no mas;
Dichoso como nadie lo habrá sido
Ni nadie lo será;

I, sinembargo, el alma que dormia
En esa eterna paz,
A veces despertando me gritaba:
¡Mas alto, mas allá!

¿Mas allá? Dónde? Si la vida a veces
Me traia un dolor
El dolor junto de ella era olvidado.
¡Si nunca pidió mas mi corazon!

Si para ser dichoso era bastante
Oir su dulce voz;

Si una mirada suya me bastaba
Si nada....¡oh Dios! oh Dios!

I una mañana, al aclarar el dia,
Todo despareció!
¡Todo! Vision, hogar, ánjel i dicha
Mi mismo corazon!

Para ella premio, para mi castigo....
Lo sé, mi Dios, lo sé....
Que con nuestras acciones te aclamamos
Ella, Padre; yo, Juez!

Siguieron noches siempre solitarias,
Insomnios de dolor,
Siguieron dias de incansable llanto
No sé lo que siguió!

Lloré todas mis lágrimas, mi sangre
Ya no puedo llorar.
Pero la voz antigua me decia:
Mas alto, mas allá!

Luego, como ave herida, que a una torre
Se llega a refujiar,
Esperándolo todo de su altura
Para morir en paz,

Así volando, herido i desangrado,
¡Mi Dios! llego hasta ti;
En ti, altura del cielo, su refujio
Busca mi alma infeliz!

¡Paz al recuerdo del amor lejano!
¡Al dolor mismo, paz!
Ya ha callado aun la voz que me decia:
Mas alto, mas alla!

Paris, 1.° de enero de 1870.

José M. Vergara i Vergara.

UNA MISA DE MEDIA NOCHE.

Esto sucedia en los primeros años del imperio en Francia. Cenaron en la Nochebuena varios empleados reunidos, un jeneral, un mariscal i otros. Acabada la cena, pensaron en cómo acabar la funcion, i resolvieron irse a misa de media noche. Llegaron a San Roque. Fácil es de figurarse la devocion de hombres que salian de un convite i que iban a misa por pasatiempo i curiosidad. En esto aparece un hombrecito envuelto en su capote, que, viendo su falta de respeto, se les acercó i con acento imperioso les dijo:—«Lo que haceis es malo. Cuando se viene a la iglesia, es para estar como conviene en un lugar santo. Respeto i silencio, señores!»—El hombrecillo del capote era Napoleon I. Lo que dijo fué breve i preciso, pero hizo mas efecto que un sermon.

UNA MARAVILLA.

Hace 150 años que un soldado quedó helado en una de las rejiones mas frias de Siberia. La última sílaba que pronunció hace siglo i medio fué *ex*. Unos médicos franceses o ingleses hallaron en este estado el cuerpo del soldado i han procedido a deshelarlo. El cuerpo ha vuelto al fin a animarse, i el soldado concluyó la frase comenzada diciendo: *esivamente frio*.

¡DE VERITAS!

Un pobre huaso del sud que no contaba para comer todo un dia mas que con unos cuatro centavos, se acercó a un *puesto de pan*, compró con su exiguo caudal cuatro de unos grandes panes que se amasan en el sud. Sentóse en el umbral del *puesto* a comerse su respetable racion que concluyó en un decir Jesus i con un apetito que llamó la atencion del dueño del *puesto*. Encantado éste del *buen diente* de su marchante, le ofreció una docena de esos mismos panes gratuitamente con tal que los devorase incontinenti. El peon aceptó la oferta i la condicion, e hizo conforme a los deseos del bodegonero con gran admiracion de éste i de una media docena de curiosos que le habian hecho corrillo. Los testigos oculares cuentan que a esa primera docena de panes, siguió otra, otra i otra, ¡cuatro docenas i cuatro doceavos! Como el bodegonero

le instase a acometer con una quinta docena, el interpelado contestó friamente: «¡Mire, ño Este, yo no soi mui come-pan, mire!»

PROFECIAS.

Ana María Taigi murió en Roma el 24 de octubre de 1833 i se prosigue la causa de su beatificacion.

Hablando con un sacerdote de las persecuciones de la Iglesia, le dijo lo que los impios debian hacer de Roma i los sufrimientos del Papa. Deseando el sacerdote saber quien seria ese Pontífice, le preguntó si era alguno de los cardenales i ella le respondió que no, que era un sacerdote particular que estaba en rejiones mui remotas. En efecto, el abate Mastai, hoi Pio IX, era un simple sacerdote empleado en la Nunciatura de Chile con Monseñor Muzzi.

Ana María pintó al futuro Pontífice diciendo que seria elejido de una manera estraordinaria; que haria reformas; que, si los hombres las recibian bien, el Señor los colmaria de bendiciones; pero que, si, por el contrario, abusaban de ellas, el Señor los castigaria. Agregó que ese Papa, escojido segun el corazon de Dios, seria asistido con celestiales luces; que su nombre resonaria en todo el mundo i que hasta el Turco mandaria a felicitarlo; que estaba destinado a sostener la tempestad desencadenada contra la barca de San Pedro; i que el brazo de Dios lo sostendria contra los impios; *tendria al fin el don de hacer milagros*, i, finalmente, que la Iglesia, despues de tan penosas vicisitudes conseguiria un espléndido triunfo que pasmaria a los pueblos. (*Vida de María Taigi* por Monseñor Luquet, obispo de Hesebon)

***

María Lataste, relijiosa del Sagrado Corazon de Jesus, nació en 1822, en Mimbaste, departamento de las Landas, Francia, i murió como santa en 10 de mayo de 1847.

Refiere una revelacion que tuvo el dia de la Concepcion:

«Despues de comulgar, el Salvador me hizo oir estas palabras: «Va a llegar el dia en que el cielo i la tierra tributen a mi Madre el honor que se le debe, en la mas bella de sus prerorgativas. Escoji un Pontífice en cuyo corazon he infundido esta resolucion i cuyo pontificado será dominado por esa idea. Reunirá a todos los obispos del mundo para oirlos proclamar a María Inmaculada en su Concepcion. Todos los obispos se reunirán a su voz i su voz sonará en todo el mundo; i entónces nada faltará en la tierra al honor de mi Madre. Contra esa gloria se alzarán los poderes infernales, mas Dios la sostendrá con su fuerza.

«Mas la afliccion vendrá sobre la tierra, la opresion reinará en la ciudad que amo i en que he dejado mi corazon: caerá en tristeza i desolacion; la cercarán sus enemigos como pájaro cojido en las redes. La ciudad parecerá sucumbir durante tres años; pero mi madre bajará i tomará las manos del anciano que se asiente en el trono i le dirá: ¡Ve llegada la hora, levántate! mira a tus enemigos, los hago desaparecer unos en pos de otros i desaparecerán para siempre. A ti que me has dado gloria en el cielo i sobre la tierra, quiero yo dar gloria en el cielo i en la tierra. Vé a los hombres: reverencian tu nombre, reverencian tu valor, reverencian tu poder. Vivirás i viviré contigo. ¡Anciano, enjuga tu llanto: yo te bendigo! (*Memorial católico*, junio de 1865)

El dogma de la Inmaculada Concepcion fué proclamado el 8 de diciembre de 1854;

Pio IX ha perdido ya todo su dominio temporal;

Todos los pueblos lo respetan i lo admiran;

Resta solo el triunfo definitivo del Papado.

DELICIAS DEL HOGAR.

Señor, yo a ti me dirijo.
A ti mi espíritu elevo;
I tu inefable grandeza
En la creacion contemplo.

Yo la miro reflejada
En el océano inmenso,
En las pampas anchurosas,
En los Andes altaneros.

Yo la miro en la ancha playa
I en el inmenso desierto,

En los bosques seculares
De lozanía cubiertos.

En los variados colores
Del ave, i en sus gorjeos,
En el jemir de las brisas
I en el zumbar de los vientos.

De la fiera en el bramido
I del rayo en el estruendo,
Señor, tu poder adoro
Yo tu grandeza veo.

¡Que bellas son tus obras
Señor de cielo i tierra!
Tu mano poderosa
Se admira en todas ellas.

Tú hiciste que los goces
I alegrías sinceras
Tan solo el pobre hallara
En su pura conciencia.

I al hogar do tu nombre
I tu santa lei reina
Hiciste de delicias
Que la morada fuera.

Tú inspiraste a la madre
La dulzura mas tierna;
Tú inspiras a su niño
La mas dulce inocencia.

Al esposo tú diste
Tesoros de paciencia,
De ternura i cariño
I de eterna firmeza.

I a sus hijos les diste,
Que sus pasos siguieran,
I su amor le pagaran
Con humilde obediencia.

I al hogar do tu nombre
I tu santa lei reina,
Hiciste de delicias
Que la morada fuera.

A la fresca
De un verde naranjo
Estaba la madre
Con su niño al lado.

Ella está cosiendo,
Ella está jugando
Con un corderito
Que le regalaron.

Un tanto se aparta,
Pero torna blando
Haciendo a su madre
Cariños i halagos.

I ya te trae flores
Del cercano prado,
I ya un pichoncito
Que halló por acaso.

La madre recibe
Sus tiernos regalos,
I le da un besito
De su faena en pago.

Solo esto pedia
El por su trabajo
Se va i vuelve luego
Por el mismo pago.

¡Oh, si comprendiera
El mundo profano
Del alma cristiana
Los puros encantos!

Sus pompas, sus goces,
Velóce dejando;
Fijara su dicha
Allá en lo mas alto.

Allá dó se encuentran
Los amores castos,
Las puras delicias
Del bien soberano.

Santa Fé, 9 de enero de 1871.

JACINTO VIÑAS.

CHARADA.

En cualquier libro de música
Encontrarás mi *primera*;
En el Seminario busca
Mi *segunda* i mi *tercera*;
Mi todo, i salgo garante,
En la Vulgata de Scio
O en la Biblia de....*tu tio.*
(¡Oh fuerza del consonante!)

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CASIMIRO.

Contenido de este número.

I.—Bienvenida.
II.—Un buen colejio, por Rafael B.Gumucio.
III.—La primera arruga, poesía, por Modesto Lafuente.
IV.—Natalia, continuacion, por Eujenio de Margerie.
V.—¡Maldita campana!, letrilla, por Jenaro C. Silva.
VI.—La loca, por Roque Roca i Roquete.
VII.—Razones de peso, poesía.
VIII.—El sapo, por H. de la Blanchere.
IX.—Amor inmortal, poesía, por José M. Vergara i Vergara.
X.—Una misa de media noche.
XI.—Una maravilla.
XII.—¡De veritas!
XIII.—Profecías.
XIV.—Delicias del hogar, poesía, por Jacinto Viñas.
XV.—Charada.
XVI.—Solucion de la del número anterior.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, marzo 5 de 1871. Núm. 179.

LA CUARESMA.

Los afanes de la vida, el bullicio de los hombres, los engañosos placeres del mundo, hasta los mismos dolores de este valle de lágrimas, todo conspira a ensordecernos, aturdirnos i precipitarnos en una ciega i frenética carrera.

Comemos, bebemos, dormimos, reimos, pensamos mucho en los intereses de la tierra; miéntras tanto el brevísimo tiempo que separa nuestra cuna de nuestra tumba corre, vuela sin parar. Nos olvidamos de nuestro inmortal destino.

Una sola voz hai que se alza en medio del bullicio, en medio de los placeres, en medio de los dolores, una voz severa i augusta que de cuando en cuando nos despierta de nuestro letargo i nos hace pensar en algo mas alto que el lodo en que nos arrastramos, en algo mas allá de la muerte.

Esa voz es la de la Iglesia Católica.

El ministro del altar ha congregado no hace muchos dias a los fieles en el templo del Señor. Allí estaba de rodillas el rico venturoso segun el mundo, que tiene tesoros, honores i placeres. Allí estaba tambien el mendigo cubierto de miserables harapos, hambriento, menospreciado i macilento.

Al rico i al pobre ha cubierto el sacerdote de ceniza la cabeza, al uno i al otro ha dicho: «¡Acuérdate, hombre, qué eres polvo i en polvo te convertirás!»

Con esa sublime ceremonia ha inaugurado la Iglesia el sagrado tiempo de la Cuaresma, tiempo en que ella llama a todos sus hijos. «¡Olvidad, les dice, por algunos dias, los negocios de la tierra. Volved vuestros ojos a Dios, a ese Dios al mismo tiempo justiciero i piadoso. Le habeis ofendido. Haced penitencia, El os perdonará. Acordaos que no sois solo materia que se corrompe i muere, teneis un alma inmortal que salvar, alma única, perdida la cual, todo lo habeis perdido!»

Las puertas de los templos se abren de par en par. La muchedumbre se agolpa al pié de la cátedra santa i se acerca al sagrado tribunal.

En la cátedra se predica penitencia; en el tribunal se bendice i se perdona en nombre del Altísimo. Allí está la justicia, la voz de Dios airado; aquí la misericordia, la voz de Dios clemente.

Este es el tiempo aceptable, el tiempo de salud. No le desperdiciemos.

* *
*

La principal penitencia que la Iglesia nos impone en este tiempo es el ayuno de cuarenta dias. Hermosa práctica, gloriosa victoria del espíritu, del elemento racional sobre el elemento brutal de nuestro ser, que reprime los vicios de la carne, eleva la mente i enjendra la virtud.

Ayunaron nuestros padres de la lei antigua.

Ayunó Abraham llorando a Sara; Jacob llorando a José.

Moises tenia prescrito el ayuno de la *espiacion solemne*.

Josué i los ancianos de Israel permanecieron todo un dia postrados ante el arca sin tomar alimento.

Despues de la derrota de Hay, las once tribus que se habian cosligado contra la de Benjamin se prosternaron delante del arca i ayunaron un dia, porque vieron que no podian vencer a los soldados de Gabaa.

David ayunó durante la enfermedad del primer hijo que tuvo de Betsabé. Ayunó despues en penitencia de sus culpas.

Ayunó cuarenta dias el Salvador.

Ayunaron nuestros padres de la nueva lei.

En los primeros tiempos del cristianismo, en aquellos tiempos heróicos, sublimes de las catacumbas, los mártires que debian dar al dia siguiente la vida por la fé del Cristo se preparaban al martirio con el ayuno.

Cuando decayó el fervor primitivo, fué menester que la Iglesia interpusiera su

autoridad para la conservacion del ayuno, fué menester imponer como un precepto lo que los primeros cristianos, mas inocentes i mas puros, hicieron espontáneamente.

* * *

Nuestra delicadeza no soportaria el antiguno rigor del ayuno cuadrajesimal. Ayunábase i se comia de viérnes desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Pascua. No se vendia carne sino para los enfermos, i de noche. El vino estuvo por mucho tiempo prohibido.

La Iglesia, madre solícita i cariñosa, ha ido suavizando la lei del ayuno a medida que la raza humana, dejenerada físicamente por el pecado, ha ido decayendo en robustez i fuerza. Aun ha dispensado graciosamente de la lei a los paises cuyo clima hace peligroso o difícil su cumplimiento.

La España i las repúblicas hispano-americanas han sido las mas favorecidas en esta parte. La una i las otras están en posesion del importantísimo privilejio llamado de las Bulas.

Merced a él i mediante una lijerísima limosna que se destina a los mas santos objetos, comemos carne casi todo el año miéntras que la lei de la abstinencia pesa con todo su rigor sobre nuestros hermanos los católicos del otro hemisferio.

Hai, sinembargo, jentes que murmuran de la Iglesia, precisamente con motivo del privilejio de las Bulas, ni mas ni ménos como los israelitas murmuraban de Moises cuando caia el maná del cielo i echaban ménos las cebollas del Ejipto.

Los que declaman contra las bulas acusan ignorancia o ingratitud: escojan.

* * *

Ha habido, aun en nuestra Cámara de diputados, personas, que han sostenido que la Bula es una contribucion, lo han sostenido con toda seriedad. ¡I, sinembargo, esos señores pretenden saber economia política!

La Bula, dicen, es, como el estanco del tabaco, una contribucion indirecta. Pero, sapientísimos señores, ¿no veis que el que no compra tabaco al fisco no fuma, miéntras muchos de vosotros mismos comeis de carne todo el año sin comprar bula?

* * *

Buenos cristianos como son, los lectores de *La Estrella de Chile* habrán ayunado talvez mas de una cuaresma. Todos ellos han hecho *colacion*. ¿Cuántos conocen la etimolojia de esta palabra que tantas veces han pronunciado desde la escuela?

Héla aqui para los que no la sepan.

«Cuando se permitieron (los fieles), dice la historia de las fiestas de la Iglesia, quebrantar el ayuno de cuaresma a la hora de nona, quedó siempre el escrúpulo relativamente al oficio de vísperas, que parecia debia preceder la refaccion i no se halló otro espediente que adelantar tambien este oficio i colocarlo en el lugar que hasta entónces tuvo la nona.

«Este desarreglo en la hora de la comida, produjo otro con respecto a la unidad de la refaccion del dia. Se principió entre los latinos a dispensarse de ello por el permiso que se dió de beber a la tarde con motivo de la sed que el ayuno causaba. Esta costumbre de beber a la aproximacion de la noche, cuando se comia a mediodia o a nona, se introdujo en el octavo siglo en la órden de San Benito.

«Al fin del siglo once, temiendo los relijiosos que fuese dañoso a la salud beber sin comer, creyeron deber añadir un pedacito de pan a lo que habian de beber por la tarde; pero como no querian perder por eso el tiempo hicieron en aquellos dias su lectura de la tarde en el refectorio en lugar de hacerla en la sala capitular i llamaban eso *ir a la colacion*, de la palabra latina (*collatio*) de las conferencias de los santos padres.

«El nombre de colacion pasó asi insensiblemente de la lectura de esas conferencias a la refaccion de la tarde i comenzó a usarse en el mismo sentido en el mundo, cuando los seglares, encontrando mui cómodo suavizar el ayuno con esa comida, creyeron que debian imitar a los relijiosos.»

RAFAEL B. GUMUCIO.

A LAURA.

Mas pura que la brisa de la aurora,
Mas dulce que el recuerdo embriagador,

Viertes en mi la fé consoladora
Unica prenda de mi tierno amor.

Al corazon ajitas venturosa
I me haces otro mundo contemplar,
I en los deseos de esperanza hermosa
Te veo mis ensueños halagar.

I graciosa te miro siempre pura
Como del campo la silvestre flor,
I en la noche, radiante de hermosura
Te veo cual lucero brillador.

En óptica ilusion maravillosa
Bello tu encanto deslumbrando está,
I tu acento cual música armoniosa
En mis oidos resonando va.

En mi loco delirio yo te adoro
I encuentro en ti mis dichas i placeres,
I eres, oh Laura, el único tesoro
Que hace mi vida venturosa ser.

1864.

M. A. Hurtado.

NATALIA.

Traducido para *La Estrella de Chile* por R. B. G.]

(Continuacion.)

CAPÍTULO III.

Sir John.

Por diez años se habia prolongado esa cruel existencia i la melancolía comenzaba a destruir la salud de la señora de Noirval. Los que no ven mas que el esterior de las cosas preguntaban qué era lo que habia podido borrar el bello color de la juventud en la frente de aquella mujer feliz. Las dos o tres amigas a quienes Natalia habia revelado al fin sus sufrimientos se admiraban de que no hubiera sucumbido a ellos mucho há.

En el invierno de 1845, estuvo tan enferma que en el verano la enviaron a Eaux-Bonnes.

Allí le esperaba una prueba mas ruda que las precedentes.—Hasta entónces, Natalia habia estado al ménos en paz consigo misma. En adelante, sin duda la gracia de Dios iba a sostenerla lo bastante para que la pureza de su conciencia no se manchara; pero esos nuevos ataques debian enjendrar la perturbacion en su alma i arrebatarle ese último santuario a donde le gustaba refujiarse para encontrar en él la calma que le faltaba en el esterior.

Entre los ociosos que el capricho de la moda habia llevado ese año a Eaux-Bonnes, se encontraba sir John Baxton, que, tan ingles como era, era uno de los leones de la *fashion* parisiense.

Sir John habia encontrado mas de una vez a la señora de Noirval en los salones; tenia, por otra parte, con ella vínculos de lejano parentesco.—Alojado en Eaux-Bonnes en el mismo hotel que Natalia, tuvo muchísimas ocasiones de verla, de hablarla i, gracias a la libertad propia de la vida de baños, de trabar con ella relaciones mas íntimas que las que los habian ligado por algunos años en Paris.

Sir John era un dandy de una clase mui especial.—Hijo de una familia católica, educado por maestros profundamente cristianos, era una prueba notable de los peligros morales que trae consigo una gran fortuna. Si hubiese nacido en una posicion mediocre, habria adoptado, al salir del colejio, algun estado adaptado a las variadas aptitudes de su espíritu. Habria sido un hábil abogado o un buen comerciante. En esa vía regular, habria encontrado ciertamente buen éxito, talvez riqueza, merced a sus estensas relaciones, a la seguridad de su vista, a esa actividad prodijiosa i a esa capacidad casi universal que, en el colejio, lo habia hecho amar de sus maestros i compañeros tanto mas cuanto que estaba unida a las disposiciones mas jenerosas i a una encantadora amabilidad.

Desgraciadamente para Sir John, su padre, de quien era hijo único, tenia quinientas mil libras de renta. En lugar, pues, de entrar en una carrera determinada o aun de seguir las tradiciones paternas, de desempeñar en el campo todas esas gratuitas funciones i de ejercer esa influencia saludable que han dado tanto prestijio a la aristocracia inglesa, se puso a viajar.

Su gran fortuna, las gracias de su espíritu, las raras cualidades de su corazon, mas ardoroso i mas espansivo que lo que

son de ordinario los corazones británicos, le acarrearon por todas partes brillantes triunfos. En Paris, sobre todo la juventud elegante lo elijió como modelo, como jefe, como emblema. Las madres hicieron la corte a sus millones.—En una palabra, se encontró tan bien en medio de los lazos de la vanidad, la atmósfera mundana que se respira en los salones de Paris le fué tan necesaria que no volvió mas a Inglaterra sino a raros intervalos.

Entretanto, su padre murió casi súbitamente. A impulso del dolor, Sir John estuvo a punto de poner término a la frívola existencia que llevaba hacia cinco o seis años, para abrazar una vida mas digna de su fortuna, de las tradiciones de su familia de sus nobles instintos.—Lo quiso; pero la cadena del hábito era demasiado fuerte. Tuvo que volver a Paris para arreglar ciertos asuntos; el torbellino lo envolvió i volvió el mundo a cautivarlo, a fastidiarlo i a cansarlo tambien a veces, lo mismo que ántes.

Curiosa e instructiva aplicacion del anteojo adivinador de la señora de Girardin habria sido leer en el alma de Sir John Baxton.—Por la finura i la agudeza de su espíritu, por la inclinacion de su corazon que lo arrastraba hácia todo lo que es grande i jeneroso, nadie era ménos apropósito para esa vida del mundo que no es mas que egoismo i vanidad; i se puede decir que, si el amor propio de Sir John gozaba con los fáciles triunfos con que le brindaba su fortuna, en el fondo de su alma, tenia conciencia perfecta de que no era él en la tierra mas que un *inutile pondus*, un peso inútil.

¡Ah! si hubiera sido solamente inútil!—Algunas relaciones con las jentes de teatro, relaciones cuyo brillo formaba parte de su bagaje de elegante, no llevaban a su corazon ninguno de esos goces para los cuales él parecia hecho. Por desarreglada que fuese su vida, comprendia que los goces del corazon no pueden ser dulces sino siendo puros. Cuando la impudencia i la absoluta falta de talento de *esas señoritas* lo hubieron hastiado completamente, emprendió algunas intrigas con las mujeres de mundo. Tuvo buen éxito. Pero ese buen éxito le causó una especie de vergüenza, mostrándole la fragilidad de las virtudes humanas i la indignidad de su papel de tentador de esas frájiles virtudes.

Sir John estaba en uno de esos momentos de disgusto i de saciedad, cuando encontró a la señora de Noirval en Eaux Bonnes. Ella debia producir una impresion profunda en ese corazon a la vez tan delicado i tan gastado.

Natalia, a la sazon de unos treinta años, estaba en todo el brillo de una belleza noble i regular, que solamente templaba, dándole un encanto mas, una espresion de tristeza resignada. Su frente pura i serena, su boca entreabierta por una levísima sonrisa, en que se leia la ternura de su alma, sus grandes ojos negros, su porte cuya sencillez nada tenia de las amaneradas languideces de la moda, su voz natural pero de una dulzura modulada como una música, sus jestos que traicionaban todos los movimientos de su corazon i que daban a la mas sencilla de sus narraciones un atractivo i un poder de emocion indefinibles—todo eso no habia hecho mas que entreverlo Sir John en Paris.

Viviendo ahora en la intimidad de la señora de Noirval, la vió i la admiró. Admiró sobre todo lo que era la cadena, el centro, el principio i la llama inspiradora de todo lo que habia grande i amable en aquella encantadora mujer,—su piedad.

Lleno primero de una santa admiracion, vió Sir John esa piedad; comprendió por ese instinto de lo bello i ese sentimiento de equidad que él poseia en alto grado que seria injusto acusar a Natalia de manifestar esos principios relijiosos. ¿Podia ella disimular el verdadero fondo de su ser, ese conjunto de creencias i de afectos que le servia de regla para todos sus actos, de balanza para todos sus juicios? I ¿cómo atreverse a llamar ostentacion esa purísima irradiacion de una luz interior que no solo brillaba en sus miradas i en su frente sino que parecia esparcirse en su derredor i rodearla de una gloria en que entraban todos los que se acercaban a ella?

Por alejado que estuviese por sus hábitos, de semejantes ideas, por incapaz de comprenderlas que fuese, Sir John se llenó de admiracion ante la piedad de la señora de Noirval. El baroncito, como lo hemos dicho, tenia una alma accesible a todos los buenos sentimientos. I ademas, cuando volvia la vista hácia los recuerdos preciosos de su vida, se acordaba de que en los dias serenos de su primera comunion ha-

bia admirado iguales virtudes en su santa madre.

Pero esa pura contemplacion no podia durar mucho tiempo. Los buenos instintos sin principios no han bastado jamas para la práctica constante de la virtud. Ahora bien, años hacia ya que Sir John se habia despojado de esos principios como de un traje infantil.—Un sentimiento mas tierno que la admiracion se insinuó poco a poco en el corazon del jóven elegante, sorprendido al ver el matiz nuevo que diferenciaba ese amor naciente (por culpable que fuese) de las otras impresiones análogas que hasta entónces habia esperimentado.

Procurando darse cuenta de esa diferencia—porque se complacia a veces en esos sutiles análisis de su propio corazon.—Sir John vió que jamas se habia encontrado en presencia de un adversario igual. Evidentemente, la virtud de Natalia le imponia. Aunque peleado desde mucho tiempo atras con el lenguaje cristiano, sentia vagamente que tras de la señora de Noirval estaba la gracia de Dios; que, en cuanto a él, en ese duelo que meditaba, iba a tener un ausiliar cuya colaboracion nada tenia de honorable.

Entre tanto, a esa timidez de que se avergonzaba, sucedió la sublevacion de un amor propio que se sentia herido de antemano. ¡Cómo! ¿Habria algo imposible para él, hasta entónces vencedor donde quiera que se presentaba? ¿Una mujer, por ser devota, rehusaria rendirle homenajes que él habia visto disputarse a tantas mujeres tenidas por honradas?

A este movimiento del amor propio, se unió la pasion por Natalia i el deseo de romper, con algun combate difícil, la vida monótona de los baños.

Sir John tenia en Paris un amigo, un compañero de la infancia que seguia un camino mui diferente. El estudio i las buenas obras se partian su tiempo i dentro de pocos años, debia entrar de jesuita, para consagrarse a las misiones. Apesar de la diferencia de vidas, Sir John i Jaime Nontant habian continuado visitándose mucho i escribiéndose, cuando estaban separados.

Sir John contaba, pues, a su amigo, en una carta fechada en Eaux Bonnes, la incoherente série de sus pensamientos i sus sentimientos con relacion a Natalia i terminaba comunicándole su resolucion de asaltar aquella rara virtud.

«¡Dios os perdone, le respondió su amigo, vuestra culpable resolucion!»—I, mas abajo, despues de haber hecho lo posible por inducirlo a desistir, añadia: «Si fuera dado consolarse del mal, yo me regocijaria por el triunfo que Dios se prepara, i del cual no dudo, i por la leccion que va a daros, mostrándoos la diferencia que hai entre las mujeres del mundo i la mujer verdaderamente honrada, la mujer piadosa....Querria, sinembargo, imponeros una condicion. Ya que contais tan segura la victoria, nada arriesgais aceptándola.—Luchais contra Dios; ¿no seria justo que si por ventura sois vencido os humilláseis delante del vencedor? Prometedme que, al punto que os persuadais de que la mujer de que me habeis hablado es a prueba de todos vuestros ataques, os confesareis.»

Apesar de lo estraño de tales condiciones, talvez por eso mismo, Sir John suscribió a ellas sin hacerse rogar. El carácter esencialmente ingles de esa singular apuesta lo habia seducido; la derrota de una beata o la confesion aceptada por él, pecador viejo, le parecia algo mui grotesco i precisamente era lo que necesitaba para restituir a la vida ese interes que parecia perder sensiblemente cada dia.

EUJENIO DE MARGERIE.

(Continuará.)

SENTENCIAS.

TRADUCIDAS DEL POETA LATINO PUBLIO SIRO.

Tan solo un Dios podria omnipotente
Amar i ser prudente.

* *
*

Dad un lecho de flores al marrano,
I ántes de mucho saltará al pantano.

* *
*

No puede amor por la violencia ahogarse;
Mas puede, si, apagarse.

* *
*

Nace humilde el amor a gusto tuyo;

Nunca morirá empero sino al suyo.

* *
*

No digais: ¿Cuántos años ha vivido?
Del viejo mentecato i casquivano;
Decid: ¿I cuántos años ha existido?

* *
*

De la soberbia encina que despeña
El rayo poderoso
Presto hasta los mendigos hacen leña.

* *
*

Deshonra la elocuencia
Quien al infame persuadir procura
Que ha prostituido al oro su conciencia.

* *
*

Amar o aborrecer ardientemente
Propio es de la mujer... ¡Cuán pocas veces
Tranquilo el pecho siente!

* *
*

Yace aquí de un avaro el triste resto
Que hizo dos buenas cosas en su vida
Morir sin sucesion i morir presto.

* *
*

Sobre arena
Escribe el favor que hicieres;
Graba en bronce
El favor que recibieres.

* *
*

Aquel su libertad al fiado vende
Que de los grandes un favor pretende.

* *
*

Quien dar nunca ha sabido
Ese ha el derecho de pedir perdido.

* *
*

Alivia prontamente al desgraciado,
I lo habrás por dos veces aliviado.

* *
*

¡Cómo un dichoso pasado
Mas cruel hace
Un presente desdichado!

* *
*

A un tiempo vencerás de dos maneras
Si venciendo tu cólera moderas.

* *
*

El juez que impune a los malvados deja
Ese a los buenos ciudadanos veja.

* *
*

El malhechor que su honrado
Lenguaje a la verdad roba
Es doblemente malvado.

* *
*

¡Cólera! pronta muerte
Encontrarás si temeraria asaltas
Un pecho noble i fuerte.

* *
*

Propio es del varon grave
Con dos cadenas amarrar su [illegible].

* *
*

Hasta por un insecto retardada
Ser puede la verdad. ¿Podria empero
Ser por el mismo Dios aniquilada?

* *
*

Nunca el varon clemente
Con el error mostróse complaciente.

* *
*

Alzó el Camello a Júpiter sus quejas
Dos cuernos poderosos reclamando;
I perdió el pretensioso las orejas.

* *
*

Sin familia i sin hogar
Es un cadáver el hombre
Que solo falta enterrar.

* *
*

¡Ah! i cuánto mas a la postrera hora
Los amigos abundan que a la aurora!

* *
*

Despacio meditad i atentamente
Lo que una vez hareis tan solamente.

* *
*

¡Cuán poco de este mundo
Los bienes valen que quitarnos puede
La muerte en un segundo!

* *
*

¡Cuán árdua cosa es mantener guardado
Lo que es a un tiempo mismo ardientemente
De muchos codiciado!

* *
*

Aprovechar el tiempo es conveniente
Para batir el hierro
Miéntras está caliente.

* *
*

La confianza parécese a la vida
En que solo una vez perderse puede,
I jamas torna a renacer perdida.

* *
*

Sucumbe sin mengua alguna
Quien sucumbe a la fortuna.

* *
*

Pruébase el heroismo en la lid fiera,
El oro puro al fuego,
I en la desgracia la virtud sincera.

* *
*

En mar tranquilo i suave
Cualquiera puede gobernar la nave.

* *
*

Quien sabe dudar con tino
Ese hácia la ciencia ha hecho
Ya la mitad del camino.

* *
*

Queda aquél por su gusto deshonrado
Que algun favor implora del malvado.

* *
*

De cuantas malas yerbas atestada
La tierra está, ninguna que pudiera
Con el ingrato vil ser comparada.

* *
*

¡Cuánto es al miserable mas propicia
Que la ingratitud negra la avaricia!

* *
*

La cuerda mui tirante
Espuesta está a romperse a cada instante.

* *
*

Quien una falta leve disimula
A cometer mas graves estimula.

* *
*

Trata, aun al amigo que mas quieras,
Cual si a perderlo fueras.

* *
*

Con la mano con que escribe
La absolucion del malvado
El juez flaco o sobornado
Su condenacion escribe.

* *
*

Aun el arco mas fino
Tendido estar no puede de continuo.

* *
*

¿Buen cocinero buscas?—¡Tonteria!
Deja de calentarte la cabeza:
Ya lo tendrás el dia
En que eches de tu casa a la pereza.

* *
*

Pronto es el leon caido
Del mas ruin can mordido.

* *
*

El cazador que a un tiempo tras las huellas
De muchas liebres corre, pronto vuelve
Sin atrapado haber ninguna de ellas.

* *
*

No es peligrosa empresa
Atravesar los caudalosos rios
Donde su curso empieza.

* *
*

Morir pronto procura
Quien deja de heredero a quien lo curá.

* *
*

No es la clemencia, nó, sino la pena
La que al malvado en su maldad refrena.

* *
*

¡Triste suerte la tuya, pobre amigo,
Si jamas te granjeaste un enemigo!

* *
*

No hai voz mas elocuente
Que la de aquél que puede
Pura i sin mancha levantar la frente.

* *
*

Jamas la suave guija
Que la corriente sin cesar remueve
De musgo se cobija.

* *
*

Al amigo procura conocerlo;
Nunca jamas perderlo

* *
*

Seguro es que medita
Alguna iniquidad el hombre inicuo
Si al varon justo imita.

* *
*

Siempre será, o amarga o desabrida,
Aun la mas dulce fruta
Que ántes de su sazon sea cojida.

* *
*

Tengo visto i notado
Que la verdad se ahuyenta
De donde se disputa demasiado.

* *
*

Caba su sepultura
Quien al malvado defender procura.

* *
*

Nunca debe decir el peregrino:
«¡Tarde es!» para tomar el buen camino.

* *
*

Aquél es vencedor i no vencido
Que solo sus a amigos ha cedido.

* *
*

Solo a salvarse del peligro acierta
Aquél que a abrir i a atravesar se atreve
La aventurada i peligrosa puerta.

* *
*

El hábil i virtuoso ciudadano
Que a la patria consagra sus desvelos
Es propiedad del pueblo soberano.

* *
*

Causar envidia es mejor
Que grima, desden u horror.

* *
*

Los buenos i valiosos materiales
Confiarse siempre deben
A manos de entendidos industriales.

* *
*

Si hacer de Dios la voluntad procuras
Cuida que estén tus manos,
No llenas sino puras.

* *
*

En vano el hombre brega;
Lo que ha de suceder, lo que es preciso
Tarde o temprano llega.

Tratándose de elojios, merecerlos
Procura, no obtenerlos.

* *
*

Los que felices surcan el Oceáno
No aguardaron para ello haber sujeto
Los vientos en el hueco de su mano.

* *
*

—¿Quiéres ser elocuente?
—Toma bajo tu amparo al inocente.

* *
*

Aquél la burla llama
Que su virtud proclama.

* *
*

Costosa i lentamente se termina
Lo que a mui larga vida se destina.

* *
*

Jamas sólida fué ni duradera
Obra hecha a la lijera.

* *
*

Ser bueno importa mucho;
Ser tenido por tal importa un pucho.

* *
*

—¿Pretendes ser un hombre acaudalado?
—Deja de pretenderlo, i es probado.

* *
*

No póstergues lo que hoi hacer pudieres,
A no ser que colérico estuvieres.

* *
*

Mucho mas útil es no saber nada
Que saber una cosa chapurreada.

* *
*

Las chispas del brasero
No asustan a los hijos del herrero.

* *
*

La audacia en apuradas ocasiones
Suele salvar mas bien que las razones.

* *
*

Fué el trabajo quien siempre i de contino
A la fortuna preparó el camino.

* *
*

La esperanza al desgraciado
Consuela, el oro al avaro,
La muerte al desesperado..

* *
*

Hasta para colgarse el que se cuelga
Elije el mejor árbol de la selva.

* *
*

La muerte es para el jóven, importuna,
Para el viejo, tardía i para el niño
Un don de la fortuna.

* *
*

Apénas hai distancia i diferencia
Entre la confesion i la inocencia.

* *
*

Deposita en la tumba su dinero
Quien instituye a un viejo de heredero.

1870.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

NOTICIA SOBRE PUBLIO SIRO.

Traducido para *La Estrella de Chile*

POR R. B. G.

El tiempo ha creado para Siro un destino singular, levantándole una segunda reputacion sobre las ruinas de la primera. De sus piezas de teatro, que fueron la admiracion de los romanos, las edades no han trasmitido a la nuestra mas que una parte de las sentencias de que habia sembrado aquéllas. Asi es como, despojado de su primera gloria, ha conquistado otra, i el célebre poeta dramático ha llegado a ser para la posteridad un célebre poeta gnómico.

Como Terencio i Fedro, Siro pasó sus primeros años en la esclavitud; pero no habiendo indicio de que naciera esclavo, se conjetura que cayó en la servidumbre, cuando la Siria, que se supone su patria, fué reducida por Pompeyo a provincia romana (en 690 de Roma, 64 años ántes de Jesucristo). Fué llevado a Roma, a la edad de doce años por un oficial de baja graduacion en el ejército, segun se dice, llamado Domicio, i recibió entónces el nombre de Siro, por el de su patria, conforme al uso que daba a los esclavos un nombre derivado del de su provincia. El jóven sirio era bello, bien formado; tenia una inteligencia viva i mucha prontitud de injenio. Habiéndolo llevado una vez Domicio a casa de su patrono, como era deber de los clientes, este último quedó encantado de la distincion de sus modales i de la belleza de su talante, «excelente recomendacion», ha dicho el mismo Siro, excelente, sobre todo en Roma. El patrono pidió a Domicio su jóven esclavo; i la donacion se hizo al punto.

Siro admiró pronto a su nuevo amo con salidas increibles en su edad i en su condicion. Ambos atravesaban un patio, en donde un esclavo hidrópico estaba tendido cuan largo era al rayo del sol. «¿Qué haces ahí?» preguntó el amo con tono severo: «E tá calentando su agua» contestó Siro i la cólera del amo estalló en risa. Otra vez, se trataba en la mesa de esta cuestion: ¿qué cosa hace insoportable el reposo?—Los convidados discurrian sin ponerse de acuerdo. En medio de la discusion el jóven esclavo osó pronunciar estas palabras: «Los piés de un gotoso,» seguro de que la agudeza de la respuesta le haria perdonar esa licencia; la cuestion quedó resuelta. «Precisamente dijo otro dia, mostrando a un envidioso que estaba mas triste que de ordinario, precisamente le ha sucedido a él alguna desgracia, o a otro le ha sucedido algo feliz.»

El amo de Siro quiso esplotar tan felices disposiciones con una educacion liberal i se la hizo dar. A esto agregó mas tarde la manumision, beneficio que Siro no olvidó jamas i que, a los lazos de la servidumbre sustituyó otros mas caros para ámbos: «Un liberto honrado, decia Siro, es un hijo sin la cooperacion de la naturaleza.» Fué en esa época de su vida cuando, segun la costumbre de los libertos, añadió a su primer nombre el de su amo. Se ha supuesto, sin fundamento alguno, que no lo recibió sino mucho despues, del afecto del pueblo.

Apénas libre, Siro visitó toda la Italia, i se dedicó a la composicion de *mimas*, espectáculos entónces muí en boga i que es preciso no confundir ni con la pantomina, en que el baile i los jestos representaban

solo una serie de cuadros aislados, pues Ovidio nos dice que así se representó su *Ars amandi*, ni con las mimas griegas, sainetes en verso, cuyo asunto hacia mas papel que la ejecucion de los actores. Las mimas de los romanos, de las cuales se fué escluyendo poco a poco el baile, consistieron al principio en actitudes burlescas, en farsas groseras i a menudo licenciosas mas agradables para la muchedumbre que las piezas regularmente imitadas del griego i mas apropiadas para representarse en teatros abiertos ante 80,000 espectadores.

El objeto de las mimas era sobre todo hacer reir, parodiaban a los hombres de las primeras clases en sus ridiculeces i sus defectos conocidos i a los de la última clase en sus locuciones, viciosas i sus solecismos. Este arte se limitaba, pues, a imitar bien i agradó tanto a los romanos que, aun en los cortejos fúnebres, se veia al lado de las plañidoras una comparsa de actores mímicos, cuyo jefe (*archimimus*) renovaba la voz i los jestos del muerto.

Alentados por el buen éxito, habian representado cortas i sencillas escenas, en que el autor hacia el rol principal i los demas que representaban descalzos añadian al suyo mucho de su propia cosecha. Sin intriga, esas piezas no tenian desenlace i sucedia a veces que, cuando un actor no sabia como salir de un apuro, echaba a correr i acababa el espectáculo.

Así estaba el arte de las mimas, es decir, nacia recien, cuando Siro compuso las suyas. Laberio, caballero romano, acababa de crear la poesia mimica. Quiso, al par que divertir al pueblo, ilustrarlo i mezcló con el gracejo obligado de sus comedias verdades útiles i nobles máximas. Hizo del teatro una escuela de moral i un medio de sátira política; i, aunque, por dignidad, no representó en sus piezas, sembró en ellas hirientes epigramas contra el César todopoderoso.

Siro lo siguió de cerca en esa nueva vía. Templó la licencia de los juegos mímicos con rasgos de moral i de una moral tan austera, que Séneca, en sus declamaciones de filósofo estóico, los citó con frecuencia como una autoridad i mas amenudo todavia los desarrolló como una materia fecunda.

Siro recorrió por largo tiempo la Italia, componiendo i representando alternativamente, aplaudido por todas partes como poeta i como actor. El ruido de sus triunfos llegó por fin a Roma i pronto se presentó la ocasion de que se estrenara allí con brillo. César, reelejido dictador, queria dar a los romanos subyugados diversiones i espectáculos que sobrepujasen en magnificencia i en duracion a cuantos hasta entónces habian tenido lugar. Varios dias debian consagrarse a los juegos, a las luchas de toda clase, a representaciones teatrales en todos los barrios de la ciudad i en todas las lenguas del mundo entónces conocido; los reyes vencidos aceptaban roles en ellas. César, para aumentar el brillo de esas fiestas, habia solicitado el concurso de los escritores i los actores mas célebres i llamado a Siro a Roma, a donde el anuncio de las fiestas habia atraido de las provincias vecinas tal afluencia de curiosos que fué menester, por estar las casas repletas, levantar para ellos tiendas en las calles i en el campo circunvecino; varios ciudadanos, entre ellos dos senadores, murieron sofocados por la muchedumbre.

Llegado a Roma, Siro, engreido con sus triunfos en las provincias, se atrevió a provocar a una liza a todos los poetas que ilustraban la escena. Todos aceptaron el desafio; todos iban a ser vencidos. Un capricho de César le habia opuesto sinembargo un concurrente formidable. El dictador habia exijido de Laberio, de sesenta años de edad entónces, que representase en una de sus mimas: lo que era una deshonra para un hombre libre i sobre todo para un caballero romano. Laberio habia cedido; pero su venganza estaba pronta. El dia, el momento de la lucha habia llegado. Tenia por juez a César i por testigo a todos los senadores i a todos los majistrados, el órden entero de los caballeros, todos los jefes del ejército victorioso, todos los estranjeros que la conquista o la curiosidad habia hecho huéspedes de Roma, el pueblo, en fin, ese pueblo que no necesitaba ya mas que pan i espectáculos, *panem et circenses*.

Laberio entró a la escena i comenzó por deplorar, en un admirable prólogo, el verse forzado a un acto tan poco propio de su edad i de su rango.—«....Hé aquí, decia, que despues de sesenta años de una vida sin mancha, he salido de mi casa caballero romano para volver a ella mímico....He vivido mucho en un dia....» En seguida pasando a hablar del talento de su jóven rival i a manifestar el temor de una derrota,

añadia para atenuar su vergüenza i atraerse el auditorio: «¿Qué traigo hoi a la escena?—Todo lo he perdido: los atractivos de la figura, las gracias de la accion, la enerjía del sentimiento, las ventajas de una bella organizacion. Semejante a una tumba, no tengo mas que un nombre.» Pero recobró pronto su entereza i en su drama lanzó contra la tiranía dardos sangrientos cuya aplicacion no era difícil hacer. Así, bajo el disfraz de un esclavo escapado de las manos del verdugo, huia esclamando: «¡Todo está consumado, romanos, la libertad está perdida!»—«El que se hace temer de muchos hombres, decia mas adelante, debe temer mucho de ellos;» i las miradas se volvian a cada instante hácia el impasible dictador.

Acabada la pieza, César invitó al audaz mímico a sentarse entre los de su órden. Siro, a quien tocaba representar a su vez, acercándose a Laberio: «Tened a bien, dijo, acojer benignamente como espectador al que habeis combatido como actor.» Laberio fué a buscar un lugar entre los asientos de los caballeros que se estrecharon al acercarse él de tal suerte que no le dejaban lugar. Ciceron, que era burlon, le gritó desde léjos, como una ironía dirijida al mismo tiempo al mímico i a las nuevas creaciones de senadores: «Os daria lugar si estuviera ménos estrecho.»—«Me admira, replicó vivamente Laberio, que tal le pase a un hombre acostumbrado a sentarse en dos asientos;» alusion no ménos apropiada al carácter equívoco del orador, amigo de César i amigo de Pompeyo; i se sentó donde pudo para escuchar a su rival.

Siro apareció al fin en medio de los aplausos de la multitud i representó la pieza que habia compuesto; i de la cual ni el título se conoce.

Resentido o justiciero, César adjudicando a Siro el premio del combate teatral, le dió la palma del triunfo i dijo a Laberio con una sonrisa burlona: «Aunque yo estaba a favor vuestro, Laberio, un sirio os ha vencido.»—«Ese es el destino de los hombres, replicó el poeta, hoi son todo, mañana nada.» Sin embargo, para sustituirle la calidad de caballero que le habia hecho perder, César le puso en el dedo un anillo de oro, símbolo de esa dignidad i agregó un regalo de quinientos sextercios (20,000 pesos).

Esta lucha solemne entre los dos mayores mimógrafos de Roma, no fué la última, se renovó algunas veces. Pero Laberio, confesando en adelante en sus piezas la superioridad de su vencedor, se contentaba con decir que ella le seria algun dia arrebatada por otro, i César, segun cuenta Aulo Jelio continuó prefiriendo a Siro. Despues de la muerte de este rival, i a pesar de sus celosas predicciones, Siro reinó solo en la escena durante cerca de quince años, *Romæ scenam tenet*, dice San Jerónimo en su crónica; reinó solo todo el resto de su vida, que las conjeturas prolongan hasta los primeros años del imperio de Augusto (29 años ántes de Jesucristo, 725 de Roma).

Muchos testimonios de los antiguos prueban que la fama de este escritor estuvo léjos de morir con él i San Jerónimo nos dice que despues de mas de cuatro siglos se le hacia leer todavía a la juventud romana en las escuelas públicas. Séneca el trájico tomó mucho de él i el filósofo lo elojia mui a menudo.—«Es, dice, el mas sublime de los poetas dramáticos cuando se abstiene de los *quodlibet* reservados para los últimos bancos del anfiteatro.»—«¡Cuántas de sus sentencias, dice en otra parte, deberian pronunciar, no comediantes descalzos, sino trájicos de coturno!»—Macrobio i Aulio Jelio que son los que, con Séneca, han contribuido mas a conservarnos esos aforismos, no los alaban ménos que él. Petronio, que admiraba a su autor hasta el punto de parangonarlo con Ciceron, no concede a este último mas que la superioridad del saber: «Siro, dice, tenia alma mas elevada.»

Nada mas elevado efectivamente que los sentimientos espresados en la mayor parte de esos versos, únicos restos de las obras del poeta, preciosos jirones arrebatados por la ciencia a los destrozos del tiempo. Esa pequeña coleccion es como el depósito de la moral antigua, i Séneca, en sus largos tratados no le ha añadido casi nada. La forma misma en que la presentaba Siro, la nervuda concision de sus yambos, debia conquistar mas hombres a la sabiduría que todos los argumentos de la escuela estóica. Marco Agripa, ese ilustre contemporáneo de nuestro poeta dice que una de sus sentencias lo habia hecho a él buen hermano i amigo fiel. Séneca que ha escrito tanto sobre la sabiduría ponderaba cuanto gana ella con la precision poética.—«Se hacen,

dice, grandes discursos a los hombres sobre el menosprecio, sobre el uso de las riquezas, sobre todos los principios de la moral; pero los mismos preceptos encerrados en un verso hacen sobre el espíritu una impresion mas viva i mas durable; i es ése el glorioso fin que se propuso Siro.»

FELISA.

Vi tardes de verano,
Tardes del Cauca,
Voluptuosas, risueñas
I engalanadas;
I muchos dias
Fueron ménos hermosos
Que mi Felisa.

Tu noche con turbante
De azul i estrellas,
Bordando de cocuyos
Su falda negra,
Patria querida,
Nunca tuvo el misterio
De mi Felisa.

Vi el disco de la luna
Tras lindos sotos
De naranjos, palmeras
I pomarosos:
Su luz tranquila
No tiene los encantos
De mi Felisa.

Temblar vi en los estambres
De la azucena,
Su cáliz perfumando,
Gota de esencia:
Como ella brillan
En mi hogar las virtudes
De mi Felisa.

Errante, desterrado
Del patrio suelo,
Un rizo i unas flores
Ajan mis besos
Prendas unidas
Como están en mi mente
Patria i Felisa.

En las vegas que el Cali
Raudo humedece,
Nacieron estas flores;
Son de *quereme*
Dichoso un dia
Las tomé de las trenzas
De mi Felisa.

El bucle de su pelo
Rubio-paloma,
Talisman de inocencia,
Rizo de novia,
Dulce i esquiva,
Risueña i pudorosa,
Dióme Felisa.

No habrá talvez quien guarde,
Si ausente muero,
Estas preciosas hebras
De sus cabellos,
A un ramo asidas
Sin calor ni perfume....
¡Pobre Felisa!

JORJE ISAACS.

EL RHIN.

El Rhin es el gran rio de los alemanes.

Sus poetas lo llaman el gran padre; en las tradiciones, en los mitos antiguos era un númen. Todo buen aleman tiene veneracion, culto, amor, entusiasmo por este hermoso rio, el rei de los rios europeos.

El Volga, el Danubio, el Dniéper, bien pueden jactarse de mas ancho lecho, de curso mas largo i de mayor cantidad de aguas; pero el Rhin es el mas rico por su comercio, sus orillas están habitadas por pueblos civilizados; sus aguas fecundan fertilísimos campos; su historia es la mas espléndida.

Ricas i populosas ciudades se miran en sus ondas. Los tráficos mas ricos se efectúan en sus riberas. César i Napoleon estamparon en ella sus eternas plantas. Los ejércitos mas formidables se acamparon allí: allí pelearon los mas famosos capitanes, i los mas grandes poetas allí se inspiraron al rumor de sus aguas.

Luis XI, Luis XIII, Luis XIV, Villars, Vauban, el príncipe Eujenio, el gran Con-

dé, Montecuccoli, Turena, Moreau, Pichegru, allí se hicieron inmortales.

I allí tambien ahora se resolverán los destinos de la Europa.

Desde el Castillo de Reichenau hasta el mar del Norte, el Rhin surca como arteria vital del corazon de la Europa. Sus aguas, al paso que son el vehículo de las riquezas comerciales de la Suiza, de la Francia i de la Alemania en el gran continente, son tambien los límites de otras tantas naciones, de otras tantas civilizaciones, de otros tantos sistemas políticos.

Desde los tiempos mas remotos, como tambien hoi mismo, sus riberas son las fronteras mas importantes del sistema político europeo. En su curso limita hácia su orijen el Austria, el Voralberg i la Suiza, en donde mezcla, al atravesar, sus aguas con las del lago de Constanza. De aquí corre orgulloso en un espacioso i profundo lecho, entre el gran ducado de Baden i la Francia, bañando los departamentos del Alto i Bajo Rhin, i formando sus límites hasta la confluencia con el Lauter.

Treinta i cinco puentes desde Stein en Suiza hasta Bommel en Holanda, unen sus riberas. Kehl, Germershem, Manhem, Maguncia, Coblenza, Colonia, Dusseldorf, Wessel Arnheim, prestan orgullosos sus hombros para apoyar los arcos de estos puentes.

El arte de la guerra no va separado de las obras de la civilizacion i del comercio. El sistema mas vasto de fortificaciones corona la una i la otra ribera con formidables plazas fuertes. Germershein, Maguncia, Coblenza, Colonia, Wessel, Arnheim, Simega i los estremos de los puentes de Kehl, Castel, Ehrenbreisten, Wessel, Mortier, Nuevo-Brisach, Viejo-Brisach, Estrasburgo, Saarluis, etc., están erizados de cañones i armados para defender su posesion.

Las aguas del Rhin recorren la Europa en una estension de 1,350 kilómetros, de los cuales 900, desde Basilea al mar, son navegables, la profundidad de las aguas es de 1 a 66 metros.

Cuando se funden las nieves de las montañas suizas, su nivel ordinario se levanta mas de cuatro metros. El término medio de su declive es de 607 a 7,500 metros. Su rapidez es de 90 metros por minuto.

El gran Rhin, el verdadero rio aleman el gran padre de la patria jermánica, el Rhin de Goethe, de Schiller, de Heine, de Victor Hugo, no tiene sino cerca de 850 kilómetros de largo, i su mayor anchura es de 450 metros, en el espacio que corre entre la confluencia del Mem i la del Mosela.

Aun en los grandes tiempos de Roma, el Rhin era la mas importante frontera, porque estaba destinado a dividir el mando romano de las tribus jermánicas. En los tiempos de Tiberio, ocho lejiones custodiaban el paso. César, Polion, Strabon, Tácito, Plinio i Tolomeo, estudiaron i describieron su importancia física, política i estratéjica.

Desde Leida hasta Basilea todas las ciudedes que se encuentran al oeste, esto es, del lado de la parte gálica, fueron o fundadas o fortificadas por los romanos.

El Rhin se divide en tres grandes departamentos: el Alto Rhin desde Basilea hasta Maguncia; el Medio Rhin desde Maguncia hasta Colonia i el Bajo Rhin desde Colonia hasta el mar.

La Suiza fué declarada por los tratados perpétuamente neutral para impedir las irrupciones i los choques entre la Francia i el emperador de Austria.

Sin esta neutralidad la línea del Rhin no habria sido sino una vana barrera para todos los partidos i la gran masa de los Alpes no habria opuesto obstáculo ninguno a las invasiones de la Francia.

Por medio de esta neutralidad la Alemania i la Italia se encuentran separadas, al paso que las puertas de estos dos paises están defendidas por las dos cimas de Schafusa i el Simplon.

Esta neutralidad en la época en que fué establecida, o sea ántes de la reconstitucion nacional i unitaria de la Italia, era mucho mas ventajosa para la Francia, puesto que impedia inevitablemente todas las combinaciones entre los ejércitos alemanes que obrasen sobre el Rhin i los que obrasen en Italia.

Por otra parte, la Francia cubria de este modo las comunicaciones, poniendo en seguridad el centro, aunque no las partes mas vulnerables de su frontera occidental.

Dejando las montañas de la Suiza, el Rhin sirve de límite a la Francia i la Alemania. En este punto, han observado los estratéjicos, que el lecho del Rhin es tan ancho i está tan cubierto de islas que es im-

posible defender bastante bien una ribera para impedir que el enemigo pueda forzarla.

A la derecha, subiendo, se estienden desde luego los campos de Friedlingen. Fué aquí donde Villars, en 1702, puso en derrota a los imperiales. Despues baña a Huninga, plaza que el jenio de Vauban habia fortificado de modo que los cañones de sus dos bastiones pudiesen alcanzar al puente de Basilea. Huninga tambien cubria el flanco de las colinas de Belfort, impidiendo de este modo que el Rhin fuese atravesado en este punto, guardando al mismo tiempo la neutralidad de la Suiza.

Los tratados de 1815 impusieron que esta plaza fuese desmantelada. I esto, observan los jenerales franceses, fué una herida mortal i sin remedio para la frontera francesa. ¿Curarán esta herida con la presente guerra?

El Rhin de aquí sigue su curso pasando a dos kilómetros de Nuevo-Brisach. Luis XIV hizo construir esta plaza fuerte sobre el canal de Alsacia juntamente con la obra avanzada del fuerte Mortier. En frente a Nuevo-Brisach está Viejo-Brisach, otra plaza fortificadisima, i que puede considerarse por su posicion, como una de las llaves del territorio jermánico. Viejo-Brisach es célebre en los anales militares por el sitio que allí fué sostenido en 1638.

A un kilómetro de distancia de ahí, el Rhin deja sobre la ribera izquierda a Estrasburgo. Esta es la antigua capital de la Alsacia, tierra de orijen aleman i hoi cabecera del departamento del Bajo Rhin i de la sesta division militar. El colejio militar, un arsenal, una fundicion de cañones, una fortisima guarnicion, una importante escuela de artilleria indican cuánta sea la importancia estratéjica de Estrasburgo. Para la Francia, en efecto, era el centro de la defensa de las fronteras en el Rhin, como es una de las plazas mas fuertes i mas fortificadas de Europa.

La ciudadela está formada por cinco bastiones formidables, cuyas obras esteriores se estienden hasta el uno de los brazos del Rhin.

El sistema defensivo de esta fortaleza está completado por una compuerta, merced a la cual se pueden inundar todos sus contornos.

De Estrasburgo el Rhin se dirije hácia Stolhofen, que está en la orilla derecha. Finalmente, este rio deja el territorio frances en la confluencia del Lauter. Pero desde Estrasburgo hasta Metz la frontera francesa está enteramente abierta a los enemigos, a los prusianos, que la dominan desde Saarluis, plaza fortisima sobre el Nied, fundada por Luis XIV, que Vauban construyó i a la que proveyó de formidables obras de defensa.

Aquí acaba el teatro de la guerra sobre el Rhin; i ya hemos visto correr en él a torrentes la sangre de los ejércitos rivales. ¿El resultado?....

E. S.

TRANSACCION.

Llegada la cuaresma, se acercó un campesino a confesarse. Tales serian los delitos de que aquel infeliz era reo ante Dios, que el confesor no encontró una penitencia mas suave que darle que la de un riguroso ayuno a pan i agua por unos cuatro dias. El campesino se resistió tenazmente a aceptar tan ruda abstinencia, alegando que él era mui hambriento. Nególe el confesor la absolucion i lo despachó. Iba unas dos horas despues por un camino el padre i un hombre le sale al encuentro i le dice: «*Le ayunaré a pan i leche, pairecito, si gusta.*»

Dicen que el padre no aceptó la transaccion.

TAITA FUELLES,

¡QUÉ BIEN HEMOS TOCADO HOI!

Cuando yo era mozo, allá por los años de 25, habia en esta ciudad uno de aquellos tipos orijinales que aparecen de tarde en tarde, i que vienen a ser con el tiempo personajes históricos que señalan una época, tales como Longaniza, Morola, Curuvito i otros del mismo jaez.

Llamábase auténticamente el niño Anacleto Bustos; pero los muchachos vagabundos de la calle, especie de soberanía

homeopática i democracia en ciernes, que viene a formar un cuarto poder en toros, maremas, fuegos i otras diversiones populares, habian dado en llamarle *taita Fuelles*, por el motivo que mas adelante diré.

Los viejos antiguos eran de ordinario tan viejos, i los hijos estaban tan sujetos a la pretina de sus padres, que éstos se acostumbraban a mirar i a tratar como niños aun a los sesajenarios de ámbos sexos. Así, nada tiene de estraño que el niño Anacleto fuese niño a pesar de sus cincuenta i cinco largos de talle.

Niños del siglo pasado he conocido yo, cuyas mantillas i primera camisa hubieran podido exhibirse un 6 de agosto en el cabildo, cuando habia cabildo, al lado de la cota de malla i de las espuelas del jeneral Quezada. I he conocido niñas cuyo primer diente, cuidadosamente conservado por sus madres i legado a sus descendientes, hubiera podido figurar con honor en el gabinete de un arqueólogo; miéntras que la niña ya no conservaba ni noticia del lugar donde habia acostumbrado tenerlos, como decia Sancho, o cuando mas asomaban como una estaláctita las ruinas de alguno de los caninos, de una pulgada de largo i de color habano, que habian quedado para inspirar a algun Rioja moderno aquello de

«Lastimosa reliquia es solamente.
De su invencible diente
Solo quedan memorias funerales,
Donde erraron ya *sombras* de alto ejemplo.»

De esta antigua i lójica costumbre será que viene la que ha quedado entre las criadas i mujeres del pueblo, de llamarse niñas, como por una cruel irrision. Así no son raras en las casas de familia las siguientes o semejantes escenas o diálogos:

—Mi señora, yo me voi porque la niña Aguinaldo me ha cojido por delante.

La niña Aguinaldo, que frisa en los cuarenta i nueve, alcanza a oir el ultimatum, desde el *planchador*, i asomando la cabeza por la ventana, replica:

—¿Para qué son esos embustes, niña Raimunda? Usted se contradice, porque esta mañana decia que la habia cojido por detras porque le pisé la cola.

—Si, señora, i me descosió el traje.

—A propósito de cola, dice la señora, a mi no me gustan las criadas encoladas que tienen costumbres elegantes i visten como nosotras. ¿Para qué puede servir una criada que tiene ocupada una mano en alzarse a cola i la otra en levantar el traje por delante?

—Si, señora, dice la otra niña: por eso es que la niña Raimunda no quiere ir al mercado, i luego viene con sus cuentos, porque es mui inventaria.

—Si no voi al mercado es porque el médico ha dicho que estoi enferma de patitis.

—Eso si lo creo, dice la Aguinaldo, torciendo una pieza que está almidonando, por que no pára en la casa i la pata anda lista.

Volviendo a nuestro niño, si en vez de nacer el año de 15 se le hubiera antojado ver la luz treinta años despues, en lugar del prosaico i destemplado nombre de Anacleto, que le pusieron sus retrógrados padres para que fuese armónico con el futuro personaje, es decir, nombre de aquéllos que aguantan hambre, frio, lluvia i demas intemperancias, como decia el mismo protagonista de esta escena, se habria honrado con alguno de los pomposos e históricos nombres de Mitridates, Temistocles, Aníbal, Pompeyo i otros de personajes célebres. Estos nombres grandes en los hombres grandes, siempre me han parecido pequeños i vulgares en los hombres pequeños. No es raro ver en los Estados Unidos i en Inglaterra banqueros, condes, lores i duques que se llaman simplemente Juan, Eduardo, Jorje o Santiago, cuyos cocheros i lacayos se llaman Aquiles, Horacio, Teócrito, Diójenes, César, Napoleon, etc.

Tampoco es raro ver en nuestras calles chicuelos vestidos de zuavos, i aun micos con uniformes de mariscales. Todo eso se me figuran los nombres altisonantes i significativos en las personas que no salen de la esfera comun. Pero entiéndase que hago escepcion de un dos por ciento de sujetos distinguidos i de mérito que llevan estos nombres, ya medio mitolójicos; pues así como debajo de una mala capa suele hallarse un buen bebedor, así debajo de un nombre dramático, estrambótico, novelesco i aun de perro, suele encontrarse un hombre instruido, un valiente, un artista notable, una persona, en fin, respetable i digna de estimacion, que lleva un nombre de filósofo griego o de jeneral romano. Conozco, por ejemplo, Temistocles que valen un Potosí, pero tambien conozco otros que valen un centavo de cobre.

En dias pasados entré a visitar a una es-

sa, i halló en el corredor a los chicos disfrazados con los grandes casacones de terciopelo de sus bisabuelos, los pantalones de hebilla que les llegaban hasta los piés i los sombreros apuntados. Una de las criadas notó mi sorpresa i me dijo:

—Es el niño Demontres i el niño Gamenon que han hecho hoi baile de máscaras.

—¿I aquella otra rubia?

—Es la niña Creopata de aquí de la vecindad.

Para tales nombres tales vestidos, dije para mi capote. Pero Demóstenes i Agamenon con sombrero apuntado, i Cleopatra con jubon i redecilla, seria para alquilar balcones.

Volvamos segunda vez a nuestro niño, a quien los pilluelos de la calle se habian encargado de cambiarle el nombre por otro mas prosáico, pero mui significativo.

El niño Anacleto, o sea el taita Fuelles, era una especie de Fígaro o *factotum de la ciá*, aunque sin la viveza i ajilidad de aquel tipo sevillano, tan bien pintado por Beaumarchais; quiero decir, que tenia muchos oficios, pero a derechas ninguno. Estos oficios eventuales eran: cuestor de limosnas para el culto, adjunto edecan o secretario del Parmesano, que era portero del Senado; muñidor de la tercera, es decir, que salia tocando la campana para avisar el fallecimiento de algun hermano; alzafuelles del órgano en varias iglesias; i últimamente *pecado mortal*, que, segun recordarán los *niños* de aquel tiempo que existan todavia, era un sujeto que recorria las calles de noche, con una linterna en cuyo fondo habia un corazon rojo, i tocando una campana.

Cierto dia en que se celebraba una fiesta en Santo Domingo, habia estado el niño Anacleto alzándole (i bajándole) los fuelles a don Mariano Ibero, o mejor dicho al órgano que éste tocaba. La parte del coro salió mui bien en la funcion; i como el niño era mui apasionado por la música, quedó contentisimo. Al llegar al altozano, donde habia una nube de muchachos recojiendo las varillas de los voladores i las armazones de las ruedas de pólvora, silbando i retozando, el niño Anacleto i el organista se vieron rodeados por los pilluelos i se detuvieron.

—¡Qué bien hemos tocado hoi! le dijo el niño Anacleto al maestro Ibero.

—Mui bien, replicó éste: el minué de Esquiaqui salió perfectamente.

—¿I la *Gratamira*? ¿i la marcha triste? ¡Ah! lo hemos hecho divinamente!

—¡Si! ¡si! gritaron algunos *chinos*: taita Fuelles ha tocado mui bien!

—¡Mui bien! ¡mui bien! Viva taita Fuelles! Viva!

—¿En qué se parece taita Fuelles a los capachos?

—En que toca por detras... ¡Viva! ¡viva! I zumbaban las carcajadas i los silbos.

Desde aquel dia le confirmaron el apodo al pobre jubilado, que echaba chispas cada vez que, al volver de una esquina, oia tres, cuatro o diez vocecillas agudas que le decian por detras: ¡taita Fuelles, qué bien hemos tocado hoi! escena que se repetia veinte veces cada dia.

La ocurrencia muchachil se popularizó tanto que ya nadie lo llamaba de otro modo, i quedó el refran «¡qué bien hemos tocado hoi!»

¡A cuántos periodistas, políticos i tribunos pudiera decírseles, despues que escriben largos artículones, o hacen ruidosas peroratas: ¡taita Fuelles, qué bien hemos tocado hoi!....pues que no son ellos los que manejan las teclas.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

REBECA.

Contenido de este número.

I.—La Cuaresma, por Rafael B. Gumucio.
II.—A Laura, poesía, por M. A. Hurtado.
III.—Natalia (continuacion), por Eujenio de Margerie.
IV.—Sentencias traducidas del poeta latino Publio Siro, por Zorobabel Rodriguez.
V.—Noticia sobre Publio Siro, traducida por R. B. G.
VI.—Felisa, poesía, por Jorje Isaacs.
VII.—El Rhin, por E. S.
VIII.—Transaccion.
IX.—Taita Fuelles ¡qué bien hemos tocado hoi!
X.—Solucion de la charada del número anterior.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.« calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, marzo 12 de 1871. Núm. 180.

EDUCACION POPULAR.

I.

Si se observa atentamente la marcha de la instruccion primaria en Chile, se verá que ella está mui léjos de satisfacer las justas exijencias del pais i que nada anuncia un cambio favorable en sus actuales condiciones de desarrollo. Sinembargo, el señor Ministro de Instruccion pública, don Eulojio Altamirano, ha dado ya mas de una prueba de que la educacion popular no le es indiferente, i esto nos ha estimulado a hacer algunas indicaciones que creemos de importancia.

II.

Conocida nos es la lejislacion escolar de los paises mas adelantados en esta materia, i un poco de buena voluntad de parte del ministerio del ramo secundada por una intelijente actividad de parte de los encargados de la direccion de la enseñanza primaria, bastaria para que pudiéramos aprovecharnos, en cuanto nuestras circunstancias lo permiten, de lo que la ciencia i la esperiencia han enseñado en órden a reglamentacion especial i a los mejores procedimientos que se emplean para la trasmision de los conocimientos elementales. Asunto harto trivial i sencillo es pues la confeccion de un plan completo de instruccion primaria, i su redaccion no demandaria sino el trabajo de unas cuantas horas, de unos cuantos dias si se quiere. Si nuestras escuelas aun caminan al acaso en cuanto a réjimen interior i métodos de enseñanza, no es porque desconozcamos la organizacion que debieran tener, sino por otras causas de que por ahora no creemos oportuno ocuparnos. Ademas, un centenar de prescripciones reglamentarias i de principios pedagójicos mas o ménos bien ordenados, no basta para dar instruccion a los millares de niños que hoi mediguan un asiento en los bancos de la escuela: la educacion popular exije maestros, requiere libros, pide escuelas en una palabra, i Chile no tiene ni la mitad de las que su poblacion reclama, porque carece de elementos con que fundarlas.

Le falta el oro i le falta todo.

Por otra parte, los poderes del Estado que tienen iniciativa en la materia, parece que rechazan la idea de crear al ramo de instruccion primaria una renta propia capaz de satisfacer sus principales necesidades, como lo ordena la lei de 1860. Por consiguiente, la cuestion es por ahora invertir de la manera mas fructuosa posible, i pudiéramos decir mas equitativa, las cantidades que anualmente se presuponen para instruir al pueblo; i a este respecto, debemos manifestarlo con franqueza, nuestra primera indicacion debiera ser: mas intelijencia en la administracion de los fondos del ramo. Segun el exámen i cálculos recientes que hemos practicado, resulta que de solo las dos partidas destinadas a la provision de libros i útiles de escritorio, sin dejar de proporcionar a los niños concurrentes a nuestras escuelas *todos los elementos necesarios a su aprendizaje*, podria sinembargo ahorrarse de *cuarenta a cincuenta mil pesos anuales*, suma que basta para aumentar en un sesenta por ciento el sueldo de los preceptores de escuelas urbanas que paga la República, o para crear cien escuelas mas.

Esto, que podriamos demostrar desde luego con la evidencia de los números, será mas tarde objeto de un artículo especial. Nuestras indicaciones por ahora, son:

1.ª Division de las escuelas elementales en cuatro clases: escuelas con la dotacion de 35 pesos mensuales, de 25, de 15 i de 10;

2.ª Supresion del empleo de ayudante en las escuelas rurales;

3.ª Destinacion de las economias que resulten a la creacion de nuevas escuelas.

III.

No conocemos ningun pais adelantado en materia de instruccion primaria en que

las escuelas de sus primeras ciudades sean iguales a las de los pueblos de menor importancia, a las de las villas, aldeas i miserables lugarejos; i no es presumible que una práctica tan jeneral i universalmente observada descanse en razones de poco fundamento, en razones mas o ménos atendibles; pero prescindamos de esta consideracion, decisiva en nuestro concepto, i veamos si la division que proponemos es o no conveniente i necesaria en nuestro pais.

Nadie ignora que Chile necesita duplicar el número de sus escuelas, i que sus rentas no le permiten aumentarlo ni siquiera en un décimo siguiendo la rutina hasta aqui establecida. En presencia de este hecho que todos conocemos i que mil documentos públicos confirman dia a dia, ¿habrémos de cruzarnos de brazos i mirar indolentes que en centenares de poblaciones chilenas las jeneraciones se levanten i se sucedan perfectamente en la ignorancia, sin participar jamas de los beneficios de la instruccion?

Porque el Estado carece de recursos para fundar en la aldea B una escuela en que los niños puedan recibir una instruccion primaria completa, ¿será conveniente que no se les facilite los medios de aprender la lectura i la escritura, por ejemplo? Miéntras la villa A. tiene una escuela en que se enseña la lectura, la escritura, la relijion, la aritmética, la gramática, la jeografía, el dibujo, la historia, etc., ¿será justo que la villa C., con iguales derechos i necesidades, esté privada de todo medio de instruccion?

Nosotros creemos que el Estado es a las diferentes poblaciones que gobierna, lo que un padre de familia a todos sus hijos; i asi como éste mostraria haber olvidado sus deberes, si invirtiendo todos sus recursos en procurar a uno solo de ellos una existencia exenta de necesidades i rodeada de costosos placeres, dejara que el hambre arrebatara la vida al resto de la familia; i asi como pecaria no solo contra Dios i la sociedad, sino tambien contra la razon i el buen sentido, dejando en absoluta desnudez o uno de sus hijos porque carece de medios como procurarle vestidos completos i lujosos, asi tambien el Estado falta a la justica distributiva i a sus mas graves obligaciones destinando las rentas públicas a la creacion de escuelas de primer órden en lugares insignificantes, i dejando a otras poblaciones de igual o mayor importancia sin establecimientos de ninguna clase; asi tambien peca contra el sentido comun negando a la mitad de la juventud chilena los medios de instruirse en la lectura, la escritura, la doctrina cristiana i las primeras nociones del cálculo, porque se considera sin recursos para procurarle tambien el aprendizaje de todos los demas ramos que constituyen la enseñanza primaria.

Jamas comprenderemos en virtud de qué razones se observa en materia de instruccion primaria la absurda práctica de no dar dos porque no se puede dar cuatro, i de dar igualmente cierto, tanto al que tiene necesidades que pueden espresarse exactamente con este número, como al que puede representar las suyas por la unidad. Si no supiéramos que el ramo de instruccion primaria, bajo cualquier punto de vista que se le considere, forma una escepcion entre nosotros, escepcion segun la cual las reglas de buena administracion no le son aplicables pero si toda clase de anomalías e irregularidades, preguntaríamos:

¿Por qué tenemos gobernaciones departamentales de distinto rango, juzgados de letras de diversa importancia, liceos provinciales de clase desigual?

En todos los ramos del servicio público, la importancia de sus establecimientos respectivos, ¿por qué guarda proporcion relativa con la importancia i las necesidades de las poblaciones en que se hallan establecidos?

La division de las escuelas, ya sea conforme a la base que proponemos, ya segun otra mejor calculada, estableceria ademas una escala de ascensos, condicion indispensable para despertar el estímulo en los institutores.

IV.

Vista a nuestro juicio la necesidad i la conveniencia de adoptar la medida que indicamos, resta averiguar si ella es o no practicable.

En cuanto a la ejecucion, no creemos que pueda hacerse otra objecion que ésta: Si por 25 pesos mensuales no se puede encontra un preceptor de regulares aptitudes, ¿se encontrará por 15, por 10?

Contestamos:

Si un individuo trabaja siete horas diarias por 25 pesos, ¿por qué no ha de trabajar 2 o 3 por solo diez? Si por el primer

honorario enseña 7 i 8 ramos, ¿por qué no ha de enseñar 2 o 3 por el segundo? Si en este caso se le exije tres veces ménos tiempo, tres veces ménos trabajo, tres veces ménos ciencia, ¿por qué no le ha de convenir la mitad de la renta?

Si tales razones no son concluyentes, la esperiencia de los hechos nada deja que replicar a este respecto.

En la provincia de Santiago, sin escluir la capital, un número considerable de las personas que se dedican a la enseñanza primaria en escuelas particulares no alcanza a procurarse la renta que hemos indicado para las escuelas de 4.ª clase; i se consagra a estas tareas sin espectativas de ascenso, sin derecho a jubilar i con la seguridad de que una enfermedad cualquiera puede privarlos de sus pequeñas entradas por todo el tiempo que permanezcan imposibilitados para el trabajo.

Comparada pues la situacion que crea el destino público con las ventajas que ofrece la ocupacion privada, resulta una gran diferencia a favor del primero, i no vemos por que no habria de preferirse a la segunda. Por último, con la adopcion de la medida que proponemos podria procurarse útil i conveniente ocupacion a muchos de los que habiéndose educado en las escuelas primarias, careciendo de fortuna i no habiendo aprendido un oficio en sus primeros años, no encuentran despues en que ni como ganar la vida i suelen ser el azote de los pueblos.

La Suecia ha encontrado maestros para sus escuelas de cuartel por veinte i nueve francos anuales. Si Chile paga de 600 a 2,100, no tema que en sus escuelas se encuentren, como en Inglaterra, centenares de institutores que no saben firmarse.

V.

Hemos manifestado aunque brevemente las razones que aconsejan la division de las escuelas de la república en clases que correspondan a la importancia de las localidades en que funcionan. Veamos ahora las que militan en favor de la supresion del empleo de ayudante en las rurales.

En nuestro concepto, un empleado basta para el buen servicio de una escuela rural. Aldeas i lugares que no alcanzan a contar mil habitantes, jamas enviarán a la escuela un número tal de niños que no pueda educarse convenientemente bajo la direccion de un solo maestro. No solo su corta poblacion, sino tambien sus necesidades i costumbres, harán que ello así suceda durante muchos años, talvez durante algunos siglos; i si en algun caso escepcional llegara a verificarse lo contrario, la dificultad se salvaria fácilmente empelando el sistema monitorial.

No teniendo los educandos sino una escuela a que poder asistir, permanecen en ella durante 6, 8 i mas años, lo que permite al institutor, si lo quiere, formar excelentes monitores que lo ausilien en sus tareas; i como ademas la instruccion que se da en dichos establecimientos debe ser mas elemental i limitada que la que corresponde a las escuelas urbanas, ningun inconveniente ofrece la adopcion del sistema mutuo de enseñanza. I si aun se cree que los motivos alegados no bastan para justificar la supresion que indicamos, repetiremos una sola de las razones que hemos espuesto, ocupándonos de la 1.ª de las medidas propuestas.

Supóngase que cada una de las escuela establecidas en las aldeas A i B es rejentada por un preceptor i un ayudante. La aldea C miéntras tanto, que no es de menor importancia que las anteriores, carece de todo medio de instruccion. ¿Es esto justo, es esto conveniente?

Cada ayudante gana 200 pesos, cada preceptor 300.—¿Por qué no se suprimen las dos ayudantías que hemos supuesto i con su renta se funda una escuela en la aldea C?

Marzo de 1871.

PACÍFICO JIMENEZ.

BALADA.

—Qué buscas, niña ¿qué buscas
Con señalada ansiedad?
¿Por qué lágrimas derramas
En inconsolable afan
I viertes ayes dolidos
En las orillas del mar?

¿Quién no creyera al mirarte
Que eras talvez la Deidad
A quien rinden las sirenas
Adoracion divinal,

I que es fama que se ocultan
En el fondo de la mar?

Tu rostro es bello, tus ojos
Son luceros al mirar,
Tu boca nido de perlas,
De rosa, nieve i coral,
I tu alba frente es tan pura
Como la espuma del mar.

Cuéntame lo que te atrista,
¡Oh! cuéntame tu pesar,
Que puede que dé consuelo
A tus dolores quizas,
Por que tambien he llorado
Del ancho mundo en el mar.

—Aquí me juró mi amante
Nunca dejarme de amar,
I en seductoras promesas
Confié mi felicidad,
Porque era su amor, decia,
Tan inmenso como el mar.

I luego huyó, desde entónces
Mi vida pasando va
Entre sueños que encontraron
Con amarga realidad,
I por eso triste lloro
En las orillas del mar.

—Olvida, niña donosa,
A ese amante falaz,
Que el corazon que no olvida
Algun recuerdo fatal
Tiene que verter mas llanto
Que las aguas de la mar.

¡Ai! dijo la bella niña:
El que una vez supo amar
Es imposible que olvide
Si abriga un alma leal.
I quedó, quedó mas triste
En las orillas del mar.
1865.

M. A. Hurtado.

QUANDOQUE BONUS.....

Hojeando los *Elementos de Literatura* por don Diego Barros Arana, hemos encontrado, leyendo al acaso, en la pájina 72 del primer volúmen, lo que sigue:

«.....Así una interrogacion puede ser a la vez apóstrofe, o prosopopeya e hipérbole, como puede notarse en el siguiente ejemplo tomado de una elejía de frai Luis de Leon EN LA MUERTE DE UN OBISPO.

«¿I dejas, pastor santo,
Tu grei en este valle hondo i oscuro
Con soledad i llanto?»

El señor Barros Arana, decano de la facultad de filosofía i humanidades, Rector del Instituto Nacional, profesor de Literatura i autor de tantos *textos adoptados*, ignoraba que la composicion de frai Luis de Leon de que forma parte la estrofa que ha copiado no es «en la muerte de un obispo» sino «A la ascension del Señor,» que es un poco diferente.

Al parecer, el señor Barros no ha visto la composicion entera sino solamente la citada estancia copiada en alguno de los mil i un libros que ha estractado i cuya larga lista se complace en presentar en su prólogo; vió que se hablaba de *pastor santo*; i, sin mas auto ni traslado, i sin el consentimiento de su autor, el señor Barros dedicó a la muerte un obispo lo que frai Luis habia dedicado a la ascension de Jesucristo. *¡C'est drôle!*

«Es mui reducida sin duda la parte que hai verdaderamente mia en este libro,» dice el señor Barros en su prólogo i así es en efecto. Pero lo que nadie le disputará como suyo i mui suyo es el *quid pro quo* de la estrofa de frai Luis de Leon.

Nos proponemos leer todo entero i con cuidado el libro del señor Barros, ya que tenemos de él tan buena muestra.

EN TU AUSENCIA.

Léjos de ti, hermosa niña,
Mi pecho jime,
Sin que un alivio encuentre
Mi pecho triste.
¡Oh! si pudiera
Siempre estar a tu lado,
Bella hechicera!

La flor, sin los ardores
Del sol, fenece;
Tambien mi alma en tu ausencia

Lenta se muere:
Tú de mi vida
Eres el sol ardiente,
Prenda querida.

Al recorrer los campos
No encuentro flores,
Ni siento los murmurios
Gratos del bosque:
Mi pensamiento
Jamas de tí se aparta
Por un momento.

Solitario, las tardes,
Errante vago,
Recorro las campiñas,
Los montes altos;
Mas por do quiera
Es siempre tu memoria
Mi compañera.

Si de dia yo vivo
Con tus recuerdos,
Los desvelos, de noche,
Mátanme el sueño.
¡Oh! si pudiera
Siempre estar a tu lado,
Bella hechicera!

Febrero de 1871

CELSO VICTOR CÁCERES.

NATALIA.

(Traducido para *La Estrella de Chile* por R. B. G.)

(Continuacion.)

CAPÍTULO IV.

El combate.

Sir John no necesitó mucho averiguar para saber cuales eran los defectos dominantes de M. de Noirval, i qué cualidades, por consiguiente, debia él poner en campaña para agradar a Natalia. Esa misma voz pública que poco ha ensalzaba a M. de Noirval como un cumplido caballero, lo proclamaba ahora un necio i un malvado de la peor especie, i una corta estadía que ese señor hizo en Eaux-Bonnes bastó para manifestar a Sir John que esta vez no se engañaba la voz pública.

Brillar al frente de un ente igual no era cosa difícil. No necesitaba Sir John hacer ningun esfuerzo para lucir su talento, que por sí solo se manifestaba en los mas mínimos detalles de la conversacion, o sus nobles sentimientos que le eran tan naturales que parecian ser como la respiracion de su alma. Natalia distinguió en sus conversaciones el espíritu delicado i la variada instruccion de Sir John. Acostumbrada a ver a su esposo que bostezaba, se encojia de hombros o tomaba su sombrero cuando se hablaba de algun rasgo de abnegacion, Natalia no podia ménos de simpatizar con aquel seductor baroncito que contaba tan bien, tan lleno de entusiasmo,—llenos a veces los ojos de lágrimas i con la voz vibrante, si leia alguna historia tierna,—que parecia que no ignoraba ninguna de las fuentes de emocion i que sabia por lo ménos aplaudir las virtudes de que se sentia incapaz.

Como el hábil estratéjico, Sir John conoció pronto que sus cualidades eran estimadas en su justo precio,—hasta en mas de su precio, al ménos las cualidades de su corazon; porque habia muchas cosas que Natalia, i otros tambien, atribuian a la esquisita sensibilidad de Sir John, a los jenerosos instintos de su alma i que eran fruto simplemente de la injeniosa flexibilidad de su espíritu. Podiasele aplaudir aquel profundo dicho de M. Montalembert a propósito de la mayor parte de los románticos, que sueñan, deliran en las iglesias i no saben orar: Sir John habia llegado a un punto en que admiraba con solo la imajinacion i *como artista*, lo que en otro tiempo habia venerado como cristiano, lo que, si no hubiera olvidado tanto a Dios, le habria causado punzantes remordimientos.—Natalia no sabia discernir esas diferencias i atribuir frecuentemente a los sentimientos del hombre lo que solamente era el resultado de la viva impresionabilidad del poeta, del pintor o del arqueólogo.

Las lecturas en alta voz fueron uno de los medios empleados con mejor éxito por Sir John para ganar en la amistad de Natalia.—Con arte infinito, se estrenó, delante de la señora de Noirval i cuatro o cinco personas, con libros cuya intachable ortodojia i perfecta pureza no daban lugar

a sospecha alguna: *Silvio Pellico*, *El leproso de Aosta*, *El elojio del jeneral Drouot*.—Sir John que gustaba de todo eso como *dilettante* literario, por estraño que fuese al sentimiento cristiano, leia con una emocion, una verdad, una elocuencia, un entusiasmo que arrancaba lágrimas.

I, cuando, en pos de las lecturas, surjia alguna controversia, presentándose a Natalia como un hombre que hai que convertir, tenia cuidado de parecer rendirse a sus razones, acercarse mas i mas con el corazon a esa fé cuyo lado poético jamas habia negado la imajinacion.

El encanto de esas lecturas,—el goce de encontrar por fin aquello de que estaba sedienta hacia ya mas de diez años, una intelijencia i un corazon con quien comunicar en ideas i en sentimientos,—algunos buenos consejos que Sir John le daba, de paso, para la educacion de sus hijos,—la persuasion en que estaba ella de que hacia bien a Sir John i de que acabaria por llevarlo a la verdad para la que tan felizmente estaba dispuesto,—todo eso hizo en estremo agradable a Natalia la sociedad de Sir John.

Se iba acostumbrando a verlo todos los dias, algunas veces sola. Porque esos paseos en carruaje i las ascensiones ecuestres dejaban mui amenudo desierto el hotel a mediodia, las dolencias de la señora de Noirval no le permitian tomar parte en esos pasatiempos. Sir John estaba retenido tambien allí por su salud delicada; iba al salon a hacer sus lecturas i parecia mui sorprendido cuando encontraba a Natalia sola allí.

Trabóse, con motivo de esas lecturas i esas conversaciones, entre Sir John i Natalia, una intimidad que ésta, alma sencilla, aceptaba con toda simplicidad como un consuelo que Dios le enviaba; miéntras que para Sir John era cada dia un paso mas hácia el ataque decisivo que meditaba contra la pobre mujer.

Un dia cayó él enfermo,—o mas bien finjió estarlo, a fin de probar los progresos que habia hecho en el corazon de Natalia. El infeliz juzgaba a Natalia por lo que habia visto en las mujeres del mundo. Así, pues, su táctica, hábil quizas, si hubiera tenido que habérselas con estas últimas, aplicada a Natalia, fué para Sir John el principio de su derrota.—Natalia abrió los ojos i vió el abismo a donde habia caminado hasta entónces con paso tan seguro.

Verdadera o finjida, la indisposicion de Sir John duró cinco dias. Triste e inquieta desde el primer dia, Natalia, al dia siguiente, sintió que le faltaba lo que, desde habia un mes, hacia sido el gran interes de su vida. El tercer dia, recapitulando los sentimientos que esperimentaba para con Sir John i que ella habia creido tranquilos, razonables, casi cristianos, puesto que ella se mecia en la esperanza de conquistar para la verdad esa alma preciosa, Natalia conoció la ilusion que habia padecido.

La febril agitacion que la trabajaba ¿era acaso signo de la serenidad de un afecto honesto? ¿Cómo habia podido ella cegarse hasta el punto de recibir con tanta frecuencia, muchas veces sola, a un jóven dotado de cualidades tan seductoras, precisamente de aquéllas de que carecia M. de Noirval? Interrogándose a sí misma con buena fé, conoció que a aquella confesion dolorosa de los defectos de su marido, en la que únicamente hasta entónces habia hecho consistir su venganza, habian sucedido, de una semana a esa parte, un profundo desprecio, una aversion violenta que jamas habia conocido i que, por justos que fuesen a los ojos del mundo, repugnaban al cristiano corazon de Natalia i alarmaban su conciencia. Natalia conocia perfectamente que ese desprecio i esa aversion habian nacido de su tierna i ardiente estimacion a Sir John.

El primer sentimiento de Natalia al sentir dentro de su pecho semejante huésped, fué un movimiento de gratitud a la divina bondad por haberla prevenido a tiempo.—En seguida, ese rincon del alma donde los mas virtuosos albergan un resto de simpatía por lo mal, comenzó a echar ménos esa dulce intimidad, ese comercio de una intelijencia distinguida, esas plátícas, esas lecturas que los ecos mas delicados del alma se despertaban deliciosamente, todas esas cosas que cuadraban tan bien a su organizacion ¡pobre mujer! i que no habian tenido mas que goces lícitos sin el pérfido veneno cuyo funesto sabor comenzaba ella a gustar.

Pero esa pena por goces que tienen por objeto lo malo, duró poco en un corazon tan enamorado de lo bueno;—o por lo ménos, cada vez que surjió, fué ahogada por una voluntad resuelta a hacer lo po-

sible para sustraerse a un peligro que llegaba a ser culpable desde el momento en que ella tenia plena conciencia de él.

Ante todo, se confesó. Los cristianos no conocen otro remedio para las enfermedades del alma. Pero, siempre indulgente, escusó a Sir John, o mas bien no tuvo necesidad de escusarse, creyendo que ignoraba que se habia propinado un veneno.

El confesor le aconsejó que rompiera, pero con prudencia i poco a poco, para no despertar en el jóven, por una brusca ruptura, sentimientos que bien pudiera haber inspirado sin esperimentarlos él mismo.....

En la noche del dia que Natalia se habia confesado, Sir John entró al salon en que ella se encontraba con algunas otras personas. Estaba pálido, i las huellas de la enfermedad prestaban un encanto mayor a su rostro tan interesante siempre. La señora de Noirval lo recibió con cierta emocion. Sir John se portó mas tierno que de costumbre i el embarazo visible de Natalia, comparado con la calma con que hasta entónces habia recibido a Sir John, fué equivocadamente interpretado por nuestro baroncito. Creyó que habia llegado el tiempo de precipitar el desenlace.

CAPÍTULO V.

Paseo a la montaña.

La permanencia en los baños habia mejorado notablemente la salud de la señora de Noirval; i su médico, despues de haberle prescrito por mucho tiempo la quietud, le recetó movimiento i algunos paseos a caballo a la montaña.—La primera de esas escursiones le pareció a Sir John excelente oportunidad para hacer a Natalia una declaracion que debia ser, no lo dudaba, favorablemente acojida.

Partieron por la mañana para ir a almorzar en un pico cercano a Eaux Bonnes, desde donde la vista tiene un panorama encantador. La comitiva era numerosa; varios guias la acompañaban.

Llegan a un punto de la montaña donde el sendero se estrecha tanto que no pueden caminar por él dos caballos de frente. Los grupos de viajeros se arreglan de uno en fondo en una línea interminable, llevando un guia a la vanguardia, otro a retaguardia i uno o dos en el centro.

Sir John hizo de modo que quedó colocado detras de Natalia, en la estremidad de la fila de jinetes que flanqueaba la montaña. Delante de Natalia iba un viejo, sordo como una tapia i detras de Sir John un guia que medio entendia frances i castellano; pero ni una palabra de ingles.—Fué pues en este idioma, tan familiar como el frances para la señora de Noirval, como comenzó Sir John la conversacion, seguro de tener tiempo de llevarle a buen cabo, puesto que la estrechez del camino que los aislaba del resto de la carabana debia durar mas de una hora.

Principió por banalidades a que Natalia contestó con bastante entereza. En seguida, hizo una hábil entrada al terreno un tanto sentimental en que, desde hacia un mes, se habian concentrado poco a poco sus conversaciones. A medida que la voz del jóven se hacia mas tierna i sus reflexiones perdian el carácter jeneral para precisarse, i dirijirse evidentemente a ella, Natalia veia caer el velo que su indulgencia habia puesto sobre los ojos de su perspicacia. Sir John no habia sido solamente la ocasion, sino la causa de los descubrimientos que hacia algunos dias habia hecho ella en su conciencia.

La indignacion que comenzaba a levantarse en el pecho de Natalia, le cerraba casi completamente la boca;—i Sir John, creyendo ver en ese silencio un aliento para seguir adelante, hizo una declaracion en forma.

—Os amo, Natalia, le dijo, debeis saberlo ya. Nuestras almas han sido hechas la una para la otra i Dios es quien me envia para consolaros de la indigna alianza que vuestro padre os hizo contraer. Si quereis corresponder a los sentimientos que abrigo para con vos, nada faltará a mi felicidad i acabareis de conquistar para Dios el corazon de vuestro amigo.

—Señor, respondió Natalia en frances, olvidando la presencia del guia que levantó la cabeza al oir esa súbita esplosion;—señor, continuó Natalia en ingles, os habia juzgado mejor. Pensaba que vuestras manifestaciones para conmigo nacian de un alma pura i que queriais distraer mi tristeza i los dolores de mi enfermedad haciéndome cultivar con vos las letras i la amistad. I todo eso, no era mas que trabajos dirijidos a circunvenir a una pobre mujer para aprovecharos de las pruebas

que le envia la Providencia i arrastrarla al abismo.—¡Ah! el hombre al que quereis sobreponeros, cuyo deshonor tramais, vale mas que vos, señor. Porque la naturaleza ha sido mezquina con él, no le ha dado ninguna de las dotes de espíritu i de corazon que con tanta profusion ha derramado en vos i de las que haceis tan indigno abuso....¡I osais profanar los nombres mas santos i decirme que os conduciré a Dios, en el momento en que me proponeis que olvide el primero de mis deberes i que pierda los únicos bienes que me quedan, la amistad de Dios, la paz de mi conciencia i una reputacion sin mancha!

Sir John quedó un poco desconcertado. No podia ménos de admirar los sentimientos que tan bien espresaba Natalia i por consiguiente despreciarse a si mismo i su indigna conducta. Aun, en cierto modo, i como literato que gusta de que los caractéres desde el principio hasta el fin estén bien sostenidos, estuvo casi tentado a regocijarse de esta victoria que la señora de Noirval ganaba contra él.

Ese buen movimiento no duró mucho. El amor propio herido vino al socorro de nuestro enamorado; tuvo vergüenza de dejarse vencer asi por el primer apóstrofe de una mujer.

Se disponia a replicar—¿Qué iba a decir? En el lenguaje del amante despreciado, del jugador vencido (porque a la vez perseguia una conquista i una apuesta) ¿se habrian reconocido los nobles procedimientos de un *gentleman*, los miramientos debidos a una mujer i ese sentimiento de las conveniencias, tan relijiosamente respetado de ordinario por los que se colocan mas abiertamente sobre los principios?

No lo sé—o mas bien, dudo que asi fuese. La exasperacion que debia esperimentar Sir John lo hacia capaz de todo, hasta de pensar i decir cosas que un instante despues habrian repugnado a su corazon. ¿Qué cosa mas natural? ¿No es propio de la flaqueza humana dejarse arrastrar mas allá de lo que ella queria? I cuando Dios quiere castigar a esos orgullosos que pretenden prescindir de Él i ser ellos mismos su propia lei ¿no acostumbra entregarlos al impetu de sus pasiones, seguro de que no tardarán en violar—con gran perjuicio i vergüenza propia—aun esas leyes humanas que ellos se han impuesto?

Pero ¿para qué detenernos en conjeturas?—Natalia, como si hubiese presentido nuevas palabras mas odiosas todavía que las primeras, no dejó a Sir John tiempo para replicar.... Apénas acabó de hablar, abrazando con una mirada toda la fila de jinetes que la precedia, conoció que todas las miradas estaban fijas en ella. Tuvo como una vaga sospecha de que los estallidos de su cristiana indignacion eran interpretados por toda aquella jente como las últimas convulsiones de una virtud espirante. Pensando en el porvenir, vió su reputacion perdida para siempre, el nombre de su marido entregado como pasto a las desapiadadas risas del mundo, sus hijos señalados con el dedo.... ¡I todo esto era obra de Sir John!

La compañía de ese hombre le causó horror, i, sin reflexionar en lo que hacia, a riesgo de resbalar en el precipicio, picó su caballo i lo hizo pasar a la vanguardia de la fila. Siguió silenciosa el resto del paseo, fijándose solo en mantenerse léjos de Sir John.

La lluvia sorprendió a los viajeros a la vuelta. Natalia tuvo frio; esto, unido a las emociones del dia, renovó su tos i la hizo caer en un lecho de dolor del que ¡ai! no debia ya levantarse jamas!.....

....

(Concluirá.)

EUJENIO DE MARGERIE.

DE ANTIOQUIA A MEDELLIN.

Al fin te diviso,
Hermosa cuidad,
Respiro tus aires
Que vida me dan,
La vega contemplo
Que moja al pasar
La onda revuelta
Del manso Alburrá.
Morir es dejarte,
No vuelvo a viajar.

Penoso recuerdo
Me sigue tenaz.
¡Qué sol! ¡Qué camino!
¡Qué mula! ¡Qué afan!
¡Calor del infierno!
Me voi a asfixiar;

El brandy envenena
I el agua hace mal.
Me muero, me ahogo:
¡Qué insano es viajar!

Jerónimo horrible
(Te niego hasta el *san*,)
Tus llanos son crueles,
Tu pueblo infernal,
De ti fatigado,
Llegué a Sopetran,
Al Cauca jadeante
A Antioquia mortal;
I ví tantos....¡vaya!
¡Qué malo es viajar!

Critiquen palurdos
La vida oriental:
Me place tendido
Sobre ancho sofá
Dormir una siesta
Despues de fumar.
Mujeres i flores
La mesa; la paz;
Todo lo que brinda
Voluptuosidad.
¿Con tales instintos
Se puede viajar?

No dejes, bagaje,
Tu suave compas,
Galopa, galopa....
Llegamos a Aná.
Las cuestas cesaron,
Cesó el pedregal.
¡Bendita alameda!
Juro por San Blas
Que en mula i por lomas
No vuelvo a viajar.

JORJE ISAACS.

UN IMPORTANTE

DESCUBRIMIENTO LITERARIO.

A principios de este año concluia el que esto escribe de publicar un desaliñado estudio sobre las poesías del maestro sevillano Francisco de Rioja, i, al ocuparse de la cancion *A las ruinas de Itálica*, entraba en un exámen comparativo entre el primitivo testo de esta magnífica, pieza atribuido con razon a Rodrigo Caro i la version, correjida mas tarde, segun se suponia entónces, por Rioja.

Trataba tambien en ese estudio de probar que Rioja no era culpable de un plajio, sino que solamente puso mano en la obra de su compatriota con el solo objeto de mejorarla, dejando a su autor toda la gloria que se merecia.

No pensaba en verdad que tan pronto volveria a llamar la atencion de los estudiosos jóvenes que honran con su interes las columnas de esta modesta Revista sobre un asunto para mi completamente dilucidado. Creia pues que la cancion que nos ocupa era orijinal de Caro i limada por Rioja; pero hé aquí que no sin sorpresa me veo obligado a desmentir un hecho que la crítica pensaba haber fijado para siempre.

El testo i las correcciones pertenecen a Caro. El erudito comentador de Quevedo, don Aureliano Fernandez Guerra i Orbe, acaba de decidir sin recurso la cuestion en una memoria presentada a la Academia española, trabajo que con justicia puede llamarse la verdadera historia de la cancion *A las ruinas de Itálica*. En ella se vé claro que esta obra no reconoce otro padre que Rodrigo Caro, quien ¡cosa admirable! la escribió a los veintidos años de su edad, gastando muchos mas en correjirla hasta darle la última perfeccion.

Cinco versiones distintas de una misma obra, debidas a una misma pluma, inspiradas todas por el mismo sentimiento de melancolía i desengaño aparecen como comprobantes de la conclusion a que arriba el estudioso literato señor Guerra i Orbe.

Pero ¿cómo se atribuyó a Rioja esta obra, ajena acaso a su inspiracion siempre templada por su nativo amor a la moral filosófica?

No hai en esto otra causa que la ignorancia i falta de estudio con que Lopez de Sedano publicó su *Parnaso español*. Sedano elijió los versos que hallaba dignos de pasar a la posteridad tomándolos de códices antiguos donde estaban hacinadas sin criterio alguno obras de autores diversos, atribuyéndoseles a éstos las que eran de aquellos. A Rioja, por ejemplo, le arranca el mejor floron de su corona poética (*la Epístola moral*), para ornar con él la frente de Bartolomé Leonarda de Argensola a

quien regala ademas una cancion de Mira de Amescua que pasa por una de las mas acabadas en nuestra lengua.

Quintana con mejor acuerdo restituyó su gloria a Mira de Amescua i a Rioja, pero, ignorando que Caro era el autor de la *Itálica* consagró con el peso de su prestijio la idea falsa que la atribuia al dulce i melancólico cantor de las flores.

Cuando años mas tarde la crítica moderna desenterró el primer orijinal que comienza:

Este es (si no me engaño) el edificio
De Publio Scipion, de Roma gloria;

la opinion acusó a Rioja de plajiario, vulnerando su venerable nombre, acreedor al respeto de cuantos aman la virtud i la ciencia. Pero Rioja no tenia otro crímen que el de haberse deleitado en la lectura de una oda admirable que se halló confundida entre las suyas, bien que encabezada por las iniciales *R. C.* (Rodrigo Caro).

El primero que dió la voz de alarma reclamando la paternidad de Caro sobre la *célebre cancion* fué don Faustino Matute i Graviria en su *Bosquejos de la Itálica, o apuntes para su historia*. Sinembargo este escritor dejó como cosa sentada que Rioja habia sido un acertado corrector de la obra de su paisano i amigo.

De la misma opinion fué don Jil de Lara quien imprimió las dos versiones acompañada de otra tercera entre las que establece un exámen comparativo.

Esto pasaba por los años de 1828.

En 1835 don Juan Colon i Colon hacia una publicacion idéntica exhibiéndose como autor del descubrimiento sde no ser enteramente orijinal la oda de Rioja a las «Ruinas de Itálica.»

Don Amador de los Rios, autor mas tarde de la monumental *Historia de la Literatura española* reproduciaen 1842 en su traduccion de la de Sesmondi sobre el mismo asunto lo que habian ya dicho sobre el asunto los literatos ántes citados. Del mismo error llegaron a participar hasta las mas sábias corporaciones, pues la opinion de que la cancion a *Itálica* tenia dos padres fué admitida por la Real Academia de la historia en 1851.

Nadie se atrevió desde entónces a poner en duda esta opinion, consagrada ya por respetables críticos i la gloria de la cancion a Itálica se dividia entre los dos injenios sevillanos.

No dejó, pues, de causar sorpresa a los poetas, i anticuarios de Madrid el oir en una tertulia literaria a don Aureliano Fernandez Guerra i Orbe afirmar que ámbas versiones pertenecian a la misma pluma. Sucedió esto en 10 de agosto de 1858 i, aunque acojida con reserva la especie, se discutió largamente sobre el estilo de Rioja llegándose a dudar que él hubiese sido el corrector de una oda tan inspirada.

A la sazon don Cayetano A. de la Barrera escribia una biografía del cantor de las flores i como abrigase una opinion diversa de la del señor Guerra i Orbe entró a discutir privadamente con él. De esta discusion resultó que el manuscrito firmado R. C. que el señor de la Barrera reputaba como autógrafo de Rioja era ni mas ni ménos que de puño i letra de Rodrigo Caro.

El señor de la Barrera, no atreviéndose, pues, a sentar por sí una opinion definitiva sobre el particular, se sujetó a una junta de distinguidos literatos, ofreciendo conformarse con su decision.

La verdad no tardó en abrirse camino, i bien pronto tuvo el crítico a que atenerse. Aquí en vez de estractar copiaremos al señor Guerra i Orbe algunos párrafos de su memoria a fin que el lector se instruya con detencion de los fundamentos en que sus conclusiones estriban:

«A principios de junio de 1862 me anunció mi docto i jeneroso amigo el señor don José María de Alava, honra insigne de la universidad literaria de Sevilla, una adquisicion que acaba de hacer: era nada ménos que el manuscrito orijinal del *Memorial de Utrera*, en 196 hojas, gran folio, todo él de puño i letra de Caro. Dijome que allí estaba la *Cancion* de 1595, i muchas hojas adelante una refundicion enteramente desconocida, hecha por el mismo poeta hácia 1601, con la advertencia siguiente: «En el capítulo quinto, la *Cancion* que aquí pase tengo enmendada i añadida: i ansi la pondré toda aquí por no hacer insuave el corriente de los versos, que no se quieren leer a pedazos.» (Folios 23 i 68 vuelto).

«Pedí copias al erudito catedrático i bibliófilo; i la contestacion fué sacarlas con todo esmero, ilustrarlas con un precioso estudio crítico, i por enero de 1863 traérmelas él mismo i juntamente el códice

orijinal, que todavía conservo en mi poder.

«¡Cuán deleitoso fué para el señor La Barrera i para mí, comparando este manuscrito i el de la Biblioteca de la Nacion, admirar la identidad del epígrafe i de no pocos versos, que no parecian sino calcados! La firmeza del pulso en ámbas copias demuestran que, habiendo refundido Caro su oda por vez primera hácia 1604, la mejor refundicion no debió hacerse con posterioridad al indicado año de 1614, cuando de vida contaba ya cuarenta i uno el poeta.

«Mas, si como todavía no fuera bastante prueba una tan decisiva, quiso la buena suerte cerrar con llave de oro la investigacion crítico-literaria.

«Entre el pasmoso número de papeletas bibliográficas formadas por don Bartolomé José Gallardo, i todas escritas de su puño, hallaron *dos* en 1866, iguales al parecer, los señores don Manuel Remon Zarco del Valle i don José Sancho Rayon. Ambas papeletas contenian fielmente copiada, aun cuando con algunas variantes notables, la celebérrima oda, la misma oda conocida desde 1774; pero tal como hubo de encontrarla Gallardo, ocupando los folios del 159 al 161 inclusive, en un antiguo códice de *Poesías varias* encabezadas con las del doctor Barahona de Soto. Los dos laureados bibliófilos señores Zarco i Sancho apresuráronse con su noble impaciencia i entusiasta desprendimiento, a ofrecer en un mismo dia la una al señor La Barrera, i a mí la otra. Faltaba, en la que me tocó, el breve rejistro del códice, pero no en aquella; el cual resulta C-344; conjeturando La Barrera que por ventura debia indicar estante i número en la biblioteca colombiana. He averiguado ahora que este códice i otros muchos de Caro, pertenecieron a la tambien sevillana del colejio de San Alberto.

«En resolucion, la oda, en ese códice descubierto por Gallardo, va encabezada con epígrafe tan concluyente i decisivo como éste:

«CANCION A LAS RUINAS DE ITÁLICA,

o Sevilla la Vieja, por el licenciado Rodrigo Caro.»

«A la postre lleva la siguiente importantísima nota, de igual letra que la de tres versos entrerenglonados, habiéndose pasado una raya por cuatro a que sustituyen:

«Esta *Cancion* que el autor hizo mozo, la enmendó i reconoció despues, i está en el 1 tomo de *Varias poesías*, folio 242, con anotaciones del mismo.»

«¿Qué puede apetecer ya el hombre mas descontentadizo? ¿Queda sin atar cumplidamente ni el mas pequeño cabo en la averiguacion histórico-crítica? Como pocas ha llegado hasta la evidencia.

«Pues sépase (i no abusaré mas de vuestra benévola atencion) que siendo esta última interesante copia mui conforme a la correctísima del códice M-82 de la Biblioteca Nacional, que supongo de 1614, publicada por Sedano, i cien veces reproducida despues, hace todavía ostentacion de nuevas enmiendas. Diez i siete de los ciento dos versos que la componen, han vuelto al yunque. Pero casi las diez i siete veces se ha equivocado el anciano poeta; porque la lima, que sabe destruir una aspereza ingrata, puede tambien desfigurar un perfil bello.

«¡Qué ejemplo de práctica enseñanza ofrecen la *Cancion* primitiva i sus ulteriores refundiciones, ya para realzar i avalorar los hermosos frutos del bien encaminado arte de correjir, ya para que se eviten los escollos a que arrastra el inmoderado propósito de perfeccionar obras admirables!

«¡Cuán digno de la Academia seria que viesen juntos la pública luz todos los diversos ejemplares de la *Cancion*, segun fué retocándola Caro; i una mui breve historia de ella, porque hasta ahora no se han dado al público sino sueltas, o incompletas, o a veces falsas noticias! ¡Cuán digno acompañarla con un juicio crítico, tal como puede hacerlo tan sabia corporacion!.... De enseñanza seguramente habria de ser contemplar de qué suerte brotan bellezas para engrandecer un pensamiento feliz, pero que no pudo ocurrirse perfecto; i como tambien *in vitium ducit culpæ fuga* aun dominando el arte.

«Permítanseme dos ejemplos únicamente. Duéleme ver escrito de primera intencion en el códice manejado por Gallardo:

«Estos, Fabio, ¡ai dolor! que ves ahora
«Campos de soledad, *yerto* collado
«Fueron un tiempo Itálica famosa.

«I luego, tachando el segundo verso, imajinar que le mejorara el poeta con decir:

«Estos, Fabios, ¡ai dolor! que ves ahora
«Reliquias que esparció rústico arado.

«Lo propio sucede cuando inutiliza con una raya dos versos llenos de verdad i de sublime sencillez, (pero ya retocados por esquivar mui pueril asonancia), para ofrecer sin necesidad otra imájen de mayor bulto i ruido:

«Esto llano fué plaza, allí fué templo;
«De todo apénas *vemos* las señales;....
entrereglonando en su lugar:
«Cayó el soberbio alcázar; cayó el templo,
«De que confuso busco las señales (1).

Para concluir: en 1867 ha sacado a luz el señor don Cayetano Alberto de La Barrera i Leirado, admirablemente impresas i con un tesoro de noticias, las *Poesías de don Francisco de Rioja, correjidas con presencia de sus orijinales, añadidas e ilustradas con la biografía i la bibliografía del poeta*. Pues en la pájina 148 reconoce «definitivamente probada la lejitima pertenencia al licenciado Rodrigo Caro de la famosa *Oda a las ruinas de Itálica*;» i que «si don Francisco de Rioja pierde un floron de su corona poética, nuestro Parnaso gana, en cambio, un nuevo i eminente injenio.»

«Sinembargo, muchos años han de pasar todavía primero que se borre i olvide la errónea opinion dominante por espacio de un siglo, pues es mas fácil divulgar errores que desvanecerlos i acreditar verdades. Pero el triunfo que la misma fuerza de la verdad ha conseguido sobre la resueltas afirmaciones de Sedano, Estala, Matute, Gil de Lara i otros muchos, debe haver cautos a los hidalgos entendimientos en publicaciones e investigaciones críticas celosamente ocupados.

«Pocos hombres alcanzan que no hai ningun arte mas difícil de aprender, ni que honre mas, que el *ars nesciendi*, i que en las alas de la imajinacion sin los nervios del juicio, como de blanda cera, se derriten en cuanto brilla el sol pacífico i majestuoso de la verdad. Para desvanecer las nubes que la ocultan, i proclamarla con ánimo valiente, fueron instituidas las academias i su noble oficio i ocupacion jenerosa.

«A la nuestra cumple ya ceñir con la envidiable i lejítima corona del verdedero poeta, las unjidas sienes del virtuoso i erudito Rodrigo Caro.»

Tenemos en conclusion que Caro escribió cinco diversas versiones de la famosa *Itálica*, en cuya composicion nada tuvo que ver el autor de la *Epístola moral*.

En estas cinco versiones, admirables todas, se descubre un gusto acendrado, una inspiracion altísima i un estudio profundo de la historia.

Caro para componer sabia hermanar la inspiracion al arte i tenia el don (mucho mas raro de lo que jeneralmente parece) de saber correjir sus propias obras.

¡Cuarenta años empleados en limar una oda!

Hoi esto nos pareceria imposible a los que en la ajitacion en que vivimos, producimos de prisa, i con mayor precipitacion enviámos a la prensa desaliñados borradores.

Pero entónces se adoraba en la forma sin por eso descuidar el fondo. Así se producian obras inmortales, porque digase lo que se quiera, la inspiracion no es el todo de una obra poética. Sin la belleza de la forma no vivirá sino mui poco, halagando solo a la jeneracion cuyas ideas i sentimientos supo interpretar. Los que vivan despues no la estimarán ni siquiera en la mitad de lo que la estimaron sus contemporáneos.

Caro comprendió, talvez como ningun poeta esta verdad i dió a su obra un sello de perfeccion que no tiene igual en nuestro parnaso.

Digno de admiracion es que esta oda se escribiera a los 22 años de edad. Casi no se concibe tan depurado gusto en tan verdes años.

Servicio inestimable a las letras hará el que publique las obras de este varon eminentísimo que desconocidas hasta hoi acaso no están del todo perdidas.

El lenguaje de Caro es terso i natural.

(1) Es verosímil que a esta enmienda le impulsara todavía mas el recelo de que alguien encontrase demasiado parecido entre el verso

«De todos apénas vemos las señales,

i aquí otro de

«I ahora apénas vemos las señales,

en el célebre soneto que empieza:

«Escelso monte, a do el romano estrago,

uno de los mejores en lengua castellana, segun Hernando de Herrera en sus *Anotaciones a Garcilaso*.

Tenia el don de llevar en sus versos la trasposicion de las palabras hasta el último límite a donde pueden llegar, i sinembargo, su estilo es claro i no ofrece ninguna dificultad pues está exento de toda afectacion.

¿Puede invertirse mas allá el órden lójico de las palabras que lo que lo está en los tres versos con que comienza su cancion:

Estos Fabio ¡ai dolor! qué ves ahora,
Campos de soledad, mústio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa?....

Parece imposible usar con mas libertad de esta figura, aun en el idioma latino con el que está tan connaturalizada; i sinembargo nadie podrá tachar de oscuros esos magníficos versos.

De las cinco versiones la mas perfecta es la cuarta atribuida vulgarmente a Rioja. Todas ellas difieren en algo; en ninguna faltan correcciones de importancia cuyo estudio seria de gran provecho para los aficionados a estos estudios.

No entraremos nosotros en este exámen que en parte hemos hecho ya en los estudios sobre Rioja publicados en *La Estrella de Chile*. Demasiado nos hemos ocupado de esta produccion admirable.

De paso solo haremos notar un error de puntuacion en que incurrió Quintana al imprimir la cancion a *Itálica*.

En la primera estrofa puntúa Quintana los versos, que vamos a copiar, de la siguiente manera:

Relijiosa es solamente
De su invencible jente.

Solo quedad memorias funerales, etc.

El manuscrito autógrafo de Caro da esta leccion:

Relijiosa es solamente.
De su invencible jente
Solo quedan.....etc.

Como reliquias magníficas recojemos estos versos destinados a intercalarse en la melancólica estrofa en que el poeta escucha los ecos de la ciudad destruida:

Está el jenio de Itálica llorando,
I aumentando de lágrimas un rio,
«Ved, dice, si hai dolor como este mio
Los que por el camino vais pasando!
¡Itálica murió!» I el nombre oido....etc.

En la silva a Sevilla se halla este trozo hermano, por el pensamiento i el estilo, de la célebre cancion:

Venerables ruinas
O reliquias pequeñas
Apénas de su espíritu dan señas.
.....
¿Qué diré de tus hijos gloriosos
En quien no cupo el mundo lisonjero,
Dos Teodosios augustos....
¿Qué del justo Trajano
¿Qué de Adriano valiente
Sabio, augusto, dichoso juntamente?
¿Qué de Silio, esplendor de la elocuencia
Honor de Clio i gloria de Helicona?
Aun los alarbes, que enjendreste opresa,
Tu jimnasio heredaron,
Acreditando sábia medicina
Contra el reino fatal de Libitina.

Despues de estas muestras desconocidas para nosotros trascribiremos tambien una pájina en prosa magnífica tomada del memorial de Utrera, obra tambien de Caro que es como el calco de la cancion. Notable por la elevacion del estilo, revela en cada una de sus líneas la mente meditadora del filósofo, i el entusiasmo del arqueólogo que busca en medio de las ruinas la historia de una civilizacion caida.

«Fuime un dia con algunos amigos por la orilla del rio desde Sevilla; i llegado a este puesto, le miré i consideré atentamente. Las altas murallas yacen hoi por tierra, cubiertas de yerbas i monte. Las anchas plazas i paseadas calles están sin habitadores. Las casas, que ántes eran refujio de los hombres, ahora son escondrijos de sabandijas. Parece que aquellos derribados edificios están llorando la larga ausencia de sus dueños, i amonestando a los que los miran con un mudo sentimiento, cuán breve es la gloria de este mundo i cuán flama la mayor firmeza. Leen allí los ojos la destruccion de aquella fuerte ciudad, i recelan los ojos del alma la de su propio cuerpo, flaco i miserable. Están en este despoblado solo dos edificios con su antigua forma. El uno es plaza de armas o atarazana, toda de ladrillo i de bóveda; están en ella muchos clavos ya casi podridos i deshechos: al parecer allí colgaban los soldados sus armas. Hai tambien un anfiteatro o circo, desde donde el pueblo, sentado en sus gradas, veía las fiestas o espectáculos. Mas adelante un poco hai

otros grandes destrozos, i allí quieren decir o imajinan debió ser de algun templo, porque las ruinas muestran haber sido una obra magnífica. Permanece parte de un acueducto, i por otro que viene debajo de tierra viene agua a una fuentesica, i es mui buena. La forma de las calles i casas se parece con distincion. Sola una torre está en pié.

«A las ruinas de esta ciudad hice una *cancion* cuando allí llegué, año de 1595. Por variar un poco la leccion, la pondré aquí.»

A un sentimiento de melancolía i de desengaño se debe la cancion a *Itálica*, escrita segun su autor, por un jóven de veintidos años.

Caro nació filósofo i mas que filósofo poeta. Honor de la escuela sevillana, su nombre puede colocarse sin desdoro al lado de los de Rioja, Herrera i demas jenios de la escuela andaluza.

Sevilla i sus contornos dieron a España sus primeros poetas. Bajo su cielo se alzó rica i espléndida la poesía, florecieron la pintura i la estatuaria i la arquitectura lanzó a los aires atrevidos i grandiosos monumentos.

No es posible contar el número de los jenios que en ella brillaron. Todos ellos viven en la historia de las artes. Si Caro no nació allí, como poeta es hijo de Sevilla, en ella se inspiró i de sus cantores recibió lecciones i aliento.

Sentado queda ya que Rioja no tuvo parte alguna en la *Itálica*. Pierda en buen hora el cantor de las flores una gloria usurpada, miéntras su patria gana un poeta mas otro nombre insigne que añadir al catálogo de los hijos que la honraron.

ENRIQUE DEL SOLAR.

SONETOS.

Publicamos a continuacion una serie de sonetos que algunos poetas colombianos, comprometidos, al parecer, en un torneo literario, escribieron en *El Mosaico* de Bogotá, volúmen de 1859.

Son de mérito i mui curiosos.

Hélos aquí:

A BALTAZARA.

Se han compuesto sonetos infinitos.
A Lesbia, a Nice, a Tirsis i a Melisa,
A Filis, a Lucinda i a Dorisa
I a otras que llevan nombres mui bonitos.
Tambien a las de nombres mas llanitos,
Como Antonia, Josefa, Juana i Luisa,
I otros que callo porque estoi de prisa;
Ni de callarlos se me dan dos pitos.
¡Cosa estraña, que a nadie le ocurriera
Hacerle su soneto a *Baltazara*
Siendo cosa tan fácil i hacedera!
Este soneto yo le dedicara
Si algun elojio suyo en él cupiera
I con este terceto no acabara.

José M. Marroquin.

TU NOMBRE.

A mi amada.

Templan los vates para tí su lira;
Las hermosas envidian tu hermosura,
I escoje por modelo la pintura
Tu rostro encantador que al jenio inspira;
Bella te nombra quien por tí suspira
I admirara tu anjélica figura
Quien no te amara a tí, si por ventura
Pudiera no adorarte quien te mira.
Yo reconozco tu belléza rara;
Pero tambien confesaré, señora,
Que, aunque no fueras bella te adorara;
Que lo que a mí me rinde i me enamora,
Lo que hallo mas perfecto que tu cara.
Es tu nombre, dulcísima *Melchora*.

J. M. Marroquin.

UN NOMBRE.

A J. M. Marroquin.

(En su álbum).

El mar su ira desbordada enfrena
I sus olas coléricas humilla
Al mismo tiempo que en la yerma orilla
Brota mil flores la caliente arena.
La atmósfera nubla la se serena:
Vuelve a volar la tímida avecilla,
Doblan todos los hombres la rodilla,
Naturaleza de estupor se llena....
Quiebra el invierno su compacto hielo,
Saca el verano su esplendente gala,
Párase el sol en la mitad del cielo,
I las sombras se van en hora mala;
I todo esto sucede sobre el suelo
Siempre que se oye el nombre de *Pascuala!!*

José María Vergara i Vergara.

MI ÚNICO AMOR.

Al señor don J. M. Marroquin.

En vano triste, pensativa i bella
Su amor me ofrece la jentil Dolores
Brotan en vano perfumadas flores
Donde se estampa de su pié la huella:

En vano Elvira, púdica doncel'a,
Dejando mil rendidos amadores,
Su corazon me ofrece i sus favores
I a mis p'antas postrada se querella.

Vanamente Eleonor, jóven altiva,
De claro injenio i de belleza rara
Quiere ablandar mi condicion esquiva;

Porque la sola prenda dulce i cara
Que mi ardoroso corazon cautiva
Es el sabroso nombre de *Gaspara*.

Ricardo Carrasquilla.

SONETO.

(Para que lo lean los señores M. C. i V. V.)

Aun se estremecen en sonora lira
Los nombres de Melchora i Baltazara
I hasta el áspero nombre de Gaspara
Entusiasmo i amor al bardo inspira.

Tambien el nombre de Pascuala jira,
Como un astro jentil de lumbre clara,
En la mente de un vate que en el ara
Sangrienta del amor víctima espira.

Yo que arrancar no puedo ni un sonido
Al arpa ronca enlutecida i lacia
Para animar mi espíritu abatido.

I enaltecer de mi ídolo la gracia.
Tan solo verteré tierno jemido
Tu nombre al pronunciar, dulce *Pancracia*.

José Joaquin Borda.

CIEN NOMBRES.

Hai hombre que a la antigua ¡cosa rara!
A una sola mujer rendido adora:
Así Manuel suspira por Melchora,
I Ricardo se muere por Gaspara.

Pascualita en el número de Vergara
I Borda por Pancracia jime i llora.
¡Monopolio ilegal, proscrito ahora,
I que en bárbara edad solo se usara!

Así yo por igual amo a Norberta
A Tiburcia, a Aniseta i a Gavina
A Sótera, a Ciriaca i a Ruperta,

A Venancia, Anacleta i Secundina
Bonifacia, Escolástica i Gualberta
A Coleta, Canuta i Victorina.

Ciro Cirilo Ciruelo.

LA QUE SE LLEVA LA PALMA.

Calle Vergara i calle Carrasquilla
I calle Marroquin i el mundo calle,
Si al fin no quieren que mi furia estalle
I haga yo de los cuatro una tortilla!!

Tan grande obcecacion me maravilla!!
El público sensato juzgue i falle,
I su insolente vanidad acalle,
O no dejo del público semilla!!!

Pues, si Melchora, la cotuda, inflama,
Si es Pascuala, la tuerta una amapola,
I Gaspara, la tísica de fama,

¡¡Viva quien vence!! el pabellon tremola,
Que el triunfo anuncia i ondulante aclama
Por bella sin rival....a mi *Bartola!*

Perico de los Palotes.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

Santiago, marzo 12 de 1871.

Durante los meses de enero i febrero la Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

Los Constituyentes chilenos de 1870, por Justo i Domingo Arteaga Alemparte. —Entrega 5.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 385 a la 480.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

Rimas *de D. Daniel Calvo*—1 vol. en 4.° de 174 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

Biografía *de D. Daniel Calvo*.—1 vol. en 4.° de 26 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

El Candidato de los partidos independientes.—1 vol. en 4.° de 48 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

El candidato de la Convencion, por Abraham König.—1 vol. en 4.° de 46 pájs. —Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

Compendio de aritmética elemental, por F. Carpio.—1 vol. en 4.° menor, de 32 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

Cuatro escritos de fondo *en una demanda del hospital de caridad*.—1 vol. en 4.° de 81 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

De la conjunctivitis postulosa *consecutiva a las viruelas*, por Wenceslao Diaz.—

1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

Derecho de los hijos naturales *en la sucesion intestada de sus padres*, por José Clemente Fábres.—1 vol. en 4.° de 43 pájs. Santiago.—Imprenta *Nacional*.

Sueños del corazon, por Anibal Frias.—Entregas 2.ª a 5.ª—1 vol. en 4.° de la pájs. 31 a la 161.—Santiago.—Imprenta *Chilena*.

Guerra entre Francia i Prusia en 1870. —Entrega 5.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 193 a la 240.—Valparaiso—Imprenta de *El Mercurio*.

Ordo *in divino officio et incruento Missæ sacrificio servandus in Cathedrali S. Caroli de Ancud a Ioanne Bruna*.—1 vol. en 4.° 39 pájs.—Ancud—Imprenta de *El Faro del Sud*.

Ordo *divini officii recitandi sacrique peragendi anno Domini MDCCCLXXI a fratribus et moni libus Ord. Eremit. S. P. Augustini*.—1 vol. en 8.° de 35 pájs.—Santiago —Imprenta de *El Correo*.

Oficio parvo de nuestra señora *segun el rito dominicano*. - 1 vol. en 12.° de 213 pájs.—Santiago—Imprenta de *El Independiente*.

Escuela de artes.—Solemne distribucion de premios.—1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Santiago—Imprenta de *El Correo*.

Estatutos *de la Compañia chilena de vapores*.—1 vol, en 4.° de 18 pájs.—Valparaiso—Imprenta de *El Mercurio*.

Calendario comercial mensual compilado i publicado por Cox i Taylor.—Enero. 1 vol. en 12.° de 31 pájs.—Valparaiso—Imprenta *Albion*.

Memoria *que la direccion de la Compañia chilena de seguros presenta a la Junta jeneral de accionistas en 28 de enero de* 1871.—1 vol. en 4.° de 6 pájs.—Valparaiso—Imprenta de *La Patria*.

La felicidad en el matrimonio, por Martin Palma.—Entregas 7.ª i 8.ª—1 vol. en 4.° de la pájs. 297 a la 392.—Valparaiso—Imprenta de *La Patria*.

La última palabra de rocambole, por Ponson du Terrail.—Entrega 5.ª a 14.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 193 a la 576.—Valparaiso—Imprenta de *La Patria*.

Presupuesto jeneral *de gastos de correos para el año* 1871.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Santiago—Imprenta de *El Correo*.

Lei de presupuestos *para los gastos jenerales de la administracion pública de Chile para el año de* 1871. —1 vol. en fol. de 77 pajs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

Reglamento *de la Bolsa comercial de Santiago*.—1 vol. en 4.° de 8 pajs.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

Prontuario de ortografía práctica, por José Bernardo Suarez.—3.ª edicion.—1 vol. en 8.° de 111 pájs.—Santiago.—Imprenta *Chilena*.

Solemne distribucion de premios *en el Seminario Conciliar de Santiago de Chile* el 1.° de enero de 1871.—1 vol. en 4.° de 19 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

En el mes pasado apareció el primer número de *La Aurora*, diario político de Valparaiso, que ha merecido mui buena aceptacion en aquel puerto i en esta capital. Lo redacta nuestro antiguo colaborador i amigo Ventura Blanco. Nuestros lectores han podido juzgar de las buenas aptitudes literarias de Blanco por mas de un trabajo suyo con que ha honrado a *La Estrella de Chile*. En el difícil terreno del diarismo se espide tan bien, si no mejor, que en el del periodismo literario. La elegancia i brillantez de su estilo, su lójica leal i vigorosa para la polémica i la ilustracion que a su corta edad ha llegado ya a adquirir nos hacen augurarle una lucida carrera en el diarismo.

Contenido de este número.

I.—Educacion popular, por Pacífico Jimenez.
II.—Balada, poesia, por M. A. Hurtado.
III.—Quandoque bonus.
IV.—En tu ausencia," poesia, por Celso Victor Cáceres.
V.—Natalia, continuacion, por Eujenio de Margerie.
VI.—De Antioquia a Medellin, poesia, por Jorje Isaacs.
VII.—Un importante descubrimiento literario, por Enrique del Solar.
VIII.—A Baltazara, soneto, por J. M. Marroquin.
IX.—Tu nombre, soneto, por el mismo.
X.—Un nombre, soneto, por José María Vergara i Vergara.
XI.—Mi único amor, soneto, por Ricardo Carrasquilla.
XII.—Soneto, por José Joaquin Borda.
XIII.—Cien nombres, soneto, por Ciro Cirilo Ciruelo.
XIV.—La que se lleva la palma, soneto, por Perico de los Palotes.
XV.—Revista bibliográfica.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, marzo 19 de 1871. Núm. 181.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

III.

JUSTINO KERNER.

Justino Kerner pertenece a la delicada i fresca escuela de Suabia, cuyo verdadero restaurador fué Luis Uhland. Su vida i sus obras podrian fácilmente encerrarse en un estrecho cuadro: 250 pájinas de un testo poco metido contienen todo su bagaje lírico, i a menudo no hai en cada pájina mas que una sola composicion de cuatro, de seis o de ocho versos. La inspiracion de Kerner se vierte i manifiesta ordinariamente en piezas cortas, vivas i conmovedoras. Es un soplo rápido, pero lleno, como una áspera brisa de primavera entre dos montes. El *lied*, el soneto i la balada son las formas predilectas de su musa. Su composicion mas larga es una balada de ochenta versos.

I no es que la efusion le falte: se siente leyendo sus estrofas, el desbordamiento de un corazon profundamente conmovido; pero como artista superior que es, sabe contenerse, desdeñando los detalles parásitos i los adornos que enervan el pensamiento. Su manera es la misma que la de Uhland i de Müller, salvo el juvenil abandono de la inspiracion. Es el dolor quien ha abierto la fuente de sus cantos i casi siempre es él quien comprime sus alegres ímpetus. Sus mas festivos *lieder* concluyen de ordinario por un rasgo de dulce ironía. Vamos a ver pronto demostrado este aserto en algunas traducciones; pero ántes entremos en relaciones con el poeta.

Kerner nació el 18 de febrero de 1786 en Ludwigsburg de Wurtemberg donde su padre ejercia el cargo de consejero áulico. Allí cursó sus humanidades. La muerte de su padre vino a interrumpir sus estudios i a obligarlo, mui a su pesar, a iniciar una carrera profundamente contraria a sus naturales inclinaciones. El hijo de Apolo, bruscamente arrancado de los dulces brazos de las Musas, tuvo que seguir al ávido i astuto Mercurio quien lo condujo por el camino mas corto (¡horrible camino para un poeta!) a una fábrica de paños de Ludwigsburg. Si algo aprendió allí Kerner seria sin duda a disponer mejor la *trama* poética i a matizar mas primorosamente los colores con que debia vestir mas tarde sus ideas i sus afectos.

Emancipóse sinembargo una hermosa mañana de este yugo industrial para ir a estudiar medicina a la Universidad de Tubinga. Allí encontró a Uhland. Un mismo culto entusiasta por el viejo arte aleman i sobre todo por la vieja poesia popular, no tardó en ligar estrechamente a los dos jóvenes. La coleccion que bajo el título de *La trompeta encantada*, publicaron Achim d'Armin i Clemente Brentano ejerció desde entónces una influencia feliz i definitiva sobre el talento de Uhland i de Kerner. En 1809, despues de haber obtenido sus últimos grados en la Universidad, Kerner quiso completar, viajando, su educacion de poeta i de médico. Despues de diez años de una vida nómade en los valles i las colinas de su patria, en los cuales se iba sucesivamente deteniendo algun tiempo como un otro Orfeo, se fijó definitivamente en Weinsberg sujeto por los brazos de una esposa querida i por los deberes de su profesion. Pero como poeta que vivia en los recuerdos de los tiempos feudales, comenzó por edificar su casa al pié del Weibertrene, una vieja residencia cuyas ruinas se complació en levantar con mano piadosa. El poeta i el médico se unieron eficazmente en Kerner para hermosear i desinfectar aquel sitio inculto i salvaje. Allí es donde vive aun entregado a sus dulces desvarios.

Su primer libro apareció en 1811 bajo el título de Reiseschatten (sombras de viaje) coleccion de poesías i de trozos en prosa ligados entre sí por el *humor* del poeta que nos lleva tras los pasos de su caprichosa fantasía. Esta obra está cuajada de orijina-

lidad i gracia. Hácia la misma época Kerner publicó en union de Uhland, de Gustavo Schwab, de Cárlos i de Augusto Müller el *Almanaque suabo* para 1812; al cual se siguió la *Selva poética* en 1813, contribuyendo así a formar la nueva escuela de Suabia. La primera edicion completa de sus poesias apareció en Stuttgard en 1812, habiendo sido aumentadas sucesivamente en 1826, en 1834 i por último mui pocos años há. Como médico Kerner ha compuesto numerosas obras i sus escritos sobre el magnetismo han llamado la atencion de toda la Alemania.

Digamos de paso una palabra sobre las relaciones de Kerner con la visionaria de Prevorst, cuyo amigo, neófito i panejirista fué. Esta mujer ha ejercido una grande influencia sobre la vida i las obras de nuestro poeta, influencia que se esplica por esa tendencia natural en los hombres de corazon sensible i de poderosa imajinacion a dejarse dominar por las tiernas supersticiones, deseosos siempre de traspasar los límites de lo real i de lo posible. En presencia de estas tendencias místicas de Kerner algunos críticos se han preguntado si la vida tranquila, monótona i solitaria de Weinsberg no habrá dañado a la irradiacion de un alma tan profundamente atormentada por la sed de lo ideal i de lo infinito. Se han preguntado si esos ímpetus hácia lo desconocido, si esa fé obstinada en el magnetismo, si todas esas ilusiones de la esperanza i del deseo, no eran una tácita protesta del natural del poeta contra el jénero de vida que se habia impuesto i contra los estrechos horizontes de su soledad.

Pero la primera pieza de la coleccion de Kerner desvanece estas conjeturas, i en vez de creer en ellas nos place mas creer en la felicidad de que el poeta disfruta como padre i como esposo. Mayor actividad disipada en las ajitaciones del mundo no lo habria hecho mas feliz i dudo mucho que en ellas hubiera ganado como poeta. ¿No es el amor, sobre todo para el poeta, la norma de la vida? Saber que se inspira i poder esparcirlo en torno de sí mismo ¿no es el único lote humano, el mas envidiable i el único digno de los corazones bien puestos? Tal ha sido el lote de Kerner. En la dorada copa de la juventud ha bebido como pocos el vino puro del amor; mas tarde las delicias del hogar realizaron i multiplicaron para él todas las promesas de la fantasía. Si a veces su pensamiento vacilaba ante el terrible misterio de la muerte, sus hermosos niños no tardaban en presentársele ofreciéndole el ramo verde de la vida. Pero no debemos seguir al poeta sino en el terreno de la poesía.

Volvamos, pues, a sus versos. Kerner recojió muchos de la boca de oro de la leyenda. La leyenda ha sido la musa a cuyos pechos se ha alimentado la jóven escuela de Suabia, esencialmente alemana. La leyenda se complace en acompañar a los pastores errantes, en visitar las humildes cabañas i en sentarse en las noches de invierno a la orilla del fuego de las chozas para entretener las largas veladas con sus maravillosos cuentos. Allí repite los altos hechos i las proezas que le han referido los viajeros; la tierna historia del caballero que se hizo ermitaño porque su amante que lo creia muerto ha profesado en el vecino monasterio; la vengadora aparicion del espíritu de los antepasados en la gran sala del castillo profanada por indignos nietos. Despues, llega un poeta que recojiendo abundante copia de estos relatos, los reviste de rima i de armonía i suspende a sus acordes la imajinacion popular en la cual se graban para siempre. I así es como nace la balada. Los ecos la repiten; los bardos la cantan en la mesa de los grandes señores; los ancianos i los ciegos la van entonando por los caminos públicos i los verdes senderos; las nodrizas arrullan con su melodía a los rubios niños en sus cunas. Si es una historia de amor, las muchachas la cantan en coro al rededor del círculo del baile; i a veces dormidas un sueño entreabre sus labios que modulan la palabra mas dulce de aquellas melancólicas estrofas. Entónces aparece el romance, queja armoniosa de las almas enamoradas, la elejía de las esperanzas i de los temores, de las alegrías i de las tristezas del corazon.

La coleccion de Kerner es un precioso cofre de poemas, sacados, como otras tantas blancas perlas, de las puras aguas de la leyenda. En su presencia no esperimento otro embarazo que el de la eleccion. ¿Traduciré *Los cuatro hermanos insensatos* o el *Caballero fiel*, o el *Emperador Rodolfo*, o el *Conde Eberhard*, o el *Peregrino*, o *Saint-Alban*? Todas estas baladas son tiernas, graciosas o terribles; pero escojo en-

tre todas *Las dos tumbas* por su color profundamente jermánico. ¿No parece que la Edad Media, austera, piadosa i fiel reviviese en este canto?

LAS DOS TUMBAS.

Bajo la cúpula adusta
De vieja torre feudal
Dos blancas tumbas se elevan
Desde tiempo inmemorial.

El rei del robusto brazo,
El viejo Ottmar duerme en la una;
En la otra el bardo que un tiempo
Del rei cantó la fortuna;

Que hubo un tiempo en que Ottmar, jóven,
Sentóse en el trono ufano
Con la corona en la frente
I el cetro de oro en la mano.

¡Cuántos años desde entónces!
I aun conserva el noble anciano
En la frente la corona
I el cetro de oro en la mano!

Junto al soberano altivo
El bardo amante reposa
Los dedos sobre las cuerdas
De su lira melodiosa.

Cien veces la vieja torre
Recibió el rayo en la cumbre
I su cimiento el embate
De revuelta muchedumbre.

I con todo, nunca vióse
Temblar, ni en la rejia frente
La corona, ni en la mano
El cetro resplandeciente.

Cada empero que en el valle
Un alma canta o suspira
Despierta una dulce trova
Del viejo bardo en la lira.

Las estrofas siguientes contienen bajo una forma orijinal una reflexion desgarradora i mui familiar a nuestro poeta:

EL SONIDO MAS LÚGUBRE.

¡Cuán triste es escuchar en la alta noche
De la campana el fúnebre tañido!
Ménos triste con todo que del hombre
Que va espirar el postrimer jemido.

Mas hai un son mas triste, mas horrible...
Es el son que el martillo exhalar hace,
Clavando el primer clavo, al cajon negro
En que un hijo querido muerto yace.

Este pensamiento de la muerte, como un ave fúnebre, viene a menudo a rozar con la punta de sus alas la tierna lira de Kerner. El siguiente soneto en que el poeta da un adios anticipado a la vida es verdaderamente conmovedor:

EL CONSUELO DEL POETA.

Si no hai una mujer que tiernamente
Mi tumba riegue con piadosas lágrimas
Mas de una flor mecida del ambiente,
Sobre ella arrojará sus hojas pálidas.

Si no hai un ojo amigo que impaciente
Un nombre busque entre las ramas lán-
[guidas
De los sauces, al ménos dulcemente
Mi tumba alumbrará la Luna cándida.

En este valle do tan pronto crece
La yerba del olvido, mi memoria
Con mi cadáver dormirá en la fosa.
Vosotras, bellas aves, si acontece,
Estrellas, primavera, luna, gloria
De vuestro poeta buscareis la losa!

Asi es como, aun en las supremas horas de angustia i de abatimiento, la naturaleza a la cual ama con amor filial, es un consuelo inefable para el poeta.

En algunos versos Kerner nos hace sentir la fuerza del amor maternal mejor que lo que pudieran las mas elocuentes pájinas.

¿SI ESTARÁ MUERTA?

¡Gran Dios! la buena madre
Decis que ya murió!
Ponedle sobre el pecho
Al hijo de su amor,
I si no late rápido
El yerto corazon
Llorad sin esperanza,
Su vida se apagó.

Kerner hizo pues un fiel retrato de su corazon cuando escribió:

—¿Qué, de continuo, lágrima,
Al borde de mis párpados te suele sujetar?

—De un niño la sonrisa,
De un pajarillo el canto o el plácido vo-
[lar.

Esta melancolía del poeta-médico ha pedido mas de una vez a las plantas i a las flores del valle el bálsamo que cura las heridas del corazon.

Pero escuchemos ahora la nota amorosa. Hé aquí dos lieder escojidos entre los mas breves del volúmen:

DICHA MUDA.

Muda en el cáliz de la flor galana,
Muda, pero de dicha palpitante,
La gota de rocío al sol radiante
Contempla al despuntar en la mañana.

Tal, cuando te contemplo, esposa amada,
Inmóvil, de mis brazos en el nudo,
Si a decir nada acierta el labio mudo,
Leo un poema de amor en tu mirada.

EL PRESAJIO.

La novia.

—¿Por qué el cielo de mi dicha
Viene una nube a empañar?
¿Por qué un funesto presajio
Turba mi felicidad?
En el mas alegre brindis,
De la boda en el festin,
Mi copa dió con tu copa
I estalló en pedazos mil.

El novio.

—Tales temores disipa,
Dueño de mi corazon,
Que en esa copa hecha trizas
Miro otro presajio yo;
Dulce presajio que anuncia
Que por siempre, de hoi en mas,
Para que los dos bebamos
Una copa bastará.

Terminemos estos estractos con una oda pura i sencilla tomada espresamente entre aquéllas que revelan el desinteresado amor que el poeta profesa a la naturaleza. Se notará en ella cierto humor maligno que se revela en el rasgo con que concluye.

CANCION DE PÁJARO.

El pájaro, mi alegre,
Libre modelo
Canta sobre los árboles
Bajo del cielo;
Canta i nunca desnuda
De plumas su ala
Para escribir los cantos
Que alegre exhala
Canta i arroja al viento
Sus dulces trinos
Sin esperar que pasen
Los peregrinos.

Así como los pájaros
Cantar me gusta
Perdido entre los árboles
De selva adusta.
¡Ah! cuántas melodías
Que en un momento
Del corazon salieron
Llevóse el viento!
Llevóse donde el eco
Que repetia
¡Crítico cruel! burlándose
La trova mia!

El sentimiento patriótico ha inspirado a Justino Kerner himnos que no habria desdeñado prohijar su heróico homónimo, Teodoro Kœrner. La fortuna i la gloria de esta nueva escuela estriba principalmente en haberse estrenado despedazando los lazos que mantenian a la patria comun en servidumbre. El viejo jenio jermánico vino a animar a esos nobles corazones que fueron los primeros en ofrecerse en sacrificio por la libertad de la vieja tierra jermánica. La aureola del sacrificio ardió entónces sobre sus frentes, aun mas arriba de la aureola de la poesía i sus nombres fueron doblemente sagrados. Las obras de estos poetas serán en el porvenir la historia mas fiel, mas animada i venerada de la rejeneracion de la Alemania. Así es como puede decirse que el romanticismo ha sido en el siglo XIX el arte nacional de aquel gran pueblo. Justino Kerner merece ocupar uno de los primeros lugares entre los poetas de tan jenerosa escuela, al lado de Teodoro Kœrner, de Uhland i de Wilhelm Müller.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

¡CONSERVA MI FÉ!

Un himno, Dios mio, ofrenda del alma,
Al pié de tus aras quisiera entonar;
Mas ¡ai! que, del pecho perdida la calma,
No acierta mi mano la lira a pulsar.

De incienso sagrado purísima esencia
Te ofrezcan los ánjeles con férvido ardor,
I te alce confiada la casta inocencia
Sus tiernos anhelos, su cándido amor.

Mas yo soi la hoja que arrastra en la vida
Con rápido vuelo feroz vendaval,
El alma entre sombras camina perdida,
Mis ojos no alcanzan la luz celestial.

Cegaron mis labios del goce la fuente,
De impuros raudales el agua bebí,
Amores del mundo buscando impacientes,
Divinos amores del pecho estinguí.

Por eso ha huído la dicha serena,
La paz deleitosa que un tiempo gocé,
I a veces la duda el alma envenena....,
¡O Dios de piedades! conserva mi fé!

No pido me vuelvas mis dias de encanto,
¡Ai mísero! nunca verélos tornar!
Mas deja que lave mis culpas con llanto
I encuentre consuelos al pié de tu altar.

Señor, yo te imploro; mi ruego, Dios mio,
Postrado a tus plantas contínuo alzaré.
Perdona mi loco, febril desvarío....
¡O Dios de piedad! conserva mi fé!

1871.

ENRIQUE DEL SOLAR.

NATALIA.

(Traducido para *La Estrella de Chile* por R. B. G.)

(Conclusion.)

CAPÍTULO VI.

La Trapa.

Treinta dias despues de la escena de la montaña, un viajero golpeaba a la puerta del convento de la Trapa de Saintlieu. Bajo su capa de viaje, ocultaba el traje de un cumplido *gentleman*; sus manos i su rostro revelaban al hombre del mundo, habituado a todas las delicadezas de una vida de lujo i de holganza.

Ese viajero solicitaba hacer un retiro de ocho dias. Pasados los ocho dias, quiso comenzar su noviciado, i un año despues contado dia a dia desde su entrada a aquella casa, tomaba la burda túnica i ceñia la gruesa cuerda de los frailes.

Desde entónces (hace diez años), ha permanecido fiel a esa ruda existencia; el laboreo del campo, la oracion, un sóbrio alimento, un sueño corto gustado sobre una dura tarima, un silencio perpétuo, penitencias de que solo Dios es testigo, hé ahi durante diez años la vida de sir John, que por tanto tiempo fué el oráculo de la elegancia parisiense, de sir John el millonario, a quien no habia faltado ninguno de los goces que da la fortuna, el talento, una posicion brillante i lo que el mundo ha convenido en llamar (profanando dos hermosos nombres) amor i amistad.

El año pasado, me encontré yo en la Trapa de Saintlieu con un gran número de visitantes atraidos allí por la solemne bendicion de la iglesia. A fuerza de perseverancia i merced a privaciones sin cuento añadidas a las increibles privaciones que su regla prescribe, los buenos relijiosos habian logrado reconstruir sobre sus ruinas ese santuario en otro tiempo magnífico.

El prior nos llevaba a ver las plantaciones i sementeras del monasterio. Acababan de hacer la cosecha i se ocupaban de preparar la tierra para la nueva siembra. Entre los frailes que conducian los carros vi uno en que me llamaron la atencion sus facciones delicadas i su espresion de dolorosa resignacion.

Despues de la cena, todos los estranjeros se encontraban reunidos en una vasta sala; el prior nos acompañaba. Le pregunté quien era ese fraile.

—La historia del hermano Mateo, respondió el prior, sin ser precisamente dramática, es mui interesante i sobre todo encierra útiles lecciones. Cuando él se vino acá, yo obtuve de él permiso para contarla;—i ya que la noche es larga, no podemos emplearla mejor que contándoos por que estraño golpe de la Providencia un elegante baroncito se ha convertido en el mas

humilde de los frailes de nuestro convento i ha abandonado gustoso el boulevard de Gend por estas inmensas llanuras arenosas en que le habeis visto esta mañana guiando los bueyes del monasterio.

Todos se rodearon de la mesa, i el prior comenzó así:

—La misericordia de Dios es inagotable, señores mios; i si me fuera dado indicaros solamente por que curso providencial de circunstancias ha venido a este convento cada uno de los cuarenta relijiosos que en él veis, admirariais la infinita variedad de recursos que pone en juego el divino Pastor para recobrar las ovejas descarriadas; caeriais en éxtasis ante este trabajo de la gracia que se dirije a todas las almas i saca de las entrañas mismas del mal ricos e inesperados frutos de salud i bendicion.

—Frai Mateo es entre mil, un ejemplo de lo que os digo.

En seguida el prior dió principio a la historia que hemos contado ya. Yo la conocia hasta el momento en que la hemos interrumpido. Estuve sumamente atento a la narracion del padre Luis (era el nombre del prior). Encontré en ella la confirmacion de la mayor parte de los hechos que he relatado i algunas de las reflecciones que esos hechos me sujirieron.—Una cosa me llamó la atencion sobre todo en el modo de hablar del buen relijioso i fué la estremada pulcritud al par que la perfecta sencillez de sus palabras. Aunque tuvo que tocar mas de una vez puntos escabrosos, la pureza de su bella alma se reflejaba constantemente en su lenguaje;—i si habia entre nosotros (como era mui probable) algunas mujeres del mundo cristianas a medias, algunos hombres incrédulos que no habian ido a Saintlieu sino como curiosos o como arqueólogos, estoi seguro de que la narracion del prior hizo en unos i en otros una saludable impresion.

Llegado al punto en que hemos dejado a nuestros héroes, el padre continuó en estos términos:

La señora de Noirval, vuelta a sus habitaciones, se sintió con unos calofrios que nada podia calmar. Su tos, que habia desaparecido, se declaró de nuevo, mas áspera que nunca. Los médicos declararon que la enfermedad al pecho de que habia sufrido frecuentes ataques, habia tomado de repente un desarrollo i una gravedad que no dejaban esperanza alguna de curacion. Era una de esas enfermedades que nada es capaz de detener en su precipitada marcha i a la que la ciencia sin entrañas ha dado el nombre terriblemente pintoresco de *tisis galopante*.—La pobre mujer podia vivir todavía quince dias, un mes. Despues, a ménos de un milagro, sus hijos serian huérfanos.

Natalia fué efectivamente consumiéndose en pleno goce de sus facultades durante tres semanas. Ademas de los dolores agudos que le causaba la enfermedad, condensando, por decirlo así, en algunos años sufrimientos que de ordinario se esperimentan en meses o años enteros, la pobre moribunda pudo saborear una última angustia que le causaban sus dos hijos. Iba a dejarlos a la direccion de su marido; en sus manos torpes i brutales, (lo presentia) o serian pronto pervertidos o se verian condenados a una lucha que los haria sufrir desde sus primeros años.

Supo, por caritativas confidencias que no respetaron siquiera su lecho de muerte, que las relaciones de pura amistad que habia tenido con sir John eran cruelmente desnaturalizadas por la malignidad pública i que se atribuia su recaida en la enfermedad (recaida finjida, decian algunos) a cierta infidelidad de parte de sir John que el alma tierna de Natalia no habia podido soportar.

Esos crueles rumores salvaron pronto los límites de Eaux Bonnes i llegaron hasta M. de Noirval que estaba en su finca, donde lo retenia léjos de su mujer no sé que caceria o carreras. Conociendo por si mismo hasta donde llega la maldad humana, rindiendo, a su pesar, perfecto homenaje a la virtud de su mujer, no creyó en esas insinuaciones. Pero finjió creerlas; i en ello encontró un pretesto para dispensarse de ir a Eaux Bonnes, i asistir en sus últimos momentos a Natalia—lo que lo habria obligado a llevar, siquiera por algunas semanas, una máscara de emocion i de sensibilidad que le era antipática.

Aprovechó esta ocasion para escribir a su cuñado, entónces ya coronel de Longueil, una carta impertinente, en que le decia «que no veia la necesidad de trasladarse a Eaux Bonnes para ser allí objeto de la risa pública; que, en cuanto a Natalia, la habia notado él ya de mucho tiempo atras romántica i sentimental, pero que hasta entónces la habia creido fiel a sus deberes; que él

la conjuraba a que, si alguna vez sanaba, diese mejores ejemplos a su hija o a lo ménos dejase de ostentar principios que no sabian preservarla de tan vergonzosas caidas.»

Quisose ocultar a Natalia esa indigna carta; su febril perspicacia la adivinó; fué menester mostrársela i añadir esa espina mas a su corona de mártir.

Para consolarla, su hermano le prometió hacer todo lo posible para impedir que su muerte llegara a ser el pasto de una crónica escandalosa. Le esplicó, sin entrar en detalles que habrian turbado la tranquilidad de sus últimos dias, su entrevista con sir John, que éste estaba dispuesto a procurar que no se manchara la reputacion de su inocente víctima i quitar, a esa sencilla pero cruel historia, el triste atractivo de escándalo que la malignidad pública querria atribuirle. Sus hijos no tendrian jamas, lo prometió M. de Longueil, por que avergonzarse de su madre;—en cuanto a Edgardo, Natalia sabia perfectamente que no desconfiaba de ella.

Natalia preocupada con *esos* pensamientos durante uno o dos dias, quedó un tanto tranquilizada por las promesas de su hermano. Dejó a Dios el cuidado de protejer su memoria i quiso olvidar completamente la tierra para no pensar mas que en el cielo. Su muerte fué la de una santa. Hasta el último momento atormentaron a su pobre cuerpo insoportables dolores. Pero al mismo tiempo, elevándose sobre las inquietudes que la habian turbado por un momento, su alma se inundó con esas dulzuras que descienden del cielo como un rocío para dar a los últimos momentos de los amigos de Dios una frescura i una serenidad sobrehumanas. Ese cielo anticipado comunica a sus menores palabras, a veces a una sola de sus miradas, un poder de conversion que frecuentemente ha conmovido a los mas indiferentes espectadores de su agonía.

La víspera de su muerte, Natalia acababa de ser sacramentada, i de recibir por la última vez i con los sentimientos de la mas tierna piedad el cuerpo Sagrado del Salvador. M. de Longueil estaba solo a su lado. Ella quiso ver a sus hijos. Estos entraron i se arrodillaron, con los ojos llenos de lágrimas, al pié del lecho de su madre. Los estragos de la enfermedad habian dejado huellas tales en su lívido semblante i era imposible no notarlas. En sus ojos, sinembargo, brillaba un fuego mas vivo aun que de costumbre. No era el último resplandor de una lámpara que se estingue; era como una claridad sobrenatural desprendida del foco de toda luz verdadera, uno de esos fenómenos que tantas veces se ha observado en la muerte de los santos i que nos dan una idea de lo que serán en la Jerusalen celestial nuestros cuerpos glorificados.

—Hijos mios, dijo, voi a morir. Es probable que mañana, a esta hora, ya no tengais madre. Si no me quedaran ya tan pocas fuerzas, os diria un largo adios, os repetiria cuanto os amo, que doloroso es para mi abandonaros i cuántas dulzuras me habeis hecho gozar en medio de las amarguras de mi vida. Pero el tiempo urje, mis queridos hijos, i tengo dos encargos importantísimos que haceros.

No olvideis que todo verdadero gozo tiene su fuente en la relijion, que en la relijion sola he encontrado yo la fuerza que se necesita para atravesar por tantas pruebas que algun dia conocereis; a la relijion debo morir feliz;—¡oh! sí, Dios mio, infaliblemente feliz;—feliz en medio de los dolores atroces que consumen mi cuerpo i de las penas que desgarrarian mi alma si Dios no derramara sobre ellos delicioso bálsamo. Sed siempre cristianos i sereis siempre felices.

Amad i respetad a vuestro padre.—Vuestro padre tiene una gran desgracia, hijos mios. No os lo diria si no supiera que tiempo há os habeis apercibido de ello: no conoce la relijion. Nada deseo tanto, nada pediré con tanta instancia en el paraiso de Dios, donde espero estar dentro de poco, como la conversion de vuestro padre. Pedidla vosotros tambien, hijos de mi alma; que no pase ningun dia sin que se haya alzado muchas veces desde lo mas íntimo de vuestros corazones, conjurando a vuestro Padre que está en los cielos a que tenga piedad de vuestro padre que está en la tierra.—Pero no os contenteis con orar, trabajad tambien. Sed siempre tiernos i afectuosos con vuestro padre, prestadle una obediencia pronta i gozosa. Cultivad con esmero en vuestras almas todas las virtudes; i lo que vuestra madre no ha podido hacer lo hareis vosotros. Vuestro padre se convertirá gracias a vosotros; gracias a vosotros todos estaremos un dia reunidos en la patria eterna.

Sabina, tú, que has hecho tu primera comunion, comprendes todas estas cosas. Si tu hermano, mas tierno que tú, no las ha comprendido, repiteselas a menudo. Adios, hijos queridos.

Ellos se acercaron a su madre; los bendijo i exhaló dulcemente el último suspiro.

.....

Volvamos a sir John.

Sir John supo al mismo tiempo la recaida de Natalia i su estado sin remedio. Fué esto para él un rayo; su orgullo quedó quebrantado para siempre; con esta terrible claridad, los ojos de su fé volvieron a abrir en su alma. Vieron no solamente la indignidad de su reciente conducta, ese juego cruel que iba a costar la vida a una pobre mujer, la mas pura, la mas perfecta creatura que jamas hubiera visto él, sino todo lo que habia de vergonzoso i culpable en la vida que llevaba desde diez años atras.

Esos diez años que no vivian en su recuerdo sino por los remordimientos que le dejaban eran para él como si jamas hubieran existido. Todas las preocupaciones, todas las pasiones, todas las ilusiones, todas las mentiras de que habia vivido se le presentaron en su verdadera faz, es decir, como vanidades odiosamente absurdas. Preguntábase como habia podido ser por tanto tiempo el juguete de semejantes fantasmas, alimentarse de humo, edificar sobre arena tan movediza i llevar una vida que ahora le parecia tan lastimosa i criminal.

En una palabra, una luz nueva se habia levantado en su alma o mas bien una antorcha estinguida volvia a animarse allí. I en esa vida nueva, o mas bien renovada, lo que mas dominaba era un desprecio profundo de si mismo, un arrepentimiento desgarrador por haber empleado tan mal sus mas hermosos años i de haber vuelto a la verdad sino mediante la terrible desgracia de que acababa de ser miserable instrumento.

Como para todas las almas jenerosas que se vuelven a Dios, la espiacion fué para él no solo una de las condiciones de su vuelta sino una necesidad. Reparar, en lo posible, el mal que habia hecho a esa mujer admirable, reparar sobre todo el escándalo de que era autor, i despues con una penitencia tan larga como su vida, reparar sus ofensas a Dios, tal fué desde el primer momento su resolucion.

Esa resolucion era irrevocable ya cuando recibió una carta de la señora Noirval. Ella era digna i tal como puede esperarse de una cristiana de su temple, colocada en las puertas de la eternidad. Natalia perdonaba i pedia dos cosas solamente a aquél que ella habia creido su amigo miéntras él trabajaba por ser su seductor:—que se reconcentrara en si mismo i se convirtiera; —que diese un testimonio público de la virtud de su víctima, a fin de que Sabina i Mauricio no llevasen un nombre manchado.

Esta carta no modificó una resolucion ya irrevocable i que tenia su causa en el profundo arrepentimiento de sir John mas bien que en aquella estraña apuesta que hemos contado, pero cuyo recuerdo habian borrado los golpes sucesivos de la justicia i de la misericordia divina.—Sir John, queriendo poner sus designios bajo la proteccion de Dios, fué a buscar al cura de Eaux Bonnes, le contó toda la historia, se acusó con amargura de su vida loca i desordenada i autorizó al buen sacerdote para que hiciese de sus confesiones el uso que le pareciese mas conveniente, protestando que nunca se les daria una publicidad demasiado grande i que deseaba ardientemente, no solo la justificacion, sino la glorificacion de la señora Noirval.

No esperó la visita del coronel. Fué a buscarlo, recibió con humildad i como una penitencia mui suave todavía para su crimen, los reproches que M. de Longueil le hizo i que se desbordaban del alma del hermano mas vehementes que lo que habria querido el cristiano;—¡ai! ¡ese hermano veia a su hermana muriendo por causa de ese hombre que tenia en su presencia!

Sir John dió al coronel la misma autorizacion que habia dado al cura,—en seguida, se encerró en sus habitaciones hasta el dia de los funerales de la señora de Noirval.

Asistió a ellos, escondido entre la muchedumbre de los estraños i campesinos que lloraban a esa mujer encantadora i caritativa.—Vuelto al hotel, hizo sus preparativos i partió a la Trapa de Saintlieu, donde lo hemos encontrado.

El domingo siguiente era una gran fiesta. Toda la poblacion, permanente i accidental, de los baños de Eaux Bonnes esta-

ba reunida en la iglesia. El cura subió al púlpito. Habló sobre el *espíritu del mundo*.

«Hermanos mios, dijo al terminar, muchos de vosotros me tacharéis talvez de exajeracion. El espíritu del mundo en que vivimos, me direis, es ménos negro que lo que lo pintais. Es un espíritu de elegancia, de lujo, de inocentes coqueterías, de placeres vivos pero que nada tienen de culpables. Queremos conceder que ese espíritu no sea precisamente el espíritu cristiano; pero no es tampoco el espíritu infernal que nos habeis descrito.

«¡Desgraciados, hijos mios, los que tal piensan i dicen! ¡Dígnese Dios iluminarlos i hacerles ver el borde del abismo en que tan confiadamente duermen!

«Sí, talvez el espíritu del mundo no os ha hecho cometer crímenes tadavía,—hable por un instante vuestro lenguaje. ¿No es un crimen para un cristiano despreciar así la palabra de su divino maestro i permanecer adherido de corazon a lo que El maldijo: *¡Væ mundo!*.....—Pero mañana, el espíritu del mundo puede arrastraros a los mas cobardes atentados.

«Ni las palabras del Evanjelio, ni la voz de vuestro cura que os las recuerda de parte de Dios bastan para convenceros.—Escuchad entónces, hermanos mios, una historia que no inventa mi fatasía.

«Habia, ocho dias hace, en medio de vosotros un hombe amable, encantador i a quien Dios habia dado no solo ese poder seductor de la gracia i de la belleza, sino tambien cualidades sérias i profundas, buen sentido, talento, mucho corazon, cierto gusto por las cosas relijiosas.—En lugar de hacer de esos dones del cielo un santo uso, un uso inocente al ménos, ese hombre los puso al servicio del espíritu del mundo.—¿Sabeis lo que ha llegado a ser, casi sin darse cuenta de ello? —Un hipócrita, un cobarde i un asesino.

«Ese hombre, para matar el aburrimiento, por proseguir una loca apuesta, por el mas lamentable i cruel amor propio, osó dirijir sus ataque contra un ser a quien su anjélica pureza i su sagrado título de madre debieran haber puesto al abrigo de semejante juego. Para penetrar en la amistad de esa noble mujer, ha finjido sentimientos cuya espresion conocia pero que no esperimentaba tiempo hacia ya: ha hecho el papel de hombre de aspiraciones relijiosas i que no estaria léjos de convertirse. Despues, cuando se creyó bastante dueño del corazon de su víctima, no temió hacerle en un estilo medio apasionado, medio místico, odiosas proposiciones. No necesito deciros con cuanta indignacion, con que inefable dolor acojió semejantes declaraciones la fervorosa cristiana que todos hemos admirado. Pero el golpe estaba dado; enferma ya, se agravó i a la tercera semana i murió edificándoos con el espectáculo de sus últimos momentos, perdonando a todos, pidiendo a Dios, como premio de sus sufrimientos, la conversion del hombre indigno que por un instante creyó ella su amigo i que yo no trepido en llamar su verdugo.

«Esta historia os es conocida. ¿Habeis pensado en que la muerte de esa madre en la flor de sus años, la horfandad de esos dos inocentes son consecuencias directas del espíritu del mundo i de lo que se llama friamente *una intriga*?

«Lo que quizas no sabeis es que ese hombre, espantado por esas terribles consecuencias, i encontrándose repentinamente en el fondo del abismo, abrió los ojos. Sintió en toda su estension el horror de su conducta. Vino a buscarme, se confesó deshecho en lágrimas. Recibida la absolucion, partió para la Trapa de Saintlieu, donde, si Dios no lo juzga indigno, se propone acabar sus dias en la penitencia.

«Señor, me dijo al despedirse, he dado «un gran escándalo. Querria que se repa«rase. Todo lo que creais útil publicar de «mi confesion para la edificacion de mis «hermanos, publicadlo; os autorizo.

«Yo no era ni un hombre perverso, ni «un mal corazon. Estaba simplemente po«seido de los errores, las preocupaciones «i la ceguera del espíritu del mundo.—Si «hubiera tenido que hacer con una *mu«jer honrada*, pero no cristiana, me estre«mezco al considerar la alegría del infier«no. Dios ha permitido que me encuentre «con una mujer del mundo, pero anima«da del espíritu cristiano. Eso nos ha sal«vado a ámbos.

«El amor divino era tan vivo en esa «alma, que la vista de mi indignidad le «causó una conmocion demasiado fuerte «para su cuerpo quebrantado ya por la «enfermedad. Ha muerto mártir de su amor «a Dios. ¿Cómo no ha de estar hoi en el «seno de Dios?—Por lo que a mi toca, gra«cias a ella, voi a hacer penitencia. Cuatro

«palabras bastarán para mis meditaciones «hasta el dia de mi muerte: *¡Vae mundo «a scandalis!*»

«Pensad en esas cuatro palabras, mis hermanos, dijo al terminar el cura, pensad en aquél que las medita en la Trapa, cuando os sintais tentados a encontrar inocente el espíritu del mundo.»

EUJENIO DE MARGERIE.

FLOR QUE ARREBATA...

Flor que arrebata el viento de la vida
I en varios jiros por el aire vaga,
Su olor la robó el viento, i ya no embriaga
Con celestial perfume el corazon.
Así va mi alma tras ardientes sueños,
Sin encontrar la paz que en vano ansio,
Delante miro un porvenir sombrío,
Detras de mi deshecha una ilusion.

La tumba de mi madre, del pasado
Marca el recuerdo ¡amarga despedida
Del santo amor que embalsamó mi vida
Con aromas de dicha i de virtud!
¡Ai! yo rompí sobre su yerta losa
El arpa de los plácidos cantares,
I, entregado del mundo a los azares,
Consumo en el pesar mi juventud.

Pedia en vano a mi laud doliente
El himno celestial de los amores
Para ornarlo, al jardin pedia flores,
I solo hallé las ramas del ciprés;
Jugaba el viento en la arboleda umbría
I en sus notas oia hondo jemido;
Si las aves gorjeaban en su nido
Oia un eco de dolor talvez.

Quizas dudé del Dios, que me probaba
Al contemplar mi vida solitaria;
I la fé, que pedia en mi plegaria,
Huir parecia con rigor de mí.
—¿En eterna afliccion i negro luto,
Señor, clamaba, pasarán mis dias?
¿Murieron para mí las alegrías
Con la edad bella en que dichoso fuí?

Cuando mi hogar deshecho contemplaba
Con hondo sentimiento de tristura,
Calmó el cielo piadoso mi amargura,
La fé perdida al corazon volvió;
I pura, delicada, misteriosa
Del amor la ilusion, flor peregrina,
Como brota la hiedra en una ruina,
En mi desierto cerazon brotó.

Sí, soñaba el amor, soñaba un alma
Que igual latiera con el alma mia,
Llena de sentimiento i poesía,
Ornada de belleza i juventud;
Anjel, que en el mundo terrenal pisando,
Llevara alzado su mirar al cielo,
En sus labios palabras de consuelo,
En su mano la palma de virtud;

Una mujer que en la tormenta ruda
Que sin cesar contrasta la existencia
Me revelara el bien en su inocencia
I la fé me volviera con su amor;
Seno amigo, do amante i cofinado
Reclinara mi lánguida cabeza,
Sonrisa que alejara mi tristeza,
Firme i dulce sosten en el dolor.

¡Ai! yo la he visto, en nebulosos dias
La ví piadosa consolar mi pena,
Plácida estrella que la mar serena
Que irritado ajitaba el aquilon.
Con acento inefable de ternura
Bella esperanza me mostró en la vida,
I yo escuché tu voz enternecida,
Como un eco de paz i bendicion.

¡O Dios mio! Sin ella la existencia
Volverá a serme un valle de amargura;
No quiero de otra mano la ventura,
Ni ambiciono otra dicha ni otro bien.
¡Sí! con la fé del alma yo te imploro;
Une mi suerte a su feliz destino,
Yo arrojaré a su paso en el camino
Las perfumadas rosas del Eden.

Bendícela, Señor: las tempestades
Aleja de su frente candorosa;
La esperanza con su ala de oro i rosa
Acaricie los sueños de su amor.
Da a su vida la paz de los que te aman,
Celestial esplendor a su belleza,
I no empañe su nítida pureza
El hálito del mundo corruptor;

Porque ella del letargo en que yacia
Con dulce voz a despertarme vino,
I me vuelve, estraviado peregrino,
A la virtud que mísero perdí.
Fé sublime en sus ojos resplandece,

En su faz la inocencia bendecida,
I, ánjel, de las miserias de la vida
Desprende mi alma para alzarla a tí....

¡A tí mi amor, anjélica hermosura!
¡Por siempre a tí mi amor! Hondo vacio
Sin tí encontró mi corazon, bien mio,
I hórridas nieblas, do no está tu luz.
Tierna beldad, no buscaré otras flores
Que las que nacen do tu planta huella,
Ni buscarán mis ojos otra estrella
Que la que mires en los cielos tú.

Marzo 13 de 1871.

E. R. N.

REFLEXIONES PARA LAS SEÑORITAS.

«La mujer es la creatura mas feliz de cuantas han salido de las manos de Dios! Le fué otorgada la belleza para cautivar los corazones, la esquisita ternura para asegurarlos: i los placeres sin fin, las consideraciones i los cultos rodean su vida, que se desliza tan suave i tranquilamente como el aura en un jardin cuando empieza a blanquear la luz matutina.»

Esto me decia un amigo mio al volver de paseo una hermosa tarde de julio, i en verdad que no carece de razon quien así piense si circunscribe su juicio a las mujeres que saben hacer valer su mérito i sus atractivos en provecho suyo i en ventaja de la sociedad, porque la mujer es dueña de encumbrarse hasta el cielo o abatirse hasta el abismo, sin que haya medio entre la excelsa altura i tamaña profundidad; ella labra a su albedrío el porvenir de su vida: reina o esclava, ánjel tutelar o demonio de tentacion.

¿Cómo? podrán preguntarme acaso con amable sonrisa las hijas de la belleza i de la gracia.—Voi a decíroslo; pero ántes de que me oigais pidoos un momento de séria atencion: dejad por unos instantes la ligereza de que se os acusa, i consagrad unas cortas horas a vuestro porvenir; pensad alguna vez que de vosotras pende, mas que de nadie, el progreso moral de la sociedad; de vosotras, que sosteneis con materna mano los pasos vacilantes del niño; de vosotras, que os enseñoreais ejerciendo en la voluntad del hombre un poder omnímodo i soberano.

Arde en vuestro seno una llama inestinguible i capaz de comunicar sus incendios i su enerjía a otros objetos: unas veces dirijis toda esa fuerza a Dios i abrazais la vida del claustro o la del silencioso retiro; otras saciais en el hombre la necesidad que os ajita. Pero ninguna de vosotras puede dejar de amar, debeis reconocerlo i confesarlo; porque en esos sentimientos i en esos purísimos afectos consiste vuestra gloria; porque en el amor estriba la fuerza de vuestra debilidad; porque amar perfectamente es la virtud. Pero muchas os apresurais demasiado a abrir el alma, i entónces desvirtuais, materializais el divino impulso que debe encaminaros al bien, i entónces en vez de luz encontrais en el amor una llama impura que consume vuestro corazon léjos de vivificarlo. Para que podais amar i ser amadas dignamente es menester aprender a haceros amables i a amar solo lo amable: esta gracia solo se concede a la virtud.

Las frívolas palabras que seduciendo los oidos emponzoñan el alma, las manifestaciones groseras de un cariño enteramente material no pueden ser nunca los medios de que se vale el casto amor para mostrarse: él nace del espíritu como los rayos de la luz brotan limpiamente del sol, i las almas para amarse venturosamente deben unirse como esos mismos rayos se juntan para iluminar el mundo. Pero las almas no pueden trasfundirse sin ser igualmente dotadas; no podrán ser felices en su union si no son igualmente virtuosas. I esto es así, porque el amor no es otra cosa que una tendencia a identificarse con el objeto amado, a apropiarse de él, vivir su vida, i absorto así un espíritu en otro espíritu formar los dos para siempre un solo i único ser.

I cuando el amor no tiene todo ese espiritualismo, dejenera pronto en materiales consideraciones i grosero cariño, o acaba totalmente, para dejar en su puesto hastío i desagrado, indiferencia u odio. Vosotras, mujeres, habeis necesidad de una gran virtud, único guardian que puede custodiaros i al que Dios ha querido fiar toda la fuerza de vuestra debilidad; una virtud que debeis poseer, porque en ella está el secreto de vuestra ventura: es la dignidad, que, por cierto, es el conjunto

de mil prendas i distinguidas cualidades.

Crece en nuestros prados una planta cuyas hojas se cierran al mas leve contacto, al mas lijero soplo: vosotras alguna vez en vuestros paseos vespertinos os habreis divertido haciendo pl gar esas hojas delicadas. Pues bien, si es cierto que en las cosas del mundo material hai un prototipo de moral, no hai duda que la *sensitiva* es el prototipo de la dignidad, de esta virtud que no consiente una palabra que pueda ofender l jeramente, que rechaza los equívocos, las interpretaciones i las chanzas, de tan mal gusto entre jentes que se precian de cultas i sociales. Vuestros oidos no se han formado con tanta delicadeza para que oigan los gritos destemplados i salvajes del ave de la oscuridad: ellos se complacen solo en percibir el arpejio suave de un instrumento que vibra acordemente cuando lo maneja un hábil artista; sí, sabedlo: vosotros podeis aceptar incienso, pero solo en el templo de la virtud; si en otra parte os lo ofrecen, sabed que os profanan; si lo aceptais, sabed que habeis caido.

Os hablaré con sinceridad.

Cuando los hombres os ven acojer tan fácilmente pomposos elojios que vuestra conciencia propia acusa de inmerecidos; cuando vosotras os permitis actos de confianza que la modestia veda, tened entendido que se divierten con vosotras. ¡Pobres mujeres! os desprecian porque os consideran tan flexibles como la caña de nuestros rios, que se rinden a todo viento. ¡Pobres mujeres! creeis que os aman; sí, lo creis, i no penseis que quien ama respeta, porque nadie quiere ver profanado el objeto de sus adoraciones. Ved, las alabanzas os deben ser ofrecidas con el mismo respeto con que una mano pia riega rosas al pié de los altares, con el mismo con que quema un grano de incienso en sacrificio ante la divinidad—de otra suerte os degradais i os envileceis vosotras mismas.

¿Cómo se degrada la mujer?

Una palabra, una accion impropia, una mirada indiscreta basta.

I su caida es como la del rayo: desciende de las alturas del cielo para hundirse en las profundidades de los abismos.

El hombre puede rehabilitarse; la mujer jamas; imposible! La mujer cae como Luzbel.

I esto no es injusticia social: las cosas que la naturaleza o el arte formó mas delicadas i bellas, fácilmente se destruyen: la rosa se descompone al sacudirla i no es dado formarla de nuevo.

Mujeres, vosotras sois flores: como ella teneis belleza, como ellas exhalais perfumes; pero como ellas acabais, al dejaros tocar por una mano atrevida.

BELISARIO PEÑA

EL PODER DEL HOMBRE.

El hombre es rei absoluto,
No hai a sus antojos valla.
Todo a su imperio avasalla,
Todo le paga tributo.

En lijeros globos vuela,
I deja atras al condór;
Pero lo vence el dolor
De la cabeza o la muela.

Del sol el peso averigua,
Del sol las leyes promulga;
I lo acobarda una pulga,
I lo enloquece una nigua.

Al formidable leon
Vence, i vence a la pantera;
I luego lo desespera
Algun mosquito zumbon.

El hombre, para matar,
Mil venenos elabora;
Pero por desgracia ignora
La manera de curar.

Son infalibles sus fallos
Cuando desahucia al paciente;
Pero ignora totalmente
Cómo se estirpan los callos.

Con su ciencia en un instante
Cambia el diamante en carbon;
Mas le falta otra invencion:
Hacer del carbon diamante.

Arranca al tirano fiero
El cetro, al cielo los rayos;
Mas no logra sus ensayos
Estinguir un hormiguero.

Un fusil ha descubierto
Para matar de carrera;
¡Lástima que no pudiera
Devolver la vida a un muerto!

Independiente, altanero,
Ni a Dios ni al diablo obedece;
I tiembla si comen trece,
O si se vuelca el salero.

Con su poderosa mente
Abarca la creacion;
I le quita la razon
Una copa de aguardiente.

Surca del mar el abismo,
Desafía su furor;
Pero le falta valor
Para vencerse a si mismo.

Todo el humano poder,
Toda la grandeza humana
Es correr tras un mañana
I suspirar por ayer.

R. Carrasquilla.

BALADAS ALEMANAS.

LAS LÁGRIMAS DEL HOMBRE.

Niña, ¿me has visto llorar?

Escúchame: las lágrimas de una mujer son como el puro rocío de los cielos que brilla en el cáliz de la flor.

Que la noche lóbrega haya derramado este rocío, estas lágrimas, o que vengan con la sonrisa de la aurora; la flor se reanima siempre con su frescura, i vuelve a levantar su corola llena de juventud.

Pero las lágrimas del hombre se parecen a la esquisita resina de los paises del Oriente, que, oculta en el corazon del árbol rara vez brota por si misma.

Es preciso abrir la corteza i penetrar hasta la médula, para que el precioso licor salga dorado, trasparente i puro.

Bien pronto la fuente se agota, el árbol reverdece, se eleva i saluda todavía mas de una primavera; pero el corte i la herida no desaparecen.

Niña, piensa en el árbol herido en los apartados montes del Oriente: piensa en el hombre que has visto llorar una vez.

LO QUE HUYE MAS PRONTO.

No echeis de ménos el canto del ruiseñor cuando se desvanece.

Ved como de todos los placeres que pasan, el mas bello es el que primero se apaga.

Ved como en el festin de las horas la primavera i la mañana huyen veloces. Contemplad la rosa que nace con la aurora i brilla i palidece a la par de ella.

¿No habeis oido en la armonía de los placeres como el sonido mas dulce es el que primero se estingue?

¡Si duran para siempre la embriaguez del amor! Mas ¡ai! su encanto se evapora tambien.

Esa frescura de la juventud, ese ardor del alma, esos suspiros que sin cesar arranca la esperanza, todos esos ¡ai! son bienes pasajeros.

En vano es encadenar la flor del jenio, los favores de las musas, el arte sublime; en vano, sí, porque todo eso vuela con su hechizo encantador.

Del océano de los placeres celestiales solo una gota nos ha sido concedida; pero saturada de penas sin cuento, de esperanzas engañosas i de placeres fujitivos, ella se pierde entre la bruma.

Mas en esta bruma está la gota de la dicha: beberla un instante, pero beberla pura, sin mezcla, i despues perecer, eso es gozar de la eternidad!

EL CANTO DE LA CUNA.

Duerme, hijo de mi corazon, tú que eres mi vida, cierra bien tus lindos ojitos. Todo está en calma, todo está en silencio, como la tumba. Duerme en paz, que yo espantaré las moscas para que no interrumpan tu sueño.

El tiempo es todavía dorado para ti. Mas tarde ¡ai! mas tarde no será lo mismo. Cuando los cuidados rodean tu lecho, en-

tónces, querido hijo mio, tú no dormirás tan tranquilamente.

Ahora los ánjeles del cielo, tan encantadores como tú, te arrullan en la cuna i te sonrien dulcemente. Mas tarde ellos vendrán tambien, pero será para enjugar tus lágrimas.

Duerme, hijo de mi alma; la noche declina, tu madre está sentada cerca de tí, i vela; aunque sea tarde, i aunque venga el dia, no importa, hijo querido, el amor de una madre no duerme jamas!

EL PASEO DE UN POETA.

No me creas con un corazon salvaje porque me paseo solitario a lo léjos en el valle i en la selva sombría;—voi a escuchar al Dios de los bosques para repetir a los hombres sus palabras.

No me llameis perezoso porque me veas inmóvil con los brazos cruzados a orillas del arroyo;—esa superficie pura es una pájina en que cada nube que pasa por el cielo deja escrita una línea.

No creas que pierdo las horas pasadas en cojer las flores de los campos;—cada una de esas brillantes corolas, al entrar a mi casa, se doblega bajo el peso de un pensamiento.

No hai misterio que no se halle figurado en las flores, ni historia, por secreta que sea, que no la canten los pájaros en los bosques.

Los bueyes del labrador llevan a su casa los haces de las mieses; pero queda aun otra cosecha en los campos que me llevo yo en una cancion.

R. W. Emerson.

AYER REIAS....

¡Ayer reias
I lloras hoi!
Fueron tus dichas
Leve vapor....

¡Ai, pobre niña,
¿Quién te robó
La paz serena
Del corazon?

Paloma cándida,
Ibas veloz
Hácia la aérea
Clara rejion.

Mas la tormenta
Te arrebató
Léjos del nido
Que era tu amor,

I sola vagas
En tu afliccion
Por otros bosques,
Bajo otro sol.

Llora, ánjel puro,
Por tu ilusion
Que ingrata suerte
Desvaneció.

Dichoso un dia
Tambien fuí yo,
Hoi me lamento
Con triste voz.

En igual suerte
Nos unió Dios:
Mi hermana eres,
Tu hermano soi!

Con llanto alivia
Tu corazon....
¡Acá en la tierra
Todo es dolor!

1869.

Olimpio.

VARIEDADES.

ANÉCDOTAS.

Un marido echaba en cara a su mujer haber divulgado un secreto que le habia confiado.

—Te aseguro, mi querido, replicó la mujer, que cuando ví que me era imposi-

ble guardar el secreto se lo confié a una de mis amigas para que lo guardase en mi lugar.

* * *

Quejábase un marido siempre que veia a a su suegro, de los defectos de su mujer; i éste, una vez cansado de oir todos los dias las mismas quejas, le dijo:

—Ud. tiene razon mi yerno, mi hija es de un humor del diablo e impertinente como no he visto, i si no se corrije la he de desheredar.

Desde este dia no volvió a quejarse el marido de su mujer.

* * *

Estábamos en tiempo del imperio frances de márras; i un sarjento venia a informar a su capitan de lo que habia acontebido ese dia.

—¿Qué hai de nuevo? preguntó el viejo capitan, que si bien era guapo, no era tan leido que digamos.

—Nada, mi capitan, escepto un banco del patio, que amaneció despedazado por vetustez.

—¿Cómo es eso?.... Ocho dias de arresto a Vetustez; yo le enseñaré a que.....

—Pero, mi capitan, es carcoma lo que quiero decir....

—Lo mismo es uno que otro; ocho dias de arresto a Carcoma.

—Pero, mi capitan!....

—No hai capitan que valga! haz lo que te mando, i si no te llevarás tambien tu semana de arresto.

* * *

Un viajero preguntó al dueño de una posada donde llegó:

—¿Tienes algo que darme de almorzar?

—Nada absolutamente, mi buen señor.

—¿I de comer?

—Los restos del almuerzo.

* * *

Un estranjero despues de haber comido en un hotel de Paris preguntó al sirviente cuánto debia:

—Diez i seis francos, contestó éste.

—¿Cómo diez i seis francos? Ese es un robo.

—Pues aqui está la lista con la suma del valor de cada plato que le he servido i ésta es la mejor prueba que puedo darle de lo que vale su comida.

Tomó el estranjero la lista, la examinó, pagó los diez i seis francos i dijo al sirviente:

—Tienes razon: la *suma* es la prueba de la *sustraccion*.

DIÁLOGO MONOSILÁBICO.

—Di, Luz, mi bien, ¿tú me dás
Un nó? ¿qué va a ser de mi?
—Yo no te doi un nó, Blas....
—Pues bien, mi Luz, ¿i qué mas?
—Yo te doi, mi Blas, un si.

J. M. Marroquin.

OBSERVACIONES METEOROLÓJICAS.

Siempre que llueve
Récio, se mojan
Precisamente
Todas las cosas
Que no se encuentran
Bajo la sombra
De un techo sólido.
(Véase a Acosta,
Tomo segundo,
Pájina nona,
Linea catorce.)

Ruperto Arolas.

A LAURA.

Mil adornos hoi estrena
Tu cabeza, Laura mia;
Pero es lástima i da pena
Verla por fuera tan llena
I por dentro tan vacía.

M. M. Madiedo.

DESPEDIDA.

Adios alma de mi alma,
Luz de mi pensamiento,
Adios aurora espléndida
De mi primer amor.

¡Cuánto sufro al dejarte!
¡Qué agudo es mi tormento!....
¡Adios!....¡rueden mis lágrimas!...
¡Yo muero de dolor!

Me acuerdo de otros dias
Que veloces pasaron,
Cuando con lazos íntimos
Me unió el amor a tí;
¡Qué bellas ilusiones
Por la mente cruzaron!
¡Qué dulce! ¡qué solícita
La dicha que sentí!

Mil veces a tu lado
Olvidé mis pesares,
La vida me fué un cúmulo
De gloria i de placer.
Tú sola me inspirabas
De amor tiernos cantares,
Por tí sola embriagábase
De amor todo mi ser.

¿Por qué la dura suerte
Ahora nos separa,
Si yo te amo sin límites
Como jamas se amó?
¿Por qué el cielo tirano
Tan cruel dolor depara
Al que la luz benéfica
De amores alumbró?

¿Adónde iré que pueda
Olvidar tu hermosura?
I mis pesares íntimos
¿Adónde iré a calmar?
¿Adónde iré que borre
Mi amarga desventura?....
Solo serán mis cánticos
¡Suspiros de pesar!

Lejos de tí no tienen
Las aves armonías,
Ni las flores balsámicas
Perfumes ni color;
Porque contigo quedan
Mis dulces alegrías,
Mis ilusiones plácidas,
Los goces de mi amor.

El reloj de mi vida
Irá triste marcando
Con sus sonidos lúgubres
Las horas del vivir.
Do me lleve el destino
¡En tí estaré pensando!....
¡Adios!!....la muerte rápida
¡Deseara i no partir!!

1862.

M. A. Hurtado.

CHARADA.

Antes del diluvio vino
A la vida mi *primera*;
Mi *segunda* se desliza
Entre montes i praderas;
El pan de todos los dias
I el vino que nos alegra
No existen si no hai mi *todo*.....
(¡Adivínelo quien pueda!)

Contenido de este número.

I.—Poetas contemporáneos de Alemania, continuacion, por Zorobabel Rodriguez.
II.—Conserva mi fé, poesía, por Enrique del Solar.
III.—Natalia, conclusion, por Eujenio de Margerie.
IV.—Flor que arrebata, poesía, por E. R. N.
V.—Reflexiones para las señoritas, por Belisario Peña.
VI.—El poder del hombre, poesía, por R. Carrasquilla.
VII.—Baladas, alemanas, por R. W. Emerson.
VIII.—Ayer reias....., poesía, por Olimpio.
IX.—Variedades.
X.—Despedida, poesía, por M. A. Hurtado.
XI.—Charada.

Círculo de colaboradores de «La Estrella de Chile.»—Se cita a sesion a los miembros del Círculo, para hoi a las doce i media del dia en el lugar de costumbre.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, marzo 26 de 1871. Núm. 182.

A LOS SEÑORES

SUSCRITORES I AJENTES DE «LA ESTRELLA DE CHILE»

suplico que se sirvan entenderse en adelante en todo lo concerniente a *La Estrella de Chile* con su nuevo editor, don Pedro Jesus Rodriguez. (Imprenta de *El Independiente*.)

Santiago, marzo 26 de 1871.

RAFAEL B. GUMUCIO.

ROMA.

Las malas de Europa nos traen noticias cada vez mas desconsoladoras sobre los acontecimientos que actualmente se realizan en Roma.

Cuando, no hace mucho, dábamos cuenta a los lectores de *La Estrella de Chile* de la sacrílega ocupacion de Roma por las tropas italianas i hacíamos tristes reflecciones sobre ese suceso, ya preveíamos lo que ahora sabemos de positivo.

Todos los excesos de violencia, de espoliacion, de deslealtad i de ruina cuyos ecos llegan hasta nosotros no nos sosprenden, porque están en la lójica de las cosas, tan solo nos aflijen.

Están ya satisfechas las falsamente llamadas *aspiraciones nacionales de unificacion*. Están satisfechas las ambiciones de Victor Manuel i las de los que aplauden hoi al usurpador, porque saben perfectamente que trabaja para ellos, que ellos serán dueños en un término no mui remoto de la herencia del insensato príncipe. Roma está por fin en poder del rei de Florencia i de la turba que le sigue.

Roma, la gran ciudad, la ciudad de los Césares, la ciudad de grandiosa historia, sustenta hoi con ignominia el raquítico i vacilante trono que allí se ha levantado el advenedizo de Florencia, Victor Manuel, parece increible, está hoi sentado donde lo estuvieron Augusto, Constantino, Pio IX..... ¡Qué pequeño se ve allí!

Roma, la ciudad de los mártires, la ciudad de Pedro, la ciudad de los Pontífices es recorrida hoi por un populacho descreido i frenético, que se embriaga, da puñaladas i blasfema. La desenfrenada muchedumbre, séquito que trajo el conquistador *galantuomo*, hace asonadas, se lanza a las puertas de los templos, los profana, insulta i maltrata a los fieles que acuden a las fiestas del culto. El rei de Italia oye desde su palacio el vocerío de la chusma, sabe que han tenido lugar escenas de sangre; se digna prender al cabecilla de los motines; pero, nuevo Pilatos, le da la libertad porque la chusma grita al pié de las ventanas de su palacio. ¡Viva la libertad que ha llevado a Roma el *libertador* de Roma! ¡Viva esa Majestad a quien imponen los gritos de la canalla! ¡Viva el rei católico, Victor Manuel!

Con la arena del Coliseo, ara veneranda que se empapó con la sangre de millones de mártires de la fé del Cristo, se terraplena hoi las calles de Roma profanada..... ¡Talvez porque la gran ciudad va a ser en el último tercio del siglo XIX un inmenso Coliseo!

¿Dónde están los derechos con que ese intruso ha invadido la Ciudad Eterna?—Roma no es de la casa de Saboya, ni siquiera de la Italia. Roma se pertenece a sí misma, pertenece al mundo cristiano, pertenece a la civilizacion, a la ciencia, a las artes.

¿Por ventura ha llamado a Victor Manuel el pueblo romano?—Nó. El plebiscito fué una burla; en ese plebiscito hicieron guardia sesenta mil bayonetas saboyanas; no fué el pueblo romano quien sufragó, que fueron las turbas de Victor Manuel.

Al ocupar a Roma, al hacer de ella una

provincia del reino del *galantuomo*, se ha conculcado desvergonzadamente la soberanía i la independencia del pueblo de Roma. Ese pueblo quiere a su Papa-Rei. Asi lo ha dicho bien alto cuando no ha visto en su pecho las bayonetas del invasor.

Roma es del mundo católico. Allí está la cabeza de este cuerpo místico que se llama la Iglesia Católica i que tiene doscientos millones de miembros. Allí está la cátedra de la fé, el centro de la unidad, el supremo jerarca del catolicismo. Allí están la silla de Pedro, las reliquias de los mártires, i tambien las catacumbas con sus gloriosas i sublimes recuerdos. ¿Ha consentido el mundo católico en la ocupacion de Roma? Los gabinetes han pedido garantías que no se han dado. Los católicos del orbe entero se han levantado a una i han enviado al Pontífice oprimido, al rei desposeido, palabras de consuelo, de filial amor; i al usurpador sacrílego, palabras de condenacion i protestas en nombre de su relijion i en nombre del derecho de las naciones.

En Roma están todavía los grandiosos monumentos del arte cristiano, costeados con las limosnas de los católicos del orbe entero, para que sirvieran de diadema a la capital de la cristiandad, no para que fueran el botin de ningun usurpador. Allí están las bibliotecas del Vaticano, allí San Pedro, maravilla del mundo.

Pues bien: el parlamento italiano acaba de declarar propiedad nacional las bibliotecas i las galerías artísticas de Roma.

Sustraidas a la mano conservadora del pontificado ¿qué va a ser de los monumentos i de las bibliotecas de Roma, en manos de esos vándalos?

En poder de ellos está tambien el anciano i venerable Pio IX. Su respetable nombre anda, acompañado de groseros i soeces insultos, en boca de la tumultuosa muchedumbre que recorre hoi las calles de la Ciudad Eterna. Ni las canas, ni la sagrada dignidad pontificia, ni la desgracia de Pio IX lo ponen al abrigo de la insolencia.

En levantar la voz contra el poderoso que puede aplastar al ofensor hai cierta osadía, cierto valor que casi lo hace perdonar, pero insultar a la ancianidad i a la desgracia es cobarde, villano. ¡Se merecen el rei conquistador de una ciudad sin soldados i los ultrajadores de Pio IX caido i octojenario!

Se invade sin una sombra de derecho un Estado libre, independiente, soberano, que no hai por qué no esté, como todos, bajo la salvaguardia de las leyes sagradas que protejen los derechos de todas las naciones; en pos del pacífico, paternal i sabio gobierno de Pio IX vé Roma el órden trastornado, inaugurada la tiranía de la canalla, el pueblo oprimido por el estranjero usurpador: ¡i se quiere que los hombres honrados, los corazones nobles guarden silencio!

Se atropellan las puertas de la capital de la Iglesia; se confiscan los bienes de los conventos; se apuñalea a los fieles que salen del templo; se aprisiona al Pontífice, se le deja insultar *¡i por esos salvajes!*, como escribia no hace mucho Luis Veuillot; se ultraja a los ministros del culto católico en el ejercicio de sus sagradas funciones; ¡en Roma, en la capital del catolicismo, al pié de la silla de San Pedro, no se puede llevar por las calles el Cuerpo de Jesucristo sin ocultarlo para sustraerlo a los ultrajes del populacho impío del rei de Italia! ¡I se quiere que los católicos guardemos silencio! ¡I se estrañará talvez que en Béljica, en Austria i en España comiencen a pensar los católicos en castigar a mano armada a los insolentes autores de tamaño trastorno!

Preciso es, que, miéntras el trastorno dure, miéntras los invasores no devuelvan al pueblo romano su Roma i su Papa-Rei, miéntras el rei de Italia, miserable instrumento de los enemigos de la Iglesia, no deje libre la Silla Pontificia, no cesen de llegar hasta los oidos de ese rei la condenacion universal de todos los hombres honrados que hai en la redondez del mundo, los reclamos del pueblo de Roma, i la protesta del mundo católico.

Hai en el cielo un rei supremo, rei de los reyes i señor de los que dominan, una Providencia solícita que ama a la Iglesia i le ha prometido proteccion hasta el último dia de los tiempos; si los hombres no pueden poner remedio a las tribulaciones que pesan sobre Roma, sobre el Papa i sobre el mundo cristiano, ese Rei, esa Providencia les pondrá fin. No lo dudemos.

No lo duda Pio IX.

«El Santo Padre, escribia hace poco un obispo de Oriente, refiriendo una entrevista que tuvo con el Santo Padre al tiempo de salir de Roma inmediatamente despues

de su ocupacion, el Santo Padre se dignó preguntarme por mi diócesis i habiéndole contestado que por todas partes iba mal, respondió: Es verdad, es un hecho que por todas partes el mundo se encuentra mal, en esto debe verse una de dos cosas: o que el mundo se encuentra en su fin, i se comprende fácilmente que esta máquina debe ir en disolucion i por consiguiente debemos resignarnos: o no; i entónces, el mundo no puede continuar así, sumido en el mal: es necesario que una mano reparadora venga a salvarlo. Pero la mano del hombre es incapaz de producir tanto bien: es, pues, la mano de la Providencia la que hará esta reparacion. «I os digo (dijo esto con un tono de inspiracion) que nosotros veremos la mano de la Providencia con estos ojos (poniendo los dos índices sobre sus augustos ojos), con estos ojos de nuestro cuerpo.» En seguida habló de otras cosas.»

La profecía de Pio IX se cumplirá.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL CLIMA.

Lector: ¿por qué es palabrera
Nuestra jente hasta dar grima,
I ofrece, i no se exonera
De la obligacion severa
Que ha podido echarse encima?
Es el clima.

¿Sabes por qué es el lacayo
Con el amo que le mima,
I ha sido a veces su ayo,
Insolente, i al soslayo
Cuánto puede le escatima?
Es el clima.

¿Por qué se da a la mujer
I al estudio no se anima
El mozo, i se da a beber
Tanto, que pudiera arder
Si un fósforo se le arrima?
Es el clima.

¿Por qué con la lengua suelta
Anda la jentuza en Lima,
I procaz i desenvuelta
El oido a cada vuelta
Con sus frases me lastima?
Es el clima.

¿Por qué esta flojera estraña?
¿Por qué se miente i se engaña?
¿Por qué a nada se da cima?
¿Por qué los nervios se apaña?
¿Por qué sin nervio se rima?
Es el clima.

Esta falta de virtud;
La ausencia de exactitud,
Cualidad que el gringo estima,
La sobra de laxitud
I hasta la riqueza opima
Es el clima.

Por el clima soi beodo
Hasta hundirme en una sima;
Por él miento e incomodo;
Por él nunca se sublima
Mi mente; i aquí en fin todo
Es por el clima.

¿Por qué yo que no soi manco,
I tengo p'ata en un banco,
No rompo con esa lima
La prision en que me estanco
I emigro léjos del Rimac?
Por el clima.

De esta red de Laoconte
De que no hai ser que se exima,
Nos libraremos..suponte,
Cuando detras de ese monte
Truene un rayo i nos redima
De este clima.

JUAN DE ARONA.

DEL AMOR.

El amor es la pasion mas fuerte porque es la primera necesidad de nuestro espíritu, o mas bien porque la resume en todos sus movimientos ya cuando éste procura el bien para amarlo o cuando investiga la verdad para tributarle su culto: dos objetos únicos en que puede ocuparse el pensamiento i la actividad del alma.

Pero al propio tiempo que es la mas po-

deresa, es tambien la mas fácil de ser estraviada i corrompida, porque asi como a su influjo parece crecer el espíritu i aumentarse el corazon, asi tambien se aumentan i toman vigor todos los malos instintos i las pasiones ciegas que hai en nuestro doble compuesto de razon i de animal.

Esta pasion tan grande jeneralmente cuanto son reunidas las fuerzas de cada uno, se fija sinembargo, por una predestinacion maravillosa, en la mujer que es el ser mas débil que pudiera concebirse llevara en sí todas las riquezas de la sensibilidad i la intelijencia humana. El por qué de esta inclinacion de la fuerza a apoyarse en la debilidad solo podria hallarse en el seno de la naturaleza que lo dispuso de un modo tan irresistible i tan suave, que solo puede recibir de nuestra débil mente el nombre de misterio que damos a todo lo que respetamos e ignoramos.

Ella sabiamente en este instinto de aproximacion i de confianza ha provisto con eficacia a la armonia i a la variedad estableciendo la mayor distincion entre el alma del hombre i la de la mujer, i llamándolas con todo, por un secreto a confundirse en un solo destino: el de aliarse para conservar en la tierra el aspecto de la vida i la fuente de ideas en que beberán las jeneraciones futuras.

Mas para que se cumpla con perfeccion este benéfico voto de la naturaleza, es preciso que nos encuentre en un estado de serenidad difícil, i que lo escuchemos al propio tiempo que con atencion, con armonía i órden en todas las facultades a que este voto interesa.

Pero esta armonia es una condicion privilejiada en que pocos pueden encontrarse por la misma novedad i estrañeza de la situacion del que ama.

El alma de éste en efecto, entra a sentir emociones enteramente nuevas al hacer lo que puede decirse que no habrá hecho hasta ese instante, cual es salir de sí misma para dar lugar a un pensamiento inusitado i poderoso.

No puede ser la misma la atencion con que el alma ha contemplado los distintos objetos de la naturaleza, que la que emplea en la consideracion de una persona de la especie humana. No puede ocuparnos del mismo modo ni hacer la misma impresion en nuestro espíritu, una flor, un campo, una creatura cualquiera animada pero irracional, que lo que hace una hermosura intelijente entre cuyas luces nos parece siempre descubrir los síntomas de una vida incompleta todavía i menesterosa de afecto que, al paso que nos admira, conmueve blandamente las fibras de una compasion desconocida.

Asi es que en este estado tan especial para el que no hai esperiencia posible, puesto que el amor es siempre tan vario que nadie habrá que haya recorrido todas sus situaciones, no es estraño que la razon se sienta algo perturbada, i que pierda su soberania natural sobre las facultades que deben ser sus esclavos o sus coadyuvantes.

Mui a menudo sucede que, en la sorpresa con que se entra en la pasion, la imajinacion domina nuestra mente, i olvidando casi que su destino es tan solo embellecer el imperio de la razon, pasa a que rerguiarla i sobreponerse.

Entónces no se vé ni se oye propiamente lo que existe sino lo que se pinta como una imájen o repercute como un eco en el cielo de la pura ideolojía. En aquel mundo de ensueños todo lo que por medio de la imajinacion se vé reflejar toma formas brillantes i grandiosas. El alma remontada de esta suerte, ama no el objeto mismo sino su imájen alterada en aquel espejo májico.

Este es el modo como se apasionan las mas veces los que cultivan lo bello litebrario, los cuales por el ejercicio de la composicion adquieren gran fuerza en sus facultades imajinativas; lo mismo proceden las almas que comienzan el cariño con demasiada juventud o candor. Para todos éstos la ausencia o la diferencia de posicion social, léjos de ser una dificultad, es una ventaja que les permite figurarse mas amable el idolo que no han conocido ni visto bien.

Mas semejante amor de imajinacion i no de corazon, que es por consiguiente un falso amor, es un desrielamiento doloroso, i, casi en todos casos, ruinoso. Porque al fin se acostumbra esta vida a tal punto que se abandona la positiva i necesaria, i la compañia de sus fantasmas aunque vanos se hace tan grata que por ella se deja la de las personas que nos rodean.

Los poetas andan asi continuamente en busca del parecido de un retrato en cuyo embellecimiento han empleado infinitas noches de velada, i que nunca acaban de encontrar. De este modo quieren probar i cada prueba les es un desengaño, hasta que tal-

vez el exceso de sus aspiraciones les hace pensar que en nada son realizables; i procuran entónces el olvido en una ínfima alegría.

Un espiritualismo desmedido en la pasion conduce pues a desesperar de ella es decir a su muerte, o al materialiomo que tambien es su total anonadamiento.

Mayor es el peligro en la costumbre de familiarizarse con lo que se ama, i en tenerlo demasiado en proximidad. Miéntras el espíritu vé un objeto material i aprecia su porte i su figura, es cierto que no tiene de él un concepto inmaterial i elevado, i lo mismo si le detienen sensaciones esternas, es evidente que no tendrá tiempo para reconcentrarse en sí i pensar en lo que de él mismo proviene que es su mas puro alimento.

Es por lo tanto de temer el imperio de los sentidos que traiga consigo la absorcion del alma, i como consecuencia precisa la insensibilidad a los dictados abstractos de nuestro juicio.

Esta dominacion sensual hace bajar, si puede decirse así, el amor de su morada espiritual, lo desaloja del campo del pensamiento, i lo humilla hasta ponerlo en igual línea con las necesidades físicas, con la sed, el hambre, el frío i el calor.

Desde ese punto no puede decirse que haya mas pasion, solo hai escenas de embriaguez a que el espíritu asiste arrastrado no siquiera como cómplice o igual sino como instrumento. I si, el amor puro puede compararse a una llama por la vivificacion que envuelve, i porque parece alumbrar el pensamiento para seguir el objeto predilecto hasta mas allá de la muerte por rejiones inmortales, el amor imperfecto produce con sus violentos deseos el efecto de la humareda mas espesa i abrumadora, porque parece entónces que el pensamiento abandona al hombre i que el alma solo estuviese en él para darle el movimiento, i no la idea.

Mirado el amor pues, como pasion, por mas que se diga, por mas que la conveniencia social llame con tal nombre muchas cosas, es un estado que no puede ménos de ser rarísimo, porque para él no solo se necesita sensibilidad e intelijencia libres del egoismo, de la vanidad i demas pasiones secundarias, sino que tambien evitar los dos escollos que hemos señalado.

El amor así concebido, que es como lo concibe cualquier criterio una vez que se ha comenzado a sentir, no bastaria en la economía de la naturaleza para constituir las sociedades i solo daria la felicidad a uno que otro escojido: ha sido por lo tanto suplido en cuanto podia serlo no en su esencia como impulso superior, sino en sus efectos, en parte por la urjencia misma de la paz doméstica i social que hace nacer la tolerancia que olvida i el perdon que rehabilita, i en parte por los goces mismos del matrimonio en que si nuestro ser, no tiene seguro sublimarse, a lo ménos se perfecciona suavizándose.

El Evanjelio que engrandeció este vínculo haciéndolo ya descender bendito desde el cielo, corrijió esta vez como lo ha hecho en todas las cosas a la misma naturaleza cuyas leyes habian sido corrompidas i terjiversadas en el hombre i vueltas insuficientes por sus propios desarreglos.

Mas en esta union no hai, hablando con propiedad, pasion una vez entrado en ella, se entra a la paz i se abandona el creer continuo, el no saber i el dudar que alimentan el fuego del corazon. No se vuelve a creer que se muere a cada asomo de desengaño, no se puede sentir un renacimiento al recibir una nueva esperanza.

Los esposos no son como los simples amantes que se aman nada mas que por lo que son en sí, un esposo es a los ojos de su consorte un deber, un amigo cuyos beneficios que se renuevan a cada instante es grato pagar si es posible sin cesar.

Por eso no es raro hallar felicidad sin verdadero amor: muchas personas que se unieron sin amarse, solo por natural conveniencia, con la reciprocidad de cuidados i hasta de los mismos perdones de lijerezas inevitables, bajo el amparo de una creencia consoladora para los dos, llegan a profesarse inolvidable i dulce cariño; porque no se puede dar flor hermosa ninguna que no nazca donde reinan los sentimientos cristianos.

F. Gonzalez E.

EPIGRAMA.

—Venturosos cumpleaños,
Teresita: ¿i hoi cumplidos
Cuántos tiene?—Diez i siete—
Pasa un año....El natalicio
Vuelvo a celebrar, i tiene
Teresita, cumplidítos
Apénas los diez i seis.—
Pasan dos—La felicito,
Teresita, en su natal:
¿I cuántos años?—Ya pinto
En los quince—¡Cómo es eso!
Teresa, si así seguimos
No pierdo las esperanzas
De asistir a su bautismo!

MANUEL POMBO.

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

POR S. EM. EL CARDENAL WISHMAN,

Autor de Fabiola.

Traducida para *La Estrella de Chile*

POR MÁXIMO. R. LIRA.

I.

SU BRILLO.

> ¿Quién me diera que yo fuese como en los tiempos antiguos, en los dias en que Dios me guardaba, cuando resplandecia su antorcha sobre mi cabeza?
>
> *Job, XXIX*, 2, 3.

En el fondo de los Pirineos, no léjos de la frontera de España, habia,—nuestra historia pasa en el siglo anterior,—una pequeña capilla rústica situada sobre una altura conocida con el nombre de Monte María. La capilla era de arquitectura sencilla i sin pretensiones, sólidamente construida i de fecha bastante antigua. Sinembargo, su interior estaba ricamente adornado. Brillaban sobre el altar adornos de plata, i las murallas se veian cubiertas de planchas votivas, de *ex-voto* de plata, suspendidas allí en recuerdo de las grácias que una piadosa creencia atribuia a la intercesion de la santa Madre de Dios, a quien la capilla estaba dedicada.

Esta capilla era, efectivamente, célebre en el país; se la tenia en gran veneracion i habia llegado a ser objeto de peregrinaciones devotas.

Sobre el altar se veia un rico tabernáculo, pero un poco hácia atras, se encontraba una estátua de la Virjen Inmaculada teniendo en sus brazos a su divino Hijo. La estátua era casi de tamaño natural, de mármol blanco i estilo antiguo. Mirándola bajo una luz favorable, se veia al instante que era una obra maestra del arte, fruto de una alta inspiracion. Nada mas benévolo, nada mas dulce que la espresion del rostro de la Madre; nada mas atractivo i majestuoso a la vez que la actitud del Hijo.

En medio del santuario, frente al altar, habia suspendida una lámpara de plata, encendida dia i noche, segun costumbre de las iglesias i oratorios católicos. No habia recuerdo de que jamas se la hubiese visto apagada, ni aun en las noches mas tempestuosas, porque la piedad del pueblo proveia abundantemente a su mantenimiento con el mas puro aceite de oliva del país. I era éste para muchos objeto de grande importancia, porque la lámpara servia de faro i de guia al viajero durante la noche. Con este motivo, se la habia suspendido de modo que su luz brillase a traves de una ventana redonda colocada sobre la puerta i se la pudiese ver desde una gran distancia.

El sendero que conducia de muchas aldeas al principal camino del valle pasaba cerca de la capilla. Este sendero, accidentado i estrecho, corria por las pendientes de la montaña i a orillas de un precipicio. El viajero podia avanzar audazmente miéntras la luz de la capilla brillaba frente a él; pero, apénas desaparecia oculta por las puntas de las rocas, debia volver hácia la derecha i descender sin temor, porque en ese lugar el precipicio se transforma en una pendiente suave que lleva al camino. Esta regla era tan segura que no habia recuerdo de accidente alguno ocurrido en aquel sendero.

Así es como este hermoso rito simbólico de la relijion procuraba al mismo tiempo un gran bien social; así el altar de Dios enviaba a lo léjos su alegre luz para iluminar el sendero oscuro i penoso,—oscuro i penoso ¡ai! como el de la vida!—I el pen-

samiento del viajero solitario se sentia inducido a ofrecer sus homenajes al Cordero misericordioso cuyo trono terrestre le indicaba aquella estrella, o bien le representaba el ojo vijilante de la Providencia que lanza sus rayos desde lo alto del santuario sobre nuestro triste camino para alentarnos i guiarnos.

La capilla estaba confiada a los cuidados de un hermitaño sacerdote que vivia al lado en una humilde casita, i que atendia a las necesidades espirituales de la vecindad, a causa de la distancia de la iglesia parroquial.

Sobre el camino de que hemos hablado, a cerca de tres cuartos de legua de la capilla, se veia una de esas pobres aldeas que se encuentran en las montañas. Sus habitantes eran en su mayor parte leñadores que ganaban su vida en los bosques vecinos.

Entre las cabañas que la componian habia una que se hacia notar por su limpieza aun siendo tan pobre como las demas, i la jóven familia que la habitaba no se distinguia ménos por su industriosa actividad que por las virtudes i la felicidad de que gozaba. Miéntras Pedro trabajaba valientemente en las montañas, su mujer Anita se ocupaba de hilar descansando solamente para atender a los cuidados de la casa. A su lado se veia su jóven i única hija que aun no tenia tres años, pero que ya daba indicios de gran intelijencia i de felices disposiciones para la virtud. La niña habia recibido en el bautismo el nombre de María, como los demas niños nacidos bajo la tutela de la capilla del monte María. Formaba las delicias de sus padres porque a una gran vivacidad de espíritu i a un notable despejo unia una admirable dulzura de carácter i maravillosa delicadeza de sentimientos. Fácilmente se puede imajinar así con cuanta afectuosa solicitud estudiarian sus padres sus menores miradas.

Sinembargo, por esta época observaron cada cual por su parte, que sus ojos perdian en vivacidad i que su intelijencia parecia debilitarse. Algunos dias pasaron sin que se atrevieran a comunicarse sus observaciones; pero, al fin llegó a ser visiblemente necesario recurrir a los consejos de un médico, porque la niña palidecia i enflaquecia mas i mas i sus fuerzas disminuian notablemente. Agotáronse los recursos de la ciencia, i fué en vano; el médico declaró que solo un milagro podia salvarla.

¡Qué desolacion para los padres! Su dolor absorbia toda su atencion. En fin, no hallando ya consuelo en la tierra, volvieron con mas fervor sus pensamientos hácia el cielo a quien, desde el principio de la enfermedad, no habian olvidado dirijirse.

En una hermosa tarde de otoño se vió a aquellos desgraciados padres subir lentamente, con el corazon despedazado, el estrecho sendero que hemos descrito i dirijir sus pasos hácia el monte María. La madre llevaba en sus brazos un fardo bien precioso, pero, en realidad, mas lijero que el que llevaba en su corazon. Era su hija débil i enferma, envuelta cuidadosamente apesar del calor del tiempo.

Aun era de dia cuando llegaron a la capilla, donde se encontraban algunos paisanos que habian entrado para su visita vespertina, al volver de sus trabajos.

La puerta estaba abierta; el sol poniente penetraba por ella en toda su gloria e inundaba el interior de la capilla con sus rayos de oro, revistiendo de una magnificencia verdaderamente real las pinturas, los *ex-voto* i los brillantes adornos del altar. Parecia aquélla la hora solemne en que el Soberano da audiencia desde su trono. El tabernáculo en que el Rei de los reyes estaba realmente presente, aparecia espléndidamente iluminado, como para oir los cantos de los corazones agradecidos i esparcir los tesoros de sus abundantes bendiciones.

La capilla presentaba en aquellos instantes un magnífico golpe de vista. Aquellos paisanos, arrodillados en diversos grupos en fervierte adoracion, i que apénas podian sufrir el brillo de los rayos del sol reflejados por el tabernáculo de plata, estaban en aquel momento mas graciosa i majestuosamente vestidos que los mas ricos i fastuosos señores de la tierra. El pincel de oro del cielo iluminaba sus rústicos vestidos; rodeaba sus cabezas como de una aureola i derramaba como torrentes de gloria sobre sus resplandecientes figuras i en sus húmedas miradas que se volvian hácia la divina Presencia ante la cual todo poder de la tierra debe humillarse. I el órgano empezó a lanzar sus poderosas notas, i todos se unieron en un sencillo pero imponente concierto de accion de gracias.

En aquel momento llegaron Pedro i su mujer al umbral de la capilla i ámbos se detuvieron instintivamente como sintiéndose indignos de ir mas léjos. Aquella luz deslumbradora, aquella atmósfera salpicada de oro, aquellas miradas felices, aquellos sonidos majestuosos no se armonizaban con sus sentimientos, no simpatizaban con sus corazones abatidos i despedazados. No venian a hacer peticiones particulares, venian a buscar piedad, misericordia i paz.

Mui pronto, sinembargo, se sintieron confundidos por aquella falta aparente de confianza i, usando atrevidamente del privilejio que el sentimiento católico ha concedido siempre a los que se hallan en la angustia, avanzaron hasta las gradas que marcan la entrada del santuario. La madre colocó sobre esas gradas su pequeño fardo, su querida hija, i ámbos, cayendo de rodillas, pusieron sus manos sobre sus ojos bañados de lágrimas para protejerlos de la brillante aunque moribunda luz que los heria.

Larga, profunda, ardiente fué su oracion.

Entretanto los cantos habian cesado, el órgano callaba i los paisanos se habian alejado poco a poco. El ermitaño habia juntado la puerta e interceptado asi los últimos reflejos del sol poniente. Al retirarse, dijo en voz baja a la afijida pareja:

—He dejado la puerta abierta i podeis permanecer aqui el tiempo que os plazca. ¡Valor! Quiera Dios consolaros i escuchar vuestras súplicas por la intercesion de su Santa Madre!

El buen ermitaño no se parecia al gran sacerdote Helí que reprochaba a Ana el que turbase con sus plegarias el silencio del templo.

Entónces los dos desgraciados se descubrieron el rostro i alzaron los ojos. Estaban solos con su hija! un profundo silencio reinaba en torno suyo. No habia otra luz que la que esparcia la lámpara del santuario colocada entre ellos i el altar. Suspendida en medio de los aires, la lámpara parecia una fuente de plata de donde manaba una dulce i tranquila irradiacion. No eran rayos deslumbradores dispersándose en brillantes chispas, no era una llama inconstante i caprichosa, era una claridad que corria apaciblemente de su fuente i se esparcia con igualdad por todas partes, que adornaba el centro del lugar santo con una aureola de la mas pura i serena luz i que, derramándose como limpia corriente, se estendia hasta por los ángulos mas apartados de la bóveda i de las murallas. Aquella luz parecia ejercer sobre la naturaleza un poder calmante i tranquilizador; no se podia concebir turbaciones ni inquietudes en su presencia; una carcajada, una palabra dura, una voz colérica habrian resonado como un ruido sacrílego, si hubiera sido posible hacerlos oir en aquel lugar. Su dulce luz formaba una atmósfera especial, como si su templada claridad esparciese en el aire un ambiente tibio que el frio esterior no podia disipar. ¿Quién podia, efectivamente, sentir frio al abrigo de aquella alegre luz? Ella revestia de dulzura i belleza los objetos mas comunes: los rústicos *ex-voto* pendientes al rededor, las groseras pinturas que cubrian la parte superior de las murallas, parecian trasformadas en obras maestras del arte, gracias a esa semioscuridad que suavizaba los tonos de las figuras mas toscas i ocultaba los detalles ménos perfectos; su suave resplandor comunicaba gracia i atractivo a las lineas mas rijidas i austeras.

Pero, su mas benigna influencia la ejercia sobre los sentimientos. Parecia que encendia en el corazon otra luz brillante, apacible i serena, que se derramaba silenciosa sobre sus inquietas pasiones, dominando el orgullo del espíritu, calmando la cólera, endulzando la austeridad i desdoblando los pliegues de los pensamientos artificiosos. Tranquilizaba, dulcificaba, ablandaba el alma, preparándola para las emociones tiernas i tranquilas.

Todo estaba así en armonía con los pensamientos de los desgraciados padres. Fijaron sus miradas en los ojos de su Redentor i de su Madre. El resplandor de la lámpara, que caia de lleno sobre la estatua, comunicaba a los augustos rostros tal espresion de compasion i amor, que nunca su imájen pudo parecer mas divinamente misericordiosa, ni espresar mejor los sentimientos que los dos desgraciados deseaban encontrar en Jesus i en María. Bien conocieron que aquélla era la hora de apelar a su piedad para los afijidos, que aquélla era la hora de la audiencia particular en que la peticion del pobre seria graciosamente escuchada de su propia boca i llegar directamente a oidos del Soberano.

Oraron largo tiempo i fervorosamente

por su hija, bajo las solemnes impresiones de la hora i del lugar. Era mas profundo el fervor del padre, mas tierno el de la madre, pero ámbos pedian lo mismo i hacian el mismo voto. Si la niña recobraba la salud, se vestiria de blanco durante siete años, como emblema de la ofrenda que hacian a la mas pura de las vírjenes; se la educaria cuidadosamente en la piedad i en la devocion a la Madre de Dios, i sus padres ayunarian una vez por semana durante el mismo tiempo.

—Sí! esclamó Pedro, con la voz del corazon que es tan naturalmente poética; sí, será blanca i pura como la azucena cuyas raices se alimentan con la nieve de la montaña; será como una flor en el altar de Dios. Brillará en su santuario como la lámpara suspendida sobre nosotros; sus virtudes resplandecerán con dulce reflejo en el lugar santo cuando se arrodille agradecida en el lugar en que ahora está tendida, débil i moribunda. Dios mio! no apagueis la luz de nuestros ojos! no permitais que la muerte toque a quien os está consagrada, así como no permitiriais a una mano sacrílega estinguir la llama santa que arde ante vuestro altar!

Miéntras oraban así, la niña gozaba, al parecer, de un sueño mas tranquilo i restaurador que el de que disfrutaba hacia ya muchas semanas, i en esto vieron el primer síntoma de su curacion. Era tarde ya cuando volvieron a su modesta morada; pero la niña dormia aun i, al dia siguiente, la mejoría era sensible.

Algunos dias despues la niña ocupaba nuevamente su acostumbrado lugar junto a las rodillas de su madre. Estaba entónces, conforme al voto de sus padres, enteramente vestida del blanco color de las vírjenes. I, como diariamente crecia en intelijencia i en virtud, todo el buen pueblo de los alrededores la miraba como un objeto consagrado particularmente a Dios i adornado de gracias i privilejios especiales. De comun acuerdo se le habia reservado un lugar de honor en la capilla, el mismo lugar en que se la habia colocado durante su enfermedad.

Cuando fué mas grande, allí permanecia inmóvil, arrodillada durante horas enteras; i, cuando en la tarde, la multitud de paisanos de traje severo i sombrío formaba una masa negra i compacta, la blanca figura de la jóven se destacaba brillante i graciosa bajo los rayos de la lámpara mística, i parecia realizar la prediccion de su padre, esparciendo a su vez una dulce claridad sobre los sombríos objetos que la rodeaban. Su corazon encontraba sus delicias en el silencio de la meditacion, en el fervor de la plegaria i en la contemplacion de la tranquila luz de la lámpara sagrada. Ni los esplendores del sol poniente ni la deslumbradora claridad de un mediodía de verano tenian para ella el encanto de aquellos rayos dulces i apacibles. Parecíale que la lámpara esparcia a su alrededor una luz tan casta i tan pura que, bajo su influjo, solo se podia concebir pensamientos santos i anjélicos, proferir palabras de fervor i amor. Parecíale que los espíritus celestes venian a refujiarse al calor de aquella llama i que los querubines voltejeaban en la nube de gloria suspendida en su contorno.

I aquella luz misteriosa i simbólica no tenia encantos solamente para sus ojos. Parecia que de ella salia una música deliciosa, voces que repetian mui bajo sus propias plegarias i cantos dulces i tiernos, como de espíritus que pulsasen suavemente sus harpas de oro. Parecíale tambien que de ella manaban deliciosos perfumes, como el olor del bálsamo i del incienso puros de toda mezcla grosera i terrestre. En fin, ningun lugar le parecia mas estrechamente aliado con el cielo, en ninguna otra parte se sentia mas fácilmente arrebatada de la tierra en alas de los santos deseos, que en aquel santuario escondido, alegremente iluminado con la luz de su propia estrella.

Se ha observado que personas que han vivido juntas por largo tiempo, concluyen por contraer cierta semejanza que les da a menudo aire de parentesco. Así puede pensarse que la jóven, que venia tan a menudo i durante tan largas horas a arrodillarse ante la bella imájen de la Madre Inmaculada, manteniendo la vista fija en ella, a la dulce claridad de la lámpara, adquiriria poco a poco cierta semejanza con la imájen i que su rostro reproduciria su tranquila i modesta espresion, de suerte que la estatua sin vida i la jóven viva pareciesen un retrato del mismo orijinal.

II.

SU PALIDEZ.

> Léjos sea de mi el consejo de los impios. ¿Cuántas veces vemos que la antorcha de los impios se apaga, i que les viene la inundacion, i que Dios les reparte los efectos de su furor?
>
> *Job, XXI*, 17.

Cerca de seis años han pasado despues del voto; seis años de alegría i felicidad. Pero sobrevino un cambio en la familia de Pedro, cambio que interrumpió tristemente sus alegrias i que trajo consigo el pesar i el dolor.

Algun tiempo ántes dos hombres desconocidos en el pais habian venido con sus familias a establecerse en la vecindad. Todos eran personajes groseros i nadie sabia nada a su respecto. Elijieron un sitio a alguna distancia de las demas habitaciones i en él se construyeron grandes chozas de madera semejantes a las otras casas de la aldea; pero, durante su construccion, parecieron ver con ojos desconfiados a los que los miraban i cuando estuvieron concluidas no invitaron a nadie a visitarlos. Los hombres no tenian, al parecer, ninguna ocupacion particular; las mujeres eran desaseadas i pasaban sus dias en la ociosidad. Sinembargo, aquella jente debia gozar de mas comodidades que los otros habitantes del pais porque, los domingos, se presentaban con vestidos relativamente magníficos. No podia conocerse, pues, la verdadera posicion de aquellos individuos, pero era evidente que allí se ocultaba algun misterio.

Algunos meses despues de estar domiciliados en aquel lugar, Anita i su hija notaron una variacion sensible en el carácter de Pedro. Ya no acudia a su trabajo con la misma solicitud i diariamente disminuian sus utilidades. Veíasele pensativo i reservado, casi sombrío, i no era posible dudar que poseyese algun secreto penoso que queria ocultar a su familia. En vez de volver a su casa apénas terminaba su trabajo para gozar de la sociedad de su mujer i de su hija, permanecia solo, durante horas enteras, sumido en un sombrío abatimiento. Cuando volvia, se mantenia frio i silencioso i daba algun pobre pretesto para esplicar su tardanza.

En fin, un dia, al tiempo de marcharse al trabajo, dijo a su mujer:

—Anita, esta noche volveré mui tarde, probablemente; asi, no me esperes. Tengo un negocio importante que talvez me ocupe toda la noche.

(Continuará.)

A LA MEMORIA

DE MI SEÑORA MADRE GREGORIA HERMOSILLA DE VALENCIA, QUE FALLECIÓ EL 2 DE MARZO DE 1869.

En esa altura do moras
Recuerda, madre querida,
Que en el valle de la vida
Tus hijos claman a ti.

I al dirijir nuestras préces
Al Eterno en tu memoria,
Como tributo de gloria
Te pido ruegues por mi.

¡Madre, madre! oh, qué consuelo!
Siente i disfruta el hombre
Pronunciando aqueste nombre
Encantador, celestial.

Mas ¡oh dolor! si se pierde
La tierna madre en la infancia,
Cuando despide fragancia
Pura el alma virjinal.

Entonce errante, sin guia
Solo, se halla el peregrino,
I maldice su destino
I maldice su horfandad.

Porque no halla un pecho amigo
Do reclinar su cabeza,
I en funeraria tristeza
Se estrella en la tempestad.

Desgraciados de nosotros
Los que una madre perdemos,
Que, por mucho que lloremos,
No se calma el corazon;

Desgraciados, lo repito;
Pero, Señor, me consuelo;

Pues mi madre desde el cielo
Nos echa su bendicion.

Un recuerdo funerario
Conservo siempre en memoria,
Triste pájina en la historia
De mi existencia fugaz;

El recuerdo es de mi madre,
Cuando palpe su agonía:
Cadavérica i sombría
En su moribunda faz.

En ese trance terrible
En que la muerte a porfía,
Fácil senda te entreabria
Para que fueses a Dios;

Yo vi romperse los lazos
De tus carnales despojos,
Miéntras lívidos tus ojos
Se apagaron con tu voz;

Mas tus hijos, madre mia,
No fueron indiferentes
I vertieron a torrentes
Tristes lágrimas por tí.

I conmovida mi alma
En este dia luctuoso,
Con un acento lloroso
Vuelvo a clamar por mí.

Madre, escucha la plegaria,
Madre, escucha la agonía,
Que jemebunda i sombría
Rasga un hijo con dolor.

Miéntras tanto yo pos'rado
En tu sepulcro doliente
Quiero poner reverente
En tu memoria una flor.

Lima, marzo 2 de 1871.

José Luis Valencia.

PERIÓDICOS

LITERARIOS COLOMBIANOS.

El Cóndor de Medellin (Colombia) dice lo siguiente:

«Entre los periódicos que la prensa del pais publica, dedicados al cultivo de la literatura, tenemos noticias de los siguientes:

«*La Caridad*, en la imprenta del señor Ortiz Malo;

«*El Hogar*, en la del señor Ponton;

«*El Aura* i *El Alba*, eco de la juventud caucana, publicados, el primero en Popayan, en Cali el segundo, i

«*El Estudio*, primer periódico literario de Rionegro.

«*El Oasis*, *El Valle*, *La Juventud*, *El Pensamiento*....tantas publicaciones mas, que nacieron al soplo vigoroso del aliento de la juventud, i que el viento de las revoluciones detuvo en su desarrollo, o que las dificultades pecuniarias hicieron morir ántes de tiempo como la planta sin savia; de estas publicaciones, decimos, no quedan sino preciosas colecciones. El tiempo las hojeará mas tarde, para separar, con ese juicio final de la literatura, lo bueno de lo malo.

«En ningun pais de Hispano-América ha sido el periodismo mas fecundo que en el nuestro. Semejante al delirio desordenado de un febricitante, nuestro pueblo ha hecho crujir las prensas i producido a millares periódicos que nacen hoi, eco de una pasajera opinion, i que mañana, cuando el sol alumbre las sienes coronadas de un caudillo vencedor, mueren sin que la opinion rodee siquiera su tumba.

«I al triunfar aquella opinion o imponer la lei aquel caudillo, nacen otros periódicos espresion de las contrarias opiniones.

«A éstos suceden otros; a los sostenedores de aquel principio, otros que sostienen el contrario. Verdadera tela de Penélope, lo que se sostiene en éste se destruye luego en aquél. Todos acaban, todos duran un breve espacio de tiempo.»

De entre todos los periódicos de Colombia el mas sobresaliente es sin disputa *La Caridad* redactado por las mejores plumas de la juventud de aquel pais. Colaboran a él, entre otros, los señores don Miguel A. Caro, don Ricardo Carrasquilla, don J. M. Vergara i Vergara i don Jorje Isaacs, todos conocidos de los lectores de *La Estrella de Chile*.

EN UN ALBUM.

¿Quieres deje aquí pruebas
De mi buen gusto?
Pues aquí dejo escrito:
—Me gustas mucho—

J. M. Marroquin.

LOS AUTOMATAS.

(Traducido del portugues por R. B. G.)

La idea de aplicar la mecánica a la imitacion de las acciones de los seres vivos es de antiquísima data. El ateniense Dédalo, el mas injenioso inventor de su tiempo, hacia estátuas que se movian por sí solas i parecian dotadas de vida. Las esplicaciones, sinembargo, relativamente al procedimiento usado por el mecánico, son por demas vagas para tener hoi algun valor. No obstante, este asunto tan interesante no podia ménos de tener entre los modernos numerosos comentadores. Estos revocan en duda la veracidad de las narraciones de los autores antiguos i pretenden que las primeras estátuas de los griegos eran imitaciones de las de los ejipcios, figuras pesadas con los ojos cerrados, los brazos pendientes i pegados al cuerpo i los piés juntos uno con otro. Las estátuas de Dédalo eran mas artísticas: tenian los ojos abiertos i las piernas libres, i el escultor, sabia darles tanta verdad en la actitud, que parecian a punto de hablar o andar, segun el caso. Así como Anacreonte, maravillado delante de la imájen de su amada esclamó: «¡Cera, vas a hablar!»—los griegos, pasmados como él, esclamaron delante de las estátuas de Dédalo: «¡Van a andar!» La jeneracion siguiente afirmó que las estátuas andaban realmente, i la posteridad, apurando la metáfora, declaró que habrian echado a correr sino hubiera sido por las cuerdas que las retenian.

Atribúyese a Alberto Magno, famoso obispo de Ratisbona, que vivia en el siglo XIII, la construccion de una cabeza de bronce que podia no solo moverse, sino hasta responder a las preguntas. Tomas de Aquino discípulo del ilustre sabio dicen que se asustó tanto de esa cabeza cuando la vió, que la despedazó, i viendo eso Alberto, esclamó:

«¡Así perece el trabajo de treinta años!»

Jerberto, que fué el papa Silvestre II, pasó por haber hecho, entre otras invenciones algun tanto diabólicas, i por medio de la consulta a las estrellas «una cabeza de estátua que no solo hablaba, sino que, hablando, decia la verdad, ya en sentido afirmativo, ya en sentido negativo.» Cuando Jerberto le preguntaba, por ejemplo:

«¿Seré papa?»—la estátua respondia: «Sí.»

I cuando decia: «¿Moriré ántes de decir misa en Jerusalen?»—la estátua respondia: «Nó.»

Los buenos cronistas monjes cuentan que esa ambigüedad de respuesta, engañó tanto a Jerberto que, lisonjeándose del agradable don de una larga vida, no pensó en arrepentirse (1). En efecto, ¿quién en lugar de él habria sido tan loco que fuera a decir misa en Jerusalen? Mas ¡cuidado! no se acordó de que en Roma habia una iglesia llamada Jerusalen.

El imprudente pontífice fué un dia a decir misa a esa iglesia i poco tiempo despues murió «dando así, agrega Guillermo de Malmesbury, una prueba manifiesta del poder profético de la cabeza de bronce.»

Veamos ahora las tentativas modernas, tentativas infructuosas, para hacer imájenes parlantes. En 1846, se exhibia en la sala ejipcia de Picadilly una estraordinaria pieza de mecánica compuesta de un busto i una cabeza de cera. Este autómata, que el profesor Frater de Viena, su inventor, llamaba *Eufonia*, era, como su nombre lo indica «una de esas combinaciones basadas en el estudio anatómico i fisiolójico de los órganos que contribuyen a la voz humana i con cuya ayuda se intentó imitar esos órganos en cuanto al sonido i a la articulacion.»

El otro, por medio de tubos, fuelles, rejistros i llaves en número de dieziseis, movido todo por un teclado como el del piano, pretendia hacer hablar al autómata. Pero es preciso confesar que, para declarar *humana* esa voz, era menester de parte del oyen-

(1) Como los lectores comprenderán, esta no pasa de ser una *portuguesada*.

(Nota del traductor.)

te gran delicadeza de oido i mucha buena voluntad.

Vaucanson espuso en Paris, en 1738, un autómata que tocaba flauta. El autómata, proyectando aire con sus labios contra la embocadura, producia las diferentes octaves, cerrando i abriendo las llaves del instrumento, forzaba el aire mas o ménos, como lo haria un músico de carne i huesos, i regularizaba notas dificilisimas para un instrumentista humano. La estátua no solo ejecutaba variadas arias sino que tomaba todas las actitudes de un músico gracioso.

En 1817 el mismo inventor fabricó un pato que causaba grande admiracion. El palmipedo patinaba en el agua, nadaba, bebia i daba los gritos propios del animal. La imitacion de todos los movimientos era natural: levantaba i abria las patas, rascaba sus alas con el pico, estiraba el pescuezo; por medio de ingredientes adaptados a disolver en el estómago los granos, hasta dijeria lo que comia.

El autómata jugador de ajedrez del baron Kempellem apareció por primera vez en 1770 en Presburgo. Fué exhibido tambien en Paris, en Berlin i en otras ciudades, i por donde quiera los mejores jugadores fueron jeneralmente vencidos por la máquina. El personaje, con un vestido de príncipe asiático, estaba sentado delante de un tablero de ajedrez, colocado en una especie de bufete de tres piés de largo por doce de ancho i cuatro de altura i con ruedas. En esa caja estaban los cilindros, palancas i ruedas mecánicas. Ninguno podia, al parecer, estar dentro. Cuando se presentaba algun curioso, el esporitor apretaba una llave idaba cuerda a la máquina, operacion durante la cual se oia perfectamente el roce de las ruedas i muelas.

Inmediatamente los ojos del autómata se dirijian hácia el tablero i, despues de alguna reflexion, levantaba el brazo, ponia una mano en la pieza que queria jugar, tomábala con los dedos i la colocaba en el cuadro en que debia quedar. En caso de movimiento falso, sacudia la cabeza con aire descontento i correjia la jugada. Cuando el autómata daba *mate*, sus labios se ajitaban i exhalaban una especie de grito, que su contrario percibia.

Nada faltaba, pues, para que la ilusion fuese completa i, aunque era imposible no creer que la mano del autómata era guiada, fué siempre un misterio el medio de comunicacion. Un dia, sin embargo, se descubrió el misterio. El baron, para esplicar la causa, abrió al mismo tiempo las dos puertas de la máquina: el mecanismo interior desapareció i en su lugar estaba un jugador de ajedrez de carne i huesos.—Estaba sentado en un banquillo de ruedas. Cilindros, muelas i ruedas todo era *pro-forma* i podia desaparecer a voluntad. Miéntras el espectador examinaba a su gusto el mecanismo por una sola puerta abierta, el jugador de adentro se encojia hácia el lado opuesto. Bastaban uno o dos ensayos para poner al jugador al corriente de ese ejercicio como tambien del modo de mover los mecanismos destinados a hacer trabajar al autómota.

Un dia corrió el autómata mucho peligro. Acababa de llegar a una ciudad de Alemania donde estaba funcionando un prestidijitador. El autómata eclipsó pronto al májico. Este, despechado por el triunfo de su rival, fué a verlo i, suponiendo cuál era el secreto, entró hasta el medio del teatro gritando: *¡Fuego! ¡fuego!* Los espectadores echaron a correr. El autómata asustado daba saltos terribles i casi enloqueció. Felizmente el espositor no perdió su sangre fria i empujando al autómata detras de unas cortinas, se apresuró a calmar su miedo. El prestidijitador salió mal con su estratajema i se redoblaron los triunfos del jugador de ajedrez.

Fué a Viena en 1809 otro autómata llamado el *Corneta Maelzel*. Vestia uniforme de corneta de dragones, no solo tocaba las marchas de la caballeria austriaca i ejecutaba todos los toques de servicio, sino que hasta hacia oir una marcha i un alegro de Weigth. Mudaba despues de uniforme, tomaba el de un rejimiento frances de guardia i ejecutaba los toques franceses, una marcha de Dussek i un alegro de Pleyel. El último trozo de cada pieza era acompañado a toda orquesta.

Droz de Chaux-de-Fonds construyó entre otras máquinas curiosas una cajita ovalada que, ademas de un departamento para rapé, tenia otro de donde salia, apretando un boton, un pajarito de oro esmaltado de verde que entonaba un melodioso trino.

El mismo mecánico es autor de un autómata que representa una persona de tamaño natural con un estilete metálico en la mano. Por medio de un resorte que se tocaba previamente, el personaje en cues-

tion comenzaba a dibujar en una hoja de papel. Concluido el dibujo, el autómata descansaba i volvia despues a hacer cinco o seis dibujos mas.

En otro tiempo tuvo tambien celebridad el tigre de Tippoo-Saeb. Se supone que ese autómata fué construido para diversion del sultan Tippoo, soberano de Maisour, por algun artista europeo de la corte de este príncipe.

Cuando Tippoo murió en 1799, el autómata fué encontrado en el palacio de Seringapatam i regalado al museo de la compañía de Indias por el ejército inglés.

Representa a un tigre despedazando a un soldado que ha caido bajo sus poderosas garras. Los dientes del animal están enterrados en la garganta de la víctima al mismo tiempo que con su pata oprime el pecho del infeliz. Este grupo contiene un mecanismo que pone en movimiento un manubrio adaptado al hombro del tigre.

A cada vuelta del manubrio, el brazo del soldado se levanta de una manera suplicante i un grito agudo se escapa de sus labios, al mismo tiempo que, por su parte, la fiera da de cuando en cuando sordos rujidos.

Dicen que Tippoo pasaba horas enteras en la sala donde se encontraba esta máquina haciendo dar vuelta en su presencia el manubrio.

Tambien se construyó un grupo autómata para Luis XIV. Consistia en un coche con caballos, cochero ,etc. El cochero chicoteaba i los caballos salian inmediatamente moviendo las piernas como caballos verdaderos. El coche se paseaba sobre la mesa en que estaba colocado i al llegar frente al rei se paraba. Bajaba un paje i abria la portezuela a una dama que descendia del coche, i con profunda reverencia saludaba al rei i se entraba otra vez. El paje cerraba entónces la portezuela i el carruaje continuaba su camino al mismo tiempo que el lacayo subia por la trasera.

Leyendo esta relacion, lamentará el lector, como nosotros, que se haya gastado tanta habilidad en estas bagatelas. ¿Qué resultado dieron los trabajos de Vaucanson al lado de la máquina de Arkwright? El único fin de los inventores de esas curiosas máquinas parece haber sido fascinar al público; Arkwright i sus imitadores, por el contrario, contribuyeron a desarrollar en alto grado las riquezas comerciales de su pais.

LAS FLORES.

EN UN ALBUM.

Frescas, galanas, aromosas tiernas,
A'zan las bellas flores
Su cáliz hechicero,
I el céfiro volando lisonjero,
Suspirando riquísimos olores,
Besa sus hojas de carmin i grana
Gozando en sus amores;
El ave con ternura
Alaba su hermosura
I venturosa su cancion levanta;
El cristalino arroyo
Su savia les regala murmurando,
I el astro-rei sus hojas abrillanta
Con luz preciada que a la vista encanta.

Mas ¡ai! luego marchitas
Doblan la erguida frente,
I el ábrego inclemente
Las deshoja una a una....
¡Que tal es el rigor de la fortuna!

¡Así como las flores
Acaban de la vida los primores!
Los bellos sueños que imajina el alma,
Las brillantes i hermosas ilusiones,
El palpitar de ardientes corazones
I la anhelada palma
De la grata esperanza.....
¡Todo inflexible lo destruye el tiempo!
Jamas el hombre alcanza
A ver cumplido su aspirado encanto,
I solo acerbo llanto
Encuentra i padeceres
Donde soñó magníficos placeres.

I tú, niña graciosa, niña bella,
Que vives en la edad de la hermosura
I ves lucir tu estrella
En el placer segura,
I anegada en los sueños de ventura
No sientes los dolores
Que atristan en la vida,
Goza con las flores
Miéntras sonria tu ilusion cumplida;

I corriendo entre halagos
Tu preciada existencia
No te hiera del hado la inclemencia,
I que te brinde el mundo
Los tiernos goces de un amor profundo.

1861.

M. A. Hurtado.

DEFINICIONES.

El hombre.—El hombre es un átomo en el universo.

La vida.—Chispa de luz que se apaga en la tumba.

La fama.—Un meteoro que deslumbra i que vuelve a caer hecho polvo.

La riqueza.—Orijen de estorbos i de pesares roedores.

El placer.—Un rayo de sol ántes de la tormenta.

El amor.—Relámpago de felicidad cuyo recuerdo dulcifica las asperezas de la vida.

La fé.—El ancla de salvacion arrojada mas allá de la tumba.

La esperanza.—Una estrella aislada brillando en un desierto.

La caridad.—Arroyo fertilizador que tiene su orijen en el amor de Dios i del prójimo.

La relijion.—La llave que abre de par en par las puertas del cielo.

La muerte.—La cuchilla que corta los lazos que nos unen a la vida.

La tierra.—La peregrinacion del hombre hácia la eternidad.

La tumba.—Descanso de las fatigas del viaje.

La resurreccion.—El despertar repentino de un sueño apacible.

El cielo.—Luz, amor supremo, deificacion de la creatura.

ORACION DE LA TARDE.

El brillante rei del dia
Al occidente se acerca,
I con blandos resplandores
Adios le dice a la tierra.

Adios, responden las flores
Que en débiles tallos tiemblan;
Su corona mustia inclinan,
I suspirando se cierran.

Adios, repiten las plantas
I el céfiro que las besa:
Murmura, adios, el arroyo
I lentamente se aleja.

Ya convocan a sus pollos
Las gallinas soñolientas,
I ellos pian, corren, buscan
Las dulces alas maternas.

Las aves de Santa Rosa.
Desde un muro al otro vuelan,
I con ténues voces llaman
A la amada compañera.

Forman círculos, avanzan
I retroceden lijeras,
Hasta que al caliente nido
Por fin decididas entran.

Miéntras tanto el sol se esconde,
Dejando doradas huellas
En las vaporosas nubes,
Tras él en breve deshechas.

Silenciosa, opaca sombra,
Como un velo se despliega,
Que va cubriendo los cielos,
I lento baja a la tierra.

Ya con pausados sonidos
De las vecinas iglesias,
Nos anuncian las campanas
La salutacion anjélica.

Un dulce recojimiento
Me suspende las potencias,
I ¡oh Virjen llena de gracia,
A ti, mi oracion se eleva!

Vuelve a mí, madre piadosa,
Tus ojos que al cielo alegran,

I ruega a tu hijo divino,
Que remedie mis miserias.

En el mar tempestuoso
De la vida sé mi estrella,
I líbrame de los lazos
Del ánjel de las tinieblas.

Con la muerte de los justos
Dame, señora, que muera,
I líbérteme tu mano
De la noche sempiterna.

No permitas, madre mia,
Que los muros que me albergan,
Los derrumbe el terremoto,
I que mi sepulcro sean.

Cobíjame con tu manto,
Como hace la madre tierna
Para que duerma su niño,
I dadme una noche quieta.

JUSTA GARCIA ROBLEDO.

RECONCILIACION.

La víspera de morirse
Un ébrio de profesion,
Hecha ya su confesion
Manifestó arrepentirse,
I pidió mui impaciente
Que le dieran agua pura.
—¡Agua! ¡dijeron, locura!
¿Querrá decir aguardiente?
—¡Agua! repite,—agua, digo,
Que al tiempo de ir a espirar
Me quiero reconciliar
Con mi mayor enemigo.

* * *

LAS BRUJAS.

—¿Crees en brujas, Garai?
Le dije a mi viejo criado.
—No señor, porque es pecado;
Pero haberlas, sí las hai.

BENJAMIN PEREIRA GAMBA.

CHARADA.

Trepa el monte i cruza el prado
El robusto montañes
En busca de mi *primera*
I de mi *cuarta* a la vez.
El que en humildes pañales
I en rústico hogar naciera
Con el sudor de su rostro
Hace *primera* i *tercera*.
Segunda, *tercera* i *cuarta*
Son de humilde condicion
Pues vienen en linea recta
De un pedazo de jabon.
Como el todo lo conocen,
En sentido figurado,
Algunos de los lectores,
No es menester esplicarlo.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CAMPO.

Contenido de este número.

I.—Roma, por Rafael B. Gumucio.
II.—El clima, poesia, por Juan de Arona.
III.—Del amor, por F. Gonzalez E.
IV.—Epigrama, poesia, por Manuel Pombo.
V.—La lámpara del santuario, por S. Em. el cardena Wiseman.
VI.—A la memoria, poesia, por José Luis Valencia.
VII.—Periódicos literarios colombianos.
VIII.—En un album, poesia, por J. M. Marroquin.
IX.—Los autómatas.
X.—Las flores, poesia, por M. A. Hurtado.
XI.—Definiciones.
XII.—Oracion de la tarde, poesia, por Justa Garcia Robledo.
XIII.—Reconciliacion i Las brujas, poesias, por Benjamin Pereira Gamba.
XIV.—Charada.
XV.—Solucion de la del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre. Se recomienda especialisimamente la asistencia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, abril 2 de 1871. Núm. 183.

A LOS SEÑORES

SUSCRICTRES I AJENTES DE «LA ESTRELLA DE CHILE»

suplico que se sirvan entenderse en adelante en todo lo concerniente a *La Estrella de Chile* con su nuevo edictor, don Pedro Jesus Rodriguez. (Imprenta de *El Independiente.*)

Santiago, marzo 26 de 1871.

RAFAEL B. GUMUCIO.

Reproducimos una notable oda, cuya entonacion i escojido lenguaje hacen recordar las mejores inspiraciones relijiosas de Fernando de Herrera.

Aunque conocida por todos los hombres de buen gusto, la oda *A Cristo Crucificado* será siempre leida con admiracion, como uno de esos arranques de fé que a veces brotan en los labios del impío, cuyo orgullo ha ahogado en su alma todo jérmen de sentimiento relijioso.

Marchena, el mas perverso de los sacerdotes españoles del siglo XVIII, el compañero del desgraciado Blanco Witte, sacerdote como él i despues ministro protestante i profesor en una universidad presbiteriana; Marchena solo ha sido poeta i gran poeta al cantar los dolores del Hombre-Dios i el triunfo de la Cruz en el mundo. Hé aquí el testo de esta magnífica oda:

ODA.

A CRISTO CRUCIFICADO.

Canto el Verbo divino
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
I los celestes coros de contino
Dios le aclaman, i el Padre se embebece
En la perfecta forma no creada;
Ni cuando de victoria
La sien ceñida el rayo fulminaba,
I da Luzbel la altiva frente hollada
Lanzando al hondo infierno,
Entre humo pestilente i fuego eterno,
La hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo
En nube envuelto horrisono-tonante
Severas leyes a Israel dictando,
Del Faraon el pecho endurecido,
Sus fuertes en las hondas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, i al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron: la mar vino
I los tragó en inmenso remolino,
I Amon i Canaan se estremecieron.

Ni en el postrero dia
Acrisolando el orbe con su fuego,
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fria,
Que arrancarse su presa vé bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luego
La eternidad en sus abismos sume,
I lo que es, fué i será, todo consume:
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe,
Los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero
Por los humanos en la Cruz clavado,
El almo cielo uniendo al bajo mundo,
Libre ya el hombre, i el tirano fiero
Por siempre encadenado en el profundo
Infierno con coyundas de diamante;
Do el pendon del pecado
Tremolaba, brillando la Cruz santa,
Tu cruz que al rei del hondo abismo espanta,
Cuando al oscuro imperio
Descendiste, del duro cautiverio
Tus escojidos a librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,
Fiero enemigo del mortal linaje?
¿Do los blasones que te envanecian,
Do está de Adan la culpa i su memoria,
Do los que rei del siglo te decian?
¡Cómo el Hijo del hombre tu cabeza
Quebrantó con ultraje!
Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,
Tú que la erguida frente levantabas
Mas que de Horeb la cumbre,
¡O coloso de inmensa pesadumbre!
Yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del oriente al ocaso
En alas de mil ánjeles pasea
Tu vencedora Cruz, Verbo divino;
Ni es de hoi mas Israel único vaso
De eleccion, que al altísimo destino
De hijos de Dios nos elevó tu muerte:
Con tu sangre la fea
Mancilla de la culpa en nos lavaste,
I cual los querubines nos tornaste.
¡O gloria sin segundo
Al Redentor, al Salvador del mundo,
Por quien nos cabe tan felice suerte!

Ya miro el venturoso
Dia que tu Cruz santa el orbe hermana
Con vínculo de amor indisoluble;
Plácida claridad, almo reposo,
I paz perpétua reinan, la voluble
Fraude tragó el infierno en su honda sima;
La libertad cristiana
Para siempre ahuyentó la tirania,
I los tiranos bajo quien jemia
Triste el linaje humano
Derrueca el Cristo con potente mano,
Que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra lei santa
Es lei de libertad, i los tiranos
Enbalde se coaligan contra el Verbo;
El los quebrantará con fuerza tanta,
Cual leon que destroza el flaco ciervo,
Cual rompe el barro frájil metal duro:
Iguales los cristianos
I libres vivirán siempre sin sustos,
El Cristo reinará sobre sus justos
El orbe renovado
De la Sion celeste fiel traslado
Será, Señor, bajo tu cetro puro.

¡Cuál mi inflamado pecho
Ansía por ver tu gloria, i las venturas
Del linaje humanal que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
Traspaso, i veo volar la série triste
De los males del tiempo venidero,
Mas tu gracia, Señor, omnipotente
Desciende en fin i tórnase inocente
El mundo iluminado
Con tu lei i en tu amor santificado,
I despojado del Adan primero.

José Marchena.

LA PALMA BENDITA.

I.

La bendicion de las palmas el Domingo de Ramos es una de las ceremonias mas imponentes i majestuosas con que la Iglesia recuerda los misterios de nuestra relijion.

En todos los templos de la cristiandad se celebra tan solemne acto a la misma hora, i siempre con asistencia de un numeroso concurso que oye con el mayor recojimiento las préces de la Iglesia, i presenta a la bendicion del ministro de Dios preciosas palmas i delicados ramos, para conservarlos despues como objeto de inestimable precio, puesto que han sido bendecidos en memoria de aquellos ramos que el pueblo de Israel presentaba a Jesucristo a su entrada triunfante a Jerusalen.

En muchos pueblos donde eso que se llama despreocupacion no ha sentado todavia, como verdades, absurdos mas o ménos impios, es creencia jeneral que una palma o un ramo, benditos en el Domingo de Ramos en la iglesia, preserva de los rigores de la suerte al fiel cristiano que lo guarda cuidadosamente, i aleja de su hogar la discordia, el hambre i las enfermedades.

Los *esprits-forts* de nuestros dias se reirán seguramente de estas *puerilidades*, de estas *preocupaciones*; pero tanto peor para ellos.

No por eso renunciaré, carísimas lectoras, a referiros una sencilla historia que oí contar en mi infancia a mi pobre abuela, señora que, sin ser lo que se llama una santurrona, sabia mucho mas de relijion que muchos de los modernos filósofos i de los flamantes reformadores que por ahí

andan predicando las excelencias de lo que llaman su doctrina, sin que haya talvez entre ciento dos que puedan dar razon de la doctrina cristiana que aprenden los niños en la escuela.

Pero no hagamos observaciones, que pueden ser inútiles, i vamos al cuento de mi abuela.

II.

Pues, señor, esto era en Roma, el Domingo de Ramos.

Como siempre, se celebraba la bendicion de las palmas con asistencia del Sumo Pontífice, en la basílica de San Pedro, en la capilla Sixtina, llamada así porque su fundador fué el Papa Sixto IV, i mui celebre por los preciosos frescos que en ella pintó Miguel Anjel i que representan el juicio final.

Bajo la inmensa cúpula de aquel soberbio templo se hallaba aquel dia un inmenso jentío, presidido por el Soberano Pontífice que, como todos los cardenales, tenia en la mano la palma bendita.

Entre los cristianos que llenaban la iglesia, no habia uno solo que no la tuviera tambien; solamente algunas señoras tenian ramos, caprichosamente dispuestos por ellas mismas, o comprados en la puerta del templo donde aquel dia se colocaban gran número de ramilleteras; viejas unas, jóvenes i lindas otras, i todas seguras de no perder el trabajo, pues aunque eran muchos los ramos i las palmas que llevaban a la venta, eran muchos mas los devotos que acudian a bendecirlos para conservarlos luego, como precursores seguros de paz i bienandanza.

Entre las vendedoras de ramos habia una pobre niña de unos quince años, hermosa como un serafin, pero la pobrecita era paralítica, i para andar con mucho trabajo tenia que apoyarse en dos muletas.

Desde las siete a las diez de la mañana habia logrado la triste vender uno solo de los ramos, que cuidadosamente colocados en una cesta ofrecia a los transeuntes.

La pobre niña veia pasar a todos indiferentes, i comprar los ramos a las vendedoras que le salian al encuentro, ofreciéndoselos i ponderando de paso la fragancia de las flores, i encareciendo la economia del precio.

Lloraba la paralítica mirando tristemente sus flores, i entre sollozos i suspiros se la oia murmurar:

—Madre mia! madre mia!

Las demas, o no la miraban siquiera, o viéndola sola al lado de sus flores, sin que hubiera una buena alma que se acercara a comprarle un ramo, la saludaban con chistes mas o ménos oportunos, añadiendo con perversa intencion alusiones mas o ménos groseras a la horrible enfermedad que le impedia correr de un lado a otro con la cesta, i despachar en breve tiempo as palmas i los ramos metiéndolos, como suele decirse, por los ojos de los compradores.

Ya se disponia la pobre a retirarse, cuando de un coche que habia parado mui cerca de ella, tan cerca que por poco pasan las ruedas por encima de sus desdeñadas flores, bajó una señora jóven i hermosa, ricamente vestida, i que tanto por su distinguido porte como por las armas pintadas en el carruaje, parecia pertenecer a la mas elevada nobleza.

La hermosa dama fijó en la triste niña unos ojos que hubieran hecho correr a un servidor de ustedes detras de ella por mar i tierra, i a pié i a caballo, i se detuvo al ver que profunda tristeza se retrataba en el pálido rostro de la jóven ramilletera.

—Señora, llevadme una palma, se atrevió a decir ésta, alentada por la dulcísima espresion de los ojos de la encopetada dama.

—Sí, que la llevaré, hija mia, contestó acercándose a la cesta. Pero, ¿qué tienes, niña? ¿Por qué lloras?

—¡Ai, señora! desde las siete estoi aquí, i es ésta la primera palma que vendo....

—Pobrecita! ¿La has hecho tú?

—Sí, señora; dos dias he estado haciéndolas....i tengo que volverme con ellas a casa.....¡I yo que creia poder llevar hoi algo a mi madre i a mi hermano, que están mui malitos i no tienen qué comer!

—No tienen que comer....? repitió la elegante señora, visiblemente conmovida.

—Nó, señora, no tenemos nada...Cuando mi padre vivia era otra cosa...Trabajaba, i siempre nos traia pan; pero el otro dia, cuando lo estábamos esperando para que nos diera la cena de costumbre, lo trajeron cuatro hombres....

—Muerto?

—Si, señora; se habia caido desde el tejado de una casa que están haciendo ahí cerca, en aquella calle....

—Infeliz! esclamó la señora, i al mismo tiempo puso en las manos de la ramilletera algunas monedas de oro, que la inocente miraba i remiraba, no acertando a calcular su valor, pero comprendiendo que no podia valer tanto una palma, ni todas las que, juntas con los ramos habia llevado a vender.

—Vé, hija mia, añadió la caritativa señora, vé a llevar a tu madre i a tu hermano ese dinero; con él no os podrá faltar pan en tres ni en cuatro meses....

La niña no podia responder; las lágrimas ahogaban su voz; la gratitud que llenaba su alma no le permitia pensar; queria hablar i no sabia qué decir.

Pero al fin, despues de un momento, se quitó una cinta que llevaba al cuello, pendiente de la cual habia una crucecita de plata, pero de escasísimo valor, ató la cinta a la palma mas bonita, i se la presentó a la buena señora diciéndole con una voz dulce como la de la gratitud:

—Tomad, señora, esta palma i esta cruz que me dió mi padre, como una preciosa reliquia, para que fuera feliz en el mundo; yo lo soi ya con haberos conocido; mi padre tenia razon; esta cruz da la felicidad.

La bella dama tomó la palma i besó la cruz, i se despidió de la niña, encantada de la rara intelijencia que en tan cortos años descubria aquella desdichada creatura.

III.

Encantados quedaron tambien la madre i el hermano de la ramilletera, cuando la vieron volver con todas las palmas i todos los ramos, i presentándoles las monedas de oro, les refirió con todos sus pormenores la buena fortuna que tuvo de hallar a aquella noble señora, sin ocultar por supuesto, el obsequio que habia querido hacerla en pago de tan rara jenerosidad, de la cruz de plata, prenda la mas estimable para ella, pues que procedia de su desdichado padre.

No llevó mui a bien el hermano lo hecho por la niña, porque siendo aquella cruz un recuerdo de su padre, creia tener tanto derecho a su posesion como ella, o acaso mas; pero al fin se resignó, en gracia del excesivo precio en que la buena señora habia pagado la palma bendita.

Desde aquel dia ni uno solo faltó el pan en la casa de la pobre familia, que hubiera sido completamente feliz con su pobreza, si el demonio que no tiene otra ocupacion que hacer un infierno de cada cosa i de cada familia, apoderándose del alma de algunos de esos individuos, no hubiera hecho que el hermano de la ramilletera en vez de ser un hombre honrado i temeroso de Dios, fuera un holgazan sempiterno, dado a todos los vicios conocidos i alguno mas, mui amigo de vivir sobre el pais, i gastar el caudal ajeno que con no poco trabajo ganaban su madre i su hermana.

El tal hizo en poco tiempo tan rápidos progresos en la carrera del vicio, que acabó por huir de la casa paterna, i unirse con otros tales, que de vicio en vicio, de garito en garito, le llevaron a la triste práctica de procurarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño, práctica en la que se hizo tan práctico en tan breve tiempo, que donde ponia el ojo ponia la mano, i donde ponia la mano no quedaba ni un objeto de valor de dos cuartos, ni un ochavo para mandar cantar un ciego.

IV.

Cuatro años despues un hombre jóven aún, pero de rostro feroz i mirada siniestra, se introducia a favor de la oscuridad de la noche en la casa de la condesa de....

Aquel hombre, envuelto en una ancha capa, llevaba en una mano una linterna i en la otra un puñal.

Despues de atravesar galerías i salones, penetró en un rico gabinete, i se dispuso a hacer saltar la cerradura de una mesa; pero apénas comenzada su infame accion, se detuvo oyendo ruido de pasos.

Una mujer estremadamente hermosa apareció en la puerta del gabinete, con una luz en la mano.

Al hallarse frente a frente de aquel hombre, la señora quiso retroceder i gritar, pero el ladron blandiendo el puñal se arrojó sobre ella i le puso bruscamente la mano en la boca.

Un segundo mas, i el puñal del asesino se hubiera clavado en el pecho de la her-

mosa dama....Pero el puñal cayó al suelo, i aquel hombre de rodillas a los piés de la condesa.

Cuando amagaba con el puñal a la noble señora, aquel hombre habia visto sobre un reclinatorio una palma, seca ya, en la que habia atada una cinta i pendiente de ésta una cruz de plata.

El ladron era hermano de la ramilletera, que al ver la palma i la cruz, conoció inspirado por Dios, que aquella mujer a quien villanamente iba a asesinar era la misma que los habia salvado de morir de hambre el Domingo de Ramos en que su madre i él esperaban para poder comprar pan con el producto de la venta de las palmas i los ramos que habia llevado la paralítica.

El miserable lo confesó a la condesa, no ocultándole que habia abandonado la casa de su madre.

I la condesa, desatando la cinta de la palma, se la entregó diciéndole severamente:

—Id a devolver esa cruz a vuestra hermana; referidle lo que habeis hecho i lo que yo he hecho; pedid perdon a vuestra madre i sed en lo sucesivo hombre honrado.

Cuando la condesa quedó sola esclamó:

—¡No en vano guardé yo con tanto cuidado esta palma bendita!

V.

La palma bendita salvó de la miseria a tres seres abandonados, de la muerte a una noble i hermosa señora, i del cadalso a un asesino que, segun se supo despues, se hizo hombre honrado, i en largos años de trabajo, economia i honradez espió las graves faltas que cometió en su juventud cuando el demonio le habia tomado por su cuenta.

CÁRLOS FRONTAURA.

MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

(Imitacion del himno *Stabat Mater.*)

A***

Al pié del Madero
Inmóvil yacia
La Madre, i jemia
Con mucho dolor,

Pendiente mirando
Del leño inclemente
Al Hijo inclemente,
Su encanto i su amor.

Raudal de amargura
Su seno anegaba
Que cruel traspasaba
Agudo puñal.

¡Cuán dura i profunda
Entónces seria,
Piadosa María,
Tu pena mortal!

Del Hijo mirando
El crudo tormento,
Sin voz, sin aliento,
Estabas allí....

¡Ai! quién, tierna Madre,
Que entónces te viera
Un mar no vertiera
De llanto por tí!

De nuestras maldades
Cual víctima triste,
O Madre, tú viste
Morir a Jesus;

En tal desamparo
Tu alma sentia
Que el Padre no oia
La voz de la Cruz.

O fuente de amores,
Purísimo encanto,
Desata mi llanto
Al ver tu dolor:

No en mí, viva en Cristo;
Del mundo olvidado,
Mi pecho abrasado
Consuma su amor!

María, en mi pecho
Sus llagas imprime,
La culpa redime
Que el alma manchó,

I en Dios resignado,
En dias de prueba,
Del cáliz yo beba
Que Cristo apuró.

En tanto la vida
Me dure, Señora,
Lamente, cual hora:
Tu pena en la Cruz;

I fiel acompañe
La acerba agonía
Que cruel te oprimia
Muriendo Jesus.

Pensando en tu angústia
La Cruz me enamore,
I el llanto que llore
Mui dulce será.

A ti, Madre Santa,
I a tu Hijo querido
Jamas al olvido
El alma dará.

Del Gólgota triste
Mi planta perdida
Su paso en la vida
Desvie jamas.

Me laben mis lágrimas,
Sacro amor me encienda,
La Cruz me defienda
El dia final.

I cuando mis ojos
Nublare la muerte
I en trance tan fuerte
Me oyeres jemir,

O Madre, a mi acude;
¡Tu nombre invocando,
La Cruz abrazando,
Es dulce morir!

Marzo 23 de 1871.

ENRIQUE DEL SOLAR.

UN STABAT.

Cierta tarde de invierno un hombre se detenia al pié de las gradas de la iglesia de San Roque de Paris: era jueves santo, i la multitud entraba presurosa al templo, en cuyo fondo se veia el altar iluminado con la luz de mil bujias.

Ese hombre estaba loco a consecuencia de grandes desgracias que habia padecido: una epidemia le habia arrebatado en pocos dias a los seres que mas amaba en la tierra: su mujer, su hija i su madre. Dios las habia llamado a sí, i el dia que condujo al cementerio el tercer ataud se volvió loco.

No pudo convenir en que habian muerto, i desde entónces las buscaba por donde quiera; i creyendo encontrarlas se acercaba a las puertas de los teatros i de los bailes, i en la mujer que se apresuraba a entrar creia algunas veces reconocer un semblante querido.

Ese dia contemplaba con torvos ojos a la jente que llenaba la iglesia: un viento glacial barria la calle; pero él no se apercibia de ello, empeñándose en distinguir a la luz dudosa del gas a la mujer que pasaba.

El templo se llena, i solo algunos fieles que se han atrasado pasan por delante del loco, que permanece inmóvil.

Todo ha callado, i cuando los acentos armoniosos del órgano hieren su oido, un rayo atraviesa su mirada. No habia oido esos acentos desde el dia en que perdió la razon. Entra al templo i acercándose al altar, vé la cruz del Señor envuelta en negros crespones en señal de luto de la cristiandad.

Permanece un instante en muda contemplacion; las bujías le recuerdan los cirios del catafalco; queria hablar preguntando a sus vecinos el lugar en que se hallaba, cuando muchas voces sonoras entonaron el *Stabat Mater dolorosa*.

Un estremecimiento nervioso se apodera del pobre loco; sus pupilas se dilatan; escucha, inmóvil como una estátua, ese himno admirable, cuya sublime armonía no han podido igualar los mas ilustres maestros, acompañado de las voces del órgano, que llenan las bóvedas del templo.

El himno continúa, sus ojos se aguan, i luego empiezan a correr por sus ardientes mejillas abundantes lágrimas. Su emocion llega al colmo cuando oye las últimas estrofas, i cae sobre las baldosas deshecho en llanto: habia recobrado la razon.

Despues quiso dar, todos los años, gracias a Dios por su curacion, durante la Semana Santa. Un dia estaba en la iglesia, en el mismo lugar donde se habia obrado

el milagro: lo creyeron dormido; fueron a levantarlo.... habia muerto.

Conde de Roys.

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

POR S. EM. EL CARDENAL WISEMAN,

Autor de Fabiola.

Traducida para *La Estrella de Chile*

POR Máximo. R. Lira.

(Continuacion.)

I, sin dejarle tiempo para que le pidiese esplicaciones sobre aquella ausencia tan prolongada, se alejó.

Oh! cuan triste fué aquel dia para la madre i para la hija! Apénas se dijeron algunas palabras durante todo el dia. Cada una se esforzaba por ocultar a la otra las lágrimas que corrian de sus ojos, porque la niña, sin tener nueve años, tenia bastante razon para comprender que pasaba en su casa algo de estraño i reprensible. A la tarde, ámbas, impulsadas por el mismo sentimiento, tomaron el camino del monte Maria; iban a manifestar sus dolores i a buscar algun consuelo al pié del altar. Allí, Maria se arrodilló en su sitio acostumbrado, frente a frente de la lámpara, elevó hácia Dios su corazon i sus ojos i pronto quedó absorta en su meditacion.

Hé aquí cuales eran sus pensamientos.

Pensaba en la desolacion que esperaba en su morada a la Madre de Nuestro Señor a su vuelta del Calvario: una mesa desierta, un aposento triste i silencioso, un lecho sin sueño despues de un dia de angustias i de sufrimientos. Entónces, comparando su dolor con aquel dolor, cuan dulce i lijero hallaba el suyo!

Los ojos de la Santa Virjen solo podian fijarse sobre objetos en que se habia manifestado aquel dia la justicia de Dios; sus oidos no escuchaban sino el ruido del martillo que introducia los clavos en una carne palpitante; su corazon estaba traspasado por una espada de dolor mas acerado que todos los puñales que pueden herir el corazon de una madre; su cuerpo i su alma vacilaban bajo un peso de augustias que habrian doblegado un cuerpo de fierro i un corazon de diamante; i sinembargo todo lo habia soportado con invencible paciencia. Pensando en semejante océano de dolores, cuan pequeña parecia a aquella niña de bendicion la gota de pesar que el Padre celestial habia dejado caer sobre ella.

Despues veia, en su meditacion, partir la última persona amiga que habia acompañado a Nuestra Señora hasta su humilde morada. La Virjen quedaba sola en el silencio de la noche i una lámpara, una pobre lámpara, alimentada talvez con el aceite de los olivos del huerto de Gettsemani, reflejaba su débil claridad sobre aquel rostro pálido i doliente en el que aquel dia habia grabado mas dolores que todos los años pasados. Cada lágrima que caia de sus ojos oscurecidos brillaba ante la llama, i la lámpara velaba sola junto a ella, único objeto que enviaba algun rayo de consuelo sobre aquel lúgubre aposento i sobre aquel corazon mas desolado aun.

I en sus pensamientos de niña, la jóven bendecia la pálida i trémula luz que habia llevado a Maria algun consuelo; pareciale que la pequeña llama colocada a su frente, que la iluminaba a ella i a la estátua de la Reina de los dolores, era la imájen fiel de aquella que en otro tiempo habia iluminado i alegrado el santuario i la casa de la Santa Virjen.

La luz tranquila i dulce de la lámpara ejercia su benigna influencia sobre el espíritu de la inocente niña, que asociaba sus pesares a los mas santos dolores que la tierra haya visto jamas. Pareciale que sufria en union de la mas noble i mas santa de las mujeres, i las tinieblas que cubrian poco há su alma con sus lúgubres sombras se iluminaban con un rayo alegre, dulce, sincero i puro como el que disipaba las sombras de la noche en el santuario. Despues de lo que acababa de meditar conoció que podia volver a su triste morada, llevando al ménos resignacion.

Pero, ántes de levantarse, habia hecho al Todo Poderoso, por intermedio de la Virjen bendita, una ofrenda de que solo mas tarde habia de hablar a su madre. Sintió interiormente que su ofrenda habia sido aceptada i su corazon quedó fortalecido.

No se crea que describimos aquí una conducta i sentimientos superiores a la edad

de una niña. Ordinariamente no tenemos en el mundo una idea justa de la madurez de gracia que concede algunas veces a los niños educados a la sombra de la Iglesia, Aquél «que sabe hacer proclamar su gloria por boca de los niños i por labios que aun estraen la leche maternal.» Mui a menudo oimos hablar de talentos precoces, rara vez de precoces virtudes; i sinembargo, lo uno es tan natural como lo otro. Las vidas de santos, como la de Santa Rosa de Lima, de Santa María Magdalena de Pazzi, de Santa Catalina de Sena, nos presentan ejemplos de intelijencia e iluminacion espiritual aun en la edad mas tierna. Hasta en nuestros dias i en el círculo de nuestros conocimientos podriamos hallar ejemplos análogos. I, si los padres, si las madres sobre todo supieran como se debe dirijir los niños hácia Dios desde la cuna; si, en vez de escuchar los caprichos de los pequeñuelos i de acariciar sus pasiones nacientes hubiesen dirijido los primeros rayos de su razon hácia el conocimientos i la meditacion de la bondad divina i habituado sus labios a pronunciar, ántes que todos los demas, los dos nombres mas dulces que conoce la lengua humana, muchos de ellos que hoi lloran las locuras i las faltas de sus hijos, podrian dar gracias a Dios por haber enriquecido su familia con la posesion de un santo.

Pero debemos continuar nuestra historia.

Cuando la madre i la hija volvieron a su choza se sintieron mas fuertes para sufrir su desolacion; su lobreguez les pareció ménos espesa, sobre todo a la jóven. Esta, hasta parecia alegre cuando invitó a su madre a poner toda su confianza en Dios i en la intercesion de la Santa Virjen.

Era ya bien de dia cuando Pedro entró repentinamente, pálido el rostro i los ojos estraviados. Arrojó una bolsa llena de plata sobre la mesa junto a la que estaban sentadas su mujer i su hija, i se echó a la cama sin pronunciar una palabra. Admiradas i asustadas, la madre i la niña permanecieron largo rato en silencio, i, cuando Pedro se presentó nuevamente, despues de algunas horas de sueño intranquilo, encontró la bolsa en el mismo lugar en que la habia arrojado. Sorprendido e irritado al ver que no se la tocaba:

—¿Qué significa esto? preguntó con cierta amargura. ¿Tomais esa bolsa por algun animal venenoso, que no os atreveis a tocarla?

—Pedro, respondió la mujer, ¿de dónde viene esa bolsa?

—De fuente honrada, te lo aseguro, replicó. Espero que no me creerás capaz de robar o de engañar.

—Dios me libre! repuso su mujer; pero, hace tiempo, Pedro, que trabajas poco, i habrias necesitado mucho tiempo, fuerza i habilidad para reunir semejante suma. Tú convendrás en que una bolsa llena como ésta, ganada en una sola noche, tiene algo de sospechoso, por no decir mas.

—Tranquilizate, pues, dijo Pedro, ha sido ganada honradamente. He trabado relaciones con personas que me han comprometido en operaciones comerciales mui ventajosas i en esto no vés, lo espero así, mas que los primeros frutos.

La pobre mujer se sintió aliviada un tanto con el consuelo que le daban estas palabras. Pero, aunque se manifestó contenta i guardó la bolsa, no pudo resolverse a emplear su contenido. Duplicó su trabajo i se resignó a las mas penosas vijilias para salvar las apariencias i desterrar el hambre de su casa, pues ni ella ni su hija hubieran querido tocar aquel oro sospechoso. Pedro trajo todavía mas despues de otras ausencias que duraban una noche i a veces dos comprendiendo el dia intermedio; pero el tesoro permaneció siempre intacto. Es que habia para ellas un indicio decisivo: Pedro no era el mismo, descuidaba sus deberes relijiosos; se le veia rara vez en la iglesia, escepto el domingo, i aun entónces el cumplimiento de sus obligaciones parecia serle penoso.

Llegó un dia en que su hija lo comprometió a acompañarla al monte María; era una tarde. Ella se colocó en su lugar acostumbrado, oró fervorosamente por su padre i renovó la ofrenda de que hemos hablado. Su oracion fué larga, apesar de la oscuridad que disipaba en parte la luz querida de la lámpara del Santuario. Al levantarse se apercibió de que su padre no estaba ya en la capilla. La esperaba afuera. La jóven le reprochó su impaciencia con el tono mas afectuoso.

—Verdaderamente, respondió él, admiro como puedes permanecer tanto tiempo en oracion con esta luz sombría i triste. A su claridad la iglesia me parecia un sepulcro tenebroso i negro, cuya vista me oprimia

el corazon. Los cuadros suspendidos en las murallas me parecian otros tantos fantasmas que me miraban con ojos siniestros. La estátua misma de la Santa Virjen me dirijia miradas frias i severas. No pude permanecer mas tiempo i salí para recibir un poco de aire fresco.

La niña suspiró i dijo:

—¡Ah querido padre! ¡no me hablabais asi en otro tiempo! Debe haber algo dañado en un corazon que no ama o que no se streve a orar a la tranquila claridad de la lámpara del Santuario!

Pedro volvió a su casa silencioso i, durante algunas semanas, se le vió mas consagrado a su trabajo; pero pronto volvió a sus antiguos hábitos i prolongó aun mas sus ausencias; las semanas habian reemplazado a los dias.

Pero, ya es tiempo de esplicar las causas de tan desgraciado cambio.

Los estranjeros que habian venido a establecerse en la vecindad pertenecian a esa clase de jentes groseras i sin principios que se encuentran en las fronteras de un Estado, sobre todo en un pais montañoso. Eran contrabandistas que, mediante ciertos premios, se encargaban de hacer pasar a España los productos franceses sin pagar derechos de aduana. Verificaban a veces sus espediciones en grande escala a despecho de la vijilancia de los aduaneros que, en caso de sorpresa, eran atacados sin escrúpulo.

Los dos hombres que hemos hecho conocer habian envejecido en el negocio i sus manos tenian un largo ejercicio. Demasiado conocidos en el pais que habitaban ántes, habian buscado otro lugar mas favorable a sus empresas. Observaron que en la vecindad del monte María los pasos eran ménos custodiados a causa de la notoria honradez de los paisanos del lugar, i decidieron aprovecharse de aquella circunstancia i por eso se establecieron en la vecindad.

Pero, observaron pronto que, para surjir, necesitaban aliarse con álguien de la localidad a quien le fuesen familiares los mas ocultos senderos, los menores pasos de las montañas i de las rocas. Emplearon, pues, algun tiempo en estudiar los caractéres de sus vecinos. No tardaron en escojer por víctima al pobre Pedro. Los contrabandistas lo eljieron no solo porque conocia perfectamente las montañas, sino principalmente porque la lealtad de su carácter, fruto de su virtud, debia someterlo mas completamente a su influencia, si lograban corromperlo, mejor que a cualquier otro hombre de carácter mas rudo i mas cruel.

Una vez decididos, procuraron insinuarse en su intimidad i ganar su afecto manifestándole interes por él i por su familia, compadeciéndolo por haber trabajado toda la vida con un mezquino salario, miéntras que podia tan fácilmente, por operaciones comerciales bien seguras, colocarse en mejor situacion.

Pedro los escuchó con indiferencia primero, despues con cierta curiosidad que se trasformó mui pronto en un violento deseo de penetrar el secreto de aquellas pérfidas sujestiones. Al fin, le descubrieron francamente sus proyectos. Pedro quedó aterrado, pero los contrabandistas así lo esperaban. Cuando pasó el efecto de aquel choque imprevisto se contrajeron a a disipar sus escrúpulos. Le hicieron creer que eran súbditos de Francia i que, por consiguiente, no estaban sujetos a las leyes españolas que prohibian la entrada de productos franceses por la frontera. De consiguiente, nada habia de criminal en sus operaciones; era una sencilla especulacion comercial verificada, es verdad, con algun peligro, pero absolutamente igual a las que se hacen en tiempo de guerra o en el cargamento de un buque que desafia las tempestades del Océano.

Pedro consintió al fin en formar parte de una de sus espediciones. Habian tenido cuidado de proponerle una fácil, agradable i exenta de todo peligro. La bolsa que le hemos visto arrojar sobre la mesa de su casa era el fruto de este primer paso en el nuevo camino que principiaba a recorrer. Aunque su conciencia quedó intranquila, el amor al dinero habia echado raices en su corazon i pronto se dejó envolver de tal modo en las redes de sus artificiosos seductores que no tuvo fuerzas ni para apartarlas ni para romperlas.

Es la misma historia de muchos hombres honrados pero débiles, que han tenido la desgracia de escuchar las palabras pérfidas de algun seductor. Su bondad los coloca en una situacion desventajosa para resistir a los artificios i a la audacia del crímen. Despues de su primera caida sus fuerzas se agotan i se dejan guiar en adelante por la

voluntad de los que los han engañado.

Despues de la visita que Pedro hizo al santuario del Monte de María, sus compañeros, previendo que podia escapárseles i temiendo ser traicionados, resolvieron envolverle mas profundamente en las redes del crímen. Cuando lograron atraerlo, lo asociaron a una espedicion mucho mas aventurada que las primeras. Hubo un encuentro con los aduaneros, tiros disparados, heridas recibidas por una i otraparte, i el paso fué conquistado a viva fuerza.

Algunos dias despues, anuncios distribuidos en todas las aldeas vecinas prometian una recompensa a los que descubriesen a los agresores i perdon sin condiciones a los cómplices que los delatasen. Los tiranos de Pedro le hicieron conocer aquellos anuncios i lo amenazaron con trasportarlo al otro lado de la frontera i entregarlo a las autoridades españolas, a la primera tentativa que hiciera de sustraerse a su voluntad.

Era, pues, ahora su víctima, su instrumento para sus criminales empresas. Su voluntad no le pertenecia; parecia haberles entregado su alma i no habia crímen, a escepcion del asesinato, a que no pudieran arrastrarlo a su antojo. Los contrabandistas habian concluido por descubrirle su verdadero carácter de proscritos i de bandidos. Le hicieron tomar parte en sus salteos nocturnos; pero el retrocedió horrorizado ante el pensamiento de manchar su morada, ántes tan feliz, con el fruto de aquellas culpables espediciones. Rehusó pues su parte de provecho en el crimen i, cuando volvió a su casa, fué solo con ojos mas estraviados, con una conciencia mas torturada i con la bolsa vacia.

Detestaba su propia vida, los remordimientos roian su corazon i los pensamientos mas desesperados, aun el del suicidio, comenzaban a voltejear por su espíritu. Sus compañeros le veian a veces midiendo la profundidad de un precipicio, como si tuviera la intencion de lanzarse de cabeza a su fondo, o ensayando la punta de un puñal como para atravesarse a sí mismo. Pero un temblor helado recorria sus venas i retrocedia súbitamente o arrojaba el puñal léjos de sí, miéntras que los contrabandistas, sin compasion por él, lanzaban una burlona carcajada i lo desafiaban cruelmente a realizar sus proyectos.

¡Gracias a Dios! Pedro no habia perdido aun su fé en la eternidad; se acordaba de que, mas allá del oscuro precipicio, se encuentra un abismo sin fondo, i que la espada de la divina justicia es mas afilada que la punta de un puñal.

Pero sus compañeros veian solo una cosa, i es que aun podia escapárseles i que su desesperacion podia arrastrarlo a algun paso que los traicionara. Aquellos dos hombres, tan astutos como profundamente criminales, cambiaron entónces de táctica. Le hicieron protestas de la buena disposicion en que estaban para dejarlo en libertad de abandonar aquella vida tan penosa para él. Pediánle que los acompañase una vez, una sola vez en una espedicion fácil i sin peligro; despues de esto, ellos abandonarian el país, i Pedro podria vivir en paz. En paz! no sabian o no se imajinaban cuanto habian alejado la paz de aquel corazon, cuanto lo habian alejado de su vida!

Sinembargo, aquella promesa le proporcionó un gran consuelo i ya sentia una especie de impaciencia por cometer aquel crímen que debia ser el último. Se fijó de plazo un mes. Este mes pareció un siglo al desgraciado Pedro. Ni aun a fuerza de súplicas pudo arrancarles una insinuacion siquiera sobre su proyecto. El veia si claramente, por los preparativos que hacian en sus casas, que se trataba de una fuga repentina i definitiva. Aquello era la mejor prenda de la verdad de sus promesas.

Pero, volvamos ya a donde la pobre Anita i su hija i veamos lo que es de ellas. Los meses que habian trascurrido miéntras Pedro se entregaba a su culpable conducta las habian sumido en el abismo de la miseria i en el mas profundo pesar. No tenian prueba alguna de los crímenes que Pedro podia cometer, porque jamas habia llevado a su casa el fruto de sus robos. Ademas, como guardaba un silencio i reserva impenetrables, no tenian motivo para sospechar otra cosa sino que estaba comprometido en algo malo. Aun cuando permanecia en su casa, no podia trabajar porque nadie queria emplearlo. Asi, aquella casa ántes tan aseada i tan feliz, llevaba ahora las huellas de la pobreza, de la neglijencia i de la decadencia i en su interior, no se veia mas que dolor i miseria; nada de alegres conversaciones, de risas, de confianzas mutuas.

Sinembargo, la madre i la hija se comprendian mui bien, pero era mas por efecto

de una silenciosa simpatía que por la comunicacion de sus sentimientos; cada una temia aumentar el dolor de la otra i hacia supremos esfuerzos para comprimir la espresion de sus dolores i contener las lágrimas que se escapaban involuntariamente de sus ojos, o bien lloraban solas.

Agreguemos aquí, en elojio de los pobres, que nadie posee mejor que ellos esa delicadeza natural para honrar la virtud desgraciada i alejar el reproche i el sarcasmo de los que se hallan en el infortunio. Nunca, aunque de todos conocida i era objeto de escándalo público, nunca fué echada en cara la conducta de Pedro a aquellas dos desamparadas, una de las cuales era realmente viuda i huérfana la otra. Al contrario, parecia que todos rendian un homenaje tácito a la inocencia desgraciada. Todo el mundo les hacia paso, todos parecian endulzar su voz para hablarles. Con frecuencia algunos pequeños regalos diestramente enviados, para alejar todo pensamiento de obligacion, habian ido a encontrarlas en su morada a endulzar sus angustias; muchas veces, habian oido, en la puerta de la iglesia, murmurar a sus oidos alguna palabra de esperanza en la bondad de Dios, que algun dia habia de consolarlas.

I, efectivamente, Dios las consolaba. Sin su presencia, sin su gracia, sin su luz, el pesar i la desesperacion las habrian doblegado tiempo há. Muchas veces iban por la tarde a arrodillarse ante el altar, i siempre hallaban allí la tranquilidad i la paz que solo puede dar la resignacion a la voluntad divina.

En una de estas ocaciones, una nueva asociacion de ideas inspiró a nuestra jóven contemplativa pensamientos consoladores, análogos a los que le habia ya sujerido la lámpara del santuario; de los dolores de la Madre pasó a pensar en los dolores del Hijo.

Habia leido en su pequeña Biblia con imájenes i habia visto figurada la vision del profeta Zacarías (cap. IV), en la que describe el candelero de oro que estaba ante el altar, con los dos olivos colocados a cada lado, cuyas ramas se unian por dos picos de oro donde terminaban los canales de oro que destilaban el aceite de la uncion. (v. 12). Entónces sus pensamientos volvieron a la graciosa luz de la lámpara que caia sobre ella. En fin, fatigada por el pesar i casi agobiada, cayó en una de esas tranquilas meditaciones durante las cuales los pensamientos vienen por sí mismos al encuentro del alma i pasan ante ella como ante un espejo i como si no fuesen otra cosa que el reflejo de objeto presentado por un poder esterior pero invisible.

Pareciale que la lámpara crecia en todos sentidos i que se trasformaba en una fuente de oro, en cuyo centro ardia una llama de brillo i pureza celestiales. Por sus bordes i de todas partes corria el mas puro aceite, que manos invisibles recibian en tazas de oro, reuniéndolas con los preciosos tesoros de la Iglesia, de donde debia salir mas tarde en un triple torrente para santificar a los niños, consagrar a los sacerdotes del Señor i fortalecer a los moribundos contra los ataques del infierno. Al mismo tiempo caian sobre ella i sobre las demas algunas gotas, como bálsamo refrescante, i por do quiera que corrian cicatrizaban una herida, o curaban una llaga, o endulzaban una pena, o calmaban una palpitacion. Caia sobre sus labios i le sentia la amargura de la mirra, pero tambien su poderoso sabor que reanimaba el corazon abatido.

(Continuará.)

LA AMISTAD.

Nada es la felicidad si no es reflejada en otro, como la luz no brilla si no da en algun cuerpo. Por eso la amistad es una necesidad tan grande como creer en sí mismo: imperfecta, pobre u olvidada, siempre se piensa haberla tenido o poseerla.

A cualquiera cosa que llevemos nuestro pensamiento, nos figuramos un compañero.

Mas que el silencio de la noche unido a la soledad del desierto, es triste el abandono del corazon.

Vivir aislado es ridículo como reir solo, abrumador como sufrir en silencio, desabrido e insípido como el manjar del peregrino.

Vivir juntos es tener para la desgracia una alma de reserva en el amigo; en la fe-

licidad i la alegría, doble capacidad para recibirlas.

La verdadera amistad es una mano que estrechamos presurosos cuando tememos caer en el camino, una voz que nos despierta de los dolores cuando ellos nos hacen olvidar nuestros deberes.

La verdadera amistad es tan poderosa para el bien como el ejemplo que arrastra, aun las veces que no tiene el consejo que mueve.

Si en la tierra no hubiese amistad, ni a nosotros mismos nos amaríamos.

El cristal i el agua dan la complacencia en la hermosura del rostro que reflejan; el alma amiga da la satisfaccion del alma que se refleja en ella, i se contempla viéndose aplaudida en lo justo, estimada por lo bueno.

El amor es para el jóven, la gloria para el venturoso, la riqueza para uno que otro; solo la amistad es para el hombre. Es el mas abundante obsequio de Dios: el que obliga mas para con él a la humanidad. El pan diario del corazon, el que le conforta.

Llevad a vuestro amigo, i tendreis en cualquiera parte la mitad de la patria. No hai tierra pobre donde hai amistad.

Delante del amigo todo tiene suavidad, hasta las mismas lágrimas: huye la desesperacion con sus cien lanzas: la pena baja a ocultarse en un rincon del alma.

Tenemos gusto en decir al amor nuestras esperanzas i ensueños; a la amistad se lo revelamos todo. Aquel abre la puerta por un momento dudando i temblando, i solo cuando vamos coronados con las rosas de la juventud; ésta nos recibe, ya sea que le llamemos desde un lujoso carro, o de a pié i desnudos como Job. I luego, de visita en casa del amor, todo es olvidarnos de nosotros mismos i dar, por un rato de bien, todo el porvenir.

Amar es en la primavera de la vida no mas; la amistad dura toda ella: corre por los campos con la niñez entusiasmada, i tiene paciencia i no se cansa estando dias de dias al lado de la vejez ya fria.

Si amor resplandece como un sol que no se sabe si hiere mas a la vista que lo que complace al corazon, la intimidad acompaña dulce i tranquila como la luna.

La amistad está en la mesa del pobre, i basta para hacerla tan alegre como la del príncipe: suple a la abundancia i al vino.

Está en el retiro, i le anima reavivando la memoria de los goces comunes: suple al bullicio alegre del mundo.

Está en el trabajo i lo hace llevadero: suple al descanso.

I, cuando puede llegar a tiempo ántes que la desgracia o la flaqueza lleve al crímen, alcanza a suplir a la prudencia i la virtud.

La amistad es el deleite sin lodo, el único bien incorruptible. Pasa ilesa, i aun crece al traves de la desgracia: recibe aromas con el tiempo guardada en un corazon ya viejo; no tiene desengaños.

Sin duda el amor lo hemos buscado con nuestros ojos de carne, por eso tantas veces nos sale falso; sin duda la riqueza solo viene de la tierra porque nos ata tanto a ella; mas la inspiracion de la amistad viene seguramente de Dios porque, miéntras mas cerca están de él los hombres, mas fácil i profundamente se hacen amigos. Por eso dijo un sabio antiguo que la amistad no podia existir sino entre los buenos.

F. Gonzalez E.

BENTHAM.

FRAGMENTOS DE LA REFUTACION DEL PRINCIPIO DE UTILIDAD POR J. S. JOUFFROY I P. ROSSI.

Si se quiere espresar en dos palabras el carácter distintivo de la filosofía de Bentham, i al mismo tiempo el principio de todas sus opiniones, se conseguirá con solo decir que Bentham no era un metafísico sino un lejista; esta distincion me parece contener la esplicacion de la direccion que han tomado sus ideas, i el secreto del carácter enteramente particular de su estilo. Permítaseme esplicar mi pensamiento en pocas palabras.

No deberá decirse a la verdad, que el lejislador no deba tener en cuenta la bondad moral de las acciones; al contrario, debe hacer grande atencion a ella, asi es que no hai uno que haya desestimado tal consideracion. Tan cierto es esto que Bentham mismo, como lo mostraré mas adelante, no puede esplicar las lejislaciones existentes, ni lejislacion alguna, partiendo de la hipótesis contraria. Si el lejislador, con efecto, no hiciese atencion al establecer una pena para cierta accion, sino al solo mal que esta accion puede causar a la sociedad, las leyes penales serian mui distintas de lo que son; el principio de la exacta proporcion de las penas con el mal sufrido por la sociedad daria una graduacion de penas que no existe en ningun código; i el solo interes de ella exijiria aun ménos las precauciones de que se ha rodeado su aplicacion, i todas las garantias concedidas al delincuente. El que quisiera abrir un código penal, encontrará allí gran número de disposiciones que implican la consideracion de la bondad o maldad moral de las acciones i no simplemente la del interes de la sociedad, lo que espero demostrar cuando llegue a los detalles del derecho social. I sinembargo, no es ménos cierto que el verdadero objeto, el objeto propio i directo de la lei, es impedir que las acciones puedan dañar a la sociedad: el interes de la sociedad es la preocupacion del lejislador; asegurarla, hé aquí su objeto, que es mui distinto por consiguiente del de la moral.

Esto establecido, natural es que un lejista se incline a considerar esclusivamente las acciones humanas bajo este aspecto, i que a fuerza de apreciarlas de esta manera no conciba otras, i trasporte a la moral la medida i principios de la calificacion propia de la lejislacion. Todo lejista, si procede de buena fé, convendrá en que tiene que defenderse mas o ménos de esta tendencia. Eminentemente lejista, i sin ninguna de las cualidades del filósofo, Bentham no ha tratado de salvarse de ese escollo; ha sucumbido allí, i de esta manera es que ha podido creer i establecer como principio que la sola diferencia posible entre una accion i otra accion reside en la naturaleza mas o ménos dañosa de sus consecuencia; i que la utilidad es el solo principio por medio del cual sea dado calificarlas.

Otra circunstancia que caracteriza bien al lejista, es que Bentham fija su axioma sin haber hecho previamente ninguna investigacion sicolójica sobre los motivos de las determinaciones humanas, como si la filosofía no tuviese nada que hacer con tal proposicion, i no pudiese suministrar ningun hecho que fuese conducente a desmentirla o confirmarla. Es preciso decirlo: hai bajo este aspecto una diferencia inmensa entre Hobbes i Bentham, diferencia indisputablemente en favor del primero. Hobbes no llega a establecer el egoismo en principio sino despues de un análisis, que él cree exacto, de la naturaleza humana; de las consecuencias de todo un tratado de sicolojia llega a esta conclusion: que no hai otra diferencia entre dos acciones sino es la del placer i el dolor que puedan producir. Gracias a este método, la verdadera cuestion científica i no otra se fija i se resuelve por Hobbes; aquélla de saber como en el hecho i en el fondo de la naturaleza humana, las acciones se determinan i califican, o en otros términos, por qué motivos preferimos unas a otras i las calificamos de ditintas maneras. Hé aquí el verdadero problema científico, aquél que es preciso comprender, fijar i resolver por la observacion, para tener el derecho de opinar i de enunciar una asercion sobre el principio de la moral. Este problema lo ha visto Hobbes, lo ha discutido, lo ha resuelto, i de su solucion ha sacado su sistema; Bentham ni siquiera lo sospecha: tanto, que principia por establecer como axioma cierta solucion de ese problema, como si no valiese la pena, como si no existiese duda sobre él. Razon de mas para que yo tenga derecho de decir: Bentham no es un filósofo sino un lejista.

Otra circunstancia que lo prueba todavía mas, es la conviccion candorosa en que estaba Bentham de la novedad i orijinalidad de su doctrina. Ciertamente, para alimentar una idea semejante, es preciso ser enteramente estraño a todo cuanto se ha escrito en filosofía desde que ella existe. ¡La doctrina de la utilidad nueva! ella que se encuentra en Grecia ántes de los sofistas; es decir, ántes de Sócrates; ella que ha sido sistematizada, con una profundidad que jamas ha tenido igual, por el injenio de Epicuro que sobrepuja tanto al de Hobbes, como el de éste excede al de Bentham. Si hai orijinalidad en las ideas de Bentham, seguramente no es en el principio de su doc-

trina, sino en la aplicacion desus principios a la lejislacion; i me hago un deber en decir que bajo este aspecto, él ha mostrado una verdadera superioridad i hecho servicios importantes. En cuanto al antiguo sistema del egoismo, si Bentham ha introducido alguna novedad en él, es seguramente la audacia con que lo ha fijado. El no disfraza el principio de utilidad, asi como no respeta en nada los otros principios de conducta que imponen el respeto a la mayoría de los hombres; lo establece en toda su desnudez, declarando que es el solo que determina realmente las acciones humanas; abunda en argumentaciones llenas de ironía i de desprecio contra las otras doctrinas, sin querer transijir con ninguna de ellas: su principio, una vez establecido, acepta franca i rigurosamente todas sus consecuencias.

Esta decision es la que puede ser orijinal en Bentham, i a ella debe los discípulos fanáticos que lo han seguido, i los enemigos ardorosos que lo han atacado. No se podia a la verdad ser a medias ni el adversario ni el partidario de un filósofo de este carácter. Por esto es que la vida de Bentham fué una larga lucha, i que su escuela ha tenido todos los caractéres de una secta; esto ha dependido, lo repito, del carácter de Bentham i de las formas de su sistema; es decir, de la intrepidez con que ha establecido un principio que choca, no solamente contra el buen sentido, sino tambien contra los sentimientos mas elevados de la naturaleza humana, i con el cual acepta inflexible i audazmente todas las consecuencias. Bajo este aspecto Bentham merece por lo ménos colocarse al mismo nivel que Hobbes, su compatriota. Hobbes i Bentham, como buenos ingleses, han sido tan intrépidos, tan franco el uno como el otro en sus opiniones, por contrarias que sean, como lo son, al sentido comun de la humanidad....

En todas las cosas, dice Bentham, se encuentra necesariamente un punto de partida, una verdad o un hecho que no puede ser probado, i de donde se deduce todo lo demas. Aceptamos plenamente esta asercion: si todo debiese ser probado, nada podria serlo; porque una prueba es alguna cosa establecida i reconocida, i si fuese necesario que cada prueba fuese probada, no existiria.

Resta saber si, cuando un filósofo afirma que cierto motivo es el solo que preside a las determinaciones humanas, avanza uno de esos principios o hechos que por su naturaleza no pueden ser demostrados, ni hai necesidad de ello.

Si un físico fijase esta cuestion: ¿cuál es en tal pais la direccion única, o cuáles son las direcciones diversas de los vientos que ajitan la atmósfera? ¿Tendria derecho de afirmar en apoyo de su solucion, que por su naturaleza, no puede ser probada ni tiene necesidad de serlo? Seguramente que nó: porque todo el mundo le responderia que la cuestion fijada es una cuestion de hecho; que se trata, para resolverla, de observar, durante el curso de diez o veinte años, en que direccion soplan los vientos, a fin de saber si esta direccion es única o variable i, en este caso, a cuantas direcciones distintas se reducen o pueden reducirse. Léjos, pues, de que a un físico se le deba recibir una contestacion semejante sin probarla, estaria, al contrario obligado a establecerla: ¿sobre qué base? Sobre observaciones numerosas i seguidas, supuesto que la cuestion es una cuestion de hecho; si él descuidaba presentar esas observaciones en apoyo de su solucion, no tendria valor alguno a los ojos de nadie.

Sucede absolutamente lo mismo con la cuestion fijada por Bentham i la solucion que pretende darle. ¿Cuál es el motivo único, o cuales los diversos motivos de las determinaciones de la voluntad humana? Hé aquí la cuestion. Pero la voluntad del hombre está ahí; ella se determina continuamente; puede observarse por qué motivo se determina, si es por uno solo o por varios i, en este caso, por cuántos i por cuáles. Por consiguiente es insensato decir que, cuando se da cierta solucion a una cuestion semejante, no puede ésta ser demostrada ni hai necesidad de ello. Puede serlo por la esperiencia de donde ha debido salir; ella tiene necesidad de serlo, por que léjos de que los resultados de esta esperiencia sean una cosa reconocida son, al contrario, una cosa que se niega. Vos pretendeis que huir del dolor i conseguir el placer es el solo motivo de nuestras determinaciones; otros pretenden que no es cierto. No sucederia lo mismo si vuestra solucion fuese un hecho incontestable, o una verdad primera que, como tal, no pudiese ni debiese ser probada: esto demuestra, al contrario, que ella puede i debe serlo; i

en efecto, todo el mundo vé que es en la naturaleza humana que puede i debe buscarse su demostracion o su condenacion: allí, en efecto, tiene lugar el hecho de las determinaciones de la voluntad; es, pues, allí que puede verse si todas derivan de vuestro motivo, o si hai otras que provengan de distintos motivos: en el primer caso, teneis razon; en el segundo estais equivocado; toca a la observacion el juzgaros, a la observacion, que es la prueba natural de vuestra solucion, como todas aquéllas que pueden darse a la cuestion moral, aun cuando no hubiese otro medio de apreciar el alcance filosófico del espíritu de Bentham, que la circunstancia de mirar como imposible e innecesario probar la asercion de que el motivo universal de las determinaciones humanas son el placer i dolor, bastaria i aun sobraria para demostrar su debilidad.

Se vé por lo que precede, que el principio de la utilidad reposaba, en el espíritu de Bentham, sobre una teoría de las determinaciones de la voluntad humana, que apénas se digna enunciar, pero que léjos de ensayar demostrarla, niega, al contrario, que pueda serlo: pretension que nadie puede admitir por poco que comprenda la cuestion....

Bentham define la utilidad: la propiedad que tiene una accion o un objeto de aumentar la suma de dicha, o de disminuir la suma de desgracia del individuo o persona colectiva sobre la cual la accion o el objeto puedan influir.

Luego si en esto consiste la utilidad, si éste es, como lo implica el principio fundamental de Bentham i como lo proclama altamente el solo carácter que pueda tener una accion i que pueda distinguirla de otra, se sigue rigurosamente que no se pueda prestar otro sentido ni dar otra definicion a los términos *lejitimidad* de una accion, *justicia* de una accion, *bondad* de una accion, *moralidad* de una accion, etc. Una de dos cosas, dice Bentham; o se da esta acepcion a las palabras que acaba de pronunciar, o no tienen ninguna; de manera que a ménos de interpretarlas de este modo, ellas no tendrian sentido, lo que es perfectamente consecuente con los principios de su doctrina.

Con no ménos cuidado define Bentham lo que en moral debe entenderse por *principio de utilidad*. El principio de utilidad, dice, es aquél que deduce esclusivamente la calificacion de las acciones i de los objetos de la doble propiedad que tienen o puedan tener, de aumentar la suma de la dicha o de la desgracia del ser individual o colectivo respecto del cual se les considere. Tal es la definicion rigurosa del principio de utilidad. Las de una accion útil, de una medida útil, de una lei útil i por consiguiente de una accion, una medida, una lei buena, justa, lejítima que deba ser hecha, adoptada, o que no deba serlo, se deducen de allí naturalmente.

Esto sentado, Bentham, que no quiere tener discípulos ciegos o que se engañen o sean engañados, se toma la pena de definir cuales son las diferentes condiciones del partidario o del adversario del principio de utilidad, o, lo que es lo mismo, con que condiciones se marcha o no bajo su bandera. Un hombre que es guiado en la aprobacion o desaprobacion de las acciones por la sola consideracion de la utilidad de esas acciones o de sus objetos, i que arregla únicamente el grado de su aprobacion o su desaprobacion por el grado de esta utilidad o por el de la propiedad contraria, sin tener en cuenta de sus juicios ninguna otra consideracion, éste merece el título de discípulo de Bentham i de partidario del principio de utilidad. Pero si un hombre consiente en admitir siquiera en lo mas pequeño, otra especie de motivos en la aprobacion de una accion o de un objeto, éste, no solamente no está con él, sino que está contra él, i tanto como aquél que rehace totalmente su principio i no lo admita en manera alguna.

Segun esos principios, el interes del individuo es evidentemente la mayor suma de dicha a la cual puede llegar; i el interes de la sociedad, la suma de los intereses de todos los individuos que la componen. Todas sus definiciones se derivan naturalmente de este principio, tanto i tan naturalmente que casi no vale la pena de esponerlas. Pero Bentham, que es un espíritu preciso i que gusta de establecer de una manera neta sus ideas, da toda la serie de esas definiciones que entran las unas en las otras: inútil me parece el seguirlo en sus detalles. Su doctrina, una vez establecida, busca cuáles pueden ser los principios de calificacion opuesta al de la utilidad, o simplemente distintos de este principio, i no reconoce sino dos: el uno que llama el

principio ascético o el ascetismo, el otro que llama el principio de la simpatía o de la antipatía. Importa hacer conocer en pocas palabras, de qué manera Bentham comprende estos dos principios; porque al creerle, toda especie de moral, de lejislacion i de conducta, que no tengan el principio de utilidad por punto de partida, derivan necesariamente i han derivado siempre de uno de estos dos principios.

EL BOMBERO.

Los roncos i sonoros vientos entonaban un solemne *requiem* en la tumba del dia que habia muerto, i sobre la cual estendia la media noche un gran palio de terciopelo negro. La naturaleza estaba muda i triste en todo el hemisferio. Medio mundo dormia en brazos del sueño, relegando a un dichoso olvido las penas de la vida, con escepcion de algunos borrachos. Cuando hé aquí que un sonido espantoso i tremendo vino a herir el oido del centinela que estaba de guardia, i que a manera de una súbita esplosion arrancó del sueño a los que dormian, llenando de espanto sus corazones.

Oid! El grito del sereno anuncia un incendio.... ¡Ved! las llamas suben al cielo, confirmando la triste nueva. Las campanas que habian estado mudas desatan sus lenguas para publicar la fatal noticia. El silencio pavoroso ha cesado, i ahora resuenan gritos de terror i de angustia que hieren los corazones.

Al oir las primeras notas de tan espantoso concierto, despiértase el valiente bombero, incansable en el peligro, i que solo aspira a la gratitud de unos pocos corazones en esta vida, i a que Dios tenga piedad de su alma i le perdone sus pecados en la otra. Las ruedas del carro en que lleva su máquina rechinan ásperamente sobre las piedras; i en tanto las llamas se propagan con hórrido resplandor, mezcladas con el humo espeso que se levanta en los aires en forma de espirales, cubriendo todo el inmenso cielo.

Oyese de repente un grito penetrante. El grito de una mujer, el grito de una madre!

«¡Mi hijo, santo Dios! mi hijo!» esclama. Dios la oye.

I fijando el bombero la pesada escalera contra la pared que se desmorona, en tanto que de ella caen pedazos encendidos que crujen al bajar, derriba con nervudo brazo la parte por donde busca una entrada, aunque por allí brotan torrentes de humo que lo ciegan i casi lo sofocan.

El grito de la madre le há llegado al alma. «¡Miren! mirenlo! ya entró!»

I el público circunstante fluctuando entre los temores i las esperanzas, aguarda con impaciencia, sin respirar, cuando.....

¡Ved! Aparece el jóven atrevido trayendo en triunfo en sus brazos al niño, i es saludado por un coro de aplausos.

Es un héroe de la caridad.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CALABAZA.

Contenido de este número.

I.—Oda a Cristo Crucificado, poesía, por José Marchena.
II.—La palma bendita, por Cárlos Frontaura.
III.—María al pié de la Cruz, poesía, por Enrique del Solar.
IV.—Stabat, por el Conde de Roys.
V.—La lámpara del santuario, continuacion, por S. Em. el cardenal Wiseman.
VI.—La amistad, por F. Gonzalez E.
VII.—Bentham.
VIII.—El Bombero.
IX.—Solucion de la charada del número anterior.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, abril 9 de 1871. Núm. 184.

EL DIA DE LA LIBERTAD.

I.

—«¿Dinos, qué viste, Magdalena? Qué encontraste en tu camino?»

—«Ví el sepulcro del Cristo vivo; ví la gloria del Cristo resucitado; ví los ánjeles testigos celestiales, con ropa de blancura esplendorosa que me mostraron la tumba del Señor vacia i me dijeron: «*No está aquí.*»

Estas sencillas palabras compendian la historia del mas grande de los acontecimientos.

El Cristo habia muerto por la redencion de la humanidad en el Calvario.

La piedad de un tímido adorador de su divinidad habia sepultado su cadáver en la tumba de su familia.

En la noche del viérnes, dia del gran sacrificio, rodeado de tempestuosa bruma, allá mui léjos de la ciudad deicida, alumbrado por hachas moribundas cuya pálida luz semejaba los resplandores que se destacan del dintel que separa el mundo en que vivimos el mundo de lo desconocido, un pobre cortejo inhumaba en una gruta de piedra el cadáver de un hombre que habia apurado en el Calvario, en medio de dos ladrones, todos los tormentos i dolores de la mas afrentosa de las muertes.

Cuando la piedra del sepulcro cayó sobre los despojos mortales, se retiraron por las avenidas que conducian a la gruta fraccionados en grupos, los pocos que habian tenido el valor necesario para hacer los últimos homenajes a un criminal!

Una mujer reclinada en el hombro de uno de los discípulos del que acababa de morir con paso vacilante se perdia entre las sombras. Llevaba en su alma impresa con caractéres de fuego el martirio de su hijo.

Vinieron luego los soldados i rodearon el sepulcro.

«No sea que sus discípulos roben su cadáver i digan al pueblo que ha resucitado» se habian dicho los escribas i los fariseos.

Pero lo que estaba escrito habia de suceder.

¡Era la palabra de Dios!

II.

Amaneció el dia siguiente al sábado despues de la muerte del Cristo.

Una suave brisa de primavera empapada en el rocío de la noche i en el perfume de las flores venia a besar el helado mármol de la tumba, a cuyo pié dormian indolentes los soldados encargados de impedir el engaño de los hombres.

María Magdalena, María madre de Santiago i Salomé madre de los hijos del Zebedeo, abandonaban la ciudad de Jerusalen en estos mismos instantes.

Habian comprado ricos perfumes para embalsamar el cuerpo del Cristo.

Cuando llegaron a la gruta del sepulcro, aun no salia el sol.

«¿Quién nos levantará la losa sellada? se preguntaban las piadosas mujeres suspirando.

Miéntras hablaban así, tembló la tierra i el ánjel del Señor hendiendo los espacios bajó al sepulcro i derribó la piedra que lo cubria.

Vestia el ánjel trajes mas blancos que la nieve; irradiaba su semblante los resplandores infinitos de la luz inmortal.

Los soldados que custodiaban el sepulcro cayeron al suelo como heridos de muerte.

Viendo quitada la losa, las mujeres entraron a la gruta, i con indefinible sorpresa hallaron que el cadáver que buscaban habia desaparecido.

María Magdalena lloraba sin consuelo.

Ya nada le quedaba de su Maestro.

El sepulcro que guardaba sus despojos estaba vacio.

¿I que podia hacer esa mujer sino llorar?

De repente clava sus ojos en el fondo

de la gruta i cree distinguir dos ánjeles sentados en los bordes del sepulcro.

«¡Mujer, por qué lloras? le pregunta el celestial guardian.

«Han sacado, contesta la Magdalena, de aquí el cuerpo de mi Señor, i no sé a donde lo han llevado.»

Aun hablaba, cuando aparece a su lado un hombre que le pregunta por dos veces: ¿por qué lloras, mujer?»

Magdalena creyó que era el jardinero que cuidaba de la huerta en que se encontraba el sepulcro i le contestó: «Si vos sois quien ha sacado de aquí el cuerpo de mi Señor, decidme en dónde lo pusisteis, que yo lo recojeré.»

—«¡María!»

—«¡Maestro!»

—«No me toqueis. Id a ver a mis discípulos i contadles lo que habeis visto. Yo subiré a mi Padre, que es vuestro Padre i me uniré a Dios que es vuestro Dios.»

Magdalena corrió loca de placer a ver a los discípulos del Cristo.

Lloraban ellos sin consuelo; en su abatido espíritu no cabia ni un rayo de esperanza.

El Cristo habia muerto, i ellos pobres pescadores de Galilea, sin fé i sin aliento habian visto desaparecer con él al hombre portentoso, que era todo lo que distinguian con los ojos de la carne.

Las otras mujeres se habian acercado al sepulcro para buscar a Magdalena.

Temblaban de miedo.

«No temais, les dicen los ánjeles. Buscais en vano entre los muertos al que está vivo. Resucitó; no está aquí.»

Al oir estas palabras rebosando en inesplicable júbilo salen corriendo de la gruta i van a contar, por todas partes, la gloria del Cristo, que habia cumplido sus promesas.

«Yo resucitaré al tercero dia de entre los muertos.»

Estaba ya cumplida la mision del Hombre-Dios.

¡La redencion de la humanidad se habia consumado!

III.

A partir de ese dia, las jeneraciones nuevas rompieron el lazo de filiacion que las unia con las jeneraciones viejas.

La faz de la humanidad se cambió instantáneamente.

Al mundo de tinieblas sucedió el mundo de la luz.

A la humanidad desheredada del paraiso por el pecado de Adan, la humanidad llamada a la participacion de la gloria infinita.

Al hombre enemigo de Dios, el hombre hijo de Dios.

Al esclavo abyecto el hermano.

A la mujer envilecida, a la prostituta romana, a la madre sin entrañas, a la hija sin hogar, la mujer rejenerada, la virjen consagrada a Dios, la madre igual al esposo, la hija que forma la familia, que ata, con la coyunda del amor, la pureza, la virtud i la honradez de los pueblos.

El Cristo habia venido a predicar la lei de fraternidad, de libertad i de igualdad.

¿Quién ántes que el Hijo del hombre habia imajinado el dogma de los pueblos redimidos?

¡Dios mio! ¿Quién puede negar tu obra? Quién no se prosterna ante el inmenso altar de tu grandeza? Quién no humilla su flaqueza i su miseria ante tu poderio i majestad?

Por eso los pueblos todos de la tierra celebran este dia como el gran aniversario.

Por eso la relijion cubre sus sacerdotes con los trajes de gala, perfuma los santuarios, los llena de flores, entona sus himnos de alegria miéntras el pueblo repite el *aleluya*, que era canto popular con que nuestros abuelos celebraban la resurreccion del Cristo.

El mundo tiene hoi un guia certero. La cruz lo dirije al Calvario, despues de haberlo sacado de la tumba del vicio.

La familia organizada por el Evanjelio; el hogar elevado por el Evanjelio; la sociedad inspirada por el Evanjelio; la literatura, las artes i las ciencias bebiendo en las innagotables fuentes del Evanjelio celebran hoi el dia de su redencion.

El mundo marcha a su perfeccionamiento, apesar de la obra de la impiedad.

Miéntras la Cruz presida el desenvolvimiento de la sociedad, es imposible perder el camino, que lo guia a su destino inmortal.

Aunque ya no vemos las sencillas fiestas con que las historias nos dicen, que celebraban otras jeneraciones de mas fé este dia, el alma se remonta a los espacios infinitos de lo que vendrá despues, para pedir al cielo la realizacion de su gran promesa.

Miéntras viva la memoria de la Cruz, será imposible arrebatar al mundo la fé.

«Adoremos al Cristo que ha reconciliado la tierra con el cielo.»

«Señor, por la gloria de vuestro nombre, no por nosotros, manifestad vuestra misericordia i vuestra verdad, para que las naciones no digan ¿en dónde está Dios?

VENTURA BLANCO.

GRATITUD INDÍJENA.

A VENTURA BLANCO.

I.

Voluptuosa, encantadora,
A las orillas del Rimac,
Arrullada por el himno
De sus ondas cristalinas,

Bajo el rayo refuljente
De un sol que benigno brilla
I entre alegres platanares
Se alza la opulenta Lima.

Allí la naturaleza
Brota en ardiente sonrisa
Bajo el espléndido encanto
De una eterna simpatía.

El dia muestra las galas
De una pompa hermosa i rica,
I está impregnada la noche
De mil dulces armonías.

¡La noche!....¡Quién me volviera
Aquellas horas magníficas
Que en las veladas del trópico
Disfruté en mejores dias!

¡La noche!...Nada en el mundo
Hai comparable a esas tibias
Horas del trópico, llenas
De dulce melancolía,

Cuando los astros del cielo
Con trémula luz titilan
I no se mueve una hoja,
I no murmura una brisa.

Si entónces sus tristes rayos
Tiende la luna tranquila,
¡Con qué colores tan bellos
El firmamento ilumina!

¡I qué soledad tan grata,
Qué misterio i poesía
En su seno perfumado
Blandamente se respira!

¡Oh! dejadme alguna vez
De las horas de mi vida
Disipar las mas hermosas
En la pintoresca Lima.

Dejadme tornar a ver
Aquellas casas moriscas
Que ocultan a sus hermosas
En estrechas celosías!

Dejadme oir el rumor
Que forma el alegre Rimac
Cuando rompe entre las piedras
Sus espumas cristalinas;

I gozar del dulce fuego
Que al alma infunde ese clima
Que ofrece en copas doradas
El vino de las delicias!

Corria avanzado el siglo
Diezisiete; i era Lima
En aquel tiempo la joya
Mas preciosa de las Indias.

Con razon la compararon
Por su belleza i su clima,
I talvez mas que por eso,
Por la gracia de sus hijas,

A la reina encantadora
De la hermosa Andalucía,
A la que el Bétis risueño
Con sus ondas acaricia!

Todo era entónces placeres
En ella, fiestas, corridas
De toros, bailes, paseos
Rondas i nocturnas citas.

En raudales abundantes
Corria el oro, i las minas
Cuanto eran mas esplotadas
Mas pródigas parecian.

Hoi de veras causa asombro
Esa opulencia magnífica
Que en Lima reinaba entónces
Estraordinaria, inaudita;

I sino hubiera quedado
Constancia en nombres i cifras
De aquellas grandes fortunas
Que al rei mismo sombra hacian,

Hoi creyéramos talvez
Que eran solo una mentira
Las minas del Potosí,
Las riquezas de las Indias!

II.

¡Ai! I entretanto la raza
Indíjena al duro peso
De la amarga esclavitud
Se rendia al mismo tiempo.

Las fatales encomiendas,
Que como a míseros siervos,
A sus hijos desdichados
Sujetaba a estraños dueños;

La esplotacion de las minas
I el penoso cautiverio,
I el rastro de la miseria
I de la verguenza el sello:

La iban con quebranto duro
Aniquilando i rindiendo,
Hasta postrarla i hacerla
Desparecer por completo.

I ¡oh Dios! para dar al cuadro
Mas triste i penoso aspecto
Là peste, la horrible peste,
Vertió su infernal veneno;

I se emponzoñó la atmósfera;
I en las alas de los vientos
Los ayes de la agonía
Al cielo sordo subieron.

¡Al cielo sordo!....que inútiles
Fueron los fervientes ruegos
I los profundos suspiros
I los trémulos lamentos!

Se trocaron de repente
En estériles desiertos
Los frescos valles; quedaron
Reducidos a esqueletos

Los que ántes eran alegres
I hermosos pueblos; i huyeron
Al interior de los bosques
Los indíjenas con miedo.

En el Español no hallaban
Ni esperanza, ni consuelo,
Ni bálsamo a sus heridas,
Ni a sus dolores remedio;

I huyeron como las fieras
A morir léjos, mui léjos,
Siquiera en la dulce calma
Que al dolor presta el silencio.

Mas, la peste los seguia
A la montaña, al desierto;
I los bosques i los valles
Atravesaba con ellos....

I a las madres aflijidas
Arrebataba del seno
El tierno niño; a la esposa
De sus lazos hechiceros

El dulce esposo, al amigo
El amigo; al padre tierno
El hijo amante, esperanza
De sus años postrimeros.

¡Cuánto dolor! ¡cuántas víctimas
En sacrificio tremendo
Heridas en flor i en aras
De la venganza del cielo!

I en tanto, envuelta en placeres,
Sin temor i sin recelos,
La raza conquistadora
Iba aumentando i creciendo!

III.

El rayo que en la borrasca
De los cielos se desprende
Muchas veces en el valle
La humilde cabaña hiere;

Pero otras veces, i muchas,
Las altas cúpulas hiende
I los altivos palacios
En ruinas tristes convierte:

Porque en la naturaleza
No siempre es víctima el débil;
Al golpe de sus rigores
Tambien se doblega el fuerte!

Testigo es la infausta Lima
Que, azotada por la peste,
Trueca sus risas en llanto
I en pesares sus deleites.

No ya a la rāza vencida,
Castigar el cielo quiere
A la raza vencedora;
Harto el rigor de la suerte

Aquella sufrió, hoi la rueda
De la fortuna se vuelve,
I en las cabezas mas altas
Hiere el ánjel de la muerte.

¡Ai! Cuántas rosas marchitas
En su primavera alegre!
¡Cuántas estrellas hundidas
En las sombras de occidente!

I una entre ellas! La mas bella
De todas las que enaltece
I admira, en aplausos pródiga,
La ciudad de los virreyes;

La mas dulce i hechicera
De cuantas niñas florecen
En las playas del Perú,
Rico en hermosas mujeres;

La hija del virrei, en fin,
Que aun no cuenta diezisiete
Primaveras, i es mas linda
Que los ánjeles celestes,

En el lecho del dolor
Yace postrada: la peste
Se ensaña en ella i la oprime
I la devora inclemente.

Infeliz! En vano apura
Cuantos recursos posee
La ciencia para volverla
A la vida; en vano vienen

Médicos de otras comarcas
Acreditados i célebres
Para atenderla: la ciencia
Falla, se aumenta la fiebre,

Crece el mal, falta la vida,
Las esperanzas se pierden,
I los doctores anuncian
Que la condesa se muere.

Mas, lo que no puede el hombre
Lo puede Dios: i él concede
La gracia, la vida, todo,
Todo, en fin....I él, que es clemente,

I amparo de los que lloran,
Siempre la virtud proteje,
I al que hizo la caridad
Ciento por uno le vuelve.

No hai accion buena perdida,
No hai virtud que al fin no llegue
A hacernos bien, ni limosna
Que Dios olvide, o no premie!

La condesa moribunda
Entre sus horas alegres
Consagró algunas piadosas
A la caridad: mil bienes

Hizo a su pueblo i con franca
Mano prodigó mercedes,
I arrancó de la miseria
Muchos seres indijentes.

Empeñó con sus virtudes
La gratitud reverente
De los indios que a sus puertas
Amparo encontraron siempre.

¡Dulce mision! ¡La mas noble
De cuantas el alma puede
Ambicionar, la mas pura
De las virtudes celestes!

Quiso Dios que de los mismos
Humildes indios, a quienes
Ella hiciera el bien, tuviera
Premio el mas santo i solemne!

IV.

Es alta noche. En silencio
Profundo, yace entregada
La mansion de los virreyes
Del sueño a la dulce calma.

No se oye en ella un rumor,
Ni un acento: todo calla

En sus anchos corredores
I en sus espléndidas salas.

I como el palacio, yace
Tambien muda i solitaria
En el reposo nocturno
La ciudad que el Rímac baña,

I en sus calles silenciosas
Perdido allá a la distancia,
No se oye otra voz que el eco
De las ondas arjentadas.

Entretanto majestuosa
De luceros coronada
Guia la luna en el cielo
Su hermoso carro de plata,

Con sus rayos melancólicos
Creando mil formas fantásticas
En las plazas i en las calles
De la ciudad solitaria.

Mas, hai quien vela. Es la triste
Condesa, que, atormentada
Por la fiebre, el dulce bálsamo
Del blando sueño no alcanza.

¡Ai! El sueño del sepulcro
Talvez dormirá mañana....
Cesarán mañana, acaso,
Las horas de su jornada!

Dolorosas impresiones
Llevan la hiel a su alma
I las fibras de su pecho
Se conmueven i quebrantan:

¡Qué de ilusiones que mueren!
¡Qué de hermosas esperanzas
Desvanecidas que vuelan
Como exhalaciones rápidas!

Sombras errantes, recuerdos,
Misterios, horas de infancia,
Crepúsculos moribundos,
Frases de dulces palabras,

Todo en tropel a sus ojos
Llega, i al instante pasa,
Penosa impresion dejando
Allá en el fondo del alma,

No de otra suerte que cuando
Miramos desde la playa
Atravesando la mar
Una barca mui lejana!

De pronto en el aposento
Se abrió la puerta i dió entrada
A una mujer que en las sombras
Oscuras aò se alcanzara

A distinguir, si la luna
Sus rayos a la ventana
No diera de lleno, toda
Iluminando la estancia.

La aparicion misteriosa
Con tiento i breves pisadas
Se dirijió de la enferma
Directamente a la cama,

I con voz dulce llamándola
Tan misteriosa i tan baja,
Que pudo apénas oirla
La hermosa niña asustada,

«No temas nada, la dijo,
Soi yo, señora, tu esclava....
Tu india humilde que daria
Por ti la mitad de su alma.»

Tranquilizóse la jóven
Porque conoció a la indiana,
I ésta continuó diciéndole
Así en palabras mui bajas:

«Hoi que a una fiebre inclemente
Inclinas mustia la frente
Ya condenada a morir,
Yo, tu esclava agradecida,
Para volverte la vida
Llego, condesa, hasta ti!»

«Tú con tu bondad hiciste
Mi esclavitud ménos triste,
Ménos dura mi horfandad:
Recibe hoi el homenaje
De mi amor pobre i salvaje,
Pero sincero i leal!»

«Nuestros padres descubrieron
Un bálsamo que escondieron
Por odio al pueblo español;
Yo te lo descubro ahora,
Quiero salvarte, señora,
Aunque me condene yo!»

«Hé aquí el precioso amuleto
Arrebatado al secreto
De la raza del Perú:
Toma esta copa, i apura
Su licor; en su onda pura
Encontrarás la salud!»

«¡Oh! las bellas, frescas rosas
De tus mejillas hermosas
Vuelvan, condesa, a lucir!
Tú, la amiga i dulce hermana
De la raza americana,
¡Oh! tú no debes morir!»

I le dió a beber la copa
Sabiamente preparada
Que apuró de un solo sorbo
La hermosa niña con ánsia.

La India retiróse entónces
Cumplida su mision santa,
I con la misma cautela
Cerró la puerta a su espalda.

Volvió a quedar en silencio
Profundo toda la estancia,
I a poco mas la alumbraron
Las luces de la mañana.

V.

No bien sobre las montañas
Hubo aparecido el sol,
Cuando vinieron los médicos
Con notable ajitacion,

A preguntar por la enferma,
I la hallaron tan mejor
Que se quedaron atónitos
Heridos de admiracion.

A que atribuir no supieron
El cambio: hubo quien creyó
Que tan pronta mejoria
Era un milagro de Dios.

Despues, desde esa mañana
Todo dia que pasó
Trajo a la jóven condesa
Nuevo aliento i mas vigor;

I fué poco a poco siendo
Tan cierta su curacion,
Que al cabo de una semana
Completamente sanó.

Nadie sabia que todas
Las noches sin escepcion
Una mujer penetraba
De la casa en lo interior,

I llevaba a la condesa
Con dulce satisfaccion
Una bebida escondida
Hasta entónce al español.

Tal es de la cascarilla
La sencilla tradicion,
Que como el pueblo la cuenta
Se la cuento al pueblo yo.

Hermosa leccion es ella
Con que nos enseña Dios
Que la caridad cristiana
Es joya de gran valor,

I que quien obra bien halla
El premio a su buena accion,
Como lo encontró en la indijena
La condesa de Chinchon.

C. Walker Martinez.

OJEADA

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

La historia de la Filosofía principia con la historia del hombre. Desde que éste abrió los ójos i admiró el magnífico espectáculo de la naturaleza, comenzó el ejercicio de sus mas nobles facultades i la série no interrumpida de sus ideas. Tanta variedad de objetos, admirables por su magnitud i su belleza, ordenados con la mas perfecta simetría, i sujetos a leyes constantes e invariables; las relaciones que tienen con el hombre, el arcano misterioso de la intelijencia, su orijen, su destino, hé aquí lo que debió al principio fijar su atencion, i ser despues la materia de sus reflexiones. Pero la distancia que nos separa del primer período de la Filosofía es tan grande, tantas las vicisitudes que ha sufrido el espíritu humano, que es casi imposible seguirle exactamente en la dilatada ca-

rrera de sus adelantos i de sus estravíos, de sus descubrimientos i de sus errores. De la antigüedad solo nos quedan unos cuantos monumentos oscuros i de mui difícil esplicacion, el idioma de aquellos tiempos nos es enteramente desconocido; las guerras, los incendios i demas azotes de la especie humana han consumido los escritos de los sabios, i solo por una feliz casualidad se conservan algunos de los que florecieron en tiempos posteriores. No obstante, observando el curso de las ideas en los pueblos contemporáneos que todavía no habian salido del primer estado de selvatiquez en aquellos tiempos; observándolo igualmente en otros que han dado algunos pasos en la carrera de la civilizacion, podemos rastrear algo i formar una idea, aunque inexacta, de las primeras opiniones o los primeros sistemas.

La impresion que recibiria el hombre al contemplar por la primera vez el grandioso cuadro de la creacion, seria demasiado fuerte para que se empeñase en estudiar sus pormenores. La sorpresa i la admiracion absorberian su alma, la cual por largo tiempo debió permanecer en un estado de sopor o de embelesamiento. Poco a poco se iria familiarizando con los objetos que diariamente observaba; nuevas revoluciones sacudirian el letargo de su espíritu, i las inquietudes que debian inspirarle estos fenómenos excitarian su curiosidad i le infundirian el deseo de interpretar la naturaleza; ¿pero qué idea podria formarse de ella, hallándose en una completa ignorancia, i desprovisto de todos los socorros del arte i de la observacion? Precisamente la mas absurda. El veia que lo que le distinguia de los demas seres que le rodeaban era este principio activo, capaz de sentimiento que determinaba sus acciones; asoció pues la idea de movimiento espontáneo con la de inteligencia; los astros se convirtieron en otras tantas divinidades con quienes se podia comunicar; los fenómenos de la naturaleza fueron la obra de seres misteriosos que influian poderosamente en la felicidad o desgracia de los hombres, i cuya ira podia aplacarse con ofrendas i sacrificios; nacieron pues la Májia, la Adivinacion, la Astrolojía i demas prácticas supersticiosas de los primeros pueblos. Estas interpretaciones debian cautivar una imajinacion ansiosa de lo maravilloso, pero no satisfacieron enteramente su curiosidad; el hombre sentia la nobleza de su ser, e intentó penetrar su naturaleza, conocer su orijen i su destino; i hé aquí un nuevo jérmen de errores i de supersticiones. Dominado por las impresiones sensibles, no pudo concebir al alma sino bajo formas materiales. La mayor parte de los pueblos creyó que era un espíritu aéreo que tenia las mismas necesidades del cuerpo i que padecia los mismos accidentes i las mismas vicisitudes. Los antiguos griegos i romanos la representaron como una sombra lijera i errante que conservaba todas las proporciones corpóreas sintener su solidez. Los habitantes del Tibet i de Norte-América admiten dos almas; los caribes admiten tres, de las cuales una habita la cabeza i sube despues al pais de las almas; los groelandeses creen que las almas de los hombres son semejantes a la de los brutos, que los diversos individuos pueden cambiar de alma en esta vida, i que despues de la muerte hacen las almas muchos viajes a costa de fatigas i peligros.

Estas opiniones tan estravagantes eran propias de la ignorancia que afectaba al primer estado de la civilizacion. Sucesivamente fueron perfeccionándose las lenguas, haciéndose las ideas mas exactas, i el entendimiento mas capaz de coordinarlas i de formar un sistema. Se observó que una de las principales prerrogativas de la inteligencia era concebir i ejecutar la armonía i la variedad de las partes en la unidad del todo; se observó tambien que los fenómenos de la naturaleza estaban arreglados con la mayor perfeccion; i de aquí nació la idea del Gran Ordenador de las cosas, la de los jénios subalternos que se derivan de él, como los rayos del cuerpo luminoso, i que son otros tantos canales por donde se derrama su inteligencia, la comunicacion que con ellos tiene el hombre ila perfeccion a que puede elevarse por los esfuerzos de la meditacion; en una palabra, el sistema de las emanaciones. Zoroastro difundió estas ideas entre los persas, i casi las mismas adoptaron los caldeos, los indios i la mayor parte de los pueblos del Asia. Los ejipcios cultivaron desde mui temprano las ciencias e hicieron algunos progresos, principalmente en astronomía i jeometría; pero, el réjimen despótico a que estaban sujetos, i la tiránica supersticion de sus sacerdotes, que se empeñaban en mantener al pueblo en una perpétua ignorancia, impidieron el

libre comercio de las luces i los adelantos de la Filosofía. Sus opiniones acerca de la formacion del mundo i demas cuestiones jeolójicas i astronómicas han quedado consignadas en unos cuantos monumentos que ejercitan hoi el talento de los anticuarios.

Los griegos fueron colonias de los ejipcios, feniciosi celtas, i sus cosmogonias eran un conjunto de las tradiciones supersticiosas de estos pueblos; divinizaron las grandes fuerzas de la naturaleza i los sentimientos morales, representándolos bajo diferentes nombres; pero, aunque posteriores a los ejipcios i fenicios, los excedieron pronto en conocimientos, i dieron principio a la época de una verdadera ilustracion. Ciertamente que es cosa admirable el ver a una nacion tan reducida como la Grecia sobresalir en todo jénero de literatura, penetrar los secretos de las artes, i profundizar las cuestiones mas elevadas de la Filosofía, miéntras que los demas pueblos de la tierra permanecen sumidos en las tinieblas de la ignorancia i de las preocupaciones. Mas, si reflexionamos en el despotismo civil i relijioso que dominaba entónces a la especie humana; si consideramos que a este réjimen estaba anexa la opresion i embrutecimiento de las últimas clases; i si vemos que la Grecia se componia de muchos pueblos independientes, de orijen i de costumbres distintas, i que vivian gobernados por justas i sábias leyes; si observamos tambien que su posicion topográfica favorecia el comercio con el Ejipto i una gran parte de los pueblos del Asia i de la Europa: no nos sorprenderá un fenómeno tan digno de llamar la atencion del filósofo.

Efectivamente, podemos considerar a la Grecia como la cuna de las artes i de la Filosofía, i su historia ocupa tal vez las pájinas mas brillantes de la del espíritu humano. De su seno salió esa prolongada serie de jenios ilustres que, con sus doctrinas i sus escritos, han inmortalizado su nombre i el de su patria. *Homero*, el soberano de todos los poetas, recojió las antiguas tradiciones i fué el primer autor de sus cosmogonias. Siguióle *Hesíodo*, quien bajo el nombre de Ecos o el amor, personificó el poder activo i fecundo que anima la naturaleza. Los poetas que florecieron despues alteraron las tradiciones antiguas, multiplicaron las ilusiones e hicieron olvidar las primeras ideas mitolójicas.

Trecientos años despues de Homero nacieron *Thales* i *Pitágoras*, quienes trataron de sustituir a las antiguas cosmogonias otros sistemas mas racionales, i esplicar los fenómenos de la naturaleza de un modo mas filosófico. Estos dos grandes hombres fueron casi contemporáneos; el primero, natural de Mileto, fundó la secta Jónica, i el segundo, natural de Samos, la que se llama Itálica. De *Thales* sabemos mui poco, pero sus conocimientos debian ser mui superiores, pues alcanzó a predecir los eclipses; inventó el principio de las cosas, o el elemento que por trasformaciones sucesivas se convierte en los objetos materiales, i atribuyó este privilejio al agua. *Anaximandro* tentó una abstraccion, i dijo que el principio de lo que es variable i limitado debia ser lo infinito, lo que no está sujeto a ninguna revolucion. *Anaxímenes* materializó esta idea, i creyó que este infinito era el aire, i que el alma era una sustancia aerea. *Hermótimo de Clasomena* estudió la naturaleza del principio pensante, halló en él la facultad de formar ideas abstractas, i preparó el camino a *Anaxágoras*. Este filósofo hizo grandes descubrimientos; concibió en toda su pureza la idea del ser intelijente, i la del gran ser que preside al universo, examinó las facultades de nuestra alma, la diferencia que hai entre el hombre i el bruto, estudió las leyes del lenguaje, observó su influencia, i fué el primero que atacó el error que nos hace trasportar a los cuerpos las sensaciones que nos causan, i que solo son nuestros propios modos de ser. Las instrucciones de los sentidos tienen en su concepto un valor relativo; la razon debe dirijirlos i garantir su testimonio, sinembargo, la razon, privada del apoyo de la esperiencia, es mui oscura e insuficiente.

Pitágoras no ha dejado ningun escrito, i solo por las opiniones de sus discípulos podemos rastrear su doctrina. Observó que todos los objetos estaban sometidos a la doble condicion del número i de la estension, la cual puede apreciarse numéricamente; observó tambien que el espacio i el tiempo, los dos cuadros universales que abrazan las revoluciones i los cuerpos, están igualmente sujetos a las leyes del cálculo, i de aquí dedujo que las verdades matemáticas son eternas, fecundas, universales; i que no solo son principios de conocimiento, si no tambien de clasificacion. Este descubrimiento era exacto i nuevo; pero Pitágoras

exajeró su importancia, identificó los elementos de los números con los elementos de las cosas i creyó hallar en las verdades matemáticas el código de la lejislacion del universo. Admitió una especie de números intelectuales, que son otros tantos tipos ejemplares, eternos e inmutables, de los que se derivan la realidad de las cosas i la ciencia del hombre; distinguió las dos órdenes de facultades, sensibles e intelectuales, i, como debia suceder, las personificó admitiendo dos almas distintas, esplicó los fenómenos de la sensacion por hipótesis fisiolójicas, por último subordinó enteramente los sentidos a la razon. En esta escuela se formaron *Almeon*, *Filolao*, *Arquitas*, *Eudoxio*, *Timeo de Locres*, *Occelo de Lucania* i otros, pero nada nos queda de sus doctrinas. *Heráclito* pertenece tambien a esta escuela, i la honró con el fruto de sus meditaciones. Segun él, todas las cosas sensibles están sujetas a perpétuas vicisitudes por la accion del fuego, pero en medio de este desórden aparente existe una perfecta armonía que resulta de las leyes constantes e invariables que sigue la naturaleza. Su Psycolojía es la siguiente: «las sensaciones no pertenecen a los objetos, residen en nosotros mismos, porque varian en los diversos individuos i en un mismo individuo segun la disposicion de sus órganos.» De esta reflexion sacó esta consecuencia; «los sentidos no pueden darnos conocimiento alguno acerca de los objetos, porque sus instrucciones no tienen uniformidad ni constancia. El entendimiento es el único que nos presenta este carácter absoluto i el que puede conocer la verdad. Sinembargo, este derecho no está reservado al entendimiento privado de cada individuo, sino al entendimiento universal. Esta luz comun, añadió, no es otra cosa que la razon divina que se derrama en todos los seres pensantes por una fusion inmediata, i que recibimos por los sentidos como por otros tantos canales. En fin, el entendimiento no es mas que la representacion de la marcha del universo en cuanto es conservado por la memoria. Poseemos, pues, la verdad siempre que la memoria participa de esta representacion, nos estraviamos cuando tomamos por guia nuestras propias impresiones.» Pero lo que honra mas a Heráclito es el haber sido maestro de *Hipócrates*, quien, de todos los antiguos, ha desenvuelto i esplicado mejor los métodos esperimentales. Toda su filosofía puede compendiarse en estas pocas palabras que pudieran atribuirse a Bacon. «Todas las reglas deben sacarse de la práctica, no de una serie de raciocinios anteriores, sino de la esperiencia dirijida por la razon. El juicio es una especie de memoria que asocia i pone en órden las impresiones que han trasmitido los sentidos, porque ántes que se produzca el pensamiento, los sentidos han preparado los materiales i los han trasmitido al entendimiento.»

Thales i los *Tónios*, ocupados mas en el estudio de la naturaleza que en meditaciones abstractas, buscando el primer principio de las cosas, no habian indagado como este principio existe, ni en virtud de que lei estos elementos primitivos se trasforman en otras sustancias. Los *Eleáticos* quisiérón suplir este vacío, i a ejemplo de Pitágoras buscaron en las verdades racionales la solucion del problema. *Xenófanes*, fundador de esta secta, recurrió al principio *ex nihilo nihil fit*, i de él dedujo que ninguna cosa principia ni deja de existir, que lo que existe es eterno, único e inmutable, que no hai mas que una sola sustancia, i que ésta llena el espacio; sinembargo, no atreviéndose a recusar el testimonio de los sentidos cuyas instrucciones presentan el carácter de la variedad, permaneció en la duda i cayó por último en el escepticismo.

Parménides, amigo i discípulo de Xenófanes, dió a la razon el privilejio de enjendrar la ciencia i solo dejó a los sentidos la facultad de fundar una simple opinion. Su raciocinio para probar la existencia i realidad de las cosas es el siguiente: «Lo que el entendimiento concibe es alguna cosa; lo que es alguna cosa es real; lo que nada es no puede ser concebido.» *Meliso* desenvolvió esta reflexion, i fundado en las mismas razones que Parménides condenó absolutamente el testimonio de los sentidos. Los Eleáticos, apoyándose únicamente en el raciocinio abstracto, trataron de darle toda la fuerza i fecundidad de que es susceptible.

Zenon de Elea se dedicó a la dialéctica, pero con las paradojas que sostuvo i con los sutiles argumentos en que las apoyaba enseñó mas bien a abusar del raciocinio que a dirijir el espíritu en la indagacion de la verdad. De este arte se aprovecharon los *sofistas*, o aquellos retóricos que pretendian hacer demostrable el *pro* i el *con-*

tra de cualquiera cuestion por medio de las fórmulas que se llaman sofismas i que han sido tan célebres en la antigüedad. *Gorjias* sentó tres principios: 1.° Que nada existe; 2.° Que si algo existe no lo podemos comprender; i 3.° Que si algo comprendemos, no lo podemos esplicar.» *Protágoras* colocó la ciencia en la sensacion, i aplicando a este principio lo que habian dicho los Eleáticos de su variedad e inconstancia, obtuvo los mismos resultados que Gorjias: «la verdad es relativa; todo se halla en un flujo i movimiento perpétuo, no hai distincion entre lo real i lo que no lo es, cada uno puede sostener juntamente las cosas mas contrariadas.» Las mismas opiniones adoptaron *Cricias*, *Eutidemo*, *Dionisiódoso* i otros.

No todos los Eleáticos siguieron este camino, que comenzaba en un racionalismo absoluto i venia a terminar en la duda. Algunos formaron una clase aparte con el nombre de *Eleáticos fisicos*; Leucipo intentó conciliar de este modo la razon con la esperiencia: «ésta muestra objetos múltiples i distintos, movimientos, mudanzas, producciones i destrucciones; la razon parece exijir la unidad, el infinito, la permanencia de las cosas; los elementos son simples e indivisibles, su número es infinito, hé aqui la razon satisfecha; las combinaciones de estos elementos varian sin cesar, su union, su separacion obran la jeneracion i disolucion de las cosas; hé aqui los sentidos justificados.» El resto de su teoria es en estremo absurdo: «átomos redondos, átomos de fuego esplican el movimiento espontáneo de los cuerpos animados; el principio pensante es una combinacion de estos átomos, i por consiguiente el producto de diversos movimientos; el hombre respira sin cesar, i estos átomos comunican asi la naturaleza universal.» *Demócrito* desarrolló el sistema de Leucipo, atribuyó a los átomos propiedades mas simples, pretendió probar su existencia con el principio *ex nihila nihil fit*, i creyó resolver el problema relativo a la primera jeneracion de las cosas, suponiendo que los tiempos no han principiado. Su teoria de la sensacion es curiosa: «el alma, principio comun del movimiento i del pensamiento, es material i compuesta de átomos de fuego; en sus funciones intelectuales es enteramente pasiva, pero los objetos obran en ella de dos modos distintos. En primer lugar, por el movimiento que comunican a sus órganos, nos trasmiten diversas impresiones; ciertos medios, como el aire i el agua, son necesarios para esta comunicacion; estas impresiones, como los colores, los sonidos, no son mas que nuestras propias modificaciones interiores, no corresponden a ningun objeto real, i subsisten, aun despues que los cuerpos han desaparecido, por efecto de un estremecimiento que se prolonga en los órganos. En segundo lugar, los objetos reales, invisibles a nuestros sentidos, es decir, los átomos, obran directamente en nuestro entendimiento, i le trasmiten imájenes de sí mismo, (Eidola) que sirven para retractarlos, por que «lo *semejante es lo único que puede obrar sobre lo semejante.*» *Empedocles* reunió los tres elementos de los Tonios, el aire, el agua, el fuego, i les añadió la tierra; a ejemplo de los Eleáticos fisicos, consideró estos elementos como compuestos, la unidad o la monada de Pitágoras fué a sus ojos el primer principio de las cosas, identificó absolutamente la intelijencia con los objetos conocidos, i consideró por último el pensamiento como una funcion de los órganos fisicos, sujeta a todas sus leyes i accidentes.

(Continuará.)

LA FLOR DEL ALMENDRO.

Flor de almendro, flor hermosa,
Gala de la primavera,
¡Ah! tú no vives siquiera
La breve edad de una rosa.

Eres la primera flor
Que adorna el prado risueño,
¡I no duras lo que el sueño
De nuestro primer amor!

¡Nacer, graciosa brillar
I deshojarte al momento,
Al blando soplo del viento
Que te viene a acariciar!

Tu pasajera hermosura
Imájen es para mi
De la ilusion que perdí
Tan cándida como pura.

Esperanza que brotó
Del labio de una mujer...
Me embriagaba de placer,
Pero mui presto pasó.

¡Ai! sombra desvanecida!
¡Dorado ensueño de amor!
¡Qué poco dura la flor
De esta miserable vida!

Apénas logré aspirar
Su delicado perfume...
La memoria me consume
De un bien que ya no he de hallar.

Flor de almendro, flor lozana,
Del prado la flor primera,
Gala de la primavera,
Sonrisa de la mañana.

Te amo desde que te ví
Porque en tu beldad hallé
La imájen del bien que amé
I que al instante perdí.

Octubre de 1870

ENRIQUE DEL SOLAR.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MARZO.

Durante el mes de marzo próximo pasado, la Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

CONCORDIA *de los artículos del Código civil chileno entre sí i con los artículos del Código frances*, por Miguel Elizalde.—1 vol. en 4.° de 656 páj.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

Hé aquí una buena obra que vendrá a servir de poderoso ausiliar, tanto a los estudiantes de derecho civil en su aprendizaje, como a los jóvenes abogados en sus consultas del Código, que será tambien de mucha utilidad a las personas que no teniendo versacion de jurisprudencia necesitan imponerse de algunas disposiciones en materia de lejislacion civil.

La base del trabajo del señor Elizalde es el testo del Código civil chileno, guardando los artículos el mismo órden que en éste tienen. Al pié de cada uno de dichos artículos, en donde se encuentran las indicaciones de las concordancias primeramente las relativas a los artículos del Código entre sí i en seguida con los del código frances.

Son estas concordancias de tres clases: *acordes*, *ilustrativas* o *complementarias* del artículo, cuyo alcance o interpretacion trata de estudiarse. Un signo particular, cuya clave, sencilla por demas, se esplica en la introduccion de la obra, indica a qué jénero de concordancia pertenece la referencia; si ella alude en jeneral a todo el artículo o solo a parte o partes de él.

A esto ha agregado el señor Elizalde, en seguida de los artículos en que se hace uso de las palabras o locuciones técnicas los que llenan su definicion, i de aquéllos que se hallan dependientes del sentido de otra disposicion los que consignan su sentido.

Anexas a la obra se encuentran el mensaje del Ejecutivo en que propuso al Congreso la aprobacion del Código, las notas que agregó al proyecto el señor Bello, el Reglamento del Conservador de bienes raices i la lei de efecto retroactivo, cuyos documentos son todos, como se vé, de grande importancia i hacen, por consiguiente, mas apreciable aun la publicacion de que nos hemos ocupado.

ANUARIO DE LA OFICINA CENTRAL METEOROLÓJICA *de Santiago de Chile*.—Año primero correspondiente a 1869.—1 vol. en 4.° de 437 pájs.—Santiago. — Imprenta *Nacional*.

Es ésta la primera publicacion que hace la *Oficina central meteorolójica*, establecimiento que, bajo la direccion de tres miembros de la Facultad de Ciencias físicas i a cargo inmediato de un intelijente e ilustrado jóven, ha sido fundado en uno de los últimos años i que está llamado a prestar mui buenos e importantes servicios en el estudio de la meteorolojia de Chile.

Contiene el *Anuario* las observaciones prácticadas durante 1869 en la oficina de Santiago i en trece sucursales que están establecidas en los faros de los puertos de la república i en algunos liceos provinciales.

SERTUM MENDOCINUM ALTERUM por el doctor Philippi.—1 vol. en 4.° de 54 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

En la publicacion que apuntamos se en-

cuentra el catálogo i descripcion de muchas plantas recojidas en las cercanías de Mendoza i en los caminos de cordillera que conducen de Chile a esa ciudad.

Este trabajo del señor Philippi viene a completar otros dos que dicho señor en años anteriores ha publicado sobre la misma materia en los *Anales de la Universidad*.

INSTITUCIONES DE DERECHO ROMANO.—2.ª edicion.—1 vol. en 4.° de 256 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

Se ha hecho una segunda edicion de esta excelente obra tan conocida de los estudiantes de leyes i cuyo autor se cree fué el señor don Andres Bello.

AMOR I FÉ, por Luis Larrain Zañartu.—1 vol. en 8.° de 61 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

Es esta una elegante edicion de la novelita que nuestro amigo Larrain Zañartu publicó el año próximo pasado en estas mismas columnas.

LOS CONSTITUYENTES CHILENOS DE 1870, por Justo i Domingo Arteaga Alemparte.—Entrega 6.ª—1 vol. en 4.° de la pájina 481 a la 574.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

BOLETIN DE LAS LEYES I DECRETOS DEL GOBIERNO.—Libro XXXVIII.—1 vol. en 4.° de 444 pájs. Santiago.—Imprenta *Nacional*.

EDUCACION DE LA MUJER, por Eduvijes Casanova de Polanco.—1 vol. en 8.° de 64 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

CATÁLOGO *de los eclesiásticos de ámbos cleros, casas relijiosas, iglesias i capillas del arzobispado de Santiago de Chile a principios del año de* 1871.—1. vol. en 4.° de 57 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

LA GUERRA DE 1870.—*Sucesos e incidentes de los campos de batalla*, por el conde de La Chapalle.—1 vol. en 8.° de 181 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Ferrocarril*.

CONSTITUCIONES *de la Cofradía del Sagrado Corazon de Jesus*, establecida canónicamente en Santiago de Chile.—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

ESTATUTOS *de la compañía del telégrafo trasandino*.—1 vol. en 4.° de 46 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

MÉTODO *para oir con devocion la Santa Misa*, arreglado para el uso del pueblo.—1 vol. en 8.° de 62 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

DON FA-TUFTO, por Paul de Musset.—1 vol. en 4.° de 97 pájs.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO por Martin Palma.—Entrega 9.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 393 a la 443.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

ULTIMA PALABRA DE ROCAMBOLE, por Ponson du Terrail.—Entrega 16.—1 vol. en 4.° de la pájina 721 a la 768.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

REGLAMENTO *del colejio chileno frances de Santa Ana* para señoritas.—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

¿ESTAIS PERDONADO? por J. C. Ryle—Traducido del ingles por un jóven natural de Santiago. (?)—1 vol. en 8.° de 75 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

LAS AVENTURAS DE UN PIJE, por Pedro de Urdemales.—Entregas 2.ª, 3.ª i 4.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 17 a la 64.—Santiago i Valparaiso.—Imprentas *Chilena* i de *El Mercurio*.

¿QUÉ EFECTOS PRODUCIRÁ EL RECONOCIMIENTO DE HIJO NATURAL CONSIGNADO EN UN TESTAMENTO CUANDO ÉSTE ES REVOCADO POR OTRO POSTERIOR?—Memoria de prueba para obtener el grado de licenciado en la facultad de leyes i ciencias políticas presentada por don Francisco A. Vidal.—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

VIDA I NOVENA DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

1870 PARIS-BERLIN, por Víctor Hugo.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

LIQUIDACION *de la caja de ahorros de empleados públicos*.—1 vol. en fol. de 45 pájs. Santiago.—Imprenta *Nacional*.

DISCURSO leido por don Fernando Llona en el acto de su incorporacion a la facultad de ciencias físicas i matemáticas de la Universidad.—Elojio de don Estévan Chamvoux.—Nuestros estudios profesionales para la carrera de injeniero.—1 vol. en 4.° de 40 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

Dos nuevos periódicos han aparecido durante este mes: *El Trabajador*, órgano de la clase obrera de Santiago i *La Reforma*, periódico político que ha publicado en Valparaiso el señor don Pedro Félix Vicuña.

En los pocos números que han aparecido de *El Trabajador* hemos podido ya ver en él un periódico que cumple perfectamente con el objeto a que está destinado. Le deseamos próspera i larga vida.

De *La Reforma*, periódico que el señor Vicuña hizo revivir despues de un letargo de veinte años, unicamente alcanzó a publicarse un número, i creemos no volverá a aparecer otra vez por el mundo.

RAMON C. BRISEÑO.

NIOBE MODERNA,

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

Dios rompe lo que no se doblega
bajo de su mano.—J. CATS.

Hace años (allá a mediados de 1832), vivia en Ambéres una viuda mui rica llamada Clotilde de Valburgo. Como era bien hermosa i no le faltaba talento, habia creido, ¡cosa estraña! que estaba destinada únicamente a gozar de todos los placeres i alegrías del mundo. Lo mismo que todas las mujeres de esta clase, tenia miedo a los pensamientos graves i a los jenerosos sentimientos, como a enemigos de la vida dulce i apacible; i por este motivo se habia vuelto insensible a cuanto pudiera alterar en lo mas mínimo su felicidad. Los desgraciados le eran, cuando ménos, indiferentes, si no le eran causa de aversion; i ni aun para con sus mismos hijos, con ser bellos como ángeles, sentia ese afecto materno, último sentimiento que pierde el corazon de la mujer....En cambio, un vestido mal cortado, un juguete roto, el ver una joya en el cuello de otra mujer, i mil frivolidades semejantes tenian una influencia tan grande sobre ella, que viéndola i oyéndola hablar se habria creido que le habia sobrevenido una gran calamidad.

Cierto dia se hallaba en un gabinete de su rica habitacion recostada en un lujoso sofá, leyendo con los ojos medio cerrados las pájinas de una novela inmoral. Todo lo que la rodeaba revelaba la riqueza i la frivolidad de su dueño. La chimenea i aparatos de las ventanas estaban llenos de esos objetos frájiles, cuyo uso es un enigma para los que los miran, lo mismo que para los que los poseen, i que no difieren de los juguetes de los niños sino en el precio. La luz que penetraba en esa voluptuosa habitacion no era pura i viva como la luz del sol, sino quebrada por espesas cortinas, i daba a todos los objetos un color indeciso i melancólico.

Sinembargo, este silencioso retiro estaba animado por la presencia de seis lindos niños que, temiendo hacer ruido i ser espulsados al momento, hojeaban sin ruido un gran libro iluminado con hermosas láminas, contentándose con manifestar su alegría o su admiracion por medio de señas i jestos espresivos. El mayor de esos niños podria tener doce años i el menor no pasaba de tres; eran tres hermanos i tres hermanas; i parecia que se amaban tiernamente, porque una dulce i afectuosa sonrisa iluminaba sus graciosos semblantes i sus manitas se estrechaban a menudo. He contemplado muchas veces escenas semejantes reproducidas por el pincel: grupos de niños bellos como los ángeles, emblema de los placeres puros e inocentes. Agrada ver esas caritas serenas no entristecidas por los pesares ni el remordimiento....esos rizados cabellos no desfigurados por la edad ni el fierro....esos bracitos torneados i esos miembros delicados que el trabajo no ha debilitado ni el vicio marchitado....en fin, la naturaleza en toda su frescura, graciosa, poética i llena de vida, como las primeras hojas i las primeras frutas de la primavera....

¿I juzgais que la madre deja de mirar el libro por contemplar a los niños? Nó: no vuelve siquiera a mirarlos, apesar de que su corazon no está vacio de todo afecto materno; mas tambien está lleno de los encantos i seducciones de la vida mundana.

Hacia una hora ya que estaba en el canapé sin moverse, cuando golpearon pasitamente en la puerta, i entró un criado que inclinándose, dijo:

—Señora, hace dias que pregunta por vos una mujer. Siempre la he despedido: parece una persona comun....

—Has hecho mui bien, Pedro: que me dejen en paz; no estoi visible para tales jentes. Pero si viene M. Eujenio de Valenze, introdúcelo al punto con respeto. Sabes que es el jóven con quien vine anoche del concierto.

El criado hizo un jesto afirmativo añadiendo:

—Se me olvidaba decir, señora, que la mujer de que he hablado espera en la antesala la respuesta. Llora a mares, i parece que tiene que pediros algun favor.

Madama de Valburgo se paró i dió dos o tres patadas con impaciencia i dijo:

—¡Cómo! ¿robaros? ¿yo robaros? insolente! ¡Salid al instante de aquí o haré, como lo dijisteis, que os echen como a un perro! Sí; porque venis a manchar mi casa con vuestras calumnias. Vamos! salid! i querais o no querais, vais a verlo.

—Callaos, esclamó la jóven con calmada dignidad; no agregueis la violencia al insulto. I no vayais a pensar que quiero arracaros con mis quejas lo que habeis negado a mis ruegos; nó: aun cuando echáseis delante de mi montones de oro, no los tocaria. Guardad vuestro oro....i vuestros vicios. Padeceré; pero en medio de mis dolores, gozaré de la satisfaccion de sentirme mas noble i mejor que una noble dama, que no ha reparado en sumir en la miseria a toda una familia!....

Madama de Valburgo no podia responder nada a su acusadora; solamente la espresion de sus ojos dejaba conocer su rabia reconcentrada. No se atrevió, a pesar de eso, a tocar la campanilla, temiendo provocar mayor escándalo, i permaneció en silencio.

—No olvideis, decia la otra, los términos del testamento de mi tio; todos sus bienes, que están en cabeza de vuestros hijos, volverán a los mios si ellos mueren primero. De este modo, si el Señor quiere, podré todavía poseer vuestras riquezas, viviendo vos.

Oyendo esto, una sonrisa irónica se pintó en los labios de madama Valburgo, i pareció libre de un peso enorme.

—Mujer, dijo con firme voz, perdeis el juicio, i ahora que lo conozco os perdono vuestras injurias. ¿Esperais, pues, que vuestros dos niños enteros vivan mas que los mios, que gozan de salud floreciente? ¡Delirais!....

—Señora, respondió la desventurada madre. El que lee en el fondo de los corazones conoce mis deseos, i sabe que reputaria crimen imperdonable desear la muerte de uno de vuestros queridos e inocentes niños. ¡Oh! nó! quiera el cielo conservároslos! ¿Pero creeis vos imposible, señora, que Dios estienda su mano sobre los ricos i poderosos del mundo? ¿No visita sino a los desgraciados? Nada temeis para vuestros hijos....entónces no los amais! Yo, pobre madre, he mirado frecuentemente asustada a esos niños enfermos, porque temo por el azote que el cielo nos ha enviado, esa llaga terrible que se estiende por la tierra como un inmenso sudario!

Madama Valburgo se habia calmado desde que la jóven dejó de acusarla; i respondió con tono burlon:

Por única respuesta, madama de Valburgo cojió de sobre la mesa una campanilla i llamó dos o tres veces.

—Pedro, dijo al criado cuando entró, decid que preparen el coche.

I luego volviéndose a la infeliz mujer:

—Veis, le dijo, que si seguis asi no tendré tiempo de escucharos hasta el fin. Daos prisa.

Un lijero rubor, indicio de sorda indignacion, tiñó las mejillas de la infortunada; pero, conteniéndose nuevamente, dijo con rápida voz:

—Señora.... hermana.... Vos sabeis que aunque pobres no hemos pedido nunca que nos socorrais; mi marido es activo i trabajador, i sabemos pasarnos con poco; pero la mano de Dios pesa sobre nosotros. Hace dos años ya que mi marido perdió su empleo, i desde entónces nos hemos alimentado de promesas i de esperanzas. Hace seis meses que emprendimos un negocio tomando a préstamo una suma importante; pero un hombre desleal nos engañó i todo lo hemos perdido. Mi marido está preso, pues no pudo pagar una obligacion, i uno de mis hijos está en el hospital; van a pregonar nuestros muebles el viérnes; pasado mañana me echarán de la casa; no tengo recursos, i padezco por todos los mios; por mi marido cuyo honor peligra, por mi hijo que va a morirse en el hospital, por mi otro hijo que me pide pan, i que de aquí a dos dias no tendrá mas que la calle por habitacion. ¡Oh! señora! ¿olvidariais en estas circunstancias que una misma sangre alimenta a vuestros hijos i a los mios? ¿permitiriais que una madre, que una mujer desgraciada se separe de otra madre sin llevar un consuelo?

Madama de Valburgo se ofendió de que la pidiese se atreviese a llamarse su parienta; vió en ello una injuria i llena de cólera dijo:

—I ¿qué es lo que puedo hacer en esto?

—Señora, respondió la madre sollozando, ved lo que os suplico; ved lo que os ruego: tened la bondad de prestarnos trescientos francos. Con este dinero, libraré a mi marido de la prision, i sacaré a mi hijo del hospital, pagaré el arrendamiento de la casa.... pensad cuántas bendiciones lloverán sobre vos; sobre vos que nos habreis salvado del abismo, de la infamia i de la miseria que nos amenaza.

Esperó algunos momentos con ansiedad lo que iba a responder madama Valburgo, i al fin ésta dijo:

—No acostumbro prestar mi dinero para hacer ingratos. Si vuestro marido no hubiera llevado durante tanto tiempo una vida inútil, no estariais en el estado en que os veis. No espereis, pues, que yo dé mi dinero para mantener la holgazanería. Podeis retiraros, i procurad salvaros vosotros mismos de la miseria a que llegasteis por vuestra culpa. Si creisteis que iba a hacerme cargo de manteneros, os equivocasteis. ¿No oisteis que os dije que salierais? Esta es la puerta.

Oyendo palabras tan insultantes, la pobre mujer empezó a llorar de nuevo. Creyó al principio que podria dominar su dolor, pero de repente una noble cólera se apoderó de ella i avanzándose a madama Valburgo i levantando la frente le dijo:

—¡Ah, señora! no fué bastante hacer que vuestros lacayos me insultaran, ¡era preciso que el insulto cayese de vuestros labios, haciéndome echar como a un perro! ¿Habeis olvidado vuestra propia historia? ¿No sabeis que vuestro marido era mi hermano, i que la mitad de las riquezas de que disfrutais son mias i me las han quitado? No sabeis, mujer orgullosa, que nada poseeis en el mundo i que no haceis otra cosa sino disfrutar unas rentas a que tengo yo mas derecho?

Madama de Valburgo que, de rabia, se habia dejado caer en el canapé, se levantó oyendo esto i esclamó con voz trémula:

—¡Insolente! ¿qué calumnia estais profiriendo?

—¡Calumnia! dijo la otra, calumnia! El testamento de mi tio nos instituia herederos a mi hermano i a mi. ¿No habeis vos, con vuestros pérfidos consejos, obligado a mi hermano a privarme de la parte de herencia que me pertenecia? Sí, sí; así pasaron las cosas, i en los últimos dias de vida de mi tio, vosotros os adueñasteis de la casa, atreviéndoos a decir que no queria verme, cuando era la sobrina a quien queria mas. ¡Qué mal no habeis dicho de mi, noble señora! ¿¿qué calumnias no inventasteis para que mi tio hiciera otro testamento en que me desheredaba? Todo lo sé, porque cuando murió mi hermano se reconcilió conmigo i lo perdoné. Era mas débil que culpable.... Vos sola, señora, vos sola, que traidoramente nos habeis robado, i cuyo rencor lo atestigua claramente....

El furor de madama Valburgo llegó a su colmo, la sangre inflamó su rostro i estalló con amenazantes insultos.

(Concluirá.)

CHARADA.

Te deslumbra mi *primera*
I la oyes en la armonía;
No hai niña que te sonría
Si eres *segunda* i *tercera*.
Mi *todo* saca de tino
A los músicos noveles
I mas que mil cascabeles
Suena a quien lo oye vecino.

Contenido de este número.

I.—El dia de la libertad, por Ventura Blanco.
II.—Gratitud indíjena, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
III.—Ojeada sobre la historia de la filosofía.
IV.—La flor del almendro, poesía, por Enrique del Solar.
V.—Revista bibliográfica, por Ramon C. Briseño.
VI.—Niobe moderna, por Enrique Conscience.
VII.—Charada.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre. Se recomienda especialísimamente la asistencia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, abril 16 de 1871. Núm. 185.

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

POR S. EM. EL CARDENAL WISEMAN,

Autor de Fabiola.

Traducida para *La Estrella de Chile*

POR MÁXIMO. R. LIRA.

(Continuacion.)

Miéntras que ella se preguntaba admirada de donde venia esa maravillosa superabundancia que le recordaba el aceite de la viuda da Sarepta, divisó sobre la lámpara una rama del sombrío i melancólico olivo i de sus frutos caian espesas i viscosas las gotas de su jugo bienhechor. I, como se preguntase con mayór admiracion aun de donde sacaba su sagrada savia aquella planta escojida, dirijió naturalmente sus miradas hácia sus raices entrelazadas i allí vió una persona sumida en la angustia i prosternada en la oracion. No se podia ver su rostro porque su frente pálida estaba pegada al suelo, pero sus vestidos de color oscuro parecian como sembrados de magníficas piedras preciosas, de rubies i carbunclos de un brillo deslumbrador. Poco a poco aquellas piedras preciosas crecieron i cayeron al suelo en brillantes gotas de rocío. Eran como gotas vivificantes que salian impetuosamente de ese cuerpo sagrado de donde emana una virtud que cura todos los males. Aquellas gotas habian alimentado i enriquecido, santificándolo, el árbol que despues del diluvio fué el primero que produjo ramas, promesas de paz i de esperanza i que envió, por medio de la paloma, las primeras nuevas de la reconciliacion al mundo bautizado. Por eso es que el fruto de este árbol ocupa el tercer lugar entre las mas preciosas producciones de la tierra; por eso es que se halla asociado al *trigo* i al *vino* en las amenazas i en las promesas de los profetas (1), i forma con ellos el triple poder que multiplica i fortifica a los hombres en la vida de los sacramentos. (1)

El espíritu de la contemplativa jóven veria tan estrecha union con esta consagracion i sus frutos como la que existe entre la inmersion de Nuestro Señor en las aguas del Jordan i la santificacion mística de este elemento purificador. El olivo, consagrado por la santa uncion de la primera sangre derramada por nuestro Redentor, ha llegado a ser para la Iglesia un árbol sagrado cuyo jugo puede endulzar, alimentar, curar, hacer a la vez flexible i fuerte, operando sacramentalmente sobre el alma como opera naturalmente sobre el cuerpo, i único propio, con el producto de la industria de la virjinal abeja, para iluminar el santuario de Dios. (2)

Estas meditaciones de la jóven aflijida le trajeron sus consuelos, dirijiendo sus pensamientos hácia aquella escena de dolor en que hasta la *agonía* del espíritu puede hallar consuelo. I le llamó la atencion este pensamiento. Si en el atrio de la Jerusalen celestial las vírjenes santas, esposas del Cordero, deben oir cantar: «Dios, nuestro Dios, os ha unjido con aceite de alegría,» ¿no debe pensarse que acá abajo las siervas de Dios deben ser unjidas con *aceite de aflíccion* i hacerse así agradables a sus ojos? Feliz la vírjen que, esperando a su divido Esposo, tiene su lámpara llena de ese aceite santo i tiene igualmente llena su vasija, temiendo que falte i que la lám-

(1) Deut., XI, 14 i XXVIII, 51.—Jer. XXXI.—Os. II, 8.

(1) Ps., IV, 8. «Por el esquilmo de su trigo, vino i aceite se han multiplicado.»

(2) Quemar gas ante el altar o sobre él, para reemplazar a la lámpara, es tan positivamente inconveniente como contrario al sentimiento místico i a los principios del simbolismo. En este caso, en efecto, ¿a qué puede asociarse el espíritu si no es al pensamiento de sustancias sulfurosas i bituminosas i de exhalaciones que salen del centro de la tierra? I estos pensamientos, ¿no son mas capaces de inspirar temor que de favorecer el consolador comercio de Dios con el hombre?

para se apague! I, si falta, oh! que se apresure miéntras es tiempo aun, que corra al lugar donde puede proveerse, al monte de los Olivos, al monte de la uncion i de la luz.

Tales eran los pensamientos de la jóven, i oraba porque se encontrase su lámpara encendida cuando llegase el gran dia del llamamiento. En aquel momento su madre la tocó en el hombro i le advirtió de que era tiempo de volver a la casa. Las visiones de su imajinacion infantil se desvanecieron, i se encontró una vez mas iluminada por la dulce claridad que se esparcia de la lámpara del santuario.

III.

SU EXTINCION.

> La luz que brillaba en su mano se oscurecerá i la antorcha que está sobre él se le apagará.
>
> *Job, XVIII.*

Es una comparacion mui comun la de que, lo mismo que una lámpara parece mas brillante miéntras mas espesas son las tinieblas que la rodean, lo mismo la virtud resplandece tanto mas cuanto mas la rodean las tinieblas de la adversidad. Sacando una nueva comparacion de nuestro mismo tema, podriamos decir que, asi como las lámparas de los soldados de Jedeon no brillaron sino despues de haber roto los cántaros que las encerraban, asi las virtudes de la mujer i de la hija de Pedro resplandecieron con un brillo tanto mas vivo cuanto mas encorvada estaba su pobre humanidad bajo el peso del infortunio, mas estenuado su cuerpo por la miseria i sus corazones mas quebrantados por la afliccion.

Sinembargo, un nuevo pesar parecia abatir a veces a la jóven; pero pasaba por su frente como una nube sin escapar no obstante al ojo vijilante de su madre, i su rostro se iluminaba pronto con un rayo de serenidad tranquila que no procedia indudablemente de consuelos terrestres. Miéntras estaban sentadas una junto a otra en silencio i trabajando, un suspiro se escapaba a la niña i una lágrima caia furtivamente al suelo; pero, un instante despues, sus manos caian sobre sus rodillas, elevaba sus ojos al cielo, una sonrisa dulce iluminaba su rostro i sus labios se movian cual si estuvieran conversando con una persona colocada a su lado. En estas circunstancias su madre se cuidaba bien de no dirijirle la palabra i la contemplaba con una admiracion mezclada de temor, persuadida de que la niña estaba en comunicacion intima con un mundo mejor.

Un dia, por fin, le preguntó que era lo que ocupaba asi su espiritu.

—Nada quiero ocultaros, querida madre, respondió la jóven; la verdad es que no me conformo con el pensamiento de ver acercarse el dia en que termina mi consagracion, segun vuestro voto, en que deberé quitarme los vestidos blancos para tomar los del mundo.

—I sinembargo, hija mia, vale mas para nosotros que sea asi. Ahora estás bastante fuerte para ir a trabajar a los campos i ello no seria posible con los vestidos que llevas ahora. Yo tampoco puedo ir dejándote sola en la casa. I es preciso, no obstante, que trabajemos mas i mas, porque....

Se detuvo, porque lo que iba a decir hubiera sido un reproche para su marido, i ella no queria formularlo. Pero sus lágrimas espresaron su pensamiento. La niña replicó:

—Oh! yo no me niego a trabajar ni temo aparecer cual soi en realidad, es decir, una pobre paisana; pero me parece que abandonando este vestido relijioso estaré mas espuesta aun a los peligros i a las tentaciones del mundo i aun quizas perderé algun derecho a la proteccion de la reina del cielo cuya hija era mas particularmente hasta aquí.... Pero, es tiempo, querida madre, de que os haga conocer la promesa que hice al buen Dios la misma noche en que *él* se ausentó de la casa, promesa que he renovado muchas veces ante el altar. Allí le he pedido la gracia de no abandonar jamas mi traje blanco i de poder llevarlo sin mancha a la tumba, i ademas....

La jóven vaciló, pero añadió mui conmovida:

—He pedido a Dios que tome mi vida en cambio de la conversion de mi padre i de su vuelta a la virtud. ¡Ojalá pudiera esperar que mi oferta haya sido aceptada i escuchada mi oracion!

La pobre madre quedó profundamente consternada al oir estas palabra si se apresuró a replicar:

—Guárdate, hija mia, guárdate de ten-

tar al cielo. Quiera Dios escuchar nuestras oraciones por tu pobre padre, pero no con esa condicion. Sinembargo, añadió despues de reflecionar un momento, no veo razon alguna para temer esa desgracia porque, a pesar de nuestros sufrimientos, nunca me has parecido mas fuerte i de mejor salud.

Despues de todo, quedó al fin convenido entre la madre i la hija que, en la mañana del aniversario del voto, se dirijirian bien temprano a la iglesia a fin de poder permanecer algunas horas en oracion a la luz de la lámpara sagrada que la niña amaba tanto, ántes de recibir la comunion en accion de gracias. Despues la jóven María dejaria su traje blanco para tomar el vestido grosero de las paisanas i ámbas volverian a la casa.

Una vez arreglados estos preliminares, i despues de haber obtenido el asentimiento del sacerdote que debia dejar la iglesia abierta para ellas, se abstuvieron mútuamente de volver sobre este tema. Se veia sinembargo, que María no abandonaba su pensamiento porque ya se ocupaba de preparar el traje blanco que debia ponerse por última vez como consagrada a Dios, con el objeto de que su blancura i pureza fuesen perfectas, ya de trenzar guirnaldas de flores escojidas para coronar con ellas, como última ofrenda, la imájen de la Virjen su patrona.

Pero, es preciso que distraigamos una vez mas a nuestros lectores de la contemplacion de las virtudes de la madre i de la hija para referir la culpable conducta del infortunado Pedro i mostrarlo, al fin, sumido en el mas profundo abismo del crimen i de la degradacion.

El mes que debia ser el último del crimen, segun las promesas hechas a Pedro por los contrabandistas, habia espirado. Habia llegado el dia a que debia seguir la noche fatal, i Pedro no habia podido aun penetrar el secreto del golpe que se preparaba. Sinembargo, todo lo que valia la pena de ser llevado estaba preparado en las casas de sus cómplices para una fuga rápida, estando hasta las mulas dispuestas para trasportar sus bagajes i sus familias al otro lado de la frontera. En cuanto a él no habia tomado medida alguna para huir o ponerse al abrigo de las persecuciones de la justicia. I esto era, no solo porque ignoraba de tal modo la naturaleza del crimen que debia cometer, que no podia saber lo que mas convenia para escapar, sobre todo con el embarazo de salvar al mismo tiempo a su familia; era, sobre todo, porque le eran indiferentes las consecuencias i le preocupaba mui poco lo que pudiera resultar. Presa de los remordimientos, de la vergüenza i de un amargo dolor, hubiera preferido la prision, las galeras o el cadalso a su situacion presente. Así ¿qué podian importarle las consecuencias i los peligros? Estaba seguro de que, despues de este crimen, quedaria al fin libre de la esclavitud que pesaba sobre él, i esto le bastaba.

Durante este último dia de su participacion en el crimen, sus compañeros se esforzaron por distraerlo i hacerle olvidar la empresa de la noche con sus chanzas groseras. Despues de la comida lo hicieron beber copiosamente, no hasta embriagarlo, pero su intelijencia quedó entorpecida i su sangre hervia. Entónces estaba dispuesto a todo; tan grande era su excitacion que le parecia no habria de retroceder ante ningun crimen. Pedro se lanzaba desesperado hácia él; estaba loco. Se estremecia aun, es verdad, con el pensamiento de que pudiera pedirsele un asesinato; pero ningun otro crimen le parecia temible ni imposible. I sinembargo, cuando se le descubrió el objeto de la espedicion nocturna, estaba tan léjos de esperarlo, que rehusó con un estremecimiento de horror que desconcertó por un momento a sus compañeros.

La noche no estaba aun mui avanzada cuando, en el momento de salir de la casa en que se encontraban, los contrabandistas confesaron a Pedro el objeto de su espedicion. Se trataba de nada ménos que de robar la iglesia del Monte María, despojarla de su *ex-voto* de plata, de los ricos vasos del altar, de los adornos que decoraban las estátuas i el tabernáculo i llevarlo todo mas allá de la frontera, a España.

El rayo que hubiera estallado sobre la cabeza del desgraciado Pedro no lo hubiera conmovido tan violentamente como la noticia de este proyecto. Cuando volvió un poco del primer momento de estupor juró i protestó que ninguna consideracion de la tierra podria comprometerlo jamas a cometer tan horrible sacrilejio i hacerlo culpable de tal ingratitud. Pero sus compañeros conocian su poder sobre él. Obraron con él como procede un hábil pescador con el pescado que siente la primera picadura

del anzuelo; lo dejaron libre permitiéndole desahogar sus sentimientos. Despues, cuando se moderó el primer ímpetu de la pasion, se consagraron a enredarlo en los hilos de su fatal poder. Le recordaron que ya era demasiado tarde para retroceder i que, si lo queria, cumplirian inmediatamente la amenaza que le habian hecho de entregarlo. Dijéronle en seguida que era una locura retroceder ante un crímen que debia ser el último segun se lo habian prometido; que, si alguna vez debia convertirse, le seria tan fácil arrepentirse de este delito como de los anteriores; sino, que se condenaria lo mismo por los que ya habia cometido i que su suerte no podia empeorar. Emplearon muchos otros argumentos igualmente detestables i cuando vieron al fin que nada conseguian, aquellos seres feroces lo amenazaron con vengarse en su familia asesinando a su mujer i a su hija.

(Concluirá.)

EN LA NOCHE CALLADA.

(TRADUCIDO DE MOORE)

¡Ai! cuántas veces en las lentas horas
De la noche callada, ántes que el sueño
Venga a cerrar mis párpados, recorre
Mi memoria tenaz los bellos dias
De lloros i de risas infantiles
A que siguieron tan hermosos años.
Sus palabras de amor entónces oigo,
Sus votos de constancia no cumplidos,
I vuelvo a ver la luz de esa mirada
Que hundióse en el ocaso de la vida
Para ya no lucir....¡ai! ¡para siempre!

¡Ai! cuántas veces los amigos caros
Al corazon tan fuertemente asidos,
Que ya no existen, mi memoria evoca
I hallo en torno de mí solo sus tumbas,
A dó bajaron cual al soplo frio
Del invierno las hojas macilentas.
Imajínome entónces que recorro
Un salon de banquete ya desierto,
Do algunas luces oscilando mueren,
Donde se ven aquí i allá dispersas
Las guirnaldas marchitas....Lo han dejado
Todos, escepto yo....I así en la vida
¡Ai! ¡cuántas veces me contemplo solo!

JORJE ISAACS.

NIOBE MODERNA.

POR ENRIQUE CONCIENCE.

(Conclusion.)

—No me han de dejar reposo! Veamos. ¿Qué especie de mujer es ésa? ¿cómo se llama?

—Está mal vestida i dice que se llama Carolina Soeteveld, i que es cuñada vuestra.

Apénas oyó estas palabras madama Valburgo, cuando se inmutó poniéndose roja, i estendiendo imperiosamente la mano colérica, dijo:

—Pedro, te prohibo que dejes entrar aquí a esa mujer: di que no estoi en casa: ve!

No bien habia salido el criado cuando se oyeron en la sala gritos desesperados i ruido como de una pelea. De repente se abrió la puerta, i una mujer jóven entró precipitadamente i se arrojó a los piés de madama Valburgo, la cual, inflamada de cólera o de vergüenza, o talvez de ámbas cosas, echó la cabeza para atras mirando desdeñosamente a la infortunada que le tendia las manos suplicando. Madama de Valburgo hizo señas a sus niños para que se fueran, i dijo volviéndose a la que estaba allí arrodillada.

—¡Bien! ¿i qué significa todo esto? ¿qué fin tiene esta comedia? decidme, ¿qué quereis?

La jóven alzó los ojos suplicantes i llenos de lágrimas al ver los de madama Valburgo.

—¡Señora! no me hableis así, dijo, que bien desgraciada me encuentro. ¡Tened lástima de una mujer que os ruega de rodillas!

La insensible Clotilde no se dignó levantarla de esa postura, ántes bien apartán-

dose de ella, volvió a cojer su libro i respondió con finjida calma:

—No tengo tiempo de oir lamentaciones. Si deseais algo de mí, ese modo dramático de entrar en materia no es el mas propio para conseguir vuestro objeto; pero pues no puedo escapar a la relacion de vuestra historia, vamos al asunto i abreviemos.

Era fácil conocer cuanto herian a la jóven mujer estas palabras pronunciadas con tan agrio tono; pero habia algun secreto motivo que la obligaba a soportarlas, pues retorciéndose los brazos con amargura, parecia decir con el jesto: ¡Oh Dios mio! mi Dios! es preciso devorar esta afrenta!

Se puso luego en pié i dijo con cierto orgullo:

—Señora, una imperiosa necesidad me condujo a dar este paso, pues conozco que los lazos del parentesco que nos une son mas bien para vos motivo de rencor que de afecto. ¡Pero tened piedad de nosotros! ¡salvarnos de la deshonra i la miseria! No seais sorda a mis ruegos....i bendeciré vuestro nombre como el de un ánjel.

—Vosotras, pobres jentes, estais hablando siempre de Dios. Eso puede consolar; pero no cambia los acontecimientos. Mis hijos no están próximos a morir, creedlo así!

—¡Señora! señora! esclamó la otra; i conteniéndose, añadió: ¡Hermana! hermana! no blasfemeis de Dios! Hace pocos meses que vivian muchas personas cuyo nombre ha borrado el azote!

El acento profético con que fueron pronunciadas estas palabras hizo profunda impresion en madama Valburgo: se puso pálida i preguntó a media voz:

—¿Cuál azote? cuál azote?

—¡Oh! señora! poco gozan de vuestro afecto vuestros hijos, porque si no, ya los habriais rodeado con vuestros brazos para librarlos del espantoso cólera....

Un repentino temblor recorrió los miembros de madama Valburgo; pero luego procurando disimular su emocion, como si fuese señal de debilidad, tocando la campanilla i mostrándole la puerta:

—Os lo pregunto por la última vez, dijo; si o nó, ¿os vais? Estoi cansada de lamentaciones, i os invito a salir sino quereis que os echen. I no volvais nunca!

—Me voi, respondió la jóven avanzándose a la puerta; ¡adios!

Cuando madama de Valburgo se vió sola, no pudo por mas esfuerzos que hizo, arrojar de su mente la idea asediadora del cólera: las palabras de la jóven resonaban de nuevo en sus oidos i la obligaron a hacer sérias reflexiones. Volvió a llamar, porque el lacayo no habia venido a la primera llamada. Al fin apareció éste en el umbral del salon; pero su actitud era tan estraña, su cara estaba tan pálida, que viéndolo, madama de Valburgo lanzó un grito:

—¡Oh! Pedro! ¿qué hai? ¿por qué estas tan pálido?

—Señora, respondió el lacayo con voz triste, no me atrevo a deciros la desgracia que nos amenaza....

—¡Habla, Pedro! habla! yo te lo mando, dijo madama de Valburgo interrumpiéndole.

—Señora, el cólera está aquí cerca no mas, en casa de M. Tessenier: su hijo Victor murió ya, i esta mañana no mas me saludó....

Tan terrible nueva disipó todas las ideas mundanas del corazon de madama de Valburgo, i el amor maternal, recobrando su imperio, la ocupó sola; i, juntando las manos, esclamó:

—¡Oh Dios mio! mis hijos! Pronto, Pedro, tráemelos aquí! Has venir al ama i a la camarera tambien.

—Señora, respondió el criado, todavía con mayor tristeza, los niños están en el jardin i parecen sanos: voi a traerlos. Pero en cuanto a las criadas.... debo deciros que la cocinera las asustó de tal manera con sus lamentos, que seria en vano buscarlas, pues han huido!

Fácilmente puede comprenderse la pena i la cólera que sintió madama de Valburgo viéndose privada del servicio a que estaba acostumbrada; mas se llenó de valor al pensar que sus hijos no estaban enfermos del cólera.

Los niños entraron al salon saltando, contentísimos de que su madre los hubiese llamado, i con sus cariños hicieron que se cambiase al momento la espresion de dolor que se pintaba en el semblante de su madre. Esta notó, sinembargo, que su hijo mayor no habia corrido como de costumbre. Abrazó a sus seis hijos como siempre, con afecto desconocido, i no fué sino al rato que notó que su hijo mayor estaba pálido. Un horrible presentimiento la sobrecojió.

—¿Estás enfermo, mi vida? le dijo.

—Nó, mamá, respondió el niño, pero me zumban los oidos. Veo candelillas que me pasan por delante de los ojos.... Ah! me duele ahora!

Madama de Valburgo saltó como loca i llamó al criado, que llegó al momento.

—Pedro, gritó, Eujenio tiene el cólera. Anda pronto a buscar un médico, el primero que encuentres, ojalá sea el doctor Schippers. Tráeme una mujer. Pedro, te lo ruego por Dios: corre, que yo te recompensaré!

Apénas hubo salido el criado, Madama Valburgo volvió a la alcoba de sus hijos; pero el espectáculo que se ofreció a su vista arrancó a su corazon un grito de muerte; su hijo mayor estendido en el suelo se torcia con violentas convulsiones; sus huesos traqueaban como si fueran a romperse, i la dolorosa espresion de sus ojos hundidos i la lívida palidez de sus desfiguradas facciones le daban al aspecto de un cadáver.

¡Oh! el que hubiera visto a esa pobre madre botarse sobre su hijo i empapar de lágrimas la desfallecida cabeza del niño, besando mil veces los pálidos labios del moribundo como para hacer pasar una parte de su vida a ese cuerpecito doliente; el que la hubiera visto loca de desesperacion levantarse i correr por el salon con su hijo enfermo en los brazos, como para escapar a la muerte que la perseguia; el que hubiera oido los gritos roncos i salvajes que llenaban la casa, éste habria dado la mitad de su vida para salvar a esa infeliz mujer de sus mortales dolores! Pero el amor maternal no es un escudo infalible contra la muerte, i el niño se puso helado entre los brazos de la madre, que lo estrechaba con pasion; sus mejillas se enflaquecieron de repente como si la carne se hubiera derretido debajo de la piel; sus deditos se arrugaron como marchitos por el contacto del fuego i sus ojos se secaron i se empañaron!

Sinembargo el niño no habia perdido el conocimiento i en medio de su atroz padecer correspondia con tiernas caricias a las apasionadas demostraciones del amor de su madre, i esclamaba con moribunda voz:

—¡Tengo sed! ¡tengo sed!

La pobre madre corrió a la cocina i dió al niño un vaso lleno con el primer líquido que encontró a mano; i luego rechazando a los otros niños que corrian tras ella llorando i agarrándose de sus vestidos volvió al salon i se dejó caer sobre el pavimento con su preciosa carga.

Largo rato hacia que madre e hijo permanecian sin movimiento, cuando una de las niñas se acercó a su madre, i le dijo en voz baja.

—Mamá, mamá, me zumban los oidos... yo tambien...¡yo tambien estoi enferma!.

Madama de Valburgo fijó en su hija una dolorosa mirada; pasó sus brazos alrededor de la cintura de la niña i acercándola a su pecho al lado de su hermanito, cayó desmayada sobre los dos niños.

Un momento despues un jóven vestido de luto se presentó a la puerta del salon; a la vista de esa lúgubre escena inclinó la cabeza con profundo desaliento i enjugó dos lágrimas que brotaron de sus ojos.

—¡Desgraciados! dijo suspirando.

El sonido de esta voz conocida despertó a Madama de Valburgo, i corriendo hácia el médico i tendiendo sus manos esclamó derramando un mar de lágrimas:

—¡Oh! señor Schippers, tened compasion de mi! miradme a vuestras plantas besando el polvo de vuestros piés como una pobre esclava! ¡Oh! ¡pero decidme, decidme, salvareis a mis hijos?....

Estas palabras hicieron tan profunda impresion en el médico, que turbado i sin saber lo que hacia pasó su brazo al rededor del cuello de la madre, como para darle una prueba de afecto i compasion, i levantándose suavemente se acercó con ella a los niños enfermos.

—¡Pobre madre! dijo; me haceis llorar cuando necesito de tanta sangre fria. Calmaos; esta enfermedad es peligrosa, pero no siempre es mortal: i por terrible que sea el estado de vuestros dos hijos tengo esperanza de salvarlos.

En este momento Pedro con otro médico, apareció en el salon.

El señor Schippers dirijiéndose al criado le dijo:

—Pedro, lleva a la señora i a los niños que están buenos a otra pieza, lo mas léjos que sea posible...Señora, esta medida es indispensable; obedecedme i dominad vuestro pesar, porque vuestro llanto puede ejercer maligans influencias sobre la salud de vuestros hijos.

El criado hizo una seña a los niños para que lo siguieran i dijo a su señora que estaba dispuesto a acompañarla; entónces

Madama de Valburgo se acercó a la cama de sus hijos enfermos i abrazándolos una i otra vez esclmó sollozando:

—¡Eujenio! ¡Virjinia! ¡Adios! ¡adios para siempre!...¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡no los volveré a ver!....

I cayó tambaleando en los brazos del criado que la llevó a un cuarto distante. Madama de Valburgo se desplomó sobre una silla; inclinó la cabeza sobre el pecho i por mucho tiempo no hizo otro movimiento que estender los brazo al rededor para asegurarse de que sus niños estaban ahi.

Alcabo de una hora, Pedro volvió al cuarto de Madama de Valburgo i aproximándose a la silla de la señora alzó suavemente a la mayor de las niñas que tenia ya los primeros sintomas de la enfermedad, e iba a retirarse en puntas de piés para no hacer ruido, pero fué en vano, por que la madre abrió los ojos i botándose a la puerta, arrancó a la niña de los brazos del criado esclamando:

—¡Clotilde! mi idolatrada Clotilde...¿tú que llevas el nombe de tu madre, morirás tambien?...¿i yo misma te entregaré a la muerte?..

Pero sintiendo los convulsivos movimientos de la niña i viendo las sombras de la muerte que pasaban por su hermoso semblante, esclamó con doloroso acento:

—¡Clotilde! ¡mírame por última vez! ¡pobre hija mia! ¡tú tambien me abandonas! ¡tú que formas parte de mi propio ser! ¡Ai! ¡Dios mio! ¡ten piedad de mi! ¡Padre, te entrego a mi hija; a mi mas precioso tesoro!..¡Adios! ¡adios!

I como debilitada por este esfuerzo supremo cayó sollozando sobre la silla que acababa de dejar.

Pero un momento despues un trasporte interior la ajitó visiblemente i se botó de rodillas levantando los ojos i las manos al cielo.

La ferviente oracion que se alzaba de su alma era casi incomprensible: solo las palabras *gracia*, *perdon*, *vanidad*, *pecado*, se oian distintamente en medio de sus jemidos. Era la imájen del dolor i del arrepentimiento; Magdalena penitente borrando con lágrimas de sangre los estravios de su vida pasada. Cuando se levantó, terminada su larga oracion, estaba mas serena i llamó al criado que apareció al momento.

—Pedro, dijo, ¿cómo están mis pobres hijos? Habla, mi amigo, no me ocultes la verdad.

Pedro se puso a llorar i no respondió.

—¡Basta! ¡basta! esclamó la señora con voz ahogada. ¡Dios mio! Hace un instante que aprendí a someterme a tu voluntad i a bendecirte en mi dolor. ¡Plegue a tu misericordia que mi obediencia me alcance tu perdon!..Pedro, te suplico que busques ahora mismo a mi apoderado i le digas que hoi mismo pague el billete de M. Soeteveld, que está en la cárcel. Toma esta bolsa, i entrégasela a Madama Soeteveld, mi cuñada, que estuvo aquí esta mañana. Cuéntale mis sufrimientos, i ruégale por el amor de Dios que venga inmediatamente; ella no se escusará: ahora conozco su corazon.

El criado tomó la bolsa i desapareció, i Madama de Valburgo sensiblemente aliviada por la oracion, se acercó a los tres niños que le quedaban i los miró largo rato sin notar ningun cambio en su fisonomía; pero miéntras que los cubria de caricias, el terrible cólera se habia introducido en su cuerpo, i el niño Federico se desprendió del cuello de su madre i cayó al suelo retorciéndose con horribles convulsiones i azotándose con los espasmos mas espantosos.

Difícilmente podríamos comprender como puede soportar tan incesante martirio el corazon de una débil mujer, sino supiéramos que los sacudimientos mui repetidos embotan la sensibilidad nerviosa. Es imposible describir el dolor que esperimentó la infeliz madre con la vista de su hijo moribundo. Un instante lo contempló con ojos estraviados, inmóvil i como petrificada; luego se botó sobre el niño, lo levantó i corrió cubriéndolo de besos i de lágrimas a la alcoba donde estaban los médicos.

Al entrar, un grito agudo se escapó de su alma i cayó desmayada con su hijo en los brazos. ¡Pobre madre! ¡con una sola mirada habia distinguido los cadáveres de su Eujenia i de su Virjinia!

Cuando volvió en sí, muchas horas despues, estaba en el salon. Una mujer jóven i hermosa, arrodillada a la cabecera de su cama, calentaba sus manos heladas, procurando con tierna solicitud volverla a la vida. Madama de Valburgo paseó sus ojos estraviados alrededor, como para coordinar sus recuerdos, i viendo a sus dos niños

cerca de sí, dijo a la jóven con febril enerjía:

—Carolina, he sido cruel e injusta con vos, i el Señor me ha castigado arrebatándome lo que mas amaba. Espero, sinembargo, que no me dejará enteramente abandonada i sola, talvez en su bondad me dejará siquiera a uno de mis pobres hijos; pero para esto necesito de vuestro perdon. ¡Hermana mia! la venda que me cegaba ha caido de mis ojos.

Decidme, ¿me perdonareis todo el mal que os he hecho?

La jóven deshecha en lágrimas, respondió sollozando:

—¡Oh! señora, hace mucho tiempo que os he perdonado i he orado por vos con toda mi alma! Comprendo vuestro dolor, vuestras angustias, por que yo tambien soi madre i amo a los hijos de mi hermano como a los mios propios. Ya no os abandonaré hasta que no hayamos salvado a los que no han muerto aun: orarémos i llorarémos juntas, i tal vez el Todopoderoso hará descender su misericordia sobre nosotros. Os prometo, hermana mia, en nombre de Dios que volvereis a ser madre i a gozar de la sonrisa de vuestros hijos!

—¡Oh! Carolina, Dios permita que vuestra segunda prediccion sea tan cierta como la primera!....Pero no veis a Rejina como está tan pálida?....Escuchadme sin interrumpirme: os he retenido la herencia de vuestro tio, que os pertenecia legalmente; he sido vana, orgullosa i cruel; pero ya estoi cambiada: la desgracia ha desipado con irresistible poder las tinieblas en que estaba sepultada, i hoi seria para mí una felicidad que me quisierais dar el dulce nombre de hermana!....

Comprendo ahora el poder de Dios i los consuelos de la oracion; pero esto solo no basta para reconciliarme con É!. No puedo devolveros vuestros bienes porque mi marido dejó solo a mis hijos el derecho de disponer de ellos; pero yo les haré comprender que no son ellos sus lejitimos poseedores, haciéndoles considerar la restitucion de esa fortuna como una relijiosa obligacion. En cuanto a mí os declaro solemnemente que desde hoi la mitad de mis rentas son vuestras....

—Oh! yo no quiero eso! esclamó la jóven.

—Os juro delante de Dios, replicó madama de Valburgo, que no tocaré la parte que me he apropiado tan injustamente! i os suplico, Carolina, hermana mia, que no aumenteis mi dolor con vuestra negativa. ¡Oh! si no imploro de rodillas vuestro consentimiento, es porque estoi debilitada, anonadada con tanto padecer! Hablad, Carolina, hablad; ¿por qué no me respondeis? Si repugna a vuestro noble i jeneroso corazon la oferta que os hago i que tan justamente mereceis, haced ese sacrificio por la memoria de mi esposo i de mis hijos, por consideracion a mi desgracia!....Ya no os pido palabras; dadme solamente un beso de perdon i reconciliacion, i que el Señor lo ratifique desde el cielo!

Las dos mujeres se abrazaron estrechamente. En esa conmovedora escena habia algo de sublime: parecia que el cielo habia descendido a la tierra....

Algunos dias despues dos mujeres atravesaban lentamente la plaza de los Zapateros: la una pálida i vestida de luto llevaba en sus facciones la huella de un sufrimiento profundo, pero resignado; la otra parecia mas jóven i ménos aflijida: ámbas daban la mano a un precioso niñito. Entraron a la catedral i se dirijieron a la capilla de la Santa Cruz. La señora pálida hizo arrodillar al niño al pié del crucifijo; juntó sus manitas i dijo con tristeza:

—¡Ora, ora, Gustavo!....pide a Dios por el alma de tu padre i de tus hermanitos, i dale gracias por haberte concedido la vida para consuelo de tu pobre madre!....

El niño obedeció relijiosamente, inclinó la cabeza i dijo con voz dulce i conmovedora:

Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre!

PASEO.

Como hebras de oro
Yo ví tus trenzas,
Yo ví tus trenzas
Jugando al viento.

Tus claros ojos
Luz destellaban,

Luz destellaban
Con amor tierno.

Aves i flores
Te sonreian,
Te sonreian
Con dulce afecto.

Céfiro blando
Tu sien besaba,
Tu sien besaba
Feliz, contento.

I yo al mirarte
Amor sentia,
Amor sentia
De dichas lleno.

I desde entónces
Tu bella imájen,
Tu bella imájen
Vive en mi pecho.

1866.

M. A. Hurtado.

OJEADA.

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

(Continuacion.)

Lo que fatigaba a estos filósofos era la movilidad aparente de las cosas sensibles, la variedad de su aspecto; porque decian, no se pueden honrar con el nombre de ciencia aquellos conocimientos cuyo objeto es inconstante i variable. Así, o ellos excluian los fenómenos sensibles del órden de nuestros conocimientos reales, o se esforzaban en representarlos como resultados de principios invisibles pero permanentes. Buscaban el principio de las cosas en la unidad i lo identificaban con el principio de los conocimientos. Estos errores nacian de la mala direccion que habian dado a sus investigaciones, i de los métodos viciosos que habian adoptado. No habian querido ceñir la esfera de la ciencia al estudio de las operaciones del alma i a la observacion de la naturaleza; su ambicion no se satisfizo hasta que creyó haber penetrado la esencia de las cosas, el orijen del universo i otros misterios que exeden nuestras facultades. Por otra parte la marcha de la observacion era demasiado penosa para una imajinacion exaltada con el grandioso espectáculo que tenia a la vista, i envanecida con el sentimiento de sus fuerzas; los métodos a *priori* que presentan una vía mas corta para llegar a la posesion de la verdad, las hipótesis que son el cebo del jenio que se complace en sus propias creaciones, debian ser los instrumentos de que debian valerse en sus trabajos filosóficos. De esta manera los sistemas se amontonaban unos sobre otros, sin que de estos esfuerzos vanos resultase otra cosa que el desaliento de los amigos de la verdad o la risa de los que tenian por imposible el encontrarla. Efectivamente, ántes de la aparicion de *Sócrates* reinaba en las escuelas la mayor confusion; se abusaba de todos los principios, se resolvian las cuestiones mas temerarias por hipótesis gratuitas; con una dialéctica sutil se sostenian las paradojas mas absurdas, i la filosofía, careciendo de incertidumbre en sus máximas i de utilidad en sus resultados, habia perdido toda la dignidad de su carácter. Aquel jenio verdaderamente estraordinario vino a remediar estos males. Dotado de una firmeza inflexible, de un espíritu profundo, i alimentando un ardiente amor por la verdad, tentó restablecer el edificio que se desplomaba i restituir a la razon sus eminentes prerrogativas. El fijó el objeto de la filosofía en la perfeccion del hombre, ligó estrechamente la teoría a la práctica, el pensamiento a la accion, i reunió en un mismo código las eternas leyes de lo verdadero, de lo bello i lo bueno. Una duda de prudencia i de crítica fué, en su concepto, la primera preparacion a la sabiduría; el conocimiento de sí mismo, el primer orijen de la ciencia, i el sentimiento íntimo, el tribunal que debe decidir de la lejitimidad de las opiniones. Atacó los métodos viciosos restableciendo la autoridad de la esperiencia, poniendo en manos de la razon el instrumento del análisis, i enseñando a deducir de una verdad conocida otras desconocidas. Por último, presentó sobre las facultades intelectuales ideas mas sanas que sus predecesores, i enseñó el arte de obser-

var. Sócrates habia dado principios i métodos, pero no habia formado sistema. El se habia ceñido a formar la educacion de las facultades de sus discípulos, i por un ejercicio asiduo de la reflexion les comunicó una singular enerjia. Asi es que la mayor parte de ellos siguieron distintos caminos i formaron diversos sistemas.

Esta influencia de la doctrina socrática, que tendia a fecundar los espíritus, obró prodijiosos efectos en *Platon*, el mas bello injenio que ha producido talvez la antigüedad. Familiarizado desde sus primeros años con la poesía i las bellas artes, se habia acostumbrado su razon a juzgar las cosas por un tipo ideal; en la escuela de los jeómetras se habia aficionado al rigor de las demostraciones, i habia conocido la fecundidad de los principios abstractos; en fin, su espíritu curioso e investigador habia discurrido todas las opiniones filosófiaas de su tiempo. Veamos cual fué su sistema acerca del orijen de los conocimientos humanos. «Hai en el hombre dos almas, una que es el principio físico de la vida i de la actividad espontánea, que es comun a los brutos, a las plantas, i a todos los seres organizados, i la otra que es el principio de la sensibilidad; éste es único i simple, porque el sujeto que juzga es el mismo que percibe i que siente. Esta alma, que siente juzga i raciocina, emana de la intelijencia suprema, es inmaterial i no está sujeta a mudanzas. Dos son sus facultades principales, la de sentir i la de pensar. Sentir es afectarse por una impresion cualquiera, pensar es obrar sobre sus ideas. La facultad de pensar se divide en otras dos, el entendimiento i la razon; el entendimiento distingue i reune las imájenes sensibles, la razon gobierna las demas facultades i forma los ejemplares o modelos de todas las cosas individuales. El entendimiento i la razon son pasivos i activos; bajo el primer aspecto reciben i conservan las nociones, bajo el segundo, las unen, separan, conservan i ordenan. Estas operaciones se hacen igualmente en las imájenes sensibles i en las nociones intelectuales. El entendimiento está ligado estrechamente con la sensacion, porque cada sensacion es un juicio confuso que el entendimiento desenvuelve, éste reune en una sola imájen las impresiones separadas que ministran los sentidos, éstos dan los materiales, i el entendimiento los elabora. De la misma manera, aunque la sensibilidad i la razon sean dos facultades opuestas por su naturaleza, tienen sinembargo entre sí algunas relaciones. Ellas pertenecen a un mismo sujeto pensante que reune en un solo acto las nociones que se derivan de estos dos principios.»

Consideremos ahora las funciones particulares de cada una de estas facultades. Hai en nosotros imájenes, nociones e ideas; las primeras pertenecen a los sentidos, las segundas al entendimiento, i las terceras a la razon. Todo principia en las imájenes sensibles, porque los sentidos se desarrollan en el hombre ántes de la facultad de pensar i le preceden por largo tiempo. Hai tres cosas en cada percepcion sensible, el objeto percibido, el sujeto que percibe, i la percepcion misma, que no es otra cosa que la conciencia; los colores, los olores etc. no residen en los objetos si no en nosotros mismos, no son mas que nuestras propias modificaciones, i el alma es pasiva al recibirlas. Las percepciones sensibles son el efecto de la accion combinada de los objetos i de los órganos, pero es necesario que vengan a reunirse en un centro comun de donde resulta la unidad del acto de la conciencia; cada sentido nos trasmite una clase particular de impresiones; el entendimiento las compara, juzga lo que tienen de análogo o de distinto i forma las percepciones de relacion, es decir, las ideas abstractas, o lo que Platon llama *nociones*. Fuera de estas combinaciones del entendimiento hai otras nociones mas jenerales que se llaman *ideas*. Estas son los ejemplares o las formas eternas de las cosas, no son producto del entendimiento sino que existen por sí mismas, tienen un valor propio i consisten en lo que siempre es, en lo que es uno e idéntico. Están libres de toda condicion del espacio i del tiempo i de toda forma sensible; son las únicas que merecen el nombre de *seres*. La idea es la clave de esta unidad opuesta a lo múltipe, o mas bien, al orijen de lo múltiple, orijen que se descubre en la cima de todas las escalas de los seres; porque no hai mas que una sola i misma idea para cada jénero, ella sostituye su esencia i representa todas las especies i todos los individuos; por último, es imposible esplicar su jeneracion porque son independientes de la esperiencia, i por consiguiente innatas, es decir, colocadas en el espíritu

inmediatamente por Dios para que sirvan de principio a nuestros conocimientos. Antes que las recibiese el hombre residian en la intelijencia divina como otras tantas formas o modelos segun los cuales ha ordenado el universo.

De la teoria de las ideas deriva Platon la Metafísica, la teolojia natural, la moral i la lójica. Dos son los objetos principales de la Metafísica, el *ser* i la *causalidad*. El *ser* es el objeto concebido en lo positivo, lo que existe; lo que subsiste es la unidad asociada a lo múltiple. La esencia es el conjunto de los atributos que no varian, i sin los cuales el *ser* no puede existir ni ser concebido. La *sustancia* es el mismo *ser* miéntras que persevera bajo las modificaciones que varian.—No hai efecto sin causa; de éstas hai dos clases, *físicas* que obran sin designio ni regularidad, i *libres* o *intelijentes*; todas las causas dependen unas de otras i se comunican mútuamente su enerjia; debe existir, pues, una causa primera e independiente, que no haya tenido principio i que no tenga fin. Esta es Dios,» la perfeccion, la razon suprema, lejislador i juez, exento de pasiones i de errores, orijen de lo bueno i de lo verdadero, la lei moral personificada, el ideal eterno, infinito, el astro cuya majestad i pureza alumbra a todas las creaturas intelijentes, i el fin a que éstas deben referir sus sentimientos i sus acciones.»—El término a que debe aspirar el hombre es el sumo bien. Hai dos clases de bienes, divinos i humanos; los primeros son permanentes i necesarios al ser moral; tres condiciones los constituyen, la verdad, la armonía i la belleza, tres cosas que pertenecen al órden de las ideas; su reunion forma la perfeccion. La divinidad es su asiento i su orijen como la nocion de la divinidad es su tipo. El hombre debe emplear toda su vida en acercarse a este modelo.

Platon no ha escrito tratado alguno sobre lójica, pero en sus diversas obras esparce algunas reglas que se derivan de su Psicolojía.—«La razon se ejercita de dos modos, o partiendo de principios jenerales para llegar por medio de las percepciones a aplicaciones próximas, o subiendo de estos mismos principios para llegar sin el socorro de las percepciones a un primer principio que ligue el conjunto de los conocimientos, i les dé un carácter fijo e inmutable. Este último método conduce a la ciencia perfecta, porque es lo único que completa el sistema de los conocimientos, reduciéndolos a la unidad del primer principio. Se puede concluir de lo jeneral a lo particular, i no de lo particular a lo jeneral. Las *ideas* son los únicos principios o premisas del raciocinio. La perfeccion del arte de raciocinar consiste en descomponer una nocion en todos sus caractéres, en buscar todas las combinaciones que la reproducen, en distribuir exactamente todas las nociones que la preceden i la siguen, i en desenvolver todas las consecuencias que nacen de la suposicion o no suposicion del pensamiento que se analiza. Los errores dimanan de la oscuridad de las nociones, i principalmente de las ideas, de la confusion de las ideas abstractas con las simples percepciones sensibles, de las falsas relaciones de los sentidos, i de la precipitacion en juzgar.»

Platon enseñó públicamente, i su escuela se llamó Academia. Despues la presidieron *Spensipo*, *Xenócrates* i *Polemon*, que no se separaron de la doctrina de su maestro. A Polemon sucedió Arcesilao, que fundó la segunda Academia. Este se empeñó mas en atacar a las demas escuelas, que en sostener el sistema platónico. *Evandro*, *Ejécrito* etc. presidieron sucesivamente la Academia hasta *Carneades*, que fué el jefe de la tercera. Arcesilao habia recusado el testimonio de los sentidos i se inclinaba al escepticismo. Carneades adoptó un medio; distinguió lo que es verdadero en sí, de lo que es verdadero con relacion a nosotros, sentó que hai verdades absolutas, pero que no podemos reconocerlas, i que en favor de cualquiera proposicion no podemos obtener mas que una probabilidad, o lo que él llama opinion. Carneades tuvo por discípulo i sucesor a Clitómaco, quien dejó el gobierno de la escuela a Philon, que algunos miran como el jefe de la cuarta Academia. *Antioco de Ascalon* su discípulo, que tentó conciliar las opiniones de los académicos, peripatéticos i stoicos, fué el fundador de la quinta i última Academia.

El sistema de Platon era la obra de un hermoso injénio, pero carecia de solidez e invocaba el ausilio de una mano diestra i sábia que reparase la debilidad de tan bellas proporciones i diese a los conocimientos humanos una base mas estable que las exajeraciones del entusiasmo, o las quimeras de la imajinacion. Esta mano fué *Aris-*

tóteles, discípulo de Platon i digno émulo de su gloria. De todos los filósofos antiguos ninguno floreció en mejores circunstancias, ninguno tuvo a la mano tan ricos materiales, i ninguno mejor que él supo aprovecharse de ellos. Reunió todos los escritos de sus predecesores, los estudió detenidamente, i visitó diferentes comarcas, observó sus leyes i sus costumbres, i, mediante los ausilios de su discípulo Alejandro Magno, formó la coleccion mas hermosa de historia natural que tuvo la antigüedad. Rodeado de toda esta riqueza emprendió el estudio de las ciencias, las clasificó, i compuso una pequeña enciclopedia que manifiesta la grandeza de su jenio i en que están reasumidos todos los conocimientos de la antigüedad. Lo reducido de este bosquejo no nos permite seguirle en la dilatada carrera de sus trabajos; solo nos contraeremos a esplicar sus opiniones acerca de la naturaleza i ejercicio de las facultades del alma. Estas, segun Aristóteles, son cinco; la nutritiva, la de sentir, la de los apetitos, la del movimiento espontáneo, i la del entendimiento. La primera es comun a todos los seres organizados, se la puede llamar una especie de *alma vejetativa*; las otras tres componen el *alma sensitiva*, que tienen los animales; la última es el *alma intelijente*, que está reservada al hombre. El entendimiento es pasivo i activo; el primero es la facultad que tiene de concebir las formas de los objetos que nos trasmiten los sentidos, o la facultad de recibir las sensaciones i las imájenes. La sensacion es la modificacion del alma ocasionada por la accion de los objetos esteriores sobre los órganos; hai en el alma una especie de reaccion sobre la sensacion que ha recibido, i por eso ésta es activa i pasiva. Los sentidos no reciben la materia de los objetos esternos sino la forma, asi como la cera recibe la marca de un sello. Al recibir las sensaciones percibimos sus diferencias i semejanzas; existe, pues, un centro comun en que se las reune i compara, este centro no puede existir en los órganos. Ultimamente, las sensaciones pertenecen a el alma, tienen un valor subjetivo, i bajo este aspecto el alma posee todos los objetos sensibles e intelijibles. Sobre la facultad de sentir reposa la memoria, que no es mas que la sensacion acompañada de un juicio de identidad, por el cual reconoce el alma su sensacion pasada. El fundamento de la memoria es el hábito i la asociacion de las ideas; ésta sigue tres leyes principales, la analojía, la oposicion i la simultaneidad o coexistencia, nacida del concurso de las circunstancias. Las imájenes son el producto de la imajinacion, que es la facultad por la que cooperamos a la reproduccion i combinacion de nuestras ideas, combiñacion muchas veces arbitraria i algunas veces falsa.

(Continuará.)

LA BELLEZA.

Para formarse una idea clara de la belleza, es preciso examinar todas las manifestaciones del ser, porque siendo la belleza algo positivo, es por lo mismo un modo del ser. Es tambien interesante el conocimiento de lo bello que tan fuerte influencia ejerce en nuestro corazon, i que a la ciencia misma se presenta como objeto digno de sus afanes.

Posible se llama una verdad o una cosa que puede existir, pero si recibe la existencia se denomina ente: dos siglos ántes de ahora estaban en la mera posibilidad todos los hombres que actualmente habitan el mundo, pero desde que cada uno se realizó, pasó tambien de la posibilidad al ser i se llamó ente; de esto se infiere que el ser de las cosas es su misma realizacion. Nada podemos conocer sino en cuanto es, de modo que lo existente está fuera de los límites de nuestra intelijencia; esto manifiesta la importancia del ser como objeto de la ciencia.

El ser se divide en sustancial i accidental: el primero es la realizacion de una sustancia, como el ser de la piedra, del palo, etc.: ser accidental es la realidad de un accidente, como en la rosa su color u olor. Cuando decimos ser simplemente, hablamos del sustancial, porque solo intentamos significar algo en oposicion a la nada, i todo lo que pasa de la nada al ser es sustancia: los accidentes propiamente no se crean, se forman de algo preexistente. Como la sustancia de las cosas es desconocida para nosotros, la consideramos solo en cuanto es fundamento de los accidentes, de donde resulta que solo usamos de la palabra ser

para manifestar que existe una sustancia, i en todas las otras formas del mismo ser empleamos nombres especiales. El conjunto de accidentes que existen en una sustancia, i que la hacen apetecible para nuestra voluntad o nuestra sensibilidad, se llama bien simplemente, porque bueno es todo aquello que es término de nuestro apetito o nuestros deseos; pero como nada se desea sino en cuanto existe, el bien i el ser se identifican en verdad, se distinguen en nuestra razon solamente, que llama bien al mismo ser en cuanto apetecible. El ser en cuanto es indivisible o no está dividido se llama unidad, de modo que toma este nombre contrapuesto a division: ciertamente nada puede existir si no es una cosa, i perdiendo esa unidad pierde el ser, como se vé en el reloj, que para destruir su ser, basta separar sus diferentes partes, i para dárselo es suficiente unirlas formando un todo. Esta unidad, llamada trascendental por los filósofos, porque se identifica con todas las manifestaciones del ser, no debe confundirse con la unidad numérica, base del número: éste es un accidente de las cosas en cuanto se toman en union unas con otras, como un hombre de diez que están juntos, la trascendental significa solo indivision; es pues, evidente que ser i unidad son lo mismo en realidad i se distinguen por la razon que emplea el nombre *ser* en oposicion a nada i unidad contra la division. Si el ente tiene todo lo que le corresponde segun su especie, i lo posee del modo conveniente i propio, toma el nombre de perfeccion simplemente: es perfecto el hombre que no carece de alguno de sus miembros, i que los ha recibido en la conveniente disposicion, tamaño i forma, pero deja de serlo si tiene un brazo ménos o uno de sus ojos en la frente o algun miembro no correspondiente en tamaño a los demas; por lo espuesto, la perfeccion es el mismo ser pleno o que tiene todos los modos de ser que le pertenecen; lo que prueba que ser i perfeccion no difieren en realidad, porque todo lo que se agrega a un ser para que sea perfecto, es algun ser o seres que deban tener. Cuando el ser se presenta a la intelijencia como objeto conocible, se llama verdad objetiva, así como se nombra bien en cuanto atrae la voluntad: es verdad un pájaro, un árbol u otra cosa cualquiera como conocibles, i ser es como simplemente existentes. Queda, pues, demostrado qué el ser es el bien, la unidad, la perfeccion i la verdad, i que recibe todos estos nombres segun la forma en que se presenta.

A la luz de esta doctrina pueden determinarse las circunstancias que deben concurrir en un ente para que sea bello. Es evidente que el ser, como tal, no es lo bello, porque todo lo que existe es ente i no siempre tiene la belleza. El bien, tan grato i apetecible, no siempre se llama bello: nadie há creido jamas que un delicioso manjar merezca tal nombre, i no puede negarse que es un bien deseable, hai, pues, bienes sin belleza. La unidad, circunstancia necesaria en la belleza, se encuentra ordinariamente separada de ella: todos los seres deben tener la unidad, i no todos son bellos. La verdad no siempre es bella, porque todo ser en cuanto conocible es verdad i muchos carecen de la belleza. La misma perfeccion, aunque tiene íntimas relaciones con la belleza, puede estar separada: el fuego es perfecto, porque posee todo lo que le corresponde, i no es bello, i hasta la tosca peña que se levanta en la cima de los montes con sus cortes arbitrarios i caprichosos, es perfecta segun su especie, pero no es bella. No se crea que la reunion de todas las faces del ser en un objeto, deben hacerlo bello, aunque tomadas en separacion ninguna de ellas lo sea, porque el ente perfecto las tiene todas, i acabamos de ver que la perfeccion no siempre es la belleza.

Para percibir bien en qué consiste la belleza, supuesto que la misma perfeccion se encuentra en ciertos casos separada de ella, fijemos nuestra atencion en un objeto bello, i veamos en qué difiere de otro que no lo es. Bella es la flor salpicada de vivos colores; bello el iris que aparece en las nubes de la tempestad; pero no es bella la piedra ni el manjar que regala nuestro gusto. En los primeros ejemplos se nota que la hermosura del objeto constituida por la armonía que resulta de la conveniente colocacion de diversas partes formando un todo: en la flor sus colores i sus hojas sabiamente ordenadas, de manera que la multiplicidad queda visible en la unidad de la flor, producen en nuestra alma esa agradable impresion, que llamamos sentimiento de lo bello, i en el arco celeste, siete distintos colores, colocados con admirable órden, forman esa faja hermosa que anuncia

la bonanza, pero en la piedra i en el manjar, aunque se compongan de muchas sustancias distintas, no encontramos la pluralidad en la unidad, sino un objeto solo en quien sus partes constituyentes se han confundido, i nos han dejado el resultado de una combinacion solamente por lo que puede afirmarse que la belleza consiste en la unidad formada de muchas partes visiblemente distintas i convenientemente relacionadas entre sí i con el todo. Se llamará por bello el ser, cuando no solo es perfecto, sino que ademas reune la circunstancia de ser constituido por una multitud bien ordenada de partes, sean estas sustancias o accidentes: por esto no es bello un metal cualquiera, i lo es la rosa ántes de marchitarse, aunque ámbos sean perfectos.

Esta verdad se manifiesta tambien si se atiende a que la belleza solo puede percibirse por la vista i el oido. A nadie le ha parecido jamas que sea bello un sabor, un olor o una sensacion cualquiera relativa al tacto, por mas agradable que se suponga: todos estamos persuadidos que las modificaciones correspondientes a estos tres sentidos, solo producen placeres o dolores físicos, pero nunca sentimientos. La vista i oido son mas volubles que los sentidos restantes, porque nos dan a conocer la armonia, ya existente en la naturaleza, como la que tienen los objetos perceptibles por la vista, ya la puramente subjetiva, como la armonia de la música, que no tiene existencia fuera de nosotros, porque el sonido es una sensacion perteneciente al oido, i como tal residente solo en el órgano respectivo, i fuera de nosotros solo hai la casualidad que pone en movimiento las columnas de aire que han de afectar nuestro órgano auditivo. La vista nos da cuenta de la conveniente disposicion en que están las partes de un todo, porque es el único sentido que nos trasmite un retrato fiel del objeto, así como está en la naturaleza: por los demas solo sabemos que algo obra en nosotros, pero sin distinguir la forma de las cosas: el que siente una punzada por primera vez, no es posible que conozca por ella si es causada por un alfiler, aguja o por una abeja, ni el que siente un olor podrá afirmar cómo es el cuerpo de donde viene; pero si la vision es una copia perfecta de la cosa vista, es forzoso que comprendamos tambien todo cuanto tiene esa misma cosa, i por esto llegamos a una noticia clara de la armonia del objeto que vemos. Lo mismo puede decirse del oido Aunque este sentido no es representativo de lo que hai en el esterior, percibimos por él la belleza subjetiva de los sonidos, por que entre éstos es posible el órden i la cadencia, i por lo mismo la belleza. Los objetos bellos obran en nuestra sensibilidad interna, despertando en ella un sentimiento especial, que consiste en la complacencia que inunda nuestro corazon a la vista de tales objetos, i como todo sentimiento tiene por orijen una idea, así como toda sensacion se funda en una impresion orgánica, es evidente que todo lo que es capaz de mover algun sentimiento debe ser percibido por alguno de los dos sentidos mas aptos para el conocimiento de la cosa o mas adecuados para darnos idea de ella. Luego si la belleza solo se conoce por la vista i oido, está constituida seguramente por una admirable disposicion i conveniencia de las partes de un todo, que es lo que se llama armonia.

Por lo visto, la belleza se ordena a la facultad de conocer, porque la justa correspondencia i relacion de las diversas partes, que forma la unidad en los objetos bellos, es comprendida por la intelijencia, i si sentimos la impresion que nos causa la hermosura, ántes de reflexionar sobre la manera de estar dispuesto el objeto que la posee, esto se verifica del mismo modo que juzgamos reprensible una accion sin darnos cuenta todavía de los motivos que la condenan: hai en el hombre ciertas percepciones primarias, que muchas veces preceden a las reflexiones que se hacen despues, i que se orijinan por la presentacion clara de la verdad en nuestra mente.

El placer que produce en nosotros la presencia de la belleza, está fundado en la semejanza que el alma encuentra entre ella misma i el ente bello. El espíritu humano tiene la conciencia de una perfecta simplicidad, no ofendida por las distintas facultades que en ella residen: es admirable que en una misma esencia esté la sensibilidad, propia del animal, i la intelijencia, don del espíritu solamente; la imajinacion, facultad del órden sensible, i la razon que induce i reduce muchas verdades, contenidas en los principios de la intelijencia. Esta estraña conveniencia de cosas tan distantes, constituye a nuestra alma en la suprema categoria de la belleza, i es de

notar que en la calificacion de los objetos bellos, no hace otra cosa que compararlas con cierto tipo que se encuentra dentro de si misma, gustando de los que se conforman con él, i rechazando aquéllos en los cuales no vé su imájen. El amor que el alma se tiene a si misma, es la causa primordial de la complacencia que esperimenta, cuando se vé imitada en su propia hermosura.

ANTONIO VARGAS.

(Concluirá.)

VARIEDADES.

ANÉCDOTAS.

Un alquimista italiano que se alababa de haber descubierto el gran secreto de hacer el oro, pedia por él una recompensa al pontífice Leon X. Éste le hizo el presente de una larga bolsa vacia diciéndole:

—Una vez que ya sabeis hacer el oro, no desearéis mas que una bolsa en que guardarlo.

* * *

—¿Cómo desea Ud. retratarse? le preguntaron a un quidam en una fotografía.

—Con un libro en la mano, contestó, pero de manera que se oiga bien lo que lea!....

* * *

Venia un jóven rancagüino por primera vez a Santiago allá en los tiempos en que no habia ferrocarril; i despues de haber almorzado en una posada cerca del Maipo, montó a caballo i preguntó a un guaso que pasaba en aquel momento por junto de él algo achispado, cuánto tiempo gastaría de ahí a Santiago.

—Pique su mercé, fué la respuesta del guaso.

—¿Te pregunto cuánto tiempo tardaré de aquí a Santiago?

—Pique su mercé, le volvió a contestar el guaso con brusquedad.

—¿Que cuánto tiempo tardaré de aquí a Santiago? le gritó el otro, creyéndolo sordo.

—¡Pique su mercé, caramba!....

El rancagüino creyó ahora que el guaso era loco; i como éste se le acercaba mucho, en ademan al parecer amenazador, aquél le metió las espuelas a caballo, i partió a toda carrera.

—De aquí a hora i media llegará su mercé a Santiago, le gritó entónces el huazo a voz en cuello.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio, majadero?...

—Porque yo no sabia que su mercé iba a andar a ese paso, fué la respuesta del guaso.

OPINION.

Dijo uno:—Soi de dictámen
Opuesto al que el otro ha dado.
—Si no ha dicho...—Pues que diga
¡I sostendré lo contrario!

José María Vergara i V.

TRES PROPÓSITOS FIRMES.

Juró Juan por las barbas del dios Baco
No fumar mas tabaco;
Juró por cuanto tiene el universo
No escribir nunca un verso;
I juró por la diosa de Citéres
Olvidar a las mujeres;
I el triple juramento
Con leve pluma escribió en el viento.

La siguiente mañana
Se fumó diez tabacos de la Habana;
Se estuvo todo el dia
Haciendo una elejía;
I a la noche propuso matrimonio
A cierta vieja, imájen del demonio.

Ricardo Carrasquilla.

PURISMO.

—¡Qué sitios tan *pitagóricos!*
Dijo a Blas una señora,
—Querrá decir *pintoresco*....
—Si, señor, pero es mas propia
La palabra que yo uso,
Aun cuando son *sinagogas*.
—Está uted bien segura
¿De que son voces *sinónimas?*
—*Sinónimas*, eso es.
No hai mujer mas *escabrosa*
Que yo: siempre se me olvida
Las reglas de la *prosodia*.

UNA VERDAD.

Dice la señora Irene
Que veinticinco años cuenta.
Cierto es: quien tiene cuarenta
Veinticinco tambien tiene.

CHARADA.

Bárbara, terrible i cruel
Mi *tercia* con mi *primera*
A ejércitos i ciudades
Destruccion i muerte lleva.
Es mi *segunda* particula
Gramatical que niega;
I es mi todo el nombre ilustre
De un héroe de antigua fecha.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

SOLFEO.

Contenido de este número.

I.—La lámpara del Santuario, continuacion, por S. Em. el cardenal Wiseman.
II.—En la noche callada, poesía, por Jorje Isaacs.
III.—Niobe moderna, conclusion, por Enrique Conscience.
IV.—Paseo, poesía, por M. A. Hurtado.
V.—Ojeada sobre la historia de la filosofía, continuacion.
VI.—La belleza, por Antonio Várgas.
VII.—Anécdotas.
VIII.—Charada.
IX.—Solucion de la del número anterior.

CERTÁMEN.

A causa del recargo de trabajo que, en su calidad de diputados, tuvieron a fines del año pasado los señores jueces del certámen abierto en 15 de noviembre i por haberse interpuesto en seguida las vacaciones, no les ha sido posible terminar todavía el exámen de las composiciones presentadas, algunas de las cuales son estensas; pero a fines del mes presente estará ya emitido el informe de los jueces; e inmediatamente se procederá a la adjudicacion del premio.

Lo ponemos en conocimiento de los interesados por encargo del Secretario del *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile.*

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre. Se recomienda especialisimamente la asistencia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, abril 23 de 1871. Núm. 186.

Con el mayor placer reproducimos a continuacion la brillante poesía que nuestro apreciable amigo don Cárlos Walker Martinez dedica a sus distinguidos maestros los PP. Leon i Gorordo de la Compañía de Jesus, i que se publicó en *El Independiente* del domingo próximo pasado.

La reproducimos, primero por el mérito que en sí tiene, i en seguida porque le encontramos cierta oportunidad despues de los insidiosos i anónimos ataques de que pocos dias ántes habian sido víctimas los PP. de la Compañía.

Por su parte, *La Estrella de Chile*, a quien cupo la honra i la dicha de ser comprendida en las invectivas i calumnias dirijidas contra los Jesuitas, debe declarar:

Que no es ni ha sido nunca órgano de los Jesuitas;

Que los Jesuitas no la han sostenido ni han tenido con qué sostenerla;

Que su redaccion no tiene empacho para reconocer en alta voz que PERTENECE A LOS JESUITAS POR SU EDUCACION, SUS CREENCIAS, SUS ASPIRACIONES I SUS PROFUNDAS I RESPETUOSAS SIMPATÍAS;

I, por último, que se equivocó grandemente quien supuso que denunciar a los redactores de este periódico como amigos de los Jesuitas era imponerles una marca de infamia.

Hé aquí ahora la composicion a que hemos aludido:

EL MISIONERO.

A MIS ÁNTIGUOS MAESTROS LOS RR. PP. DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, JOSÉ DE LEON I CALIXTO L. GORORDO.

Hai dos afectos sublimes
Que elevan i alzan las almas:
La santa fé relijiosa
I el noble amor de la patria!

Ambas trasforman al hombre
Bajo su impresion sagrada
En otro ser mas excelso
Sobre otra esfera mas alta:

En héroe, al que lleva a cabo
Grandes, invictas hazañas,
I en mártir al misionero
De la santa fé cristiana!....

El héroe vierte su sangre
En las feroces batallas
I sacrifica su vida
De la libertad en aras;

Pero tiene por testigo
De sus proezas bizarras
A todo un pueblo que alienta,
A todo un mundo que aclama!

Mas, el mártir!.... Solo, enfermo,
En rejiones apartadas,
Bajo un hielo que lo abruma,
O bajo un sol que lo abrasa,

Del mundo desconocido,
Sin mas aplauso, ni fama
Que la voz de su conciencia
Que lo estimula i levanta,

Sufre la muerte; i no en medio
Del ardor de las batallas,
Sino en un suplicio horrible
Que lento lo despedaza.

Ni una voz le infunde aliento,
Ni un amigo lo acompaña....
Muere de una muerte oscura
I en playas ¡ai! mui lejanas!

¡Cielos! ¡qué hermosas coronas
Ceñirán! ¡qué hermosas palmas
Las que alcanzarán los hijos
De la Cruz inmaculada!

Fué asi como comprendieron
Su mision noble i cristiana

Los virtuosos misioneros
Que a las playas solitarias

Del Nuevo Mundo llegaron
Sin otra lei, ni otras armas
Que la cruz del Redentor
I la fé de sus palabras!

Recorrieron anchos mares,
Treparon rudas montañas
E inmensos bosques cruzaron
Entre cien naciones bárbaras;

I regando con su sangre
Cada paso en su jornada,
Coronaron con el triunfo
La grandeza de su causa!

Se poblaron los desiertos;
I en las márjenes lejanas
De los rios caudalosos
Entre selvas centenarias,

Se levantaron cien pueblos
De tribus rejeneradas
Que a los piés del misionero
Depusieron su arrogancia!

Hoi al cruzar de la América
Las apartadas comarcas
¡Cuántas veces el viajero
Despues de una marcha larga,

Algun pueblecillo de indios
Divisa allá a la distancia,
I bendice la memoria
De aquéllos que lo fundaran!

¡Cuántas veces sorprendido
Por una recia borrasca
Al recorrer de los Andes
Las mesetas dilatadas,

En una humilde capilla,
Solitaria, abandonada,
En la mitad de un desierto
Amparo a sus pasos halla!

¡Cuántas veces una cruz
Sobre una cumbre lejana
Sirve al viajero estraviado
De faro en su estéril marcha!

¡Oh! cómo entónces recuerda
El corazon con sagrada
Gratitud al misionero
Que recorrió esas comarcas!

¡Cómo los labios bendicen
La memoria dulce i casta
De aquellos hijos del cielo
Venidos a nuestras playas!

Sinembargo—¡Tanto puede
La maldad, de infamia tanta
Son capaces los que olvidan
De Dios la lei soberana!—

Hubo un rei, que sin respeto
Ni a la virtud, ni a las canas,
Al oprobio, al ostracismo
Arrastró con lei ingrata

A la mitad de esos nobles
Misioneros, cuya falta
Fué servir a Dios, tan solo
Fué hacer bien en grande escala!

¡Cuántos de ellos perecieron
De miseria en su jornada!
¡Cuántos victimas de viles
Miserables acechanzas!

Los que salvaron su vida
¡Ai! no salvaron su fama
Del lodo de las calumnias,
De la mentira i la infamia!

Mas, hoi la luz se abre paso
Entre las sombras opacas,
I la verdad se presenta
Pura, limpia, inmaculada!

De rodillas, de rodillas
Ante la memoria santa
De los mártires de Cristo,
Juventud americana!

C. Walker Martinez.

OJEADA.

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

(Continuacion.)

Los sentidos, la imajinacion, la memoria i el entendimiento pasivo, preparan los materiales de nuestros conocimientos, el

entendimiento activo los combina, les imprime el sello de la unidad, el carácter de la certidumbre, i les da un valor real. Al entendimiento en jeneral pertenece la formacion de las nociones universales, i al entendimiento activo la formacion de los principios que sirven para unir estas nociones. En la naturaleza no existen mas que individuos. Comparando sus diversos estados se observa que de estas modificaciones algunas varian i otras nó. Las primeras se llaman *accidentes*, i las segundas *propiedades*. Comparando despues los individuos de propiedadas diversas, observamos entre ellos ciertas analojías i semejanzas, i los reunimos bajo una forma comun que constituye para nosotros la idea de *especie*. En fin, comparando las especies mismas, observamos que bajo ciertos aspectos se diferencian, i bajo otros se parecen; de aquí resultan otras dos abstracciones: la de la *diferencia* i la del *jénero*, forma última i universal que comprende todas las especies. Las consideraciones que sirven como otros tantos puntos de comparacion para señalar estos límites, formar estas clases i asignar su lugar a cada objeto, son de muchas maneras; unas se sacan de la *sustancia*; otras de sus atributos de *cantidad* o *calidad*; otras de sus relaciones; otras de su existencia en el *espacio* o en el *tiempo*: otras de la conexion de esta existencia con otros hechos, por la doble relacion de causa o efecto (accion i pasion); otras, en fin, de la situacion recíproca de sus partes (situacion), o de la dependencia en que de ella están las cosas que le rodean (posesion). Estas son las *diez categorías*, que, como otras tantas formas comunes i jenerales, comprenden todos los objetos i sus diversas modificaciones.

Aristóteles desenvolvió esta teoría de la jeneracion de las ideas en su tratado de *interpretacion*, en donde ha esplicado con la mayor exactitud esta máxima, cuyo descubrimiento se quiere atribuir a algunos filósofos modernos «que el lenguaje descompone el *pensamiento*.» Aristóteles trató tambien de cortar los abusos que hacian los sofistas del raciocinio, sujetándolo a una lejislacion fija i cierta, i estableciendo reglas jenerales para la demostracion de la verdad. Las percepciones simples, decia él, no son propiamente verdaderas ni falsas; la verdad i la falsedad solo se aplican a las relaciones que hai entre ellas, relaciones que fija el juicio. Este consiste en afirmar o negar una cosa de otra, i la identidad es la que constituye esta armonía. Una idea se afirma de otra porque está comprendida en ella, porque la segunda tiene mas estension que la primera; así el jénero tiene mas estension que la especie. La proposicion es la espresion del juicio, i se compone de tres elementos: el sujeto, el atributo, i la afirmacion destinada a unirlos o la negacion a excluirlos. El raciocinio es una série de juicios ligados entre sí; el raciocinio mas sencillo es el que sirve para unir dos ideas por medio de una tercera. Esta union se espresa por una série de tres proposiciones, de las cuales dos sirven para unir las dos ideas anteriores con la idea media, i la otra acerca de estos dos estremos en virtud de la mediacion obrada; tal es el silojismo, tipo necesario i primitivo de todo raciocinio. El raciocinio será lejítimo si se observa bien la subordinacion de las ideas. Esta depende de dos cosas: primera, del carácter de cada idea que le da la propiedad de comprender a otra por estar comprendida en ella; segunda, de la disposicion particular que afectan los términos del raciocinio. Es claro que se puede determinar de un modo jeneral i por una simple clasificacion estas propiedades de las ideas por las que se comprenden mútuamente, i que tambien se puede preveer de un modo jeneral todas las combinaciones que pueden producir los términos del raciocinio por su disposicion respectiva. Si por signos abreviados se designan los elementos de esta clasificacion i las variedades de estas combinaciones, se podrá formar un cuadro que represente las hipótesis de todos los raciocinios posibles, i que al mismo tiempo espresе su lejitimidad i sus vicios; entónces, para saber si un raciocinio es bueno o defectuoso bastará observar si sus términos i disposicion corresponden a las fórmulas establecidas. Tal es el compendio i el espíritu de las reglas del silojismo, que tienen por objeto crear una especie de prueba mecánica para todos los raciocinios: reglas que Aristóteles creyó necesarias para reprimir los abusos de los sofistas, pero que fueron para la razon humana, segun ciertos filósofos de nuestro tiempo, unas pesadas cadenas. Aristóteles apoyó estos principios recomendando la claridad, la precision i la exactitud de las definicio-

nes; i como esta lójica solo podia aplicarse a los raciocinios abstractos, estableció que siempre debe ocurrirse a los principios que no se pueden demostrar i cuya evidencia es palpable, es decir, que la síntesis o los métodos a priori son preferibles al análisis. Siguiendo este camino, Aristóteles se perdió en el círculo de ideas jenerales en que se habian perdido sus contemporáneos; supuso que el órden de la certidumbre, lo jeneral i lo universal, es anterior a lo singular, i que las abstracciones mas elevadas son el primer oríjen de las eralidades; dió un valor objetivo a estas simples leyes lójicas que habia establecido para el pensamiento; con el ausilio de las definiciones creyó penetrar la esencia de los seres o lo que son en sí mismos; en una palabra, tomando en cierto modo como otros tantos elementos primitivos de los seres los elementos de sus propios conceptos, pasó súbitamente i sin conocerlo de las rejiones simplemente ideales al territorio de las cosas positivas, i vino a encontrarse con Platon. La doctrina de Aristóteles presentaba dos faces opuestas; por una parte en su teoría de la jeneracion de las ideas parecia recomendar el sistema de la esperiencia, i por otra favorecia en sus métodos las pretensiones del dogmatismo mas absoluto. La desgracia es que sus discípulos la consideraron por el aspecto ménos feliz, i por eso no hicieron el menor descubrimento. Muerto Aristóteles presidieron el Liceo *Teofasto*, natural de Herisa en la isla de Lesbos, el célebre *Straton*, *Licon*, *Ariston*, *Critolao* i *Diódolo*.

De la escuela de Sócrates salieron tambien muchos filósofos que, abrazando diversos sistemas, permanecieron fieles, a las prudentes máximas en que aquel habia fundado la ciencia de la sabiduría. Los *Cínicos* dejaron la Metafísica i las ciencias racionales por contraerse a la Moral. *Antistenes* consideró las ideas de Platon como simples conceptos del alma. *Diójenes* repetia que nuestras facultades se adquieren por el ejercicio. *Aristipo*, el fundador de la escuela de Cirene, este amigo del bienestar i del reposo, que no podia soportar las inquietudes de la duda ni lanzarse en el océano de los sistemas, refirió a las sensaciones el oríjen i certidumbre de nuestros conocimientos, evitó todas las deducciones i negó las ciencias matemáticas; la certidumbre de estas mismas sensaciones fué a sus ojos enteramente individual como la ciencia que la produce. *Stilpon de Megara*, célebre por la invencion de los siete sofismas en medio de una dictadura frívola, tuvo el mérito de presentar un análisis mas profundo de las reglas de nuestros conocimientos. Negó a las ideas jenerales el valor que les habian concedido sus predecesores; i, limitando despues este principio, no quiso admitir en los juicios mas que esta absoluta identidad que nada enseña, puesto que se ciñe a repetir lo que supone.

Una observacion notable que nos prueba los progresos que desde Sócrates habia hecho el espíritu de observacion, es que las dos escuelas mas brillantes despues de la del Liceo, la de Epicuro i la de los Stoicos, convinieron unánimemente en reconocer el principio de la esperiencia. *Epicuro* asoció la física de Demócrito a la lójica de los Cirenáicos, pero dió a ésta un desarrollo mas estenso. Halló en la sensacion el oríjen de la jeneracion de las ideas i el principio de la jeneracion de los conocimientos. Demostró como, por la combinacion de las ideas sensibles, se forman todas nuestras ideas, i como, por las leyes de la analojía, se estienden i jeneralizan, e insistió particularmente en la evidencia que acompaña a las impresiones esternas. «Los sentidos, dijo, no pueden engañarnos, nadie los puede convencer de error, porque no hai autoridad mas grave que la suya propia. Si algunas veces parecen engañarnos es porque confundimos con las impresiones sensibles los juicios que las acompañan, i estos juicios son los únicos que nos estravian. Los sentidos deben darnos representaciones exactas de los objetos, porque la causa de éstas representaciones existe en los objetos mismos. Ciertas imájenes fieles, emanadas de su seno, vagan en el aire i vienen a fijarse en nuestros órganos.» Aquí se vé que si Epicuro adoptaba una esplicacion arbitraria i demasiado mecánica, restituia a lo ménos a las sensaciones esa realidad de que las privaba el sistema de los Cirenáicos. En cuanto a las ideas abstractas i necesarias, Epicuro se contentó con indicar que nacen del recuerdo de nuestras sensaciones, i que son el resúmen de nuestras esperiencias.

Zenon habia estudiado en la escuela de Stilpon, i habia meditado la doctrina de Sócrates. Penetrado de los puros i jenerosos

sentimientos del restaurador de la Moral, atacó al escepticismo, i a esa falsa Moral que aniquilaba todas las virtudes públicas. Se empeñó en determinar la naturaleza i los límites de la Filosofía, i colocó su objeto en la triple perfeccion del pensamiento, de la ciencia i de las acciones. Ocho son, en su concepto, las facultades del alma; los cinco sentidos, la facultad jeneradora, el lenguaje, i el entendimiento que se ejercita de cinco modos, por las ideas, los deseos, la aprobacion, la imajinacion i la sensacion. *Nihil est in intellectu, quin prius non fuerit in sensu*, es decir, todo principia en las sensaciones; el aire es un medio necesario para excitarlas, los objetos imprimen sus imájenes en nuestros órganos, i la memoria se compone de las señales que han dejado; las ideas que no son inmediatamente producidas por ellos, se derivan por la semejanza, la combinacion i la analojía. La certidumbre se deriva de la esperiencia, i ésta es una reunion de sensaciones homojéneas establecida en la memoria. Todo conocimiento principia por la observacion de un hecho, lo verdadero es lo que existe, un ascenso inevitable i necesario nos somete a la evidencia de esta luz inmediata. La razon determina los signos de la verdad; ellos existen, parte en nuestras facultades, i parte en nuestros métodos. Las condiciones de la verdad estriban en las relaciones de nuestras percepciones con sus objetos; es menester que estas percepciones se deriven de ellos como de sus causas, que estén acordes con ellos i que retraten todas sus partes i propiedades. De aquí resulta lo que llaman los Stoicos su *idea comprensible*, a la que el espíritu debe dar su aprobacion. Las ideas arbitrarias que forma la imajinacion durante la vijilia, las fantasmas de los sueños, las alteraciones que producen las enfermedades, son las causas de nuestro errores. Los Stoicos, tomando por guia semejante lójica, no podian admitir estos principios abstractos de las cosas que tanto habian ocupado a los filósofos de las demas escuelas. Asi es que negaron toda Metafísica propiamente dicha i todo conocimiento a priori. Su moral mismas, aunque no mui acorde con las fuerzas humanas, respira en su tendencia i en su principio un espíritu de observacion. Su máxima fundamental era obrar conforme a la naturaleza. Los Stoicos habian juzgado el espíritu dominante de su siglo, habian encontrado flojos los resortes de la Moral, i veian que el instinto personal era el motor de todas las acciones; juzgaron, pues, que semejantes males exijian fuertes remedios, que era menester arrancar las almas de esta mortal apatía; i, si su doctrina no es la que mas conviene al hombre, fué sin embargo la mejor para el tiempo en que florecieron.

(*Continuará.*)

EL CABO MUÑOZ.

I.

—No sé si te dejo el alma,
Si la llevo no lo sé,
Solo sé que por quedarme
Me hiciera herir otra vez.

No llores por vida tuya,
No llores mas, Isabel;
No llores o fusilado
Por desertor voi a ser.

Como olvidan a soldados
¡Ai! me olvidarás tambien;
No me olvides que te quiero
Para que seas mi mujer.

Para orgullo de mis hijos
I orgullo de mi vejez,
En lugar de estos galones
Charreteras te traeré.

Encomiéndame a la Virjen
I al arcánjel San Miguel,
Que si me sacan con vida
Fiesta 'es hemos de hacer.

¡Último toque de marcha!
Dáme otro abrazo, Isabel;
No llores o fusilado
Por desertor voi a ser.

II.

—Ésta es la casa; no hai duda.
«Bendito el nombre de Dios»
¡Ai! ¡que morena tan linda!
—¡Un soldado!...Entre señor.

—¿No fué aquí donde curaron
Una herida a un tal Muñoz

Que era cabo?—Sí, primero.
—La niña Isabel?—Yo soi.

—Me safaré éste morral
Para entendernos los dos,
Pues le traigo una encomienda
Que es de mucha estimacion.

Envuelta en éste retazo
De un estandarte español
Debe estar la charretera
Que la vida le costó.

—¡La vida!—¡Soi una bestia!
¡Santa Bárbara! ¡qué amor!
Ésta muchacha se ahoga
Si no la bañan en ron...

Ayuden que voi de marcha.
¡Vea que bomba era el Muñoz!....
Tenga aquí que ya va léjos
La cola del batallon.

JORJE ISAACS.

LA BELLEZA.

(Conclusion.)

Debo notar una circunstancia, muí en relacion con el aparte precedente, que, cuando concurre en ciertos objetos, les comunica una belleza singular: la propiedad que algunos seres materiales tienen de simbolizar cualidades de un órden superior. Es indudable que entre el mundo visible i el de los espíritus existen tan estrechos vínculos, que con bastante fundamento han creido filósofos notables que ámbos son rejidos por unas mismas leyes, salvas las modificaciones exijidas por la condicion misma de los entes gobernados: las leyes que regulan el movimiento de los cielos se llamarán físicas o de la naturaleza, porque los cuerpos sometidos a ellas, no son capaces de conocimiento, i las que dirijen nuestras acciones al fin propio del hombre, son morales, porque forman las costumbres de ser libre i racional; por unas i otras se proponen la consecucion del fin adecuado a la naturaleza de las creaturas sujetas a su imperio. Esta misma observacion puede hacerse respecto de cualidades: en muchos casos los seres irracionales, i aun los insensibles nos representan perfecciones i virtudes propias de nuestra alma: la paloma es imájen de la sencillez, tan recomendable en nosotros, como la serpiente lo es de la astucia i sagacidad; las gotas del rocío de la mañana, convertidas en perlas por los rayos del sol, son un símil de la pureza; por lo cual puede decirse con gracia que el hombre casto es puro como la gota de rocío. Si estas relaciones se sujetan a un exámen lójico para posesionarnos mejor del por qué de ellas, talvez no se encuentran mas fundamentos que el conocimiento instructivo de tales semejanzas, por claro i jeneral, que no es lícito cuestionar. Gran placer sentimos al encontrar en el centro de un bosque una fuente de agua cristalina: su morar tranquilo, su corriente mansa i hasta el suave susurro que forma por la interposicion de alguna piedra, todo nos es mui grato, pero principalmente es constituida su hermosura pero que nos simboliza la paz imperturbable del verdadero justo, que se retira del bullicio para salvar su espíritu en la contemplacion de la verdad: tambien nos representa esa fuente al inocente infante que juega alegre i tranquilo, separado de sus compañeros, sin conocer las aspiraciones que perturban el corazon; sí, por eso es tan bella la fuente que brota en lugar apartado porque es fiel retrato de la paz i de la inocencia del alma. No es estraño que la circunstancia indicada contribuya mas poderosamente que otras a dar belleza a los objetos que la tienen, porque hablándose de propiedades i cualidades son mas nobles e interesantes las que corresponden a los seres mas perfectos, i como nuestra alma es lo mas grande i excelente que hai sobre la tierra, era forzoso que todo aquello que de algun modo contiene lo que es propio de ella, fuese mas grato a sus ojos. Con mucha razon podemos, pues, decir que gozamos de la belleza contemplando el objeto hermoso, i del bien no bello, usando de él: desde la cumbre de una elevada montaña nos deleitamos contemplando el grato paisaje que alcanza nuestra vista, pero saboreamos la esquisita fruta que la naturaleza nos ha preparado i del mismo modo nos aprovechamos de las producciones de la gastrolojía.

En apoyo de esta teoría, creo digno de

copiarse un pasaje del filósofo mas distinguido que conozco, Santo Tomas de Aquino, por la manera clara i profunda de tratar en sus cuestiones. En la suma teolójica 1.ª, 2.ª, cuestion 27, art. 1.° dice así: «Lo bello se identifica con lo bueno, pero se distinguen segun la razon: siendo el bien lo que todos apetecen, es propio de su esencia que en él descanse el apetito; pero a la razon de lo bello corresponde que descanse el apetito en su instruccion o conocimiento. Por esto es que se refieren especialmente a lo bello aquellos sentidos que participan mas del conocimiento, como son la vista i el oido, que sirven mas inmediatamente a la razon; pero llamamos bellos los objetos visibles i los sonidos, i no usamos del nombre *belleza* respecto de los objetos de los otros sentidos, por los cuales nadie dice olores o sabores bellos. Lo bello añade, pues, sobre lo bueno, cierta relacion a las facultades del conocimiento; de suerte que bueno se llamará aquello que complace simplemente el apetito, i bello aquello cuya percepcion o contemplacion deleita.» Pongo tambien a continuacion otro pasaje de M. Cousin sobre la belleza, sacado de la Leccion 6.ª, páj. 138, edic. 7.ª (De lo verdadero, lo bello i lo bueno) «Miéntras que todos nuestros sentidos nos suministran sensaciones agradables, dos solamente tienen el privilejio de excitar en nosotros la idea de la belleza. ¿Se ha dicho nunca un bello sabor, un bello olor? Sinembargo se deberia hablar así si lo bello es lo agradable. Hai tambien ciertos placeres del olfato i del gusto, que impresionan mas la sensibilidad que las grandes bellezas de la naturaleza i del arte, i aun entre las percepciones del oido i de la vista, no son siempre las mas vivas las que mas excitan en nosotros, la idea de la belleza.....Luego lo agradable no es la medida de lo bello.»

Habiendo visto que la belleza consiste esencialmente en la union de dos elementos contrarios, la unidad i la multiplicidad, de lo cual se sigue que serán mas bellos aquellos objetos en los cuales aparezca mas visible la distincion de las partes constituyentes, paso ahora a tratar de dos circunstancias, que sin pertenecer a la naturaleza de lo bello, sirven a realzar la belleza: la soledad, el silencio i la presentacion inesperada del objeto bello. Mui bello es el arroyo que nace en un lugar solitario con los arbustos i yerbas que sus aguas crian, i el pasajero que lo encuentra se alegra con su hermosura i bebe de sus aguas con particular placer; pero trasladémonos al centro de una ciudad populosa, pongámosnos en medio de su plaza principal, i veremos que la belleza pierde su esplendor como la luz viva del mediodia al ponerse el sol. La soledad dispone nuestro corazon i lo hace sensible a muchas impresiones de que no se aperciben las sociedades; es, pues, preciso para sentir ciertas relaciones delicadas, que quizá son las mas gratas, apartarse de los hombres, con quienes por otra parte debemos vivir en estrecha union para perfeccionarse en la sociedad, que nos es tan necesaria. Si contemplamos un magnífico cuadro de la Virjen en el silencio de un templo, lleno de humildes fieles, que adoran a un verdadero Dios con respeto i sumision, no obstante la multitud que nos acompaña, gustamos de la belleza de la imájen; pero si el silencio se convierte en bullicio, desaparecen las impresiones mas vivas que habiamos esperimentado en la contemplacion del cuadro. Si marchando por un desierto estéril i áspero, vemos levantarse de entre las piedras la vara de una hermosa flor, se nos presenta mucho mas bella que cuando yace en tierra cultivada, porque contrasta fuertemente la frescura de la flor con la sequedad i avidez del lugar en que aparece.

La belleza se divide primeramente en natural i artística. Natural es la que es formada por las causas naturales, como son todos los ejemplos considerados hasta aquí. La belleza artificial se funda en las obras del arte, cuando éstas tienen las debidas condiciones para ser bellas. Como el hombre no tiene el poder de inventar cosas tan propias de él que puedan llamarse enteramente nuevas, pero que en nada hayan entrado para su formacion los conocimientos de otros objetos, sino por el contrario, todas nuestras invenciones se orijinan de combinaciones mas o ménos felices, que hacemos de nociones precedentes, todo lo cual se funda en nuestra naturaleza, que por ser finita no puede ser principio absoluto de la posibilidad de otros seres, es preciso que sigamos en las producciones de nuestra imajinacion las mismas leyes de regularidad i proporcion que descubrimos en los objetos hermosos que la naturaleza crea.

No puede haber belleza en un busto, si el escultor no ha imitado fielmente las proporciones que las diferentes partes del rostro humano deben guardar entre sí i con el todo, i si no ha sabido darle esa última mano de perfeccion, que revela las cualidades del alma, porque toda la belleza del hombre puede significarse con la palabra «espresion». Las facciones mas perfectas no harian bello el rostro del hombre, si al traves de ellas no se vé el rayo de la intelijencia, la fortaleza, el valor, la jenerosidad. En todas las creaciones del jénio, en las invenciones de la imajinacion, que no se proponen retratar algo existente, si han de ser bellas, debe haber conveniencia entre sus partes, i ser aptas para el fin con que se han hecho, en una palabra, es necesario que se conformen con el tipo de belleza que hai en nuestro interior, i sin las condiciones dichas, no es posible esta conformidad.

La belleza natural se divide en física o sensible, en espiritual i moral. Para la recta intelijencia de esta clasificacion, debo prevenir que la belleza natural no se toma aquí con la limitacion que tiene contrapuesta a la belleza artística, sino que comprende toda clase de belleza, que no se funda en el arte. La física es la que se percibe por la vista o el oido, de la cual tenemos citados muchos ejemplos, i en la que se incluye tambien la artificial, como perceptible del mismo modo. La espiritual abraza el órden intelijible, o mejor dicho, es la belleza de la verdad. No toda verdad es bella; para serlo es preciso que veamos una verdad capital simple i sencilla que es la fuente de donde manan otras muchas; entónces esa cadena bien trabada, que se forma en el órden intelijible, causa el placer de la belleza: la justa aplicacion del axioma: «Dios debe amarse sobre todo» a las acciones de los hombres, establece un cuerpo hermoso de verdades, cuya meditacion complace por la admirable unidad que brilla en las variadas operaciones del hombre. M. Cousin (Leccion 7.ª páj. 160 de la obra citada) se espresa así: «La teoría mas verosímil de lo bello es sin duda la que lo constituye de dos elementos contrarios, la unidad i la variedad..... Aun en las matemáticas lo que es bello no es un principio en abstracto, sino este principio en cuanto lleva consigo una larga cadena de consecuencias..... La unidad i la variedad se aplican a todos los órdenes de belleza.» La belleza moral consiste en la conformidad de nuestras acciones con las leyes que las dirijen al debido fin. El hombre, aunque intelijente, necesitaba de reglas que le marcasen el camino por donde debia llegar a su término, porque siendo finito i libre, podia obrar de un modo contrario a la razon; era, pues, forzoso que tuviese leyes sábias i santas, como su autor, para que se conformase a ellas su vida.

Nadie desconoce el alto aprecio que se merece el justo en su carrera de sacrificios continuos, i nadie deja de sentirse impulsado a tributar elojios al que sabe vencerse en los tiempos del combate; esto es una prueba clara de que encontramos en tal hombre algo que nos agrada i nos inclina a él: esa fuerza secreta es el atractivo que ejerce en nuestro corazon la belleza moral. No podia ser de otro modo, porque no podemos prescindir del órden establecido por Dios, i este órden consiste en las mismas leyes que infunde en jérmen en nuestra alma desde que la saca de la nada: obrar contra ellas es andar fuera del camino, es hacerse diforme moralmente; rejirse por ellas, es ser perfecto i hermoso en el órden moral, porque nuestras acciones serán medios de llegar al fin: hai entónces proporcion i por lo mismo belleza. Esta especie de belleza, en cierto modo, podria comprenderse en lo espiritual o intelijible, porque es propia de los espíritus, i talvez por esta razon Santo Tomas dice: «lo honesto o bueno del órden moral coincide con la belleza espiritual. Por eso dice tambien San Agustin: *«entiendo por honesto la belleza intelijible*, que nosotros llamamos belleza espiritual.»

Pero como en rigor filosófico debemos distinguir todo lo que no tiene un mismo fundamento, aunque pertenezca a un mismo jénero, hacemos la distincion de la belleza espiritual, fundada en la armonía de un cuerpo de verdades, que radican en un principio, i la belleza moral, resultante del órden que se nota en el hombre observante de la lei.

A esta distincion, tan bien fundada de las tres clases de belleza, se opone la opinion que el abate Gioberti ha hecho sobre la belleza. Gioberti cree que la belleza resulta de lá union de un tipo intelectual con

algun elemento suministrado por la imajinacion.

Este modo de pensar escluye la belleza sensible, existente en la naturaleza, porque es evidente que en esta especie de belleza no cabe la union de un tipo espiritual, con un dato de la imajinacion Tambien destruye la belleza espiritual, porque en esto nada puede haber de imajinacion, de modo que un espíritu, tan superior a la mas sublime concepcion de un pintor, no tiene belleza, miéntras que el cuadro trazado en la imajinacion del pintor es bello, porque reune los dos datos requeridos por el abate Gioberti.

Aunque se le dé a esta opinion todo el alcance posible, estendiéndola a las realizaciones existentes ya en la naturaleza de las invenciones de la imajinacion, siempre es inaplicable a toda belleza natural, i aunque Gioberti pretendiese estender su definicion hasta las cosas sensibles, por cuanto en ellas hai una idea realizada i una materia necesaria para la formacion de esa idea hecha existente, todavía no abrazaria con su modo de pensar la belleza de los espíritus; estas ampliaciones no pueden admitirse.

Entremos ahora a apreciar estas tres clases de belleza. Es claro que la sensible está en el grado inferior, porque es formada de la disposicion de cosas naturales, i la materia es lo ínfimo en la escala de los seres; no puede, pues, presentarse en competencia con las otras. Entre la espiritual i moral es superior la última. Para medir bien la verdad de esta solucion, debe meditarse lo que es un hombre moral, pero de poca intelijencia, i otro inmoral con una intelijencia feliz. El primero tendrá concepciones admirables, pero no se verá en él la regularidad de vida ni las acciones loables que aplaudimos en el segundo: el primero con su intelijencia no puede unirse a Dios, i el otro con sus obras alcanza esta union: las obras de la intelijencia, ciertamente hermosas, son naturales, porque la intelijencia lo es, i la virtud es efecto de dones sobrenaturales, que la Iglesia llama gracia, i lo sobrenatural es mas grande que lo natural; por eso nuestro corazon simpatiza mas con el bien moral que con la verdad abstracta, i por eso Dios se dispone a recompensar todo lo que se hace en su honra, i no las atrevidas especulaciones del sabio por exactas que sean. La belleza moral es sin disputa la primera en excelencia, despues la espiritual i ultimamente la física.

En confirmacion de esta verdad, debo agregar que la mayor importancia de un ser no consiste en que tenga alguna calidad en un grado superior a otro, sino en la proporcion i armonía que debe haber entre todas su facultades. Es un estravío vergonzoso, un defecto notable que la buena intelijencia se convenza de una verdad, i que la voluntad la desprecia por satisfacer bastardos deseos: quien así obra, da una prueba de suma flaqueza: es defectuoso, i las concepciones de su mente contribuyen a hacerlo mas reprensible, pues mayor castigo merece el que mas conoce el bien i obra el mal; por el contrario, la belleza moral supone la conveniencia recíproca de todas las facultades dal alma, o supone el esfuerzo de una voluntad enérjica que se empeña en seguir el dictámen fundamental de la razon apesar de los impulsos del corazon depravado. Nadie cambiara la intelijencia clarísima del ánjel rebelde por la armonía moral que conociera en un hombre justo, ni por la inocencia que el agua bautismal comunica a las almas recien venidas a este mundo.

Finalmente diré que Dios es la belleza suma: si ésta, como lo hemos visto, surje de la union de dos elementos contrarios, la unidad i la multitud, cuanto mas perfecta sea esta union, tanto mayor será la belleza. La perfeccion de esta union en su grado mas alto consiste en que el todo bello no solo no pueda dividirse, sino en que ni aun tenga cosas realmente distintas, pero que se manifiesten como tales, porque entónces la unidad es absoluta i simplísima. La unidad que bajo de un aspecto se llama justicia, bajo de otro misericordia, sabiduría, etc., siendo en realidad la misma esencia, es lo sumo de la union, es la hermosura por excelencia: Tal es Dios. Como la belleza divina, que consiste en la simplicidad de esencia virtualmente múltiple, es el tipo de la belleza creada, se sigue que ésta será mayor a medida que imite mas fielmente la increada: la belleza material, por cuanto se destruye por la division de partes es menor que la de un espíritu, verdaderamente invisible, i ésta infinitamente menor que la divina, porque en el espíritu el ser, la esencia i las facultades son cosas realmente distintas aunque inseparables.

miéntras que en Dios no hai mas que el ser, pero ser que corresponde, mirado bajo diferentes faces, a todas las perfecciones creadas i posibles.

ANTONIO VÁRGAS.

RECUERDO.

Sola mi amada en su aposento estaba:
De amor temblando hasta ella penetré;
Otra cosa a decirle no acertaba,
—¿I me amas? esclamé.

Ella alzó a mi los ojos conmovida
I temblorosa en el sofá cayó;
Otra vez me miró i entristecida
—¿Lo dudas? respondió.

—¡No, mi bien, no lo dudo! en la locura
De mi amor decir quise, mas callé
Porque embargó mi lengua la ventura,
¡I a su lado lloré!

MÁRIO VALENZUELA.

DOS MESES DE VACACIONES.

I.

ALFONSO, ERNESTO I ANTONIO.

Las ocho daban en el reloj de San Francisco, yo bajaba de cuatro en cuatro los peldaños de una de las escaleras laterales de los altos de la Universidad; llegué a la calle, de dos brincos me puse en medio de la Alameda, di una última mirada a las ventanas cuyos cristales brillaban con los reflejos de los mecheros de gas que ardian en el interior; una honda satisfaccion i una magna alegria embargaba mis sentidos; me restregaba las manos con placer i con placer aspiraba a dos pulmones el suave ambiente de las acacias; las campanas de San Diego, San Francisco, las Claras i la Catedral, dejaron oir sus últimos acompasados tan-tin, to-lo-lon! me dejé caer sobre un banco de piedra; me quité el sombrero i tres o cuatro veces metí mis dedos por entre los bucles de mis cabellos. La luna en su menguante, derramaba en torno suaves tintes; la sombra de los árboles se dibujaba a lo largo del paseo; algunas parejas cruzaban frente a mí; a la distancia, la banda del Buin marcaba los compases de un alegre vals.

—Oh! esclamé, qué noche tan deliciosa! diciendo esto, estiré mis piernas sobre el banco i desdoblé un pliego de papel marquilla a cuyo pié se veia estampado el sello de la Universidad; je! je! je! qué cosquillas me causaron las letritas de molde que estaban ahí grabadas!

—«Por cuanto el señor don....» una mano importuna se interpuso entre mis ojos i el papel. En vano trataba de adivinar quien seria el que así me apretaba tan desapiadadamente los órganos visuales; un agradable olor a agua *a la violette*, me hizo pensar por unos instantes, que los dedos que yo estrechaba i procuraba desviar, pertenecerian quizas a Antonio uno de mis amigos.

—Eh, diablos! esclamé por fin, impacientado, ¿qué quieres dejarme ciego?

—Ja! ja! ja! me contestaron al mismo tiempo tres voces mas desafinadas que el órgano del que fué templo de San Lázaro.

Volví la cabeza con violencia; las manos que me aprisionaban me soltaron. No me habia engañado, Antonio, Ernesto i Alfonso estaban a dos pasos de mí, riéndose a mas i mejor.

—Badulaques! les grité; lindo modo de anunciarse! ¿no digo yó? por poco no me saca los ojos este bribon de Antonio.

—¡Cómo! ¿quién? ¿yo?

—I quien otro habia de ser, sino tú con tu eterno olor a *l'eau de mélisse, a la violette ou au citron*? Una triple carcajada me hizo tartamudear seis veces el *tron, tron* final del *citron*.

—I, ¿qué leias con tanto empeño?

—*Voila!* les contesté desdoblando ante sus pasmados ojos, mi dorado i pomposo diploma de bachiller.

Tres bravos resonaron i luego tres abrazos i apretones que casi me hicieron reventar i ver verde oscuro las estrellas del firmamento.

Si, pues, carísimo lector, acababa de ser graduado de bachiller, de ahí mi alegria, de ahí el que mis pulmones respirasen como

fuelles de fragua i de ahí que no me cansase de mirar la luna i de olfatear el perfume de las acacias.

—Caballeros, tomen Udes. asiento, continué, el divan no es de resortes, ni está forrado en reps o marroquin; pero creo que no por eso es ménos confortable. Vamos Antonio, no te hagas rogar i tú Alfonso, siéntate aquí a mi lado; lo que es Ernesto, parece que él no entiende de cumplimientos.

—Ya lo creo, cuando a mí me dicen una cosa, no me la hago repetir dos veces.

—Así me gusta, pero vamos al caso: hénos pues aquí de bachiller, i somos cuatro si no me equivoco.

—¡Cuatro! repuso Antonio.

—Pues bien, hablemos como doctores.

—¿Con borla? interrumpió Alfonso.

—Con o sin ella, como Udes lo tengan a bien.

—Sea entónces con borla, repitieron a trio, Antonio, Ernesto i Alfonso, a quien casi ahogó un violento golpe de tos, miéntras Ernesto estornudaba a diestro i siniestro i Antonio se esperezaba como un tonto, abanicándose con un pañuelo de batista perfumado con rica esencia *a la violette*.

—Eh, eh! parece que el aire de la tarde ataca el organismo nasal de Ernesto i los bronquios de Alfonso; si Udes. quieren podemos ir a casa o a la pastelería de Alexandre i así hablaremos con mas libertad i estaremos mas a *notre aise*.

—Nó, nó, está la luna tan linda, replicó Alfonso.

—Sí, mui linda, achiit! achiit!, concluyó Ernesto.

—I mui poética! tartamudeó Antonio, enredándosele la lengua en un bostezo.

La banda del Buin pasaba en ese instante por el centro de la Alameda: los redobles de los tambores, los chillidos de los flautines i las escalas cromáticas de los clarinetes, por poco no nos ensordecieron; nada digo de la caterva de muchachos i de descamisados que bamboleándose al compas de la música, casi nos asfixiaron, amen de que a Antonio le arrebataron de las manos su perfumado batista.

Todo volvió a quedar en calma i nosotros volvimos a reanudar nuestra interrumpida conversacion.

—I bien, señores bachilleres, ¿qué piensan Udes. hacer durante estos dos meses de vacaciones?

—Yo, saltó Alfonso, yo me voi a Valparaiso durante todo el mes de enero i despues al campo.

—Bien pensado: primero, los baños de mar i despues el puro aire de los potreros i arboledas, la espumosa leche tomada al pié de la vaca i junto al estiercol de los terneros, las jugosas sandías de pepa *huaca* o de pepa *pancha*, los sabrosos melones *escritos* i luego las carreras a caballo, los rodeos, las trillas....

—¿Las trillas?....no, hombre, si en la hacienda ya no hai yeguas.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes; ahora solo hai máquinas de turbina i motores a vapor.

—Lo mismo da, Alfonso, lo mismo da; tanto importa la paja molida por las patas de las yeguas, como la triturada por los dientes de las trilladoras de Ramson o de Pitts.

—Te equivocas Ruperto, te equivocas i la prueba es que la carretada de la primera, vale diez i doce pesos, miéntras por la picada a máquina, no te dan ni dos.

—Ya estoi, ya estoi; pero eso no quita que yo llame trilla a lo primero i a lo segundo. I tú Ernesto, ¿dónde vas pasar estos dos meses?

—Yo me voi al Sur, al Tomé, a Valdivia, a Concepcion.

—Lindo viaje, lindo viaje; de mil amores te acompañaria; pero será para otro año.

—¿I tú Antonio?

—Yo todavía no sé, talvez me quede aquí en Santiago.

—¡Jesus, hombre! con estos calores i en esta soledad?....ya se vé, como en el campo no hai agua *a la rose* ni *a la fleur d'oranger*....

—Bah! ya procuraré pasarlo bien: de vez en cuando haré mis saliditas a Renca, al Resbalon, a Apoquindo, Peñalolen, San Bernardo....ya verán Udes. si me divertiré.

—¿I tú? saltaron los tres a un tiempo.

—¿Yo?....yo voi a llevar una vida ambulante: iré a Valparaiso, a Cauquenes, Rengo, Camarico, Mendoza, Naltagua....

—Ta, ta, ta, ta: Camarico, Mendoza, Naltagua....¿i qué es eso? ¿dónde están esos pueblos? repuso Antonio aspirando a

grandes sorbos un diminuto frasquito *a la vanille*.

—Nó, bruto, si son haciendas.

—Ah! acabáramos! ¿i despues?

—Despues, pondré punto final i aparte.

—Ja! ja! ja! ¡qué novedad!

—I, ¿cuándo principias tus espediciones?

—Mañana.

—¡Mañana! ¿tan pronto?

—Ni mas ni ménos; pero se me ocurre una idea.

—¿I es?....

—Que ya que nos vamos a separar durante dos meses, nos escribamos con harta frecuencia.

—Aceptado, aceptado.

—I que en nuestras cartas apuntemos todo cuanto nos ocurra en nuestras idas i venidas.

—Corriente, corriente.

—I por último, que vamos a beber una copa de despedida.

—¡Bravo!

Minutos despues vaciamos sendos vasos de espumoso Bass i Tennent's i daba un postrer abrazo i un guapo apreton de manos a mis tres buenos amigos.

Esto tenia lugar la noche del once de enero del presente año de 1871; el seis de marzo a las ocho en punto P. M., daba un nuevo abrazo i un nuevo apreton de manos a mis tres compañeros.

Oh! poder de los cambios de temperamentos, de los baños de mar i de la leche tomada junto a los terneros! Ernesto, venia con mas barba que un mameluco i habia crecido por lo ménos dos palmos; Alfonso, mas quemado que un negro i mas redondo que una vejiga inflada i Antonio....oh! lo que es Antonio, estaba mas arremilgado que una dama i mas perfumado que armario de peluquería, i esto que habia estado en Renca, en el Resbalon, en San Bernardo, etc.; pero, ya se vé, no habia tomado baños de mar, ni habia bebido leche.... pero en cambio habia estrujado, tres frasquitos *a la vanille*, tres *a la rose*, cuatro *d'eau de mélisse*, uno *au citron*, cinco *a la violette* i dos *a la fleur d'oranger*.

De lo que hablamos i nos contamos la noche del seis de marzo, es de lo que voi a ocuparme ahora querido lector. Son éstos unos lijeros apuntes tomados al vuelo, estracto de cartas, párrafos de diálogos, principios de aventuras, episodios de viajes.

Alfonso, Ernesto i Antonio, a Udes. dedico estas líneas. Perdonen si algunos hechos no aparecen tales cuales Udes. los saben; muchas veces tendré que callar a pesar mio. Al tomar la pluma, no hago sino cumplir lo que les prometí aquella noche. —Escribe tus impresiones de estos dos últimos meses, me dijeron Udes.—Bien, les contesté yo, con tal que Udes. me permitan trascribir el contenido de nuestras correspondencias.—Udes. aceptaron, yo cumplo ahora lo prometido.

II.

DE SANTIAGO A TALAGANTE.

—«Vale por un asiento a Talagante, etc. —Pagó su valor, 1 ps. 50 cts. (me escatimaron los 0.50 cts.)—A las cinco en punto, (con letra bastardilla.)»

Esto leia a la luz de las vidrieras del almacen de música de Niemeyer e Inghirami, momentos despues de haberme separado de mis tres amigos, en la noche del once de enero. Era mi boleto de pasaje que acababa de tomar en la ajencia de coches, calle de la Merced. Llegué a casa, arreglé mis maletas i me acosté, no sin recomendar ántes al sirviente, una i otra vez, que me despertase al canto del gallo. No haria una hora que habia cerrado los ojos, cuando.... pun! pun! golpes a la puerta.

—Eh! ¿qué hai?

—Señor, ya cantó el gallo.

—Andate a mil diablos! pero no ves grandísimo avestruz que todavía no amanece?

—Pero señor, como su merced me dijo...

—Quieres callarte animal! cuando te dije que al canto del gallo, bien podrias calcular que no debia ser a la media noche. Véte i no me vuelvas a incomodar hasta que aclare.

Por segunda vez me zabullí entre las sábanas i principié a dormitar. No habia trascurrido media hora, cuando de nuevo... pun! pun! pun! en la ventana.

—Eh! ¿qué ocurre? quién es?

—Señor, ya está aclarando.

—¿Aclarando?

—Sí, su merced.

—No puede ser, hombre, si me acabo de acostar.

—Asómese i verá.

Encendí un fósforo; mi reloj marcaba la una.

—¡Por cien mil de a caballo! que si vuelves a molestarme, te he de hacer pedazos el bautismo; no ves que es la luna la que alumbra!

—¿La luna?.... yo creia que era la claridad de la madrugada.

—La madrugada!, la madrugada!, agradece que estoi desvestido, que sino...., (acababa de enarbolar una de mis botas de bombero).

—Entónces su merced no quiere que lo despierte?....

—Sí, gran bárbaro!, pero si tuvieras dos dedos de frente.... (hube de calmarme i tiré la bota debajo de una silla).

Con el ruido creyó que lo llamaba i comenzó a dar vueltas el picaporte.

—¿Que entre me dice su merced?

—Nó, caiman, nó! pero si que me despiertes cuando principien a cantar las diucas.

Por tercera vez me acurruqué entre las frazadas; pero, qué habia de poder dormir!

El reloj de Santa Ana tocó la una i media, las dos, las tres....; cuando abrí los ojos, el sol daba de lleno en el tejado: eran las siete. Me vestí en treinta segundos, renegué otros treinta i salí al patio; el bruto del sirviente estaba largo a largo en el pasadizo, roncando como un marrano. No sé como me contuve.

—Levántate, ántes que.... ¡qué bien has cumplido mi encargo! ¿no te dije que me despertases?

—¡Ah, ah, ah! decia esperezándose i abriendo tanta boca el bribon de criado. Es que, como su merced me ordenó que cuando cantasen las diucas....

—¡i bien?

—Es que yo no las he oido, pues, su merced.

—¡El infierno te confunda, gran animal!

En diez minutos llegué a la ajencia. Por fortuna el coche no habia salido aun, quizas por los muchos pasajeros que tenia que conducir, (aunque en el boleto decia a las cinco en punto i con letra bastardilla); de todos modos este atraso habia sido mi tabla de salvacion; mi mal humor se desvaneció como el humo i de un brinco me trepé a uno de los asientos del techo de la *calchona*. ¡Ave María! ¡Cómo íbamos a caminar! éramos veinte i cinco pasajeros i una ruma inmensa de equipaje. A las siete i media el cochero enarboló su huasca i azote va, azote viene, lo cierto fué que salimos. Uf! qué mole aquella, parecia que el tren se habia desrielado por la calle del Estado; todos los transeuntes se quedaban pasmados al ver aquel fenómeno. Por fin desembocamos al callejon de Padura. Ah! un recuerdo, un dulce recuerdo vino a alegrar i a entristecer al mismo tiempo mi pobre alma: una fecha cruzó por mi imajinacion, esa fecha me trajo a la memoria dos horas de felicidad; me pareció oir lejanas armonías, escuchar los encantos de una voz, aspirar el perfume de una rosa.... el coche pasó; el viento silbaba en las portezuelas, el cochero azuzaba a los caballos; un torbellino de tierra nos envolvia; mi ilusion se acababa de desvanecer. Trascurrieron dos horas; llegamos a la primera posta. Quise levantarme de mi asiento.... naranjas! un calambre en cada muslo, me hizo volver a mi anterior centro de gravedad; el sol miéntras tanto se cebaba en mis espaldas i el estómago ladraba como el de un anacoreta. En la posta solo habia tocino, charqui, ají limenso i pare Ud. de contar.

—¡Canastos, dije para mi coleto, esto de ayunar sin ser cuaresma ni vijilia!.... pero hube de resignarme, no sin dar ántes tres o cuatro guiñadas a un pollo fiambre o capon i a unos huevos duros, que a dos carrillos devoraba una viajera; (nó, que era matrona i respetable.... por su volúmen).

—Arriba! arriba! gritó el cochero; los caballos estaban enganchados; cada uno volvió a su puesto, (escepto yo que no habia podido moverme ni una línea); la huasca volvió a ejercer su oficio i.... hasta la vuelta.

Pronto me olvidé del pollo i de las mandíbulas que tan a compas i con tanta presteza habia visto trabajar; mis ideas tomaron otro rumbo: acababa de divisar un pequeño montecillo; lleno de júbilo llevé la mano a mi sombrero i enternecido me descubrí con respeto. ¿Por qué hacia esto? ¿a quién se dirijia ese saludo? ¿por qué a mis párpados asomaba una lágrima? ¿por qué?.... Ah! mi pluma enmudece; el corazon le manda callar, callaré pues!....

A las doce llegábamos a la plaza de Talagante, sin mas novedad que llevar sano

el pellejo, porque lo que es el carruaje, se habia ido de costado, venciéndose los resortes; ¿cómo habia de resistir en efecto a aquel espantoso volúmen?.... (el capon i los huevos duros volvieron a hacerme cosquillas). Una hora mas tarde, me apeaba en las casas de Naltagua.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará).

A UN CLAVEL.

¡Qué dulce es el perfume
Que derramas, flor pura!
¡Qué suave es tu hermosura,
Emblema del amor!
De tu lecho de nácar
Te desprendió mi mano;
No fué capricho vano
Ni me excitó el rigor.

Porque te ví mas bella
Entre otras bellas flores,
Tus últimos dolores
Encontrarán placer;
I de mi amada hermosa,
Cual preciado tesoro,
Entre sus trenzas de oro
Irás a fenecer.

I al contacto divino
De su sin par belleza,
Sin duelo ni tristeza
Tu muerte llegará;
Porque si al fin la muerte
Es cruel i dolorosa,
Al lado de una hermosa
Dichas la muerte da.

1869.

M. A. HURTADO.

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

POR S. EM. EL CARDENAL WISEMAN,

Autor de Fabiola.

Traducida para *La Estrella de Chile*

POR MÁXIMO. R. LIRA.

(Continuacion.)

Tenian dos motivos para la cruel insistencia que ponian en hacerlo su cómplice en esta empresa. En primer lugar, habian adquirido en sus conversaciones la certidumbre de que conocia perfectamente aquellos adornos de la iglesia que tenian un valor real i les que solo lo tenian aparente. Pedro sabia lo que era realmente de plata i lo que no era sino de un metal ménos precioso porque, en sus dias felices, habia hecho muchas veces voluntariamente el oficio de sacristan. Ellos, por el contrario, nunca habian echado sino una rápida ojeada sobre las riquezas acumuladas en el santuario; era lo bastante para despertar su avaricia, pero no así para guiarlos en la eleccion de los despojos. Los impulsaba otro motivo mas vil i mas atroz aun. Habianse servido de Pedro solo como de un instrumento: no teniendo ya mas necesidad de sus servicios despues de esa noche, tenian intencion de utilizarlo al ménos como víctima huyendo i dejándolo detras para que fuese cojido por la justicia miéntras ellos tenian tiempo de escapar de sus persecuciones. Sus relaciones con ellos lo harian sospechoso, la debilidad de su carácter concluiria por hacerle confesar su crímen, la venganza de la lei caeria sobre él i la justicia pondria en seguida ménos actividad para buscar a sus cómplices.

Tales eran las infernales combinaciones de sus compañeros; tal és, en otros términos, la amistad de los malvados!

La terrible amenaza de los bandidos fué proferida con tal rabia i tono tan resuelto que, con el conocimiento que tenia de su carácter, Pedro no dudó de que fuese séria, i de que estuviesen resueltos a ejecutarla sin escrúpulo. Su voluntad vaciló; el pensamiento del cruel abandono en que habia dejado a aquellos dos seres que amaba aun en el secreto de su corazon i cuya virtud veneraba, se apoderó de él violentamente. ¿Debia, pues, ser causa de su muerte i, en cierto modo, su asesino? No pudo sufrir esta idea; i, en la angustia de los sentimientos contrarios, protestando ante el cielo que se veia obligado i arrastrado, elijió el partido que le pareció ménos terrible i consintió en acompañar a sus tiranos.

El tiempo urjia porque habian perdido una gran parte de la noche en estos debates; pero, faltaban aun algunas horas para amanecer i los bandidos no se atrevian ya a abandonar su empresa.

Llegaron a la puerta de la iglesia en silencio i de mal humor. Se convino que

uno de ellos aguardaria afuera con la mula haciendo guardia miéntras el jefe entraba con Pedro i arrebataba lo que hubiera de mas precioso en la capilla.

Encontraron la puerta junta: pero esto no podia sorprenderlos porque nadie en la vecindad hubiera podido pensar en la posibilidad de un sacrilejio. Abrieron con precaucion i sin ruido i entraron.

Ambos se detuvieron en el umbral, sobrecojidos de un terror invencible; el mismo ladron endurecido parecia temer adelantar.

El santuario solitario estaba entónces tan profundamente tranquilo i silencioso que Pedro podia oir en su pecho los latidos de su corazon palpitante de remordimientos i de espanto.

La llama de la lámpara ardia brillante i clara i el lugar parecia enteramente penetrado del dulce calor de sus rayos. Jamas, ni aun en los dias en que era virtuoso, le habia parecido mas sagrada, mas venerable, ni mas amable que en esta noche de odiosa traicion! Jamas la plata i los adornos preciosos del altar le habian parecido reflejar una luz mas alegre; nunca las imájenes de los santos pendientes de las murallas le habian mirado con mas dulzura; nunca la estátua colocada sobre el altar le habia dirijido miradas de mas compasiva bondad ni le habia sonreido mas graciosamente que en aquel instante en que iba a cometer el sacrilejio! «Oh! Júdas! parecian decirle con acento de dulce reproche,» Júdas! ¿quieres traicionar a la esposa del Hijo del Hombre por un beso?

No pudo tolerar aquella vision i bajó los ojos hácia la tierra. Pero le pareció ver allí a su hija, tal como la habia colocado sobre las gradas del santuario ocho años ántes, durmiendo un sueño reparador i él mismo arrodillado junto a ella penetrado de gratitud.

En aquel momento, nada de lo que le rodeaba habia cambiado de aspecto, nada... Solo su corazon habia cambiado, i qué cambio, ai! Rechazó aquella otra vision, con un penoso esfuerzo, léjos de su corazon i de sus ojos. Sus miradas hallaron aun el rayo fijo de la lámpara que embellecia cada objeto con un encanto misterioso. Lo que el ojo del hombre, *la luz de su cuerpo*, es al resto del semblante, parecia serlo al espíritu de Pedro aquella llama solitaria i pura: era como un ojo penetrante i dulce a la vez que se detenia sobre él, como para ver si tendria o no el valor de realizar su criminal intento.

Hai en el ojo del hombre una especie de encanto que detiene el brazo del asesino i modera el ímpetu de las bestias feroces: tal era la influencia que ejercia el ojo del santuario sobre el alma del desgraciado; le encantaba i lo mantenia inmóvil en su lugar; ni las mayores promesas, ni las mayores amenazas hubieran podido impulsarlo al crímen bajo la májica influencia de sus rayos. Para Pedro, era aquella una intelijencia sobrehumana que le lanzaba sus miradas, i sus rayos penetraban en su pecho i escrutaban el fondo de su corazon; tenian una voz que él oia, una punta que se internaba en sus carnes con tierna delicadeza. Aunque los rayos parecian jugar alrededor i sobre los diversos objetos, saltar, por decirlo asi, i detenerse en su camino, para él eran directos, rijidos i rápidos como la flecha desprendida del arco, i atravezaban la oscuridad pero sin iluminarla ni disipar sus tinieblas. Era para él como la mirada fija de un ánjel, como el ojo de un celeste guardian venido allí para vijilar i rendir homenaje a Dios durante las horas silenciosas de la noche; era el guardian del tesoro sagrado cuyo poder consistia solamente en endulzar, en calmar, no en herir ni en destruir. I sinembargo, aquella luz lo subyugaba enteramente i no se atrevia a avanzar. Pensaba que le hubiera sido mas fácil afrontar a un serafin blandiendo una espada de fuego o a ánjeles armados de azotes, que a aquel protector silencioso i pacífico del santuario i sus tesoros. ¿Va a triunfar en él la gracia?

Esta sucesion de pensamientos i sentimientos en el alma de Pedro no duró en realidad sino mui cortos instantes; pero era lo bastante para agotar la paciencia de su compañero que, aunque evidentemente aterrorizado él mismo, no tenia ni los mismos recuerdos ni los mismos sentimientos que obraban tan poderosamente sobre el corazon de Pedro. El contrabandista rompió bruscamente el sueño que mantenia a Pedro en éxtasis i le dijo mui bajo, sí, mui bajo, porque el malvado no se atrevia a hablar en alta voz en presencia de aquella luz:

—Vamos, vamos, camarada, no perdamos el tiempo, comencemos.

—No puedo, dijo Pedro tambien en voz baja, no me atrevo.

—¡Imbécil! repuso groseramente el ladron; ¿eres acaso un niño? Acuérdate de tu promesa, i a la obra sin tardanza.

—No quiero, replicó la pobre víctima. Nó, por todo el oro del mundo, no quiero robar a aquélla que me ha vuelto a mi hija en una noche semejante.

—Entónces querras matarla en una noche semejante, rujió la bestia salvaje haciendo crujir sus dientes i lanzándole una mirada de tigre. Si no quieres acordarte de tu promesa, acuérdate de mi amenaza. En diez minutos estoi en tu casa i en cinco termino mi obra. Rehusa, pues, i en un cuarto de hora quedas viudo i sin hija.

Pedro estaba vencido; tembló ante aquel pensamiento i su corazon desfalleció. El momento de la gracia habia pasado; recobraba su ventaja el demonio. El desgraciado esclamó con la indolencia de la desesperacion:

—Sea pues, acabaré mi condenacion. Vamos a la obra, pero no con la luz de esta lámpara; nó, concededme al ménos esto, no con esta luz.

—¿Porque no? preguntó el otro, ¿no alumbra bastante?

—No importa, dijo Pedro, pero con esta luz nó. Quedemos, si lo quereis, en una oscuridad completa, i eso será mejor. O mas bien descubrid vuestra linterna sorda, i todo marchará perfectamente.

I, diciendo estas palabras, se cubria los ojos con las manos, para no ver la lámpara.

El ladron, murmurando algunas palabras entre dientes sobre aquella singular idea de Pedro, descubrió su linterna. El reflejo lívido i rojo que atravesaba el vidrio espeso i ahumado pareció manchar la casta luz que iluminaba ántes el lugar santo. Se hubiese dicho que era un arroyo de sangre que caia repentinamente en el cristal de una fuente, o el brillo siniestro de una casa incendiada reflejándose sobre el azul claro de una luna de verano. Aquella luz, sinembargo, tranquilizaba a Pedro i disipaba sus temores. Su compañero lo conoció i lo alentó diciéndole:

—Vamos, es preciso recobrar el tiempo perdido. Veo que no te gusta esta lámpara; pues bien, desembaracémonos de ella. Es de plata segun te he oido decir. Descuélgala, pues, miéntras yo voi a tomar los candeleros del altar.

Pedro tenia precisamente el mismo pensamiento. Con la resolucion de la desesperacion i cubriéndose siempre los ojos, se acercó a la lámpara, la tiró violentamente hácia abajo, i, soplando con toda su fuerza, la apagó.

En el mismo instante, resonó un grito en sus oidos, tan repentino, tan agudo, tan lleno de angustia, que parecia no poder salir de un pecho humano sino de un ser perteneciente a otro mundo. ¿Venia de cerca o de léjos, del cielo o de las profundidades de la tierra, o de los alrededores de la capilla? Ni él ni su compañero habrian podido decirlo, porque habia sido instantáneo, rápido, i no se habia repetido.

Pero habia seguido tan de cerca, o mejor, habia acompañado tan inmediatamente a la estincion de la lámpara, que Pedro i su compañero ligaron naturalmente aquellos dos hechos como el efecto con su causa.

(Concluirá.)

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

ANIBAL.

Contenido de este número.

I.—El misionero, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
II.—Ojeada sobre la historia de la filosofía, continuacion.
III.—El cabo Muñoz, poesía, por Jorje Isaacs.
IV.—La belleza, conclusion, por Antonio Várgas.
V.—Recuerdo, poesía, por Mário Valenzuela.
VI.—Dos meses de vacaciones, por Ruperto Marchant Pereira.
VII.—A un clavel, poesía, por M. A. Hurtado.
VIII.—La lámpara del Santuario, continuacion, por S. Em. el cardenal Wiseman.
IX.—Solucion de la charada del número anterior.

CÍRCULO DE COLABORADORES DE «LA ESTRELLA DE CHILE.»—Hoi celebra sesion a las doce i media del dia en el lugar de costumbre. Se recomienda especialisimamente la asistencia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

ANO IV. Santiago, abril 30 de 1871. Núm. 187.

UN PLAJIO

REVELADO POR SU PROPIO AUTOR.

> Ladran los perros a la luna
> i ella con majestuoso desprecio prosigue el curso de su viaje.
> Primero se ceba la envidia en las entrañas propias que en el honor del vecino.
> D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

La subsistencia de *La Estrella de Chile* i la buena acojida que ella ha encontrado en el público molesta a ciertas jentes, ya sea que sientan que la direccion del movimiento literario de nuestro pais se escapa de sus manos, ya sea que sus pasiones políticas i su fanatismo anti-católico no les permitan comprender los servicios modestos, si se quiere, pero mui positivos que nuestra publicacion ha hecho i que espera continuar haciendo, en mayor escala i por largo tiempo, a la literatura chilena.

Los redactores i colaboradores de *La Estrella de Chile*, convencidos de que la tarea que desempeñan es tan noble como desinteresada, continuarán realizándola en la medida de sus fuerzas, aprovechando las críticas justas i leales de que sus producciones sean objeto, i despreciando los anónimos desahogos de la emulacion, del odio o del despecho.

Los que se afanan por cerrar a los poetas de *La Estrella de Chile* el camino del Parnaso malgastan miserablemente su tiempo, i obrarian con cordura si el que pierden tratando de estorbarles el paso lo aprovechasen en hacer su propia jornada.

Ya era tiempo de que ciertos copleros, que deben en el Parnaso su puesto al compadrazgo, se convenciesen de que esos puestos no son ocupados definitivamente sino por aquellos que saben conquistarlos con el injenio i el trabajo. Los que para pensar, escribir i hablar no se han cuidado de obtener el permiso i la proteccion de los dómines que en Chile se habian constituido en porteros de la República literaria, se cuidarán mucho ménos de obtener el beneplácito de los pupilos, de los clientes i de las hechuras de esos porteros.

Pero si la redaccion de *La Estrella* no cree necesario, ni decoroso defenderse de los ataques anónimos de que ha sido objeto, cree oportuno i mui conveniente decir unas cuatro palabras sobre cierto plajio que se le ha echado en cara por álguien que no ha tenido el tino de cubrirse completamente la suya.

La composicion plajiada es un soneto: el plajiario se firmó *Tumurlan*, i el que ha hecho el descubrimiento se firma *Un ex-colaborador de La Estrella de Chile.*

Tomando en cuenta estas diversas circunstancias es fácil sospechar la verdad de lo que ha sucedido. Alguno de los muchos copleros que hostigan como las moscas, a los infelices redactores de los periódicos literarios, trajo a los de *La Estrella* sus producciones eróticas, disparatadas e indecentes, i tuvo el sentimiento de verlas todas condenadas a la horca. Entónces es probable que naciera en su mente la idea de vestirse de ajenas plumas, convencido de la imposibilidad absoluta en que se hallaba de brillar con las suyas propias. Tomó el *Correo de Ultramar*, encontró un soneto que le llenó el gusto, le cambió ¡raro escrúpulo! unas cuantas palabras i lo remitió a *La Estrella*, bajo el seudónimo de *Tumurlan*. Como el soneto no era producto del majin del dicho *Tumurlan*, nada de raro tiene que pareciese publicable al redactor de turno i que lo colocase de cuña en el primer hueco.

Tumurlan se ha agraviado ahora, probablemente por haber visto rechazadas sus producciones por malas i sus plajios por desvergonzados, i sin mas ni mas se ha ido al *Ferrocarril* a anunciar al público bajo la firma de *un ex-colaborador de La Estrella* que ha descubierto un plajio escandaloso i sin mucho trabajo, lo que puede creerse sin que lo jure ¿Quién mas competente i adecuado para descubrir los plajios que él mismo, que despues de haber tenido la ne-

cedad de hacerlos, tiene el descaro de publicarlos?

En resúmen, con el plajio en cuestion nada tienen que ver los colaboradores de *La Estrella*, que acostumbran firmar lo que escriben, ni otra culpa los redactores que la de no saber de memoria todos los sonetos que se han escrito en castellano para no dejarse sorprender jamas por los grandes injenios, que despues de haber buscado la gloria de los grandes poetas plajiando, buscan la gloria de los grandes críticos i eruditos, denunciando con estrépito sus propios plajios.

La Redaccion.

LA IGLESIA CATÓLICA EN ESTADOS UNIDOS.

Ensayo escrito para La Estrella de Chile.

Señores Editores:

Despues de ocho meses de permanencia en este grande i orijinal pais, empleados principalmente en recorrerlo i estudiarlo detenidamente bajo sus diversos aspectos, a la luz arrojada por las propias observaciones, en la prensa periódica i diaria, i en las mas autorizadas de las obras de largo aliento que sobre la materia se han dado a la publicidad, creo encontrarme en aptitud de presentar a sus lectores un cuadro completo i exacto de la situacion del catolicismo en la gran república de la América del norte. Este ensayo comprenderá el pasado histórico i el presente desarrollo próspero de nuestra fé relijiosa, estableciendo de esta suerte premisas fijas i ciertas que nos permitirán juzgar de la solidez de sus espléndidas espectativas en el porvenir.

Mirada jeneral.

La preponderancia del caloticismo en los E. Unidos es una verdad que no há menester de prueba, porque es un hecho práctico que se palpa. No pretendemos que se nos crea bajo la simple autoridad de nuestra palabra, que acaso pudiera merecer de algunos el reproche de preocupada i parcial. Cedemos el derecho de describir la situacion de la relijion católica en la América del norte a un pastor protestante que, aunque benigno i tolerante en su polémica teolójica, preside una comunidad adversa i no cesa de atacar desde su púlpito nuestros dogmas, creencias e instituciones. El Rdo. Tomas K. Beecher en un opúsculo recientemente publicado, que tiene por título «*Nuestras siete Iglesias*», declara testualmente que «la Iglesia católica romana «es la mayor hoi dia en toda la Union i «segun todas las apariencias está destinada a ser la única dominacion decisivamente influyente en los E. Unidos.» Al fin de los tiempos no han de quedar mas que los que creen i los que no creen, i los mismos que creerán serán los católicos, porque son los únicos que preservan su fé.

¿A qué debe el catolicismo esta preponderancia reconocida por sus mismos i mas ilustrados adversarios?

Lo debe en primer lugar a la sabiduría de sus instituciones i a la divinidad de su doctrina. Balmes ha dicho que el corazon humano es sin esfuerzo, naturalmente católico i ese aforismo se halla comprobado en los E. Unidos por la esperiencia de cada dia, con los rápidos progresos i victorias que nuestra relijion obtiene sobre las sectas disidentes. Las masas populares robustecen a cada momento el caudal de la corriente católica, i las relijiones reformistas, gastadas incesantemente por ella, se están diariamente liquidando como trozos de nieve que el torrente arrastra.

Otra de las grandes causas del triunfo del catolicismo en la democracia americana es su pasado histórico, sublime en en estas rejiones. Sus abnegados misioneros entre los tribus salvajes mas temidas por su inquebrantable ferocidad; sus audaces esploradores que estimulados por el sagrado fuego de la fé alcanzaron donde apénas llega hoi dia la interesada i emprendedora civilizacion de estos modernos tenicios; la grandeza i jenerosidad de sus móviles contrastando con las supersticiones crueles de los puritanos misticos, i el éxito mas brillante coronando siempre su anhelo perseguido con heróica constancia al traves de sacrificios i martirios, han rodeado al catolicismo de una aureola luminosa que no han logrado empañar ni siquiera por un instante las mas sistemáticas i calumniosas hostilidades de los sectarios.

Al hacer la historia de la marcha creciente del catolicismo en los Estados Uni-

dos, desarrollaremos como las fuerzas nos lo permitan estos dos interesantes capítulos de un fenómeno que con razon asombra al mundo. Los caudillos del racionalismo moderno han estado proclamando durante dos siglos que la relijion del Cristo era incompatible con ese doble dogma contemporáneo tan mal comprendido i tan maliciosamente esplotado: la democracia i la libertad. Nuestros sacerdotes con la arrebatada elocuencia de la fé i el ardor de la caridad que funde en uno todos los corazones, se han esforzado en demostrar desde la catedra santa que la libertad i la democracia léjos de ser inconciliables con el catolicismo, han surjido de su seno i han sido incubados por él en sus propias instituciones. La comunidad del destino del hombre, la igualdad de las almas, las jerarquías eclesiásticas establecidas solo para el servicio del rebaño, la circunstancia de subir los mas humildes a los mas encumbrados puestos de la Iglesia, en cuya altura no les era dado, sinembargo, llamarse sino los siervos de los siervos, el ejemplo histórico de haberse hallado siempre los pontífices del lado de las muchedumbres contra los soberanos temporales que se hacian reos de condenables estorsiones, han sido durante doscientos años los incontestables argumentos con que se ha probado la filiacion directa de la relijion católica con la libertad democrática.

Con todo, esos argumentos eran en parte abstractos, especulativos, i en parte se estraian del pasado que nunca ejerce suficiente influjo sobre el vacilante i discursivo criterio humano.

Hé aquí ahora, el ejemplo práctico, palpable, presente, inmediato, al alcance i a la vista de todo el mundo. El catolicismo que ha sufrido agonías terribles bajo el imperio de déspotas arbitrarios desde los primeros siglos de su existencia hasta los recientes dias del rei galantuomo, que ayer demandaba moribundo una piadosa absolucion i hoi se adjudica sacrílegamente los palacios, las galerías i los templos elevados a la fé católica por el mundo católico; el catolicismo que jimió destrozado en Inglaterra bajo la doble tiranía del concupiscente Enrique VIII i su digna hija la virjen Isabel, ese mismo catolicismo se estiende i crece robusto en esta república, con signos visibles de salud que le aseguran una existencia imperecedera, entre sus rivales enanos i raquíticos que, midiendo a su lado su mezquina talla, no pueden ménos de reconocer su superioridad i declarar desde luego que está destinado a sepultarlos i sobrevivirles.

El despotismo aristocrático, la tiranía monárquica, léjos de ser ni haber sido éjidas de la fé católica, no le han traido aparejadas sino persecuciones i martirios. La Iglesia, léjos de respirar feliz i de sentir espaciarse su ánimo brillante, ha encontrado abrumadora la atmósfera de las cortes i es desconocer la historia presentarla en complicidad siniestra contra la democracia i la libertad con los usurpadores de la soberanía popular.

Nació en la democracia. Las turbas que seguian a Cristo a escuchar al monte su palabra nueva no eran, por cierto, un séquito de nobles condecorados. Los consejeros que elijió para el ejercicio de su elevado ministerio, no fueron sacados ni de las universidades, ni de los árboles jenealójicos.

En vano es decir que ha habido en el seno de la Iglesia una reaccion aristocrática i autoritaria, porque siguiendo paso a paso su marcha hasta su desembarco en las costas de este pais libre i democrático se la vé crecer combatiendo tiranías incesantemente, sucumbiendo momentáneamente bajo su peso, i abnegándose siempre por el pueblo indefenso, por las masas ignorantes i aun por razas incapaces de reconocimiento como los indios americanos, que era necesario levantar de la barbarie.

Algunos, cuyo criterio histórico no envidiamos, señalan como testimonio de esa reaccion el robustecimiento de la autoridad en el seno de la misma Iglesia, i creen haber dado el golpe de gracia a la cuestion citando la infalibilidad papal, a su juicio la última espresion del autoritarismo. Pero ¿qué reaccion es ésta? ¿No habló Cristo en nombre de su Padre, en nombre de Dios desde el primer dia? La voz que clamó en el desierto no anunció una palabra infalible? Llamarse hijo del Eterno, asumir el carácter de mensajero del cielo, constituirse en lejislador supremo i único dispensador de la nueva doctrina, es erijir una autoridad que no admite aumento, i tal fué la que Jesus erijió i trasmitió a Pedro! ¿En dónde está entónces la reaccion? En ninguna parte. Lo que han dado en llamar

reaccion autoritaria en el seno de la Iglesia es la simple trasmision de la primitiva autoridad cristiana.

Pero ¿qué clase de autoridad es ésa? Es una autoridad de fé que no tiene mas garantías de eficacia que la conciencia relijiosa del creyente. Por el mero hecho de ser autoridad de fé tiene que ser absoluta, i por el mero hecho de depender esclusivamente de la conciencia, tiene que ser libre i espontáneamente aceptada, sin jénero alguno de coaccion.

¿Hai en una autoridad de esta naturaleza, tiranía? Está ella en contradiccion con la libertad i la democracia?

Nada mas distante. Esa autoridad como absoluta dicta una lei comun i sin distinciones a toda la sociedad que preside i bajo este aspecto es democrática. Por otra parte solo depende de la conciencia, no entran en su espíritu, i rehusa los medios materiales de imponerse i, bajo este aspecto, es una autoridad que reposa en la libertad.

La democracia i la libertad no solo, pues, se concilian sino que se hermanan estrechamente con la autoridad absoluta i de fé de que se halla investida la cabeza de la Iglesia.

A esa autoridad querida i aceptada libremente por todos los sinceros católicos i contra la cual solo protestan los que no lo son, como si ella tratara de imponérseles, deben atribuirse en gran manera los progresos i conquistas del catolicismo en los Estados Unidos. Ella es la base en que descansan la unidad doctrinaria i disciplinaria de nuestra Iglesia, que la permite ser consistente, firme, lójica, i evolucionar como un ejército organizado, dirijido por tácticos inteligentes, en la gran campaña que tiene trabada con sus mil rabiosos émulos en este pais.

Hé aquí lo que dice Tomas Beecher a este respecto:

«La unidad de la doctrina i del Ritual »Católico Romano en toda la estension »del mundo es excelente. Si los cristianos »de otras iglesias abandonan la parroquia »a que acostumbran asistir i van a otro »templo de su misma denominacion, ni si»quiera saben lo que allí van a presenciar. »El pastor hace lo que le da la gana i el »feligres estranjero se encuentra desorien»tado durante toda la ceremonia. No pasa »otro tanto en el Católico-Romano. A cual»quiera iglesia católica de Nueva York que »vaya, encontrará el calendario i el servi»cio del Ritual, que al mismo tiempo se »halla en vijencia sobre toda la faz del »mundo para sus hermanos en la fé. Ya »sea que éntre en una modesta parroquia, »en una modesta catedral o en la tienda »de un misionero, hallará al sacerdote si»guiendo las mismas reglas i teniendo en »mira idénticos objetos.»

«La Iglesia Católica-Romana sostiene »empresas eclesiásticas de educacion i de »misiones con excelente i notable econo»mía. Su clero celibatario i otros hombres i »mujeres relijiosos consagrados a la obra »de la Iglesia, producen una prodijiosa can»tidad de trabajo a un costo increiblemen»te pequeño. El dinero no tiene objeto pa»ra un hombre o una mujer consagrados. »Están satisfechos teniendo vestido i alimen»to. No hai ni puede haber la menor com»petencia entre ellos. De consiguiente no »se hacen entre ellos esfuerzos vanos.»

«Un escolástico consumado que pasa su »vida en una cátedra de profesor, gana i »es poco ganar de dos a tres mil pesos al »año. Un personaje de la misma categoría »recibe en un colejio católico, quizas solo »quinientos pesos!»

«Una maestra injeniosa de ornatos feme»ninos, como música, dibujo, bordado, »frances, cuesta en uno de nuestros cole»jios de buen tono de mil a mil quinientos »pesos. En un establecimiento católico se »obtiene lo mismo o mejor por una mez»quina suma de doscientos cincuenta a tres»cientos pesos.

«Es preciso reconocer que si la abnega»cion personal, la obediencia voluntaria i »la pobreza son testimonios de sinceridad, »o mejor dicho, si son gracias aceptables a »Dios, debe admitirse desde luego que la »Iglesia Católica-Romana exhibe una bue»na multitud de humildes, obedientes i ab»negados.

«De esta unidad i de esta sujecion a una »comun autoridad se deduce que la Iglesia »Católica-Romana que no hace distincion »entre los individuos, puede sinembargo »graduar i clasificar a sus miembros dan»do a cada cual su posicion, tarea i digni»dad segun su habilidad i temperamento.»

«En esta ciudad (Nueva York), como en »todas nuestras ciudades, la Iglesia Católica es la Iglesia de los pobres i de los »trabajadores. Los *demagogos* habrán en»señado a los irlandeses a despreciar a los

»negros, pero ningun sacerdote católico »les cerrará la Iglesia ni les rechazará del »altar.»

«Los trajes llanos o harapientos i man»chados podrán ser mirados de reojo i aun »mal acojidos en muchas iglesias a que »nacostumbran ir presbiterianos i anglicanos »acomodados, pero en la Iglesia católica el »vestido no se toma en cuenta miéntras se »dice la misa.»

«I si cualquiera tocado por el espíritu de »Dios desea contribuir con sus esfuerzos, »la Iglesia católica tiene siempre lugar pa»ra el hombre, la mujer i el niño. Los via»jeros os dirán que la caridad católica es »tan ancha como el mundo. Donde azota »el cólera i desola la peste, hallareis her»manos i hermanas de la caridad alimen»tando a los abandonados i ayudando a los »moribundos.»

«Cuando el averno vomita fuego i los »hombres claman a guerra, como las flores »a la márjen de los arroyos de lava, corren »a los encendidos límites de la devasta»cion las modestas i suaves hermanas de la »caridad; ántes que los buitres oscurezcan »el firmamento acechando su presa, estas »palomas celestiales hallan a los que vi»ven, confortan a los que mueren, i rue»gan por los sepultados.»

Hé aquí los frutos de la unidad en la disciplina i en el rito, que como hemos demostrado emana directamente de la autoridad absoluta i de la fé que gobierna a la Iglesia.

Las ventajas de la unidad en el órden doctrinario son mas tanjibles si cabe. Miéntras las sectas acéfalas del protestantismo se contradicen unas con otras i en su propio seno, creyendo unas lo que otras niegan, i dando una interpretacion determinada a las palabras evanjélicas, un individuo que otro hermano de la misma comunidad desconoce para sentar la suya propia, el catolicismo tiene adoptados una sola doctrina, una sola fé, porque solo tiene una cabeza, i es lójico i consistente en medio de la lastimosa anarquía de sus adversarios. Esta es una condicion de fuerza que presenta al catolicismo con cierto prestijio ante las masas i le granjea numerosos prosélitos.

Ademas un pueblo de mercaderes como el de los Estados Unidos, tiene poco tiempo que consagrar a los asuntos del espíritu, i donde la hora es dinero, se concebirá fácilmente que haya mucha vaciedad de alma. Esta circunstancia facilita sin duda la delegacion que hacen las masas laboriosas en manos de hombres superiores de cuyo afecto paternal i tradicional sabiduría están convencidos. En este sentido la Iglesia católica está aquí conteniendo el desborde del mas grosero materialismo, un millon de veces mas humillante que el del paganismo romano, por lo mismo que es ménos culto.

Mas o ménos hemos espuesto ya a sus lectores, señores editores, apoyándonos en la autoridad de un ministro de una de las sectas disidentes, cuales son los motivos sustanciales, de institucion i doctrina, que allanan de un modo tan admirable la senda de una grande i definitiva victoria a la relijion católica en este pais. La democracia i la libertad nacen del catolicismo, i por eso el catolicismo respira i crece donde imperan esas dos reinas del siglo. La fé cristiana es tan necesaria para el sostenimiento de la libertad i la democracia, como ellas amparan su desarrollo. La república francesa de 1789 fué un sangriento fiasco porque empezó arrojando a Cristo al Sena i lanzando el grito blasfemo *crasséz l'infame!* Esos ensayos son los que conducen a la anarquía carnicera primero, i a las dictaduras cesáreas en seguida. En Estados Unidos la libertad i la democracia se solidifican i la república permanece, porque el pueblo i el movimiento político ha sido relijioso i libre a la vez.

CÁRLOS MORLA.

(*Continuará*).

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

III.

NALTAGUA.

Oh! oh! ¡cómo se me ensanchó el alma, al volver a contemplar despues de un año de ausencia, el rio, los cerros, la alameda, las flores i todos aquellos sitios amigos, todos aquellos viejos conocidos! ¡cómo se reian al volverme a ver!....Al vadear el rio, éste me saludó con una gran cortesía, en la que dando un traspié el caballo, por

poco no me sumerjo hasta la cintura; los álamos me rociaron con una lluvia de hojas amarillentas i de cuncunas tan atrevidas, que hasta se fueron a pasear por mis narices; los perros, ¡animales! casi me rebanaron las pantorrillas, pues como bandera me dejaron los pantalones i, ¿qué decir de las ortigas que me acariciaron miéntras en la arboleda, me entretenia en cortar unas pelargonias?.....¿i de los señores mosquitos, que hasta por los ojos me picotearon?....i de los intrusos tábanos, i de los zancudos que....¡ai! lector, ¡si hubieras visto, qué verdugones, qué ronchas mayúsculas, me hicieron en los brazos i hasta por los codos!....i la comezon....¡Jesus! mas vale que no me acuerde. Llegó la noche: sonó la campana de la capilla, los murciélagos salieron de sus madrigueras, los canes se pusieron a ahullar, los sapos i las ranas entonaron en los pantanos su armonioso i eterno: *¡paaáagame!—¡No quiero! ¡paaágame!—¡No quiero!* Los grillos en sus cuevas: *¡tlic! ¡tlic! ¡tlic!* a porfia repetian, miéntras las lechuzas: *¡chiüt! ¡chiüt!* con fuertes aleteos contestaban a duo con los chunchos, que....¡oh! estas avecitas me hicieron crispar todo el sistema nervioso. Me fui a acostar; todo fué quedar a oscuras i comenzar la música: *¡zúuuum! zúuuum! zúuuum!* ¿Quién diablos, tocaba aquella serenata?... ¡Quién habia de ser, sino los zancudos!—Si, pues, lector, esos animalitos tan cantores i tan patilargos; en vano los ahuyentaba, en vano principié una série de evoluciones, sacudiendo i haciendo jirar en torno de mi cabeza un gran cachenez, a guisa de abanico, los malditos no se daban por vencidos: *¡zúuuum! zúuuum! zúuuum!* en do sostenido, me tarareaban en la oreja derecha, zas! palmada que les aplicaba; *¡zúuuum! ¡zúuuum zúuuum! zúuuum!* en fa bemol, repiqueteaban en la oreja izquierda. Entretanto, álguien llevaba el contrabajo en los guarda polvos del cuarto: *rácu, raáacu, ráaaaaácu!*....¿serán lauchas o pericotes? me dije a mi mismo: *rácu, raáaacu, raaaaáacu!*....¡qué jente tan mal educada! tomé un in-folio de Séneca i Plauto, que habia estado leyendo i pataplum! lo lancé contra uno de los rinconeS; ti-li-lin! allá voi! contestó el lavatorio. ¡Válgame Dios! jarro, taza, vasos, frascos i botellas, todo estaba por el suelo; el in-folio se habia desviado de la recta horizontal. Acabé por aburrirme; aquello iba a ser interminable; encendi luz. Uf! dos vinchucas estaban ahi sobre el velador preparando ya sus lancetas para sangrarme como sanguijuelas; al mismo tiempo, picada por aquí, picada por allá i rásquese Ud.; tuve que apelar al último recurso i fué vestirme i zafar para afuera; ¡qué poético, qué poético era todo aquello! ¡qué magnífico tema para una epopeya!...Vaya! decia entre mi, apretándome el occipito-frontal, no estar aquí Antonio! quizas entónces, con algun pomo de sus esencias *a la violette* o *a la fleur d'oranger*, hubiera podido calmar el dolor de cabeza que ya comenzaba a molestarme.

Tal fué la primera noche pasada en la hacienda. Las consecuencias de la velada fueron mui lójicas: al dia siguiente, al treparme a la *romana*, encontré que mi peso habia disminuido de un cinco por ciento: ¡i yo que esperaba engordar una libra diaria por lo ménos!....Era preciso recuperar lo perdido; los terneros i las vacas bramaban en el corral, pues señor, vamos allá, dije i en un santi-amen, me soplé dos reverendos i espumosos *cachos*. Miéntras tragaba el dulcísimo néctar, cerraba un ojo i con el otro *cateaba* a un ternero de año, que se relamia de pura envidia por no poder imitarme, por mas topadas que daba a las repletas ubres, pues la docta lechera le habia puesto, por via de paréntesis, un importuno bosal en el hocico.

Vuelto a las casas; le hice los honores a un confortable *chércan*. ¡Qué! ¿te estraña esa palabra? vaya, lector, no te hagas el disimulado; ¿cuántas veces el fragante aroma de la harina tostada, no te habrá hecho castañetear la lengua en el paladar, i cuántas otras no habrás sacado el vientre de mal año, con uno de esos pocillos, que llaman de padre provincial!....ah! ah! te sonries ahora?....sacarron! i, ¿cómo decias que ignorabas lo que queria decir *chércan!*....

Pero veo, que con estas minuciosidades me voi haciendo interminable; entremos pues de lleno a lo que es el asunto de este capítulo.

Omito las descripciones del campo, de las casas, de la viña, del baño, de la arboleda, del jardin, baste saber que Naltagua es un delicioso lugar; pues bien, aquí pasé desde el 11 hasta el 22 de enero, empleando este intermedio de cincuenta i siete mil seiscientos segundos, en recorrer los potreros, cerrros i laderas; en contemplar

las eras, las parvas i las chacras; en visitar los bosques, vegas i corrales i por fin de cuento, en comer i dormir hasta decir basta.

De todos los puntos que visité, ninguno mas hermoso, que una de las puntillas, que los huasos han bautizado con mi nombre; casi todas las tardes me dirijia ahi, ya solo, ya en compañia de mis primos, Alberto, Enrique i Arsenio i siempre resguardado por Centinela, Lautaro i Alerta, tres bravos mastines. Es éste un sitio encantador: el cerro de roca viva, cortado a pico, el rio estrellándose contra los peñascos, los sauces sacudiendo sus ramas, los pejerreyes saltando i zabulléndose entre los remolinos, los niños brincando en la orilla i tirando piedras a los perros que ladrando se lanzaban presurosos a la corriente....i luego el bellísimo panorama que se desarrolla i dibuja en derredor: a un lado, la isla de Maipo con sus álamos, sus vegas; al frente, los cerros de Lonquen, Mallarauco i Peñaflor; al poniente, el sol ocultándose tras lejanas cumbres; al oriente, la cordillera con sus eternas nieves; por otra parte, el silencio del campo, interrumpido solo por el murmullo del agua i el blando quejido del céfiro, i luego despues, el cielo azul, donde resplandece el lucero de la tarde i una que otra estrella, las que van aumentándose i multiplicándose a medida que las primeras brumas de la noche, van borrando el horizonte, el cerro i la llanura....¡Qué lugar mas apropósito para la inspiracion i la poesía! ¡Oh, cómo volaba la imajinacion, se estasiaba el espíritu, i se embriagaba el corazon!...¡Cuántas cosas, en efecto, no dije a las rocas en aquel lugar! ¡cuántas a las flores silvestres que cien veces me entretuve en deshojar! ¡cuántas al viento que azotando con estruendo los *quiscos* i mujiendo entre los carrizales, venia despues a murmurar a mis oidos, mil palabras tristes, mil llorosas quejas!....

—Viento, esclamaba, apesadumbrado i lleno de angustia, sopla, vuela, atraviesa las distancias i lleno de amor, en dulces ráfagas i en suaves brisas, vé a repetir mis lamentos a quien ocasiona mi sufrimiento i mi amarga pena; si te escucha, si atiende tu triste mensaje, agradecido, juguetea entónces en torno suyo, acaricia con pasion sus manos i sus mejillas, besa tiernamente sus lindos cabellos, róbale un suspiro i vuelve al punto, ¡oh, vientecillo! vuelve a morir al lado de quien te envia!....—El lejano i moribundo sonido de la campana de la oracion venia a sacarme de mis reflexiones; conmovido bajaba de los peñascos; los niños corrian a reunirse conmigo, llevando en sus manos, manojos de manzanilla o algun nido arrancado de entre los espinos; entónces todos juntos tomábamos el camino de las casas, no sin elevar ántes al cielo una corta plegaria, a la cual en silencio, yo agregaba siempre, un nombre, un precioso nombre!....

IV.

VEINTE I CUATRO HORAS EN SANTIAGO.

El domingo 22 a las diez en punto A. M. entraba por la calle de Huérfanos. ¡San Nicodémus! qué aspecto tan tétrico i tan desconsolador! todas las puertas de calle herméticamente cerradas, los rayos del sol cayendo perpendiculares i reverberando sobre las murallas i el pavimento, iban a refractarse sobre los montones de piedra canteada i por cantear i a derretir los barriles de brea destinados a asfaltar las veredas; del antiguo empedrado no quedaban sino algunos despedazados restos, muestra elocuente del gran zafarrancho causado por el nunca bien ponderado Macadam. Me aventuré a andar por aquella caja de rio, diré, pues no encuentro otro término de comparacion mas a propósito; uúf! me da fiebre solo el recordar cuantos sudores me costó el llegar hasta la calle Ahumada; era preciso jugar la marona o andar haciendo *pininos* a riesgo de achatarse las narices o romperse un tobillo, sino los dos. Por fortuna, a la fecha, ya van alejándose los aromáticos incensarios, que por poco no infestan la ciudad entera, con su agradable perfume a alquitran, recina o que sé yo. En vano anduve para arriba i abajo, de norte a sur, del setentrion al mediodía, no encontré ni un solo conocido; cansado me volví a casa; el calor era insoportable; no sabiendo que hacer, me puse a rejistrar los diarios. Leí de punta a cabo el *Ferrocarril* i el *Independiente*, sin perdonar los avisos, no digo los nuevos, pero hasta aquellos eternos i viejísimos de: «Bitter's estomacales de Hostetter» i «Píldoras i ungüento Holloway» etc. etc. Por fin, tomé la *República*: como buen santiaguino i amigo de

la localidad, lo primero que hice fué tragarme la crónica entera. ¡Canario! ¡i cuántas cosas decia el señor cronista! pero, aunque varias veces tuve que hacer fuerza de velas para poder tragar ya una, ya otra noticia, que a trueque de despertar la atencion de los lectores, venian con un palmo de luengas i bien acondicionadas pildoritas, (pues en esto de confeccionarlas i dorarlas, ellos son mui ladinos i no le van en zaga a los boticarios, droguistas, farmacéuticos i tirapéuticos), aunque me costó, digo, tragar la píldora, para dijerirla, no tuve mas remedio que recurrir a las noticiosas e interesantes cartas de San-Val. ¡Aprieta!, i ¡qué *pillules* tan reverendas no nos sopla a veces el señor San-Val, desde el Ródano o del Guadalorce!.... ¡Ai! aquellas cartas me hicieron mucho daño: ¡la Francia, la noble Francia, humillada por el déspota prusiano!.... brrrrr! no dije mas sino que me quedé mústio i pensativo, mas pensativo que lo que lo está el abate Molina puesto sobre su pedestal. No sé cuanto tiempo me llevé pensando, lo cierto es que llegó la noche, salí a la plaza, allá me llevé dando vueltas i revueltas, siempre pensando, pensando i pensando; de repente, siento que me dan un pellizco i tras el pellizco,—¡animal! me gritan: miro, era una jovencita de sesenta años a quien le habia pisado el vestido i roto la cola; yo no atiné i solo pude tartamudear: —¿Prup, prup, prusiana o francesa? señora i Ud. perdone.—¡Bruto! fué la respuesta i tras garrotazo que me zumbaron por las costillas. Es el caso, que por huir de la jovencita, habia ido a dar contra un mui respetable señor de anteojos verdes, que sin duda padecia de los callos, pues lo ví hacer tantas morisquetas i contorsiones, ya levantando, ya agachando la pierna derecha, que no me quedó mas remedio que poner piés en polvorosa, no sin lanzar ántes mil pestes a esa maldita noticia del triunfo de los prusianos, noticia que así me habia hecho pellizcar i sacudir.

—Jesus! Jesus! murmuraba la de los sesenta, estos atrevidos, ya no respetan ni las canas, ni los años....

—¡Ni las colas! agregó un pilluelo que habia presenciado la anterior escena i que reia a mandíbulas batientes.

Yo, entretanto habia torcido por el pasaje, pero la fatalidad me perseguia; todavía no habia andado cincuenta pasos, cuando, ¡Dios me libre! por poco no dejo sin olfato a un prójimo i luego despues, casi atropello a un chiquillo i hago mil pedazos una vidriera i todo, por ir preocupado por esa cuestion de la Francia i de la Prusia! Salí a la calle del Estado, ahí di vueltas el canasto de un bollero, me llevé por delante a un *paco* que dormia en una esquina, rompí el rico pañuelo de una dama, por fin tropecé i por poco no me rompo la crisma contra el poste de un farol del alumbrado i todo, todo, por.... brrrrr!.... Aturdido, eché a correr, un perro me agarró por los faldones i tiron va, tiren viene, paff! caí dentro de un pantano; el sombrero se me hizo una tortilla i yo, yo, apiádate lector, ¿cómo quedaria?.... Por fin llegué a casa, exhausto, loco, delirante; tomé mi maleta i, camisas, pañuelos, medias por aquí i chalecos, blusas, corbatas por allá, en veinte minutos dejé todo arreglado i me metí entre las sábanas, protestando, que al dia siguiente, lloviese o tronase, yo estaria léjos de la capital.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(*Continuará.*)

UN HORÓSCOPO.

A ABDON CIFUENTES.

I.

En un puertecillo humilde
De la Española una tarde
Deliciosa de verano,
Pronto el sol a sepultarse,

A orillas del mar se vía
Un caballero paseándose,
De aspecto noble i altivo,
Aunque de modesto traje.

A veces se detenia
Pensativo, sin cuidarse
De cuanto en redor pasaba,
Como si a su alma ocupasen

Meditaciones profundas;
I a veces con desiguales
Inciertos pasos seguia
En su camino adelante.

Otras veces largo rato
Del mar en la tosca márjen
Quedaba clavado, fija
La audaz mirada en dos naves

Que aparejaban sus velas
Como para un largo viaje,
Al soplo fugaz del viento
Blandamente columpiándose.

Mudó de espresion de súbito
I en su severo semblante
Cambióse el color, quedando
Pálido como un cadáver.

No hai duda que lo absorbian
Completamente mui graves
Pensamientos, i que entónces,
En ese rápido instante,

Cruzaba en su mente alguna
Sombra, vaporosa imájen
De algun recuerdo lejano,
De alguna ambicion brillante!

La oscura noche, entretanto,
Iba envolviendo los mares,
El puerto, la playa, el cielo,
Con sus sombras impalpables;

I se oia por do quiera
Vaga, indecisa i errante
La armonía melancólica
De los jenios de la tarde.

Mas nuestro buen caballero
En medio de ese paisaje
Romántico i solitario,
Ni se cuidaba de nadie,

Ni ménos de si las sombras
Empezaban a aumentarse,
Ni si la luna alumbraba
Del mar los blandos cristales;

I siempre fijos los ojos
En las dos lejanas naves,
Un hondo i triste suspiro
Dejó del pecho escaparse.

No bien suspiró, a su espalda
Oyó un acento, que afable
Lo interrumpió de ésta suerte
Cruzando palabras tales:

—Suspira vuesa merced
Con injusticia; i mal hace
El valiente caballero
De dar sus quejas al aire.

¿Acaso en las carabelas
Que mañana al Darien salen
El caballero se embarca
En poz de hazañas audaces?

—Talvez, Micer Codro; pero
Parecen insuperables
Los graves inconvenientes
Que se oponen a mi viaje—

—Yo no los alcanzo: ¿acaso
Está el corazon cobarde?—
—¡Oh! ¡no!.....
—¿I el brazo?
—Robusto..
—¿I la ambicion?
—¡Siempre grande!

—Pues, si el ánimo está fuerte
No hai que temblar, i adelante!...
Porque el templo de la gloria
Sus doradas puertas os abre!—

—¿Es cortesía?
—Está escrito
Con las letras inmortales
De las estrellas del cielo,
Que Dios ha puesto a mi alcance!

«¡Oid! en el horizonte,
Allá al léjos, levantarse
Miro sobre el fondo oscuro
De aquel azulado esmalte,

«Una solitaria estrella
Hermosa, pura i brillante,
Que eclipsando a las demas
Las oscurece i abate:

«¡Esa es la vuestra: miradla
Tan hermosa levantándose!....
Mas ¡ai! si volveis a verla
Donde la hallais esta tarde!

«Temblad, temblad, caballero,
Que en aquel fugaz instante
En vos se para la rueda
De la fortuna variable:

«Gran peligro os amenaza,
Duro i sangriento contraste,
En que víctima inocente
Os harán almas infames!

«Pero si lograis salvar
De aquellos signos fatales

Que marcan el jiro incierto
De vuestra estrella inconstante,

«Sereis el mas afamado
De todos los capitanes
Que en el nuevo mundo estienden
De Castilla el estandarte!—

—Digais verdad, Micer Codro;
I Dios os premie i os pague—
—Tenga aliento el caballero
I ni un momento desmaye.—

—Júroos que mañana parto
Abordo de aquellas naves,
Aunque a mi viaje se opongan
Usureros miserables.

Sabré burlar su codicia
I a su pesar embarcarme,
Que ante un porvenir de gloria
Se siente el alma pujante!

¿Qué son esas pequeñeces
Que como en estrecha cárcel
Sujetan mi ardiente brio,
Mi ardor jeneroso abaten?....

Sí, yo os juro, Micer Codro,
Por la sombra de mi padre,
Que me haré aplaudir del mundo
Por mis hechos singulares!—

—Vasco Nuñez de Balboa,
Dios os guarde, Dios os guarde:
Pero recordad mi horóscopo
Porque habreis de confirmarle!

Calló el altivo español,
Siguió el italiano errante
Observando las estrellas,
I huyó apurada la tarde.

La noche tendió sus sombras
Como velos funerales,
I un jemido melancólico
Se oyó cruzando en los mares!

II.

A la mañana siguiente
Entrambas naves se dieron
A la mar, al dulce impulso
De un fresco i próspero viento.

Iban a su borde muchos
Audaces aventureros
A buscar oro i laureles
En pos de locos proyectos.

Los que quedaban en tierra
Con cierta envidia, i secreto
Dolor a los que partian
Saludaban desde léjos,

Con tan sincero cariño,
Con tan jeneroso afecto,
Que parecian hermanos,
No tan solo compañeros.

Así esas almas de bronce
Se unian con lazos tiernos
En medio de los peligros
Allá en un mundo desierto!

Espectáculo curioso
Aquél, panorama bello,
Que harto mejor que la pluma
Lo dibuja el pensamiento....

Apiñados en la popa
Los bravos aventureros
I agrupados en la playa
Los habitantes del puerto,

Todos, diciéndose adios,
Los hombres con los sombreros,
Los niños con sus clamores,
Las hembras con sus pañuelos!

El astrólogo italiano
Quedó en la playa el postrero,
I al retirarse a su casa
Fué diciéndose a sí mesmo:

«Yo no lo he visto partir,
I no lo he visto en el puerto;
I no es hombre Vasco Nuñez
Que falte a sus juramentos!

Mas, no mienten las estrellas;
I anoche lei en los cielos
Que la fortuna sonríe
A sus audaces intentos.»

I así, echando aquestas cuentas
En el fondo de su pecho,
Micer Codro, el italiano,
Fuése a su casa en silencio.

¿Dónde está?—Todos lo ignoran...
¿Se encontró?—¡Talvez!—Empero,
Si está, o no está Vasco Nuñez
Es un profundo misterio.

Los usureros rabiaban,
Se reia el pueblo de ellos,

Que el pueblo inclemente siempre
Se rie del mal ajeno:

Eran las deudas mui fuertes,
I era el caudal mui pequeño
Que en herencia Vasco Nuñez
Dejaba a los usureros.

Unos decian: ¡qué infamia!
Otros: ¡qué golpe tan bello!
I hubo quien sacó su espada
Para desfacer entuertos,

I defender el honor
Del ausente compañero,
Que pudiera haber faltado
Pero que estaba mui léjos!

Jefe de la espedicion—
¡Lo que vá de tiempo a tiempo!—
Era el bachiller Enciso,
Magnífico leguleyo,

Que tanto entendia en leyes
Como en conquistas de reinos,
I manejaba la espada
Como estudiaba el derecho.

Pasó revista a su jente
Uno por uno; eran ciento,
Tres frailes, un escribano,
Dos alaguaciles i un médico.

Estaban en alta mar,
Claro i despejado el cielo,
Los ánimos decididos,
I fresco i próspero el viento,

Cuando repentinamente
Con grande asombro, de en medio
De los marinos, alzóse
Un apuesto caballero

De jeneroso talante,
De altivo, orgulloso aspecto,
Hasta los dientes armado
I con manoplas de hierro.

Un grito de admiracion
Saludó al novel guerrero;
«¡Vasco Nuñez de Balboa!»
Clamaron todos a un tiempo....

¡Vasco Nuñez!..¿Es posible?
¿Dónde?—¿Cómo?—Fué un misterio
La aparicion repentina....
Mas, él con franco despejo

A los curiosos marinos
Descifró el astuto enredo
Que tramó para burlar
A sus crueles usureros:

Les contó como metido
Dentro de un tonel, i preso
En tan tenebrosa cárcel,
Dejó trascurrir el tiempo

Hasta esperar un instante
Propicio, de tierra léjos,
Para mostrarse a los ojos
De sus nobles compañeros.

—«Obrad como os cumple ahora,
Agregó con firme acento,
I pensad que en buena causa
Puede ser útil mi acero;

«Pensad que a esfera mui alta
Levanto mis pensamientos,
I que es hidalga mi sangre,
I que mi brazo es resuelto!»—

Irritóse el Bachiller
Con el huésped; mas lo ruegos
Entusiastas de los suyos
Ablandarle consiguieron.

Hubo fiestas en las naves,
I aplausos i gran contento,
Celebrando la aventura
Del valiente caballero.

La estrella que Micer Codro
Señaló, en aquel momento
Sobre el lejano horizonte
Iba a los cielos subiendo!

III.

Desde aquel dia en el mundo
Corrieron algunos años,
I bien distinta i opuesta
Fortuna tuvieron ambos.

En una roca desierta
Enfermo i abandonado
Rindió su aliento postrero
El astrólogo italiano;

Al paso que Vasco Nuñez,
Lleno de gloria i aplausos,
Del indócil pueblo en hombros
Subió a los puestos mas altos.

Sujetó al trono de España
Reyes i pueblos lejanos

Que obediencia le rindieron
I a sus plantas se inclinaron;

I fué el primer Europeo
Que clavó con firme brazo
En las playas del Pacífico
Los pendones castellanos.

Una tarde—horas sublimes
De melancólico encanto,
Tan hermosas i tan tristes
Bajo el cielo americano!

Horas de eternos misterios
I dulcísimos halagos
En que la naturaleza
Se rinde a un grato descanso;

En que las almas sensibles
Tienden el vuelo al pasado
I humedecen sus recuerdos
Con las gotas de su llanto;

En que todo es poesía
Bajo un sentimiento májico
Que se despierta en el alma
Misterioso i solitario!—

Una tarde Vasco Nuñez
De los suyos rodeado,
A orillas del mar del Sud
I allá en un golfo lejano,

Consultaba a sus amigos
Los proyectos temerarios
Que acariciaban su mente
I estimulaban su ánimo

Para llevar adelante
En ese mar ignorado
Empresas mas colosales
I pensamientos mas vastos.

Para cumplirlos tenia
Quinientos hombres, i cuatro
Poderosos bergantines
Perfectamente equipados;

Contaba con el prestijio
De su nombre ilustre i claro,
Con la aprobacion del Rei
I la fuerza de su brazo.

Era su plan ir al Sud,
Siempre al Sud, algunos grados,
Hasta llegar a las playas
De un imperio dilatado

Que estendia sus dominios
En esos pueblos lejanos
Ricos en perlas i en oro,
Llenos de pompa i de fausto.

—«Oh! qué hermoso porvenir,
Esclamaba entusiasmado,
Se presenta ante mis ojos
Fácil para conquistarlo!

«De mi ambicion alimento
Será el imperio mas vasto
Que existe en el nuevo mundo,
Del viejo mundo ignorado.....

«En un mar desconocido
Dueño de inmensos estados,
Sino igual al rei de España,
Seré su primer vasallo!»—

¡Cómo ciega la ambicion!
¡Cómo en sueños insensatos
El corazon se adormece
De la fortuna en los brazos!

Al mismo tiempo que usaba
De este lenguaje el bizarro
Aventurero español,
Su vista alzaba al espacio

Distrayendo en el crepúsculo
Sus pensamientos livianos,
Talvez sin pensar que el cielo
Suele ser un libro amargo!

Vió la estrella, exactamente
En el lugar que diez años
Atras le indicó una tarde
El astrólogo italiano.

Lucía tan tristemente,
Con tan indeciso rayo
Que parecia apagarse
En las sombras del ocaso.

—«Patrañas! dijo; el astrólogo
Quiso burlarme, pues cuando
Mi porvenir es mas bello
I mi destino mas alto,

«La estrella de mi fortuna
Pronta a caer al ocaso,
Está en el punto, que él mismo
Fijó como infortunado.

«Patrañas! ¿Cuándo el destino
Quiso levantarme tanto?
¿Cuándo me ofreció la gloria
Mas lisonjeros aplausos?....»—

Aun hablaba Vasco Nuñez
Cuando una carta a sus manos
Trajo un paje de Pedrarias
Con mucha urjencia llamándolo.

I era una asechanza infame!
I era un miserable lazo
Que al ilustre héroe tendian
Sus verdugos mas villanos!

Lo acusaron de traidor,
Como a tal lo condenaron:
Vendidos eran los jueces
I eran los testigos falsos!

Publicamente en la plaza
Fué el infeliz degollado,
Entre los llantos del pueblo
I las risas del tirano!

C. WALKER MARTINEZ.

LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

POR S. EM. EL CARDENAL WISEMAN,

Autor de Fabiola.

Traducida para *La Estrella de Chile*

POR MÁXIMO. R. LIRA.

(Conclusion.)

IV.

REAPARECE.

Accende lumen sensibus,
Infunde amorem cordibus.
HIMNO.

Su lámpara no se apagará durante la noche
Prov. XXXI. 18.

El espantoso grito de que hemos hablado al fin del capitulo precedente aterrorizó a los ladrones sacrilegos.

El contrabandista temblaba en todo su cuerpo, sus dientes castañeteaban de espanto; la linterna se escapó de sus manos trémulas i se apagó. Pedro i él se precipitaron hácia la puerta i se lanzaron fuera.

Encontraron a su compañero tan espantado como ellos.

—¿Habeis oido? esclamaron juntos.

—¿Oido? respondió con voz trémula. Sí, ciertamente, i deseo no oir jamas nada semejante. Vámonos: en adelante nunca entraré en robos de iglesias. Por lo demas, éste era un negocio que me desagradó desde el principio.

Los dos ladrones estaban entónces seriamente aterrorizados, i huyeron con la mayor lijereza posible hácia sus casas, dejando a Pedro salir del compromiso como pudiera.

El primer movimiento de éste debió ser dar gracias a Dios, que así le habia impedido cometer un horrible sacrilejio, i que al mismo tiempo habia puesto a su mujer i a su hija al abrigo de la venganza de sus feroces compañeros. Pero el miedo paralizaba todos sus movimientos; no pensó mas que en alejarse lo mas pronto de la escena de su crimen i en hallar un refujio contra el grito terrible que resonaba aun en sus oidos i perturbaba su imajinacion. Sus remordimientos no le permitian reposo; imajinábase que era perseguido; cada silbido del viento en las profundidades de las colinas resonaba para él como la voz de una multitud encarnizada en su persecucion; cada rama que se movia, el menor arbusto que se ajitaba, le hacian el efecto de una espada o de un palo que se blandia sobre su cabeza. I no se atrevia ni a mirar hácia atras, ni a detenerse; corria, corria hasta perder el aliento.

Llegó así al lugar que hemos descrito al principio de esta historia; allí donde una pendiente lijera conducia desde el camino hasta el estrecho sendero que corria a lo largo del precipicio. Se lanzó por aquella pendiente, corriendo siempre.

Una luz pálida i dudosa comenzaba a aparecer, cuando vió, en aquel mismo lugar, de pié ánte él, a la entrada de la estrecha senda, una figura de mirada feroz, cuyos cabellos i vestidos flotaban al viento, inmóvil como la roca sobre la que estaba suspendida.

Se detuvo temblando. Viniéronle a la memoria las palabras de la Escritura que en otro tiempo le habian aterrorizado en el sermon de un elocuente predicador: *Fiat via illorum tenebræ et lubricum, et Angelus Domini coaretans eos*, que su camino se cubra de tinieblas i se haga resbaladizo, i que el ánjel del Señor los detenga (Ps. XXXIV.) Pensó en Balaam detenido por un ánjel vengador en una senda estrecha. Parecióle que era el juicio mismo el que le esperaba en aquél paso peligroso.

Pero el terror de lo que habia dejado

tras de sí le perseguia siempre, i se determinó desafiar todos los peligros que le vinieran de frente, para llegar al fin a su casa. Se lanzó pues adelante hácia el objeto espantoso que interceptaba el camino, pero éste objeto no se movia; se aproximó mas aun i el objeto permaneció inmóvil.

Entónces Pedro miró fijamente aquélla figura con una mezcla de terror i de ansiedad,—era su mujer!

Estaba allí de pié, como privada del sentimiento i de la palabra, en la orilla del precipicio mirando atentamente hácia el fondo del abismo. No lo habia visto, no se habia apercibido de su presencia; i, aunque le tomó el brazo, la llamó por su nombre, le dijo que era él, no se movió, ni lo miró;—sus ojos permanecieron fijos en la misma direccion.

—¡Anita! esclamó, olvidando casi sus temores en presencia de aquel nuevo dolor, Anita, ¿qué miras ahí? ¿Qué hai allá abajo que te preocupas tanto?

No respondió, pero le señaló con la mano un punto blanco en el fondo del precipicio.

—¿Qué es? preguntó aun, una piedra blanca, algun cordero?

—Sí, replicó, i éstas fueron sus primeras palabras, sí, nuestro cordero.....¡María!

—¡Qué! esclamó el pobre hombre, ¿qué es lo que ha sucedido?

A estas palabras la desgraciada madre pareció recobrar sus sentidos, se volvió hácia él, i, mirando con aire tranquilo a su marido le dijo:

—Pedro, sin duda habrás olvidado que esta noche es el sétimo aniversario de la milagrosa curacion de nuestra querida niña. Veniamos esta mañana a nuestro santuario a orar un instante, a la querida luz de la lámpara, ántes de que dejase su traje blanco. Ella caminaba delante de mí, ligera, alegre i confiada, cuando repentinamente perdimos de vista la luz de la lámpara. Creyendo naturalmente entónces, como me hubiera sucedido a mí si hubiese sido la primera, que ya era tiempo de torcer, torció i cayó en el precipicio. Yo no arrojé sino un grito i caí sin conocimiento.

Pareció a Pedro que un puñal le atravesaba el corazon. Con voz lúgubre, esclamó:

—Entónces soi yo, yo, quién ha muerto esta noche a mi hija! ¡fué cuando apagué la lámpara!

I, ántes de que su mujer pudiese detenerlo, se habia lanzado por sobre el borde del precipicio.

Sujetándose de los débiles arbustos que crecian en las grietas, se dejó deslizar de roca en roca por un camino en que los mas atrevidos cazadores no se habrian atrevido a aventurarse jamas. Fragmentos de rocas se desprendian bajo sus piés i rodaban hasta el fondo con horrible estrépito, los arbustos crujian con su peso i le ensangrentaban las manos; pero él iba adelante, cuidándose poco de sus heridas i aun de morir. Algunos minutos despues estaba de pié o mas bien de rodillas cerca del objeto que su mujer le habia indicado.

Era el cuerpo de su hija, que yacia allí tanquilo cual si durmiese sobre una muelle alfombra de yerbas. Ni un miembro se habia quebrantado; su rostro no estaba en manera alguna descompuesto, ni sus vestidos tenian la menor razgadura; hasta la guirnalda que llevaba para ofrecer a la Santa Virjen permanecia aun en su mano, i su traje blanco se replegaba graciosamente en torno de ella. El cuerpo de santa Catalina no pudo ser llevado mas suavemente por los ánjeles al monte Sinai. Su paso era tan lijero i tan alegre que no habia tropezado ni rodado por el precipicio; habia, por decirlo asi volado sobre él i debió morir sin sufrimientos mucho ántes de llegar al fondo.

Pedro permaneció largo tiempo arrodillado junto a ella, sumido en profunda angustia, pero orando con fervor. En seguida, tomándola en sus brazos con tanto respeto como si llevara una reliquia sagrada, avanzó siguiendo la quebrada hasta el lugar de que habia partido, pero con sentimientos mui distintos de los que esperimentaba algunos momentos ántes, i volvió por el camino hasta el lugar en que habia dejado a su mujer. La encontró en el mismo lugar inmóvil i como en éxtasis. Cuando hubo colocado junto a ella su precioso fardo, no derramó ni una lágrima, no dejó escapar ninguna de las espresiones de un dolor femenil. Su alma parecia absorta en la consideracion de lo que acaba de suceder i que le parecia algo mas misterioso que un puro accidente o suceso ordinario.

Aplicó sus labios con devocion profunda sobre la frente pálida pero tibia aun de su hija, i dijo a su marido:

—Pedro, las palabras que has pronunciado hace poco no saldrán jamas del pecho fiel de tu mujer. Pero ellas me han recordado las de la oracion que hiciste hace siete años, cuando pedias a Dios que conservase la vida de nuestra hija, hasta que manos sacrílegas apagasen la lámpara encendida ante el altar. ¿Lo recuerdas?

Pedro se movió como para responder sí. Ella continuó:

—Pero ella tambien habia orado mucho i fervorosamente para obtener dos favores: uno de los dos al ménos le ha sido concedido. Habia orado para no verse obligada a abandonar los blancos vestidos que la consagraban a Dios i a su santa Madre, i poder llevarlos hasta el sepulcro. Hace algunos dias no creia que hubiese peligro de que fuese escuchada. Pero Dios, oyendo tu súplica, oyó tambien la suya. Todavia habia pedido otro favor, pero aun no conozco el resultado.

—¿Cuál? preguntó Pedro con precipitacion.

Su mujer continuó:

—Habia ofrecido su vida, que en tan poco estimaba, por obtener tu vuelta a la gracia i a la virtud.

—I ha sido escuchada, añadió sollozando el desgraciado Pedro.

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando una luz brillante vino a herir sus ojos como si se hubiera levantado repentinamente alguna resplandeciende estrella. Miraron a su alrededor admirados. Era la luz del santuario que reaparecia i brillaba nuevamente sobre el estrecho i peligroso sendero. Entónces saludaron aquel presajio, o mejor, emblema i testimonio de la vuelta de Pedro a la gracia.

El buen sacerdote habia sido despertado por el grito que tan súbitamente espantó a los ladrones, i se levantó para averiguar su causa. Se trasladó primero a la capilla i, con gran admiracion suya, la encontró sumida en la oscuridad. Despues de algun tiempo que empleó en procurarse luz, acababa de encender la lámpara. Encontrándola tirada en el suelo, i notando sobre todo que la puerta estaba abierta i descubriendo la linterna que el ladron habia dejado, comprendió al instante que la capilla acababa de escapar a una tentativa de sacrilejio; pero ¿cómo habia escapado? No podia adivinarlo i permanecia allí examinando cada lugar, reflexionando sobre aquel estraño suceso, cuando oyó pasos que se aproximaban. Su alarma se cambió pronto en dolor cuando vió a Pedro i su mujer, llevando el primero en sus brazos el cuerpo inanimado de su hija.

Su dolorosa simpatia no le permitió en mucho tiempo pedir a la madre la relacion de las aventuras que habian ocasionado aquella desgracia. Anita las refirió en fin, pero sin pronunciar el nombre de su marido, escepto cuando tuvo que decir como se habia lanzado, fuera de sí, al precipicio para ir en busca de su hija.

El viejo sacerdote sacó, sin embargo, de los misterios de aquella noche una conclusion particular no ménos bella que la de los infortunados padres.

—Todo lo comprendo ahora, les dijo. No solo se ha cumplido su deseo de no vestir jamas los trajes del mundo, sino que se ha mostrado hasta el fin la guardiana i como el jenio tutelar de este santuario que amaba tanto i del cual era tan rico adorno. Sin el fatal accidente que le ha acontecido, sin el grito de angustia que arrancó a su madre, los ladrones, quienes quiera que sean, hubieran realizado su empresa; porque, no lo dudo, el grito que me despertó es el que les ha hecho huir. Con su muerte ha librado, pues, del pillaje al lugar santo. Era como una segunda lámpara del santuario; i ¿puede ser admirable que la extincion de la una haya traido la extincion de la otra?

Se convino pronto en lo que debia hacerse. Se colocó un catafalco en medio de la iglesia, en el mismo lugar en que gustaba de arrodillarse, i se le cubrió con un gran paño de terciopelo blanco. Sobre él i mirando hácia el altar se colocó el cuerpo con sus vestidos blancos como la nieve. En sus manos cruzadas sobre el pecho, se puso un crucifijo; sus dedos tenian las cuentas de su rosario; sus largas trenzas de cabellos blondos flotaban sobre sus espaldas i la guirnalda que ella misma habia tejido coronaba su cabeza.

Los desgraciados padres estaban de rodillas a ámbos lados, con los ojos llenos de lágrimas i el corazon destrozado. Pero Pedro no tardó en arrojarse a los piés del venerable pastor. Le contó, con profunda contricion i derramando lágrimas ardientes,

la historia de sus crímenes pasados, i pronto el gusano roedor de una conciencia torturada por los remordimientos, cedió su lugar a los tiernos consuelos de un arrepentimiento lleno de amor i a la seguridad del perdon que le dió la absolucion del ministro de Jesucristo.

Pedro volvió a su lugar, a arrodillarse junto al cuerpo de su hija. Pero entónces le parecia que el espíritu de su hija voltejeaba sobre él en un dulce rayo, i que le sonreia en la luz de la lámpara sagrada. Imajinábase ver bajar del cielo a su querida María para mezclarse al coro de ánjeles que venia a regocijarse de la conversion del pecador: la veia dar vueltas a su alrededor llevando de la mano al ánjel guardian que nunca lo habia abandonado aposar de sus estravíos, i cuando, para asegurarse de la realidad de su situacion, miraba el féretro colocado junto a él, le parecia que una nueva sonrisa iluminaba el rostro de su hija i que los colores de la vida volvian a animarlo.

El dia habia llegado, i el pequeño campanario de la capilla enviaba a la distancia los sonidos bien conocidos del oficio fúnebre. Ellos sorprendieron a los vecinos, porque no habian oido hablar de ningun enfermo por los alrededores, i vinieron a la capilla, impulsados por una afectuosa ansiedad.

¡Qué espectáculo tan admirable i doloroso les esperaba!

La noticia circuló pronto por toda la aldea; la fuga de aquéllos a quienes se creia naturalmente autores del atentado sacrílego confirmó todas las conjeturas, miéntras que la presencia de Pedro con su mujer i su hija apartó de él las sospechas.

Muchas lágrimas de verdadero dolor embellecieron aquellos funerales, pero derramadas mas bien por simpatía hácia los que sobrevivian que por afliccion por la pérdida de la niña cuya suerte envidiaban todos. Las madres levantaban a sus hijos en sus brazos para hacerles ver el pequeño cuerpo de la jóven, i éstos, léjos de retroceder de terror, alargaban sus brazos en ademan de querer abrazarla.

Hubo durante largo tiempo en el cementerio del monte María una tumba mas verde que las otras i adornada diariamente con flores mas hermosas por la mano de los niños. I si preguntabais a alguno de aquéllos pequeños trabajadores de quien era aquella tumba, os respondia con unn mirada de admiracion que era la de *María*, como si otras personas no hubiesen llevado jamas aquél nombre.

Muchos años despues, se colocaron otras dos tumbas al lado de aquella; eran las de sus padres, honrados de todos por sus virtudes i muertos en una vejez avanzada.

Pedro habia permitido que se refiriera despues de su muerte como su virtud i su felicidad, sus crímenes, su castigo i su arrepentimiento se encontraban maravillosamente ligados a la existencia de la lámpara del santuario.

CHARADA.

Ya desunidas, ya juntas
Mi *cuarta*, *segunda* i *prima*
Escuchas cuando a tu oido
Regala dulce armonía.

Si no eres de hierro i sientes
Que tu corazon palpita
Al punto conocerás
Mi *cuarta*, *tercera* i *prima*.

Es mi *todo* el bello nombre
Con que llaman a una niña
Tan jentil como graciosa
Tan amable como linda.

Contenido de este número.

I.—Un plajio revelado por su propio autor, por La redaccion.
II.—La Iglesia Católica en Estados Unidos, por Cárlos Morla.
III.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
IV.—Un horóscopo, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
V.—La lámpara del Santuario, conclusion, por S. Em. el cardenal Wiseman.
VI.—Charada.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

ANO IV. Santiago, mayo 7 de 1871. Núm. 188.

OJEADA.

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

(Continuacion.)

Concluiremos este período con la historia del Scepticismo. Hemos dicho arriba que Gorjias, Protágoras i demas fundadores de esta secta habian sido retóricos mas bien que filósofos, i que sus dudas no nacian de un verdadero desaliento de encontrar la verdad, sino de la mania de hacerlo todo problemático, para tener argumentos preparados en favor de cualquiera proposicion. Sócrates los confundió de modo que jamás hubieran alzado la cabeza; pero los sistemas que acababa de erijir el dogmatismo hicieron renacer el espíritu de crítica, que no respeta las obras del jenio i que pide siempre una base sólida para los conocimientos humanos. Pirro, natural de Elida, i contemporáneo de Aristóteles, fué el restaurador de esta especie de Filosofía; atacó el testimonio de los sentidos, manifestando su variedad e inconstancia; atacó tambien a los filósofos especulativos con sus mismas contradicciones i haciendo ver la esterilidad de los principios abstractos, i sentó por último que por ahora nada se sabe, que se debe esperar que la verdad presente caractéres mas claros, i que entre tanto el filósofo debe permanecer en la duda sin ajitarse por nada. Pirro fué hombre de talento i de mui buenas costumbres, i tuvo por discípulo a Timon. Su duda hubiera sido sumamente útil a los progresos de la Filosofía si él no hubiera incurrido en las mismas exajeraciones de los antiguos escépticos, i si no hubiese echado mano de los equívocos a que da lugar el doble sentido de las palabras i de otros argumentos despreciables. La Academia, despues de las mudanzas que introdujeron Arcesilao i Carneades, dió una mejor direccion a las observaciones de Pirro i eclipsó su gloria i la de sus sectarios.

Despues de la aparicion de Carneades, que fundó la Nueva Academia, no se nos presenta en el espacio de muchos siglos un sistema verdaderamente orijinal. El espíritu humano, desalentado por la corrupcion de las costumbres, la servidumbre política, i las incertidumbres de la duda, habia perdido esas facultades creadoras que habian ilustrado los bellos dias de la Grecia. Un eclectismo absurdo, en que estaban acinadas las opiniones de Zoroastro, Pitágoras i Platon, un misticismo exaltado, i todas las prácticas supersticiosas que conducen a la íntima comunicacion del alma con la divinidad, se sentaron sobre las ruinas de la Academia, del Liceo i del Pórtico. No nos detendremos en hacer la pintura de esta época, mas fecunda en nombres que en doctrinas: bástenos indicar que esta combinacion o amalgamiento de los sistemas griegos i orientales se hizo principalmente en Alejandría, donde, por los esfuerzos de los Tolomeos, reyes de Ejipto, se formó la célebre biblioteca que despues fué quemada por los árabes. Allí florecieron los *Gnósticos*, que bajo el nombre de *Oenos*, personificaron las ideas de Platon e hicieron de ellas otras tantas naturalezas sustanciales, otras tantas fuerzas que dan el ser i la vida a todas las porciones del universo. De allí salieron Potamon, Ammonio Sacas, Porfiro, Plotino, Yámblico, Proclo i otros que creian poseer, en la contemplacion i en el éxtasis, todos los misterios de la ciencia. En la misma época florecieron tambien los filósofos judíos, que pretendian poseer el mismo tesoro en el Talmud i en la Cabala, libros a quienes atribuian un orijen celeste, pero que son un grosero comentario de las opiniones de Zoroastro, Pitágoras, Platon i Aristóteles. Por último, en la escuela de Alejandría se formó una gran parte da los doctores cristianos, los cuales, aunque no adoptaron las estravagancias de esta Filosofía, siguieron no obstante algunas de sus opiniones. Los bárbaros, que en el siglo quinto i sesto de la era vulgar invadieron por todas partes el imperio romano, vinieron a consumar esta retrogradacion, i

envolvieron a los pueblos en las tinieblas de la mas completa ignorancia.

Este sueño de la razon humana duró dos o tres siglos, i hubiera sido mas largo si algunos príncipes amigos de la ciencia no hubiesen intentado reanimar el jenio por el estudio. Los califas, Almazon, Almoadi i Arraschid formaron en Bagdad, capital de su imperio, una especie de academia en que se cultivaron la medicina, las matemáticas, i en donde se esplicó a Platon, Aristóteles i demas filósofos griegos. Desgraciadamente no poseian los orijinales, sino unas traducciones en ciriaco, mui incorrectas, i los comentarios de los doctores alejandrinos; resultó pues la mezcla mas incoherente de unas doctrinas con otras, mezcla que se hizo mas absurda cuando se la quiso hermanar con los dogmas del mahometismo. Sinembargo, los arabes tienen el mérito de haber conservado la aficion al estudio en unos tiempos tan tenebrosos, de haber hecho algunos descubrimientos en física, i de haber restituido posteriormente a Europa los orijinales griegos, algo desfigurados, pero mas correctos que los que entónces se conocian en las escuelas. Carlo-Magno, a principios del siglo nono, emprendió en Francia la restauracion de las luces i fundó varias academias; pero los esfuerzos de este grande hombre, tan superior a su siglo, fueron vanos, i de esa época solo nos quedan los nombres de un Alcuino, de un Himmaro i de un Rabano Mauro. En el siglo doce se abrieron las escuelas de Salerno, Bolonia, Florencia i Monte-Casino, i se fundaron las universidades de Paris i de Oxfort. La enseñanza estaba reducida a la esplicacion de algunos libros de Aristóteles i de algunas opiniones de Platon, estractadas de Porfiro, Casiódoro, Mariano, Calepa, San Agustin i otros comentadores infieles, excepto el último; pero el número de los estudiantes era infinito, i su aplicacion asombrosa. La emulacion se encendió entre ellos con motivo de la célebre disputa entre los nominalistas i realistas a cerca de la naturaleza de las *nociones universales*, disputa que algunos han mirado con desprecio, pero que envuelve el problema interesante de la jeneracion de las ideas, i que ya habia ajitado a Platon, Aristóteles i Zenon.

Los *realistas* sostenian, con el primero, que los universales tienen una existencia metafísica, absoluta, e independiente de los individuos; los *nominalistas* les negaban esta existencia; i de ellos, unos sostenian con Roscelin que los universales no son ideas sino meras palabras. Abelardo combatió esta exajeracion, i, acercándose al pensamiento de Aristóteles, sostuvo que el entendimiento deduce las nociones universales, i que el lenguaje las representa; que aunque el lenguaje sea necesario para concebirlas, no son unas simples voces, i que aunque tengan su fundamento en los individuos, tampoco son realidades absolutas e independientes de ellos. Por último, dijeron otros con Zenon que los universales son una operacion del espíritu, un modo de concebir, por el cual ordenamos i comparamos los individuos. Esta disputa terminó con la espulsion de los nominalistas de la Universidad de Paris, i con la revolucion que hicieron en las escuelas de occidente los escritos que los árabes habian introducido en España. Estos, como ya dijimos, distaban mucho de los orijinales griegos, pero contenian a lo ménos el conjunto de los libros de Aristóteles, de los que solo poseian los escolásticos algunos fragmentos. El majestuoso edificio que habia elevado el fundador del Liceo cautivó la admiracion universal, i sobre el testo de los árabes se hicieron largos i voluminosos comentarios; pero los escolásticos, sea por la influencia de la doctrina alejandrina, sea por los métodos viciosos que les habia hecho adoptar, sea por las incorrecciones del testo árabe i de las traducciones latinas, los escolásticos digo, no conocieron bien la teoría de Aristóteles i solo adoptaron los principios de su metafísica i de su lójica. «La filosofía es la ciencia de los principios; no hai ciencia verdadera sino en las cosas necesarias i universales. Toda ciencia se compone de tres cosas, principios, definiciones i demostraciones.» Estas máximas, que contradecian los ejemplos mismos de Aristóteles, i que justificaban los métodos especulativos, abrieron el camino a los escolásticos para penetrar las cuestiones mas abstractas de la metafísica, para hallar en la definicion de la *esencia* el orijen de las existencias particulares; para dar el sistema de las ideas por modelo al sistema de los seres, i para referir todos nuestros conocimientos a la unidad de un primer principio. En una difinicion creian poseer el jérmen de mil verdades, i las distinciones mas sutiles eran para ellos los mayo-

res descubrimientos, de manera que su Filosofía estaba reducida a poseer la clave de una terminolojía inintelijible i absurda. Guillermo de Ockam, Pedro Daylli i Rojerio Bacon en el siglo catorce sacudieron el yugo de los escolásticos i prepararon la *reforma*, que aceleraron la invencion de la imprenta, la de la brújula i la emigracion de los griegos a las rejiones de occidente. Estos trajeron los verdaderos libros de Platon, Aristóteles i demas filósofos antiguos; el jenio de la erudicion se empeñó entónces en interpretar los pensamientos de estos sabios, resucitaron los antiguos sistemas, se separó la Teolojía de la Filosofía, se reformó el lenguaje, renació el gusto por la literatura i las bellas artes; i últimamente, la mudanza del sistema político de la Europa i el descubrimiento de este Nuevo Mundo removieron los estorbos que impedian el libre comercio de las luces, descubrieron un campo fecundo de esperiencias útiles, i anunciaron al inmortal Bacon.

(*Continuará*).

UNO DE TANTOS

Don Facundo Bobadillas
Es un hombre orijinal,
No solo en su parte física
Sino en su parte moral.
Cuando el mismo Gall pudiese
Su cabeza analizar,
Desarrollos frenolójicos
No encontraria en verdad,
Pues es tan redonda i lisa
Como bola de billar.
Sinembargo don Facundo
¡Ideas tiene que yá!..
Ideas de su cabeza
Júzguese lo que serán!

En materia de política,
Don Facundo es liberal,
Mas que liberal, libérrimo
Con sus ideas no mas,
Pues lo que son las ajenas
No las puede tolerar.
Para él todo gobierno
Es tirano, cruel, rapaz;
Las leyes son cortapisas
Que engrillan la libertad;
I, si alguien toma a lo serio
Tanta liberalidad,
I sus necios disparates
Se propone contestar,
Facundo dice irritado:
—¡Eh! menguado, quita allá,
Partidario del gobierno
Te deberias callar!
— Pero, hombre, oye mis razones...
— Es inútil que hables mas.
I a poder, ahora mismo
Les hacia remachar
Una mordaza en la boca
A todos en jeneral
Los que al gobierno defienden
Con tanta tenacidad.
—¡Gracias, señor Don Facundo,
I viva la libertad!—

En relijion, Don Facundo
Es tambien otro que tal;
Como no tiene ninguna
Todas le parecen mal,
I en especial la católica
Lo hace de rabia brincar.
I así dice Don Facundo,
Con mucha formalidad,
Que es invencion de los frailes
Aborto de satanás
Con que embaucan a los tontos
Que no saben razonar.
El, por supuesto, es un ente
Que no se deja embaucar;
I cuidado con que alguno
Ponga en duda esta verdad
O pretenda hacerle ver
Su estupenda necedad.
Don Facundo no argumenta,
La rabia lo hace estallar,
I llama a su antagonista:
Hipócrita, clerical,
O pechoño o jesuita;
Para él, lo mismo dá...
I luego prorrumpe airado:
— ¡Ah! si yo pudiera ahorcar
A cuanto fraile ha existido
Existe i existirá,
En este mismo momento
Los mandaria colgar.—
Esto, por supuesto, en nombre
De la plena libertad...

I yo al ver de Don Facundo
Tanta liberalidad
Así para mi coleto

Suelo a solas esclamar:
—¡Qué feliz fuera mi patria,
Si llegase a gobernar
Don Facundo, verbigracia,
Don Facundo, el liberal,
O, como él, uno de tantos
Que vagan por la ciudad!—
Por fortuna, espero en Dios
Que ello no sucederá...

Santiago, mayo de 1871.

CATETE.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

V.

DE SANTIAGO A VALPARAISO.

El tren partia a las diez; un cuarto de hora ántes, ya estaba instalado en un wagon. La primera idea que se me ocurrió, fué el acápite final de una carta que habia escrito el dia anterior a unos de mis amigos; decia así:—«En este instante, (4 ½ P. M.), oigo silbar el tren que llega de Valparaiso, esto me hace recordar que mañana he de recorrer el camino, que el once de abril de 1870, hice en compañía de George. Voi a llevar un ejemplar de «*El cerro de la Campana*», lo leeré durante el viaje. ¡Oh, si me tocase un gringo por compañero!»—Esta idea me dominó por completo. Alguien empujó la puerta del carro.

—¡Oh! oh, tambien se vá Ud.?

Levanté los ojos: Nicanor, un antiguo compañero de colejio estaba ahí en el anden.

—Si, voi a Valparaiso.

—I yo, a Ocoa.

—Pues entónces, pase Ud. adelante; viajaremos juntos.

—¡Qué me place!

Mi deseo del gringo quedaba frustrado, pero el cambio no podia ser mejor.

Las primeras horas las pasamos mui alegres, charlando i cantando a toda voz, cuanto trozo de ópera se nos ocurria. ¡Qué árias tan sublimes, qué duos!....

Llegamos a Tiltil.

—¡Tunas! ricas tunas mi caballero.

—Vengan las tunas.

De veras que estaban particulares.

De aquí a Montenegro, cada uno se ocupó en leer un ejemplar del ya mentado cuento. La idea del gringo se me volvió a ocurrir. Dejamos a Montenegro, comenzamos a trepar el Tabon; entramos en el primer túnel, ya estábamos en el puente de los Maquis. Vi a George, vi a Mary i en compañía de Nicanor; nos pusimos a entonar: «*The last rose of summer.*» Minutos despues, desacasábamos en Llaillai i en el «Smith Hotel.» El telégrafo anunció entónces que la línea estaba cortada, que un tren de carga se habia desrielado. La noticia cundió; cada cual la comentó a su manera: unos decian que habia muchos muertos entre cargadores i palanqueros; otros sostenian que eran solo dos; aquél, que ninguno. Dieron las dos, las tres i nuestro tren no se movia. Por fin apareció el que habia salido de Santiago a las siete; volvia con los pasajeros que a la misma hora habian salido de Valparaiso. Luego llegó otra máquina i otra; se juntaron cinco máquinas, todas caldeando i pito i pito. Varios amigos venian en el tren de retorno: Hernan, Pepe, Francisco de Borja; todos ellos se reian i nos decian:—¡Allá verán lo que se les espera!

Nuestro tren partió. Doblamos la cuesta de la Calavera, el cerro de la Campana acababa de aparecer. Salté de mi asiento. Una imájen hermosa, divina, cruzó como un relámpago por mi afiebrada imajinacion; un triste presentimiento oprimió mi acongojado espíritu; en la cúspide del cerro, acababa de ver cernerse una nube negra, fatídica, ¡oh! no sé por qué, pero aquella lúgubre sombra hizo penetrar en mi pecho, una angustia indefinible. En vano traté de arrojar la cruel idea que acababa de clavarse en mi alma, aquella idea ya no me abandonó un solo instante. Mas tarde tuve el dolor de saber que mi presentimiento no habia sido infundado; mas tarde.....pero, no quiero apartarme de mi propósito de ser solo un simple narrador, dejaré pues nuevamente, mudo al corazon; si, que calle, que guarde entre sus mas secretos pliegues, todos sus sentimientos, sus emociones i las mil amargas ideas, que sin cesar lo ajitan i que oprimiéndolo en una red de acero, tanto lo hacen sufrir....

Llegamos a Ocoa. Nicanor se despidió

de mi. Iba a quedar solo. Por tercera vez acudió a mi memoria, el recuerdo de la carta escrita a mi amigo. ¡Oh! no me vas a creer quizas, querido lector, i sinembargo todo es verdad. De repente el carro lo ví invadido por una multitud de gringos, gringas, gringuitos i gringuitas, conté hasta doce. Todos entraron i se acomodaron como pudieron. A mi izquierda, se sentó un hermoso niño, ese niño se llamaba George!....A mi derecha, una preciosa niña de cabellos rubios i de ojos azules, era el retrato de Mary i su nombre era tambien Mary!....Frente a mi se colocó otro niño de carrillos de granada i se llamaba William!....¡qué coincidencia! esclamaba yo entre mi, parece que Dios ha oido el deseo que manifestaba a mi amigo: George, Mary, William, ahi estaban conversando conmigo, riéndose conmigo.... i el cerro de la Campana lo teniamos a la vista. Aquella inesplicable coincidencia, aquella estraña casualidad me tenian abismado. Mas de una vez quise hacerles notar esto a mis interesantes compañeros i aun regalarles un ejemplar de mi cuento, pero no me atreví; despues lo he sentido.

Llegamos a la Calera. Principiamos a caminar a dos máquinas i con suma lentitud; pronto hicimos alto; acabábamos de llegar al lugar del desrielamiento del tren de carga. Miéntras cambiábamos tren, tomé mi cartera i en presencia de aquel hacinamiento de escombros, comencé a tomar algunos apuntes, alguno de los cuales trascribo en seguida.

«Son las tres i media de la tarde; el calor es sofocante. Acaba de dársenos la la órden de abandonar el tren que nos conduce. Cada uno tiene que cargar con su maleta. La confusion es grande: los niños lloran, las mujeres rabian, los jóvenes se duplican, (escepto yo que tuve que duodecuplicarme para poder atender a todos los del carro, sobretodo a mi segunda Mary). Todos se detienen a contemplar el imponente cuadro que tenemos delante de nuestos ojos: las máquinas *Vichiculen* i *Batuco* enterradas sobre sus trompas, con sus carboneras separadas i rotas; por las hendiduras de los tubos de los calderos, salen chorros de agua hirviendo. Los rieles i durmientes están completamente despedazados en una estension de casi dos cuadras; los fierros están doblados i hecho astillas; veinte carros, unos sobre otros, partidos los unos por la mitad, otros parados en línea vertical, éstos volcados de costado i aquellos con las ruedas para arriba, presentan un aspecto que hace helar la sangre. Las rumas de barriles de aguardiente, sacos de trigo, suelas, harinas, muebles, sandias etc. etc., forman una masa revuelta e inesplicable. Algunos de los hilos del telégrafo están enredados entre los ejes de los carros; los postes i los alambres de las cercas, quebrados i cortados. Cuadrillas de peones trabajan sin cesar. Comienzan a llegar carros cargados de rieles i madera. Los maquinistas e injenieros imparten sus órdenes. La jente de los alrededores atraidas por el suceso llegan por todas partes; se han lanzado al asalto sobre las sandias; hai una verdadera lucha entre los guardadores i los campesinos; el aguardiente se lo disputan los mosquitos i los peones. A la sombra de los álamos se vé una especie de campamento; varias familias esperan la llegada de nuevos trenes; sobre la yerba han improvisado sus *lunch*; todos hablan, todos se pasman, todos se lamentan.

—¡Jesus! hijita, esclama una vieja, ¡qué espantosa *catrastrófe!* mira Rosalia, mira esos carros despedazados i hecho mil trizas.

—¡I las sandias! mamita.

—No me *digais* nada, Rosalia, no me *digais* nada; ¡ai! i las máquinas!....¡ave María! de buena nos hemos librado! bien le decia a Tiburcio, que yo preferia venirme en carreta o a lomo de mula ántes que viajar en éstas *locrotomóras*. ¡Por quien soi! que en mis dias he de volverme a confiar a estos gringos borrachos, que son capaces....

—Pero, mamita, no diga eso, no vé que....

—¡Calla bocona! estos gringos son unos badulaques, lo digo i lo diré siempre.

—¡Mamita, por Dios!....

—¡Chit! te digo; yo haré que en el *Fierrocarril* les publiquen un articulazo que les descueza como aji; allá verás, hijita, allá verás!....

En esto llega don Tiburcio, sudando como un camello i trayendo un chiquillo en cada brazo i los chicos, uno con una jaula con un loro i el otro con un *quiltro*.

—¡Ah! dice la vieja, arremangándose las polleras i saltando las matas de *clonqui*, mi hijito se ha salvado de la *catrastrófe!*

diciendo esto, corre i estrecha entre sus brazos i llena de besos....al *quiltro*.

—¡Margarita! Margarita! esclama otra, i la maleta?

—La trae Ramon.

—¿I el quitasol?

—Lo tiene la Pepa.

—¿I el canasto?

—¿El canasto?

—Si pues, niña.

—Se quedó en el otro tren.

—¡No digo yo! ahora si que la hicimos de oro: esos malditos rotos, ya se habrán comido el pato i el melon. Apostaria que ....; no ves? no ves?...Mira aquel peon barbudo, ¡oh! i cómo engulle el gran bárbaro; ya ha concluido con el pato i ahora arremete con los duraznos; i Remijio, dónde se ha quedado? llama a Remijio: ¡Remijio! Remiiiiiijio!....

El tren que nos debe conducir, comienza a silbar; todos se precipitan a escape, cayendo i levantando. Son las cinco.»—

Cerré mi cartera, guardé mi lápiz, i volví a reunirme con mis gringuitos.

Llegamos a Valparaiso a las ocho de la noche. La mala suerte me perseguia; estaba decretado que todo debia ser contratiempos i percances. En el «Hotel Ingles o Campbell-Max Hotel,» me aguardaba una cama....¡ai lector! perversa: las sábanas, sin almidon; las almohadas, demasiado blandas; el catre, demasiado corto. A las seis, ya estaba desesperado; queria cerrar los ojos....brurrumbún! brurrumbún! brurrumbún! los coches, carretones, vendedores, atronaban mis pobres oidos; ¿qué hacer? qué hacer?.....llaman a mi puerta, abro: ¡oh felicidad! Ignacio, mi excelente amigo Ignacio estaba ahí.

—¡Eh, tronera! cómo te vá?

—¿Cómo me ha de ir hombre? pésimamente mal; no he pegado mis párpados en toda la noche: estoi fastidiado, aburrido; todavia no hacen doce horas que he llegado de Santiago i ya quisiera estar a mil leguas de aqui.

—Pues amigo, te cojo la palabra: esta tarde partimos para el Algarrobo.

—¡Para el Algarrobo!

—Lo que oyes.

—I cómo!....en vapor, acaballo, en coche?...

—A caballo.

—¡Hum!....i, qué distancia tendremos que recorrer?

—Unas diez i seis o diez i ocho leguas.

—¡Caracoles! no es nada lo del ojo, ¡diez i ocho leguas!...en fin, Ignacio, acepto.

—¡Bravo! eso se llama hablar, vengan esos cinco. (Bárbaro! por poco no me zafa las coyunturas). Pues amigo, a las seis o seis i media de la tarde nos pondremos en camino.

—Estas loco? viajar solos i de noche!

—¿Acaso no tenemos luna?

—Si, luna i apénas si está en su primer cuarto.

—No importa, iremos bien montados i luego José, mi cochero, nos acompaña.

—I José, ¿sabe el camino?

—Qué camino, ni que berenjena! allá veras como ántes de las once, estamos en el Algarrobo. Con que así, apronta tu maleta i, hasta las cinco.

(*Continuará.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA IGLESIA CATÓLICA EN ESTADOS UNIDOS.

Ensayo escrito para La Estrella de Chile.

(Continuacion.)

HOJEADA HISTÓRICA.

Hemos dicho, que el pasado histórico corona de una aureola luminosa al catolicismo en los Estados Unidos i en gran manera contribuye a multiplicar sus diarios triunfos. Su magnanimidad no consiente comparaciones, i puede decirse que es en este terreno, donde esforzándose las unas al lado de las otras, han probado lo faltas de espíritu, débiles i mezquinas que son, comparadas con el catolicismo, las diversas sectas en que, como los secmentos de una granada, se partió la reforma relijiosa del siglo XVI.

No ignoran nuestros lectores que los primeros misioneros católicos, vinieron con los descubridores i los primeros conquistadores. Pasaremos por alto sus primeras campañas en las Antillas, el Darien i Méjico, por ser estos incidentes de que se hallan al corriente hasta los niños de las aulas en Chile, i sobre todo porque ello no hace directamente a nuestro objeto, desde que tratamos de presentar esclusivamente

los titulos que asisten a la relijion católica para arrebatar al pueblo de la Union Americana su admiracion i su amor. Reduciremos nuestro ensayo a los esfuerzos hechos en el mismo territorio comprendido hoi en la jurisdiccion del gobierno federal.

Uno no puede ménos de notar el carácter pacífico de esa conquista espiritual. Donde fracasaban lastimosamente las armas ensangrentadas del simple conquistador, el misionero armado de su crucifijo penetraba con confianza sin ejemplo i si con alguna oposicion tropezaban era con la que les suscitaban los antecedentes belicosos i no provocada por aversion al misionero mismo.

Con todo, apesar de lo pacífico que fué esta conquista no dejó de producir ménos mártires a la Iglesia, mártires que a su turno se convirtieron en semilla fecunda de la fé cristiana en el Nuevo Mundo. El Dominico Luis de Cancel, regó con su sangre el suelo de Florida en 1544, i cayó herido de muerte con una masa guerrera al desembarcar solo de su bote desarmado; pero otros lo siguieron sin retroceder ante su siniestro fin, i cuando desistiendo de subyugar esas tribus salvajes habian partido ya los soldados españoles, aun vagaban por aquellas playas resueltos a hacer nuevos esfuerzos en el sentido de una conquista infinitamente mas noble, el padre Salazar i el hermano Mateo. Cuando se fundó a San Agustin en Florida, cuarenta años ántes que la mas antigua poblacion anglo-sajona en América, los misioneros hicieron de ella el punto de partida a esos idolatrados campos del trabajo i del sufrimiento porque tanto suspiraban. Penetraron los bosques espesos, cruzaron las cadenas de montañas, i atravesaron a nado los mas caudalosos rios. Trabajaron con los Natchez, los Crecks i los Cherokees, establecieron misiones en Carolina i Virjinia, i costearon toda la costa del Atlántico hasta la bahía de Chesapeak por el norte, bahía a que ellos dieron el nombre de Santa-María. La oposicion mas séria en que siempre se estrelló el misionero fué la que le opusieron los emigrados protestantes. A este propósito no puedo ménos de citar al convertido, elocuente i malogrado Macleod que dice: «Ninguna de las potencias que se llaman »protestantes se ha abierto jamas camino a »ningun pais pagano, sea India, China, Ja»pon o América, sin encontrar misioneros »católicos ya en posesion de él. I siempre »que se han hallado con fuerzas suficien»tes han trastornado esas misiones i resta»blecido el paganismo. ¡Qué digo! Hai re»jiones en que lo han subvencionado, i hoi »dia los monstruosos ídolos de la India se »fabrican por toneladas en las ciudades de »la cristiana Inglaterra.»

Miéntras se infundia en las venas del sud i del sud oeste la nueva vida del cristianismo i la civilizacion, los misioneros franceses estaban deslizando las mismas sagradas doctrinas entre las tribus del norte i del nor oeste. Tres padres franciscanos siguieron en 1615 al buen Chaplain de quien Bancroft historiador de los Estados Unidos i actual ministro de la Union en Prusia dice: «Chaplain creia de mas importancia la salvacion de una alma que la »conquista de un imperio.» De estos tres, dos se lanzaron desde luego, a la árdua lucha entre los nómades algonquinos, los ottawas que han dado su nombre a la presente capital del Nuevo Dominio del Canadá, i los indios del San Lorenzo; en tanto que el otro aislado e intrépido avanzó a la tribu ménos inquieta de los Hurones. Por este mismo tiempo las crónicas señalan la presencia de otros tres en Mainé, i la órden nueva de los jesuitas i los sulpicianos se precipitaron al campo, en todo su brio i lozanía, reclamando sus tareas i peligros en los nombres de Jesus i de María. No habria ménos de quince jesuitas trabajando en el Canadá en 1633. Para emplear las palabras del mismo Bancroft. «La »historia de sus trabajos está ligada con el »orijen de cada ciudad célebre en los ana»les de la América francesa: no se dobló »un cabo, no se remontó un rio sin que »fuera un jesuita el que marcara el ca»mino.» Costearon los lagos hasta la bahía de Saguenay, i de Santa María avanzaron hasta las cataratas del Niágara. Los misioneros mas remotos, los del lago Huron, no recibieron provisiones de 1641 a 1644; los vestidos se les caian a pedazos; apénas les alcanzaba el pan para la celebracion de la misa i ellos mismos esprimian de la uva silvestre que crecia entre los bosques, el vino indispensable para tan sagrado objeto. Con todo, ántes de 1647 cuarenta i dos miembros de la órden habian ya visitado i esforzádose en esos inmensos i solitarios campos selváticos, te-

niendo en nada su propia vida con tal de ganar una alma para Cristo.

Antes de 1690, tres habian santificado la tierra pagana con su sangre, miéntras otros habian caido víctimas del hambre i la intemperie. El Padre Aune de Norie, despues de años de abrumadores trabajos, murió helado entre las tormentas del borrascoso mes de febrero, quedando petrificado en las márjenes del San Lorenzo. En 1646 le hallaron de rodillas, con el crucifijo estrechado contra el pecho i con los ojos abiertos i serenos, fijos en el cielo, en la fiesta de la purificacion de aquélla aquien amó i sirvió tan bien.

En 1840 Cárlos Garnier, herido con tres balas de mosquetes iroqueses, se preparaba a morir, cuando divisó espirando a un indio cristiano. Este espectáculo despertó el espíritu del sacerdote. No pudo levantarse: pero se arrastró por el suelo ensangrentado i al dar la última absolucion un hachero *(toma arok)* indio le partió el cráneo, i murió en la víspera de la Inmaculada Concepcion, el tierno misterio que él, por medio de un voto, se habia comprometido a defender hasta la muerte *(Bancroft)*.

En el invierno del mismo año, mil iroqueses atacaron las estaciones de San Lino, Santa-María i la Concepcion. Entre los Prisioneros capturados por ellos se halló Juan de Brebœuf, quien cuando vió el poste agudo preparado para su tortura lo besó con respeto; i tan ardientemente exhortó a sus compañeros a permanecer firmes, que los indios en represalia le cortaron la lengua i los labios, i como continuase sus exhortaciones por medio de señas le dieron la preferencia i le torturaron el primero hasta la muerte. Durante el martirio los bárbaros le decian: «Tú has estado predicando «que miéntras se sufre en este mundo, mas «grande es la recompensa en la nueva vida. Agradécenos entónces, ahora; pues «solo estamos abrillantando tu corona.» En seguida haciendo un collar de hierro candente, se lo colgaron; en ludibrio del bautismo derramaron agua hirviendo sobre su cabeza; le taladraron las manos i el pecho con hierros encendidos, le arrancaron las carnes en jirones; le raparon el cráneo a modo de corona i en seguida le arrancaron bárbaramente la cabellera. Era hombre mui robusto i solia decir de si mismo: «No soi mas que un buei destinado al trabajo.» I sinembargo, espiró en tres horas, miéntras su camarada, Gabriel Lallemant, jóven i delicado vivió diezisiete, apesar de haber sido el primer paso de su tortura, despellejarlo, envolverlo de piés a cabeza en cortezas filamentosas saturadas con resina a que luego se allegó fuego.

Simultaneamente con estos martirios de las selvas se comenzó la pacífica fundacion de Acadia; esa Acadia de la Nueva Escocia francesa que, despues de habitada durante cerca de un siglo por una raza sencilla, piadosa i pastoril, fué cedida por Luis XIV en virtud del tratado de Utrecht a la reina Ana en 1713. La historia de estos inocentes acadios arriados de sus hogares con una crueldad que solo la protestante Inglaterra pudo inventar: las breves tradiciones de esas familias despóticamente forzadas a hacerse a la vela sin rumbo fijo en naves diferentes, han arrancado muchas lágrimas i se hallan ahora incorporadas en uno de los poemas mas perfectos en la lengua inglesa llamado «Evanjelina» i escrito por el vate americano Longfellow:—

Allí se alza la selva primitiva;
Pero bajo la sombra del ramaje
Con diversas costumbres i lenguaje
Hoi otra raza disfrutando está.
Solo se vé a lo largo de la costa
Del jemebundo i nebuloso Océano
Al solitario i abatido aldeano
Que en busca va del usurpado hogar.

Parece imposible que un protestante sea capaz de deplorar con tan tiernas i elocuentes melodías los dolores causados por sus propios sectarios a la comunidad mas simpática, abnegada i pura del catolicismo como fué la del Canadá, i no habrá un verdadero hijo de la Iglesia que al leer sus pájinas comprendiéndolas no termine rogando espontaneamente porque el que ha tenido el don de inmortalizar con tanta delicadeza uno de sus mas hondos pesares en el Nuevo Mundo, sea atraido al seno que alimentó a su heroína en el poema, la piadosa, fiel i bella Evanjelina.

Pero ya es tiempo de que éntre a tratar de los Estados de la Nueva Inglaterra que limitan por el Sur las posesiones francesas del Canadá. En esta rápida ojeada del pasado del catolicismo en la Union Americana, debo en obsequio de la brevedad i del completamiento del cuadro, limitarme

a presentar los rasgos característicos de las diversas épocas i de las distintas campañas de los misioneros, pasando por alto actos de un heroísmo lejendario i detalles, cada uno de los cuales daria por sí solo materia suficiente para un volúmen.

Para nadie es cosa nueva que el carácter de la emigracion puritana a la que despues se llamó Nueva Inglaterra fué diametralmente opuesto al que acompañó a los primitivos descubridores que vinieron en espediciones preparadas por los mismos Estados de donde partian. Las diferencias relijiosas i la opresion que ejercia sobre sectarios fanáticos una iglesia establecida de que el rei mismo era pontífice, obligó a los feligreses del Rev. Robinson a cruzar el Océano. Los que habian abandonado sus hogares por seguir sus inclinaciones supersticiosas en materias relijiosas, no eran sin duda los mejores para ningun jénero de tolerancia i así despues de estallar en su propio seno como una granada i de proscribirse i devorarse mutuamente, solo en un punto estuvieron de acuerdo: en oponer toda clase de resistencia a la propagacion de la fé católica aun entre las tribus indias. Preferian ver morir estúpidos en las supersticiones mas degradantes a los indios, a quienes ellos no podian convertir i cuya amistad, precisamente por esa razon nunca podian asegurar. Les bastaba saber que eran fieles de alguna mision católica para declarar enemistad a cualquiera tribu o colonia. Temian i despreciaban a la vez al indio en su ferocidad natural; pero el indio católico era doble objeto de su odio i su sospecha. Se estigmatizaba aun a los misioneros como a instigadores de la crueldad de los indios en sus ataques contra los colonos ingleses, i los horrores del paganismo desaparecian ante las pinturas que se hacian del sacerdote papista, que conducia las hordas de bárbaros al incendio de los aldeas indefensas, i al asesinato de mujeres i niños—niños que segun se decia se exhortaba a los salvajes a que los bautizasen ántes de estrellar sus cabezas en los umbrales de sus propios hogares.

El corazon se enferma cuando uno nota el crédito que se prestaba a esas monstruosas sospechas, i cuando se encuentra que se las ha introducido hasta en la urdiembre de las tradiciones históricas de esas comarcas. Merced a la influencia de historiadores como Bancrofft i Prescott, ámbos protestantes que se avergonzarian de manchar sus pájinas con semejantes miserables insinuaciones contra los misioneros cristianos, se ven hoi borradas esas horribles impresiones que rivalizaban con las nociones vulgares de la inquisicion española i la matanza de San Bartolomé. No deja de ser motivo de felicitacion el que no encuentren ya cabida estos cuentos de viejas en historiadores serios i en los testos de las escuelas, a no ser de una manera solapada, sobre todo cuando se considera que mas de una nacion recibió estas preocupaciones en el hogar paterno junto con las tradiciones de los trabajos pasados por los primeros fundadores, que tanto atractivo tienen para la juventud. Así se llega uno a convencer de que cierto fanatismo que aun oscurece el juicio del norte-americano honrado, es mas bien una desgracia que un falta. Las supersticiosas preocupaciones i la persecucion cruel de los católicos no debieran propiamente llamarse norte-americanas, pues el espíritu que las ha promovido i fomentado vino de Inglaterra i ha perdido todo lo que tenia de feroz e hiriente bajo el suave i apacible clima de esta florida tierra.

En 1613 el Padre Biard, acompañado de dos hermanos en la fé, los padres Quentin i Salemant i un hermano lego Du Thet se hicieron a la vela de Port-Royal a la isla llamada de *Mont Desert* en la embocadura del Rio Penobscot, Maine, Estado estremo del Nor-Este de la Nueva Inglaterra. Desembarcaron allí i habiendo erijido una cruz, el padre ofreció el santo sacrificio de la misa i tomando posesion de la isla fundó una mision bajo el título del Salvador. De aquí partió el padre Biard a esplorar la tierra firme; fué recibido sin oposicion por los indios i habiendo restablecido con el agua del bautismo a un niño moribundo, les ganó el corazon i su admiracion, i regresó a su isla con el alma ensanchada por la sagrada esperanza del misionero, solo para verlo todo destruido. Algunos buques ingleses destinados a la pesca, exhortados por el infame Argal, fueron arrojados por la tormenta a las costas de Maine, i sabiendo que habia espezado a fundarse una colonia americana en la isla, resolvió sosprenderla. Sus diez naves gobernaron sobre la que habia venido de Port-Royal; su jente atacó el fuerte recientemente concluido i

lo obligó a rendirse. El hermano lego Du Thet fué mortalmente herido. Murió al dia siguiente, despues de recibir los últimos sacramentos, i fué sepultado al pié de la cruz tan recientemente erijida. Mc Gee en su historia católica de los Estados Unidos se espresa al relatar estos hechos en lo siguientes términos: «San Salvador era entónces una ruina; la cruz tronchada, solitaria sobre el cadáver de Du Thet guardó «para el catolicismo esa tierra; todo quedó «en silencio: no se entonó ya un himno, no «se alzó la voz de una plegaria, ni se reunie«ron allí los salvajes ganados para Dios i «la sociedad. Así fué sofocada en su misma «cuna la primera mision Abenaki, por jentes «que formaron una colonia en que jamas se «anunció la palabra evanjélica a los abori«jenes.»

Muchos años despues, lo que los hombres llaman casualidad atrajo de nuevo a los jesuitas al Maine. Existia en las riberas del San Lorenzo en 1842 una mision llamada de San José o Sillery, fundada por el piadoso comandante Noel Brulart de Sillery, en donde los jesuitas reunieron muchos algonquinos i montañeses que por su amor a la fé renunciarona su vida vagabunda i se consagraron a cultivar el campo residiendo al lado de sus pastores. Entre los mas nobles de estos neófitos que en Sillery renovaron toda la pureza i santidad de la Iglesia primitiva e hicieron del Canadá un verdadero Eliseo, se hallaba Cárlos Meiaskwat. Algunos sabenakis fueron capturados por una partida de algonquinos paganos, i aunque era sabido que no eran enemigos i que pertenecian a la misma familia Aljica, fueron tratados con la mas inaudita crueldad. Cárlos i Nicolet, uno de los primeros esploradores del oeste, partieron a toda prisa de Sillery con el objeto de rescastarlos. Nicolet pereció atravesando una corriente; Meiaskwat llegó en hora oportuna para salvar a las víctimas, i las trajo en santo triunfo a Sillery, donde habia un hospital sostenido por monjas. Allí se recibió a los abenakis i se les curaron las heridas. Una vez suficientemente recobrados, uno de ellos armado, equipado, abastecido de provisiones i lo que es mas acompañado por Cárlos Meiaskwat partió en direccion de su aldea nativa. Llegó a las orillas del Kemebeck, visitó a los ingleses en Augusta i predicó de tal modo la doctrina cristiana que muchos sintieron el deseo de conocerla a fondo i de verla en práctica. Uno de los caciques acompañó a Meiaskwat, a Quebec i despues de catequizado abrazó la fé. Otros siguieron su ejemplo i en pocos años cada aldea Abenaki contaba varios cristianos. Por fin, el dia de la Asuncion se presentaron dos jefes, a rogar a los hombres de túnica negra que instruyesen a la tribu. Con este objeto se envió al Kemebeck al padre Gabriel Druilletes. Su primer anhelo fué aprender su idioma i en cuatro meses se halló en aptitud de conversar. Los abenakis oian con gusto al padre i muchos solicitaron el bautismo; pero él solo lo concedia a los moribundos desde luego, defiriéndolo para los demas hasta despues de una plena instruccion, obligándolos como catecúmenos a tres cosas ántes de su iniciacion: 1.° a renunciar a los licores embriagadores; 2.° a vivir en paz con sus vecinos; i 3.° a desistir de sus medicinas supersticiosas i de sus ideas sobre males de daño i brujerias.

Por estos lijeros rasgos, comprenderán los que conocen de cerca a nuestros araucanos, cuán estrecha es la analojia que existe entre todas las razas aborijenes de este continente. Dadas las condiciones actuales de nuestras hordas del sur creemos que nuestros misioneros no podrian adoptar táctica mas acertada que la del padre Druilletes, pudiendo asegurarse que obtenidas esas tres condiciones se tiene andada la mitad del camino en el sentido de la civilizacion de aquellos bárbaros. El *Pulcro* (licor) el *malon* (salteo) i el *matchi* (sacerdote indio) son los tres grandes enemigos que resisten en las fronteras del Malleco i del Tolten el avance del cristianismo i la república.

Los abenakis consintieron por su parte, i por amor a los misioneros en renunciar a esos vicios i supersticiones seculares. Los ingleses, testigos de vista del bien que realizaba, saludaron al padre Druilletes como a verdadero amigo de la humanidad, apesar de que en ese mismo instante Plymouth estaba sancionando una cruelísima disposicion contra su órden. Tuvo que abandonar a sus indios con tanto sentimiento de su parte como de aquellos a quienes se veia en la necesidad de dejar. En vano lo llamaron, pues recargado de misiones no le fué dado volver hasta muchos años despues; pero aun entónces i apesar del

tiempo trascurrido, esclamaban. «Te tenemos al fin entre nosotros, padre i patriarca.»

La fé se encontraba ya establecida entre los abenakis; el padre Druilletes fué enviado al lago Superior con el padre Garroru, que mas tarde en una mision mas distante fué muerto por los iroqueses. En las historias de las misiones se hace mencion del padre Rigot que fué a restablecer la mision del padre Druilletes i de como el gobernador Demorville defendió en una representacion a la corte la causa de los jesuitas contra la avaricia de la compañía de pesquerías. Habia una partida de neófitos en el Penobscot, i otra en la desembocadura del San Juan bajo la direccion del Padre Thurry. Ademas de los dos Bigots, se hicieron célebres por sus trabajos en esa mision los padres Binneteau, Aulrey de la Chasse, Sebastian Rasle, Lanvergat i Loyard. El padre Rosle es el mas conocido de todos estos i la historia le menciona como ocupado en los deberes que constituian todo su pensamiento desde 1695 hasta 1724 en que recibió, como premio de sus esfuerzos, la corona del martirio. En 1705 una partida de puritanos incendió la iglesia i aldea de Noridgewalk i desapareció. En 1713, despues de la paz de Utrecht, los caciques fueron a Boston en busca de trabajadores para reedificar su templo. El gobernador les contestó: «Yo se las reconstruiré con tal que despachen a los misioneros i reciban uno que yo les voi a mandar.» Pero los pieles-rojas sabian distinguir a sus buenos amigos, i conocian que los de túnica negra eran los mas sinceros i fieles que se les habian acercado, i respondieron: «Guardaos vuestros artesanos, vuestro dinero i vuestro ministro, que lo que es nosotros nos volvemos a nuestro padre frances.» Durante treinta años estuvo el padre Rosle predicando el Evanjelio i haciendo resonar esas selvas con los dulces nombres de Jesus i María. El soplo de los raudos vientos de aquellas rejiones lo habian puesto tan rojo como sus fieles, i llegaron a serle mas familiares que el idioma que su madre le enseñó en la cuna, las lenguas de los abenakis, hurones, alonquimes e Illinoises. Las chozas de Noridgewok contenian su jente i el Kennebeck, que se desliza perplejo hácia el océano, bañaba sus hogares. Allí construyó una hermosa capilla, i se proveyó de cálices i ornamentos sagrados. Educó cuarenta niños indios que le asistian en las sagradas pompas con trajes encarnados i sobrepellices albas. Los indios cristianos concurrian en las frescas mañanas i en las noches serenas a la apacible iglesia de aquellos floridos campos. Elevaban en comun sus oraciones, oian devotamente la misa, i cantaban himnos en su propio dialecto, escritos por su pastor. Por las tardes, cuando el rayo del sol poniente se ocultaba en su vasto horizonte se dirijian al mismo sagrado asilo con la escasa luz del moribundo dia a entonar sus agrestes canciones a la Virjen. Tal es la pintura que hace de su grei el reverendo padre Sebastian Rosle en una de sus cartas. Longfellow en el mismo poema titulado Evanjelina que hemos citado parece copiarlo en los versos siguientes:

En la florida falda de estos cerros
Sencillo habita en su tranquila aldea
El caudillo de túnica enlutada
Que el nombre de Jesus al pueblo enseña.

Su hermosa Evanjelina i su Basilio
Hácia allá los corceles enderezan,
I al encimar a la colina agreste
Cuando se hundia el sol en la pradera

Los asalta de voces el murmullo,
I a la orilla del rio, en la floresta
Divisan la morada del cristiano,
Del hijo de Jesus la blanca tienda.

Arrodillado el padre con sus hijos,
Llena de santa uncion su juez eleva
Bajo una haya frondosa que domina
El despejado centro de la aldea.

El crucifijo atado al grueso tronco
Sombreado por las viñas de la selva,
Vuelto tiene su rostro agonizante
Hácia la multitud que le venera.

Es su agreste santuario. Entre los arcos
De esa bóveda rústica i aérea
Sobre el sencillo canto i confundido
Con susurro del follaje vuela.

Seria nunca concluir referir cuantas hazañas ejecutaron, i cuantas gloriosas empresas llevaron a feliz término los misioneros católicos en los Estados Unidos. Lo que llevamos dicho, basta i sobra para comprobar la tésis que hemos sentado al

principio: a saber: que el heroico pasado de nuestros relijiosos en este pais, rodea a nuestra fé de una aureola luminosa que le facilita las espléndidas victorias que cada dia obtiene sobre las sectas que la combaten i que persiguiendo i aun martirizando a sus abnegados apóstoles no han contribuido poco a su prestijio. Sin ir mas léjos el mismo padre Rasle, a cuyo propósito hemos traducido las encantadoras estrofas de Longfellow, cayó víctima del fanático furor de los reformados. Boston envió uno de sus ministros a convertir a sus indios i como no lo lograse, regresó con la historia de que los jesuitas le habian perseguido. Los puritanos atacaron entónces en número de 250 la aldea de Noridgecoock, protestando que durante la guerra terminada ya, los abenakis habian sido aliados de los católicos franceses contra los puritanos ingleses. Saquearon la iglesia, la habitacion del padre, i le arrebataron todo hasta el tintero i su manuscrito del diccionario Abenaki, que aun se exhibe en el colejio Harard, de la universidad de Cambridge. Apénas tuvo el tiempo necesario para consumir las hostias consagradas en el tabernáculo i escapar con los zapatos destinados para la nieve. El deseo de los puritanos era atrapar al padre Rasle, porque descubrian o se figuraban descubrir la fuerza encantada i misteriosa de los pieles rojas. En la tarde del dia de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1788, los protestantes de la Nueva Inglaterra, aliados con los moharoks sorprendieron el campo de los Abenakis. Las mujeres i los niños huyeron: unos cuantos jóvenes valientes que habia en la aldea descolgaron sus armas i se aprestaron a la defensa; pero ántes de que fueran sacrificados el sacerdote recordando las palabras del Salvador: «Bonus Pastor animam suam da pro obibus suis» i sabiendo que era él el principal objeto del ataque, avanzó al encuentro de sus enemigos. Lo vieron precisamente cuando llegaba a la cruz de la aldea. Se alzó un clamoreo de salvaje alegria, resonó el espacio con una descarga cerrada i el misionero cayó muerto a los piés del signo de salvacion. Todo fué obra de un instante. El padre Rasle habia dejado de existir; pero los indios fieles a la doctrina que recibieron en 1650 la conservaron acariciándola, practicando el rosario i la oracion i venerando el crucifijo hasta que trajeron hace pocos años al obispo Carrol de Baltimore la misma cruz que llevaba el padre Rasle solicitando, al entregarla, que se les concediese un pastor de la verdadera fé.

He menester de toda mi fuerza de voluntad i de repetirme incesantemente la consideracion de que el espacio de que en ese periódico dispenen no es mucho, para no engolfarme en la relacion de muchos otros incidentes análogos en el curso de las misiones de los Estados Unidos, misiones cuya historia me ha impresionado tan vivamente que no vacilo en declarar digna sobre todos los sucesos modernos de ser inmortalizada por la trompa épica. Así enfreno mi pluma para no referir el doble martirio del reverendo padre Jaques que, mutilado por los salvajes, fué a Roma a solicitar de Urbano VIII que le permitiera celebrar el santo sacrificio apesar de su impedimento físico, pues le habian cortado las manos, ocasion en que el santo padre esclamó: «Indignum esse Christi martirem, Christi non bibere sanguinem.» Seria injusto que un mártir cristiano no pudiera beber la sangre de Cristo,» i una vez autorizado, volvió al seno de los mismos iroqueses, que no tardaron en consumar, dándole horrible muerte, la obra tanto tiempo ántes comenzada. La misma forzada continencia tengo que observar para no referir las heroicas hazañas del padre Marquette, que espiró a las orillas del Missisipi, despues de haber misionado en toda la estension de ese verde i apacible rio, sin duda alguna el mas largo del mundo.

Confio sinembargo en que apesar de la rapidez i excesiva concision de esta relacion, mis lectores hayan comprendido en toda su sublimidad los grandes rasgos de la obra de los primitivos misioneros en la América del Norte. Si es majestuoso el culto en las catedrales consagradas i en el recinto de construcciones abrumadas por los siglos, es sin duda mas conmovedor, mas tierno, mas dulce, mas en armonía con el sencillo espíritu cristiano el que se tributa por razas candorosas por su ferocidad, quebrantadas por la mansedumbre celestial del apóstol en las capillas agrestes, erijidas en medio de los bosques primitivos i de las floridas praderas del lejano occidente. Esos pobres misioneros, como suele verse tambien en algunos de nuestros campos, solo dejaron tras de si en los desiertos páramos que recorrieron evanjelizando, cruces

de madera. No hai vestijios de monumentos artísticos, pero sus huellas permanecen sinembargo veneradas por jeneraciones fieles que han sucedido a las que su amor conquistó para el Imperio de Cristo. La Iglesia católica ha prosperado i está en vísperas de una gran victoria. En ese dia glorioso no olvidará, estoi seguro, en medio de su santo jubilo la memoria i los servicios de aquéllos que sembraron con su sangre, regaron con sus lágrimas i nutrieron con sus oraciones la semilla que está rindiendo tan espléndida cosecha. He dado i he hecho dar a mis lectores una mirada retrospectiva al pasado del catolicismo en los Estados Unidos de Norte-América. Como escribo para hombres de corazon i de fé ardiente me asiste la confianza de que apesar de la estension de esta correspondencia me seguirán con gusto e interes en la esposicion de su estado presente.

CÁRLOS MORLA.

(Concluirá.)

CONTIGO.

¡Qué bellas las horas se pasan contigo!
¡Qué puros deleites ofrece tu amor!
Me quieres, te quiero; mi dicha bendigo
Porque eres mi gloria, mi encanto mayor.

Te miro, me miras con dulces sonrojos
I a mi alma prodigas divino placer.
¡Qué luces tan suaves derraman tus ojos!
¡Qué estraños deleites inundan mi ser!

Contigo no sufro penoso desvelo,
Contigo es el mundo bellísimo Edeu:
La vida contigo no siente recelo,
I tú mi existencia coronas de bien.

Parece de un ánjel tu suave sonrisa,
Tu pálida frente demuestra el candor;
I tú eres mas pura que pura es la brisa
Que sopla en los campos meciendo la flor.

¡Feliz si estas horas de dulce ventura
Jamas las ahuyenta del alma el pesar!
¡Feliz si admirando tu casta hermosura
Al fin de la vida pudiera llegar!

1870.

M. A. HURTADO.

LEONOR

O EL ÚLTIMO DIA DE LOS JESUITAS,

Drama histórico en cinco actos por Anjel C. Vicuña (1).

Hé aquí otra intelijencia pervertida que se permite creer con la historia que la Compañía de Jesus no es una sociedad de malvados que debiera esterminarse, i que se atreve a sostener su inocencia a la luz del dia i por medio de la prensa. Es verdad que nuestro amigo Anjel C. Vicuña ha sido alumno de los jesuitas, i es natural que sus maestros se hayan empeñado en imbuirle las ideas mas perniciosas desde que reconocieron en él un jóven de intelijencia.

Leonor, pues, es un drama destinado a manifestar que en la espulsion de los jesuitas del Portugal solo intervinieron las indignas i miserables intrigas de un ministro ambicioso, que fué bastante hábil para esplotar las pasiones i debilidades del rei i hacerle consentir en un crimen que su intelijencia i su corazon rechazaron.

En la rápida lectura que de esta composicion hemos podido hacer, no ha sido posible que nos demos cuenta cabal ni de sus bellezas, ni tampoco de los defectos que son consiguientes a un primer ensayo en un jénero tan difícil como el dramático. Sinembargo, podemos desde luego certificar que hai en *Leonor* caractéres bastante bien dibujados i, lo que es mas difícil aun, bien sostenidos durante todo el curso de la accion. El rei José I, que flota a merced de todos los vientos, siempre indeciso i que apénas, en las circunstancias mas difíciles se resuelve a ser monarca por un instante; i Pombal, constantemente preocupado de su ambicion i de sus venganzas, son una prueba de lo que decimos.

La escena VII del acto 3.° i la última del drama nos han parecido tambien dignas de especial atencion.

En aquella se encuentran frente a frente el rei i el jeneral de la Compañía, padre Ricci. El rei atormentado por una pasion loca ha querido valerse del jesuita para lograr la satisfaccion de un deseo que tropieza con los obstáculos insuperables que le oponen el deber i la virtud. Le han persuadido de que los jesuitas son avaros

(1) Un volúmen en 4.° de 60 pájs. imp. Chilena.

sobre toda ponderacion, sabe que un jesuita es el confesor de Leonor, i quiere dirijirse a su jeneral ofreciéndole riquezas i poder, cuanto pueda apetecer su codicia i su ambicion desear, para obtener por su medio la posesion de Leonor. El jesuita, que va a pedir justicia, i que recibe la promesa de obtenerla por este medio se retira indignado. Hai en esa escena verdad, pasion, lenguaje elevado i una complicacion bien hallada de sentimientos opuestos que produce un buen efecto dramático.

Podemos decir lo mismo de la última escena del drama, aunque su efecto no es tan perceptible en la lectura como lo seria en la representacion. Aquél *Ya soi rei* de Pombal nos ha parecido una imitacion bastante feliz del sublime *Roma es mia* que Ventura de la Vega pone en boca de Octavio en su trajedia *La muerte de César*.

Repetimos; esta composicion se resiente de algunos defectos que subsanará el estudio de buenos maestros, particularmente en el manejo del diálogo, pero como primer ensayo, es superior a lo que puede exijirse de un jóven. Recomendariamos a su autor que subsanara en sus trabajos posteriores un error notable de gramática que hemos observado en este; i es, la confusion del singular i del plural de los pronombres, vicio mui jeneral entre nosotros i debido sin duda a la lectura de libros en frances.

Terminamos aquí enviando una cordial felicitacion a nuestro jóven amigo, no tanto por la felicidad con que ha hecho su primer ensayo dramático, cuanto por el valor que manifiesta en la defensa de una causa justa, valor que es difícil hallar en una época en que el miedo i la indiferencia todo lo invaden. No basta conocer la verdad; es necesario confesarla i pregonarla, cada cual segun sus medios, para que el error no triunfe con la complicidad del silencio de las jentes de bien.

Este mérito resalta especialmente en la carta que el autor de *Leonor* nos ha dirijido acompañándonos un ejemplar de su drama, carta que nos tomamos la libertad de dar a luz porque abrigamos la conviccion de que le honra sobremanera.

«Sr. D. Máximo R. Lira.

Su casa, mayo 4 de 1871

Distinguido amigo:

El portador de ésta entregará a Ud. tres ejemplares de un drama que, si no por sus méritos, por su asunto al ménos, creo será de la aceptacion de Ud. Le suplico tenga la bondad de aceptar uno de ellos como una muestra de simpatía hácia el defensor de los Jesuitas; el segundo me hará el favor de obsequiarlo al *Círculo de Colaboradores de «La Estrella de Chile»*, reservando el tercero para el redactor de *El Independiente*, señor Rodriguez, caballero a quien no tengo el gusto de conocer sino por la justa reputacion de que goza como defensor de nuestros principios católicos.

Mis propósitos, al hacer la presente publicacion, no son otros que los de contribuir siquiera en algo a la gran causa que Uds. defienden con tanta actividad i con tan buenos talentos.—Puedo asegurarle con entera franqueza que no me ha movido otra ambicion que ésta. Lucro, gloria, reputacion literaria, nada de eso he tenido presente en mi trabajo. Esa pretension seria perfectamente inútil; primero porque siempre he tenido mucha desconfianza en mi saber i en mis talentos, i segundo (esta es una razon soberana) porque tengo para mi la conviccion de que, si Shakspeare i Cervantes aparecieran entre nosotros con traje de católicos, los señores de oposicion que tienen monopolizadas las luces i la intelijencia, no se dignarian reconocerles, i caso de que por via de gracia llegasen a confesar sus talentos, les dirian, como quien va haciendo favor, que eran unos especuladores de mala lei, i quien sabe cuantas otras lindezas.

Repecto del orijen del drama, le sorprenderá saber que Ud. no ha sido ajeno a su composicion.—Hace algunos meses me ocupaba en escribir una obrita titulada «Causas que motivaron la espulsion de los Jesuitas de Portugal, Francia i España.» Habia ya avanzado algo en mis trabajos cuando vino a desalentarme la idea de que ellos solo serian leidos precisamente por los que ménos habian necesidad de ello, por los que como ya estaban convencidos de la tremenda injusticia que se usó con la Compañía de Jesus.....i yo escribia para sus enemigos. En esta situacion me encontraba, cuando apareció su precioso opúsculo que vino a sacarme de apuros, pues crei que el mio era ya completamente iñnecesario, i guardé mis papeles. Desentérrelos hace un mes; pero, no ya para

publicarlos bajo su primera forma, sino para metarmorfosearlos en tres dramas. El primero de ellos, que ahora tengo el gusto de ofrecer a Ud., que pintara las intrigas de Sebastian Carvalho i la debilidad de José I; el segundo los rencores de la Pompadour i del ministro Choisseul; i las ruindades de que se sirvió la corte de España para espulsar la Compañia, el tercero. Crei que, dando a mi composicion este carácter, popularizaba la verdad poetizándola i haciéndola accesible a todo el mundo. No me lisonjeo haberlo conseguido, i ántes al contrario, temo que la verdad salga deslucida por mi inesperiencia; pero de todos modos mis buenas intenciones me justificarian ante Uds. i ante mi conciencia.

Aprovecho esta oportunidad para tener el gusto de ofrecerme de Ud. affmo. amigo i S. S. S.»

ANJEL C. VICUÑA.

Despues de esto, solo tenemos que decir a Vicuña: valor i adelante! El aplauso de los buenos i las injurias de los enemigos de la verdad son un doble premio, una doble corona que las almas jenerosas deben ambicionar.

MÁXIMO R. LIRA

LA ORACION

DE LA JÓVEN AMANTE.

La luna estendia majestuosamente sus esplendentes rayos sobre las aguas del anchuroso rio, i ufana al ver su hermosura en la claridad de esas aguas, en ese inmenso espejo que no miente, como que es hechura del que es todo verdad, se elevaba cuanto mas hermosa se veia. La noche avanzaba lentamente en medio de la majestad del silencio i la soledad, solo interrumpidos por el ruido de las palmas mecidas dulcemente por la brisa apacible, que, acariciando las flores recibia su perfume para esparcirlo por la tierra i ofrecerlo como un incienso al autor de tanta grandeza.

En tanto que la naturaleza se mostraba con todos sus encantos, con toda su belleza, con toda su grandeza, imájen aunque pequeña de la belleza i de la grandeza de nuestra alma; en medio de esa solemnidad del silencio i de la soledad, deidad encantadora de las almas que se elevan, una vírjen vestida graciosamente con un túnico blanco, símbolo de la pureza i el candor, se veia postrada a los piés de una imájen de María. Sus manos enlazadas fuertemente contra su pecho, su mirada inmóvil, los prolongados suspiros que salian del fondo de su alma i las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas como las gotas del rocio por el carmin de las rosas, revelaban todo el fervor con que hablaba a la Madre de Dios, en estos términos:

«¡Madre mia! tú que eres mas bella que esa luna que me acompaña en mi oracion; tú que eres mas pura que la azucena que me ofrece su fragancia para que mi alma sea tan pura como ella; tú que eres mas resplandeciente que el sol que alumbra mi camino para que no me pierda en las tinieblas; tú que eres mi protectora, tan bella como bondadosa, tan grande como misericordiosa; tú que eres la estrella de mi alma, la guia de su sendero; tú que eres mi madre; oye mis súplicas, sí, óyelas, madre del alma, porque ahora mas que nunca necesito que me alumbres, porque ahora mas que nunca necesito que me protejas.

Bien sabes, madre mia, que desde mis primeros años te he consagrado mi corazon, que todo el fuego de mi ámor le he guardado en mi pecho, porque era solo para tí; mas hoi....¡madre mia, perdóname! siento que mi corazon no es todo para tí, que las llamas de mi amor se escapan de mi pecho i van a aumentar la hoguera que tú conoces mejor que yo.

Bien lo sabes, madre mia: un mortal como yo, se ha interpuesto en mi camino i reclama talvez lo que le pertenece, lo que tú misma le daras; me reclama....¡ah! mi corazon quiere salirse del pecho, mis lágrimas abrasan mis mejillas, ¡madre mia! dame fuerzas para poderlo decir!.....me pide una parte de mi alma para su alma, una llama de mi amor para su amor.

Sí, él me ama, i precisamente porque te amo a tí, Vírjen de amor, porque él no comprende su amor sin tu amor, porque tú me has salvado de las borrascas de las pasiones, porque has guiado mi alma por el camino del bien.

—Te amo con toda mi alma, me ha di-

cho él, pero mi amor no es la pasion que ciega i aprisiona el alma; ¡nó! este amor que arde en mi corazon, es guiado por el juicio i templado por la razon; su fundamento es la base de todo bien,—el santo amor de Dios i de todos sus hijos, el de todos nuestros hermanos. ¡Sí! que tu alma i la mia formen una sola en el amor, pero en ese amor que abrasa la inmensidad, que se estiende a todo como los rayos del sol sobre la tierra. ¡Sí! amémonos así, i cuando el ministro del santuario bendiga nuestra union acá en la tierra, aquel Dios de amor la santificará en el cielo.

Esto me ha dicho, madre mia, i mi corazon lo cree; mas he callado, porque tú eres la que debes reponder por mí, porque tú eres la que debes de decirme si amando así en la tierra, se puede alcanzar el cielo, adonde se dirijen todas mis miradas.

Dijo esto i calló; sus lágrimas habian cesado como enjugadas por una mano maternal; su corazon latia, pero tranquilo sereno como la inocencia, i sueño dulce vino a poner término a su oracion.

La luna acababa de ocultarse con todo su cortejo de estrellas, tras la gasa trasparente i pura de un cielo adormido

Los rayos de la aurora empezaban a lucir su esplendor sobre las copas de los árboles, i las aves saltaban alegres de rama en rama, entonando el armonioso himno de alabanza al Criador del nuevo dia.

A este concierto divino que forma la naturaleza, la jóven despierta tranquila i risueña como un ánjel, a tiempo que una vision celestial cruzaba por los aires diciendo estas palabras:

—¡Hija de María, cuando así se ama en la tierra, se puede llegar al cielo!

Guayaquil, 1871.

(De «*La Esperanza.*»)

CHARADA.

Primera i *segunda* muchos
De amargura solo beben,
I otros apuran, felices,
De alegria i de placeres.

El que de violin o flauta
O de cítara algo entiende
Hace con su intrumento
Tercia i *prima* cuando quiere.

Segunda i *tercia* es epiteto
Que se aplica muchas veces
Al que pronto desempeña
Algun quehacer urjente.

Ha sido mi *todo*, nombre
De pontífices i reyes;
Por lo que bien se colije
Que es propio del sexo fuerte.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

DOMITILA.

Contenido de este número.

I.—Ojeada sobre la historia de la Filosofía, continuacion.
II.—Uno de tantos, poesía, por Catete.
III.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
IV.—La Iglesia Católica en Estados Unidos, continuacion, por Cárlos Morla.
V.—Contigo, poesía, por M. A. Hurtado.
VI.—*Leonor o el último dia de los Jesuitas*, por Máximo R. Lira.
VII.—La oracion de la jóven amante.
VIII.—Charada.
IX.—Solucion de la del número anterior.

A las personas que nos han manifestado deseos de adquirir una coleccion completa de *La Estrella de Chile*, les avisamos que se nos ha ofrecido una por treinta pesos.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

ANO IV. Santiago, mayo 15 de 1871. Núm. 189.

PEOR ES NADA:

Intencionalmente estraños desde hace algun tiempo a toda cuestion odiosa, esclusivamente consagrados a nuestra modesta tarea de servir a la idea relijiosa i al progreso literario de nuestra juventud, nos creíamos exentos de llegar a ser el blanco del furor de no sabemos qué buen señor, al parecer resentido con nosotros.

Pero, francamente, ni nos han dado un segundo de desazon sus ataques ni tenemos mucha fé en lo que ellos puedan en órden a arrebatarnos la reputacion, grande o pequeña, de que pudiéramos gozar en el círculo de nuestros lectores habituales o accidentales.

En cuanto a la causa del furor, no sabemos nada de positivo. Puede que el articulista solicitara alguna vez la publicacion en estas columnas de algun fruto de su injenio i de su trabajo, i que, no obstante nuestra tolerancia, le negaremos un lugar en ellas. Pero entónces la culpa no es nuestra i el articulista debiera repetir contra Dios. Lo que parece todavía mas probable es que sea el escritor que nos ocupa alguno que golpeó en vano a la puerta del *Parnaso Chileno* i a quien le pesa mas de lo necesario que esa puerta no se le abriera. Concebimos su impaciencia: quedarse a la intemperie, en los umbrales mismos del *Parnaso*, oyendo desde afuera la sabrosa charla de los afortunados que lograron introducirse, divisarlos a todos por las rendijas, i estar afuera, es cosa dura, mui dura....Pero, despues de todo, no tiene Cortes la culpa.

Vuestros poetas, nos ha dicho, son poetas a granel. Sea: ¡i los vuestros dónde estan? preguntamos nosotros.....¡Vamos, que el artículo es mui escaso en vuestro mercado!

Vuestra mina ha sido siempre pobre i dia a dia se brocea sensiblemente.

Confesad que *peor es nada*.

Si alguna vez, como vosotros, hubiéramos reclamado el monopolio del talento, del saber i de la elocuencia; si alguna vez, como vosotros, nos hubiéramos entretenido en incensar a nuestros vecinos de cuerpo presente i a boca de jarro con inminente peligro de romperles las narices con el incensario, ¡vaya con Dios!

Si hubiéramos publicado alguna traduccion en verso de Gœthe, no mucho mas intelijible que el orijinal i ménos armoniosa que intelijible, en que cada verso fuera un matracazo i en que las reglas literarias i gramaticales no quedaran de mejor condicion que los oidos de los lectores, ¡vaya con Dios!

¡Si hubiéramos encomiado con grandes alabanzas, editorialmente, alguna otra traduccion en verso, de Victor Hugo, por ejemplo; si esa composicion hubiera tenido el pequeño defecto de que unos versos pecaran por carta de mas, otros por carta de ménos; o si ella hubiera adolecido del despreciable inconveniente de no entenderse en su mayor parte; si en ella se leyera: «*I Eva pálida que su pecho sintió se removia*» «*En una de fregar cayó calderas*» o uno que otro hipérbaton por el estilo; ¡vaya con Dios!

Si alguno de nuestros *poetas a granel* hubiera publicado poesías, algunas de las cuales estan revelando a gritos a qué horas, dónde i en qué estado fueron escritas i que debieron hacer sonrojarse a las prensas, ¡vaya con Dios!

Si alguna vez hubiérais tenido escritores

suscritores i contraccion para sostener cuatro años continuos un periódico literario en que vosotros esclusivamente tomarais parte ¡vaya con Dios!

Si..... pero basta ya.

Por lo que a nosotros toca, estamos mui contentos con nuestro *peor es nada*. Procuraos vosotros el vuestro, i quedamos en paz.

AL LUCERO.

Ya vuelves con tus luces, planeta misterioso,
De nuevo tu benéfico influjo a derramar,
I el pecho entusiasmado tu brillo tembloroso,
Memoria de otro tiempo feliz i venturoso
Mi frente ya marchita viene hoi a acariciar.

Allá cuando en las noches, en plácida tristeza
En éstos mismos claustros albergue de piedad,[1]
Tu luz yo contemplaba absorto en tu belleza,
Pensando en otra patria, mansion de la pureza,
I un ¡ai! del hondo pecho dejábase escapar;

Entónces mis pesares trocábanse en dulzura,
I el alma un desahogo hallaba a su dolor;
Entónces respiraba ya libre de amargura,
I a mundos invisibles de dicha i de ventura
Llevábame mi loca, mi ardiente inspiracion.

En tí mi pensamiento,
Lucero vespertino,
Encuentra de contino
Sublime admiracion:
Por eso, cuando asomas
Hermoso i esplendente,
Te ofrezco reverente
Benigna adoracion.

Por eso, cuando ocultas
Tu májica hermosura,
Se llena de amargura
Mi pecho i de pesar;
I errante corro i jimo
Por montes i laderas,
Por valles i praderas
Sin ver tu luz brillar.

¡Ai! cesa de angustiarme,
Planeta rutilante,
No apartes un instante
De mi tu claridad;
Que al ver tu imájen bella
De nubes circuida,
Menguaron de mi vida
La dicha i suavidad;

I presa de siniestros
Mi mente ya azorada,
No encuentra la envidiada
Dulcísima quietud:
Dejadme, pues, que admire
Tu paz risueña i pura,
Tu célica hermosura
Que vió mi juventud.

1870.

ELÍAS A. CÁCERES P.

[1] El Seminario de Santiago, donde se educó el autor.

BIBLIOGRAFÍA.

LEONOR, O EL ÚLTIMO DIA DE LOS JESUITAS.

Drama histórico en cinco actos, por Anjel C. Vicuña (1).

Es tarea difícil como pocas la de escribir un buen drama histórico. La historia ofrece a manos llenas interesantísimos argumentos, bastante por sí solos a conmover al público, ávido siempre de las fuertes emociones que excita en el alma la representacion de hechos heroicos, grandes crímenes o ilustres infortunios. La grandeza de un hecho dado enamora frecuentemente a los poetas, que sin la debida meditacion lo elijen como tema de sus cuadros, pero que rara vez logran hacer de ellos un acabado modelo de arte.

Porque el que escribe un drama ideal se encuentra, (perdonésenos la espresion), mas a sus anchas; puede finjir i crear con libertad mayor que el que teniendo delante a la historia se vé obligado a presentar sus héroes con las cualidades, el carácter i el lenguaje que ésta les atribuye. Tejer una trama ideal no es una tarea difícil, es llana i sencilla para el injenio creador que se siente orgulloso de su obra i conduce su argumento por un camino cuyos obstáculos allana la mano misma que los suscita. El

(1) Un vol. de 60 pájs.—Santiago.—Imprenta *Chilena*.

autor de un drama histórico es un alumno del historiador, i aunque el arte tiene sus licencias i sus libertades convencionales, al fin i al cabo ha de tomar los hechos como son i aceptar ciertas trabas sin las cuales su cuadro careceria de esa propiedad tan necesaria a esta clase de obras.

La mayor parte de los dramas históricos modernos no tienen de tales sino el nombre, i sus autores mas habrian ganado en atribuir los hechos i caractéres con que entretienen al público a personas que jamas hubieran existido.

No se crea por esto que somos partidarios de una rijida observancia de la verdad histórica incompatible con las conveniencias del arte.

Este es otro escollo del poema dramático mas peligroso aun para el autor novel, i que conviene a toda costa evitar.

Un satírico español refiriéndose a esta escrupulosidad ridícula e inaguantable en un poema, daba a cierto poetastro estos irónicos consejos:

Sigue la historia relijiosamente,
I conociendo a la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, nó, que es grande picardia:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa i pia.

I en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas i las datas:
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
(1)

El arte da pues al escritor dramático sus libertades, pero no tan ámplias que se desnaturalicen los hombres i los hechos, i en huir de ámbos estremos está el punto feliz a donde solo llegan los verdaderos artistas.

No es ociosa la anterior digresion tratándose del drama primero de un jóven enteramente desconocido en el campo de las letras i que se presenta en él con un valor digno de todo elojio.

El autor de *Leonor* se estrena con un drama; no es la primera vez que esto suceda entre nosotros, pero sí es la primera en que un jóven presenta una obra de esta especie escrita con el solo objeto de atacar ideas que la moda i la ignorancia coronan con una falsa aureola. El drama *Leonor* no reclama indulgencia al aparecer al público; su argumento solo es de aquéllos que provocan una apasionada discusion, es un reto a la preocupacion de unos i a la mala fé de otros, una noble protesta de un alma jóven en favor de la inocencia perseguida.

Talvez Anjel C. Vicuña es el primero que escribe una pieza de teatro sobre las persecuciones de los jesuitas en el Portugal. Sobre la destruccion de la órden del *Templo* i suplicios de sus ilustres hijos hemos visto una mediana trajedia, pero este tema acaso no ha sido esplotado para el teatro.

El argumento del drama está fundado en la trájica inmolacion de la noble i antiquísima casa portuguesa de los marqueses de Tavora, episodio sangriento de la espulsion de los jesuitas de ese pais i sus dominios, bajo el reinado de José I.

Los amores del rei con una dama de esa casa fueron hábilmente esplotados por el ministro Pombal, quien fingiendo una conspiracion contra la vida de aquél, causó la ruina de esa noble familia envolviendo en ella a los jesuitas a quienes hizo pasar como inspiradores del atentado.

Pombal guardaba antiguos resentimientos a los Tavora que habian rechazado una alianza con la familia del célebre ministro; i al mismo tiempo odiaba no ménos a los jesuitas cuyo prestijio ofuscaba su poder i trastornaba sus planes de reforma filosófica. Este doble resentimiento lo arrastró a cometer dos grandes crímenes i, sacrificando a su ambicion una familia inocente i una corporacion relijiosa a la que debian eminentes servicios el altar i la nacion, hizo terriblemente célebre su nombre.

La accion histórica enlaza perfectamente la inmolacion de los Tavora con la proscripcion de los jesuitas portugueses i sin esfuerzo mayor podria el autor del drama haber dado a la accion de éste una unidad de que realmente carece. Ambas trajedias están pues débilmente enlazadas, a cada instante se vé al jóven autor indicar el como debiera esto hacerse, pero efectivamente no lo hace.

Pretende el rei por consejo de Pombal, que Ricci, jeneral de los jesuitas, tercie en sus amores con Leonor, marquesa de Tavora, por medio del confesor de ésta que pertenecia a la órden, i de la negativa que como era mui natural recibió el enamorado monarca, no saca el autor sino un partido

(1) Moratin hijo, *Leccion poética.*

mui débil para el desarrollo de la accion.

Otra observacion mas sujiere el amor de Pombal por la marquesa de Tavora que solo viene a manifestarse al final. De este episodio pudo sacar el autor mas partido si lo hubiera convenientemente preparado.

No ménos dificultad nos ofrece la pasion de Ferreira por Matilde, la hija del marques de Tavora. Es completamente despegada de la accion. Hai ademas sobre los caractéres de Matilde i de Ferreira mucho que observar. Aquélla es demasiado apasionada en su entrevista con su amante para ser tan inocente como el autor deja entender, i esta cita es inverosímil, atendidas las costumbres de una casa tan respetable i severa como la de los Tavora. Los personajes se duermen para dar facilidades a ámbos amantes, porque el autor asi lo quiere, i cuando por la situacion de su alma no habia lugar a tanto descanso. Lo mismo podriamos decir del sueño del rei ántes i despues de su entrevista con el padre Ricci.

Matilde, niña inocente i enamorada, debia ser mas digna en la espresion de sus afectos. Debia ser algo como la Amelia de la *Teresa*, de Alejandro Dumas sobre cuyo carácter está calcado así como algunas otras situaciones del drama *Leonor*.

Respecto a Ferreira, no comprendemos cómo este jóven cortesano, amando tanto a Matilde, pierde tan vil i traidoramente a su padre i desciende a tantas infamias por complacer a Pombal. El vínculo de gratitud que lo liga al perverso ministro no alcanza a justificar su procedimiento.

Por lo que hace a la catástrofe debió reunirse en una sola escena a todas las víctimas de Pombal por mas sangriento que el cuadro hubiera resultado; que al fin esto habria sido de mayor efecto que excitar durante dos actos la sensibilidad del espectador, haciéndolo asistir a la muerte de los miembros de una familia infortunada, que debió perecer de un solo golpe.

Otro defecto que se hace mui sensible en el drama es la falta de los caractéres. Pombal es una figura a medio delinear; el rei José ni aun en su papel de hombre débil está dignamente presentado; el carácter de la marquesa de Tavora sobresale algo mas.

Sinembargo, hai dos caractéres que agradarán al lector el del anciano marques Francisco i el del jeneral de los jesuitas.

Si éste último interviniera como es debido en la accion, el drama hubiera ganado un ciento por ciento.

Pero es preciso ser tambien justos; el diseñar un carácter que sea eminentemente dramático no es fácil, es tarea casi imposible para un jóven de la edad del señor Vicuña. No puede pedírsele a él lo que solo se adquiere con el roce de la vida i el estudio diario de las pasiones que ajitan a la humanidad.

No es tan difícil espresar el amor, pasion de la juventud i que todos, cual mas, cual ménos, sienten en esa edad: pero la intuicion que se supone en el poeta, de las pasiones i de los sentimientos, no debe estenderse tan allá que se exija a un jóven sin esperiencia que nos descubra las llagas de un corazon corrompido por el odio i la ambicion. Los sentimientos jenerosos son mejor comprendidos por las almas juveniles que las pasiones ruines que alberga el corazon del malvado. Por eso Ricci i el marques Francisco están mejor retratados que el cruel i degradado Pombal.

Con pena notamos haber sido demasiado ríjidos en el exámen del primer drama de un jóven que a pesar de todo se estrena con brillo en su carrera literaria; pero no nos arrepentimos de ello.

Si el autor no revelara injenio en su obra no nos habriamos tomado el trabajo de dirijirle como amigo nuestras observaciones. Pero el drama *Leonor* da derecho a esperar de la pluma que lo ha escrito producciones acabadas. El jóven Vicuña con el estudio de los buenos modelos podrá con el tiempo ser un dramaturgo distinguido, no en el pais, donde apénas contamos una que otra obra de este jénero, sino que podrá hacer conocido su nombre fuera de él.

Sobre el lenguaje, podria tambien observarse mucho; éste dista bastante de ser el de la época i no está exento de impropiedades como el empleo alternativo del tú i el vos, defecto mui comun entre nosotros.

I ya que de lenguaje tratamos no pasaremos adelante sin dar una muestra del que el jóven Vicuña hace hablar a sus personajes, i que en algunos puntos del drama no seria desdeñado por un autor de mérito.

Copiaremos el siguiente trozo en que el jeneral de los jesuitas se lamenta de la

próxima destruccion de las misiones que su órden habia fundado en el Paraguai:

«Vos habreis oido hablar repetidas veces de esa distante rejion que rodeada de bosques impenetrables, regada por la corriente de muchos caudalosos rios, se estiende casi al confin del nuevo mundo. Allí llegaron casi mas de un siglo dos hermanos nuestros, que sorprendidos al contemplar tanta belleza unida a tanta grandiosidad, creian haber descubierto aquel paraiso, objeto de nuestras eternas esperanzas. Idearon fundar una mision, i levantaron allí un pequeño templo a donde acudian los desnudos salvajes atraidos por una fuerza misteriosa. Ellos, indicándoles el cielo, les hablaban de Dios, que a un solo acto de su voluntad habia hecho surjir de la nada ese universo que contemplaban, de la inmortalidad que nos aguarda concluida nuestra peregrinacion sobre la tierra. Sorprendidos al escucharlos, deponian su fiereza i doblando sus selváticas cabezas recibian las rejeneradoras aguas del bautismo. Al cabo de poco tiempo contaban ya un número considerable de convertidos, i ensanchando su primera idea, proyectaron fundar una pequeña república sujeta a nuestras leyes. Levantaron una hermosa ciudad, que por la grandiosidad de sus templos, por la hermosura de sus calles i edificios podria competir con las que admiramos en este continente....Parece que la Providencia tenia una particular predileccion por este apartado pais, pues desde el principio le sonrió una prosperidad que hacia recordar las edades mas felices de la tierra....Pero todo eso va a concluir ya. En poco tiempo mas de tanta grandeza, de tanta felicidad no quedará sino un débil recuerdo. Ese decreto viene a destruirlo todo; i esos infelices indios que todavia gozan de las dulzuras de la sociedad, tendrán que tornarse a sus bosques, a sus inmensos desiertos, para maldecir talvez una existencia, tanto mas odiosa, cuanto fué feliz la que un tiempo disfrutaron.—Marques de Tovara, ese decreto ordena la supresion de las misiones i del gobierno del Paraguai.»

Por el trozo citado puede colejirse que el autor no desconoce el estilo propio de esta clase de composiciones.

Réstanos una palabra i ésta será la del hermano en ideas que felicita al jóven de convicciones profundas que desde temprano sabe hollar las preocupaciones i desdeña esa dudosa popularidad que las mas veces se compra a costa de la conciencia.

Odiar a los jesuitas ha sido la tarea de los enemigos del catolicismo, i repetir las calumnias que contra ellos se propalan, la ocupacion preferente de la ignorancia pretensiosa i de los espíritus débiles.

No pretendemos dar aliento al autor de *Leonor*, pues lo creemos animado de esa noble independencia tan propia de la juventud católica, que no transije con los perseguidores de la virtud, ni se afilia en las columnas de los propagandistas del error, por mas que éstos pretendan atraerla con el humo de sus adulaciones o atemorizarla con amargas diatribas.

El que como él, sabe comprender la mision del escritor de conciencia no necesita aliento sino plácemes, i ésos se los enviamos mui cordiales.

ENRIQUE DEL SOLAR.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

VI.

DE VALPARAISO AL ALGARROBO.

Las seis daban en la torre de la Intendencia en el momento en que principiamos a cabalgar por la calle de la Aduana, Nuestro viaje tenia algo de temeridad: íbamos a lanzarnos a un camino escabrosisimo, camino que el mozo conocia apénas i del cual Ignacio i yo no teniamos idea alguna. La tarde estaba mui avanzada, la noche no tardaria en llegar i entónces, ¿qué íbamos a hacer en medio de aquellos cerros?..Por abrigo solo llevábamos lijeras mantas de brin i pañuelos de seda por cachenez; por defensa, nada mas que nuestros buenos caballos i los chicotes de nuestras riendas. I, si nos estraviábamos en las quebradas? i, si nos sorprendian en nuestro viaje?.... Todas estas ideas, como un torbellino, pasaron por mi cabeza, miéntras trepábamos la empinada cuesta del Alto del Puerto.

Cuando llegamos a la cumbre, el sol se hundia en las aguas del mar; Valparaiso con sus calles intrincadas i sus poblados cerros, apénas si lo divisábamos como una pintura, cuyo colorido, poco a poco iba perdiéndose i confundiéndose en un fondo oscuro; pronto desapareció del todo; ya no vimos a nuestro frente, a nuestras espaldas, a nuestro rededor, sino lomas i cerros áridos i secos; nada de vejetacion, ni un árbol, ni arbustos casi. El despoblado era desconsolador, ni ranchos, ni cercas, nada en fin sino tierra i mas tierra. Comenzó a oscurecerse; las tinieblas rodearon el horizonte, el cual poco a poco se fué estrechando en torno nuestro; apuramos nuestros caballos, era preciso aprovechar la claridad de la luna que solo nos iba a acompañar algunas horas. ¡Qué soledad! no se oia sino el silbido del viento que azotaba nuestros rostros i batia nuestras mantas; de cuando en cuando aullaba algun perro allá léjos, mui léjos. Sacamos nuestros relojes.—Las diez! esclamamos a una, cuatro horas de camino, i todavia....—El mar acababa de presentarse a nuestros ojos; detuvimos nuestra precipitada marcha. ¡Qué hermoso era todo aquello! el cielo tachonado de estrellas que brillaban como diamantes, la luna color de sangre, perdiéndose grado por grado en la inmensidad del océano, el sordo ruido de las olas i el incesante bramar del viento; ¡oh! mi entusiasmo rayaba en frenesi, no me cansaba de mirar, queria daguerreotipar en mi imajinacion lo que estaba contemplando; la luna se perdió, una lijera penumbra coloreó las fantásticas sombras del firmamento; minutos despues estábamos completamente a oscuras, sin mas luz que la de las estrellas i la de los relámpagos, que incesantemente iluminaban las mesetas de los cerros i sin mas guia que nuestra buena suerte. Nos habiamos desviado del camino, quisimos volver a él,—fatalidad! esclamé entónces,—felicidad! esclamo ahora, el rumbo estaba perdido. Nos lanzamos a la buenaventura orientándonos por los ladridos de un perro.

—¡Adelante! esclamamos, ahi debe haber algun rancho, vamos a preguntar cual es el camino.

Durante media hora, el perro no cesó de ladrar i nosotros de bajar una quebrada con el objeto de subir al lado opuesto; cuando llegamos allá, nuestro desaliento fué grande, los ladridos eran los de un perro pastor, en cuanto a vivienda, no habia ni rastros, solo a la distancia i en lo mas profundo de otra quebrada, se veia reflejar una lucecita pequeñisima.

—¡En marcha! volvimos a repetir, dirijámonos hácia aquel fuego.

—Si no es fuego, que es alguna estrella que se refleja en el agua.

—Nó, si es un fuego.

—Digo que es estrella.

—Sea como sea, mas vale caminar hácia un punto, que estarnos aquí sin saber que hacer.

—Pues entónces, adelante i Dios nos proteja. Quisimos retrogradar; imposible, estábamos en una pendiente rápida i escarpada, con unos de nuestros estribos pegados a la montaña i el otro sobre un abismo; los caballos se encabritaban i bufaban; un estraño ruido comenzó a dejarse oir, era como un golpe de agua.

—¡Ah! esclamó el mozo, estamos salvados, ese ruido es el del molino i nuestro padre San Francisco, nos ha de sacar del apuro en que nos encontramos.

En efecto, despues de inauditos esfuerzos, i de mil peligros, conseguimos escalar la empinada ladera; una vez en la cima, volvimos a tomar la direccion de la lucecita i del golpe de agua i luego comenzamos de nuevo a bajar por un sendero estrecho i en zig-zag; los caballos se apoyaban en las patas traseras i se dejaban deslizar aguijoneados por el látigo. A medida que nos acercábamos a lo mas hondo de la quebrada, la luz iba siendo mas perceptible i el ruido mas fuerte.

—¡El molino! el molino! volvió a repetir el mozo; San Francisco nos ha escuchado.

Una jauria de perros se desató sobre nosotros.

Algunos gritos se oyeron.

—¡Ven acá Leon! acá Tigre! eh! malditos animales! calla bruto! acá te digo, acáaaaa!

Varias mujeres salieron con luces en las manos, un hombre se asomó a una ventanilla que daba al cequion que movia la rueda del molino i en la cual ardia el candil cuyo reflejo habia sido nuestro faro.

—¿Vamos bien para el Algarrobo?

—Perfectamente señor, trepen Uds. esta ladera i corten derecho hasta llegar al

camino real i luego endilguen Uds. hácia el norte.

—Gracias patron, Dios se lo pague.

Un mastin se pescó de la cola de m caballo.

—¡Eh, Topete! larga! suelta!

¡I tas! palo que le arrimó la molinera, miéntras sonriendo me decia:

—¡Vaya! patroncito, que son Uds. mas que guapos para atreverse a andar a estas horas por estas quebradas i sin armas, cuando....

—¿Sin armas? nó señora, que buenos *cachorros* llevamos en nuestros cintos.

Asi diciendo, meti la diestra al bolsillo i enarbolé un manojo de llaves.

—¡Ai!

—No se asuste patrona, que miéntras no menee el gatillo, no dirá ni *chus* ni *mus* el revólver.

—¡Ah! ¿es un *reguólver?*

—I con una nuez de siete tiros, mi señora.

—¡Ave María! ¿una nuez con tiros?

—¿Qué, qué hai? preguntó tomando cartas en la conversacion el molinero, que ya comenzaba a impacientarse de la charla de su mujer.

—Nada, nada Mauricio, sino que el señor dice, que tiene una nuez con siete....

—¿Siete qué? mujer.

—Que lo pasen Uds. mui bien, contesté yo, riéndome a la sordina i haciendo sonar las llaves entre mis dedos.

—¿Por qué tiritas tanto Bartola?

—Es que la nuez i los siete....

—¡Al diablo con tu jeringa!

—¡Hasta la vista! balbuceé yo, clavando los hijares de mi impaciente tordillo. Media hora despues galopábamos en el camimo real; quisimos recuperar en rapidez el tiempo perdido i azotamos nuestros caballos; las chispas brotaban al contacto de las herraduras con los guijarros, el viento silbaba con furia, el ruido del molino se perdia, el mar continuaba con su eterno murmullo. Cuando por fin nos detuvimos, iban a dar las doce. Por segunda vez acabábamos de estraviarnos en unas siembras de trigo i en unos cercados que no presentaban salida alguna; largo rato estuvimos caminando a tontas i a locas, abriendo i cerrando puertas, hasta que por fin sentimos una campanilla o cencerro.

—Aquí debe haber alguna majada.

—En efecto, un perro está ladrando.

—Acerquémonos.

—¿Para que nos suceda lo que con el otro rebaño?

—Pues entónces alojémonos en este barranco hasta que amanezca.

—Vamos ántes hácia donde suena el cencerro i si no encontramos ningun rancho, entónces volveremos al barranco.

Por fortuna, al lado del aprisco encontramos tres o cuatro viviendas; despues de repetidos golpes i de mil protestas de que no éramos ladrones, como se le habia ocurrido a la patrona, salió a abrirnos un hombre, quien mediante una lijera remuneracion, se prestó de la mejor volutad a servirnos de guia. ¡Ai! lector! se me paran los pelos de punta, cuando recuerdo el frio que hacia en aquel entónces; ta, ta, ta, ta, mis dientes claqueaban como castañuelas, pero no habia remedio, era preciso volver a cabalgar. ¡Oh, oh, cabalgar! i yo que hubiera dado tordillo i montura por tener donde dormir. Los oidos me zumbaban, las tripas a gritos pedian misericordia, las piernas se doblaban como *yuyo*, las manos rehusaban tomar las riendas i la cabeza....¡diantre de cabeza! que quiero, que no te quiero, a derecha i a la izquierda, para adelante i para atras, lo cierto es que estaba medio mareado.

—¡Arre tarambana! me gritó Ignacio, clávale el *hierro insano* a tu tordillo.

Dicho i hecho: tres o cuatro espuelazos aplicados con maestría, hicieron corcovear al pobre bruto.

La majada estaba ya léjos; nos hallábamos en la entrada de una quebrada tan profunda, que mas parecia garganta de cordillera; no veiamos ni cielo, ni estrellas pues el monte era espesisimo i los matorrales impenetrables; fué preciso bajarse del caballo i que cada cual tomase el suyo por las riendas; asi caminamos mas de media hora, abriéndonos se puede decir un camino pues no existia ninguno. Vueltos a nuestros puestos por la mucha arena que nos incomodaba sobremanera, tuvimos que continuar con el cuerpo pegado al cogote de los caballos; los coliguales se cruzaban sobre nosotros raspándonos las espaldas; las aves al ser molestadas en su sueño por tan intempestivas visitas, huian despavoridas azotando las ramas con sus alas. Al fin se concluyeron los cerros i tambien la hermosisima quebrada; acabábamos de entrar en un estenso arenal.

—Hasta aqui no mas los acompaño, dijo el guia; ahora ya no pueden estraviarse; sigan Uds. la orilla del mar i ántes de media hora estarán en el Algarrobo.

Si hubiese sido pintor, habria trazado un cuadro de aquella escena: a un lado, el mar con sus olas encrespadas, levantando torbellinos de espuma; un resplandeciente lucero derramando en las aguas un brillo que se prolongaba i estendia sobre las olas; a otro lado, la quebrada con sus intrincados matorrales i en el medio de aquel panorama, tres jinetes: el uno mostrando la bahia del Algarrobo, el otro acariciando a un perro, (de paso diré, que soi mui aficionado a la raza canina, esto lector para que sepas que ese era yo), i el tercero, conversando con el guia, que sombrero en mano, se despedia de sus buenos patroncitos, como él decia.

Continuamos nuestro camino, las olas venian a bañar las patas de nuestros caballos; el olor a *güiros* i a *cochayuyo* me hormigueaba en las narices. De buenas ganas hubiera querido tener en mi faltriquera uno de aquellos frasquitos tan monos de mi amigo Antonio. ¡Oh! cuánto no me habrian aliviado unas cinco o seis gotas de sus ricas esencias *a la violette*, *au citron* o *a la fleur d'oranger!* Por fin echamos pié a tierra por la última vez. Eran las tres i dos i medio minutos. Tres reverendos suspiros se escaparon de mi pecho: el primero en *re*, por haber llegado sanos i salvos; el segundo en *fa*, para darle las gracias a mi buen tordillo que relinchaba al pensar que luego iba a manducar tierna alfalfa i sabrosa cebada, (¡pobre *manco*, tan obediente i tan sufrido!) i finalmente, el tercero, (que fué el mas melancólico), en *sol* sostenido, para mi pobre humanidad, tan maltratada i sacudida durante nueve horas de incesante trote i galope, vueltas i revueltas, subidas i bajadas.

Llamé a la puerta.

—¡Hep, Chambeco, Lucho, ábran que ya me hielo!

—¡Ruperto! esclamó una voz.

—¡Ignacio! repuso otra.

—¡Ellos son!

Minutos despues, toda la casa estaba en movimiento.

—Mamá, mamá, se habian perdido en las quebradas.

—¡Por Dios, atreverse a viajar de noche! Elvira, llama a la Gregoria, a la Delfina, a la Santos, que les traigan pronto de comer.

—Voi volando mamá.

—No Elvirita, no se incomode; lo único que queremos son nuestras camas; brrrr! qué frio, qué frio!

—¡Ai! cómo estarán de cansados!

Diez minutos mas tarde, mi cabeza que tanto quiero, descansaba sobre una mullida almohada i mis pobres costillas i mis huesos tan molidos, habian tomado la horizontal sobre un blando lecho. ¡Oh! con cuánto gusto estiraba mis brazos i mis piernas! aquello era mejor que un Eden de flores, mejor que una armonía de Rossini, mejor que lo que de mejor te puedas forjar en la imajinacion, carísimo lector.

Por lo que despues he podido recordar, hube de dormirme mui pronto, pero ¡ai! que ni mi sueño debia ser tranquilo. ¡Qué pesadilla, Santo Dios! ¡cuántos ladrones, que ya, ya me acogotaban; qué combate tan reñido; qué mandobles i estocadas; cuántos puñales, rifles, sables, revólvers i caras de demonios! ¡Qué apretos, qué sudores, qué escalofrios! Los mui bellacos me derribaron, iba a morir, no habia remedio, todas las bocas de los rifles estaban dirijidas a mi pecho; en medio de mi desesperacion, hago un último esfuerzo, rompo las ligaduras con que me tenian atado i paff! piff! pouff! arremeto contra el primero que se presenta, dándole tan feroz trompada que.....pero ya es tiempo de concluir con este capitulo, pongamos pues punto final.

(*Continuará.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

ÉL I ELLA.

ELLA.

¿Por qué tu mirar revela
Tanto pesar i tristeza?

EL.

Porque adoro tu belleza
I mi amor de ti recela.

ELLA.

Hasta el alma me has herido
I es agravio tu dudar,

Porque yo te he prometido
Que a ti solo puedo amar.

EL.

Es fundada, prenda mia,
Mi amorosa desconfianza,
Porque he visto dia a dia
Que a todo el que te enamora,
Con sonrisa encantadora,
Le das alguna esperanza

ELLA.

¡I esa es toda tu afliccion?

EL.

¡Es todo mi padecer!

ELLA.

Pues, esas cosas no son
Mas que juegos de mujer.

1855.

M. A. Hurtado.

LA IGLESIA CATÓLICA EN ESTADOS UNIDOS.

Ensayo escrito para La Estrella de Chile.

(Conclusion.)

SITUACION ACTUAL DEL CATOLICISMO.

De la brillante aurora, de la mañana llena de rocio del catolicismo en las selvas, paso ahora a esponer a la contemplacion de mis lectores en todo su esplendor el pleno dia que hoi alcanza la Iglesia católica en la América del norte, advirtiendo que el que esto escribe procede mas sobre el testimonio de sus propios sentidos que sobre autoridades escritas, pues en un viaje al traves del continente ha tenido oportunidad de observarlo todo personalmente.

La obra, como lo he manifestado, se inició mui temprano i se prosiguió con un vigoroso anhelo que no retrocedió ni aun ante la muerte, i era natural que persistiese la construccion basada sobre tan sólido fundamento. La inspirada palabra de la tradicion i la doctrina católica voló, como la alada semilla de las flores de las praderas, al traves de todos aquellos vastos territorios desde el Atlántico al Misissippi i desde el Misissippi al Pacífico. I esas semillas no solo han jerminado; sepultadas por algun tiempo bajo un suelo feraz son ahora plantas vigorosas i aunque tiernas manifiestan que pertenecen a la especie de las selvas eternas, destinadas a encimar todas las estrechas preocupaciones de una comunidad que tanto sabe amar como aborrecer i a cuyo espíritu no son de todo punto ajenos la admiracion jenerosa i el rapto entusiasta.

El tipo de las misiones no se ha estinguido i en su perpétua juventud la Iglesia sigue produciendo jenios i héroes como maguer. El padre Smet a quien se debe una historia de las misiones mas recientes, ha cruzado varias veces este pais i cuando los esploradores por especulacion i los empresarios de vias no habian echado la vista sobre los territorios del oeste i del sur, él ya habia estado en Nuevo Méjico, al pié de las montañas Rocallosas i en la opuesta banda del Pacífico hasta entónces territorios i hoi Estados de Washington i Oregon.

California entregada en un tiempo a los jesuitas durante el coloniaje i cuando era provincia del vireinato de Nueva España, pasó despues de la abolicion de esa órden a poder de los padres franciscanos que siguieron atendiendo sus misiones. Hoi, estraño capricho de la suerte, puede decirse que ha vuelto a manos de los restaurados hijos de Loyola, pero en forma mui diversa. Al campo solitario, inculto, recorrido a lo sumo por tribus de indios sin iniciativa ni amor al trabajo, contra cuya indolencia se estrellaba aun el apostolado cristiano ha sucedido una comunidad cosmopolita, que brilla con la mas febril actividad i jira con los capitales mas cuantiosos de la Union. A las estancias sin límites conocidos, destinadas en los tiempos de antaño a la reproduccion lenta i natural del ganado cuyos nobles propietarios vivian en la lejana corte de Méjico, sin cuidarse mucho de sus remotas posesiones, se han sustituido las heredades deslindadas con toda escrupulosidad en que se ejerce la industria agrícola con todas las ventajas i perfeccion que los modernos inventos permiten. No hacen aun 25 años que se mataba en grandes cantidades el ganado con el esclusivo objeto de aprovechar los cueros desperdiciando el resto del animal como acontecia en Chile a fines del primer siglo del coloniaje, i hoi halla la carne en el mercado de San Francisco tan seguro i tan buen precio como en la populosa Nueva York. Donde no ha mucho crecian en desórden esterilizando el

suelo arbustos silvestres, hoi se estienden hermosas arboledas frutales que proveen, con sus pomas sazonadas i esquisitas a todos los Estados del oeste. Esa rejion que el año 1616 no tenia con estos Estados del este mas comunicacion que la irregular de los buques balleneros o destinados a la carga de cueros, hoi se encuentra a solo seis dias de distancia, que el viajero atraviesa durmiendo como en su lecho i comiendo acaso mejor que en su propia mesa. Las rancherías de los salvajes i las casas aisladas de los administradores han cedido su plaza a ciudades populosas a orillas del mar cuyo prodijioso crecimiento solo puede concebirse cuando se sabe que cuentan centenares de miles de habitantes i sus primeros fundadores viven en su propio seno i son jóvenes aun. El vapor i el telégrafo ligan por tierra i por mar con la China i con Europa a aquella colosal metrópoli, suscitada como por ensalmo en lo que se reputa un instante en la vida de las naciones, en veinte años.

La relijion no podia permanecer estacionaria en medio de semejante jigantesco progreso material. Así como al campo inculto sucedió la huerta cultivada i fecunda, como a las chozas las grandes poblaciones i palacios, a las derribadas misiones de la antigua California han sucedido magníficos templos de mármol i piedra coronados por monumentales campanarios, conventos católicos pertenecientes a diversas órdenes relijiosas, i establecimientos de educacion de dimensiones estraordinarias, fundados en diversas ciudades por los jesuitas i cuyo profesorado si hemos de reconocer la verdad, reconocerá iguales pero no superiores en lo que llevamos visto de la América del Sur i la del Norte. El colejio de San Ignacio que existe en San Francisco, bajo la direccion del Rev. P. Bayma, cuenta 350 alumnos, i el colejio de Santa Clara establecido en un pueblo de campos deliciosos sembrados de quintas frutales, no tiene hoi ménos de 200 estudiantes bajo la direccion del padre Varsi. Las monjas de los Sagrados Corazones se han consagrado a la educacion en este Estado con igual éxito i varias otras órdenes relijiosas aunque no de una manera tan brillante como los jesuitas, cumplen con su tarea de propagacion de la fé en esa sociedad nueva i orijinal.

La base de la poblacion mejicana que existia allí ántes de la anexion i las inmigraciones chilena, irlandesa, francesa i una gran parte de la alemana están en el seno de la Iglesia católica i así no es de sorprender que ésta cuente allí con ochenta iglesias, veinticuatro capillas, tres colejios, cuatro academias, treinta colejios escojidos i parroquiales, cuatro asilos i tres hospitales. La poblacion católica pasa hoi dia allí de 120,000, advirtiendo que apénas si llega a 300,000 la total del Estado, consistiendo una parte considerable en inmigrantes chinos, que supersticiosos obsecados en su celeste imperio son todavía mas tenaces e invulnerables en el estranjero, llevando su perstinacia hasta insertar cláusulas en sus testamentos a fin de que se repatrien sus huesos, pues tienen la conviccion de estar eternamente perdidos si sus restos se sepultan en tierra de profanos que no están iniciados en los libros de Confucio. La arquidiócesis de San Francisco erijida en 1853 en atencion a la prosperidad repentina que el descubrimiento del oro trajo al pais, abarca todo California, el Estado de Nevada, i el territorio comprendido entre el océano Pacífico i el rio Colorado.

En los distritos escasamente poblados del nor-oeste el viajero encuentra todavía uno que otro misionero, formado en la antigua escuela del apostolado cristiano i que siguen el ejemplo de los modelos que aprendieron a admirar, secuestrados del mundo i persiguiendo su santo fin en el seno de las comarcas selváticas mas deliciosas que la imajinacion puede concebir.

Pero el misionero se vé hoi especialmente atraído a las nuevas poblaciones que cada dia se levantan improvisadas en el creciente oeste. Ordinariamente surjen en donde las líneas férreas se cruzan, o ha ido quedando en jérmen en cada punto en que la construccion de las vias que hoi cruzan esas rejiones se detuvieron, obligando a vivir en esos lugares a las masas de trabajadores durante algun tiempo en que necesitaron construir casas i preparar terrenos. El misionero católico circunscribe su accion a cierto número de millas, celebra misa en alguna casucha aislada a donde concurren los fieles de tres leguas a la redonda, i así pasa de un círculo a otro, ni mas ni ménos que nuestros misioneros en los campos, recibiendo confesiones i administrando sacramentos. Ni Utah mismo, el territorio ocupado por los mormones, esos fanáticos polígamos que guiados como cie-

gos por su caudillo el gran esplotador Brigham Tomig tratan de resucitar el mesaismo, se ha escapado a la solicitud de la Iglesia i se halla comprendido en un vicariato apostólico que alcanza a la capital del Estado de Colorado. Desde el pueblo de cristianos que tiene el nombre de Corisnne i fundado en la línea del ferrocarril del Pacífico, atienden los sacerdotes de nuestra fé a aquellos de nuestros hermanos en la religion que aciertan a encontrarse en la vecina *Salt-Lake City* centro de la poligamia i residencia del Profeta i de los apóstoles del mormonismo.

I no solo en el oeste sino de Magne a Marylandia i de Marylandia a Luisiana, al traves de toda la nueva Inglaterra i de los Estados del Medio, especialmente en donde quiera que cruza esos claros arroyos algun puente natural o artificial, surje una poblacion, poblacion principalmente de trabajadores en manufacturas, esos trabajadores no tardan en tener consigo un sacerdote i una iglesia con su torre coronada por una cruz.

No hai chácara que no sea cultivada en esas ricas rejiones fluviales. Pues bien, en las casas de las granjas la primera necesidad es una iglesia o una capilla, un padre i los sacramentos, i esos hogares tranquilos llenan en seguida los grandes centros manufactureros. En donde quiera que un ferrocarril corte las selvas, encontrando formadas sus estaciones en las aristocráticas poblaciones de los Estados mas populosos, ya sea que huya de las poblaciones i faldeando montañas i bordando precipicios, marche como el de la cadena de los Alleghanis de Chicago a Baltimore, ya sea que cruce por puentes aereos sobre golfos profundos como aquél en que se precipita el San Lorenzo al formar las cataratas del Niágara, cuyo majestuoso estrépito nos trae a la imajinacion la voz de la eternidad, el himno grandioso que se entona en el trono del Increado, ya sea que vuele con la rectitud del dardo al traves del Mississippi i de las montañas Rocallosas para detenerse solo en las riberas del mar de Nuñez de Balboa, en donde quiera que se haya tendido un acerado riel, allí se encuentra el jornalero católico i.... el sacerdote católico. La garita del inspector se suele convertir en capilla, i la grosera casucha del carrilano recibe como huésped al Señor de los señores.

Se habla de plantas estrañas que jerminan en lugares solitarios, las cuales, como si encontrasen allí su propio i nativo suelo, se esparcen i propagan adquiriendo un desarrollo que las hace aparecer como indíjenas. Los botánicos nos aseguran que estas plantas proceden de semillas que aves errantes han dejado caer. Del mismo modo, la verdad católica se va sembrando en las aldeas de los lados, i al rededor de las poblaciones i estaciones de ferrocarriles, i a los vastos páramos la lleva el jornalero, cuyo único ajuar es su robusto organismo, su pala, su enerjía inquebrantable i su fé, jamas, jamas olvidada. La inmigracion irlandesa que provee de esforzados trabajadores las faenas, es la que produce estos excelentes tipos, estos hijos de su propio esfuerzo que en los límites de la civilizacion asiste el único dia de descanso al santo sacrificio de la misa con una simplicidad i una devocion que deberia hacer ruborizarse de su piedad elegante, afectada i prendida a las clases mas favorecidas de estas grandes ciudades del Este. Tal mas o ménos ha sido la base sobre la cual en el espacio de dos siglos se han venido construyendo las siete arquidiócesis, cuarenta i cuatro diócesis i cuatro vicariatos jenerales que forman hoi la Iglesia católica de los Estados Unidos, con un número de fieles que computado moderadamente no baja de la cuarta parte de la poblacion total.

Pero fuera de este vasto campo, el sacerdote católico se halla a menudo en las grandes ciudades del interior i en los populosos puertos sobre los rios i la costa, mezclándose con la esforzada marea de las empresas, dirijiendo eficazmente la actividad de una vasta poblacion inmigrante, reprimiendo excesos, instruyéndola en los deberes que la ligan con la nueva patria que acaba de adoptar, estableciendo escuelas, fundando colejios i seminarios eclesiásticos, hospitales, asilos, casas de refujio, i aconsejados por su prevision i amor a la Iglesia, asegurando para ella todas las ventajas ascequibles, En una revista protestante que tiene por título: «*Atlántica mensual*» apareció hace algun tiempo un artículo bajo el epígrafe de: «*Nuestros hermanos católicos,*» dando una descripcion atrevida i a grandes razgos de la situacion del catolicismo en Norte América sobre todo bajo su aspecto esterior. No me decido a renunciar a la traduccion de

uno de sus elocuentes párrafos capaz de suscitar de la tumba a los despóticos i fanáticos puritanos en cuyas propias ciudades se imprimen i entre cuyos descendientes directos circulan hoi dia semejantes publicaciones.

Hé aquí como el autor de ese artículo se espresa a cerca del catolicismo:

«En donde quiera que observeis un espacio en que la naturaleza haya reunido »todos sus encantos i todas sus ventajas, »sea isla o tierra firme, hállese o no en la »ribera de aguas navegables, allí la prevision i espíritu de empresa de esa organizacion admirable ha establecido o se encuentra estableciendo algo enorme i sólido, »dominado por una cruz. Hoi se construye »la marmórea catedral de Nueva York con »capacidad para diez mil personas, precisamente en el punto que conviene, en la »quinta avenida que será siempre mas »adecuado para el objeto miéntras permanezca la ciudad. Sinembargo, cuando se »elijió ese sitio, algunos años há, en los »pedregosos suburbios tras del mercado de »la carne, nadie sino es el industrioso Juan »Jacobo Astor, habria admirado su futuro »valor fuera de un arzobispado católico-»romano.

«Cuando se establecieron nuestros excelentes i celosos amigos los padres Paulistas en la novena avenida frente a »Week-hanken, adquirieron una cuadra »entera, i así por ménos capital del que les »habria demandado el arriendo de una casa »regular durante cinco años, han asegurado suficiente espacio para la espansion de »la comunidad en sus operaciones durante »siglos!

«Allí está tambien el convento del Sagrado Corazon en la parte mas alta de »la isla, la quinta de Sollard i el gran es»tablecimiento de las hermanas de la Caridad sobre el Hudson, en donde el aplaudido trájico Edwin Forrest ha construido »su fantástico castillo. Decidnos ¿habeis »visto sitios elejidos con mas acierto? Presstad atencion al area de los terrenos, a la »solidez de las construcciones i a la prevision i buen sentido que ha precedido a »todos los arreglos. Todo esto cuesta dine»ro, aunque comprado i edificado con la »mas admirable economía. La Iglesia católica posee, por lo ménos, en la iglesia de »Nueva York solamente mas de sesenta millones de pesos en solares i edificios »la mitad de cuya suma quizas ha adquirido »comprando las tierras cuando estaban baratas, i aguardando para enajenarlas a que »cobrasen valor.

«La parroquia de San Estévan que contenia mas de 25,000 feligreses se habia »hecho mui poderosa para ser adecuadamente servida con una sola iglesia, i en »esta virtud se le segregó una porcion de »una milla de largo i un cuarto de ancho »a fin de formar una nueva parroquia. El »arzobispo busca entre su clero un sacerdote adaptado por la naturaleza i las circunstancias para organizar una parroquia »i proveerla de las necesarias construccio»nes. El relijioso elejido se siente honrado »con el nombramiento; a su juicio aquélla »es una promocion i es a la vez su premio »i su estímulo. Se lanza desembarazado a »su nuevo campo, sin mas trabas que las »de la disciplina eclesiástica. Este relijioso »tiene una iglesia que construir, escuelas »que formar i una parroquia que suscitar »de la nada. No tiene mujer, la Iglesia es »su esposa; no tiene hijos, la Iglesia es su »heredero. El puntillo profesional, el espíritu de cuerpo, la ambicion humana i todos los motivos que deciden ordinariamente a la accion se asocian con la benevolencia i la relijion en el corazon de ese »hombre, desde que cree entera i firme»mente que la Iglesia católica romana es »la mas dulce, sagrada i sublime de las que »el hombre conoce, su mejor consuelo en »este valle de lágrimas i su pasaporte mas »seguro para la vida que empieza mas allá »de la tumba. A este sacerdote no se le »exije que absorba sus fuerzas i lo mejor »de su tiempo componiendo sermones bri»llantes con que entretener una congrega»cion criticona i fastidiosa. Su tarea es mas »saludable i mas varonil. Tiene que entenderse a la vez con contratistas, arquitectos, »carpinteros i albañiles. Está mucho tiempo fuera de su claustro vijilando como »avanzan los edificios en cuya construccion »tiene puesta su alma i cuya terminacion »será grata a su lejítimo orgullo a la vez »que a su santa fé. Al ver la vida saludable »i activa que llevan los relijiosos católicos »ya no me asombra que sean tan robustos, »rosados i alegres.»

Supongo que no solo mis lectores, sino que hasta los rojos de mi tierra darán crédito a estas descripciones trazadas por plumas protestantes en los mismos lugares en

que existe el fenómeno descrito, impreso en una Revista protestante de estendida circulacion, i leida con ánsia por suscritores protestantes de todas las imajinables denominaciones, sin haber arrancado una palabra de contradiccion ni de reproche.

Pues bien, lo que dice la Revista protestante en el párrafo que acabo de trascribir acerca de la relijion católica en Nueva York, es mas o ménos el caso en todas las grandes ciudades de la Union. Lo afirmo fundándome en el testimonio de mis propios sentidos. Breves dias de permanencia en Du Maines, Keokink, San Louis, Louisville, un viaje por Kentucky i Tennesee i una subida a Chicago al traves de los Estados de Indiana e Illinois me han permitido observar por mi mismo i formarme esta idea que despues he visto confirmada en obras detenida i estudiosamente escritas por personas que sin duda tienen para avanzar sus juicios motivos mas autorizados que la rápida visita de un transeunte. En cada pájina del diario que l'evaba con toda minuciosidad miéntras cruzaba esos Estados encuentro líneas como las siguientes que me revelan i recuerdan espectáculos grandiosos i jigantescos, progresos que me sorprendian i me entusiasmaban por lo inesperado i no tenia sinembargo tiempo de consignar en mi cartera en mas prolijos términos:

Setiembre 15.—San Luis.—Iglesias católicas por toda la ciudad.—Orijen frances i español de la poblacion i abundancia de alemanes e irlandeses católicos.—Hermoso palacio episcopal.—Catedral i solio arzobispal.—Nuevos templos en construccion.—Los católicos bohemios erijen un suntuoso templo de piedra.—Hospitales, asilos de huérfanos i escuelas libres católicas.—Conventos i casas de jesuitas.—La universidad de San Luis bajo la direccion de los padres.—Cariñosa acojida de éstos.—El arzobispo Renrick en el Concilio.—Adversario de la infalibilidad como dogma. (Este prelado ha regresado ya i aunque atacó el dogma de la infalibilidad en la gran asamblea del episcopado, se ha sometido humildemente a su decision).

Mas o ménos son los trabajos relativos al mismo asunto que podria estractar de las hojas de mi cartera.

Chicago, esa ciudad que se ha levantado en el breve espacio de treinta años como por ensalmo, en las riberas del lago Michigan, convirtiéndose en el corazon del occidente, en la metrópoli comercial i agrícola de una docena de Estados, es el coloso que amenaza enjendrar muchas otras de sus mismas proporciones i romper de esta manera el equilibrio llevándose con su peso en la balanza a las comunidades seculares de este, Chicago puerto mediterráneo que tiene simultaneamente las ventajas de ciudad central i de costa es otro de los grandes teatros en que se ha hecho sentir de una manera inequívoca el triunfo católico.

Confieso que cuando divisé a esa gran ciudad cuyas plantas lava el azulado Michigan, llena de humeantes fábricas en su seno, asediada por innumerables barcos de albo velámen por el lado del lago, atravesada por innumerables vias férreas que en ella vienen a cruzarse de todas procedencias, cuando recorriendo sus calles me vi detenido ante puentes jiratorios echados sobre canales navegables, miéntras pasaban flotas enteras de naves cargadas de granos, en direccion a los inmensos graneros de depósito que se alzan en la márjen de aquel mar mediterráneo, cuando encontré el paso de mi carruaje obstruido por una lejion de edificios que en movimiento por el centro de la calle cambiaban de residencia, cuando atravesé bajo el lecho del rio un túnel jigante iluminado por un millon de lenguas de fuego, cuando sentí rodar con igual suavidad mi vehículo en un espacio de trescientas millas pavimentadas con maderas a enorme costo el pié cuadrado de superficie, en fin cuando supe en el momento en que me servian la comida que el hotel en que habitaba era alzado en ese mismo instante con todos sus huéspedes adentro, siguiendo la vida ordinaria, a una altura suficiente para dar cabida bajo de él a otro piso, confieso digo que no sospeché siquiera que esa poblacion que tantos prodijios habia realizado en tan breve tiempo en la vía de los progresos materiales, hubiera tenido oportunidad de atender ni someramente siquiera a sus necesidades morales i espirituales. Una circunstancia concurria a radicar en mi esa conviccion. Habia visto los cementerios en las arena de la playa, donde las inscripciones de los mármoles anunciaban que estaban sepultados los primeros pobladores de esa ciudad maravillosa, abiertos al tráfico público, porque ni el

dique de la muerte ha respetado en su forzosa prosperidad creciente aquella animada poblacion. Esta circunstancia parecia acusar a mi juicio una falta absoluta de nociones relijiosas.

Mui poco tardé en salir de mi error. En medio del bullicio del comercio llegó a mi oido la voz de la caridad. Un padre jesuita, mui popular allí, invitaba en esos dias al pueblo a una gran fiesta cuyo producto estaba destinado a la terminacion de un seminario para niños pobres. El reverendo Edwards me puso en camino de conocer la situacion del catolicismo en esa estraordinaria rejion. La primera iglesia que se erijió en Chicago en la esquina que forman la avenida Wabash i la calle Madisson, fué católica. No tardó en erijirse tambien un obispado i aunque la mansion del pastor era pobre, los fieles la amaban i no la desamparaban. La primitiva capilla de madera no tardó en ser sustituida por la suntuosa iglesia de María Santísima que hoi se eleva en su lugar, i el palacio que ha pasado a ser arzobispal domina hoi con solemne suntuosidad desde la avenida del Michigan la poética escena del apacible lago. Si el catolicismo i sus servidores han crecido ordinariamente con los paises en que se ha establecido, esto especialmente cierto tratándose de Chicago, i aun los protestantes con quienes conversé a este propósito, se apresuraban a reconocer que el desarrollo rápido i la asombrosa prosperidad de aquella ciudad estaba estrechamente ligada con la fé católica i sus ministros. Hoi cuenta 154 sacerdotes, 220 iglesias, hospitales, asilos de huérfanos, escuelas, etc., etc., i un número de fieles correspondiente al de relijiosos e instituciones.

Bien quisiera continuar esponiendo en todos sus detalles esta brillante situacion, pero el tiempo es escaso, el correo parte hoi mismo, i temo que comience a faltarme ya la induljencia de mis lectores. Por eso no esploto en este breve ensayo las observaciones hechas i las reflecciones sujeridas en un viaje reciente hecho al través de la metrópoli católica de Baltimore i por las capitales de los populosos Estados de Pensilvania i Massachussetts. El mismo distrito de Columbia en que los jesuitas tienen dos grandes establecimientos de educacion ofrece abundante material que me veo en el duro caso de dejar intacto.

Por demas interesante seria referir a *La Estrella de Chile* cómo es que aquí se forman nuevos conventos bajo la éjida de la libertad democrática, para dar acojida a los sacerdotes católicos que proscriben las tiranías europeas. Las víctimas del libertinaje español i los desterrados de Victor Manuel han hallado asilo santo en Marilandia en el colejio de Woodstoch. Lo sería tambien esplicar cómo para los valientes católicos de esta república no es indiferente la suerte que corre hoi la cabeza de la Iglesia, i como a las manifestaciones presididas en Washington, asiento del gobierno federal, por el mismo metropolitano monseñor Spalding, han sucedido protestas i protestas elevadas por masas enteras de católicos en todos los Estados de la Union. La ocupacion de Roma i la usurpacion de los bienes i monumentos del Pontificado que no pertenecen a la casa de Saboya ni a la Italia misma, porque han sido costeados en el curso de los siglos por la humanidad creyente, son consideradas universalmente aquí como el acto de la mas inaudita i odiosa arbitrariedad. Si emprendo esta tarea en otra vez podré hablarles tambien de las publicaciones católicas que se dan a luz en estos Estados, del *Catholic Mirror* (Espejo Católico) de Baltimore, del *Catholic World* (Mundo Católico) de Nueva York, del *Tablet* (La Mesa) de Filadelfia i no olvidaré la circunstancia de que al frente de la primera columna de cada uno de esos periódicos aparecen francas recomendaciones de los pastores a los fieles a fin de que se suscriban i protejan esas empresas.

No terminaré este ensayo, con todo, sin hacer mencion, siquiera sea someramente, de una grave cuestion que desde há tiempo preocupa seriamente a los católicos de estos Estados i que no puede estar distante de alcanzar su solucion. La cuestion de la educacion primaria.

La constitucion federal, como se sabe, aunque reconoce a Dios, no reconoce relijion especial. De aquí que en las escuelas públicas sostenidas con los dineros de los contribuyentes no se enseñe doctrina relijiosa alguna. En algunas partes se empiezan las tareas escolásticas con lecturas de la Biblia i en otros Estados con préces que se procura sean tolerables para todas las creencias. Los católicos, uno de cuyos principios es educar a sus hijos en su pro-

pia fé, no pueden convenir en una enseñanza que priva a sus hijos de lo que consideran mas esencial en la vida del hombre; la enseñanza relijiosa. En esta situacion, su conciencia en pugna con la luz, los ha obligado a fundar escuelas de su propio peculio para los suyos i a prescindir de los sistemas de educacion pública mantenidos por los diversos Estados. Ellos no perciben, pues, el beneficio de esas instituciones contradictorias con sus creencias i sinembargo contribuyen como el resto que sin esos escrúpulos o acase porque el profesorado es en su totalidad sectario i protestante, reporta todas las ventajas. ¿Es esto justo? Deben los católicos continuar pagando perpetuamente por un servicio que no perciben, pagando por una educacion que no pueden aceptar para los suyos, i que aprovechan solo los disidentes? Esa es la cuestion. Ellos solo pretenden que se les entregue de las contribuciones destinadas a la instruccion pública lo correspondiente al número de niños que educan en sus principios, porcion de la contribucion que sin duda pagan al tesoro los padres católicos de esos mismos niños. A fin de alcanzar este acto de justicia están dispuestos a someterse a la fiscalizacion de los gobiernos locales, a fin de que comprueben que la instruccion que se da en las escuelas católicas es tan idónea i tan completa como la que se recibe en las escuelas mismas del Estado. Sobre esto se dan lecturas i se predica i la propaganda activa sigue su curso hácia la victoria definitiva. Ganada esta campaña puede decirse que ya el destino de la union americana está fijado i que no está distante el triunfo final del catolicismo en esta gran república.

En la lectura de este ensayo habrán podido convencerse aquellos de nuestros precipitados compatriotas que sin tomarse el trabajo de estudiar a la relijion en su espíritu i de profundizar en la materia creen que el catolicismo pertenece al pasado i debe caer en breve a la misma fosa en que yace el paganismo. Cuán grave i cuán triste es su error! El catolicismo marcha aun al frente de la humanidad. La fuerza de su vitalidad jenerosa i abnegada rivaliza i se hermana con la prodijiosa actividad que caracteriza en este siglo i en este pais al progreso material. Puede ser que para algunos mi esposicion sea una verdadera revelacion, pero el hecho exacto es que la fé católica precede en la esploracion de los nuevos campos al espíritu de empresa, que la cruz abre el camino al caduceo i concluye por regularizar la vorájine de una civilizacion improvisada, que corre a cada instante el riesgo de desbordarse en el mas grosero materialismo.

Sepan tambien los que nos presentan al catolicismo como el polo opuesto i el enemigo mortal de la democracia i la libertad, al mismo tiempo que nos señalan a los Estados Unidos como la cuna de esas dos diosas, sepan tambien que estos Estados Unidos son ante todo católicos, lo que demuestra palmariamente que su pretendida incompatibilidad no existe.

CÁRLOS MORLA.

Washington, mayo 3 de 1871.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

ABRIL.

En el mes de abril próximo pasado, la Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

BIOGRAFÍA AMERICANA o *Galería de poetas célebres de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Nueva-Granada, Venezuela, Méjico, Uruguai* i *República Arjentina*, por José Domingo Cortés—1 vol. en 4.° de 235 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

PARNASO CHILENO, por José Domingo Cortés—1 vol. en 4.° de 437 pájs.—Santiago,—Imprenta de *La República*.

PARNASO PERUANO, por José Domingo Cortés—2 vol. en 4.° con 814 páj.—Valparaiso.—Imprenta *Albion*.

LOS CONSTITUYENTES CHILENOS DE 1870, por Justo i Domingo Arteaga Alemparte—Entrega 7.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 576 a la 661.—Santiago.—Imprenta de *La Libertad*.

ESTATUTOS *de la Sociedad de Socorros Mútuos de Melipilla*—1 vol. en 8.° de 15 pájs.—Melipilla.—Imprenta de *El Progreso*.

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO, por Martin Palma. Entregas 10ª, 11ª i 12ª—1 vol. en 4.° de la páj. 441 a la 584—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

La última palabra de Rocambole, por Ponson du Terrail.—Entrega 22ª—1 vol. en 4.° de la páj 97 a la 241.—Valparaiso. —Imprenta de *La Patria*.

Las buenas nuevas.—Obrita escrita por un mejicano i dedicada al bello sexo hispano-americano—1 vol. en 8.° de 31 pájs. —Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

Presupuestos *de los gastos públicos de la Ilustre Municipalidad i de instruccion primaria del departamento de Santiago, para el año de* 1871 *i cuentas de inversion de* 1870 —1 vol. en 4.° de 27 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

Reglamento interior *del Banco Mobiliario*—1 vol. en 4.° de 9 pájs.—Santiago.— Imprenta de *La Libertad*.

Compendio del pequeño plutarco, por José Bernardo Suarez—1 vol. en 8.° de 315 pájs.—Santiago.—Imprenta *Chilena*.

Aventuras de un pije, por Pedro Urdemales.—Entregas 5.ª a 8.ª—1 vol. en 4.° desde la páj. 65 hasta la 128.—Santiago. —Imprenta de *La Libreria del Mercurio*.

La minería nacional i las causas de su poco desarrollo.—*La Ordenanza de minas comparada con los sistemas modernos de derechos de esportacion i contribuciones directas*, por Guillermo A. Walker.—1 vol en 4.° de 15 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

San José, *declarado por nuestro Smo. Padre Pio IX, patron de la Iglesia Católica*. —1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

Acta *capituli Provinciæ Sancti Laurentii Martyris Ordinis prædicatorum in Conventu maximo Jacobopolitano celebrati anno Domini* 1871.—1 vol. en 4.° de 33 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

Seis nuevos periódicos han aparecido durante abril.—En los Andes ha salido a luz *El Andino*, en la Serena *El Correo del sábado* i en Ovalle *La Correspondencia*, en los Anjeles *El Laja*, i en Santiago *El Rebenque* i *El Alba*.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CALISTO.

Contenido de este número.

I.—Peor es nada.
II.—Al lucero, por Elias A. Cáceres P.
III.—Bibliografía. *Leonor o el último dia de los Jesuitas*, por Enrique del Solar.
IV.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
V.—El i ella, poesía, por M. A. Hurtado.
VI.—La Iglesia Católica en Estados Unidos, continuacion, por Cárlos Morla.
VII.—Revista bibliográfica.
VIII.—Solucion de la charada del número anterior.

A peticion de algunas de nuestras suscritoras, peticion que no podriamos desatender, i tambien en consideracion a su objeto, contra nuestra costumbre, insertamos el siguiente aviso:

MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

«El domingo 14 del presente se dará principio al mes del Sagrado Corazon de Jesus en la iglesia de la Merced con la mayor solemnidad posible.

«Las distribuciones se harán de la manera siguiente: a las 9 de la mañana misa cantada con la Majestad manifiesta: en la noche a las 6 i media empezará el rosario, seguirá la plática i despues el devocionario del mes, todo con nuestro Amo manifiesto.

«Se recomienda encarecidamente la asistencia.

«Los sacerdotes que predicarán en la primera semana son los siguientes:

«Domingo 14, el Sr. Pbro. D. Salvador Donoso.

«Lúnes 15, el Sr. Pbro. D. Blas Cañas.

«Mártes 16, el Sr. Pbro. D. Ildefonso Saavedra.

«Miércoles 17, el Sr. Pbro. D. Domingo Carreño.

«Juéves 18, el Sr. Pbro. D. Ildefonso Saavedra.

«Viérnes 19, un Padre de la Compañía de Jesus.

«Sábado 20, un Padre Mercedario.»

BIBLIOTECA
DE LA ESTRELLA DE CHILE.

La Lámpara del Santuario, por el cardenal Wiseman, traducida por Máximo R. Lira, se ha publicado en un cuaderno de 107 pájs.

A venta á 40 cts. ejemplar.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, mayo 21 de 1871. Núm. 190.

A NUESTROS COLEGAS DE «LA LIBERTAD» I DE «LA REPÚBLICA».

Rogamos a nuestros colegas que, no siendo documento oficial la *Revista Bibliográfica* que mensualmente publicamos, se sirvan citar a *La Estrella de Chile* cuando se aprovechen de nuestro trabajo.

SIEMPRE ROMA.

Otra vez están latimosamente confirmadas nuestras tristes previsiones. ¡Ai, decíamos hace poco, ai del Santo anciano de Roma cuando esté a merced de los *liberales* de Florencia, ai del Pontífice cuando esté a merced del *católico* rei de Italia, ai de Roma precioso relicario del cristianismo, ai de Roma, grandioso museo del arte de tantos siglos, cuando Roma esté en poder de esos vándalos!

Pues bien, leed:

«VÍCTOR MANUEL II.

Por la gracia de Dios i por la voluntad de la nacion, rei de Italia.

.....

Hemos decretado i decretamos:

Art. 1.° Son espropiados por causa de utilidad pública i para el servicio público del Estado los locales denominados:

1.° *Santa María en Vallicella*, oratorio i casa relijiosa llamada de los Filipinas;

2.° *Los Doce Apóstoles*, convento de los padres menores conventuales;

3.° *San Silvestre i San Estéban*, monasterio de las monjas de Santa Clara;

4.° *San Silvestre de Monte Cavallo*, casa i huerta de las señoras de la Mision;

5.° *Santa María de las Vírjenes*, monasterio de las monjas Agustinas;

6.° *San Andres Apóstol llamado del Valle*, casa de los padres Teatinos;

7.° *Santa María sopra Minerva*, convento de los padres dominicos;

8.° *San Agustin*, convento de los padres agustinos, existentes en la ciudad de Roma i descritos en los planos adjuntos, firmados de órden nuestra por el ministro secretario de Estado en el departamento de trabajos públicos.

Art. 2.° El gobierno tomará posesion de los referidos establecimientos en el término de quince dias contados desde la fecha de la notificacion del presente decreto.»

Ved ahí como esos libertadores de Roma hacen con una plumada, desde un palacio, lo que otros hacen con un puñal en la mano, en los caminos públicos. En el lenguaje, siempre embustero e injusto, de los que creen que las cosas son otras cuando se les cambia el nombre, los de la plumada han hecho una *espropiacion por causa de utilidad pública*, el del puñal ha hecho un robo.

¡Ai de la libertad, ai de las garantías individuales, ai del buen derecho si no tuvieran en la tierra otros protectores que Victor Manuel i los suyos!

El derecho a la propiedad, derecho inviolable, es la base de la sociedad civilizada. Cuando ese derecho se atropella, se entra en plena barbarie, donde no hai mas derecho que el del mas fuerte. ¡I hé ahí la obra de los rejeneradores de Roma!

Cuando el *despótico* Papa-Rei reinaba en Roma, cada cual vivia tranquilo en posesion de lo que era suyo; lo que cada cual habia recibido como herencia de sus mayores o habia adquirido con el sudor de su frente, no se lo arrebataba esa elástica exijencia de la pública utilidad. El judío en el Ghetto, el mahometano i el protestante en su casa eran respetados como el mismo Papa-Rei en su palacio.

Ahora, en nombre de la libertad, que se pretende haber llevado a Roma, hai en Roma parias que no pueden poseer, hai hombres destituidos de todo derecho a quienes no es dado tener un albergue, porque tienen el crimen de hacer al bien de sus semejantes el sacrificio de su vida entera, o talvez porque se hán alistado al servicio de esa *persona llamada Dios*.

Esa es la libertad de moda, esa libertad monstruo en cuyo nombre se ejerce tanta tiranía, en cuyo nombre en Paris se arrastra a las cárceles a los sacerdotes i a las vírjenes del Señor i se azota infamemente al arzobispo Darbois, en cuyo nombre se arrebata sus propiedades a todas las comunidades relijiosas de la Ciudad Santa.

Todos los ciudadanos pueden poseer tranquilamente, las sociedades secretas, hasta las prostitutas pueden tener palacios, todos los cultos pueden levantar templos, la impiedad abrir escuelas, pero los frailes deben desposeerse de sus casas, el culto católico de sus templos, porque la *utilidad pública* necesita las casas i los templos.

¡Ah, farsantes de mala lei! ¿hasta cuándo hareis el sarcasmo de la libertad i de la justicia, llamando justicia i libertad vuestras espoliaciones i vuestra tiranía?

¡La *utilidad pública!* ¿No encontró esa *utilidad* otras propiedades con que satisfacerse que los conventos i los templos? Ya la conocemos: esa *utilidad pública* ¡rara concidencia! ha surjido siempre luego que habeis vencido en cualquiera parte, siempre se ha cebado con los conventos i con los templos i no se ha declarado satisfecha hasta haber devorado el último claustro i el último templo. Esa vuestra inocente *pública utilidad*, satifecha ya su hambre de propiedades i dinero, siente sed de sangre i la sacia siempre con la sangre de esos malvados que os han hecho el agravio de amaros i de orar por vosotros, i que os perdonan i bendicen miéntras les quitais el último mendrugo de pan i clavais el puñal en sus pechos!.....

¡Quiera Dios que nuestros presentimientos no sigan recibiendo una cruel confirmacion!....Pero, nos parece que la obra de los piamonteses en Roma apénas comienza.

Escusado es ponderar cuánta será la afliccion de Pio IX, testigo i víctima de tanta injusticia, de tanta violacion, de tanto sacrilejio. ¡Cuán profundamente herirán su paternal corazon los tristes adioses que al partir han de dirijirle comunidades enteras que, desalojadas de sus conventos, salen a mendigar fuera de Roma un techo i un albergue!

Despues de tantas protestas, despues de tantas promesas afianzadas con la palabra de un rei i la palabra de un parlamento, Pio IX tendrá que resignarse a la opresion, al aislamiento i la pobreza.

No omitamos, pues, los que nos preciamos de adictos i amantes hijos suyos cuanto de nosotros penda para consolar su dolor i socorrerlo en su pobreza.

Si otro título no tuviera, bastaria solo su infortunio para que todo corazon jeneroso lo compadeciera i ayudara.

Pero, para nosotros, Pio IX, no es solamente el soberano desposeido, el anciano achacoso i prisionero; es el padre solícito i cariñoso de nuestras almas, él i nosotros somos uno en Jesucristo. Su afliccion debe ser afliccion nuestra.

La nunca desmentida decision por el Santo Padre de las matronas de Santiago, les ha inspirado un hermoso pensamiento que, escusado es decirlo, aplaudimos de todas veras.

En los primeras dias de setiembre próximo se abrirá una feria de obras de mano i toda suerte de objetos que, vendidos, puedan producir alguna suma para enviarla a Pio IX.

Sabemos que muchas señoras se ocupan activamente de preparar esa feria. Menester es que todos cooperen a tan laudable obra. Nos dirijimos especialmente a las señoritas i mas en particular a nuestras lectoras de Santiago i de provincias.

Ningun uso mejor pueden hacer de sus habilidades que trabajar en sus ocios algun artículo para la feria. (1)

Apelamos a sus sentimientos relijiosos, seguros de que ellos serán el mejor estímulo.

---

(1) Los objetos que se quiera obsequiar para la feria pueden remitirse a casa de las señoras siguientes:

D.ª Luz Covarrúbias de Larrain, Ahumada, 33.

D.ª Delfina Jordan de Tocornal, Delicias, 72.

D.ª Rosario Aristía de Cañas, Compañía 113.

D.ª Melesia Eyzaguirre de Tocornal, Chirimoyo, 5.

I, si alguna vez *La Estrella de Chile* ha logrado proporcionar a nuestras lectoras momentos de solaz, si algun título puede ella tener a sus simpatías, ese lo empeñamos para obtener la cooperacion a la obra que hemos anunciado.

RAFAEL B. GUMUCIO.

Recomendamos a nuestros lectores la siguiente poesía que ha tenido a bien enviar para *La Estrella de Chile* el distinguido poeta colombiano, don M. A. Caro, a quien agradecemos sinceramente el recuerdo que nuestro periódico le ha merecido.

LAS DOS VOCES.

Un eco encantador allá en la cuna
Halagó nuestra mente
Anunciándonos próspera fortuna
I gozo indeficiente.

Por eso el niño en su oracion, de hinojos,
Sin recelar agravios,
Al cielo eleva los serenos ojos
Con la risa en los labios.

Mas luego la corriente de la vida
Que rueda arrebatada
Ahoga el eco, i su voz nos intimida
Anunciando la nada.

Voz de los hechos! voz glacial! voz dura!
Voz cruel! voz maldita!
Voz que hace al alma vaso de amargura!
Voz que la paz nos quita!

La paz: místico don; rico venero
Mas precioso que el oro:
Hoi, perdido el filon, lava el minero
El pedernal con lloro.

Paz la avecilla entre el ramaje goza
Que su nido guarece;
Gózala el bruto que la yerba roza,
I mudo en la onda el pece.

Solo el hombre la busca! no la halla,
Tras ella siempre errante;
No gana el pobre en años de batalla
De paz un solo instante.

Que es lei goce de paz la creatura
Si en sus reinos se encierra:
Adan nació para inmortal ventura,
I eso no hai en la tierra.

Esta idea le roe, le devora
El corazon al triste,
I aquella voz horrible, aterradora
En acosarle insiste.

«Gloria, dice, riqueza, amor son nada,
Que amor, riqueza, gloria
Van a un cáos do apénas sobrenada
La espuma de la historia.

«Humilla, altivo soñador, humilla
Tus pensamientos vanos;
Recuerda que eres fábrica de arcilla
I herencia de gusanos.»

Cubierta a veces de terror sombrío
Hiélase el alma, loca;
Clávase honda la vista en el vacío,
I blasfema la boca.

Mas, triunfo! oigo una voz mas poderosa!
El eco resucita
Que ya nos arrulló! Voz amorosa!
Voz que el pavor nos quita!

Voz de dulzura de quien salva i ama!
Voz del que paz nos deja!
Voz del pastor que en el desierto llama
A la quejosa oveja!

Voz que alivia al amor sin esperanza!
Voz que enseña el camino!
Voz que májica evoca en lontananza
Nuestro inmortal destino!

Por ella la esperanza reflorece;
Huye la duda inquieta,
I de tonos sublimes se enriquece
El arpa del poeta.

Por ella, a par de la niñez, de hinojos,
Sin recordar agravios,
Tambien la ancianidad alza los ojos
Con la risa en los labios.

M. A. CARO.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

IV.

GUILLERMO MULLER.

Guillermo Müller nació en Dessau el 1.° de octubre de 1794 de una familia poco favorecida por la fortuna. Su padre, honrado artesano, habia llegado a adquirir por su intelijencia i contraccion al trabajo cierta reputacion en su ciudad natal. Tuvo seis hijos, cinco de los cuales murieron en sus primeros años. Desde entónces recayeron completamente sobre Guillermo el cariño i la solicitud que ántes se dividian entre muchos. Esta solicitud fué aun mayor por los temores que inspiraba a sus padres la delicada compleccion del niño. Temiendo que la vida de la ciudad i el réjimen de los colejios fuese tan fatal para su cuerpo como para su espíritu, determinaron colocarlo bajo la tutela saludable de la naturaleza, i ámbos, el espíritu sobre todo, recibieron de ésta la plenitud de su desarrollo. El cuerpo de Guillermo le debió la fuerza de su juventud i del espíritu la fuerza de su orijinalidad.

El primer libro que procuró leer fué el simbólico libro de la naturaleza. Lo que comprendió de él casi instintivamente i desde luego fué el sol, las brisas, todos los tintes del cielo, todos los alegres estremecimientos de la primavera, todos los suspiros del otoño. En la aurora de la adolecencia habia hecho ya algunos viajes hácia diferentes puntos de su tierra natal, viajes en que recojió el jérmen de esa fantasia nómade que mas tarde produjo tantas fragantes i delicadas flores.

Esta vida independiente i libre favoreció el desarrollo de la imajinacion del poeta. A los 15 años habia compuesto ya un gran número de odas, de elejias, de canciones i hasta algunas trajedias. Se complacia en escribir sus producciones con una letra elegante i esmerada, como cuenta Gœthe que tenia gusto de hacerlo con las inspiraciones de su musa no ménos precoz. Tambien como Gœthe destruyó mas tarde estas queridas pájinas.

La hora decisiva no tardó en sonar para Müller: su imajinacion necesitaba una regla i su gusto un crisol i fué como casi siempre sucede la desgracia quien trajo al poeta estos preciosos dones. La madre de Guillermo murió i su padre, que habia puesto hasta entónces en él toda su esperanza, cifró desde entónces en el porvenir del jóven el consuelo de su ancianidad. Este pensamiento lo decidió a contraer un segundo enlace, cuyas ventajas le permitieron desenvolver las facultades de su hijo enviándolo a la universidad. El jóven salió para Berlin. Era el año de 1812 i Guillermo tenia 18 años i era poeta! Las cátedras de la ciencia se habian trasformado en tribunas. Los confines del horizonte, por el lado del norte, aparecian iluminados por los siniestros resplandores del incendio de Moscow: por do quiera al rededor se oia rujir la cólera de la nacionalidad alemana. Los hurras de Jahn i de Arnd preludiaban el hurra supremo de Theodoro Kerner.

Guillermo Müller llegó a la hora oportuna para alistarse de voluntario. Segun lo cantaba Uhland, ántes de ocuparse del arte era preciso conquistarle una patria. Para realizar esta empresa Guillermo peleó en Lutzen, en Batzen, en Hanan i en Culm. Mas tarde siguió al ejército prusiano hasta los Paises Bajos i solo cuando todo estuvo terminado volvió por Dessau a Berlin.

Müller no tardó en ser el centro i casi el alma de una sociedad de poetas que concibieron la idea de unir sus nombre en una misma obra, como estaban ya unidos en una misma amistad sus corazones. Este proyecto se realizó i el volúmen no tardó en aparecer bajo el significativo titulo de *Flores de Alianza*. Las mas lozanas i fragantes eran de Müller, quien reveló al mismo tiempo la gracia de su imajinacion i el candor de su alma.

Aquí se abre el período mas activo de su espíritu. Pasa sucesivamente de la poesía a la crítica i de la crítica a la traduccion de obras estranjeras: su nombre encuentra siempre una entusiasta hospitalidad en las revistas literarias de la época. En 1818 publicó una traduccion alemana del *Doctor Fausto* de Marlow.

Poco despues el conde Sack que iba a emprender un viaje a Ejipto pidió a la academia de ciencias de Berlin que le designase un compañero comprometiéndose a cubrir los gastos de la espedicion. Müller tuvo la fortuna de ser designado. El itinerario in-

dicaba la via de Constantinopla. Los viajeros se detuvieron en Viena para estudiar el griego moderno. Pero no tardó el poeta en sentir su frente acariciada por una brisa de Italia i determinó al conde a pasar por Venecia, Florencia i Roma. La vida de Italia lo encadenó de tal manera con sus brazos de sirena que el conde Sack tuvo al fin que resignarse a partir solo para Ejipto. Guillermo no regresó hasta el año siguiente por el Tirol i la Baviera.

Mas de una alegría lo aguardaba en su ciudad natal. Guillermo fué designado para desempeñar una clase de literatura griega i latina que acababa de fundarse en Dessau. El duque reinante concibió el noble pensamiento de enriquecer la biblioteca pública i comisionó todavia al poeta para la eleccion i arreglo de los libros. Fué éste uno de los mas dulces goces de su vida. Desde entónces puede decirse que vivió feliz en la compañía de sus fieles amigos de todos los paises i los tiempos que tanto se complacia en consultar.

Viendo que la felicidad le sonreia, no dudó ya de su estrella i resolvió casarse, inspiracion que no fué ménos afortunada que las otras. La primavera de 1821 presenció el himeneo de su poeta predilecto.

En la calma de su felicidad interior Müller recojió los frutos ya maduros de su talento. Despues de sus *lieder* de viaje vinieron los cantos griegos que acabaron de fundar su reputacion de lírico aleman. I su lirismo es tan espontáneo, tan franco, tan melodioso que no tardó la música en apoderarse de sus versos. Elevó un monumento a los poetas del siglo XVII i dió en dos volúmenes una admirable traduccion de los cantos de la Grecia moderna recojidos por Fauriel. En este laberinto de trabajos encuentra siempre un hilo para llegar al aire libre, a la naturaleza. Siempre halla en medio de su actividad prodijiosa algunos dias que consagrar a viajes reparadores. Ya es el centenario de Klopstock el que va a festejar a Quedlinburg; ya va a abrazar en Dresde a Kalkrent, su mejor i mas antiguo amigo, o va a consultar como a un maestro al viejo romántico Ludwig-Tieck. En otra ocasion emprende una romería al sepulcro de Juan Pablo; permanece inclinado sobre la tumba entregado a una dulce meditacion i despues volviendo hácia la yerba que cubria el suelo sus ojos bañados en lágrimas coje una flor que arroja sobre la losa sepulcral esclamando conmovido: ¡Es inmortal!

A principios de 1827 Müller cae en una tan profunda debilidad que se vé obligado a abstenerse de todo trabajo. Aquel cuerpo fatigado por una tarea superior a sus fuerzas exijia reposo. Jamas habia estado enfermo i solo las violentas palpitaciones del corazon habian mas de una vez inquietado a su esposa. Para tranquilizarla el poeta solia contestarle riéndose, que tenia *demasiado corazon*. Acercábase, sinembargo, la primavera, médico que, segun él decia, le inspiraba mucha confianza.

—«La naturaleza está ahí, esclamaba, la naturaleza que me conoce i que me ama, me presentará la yerba de la salud. Todavía un viaje mas, todavía otro viaje por el Rin hácia mis buenos amigos de la juventud!»

Parte acompañado de su jóven esposa i las primeras brisas del rio refrezcan su sangre. ¡Cuán feliz se siente viéndose arrastrado por aquellas sagradas corrientes i contemplando el panorama espléndido de aquellas márjenes llenas de la gloria i de la hermosura de Alemania! Evoca, deslizándose sobre las tranquilas aguas, las leyendas que duermen entre las ruinas de todos aquellos antiguos castillos i su alma de poeta exhala un canto digno de tan grandes recuerdos! Su corazon palpita de gozo i de esperanza cada vez que un amigo de sus años juveniles se aproxima a la orilla para estrecharlo en un abrazo fraternal. Así lo esperaban Uhland, Kerner, Ruckert i Gustavo Schwab, todos estos blancos cisnes del paterno rio. Pero ¡ai! que por desgracia este viaje tan deseado debia ser para Müller el viaje melodioso del cisne i los alegres cantos que alternó con sus amigos fueron tambien como el canto del cisne!

El 25 de diciembre de 1827 se hallaba ya de vuelta en Dessau i se sentia feliz entre los juegos i las caricias de sus hijos. Aunque un poco débil i fatigado, continuó hasta el 30 siendo el alma i el sol de su dichoso hogar. Ese dia dijo al médico que se sentia bueno i que pensaba entregarse desde el siguiente a sus habituales trabajos. Gustavo Schwab oyó de los labios de la esposa del poeta lo que sucedió despues i nos ha conservado sus palabras:

«A las nueve i media subimos a la alco-

ba i como yo le advirtiese que era aun mui temprano se acostó sosegadamente diciéndome: Conozco a álguien que se encontrará mucho mejor en la cama.—Estaba cansado i me dió las buenas noches sin que una sola de sus palabras revelase que esperimentaba malestar, lo que habria hecho sin duda a sentirlo, pues era propenso a inquietarse. A las once desperté i oí que roncaba. Le rogué, esforzando la voz, que cambiase de posicion a fin de hacer cesar aquel ruido. Pero no obtuve respuesta. Lo llamo por su nombre, le toco la cara i siento que su boca está helada aun cuando no dejaba de roncar. Llamo a la sirviente para que me traiga luz, pero ántes de traérmela corre donde el médico impulsada por el espanto que debió descubrir en el metal de mi voz. Entretanto, mis angustias redoblan, acerco mis labios a su boca para introducir en ella un tibio aliento, le restrego el pecho i creo notar que el corazon ha dejado ya de latir. Llega en fin la luz i descubro la palidez de la muerte en su semblante. Lo incorporo, acerco a su boca un vaso con agua: exhala un profundo suspiro i su cabeza desmayada vuelve a caer en mis brazos. Una súbita dilatacion del corazon habia puesto fin a su existencia.»

Las poesías de Müller son como el espejo de su vida. Muéstrase en ellas entusiasta admirador i amante del sol, de la sombra, de la nieve, de las flores, de todas las estaciones, especialmente de la primavera, i de todas las obras de Dios. Lleva en sí mismo el ideal de cada una de ellas. Sus versos están animados de aquel fresco aliento que Gœthe llama el aliento de los verdaderos líricos. Excede sobre todo en maestría para encerrar una accion o un pensamiento en algunas estrofas, la última de las cuales termina casi siempre por un rasgo que difícilmente se olvida. Este rasgo es casi siempre tierno i delicado. No se abre camino hasta el alma del lector por medio de un acerado dardo; pues prefiere insinuarse en su corazon por medio de la dulzura. Apénas podria encontrarse en sus composiciones dos o tres rasgos maliciosos; pero aun en ellos la ternura acompaña i da un disfraz amable a la malicia. Estos trozos hacen presumir cual habria sido la naturaleza del *humour* de este poeta si hubiese vivido lo bastante para llegar al segundo período de los jenios melancólicos, a aquella fatiga de creer i de esperar que trueca la dulce risa en lágrimas amargas i despues en risa burlona. Müller no habria ido nunca mas allá de las lágrimas amargas; pero todo hace presumir que habria llegado hasta ellas. I aun en este punto mas de una vez un rayo de sol primaveral habria bastado para secar sus lágrimas, porque oid como la primavera lo extasía:

«¡Oh dulce voluptuosidad de la primavera! Tú bajas a la tierra con un estremecimiento celeste i reinas sobre todas las colinas, en todos los valles, en todos los corazones. Sí, tú eres el espíritu de Dios, i desde Él te derramas i desbordas sobre el mundo.—¿Debo subir sobre aquella roja colina i orar? Debo bajar al valle umbroso i entregarme a un dulce desvarío? ¡Oh! mis piés, apoyaos en el suelo con tiento, no sea que aplasteis al gusanillo que se calienta al sol regocijándose de su vida! I tú que lates tan violento ¡oh mi pecho! reten el aliento no sea que vayas a aspirar al mosquito que se mece en un rayo delante de tu boca.»

I se avanza cauteloso entre los arbustos esquivando con cuidado las ramas, deseando sorprender el secreto de los botones i los nidos.

Müller encontró en su nombre (Müller significa molinero) pretesto para componer una série de pequeños poemas campestres que se distinguen, tanto por la sensibilidad del fondo, cuanto por la graciosa exactitud de los detalles. Es una novelita idílica cuyo infortunado héroe es el jóven dependiente de un molinero i cuya heroína es la hija de éste. Nunca el jóven empleado trabaja con tanto ardor como cuando la rubia cabeza de la niña se asoma por la pequeña ventana de la casita, en frente del molino. Por el contrario, nunca está ménos laborioso ni mas distraido que cuando desaparece esa vision querida. Entónces el pobre jóven se goza en oir silbar con fuerza el viento en las aspas, ajitadas como su corazon. Entre el molino i él se establece cierta mancomunidad de sentimientos. Una noche esperimentó una alegría que no le será dado olvidar porque esa alegría se apoderó de su corazon. Despues de un dia de ruda labor, fácilmente sobrellevada por la vision de la rubia cabeza, se habia sentado en la piedra del molino. El patron vino i le dijo:—¡Estoi satisfecho de tu trabajo!—I la niña le di-

jo:—¡Buenas noches! pero con tan dulce acento que no ha cesado despues de resonar en su alma. Entónces él canta:

«Semejante al ojo de Dios su imájen no se aparta de mí.—I esto es lo que hace digna de ser cantada la vida del molinero; i por eso las ruedas i las piedras del molino acompañan mi canto!»

Otra vez la jóven se detiene ante un *Vergiss-mein-nich* que él habia plantado en el jardin i cree observar que sus ojos azules sonrien a la flor azul; i el desvarío del pobre amante no reconoce límites. Entónces canta:

«¡Ruedas, deteneos! vosotros todos alegres i bulliciosos pajarillos, poned punto a vuestros trinos. Que en la verde arboleda no resuene hoi mas que una sola nota: la rubia molinera es mia, es mia, es mia! Primavera ¿son solo éstas tus flores? Sol ¿no podrias enviarnos un rayo aun mas brillante?»

Canta en otra cancion el color verde porque espera. La jóven le ha dicho que ése es su color preferido. Le obsequia una cinta verde i le pide sujete con ella su rubia cabellera:

«Entónces, esclama en su cancion, yo sabré donde la esperanza habita, entónces tambien para mí el verde será el mas bello de los colores.»

Pero el drama vá a reemplazar al idilio. Un jóven cazador, persiguiendo una liebre, ha pasado frente al molino i ha saludado a la niña que estaba asomada en la ventana. El cazador entró despues a la casita i al retirarse la rubia cabeza se inclinó para seguir con la vista al que se alejaba, hasta que hubo desaparecido. ¡El cazador llevaba un traje color verde! ¡Hé ahí por qué era éste el color preferido de la niña!

El pobre jóven canta entónces:

«Adbrime una sepultura i cubridme con verde yerba. Es el color preferido de mi amada! Ni cruz negra, ni flores de brillantes matices. Verde, no mas que verde, encima i al rededor! El verde es el color predilecto de mi amada!»

Dejamos aquí el análisis de este poema que continua sin perder su interes en seis otras canciones. Todo esto es mui aleman. El conjunto del cuadro hace recordar los de Gessner, acercándose sinembargo mucho mas que éstos a la realidad.

Un detalle que hemos olvidado en la biografía de nuestro poeta completará esta fisonomia apénas bosquejada de su musa bucólica. Escribia aspirando el fresco ambiente de la mañana i de la tarde sentado junto a una ventana rodeado de rosas i de guias de parra. Este fresco ambiente ha penetrado en su alma i de él se hallan impregnados sus *lieder* en los cuales se puede respirar todavía el perfume de aquellas rosas i de aquellas floridas guias.

Ante de pasar al análisis de los cantos griegos de Müller, traduzcamos siquiera una de sus composiciones lijeras, encantadoras inspiraciones de su musa graciosa, melancólica i delicada.

EL ZÉFIRO.

Del seno de una rosa
Llegando vengo:
I una rosa por tumba
Tendré si muero.

Cuando la nieve cae
Las alas pliego
Hasta que un tibio rayo
Rompe mi sueño.

Entónces sin cansarme
Voi recojiendo
De las flores perfumes
I dulces besos.

¡Pobre rei que en el trono
Con duro ceño
Como un dios arrogante
Empuña el cetro!

Cuando la frente inclina
Bajo del peso
Dela corona i suda
Sudor de fuego,

¡Cuánto mejor le sabe
Que trono i cetro
Una caricia mia
En sus cabellos!

Ocupémos ahora de los cantos griegos, el monumento épico de Müller. En ellos es en efecto donde la inspiracion del poeta se manifiesta con mayor amplitud, ritmo i entusiasmo. Las estrofas se llenan, se repletan i se desbordan como el corazon del poeta que se dilata de indignacion i de piedad en presencia de la profanacion del objeto amado. Este grave asunto tuvo la fortuna i el honor de despertar en Euro-

pa la simpatia de los mas grandes poetas. El inspiró a Béranger una de las canciones que llevan mas dignamente el titulo de odas que les daba el jeneral Foy. El inspiró a Byron su gloriosa muerte. Guillermo Müller le consagró los mas jenerosos arranques de su ardor poético. El mismo que cantaba para la Alemania tan frescos e inocentes idilios dedicó a la Grecia las mas ardientes odas. Puede decirse que fué su Tirteo moderno. I si las catástrofes gloriosas de los pueblos deben encontrar siempre un poeta que las rodee de una doble inmortalidad no seria temeridad avanzar que Müller ha legado este don de inestimable precio a la rejeneracion de la Grecia con sus inspirados cantos.

Entramos en el análisis del libro. El se abre por una invocacion de los griegos alos amigos de la antiguedad:

«Basta ya de escribir, de hablar, de cantar, de admirar i de compadecer! Los nombres de nuestros antepasados son dulces al oido: ellos unen a todos los pueblos en un solo coro de alabanzas. Quien quiera que ha deseado inflamarse en amor a la libertad, al honor, a la gloria ha venido a buscar el fuego en nuestra antigüedad. ¿Qué causa ¡oh pueblos! os hace a estas horas temblar como cobardes? El jenio que habeis evocado se alza desde la noche de su sepulcro, resvetido de su grandeza antigua i os tiende la mano ¿no lo reconoceis acaso? ¡Es la Grecia libre! Las chispas de esta ceniza que habeis removido con tanta frecuencia, esas chispas cuyo calor habeis sentido tantas veces en vuestro corazon, bullen ahora i se alzan convertidas en imponente llama! ¡Pusilánimes, la estais contemplando i permaneceis inmóviles, helados de espanto! ¿No habeis hecho pues otra cosa que entreteneros con palabras? ¿Habeis arrojado dardos arrogantes contra el vacio? Basta ya de hablar, de alabar i admirar, basta ya de compasion estéril i de lamentos vanos! ¿Qué hacen vuestros zumbadores enjambres en las vaguedades remotas de la edad heroica? ¡Entrad en el presente, oh entusiastas! El camino es ancho: la antigüedad se hahecho moderna: lo distante está cerca, en vuestra presencia a vuestro rededor! Abrid los ojos i ved lo mismo con que tanto tiempo habeis soñado: el pasado golpea a vuestra puerta! Le dais con ella en el rostro—¿Os parece pues tan diferente del que os habiais forjado en vuestros sueños?»

El heroismo es igual sinembargo: el mismo sacrificio de las personas i de los afectos mas caros en los altares de la patria. Ved en este himno como Esparta renace:

LA MAINOTA.

«Siete hijos he alimentado de mi propia leche; siete hijos he armado con la espada santa, con la espada que debe defender nuestra fé, nuestro derecho, nuestra libertad! ¡Cuán feliz soi! Ni uno solo de mis hijos es esclavo! Han ido todos al combate sonriendo de esperanza i de guerrero ardor.»

«¡Cuán feliz soi! aun corre sangre espartana por sus venas. Cuando se separaron de mi no senti pesado el corazon. Les dije: Volved libres, libres....o no volvais jamas!—Vosotras o madres mainotas, venid conmigo, busquemos si aun quedan algunos vestijios de las ruinas de Esparta. Recojeremos las piedras dispersas i con ellas daremos la bienvenida al primer cobarde esclavo que sin una herida ni una mancha de sangre vuelva vergonzosamente a su casa sin una corona para el hogar de su madre!»

El grito de los hijos es digno del grito de las madres:

«Dejad que los viejos templos se derrumben, dicen; no lloreis sus mármoles destrozados por la mano del bárbaro. No es en la piedra ni en la ceniza donde mora el espíritu del mundo antiguo, sino en el corazon de los helenos. Acaba de despertarse en nosotros i se ajita en nuestros miembros cuando la mano del combatiente esgrime la espada al aire libre.»

Oigamos ahora el pindárico coro del canto de guerra:

«El que combate i muere por la libertad conquista una gloria que durará miéntras el viento libre atraviese libremente el libre éter, miéntras el libre follaje de los árboles resuene en la libre selva, miéntras las corrientes de los rios continúen deslizándose libremente hácia el mar, miéntras el águila hienda libremente las nubes, miéntras continúe saliendo un libre aliento de corazones libres.»

Esta historia es demasiado conocida para seguir el hilo de sus varios sucesos. El

libro de Müller no pasa por alto ninguno de ellos. Al contrario, el poeta no solo los recuerda, sino que parece darles nueva vida haciéndolos desfilar ante el lector con su santo cortejo de dolores i de alegrías, de abatimiento i de entusiasmo. Marchan a la cabeza los viejos recuerdos i los jóvenes héroes, los Leonidas i los Canaris, llevando por sublime bandera la cruz del Cristo. Por eso la esperanza no abandona a los griegos cuando los reyes de Europa los abandonan a su propia suerte: por eso esclaman como en un coro inmenso con voz unisona:

«Los que rijen la tierra con la espada i el cetro nos han gritado: ¡Atras! Quieren cerrarnos los puertos i las llanuras; quieren cerrarnos sus oidos, sus ojos, sus corazones i sus manos. Pero el que reina en el cielo con la cruz i la palma nos ha hecho demostraciones de amistad i nos ha gritado: ¡Acercaos a mí los que marchais en medio de las lágrimas! venid a mí ¡oh! afligidos! yo soi rico en consuelos; tengo ojos para ver, oidos para escuchar vuestros lamentos, tengo heridas que tambien son en vuestro obsequio....! Ofrezcamos pues al cielo el sacrificio i si nos falta el humo del incienso, que la flota enemiga incendiada se eleve por los aires convertida en una columna de humo que llegue hasta el cielo.»

Por dos veces Constantino Canaris realiza estos atrevidos votos.

Los bárbaros espantados retroceden i el poeta esclama:

«Sujeta con robusto brazo el tesoro de tu libertad ¡oh Hélada! Sujétalo con robusto brazo que ese tesoro te pertenece. ¡Ai de tí si lo dejases escapar! mas te valiera entónces que jamas para asirlo hubieses desprendido tus manos de las cadenas de la esclavitud. Sujétalo, sujétalo con robusto brazo como lo hizo un dia uno de tus heroicos hijos (Aynegiro) cuando en los campos de Maraton huian las hordas de los persas. Toma una galera cargada de enemigos que se iba mar adentro, i la sujeta del espolon con su robusto brazo. La diestra cae al agua cortada de un hachazo; la coje con la izquierda que un nuevo golpe corta. Entónces como un leon toma su presa con los dientes. Así, sujeta, i guarda el tesoro de tu libertad con el corazon, con la boca, con la mano, miéntras desde la flota la turba de bárbaros exhala sus ahullidos amenazadores. Sujétalo con robusto brazo i si es preciso lanza sobre ellos tu cuerpo mutilado i derrama como una libre matrona, ántes de infamarte, hasta la última gota de sangre.»

¿Puede darse un ditirambo mas sublimemente apasionado? ¿No parece que estuviéramos oyendo el ruido causado por el choque de dos espadas que se cruzan? En el aleman el choque de las consonantes produce un sonido agudo i áspero de que apénas pueden dar una idea remota nuestras silabas armónicas i débilmente acentuadas.

El libro concluye de la misma manera que principia, con un llamamiento al mundo:

«Sin tí libertad ¿qué seria de tí oh! Hélada? Sin tí Hélada ¿qué seria el mundo?»

«Venid pueblos de todas las zonas: contemplad los pechos que os han nutrido con la leche de la sabiduría. ¿Vais a consentir que sean despedazados por los bárbaros?

«Contemplad los ojos que os han iluminado con el celestial rayo de la hermosura. ¿Dejareis que los bárbaros los arranquen?

«Mirad la llama que os animó i vivificó penetrando hasta lo mas recóndito de vuestros corazones, la llama que os hizo sentir lo que sois, que os inició en vuestros deberes, en vuestros derechos, en vuestra libertad. ¿Tolerareis que sea apagada por los bárbaros?

«Venid pueblos de todas las zonas i ayudad a hacerse libres a aquéllos a quienes debeis la libertad?»

«Sin la libertad ¿qué serias tú ¡oh Hélada? Sin tí oh Hélada ¿qué seria el mundo?»

Bastan las anteriores citas para caracterizar una obra animada del mismo ardor desde su primera hasta su última línea. Müller es uno de esos raros poetas a quienes les es dado ser alternativamente águilas i ruiseñores, i que reinan a la vez sobre los valles i sobre las eminencias.

Solo nos resta que hablar de los epigramas de nuestro poeta. Para la mayor parte de los lectores epigrama es sin duda sinónimo de malicia aguzada en verso o prosa. Pero en nuestros dias la punta del epigrama en verso se ha embotado i suavizado como el injenio. La Alemania que conserva los antiguos moldes con supersticioso respe-

to, ha dejado al epigrama la significacion i destino que los griegos le dieron. Lo usa con preferencia para condensar en él una verdad práctica o moral, un precepto o una máxima. Schiller i Gœthe escribieron centenares de epigramas sobre asuntos que habrian dado pretesto a poetas adocenados para escribir largos e indijestos poemas. Tenian tal respeto por el epigrama que cuando la cólera o la indignacion les dictaban versos hirientes i alusivos a alguna persona los denominaban *Xenies*. Guillermo Müller no es sobre el particular ménos escrupuloso. Sus obras contienen trescientos epigramas todos ellos delicados, nobles i puros; i si por casualidad la sátira se muestra en algunos, es para herir al vicio en jeneral sin que nadie con razon pueda darse por particularmente aludido.

Hé aquí una pequeña muestra de estos epigramas:

* * *

En llegando el verano arroja el necio
Sus vestidos de abrigo:
Si de infeliz a ser dichoso pasas
No olvides a tu amigo.

* * *

Del sabio son los hábiles consejos
Cual mano que señala
El término del viaje al pasajero:
Del justo el ejemplo ala
Que nos remonta i nos sublima al cielo.

* * *

Coje sabiduría
Cual miel la abeja coje de las flores:
De ella vivirá tu alma cuando pase
La florida estacion de los amores.

* * *

Si atraviesas las calles enlodadas
Con botas nuevas o recien lustradas
Cuidadoso caminas en puntillas
Pisando en las mas secas piedrecillas;
Mas despues que ves ya sucio tu calzado
Por el cieno caminas descuidado:
¡Alerta niño! preservar procura
De la primera mancha tu alma pura!

* * *

Al mas leve empellon, tonel vacío
Gran trecho chilla i rueda;
Lleno, lo empuja un Hércules
I firme i mudo queda.

* * *

Divisa todo mortal
Desde la cuna, en naciendo,
Un término que alcanzar,
I muere tras él corriendo;
Mas este ideal ¿para cuántos
Es una pluma lijera
Que van ante sí soplando
En insensata carrera?

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

VII.

OCHO DIAS EN EL ALGARROBO.

Abrí los ojos; mis primitos Mañongo, el Toto i Maruca estaban trepados sobre mi cama; Mañongo se había apoderado de la maleta poniéndolo todo en declarada revolucion, del neceser habia sacado espejo, peineta i escobillas, embadurnándose la cara de jabon; el Toto mas positivista, habia echado mano de un gran paquete de confites i se saboreaba con las gomitas i caramelos; miéntras tanto la Maruca, picarona! me habia amarrado en los bigotes i cabellos, unos cuantos pedazos de cintas moradas, lacres i verdes. ¡Oh! i qué algazara no formaron los mui traviesos luego que se vieron sorprendidos.

—¿Quieres pastillas? me decia el Toto, vaciándose a toda prisa en los bolsillos, cartuchos i mas cartuchos.

—¿Te afeito? añadia Mañongo, encajándome por las narices el hisopo lleno de jabon.

—¡Te quiero tanto! murmuraba la linda Maruca, colgándose de mi pescuezo i enredando los dorados bucles de su cabellera de ánjel con las cintas con que me tenia cubierto.

—¡Ah! ah! te quiero tanto, ¿nó?..... Ahora si que te tengo prisionera; con tus ojitos de cielo i tus carrillitos de rosa, piensas engañarme?....

La puerta se abrió de golpe. Ignacio apareció en el dintel.

—¡Eh! gran flojonazo, ya son mas de las ocho i todavia no te levantas! aprende de

mi, desde las seis i media que estoi en pié.

—Buen provecho te haga, lo que es yo, creo que todavia podria dormir un par de horas mas.

—¡Nó, nó, arriba! levántate i vamos al baño.

—¡Sí, al baño! contestaron en coro los niños, ¡al baño! al baño!

No tuve mas que obedecer.

Tal fué mi despertar en la mañana del 25 de enero; desde este momento hasta el 1.° de febrero, el tiempo voló tan rápidamente, las horas i los dias trascurrieron tan agradables i llenos de encantos, que a la verdad, al presente me entristezco al recordar aquel puertecito, que solo diviso ahora el traves del prisma de los recuerdos. Sinembargo, ya que he prometido ser fiel pintor, no quiero pasar por alto estos ocho dias pasados en el Algarrobo, el cuadro de mis impresiones quedaria incompleto i faltaria al compromiso contraido con mis amigos. Trasladémonos pues, querido lector, a aquella costa, acompáñame en mi escursion, visitemos de nuevo aquellas playas.

Como Valparaiso, la bahía tiene la forma de una herradura irregular. No existe sino una calle con unas cien casas. Sobre una loma está situada la Iglesia, cuya patrona es Nuestra Señora del Rosario. Al este, se estiende una hermosa laguna donde abundan los patos i las taguas, que diezman las municiones de los paseantes. Al nor-oeste, se alza en medio de las olas, una isla, morada de las gaviotas i de los pájaros-niños; el marisco, sobretodo el herizo, es mui abundante en este punto. Mas al oeste, se encuentra una gran peña, que como jigante se eleva majestuosa, llámase la «Peña Blanca,» incesantemente se vé coronada por bandadas de pájaros que revolotean en su cumbre. Finalmente, hácia el sur, se estienden pintorescas e interminables quebradas i lomas de mui poca elevacion. Ademas de la laguna, hai varios puntos de paseo, el principal es el de las «Peñas.» Por las tardes se reunian aqui las familias. El cuadro no podia ser mas bello: de veinte a treinta niñas con sus elegantes trajes de variados colores, sentadas sobre altas i caprichosas rocas, contra las cuales venian a romperse violentas olas, que levantaban hermosísimos penachos i albos abanicos de agua i de espuma.

—¡Mira, Anita, aquella ola, qué inmensa i qué linda!

—¡Ai! Domitila, el agua va a subir hasta aqui.

—No, Matilde, no seas miedosa.

—¿Pero no ves?....¡huyamos Julia!

—¡Ven, que ya llega, ya llega!

—Espérate, Carolina.

—¡Elvira! ¡Elvira!....

El violento chasquido de la ola al romperse contra los peñascos, interrumpia estos diálogos; las chispas de agua volaban como perlas, para ir luego a caer en menudo rocio a los piés de las amedrentadas niñas, que alegres volvian a ocupar sus primeros pûestos; las conversaciones se animaban por grados.

—Qué cante José María!

—Vamos, Carmela, una cancioncita.

—Si no sé ninguna.

—Entónces algun trozo del Trovador, de la Sonámbula, de Lucía.

—Pero, si no puedo.

—Que le acompañe la Celia.

Se sucedia un instante de silencio i luego plateadas i dulces voces rizaban blandamente los aires, repitiendo las tiernas notas de Donizetti i de Bellini. Los bravos atronaban la tranquila playa.

—Ahora, que declame Ruperto.

—¡Sí, si, que declame, que declame!

—Señoritas, Uds. me dispensarán, pues a la verdad....

—¿Es posible que Ud. rehuse proporcionarnos el gusto de oirlo?

¡Ai lector! si hubieras visto quien me hacia esta reconvencion; ¡qué par de ojos rasgados, tan negros i tan fascinadores!...

—¿Ud. se empeña, señorita?

—Sí.

—Pues entónces, voi a complacerla.

¡Qué escena i qué auditorio!

Pasaban algunos minutos; los últimos ecos de mis trovas iban a morir en medio de los aplausos i del incesante bramar de las olas. La calma volvia a restablecerse, las risas i las bromas continuaban.

Lo que mas llamaba mi atencion, era el reflejo de la luna en el agua; aquello tenia algo de fantasmagoría: se alzaba una ola, millares de luces aparecian, aquellas luces se acercaban, se alejaban, saltaban, corrian, bailaban, se perdian; eran como fuegos fatuos, chispas eléctricas o mas bien emanaciones fosfóricas.

¡Qué hermosas, qué hermosas eran aque-

llas tardes! ¡cómo he de olvidar esos momentos en que recostado a los piés de una interesante niña, que se entretenia en deshojar algunas flores, yo me estaciaba contemplando la melancólica claridad de ese lindo astro, que nunca me canso de admirar.

—¿Por qué, me decia ella entónces, porqué mira Ud. tanto la luna?....¿acaso le habla al alma su resplandor?.....¿qué le dice? ¿qué encuentra Ud. ahí?.....¿acaso algun nombre, alguna imájen?....

¡Ah! ¡qué bien debia comprender aquella niña el lenguaje del corazon! si, si, ¿para qué ocultarlo? ella, la niña de las flores, lo dijo aquella tarde en las peñas del Algarrobo: yo veia esculpido en el disco luminoso de la diosa de la noche, un rostro purísimo, una imájen sin igual; yo admiraba en silencio aquella celeste vision, yo le enviaba mis suspiros entre los pliegues de la brisa i con toda la efusion de mi alma, le tributaba el mas rendido homenaje de adoracion i de amor....

Disuelta la reunion, los grupos de encantadoras niñas poco a poco se alejaban al compas de alguna dulce melodía. ¡Cuántas veces, la «Popa» u otra cancion modulada por purpurinos labios, no hicieron estremecer la muda arena i apaciguarse la ola, que amainaba su fragor, para escuchar enamorada, las plateadas notas que el eco de las rocas repetia!....Yo tambien escuchaba aquellos cantos i solo, enteramente solo, volvia despues a sentarme sobre las peñas, para dejar vagar mi espíritu por una esfera superior, por la esfera de lo ideal.

Entre las pájinas de mi cartera, veo algunos apuntes que llevan las fechas 26, 27 i 28 de enero; son mis reflexiones durante aquellas horas de meditacion en las orillas del mar. Mi amigo Eduardo, me perdonará, que trascriba aquí algunos párrafos sacados de las cartas que a él le dirijí posteriormente.

***

«En la edad que atravesamos, Eduardo, »nuestra vida es un continuo sueño; todos »esos sueños son siempre los mismos: sue»ños llenos de esperanzas, sueños color de »rosa i de cielo. Las ilusiones envuelven »constantemente nuestra alma, la alegran, »la hacen sufrir. Si esas ilusiones son hala»güeñas, la dicha nos sonrie; si tristes, la »melancolía se apodera de nosotros, las lá»grimas asoman a nuestros ojos ¡ah! ese »llanto es amargo como la hiel, ya se vé, »es el llanto del corazon....En medio de »nuestros locos sueños, en medio de nues»tras irrealizables ilusiones, vemos siempre »algun ánjel bello, hermoso, deslumbrador; »a él se dirijen nuestros votos, a él nues»tro constante anhelo, i no puede ser de »otra manera, pues ese ánjel que se nos »aparece en medio de resplandores, es »siempre el objeto i fin de nuestras as»piraciones. ¡Qué seria de la vida si tal »no sucediera! ¡qué seria de la vida si »siempre despiertos, estuviésemos conde»nados a palpar incesantemente la reali»dad!....¡Ah! son tan pocos aquéllos que »están destinados a ver del todo cumplidos »i satisfechos los deseos de su alma!..... »Para la mayor parte, la realidad es siem»pre funesta. Si nos encontramos en este »número, no despertemos entónces, soñe»mos, soñemos siempre. Ojalá ese sueño »sea profundo, sea duradero, ojalá se pro»longue tanto como nuestra vida, así cuan»do se levante el helado viento del sepul»cro, podremos doblegar resignados nues»tras frentes, llevando es verdad en nues»tros pechos una esperanza que no hemos »podido ver realizada i en nuestras almas »un escondido i purísimo amor, pero eso »por cierto, será mil veces preferible al »desengaño, al atroz desengaño que ator»menta, hiere, envenena, roe i apaga se»gundo por segundo la existencia!..... »Eduardo, ¿no piensas tú de la misma ma»nera? ¡Oh sueños e ilusiones queridas, no »nos abandoneis, sed nuestras inseparables »compañeras, embriagadnos con vuestros »encantos, adormecednos con vuestros aro»mas i con vuestras flores, que su delicio»so perfume nos alimente i perpetuamente »nos rodee, así al ménos viviremos en un »mudo ficticio, pero feliz!»

***

«Eduardo ¿no te has entretenido nunca »en contemplar el cielo, durante aquellos »dias en que cubierto el firmamento de »negros nubarrones, se presenta como en»lutado i envuelto en un funerario cres»pon? ¿qué triste, no? qué destemplanza tan »grande se apodera del cuerpo.

«¿No has hecho alto alguna vez en aquéllas noches en que, menguante la luna, »aparece en el espacio, carcomida i san»guinolenta miéntras sopla un vientecillo

»que penetra las carnes i entumece los hue»sos, a la par que aletean en los techos »las fatídicas aves nocturnas? ¿qué penoso, »no? qué vago temor hace crisparse los »nervios.

«¿No has visto nunca aquellos raros dias »en que eclipsándose el sol, el brillo i fue»go de sus resplandores se torna de repen»te en una incierta i opaca claridad? ¿qué »momento tan lúgubre, no? que estraño »hielo hace estremecer al corazon.

«¿No has tendido nunca la vista al cam»po, cuando se dejan sentir las escarchas i »frios del invierno? los árboles están des»pojados de sus hojas, la nieve quema los »brotes de las plantas, las flores no tapi»zan la llanura. ¿Qué aspecto tan melan»cólico, no? ¿Cómo pesan esos dias i cuan »largas no se hacen las noches, cuando »solitario se siente caer la lluvia a torren»tes, azotando los cristales de las ventanas »i al viento que muje al traves de las ren»dijas i hendiduras de las puertas o remo»linea en el fuego de la chimenea? ¡Cómo »se aumenta la intranquilidad del espíritu! »¡cuánto no cansa la soledad!

«Pues, Eduardo: esa tristeza, ese temor, »esa pena, esa melancolía, esa intranqui»lidad, son nada comparadas con lo que »sufre el alma, que vé envolverse en den»sas tinieblas la dorada ilusion que ha aca»riciado toda su vida, que vé eclipsarse al »astro que guiaba sus pasos e inspiraba su »corazon, que vé apagarse la antorcha que »le daba calor i vida i cambiarse como por »encanto, el hermoso cuadro de un porve»nir halagüeño i de flores, por otro som»brío i de lágrimas.

«¡Amar sin esperanza! palabras de amar»gura i de mortal significado.

«¡Amar sin esperanza! veneno roedor i »que segundo por segundo, va consumiendo »i apagando la existencia.

«¡Amar sin esperanza! triste suerte, ácer»bo i fatídico destino.

«¡Amar sin esperanza! martirio horrible, »pena cruel, sufrimiento atroz.

«¡Amar sin esperanza! suplicio del alma, »tumba del corazon....»

* * *

»¿Sabes, Eduardo, lo que son las penas »del espíritu? ¿sabes lo que es sentir en su »alrededor un vacío inmenso, un vacío que »nada puede llenar, ninguna cosa puede »hacer desaparecer?.....¿No has sentido »alguna vez circular en tus arterias, un »hielo intenso, penetrante como el cierzo »de las cordilleras, venenoso como el tor»bellino que rodea los sepulcros?.....En »medio del silencio de la noche ¿has escu»chado alguna vez los violentos latidos »que da el corazon, cuando adormecido »bajo el influjo de un dulce recuerdo del »pasado, despierta de súbito i se halla es»trechado entre los fuertes anillos de un »presente sin flores, de un presente adon»de apénas si brilla la pálida i moribunda »luz de una esperanza marchita i que ya »se troncha i se deshoja?....en vano el »alma mira al porvenir, el porvenir huye, »huye i jamas se alcanza, solo allá, léjos i »como al traves de una gasa impenetrable, »se dibuja lo único que puede causar nues»tro encanto i perenne dicha, el mas allá »de las tumbas, el mas allá de lo conoci»do....lo infinito, lo eterno, lo invisible, »Dios en fin! ¡ah! cuando el corazon pal»pita así violentamente dentro del pecho »i cuando la imajinacion vé como en ráfa»gas luminosas el cuadro cuyo bosquejo te »acabo de trazar, entónces Eduardo, en»tónces se puede esclamar:—¡Pobre cora»zon! has apurado todo el acíbar del sufri»miento, enjuga ahora tus lágrimas, des»plega tus alas i vuela, atraviesa los es»pacios, sondea la inmensidad i ve a buscar »en otra rejion, esa felicidad que no te ha »querido dar el mundo i que por mas que »le suplicaste, él siempre te negó!»

Hasta aquí mis reflexiones, volvamos ahora a nuestra interrumpida narracion.

(*Continuará.*)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

EL CIGARRO.

SONETO

Lio tabaco en un papel; agarro
Lumbre i lo enciendo; arde i a medida
Que arde muere; muere i en seguida
Tiro la punta, bárrenla i...al carro!

Un alma envuelve Dios en frájil barro
I la enciende en la lumbre de la vida;

Chupa el tiempo i resulta en la partida
Un cadaver.—El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae es su ventura:
El humo que se eleva su esperanza:
Lo que arderá despues su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
Colilla tras colilla al hoyo lanza;
Pero el aroma piérdese en el cielo!

EN EL MULADAR.

SONETO.

Mendigo! tu blasfemia me estremece....
Deja que olvide a Dios el venturoso;
Pero tu labio hambriento i asqueroso
Con renovada fé bendiga i rece:

Todo ménos su Dios le pertenece
Al opulento, sano i poderoso,
I el pobre, enfermo, triste i haraposo
De todo escepto de su Dios carece.

Dios es al cabo el único enemigo
Del vano, del audaz, del sibarita,
I la sola esperanza, el solo amigo

Del que llora, padece i necesita:...
Sin Dios el Universo se anonada!
Sin Dios el rico es Dios i el pobre nada!

PEDRO A. de ALARCON.

OJEADA

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

(Continuacion.)

Este grande hombre, vivamente afectado de los extravíos en que sumian los métodos viciosos a la razon humana, emprendió trazarle una nueva i segura senda que le condujese a la posesion de la verdad. Su *Novum Organum* es la obra inmortal, en cuya composicion empleó toda su vida i que le ha dado el título glorioso de *restaurador de la Filosofía*. En ella ataca los sistemas de los Escolásticos, i hace ver que sus errores nacen, o de un empirismo ciego que se detiene en los hechos particulares i que no sabe jeneralizar, o de una especulacion temeraria que se lanza a las nociones jenerales sin haber observado bien su jeneracion; clasifica las ciencias i las artes segun el órden de sus analojías, fija sus relaciones i límites, anuncia los problemas en cuya solucion ha de trabajar la posteridad, i por último enseña el método que debe conducirnos al descubrimiento de estas nuevas verdades. Este método solo consiste en no precipitar la marcha de la ciencia, i en no admitir conocimiento alguno que no se apoye en fundamentos sólidos. Primero se han de recojer los hechos, despues se les debe comparar, analizar i ordenar, se notarán sus analojías, i se llegará por una abstraccion gradual hasta las leyes mas jenerales que son los únicos axiomas i los verdaderos principios. De este modo se elevarán las ciencias como otras tantas pirámides, cuya base será la esperiencia, i cuya cima ocuparán los axiomas, i la Filosofía será entónces la interpretacion de la naturaleza. Este método es lo que Bacon llama *su escala ascendente*. Pero para concluir su obra debe la razon emprender otro trabajo; compondrá *su escala descendente*, i creará un instrumento que pueda fecundar los principios, unir la práctica a la teoría i la ciencia a la accion. Este método consistirá en aplicar los axiomas a la deduccion de nuevos hechos, en atormentar la naturaleza, en interrogarla por un arte difícil, el de hacer esperiencias, variarlas, trasformarlas, asociarlas, i así la verdadera ciencia acabará de distinguirse del empirismo. Tal es el espíritu i el resúmen de la Filosofía de Bacon. Ninguna doctrina ha sido mejor justificada en sus efectos, i ninguna mas fecunda en sus resultados. La Física le debe todos los progresos que cuenta de dos siglos a esta parte, progresos que exeden incomparablemente a los que se habian hecho en la prolongada série de seis o siete mil años. La Filosofía racional no se compone de nociones oscuras de la Metafísica de Aristóteles ni de los delirios de la de Platon; se ha estudiado la intelijencia en sus operaciones, se han clasificado sus facultades, se ha distinguido la parte que éstas i los sentidos tienen en la formacion de los conocimientos, la atencion de los filó-

sofos se ha fijado en estos dos órdenes de hechos: las sensaciones i los que se comprenden bajo el nombre de sentimientos íntimos, i se han restablecido así las nociones fundamentales de la Moral; últimamente, la Política no es ya un sistema fundado sobre tal o cual principio, ni sobre tal o cual hipótesis, sino el conjunto de las consecuencias que resultan de la naturaleza del hombre i de la historia de los pueblos. En suma, todas las ciencias, siguiendo el impulso comunicado por Bacon, se han hecho esperimentales i todas marchan rápidamente a su perfeccion.

La escuela de este grande hombre ha formado una numerosa familia de jénios ilustres que sucesivamente han ido perfeccionando su doctrina. Entre éstos los que con mas escrupulosidad han seguido sus máximas son Gassendi, Lock, Condillac, D'Alambert, Bonnet, i la escuela de Escocia. Gassendi atacó vigorosamente el peripateticismo i las hipótesis arbitrarias de Descartes, esplicó la verdadera jeneracion de las ideas, definió con la mayor precision los dos métodos, analítico i sintético, indicó el orijen de nuestros errores insistiendo particularmente sobre el abuso de las palabras, e hizo otras observaciones mui juiciosas. Lock desarrolló la teoría de Bacon en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. En esta obra analiza las facultades intelectuales, esplica la jeneracion de las ideas, i señala los principios del conocimiento. Segun él, las facultades intelectuales son diez: la sensacion, la percepcion, la atencion, la reflexion, la contemplacion, la reminiscencia, la memoria, i la razon que se compone de otras tres, la sagacidad o la facultad de inventar, el raciocinio propiamente dicho o la facultad de inferir, i en fin, el juicio o la facultad de conjeturar. Bien palpables son los efectos de este análisis; de un mérito mucho mayor es su teoría sobre la jeneracion de las ideas. No hai ideas innatas, todas se derivan de los sentidos o de la reflexion, son simples o complejas, éstas son de tres especies, modos, sustancias i relaciones. Los modos son simples o mistos; las ideas de sustancia son singulares o colectivas; las relaciones se fundan en la existencia, el tiempo, el lugar i la duracion; hai tambien relaciones morales. Las ideas complejas son reales si tienen un modelo fuera de nosotros, i arquétipas si este modelo es imajinado por el espíritu. Estas nociones jenerales, que se han considerado como el principio de la ciencia, no son mas que productos del entendimiento. Este las obtiene por la abstraccion, operacion que resulta de una comparacion repetida. Lock desenvuelve las observaciones de Bacon sobre el uso de los signos, manifiesta como sirve el lenguaje para conservar nuestras ideas, define su empleo e indica tambien todos sus abusos, i la triste influencia que ejerce sobre nuestros errores i nuestras disputas. En seguida analiza con la mayor exactitud las propiedades jenerales de nuestras ideas, i, aplicando despues su teoría a la resolucion de ciertas nociones particulares, como la del espacio, la duracion, la estension i las relaciones morales, echa los fundamentos de una nueva i verdadera Metafísica. Lock tiene tambien el mérito eminente de haber trazado con la mayor sabiduría los límites de nuestros conocimientos i de haber recomendado la prudencia que debe acompañar nuestras investigaciones; pero cuando trata del objeto, medios i realidad de nuestros conocimientos, es mui incompleto i oscuro, i, abandonando la huellas de Bacon, cae en las mayores contradicciones.

Lock ha tenido en Condillac un discípulo digno de estender i perfeccionar su doctrina. El filósofo ingles no habia hecho sobre la sensacion mas que algunas observaciones relativas a las ideas simples; Condillac ha desenvuelto toda su teoría, ha considerado aparte cada uno de nuestros sentidos, i ha mostrado los socorros mútuos que se prestan; ha hecho el análisis de la impresion del tacto, i ha esplicado felizmente al orijen de la preocupacion que nos hace trasportar a los objetos las sensaciones que ellos nos causan. Lock indica apénas la facultad de la atencion; Condillac traza sus leyes i da a conocer su importancia. Lock considera las asociaciones de las ideas como una enfermedad de la razon; Condillac hace ver que estos errores nacen del abuso de una lei mui útil, la que establece el recuerdo de las ideas, i esplica la influencia que ejerce esta lei en el sistema de nuestros conocimientos. Bacon i Lock habian demostrado que el lenguaje sirve para conservar nuestras ideas; Condillac enseña que el lenguaje las analiza. Los dos filósofos ingleses habian dicho que las palabras sirven para notar lo que se piensa;

el filósofo frances las presenta como instrumentos que sirven para pensar. Lock ha esplicado como imponemos las denominaciones; Condillac como inventamos los signos, i por que resolucion el idioma de la naturaleza se convierte en lenguaje arbitrario. Miéntras que Lock por una parte funda las verdades de razon sobre las ideas, no puede por otra descubrir alguna utilidad en las proposiciones idénticas. Condillac indica que estas proposiciones sirven de instrumento para la trasformacion del lenguaje en los problemas racionales. Lock reduce los resultados de la esperiencia a la suma de los hechos particulares que recojen los sentidos, i no señala a la razon medio alguno para concluir de las observaciones pasadas a los acontecimientos futuros. Condillac divisa este paso difícil, i le hace consistir en la combinacion de las verdades de hecho con las verdades racionales. En fin, Lock, satisfecho con haber demostrado grandes verdades i haber sentado principios, se ha detenido a la entrada del santuario de las ciencias, i solo ha hecho algunas excursiones en política i en moral. Las miras de Condillac son mas estensas; el arte de pensar es para él lo que debe ser para el filósofo, una introduccion jeneral de todas las ciencias; desde allí, como de una cima elevada, él descubre la analojía secreta de nuestros conocimientos, sigue al espíritu humano en la série progresiva de sus adelantos, i da leyes a las primeras artes de hablar i de escribir. Sinembargo, la enumeracion de los descubrimientos de este filósofo no nos cegará sobre las imperfecciones que ha dejado en su obra. Una necesidad escesiva de simplificarlo todo lo hace adoptar soluciones demasiado absolutas, i por no modificar bien sus máximas les da algunas veces el aire de la paradoja. En su *Ensayo sobre el orijen de los conocimientos humanos* pretende esplicar todos los fenómenos del entendimiento por la asociacion de las ideas. En su tratado de los *Sistemas* refiere esclusivamente al abuso de las máximas abstractas, los estravíos del espíritu humano, i olvida la parte que en ellos tiene la falta de atencion, el hábito i otras muchas causas. En su *Lójica* funda el artificio del raciocinio sobre una sola lei, la trasformacion de los signos, i olvida esa lójica de hechos, tan necesaria e importante para estas trasformaciones. Engañado por una espresion que para él tiene un encanto secreto, i comprendiendo todas las operaciones del espíritu bajo el título de *sensacion trasformada*, cree haber dado a los hechos una sencillez que solo existe en las voces. Conoce el mérito del análisis, pero no sabe definirlo i lo confunde muchas veces con la marcha contraria; confunde tambien el método de observacion con el de raciocinio, el método preparatorio que dispone una materia con los métodos efectivos que la fecundan. Por último, en este arte de pensar, donde ha manifestado toda la madurez de su espíritu, nos asombra por una opinion que no está mui acorde con el conjunto de su doctrina. «Toda la ciencia, dice, puede reducirse a una sola proposicion idéntica.» De este modo justifica, sin pensarlo, esos sistemas abstractos que tan victoriosamente habia combatido. La teoría de Condillac ha sido perfeccionada i en cierto modo correjida por Bonnet, Destud-Tracy, Degerando, Larromiguière i otros metafísicos modernos. (*Continuará*).

CHARADA.

En el humilde arroyuelo,
En el lago i en la mar
Mi *primera* i mi *segunda*
Muchos buscan con afan.
Cuando harmónico sonido
De algun plácido cantar
Blandamente el aire rasga,
Mi *tercera* entónce oirás.
Mi *segunda* con mi *cuarta*
Conocida es por demas;
I todo el que quiera puede
Contemplarla en un cristal.
Sin ser tú, niña, mi *todo*,
Así te quiero llamar,
Que atrae los corazones
El fuego de tu mirar.

Contenido de este número.

I.—A nuestros colegas de *La Libertad* i de *La República*.
II.—Siempre Roma, por Rafael B. Gumucio.
III.—Las dos voces, poesía, por M. A. Caro.
IV.—Poetas contemporáneos de Alemania, por Zorobabel Rodriguez.
V.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
VI.—El cigarro.—En el muladar, sonetos, por Pedro A. de Alarcon.
VII.—Ojeada sobre la historia de la Filosofía, continuacion.
VIII.—Charada.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, mayo 28 de 1871. Núm. 191.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

Entre las quebradas que se estienden a espaldas del pueblo, hai dos mui hermosas que son, la de los «Perales» i la de los «Marchanes» o de los «Claveles.» Como el lector calculará, este nombre despertó en alto grado mui curiosidad. En compañia de varios amigos fuimos pues allá. ¡Qué bonito lugar! aqui como en la otra quebrada, los perales crecen como maleza, ví tambien guindos, damascos, higueras i muchas plantas raras, entre ellas el *pangui*, cuya hoja es redonda como la del zapallo, pero con un diametro de vara a vara i media; cortamos de estas hojas i con ellas nos procuramos excelentes quitasoles. En el fondo de la quebrada, se levanta una solitaria posesion, cuyo pajizo techo, se perdia entre el verde follaje de las enredaderas i de las parras; el terreno aparecia esmaltado de hortalizas i de claveles tan hermosos, como no los hai en ninguna parte. Nos acercamos; salió a recibirnos un anciano de cabellos albos como los copos de nieve.

—¿Uds. por aquí, mis caballeritos? pasen adelante. Muchacha, trae algunos asientos.

—No se incomode Ud., solo estaremos algunos instantes, queremos aprovechar la mañana; pensamos continuar faldeando los cerros, siguiendo ese hilo de agua que murmura entre los riscos.

—Hacen Uds. bien, la mañana está mui apropósito; sin embargo, no estará demas descansen algunos momentos, miéntras mis hijas van al huerto a cortar algunas flores; quiero lleven Uds. algun recuerdo de su paseo.

—Muchas gracias, viejecito.

Nuestra conversacion se fué animando poco a poco. Cuando nos levantamos para despedirnos, habia trascurrido media hora. Acabábamos de oir de boca de uno de los patriarcas del Algarrobo, la historia de ese puerto, desde que llegaron a aquella costa las primeras familias de pescadores.

Partimos, llevando sendos ramilletes de preciosos claveles i de albahacas con olor a *pascua*. Durante todo el resto de nuestra escursion, no hicimos mas que hablar del buen viejo Martin i de sus flores.

Así concluyó aquella mañana.

Al dia siguiente, lúnes 30, a las diez en punto, ocho jóvenes zarpábamos mar adentro, marineros en una frájil embarcacion.

—¡Iza la bandera, Juan de Dios!

—Cárgate a estribor, Ignacio.

—¡El viento nos es contrario, proa al norte!

—No hai que amainar: ¡uno, dos! uno, dos!

El pescador que hacia de piloto, entonaba al mismo tiempo una cancion, cuyo retornelo repetiamos en coro:

—«Vestida de azul saliste—a competir con el cielo,—pero tambien hai en el suelo,—cielo, que de azul se viste.»

La barquilla cinglaba hácia la isla; algunos pañuelos blancos nos decian adios desde la playa. A las once, anclábamos entre una multitud de peñascos. Saltamos a tierra; iba a comenzar la cacería.

—Vamos por este lado, pero quedo, mui quedo; el menor ruido ahuyentaria a los pájaro-niños. Yo llevaré una escopeta i tú la otra.

—Aguarda, Ignacio, déjame meter los pistones.

—Date prisa.

—¡Diantre de escopeta! si parece carabina; no sé que tiene en la recámara. Que bien hizo Monsieur Lefaucheux....

—Calla, que ahí tenemos la presa.

—¿Tan pronto?

—Sí, hombre, sí, pero no te muevas tanto, vas a ahuyentar todo los pájaros.

—¡Ah! ya los veo.

—¡La partida es nuestra!

—¡Qué avechuchos tan feos! i ¿qué estarán conversando los mui bribones? Mira como aletean, seguro nos han visto; ¿no

ves? han armado consejo de guerra, no hai duda, están deliberando.

—¿Quieres callar?

—¡Oh, oh! i cómo se pavonea aquél del pico encorvado; apostaria....¡pero, chit! que ya han concluido el consejo i ahora principian las evoluciones.

—¡Agáchate, agáchate!

—Tienes razon, asi de mampuesto, no habrá miedo se nos escapen, el tiro será a pedir de boca.

—Si vuelves a....¡ya está! visar bien el blanco; ¡preparen! ¡apunten!....¡fuego!

Dos detonaciones resonaron.

—¡A ellos! fué el grito jeneral.

Cuatro pájaro-niños se revolcaban entre las últimas agonías.

—¡Lindo tiro!

—¡Magnífica puntería!

—¡Ahora, a la gruta! Andrés, prepara los anzuelos, es menester ahondar sus madrigueras.

Llegamos a la gruta; en vano recorrimos todos los rincones, no encontramos nada.

—¡Diantre de pájaros tan maliciosos! i, ¿cómo dicen que son niños?....Vean Uds. no han hecho mas que sentir el primer tiro i....no ha quedado uno solo.

—Pues desquitémonos con las garzas.

—Bien pensado.

Durante un cuarto de hora, las pobres garzas se vieron tan acosadas, que al fin hubieron de refujiarse en la «Peña Blanca,» entónces dimos por terminada la cacería i volvimos hácia la canoa. Diez minutos despues, desembarcábamos en la puntilla de los «Caracoles,» al ménos este fué el nombre con que la bautizamos, pues eran tantos i tan lindos los que a cada paso encontrábamos, que por fuerza hubimos de llenar nuestros bosillos. Hasta este lugar se habian venido a pié, algunas amables e interesantes amigas, que nos esperaban con sabrosos dulces i refrescos. La vuelta fué por tierra; tuve ocasion de lucir mi destreza como cazador; (entre paréntesis diré que soi un insigne chambon i que si alguna vez acierto, es solo por casualidad). Encontramos una bandada de *pollollas*.

—¡Tire! me dijeron.

Hice el punto, (¡qué aprietos!).....¡prurumpun! seis cayeron, tres de ellas solo lijeramente heridas.

—¡Bravo!

—¡Ai, pobrecitas! qué lindas!

(*Chiripa* mas grande, ni por carambola la he hecho en mi vida).

Pasamos despues a una hondonada, con el objeto de ver dos grandes tinajas hechas por la naturaleza. Las tinajas son perfectas, un alfarero no las habria hecho mejor i luego, son vertientes inagotables.

Llegó la noche; como en las anteriores, despues del paseo a las «Peñas,» comenzaron la tertulia i los juegos de prenda.

—Vamos Domitila ¿a qué jugamos hoi?

—Al *caballo blanco*.

—¡Al caballo blanco, nó; es tan cansado!

—Al *corra la llave*, entónces.

—Tampoco, ya lo jugamos anoche.

—Al *mono* o al *compadre parchado*, como Uds. quieran.

—¡Bueno, al mono! al mono!

—¿I, quién hace de mono?

—Yo, nó.

—Yo, tampoco.

—Yo, ménos.

—Que lo haga Ismael o José María.

—Ignacio mejor.

—Yo no sé, no tengo gracia.

—Andrés entónces, o Alejandro, o Cárlos.

Pues lector, lo cierto fué que nadie quiso hacer de mono, ¡ja! ja! ja! i ¿quién habia de querer imitar los jestos i morisquetas de un macaco? ¡ja! ja! ja! aquello hubiera sido para verse, por eso fué que yo me quedé mas callado que un tronco, queria mirar i no que me mirasen.

—Ya que nadie quiere dirijir este juego, escriban *cartas rusas*.

—Eso mas tarde, a la hora del té; entretanto, juguemos a los *desprecios*.

—Sí, a los desprecios, eso es.

I el juego comenzaba, i las risas, i las esclamaciones, i los dengues.

—Señorita, ¿me ha elejido Ud. por esposo?

—¿Yó, a Ud.?....psch! ni pintado lo quisiera.

—(¡Sóplate esa Gregorio!)

—Caballero, ¿me ha elejido Ud. por esposa?

—Se..ñor..i..ta, ¡ai! cua..cua..cuánto lo siento, pero pe..pe..pero Ud. me dispen....pen....pensará, estoi ya com... pro....prometido i..i..i....

I la pobre niña con mas colores que una amapola tenia que volverse a su lugar.

—No te decia que no te dirijeses a él, le susurraba al oido su vecina, si hubieses

ido donde José María, la habrias acertado; ¿no vistes como te estaba haciendo señas?

Me llegó mi turno, ¡clac! clac! me hacia el corazon. ¡Canastos! esto de sufrir un rechazo, aunque sea por broma....Miré toda la falanje de niñas; ¡oh! i que bonitas se veian.—¿A cuál escojer? me preguntaba ¿cuál será la que me ha elejido? ¿Acaso la Anita?....—Nó, que es mui picarona i seria capaz de dejarme plantado con un palmo de narices.—¿Será entónces la Ritita? ....—Tampoco, ella tiene su Ignacio i... —¿Será la Elvirita?.....—No me quiere mirar; cuando ménos es ella i por eso se está haciendo tan desentendida. Dí un paso adelante, tosí cuatro o cinco veces, arreglé el cuello de mi camisa i estiré las puntas de la corbata. Ui! estaba como si me hubiesen echado encima un balde de agua fria; di otro paso....,la Tila con su cara de aleluya, me hizo un jesto de intelijencia; marché directamente hácia ella.

—Tilita, seré tan afortunado que....

¡Santa Bárbara! la mui traviesa me habia engañado, acababa de volverme las espaldas. Tuve que dar frente a retaguardia i marcharme a cajas destempladas dando tropezones i traspiés. ¡Qué desprecio tan soberano! los orejas me ardian como aji.

Siguió la rueda; por fin le tocó a mi enemiga.

—¡Ah, ah! aquí te quiero ver yo, dije entre mi al verla acercarse.

—Ruperto ¿Ud. por ventura será el que me ha elejido por esposa?

—¿Yo, señorita, yo?....¡hem! hem!

=Vaya pues, diga de una vez i no me esté haciendo desesperar.

—Tilita, bien quisiera decirle que sí, pero ya que tengo que decirle que nó, por la fuerza; le diré que sí i que nó.

—¿Es decir, que Ud. me acepta?

—Nó.

—¿Entónces me desprecia?

—Sí.

—¡Vean que cosa!

¡Oh lector! si hubieras visto el remilgo que me hizo, habrias tenido para reirte siete dias i siete noches.

Una vez concluido el juego, principiaban las penitencias.

—Al dueño de esta prenda, como sentido i agraviado ¿qué penitencia se le podrá dar?

—Si es hombre, que haga *el Perico apaga la vela* o que predique un sermon accionado por otro, o mejor, que ria, cante, baile i llore.

—¿I, si es mujer?

—Si es mujer, que vaya a la berlina o que componga un ramo o haga de sultana, o mas bien, que pregunte a tres jóvenes: —¿Si yo fuera papelito que haria Ud. de mí?

Algunas veces, en lo mejor de las penitencia, ¡tloc! tloc! tloc! golpes a la puerta i voladores i luego el punteo de una guitarra.

—¡Esquinazo! decian todos, escuchemos.

I las cantoras entonaban lindas tonadas con sus respectivos *cogollos*. Recuerdo dos estrofas, que se me han quedado en la memoria, por habérselas oido cantar en otra ocasion a un amigo:

—«La ausencia no causa olvido—cuando dos se quieren bien;—ántes el amor se aumenta,—cuando no se pueden ver.» —«Cuando dos amantes se hallan—uno i otro dividido,—entre corazones fieles,—la ausencia no causa olvido.»

Así trascurrieron los dias i las ocho veladas que pasé en aquella costa; cuando llegó el momento de despedirse i tuve que decir adios! i adios! i adios! ¡ai! no sé, pero hubiera querido que el tiempo hubiese vuelto para atras i que recien comenzase a abrir los ojos, encontrándome con el Toto, Mañongo i la picarona Maruca trepados sobre mi cama, apoderados del neceser i haciendo cosquillas a los cartuchos de confites. Pero ¿qué hacer? como dice el refran: «no hai plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague»; aunque en esto último, creo se equivoca grandemente el señor refran. Sea como sea, lo cierto fué que llegó el momento de volver grupas hácia Valparaiso. Eran las dos de la mañana, los caballos relinchaban en el patio; todos dormian. Ignacio i yo dábamos las últimas órdenes al nuevo mozo que debia acompañarnos.

—Amarra bien la maleta.

—Aprieta mas la cincha.

—Alcánzame el chalon.

—Ahora, en marcha! i....hasta el año que viene, si Dios quiere!

Ya estábamos en la playa, el ambiente era penetrante i frio, el mar bramaba con furia, sus olas reventaban con un estruendo que hacia estremecer la arena i los pe-

ñascos: eran los cañonazos que anunciaban nuestra partida.

(Continuará.)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LAS ABEJAS ELIJIENDO REINA.

Cuenta un autor famoso
De una famosa historia,
Cuyo nombre no tengo en la memoria,
Que cierto dia i año
Hubo en una colmena
Una de San Quintin tal i tan buena..

Segun sábia costumbre
Elijen soberano las abejas
Cuando las Reinas muérense de viejas
Sin dejar el estado,
Ni reales ni presuntas
Hijas, las preclarisimas difuntas.

Evitando rodeos,
Palabras i razones,
Estaban las Abejas de elecciones.
Bullía la obra i todos
Politiqueando andaban....
Los Zánganos escepto que roncaban.

Dos bandos combatianse
Con opuestos pendones,
Cual siempre pasa en tales ocasiones;
Dos bandos que luchaban
Por sus dos candidatos
Como suelen los perros con los gatos.

De Abejas era el uno
I el otro, en sus tres cuartos,
De Ratones, Culebras i Lagartos.
Al candidato—Abeja
Opone furibundo
Un candidato—Zángano, el segundo.

—«¡Oh! turba imprevisora»
(Con voz de tiple grita
Al pueblo una Culebra chiquitita
De cuerpo, mas de culpas
Cargada la tunanto
I en ponzoña mortífera abundante.)

«¡Oh! turba imprevisora
Servil i descuidada,
En elevar al solio encaprichada
A una Reina munida
De bárbara lanzeta
Con la cual nossacuda la bayeta!»

«¡I cuánto es mas patriótico,
I prudente i sensato
Preferir nuestro inerme candidato!
Miéntras dijiera o duerma
Nadie temerá nada
I será su gobierno una mamada!»

—«A otro perro, bellaca,
Con tales moralejas
Respondiéronle al punto las Abejas.
Al pueblo no amenaza,
Del pueblo es protectora
La espada del que manda, so traidora!»

«Miéntras mas duro sea
Su aguijon tanto ménos
Motivo de inquietud para los buenos;
Tanto peor ¡oh! Culebras,
Lagartos i Ratones!
Para vuestras malvadas intenciones!»

Dijeron las Abejas,
I en enjambre infinito
Marchárонse a las urnas volandito;
I a la mas bien armada
Por Reina proclamaron.....
Con lo que las Culebras reventaron!

Santiago, 1871.

ZOROBÁBEL RODRIGUEZ.

LOS PAGANOS MODERNOS,

LECTURA DADA POR EL SEÑOR DON ABDON CIFUENTES *el sábado 20 de mayo en el Club de Amigos del País.*

I.

Señores:

Al dejar la tierra en que nacimos, las tristezas del alma nos agobian; al tornar a ella, la naturaleza nos brinda indefinibles encantos. La hora de la partida es amarga como el destierro, dolorosa como una agonía; la hora del regreso es grata como la

posesion del bien, dulce como un ensueño feliz. Como el peregrino musulman vuelve de continuo la vista hácia la tumba reverenciada del profeta, yo, viajero en lejanas rejiones, he recorrido mis caminos con el corazon fijo i los ojos del espíritu clavados en el hogar de los mios.

Mis votos se han cumplido: me hallo de nuevo en medio de vosotros; no lleveis, pues, a mal que mi primera palabra despues de tan largo silencio, sea un desahogo del corazon, un doble saludo a la patria i a la amistad: a los amigos, cuyo afecto he llevado por la tierra estraña como un rico tesoro en el fondo del alma; a la patria, cuyo recuerdo es tan dulce i cuya ausencia es tan amarga; a esta patria floreciente i tranquila, cuyo nombre nos es dado llevar con noble orgullo en el estranjero, porque el verdadero mérito i la verdadera gloria no consisten en la riqueza i poderío, sino en el bienestar de los pueblos i en las virtudes que saben crearlo i mantenerlo.

Señores: la noble divisa de vuestra bandera es consagraros al servicio de la relijion i de la patria. Cristianos i chilenos, amais ante todo la verdadera relijion i la verdadera libertad, estas dos hijas del cielo, cuya fraternidad sobre la tierra bastan a labrar la ventura pública i privada.

Justamente ufanos de la incomparable gloria de la bandera católica, convocais en torno de ella a vuestros hermanos en la fé, para reclamar como ciudadanos sus derechos i los vuestros, en el manejo de los negocios públicos; para defender eficazmente en el órden social i político la causa de la verdadera civilizacion, de la libertad i de la democracia, hijas todas del catolicismo, contra la incesante conspiracion del espíritu anticristiano, lejítimo heredero del paganismo antiguo, que, vencido i suplantado por la triunfadora cruz, se esfuerza siempre por recobrar su perdido imperio en la direccion de las sociedades cristianas.

Sus triunfos no son decisivos: son transitorios, pero fatales para los pueblos. Ellos, lo sabemos bien, si son debidos a los excesos de la depravacion humana, encuentran una fácil esplicacion en la conducta misma de los católicos, cuya ordinaria abstencion de los negocios públicos, cuya dispersion i desarme jeneral, dejan a sus adversarios espedito i llano el camino de adueñarse de la suerte de los pueblos.

Aquí, como en todas partes, los problemas sociales que nos ajitan, i por consiguiente los resortes políticos que se ponen en juego para resolverlos en éste o en aquel sentido, se enlazan estrecha i fuertemente con los problemas relijiosos, que son la base i la clave de aquéllos. Por eso, comprendiendo perfectamente los indeclinables deberes que incumben a los católicos en los tiempos en que vivimos, os habeis consagrado resueltamente a llenarlos: a alentar a los cobardes que niegan al Cristo por miedo a la sinagoga o al pretorio; a despertar a los que duermen perezosos frente al enemigo; a disciplinar a los bisoños, a curar la ceguera de la imprevision, el egoismo de los indiferentes, la pereza fatal de los indolentes.

Yo bendigo vuestra obra i me glorio de ponerme nuevamente a su servicio, aun cuando mas no sea que a título de la profunda simpatía que me inspira i del ardiente anhelo que abrigo de que ella se consolide i prospere. De aquí es que nada me parezca mas oportuno, ya que hoi comenzais vuestras suspendidas tareas, que daros alguna nueva confirmacion de la excelencia de vuestra obra, que os estimule i aliente para perseverar en ella.

I, como quiera que no hai leccion mas eficaz que la de la esperiencia, quiero mostraros en una rápida ojeada algo que envuelva una palpable enseñanza, algo de lo que al pasar han visto i contemplado mis ojos en dos paises, Italia i España, donde el sueño de los católicos en la vida pública ha sido mas profundo, i donde el liberalismo anticristiano, enmascarado como siempre, ha logrado conquistar el imperio de la sociedad. Por breve que sea mi relato, él bastará para recordaros la suerte que han corrido allí la relijion i la libertad en sus manifestaciones mas esenciales i preciosas. Son lecciones que debemos tener siempre delante de los ojos. Ese tambien será el único mérito de estos recuerdos.

II.

Cuando abandonais la Francia para dirijiros a Italia i lo crudo del invierno os hace abandonar la vía del Mediterráneo o del Monte Cenis, el ferrocarril os conduce hasta Niza o Mónaco para encaminaros a Jénova, costeando el golfo de su nombre,

por uno de los mas hermosos i pintorescos caminos del mundo, el de la Cornice.

Tal aconteció al que habla. Al recorrer aquella ancha senda que va serpenteando por la ribera del mar i trasmontando a cada paso las últimas pendientes de los Alpes, la vista se regala sin cesar con las mas risueñas perspectivas. Aquellas faldas agrestes, que una agricultura sábia i secular ha cubierto de verdura, de huertos i de inmensos olivares, dispuestos en anfiteatro desde la base hasta la cumbre de los cerros, la suavidad del clima, la deleitosa amenidad de aquellos sitios, aquel consorcio feliz de la bella naturaleza i del jenio del arte, todo os anuncia que habeis pisado ya los confines de la Italia.

En dos o tres jornadas os hallais en la patria de Colon, de Doria i Paganini, en Jénova, la soberbia, como ella misma se titulaba, i cuyo aspecto actual no justifica ciertamente su antiguo i lisonjero renombre: no podeis decir que fué edificada por un congreso de reyes.

Mas a poco que visiteis sus monumentos i sus riquezas artísticas, a poco que compareis sus gloriosas tradiciones i su presente estado, asalta a vuestro espíritu una doble observacion que hiere vuestros ojos en todas partes, así en Jénova como en Florencia, como en Nápoles. Por todas partes encontrais un pasado que asombra i un presente que entristece; un pasado que llevó a la Italia a la cumbre de una gloria sin par entre todas las naciones, i un presente que amenaza llevarla a un abismo de depravacion i de infortunio.

En esa tierra clásica del jenio no podeis dar un paso sin tropezar con la tumba de un grande hombre. En esa morada predilecta de las artes, cuyos prodijios fatigan la vista i la memoria, las maravillas de la bella Italia, con el doble prestijio de la antigüedad i del jenio, se os presentan como las encantadoras visiones de otra edad, como vivos recuerdos de los siglos de fé, como el emblema del fecundo enlace de la relijion i de la ciencia.

Sinembargo, el observador descubre fácilmente que la grandeza del pasado ofrece ahora un chocante contraste con la decadencia de las costumbres, el envilecimiento del espíritu público, la debilidad profunda de los caractéres, el malestar violento de una sociedad medio dislocada por el espíritu revolucionario de las lojias que devoran sus entrañas. Aquella grandeza incomparable coincidió con el mayor vigor de las creencias relijiosas, bien así como esta época de decrepitud coincide con el indiferentismo de los unos i el desaliento de los otros, en presencia de la audacia i perversidad de los sectarios que mueven guerra implacable a la relijion i a la libertad a un mismo tiempo.

Esta trasformacion la notais a cada paso.

Hacen treinta años justos que el rei del Piamonte, padre del actual, ordenó la ejecucion de grandes trabajos de embellecimiento en los tajamares de Jénova. El plan trazado por los arquitectos suprimia algunas imájenes de la Vírjen, de esas que es tan frecuente encontrar en las esquinas i calles de las ciudades italianas. Esta supresion descontenta i alarma a los habitantes. El negocio se somete al rei, i el rei ordena que las *madonas* sean respetadas. «No permitiré jamas, dijo, que se sacrifique una idea relijiosa a una línea recta.»

¡Cómo han cambiado los tiempos en tan corto espacio! Hoi en dia no solo se atropellan i sacrifican las ideas relijiosas, sino las líneas rectas. La hipocresía masónica, como la culebra del Paraiso, se arrastra en las tinieblas, seduce traidoramente i no conoce otros caminos que las sinuosidades de las curvas. Envenenando las almas, corrompiendo las conciencias, le han bastado algunas evoluciones políticas para enseñorearse del poder i realizar los mas profundos cambios.

En Jénova misma, la primera mirada ya os revela la insidiosa e irritante persecucion de que la Iglesia es objeto. Comenzais la visita de sus templos i en la Anunziata, uno de los mas hermosos de la ciudad, ya os dicen: «Los relijiosos de este convento solitario fueron robados de lo suyo i arrojados a la calle por el gobierno del Piamonte.» Teniamos delante de nuestros ojos una muestra de ese universal saqueo de la Iglesia en toda la Italia, comenzado por lei de aquel gobierno del 29 de mayo de 1855.

Con el incalificable pretesto de *exijencia de los tiempos* fueron por aquella lei disueltas i despojadas las órdenes relijiosas de vida contemplativa, cuyo crimen consistia en consagrarse a la oracion, al recojimiento i al estudio; lei que aplicada desde luego al reino del Piamonte, se estendió despues

a la Umbria, a las Marcas, a Nápoles, a todas las provincias adquiridas por la iniquidad.

Para cohonestar la usurpacion i hacer creer que se cuidaba del público interes, se hizo gala de esceptuar del despojo a las corporaciones relijiosas que se dedicaban a la predicacion, a la educacion del pueblo i a la asistencia de los enfermos. Ya veremos la suerte de los esceptuados.

Se habian violado las garantías individuales; se habia violado la libertad de asociacion, la libertad de las profesiones, la libertad de conciencia, el derecho de propiedad; se habian violado las libertades mas pregonadas por los violadores, lo que constituia un doble escándalo; pero la indolente sociedad siguió tranquila en su presencia. El golpe habia herido a unos pacíficos i desvalidos relijiosos; el resto de la sociedad no lo sintió sobre su propia cabeza; sus talegos permanecian en sus cajas i en su egoismo, dijo: «¿Qué me importa? El mal ajeno es llevadero. ¿Quién se da la pena de salir en defensa de las víctimas? Continuemos gozando de la hora fujitiva.» I esos pueblos se hicieron ciegos i se hicieron sordos ante el atentado. ¡Insensatos! No pensaban que el atropello escandaloso de aquellos sagrados derechos, por humilde que sea la víctima, es una amenaza para la sociedad entera, i que guardar silencio, no concurrir activamente a la represion de la iniquidad, es alentar a los malvados.

Es incapaz de la libertad i merece la servidumbre, como dice Mill, «un pueblo que está mas dispuesto a ocultar al criminal que a aprehenderlo; un pueblo que, como los hindus, cometerá un perjurio para salvar al hombre que lo ha robado, mas bien que darse el trabajo de deponer contra él i atraerse por ello una venganza; un pueblo en donde, como en algunas naciones de la Europa moderna, se pasa a la otra acera de la calle, cuando se ve a un hombre dar de puñaaldas a otro en la via pública, porque no es negocio suyo, sino de la policía i porque es mas seguro no ocuparse uno de lo que no le toca personalmente.»

Entretanto i como quiera que los bienes mal habidos son pronto bien perdidos, el despojador devoró la presa en un suspiro. Apretóle de nuevo la necesidad; se sintió con fuerza para dar un segundo asalto, i lo dió. El primer ensayo habia salido feliz; no habia encontrado mas que las protestas de la víctima, a quien entregaba indefensa una sociedad cobarde i falta de espíritu público. Esta silenciosa complicidad alentó al despojador para avanzar, i avanzó.

Id a visitar la casa central de las hermanas de caridad que se consagraban en Jénova como en el resto de la Italia, al triple afan de la asistencia de los enfermos, la educacion de los pobres i el cuidado i direccion de las salas de asilo, es decir, que reunian en su abono i a un mismo tiempo todas las circunstancias que, segun la lei del 55, podian eximir de la persecucion; i allí os dirán, como en la Amunziata: «Las relijiosas que aquí habian fueron despojadas de lo suyo i arrojadas fuera. La propiedad fué confiscada i el plantel de estas bienhechoras de la humanidad suprimido.» Se habia resuelto la persecucion i el despojo universales, i todas las escepciones vinieron por tierra.

Por varios decretos réjios promulgados especialmente en el curso de los años 1861 i 1862, se habia ido alargando la mano a muchos establecimientos eclesiásticos que habian escapado al primer asalto. Mas, pareciendo tardios estos ataques parciales, se juzgó mas cómodo i espedito acabar con todo de un solo golpe. Esta hazaña fué la que realizó el decreto real de 7 de julio de 1866. Por el artículo 1.° de ese decreto, todas las órdenes, las corporaciones i las congregaciones relijiosas, regulares i seculares, de uno u otro sexo, los conservatorios, retiros i establecimientos eclesiásticos de cualquier jénero, quedaron suprimidos; i por el artículo 11 todos sus bienes muebles e inmuebles fueron confiscados. El 18 de julio del mismo año 66 el rei decretó que el ministerio de hacienda procediese a la enajenacion de dichos bienes «para proveer a las necesidades del tesoro.» Diez dias despues, estas disposiciones eran aplicadas a las provincias que acababan de pasar del dominio del Austria al del Piamonte.

Sinembargo, por jeneral que se hubiese pretendido hacer esta espoliacion, hubo todavía algunas fundaciones benéficas, pero de carácter eclesiástico, que escaparon a la previsora rapacidad de la lei. La ansia devoradora no tardó en descubrir las migajas que aun quedaban, i la lei de 15

de agosto de 1867 vino a completar la obra. Por ella quedaron suprimidos, i sus bienes aplicados al Estado, los canonicatos, las abadías, los prioratos, las capellanías, todos los beneficios, todas las instituciones con carácter de perpetuidad, todas las fundaciones afectas próxima o remotamente al culto católico, en una palabra, *todos los entes morales*, frase escojida por la lei para que nadie ni nada que tuviese olor a relijion quedase a vida.

Ultimamente, i apénas posesionado de Roma, el gobierno de Víctor Manuel, aplicando a los Estados Pontificios aquel saqueo jeneral de la Iglesia, promulgó el real decreto de 3 de febrero de 1871, que ha venido a coronar dignamente este monumento imperecedero del liberalismo anticristiano, arrebatando a la Iglesia de Roma los bienes acumulados durante siglos por la piedad de los fieles del mundo entero.

En las trabajosas manipulaciones de esta larga, aunque fácil tarea, mas de una vez los nuevos perseguidores de la Iglesia, estos modernos campeones de la libertad pagana habrán esclamado como su maestro i modelo: «Quisiéramos que el imperio no tuviese mas que una cabeza para cortarla de un solo golpe.» A la copia actual no faltan ni los histriones ni los siervos pagados para publicar los elojios de los triunfadores.

¿Quereis ver algunos trofeos de esta singular victoria?

Id a cualquier parte, id a Florencia, a la *Pia casa dei Lavoro*, inmenso establecimiento fundado por la caridad de los florentinos bajo el amparo de la Iglesia, para ser a la vez hospicio de inválidos, asilo de huérfanos i casa de talleres para los pobres faltos de trabajos. Apoderándose de él i de sus rentas, la autoridad arrojó fuera la congregacion relijiosa que lo servia, para entregarlo a manos mercenarias, a compañeros de fila, cuya complicidad era preciso recompensar, los cuales han limpiado las salas de asilo de todo signo relijioso, pero tambien limpian los fondos de la casa a costa de los desgraciados.

Id al palacio Pitti, i allí podreis ver como en un pequeño museo los candelabros de altares, primorosamente cincelados, los vasos sagrados, los crucifijos, custodias, relicarios de oro i plata, de marfil o carei, de esmalte o bronce, obras maestras del arte cristiano, frutos de la piedad consagrados al culto i de los cuales han sido robadas las iglesias i capillas para ir a rematar a la residencia de Víctor Manuel, donde los hemos visto i donde, junto con las reliquias mismas de los santos que aun contienen, sirve a la curiosidad de los viajeros lo que ántes servia a la veneracion de los fieles. ¡Ejemplos vivos de lo que en el diccionario demagójico significa: Iglesia libre en el Estado libre!

Buscad en Nápoles la morada i cátedra de Santo Tomas de Aquino, que no ha mucho iban a visitar con reverente curiosidad los viajeros ilustrados, en aquel convento de Santo Domingo Mayor, panteon de los reyes de la casa de Aragon. La Iglesia está solitaria; el convento destruido, los relijiosos despojados de su asilo allí como en todas partes.

Id a Santa María del Cármen, que conserva aun la estátua i la tumba de aquel Conradino, último vástago de los Hohenstaufen, decapitado por Cárlos de Anjou. Iglesia i monasterio son un vasto muladar. La soldadesca ha reemplazado a las relijiosas: el monasterio está convertido en cuartel. Son dos emblemas de dos civilizaciones diversas: el primero representa el derecho i la moralidad; el segundo la fuerza fruta i las costumbres licenciosas, lo que vale tanto como decir que al catolicismo se ha sostituido el paganismo.

De las monjas, las que no fueron lanzadas a la calle, fueron agrupadas en confusa mezclai como en un depósito comun con otras de distintas órdenes, en el monasterio de Santa Clara que, aunque tambien destruido en parte i en parte vendido, conserva aun en pié un resto que por fortuna sirve de asilo a unas pocas relijiosas ancianas i desvalidas.

Os contristan i os indignan tantas ruinas sagradas en medio, a vista i paciencia de un pueblo casi totalmente católico? ¿Por qué no he de contaros las tribulaciones de nuestros hermanos, si de ello podemos sacar saludables enseñanzas?

He visto arrancados de su retiro i recojidos transitoriamente en miserables tugurios, improvisados por la caridad, ancianos relijiosos a quienes ni sus años ni la debilidad de sus cansadas fuerzas fueron consideraciones bastantes para dejarles concluir sus dias en el reposo de sus celdas. «Despues de cincuenta años de vivir en ella, me

decia uno, es triste, señor, abandonarla, i tarde para salir a viajar de esta manera. Despues de dos años he vuelto a visitar mi celda, compañera de casi toda mi vida. Estaba solitaria; nadie la habitaba. Si no era necesaria para otros ¿por qué tanta prisa para arrojarme de ella? Los que me arrancaron de la soledad i de la paz ¿serán mejores i mas felices por ello?»

He visto relijiosas carmelitas de estremada juventud, mendigando de mañana en los mercados de Nápoles el sustento que les habia arrebatado la mano sacrílega de la impiedad convertida en gobierno.

Id a la *Pia casa de San Francisco de Sales*, vasto establecimiento de educacion i asilo para niñas huérfanas, uno de tantos monumentos de caridad con que el catolicismo ha cubierto la faz de la tierra. Las monjas salesas están espulsadas de ahí. Junto con la intervencion de la Iglesia han desaparecido el espíritu, la caridad i la disciplina antiguas. Por odio a la relijion se ha herido a los desgraciados.

Subid al castillo de San Telmo a divisar desde la cumbre del monte el mas magnífico panorama de Nápoles. Ni en aquella cima faltarán las huellas de los nuevos paganos. Como la cruz los venciese, donde la encuentran indefensa, la devoran. Ni las alturas ni los lugares profundos escaparán a su escrudiñadora rapacidad. Junto al castillo está una joya, llamada el relicario de la Italia, *San Martin de los Cartujos*, uno de los mas espléndidos i bellos monumentos del mundo cristiano, verdadera maravilla de las artes, congregadas allí para tributar culto al Creador. Los monjes sufrieron en 66 la suerte comun. La Iglesia i la Cartuja están profanadas i convertidas en museo, donde los soldados han reemplazado a los monjes, i de donde van desapareciendo poco a poco los objetos preciosos acumulados durante siglos por la piedad de los fieles.

¿Para qué fatigaros mas, recorriendo esta via-crucis de la relijion, de libertad i de los derechos conquistados por el catolicismo para las sociedades modernas? ¿Qué libertad pregonada por los demagogos no ha sido violada i ultimada por ellos? ¿Qué jénero de hipócritas persecuciones no se ha ensayado contra la Iglesia?

Los obispos, los sacerdotes, los relijiosos i las relijiosas ¿no han sido puestos en prision, dispersados i despojados, en presencia de las proclamaciones mas ruidosas de la libertad de conciencia, de la libertad de los cultos, de la libertad de asociacion? ¿Los seminarios no han sido cerrados, suprimidos, confiscados despues de proclamada a grito herido la libertad de enseñanza? ¿La lei de 27 de mayo de 1869 no ha ido a arrastrar a los sacerdotes a las filas del ejército, para sojuzgarlos a todos bajo la mano de hierro de las leyes marciales?

¿A título de qué? A título de una mentida igualdad, calculada para desorientar los espíritus, miéntras se perseguia a la relijion en la persona de sus ministros.

El sacerdocio es una profesion pacífica. La Iglesia aparta al clero del servicio de las armas, le prohibe derramar sangre i le manda abstenerse hasta de firmar sentencias de muerte: nobles preceptos que revelan bien la maternal, humana i civilizadora mision de la Iglesia. ¿Qué principio ni conveniencia pública aconsejaba en una sociedad cristiana la violacion de esos preceptos? La lei del 27 de mayo del 69 no invoca ninguna; pero sus autores han hablado de igualdad en el reparto de las cargas públicas, haciendo consistir esa igualdad en meter en un molde comun a todos los ciudadanos, como si las sociedades se hubiesen hecho para las leyes i no las leyes para las sociedades.

No es igualdad obligar al débil al mismo trabajo que al fuerte, al niño que al hombre, al anciano que al jóven, al sabio que al patan. El mismo servicio, la misma carga nunca serán iguales para unos i otros. Lo que para éste es liviano, para aquél puede ser insoportable: lo que para uno es fácil, para otro puede ser imposible. Tal igualdad en el nombre envuelve una monstruosa desigualdad en el fondo; es el lecho estrangulador de Procusto que violenta a la naturaleza i hiere a las sociedades humanas en su base, como todo lo que es contrario a la naturaleza.

Así, en tratándose de servicio militar como de otras cargas públicas, hai causas que justa i racionalmente escusan de ellas a unos i no a otros, ya porque aquellos no pueden cumplirlas, ya porque desempeñan otras funciones igualmente útiles al Estado. En este caso se halla el sacerdote. Desempeña funciones mui elevadas que él solo i ningun otro desempeña; presta a la patria servicios que los demas no prestan i que son mucho mas importantes que los que

prestan otros, sometiéndose para ello a sacrificios que los demas ciudadanos no soportan: los sacrificios que exijen sus votos especiales. Obligad a todos los soldados a sobrellevar la carga de estos votos i de estos servicios sacerdotales, i obligad entónces a título de igualdad a que el sacerdote sobrelleve la carga del soldado.

Miéntras esto no suceda, esceptuar al sacerdote del servicio militar, no es favorecerlo graciosamente, es otorgarle una débil compensacion de los servicios de otro órden que solo él presta, de los enormes sacrificios de otro jénero que solo él soporta en beneficio de la sociedad; es simplemente colocarlo bajo el rejimen de una igualdad verdadera. La lei del 69, bajo la máscara de una falsa igualdad, estableció, pues, una desigualdad profunda, en persecucion del sacerdocio i en odio a la Iglesia.

¿I a dónde no han llevado sus odios estas mascaradas liberales? ¿Qué cosa respetable i santa no ha sido por ellas cubierta de ultrajes?

Cuando visitais en Paris el museo de Cluny, palpais frescas aun despues de un siglo las huellas vergonzosas de la impia barbarie del 93, de aquellos viles verdugos de la humanidad que establecian el terror en nombre de la libertad i degollaban en nombre de la tolerancia. En aquel museo podeis ver cómo aquellos apóstoles del progreso no dejaron a vida ni los cuadros, ni las estatuas, ni los bustos, ni los bajos relieves. Estos culpables de mármol i de yeso, fueron tambien decapitados.

¿Acaso no son los dignos hijos de aquéllos los actuales demagogos italianos que hicieron volar cobardemente el cuartel de zuavos en la *via de Borgo nuevo*; los mismos que ántes de Mentana invadieron las poblaciones pontificias, convirtiendo en caballerizas las iglesias, degollando crucifijos i fusilando imájenes de la Virjen, suerte que tocó a un bello lienzo de Rafael? Los mismos son. Son los que no ha mucho sobresaltaban a los transeuntes de la pacífica Roma, con bombas que estallaban de improviso en las calles, ¡cosa increible si no se tratase de una canalla desalmada! los mismos que para destruir el foco principal de la *supersticion*, introdujeron una bomba esplosiva en la cúpula de San Pedro, templo que por ser la primera maravilla artística del mundo parecia digno del respeto de todo ser humano!

Los godos con ser bárbaros, cuándo tomaron por asalto a Roma i la redujeron a escombros i cenizas, respetaron los templos i al sacerdocio. Los turcos que tomaron a Constantinopla respetaron a santa Sofia i la convirtieron en Mezquita. Atila perdonó a Roma por respeto al Sumo Sacerdote de los cristianos. El rojismo italiano no ha guardado esos miramientos. Ha querido tener la honra de sobrepujar en brutalidad a los bárbaros del occidente i del oriente, en órden a relijion, a sacerdocio i a culto. I en efecto ha tenido esa honra. ¿Qué gloria le ha faltado? No le han faltado ni los aplausos de las mas remotas rejiones.

Verdad es que un honrado italiano me declaraba: «Con todo mi corazon querria para mi pais la república bien entendida; mas es cosa imposible con este rojismo incrédulo. No quiero nada con estos verdugos de la sociedad; no quiero nada con estas furias, emblemas vivos de toda corrupcion posible!» Verdad es que la demagojia ha merecido estas justas censuras en el teatro mismo de sus hazañas; pero tambien es verdad, como lo he dicho, que ha recibido sus aplausos de mui remotas rejiones.

Aquí mismo, lo recordais como yo, no ha mucho que un personaje prominente del partido montt-varista alzaba la copa en un banquete i brindaba en honor del jefe de aquellas furias, vencidas en Mentana. No era el primero ni será el último ejemplo de la profunda miseria humana. Ya poco ántes el H.·. Defré, diputado belga, se prosternaba delante de la gran figura de Mazzini i se declaraba pronto *a seguir con la cabeza i los piés desnudos hasta el fin del mundo*, a ese conspirador de puñal, a ese apóstol del asesinato político. Asi tambien, cuando Eujenio Sué, haciendo en sus *Misterios del pueblo* i en cuadros indecentes la apolojia directa de la matanza de setiembre, del pillaje, del incendio, de la violacion, del rejicidio i presentando estos actos criminales como justas i lejítimas represalias que los proletarios estaban en el derecho de ejercer contra los soberanos, la nobleza, los ricos, el clero i los poderosos, era condenado como inmoral i obceno por el tribunal correccional de Paris, el Grande Oriente de Bruselas le obsequiaba una medalla i la lójia de Amberes una pluma de oro, votada por unanimidad *al noble i valeroso escritor*.»

Así es como la oleada del rojismo italiano ha continuado subiendo en brazos de las lójias mazónicas, hasta llegar al Vaticano. Animada del odio implacable que profesa a la Iglesia católica, la mazonería no se ha dado punto de reposo i activando su obra anti-cristiana en sus tenebrosos conciliábulos, ha logrado contar actualmente en Italia a lo ménos 70 lójias, bajo la obediencia del Grande Oriente de Turin i del supremo consejo italiano de Palermo.

Así es, lo repito, cómo aquella oleada ha subido hasta el Capitolio i el Quirinal. Desde la altura de estas colinas los nuevos paganos contemplarán ahora con zaña vengativa aquel campo de batalla que se llama el Circo, teatro de sus antiguas hazañas i de su antigua derrota.

En Roma, mejor que en parte alguna, es donde se palpa el triunfo sobrehumano de la Cruz sobre todos los poderes infernales, coligados para combatirla. Perseguida, desterrada, oculta en las catacumbas, despedazada en los anfiteatros, ella se ostenta triunfante sobre todas las cumbres de los dominadores del mundo. Las ruinas que aun resisten a la accion destructora de los siglos i las devastaciones, atestiguan que no hubo jamas sobre la tierra un poder político mas colosal que el de Roma. Todos los poderes modernos son pigmeos delante de ese poder. Pues bien, a ese poder fué al que venció la humilde i triunfadora Cruz. Sobre las altísimas columnas de Trajano i Marco Aurelio se levantan las estátuas de Pedro i Paulo. El lugar del suplicio del Pescador de Galilea está ocupado por el primer templo del universo. El Panteon de todos los dioses es templo de todos los santos. Una *via-crucis* ocupa la arena del jigantesco coliseo, verdadero camino de la cruz.

Alcanzada la paz por la Iglesia triunfante, el paganismo no se dió por vencido. A la guerra franca de los paganos puros sucedió la guerra hipócrita de los apóstatas, paganos de peor estirpe. Para reaccionar contra el cristianismo victorioso, el paganismo se revistió con el manto del filósofo. A los Nerones sucedieron los Julianos. El cristianismo, sinembargo, pasó de sus siglos heroicos a sus siglos de porfiada controversia, del tiempo de sus intrépidos mártires al de sus grandes injenios i triunfó de los sofistas como habia triunfado de los verdugos.

El paganismo, encarnado en la depravacion humana, debia empero levantar siempre su abatida cabeza. Sus movimientos reaccionarios contra la civilizacion del Cristo, debian aparecer, como en efecto han aparecido en todas las épocas, con mayor o menor éxito. Para ello se ha revestido siempre, desde Juliano a Voltaire, desde Voltaire a Proudhon i a Mazzini, con el traje del filósofo o del político, con toda clase de máscaras brillantes, capaces de seducir a los incautos i de reclutar con pretestos honorables a los hijos de la soberbia i de los vicios. Debiendo ejecutar su labor en el seno de sociedades que han respirado durante siglos la admósfera cristiana, la guerra de los apóstatas ha sido una guerra de celadas, de astucias, de seducciones i de todo jénero de armas aleves.

Sed en teoría como en práctica impio hasta el ateismo, inmoral hasta la apolojía de las torpezas, soberbio hasta la deificacion del hombre; haced la guerra a la Iglesia i a sus ministros, a su culto i a sus doctrinas, estad seguros de que entónces sereis a sus ojos los mas ilustrados, los mas progresistas, los mas liberales, los mas independientes, vivas lumbreras de las ideas modernas; estad seguros de que miéntras mas avanceis en aquella via, mas mereceis el aprecio i la admiracion de los nuevos paganos.

Voltaire es la infamia personificada: el rojismo le levanta estátuas. Proudhon declara que *Dios es el mal*, como *la propiedad es el robo*: la mazonería lo coloca en el calendario de sus santos i celebra esta *santidad* en sus funerales. Mazzini dirije su circular sobre la necesidad de desmoralizar a la mujer para descatolizarla: el H.·. Defré declara en su entusiasmo que seguirá al apóstol hasta el fin del mundo con la cabeza i los piés desnudos.

Lo que los cristianos llamamos las *tinieblas* del paganismo, es la *luz* para los reaccionarios; volver a los desórdenes del paganismo, a sus vergonzosos misterios, a la adoracion de la naturaleza i de todas las pasiones deificadas, es *progresar*; ir adelante en las vias del cristianismo, es retrogradar. Así, con todos estos artificios de lenguaje, ellos se llaman los amigos de la ilustracion i del progreso, al paso que los católicos son retrógrados, enemigos del progreso i de las luces. Cambiando a las palabras su natural significado, llaman li-

bertad a la licencia i tolerancia a la impunidad del desenfreno.

El cristianismo hizo pasar a la humanidad de los dioses a Dios, del politeismo a la unidad. El paganismo moderno, reccionando contra 19 siglos, quiere volvernos de Dios, a quien combate, a los dioses que se forja. Con una diferencia empero, que el paganismo antiguo limitó la apoteósis a los afortunados, a los poderosos i a veces a los benefactores de los pueblos; pero reconociendo siempre Entes superiores por cuya influencia habia nacido i a cuyo poder debia someterse la creatura; al paso que el paganismo moderno, hijo del panteismo i del naturalismo, en su soberbia ha suprimido los dioses superiores i ha estendido la apoteósis a todos los hombres. Esta lisonja del orgullo humano no es nueva: es contemporánea de los orijenes mismos de la creacion. Yo leo en el libro mas antiguo que conserva la humanidad que «Sereis como dioses» fué el símbolo de la primera rebelion contra el Creador. El moderno paganismo remonta pues su jenealojía a la cuna misma de su padre.

Desde entónces i hasta el fin de los tiempos ha habido i habrá dos campos: el de los fieles a Dios i el de los rebeldes contra Dios. Los unos marchan bajo las banderas del Cristo; los otros bajo las banderas del primer rebelde. Sus lejiones, diestramente dirijidas, han reclamado por suya i reconquistado la ciudad de los dioses, como se llamaba ella misma cuando tenia en su seno al divino Neron i al divino Eliogábalo, i como lo será ahora que la loba del Tiber ha vuelto a trepar el Capitolio.

En este atentado internacional, en este golpe asestado a la cabeza del catolicismo, en esta odiosa iniquidad de la fuerza bruta, en que se han conculcado todos los principios, hasta los de la decencia, hai mucho que lamentar sin duda en nombre de los derechos ultrajados; pero no quiero llamar vuestra atencion sino a una sola de sus consecuencias inmediatas: la dispersion del Concilio.

Conoceis los esfuerzos, conoceis los sacrificios hechos por todo el mundo cristiano para reunir esa asamblea. Ni la ancianidad ni las distancias, ni las penalidades ni las dolencias fueron obstáculo para que los pastores de la Iglesia acudiesen desde los confines del mundo al llamado del Pastor Supremo.

He sido testigo de los improbos trabajos i del ardiente anhelo de esos pastores para remediar las necesidades de la cristiandad.

I bien, todos aquellos esfuerzos, todos aquellos sacrificios, todos estos trabajos han quedado en gran parte estériles. Se han decidido importantísimas cuestiones doctrinales. La asamblea comenzó por donde debia comenzar su labor: por establecer la doctrina. Pero su obra quedó incompleta. La obra de la reforma no alcanzó a llevarse a cabo.

En todas las instituciones confiadas a los hombres suelen introducirse corruptelas que es útil correjir; en todas ellas suele haber formas que con los tiempos llegan a ser inadecuadas i que es conveniente modificar. Nadie mas que los católicos mismos estamos interesados en que lo abusivo se corrija i lo defectuoso se reforme; nadie tampoco tiene mayor anhelo para verificar esas reformas, que los pastores congregados en el Vaticano, ni en materia alguna era mas necesaria su esperiencia en las costumbres de cada pais, su práctica en el gobierno del clero i de los fieles. Materia de aplicacion i de práctica, necesitaba mas que otra alguna de la esperiencia individual i colectiva. En órden a estas materias se prepararon grandes trabajos. Estaban a punto de llegar a ser una realidad las suspiradas mejoras. Todo empero quedó en proyecto i en embrion. No se reformó lo que podia haber de inconveniente en las instituciones o de reprensible en los individuos.

¿Por qué? Lo sabe con indignacion todo el mundo verdaderamente cristiano. Porque un gobierno audaz tuvo a bien aplicar el bárbaro derecho de la fuerza, de resucitar el bárbaro derecho de conquista en la residencia misma del Pontifice, suceso en virtud del cual el mundo católico supo que debia soportar los delirios del gobierno del Piamonte.

Las lejiones de la incredulidad, a que sirve de instrumento ese poder, han alcanzado una gran victoria i comenzado a esplotarla. Han conquistado un pais ajeno; se han apoderado de palacios, museos, galerías i riquezas artísticas ajenas; han comenzado la supresion de las comunidades relijiosas i el despojo de estas comunidades, i han llegado en fin hasta los asilo de la misericordia, donde el huérfano, el

ignorante, el enfermo, donde el desvalido de alma i cuerpo encontraba remedio a sus necesidades físicas i morales. La Iglesia ha sido espulsada de ahí; la impiedad recien llegada ha lanzado de su propio hogar, a la piedad creadora i poseedora de sus obras.

Para ello no han faltado sin duda las jenuflecciones de estilo. No se ha dado la bofetada sin las reverencias de ordenanza. Al jefe de la Iglesia se le ofrece una corona mas brillante que la antigua. Miéntras se le despoja, se protesta el respeto mas profundo a sus derechos; miéntras se priva a la Iglesia de toda libertad, se pasea a esta diosa en las mas irrisorias mascaradas.

Estas escenas, lo sabemos bien, no son orijinales, sino meras copias del paganismo moderno. Antes que con la Iglesia de Cristo i su Vicario, el paganismo antiguo hizo el modelo con el Cristo mismo. Yo leo en el Evanjelio que los soldados del pretorio de Pilato vistieron de púrpura a Jesus i poniéndole una corona de espinas, comenzaron a saludarle como a rei; i dándole una caña por cetro, le escupian, e hincando las rodillas le adoraban.

Señores: ¿es indigno de la verdad el que mira con indiferencia que se fabrique i cunda esta infernal madeja de hipocresías i de embustes! ¡Es indigno de la libertad el que mira impasible que se la lleve al Calvario en medio de burlesca adoracion! Es incapaz de derechos aquél a quien sus atropellos mas punibles no arrancan ni siquiera una tímida protesta!

I vosotros me preguntareis si todos los sucesos que dejo narrados acontecen en algun pais de infieles, donde el cristianismo se haya introducido recientemente por sorpresa i donde los moradores hayan caido encima del intruso para devorarlo. I yo os responderé que despues de resistir a la evidencia, porque era absurda hasta lo inverosímil, tuve que rendirme a ella; yo os diré que cien i cien veces me habia hecho la misma estraña pregunta que vosotros, hasta que mis ojos me enseñaron que, apesar de todos los estragos causados por las doctrinas anticristianas, la presencia del espíritu relijioso era en aquel pais un hecho universal que se revela a cada paso; que la inmensa mayoría, casi la totalidad de la poblacion conservaba la fé de sus padres; que si el liberalismo anticristiano dominaba a la sociedad, apoderado de la enseñanza, de la prensa, de los puestos públicos, mas que a su acostumbrada audacia, se debia a la ordinaria i fatal prescindencia de los católicos en todos los negocios de órden público, al abandono de los instrumentos políticos que en los gobiernos representativos deciden tarde o temprano de los destinos de la sociedad.

Los demagogos son los ménos; pero son los únicos que aturden al pais con las mil trompetas de su prensa; son los ménos, pero bajo un sistema representativo de gobierno, son casi los únicos que concurren a las urnas i son por consiguiente los que mandan i consolidan sus obras, aprovechando los recursos i las influencias del poder.

Los católicos son los mas, pero no se curan de disputar a sus adversarios aquellos recursos i estas influencias. Por indolencia o ceguedad culpables se mantienen aislados en el retiro de su hogar, lamentando cobardemente las desgracias públicas; combaten dispersos, cuando llegan a combatir, i lo que fuera una simple imbecilidad, sino fuera tambien una traicion a la conciencia i a la patria, muchos votan, cuando llegan a votar, por sus propios i mayores enemigos.

Así es como de cerca de dos millones de ciudadanos que en Italia existen, capaces de ejercer el derecho electoral, segun la lei, apénas habia inscritos 460,259 en los rejistros. Los católicos habian prescindido por regla jeneral. No era esto solo. De los cuatrocientos i tantos miles de electores inscritos, solo votaron 238,381. Los católicos se abstuvieron casi en todas partes. De esta manera, en las últimas elecciones jenerales la católica Italia envió a la cámara, como representantes de sus creencias, de sus intereses i aspiraciones católicas, de 434 diputados que la componen, mas de doscientos mazones virulentos i casi todo el resto de adversarios mas o ménos solapados de la Iglesia. Así es como se ven por todas partes en los paises católicos minorías audaces i bulliciosas, dominando a mayorías tímidas i mudas; minorías compactas, disciplinadas i resueltas tiranizando a mayorías dispersas, desorganizadas e indolentes.

Si esa representacion nacional es una irrisoria comedia, ¿de quién es la culpa? Si los pueblos son pervertidos i despotizados ¿los perversos i los déspotas, son los únicos culpables? Tantas antiguas i recientes

esperiencias ¿darán al fin vista i oido a los ciegos i a los sordos voluntarios? ¿No tengo razon p ra alegrarme por mi relijion i por mi patria, al divisar la bandera de nuestra sociedad, al ver que os agrupais en torno de ella para reclamar i ejercer en el órden social i político, la intervencion i los derechos que os corresponden?

III.

Al lado de los reaccionarios de la jóven Italia merecen figurar con honor los reaccionarios de la España moderna. Son sus camaradas de escuela i de causa. Unos i otros tienen el mismo orijen, usan las mismas armas i persiguen el mismo fin, reaccionar contra el catolicismo. Sus obras prueban su identidad. En España como en Italia hallareis las mismas persecuciones, los mismos despojos, la misma devoradora rapacidad, el mismo martirolojio de la libertad i de la Iglesia. Como el cuadro es idéntico, para no fatigar vuestra atencion: habré de contentarme con señalaros por vía de ejemplo uno que otro de sus rasgos mas notables.

Hacia apénas un año que el liberalismo revolucionario habia tomado por asalto las riendas del poder i ya en sus persecuciones al catolicismo, a sus ministros i a sus obras, igualaba, si no excedia, a sus correlijionarios de Italia. ¡Tanta prisa se habia dado para ello, como si presintiera la brevedad de su reinado! Por distraida que sea la mirada del viajero, sus ojos tropezarán inevitablemente con las ruinas amontonadas en tan breves dias. Sin salir de los grandes centros de poblacion i cultura, donde la fiscalizacion pública, mas vijilante i celosa, suele servir de freno saludable a los conculcadores del derecho, allí mismo encontrareis sus huellas a cada momento.

Barcelona es la primera ciudad fabril i mercantil de España, digna cabecera de la industriosa i rica Cataluña. Dad una vuelta por el pueblo, i en la Rambla, su paseo favorito, ya vais encontrando los trofeos de estos demoledores de la sociedad cristiana.

Al fin de la Rambla estaba el seminario episcopal. Ya no es de la Iglesia: fué arrebatado al obispo por el gobierno. Un cuartel ha reemplazado al colejio. En ves de seminaristas encontrais soldados; en ves de hombres de estudio i de oracion, hombres de bayoneta i de fuerza.

A poca distancia de allí estaba un célebre i vasto monasterio. El convento no existe; fué igualmente confiscado. En su lugar está una plaza de abastos. Desaparecieron las monjas para dar lugar a los carniceros. La carne ha triunfado del espíritu.

Despues de todo, el rojismo se ha mostrado en estos cambios mas artista de lo que él mismo se imajina. Estos cuadros tienen un mérito simbólico que no desconozco: son verdaderos emblemas de las dos civilizaciones, la cristiana i la pagana, que se disputan el dominio de la sociedad. La primera representa el derecho, el cultivo de la inteljencia i la práctica de las virtudes; la segunda representa la rapiña, la fuerza fruta i el predominio de la carne. El símbolo es perfecto. El rojismo se ha retratado con mano maestra, no podemos negarlo.

La suerte de aquel monasterio ha sido la suerte de los demas. Casi todos los conventos de hombres i de mujeres han sido saqueados i confiscados por el gobierno. Algunos han sido vendidos a particulares, que los han destinado a otros usos; otros han sido derribados para hacer plazas o calles. Los habia muchos que eran obras verdaderamente monumentales. En la calle de Alcalá, en Madrid, yo mismo he visto derribar el convento de Calatrava, recien refaccionado por las monjas, que lo habian dejado como nuevo. Cerca del palacio real he visto destruir el convento de Santo Domingo para ensanchar la plaza contigua.

En Italia como en España, monjas de distintas congregaciones habian sido amontonadas de a tres i hasta de a cuatro en celdillas de otros monasterios, que han escapado hasta el presente i que desaparecerán mañana. Allí están agrupadas, confundidas i revueltas, en un depósito comun, las de una órden con las de otras, por la grave culpa de ser relijiosas i por la gravísima culpa de haber tenido algo de que ser despojadas.

Si en Nápoles ví monjas que andaban errantes de calle en calle, mendigando su sustento, en Madrid ha sucedido algo peor. Una novicia estaba de corista en un teatro para ganar el pan que le habian arrebatado los gobernantes demagogos. Del recojimiento del claustro, éstos la habian lanzado al libertinaje de las tablas.

A esas autoridades les fué pedida la disolucion de un lupanar que se habia constituido en vecindad intolerable. ¿Sabeis lo que contestaron? Que esas mujeres estaban en el pleno goce de la libertad de asociacion, proclamada por la gloriosa revolucion de setiembre, i que el gobierno no podia coartar ni limitar esa libertad de reunion i asociacion. Las relijiosas que vivian reunidas i asociadas para el bien, no eran mujeres; los relijiosos no eran personas a quienes alcanzase la proteccion de las leyes. ¿Os asociais para prostituiros? La libertad de asociacion no tiene límites. ¿Os asociais para la virtud i la moralidad? La libertad desaparece. Tendreis cadenas, despojo i destierro.

Acompañadme a contemplar la coronacion del edificio. Es un remate que sobrepuja al resto. El convento de San Fernando, en Madrid, robado a sus dueños por el gobierno revolucionario, está convertido en conventillo de *ciudadanas libres*, i la Iglesia adjunta convertida ¿adivinais en qué? en salon de baile popular, donde el indecente kan-kan de las prostitutas ha reemplazado a las oraciones de los relijiosos del i pueblo. En el lugar santo, donde poco ántes no se oian mas que las alabanzas del Señor, ahora solo se oye el rumor de las danzas obcenas i de los misterios de Priapo i de Baco. La morada del pudoroso recojimiento está convertida en escuela de desenfreno. La casa de Dios es la sentina de todas las abominaciones, i la claridad de las antorchas alumbra allí el infame denuedo de la prostitucion.

¿Podeis apetecer una iglesia mas libre en el Estado libre? ¿No es cierto que los comediantes de la libertad, del progreso i de las luces son héroes de cuenta? ¿No es verdad que el edificio pagano que construyen sobre las ruinas del edificio cristiano está bien modelado en las saturnales antiguas?

¡Huyamos de la podredumbre! Vayamos a pedir al desierto siquiera las delicias de un aire puro i de una libertad mas racional.

Allá en los confines de la Cataluña se divi an las pintorescas i salvajes crestas de Monserrat. A su frente está la famosa gruta de Manresa, cuya techumbre de granito sirve de pabellon a un santuario. En aquel sitio apartado i agreste no se oye otro ruido que el del torrente que corre por el fondo de la quebrada. Es dulce reposar aquí i abandonarse a la contemplacion de la hermosa i tranquila naturaleza. Los cristianos de los primeros siglos se retiraron a las soledades de la Tebaida. El paganismo antiguo no fué a molestarlos ahí. Acaso tambien no haya llegado hasta la soledad de estas montañas la mano i el aliento del paganismo moderno.

Me engañaba, señores: tambien ha llegado hasta aquí. Construidos sobre las rocas que forman la gruta, hai una iglesia i un convento. Es un convento de jesuitas, edificado sobre el sitio en que San Ignacio, apartado del mundo i entregado a la oracion, compuso sus inmortales ejercicios.

Aquella morada está desierta, aquellos claustros solitarios. La ira de los perseguidores ha llegado tambien a esa mansion de paz. Los relijiosos vagan por la tierra estraña, sin que les sea dado respirar el aire de la patria. Prim, Topete i comparsa liberal, habian desterrado de España a la Compañía de Jesus. Proclamaron la libertad de cultos, i en un pais católico imponian la pena del destierro solo a los sacerdotes del culto católico. Proclamaron la libertad de asociacion i la violaron con escándalo solo en la asociacion católica. Los mazones pueden tener sus lójias, los judíos sus sinagogas, Priapo i Vénus sus templos i sus misterios impuros. Solo los católicos no tienen libertad para sus relijiosos. Proclamaron la libertad personal i la violaron con estrépito en los que llevaban en su traje el signo de cristianos. Los sectarios de todo jénero, los hombres de toda creencia enemiga del catolicismo podian entrar, permanecer i hacer su propaganda en España, ménos sus propios hijos, si se llamaban jesuitas. El nombre de Jesus es odioso a los paganos. A esos sacerdotes, sin juicio i sin audiencia se sentenciaba i condenaba a la pena del destierro. Histriones de la libertad, los liberales anti-cristianos son sus mayores enemigos.

Cuando visitaba aquel monumento cristiano, encontré algunos legos de la órden que, dejando el santo hábito, vestian de paisanos para cuidar aquellas abandonadas aras i escapar de los perseguidores de la Iglesia. Al ver a esas víctimas del rojismo, acudiendo a un artificio para vivir en su patria, la semejanza del cuadro trajo a mi memoria el recuerdo de los primeros cristianos. Tambien ellos acudian a disfraces i se sepultaban en las catacumbas para esca-

par de las persecuciones, que se han renovado a medida que los gobiernos se van paganizando. Pensaba con razon que aquellos pobres rejiosos eran una prueba palpable de la mentida libertad de cultos i de la mentida libertad de asociacion, proclamadas por los mentidos liberales de la escuela pagana.

Para matar las asociaciones católicas no solo en lo presente sino tambien en lo futuro, se han suprimido i prohibido los noviciados. Conculcando la libertad de las profesiones, conculcando la libertad personal, conculcando la libertad de asociacion se ha hecho la guerra al catolicismo aun en el porvenir. El ateismo i el libertinaje hallarán amparo i fomento en la politica de los incrédulos; la relijion i la moral católicas hallarán mordaza i cadenas.

¿Creeis que la persecucion ha parado aquí? Nó, que ha ido mas léjos todavia. Donde quiera que haya algo que usurpar a la Iglesia i sus ministros, allí irá el pillaje para usurparlo. Convertido el diezmo en contribucion fiscal, que el Estado recauda para dotacion de culto i clero, el gobierno revolucionario se echó sobre esos fondos para privar del agua i del fuego a obispos, prebendados, párrocos i a cuantos vivian con esos recursos. La nacion está pagando los servicios del culto i del clero; pero ni el clero ni el culto perciben esas sumas. El progresista gobierno de setiembre juzgó en su liberal sabiduría que aquello de pagar lo que se debe i de entregar lo ajeno, era una antigualla propia de retrógrados i contraria al progreso de las ideas modernas.

Verdad que los sacerdotes no han muerto de hambre. Los he visto sentados a la mesa de la caridad, en el hogar de los fieles, adonde no han venido a golpear aun los delatores, seguidos de los verdugos, porque aun está léjos ese absoluto triunfo del paganismo, en el seno mismo de las sociedades cristianas.

Pero en el estado presente de esas sociedades ¿os imajinais que se puede ir mas léjos? Pues ese gobierno ha ido mas léjos aun.

¿Quereis estudiar un poco la beneficencia bajo el influjo de este nuevo poder? Dirijid vuestros pasos a la casa de caridad de Barcelona, inmenso asilo para ancianos i niños desvalidos. Allí os informarán desde luego que el gobierno de setiembre se apoderó de la direccion primero i de los fondos despues asi de éste como de una gran parte de los asilos fundados, sostenidos i dotados por la piedad cristiana. A los cuidados maternales de la caridad ha reemplazado allí la áspera inspeccion de los empleados que nombra el gobierno, especie de jendarmes que hacen la policía de seguridad de la casa; pero nada mas, ni siquiera la policía de aseo. El aire es nauseabundo: salgamos de esa atmósfera mal sana.

Vamos a los hospitales.

Aquí tambien hai desgraciados, presas de la miseria, del dolor i de la muerte. El catolicismo ha creado ánjeles que se consagren a su alivio i consuelo. Esta inmensa, difícil i santa tarea no la conoció el paganismo antiguo. A Faviola debió Roma el primer hospital que opuso a sus monumentos de sangre i de prostitucion, como San Basilio fundó los primeros hospitales de Asia.

Pues bien, el gobierno rojo de España, no solo se apoderó de los fondos de las casas pias, sino lo que es mas inicuo, de los fondos propios de los hospitales, estos otros asilos de los dolorosos infortunios. Asistir i cuidar a los enfermos es negocio grave i penoso; apoderarse de los fondos es tarea ménos difícil. Pues bien: Quedaos vosotras con los enfermos, dijo ese gobierno a las discípulas de Cristo; yo me voi con los dineros.

Asi el hospital de Zaragoza que era bastante rico para mantener i que ordinariamente mantenia 1,500 enfermos, apénas tenia 400 cuando lo visitamos, i aun estos 400 eran mantenidos en gran parte con limosnas recojidas entre el caritativo vecindario. El gobierno habia vendido los bienes del hospital i apoderádose de su producto, a título de urjencias, creadas por el peculado i la dilapidacion. Salgamos de aquí tambien, llevando en nuestro espíritu la justa desolacion de los pobres. Vinimos por modelos i nos hallamos con escándalos.

¿Pensais que se sació con esto la rapacidad del liberalismo español? Nó, que ha ido a despojar a los pobres ¡cosa increible en una sociedad cristiana! hasta de las migajas de la caridad. Habia en España 642 conferencias de San Vicente de Paul, institucion de caridad que, como sabeis, se consagra pura i esclusivamente a socorrer a los pobres a domicilio i a educar a los hijos perdidos del pueblo. Las conferencias

de España daban educacion a 8,000 niños i tenian numerosas cocinas económicas para dar mejor i mas abundante alimento a los pobres, cuya indijencia era comprobada. Pues bien, el gobierno de setiembre disolvió las conferencias i les robó hasta las listas de sus pobres, hasta los útiles de las escuelas, hasta los calderos i cacerolas de las cocinas económicas, confiscando el fondo de quince mil pesos que éstas tenian i quedando todo destruido: conferencias, escuelas i cocinas. El ataque era a la institucion católica; pero sus infames consecuencias cayeron de lleno sobre los infelices socorridos.

Hé aquí las obras de odiosa tiranía del liberalismo incrédulo. Aquí teneis frente a frente la beneficencia cristiana i la beneficencia roja. Perseguir a los desheredados de la suerte, robar a los que tienen hambre el pan que les alarga la caridad, quitar el consuelo a los que lloran, el amparo al infortunio i al dolor, a los que sufren miseria de alma i cuerpo ¡es inicuo i es infame! pero hacerlo en nombre mismo de la libertad, en nombre de las luces del siglo, en nombre del progreso de las sociedades, es algo de tan irritante i odioso que solo podia enjendrarlo la demagojia.

I despues de todo, señores, creo que bien podriamos decir a todos los perseguidos: de nada os podeis quejar, ni vosotros sacerdotes, ni vosotros desvalidos, ni vosotros míseros enfermos. ¿Qué estraño que se haga esto con vosotros, si en todas partes se hace guerra i de todas partes se destierra a Dios mismo? ¿Acaso la creatura puede ser mas que el Creador?

Cuando Proudhon era iniciado en la lojia masónica de Sinceridad, respondiendo por escrito a la pregunta ¿qué debe el hombre al ser supremo? Proudhon contestó: *Guerra a Dios.*

En España pude ver, como habia visto en otras partes, que este maestro contaba con lejiones de discípulos. Los republicanos de Tarragona acababan de hacer un ensayo de bautismo pagano, pero pagano a la moderna, sin sacerdote i sin Dios. Habian llevado sus hijos al majistrado de barrio i solicitado de él un ridículo simulacro de bautismo, que convinieron en llamar bautismo civil o republicano. Este es un juego inocente sin duda al lado de aquella otra parodia del himeneo, de aquel juego de canibales que servia de entretencion a Carrier, al lado de los matrimonios republicanos de Nantes; pero la semejanza de los nombres i la comunidad de orijen, provocan el recuerdo i acusan el parentesco.

Una breve digresion a este propósito. No he conocido enemigos mas terribles de nuestras amadas instituciones democráticas i republicanas, que los republicanos europeos, educados en la escuela del rojismo. Son los verdugos i el espanto de las sociedades. La república que pasean en sus bacanales está cubierta de lepra, manchada de sangre i de vicios de piés a cabeza. Las jentes honradas huyen de ella, por huir de ellos. Ellos son los que han perdido la causa de la república en Europa; son ellos los que han atrasado por siglos la causa de la libertad en el mundo.

Volvamos a España. Cuando asistí en Madrid a los debates de la cámara, el ministro de instruccion pública declaraba solemnemente que luego decretaria la supresion de todaenseñanza relijiosa en las escuelas, para combatir la *supersticion*, confiando en que esta medida habia de ser una de las glorias de la revolucion de setiembre.

Sabeis que esa revolucion estableció el matrimonio civil, i conoceis el asunto de la secularizacion de los cementerios.

Ya lo veis: la obra de estos reformadores es arrojar a Dios de la cuna por el bautismo republicano; arrojar a Dios de la tumba por el cementerio secularizado; arrojar a Dios de la escuela con la supresion de toda idea relijiosa en la enseñanza; arrojar a Dios del hogar por el matrimonio civil; i arrojar a Dios hasta de sus propios templos, convirtiéndolos en salones de orjia.

I luego estos lobos del mundo social i político, tomándose el interes mas entrañable por la causa de Dios i de la relijion, dicen a los creyentes con el tono del consejo mas maternal i cariñoso: No mezcleis la relijion con la política. La política es una cosa mundana; no mezcleis las cosas de aquí abajo con la relijion que es cosa tan alta como el cielo.

La política es un instrumento mui usado para esclavizar a la Iglesia i pervertir a los pueblos, es verdad; pero no importa. No os preocupeis de los meros instrumentos, no os preocupeis del garrote que vuestro adversario acostumbra dejar caer sobre vuestra cabeza; no os preocupeis del

puñal que vuestro enemigo está siempre dirijiendo contra vuestro corazon. La cabeza i el corazon son objetos demasiado nobles para mezclarlos con los instrumentos preparados para su martirio; pero que al fin son instrumentos bajos e innobles.

Hé aquí la burda red en que los pillos tratan de prender a los candorosos. Dejad marchar sin inquietud a los nuevos paganos i vereis como llegan, a semejanza de los antiguos, hasta las catacumbas i las fieras. ¿I acaso no han llegado ya? Podemos olvidar el terror del 93, la matanza de los relijiosos en España, el asesinato organizado en Italia?

Cuando la politica deje de mezclarse con la relijion, dejaremos de procurar la salvacion de ésta i de la sociedad, por la moralizacion de aquélla. Ese dia no llegará. La politica dejará de mezclarse con la relijion, cuando toda relijion acabe, cuando acabe toda verdad relativa al bien o al mal, a la ventura o desventura del hombre, es decir, cuando acabe tambien la humanidad.

I ahora es natural preguntar, ¿quién ha elejido en España esos diputados, esas municipalidades, esos gobernantes, perseguidores de la Iglesia católica i de la civilizacion que en ella se funda? ¿El pueblo español? Ese pueblo ¿es por ventura anticristiano? No es una cruel ironia que todo aquello pase en la católica España? que allí suban al poder los enemigos del mas precioso tesoro que posee: la fé cristiana?

Conoceis el secreto de este absurdo. Es que en España como en Italia, los católicos brillan por su ausencia en la prensa, en las tribunas, en los comicios, en todos aquellos teatros donde los pueblos modernos se disputan el triunfo de la opinion i de los poderes públicos. Es que en España como en otras partes, lo repito, se ven a minorias audaces i bulliciosas, dominando a mayorias tímidas i mudas; minorias compactas, disciplinadas i resueltas tiranizando a mayorias dispersas, desorganizadas e indolentes.

Muchas causas tiene esta indolencia; pero aunque sea al pasar, quiero mostraros una de ellas, talvez la principal. Entre las malas semillas que ha sembrado el regalismo en el seno de las sociedades cristianas, una muí principal es haber acostumbrado a los pueblos católicos a no preocuparse de sus intereses relijiosos en el órden público, a considerarlos como negocio de gobierno i no como negocios propios. Tanto han visto al César meter la mano en la casa de Dios, que han llegado muchos al creerlo dueño de lo que allí existia. Tanto lo han visto entrar como amigo a la casa del Señor, que no se han apercibido, para cerrarle el paso, cuando entraba como adversario i enemigo. Los que en esa casa tenian guardado su tesoro se han descuidado i se han dormido. Han gritado al ladron, cuando ya todo estaba consumado. Este descuido habitual ha formado una especie de segunda naturaleza. Así es como el regalismo ha sembrado la mala semilla i la impiedad ha venido a cosechar el fruto.

Señores: en esta guerra a muerte de todos los errores contra la verdad i de todos los vicios contra la virtud, el que no lucha contra el mal se hace su cómplice. Si la indiferencia es una complicidad, la connivencia con el enemigo es una traicion. Que cada cual custodie i defienda su tesoro, el tesoro de la fé, de la doctrina, de la civilizacion cristiana, principalmente en los terrenos que el enemigo ha escojido para campo de batalla en el seno de los pueblos modernos: en la enseñanza, en la propagando de la prensa, en los resortes de la politica.

Vosotros habeis tomado resueltamente el puesto del deber. Que la cara esperiencia de otros pueblos i de cada dia os sirva de estímulo i de aliento para perseverar en él. Los que trabajan con fé por el bien i batallan sin miedo por la verdad tienen en su favor el ascendiente misterioso, el poder que siempre alcanzan las afirmaciones valerosas i perseverantes. La máxima cristiana ha sido no reconocer otro término a la guerra, que la victoria. Que yo la vea escrita en vuestra bandera i la patria os deberá dias de gloria i de ventura!

ABDON CIFUENTES.

A LICE.

¿Ves ese sauce' ánjel mio!
Su pompa verde perdió
I en las secas ramas zumba
Conmovido el aquilon.

Ya en el ramaje no entona
El ave amante cancion,
Ni su fresca sombra busca
En las siestas el pastor.

¿Qué le queda?—Hojas marchitas
Que lloran en triste son
Himnos lúgubres de muerte,
I jemidos de dolor.

Al mirarlo, me desvela
Pensamiento matador....
¡Por mas que lo niegues, Lice,
Así está tu corazon!

1868.

OLIMPIO.

OJEADA

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

(Continuacion.)

La escuela de Escocia, formada bajo los auspicios de Bacon i Locke, ha hecho eminentes servicios a la Filosofía. A ella pertenecen: *Hutcheson*, que ha analizado las relaciones que existen entre la sensibilidad i las operaciones del espíritu, i que ha dado a la Filosofía este nuevo carácter que se designa con el nombre de *moral*; *Reid*, que rebatió los ataques de Hume i fundó el principio de la casualidad, apelando a la autoridad del *sentido comun*; *Adan Smith*, que hizo el análisis de las ideas que corresponden a las nociones morales i de las que fundan la economía social; i por último el célebre *Dugald Stewart*.

Los filósofos de que acabamos de hablar se habian empeñado en completar i perfeccionar la teoría de Bacon, pero la manía de simplificarlo todo es tan natural al espíritu humano que renacieron otra vez los sistemas de la esperiencia. *Hobbes* i *Helvecio* redujeron a la sensasion los fenómenos intelectuales i morales; *Berkeley* desarrolló el sistema de los idealistas, probando que no existian cuerpos, que éstos no son para nosotros mas que nuestras propias modificaciones, que siendo así no podemos estar ciertos mas que de la existencia de nuestro *yo*, i que el mundo i todos los seres que nos rodean son ideas que Dios produce en nuestra alma en virtud de su Omnipotencia. Este sistema se inclinaba mucho al escepticismo, i solamente lo evitaba apoyándose en el principio *no hai efecto sin causa*, principio que combatió con una lójica rigorosa el célebre *Hume*. «La esperiencia, decia éste filósofo, solo nos manifiesta una sucesion de fenómenos, pero no porque esta sucesion se verifica nos señala el vínculo que los une; ¿por qué despues hemos de concluir de la sucesion pasada a la sucesion futura? ¿Por qué del simple encuentro de los hechos pretendemos deducir su union estrecha e inseparable? Las palabras *efecto* i *causa* no significan, pues, otra cosa que los fenómenos que asocia el hábito en virtud de su continua i sucesiva aparicion. Esta duda debia conducir a Hume a otra consecuencia: si de la sensaciones que nos modifican se deduce la existencia i propiedad de los objetos externos, es por que se supone que dichas sensaciones debian tener afuera causas productivas, o, a lo ménos, ocasionales que no tienen en nosotros mismos; pero esta deduccion es tan arbitraria como el principio en que se funda. Nuestras sensaciones no serán pues mas que simples apariencias de los fenómenos, que no es necesario, para aplicarlas, reclamar con Berkeley la intervencion del autor de la naturaleza. Hume abre de este modo la puerta a todos los errores del escepticismo. Kant, filósofo aleman, ha combatido su teoría pero sin obtener ventaja alguna. Los Metafísicos modernos han conocido todo el peso de estas dificultades i han dado soluciones mas o ménos satisfactorias.

Tal es la historia de la escuela de Bacon, pero no fué éste el único reformador de la Filosofía; otros dos grandes hombres, que no le eran inferiores en jenio, acometieron la misma empresa, *Descartes* en Francia i *Leibnitz* en Alemania. La diferencia que hai entre éstos i el ilustre Bacon es, que los dos filósofos anteriores se apresuraron a colmar los vacíos que habia dejado la ruina de la Filosofía escolástica, miéntras que el filósofo ingles se ciñó a notar las causas de los extravíos de sus predecesores i a indicar el método que enseña la naturaleza, i que debia seguir la posteridad encargada de sustituir, a absurdos i quiméricos sistemas, una Filosofía razona-

ble. Descartes principió la reforma por esta máxima llena de sabiduría i de prudencia. «Antes de proceder a la investigacion de la verdad es preciso olvidar por un instante to las las opiniones adquiridas i desconfiar hasta de los principios mas claros i palpables;» se encerró, pues, dentro de sí mismo i comenzó a rehacer todos sus conocimientos; pero el deseo de crearlo todo, i este aislamiento tan exclusivo del mundo sensible, le hicieron caer en errores gravísimos que inficionaron todo su sistema. Segun él, hai tres clases de ideas; *adventicias*, que son las pinturas sensibles o las imájenes que nos envian los objetos; *facticias*, que son los productos o combinaciones arbitrarias del espíritu i que no tienen modelo en la naturaleza; e *innatas*, que Dios grava en el entendimiento i que se desarrollan con motivo de las sensaciones La primera verdad de que podemos estar seguros es nuestra propia existencia;» yo pienso, luego existo.» La segunda es la existencia de Dios, que se deduce de la misma idea de Dios por medio de aquel principio;» podemos afirmar de una cosa todo lo que está comprendido en la idea de esta misma cosa.» Con estas dos verdades entra Descartes en el teatro del universo, i son las únicas que le sirven para levantar su sistema. El habia condenado el testimonio de los sentidos; i no habiendo para él mas que Dios i el pensamiento, iba a caer precisamente en el idealismo, pero la veracidad de este mismo Dios le sacó de tal embarazo. Los sentidos son, en su concepto, los mensajeros del Ser Supremo, i las perfecciones de este mismo Ser están interesadas en mantener su testimonio. De esta manera la naturaleza material, que iba a eclipsarse a sus ojos, reaparece de repente como por una especie de encanto. Siguiendo este método a priori, quiso deducir la ciencia de la nocion de las primeras causas, tentó crear el Universo con la materia i el movimiento, al hombre con el pensamiento, i concibió estas brillantes hipótesis que deslumbraron a los mayores talentos i que todavía cautivan la admiracion universal. Esta marcha tan atrevida precipitó a Descartes en infinitos errores, pero la noble independencia que manifiesta en todas sus ideas i los descubrimientos que a ella debió desterraron el servilismo ciego con que en su tiempo se adoptaban las opiniones antiguas, i aprendieron sus contemporáneos a fiarse mas de su propia razon que de la ajena.

La Filosofía de Descartes fué cruelmente perseguida por los doctores peripatéticos i por los enemigos de toda innovacion; pero los hombres de talento la adoptaron, fué enseñada públicamente, i obtuvo por último los sufrajios de toda la Francia i de una gran parte de la Europa. Los señores de la Congregacion del Oratorio i los escritores de Puerto Real se dedicaron a estenderla i perfeccionarla. Malebranche siguió rigorosamente el método de Descartes, hizo muchos descubrimientos, principalmente en la parte que comprende los fenómenos de la actividad del alma; pero, arrastrado por la viveza de su imajinacion, exajeró el poder de esta actividad, negó el testimonio de los sentidos i sentó que Dios era la causa de la presencia actual de nuestras ideas, o que veiamos todas las cosas en Dios. Los escritores de Puerto Real combinaron en su *Lójica* las ideas de Descartes con las de Aristóteles. En la primera parte, siguiendo la doctrina del primero, combaten las máximas de Gassendi sobre el orijen sensible de las ideas, i reproducen los argumentos de Descartes i de Malebranche en favor de las ideas innatas. En la segunda i tercera, tratan del juicio i del raciocinio; pero, conforme a la doctrina de Aristóteles, solo consideran su forma esterior i mecánica, es decir, la disposicion de los términos. En la cuarta i última parte establecen las reglas del método, i volviendo a las ideas de Descartes sostienen que los axiomas son un resúmen de esperiencias particulares; que para la ciencia no hai mas que dos principios, los axiomas i las definiciones, i dos modos de deduccion, la demostracion i la induccion. Esta lójica no parece la mas exacta; sin embargo, los escritores de Puerto Real tienen el mérito de haber analizado los elementos del lenguaje, de haber notado los abusos que se hacen del doble sentido de las palabras, de haber caracterizado perfectamente los dos métodos, analítico i sintético, i de haber compuesto esa bella disertacion sobre el orijen i efecto de las preocupaciones, en la cual, abandonando las sendas especulativas, reaparecen con un exelente espíritu de observacion.

Concluiremos la historia del Cartecianismo dando una idea del sistema de *Spinoza*, que, aunque es mirado por algunos como

estraño a la escuela de Descartes, es, sin embargo, una consecuencia necesaria de sus principios. Spinosa trató de ponerse con las solas fuerzas del raciocinio entre la nada i la existencia; preguntó por qué existe alguna cosa, i quiso explicarla a priori. En estos espacios metafísicos que él se habia formado no debia hallar mas que necesidad e identidad; la existencia es para él, el producto de estas leyes, todo lo que existe ha sido, pues idéntico i necesario, i el universo no ha sido mas que una sustancia única, indivisible, infinita; esta sustancia, este universo es el mismo Dios. La infinita estension i el pensamiento infinito son los dos atributos de esta sustancia, que llama Spinosa la *naturaleza naturante*. Los seres corporales no son mas que los modos del movimiento i del reposo en la estension infinita, como la voluntad i la razon son los modos inmediatos del infinito pensamiento. Estos cuatro modos componen lo que llama Spinosa la *naturaleza naturada*. El absoluto pensamiento es la conciencia inmediata en el ser universal, i como esta conciencia está necesariamente unida a la estension, todo lo que sucede en la estension debe suceder en la conciencia. Este principio jeneral sirve a Spinosa para establecer la realidad de los conocimientos i convertir su idealismo en una especie de materialismo. El espíritu, el alma, es la idea del cuerpo; la conciencia del alma consiste en la idea inmediata del cuerpo; las facultades de la razon son las facultades del cuerpo; la voluntad es una determinacion corporal; toda perfeccion intelectual es, pues, necesariamente relativa a la perfeccion física del cuerpo. Este sistema tan oscuro i tan abstracto era un resultado necesario de la teoría de Descartes. En efecto, reúnanse estos tres principios: 1.° Que el grado mas alto de la Filosofía consista en indagar las primeras causas i los verdaderos principios que sirven para dar razon de las cosas; 2.° Que se pueda afirmar de una cosa todo lo que se comprende en laidea de esta misma cosa; i 3.° Que tenemos la idea del infinito, que ella es positiva, el orijen i como el tronco de las determinaciones limitadas; reunidos estos tres principios, añádese la antigua máxima de los metafísicos *ex nihilo nihil fit*; pongámosnos en la misma hipótesis que Spinosa, i siguiendo rigorosamente las deducciones de estos principios, compondremos todo su sistema.

(Concluirá.)

DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUD.

—«¡Oh! no es bastante razon
Para ira tan destemplada,
Como la que se revela
En vuestras agrias palabras,

«Ese oro que os hemos dado
En magnífica abundancia
I que a vuestra ambicion loca
Ni satisface, ni basta.

«Si aspirais a mas, buscadle
Mas allá de esas montañas,
Donde abunda tanto, como
La arena en nuestras comarcas.

«Allí hallareis grandes templos
Con áureas cúpulas altas,
A orillas de un mar inmeso
De desconocidas playas.»—

El cacique de Comagre
Dijo así; i de una puñada
Todo el oro derramó
Que media en la balanza

Vasco Nuñez para dar
A cada soldado exacta
Parte en el botin que hambrientos
Entre sí se disputaban.

No comprendia el Indíjena
Como los hijos de España
Codiciaran un metal
Que ellos en nada estimaban;

No comprendia ¡inocente!
En su sencilla ignorancia
De esa hidrópica codicia
La sed que nunca se sacia!

Dichoso él! ¡Cuánto mas libre
Bajo su techo de palmas!
La libertad es la vida
I es el oro quien la mata!

El cacique de Comagre
Con sus ardientes palabras
El camino del Pacífico
Abrió a los hijos de España!

Bello mar es el Pacífico!
En sus ondas azuladas
Como en espejos brillantes
Las estrellas se retratan.

Pueblan de eterna armonía
Sus riberas solitarias
Mil cánticos misteriosos,
Mil brisas embalsamadas.

Nunca el sol su rayo esconde
Sobre sus ondas de plata,
I en su cielo raras veces
Revientas torvas borrascas;

Pero, en sus tersos cristales
Sobre sus espumas diáfanas
Reina el jenio del misterio
En la paz mas dulce i blanda.

¡Cuántas islas pintorescas
En su seno se levantan,
Como hermosos ramilletes,
Tapizados de esmeralda!

¡Cuántos golfos melancólicos
En sus costas apartadas,
Entre bosques seculares,
Al pié de agrestes montañas!

¡Cómo me place el crepúsculo
De sus románticas playas!
¡Cómo las horas sublimes
De sus noches estrelladas!

Razon tuvo Vasco Nuñez
Para emprender la jornada
Del nuevo descubrimiento
Que el cielo le destinaba!

Antes que el sol aparezca,
Dijo, estará preparada
Para seguir adelante
La espedicion en su marcha.

«Hallaremos en la obra
De nuestra empresa bizarra,
Para estimularnos mucho,
Para detenernos nada!—

—«Hai grandes rios, torrentes,
Que atravesar, i comarcas
Donde la fiebre devora,
Donde la vida se gasta.—

—«Eso no importa! adelante!—
—La empresa es áspera, es árdua
Con un enemigo al frente
I otro enemigo a la espalda—

—«Adelante!—Hai que vencer
Tribus salvajes i bárbaras
Que con sus tristes cautivos
Su hambre i su venganza aplacan!—

—«Pues, adelante!....a vencerlos,
Jenerosos camaradas!
Digna de España, Españoles,
Es una empresa tan alta!»—

I asi diciendo i obrando
En breves horas escasas
Preparó el aventurero
La espedicion temeraria.

Montado en un alazan
De fina andaluza raza
I con la lanza en la mano
I la vicera calada,

I erguida la frente altiva
I la apostura gallarda,
Retratando en su conjunto
La audacia de su arrogancia,

Rompió la marcha él primero
Al son de trompas i cajas
Entre alegres vocerios
I entre aplausos entusiastas,

A descubrir otro mar,
A conquistar otras playas
I a completar de la tierra
El mal conocido mapa!

¡Cuánto sacrificio amargo!
¡Cuántas desventuras agrias
En jornada tan penosa
En espedicion tan árdua!

Atravesar sin caminos
Esas selvas intrincadas,
I cada paso regar
Con sangre en la áspera marcha:

Eso pudo hacer tan solo
Aquella heróica constancia
De que muestra tan espléndida
Dió esa jigantezca raza,

I que jamas pueblo alguno
Pudo igualar en la larga
Jeneracion de los siglos
Que abre la historia en sus pájinas!

Despues de crudas fatigas
Llegó, en fin, a las deseadas
Riberas del nuevo mar
Que inmenso se dilataban:

El sol brillaba magnífico,
La esfera estaba tan clara
Que ni una nube importuna
Jiraba a impulso del aura;

Allá sobre el horizonte
Se descubrian lejanas
Algunas islas dispersas
En superficies de plata.

¡Qué hermoso cuadro! ¡qué líneas
Tan puras i delicadas!
¡Qué vejetacion tan rica!
¡Qué brisa tan perfumada!

Mas bien parecia aquello
Que una realidad, la vaga
Creacion de un dulce sueño,
De alegre ilusion fantástica!

«¡Gloria a Dios!—clamó el caudillo-
Gloria a su grandeza santa
Hoi corona con tal premio
Nuestras bellas esperanzas!—

Dijo, i tomó la bandera
En una mano, i la espada
En la otra, i con pasos rápidos
Adelantóse a la playa;

I entróse en el mar resuelto
Hasta esconderse en las aguas
El pecho entero; i hablando
Con voz poderosa i alta,

Tomó posesion en nombre
Del Rei i señor de España
Del nuevo mar i sus golfos,
I sus islas mas lejanas!

Un magnífico Te Deum
Relijioso i entusiasta
Contestó al héroe elevado
Al cielo en accion de gracias!

Nada hai imposible al hombre!
Todo vence la constancia!....
El mundo aplaude a los héroes,
Dios premia a las grandes almas!

C. Walker Martinez.

UNA INSCRIPCION.

En un pueblo de España se encontró, hace años una inscripcion tallada en una piedra, que decia así:

D. O. M.
I. N. G.
O. T. E.
L. L. O.

Tal inscripcion hallada en un bosque, atrajo a todos los eruditos i anticuarios de los contornos, quienes se reunieron en torno de la piedra secular, i disputaban sobre la época a que perteneceria aquel monumento.

—Que es de los romanos, es cosa que no admite duda, decia uno de los sabios que estaban en el corro.

—Si, decia otro, el orijen es latino; ¿pero a qué época se puede achacar? Será a la de Viriato o a la de Trajano?

—¿I qué significará esta curiosisima inscripcion? decia un tercero.

Las tres primeras letras, decia el cura, allí presente, son la conocida dedicacion *Deo. Optimo. Maximo.*; pero las otras letras sí me confunden.

Estando en éstas, llegó un labrador i les dijo:

—Tengan vuestras mercedes mui buenos dias. Sabrán vuestras mercedes que yo que sé escribir, como lo puede decir el señor cura que está presente, hice estas letras con estas manos que se han de comer la tierra i con este cuchillo que tengo en la cintura. I estas letras, contienen todas las letras de mi nombre, que es Domingo Tello, para servir a vuestras mercedes.

Lo sabios anticuarios se retiraron en silencio; i por el jesto que llevaban adivinó

el grave Jenio de la Historia que iban mui amostazados.

PERIÓDICOS.

Hai en Bogotá veintitres, a saber:

La Ilustracion.—Sale dieziocho veces al mes.

El Museo Literario.—Cuatro veces.

El Boletin Industrial.—Dos veces.

La Nacion.—Cuatro veces.

Anales del Camino de O.—Dos veces.

El Bien Público.—Ocho veces.

Anales de San Vicente de Paul.—Dos veces.

La Revista Científica.—Dos veces.

La Homeopatia.—Una vez.

El Diario de Cundinamarca.—Veintiseis veces.

La Escuela Normal.—Cuatro veces.

El Rejistro del Estado.—Ocho veces.

El Psiquis.—Una vez.

El Estado.—Dos veces.

El Tiempo.—Cuatro veces.

Anales de la Universidad.—Una vez.

Revista de los Establecimientos de Beneficencia.—Cuatro veces.

El Liberal.—Ocho veces.

La Revista de Colombia.—Una vez.

El Diario Oficial.—Veintiseis veces.

El Correo de los Estados.—Cuatro veces.

La Caridad.—Cuatro veces.

El Mosaico.—Cuatro veces.

Hai dieziseis imprentas; una de ellas de las señoras Espinoza.

EL MUNDO AL REVES.

(POESÍA CAMPESTRE CHILENA.)

Yo vide en una pintura
Pintado el mundo al reves.
La zorra detras del perro
I el ladron detras del juez.
Para arriba, los piés van
La cabeza va pisando,
El fuego al agua apagando,
El mudo enseñando letras,
Los bueyes en la carreta
I los cristianos tirando.

En este tiempo de invierno
La pared sobre la barda,
Los hombres van con las cargas
I las mulas van de arriero.
El mas cuerdo es majadero.
La agua nadando en el pato,
El raton cazando al gato,
La perdiz caza al alcon,
De dia claro el *chonchon*
I el mas amante es ingrato.

Para hacer esta jornada,
(Cosa que nunca se vido)
Los animales tendidos
I las culebras paradas.
¡Qué cosa tan admirada
Que causaba parasismo!
Siendo la oveja la madre,
Mamándole al corderillo.
Por esto estaba la carne
Presto sortando al cuchillo!

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

PESCADORA.

Contenido de este número.

I.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
II.—Las Abejas eligiendo Reina, poesía, por Zorobabel Rodriguez.
III.—Los paganos modernos, por Abdon Cifuentes.
IV.—A Lice, poesía, por Olimpio.
V.—Ojeada sobre la historia de la Filosofía, continuacion.
VI.—Descubrimiento del mar del Sud, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
VII.—Una inscripcion.
VIII.—Periódicos.
IX.—El mundo al reves, poesía.
X.—Solucion de la charada del número anterior.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, junio 4 de 1871. Núm. 192.

OJEADA

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

por el profesor del ramo en el Instituto Nacional de Chile.

(Conclusion.)

Leibnitz fué posterior a Bacon i Descartes, i nació en Alemania. La erudicion i el jenio de este grande hombre causan todavía la mayor admiracion. El fué anticuario, historiador, literato, matemático, físico, jurisconsulto e ideólogo. Abrazó todas las ciencias i en todas hizo descubrimientos sublimes, lo que honra mas su talento; en todas sus producciones se descubre una correspondencia tan grande, una armonia tal de ideas, que pudiéramos aplicar a su jenio la definicion que el mismo da del órden, la *variedad en la unidad*. La ciencia del entendimiento humano fué la última que profundizó, pero el modo con que la ha concebido depende de los principios que ya se habia formado. Así es que, para comprender su teoría sobre la jeneracion de las ideas, se debe tener presente su opinion jeneral sobre las mónadas; que cada monada contiene en sí misma el principio de las mudanzas que esperimenta, que no puede conocer mas que sus propias revoluciones, i que una sustancia no puede obrar sobre otra sustancia. El alma en la formacion de sus ideas lo sacará todo de su propio fondo, todo lo deberá a su propia actividad, será pues una especie de autómata espiritual. Las sensaciones son como las demas ideas, el producto de la actividad interior, no son inmediatas sino deducidas, no se distinguen de las otras ideas sino porque son mas confusas. Las imájenes no son lo mismo que las ideas; tenemos idea de la eternidad i de una figura de mil ángulos, aunque no podamos representarnos estas dos cosas. Los objetos esteriores no son inmediatamente percibidos; solo son ocasiones inmediatas de la produccion de nuestras ideas. Hai dos grados sucesivos en la formacion de las ideas: 1.° La percepcion, que es lo que comprende la variedad de la unidad, lo que representa el paso que esperimenta la sustancia de un estado a otro; i 2.° La apercepcion, que es un conocimiento reflexivo que el alma tiene de su estado. La idea es el objeto interior e inmediato del pensamiento que representa la naturaleza o la propiedad de las cosas. La percepcion existe en los animales, la apercepcion i la conciencia son privilejio del hombre; sinembargo, éste tiene muchas veces percepciones sin conciencia. Nuestras sensaciones son complejas, en ellas descubrimos infinitas particularidades, i solo nos parecen simples porque son confusas; no son pues el orijen de nuestras ideas, las cuales deben emanar de elementos simples. Estos elementos son ciertas ideas innatas que representan nuestra naturaleza i sus propiedades íntimas, o mas bien, son la idea de nosotros mismos, i las que de ella se derivan; no las poseemos desde el instante de nuestro conocimiento, sino que los objetos esteriores nos las hacen observar; lo que hai en ellas de innato es la disposicion a conocerlas, son como unos jérmenes o virtualidades, a la manera de nuestras demas inclinaciones. Descendiendo así Leibnitz hasta el orijen de las cosas, quiere establecer un criterium razonado i filosófico para todos los conocimientos. A este fin distingue las verdades de hecho, de las verdades de razon; las primeras reposan en la esperiencia, las segundas en la identidad; las primeras son singulares o contingentes, las segundas necesarias i eternas. El criterium de las primeras nace de su conexion con las verdades racionales, de su reduccion a las percepciones inmediatas; i reside en esta máxima «nada hai sin razon suficiente,» de la que resulta esta otra «no hai efecto sin causa.» El criterium de las segundas se obtiene por la observacion regular de las formas de la Lójica. Si se reducen las verdades racionales a su último análisis, todas pueden comprender-

se en esta espresion jeneral, «una cosa no puede ser i dejar de ser al mismo tiempo.» Estos dos grandes principios, el de *contradiccion* i el de *razon suficiente*, comprenden pues el jérmen de todos nuestros conocimientos, i bastan para descubrirlos i lejitimarlos.

Leibnitz tenia en gran estimacion a las verdades abstractas, i un corto número de ellas le basta para establecer sus brillantes teorías; hace consistir su realidad en la sola posibilidad, es decir, en la ausencia de toda contradiccion. La necesidad es el resultado de las leyes de lo posible. Estas verdades tienen, ademas, otra especie de realidad, existen en Dios, es decir, que por él son conocidas, i en este sentido son eternas, porque no podian existir sin una intelijencia que las concibiese. Aquí Leibnitz se separa de Platon, por cuanto no da a las verdades necesarias una existencia propia i permanente; se separa tambien de Malebranche, no haciendo a dichas verdades dependientes de la autoridrd divina, sino estableciéndolas, al contrario, como sus eternos reguladores. En cuanto a las verdades esperimentales, su realidad no consiste sino en su armonía. Todo lo que percibimos o creemos percibir es una série de fenómenos o apariencias. Estos principios arrastran precisamente al idealismo; pero nuestro filósofo cree evitar esta caida con las dos grandes hipótesis, la de la *armonía preestabilta*, i la de la *fuerza representativa*. Por la primera sienta que el cuerpo no obra sobre el alma, sino que ámbas sustancias, como dos relojes igualmente montados, marchan en una perfecta armonía; por la segunda establece que la monada o la intelijencia es un espejo del universo por efecto de las relaciones que tiene con todos los seres, de manera que ella es la que produce sus sensaciones i sus ideas, establece que las cosas existen porque deben exirtir, porque su existencia no implica contradiccion. Ultimamente, Lebnitz asigna de este modo las relaciones que ligan las dos órdenes de verdades racionales i esperimentales: ámbas están destinadas a unirse, i de esta union resulta la fecundidad de la esperiencia. Algunas veces se introduce el análisis entre dos observaciones para explicar la primera por la segunda, o la segunda por la primera; otras veces deduce de una observacion hecha la indicacion de la esperiencia que se ha de hacer; sin estas relaciones la esperiencia no es mas que empirismo, i el empirismo no es mas que el instinto de la ignorancia. La Filosofía de Leibnitz tuvo mucho séquito en Alemania; el célebre Wolf la completó; i Baamgarten, Meyer, Creuz, Plueguet, Lessing, Mendelsohn, la estendieron i perfeccionaron.

Concluiremos este rápido bosquejo reasumiendo los hechos mas importantes que presenta la *historia de la Filosofía*, i haciendo algunas reflexiones sobre la marcha que ha seguido el espíritu humano en la formacion de los sistemas.—Hemos visto que los primeros pasos del entendimiento han sido dirijidos por la imajinacion, i que a un empirismo ciego i animal han sucedido las cosmogonias, o aquellos sistemas en que se divisan las grandes fuerzas de la naturaleza. Thales i Pitágoras abandonan las ilusiones de sus contemporáneos, invocan la severa autoridad de la razon, i dan principio a la Filosofía. Thales enseña en la Jonia, i de su escuela sale el grande Anaxágaras. Pitágoras enseña en la Italia, i su escuela se divide en otras cuatro: la de Elea dividida en dos, los Eleáticos Metafísicos i los Eleáticos Físicos; la de Eráclito, la de Epicuro i la de Pirro. Este primer período principia sesciscientos años ántes de la era vulgar i abraza el espacio de dos siglos; es fecundo en sistemas, las ideas todavía informes se desenvuelven con tanta osadía como orijinalidad; pero la falta de esperiencia precipita la marcha del entendimiento se rejeneraliza, con demasiada prontitud, las ideas son mui exclusivas; se anatematizan mútuamente los sentidos i la razon, i de esta lucha encarnizada resultan las mayores exajeraciones, i por último el mas absoluto escepticismo.

El segundo período se abre por la enseñanza de Sócrates; sus discípulos se dividen en tres escuelas principales: la verdadera Escuela Socrática, a cuya frente se puso Xenofánes, la Academia, el Liceo: i en cuatro escuelas de una importancia secundaria, la de Cirene fundada por Aristipo, la de Megara por Euclides, la Cínica por Antístenes, i la Heleustriaca por Fedon; del seno de las precedentes nacen otras dos escuelas rivales, el Pórtico fundado por Zenon, i las dos nuevas Academias fundadas por Arcesilao i Carneades. Este período comprende cerca de cuatro siglos, i presenta a nuestra admiracion las

doctrinas mas importantes, mas razonadas i mas completas de que se honra la antigüedad. Sócrates discute los principios especulativos que servian de base a los sistemas, confunde a los Empíricos i Scépticos, i restablece la autoridad del sentido comun; se reconcilian los sentidos i la razon, las ideas se regularizan i se clasifican, la Filosofía se convierte en una ciencia, i todas las demas son ilustradas por ella.

La época que fija el principio del tercer período, concurre poco mas o ménos con la que vió nacer el Cristianismo, i perderse la libertad en la Grecia. Cuatro escuelas se presentan: los Gnósticos, los Eclécticos de Alejandría, los doctores judios, i los doctores cristianos; se amalgaman las antiguas tradiciones del Asia con las doctrinas de Pitágoras i Platon. En el largo espacio de siete u ocho siglos la Filosofía no cuenta mas que desgracias, la razon se aletarga, la inspiracion prevalece, i la barbarie sobreviene i amenaza.

Los rápidos progresos de los arabes bajo el imperio de los califas, el restablecimiento de los estudios bajo Carlo-Magno i Alfredo, i la fundacion de un nuevo imperio en Occidente señalan el cuarto período. Este es el reinado de la Filosofía escolástica, se descubren las huellas de las doctrinas antiguas, se las comenta i se las desfigura; la dialéctica, la erudicion, una imitacion demasiado ciega, investigaciones infatigables, cuestiones sutiles, progresos sucesivos, pero lentos, caracterizan los siete u ocho siglos que componen este período.

El quinto es notable por sus grandes acontecimientos: la invencion de la imprenta, el descubrimiento de la América i del paso a las Indias orientales, el reinado de Cárlos V, i la caida del viejo edificio elevado por la Filosofía escolástica. Una revolucion universal se obra en las ideas, i por un instante se marcha a la ventura; pero Bacon aparece, fija la marcha de la razon i los destinos de la ciencia, i trae en pos de sí los mayores jénios que han ilustrado los tiempos modernos.

En el primero de estos cinco períodos se buscan los principios de los conocimientos humanos en la naturaleza de las cosas i en sus elementos primitivos, no se puede conseguir esto sino por la hipótesis, i las *hipótesis* dominan; en el segundo se los busca en la naturaleza misma de la ciencia, el espíritu humano reflexiona sobre sí mismo, i la *meditacion* preside a la formacion de las teorías. En el tercero se busca el orijen de los conocimientos en la *iluminacion* i en el *éxtasis*; en el cuarto se cree hallar este orijen en los *axiomas*, las nociones jenerales i las fórmulas que espresan sus relaciones. En el quinto, en fin, se asigna a los conocimientos humanos principios sacados de la observacion i la reflexion, se aplica al estudio de las facultades intelectuales los procedores de la *esperiencia*, i la Filosofía viene a ser el arte de los métodos. De todos estos hechos resulta: que los errores de los filósofos han nacido de faltas de atencion, esto es, de que solo han considerado, la parte pasiva o la parte activa que tiene el alma en la formacion de sus ideas, i que se han precipitado en jeneralizar sus observaciones; resulta que estos errores i estas exajeraciones han producido los absurdos del scepticismo; i resulta, por último, que cuanto ménos se han concentrado los filósofos en un solo principio, que cuanto mas se han acercado a los partidarios de los sentidos i los de la razon, ménos errores han cometido i mas descubrimientos han hecho; que esta reconciliacion tentada por Sócrates, produjo los mejores sistemas que presenta la antigüedad; i que esta misma conciliacion, obrada en mejores circunstancias i bajo mejores auspicios por el ilustre Bacon, ha fijado ya la marcha de la ciencia i anuncia para lo venidero los mas rápidos i gloriosos sucesos.

ANTIGUO VATICINIOS.

(A ZORORABEL RODRIGUEZ.)

I.

Entregado a los misterios
De meditacion profunda,
En el trono mejicano,
Que entre magníficas plumas

Con adornos de oro i plata
Un águila real figura,
Sentado está el poderoso
Emperador Motezuma.

De finísimo algodon
Viste una elegante túnica

Por un cinturon riquisimo
Sujetado a la cintura;

Echado cuelga a su espalda
Con severa compostura,
I prendido en broches de oro
Un manto color de púrpura;

Tiene inclinada la frente,
La mirada taciturna,
I un secreto sobresalto
En su rostro se dibuja.

La palidez que se advirte
En sus mejillas acusa
Noches de insomnio, i acaso
Dias de largas angustias.

Acaso, si álguien le observa
Nota en su frente sañuda
Que hai una idea constante
Que le acompaña i le abruma;

Algun pensamiento fijo
Que él mismo no disimula
I que, cual sombra de muerte,
Domina en su alma confusa!

En vano el pueblo lo aplaude,
I sus amigos lo adulan:
Que no lo distrae nada
De su soledad adusta;

Ni nada apartarlo puede
De esas sombras importunas
Que el corazon le corroen
En honda e íntima lucha!

Cien provincias poderosas
Homenaje le tributan;
Sus espléndidos palacios
Cubiertos de oro relumbran;

La victoria ha coronado
Su nombre con palmas fúljidas,
I se ha detenido en él
La rueda de la fortuna.

Entónces ¿cuál es el viento
Que esas nubes tan oscuras
De dolorosos misterios
A su claro cielo empuja?

—«¡Ai! dice el pueblo—la causa
Del dolor de Motezuma
Son los hombres del oriente
Que su limpia fama enlutan!»

«Des que ellos aparecieron
El emperador se oculta,
I de su pueblo se aleja,
I las soledades busca.

«Ya no es el noble guerrero
De alma atrevida i astuta:
Es el infeliz que llora
Opreso de estrañas dudas;

«Es la víctima que espera
Resignada i moribunda
La hora del sacrificio
Que el sol naciente le anuncia!»—

I es verdad! Desque llegaron
Los Españoles abruman
Siniestros presentimientos
Al infeliz Motezuma.

Por distraerse se empeña;
Pero, tenaz i profunda
La misma idea le oprime,
I no lo abandona nunca!

Rodeado está de los príncipes
Del imperio: en ellos busca
Consejo, alivio, esperanza,
Siquiera amparo i ayuda.

I llama a los sacerdotes
Para que imploren con súplicas
Al cielo, sordo a las quejas
De su inclemente amargura!

Dice, en fin: «quitadme un punto
Esta vision que me abruma;
Dadme luz, amigos mios,
En mi horrible noche oscura!

«Decid si estos estranjeros
Llegados sobre la espuma
Del mar en frájiles naves
Que el viento trémulo impulsa,

«Son los mismos que las viejas
Profecías aseguran
Que llegarán del oriente
En alas de la fortuna!

«Decid si vienen los tiempos
De nuestras desdichas últimas,
Pronosticados a Anáhuac
Con inmensas desventuras!»

«Leedme lo que en los libros
De vuestras ciencias se oculta,
Dadme a ver lo que en mis dias
Los horóscopos anuncian.»—

El anciano sacerdote
De Huitzlopochtli escucha
Con atencion las palabras
Del tímido Motezuma,

I el libro de los misterios
Con veneracion profunda
Abre, i con la voz solemne
Da principio a la lectura.

II.

—«En aquellos tristes dias
Llorará Tenoxtitlan;
I entónces se cumplirán
Las antiguas profecías.

Unos hombres del oriente
Llegarán en son de guerra,
I mancillará la tierra
De sangre inmenso torrente.

Anáhuac trémulo, incierto,
Será en dura lid vencido,
I quedará reducido
A un espantoso desierto.

Los augures mejicanos
Quedarán de entónces mudos,
I los altares desnudos
De sacrificios humanos;

I otros dogmas, i los ritos
De otro Dios sucederán
A los que hoi Tenoxtitlan
Alza cánticos benditos.

La guerra hará crudo estrago
En la ciudad desdichada....
¡Cuánto se verá humillada
La hermosa reina del lago!

Hambre i peste i fieros males
I estéril llanto i afan
A Anáhuac destrozarán
En esos dias fatales.

Entónces no habrá perdon
Ni para el niño inocente,
I horrible duelo inclemente
Aflijirá el corazon!

Los soldados estranjeros
Vendrán armados del rayo;
Llenos de mortal desmayo
Temblarán nuestros guerreros;

I quedarán reducidos
A miserables esclavos
Los capitanes mas bravos,
Los príncipes mas temidos.

¡Oh! qué tremenda amargura
A Anáhuac prepara el cielo
En esas horas de duelo
Que guarda la edad futura!

Cometas estraordinarios
Cruzarán el firmamento,
I caerán de su asiento
Los Dioses en los santuarios.

Aparecerán do quiera
Mónstruos de estrañas figuras,
Que en las noches mas oscuras
Irán cruzando la esfera,

I visiones pavorosas
I nubes sanguinolentas,
Entre furiosas tormentas
I entre noches borrascosas!

Se estremecerán los mundos
Con recio, espantoso estruendo,
En sus entrañas abriendo
Abismos hondos, profundos;

I en los vientos vagadores
Se oirán estraños lamentos,
Voces que pueblen los vientos
De fatídicos clamores.

En aquella hora sangrienta
¡Ai! del señor del imperio!
¡Ai! del duro cautiverio
Que lo envilece i afrenta!

¡Ai! de Anáhuac, destrozado
Por el hierro vencedor!....
¡Ai! del grande emperador,
Mas que todos desdichado!

III.

Llegaba aquí en la lectura
Supersticiosa el lector,
I Motezuma lo oia
Con vivísima emocion,

Cuando al dintel de la puerta
De repente apareció
Hernan Cortés, sin cuidarse
De si estaba solo, o no.

Entró con ese desplante
Propio del jenio español,
Como quien entra en su casa
Sin vanidad, ni ficcion,

Altos los ojos, serena
La frente, un tanto feroz,
La mirada poderosa
Fija en el Emperador.

Dirijiéndose al monarca
Afable lo saludó,
I a su derecha sentándose
Entabló conversacion.

Talvez sintió Motezuma
Algo horrible en su interior
Porque al mirar a Cortés
Un tanto palideció,

I se dibujó en sus labios
Breve un movimiento atroz,
Mezcla al mismo tiempo de ira
I amarga resignacion.

Pero el astuto caudillo
Leia en su corazon,
I sabia conducirse
Cuando altivo, i cuando, nó!

Con propósito marcado
Hizo al cruzar el salon
Que los ecos repitieran
El belicoso rumor

De sus espuelas doradas,
De su acero vencedor,
I de los guantes de hierro
El duro i áspero son.

Iban con él los caudillos
De mas estima i valor,
Armados hasta los dientes
Con espada i con lanzon.

Motezuma hizo a los suyos
Retirarse del salon,
Talvez por aparentar
Confianza al conquistador,

I sin mas que los intérpretes
Con ellos permaneció
Esta plática curiosa
Trabándose entre los dos:

Pero ¡ai! le valiera mas
Al incauto emperador
No sentarse sobre el trono
Que atrevido conquistó,

I en oscuridad humilde
Pasar sus años mejor
Sin recibir embajadas
De Castilla i Aragon!

MOTEZUMA.

Bien venido el estranjero!

CORTÉS.

Dios guarde al Emperador!

MOTEZUMA.

¿Qué nueva os trae a palacio?

CORTÉS.

Harto ingrata, vive Dios!

Que nos obliga a quejarnos
De una pérfida traicion
Cometida por los vuestros,
Patrocinada por vos.

M.

¿Cómo?

C.

El infiel Quelpopoca
Diz por órden superior
A mis nobles compañeros
Villanamente asaltó

En Veracruz: esa sangre
Derramada sin razon
Exije a la faz del mundo
Sagrada satisfaccion.

I vos, dueño de estos pueblos,
De eso responsable sois,
I en vos recae la afrenta
Que se ha hecho al nombre español.

Ved que si ha sido violada
La paz que firmateis vos,
Grande como fué la injuria
Será la reparacion!

M.

Mal informado estuvisteis,
Estranjero, i por mi honor
Os juro que os engañaron....

C.

Pensad lo que hablais, señor!

M.

Si el Jeneral del Imperio
Tal agravio cometió
Será su castigo grande,
Como fué su falta atroz.....

C.

Lo creo: pero, es preciso
Para sellar nuestra union
Que vos nos deis una prueba,
Como cumple a nuestro honor,

De vuestro afecto sincero
De vuestra alta estimacion,
I, en fin, de vuestra inocencia
Para probarla mejor!

M.

¿I qué mejor prueba cabe
Que condenar al autor

De los hechos que orijinan
Vuestra justa indignacion?

C.

No es bastante....

M.

¿I qué?

C.

Es preciso
Que se desmienta el rumor
De que el autor de ese agravio
Sois vos, solamente vos.

Para alcanzarlo conviene
Que conmigo vengais hoi
El palacio que nos disteis
A habitar en nuestra union.

Cumplireis así esa justa
Sagrada reparacion,
I empeñareis el afecto
De todo el pueblo español!

M.

¡Prisionero, yo el monarca
De cien provincias? ¡oh!..nó!....
Antes que mi alma se rinda
A tan horrible abyeccion,

Niégueme el pueblo de Anáhuac
Su obediencia i su favor,
I en perpétua noche envuelto
Niégueme su luz el sol!

C.

La medida que os propongo
Nada os ofenda, señor;
Que si sois vos nuestro amigo
Amigo vuestro soi yo!....

Jamas!—volvió a repetir
Con acongojada voz
El infeliz Motezuma,
Preso de horrible emocion;

Jamas!—murmuró temblando
Bajo la ingrata impresion
De las palabras audaces
Del atrevido invasor.

Mas, no podia alargarse
Mucho la escena; i duró
Ménos tiempo que el que emplea
La historia en su narracion;

Porque interrumpiendo súbito
El diálogo de los dos
Jefes, así a Hernan Cortés
Habló Velazquez de Leon:

«Matadlo sino reduce
Su insolente obstinacion;
Obre el acero inclemente
Donde no alcance la voz!....»—

Comprendió el triste el sentido
De las palabras de Leon,
I apurando hasta las heces
El cáliz de su dolor,

—«Iré, dijo, con vosotros,
Arrastradme a la prision
A regar con llanto amargo
La mancilla de mi honor!

«Los horóscopos fatales
Ya quedan cumplidos hoi,
I Anáhuac concluye, en fin,
Su antigua i noble mision!

«Vos sois, no hai duda, españoles,
Aquellos hijos del sol
Que a nuestros viejos abuelos
Quetzalcoalt anunció!»

«Que se cumpla en mi cabeza
La tremenda prediccion....
Escrito estaba!... ¡ai de Anáhuac!
Patria, hogar, familia, adios!»—

I aparentando en su frente
Serenidad i valor,
Para esconder a su pueblo
El carmin de su rubor,

El infeliz Motezuma
Al atrevido español
Sin arrancar una queja
Con lentos pasos siguió!

C. Walker Martinez.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

VIII.

UN DIA EN VALPARAISO.

—No seas porfiado Ignacio, resuélvete a quedar hasta mañana i nos iremos juntos.

—Pero si no puedo, hombre.

—¡Cómo no has de poder! piensa un poquito: acabas de hacer una jornada de diez i ocho leguas, ni siquera te has sacudido

el polvo del camino i ya vas a embarcarte otra vez?

—Eso significa, que estando tan cansado i sin dormir, cerraré los ojos en Valparaiso para ir a despertar a Santiago.

—¡Buena cosa! separarnos asi tan de repente!

—I no puede ser de otra manera, ya te he dicho que me precisa estar allá esta noche sin falta. Vaya ¡adios! que lo pases mui bien, ya nos volveremos a ver dentro de poco.

—Eso lo dificulto, pues solo estaré un dia en la capital i luego parto para la hacienda.

—Venga un abrazo entónces ¡cuánto ménos te voi a echar despues de tan lindos dias!

—Es cierto, yo tampoco te podré olvidar; siempre uno recuerda con gusto a aquéllos que han compartido nuestros goces i nuestras penas; ya me habia acostumbrado a tu compañia.

—Procura divertirte, haz como yo: fuera, fuera la tristeza.

—Tienes razon, amigo, tienes razon....

La máquina dió un bufido, Ignacio se lanzó a la boleteria. No lo volví a ver.

El reloj de la estacion marcaba las 7.45; nuestro viaje de vuelta del Algarrobo habia sido pues mui rápido, nada estraño era por tanto que me sintiese estropeado i soñoliento. El baño estaba a un paso.

—Vamos allá, dije, esto me aliviará un poco, cuando ménos de la tierra.

Los bañistas, la mayor parte con sus atados bajo del brazo, comenzaban a llegar.

—Por aqui Virjinia; quitate de la línea que ahi vienen unos carros.

—¡Ai! qué puente tan endeble, si parece se viene abajo. Qué miedo me da pasar por aquí.

—Cuidado Amelia, no vayas a pisar en falso, que estas tablas están que se las lleva el viento.

—Niñas, ¿tomemos leche?

—Nó, despues del baño mejor.

—Por Dios, Luisa ¿cómo vamos a pasar por medio de todos esos jóvenes? ¿A qué se vendrán a parar en el camino? Vamos a los baños de mas arriba.

—¡Vean la melin Irosa! i, ¿qué te van a hacer los jóvenes?

—Pero, si está ahi Cárlos; yo no paso.

—No seas tonta, le haces un saludo i se acabó.

—Nó, nó, nó, nó.

—Camina, que estamos llamando la atencion.

—Déjame agarrarme de tu brazo.

—Si, pero no me pellizques tan fuerte.

—¡Ah, gracias a Dios!....ya pasamos.

—Qué amable i simpático es tu Cárlos.

—¿Tú lo encuentras amable?

—I mucho.

—¿I simpático tambien?

—Tanto que....pero, ¿por qué te pones tan formal? ¡ja! ja! ja! apostaria que estas celosa.

—¡Celosa yo! no digas eso Luisa.

No oí mas; otro grupo de niñas se acercaba.

—Mira, mira Merceditas, como se tiran de cabeza aquellos niños.

—¡Ai! solo el verlos me causa escalofrios, me están dando ganas de no bañarme.

—I tú eras la guapa que decias, que aunque las olas reventasen en la misma playa i aunque estuviese tan nublado que ya lloviese te habias de bañar?

—Inclina un poco tu quitasol Filomena.

—¿Para qué?

—Es que no quiero me vea.

—¿Quién?

—¡Él!....está ahí.

—¿Dónde?

—¿No lo ves apoyado en la barandilla? está conversando con Federico.

—¡Federico! ¿tambien está Federico?

—¡Ah! ya nos han visto.

—Voi a hacerme la desentendida.

—Yo voi a mostrarme bien séria con Arturo.

—¿Por qué?

—¿No te lo habia dicho?.....Ayer me prometió que iria a la esplanada i no fué.

—Cuando ménos estaria con Leonor.

—Eso he pensado i te aseguro....

—Chit, nos observan.

Un nuevo grupo acababa de aparecer en la entrada del puente.

—Mamá, mamá, bien te decia que era..

Alguien me sumió el sombrero hasta los ojos, al mismo tiempo que dos brazos me cojian por la cintura.

—¡Eh! qué diablos!

—¡Si soi yo, hombre, soi yo!

—¡Antonio! cuando nó! si tengo un olfato.....ya habia adivinado que eras tú.

—¿Desde cuando por acá?

—Acabo de llegar, hace apénas diez minutos.

—¿I, vienes por algunos dias?

—Me voi mañana.

—¡Tan pronto!

—No puedo disponer de mas tiempo, tengo mi itinerario trazado i no quiero faltar a él. I tú, cómo es que te has resuelto a venir a Valparaiso no decias que....

—Que quieres pues amigo, nadie sabe lo que sucederá mañana.

—No te entiendo.

—Es que.... es que, en fin, ella....

—¿I, quién es ella?

—La Adelaida, pues bruto.

—¡Ah! se me habia olvidado.

—¡Si tienes una memoria de pájaro! como te iba diciendo, la familia se vino i yo, ¿qué querias que hiciese? aunque habia pensado ir a pasar el domingo en San Bernardo, no tuve mas remedio que....en fin, tú me comprendes.

—Ya estoi, ya estoi.

—Pero vamos a bañarnos, no perdamos el tiempo, ya hablaremos; entre tanto es preciso darse prisa no sea salgan ántes que nosotros.

—Dices bien, vamos.

¡Qué helada estaba el agua! ¡hui! i luego aquellos jarros que me vaciaron en la cabeza, ¡oh! oh! oh! Volví a mi cuarto, Antonio estaba en el vecino, acababa de correr la cortina.

—Eh, com....pa....pa...ñero ¿qué tal el ba....ba....baño?

—So...so...soberbio, ho...ho...hombre, soberbio!

—¿Pero qué perfume tan agradable es este?

—Nada, si soi yo.

—¿Tú?

—Si pues, me estoi dando unas friegas con agua *a la rose*.

—¡Aprieta! *a la rose!*

—Despues de un baño de mar, no hai nada mas confortable, los poros se ensanchan i la traspiracion se hace mas fácil.

—¡Cargue el diablo con tus poros i tu traspiracion! Cuando se te acabará esa mania.

—¡Qué! ¿no crees? Aguarda voi a pasarte un frasquito *a la vanille* o *a la fleur d'oranger*.

—Muchas gracias, mi pellejo no necesita de esas friegas, guarda tus pomos i buen provecho te hagan.

—La, la, la, la, la, bien está; preciso será conformarse.

—La, la, la, la, la, así es; la, la, la, cada loco con su tema.

Volvimos al puente; nuestras bañistas no tardaron en salir. ¡Oh! i qué buenas mozas se veian con sus carrillos sonrosados i sueltas sus cabelleras.

—Adios, Antonio.

—A los piés de Ud. Adelaida. (¡Eh! ¿qué tal saludo?)

—Como peñascazo en ojo de boticario; pero, ¿por qué no las acompañas?

—Voi al instante; mas dime, ¿dónde te podré encontrar?

—Pienso alojarme en el hotel «*Dimier*;» de todos modos, nos veremos en el muelle.

—Entónces hasta la tarde.

—¡Anda con Dios, hombre afortunado!

Dejé los baños, no sin recorer ántes toda la caleta en compañia de varios amigos que poco a poco habian ido llegando.

—Por lo visto, todo Santiago se ha trasladado a Valparaiso.

—Así parece, sinembargo hai poca animacion.

—¡Poca animacion!

—Solo ahora, con la proximidad del doce de febrero, comienza a notarse mas movimiento i a verse mas concurridos los paseos.

—He oido decir que se prepara un gran baile para ese dia.

—Así se corre.

—I que es el Intendente, si no me equivoco, quien lo vá a dar.

—Justamente, aunque yo opino será quizas uno de tantos *canard*....

Sonó un campanillazo; acabábamos de subir a un carrito; debajo de mi asiento tenia la maleta que me acababa de entregar el mozo que hasta entónces habia estado esperándome. Llegué al hotel; una vez satisfecho el estómago, salí a dar una vuelta por la ciudad; recorrí todo el puerto, estuve en la Bolsa, en los almacenes de música, ora *vidriando* o rejistrando grabados i pinturas; por todas partes me llamó la atencion aquella vida de actividad i de comercio, aquel incesante ir i venir de los ajentes i de los corredores de pólizas i sobretodo aquel enjambre de carretones, coches, carros i de cuantos vehiculos imajinables que a todas horas llenan i cruzan las calles del Cabo, de la Aduana i de San Juan de Dios. ¡Qué contraste con nuestra pacífica capital!

(*Continuará.*)

LA RELIJION I LA CIENCIA,

LECTURA DADA POR EL SEÑOR DON GAVINO VIEYTES

el sábado 27 de mayo en el Club de Amigos del País.

> Considerando, que los sacerdotes son bandidos i que las iglesias son madrigueras donde ellos asesinan moralmente al pueblo, cobijándose bajo las garras de Napoleon, de Favre i de Trochu; el delegado civil de Montmartre en union del prefecto de policía, ordena que se cierre la iglesia de San Pedro de Montmartre i decreta la prision de los sacerdotes i de los autores de la ignorancia.—Paris, abril 10 de 1871.—L. Mousu.

I.

Señores:

Vengo a tratar ante vosotros un asunto de la mas viva i trascendental importancia; vengo a vindicar al catolicismo del injusto cargo que se le hace, considerándolo como el antagonista de la ciencia i del progreso intelectual; pero principalmente me propongo demostraros que, el cultivo de nuestra intelijencia, conduce directamente a la creencia católica, como consecuencia precisa i necesaria de los conocimientos humanos.

Al reflexionar en el inmenso alcance i suma delicadeza de la cuestion, siento que me faltan las fuerzas i de buena gana guardaria silencio, pues conozco mi propia insuficiencia i la magnitud de la empresa que acometo. Cualquiera inadvertencia, cualquier desliz, puede arrojarme a un abismo i dañar la augusta causa que pretendo defender. Ni me alhaga el éxito que podré obtener, ni aun si alcanzaré a desarrollar convenientemente la verdad; nada puede favorecerme en esta ocasion, escepto vuestra reconocida induljencia; sinembargo, he cerrado los ojos, para no divisar los peligros que me rodean, porque hai una voz que se alza en el fondo de mi conciencia i me dice que nada debo temer, tratándose de cumplir con un deber sagrado e indeclinable.

Cuando por todas partes se hacen oir los rujidos de la impiedad que niega la Iglesia, que niega al Cristo, que niega los misterios, que lleva su desvario hasta negar a Dios, deber sagrado es afirmar los misterios, proclamar al Cristo i a su Iglesia i confesar a Dios.

Desde que ha llegado hasta nosotros el ruido de la tormenta que conmueve i ajita la Europa, con la dispersion del Concilio del Vaticano, con el nefando atentado de Roma, con las catástrofes i desastres de la Francia; desde que hemos podido contemplar las bacanales de la impiedad en las cortes de España i de Italia; desde que ha habido quien llame moncelga al augusto misterio de la Trinidad; desde que hemos podido presenciar con nuestros propios ojos lo que, para vergüenza nuestra, ha sucedido en el seno de nuestro propio Congreso, no es posible permanecer indiferentes e inactivos.

Las olas de la impiedad se revuelven en furioso torbellino a nuestras plantas i azotan los costados de la misteriosa nave de la Iglesia católica con descomunal violencia; las tormentosas nubes de la verdadera ignorancia entoldan el cielo i su aliento emponzoñado nos rodea por todas partes, sumerjiéndonos en una oscuridad mas i mas profunda; en tales circunstancias, preciso es que el grito de nuestra conviccion católica salga de nuestro corazon, robusto, enérjico, intenso, atronador, como la voz del marino que domina el silbido de los vientos i el clamor de la tempestad; preciso es que hagamos lucir la antorcha de nuestra fé católica, tanto mas viva, tanto mas refuljente, cuanto mayor sea la estension que se trata de iluminar; preciso es que los enemigos de nuestra fé nos encuentren de pié, firmes i dispuestos a disputarles la victoria en todos los terrenos. ¡Feliz combate, señores, en el cual, ya sea que el resultado corone nuestros esfuerzos, ya sea que sucumbamos en él, porque nuestras fuerzas sean escasas, Dios nos depara el triunfo del porvenir i la gloria de su santa causa! ¡Felices nosotros, señores; feliz sociedad es la nuestra, porque, en los tiempos presentes, hemos conseguido la inefable suerte de cobijarnos bajo la rejeneradora i fecunda sombra del glorioso estandarte católico!

II.

Para comprobar la verdad de su doctrina, el Cristo confundió con su ciencia a los

doctores de la lei; se hizo necesario hacer milagros, i nuestro Señor los prodigó durante su pasaje por la tierra; era indispensable que las profesias se cumplieran en todas sus partes i el justo sufrió muerte de cruz en medio de dos bandidos, i todavia una voz esclamó en medio de la agonia del hombre Dios estas filosóficas palabras: *Si él es Dios, que descienda de la cruz i se salve él i nos salve a nosotros.* Entónces tambien se alzó otra voz para confesarlo i dijo: nosotros somos culpables i merecemos nuestra suerte; pero él, es inocente i perdona a sus verdugos; en él se cumplen las profesias de nuestros antepasados i es el Mesias prometido al pueblo de Dios.

Tal es, señores, la imájen de lo que sucede a la Iglesia católica.—Desde sus primeros tiempos desbarató los sofismas de los filósofos i de los doctores; despues ha asombrado al mundo con los milagros de sus santos i de sus mártires, para probar la verdad de su doctrina; en seguida recojió el último aliento del coloso romano i conservó cuidadosa los primeros destellos de la ciencia moderna en medio de sus monjes i en los silenciosos claustros de la edad media. En los tiempos modernos, ha acompañado i sostenido a los sabios del mundo en sus investigaciones i ha hecho florecer el árbol de la sabiduria con descubrimientos importantes en todos los ramos del saber humano. Se ha prestado a las investigaciones de los hombres para ser examinada i las mas grandes intelijencias de los siglos pasados i presentes, han inclinado su frente ante el resplandor eterno de la verdad i de la fé. ¡I sinembargo, despues de tantas pruebas, despues de tantos triunfos, despues de tantos beneficios, existen impios que la apostrofan llamándala factora de la ignorancia i de la muerte moral de los pueblos a quienes da la vida i fortifica durante su peregrinacion sobre la tierra!

Semejante imputacion envuelve un desconocimiento completo de la ciencia i la mas crasa ignorancia de su historia. ¿Cuál es el ramo de las ciencias que no deba sus principios mas importantes a filósofos o sabios católicos? ¿En qué rincon del mundo los misioneros i apóstoles del catolicismo no han hecho lucir, junto con las verdades de la fé, la flor mas delicada de las ciencias i de las artes? Ahora mismo, en nuestros dias i en nuestro propio suelo ¿no vemos alzarse la escuela al lado de la capilla? ¿A quiénes debemos nosotros, sino es a un jesuita, el padre Fébres, el conservar una gramática i un diccionario araucano? ¿Quién, sino el jesuita Juan Ignacio Molina, dió a conocer en Europa nuestra historia natural i política, en una obra majistral que es al mismo tiempo un monumento de nuestra literatura nacional?

¿Quiénes, si no fueron los mismos jesuitas, los que nos enseñaron a cultivar nuestros feraces terrenos i echaron los primeros cimientosde nuestra riqueza i prosperidad actual? ¿Quiénes, si no los misioneros jesuitas, han sido los que han penetrado los primeros en las tierras patagónicas para civilizar a sus salvajes habitantes? ¿En dónde han aprendido su ciencia nuestros primeros hombres de Estado, sino ha sido en los conventos levantados por el espíritu eminentemente católico de nuestros antepasados? Me detengo, señores, porque seria larga la cuenta de nuestras deudas, no solo a la piedad i sentimiento relijioso de nuestros padres, sino lo que es aun mas significativo, a los ministros i sacerdotes de nuestra santa relijion. Hospitales, asilos de beneficencia i de caridad, escuelas, etc., todo está a nuestra vista i podeis interrogar a todos esos establecimientos si ha sido la ignorancia o la verdadera sabiduria de los católicos quienes los ha hecho fructificar i prosperar.

Pero volvamos a la ciencia, a quien tan audazmente se acrimina de ser antagonista i opuesta a las doctrinas católicas. Quiero principiar por la astronomia i desde luego preguntaremos al polaco Nicolas Copérnico, si su alma no estaba empapada en los principios de nuestra relijion cuando asombró al mundo con la verdadera hipótesis del sistema solar. Veamos cuales fueron sus ocupaciones favoritas. Habiendo fijado su residencia en Fravemberg, dividió los trabajos de su laboriosa soledad, en asistir a los *oficios divinos*, en ejercer *gratuitamente* la medicina para los pobres i en consagrar el resto de su tiempo a sus queridos estudios. «Sinembargo, agrega uno de sus biógrafos mas distinguidos, por grande que fuese su desprendimiento por los negocios públicos, no pudo rehusar la administracion de los bienes del episcopado, que se le confió muchas veces, durante las vacancias de la silla episcopal. Esa comision exijia probidad i valor; era preciso

defender los derechos del obispado contra los caballeros teutónicos, entónces mui poderosos. Copérnico no se dejó ni deslumbrar por la autoridad, ni espantar por sus amenazas. Si referimos estos detalles que parecen ajenos a su gloria, solo es para mostrar que en su carácter, el espíritu de estudio i de contemplacion estaba unido con la firmeza i la constancia, cualidades no ménos necesarias que el jenio para atacar i destruir las preocupaciones consagradas por las creencias de los siglos.»

No dejaremos de consignar de paso, que la obra de Copérnico, la que ha echado las bases de nuestro sistema planetario, *De orbium coelectium revolutionibus*, ha sido dedicado al Papa Paulo III. Cuando el 24 de mayo de 1543, se le presentó el primer ejemplar de su obra impresa, la tocó i la vió, pero estaba ocupado de otros asuntos de mayor importancia: se encontraba espirando a la edad de 70 años. Con estos antecedentes, preguntamos: ¿será Copérnico, el factor de la ignorancia de su tiempo, será el ilustre canónigo de Fravemberg una gloria anti-católica?

Talvez el jenio de Kepler, será reclamado por los impios para constituir la columna que sustente su ciencia i vamos a ver cómo entendia este hombre ilustre la gloria de sus magníficos descubrimientos. En una de sus obras él mismo se espresa así, hablando de las importantísimas leyes que rijen a los planetas en sus movimientos. «Hace ocho meses a que he visto el primer rayo de luz; solo hace tres meses, he visto el dia; en fin, hace pocos dias he podido ver el sol de la mas admirable contemplacion. Me entrego a mi propio entusiasmo; quiero desafiar a los mortales por la injenua confesion que he arrancado a los vasos de oro de los ejipcios, para formar a mi Dios un tabernáculo léjos de los confines del Ejipto. Me alegraré si me perdonais; si me lo reprochais, lo soportaré; la suerte está echada, doi a luz mi libro, ¿será leido por la edad presente o por la posteridad? poco me importa; podrá esperar a su lector. ¡Dios, no ha esperado seis mil años a un contemplador de sus obras!»

¿Qué diremos del relijioso Colon, descubridor de un nuevo mundo, cuyas virtudes admira la posteridad i cuya piedad católica sobrepujaba aun a sus virtudes. ¿Será ésta una gloria que el ateismo contemporáneo, o el filosofismo del siglo pasado reclame para si mismo? ¡Oh! nó! podemos vanagloriarnos de que el descubrimiento del suelo que pisamos se debe a un sentimiento relijioso del inmortal jenoves; podemos decir i proclamar mui alto, que la vida de Colon, juzgada digna de la epopeya, ha estado llena por el sentimiento relijioso que lo impulsaba, consolándole al mismo tiempo que de los reveces de la fortuna, de las ingratitudes de los hombres.

Paso en silencio la mayor parte de los nombres de los mas ilustres fundadores de la ciencia, para fijarme en la vida del mas modesto i sabio matemático de nuestros dias. Sus trabajos han llenado las memorias del instituto de Francia i su jenio se ha ostentado igualmente en el campo de la ciencia, como en el de la literatura; pero donde descuella con un mérito incomparable, es en la pureza de su fé, en lo ardiente de su caridad para con sus semejantes; quiero hablar del célebre miembro del instituto de Francia, reformador del cálculo diferencial e integral i de la teoría de la luz, en una palabra, del eminente baron Agustin Cauchy. El mismo se va a encargar de darnos a conocer sus creencias católicas.

«Yo soi cristiano, esclama, es decir creo en la divinidad de Jesucristo, con Tycho-Brahé, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Grimaldi, Euler, Guldin, Posconwich, Gerdil, con todos los grandes astrónomos, todos los grandes físicos, todos los grandes jeómetras de los siglos pasados. Yo soi católico con la mayor parte de ellos; i, si se me pidiese la razon, la daria sin vacilar. Se veria que mis convicciones son el resultado, no de preocupaciones de nacimiento, sino de un exámen profundo. Soi católico sincero, como lo han sido Corneille, Racine, La Bruyère, Bossuet, Bourdaloue. Fenelon, como lo han sido i lo son todavía un gran número de hombres de los mas distinguidos de nuestra época; de aquéllos que han dado mayor honor a la ciencia, a la filosofía, a la literatura; de aquéllos que mas han ilustrado nuestras academias. Participo de las convicciones profundas que han manifestado con sus palabras, con sus acciones i con sus escritos tantos sabios de primer órden, los Rufini, los Hauy, los Laenec, los Ampére, los Pelletier, los Freycinet, los Coriolis, i si me guardo

de nombrar a los que faltan, por temor de herir su modestia, puedo decir a lo ménos que me congratulaba de encontrar toda la nobleza, toda la jenerosidad de la fé cristiana en mis ilustres amigos, en el creador de la cristalografía, en los inventores de la kinina i del stelhoscopio, en el célebre navegante que dirijió la «*Uranias*» i en el inmortal autor de la electricidad dynámica.»

Pudiera creerse talvez que el catolicismo de este sabio insigne, cuyo jenio campeó con tanto lucimiento en las mas elevadas rejiones del análisis, estaba reducido a una pura teoría, i que desdeñaba sostener con su pluma i con su talento la causa de los católicos perseguidos; talvez pudiera creerse que sus importantes trabajos en la ciencia constituirian una justificacion suficiente para apartarlo del debate que siempre se ha sucitado contra los ministros i sostenedores de la Iglesia católica i vais a ver cómo defendia a los jesuitas injustamente perseguidos por el gobierno de Luis Felipe. Entro principalmente en este detalle, porque las razones que el ilustre sabio aduce, están fundadas en el saber i ciencia de los sacerdotes de la órden.

«¿Sois amigos de las ciencias, dice, estimais la literatura, os interesais por la sana filosofía i el progreso de las luces? ¡Pues bien! estos mismos hombres han producido una multitud de obras que han llegado a ser clásicas en literatura, en moral i en filosofía; han dado a luz sabios tratados acerca de los orijenes de las lenguas, de las costumbres e instituciones de diferentes pueblos, i han hecho descubrimientos útiles en las ciencias, en la medicina i en las artes. Cuéntase entre ellos doctores eminentes, i oradores ilustres. Han proporcionado a la juventud los mas consagrados e instruidos institutores: Leibnitz, Vicente de Paul, Enrique IV, Bossuet, Fenelon, los consideraban como los mas sabios, esperimentados i hábiles maestros. A su lado se han formado los hombres mas ilustrados en todos los órdenes de la sociedad. Los unos, rechazando la fé de sus maestros, i haciéndose enemigos de la relijion, les han conservado su amistad i reconocimiento; los otros, permaneciendo fieles a sus preceptos, han dado al mundo brillantes ejemplos de virtudes i de jenio. Gracias a su sábia direccion, se ha visto con admiracion guerreros, majistrados, sabios, académicos cuyos nombres se encuentran en todos los labios, dedicar a la práctica de las virtudes mas sublimes un tiempo precioso, consagrar sus veladas i las horas que los felices del siglo pasan en los placeres, sea en visitar las prisiones i las casas de refujio de los jóvenes condenados, sea en instruir los hijos de los pobres saboyanos; fieles en esto a la noble resolucion que estos venerables maestros les habian inspirado. ¡Pues bien! esos hombres admirables, esos sabios lejisladores del Paraguay, esos intrépidos conquistadores de la China i del Japon, esos sabios, esos filósofos, esos oradores, tan humildes i tan grandes al mismo tiempo, que a los dones de la elocuencia, del jenio i del valor invencible, unen la mas sensible modestia i la mas inalterable dulzura; esos hábiles maestros, tan tiernamente amados por sus discípulos, son los discípulos del grande Ignacio, son los padres de la Compañía de Jesus.»

«Ahora bien, ¿cómo es posible condenar a tales hombres i perseguirlos como a viles malhechores? Sin duda que no considerareis como enemigos de la civilizacion i de las luces, a los mismos que han civilizado e ilustrado a tantos pueblos diversos. No considerareis como enemigos del talento i del jenio a esos hábiles institutores de quienes Grotius i Enrique IV han dicho que *sobrepujaban a todos los demas* por la *ciencia* i *por* la virtud; a esos maestros eminentes que han tenido por alumnos a Corneille, Bossuet, Molière, Montesquieu i tantos otros. No considerareis como enemigos de las glorias de la patria a aquellos con cuyas lecciones se han formado los Condé, los Villars, los Moli, los Lamvignon, los Belzunce. No considerareis como enemigos de las ciencias, a los institutores de los Descartes, de los Cassini, de los Tournefort; a aquellos cuyos trabajos han sido citados con honor por los Laplace, los Lagrange, los Delambre; a aquellos que en nuestros dias han tenido por admiradores i amigos los Ampère, los Freycinet, los Coriolis. No exijireis, sin duda, que al reimprimirse las obras de Laplace se tarje i borre de ellas el nombre de los Gaubil i de los Boscovich; no exijireis que se destierre de los programas del Colejio de Francia, de la Sorbona i de la Escuela Polytécnica, ni la difraccion descubierta por el jesuita Grimaldi, ni el teorema del jesuita Guldin, ni los descubrimientos del jesuita Riccati, a

quien la república de Venecia adjudicó una medalla de oro en premio de los servicios que habia prestado a la Italia. No les imputareis como un crimen el haber descubierto los aerostáticos, el haber propagado el uso de la quinquina, tan conocido con el nombre de polvo de los jesuitas, ni el haber escrito ese sabio tratado que, con el nombre de *libro del jesuita*, ha llegado a ser el manual de la marina inglesa. Sin duda, no considerareis como enemigo de la sana moral un instituto que fué tan querido a Francisco de Sales i a Vicente de Paul, i os complacereis tambien en reconocer la virtud, la ciencia i la santidad de la órden que produjo los Lainez, los Suarez i los Bourdaloue. Estareis mui distantes de considerar como una historia verdadera el romance de los *Provinciales*. No participareis de los furores de una Pompadour, de aquella mujer que, segun el decir de Pascal, habia creido encontrar en la célebre compañía casuistas acomodaticios, i que se asombraba de que un jesuita tuviese la insolencia de no sancionar, como perfectamente ajustado a la mas sana moral del Evanjelio, lo que los mas grandes filósofos de la época se guardaban mui bien de censurar.»

En presencia del testimonio que nos proporciona este sabio matemático i filósofo, ¿qué valen las declamaciones apasionadas de una multitud de ilusos que no tienen otro mérito que seguir la corrupcion que los impulsa, sin saber ni lo que quieren ni lo que hacen?

Al mismo tiempo que Cauchy defendia a los jesuitas con el prestijio de su saber i de su ciencia, Berryer abogaba por ellos en la cámara de diputados, M. de Montalembert en la de los pares i M. de Vatismenil como jurisconsulto agotaba la materia probando la violacion del derecho, en la lei que pedia la proscripcion de los padres de la Compañía de Jesus del suelo de la Francia.

Ved pues, señores, cómo los que ciegamente declaman contra la ignorancia de los católicos, no hacen otra cosa que renegar de los progresos mas lejítimos de la humanidad, i cómo ellos mismos, cuando pretenden proclamar la verdad, derraman el error i la calumnia a manos llenas, sobre el teatro mismo en donde mas eficazmente se ha ejercitado la accion del catolicismo.

Cuando se espulsó de Francia a la compañía de Jesus, el gobierno creyó, que con los bienes sustraidos a estos relijiosos, podria sostenerse cómodamente esa multitud de establecimientos que su piedad fundara i que su celo habia logrado hacer frutificar; pero la práctica vino a desengañarlos de su error: con todos esos elementos no se alcanzaba a sostener medianamente sino una parte insignificante de las obras que ellos sostenian con tan feliz éxito. Para salvar las apariencias, se recurrió entónces como ahora, a la calumnia: se dijo que los jesuitas habian ocultado gran parte de sus riquezas. ¡Nó! lo que faltó al gobierno filosófico de ese tiempo fué la caridad del catolicismo, fué esa abnegacion jenerosa que nos impulsa a sacrificarnos por nuestros semejantes, sin mas interes i recompensa que agradar a Dios!

¡Una relijion que nos manda enseñar al que no sabe, no puede estar, es imposible que jamas esté, en pugna con la verdad i la sabiduría! Solo la falsa ciencia, el error que se viste con las apariencias de la verdad, puede resentirse de los progresos de la relijion católica. Los vicios i las malas pasiones se escudan tras la ciencia del mal; pero la ciencia del bien, la verdadera ciencia, jamas ha sido opuesta, ni al espíritu, ni a la práctica del catolicismo.

Señores, siento no poder estenderme mas, porque el asunto es inagotable; me detengo aquí porque me parece que los ejemplos aducidos son suficientes para probar, que los católicos de todos los tiempos i en todos los lugares de la tierra, han prestado un eficaz i decidido apoyo a la verdadera ciencia. Réstame ahora comprobar por medio de un exámen tan prolijo, cuanto me lo permitan las circunstancias, que el estudio de las ciencias físicas i matemáticas, léjos de debilitar nuestros sentimientos relijiosos, vienen a robustecer nuestra débil razon, para aceptar sin esfuerzos los misterios i creencias de nuestra santa relijion. Seré feliz, señores, si en tan delicado asunto logro interesar vuestra atencion i mucho mas si el trabajo que me prometo ejecutar, contribuyese con un débil contingente para afianzar en la juventud que se dedica al estudio, el tesoro de la fé de nuestros padres. De esta manera a la par que se lograria que prosperara en el cultivo de las verdades científicas, conseguiriase tambien el que contase con el apoyo de un guia seguro para

resguardar sus conciencias del ejemplo i de la corrupcion contemporánea.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

MAYO.

I.

En el mes de mayo la Biblioteca Nacional ha recibido las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

LECCIONES DE JEOGRAFÍA MODERNA, *redactadas con arreglo a los descubrimientos i cambios políticos mas recientes*, por Leandro E. Ramirez—2.ª edicion—1 vol. en 8.° de 348 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

LEONOR *o El último dia de los jesuitas*.—Drama histórico en cinco actos, por Anjel C. Vicuña.—1 vol. en 4.° de 60 pájs.—Santiago.—Imprenta *Chilena*.

LA ÚLTIMA PALABRA DE ROCAMBOLE, por Ponsson du Terrail.—Entregas 24 a 27.—1 vol. en 4.° de la páj. 193 a 384.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO, por Martin Palma.—Entregas 13 i 14.—1 vol. en 4.° de la páj. 585 a la 680.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

AVENTURAS DE UN PIJE, por Pedro Urdemales.—Entregas 8.ª a 10.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 129 a la 168.—Santiago.—Imprenta de *La libreria del Mercurio*.

CONSTITUCION, LEYES POLÍTICAS I REGLAMENTOS DE LAS CÁMARAS LEJISLATIVAS DE LA REPÚBLICA DE CHILE, vijentes en 1871.—1 vol. en 8.° de 219 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Ferrocarril*.

LITORAL BOLIVIANO.—*Proyecto para la construccion de un camino carretero entre Cobija i Alto de Tames en la direccion de Calama i Caracoles*.—1 vol. en 4.° de 20 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

SESIONES ESTRAORDINARIAS *de la Cámara de Diputados* en 1870.—Núm. 2.—1 vol. en fol. de 687 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

SESIONES ESTRAORDINARIAS *de la Cámara de Senadores en* 1870.—Núm. 2.—1 vol. en fol. de 108 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*

ELEMENTOS DE QUÍMICA ORGÁNICA. *Arreglado segun el programa de la Universidad para el curso de humanidades*, por Diego A. Torres.—1 vol. en 4.° de 106 pájs.—Santiago,—Imprenta *Nacional*.

INFORMES *pasados al Ministerio de Hacienda por los comisionados por el gobierno de Chile para estudiar la epizootia que atacó los ganados arjentinos en* 1870.—1 vol. en 4.° de 75 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

ESTATUTOS *de La Sastreria Elegante, sociedad anónima, promotor don Juan Pigatti*.—1 vol. en 8.° de 8 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

ELEMENTOS QUE PUEDEN SERVIR PARA ESTUDIO DE LA FIEBRE SUPURATIVA.—*Memoria de prueba para obtener el grado de licenciado en la facultad de medicina, presentada por Guillermo Murillo*.—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

LOS ANTEOJOS DE SATANAS *o El reves de la sociedad*.—Novela orijinal chilena, por Mefistófeles.—Entregas 1.ª a 4.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 1 a la 96.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

ASAMBLEA CATÓLICA DE CONCEPCION celebrada el 19 de marzo de 1871 para protestar contra la usurpacion del dominio temporal de la Santa Sede.—1 vol. en 4.° de 47 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Correo*.

EUJENIO ARAM.—Novela escrita en ingles, por E. L. Bulwer i traducida para *La Patria*—1 vol. en 4.° de 390 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

JAHRES-BERICHT *des deutschen schul-vereins in Valparaiso*.—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo*.

STATUTEN *des deutschen vereins in Valparaiso*.—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo*.

UNIONE ITALIANA.—*Societá di mutuo soccorso Statuto e Reglamento*.—1 vol. en 4.° de 22 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo*.

INFORME SEMESTRAL *del Ferrocarril del sur, presentado por el superintendente al Consejo de administracion de la empresa*.—1 vol. en 4.° de 71 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo*.

INFORME *relativo a los negocios de la Compañia Ferrocarril de Copiapó, desde enero* 1.° *hasta diciembre* 31 *de* 1870.—1 vol. en 4.° de 35 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo*.

FERROCARRIL DE COQUIMBO.—*Memoria del Directorio del segundo semestre de* 1870 *presentada a la Junta jeneral de accionistas*.—1 vol. en 4.° de 29 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo*.

4.ª COMPAÑÍA DE BOMBEROS. BOMBA VAL-

PARAISO.—*Memoria de los trabajos de la Compañía durante el año de* 1870, *presentado por el secretario.*—1 vol. en 4.° de 21 páj.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo.*

ESTATUTOS *de la Compañía nacional de remolcadores.*—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Valparaiso. Imprenta de *El Universo.*

BANCO POPULAR DE VALPARAISO.—*Compañía para prestar dinero sobre prendas.*—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo.*

PRIMERA MEMORIA *que el Directorio de la compañía Minas de la invernada, presenta a la Junta jeneral de accionistas.*—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Universo.*

INFORME *sobre el estado i operaciones del cuerpo de bomberos de Valparaiso, durante el año de* 1870, presentado al Directorio.—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria.*

LA INTERCESION DE N. S. JESUCRISTO.—*Sermon predicado a la iglesia evanjélica chilena de Valparaiso en Union Hall,* por don J. M. Ibañez Guzman, el domingo 2 de abril de 1871.—1 vol. en 8.° de 11 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria.*

LLAMAMIENTO A LOS OBISPOS CATÓLICOS POR EL PADRE JACINTO.—1 vol. en 8.° de 11 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria.*

NOVENA *que puede servir de preparacion a la fiesta del beato Benito de Urbino,* arreglada por el P. Frai Antonio Pontedera.—1 vol. en 8.° de 26 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio.*

II.

Despues de nuestra última revista han salido a luz cuatro nuevos periódicos. En Concepcion ha comenzado a publicarse *La Democracia*; en Valparaiso *La Union liberal* i *La Pura verdad*; i en el Parral ha reaparecido *El Iris.*

III.

Del Perú hemos recibido por duplicado el opúsculo que apuntamos a continuacion:

LOS ESTRANJEROS EN SUD AMÉRICA.—*Estudios políticos sociales, por* C. A. M. Méjer.—1 vol. en 4.° de 38 pájs.—Lima.—Imprenta de *El Nacional.*

CERTÁMEN LITERARIO.

Tenemos que dar a los autores de las novelas presentadas al certámen abierto por el *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile*, una noticia que sentimos mas que por ellos, por nosotros mismos.

No habiendo sido posible a los señores designados por jueces dar su fallo hasta ahora, sin duda a causa de sus multiplicadas ocupaciones, a pesar de los esfuerzos que el *Círculo* ha hecho para llenar dignamente el compromiso que habia contraido con los autores de las composiciones presentadas al certámen, tenemos el sentimiento de anunciarles que él quedará sin efecto.

Al dar este aviso cumple al *Círculo* declarar que lo hace contra su voluntad i en cierta manera obligado por los señores autores de las composiciones presentadas. Habiéndolas retirado la mayor parte de ellos, por motivos que no tenemos para qué juzgar, pero que fácilmente se comprenden, el certámen quedaba de hecho desbaratado. Solo nos restaba avisarlo a aquellos señores cuyas composiciones aun no hayan sido retiradas para que las reclamen del que suscribe, en la imprenta de *El Independiente.*

Es lo que hoi hacemos, no sin dar ántes las gracias tanto a los jóvenes que se dignaron tomar parte en el modesto certámen abierto por el *Círculo* con miras perfectamente desinteresadas, como a los caballeros que tan benévolamente se prestaron a servir de jueces i que solo por motivos superiores a su celo i buena voluntad no han podido dar su fallo en tiempo oportuno.

Damos sinceramente las gracias a unos i otros i de unos i otros esperamos que en obsequio de nuestros sanos propósitos, nos escusen por las molestias que les hemos causado.

A nombre del *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile,*

EL SECRETARIO.

Contenido de este número.

I.—Ojeada sobre la historia de la Filosofía, conclusion.
II.—Antiguos vaticinios, poesía, por Cárlos Walker Martinez.
III.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
IV.—La relijion i la ciencia, por Gavino Vieytes.
V.—Revista bibliográfica.
VI.—Certámen literario, por el secretario del *Círculo.*

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, junio 11 de 1871. Núm. 193.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Continuacion.)

Ya estaba en la plaza de la «Victoria.»—«Gran circo Courtney i Sanford»—se leia en un pomposo cartelon, que rodeaban infinidad de pilluelos, que no se hartaban de mirar los jestos i contorsiones del payaso pintado a los piés de un caballo, sobre cuyos lomos, una silfide hacia volteretas por entre unos aros de papel.

—Progresamos! dije entre mí, no hai duda, progresamos! el teatro convertido en un circo de caballos i de equitadores! Las brillantes óperas de Verdi, de Rossini i de Donizetti, reemplazadas por los groseros chistes i por las ridículas travesuras de un payaso!....

Pasé al jardin «Abadie;» un escenario construido al aire libre, fijó desde luego mis miradas; segun me dijeron, aquel pequeño teatro se llamaba «El Eden de las floresa i estaba destinado para la representacion de las operetas de Offenbach.

—Espléndido! el *púdico* can-can i las *mui honestas* elucubraciones de *eximios* autores, ofrecidas por via de entretencion i de pasatiempo a una ávida juventud!....

Dieron las siete. La esplanada del muelle convidaba con sus encantos; durante una hora, no cesé de admirar las hermosas i alegres parejas que a cada paso interceptaban nuestro camino. Antonio, que habia vuelto a reunirse conmigo, no cesaba de hablar i de abanicarse con su pañuelo perfumado.

—Este paseo, me decia, me hace recordar a nuestra Alameda, las lindas noches de noviembre i de diciembre....

—Solo sí, que allá nos falta lo que aquí sobra....el mar!

—Es verdad.

—Pero, ¿hasta cuándo te abanicas, hombre? oh! oh! oh! no me habia fijado ¿quién te ha regalado esas flores que llevas en el ojal?

—Qué! ¿no te gustan la flores?

—Me desvivo por ellas.

—I, ¿entónces por qué te ries?

—Porque es una estravagancia el venir a pavonearse como tú lo haces; ¿por qué no te pones tambien flores en el sombrero?

—Cómo se conoce que acabas de llegar de la costa i que no estás acostumbrado a *la grand vie, la vie de societé, la vie du monde!*....Un *bouquet* en el ojal del levita o del chaquet, es lo mas elegante que tú te puedes imajinar, sobre todo cuando el *bouquet* se lleva con cierto *chic* o cierta *sans façon*, lo que solo se obtiene despues que uno se ha rozado *avec des hautes dames et messieurs*.

—Pobre Antonio! por lo visto te estás volviendo tonto rematado.

—Sabes hombre, que es un insulto a quema ropa el que me acabas de lanzar?

—No seas bendito, hombre! Yo insultarte! a tí, que sabes llevar con tanto *chic* i con tanta *sans façon* un *bouquet* en el ojal!.... a tí, el hombre del gran mundo, que solo te rozas *avec la haute societé*... a tí, que esta mañana no mas te dabas friegas con agua *a la rose* o *a la violette*.....

—Pues oye, esas frotaciones reiteradas me prueban muchísimo, mis miembros están mas elásticos, tengo mas apetito, me siento con mas vigor, mas fuerzas....

—Si es así, creo deberias bañarte en puras esencias, la reaccion seria mas pronta.

—Déjate de bromas i vamos a la calle del Cabo, que ya la esplanada comienza a verse desierta.

¡Cuánto lujo, qué elegancia, qué hermosos almacenes! Las vidrieras relumbraban con la infinidad de objetos i adornos de que estaban recargadas. La multitud se apiñaba en la vereda norte.

—Elena, no te separes de mi lado.

—Adios Luis.

—Beso a Ud. la mano, señorita Ines.

—Quitarse, quitarse que viene el carro.

—Ai! qué codazo tan fuerte.

—¿Vas esta noche?

—No sé todavia, puede ser.

—Ahi viene la Manuelita.

—¿Será cierto que se casa?

—Asi he oido.

—¿Conoces a ese jóven que va a su lado?

—Ese es el novio.

—¡Qué linda pareja!

—Eh, Ricardo! Ricardo!

—Creo que me llaman.

—¡Cómo! ¿qué ya no me conoces?

—Ah! eres tú?

—I quién otro querias que fuese?

—Pero, quién te va a conocer con esas patillas i esos mostachos.

—¿Qué tal, eh?

—Adios Rosa, espresiones a la Emilia.

—Gracias Julio ¿cuándo nos va a ver?

—Puede que mañana, sino en estos dias.

—Parémonos junto a esa vidriera; fíjate bien ahora; ya llegan, ellas son.

—¡Qué boca tan linda!

—¡I qué nariz, hombre, qué nariz!

—Pero....¡i los ojos?

—¿Te fijastes en la ñatita como se sonreia?

—¡Qué simpática! i que bien le iba ese vestido mahon.

—No sea Ud. imprudente, caballero, mire donde pone los piés.

—Dispense, señora, en adelante procuraré llevar anteojos en los talones.

—Pancho, dime, ¿quién es aquella niña pálida, que va del brazo con ese jóven?

—Es la Adela.

—¡La Adela! ¡Cómo han cambiado los tiempos! ¿quién habia de creerlo? ella tan loca, tan vivaracha, tan traviesa i ahora tan séria, tan formal.

—Que quieres, ya es mamá.

—¡Es posible!

—¿I, aquella otra del vestido café, tan graciosa i tan amable?

—Es la esposa de Rafael.

—¡Con que se casó Rafael!

—Tú lo has dicho.

—¡Vaya! i yo que no lo sabia! I, ¿esa gordita que nos mira así de reojo?

—Es la mujer de Eujenio.

—¡Tambien se casó Eujenio!

—Hace mas de cuatro meses.

—¡Cuánto los compadezco!

—Hola, señor don Adolfo, ¿qué novedad es ésta? tan enemigo es Ud. del matrimonio?

—¡Ai, Pancho! el matrimonio, el matrimonio....el matrimonio es una cruz de plomo; no hai como el celibato, vivir soltero, solterito, hé ahí mi sueño dorado.

—¡Dios te guarde! vivir soltero! ¡ja! ja! ja! amigo, a perro viejo no hai tus tus, ¡ja! ja! ja!....¿i la Isabel?

—¿Quién te ha dicho?

—¡Ah! ah! el celibato tu sueño dorado, hein? el matrimonio una cruz de plomo...

—Por Dios, Pancho, cállate, si era una pura broma.

—¿Vamos a tomar helados?

—No tengo ganas.

—Camina Alvaro, no te hagas rogar.

—Mañana te espero en la Bolsa.

—¿A qué horas Tomas?

—A las dos en punto.

—¿Has conseguido el bote del resguardo?

—Sí, todo está ya arreglado; ellas van, me lo han prometido.

—¿Laura tambien?....

—Por supuesto.

—¡Oh felicida!

—¿Has leido las últimas noticias?

—Un lado, un lado, que viene el carro.

—¡Mal haya sea tu estampa! que no tienes ojos, grandísimo alcornoque!

—*What yon say?*

—Que por poco no me revienta Ud. el hígado.

—El hígado!....mi no lo comer nunca, pero sí gustando mucho del bacalao i de las ostras. *Good night, sir.*

—¡No te diese un tabardillo!

Sonó el cañonazo de las nueve. Me despedí de Antonio; los sesos me jiraban como en torno de hilandera. Aquél movimiento, aquél bullicio, aquélla continua charla, me habian puesto la cabeza como bombo. Toda la noche me llevé soñando con la calle del Cabo i con su incesante traqueo.

A las ocho ménos cuarto del siguiente dia, la máquina «Lebú,» me arrastraba de nuevo hácia Santiago.

IX.

LA TEMPESTAD.

Desde el 3 hasta el 10 de febrero, nada señala mi diario que sea digno de mencionarse, baste diga, que vuelto por segunda

vez a Na'tagua, los dias trascurrian insensiblemente en medio de la paz i del mas agradable bienestar; solo el mismo viérnes 10, a las 3 ½ A. M. fuí despertado por un fuerte i prolongado sacudimiento de tierra. Aunque entónces no hice alto en este suceso, al dia siguiente pude sin embargo convencerme, que el temblor habia sido como el anuncio del gran trastorno atmosférico que tuvo lugar el once i del cual, con tu permiso, voi a ocuparme ahora, querido lector.

El dia amaneció bastante nublado; reinaba una calma completa; el aire se sentia pesado i tibio, el sol de vez en cuando se mostraba, pero no tan pronto aparecia, que nubes densas i negras ocultaban su disco. Hácia las 10 ½ comenzaron a dejarse oir lejanos truenos que se sucedian sin interrupcion, a esa misma hora pudimos ver en el cielo un fenómeno bastante raro: en el zenit i en una estension como de veinte metros de largo por doce de ancho, (cálculo caprichoso i no matemático), aparecieron nubes pintadas con los vivísimos colores del arco-iris.

—Será resto de algun arco, decian unos.

—Nó, les contestaba, la faja del arco-iris nunca tiene tanto diámetro; algo estraordinario va a acontecer.

Entretanto los truenos seguian a la distancia. Dieron las doce. Resuelto a observar las distintas faces de lo que yo calculaba iba a tener lugar, llamé a los perros Alerta i Centinela i me fuí a la puntilla de «Ruperto.» Desde aquí dominaba la llanura en una estension de algunas leguas; apénas llegado, comenzaron a caer gruesos goterones, el viento se desencadenó con fuerza, los truenos continuaban. Trascurrió hora i media; el horizonte se oscureció completamente por el lado de Santiago; una neblina espesa i arrastrada envolvió en su lienzo de agua los campos de la Calera, de Malloco i de Santa Cruz. De repente, una culebrina de fuego partió de lo alto i corriendo verticalmente i en zig-zag, fué a perderse en el terreno. Yo nunca habia visto sino en pinturas lo que acababa de contemplar; creí seria algun rayo i llegó a tanto mi ilusion, que hasta me pareció ver despues levantarse una columna de humo, como de algo que estaba ardiendo, pero esto duró solo unos instantes, pues una segunda, una tercera i luego una cuarta culebrina vinieron a sacarme de mi error. En este momento sentí el galope de un caballo, era Alberto, quien desde que me divisó comenzó a gritarme para que me fuese a las casas pues allá me esperaban para un paseo que íbamos a tener a las chacras.

—¡Qué paseo ni qué nada! le contesté, sube a estos peñascos i verás si el cuadro que tengo delante, vale lo que el paseo a las chacras.

Apeóse del caballo i trepó hasta donde yo estaba: durante un cuarto de hora no cesó de hacer esclamaciones a cada culebrina que rasgaba los aires. Por fin se levantó i dijo me dejaba, pues tenia que llevar mi respuesta a los que me esperaban.

—No sabes lo que vas a perder, continué yo, quédate conmigo.

—Nó, nó, nó.

—Entónces diles que no salgan de las casas, mira, ántes de veinte minutos tendremos la tempestad encima.

—Tanto mejor, nos divertiremos mas.

—Si es así, que les vaya mui bien, aunque yo creo....

Alberto ya no me oia, minutos despues se alejaba a escape. Los truenos se acercaban por grados, los relámpagos aumentaban, las culebrinas se sucedian con rapidez cortando las nubes en todas direcciones. Hasta entónces los cerros de Lonquen, de Mallarauco i de Peñaflor habian estado despejados, pero ahora un manto de tinieblas lo cubrió todo; aquel manto de vez en cuando se abria para dar paso a ráfagas luminosas i deslumbradoras, el viento habia arreciado de un modo estraordinario, soplaba un verdadero huracan: los *quiscos* se balanceaban como flexibles mimbres, las *chilcas* se bajaban hasta el suelo, los carrizos se azotaban con furia. Centinela i Alerta se pusieron a aullar, en vano los acariciaba, los pobres perros estaban amedrentados; con la cola i las orejas gachas corrieron a echarse a mis piés. Las garzas i los patos del rio comenzaron a revolotear describiendo espirales i curvas i huyendo de un punto a otro sin saber donde guarecerse; bandadas de tordos, loicas i tórtolas cruzaban por la barranca de la toma i volaban buscando algun abrigo. Los truenos retemblaban cerca de mí ¡que estrépito! aquello era como descargas de artillería, fuego graneado o como mil carretas corriendo a saltos por un camino pedregoso.

Alerta i Centinela espantados, zafaron a carrera tendida, en vano los llamé i grité, los dos perros huian despavoridos como si les hubiesen amarrado a las colas sendos paquetes de cohetes. Algunos huasos i mujeres atravesaron el camino que enfrenta a la puntilla i que conduce a la isla de Maipo. A cada trueno, detenian sus caballos i miéntras los hombres se quitaban respetuosamente sus sombreros, las mujeres murmuraban quizas una oracion. Todos me miraban asombrados, i devéras que tenian razon para admirarse al encontrar a un impávido en aquella soledad, trepado en lo alto de un peñasco i en medio de aquel deshecho temporal. Segun lo supe despues, estos isleños me tomaron nada ménos que por el diablo en persona, asi lo refirieron en el pueblo i asi lo cuentan todavia diciendo a cuantos les interrogan sobre la tempestad de febrero.

—Ande, señor, que nosotros por nuestros propios ojos vimos entónces, en una de las puntillas de Naltagua a *mandinga* en figura de hombre i todo vestido de negro. ¡Ave María! i como brillaban las centellas i los rayos a su alrededor!

En efecto, la tormenta estaba ya sobre mi cabeza: en un segundo todo se sumió en una oscuridad tan espesa, que no alcanzaba a ver ni la ribera opuesta del rio, la lluvia se soltó con una fuerza asombrosa, el viento avivó su furor, los relámpagos i las culebrinas brillaron ahí a mi lado i tras todo esto se desató una granizada tan espantosa, que mas que nieve, parecian piedras o municiones. No supe que hacer; estaba empapado de agua, sin mas abrigo que mi sombrerito de paño i mi blusa que ya chorreaba como arnero que sumerjen i luego levantan dentro de una tina. Quedar arriba del peñasco hubiera sido una temeridad, bajé pues como pude, i me encaminé al rio a favorecerme debajo del tronco de un sauce. Ah! lector, si me hubieses visto en aquella posicion. Yo aferrado del sauce que no me resguardaba ni un ápice, pues la granizada era casi horizontal; a mis piés, el rio que tiene ahí una gran profundidad, las aguas revueltas se levantaban en grandes olas a impulsos del vendabal; sobre mi i separado solo por un lijero parapeto la toma de la hacienda que es ancha i profunda. Comencé a temer que la gran cantidad de agua llegase a desbarrancar la toma i entónces.... ¡piés para que os quiero! dije i apreté a correr. Para atravesar el cequion, solo tenia un delgado tronco de álamo i sobre aquel palo, caia ahora un verdadero torrente de agua i de lodo, torrente que con las aguas que bajaban del cerro, iba creciendo por segundos. En cuatro piés i agarrándome de las matas, consegui escalar la barranca; prosegui mi camino con el agua hasta la mitad de las pantorrillas, estrellándome contra las *chilcas* i los espinos, pues casi no podia abrir los párpados a trueque de recibir en los ojos los golpes del granizo. Todo mi anhelo era llegar a la pilca de un potrero que está como a tres o cuatro cuadras del rio, pero ¡cuánto no me costó llegar ahí! corria quince o veinte varas i zas! tenia que agacharme i meter la cabeza entre las ramas de alguna mata con el objeto de poder respirar i volvia a levantarme i volvia a correr. Hubo un momento en que la respiracion me faltaba, tal era la fuerza del viento, del agua i del granizo. Algunas golondrinas atontadas i entumecidas vinieron a caer en mi alrededor, quise recojerlas, pero las ráfagas de fuego i las oleadas de nieve me hicieron pensar solo en mi individuo. Ahora caminaba reculando i ensartando a cada traspié, sendos pater-nóster i sendas ave-marías; aunque empapado hasta los huesos, yo sentia que el sudor me goteaba por la frente. ¡Ah! ah! lector, era que aquello pasaba ya de broma, la música se iba haciendo demasiado séria: el cielo encapotado, tronitoso, candente, rebramaba i se estremecia; la atmósfera brotaba chispas eléctricas, volcánicas; las nubes surcadas por rápidas exhalaciones siniestras se entrechocaban i se repelian.

Llegué a una era de linaza; tres o cuatro peones estaban debajo de la ramada.

—Señor, por Dios! ¿su merced por aquí?.. Acaba de estar un mozo, traia un caballo para su merced; se ha ido por ese lado.

—No importa, yo seguiré por este otro que es mas corto.

—Pero señor ¿cómo quiere Ud. atravesar esa laguna?....Jesus! las centellas como relumbran! si parece el juicio!

I los huasos se santiguaron i yo seguí mi camino.

Volví a encontrarme a orillas del cequion; en la alternativa de buscar el puente que estaba como a dos cuadras o de

meterme adentro i luego saltar la cerca de la arboleda, opté por este último i paff! me tiré al medio. ¡Qué confortable temperatura! me sumerji hasta el cogote. No pude ménos de reirme cuando estuve al otro lado de la cerca, estaba como una esponja, ¡qué habria dicho Antonio si me hubiese visto en aquel entónces! ¡Cuántos pomos *au citron* o *a la violette* no me hubiera encajado hasta por los ojos? Volando que no corriendo, atravesé la arboleda; al pasar ¡crac! el viento arrancó dos higueras de raiz, votó un parron i quebró no sé cuantas plantas de viña. Cuando llegué a las casas no encontré a nadie; los sirvientes i algunos inquilinos se habian reunido en la capilla, todos rezaban, los niños lloraban, las mujeres se lamentaban. La tempestad continuaba entretanto: las tejas caian, los vidrios se hacian mil pedazos, los álamos de la alameda se cimbraban como cañas; luego empezaron a caer, uno, dos, cinco, diez i otro i otro, conté hasta cuarenta. Aquello era sublime, jamas habia presenciado un cuadro mas imponente, mas espléndido, mas horroroso. Aquel era un desquiciamiento jeneral de la naturaleza, una avalancha de agua, fuego, viento, nieve.

Los del paseo no tardaron en llegar; aquí fué el reir.

—Ai! ya no puedo mas, bájenme pronto del caballo, que me ahogo!

—Hola, Clemente, Pascual, Francisco, Jorje, corran a buscar a los niños que se han quedado en el potrero de los *tricahues*.

—Oh! i qué voi a hacer ahora yo sin sotana! esclamaba el padre Alejandro, capuchino, *jgaudeo vestro, alleluya, convertetur in tristitia, alleluya!*.... ¡i mis anteojos?

—Desmontarse pronto i a mudarse ropa cuanto ántes.

—I yo, ¿qué me pongo?

—Ud. padre? quiera que no quiera, tendrá que vestirse de *futre*.

—*In mundum intraverunt cum vestimenta futrorum.*

La tempestad principiaba a declinar; momentos despues, llegaba la noche i con ella la calma i el dulce reposo; reposemos pues, lector.

X.

13 DE FEBRERO.

La aurora envuelta en su precioso manto de rosas i de azahares, se lanzaba por las puertas del oriente; su carro de rubies i de esmeraldas se deslizaba silencioso rasgando el estrellado i denso velo de la oscura noche; las tinieblas huian i en confusas i revueltas ondulaciones, se replegaban tras las montañas de occidente. Luminosos destellos bañaban i recorrian el fondo azul que comenzaba a destacarse sobre las altas cimas de la nevada cordillera. Mil trinos, mil gorjeos se elevaban cadenciosos desde las verdes copas de los árboles. Fragante aroma esparcia la brisa, armónicos murmurios bullian entre las flores: eran los besos con que el travieso céfiro pagaba sus suspiros, las tiernas caricias en medio de las cuales robaba a sus capullos, sus mas ricas esencias, sus mas suaves perfumes.

Asi comenzó aquella mañana ¿recuerda Guillermo? el rocío humedecia los jazmines i las malvas que yo iba cortando i reuniendo, hasta formar un gran ramo que al fin até con una cinta color de cielo; ¿que hizo Ud. de aquel ramo? ¿cuál fué el destino de aquellas flores?....Ah! no quisiera proseguir, pero Ud. se empeña que ántes de terminar estos apuntes, trace algunas líneas, que sean siquiera como un bosquejo de aquellos cortos momentos que pasamos juntos i en compañía de Benjamin. ¿Por qué me ha exijido esto Guillermo? ¿No sabe cuanto me cuesta el evocar esos recuerdos? ¿ignora Ud. por ventura, que hai fibras tan delicadas, que al herirlas el corazon mana sangre?....Sinembargo, ya que Ud. lo quiere, me haré violencia i escribiré, aunque al estampar estos caractéres, mi pluma haya de empaparse no en tinta, sino en hiel.

Si, es cierto, la mañana del 13 de febrero ocupa un lugar mui preferente entre los acontecimientos de estos dos meses que describo, no es posible pase en silencio lo que tan grabado tengo en el alma. Continúo pues:

—Hasta aquí no mas, le decia yo, no puedo seguir mas allá, déjeme Ud. volver atras, separémonos de una vez.

—Nó, nó, acompáñenos hasta aquellos árboles que se divisan desde aquí; cinco, diez minutos todavia.

I seguiamos nuestro camino; i llegados al término señalado, en vano era que quisiera retroceder, Ud. i Benjamin se oponian i no habia mas remedio que continuar. Asi anduvimos durante una hora, al cabo

de eso tiempo....Ah! Guillermo, Guillermo ¿no oye Ud. como cantan las avecillas i como volando de rama en rama, al compas del susurro de las hojas, gorjean sin cesar?....¿Qué dicen esas aves?....

¿No siente Ud. como el cristalino arroyuelo en incesantes murmullos i lamiendo las raices de frondosos álamos, pule el terso espejo de sus ondas i veloz corre repitiendo una eterna melodia?....¿que nombran, qué repiten, qué cantan, a quién ensalzan las aguas de ese arroyo?....

¿No escucha Ud. como la tenca suspira entre las parras, la tórtola arrulla en los trigarrales, el zorzal silba en la espesura?....¿Qué modulan esa tenca, esa tórtola, ese zorzal?....¿A quién llaman, a quién arrullan, por qué suspiran?....

¿Por qué las flores se alzan sobre sus tallos, abren sus cálices, se mecen, se inclinan?....¿A quién admiran, a quien inciensan, a quién adoran?....

¿Por qué las mariposas estienden sus alitas de oro i se posan en la enramada?.. ¿qué luz, qué brillo, qué célico resplandor las atrae i las fascina?

¿No percibe Ud. el balsámico ambiente que se desprende de los albos copos i racimos que cuelgan de las acacias....¿No le llama a Ud. la atencion, la pureza del aire, la hermosura del cielo, el verdor del campo?....

¿No advierte Ud. que estos árboles que nosotros miramos i que nos cobijan con su sombra, estos lugares que recorremos i estas cosas que contemplamos, encierran cierto misterioso i purísimo encanto?.... ¿qué divinidad es pues la que aquí se alberga? ¿qué ángel o qué ser sobrenatural, el que así derrama a manos llenas, tantas gracias, tantos tesoros, tantas bellezas en este sagrado recinto?....Mas ¡ah! ¿qué terrible voz es ésa que resuena i que cual quejido funerario en mi rededor retumba?....

—«Mortal, dice esa voz ¿por qué osado, te has atrevido a poner tus plantas en este lugar?....¡Sal fuera! que este es un sitio vedado para ti; tú, nunca has de poder pisar los umbrales de esta mansion donde podias ser tan feliz, esa felicidad está reservada a otro; tú, nunca has de poder alcanzar lo que tanto anhela tu corazon; en tu alrededor veo levantarse una muralla de granito, esa muralla cada dia mas i mas se va encumbrando, ya llega a las nubes; ¿cómo escalarla? ¿cómo romper esa barrera?....No te hagas ilusiones, el porvenir que se te espera, será enlutado sombrío, las flores no brotarán a tu paso, solo espinas i abrojos encontrarás en tu camino.»

Calló la voz i yo sentí que mis entrañas se estremecian, i que enmudecia mi lengua i que se rompia a pedazos el corazon.

Sin duda Ud. entónces nada oyó, ni vió de estas cosas, de estas bellezas, de estos misterios, por eso era que estaba tan alegre, miéntras yo me sentia morir. Ahora se esplicará Ud. mi conducta de aquel dia, ahora comprenderá Ud. el por qué de mi repentina partida, es que ya no podia disimular por mas tiempo, Guillermo, sufria demasiado; por eso fué, que cuando le dije adios, ni siquiera volví la cabeza atras, tenia necesidad de huir, de alejarme cuanto ántes de aquellos sitios que con tanta imprudencia acababa de recorrer.

Mucho he reflexionado despues i reflexiono todavía, sobre lo que me aconteció aquella mañana, sobre todo siempre que oigo tocar en el piano, la «Lágrima,» que Ud. me envió mas tarde como un recuerdo de nuestro paseo; ya podrá calcular Guillermo, si a las lágrimas arrancadas del piano, se juntarán las que brotan de mi corazon.

Lector, sé indulgente i perdóname esta lijera memoria que he hecho de uno de tantos dias tristes de mis dos meses de vacaciones.

(Concluirá.)

Ruperto Marchant Pereira.

LA HOGUERA.

Crueles fueron, por demas,
Aquellos conquistadores
Que ensangrentaron de América
Las bellísimas rejiones.

Hoi, a traves de los siglos
Aun nuestras almas responden
De aquellas víctimas tristes
A los dolientes clamores;

I el corazon se quebranta
Con los recuerdos atroces
De aquellas hazañas viles,
De aquellos hechos innobles!

¿No les bastaba vencer?
¡Poco a su ambicion enorme
Fué, acaso, el campo de un mundo
Lleno de pompas i honores?

Quisieron gloria, i la hallaron;
Quisieron oro, i sus cofres
Se repletaron con oro,
I con cruces sus blasones.

¿Por qué esa fiebre de sangre?
¿Por qué esos hechos, entónces,
Que hoi con vergüenza consigna
La historia junto a sus nombres?

Crimen del tiempo!....Talvez!
Pero el cielo los perdone,
Si el crimen no fué del tiempo,
I, sí, de los invasores!....

Cayó el mejicano Imperio;
Se abatieron sus pendones;
I en sus muros solitarios
Se desplomaron sus torres;

En los hermosos palacios
De sus ínclitos mayores
Hoi se albergan satisfechos
Los caudillos Españoles.

Se cumplieron las antiguas
Misteriosas tadiciones,
I están hechos cien pedazos
Los altares de sus dioses;

Pueblan la rejion del viento,
No los roncos caracoles,
Las trompetas estranjeras,
Los clarines vencedores.

I, ¡ai! entretanto, están mudas
Las calles, mudos los bosques,
Porque entero Anáhuac jime
Escondidos sus dolores.

Pero, hai uno que allá oculto
Entre gruesos murallones,
Sepultado en hondo duelo
I envuelto en perpétua noche,

Llora mas que todo Anáhuac
Del destino los rigores
I la amarga esclavitud
Que el cielo a su raza impone!

Es aquel Guatimozin
Audaz, jeneroso i noble,
Que ayer no mas sostenia
Los cetros de cien naciones!

No le valió la altivez
De su alma entusiasta i jóven,
Ni la fuerza de sus armas,
Ni el prestijio de su nombre;

Ni le valieron el brazo
De sus soldados mejores,
Ni los grandes sacrificios
De sus sabios sacerdotes;

Para apartar de sus manos
Los pesados eslabones
Con que le humillan i oprimen
Sus audaces vencedores!

—«Descubre el oro, le dicen,
Descubre el oro que escondes,
I reparte entre nosotros
Los tesoros de tu corte.

«Dinos dónde están ocultos,
En algun lejano monte,
O en algun rincon del lago
Que los tuyos desconocen.»—

I como el Indio orgulloso
Ni una palabra responde,
Ni a satisfacer se presta
Su codicia hambrienta i torpe,

Le añaden: «pues que te muestras
Tan terco a nuestras razones,
Para arrancarte el secreto
Tenemos medios mejores!

«Mira i ven.»—I lo conducen
Entre salvajes clamores
¡Cielos!....a un hoguera horrible,
I fuego a la pira ponen.

I con él tambien arrastran
Aquellos tigres feroces
A su ministro Netzalc,
Como él jeneroso i jóven....

Arden, crujen los maderos,
Denso el humo al sol esconde;
I al fuego sirven de pábulo
Aquellos dos tristes hombres!

Guatimozin i Netzalc
Atados en gruesos postes
Sufren i guardan silencio
Altivos, fieros, inmobles;

Que es natural del carácter
Americano esa noble
Entereza para ahogar
Las mas vivas emociones.

Calla la turba....la escena
Es atroz....¿Dónde están, dónde,
Esas almas jenerosas
De esos nobles Españoles?

¿No hai un valiente que impida
Crimen ¡o Dios! tan enorme?
¿No hai una voz que proteste
De la humanidad en nombre?

Nó, por desgracia! Los tigres
En el desierto no oyen
Del corazon de la hoguera
Salieron algunas voces.

Piedad!—clamaba el ministro...
Piedad!...al cabo era hombre,
I flaqueó al dolor intenso
De sus congojas atroces!

Piedad!—volvió a repetir
Entre horribles convulsiones
Tendiendo hácia los verdugos
Sus brazos hecho tizones....

Mas, apénas en sus labios
Sonó esa palabra, ahogóle
Su voz la palabra enérjica
De su señor—«Necio, torpe,»

Le dijo, «¿acaso yo estoi
En blando lecho de flores?
¿Acaso a mi no me hiere
De la desventura el golpe?

«No a tu patria, desgraciado,
Indignamente traiciones:
Si no como noble, muere,
Al ménos, muere como hombre!»—

Dijo así Guatimozin,
I el ministro humilde i dócil
A recostar en el fuego
Con serenidad volvióse,

I con semblante impasible
Volvió a sufrir sus dolores
Hasta morir cara a cara
De los tigres Españoles.

Crimen del tiempo!...Talvez!...
Pero, el cielo los perdone
Si el crimen no fué del tiempo,
I, sí, de los invasores!

C. Walker Martinez.

LA FUENTE DEL VALLE.

¡Qué dulce murmuras,
O fuente del valle,
Regando las flores,
Que bordan tu márjen!
El cielo retratan
Tus límpios cristales
I de la ribera
El verde follaje,
Que ondea, mecido
Del céfiro amante.
Si el alba despliega
Su blanco ropaje,
Tus ondas se visten
De vivos esmaltes.
De ti se despide
El sol de la tarde;
Las sombras te envuelven
Momentos fugaces,
Mas, luego la luna,
Con rayo süave,
Arjenta amorosa
Tus linfas errantes.

De muertas venturas,
O fuente del valle,
Al alma doliente
Memorias le traes.
Mil veces, de niño,
Jugando en tus márjenes,
Las horas lijeras
Miré deslizarse.
De que hai desventuras

Entónce ignorante,
Dolor no temia,
Ni suerte mudable....
¡Ai! ¿quién de la vida
Lanzóme al combate?
Mi blando sosiego
¿Quién pudo robarme?

Del mundo engañoso
Cruzando los mares,
Probé de la suerte
Vaiven inconstante
I vi entre las rocas
Hundirse mi nave;
Clamé en la tormenta
Con ruego incesante
Por aquel perdido
Reposo süave,
Mas nunca ¡infelice!
Volvió a acariciarme....

Sediento de goces,
De amor anhelante,
El alma en el pecho
Sentia ajitarse....
Si el mundo me daba
Sus dichas falaces,
Dorado veneno
Bebia en su cáliz.
O dulce inocencia,
¿A dónde volaste?
Tanquilos ensueños,
Solaz envidiable,
Con lágrimas férvidas
Os lloro ya tarde!

De dias felices
Purísima imájen,
Aun eres la misma,
O fuente del valle.
Con blando murmullo
Los pasos atraes
Del triste viajero,
Que llega a admirarte,
I apaga en tus linfas
Su sed devorante.
Al iris le robas
Sus aureos cambiantes,
Los cisnes te cruzan
De níveo plumaje,
I nunca abandonan
Las flores tu márjen.

¿Por qué en tu risueña
Ribera no nace
La flor, que, si al viento
Perfumes esparce,
El alma adormece
Con sueño süave;
La flor del olvido,
Que busco incansable?
¡Ah! dime do se halla
La paz deleitable,
Que al alma robaron
Amargos pesares?....
¡Ai! dímelo, o fuente,
Si acaso lo sabes!
¡Así la belleza
De tí no se aparte,
Ni el cieno te enturbie,
O fuente del valle!

Abril de 1867.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA ESPOSA.

(TRADUCIDO PARÁ «LA ESTRELLA DE CHILE,» *por R. B. G.*)

¿Por qué tiembla mi mano al trazar tu retrato, tú que eres la reina de mi hogar, huésped privilejiado de mi corazon, madre de mis hijos, gozo i fuerza de mi vida, la mas grande de las bendiciones con que me ha colmado el autor de todo bien?

Dos veces he buscado, para bosquejar tu retrato, lo que hai en mi paleta mas delicado en los colores; habria querido tener una pluma de oro para escribir de tí algo de lo que siento en lo íntimo de mi corazon.

¿Cómo no imitar el hermoso verso de Virjilio:

Bis conatus eram vultus effingere in auro

(Dos veces me esforcé por representar en el oro ese caro rostro)
i dos veces cayeron mis manos.

Bis cecidere manus

Mi obra era indigna de tí....i tambien de mí. O mas bien: no era una obra. En vez de un bosquejo hermoso, habia una fea caricatura. En vez de esa pájina despues de la cual el escritor se detiene satisfecho, salvo uno que otro lijero retoque para

perfeccionar el trabajo, no tenia yo mas que un borron informe.

¿Habré de ver en ello una advertencia de lo alto, imitar la sabiduria de Dédalo i decir con el poeta:

Tu quoque magnam
Partem opere in tanto, sineret amor, amica, haberes?

(Tambien tú, amiga mia, habrias tenido parte en tan grande obra, si el amor lo hubiera permitido).

Nó, quiero ser mas valiente.

¿Has estudiado alguna vez la naturaleza de la emocion: por ejemplo la del cirujano al hacer una operacion difícil; la emocion del abogado que alega en un juicio de que pende la fortuna o la vida de su cliente, i ademas el porvenir del abogado, la emocion del poeta que quiere ser coronado por la Academia Francesa; del aspirante a la redaccion principal de un gran diario; del colejial en vispera de un exámen; del jóven presentado a una rica heredera? En todo el que pasa por una prueba decisiva, hai dos grados en la emocion i dos efectos diametralmente opuestos uno a otro.

La emocion puede, si uno se abandona a ella, paralizar la mano del artífice, hacer tartamudear a un abogado, i poner bajo nuestra pluma respuestas de un ignorante o de un tonto, aunque seamos doctos e intelijentes. Bajo el golpe de la emocion, nuestro candidato matrimonial puede perder completamente la cabeza.... i tomar su sombrero ántes de terminada la tertulia para evitar la notificacion oficial de su fiasco.

Si, por el contrario, reaccionais contra la emocion, si os manteneis firme i le declarais perentoriamente que no os dejareis asonsar por ella, no quedará mas que lo necesario para daros mas vehemencia i labia, un granito de entusiasmo, esa especie de semiebriedad, que os hace elocuente, que desecha los pensamientos i las espresiones vulgares, que hace decir a los examinadores: «Hé aquí un muchacho que promete;» i a la jóven, interrogada por sus padres i prendada de esa mezcla de modestia vehemencia i de emocion comprimida: «No conozco a M. Victor (o M. Gontran); solo lo he visto algunas horas; pero, si sus apariencias no son engañosas, no me estrañaria que fuese el hombre que buscais para mí.»

Pues bien! Yo me hago fuerte contra mi emocion.

Sé que no he de poder suprimirla del todo. I, a decir la verdad, no lo deseo.

Si observais que tiembla mi voz, decid que tambien mi corazon tiembla i no os engañareis.

¿Cómo olvidar que hace veinte años, encontré una niña de quien ni el nombre siquiera habia oido pronunciar hasta entónces; que algunos amigos de ella i mios pensaron en que ella i yo podriamos entendernos; que algunas semanas, algunos meses quizas nos vimos, estudiamos—cuanto es posible estudiarse así;—que, despues de esta corta prueba, esa jóven puso su mano en la mia, que dejó por mi a sus padres i me ha aceptado, a mí, poco ántes desconocido para ella, para ser su introductor en la vida, el dueño i rei de su corazon, i en adelante el primero de sus pensamientos i de sus amores.

Fórjase uno a veces ideas estrañas sobre el matrimonio.

No hablo yo de ciertas señoritas para quienes casarse es sobretodo llamarse «Señora,» llevar pañuelos de cachemira, encajes i diamantes, salir sola, no obedecer al padre ni a la madre, i, a despecho de la lei divina i del artículo 213, llevar a su marido de la punta de la nariz, a veces arruinarlo con gastos locos.

Hablo de almas ménos bajas, pero mui distantes tambien de la verdad completa que no ven en el matrimonio sino una vida de adoracion mútua i perpétua, un paseo al traves de un campo delicioso, una especie de bienaventuranza anticipada, la edad de oro renovada.

Los i las que se forman esa idea del matrimonio se preparan mui crueles desencantos.

El matrimonio es como la virtud, como la relijion. No suprime ninguno de los sufrimientos que son la herencia comun de la humanidad. Solo sí nos ayuda poderosamente a sobrellevarlos.

Es la palabra de la Escritura.

«No es bueno que el hombre esté solo, dijo Dios, al crear a la mujer. Hagámosle una ayuda semejante a él.»

La esposa, en el sentido racional i cristiano de la palabra, es, pues, sobre todo una compañera que buscamos para hacer con mas valor i alegria esta jornada que se llama vida.

Seguramente entre dos hai mas fuerza para arrostrar los grandes golpes i esas menudas contrariedades que no nos faltan ningun dia.

Pero hai mas fuerza, con una sola condicion: a condicion de que esos dos corazones asociados no formen mas que uno solo, que marchen en la misma direccion, que los pensamientos del uno sean los pensamientos del otro.

De otro modo, comprendedlo bien, el efecto es diametralmente contrario.

Si, uncidos a un mismo carro, uno tira a la derecha, otro a la izquierda, el carro no avanza i los dos se ensangrientan la boca i el corazon por esos esfuerzos en sentidos opuestos.

Si, cuando la desgracia invade mi hogar, en vez de hallar en mi mujer esa resignacion serena, esos buenos consejos, esos tiernos consuelos, esa seguridad de que, con tal que le quede yo, ella se tiene por feliz, de que luchar contra la mala suerte no es pesado para ella con tal que luchemos juntos; si tengo que soportar, a mas del peso de la adversidad, las recriminaciones de Paulina, o por lo ménos sus lágrimas i sus quejas, si ella me hace ver que me amaba, pero me amaba con mis «circunstancias i dependencias,» es decir, rico, feliz, buen mozo, lleno de honores, que me ama un poco ménos ahora que estoi arruinado, enfermo, triste i calumniado...., el matrimonio, en lugar de serme un ausilio, me es un embarazo, una complicacion, una agravacion de los males,

---

Al ménos supongo yo que debe ser así. Porque he poseido siempre en mi casa, en ese *home* (hogar) que nunca se amará lo bastante, precisamente ese *cor conforme*, esos dos corazones que no forman mas que uno, ese *otro yo* que hace las penas ménos pesada i los goces mas vivos, ese confidente necesario, ese suplemento de mi propia conciencia....

Por poco que me haya ausentado de mi casa, aunque no sea mas que por algunas horas, al volver a ella no puedo ménos que decir: «He hecho esto, he hecho aquello.»

Se me escucha con la sonrisa en los labios i en los ojos i se me hace una relacion semejante de los pequeños incidentes que han ocurrido en mi hogar durante mi ausencia.

¿Quereis saber qué lugar ocupa en vuestro corazon esa jóven de hace veinte años? qué parte tiene con vos del peso de la vida?—Imajinaos por un instante que ella ha desaparecido de vuestra existencia, que quedais solo para sostener el peso.

Es un pensamiento en que no podriais deteneros mucho tiempo. Sentis que os da vértigo i como calofrios.

¡Oh, Dios mio, conservad largo tiempo al uno para el otro a estos dos esposos! ¿Qué seria acá en la tierra del uno sin el otro?

Cuando juzgueis que ya han concluido su peregrinacion en la tierra, tomadlos a ámbos i que, juntos, continúen en lo alto amándose en vos.

JUVENTUD,

Composicion leida en la conferencia literararia que tuvo lugar en Montevideo con el fin de socorrer a las victimas de la fiebre amarilla en Buenos Aires.

¡Oh, juventud! espléndida
Aurora de la vida!
Cuando brillante plácida,
Cuando fugaz querida,
¿Por qué meteoro rápido
Te quieres alejar?

Ayer, los rayos fúljidos
De su esplendor divino
De flores mil, purísimas,
Sembraban mi camino,
Cuando llevaba trémulo
Ofrendas a tu altar.

Su luz un sol magnífico
Brindaba a la pradera,
Al anchuroso piélago,
I al monte i la ribera;
Miéntra de gozo estático
Latia el corazon.

El aura entre los árboles
Mentia acentos suaves:
I con la voz armónica
De las pintadas aves,
En alas de los céfiros
Volaba mi cancion.

Sombra de forma anjélica
Al léjos divisada;
Dulce, ideal, bellísima
Vision, que se forjaba
El anheloso espíritu
En su ansiedad de amar,

I a la corona cándida
De azahar, que la ceñia,
Ora confiado, o tímido,
Mi anhelo, pretendia
Alzando tiernos cánticos
Laureles enlazar.

Sobre su frente púdica
Flotaba blanco velo;
En sus miradas lánguidas
Se divisaba un cielo,
Un cielo, que los ánjeles
Miraban con amor!

Do quier mis ojos ávidos
Seguíanla dichosos;
I arrebatada el ánima
Finjia deleitosos
Placeres mil quiméricos,
Con incansable ardor.

I, cual por darle pábulo,
Risueña, en lontananza,
De flores aromáticas
I bellas, la esperanza
Bordaba el velo májico
Del tardo porvenir.

¡Cuánta ilusion fantástica!
¡Cuánto soñar de amores!
Oscuros son i pálidos
Del sol los resplandores
Ante esos rayos fúljidos
Del alba del vivir!

¡Cómo en los pechos jóvenes
El corazon alienta!
Al ambicioso anhélito
Del jóven, se presenta
De nuestra vida el piélago
Cual delicioso Eden.

Do quier la suerte bríndale
Amor, fortuna, gloria,
Ya lleno de ardor bélico
Conquista la victoria
O bien coronas cívicas
Ornan su noble sien.

Ora arrastrando impávido
La furia del tirano,
Tribuno audaz, levántase,
I el pueblo soberano
De sus lábios proféticos
Escucha la verdad!

Huye el poder despótico
Vencido en noble guerra;
Unen fraternos vínculos
Los pueblos de la tierra;
I reina solo en su ámbito
La santa libertad!

Artista, anima mármoles
I lienzos inmortales;
O del creador espíritu
Hace brotar raudales,
Que esparce en dulces cánticos
Del mundo en la estension.

Ya trovador, las lágrimas
De todos los dolores,
Los sueños, las imájenes
De todos los amores,
Condensa en voces rítmicas,
I entona su cancion.

Ora siguiendo el vívido
Albor de noble idea,
Por el espacio etéreo
La mente se pasea,
Sedienta de lo incógnito
Sedienta de verdad!

Aspiraciones íntimas,
Anhelos inmortales,
Divinos, puros éxtasis,
Placeres ideales,
Del alma sois la túnica
En esa bella edad!

¿I he de perderte, májica,
Aurora de la vida?
¿Darásme acaso, pérfida,
Tu eterna despedida
Cuando en ardor volcánico
Se abrasa el corazon?

¡Que pueda, al ménos, déjame,
Grabarse en mi memoria!
En una blanca pájina

Escribiré la historia
De tanto sueño efímero
De amor i de ambicion.

Bellos aun despréndense
De mi cerebro ardiente:
¿No ves como magníficos
En torno de mi frente
Baten sus alas diáfanas
En rápido volar?

Deja que aspire el bálsamo
De mis postreras flores,
I al ánjel de mis últimos,
Mis únicos amores,
En un sublime cántico
Pueda inmortalizar!

Cuando entre nubes de ópalo
De nácar i de grana,
De colores riquísimos
Pintando mi mañana
Viniste, dias prósperos
Tu ardor me prometió.

De tus promesas cúmpleme
Una a lo ménos, una!
Fuiste de ellas tan pródiga,
Que a atar de la fortuna
La rueda instable i rápida
Pensé bastaba yo!

Si de mi suerte víctima
Conozco la amargura,
Jamas manché en la crápula
Tu blanca vestidura;
Ni al oro, ni a sus ídolos
Rendí mi corazon.

Siempre he guardado incólume
La savia de mi seno,
I en medio a la vorájine
Lo bello, fué i lo bueno
Mi suprema, mi única,
Mi ardiente aspiracion.

¿I he de perderte, espléndida
Luz, vida de la mia?
A las promesas crédulo
Del porvenir, un dia
Pensé yo que en un túmulo
Durmiéramos los dos!

Mas ya diviso lúgubres
De la otra edad las puertas;
I el tiempo, viejo bárbaro,
Me dice: «¡están abiertas....
«A la esperanza efímera
«Da tu postrer adios!»

GUILLERMO BLEST GANA.

EL PAPA

I LA ARISTOCRACIA ROMANA.

La aristocracia de Roma ha dirijido a todas las asociaciones i círculos católicos del mundo, una circular, felicitándolas por las numerosas muestras de adhesion que han dado a la Santa Sede, con motivo de la ocupacion de Roma.

Perteneciendo a un círculo católico que no ha sido de los últimos, ni de los ménos enérjicos en condenar los atentados del rei de Italia contra la persona i la autoridad del Santo Padre i contra la Ciudad Eterna, aceptamos la circular de los patricios romanos, no como una accion de gracias, sino como una felicitacion i una palabra de aliento.

Por lo demas, la circular tiene un alto significado. Ella importa la declaracion esplícita de la opinion de lo mas egrejio de la sociedad de Roma i una esperanza de que, predominando algun dia la voluntad soberana de los romanos sobre las ambiciones de los usurpadores, se restablezca en un término, talvez no lejano, el pacífico i liberal gobierno del Papa-Rei.

Hé aquí la circular:

A LAS SOCIEDADES I CÍRCULOS CATÓLICOS.

Los numerosos testimonios de vuestra profunda adhesion a la sagrada persona del Santo Padre i a los imprescriptibles derechos de la Santa Sede, han conmovido íntimamente los espíritus de los católicos de Roma, que bien conocen cuanto mas graves son sus deberes que los vuestros. Ellos, en una infinita mayoría, han sido siempre fieles en cumplirlos i con la ayuda del Señor están firmemente decididos a no

cambiar jamas. En prueba de ello, sirvan de testigo la historia del pasado i los hechos del presente, con tal de que no los desfiguren las pasiones i la mentira. Tanto el clero como los seculares, tanto la nobleza como el pueblo, tanto los hombres de ciencia como los de arte, sienten en alto grado la voz de su conciencia, de su gratitud i del verdadero amor a la patria. I si, en la presente situacion, no tienen otros medios que la protesta i las pruebas diarias de lealtad, no temiendo ni los sacrificios, ni los insultos, se unen de todo corazon a vosotros, i unánimemente elevan al Señor sus súplicas para ver acabada esta acerbísima prueba a que quiso someter su Iglesia i nuestra Roma, escojida por Dios para Sede de su representante sobre la tierra. Una oracion continua, una fé inconmovible i una esperanza firme, harán llegar mas temprano la hora de su misericordia.

Sigismundo, principe Chigi, presidente de la archicofradia de San Pedro en Roma.—Ermente, marques Cavalleti.—Francisco, marques de Cavalieti.—Mateo, marques Antici Mattei.—Tomas, principe Antici Mattei.—Don Felipe de los Duques Gallarati Scotti.—M. principe de Campagnano.—Marqueses Patrizi.—C. principe Aldobrandini.—Principe Rospigliosi.—Comendador Juan de Rossi.—Pedro Aldobrandini, principe de Sarsina.—Principe Clemente Altieri.—Principe Lancellotti.—Duque Pio Grazioli.—Camilo, principe Massimo.—Principe d'Arsoli.—Principe Orsini.—Marques Felipe Antici Mattei.—Principe Enrique Barberini.—Mauricio de los Marqueses Cavalletti.—Principe de Viano.—Francisco, marques Serlupi.—Principe Justiniano Bandini.—José Macchi, conde de Cellere.—Baltazar, principe Boncompagni.—Eujenio de los principes Ruspoli.—Anibal, conde Moroni.—Principe Juan Ruspoli.—Principe Livio Odescalchi.—Cárlos, conde Cardelli.—Juan de los principes Chigi.—Javier, marques de Lavaggi.—Comendador Ejidio Datti.—Duque José Caffarelli.—Conde Francisco Senni.—Cav. Pedro profesor Gagliardi.—Profesor Ignacio Jacometti.—Baron P. E. Visconti.—P. Angelo Secchi de C. G.—Marques Luis Serlupi Crescenzi.—Marques Angelo Vitelleschi.—Profesor Juan María Benzoni.—Marques Juan Lepri.—Duque Alfonso Theodoli.—Principe Marco-Antonio Borghese.—Duque Scipioni Salviati.—Pio, marques Capranica.—Alejandro Caprani.—Marques Urbano Sacchetti.—Felipe, conde Cini.—Marques Camilo Sacchetti.—Virjinio, conde Vespignani.

¡¡DESCONSUELO!!

—Hermoso jóven: ¿qué tienes?
¿En qué tan triste meditas,
Tu frente al suelo inclinada
Fija i lánguida la vista?

Están llorosos tus ojos,
Pálida está tu mejilla:
¿Acaso el dolor ya en ellos
Dejó su huella maldita?

¿Acaso ya el desengaño
Llevó a tu alma el acíbar,
I donde hallar creiste flores
Solo hallaste las espinas?

Deja, oh jóven, los pesares,
Deja, oh jóven las desdichas
Que a otras almas atormenten,
Que persigan a otras víctimas.

I respeten la inocencia,
Perdonen la edad florida;
Que es triste en tu edad, oh jóven,
No conocer la alegría.

—Ah! es triste que a mi edad
Ya haya perdido la dicha!
Ah! es triste que a mis ojos
No tenga encantos la vida!

—¿Tamaño dolor, oh jóven,
Tu existencia martiriza?
—¡Pluguiera a Dios ahora mismo
Acabar mi triste vida!

Quince años que el alma adora,
Quince años há que acaricia
Un ideal que se torna
Debil sombra fujitiva:

Una mujer que del cielo
Pareciera descendida,
Mas pura que las estrellas,
Mas que los ánjeles linda;

Una mujer que comprenda
Cual yo comprendo la dicha,
I de dos almas la encuentre
Solamente en la armonía;

Una mujer que el lenguaje
De las lágrimas conciba,
I sepa leer en mi alma
Las afecciones mas íntimas;

Una mujer que deliro
Por mirar la mar bravia,
I que a sus plantas las olas
Oiga rujir, con delicia;

O bien un débil esquife
Bogando en la mar tranquila,
A la luz de hermosa luna
Alce tiernas melodias;

Que encuentre un dulce placer
Si la tempestad se ajita,
O si en las lóbregas noches
Furiosos los vientos silban;

Que encuentre mucho de grande
Del mar en la inmensa orilla,
Mucho de bello en los cielos
En noche serena i límpia;

Una mujer que del mar
En la estension infinita,
Del cielo en las vastas bóvedas
I en las tempestades mismas,

Encuentre el nombre de Dios,
Encuentre su imájen fija,
I el nombre mio allí encuentre
Junto al Dios que santifica,

I esos nombres en su pecho
Grabados tambien existan,
I con amor los repase
I con amor los bendiga....

—Basta, oh jóven, que comprendo
Que es mui grande tu desdicha:
Mujeres como las buscas
No encontrarás en la vida;

Ese ideal que persigues
Existe en tu fantasia,
No en la tierra....que los ángeles
Aquí en la tierra no habitan.

Junio 10 de 1871.

CELSO VÍCTOR CÁCERES.

PROEZAS DE LOS SOCIALISTAS.

Segun las últimas noticias de Europa, continuan en la pobre Francia los estragos de la guerra civil mas desastrosa. Los comunistas siguen su obra de destruccion i esterminio. Pero a pesar de los esfuerzos supremos de esos hombres funestos, apesar de los ausilios que puede darle *la internacional*, no pueden ménos de sucumbir o someterse.

Todos los periódicos, todas las correspondencias dan los detalles mas horribles de los excesos cometidos por la turba desenfrenada de socialistas i republicanos rojos, en Paris.

¡Qué paz, que órden, que moralidad reina bajo el dominio de los hombres sin creencias, sin Dios, de los hombres que para robar cuanto la Iglesia posee con los mas justos títulos, *separan la Iglesia del Estado!*

Esos son los racionalistas puros.

El siguiente relato de una de las muchas pesquisas practicadas en Paris, hace comprender hasta dónde pueden llegar los hombres que así atropellan un tan sagrado asilo como el de las *Hermanitas de los Pobres*.

La institucion de Hermanitas de los Pobres tiene por mision cuidar de los asilos de ancianos, para cuya subsistencia van de puerta en puerta pidiendo limosna, i ellas, las Hermanitas, se alimentan con la comida que sobra a los pobres. Pues bien, uno de esos venerandos asilos fué rejistrado con el objeto de apoderarse de los tesoros que suponian poseer las pobres Hermanitas de los Pobres.

¡Cómo saben respetar los comunistas los asilos de caridad i las personas que se sacrifican por ellos!—Asilos i personas respetadas i veneradas por los mismos turcos; asilos i personas que estamos ciertos que respetarian los *socialistas de la Pampa*.

Hé aquí el relato a que nos referimos, trascrito de la *Mala de Europa* fecha 20 de abril:

«UNA PESQUISA DOMICILIARIA EN PARIS.

Tambien algunas comunidades de relijiosas han sido objeto de pesquisas domiciliarias en Paris.

Hé aquí como se llevó a efecto una en los establecimientos de las *hermanitas de los pobres*.

Un tiro es, como nadie ignora, la señal con que se anuncian los reconocimientos que en la actualidad se verifican. Toda la comunidad quedó sobrecojida de espanto; difundióse el terror por todo ese sagrado asilo. Abriéronse las puertas i al punto precipitáronse dentro del establecimiento con gran alboroto unos cien hombres en actitud amenazadora. El oficial, sobre todo, es

el que se mostraba mas exaltado i furioso.

—Cerrad las puertas, esclamó, poned centinelas, i si cualquiera de estas mujeres trata de salir de aquí fusiladla.

La superiora del establecimiento se hallaba allí. El jefe usando con ella el mismo tono con que hablaba a sus subordinados i que no admite réplica, díjole que queria rejistrar la caja del dinero.

La superiora acompañóle con toda serenidad a donde tenia la cómoda, i le puso de manifiesto los tesoros que poseia la comunidad.

No sé la cantidad que allí habria, pero lo cierto es que el capitan se pasmó de que fuese tan escasa.

—¿No teneis nada mas que eso? preguntó con aire escrudiñador i de desconfianza.

—Nada mas, respondió la superiora; esto es todo cuanto poseemos; las Hermanitas viven de los recursos que se proporcionan cada dia. Por lo demas, caballero, podeis rejistrarlo todo.

El capitan no rehusó hacerlo i la superiora le acompañó a recorrer todo el establecimiento.

Era de noche, como hemos dicho ya. Los ancianos que habian en él estaban acostándose i otros estaban acostados ya. Al entrar en el dormitorio, el capitan oyó un concierto que de seguro no esperaba. De todos lados partian esclamaciones i súplicas i a la vez denuestos i maldiciones.

—¿Qué quereis hacer a nuestras buenas Hermanitas? oíase esclamar, esto es indigno, es vergonzoso; sois unos villanos. Caballero, ¿qué será de nosotros si nos las arrebatais?

Las pobres Hermanitas estaban fuera de sí; i varios de los infelices que allí habia lloraban. El capitan llegó a enternecerse i procuró tranquilizar a todo el mundo.

—No temais, amigos mios, ningun daño haremos a las Hermanitas, dijo; i continuó espresándose en términos parecidos a estos i a medida que iba hablando redoblaba sus promesas i contraia cada vez mas compromisos. Al fin se detuvo i dijo a la superiora:

—Hermana, os habeis olvidado de cerrar la cómoda.

—Es verdad, caballero, contestó la superiora; pero no tengo costumbre de cerrarla. Como comprendeis, esto es por demas aquí en este establecimiento.

—No importa, no importa, respondió el capitan, vale mas cerrarla; yo no conozco a todos esos hombres que han venido conmigo.

I corrió en seguida a cerrar la cómoda sin tocar nada de ella, i entregó la llave a la superiora. Estaba conmovido i aplacado de todo punto, i no pudo abstenerse de decir:

—Yo no sabia lo que eran las Hermanitas; es mucho el bien que haceis.... dedicar de esa manera vuestros desvelos a estos pobres ancianos....

Al ver que el capitan demostraba tanta amabilidad, una de las Hermanitas que mas se espantaron al principio, atrevióse a acercarse a él i a decirle con toda candidez:

—Señor oficial, tenemos mucho miedo. Se nos ha dicho que los rojos querian venir aquí a practicar un rejistro. ¿No es verdad que nos protejereis?

—Sí, sí, respondió el capitan; dadme la mano, continuó alargando la suya; yo os prometo que si álguien trata de molestaros tendrá que habérselas conmigo.

La superiora invitó a los guardias nacionales a tomar algun refresco, i algunos tan solo admitieron el ofrecimiento. En seguida marcháronse todos con aire mui distinto de la actitud con que habian entrado.

Contenido de este número.

I.—Dos meses de vacaciones, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
II.—Malos agüeross, poesía, por Cárlos Walker Martínez.
III.—La fuente del valle, poesía, por Enrique del Solar,
IV.—La esposa.
V.—Juventud, poesía, por Guillermo Blest Gana.
VI.—El Papa i la aristocracia romana.
VII.—Desconsuelo, poesía, por Celso Victor Cáceres.
VIII.—Proezas de los socialistas.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, junio 18 de 1871. Núm. 194.

UNA ADVERTENCIA.

Hemos recibido de Concepcion una composicion en verso anónima, pidiéndosenos su publicacion en estas columnas.

Para que no crea el autor de dicha composicion que lo desairamos i para que llegue a conocimiento de todos, advertimos que hemos resuelto no publicar ningun trabajo anónimo sin que sepamos el nombre de su autor, no para publicarlo junto con la composicion, sino a fin de que nos sirva de resguardo para casos que ya nos han ocurrido.

DOS MESES DE VACACIONES.

(Conclusion.)

XI.

EL CERRO DE LA YERBA-BUENA.

El mes de febrero estaba al terminar; los dias se escurrian como anguilas dentro de un cesto; el adusto marzo se avanzaba *piano, pianissimo*, con su cara de *calepino*; pobres colejiales! se acercaba la época del gran rodeo: las matemáticas i el latin, la gramática i la historia, los códigos i el derecho, asomaban ya sus empolvadas narices; dentro de poco seria preciso decir adios al campo i a sus delicias, para volver de nuevo a romperse los sesos con el *quis vel quid*, el *quorum quorumcumque*, el $a+b-c^2=x-q$ i con la eterna matraca, de *la lei tanto, del artículo cuanto, de la Novísima Recopilacion*. ¡Ai! mi sueño hasta entónces tranquilo, principió a ser interrumpido por continuos sobresaltos: ya era la cascada voz de un *magister* que me hacia despertar azorado, ya una bola negra, que un inflexible examinador, con mano de hierro, se aprontaba a echar dentro de la urna fatal; ya veia bedeles i porteros, cédulas i papel sellado, escribanos i procuradores, pleitistas amanuenses, ministriles i receptores, leguleyos i tinterillos i una caterva en fin de bribones i desalmados, hombres sin fé, ni conciencia, verdaderas sanguijuelas del honor, de la reputacion i del haber del prójimo. Mi salud como es natural, se resintió estraordinariamente; comencé a ponerme amarillo como un pergamino viejo, largo como una flauta, delgado como un espárrago; en vano era que le menudease a la cascarilla i a los tónicos, el mal estaba en el espíritu i no el estómago. Era pues preciso buscar distracciones, mudar de temperamento, cambiar de residencia; con todo, ántes de abandonar aquellos sitios, mudos testigos de mis alegrías i de mis penas, resolví hacer una última espedicion, cuyo objeto seria visitar las minas de Naltagua i luego trepar a la cumbre de la Yerbabuena, elevado cerro, cuya cresta blanquea a veces con las nieves del invierno o verdeguea casi siempre con los vivísimos matices del pasto i de las flores. Este viaje meditado, resuelto i preparado en una noche, se efectuó al dia siguiente en medio de percances e incidentes, cuyo relato, espero te habrá de agradar, lector.

Deseando aprovechar la *fresca*, partí mui temprano en compañía de Alberto, Enrique, Arsenio i de Clemente, uno de los vaqueros mas conocedores del cerro, me acompañaban tambien los dos perros, guardianes inseparables en mis escursiones por la hacienda; asi dispuestos, con las alforjas bien provistas i repletas, contentos i alegres nos pusimos en camino, en medio de las aclamaciones de los que desde los corredores de las casas nos saludaban con los pañuelos, deseándonos un feliz regreso. Yo iba, caballero en un macho trotador; no entraré a discutir el porqué de mi ocurrencia de tomar por cabalgadura a este animalito de largas orejas, cuya bondad para lo que es encimar cerros i salvar la-

deras i precipicios, es por demas de todos reconocida i bien probada. Grande fué la algazara que formaron los peones de las eras, al ver desfilar nuestra caravana i al saber el objeto de la espedicion.

—Buen viaje!

—Cuidado con la princesa encantada!

—Que no se les desbarranquen las bestias en el despeñadero.

—Eh, compadre Clemente, hoi no es dia para subir a la Yerba-buena.

—Vuélvanse, patroncitos, van a tener un calor insoportable, ¿no ven lo despejada que está la costa? ni una gota de aire va a soplar en todo el dia.

—Hasta la vista! hasta la vista! repetimos en coro, alejándonos al trote.

Las primeras horas trascurrieron sin novedad. A las ocho, haciamos alto en la «Araucana,» mina de cobre en actual laboreo; el mayordomo se ofreció a acompañarme i servirme de guia en la esploracion que premeditaba; acepté su invitacion. Preparadas las linternas, me despedí de los niños que agrupados en la boca, contemplaban admirados ese negro abismo cuyas entrañas iba a recorrer. Comenzamos a bajar; el mayordomo marchaba adelante i un barretero a mis espaldas; la entrada dejaba pasar un hilo de luz que apénas llegaba hasta nosotros; los niños estaban todavía ahí haciendo señas con sus mantas i sus sombreros.—Adios, Ruperto! gritaron por última vez.—Adios! adios! contestaron por largo tiempo las rocas, rechazando i repitiendo aquellas palabras, perdidos ecos del mundo de los vivos. Quedamos casi a oscuras: las linternas derramaban en torno una pálida i macilenta vislumbre que se proyectaba, jugueteaba i se perdia entre los resquicios i profundidades de la montaña; nuestras sombras, como jigantes, se abajaban, se alzaban, se movian, parecian otros seres, otros nosotros mismos que corrian adelante i que no podiamos alcanzar; las húmedas bóvedas relumbraban i refractaban mil caprichosas figuras; las gotas de agua, como diamantes, tapizaban las paredes, deslizándose lentamente por un lecho de perlas. I seguiamos nuestro peligroso descenso, agarrándonos de los peñascos, descolgándonos por endebles palos cubiertos de pisaderas, donde apénas si el pié encontraba un punto de apoyo. En silencio admiraba aquella especie de ciudad subterránea, aquel laberinto de calles i de encrucijadas.

—Aquí, decia el mayordomo señalándome un recorte, aquí tuvimos un brillante alcance; ahí se broceó la veta; allá se encontraron algunas manchas de plata.

—¡Cuidado! esclamaba el barretero, tuerza a la derecha, agárrese de mis piernas, apóyese en aquel peñasco; este pique tiene mas de quince varas, un descuido i.... no volveriamos a ver el sol.

—Alumbra Juan, muéstrale ese filon.

—Qué hermosas piedras! qué verde tan lindo.

—Guarda arriba! gritó una voz, esconderse hácia la izquierda! el fuego está en la mecha!

—Es un tiro! esclamó el mayordomo.

Nos precipitamos en la direccion indicada; quedamos casi tendidos, resguardados por un peñasco saliente. Trascurrieron algunos segundos. Oh! qué estruendo santo Dios! parecia que se venia abajo el cerro entero: las piedras saltaron estrellándose contra las paredes, desgajando otras i luego rodando en la profundidad. Quedé medio sordo, los oidos me campanillcaban.

—Ah del pique! gritó el barretero, podemos bajar?

—Si, avancen no mas!

Cinco minutos despues estábamos en el fondo de la mina. Rendido, traspirando i casi sin aliento, me recosté sobre un peñasco.

Nuestro descenso habia sido rápido, habiamos recorrido mas de ciento cincuenta varas. Pasaron algunos minutos, las linternas humeaban fijadas en la bóveda; un minero ahondaba un nuevo tiro, su respiracion acompasada, violenta, resonaba al compas de los golpes del combo; el mayordomo examinaba los *capachos* llenos de metal; el barretero saboreaba un cigarrillo; yo meditaba. Oh! aquella atmósfera húmeda, negra, vidriosa, metálica, azufrada, tenia algo de mortífero, algo de hedor a sepultura; el hielo que ahí se esperimentaba debia ser como el que rodea al cadáver en su féretro, al esqueleto en su fosa; el lienzo de tinieblas que nos circundaba, eran como pliegues de ese manto impenetrable con que nos pintan la inmensidad; el silencio era mas que imponente, aterrador, lúgubre, mortuorio; las linternas seguian humeando, sus mechas aceitosas chispo-

rroteaban, las llamas lamian la piedra con el mismo apagado ruido con que el gusano se pasea por entre las rajaduras de los ataudes; las pavesas brillaban como los ojos candentes de un monstruo invisible.

—Partamos! dije a los mineros, necesito respirar el aire libre.

Principiamos a subir despacio i con precaucion, era menester andar a tientas pues el camino era sumamente resbaladizo. Los primeros destellos de la claridad del dia principiaron a iluminar las piedras azulejas i amarillentas, parecia como si estuviese amaneciendo; la boca de la mina, cual un sol apareció sobre nuestras cabezas; los rayos luminosos entraban a torrentes ¡qué hermoso golpe de vista! las tinieblas profundas, densas, horribles a nuestros piés, i la luz vivificadora, centellante, espléndida, luchando a brazo partido i como disputando palmo a palmo su imperio a la noche i a la oscuridad.

—Ya vuelven! ya vuelven! gritaron los niños.

—Alberto! Enrique! Arsenio! les contesté yo, queria nombrarlos a los tres, tenia ansias de volverlos a estrechar entre mis brazos.

Nuestra aparicion sobre la tierra, fué saludada con gritos de júbilo i con los insesantes ladridos de los perros, que no se cansaban de saltar i de brincar en mi alrededor. Ibamos a seguir nuestra marcha.

—Vamos ántes a ver la piedra iman, dijo el mayordomo.

Entre unos tupidos cardos i espinos, se alzaba un gran peñasco.

—Esa es! aguárdense Uds., es menester pillarla durmiendo, pues una vez despierta, ni con cien combazos conseguiríamos romperle ni un canto.

Asestó el primer golpe; algunos pedazos saltaron por el suelo; la piedra en un instante se cubrió de cerdas espesas i apretadas de menuda arena; acercando un cuchillo o una navaja, las cerdas seguian todos sus movimientos; algunas agujas traidas por el mayordomo, corrian a clavarse en el peñasco, desde una distancia de tres a cuatro centimetros. Aquel iman natural, era pues bastante poderoso, solo pudimos recojer los primeros pedazos; despues, como lo habia dicho el mayordomo, fué imposible romper ni uno solo, apesar de los combazos que menudeamos a mas i mejor.

«Dejamos la mina «Araucana.» A las 9 ½, encontramos en una profunda quebrada, unas grandes rocas, segun nos dijo el vaquero, ahí moraba la princesa encantada de que nos habian hablado los peones de las eras; quise averiguar el porqué de esa creencia, se me ocurrió dar un grito; acababa de encontrar la llave del enigma: el tal encanto no era otra cosa que un ecos pero un eco tan perfecto, que repetia hasta tres silabas seguidas, pronunciándolas con tanta claridad i con tanta fuerza, como si hubiese tras el peñasco alguno que se entrenia en remedar a los que gritábamos del otro lado de la quebrada. El vaquero se quedó boquiabierto al oir hablar a la princesa encantada. A las diez, llegamos a las «peñas agujereadas», son éstos unos grandes peñascos plomisos i arenosos, perforados por el centro, con unos agujeros redondos con mas de un decimetro de diámetro; no dejan de ser curiosas las tales peñas. A las once, llegamos por fin a la cumbre, ¡qué vista tan linda! Santiago, Melipilla, Talagante, San Mignel, San Francisco del Monte, Malloco, Peñaflor, la isla de Maipo, Valdivia, Aculeo, Lonquen, Viluco, Maipo, Buin, San Javier, San Antonio, el Cármen, todo lo dominábamos, todo lo veiamos a nuestros piés; las cordilleras parecian estar al mismo nivel que nosotros, las contemplábamos frente a frente; las aguas del estero de la Angostura, del Maipo, del Mapocho, relumbraban como cintas de plata por entre los campos; la laguna de Aculeo aparecia en todo su esplendor, con sus hermosas islas i sus bosques, que veiamos como los rastros que deja el pincel en un lienzo. Comenzamos a recojer cardos i ramas de espinos; minutos despues una gran fogata ardia en los peñascos mas encumbrados. A las doce, acampábamos bajo un corpulento peumo; en torno se estendia un tupido bosque de guayacanes, boldos, quillayes, litres, trebol, algarrobos i espinos; los *triles* i los *chirigües* repiqueteaban en los cogollos; una vertiente murmuraba entre los coliguales; el viento en remolinos silbaba arrastrando torbellinos de hojas secas. Nuestro almuerzo fué frugal pero el apetito soberbio. Siguióse una siesta reverenda; los niños hicieron de sus monturas excelentes camas: el vaquero se arrellenó tambien en la suya; los perros se acurrucaron entre las matas de romero i de *corecol*, los caballos se rego-

deaban con el musgo i la *chépica* de la vertiente i el macho se estiraba i revolcaba que daba gusto. Yo quedé de centinela, los niños dormian. ¡Ah! ellos no sabian que dormir en aquellos momentos, era perder uno de los cuadros mas grandiosos, ellos no comprendian cuanto podia gozar el espíritu i el corazon en medio de aquella soledad, aquel silencio imponente i lleno de elocuencia al mismo tiempo. ¿Qué hice durante esas tres horas?.... pregúntaselo, lector, a esos árboles seculares que nos cobijaban con su sombra, pregúntaselo al viento que ajitaba las ramas i se estrellaba contra los envejecidos troncos, ellos me vieron, ellos podrán hablar....

Mi reloj marcó las tres i media.

—Arriba! grité, arriba Alberto! despierta Pochocho! levántate Pelusa!

Los perros saltaron con la nariz al viento, husmeando en todas direcciones.

—Cómetelo Centinela! agárralo Alerta!

Estos gritos acabaron de despertar a los dormilones que se esperezaban i bostezaban estirando brazos i piernas, mirando con tantos ojos en su alrededor, creyéndose en las casas, sin acordarse que acababan de dormir en la morada de las águilas i de los cóndores.

—¡Arriba flojonazos!

La mesa se las tenia preparada, en ella rivalizaban a porfia el durazno zaragoza, el *abollado* i el *prisco*, las ricas peras, los hermosos *guillabés*, los *cóbiles* ya en sazon i el maduro máqui; nada digo de las apetitosas tajadas de jamon, de la sabrosa gallina fiambre, ni del aromático chacolí moscatel, ni mucho ménos haré mencion del esponjado pan blanco; baste saber, que por mesa teniamos el suelo i por manteles, la verde grama i la fragante yerbabuena.

A las cuatro, deciamos adios a aquel lindo lugar; nos detuvimos a contemplar la laguna por la última vez, dimos una postrera mirada al peumo, a la vertiente i al bosque i partimos con direccion a la hacienda. A las seis, nos demontábamos en la mina de plata; es éste un famoso venero que ha dado muchos miles a sus poseedores; ahora está abandonado, nadie lo trabaja, las casas están desplomadas, los techos hundidos, ¡quién sabe cuánto caudal no habrá ahi encerrado! A las siete, nos apeábamos en la mina del «Buitre:» hace dos años visité esta misma mina, entónces no encontré alma viviente i sinembargo, los tizones estaban ardiendo en el fogon i un gran perol de frejoles desparramado en las cenizas; esta vez tampoco encontramos a nadie, pero el metal estaba apilado en la cancha, los combos tirados por el suelo, el fuelle i los carbones en la fragua, el yunque i los martillos en su sitio, las barretas, linternas, tenazas en torno de la ramada, sinembargo, el polvorin estaba vacío, las casas abandonadas, las puertas i ventanas arrancadas. Volvimos a ponernos en marcha. A las ocho galopábamos en el plan. La yerba-buena quedaba a nuestras espaldas, la noche comenzaba a envolver sus riscos i sus abismos entre los pliegues de su manto.

—¡Ave María! esclamó el vaquero mirando hácia la cumbre, buenos los patroncitos para trepar el montoncito de tierra!

Media hora mas tarde, entrábamos al patio de las casas i yo daba el último espuelazo al macho, en medio de las risas i esclamaciones de los que habian salido a recibir i dar la bien venida a los atrevidos esploradores.

XII.

A VUELO DE PÁJARO.

—Cauquenes! gritó el conductor en la puerta del carro; era la estacion que marcaba mi boleto de pasaje. Es el caso, lector, que como lo indica el título de este capítulo, tenemos que ir a escape, te supongo ya cansado con estos largos apuntes, quiero por tanto abreviar i que llegue cuanto ántes el momento de entintar por última vez mi pluma. No estrañes pues el salto que hemos dado, solo ha sido de lugar pero no de tiempo, puesto que mi diario señala el dos de marzo. Mi viaje a Cauquenes tenia por objeto emprender una espedicion al interior de la cordillera. En compañía de varios amigos, bien provistos de armas i de municiones i con una buena jauria de perros, íbamos a perseguir a los guanacos que abundan en los pintorescos cajones de aquellas fragosas cerranias. Sinembargo, la fatalidad quiso que todos nuestros planes se frustrasen, los obstáculos se acumulaban como por encanto, no hubo mas remedio que desistir de la tan soñada i deseada caceria. Pero, yo no podia conformarme de haber venido espresamente de Santiago, para quedarme luego a

la luna de Valencia; resolví pues aprovechar del mejor modo, los pocos dias que aun faltaban para terminar mis vacaciones; de Cauquenes partí para la Requinoa, luego visité a Rengo i por último las haciendas de Camarico i de Mendoza. Inútil me parece decir, que en todas partes fui recibido en palmitas, recompensando la sorpresa que les causaba mi repentina aparicion, con la mas benévola i cariñosa acojida.

Mas, yo era un meteoro, no podia detenerme, mis visitas, como las de médicos, eran medidas i por reloj; los pueblos i los campos pasaban por mi vista, como habian pasado otros muchos, a la manera de un panorama en que las pinturas se suceden unas a otras, no dejando mas impresion, que la vana sombra, que por algunos instantes queda proyectada en la retina del ojo.

Llegó por fin el 6 de marzo. A las 5 i media P. M., el bramido de la máquina i el retintin de su campana, me anunció que acababa de poner punto final a mis vacaciones.

—Ah! me dije a mi mismo al volver a pisar los umbrales de mi casa ¡cuán cierto es que las afecciones del corazon nunca perecen i que léjos de minorarse con la ausencia, esas afecciones cada dia mas se arraigan i se encienden!

En medio de todas aquellas distracciones, en medio de toda aquella variedad de paisajes, de personas i de cosas, mi alma habia permanecido siempre triste i preocupada, un recuerdo, un dulce recuerdo la habia dominado sin cesar....Lector, mi pluma enmudece, ella se resiste a trazar caractéres que nadie sino a mi pueden interesar; una cosa sinembargo puedo decir al concluir: en todos aquellos sitios, en las quebradas, en los cerros, en los árboles, en las rocas, en el océano, en la luna, en las estrellas, en el cielo, en todas partes en fin, he encontrado siempre grabado, lo que la niña de las flores, me hizo notar una tarde en las peñas del Algarrobo.

Alfonso, Ernesto, Antonio, creo haber llenado mi compromiso, pues aunque faltan cinco dias para terminar las dos meses que me propuse describir, me veo en la imposibilidad de estampar lo que desde el 6 hasta el 11, consigné por un momento en mi cartera; eso pertenece a los secretos íntimos del corazon, esas pájinas deben quedar ahí ocultas i escondidas, no quiero corran la misma suerte que tantas otras que han brotado de mi pluma, para ir luego a perderse en los abismos de la indiferencia i del olvido; perezcan pues estas como aquellas, devórelas i consúmalas el fuego, arrastre el viento sus cenizas i desaparezcan en fin, como uno de tantos suspiros, que brotando del alma, han ido a morir en el vacío, sin hallar eco en parte alguna.

Santiago, abril 11 de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA VESTAL AMERICANA.

I.

Hoi tan solo entre las ruinas
Algunos fragmentos yacen
De los templos que se alzaron
Allá en remotas edades

En las islas pintorescas
Que entre bosques de arrayanes
Acaricia el Titicaca
Con sus trémulos cristales.

Hoi solitario está el templo,
Derribados los altares,
I en pedazos los antiguos
Muros de mármol i jazpe.

No ya cuando en el oriente
El sol espléndido nace
Esmaltando con sus rayos
Los perfiles de los Andes,

Saludan su aparicion
En conciertos virjinales
Mil doncellas consagradas
A tributarle homenaje;

Ni ya cuando muere el dia
En los brazos de la tarde
Sus relijiosas plegarias
Pueblan la rejion del aire.

En lugar de hermosas flores
Crecen las zarzas salvajes,

I en los jardines desiertos
Ya no suspiran las aves.

Todo es hoi tristeza i luto
En los derruidos altares,
En los patios silenciosos
I en el solitario valle,

Donde un dia las antiguas
Americanas Vestales
Se consagraron al Sol,
Que es del universo padre!

¡Cómo a meditar convidan
Sus profundas soledades!
¡I cuánto lastima el alma
Entre esas ruinas jigantes

Volver la vista hácia atras
I recorrer los anales
De la historia americana
Manchada con tanta sangre!

¡Qué de siglos han pasado
Sobre esas ruinas! ¡cuán grandes
Acontecimientos! ¡cuántas
Jeneraciones i edades!

¡Cuántas anexas a ellas
Tradiciones populares
Que han conservado los siglos
Con respeto inalterable!

En esas islas nacieron,
Acaso diez siglos hace,
Los nobles hijos de Manco;
En ella el rico, pujante,

Predominio de los Incas
Tuvo orijen; los anales
De la historia americana,
Que aun entre las sombras yacen,

Tienen sus primeras pájinas
Guardadas entre sus mármoles,
Tosca construccion de un tiempo
Lejano, oscuro i salvaje!

¡Oh! i en las tardes de estio
Cuán hermoso es el paisaje
Que ofrece el lago, al encanto
De sombras crepusculares!

Entre sus ondas azules
Aparecen desiguales
Cien islas; a la distancia
Como formándole márjen,

Se divisa la estupenda
Cordillera de los Andes,
Vestida de eterna nieve,
Coronada de volcanes;

I mas allá, bajo un cielo
De terso, azulado esmalte,
Se vé la pálida luna
De las cumbres levantarse!

Nuevo aspecto toma entónces
El delicioso paisaje
Alumbrado por sus rayos,
Que un nuevo encanto le traen;

Reina una calma sublime;
Las profundas soledades
Se hacen mas tristes, las luces
De los astros mas suaves;

I se oye un eco en el lago
Melancólico i errante
Que repercute en el alma
Con armonia inefable!....

II.

¡Ai, de la tórtola triste
Cautiva en estrechas rejas!
¡Ai, de la estrella brillante
Velada por nubes negras!

Mal hizo Huaina Capac
Cuando encerró por la fuerza
En el convento del Sol
A la hija del Misti bella!

No eran, nó, sus lindos ojos
Para ocultarse en la yerta
Soledad del templo oscura
I horfandad del claustro austera;

No eran sus dulces hechizos
Para esconder su belleza
Léjos del mundo, entre muros,
I en una roca desierta!

Mal en los sagrados cánticos
Entre armonías severas
Resonará la armonía
De sus solitarias quejas!....

No nació el ave del bosque
Para vivir entre rejas,
Ni la ardiente hija del Misti
Para soledad eterna!

¡Oh! i la encerraron tiranos
Porque entre las niñas era
La mas hermosa de todas,
La joya de mas riqueza!

El sacerdote del Sol
Tenia una alma de fiera
Cuando ordenó que en el claustro
La escondieran sin clemencia.

En nombre del cielo habló!....
Mas, si su intencion fué buena,
Cuando inclemente insistia
Tenia una alma de fiera!

Ella lloró; pero, en vano!
Las leyes eran severas,
Inflexible el sacerdote
I la sentencia tremenda!

Quince años no mas contaba
I al amor abria apénas
En alas de su esperanza
Su alma entusiasta i risueña....

I apénas del mundo alegre
Pisaba la incierta senda
Cuando mataron en su alma
Las glorias mas lisonjeras!

—

Talvez no sabia él Inca
Que con la horrible sentencia
De guardarla entre murallas
I encerrarla prisionera,

La arrancaban de los brazos
De uno, que en horas mas bellas
Gozara de sus encantos
Seguro de sus promesas.

Texpi, el valiente guerrero,
La vió una tarde en la selva,
I desde entónces cautivo
De amor entre las cadenas,

No vivió sino en los sueños
De esperanzas hechiceras,
Siempre por ella latiendo,
I suspirando por ella.

Así vibraron unidas
Esas dos almas jemelas,
Como dos dulces jemidos
Que arranca una misma cuerda.

¡Cuánto amor! ¡cuántas caricias
Entre las sombras secretas,
Que solo oyeron los astros
En largas noches serenas!

¡Ai! I no sabia el Inca
Que pasion tan casta i tierna
No era posible arrancar
Sin arrancar la existencia!

—

Mui tiranas son las leyes;
Pero, aunque tiranas sean,
Malhaya quien las aplica
En una ocasion tan negra!

Fué el dia en que la encerraron
De llanto i de amargas quejas,
Doliente la ceremonia,
Melancólica la fiesta.

De los himnos relijiosos
La monótona cadencia
Luto trajeron a el alma
De la infeliz prisionera;

I hielo horrible de muerte
Los tristes votos que hiciera
Al pié del altar postrada
I en llanto amargo deshecha!

En manos del gran Pontífice
Juró reclusion perpétua
I al Sol consagró los dias
De su infeliz existencia....

Al Sol, padre de su raza!
¡Oh! ¡Cuánto mas le valiera
Nacer en esfera humilde
I no en cuna tan excelsa!

III.

Con murmullo melancólico
Las ondas del Titicaca
Al pié del templo rompian
Sus espumas arjentadas,

De tal manera que el claustro
De las vírjenes sagradas
Enclavado parecia
En el seno de las aguas.

Era por demas hermosa
La situacion de esa casa
A los ojos escondida
De la multitud profana;

Pero, aunque hermosa, tan triste,
Que mirada a la distancia
Mas que mansion de vivientes,
Mas que un templo asemejaba

Una inmensa sepultura,
Apartada i solitaria,
De otro mundo silencioso,
De otra edad desventurada!

Nunca llegaba allí un ruido,
Nunca mas voces humanas
Que los cantos melancólicos
De las tristes encerradas:

I si alguna vez el lago
Cruzaba una frájil barca
Era una nueva cautiva
Al encierro destinada.

Ni un pescador, ni un viajero...
Ninguna armonía estraña
Turbaba el silencio fúnebre
Del lago i del templo; nada

Que pareciera dar vida
A esa soledad ingrata
Entre las ondas azules
Descubria la mirada;

Nada que apartar pudiera
Las yertas sombras opacas
Que en duelo eterno envolvian
Aquellas tristes murallas!

Siempre el lago solitario!
Siempre las puertas cerradas....
I escondidas a los hombres
Las nobles vírjenes castas!

Pero, ai! no valen candados
Para encerrar a las almas;
Sino los lábios, los vientos
Llevan las dulces palabras!

I suele a veces la noche
Ser traidora a los que guardan
Entre muros i entre rocas
Prisioneras desdichadas;

I el mucho cuidado a veces
Por mas que vijila, engaña:
El amor vence imposibles,
No hai muros para las almas!

Si álguien llegara a observar
Desde las playas lejanas
El lago en las altas horas
De la noche perfumada,

Acaso alcanzara a oir
Leve rumor en las aguas,
Como un remo que golpea,
Como una quilla que pasa;

Acaso al pálido rayo
De la luna, dibujada
Viera una estela lijera,
Como una franja de plata,

Sobre las trémulas ondas
Blandamente acariciadas
Por las brisas del estío;
I acaso allá en la distancia,

Como exhalacion fosfórica
Que rápidamente pasa,
Distinguiera entre la bruma
La vela de alguna barca;

I oyera el dulce sonido
De una *quena* solitaria
En medio del lago; i viera
Sobre las toscas murallas

Del templo del Sol la sombra
De una virjen delicada
Aparecer un momento
Despues, silenciosa i cauta.

Era, no hai duda, una cita....
Porque al lucir la mañana
Desparecia la virjen,
El pescador ya no estaba!

Seguia el lago desierto,
Abandonada la playa,
El claustro solo i solemne
I sin murmullo las aguas.

Hubiera sido testigo
De estas escenas románticas
El que en en esas altas horas
I en esas playas velara;

Pero, como nadie habia
Ni en el claustro, ni en las playas,
Que pudiera sorprender
Las citas enamoradas,

Nadie, por fortuna, supo,
Sino la noche estrellada,
Que el noble i valiente Texpi
Escalaba las murallas,

I que la hermosa cautiva,
De sus votos olvidada
La copa de los placeres
Con ansia ardiente apuraba!

IV.

—«Tórtola triste, oprimida,
Entre muros encerrada
Sin ventura;
Perla en el mar escondida,
Hermosa estrella eclipsada
Por nube oscura!
«Oye las trémulas quejas
Que al pié de tus duras rejas
Alza a los vientos
Tu amante desventurado
Por el afan devorado
De tus tormentos.

«Cuando tú, virjen hermosa,
Al cielo la voz levantas
Dulce i sublime,
En soledad dolorosa
Hai quien llora cuando cantas,
Hai quien jime!
Cuando alzas tus lindos ojos,
Postrada humilde de hinojos,
Al cielo santo,
Hai quien suspira por verte
I hai quien se rinde a la muerte
De su quebranto!

«Hija del *Misti*, despierta!....
Vuelve a la luz de la vida,
Vuelve al mundo!....
Cuando llaman a tu puerta
No dejes la voz perdida
De un moribundo!
Rompe tus malditos lazos;
Desciende, Cintah, a los brazos
De tu amante!
Ven, de mi quena al sonido,
Mi dulce dueño querido,
Ven al instante!—»

Sintióse un rumor, i luego
Se oyeron bajos, mui bajos,
De ámbos felices amantes
Los ecos enamorados,

I algunas breves palabras
Que los céfiros llevaron,
Celosos, talvez, celosos
De los murmullos del lago!

Mas, no levante el poeta
El dulce, amoroso manto
Que cubrió aquellas escenas
De ardientes, tiernos halagos....

Guarde el ánjel del misterio
Amores tan solitarios
Que a la luz de las estrellas
Dos almas se consagraron!

V.

Terribles eran las leyes
Que a las castas Escojidas
En perpétua reclusion
Inclementes oprimian.

Bajo el yugo rigoroso
De una triste tirania,
Cruzaban entre dos tumbas
La jornada de la vida!

¡Ai, de aquélla que faltara
Por liviandad, o desdicha,
A las promesas que hiciera
Al pié del altar un dia!

¡I, ai del infeliz culpable!
Ella era enterrada viva,
I él ahorcado sin piedad;
I con ellos sus familias.

Era su hogar arrasado,
Convertidas en ceniza
Las casas de sus amigos,
I su memoria maldita!

El trecho mundo es un claustro
Para las almas nacidas
Con mas ambicion i aliento
Para volar mas arriba!

Por cierto estrecho horizonte
Para quien tiende la vista
Mas allá de unas murallas
Que le oprimen i le humillan.

Cuidar el fuego sagrado,
Tejer el *Llauto* del Inca
Con las lanas de la *llama*,
O los hilos de la *piña*;

I alzar los himnos sagrados
Llenos de triste armonía
Al aparecer el sol
Del Andes en la alta cima:

Pobre ocupacion, por cierto,
Para las bellas cautivas
Que encerradas entre muros
O maldicen, o suspiran!

I mezquino porvenir
Para la doliente Cintah,
Que sueña con otros goces
I en otro mundo delira!

Por eso siempre abrumada
Por honda melancolía
Lágrimas tiene en sus ojos,
Palidez en sus mejillas;

I nunca frases alegres
Ni lisonjeras sonrisas,
Ni fervor en sus plegarias,
Ni luz clara en sus pupilas!

—«¿Qué sufre Cintah? ¿qué penas
Su corazon martirizan?
¿Por qué temerosa i pálida
Su frente a la tierra inclina?

«¿Qué tiene la hija del Misti
Que huye nuestra compañía,
Suspirando sin consuelo,
Sin consuelo i sin medida?»—

Sus compañeras de claustro
Asi entre si se decian....
Inocentes!....Encerradas,
Pobres palomas sencillas,

No tenian otro campo
Que su reclusion mezquina,
I en su ignorancia felices,
Las tristes no comprendian

Que habia un campo mas vasto,
Donde al soplo de las brisas
Las alas tienen mas vuelo,
I el alma tiene más vida!

VI.

Dulces para ámbos amantes
Iban las horas huyendo
Con sus citas misteriosas,
Con sus amores secretos.

Cruzaba el lago en la noche
El amante, del silencio
Valido, i al pié del muro
Llegaba audaz i resuelto;

I la vírjen embriagada
Cada vez mas en sus sueños,
Venia al muro tambien
A estrechar lazos mas tiernos!

No es de estrañar que despues
De los tiernos juramentos
Que repitieran mil veces
De la noche en el misterio,

Quisieran aire mas claro,
Juraran volar mas léjos,
I dejar del cláustro oscuro
El torvo, inclemente encierro.

El la dijo: «hai otro mundo
De valles mas pintorescos,
I donde el hombre es mas libre,
Porque es dueño del desierto;

«Allí los árboles crecen
Hasta perderse en los cielos,
I en sus bosques silenciosos
Todo es fértil, todo es bello!

«Brilla el sol ardiente i puro,
Suspira plácido el viento,
I son las noches hermosas
I dulcísimos los sueños!

«Vamos allá, vida mia;
I en ese lejano suelo
Sin leyes que nos opriman
Felices ámbos seremos!»—

Ella creyó en sus palabras,
Llenas de elocuente fuego,
I juró ante las estrellas
Huir con él al desierto!...

Pero ¡ai! no faltan espías
Que sorprenden los secretos
Del amor i la fortuna,
Con infamia en torpe acecho!...

Llegó al cláustro la barquilla—
Era noche!—i un momento
Despues al pié de los muros
Solo dos voces se oyeron.

«Mi bien!...» «Mi amor!»—murmu-
[raron
Ambos amantes, i un beso
Breve, entusiasta, amoroso,
Repitió el lago en sus ecos.

Resonó súbito un grito
Amenazante, tremendo,
I al mismo tiempo diez hombres
En la playa aparecieron.

—Maldicion! esclamó Texpi,
I alzó la lanza—«Teneos»
Clamó una voz—«Adelante!»
Otra voz—aliento, aliento!—

Era el grande sacerdote
Del Sol, dueño del secreto
De la virjen desdichada
I del culpable guerrero.

Cruzó una flecha en los aires;
Pronto diez brazos tendieron
Sus arcos sobre el valiente,
Que atravesado en el pecho

Por una flecha traidora
Disparada desde léjos,
Cayó abatido en la arena
En su propia sangre envuelto.

Cayó, como cae herida
En huracan turbulento,
La palma altiva i jentil
Por el rayo de los cielos!

«Adios, Cintah de mi vida!»—
I no pudo mas.... el hielo
De la muerte ahogó en sus labios
Sus últimos pensamientos....

I rodando en la agonía
De sus instantes postreros
Hasta la orilla del lago,
Hundió en las ondas su cuerpo.

Corrió el sacerdote airado
Tras él, a tomar, al ménos,
Prisionera a Cintah!.... Tarde!
El amor fué mas lijero!....

Pues Cintah al instante mismo
En rapto espontáneo i ciego
Precipitándose al lago
Burló su atrevido intento.

Las blandas ondas azules
Con fúnebre son jimieron,
La luna asomó su frente
I todo volvió al silencio!

En la siguiente mañana
Bogaba a merced del viento
Una barquilla en el lago
Sin timon, mástil, ni remo.

C. Walker Martinez.

LA CONSTRUCCION DE UN NOU GARET

EL NÚMERO 2.

—«¡Cómo! ni una triste sala, ni un cuarto, ni una alcoba! es imposible! Veamos, rejistrese bien todo! me seria cruel andar a caza de alojamiento en una noche semejante.

—«Estoi buscando, buscando,» decia el buen hombre miéntras se rascaba el occipucio con ahinco. «Hum! hum! tenemos libre el número 7.

—«Ah, ya, el número 7?

—«Sí, si hubierais venido un momento ántes; porque no hace mas que media hora que lo he alquilado a un coronel suizo.

—«Es mucha suerte!

—«Esperad.... diablo! cáspita!.... El 6 está ocupado: el 8, oh! del 8, no hai que hablar, es la habitacion del doctor; el 9.... calle! creo que el 9.... pardiez, sí! el 9 os sacará de apuros; sin embargo, no ....n....n....no!.... En dónde coloco a mis válacos si os doi el número 9? No me atrevo a ofreceros el 12, porque hacen en él grandes reparaciones, no hai muebles, faltan cristales; el 13 está tomado: los mozos duermen en el 14.... Ya veis todo lo que tengo disponible por el momento.»

La cólera me abrasaba: me veia en la calle a las once de la noche, cayendo un diluvio, con un frio de mil diablos i sin mas perspectiva que albergarme en el primer

cuerpo de guardia.... «Ya en el umbral de la puerta, el hostelero me llamó: tengo que haceros una proposicion; pero es tan delicada?—Quereis correr la suerte? Hé aquí de lo que se trata: Nuestro huésped del número 2 no duerme en casa mas que dos veces por semana, i casi nunca dos noches seguidas: ayer estuvo, quereis arriesgaros a quedaros hoi?

Tenia razon mi huésped: la proposicion era delicada; mas como afuera el viento i la lluvia arreciaban, me decidí sin vacilar.

«Venga el número 2,» dije al hostelero.

REFLEXIONES JUICIOSAS.

Instalado junto a un fuego magnífico i los piés en los hierros de la chimenea, púseme a pensar i la primera idea que me asaltó fué: i si viene el huésped del número 2! En vano me decia a mi mismo que el número 2 no acostumbraba a ocupar su domicilio dos noches seguidas, i que por consiguiente no era razonable que faltase a una regla tan prudente: no ignoraba yo que en el mundo acontecen cosas mas estraordinarias, i convine para mi capote en que el número 2 podia perfectamente volver. Sentado este antecedente, una segunda reflexion acudió a mi cerebro como el agua al molino: qué clase de ente era el número 2, i cómo acojeria la presencia de un par de botas delante de su lumbre,—o en su cama a una cabeza mas desconocida aun!—Podia tener un mal carácter—aunque excelente en el fondo,—volver de mui mal humor,—yo lo creo, con un tiempo tan endiablado,—venir de mui léjos, haber faltado a una cita.—¿Por qué habia de volver sin ninguno de estos accidentes?—Podria ser un hombrachon,—se han visto números 2 que eran arrogantes mozos,—mui robusto,—¿por qué nó?—Mui brutal, con estas jentes no hai paz.¿posible: todo esto estaba mui léjos de tranquilizarme. Fácilmente se comprende que con tal ajitacion del cerebro, no tuve ni un minuto ganas de dormir: pues tratar de acostarme? jamas! Si entónces entraba el número 2, yo me habria encontrado en una posicion incómoda para darle mis esplicaciones, bien como caballero, o bien como palurdo. Continué, pues, arrellenado en mi sillon, atento al menor ruido de la calle o de la escalera, pero preparando un *speech* amistoso que podia serme útil en un caso dado. Concluido el *speech*, me hice el siguiente raciocinio: en espera de que llegase,—habia llegado a persuadirme de que llegaria infaliblemente,—miéntras tanto, veamos con que especie de hombre tengo que habérmelas, i puesto que un autor ha dicho: *Mis muebles son mi biografía*, inspeccionemos por de pronto.

LOS MUEBLES DEL NÚMERO 2.

Me habia olvidado por desgracia que estaba en una casa de huéspedes i que los muebles del número 2 eran semejantes a los del número 3, a los del número 4 i a todos los muebles de la casa: un divan, una cama, tres sillas, un sillon, en las paredes varias litografías detestables, en la chimenea un reloj viejo, en el fondo un bufete, una cómoda i nada mas.—El número 2 podia a su gusto ser Lacenaire, o una capa azul o el sarjento Bernard, sin que nada revelasen sus muebles: de lo cual saqué la consecuencia de que el autor no vivia en casa de huéspedes cuando cantó: *mis muebles son*, etc.—De repente columbré un piano oculto en la penumbra de la cama: la vista de este instrumento trajo a mis labios una sonrisa: el número 2 era un aficionado a las bellas artes, el número 2 tocaba el piano, el número 2 debia ser hombre de fáciles i pacíficas costumbres.—Cojí la luz i examiné de cerca el instrumento: era un magnífico Pleyel, señal de dinero!—aquí mi sonrisa se trocó en un jesto amargo: mi huésped podia ser un grande artista i sabe Dios las rarezas i escentricidades características de esas jentes! Muerte de mi alma! ....si será un.... el aspecto de los estantes me tranquilizó,¿no tenia música selecta, dos o tres polkas, solo una coleccion de ejercicios *Carpentier*; lo puramente preciso de este arte para redondear los ángulos i la parte áspera de una naturaleza agreste. Mas sereno con este descubrimiento, continué mi inspeccion; pero, en cuanto a muebles no pude encontrar mas que una pipa vieja en un rincon de la chimenea. El hallazgo de esta amiga vino a darme por completo la tranquilidad: el número 2 era fumador de pipa, tenia pues un vicio, i sabido es que nada es mas fácil de seducir que un vicioso.—A este tiempo oí pasos en el corredor, palidecí i quedéme

clavado en el suelo.... Era un mozo que venia a apagar el gas; percibí que se alejaba i respiré con júbilo.

SUS VESTIDOS.

—«Oh Cuvier, sublime Cuvier! Tú que supiste con un hueso del tamaño del dedo pulgar construir seres jigantescos, inspírame, guíame en mis investigaciones i haz que llegue a construir un número 2 semejante, idéntico, a su orijinal.»

De pié en medio del cuarto meditaba yo esta breve invocacion, i al mismo tiempo contemplaba un pantalon gris que acababa de descubrir debajo de una silla. El pantalon era de tela elegante, ya usado i sin botones: la rodilla derecha bostezaba espantosamente, signo evidente de incuria i de celibato.—Aquí debo confesar cierta debilidad, en la que hubiera incurrido cualquiera en mi lugar: tenia demasiada delicadeza para rejistrar los bolsillos del mencionado pantalon, pero no tenia bastante para no desear saber qué contenian. Tomé pues un *mezzo-término* i me puse a sacudir fuertemente el pantalon, esperando que de él saldria algun objeto revelador. Mi esperanza no salió fallida: rodó con ruido en el suelo una cosa redonda i pesada. Me agacho i cojo.... una innoble caja de rapé, de las que usa la jente ínfima, i que llaman *cola de rata* vulgarmente. Esa cola de rata imprevista me sumió en nuevas perplejidades: ser propietario de un cuarto en el primer piso, llevar un pantalon de corte de moda i elegante, tener en su casa un *Pleyel*, i con todo esto tomar rapé en una cola de rata. Qué anomalía! Despues de un rato de asombro, terminada mi inspeccion, porque todo estaba cerrado i las cerraduras sin llave, volví a mi asiento delante del fuego, al que dí una fuerte patada, no sé por qué, i despues desaparecí en las tinieblas de una profunda meditacion.

SUS LIBROS.

Pasados algunos instantes, creí notar que mi nariz, atraida por una fuerza irresistible, se volvia con harta frecuencia hácia la cómoda: jamas me he resistido a esas inspiraciones del instinto i del olfato, por consiguiente me puse en pié i fui tras mi nariz. Llegamos así hasta la cómoda: la nariz se levantó, hice lo que ella i apercibí sobre el mármol i cubiertos de polvos varios libros de que me apoderé con avidez. Traje mi tesoro al lado del fuego con los latidos de corazon de una hormiga que arrastra un grano de trigo.

Mi tesoro se componia:

De un código;

De un libro de caza, por Elzar Blaze;

De un volúmen de Hugo: *El último dia de un sentenciado a muerte, seguido de miscelánea de literatura i filosofía.*

«Cojido te tengo!» me dije.—El código estaba usado: lo que me probaba que el número 2, estudiante de derecho, debia hallarse al fin de sus estudios.—Del libro de *Elzear Blaze* deduje simplemente que el número 2 era cazador. En cuanto al volúmen de Hugo, teniendo cortadas las pájinas del *último dia de un condenado*, e intactas las de la filosofía, comprendí al primer golpe de vista que era un lector superficial, a quien impresionaban fuertemente las situaciones dramáticas, pero que era insensible en jeneral a la alta literatura.

De descubrimiento en descubrimiento, de deduccion en deduccion, vine a parar en que: el número 2 era un mozo como cualquier otro—de estatura regular,—de familia acomodada, habitante de provincia i hasta del campo,—en donde se entregaba a los placeres de la caza durante las vacaciones.

En Paris ha adquirido cierto barniz literario i artístico, amen de algunas malas costumbres,—como la de no dormir en casa: en total, una naturaleza vulgar es la que se llama un buen muchacho, como tantos otros....Sí; pero i la cola de rata? maldita tabaquera de cola de rata!—Ya será un recuerdo de familia, o una prenda querida....Los enamorados tienen tantas rarezas!

SUS AMIGOS ÍNTIMOS.

Un violento puñetazo, sacudido en la puerta, interrumpió mi *a parte* i me hizo saltar como una cabra mal herida. Me dije: «Ahora, sí, que apareció aquello!» Tuve sinembargo la serenidad de apagar la luz i permanecer en espectativa. Un segundo puñetazo hizo tambalearse la puerta, i por el ojo de la llave esclamó una voz de bajo profundo: «*Nougaret*, estás ahí?» estas tres palabras, que cojí al vuelo como tres

moscas, eran para mi un in-folio de revelaciones: me cercioraron que no tenia nada que ver con el número 2.—Continué guardando silencio: la voz repitió su pregunta, formulada esta vez en dialecto provenzal: *Nougaret, sies aqui?*

No cabia duda, Nougaret era provenzal: su nombre solo bastaba a habérmelo dado a entender. Igual silencio, los mismos puñetazos, idénticas preguntas. Observé que la voz era jóven i que, los amigos i compatriotas de Nougaret siendo tambien jóvenes, Nougaret debia ser de la misma edad, veintidos a veinticinco años, en mi concepto. La voz era ademas algo dura i tosca i con eco campesino.—Siempre creí que los Nougarets eran ricos aldeanos. En fin, habia tenido buena nariz, al asegurar que Nougaret era un buen muchacho,—en prueba de ello la insistencia de sus amigos en golpear la puerta, cuando le veian decido a no abrir. En esto, el reloj marcaba las dos de la mañana i me decidí a meterme en la cama, sin cuidarme del amigo alborotador, ni del bueno de Nougaret.

HÁGOLE MI AMIGO.

Dormí sin inconveniente alguno i me levanté del mismo modo: pagué al huésped i abandoné mi albergue, conservando un grato recuerdo de Nougaret i de la noche que habia pasado en su aposento. En los dias subsiguientes iba contando mi aventura i hablando en todas partes de «mi amigo Nougaret.» Reianse mucho, i cuando me preguntaban por que no habia tratado de conocer *de visu* a este amigo i de ligarme con él, respondia altivamente que era una de tantas naturalezas vulgares cuya traza nunca me pareceria mas que inútil.

CONCLUSION.

Algun tiempo despues, encontrándome en un taller de escultura de un amigo mio se me antojó narrar mi aventura i lo que yo llamaba la *construccion de un Nougaret*: dado el número 2, construir un Nougaret de tales i cuales condiciones. Concluida mi historia, un pintor jóven, que formaba parte de mi auditorio, se puso en pié i me pidió permiso para destruir a mi Nougaret.

—«Y por qué?

—«Porque, me respondió sonriendo, yo soi desde hace dos años el inquilino de vuestro famoso número 2, que alquilé en un barrio estraviado del mio i paso por vecino en aquel punto, a fin de evitar las persecuciones de la guarda nacional i de mi tambor.—Una vez por semana próximamente voi a dormir allí, en descargo de conciencia i para tranquilizar a mi propietario.—Dado ya este primer golpe de azadon a vuestro Nougaret—creo que en efecto hai un vecino de ese nombre en el piso superior al mio,— dejadme que le destruya pieza por pieza.»

Al mismo tiempo me manifestó que el piano, dejado en poder del hostelero por un inquilino insolvente, habia sido colocado en el cuarto número 2 como en la habitacion mas capaz i desocupada;—el pantalon debia pertenecer al criado, como lo daba a sospechar la cola de rata;—los libros podian ser de, cualquiera olvidados en la casa por Pedro o Juan i depositados en el número 2 como verdadero almacen del establecimiento;—en cuanto a los amigos de Neugaret, era verosímil que se hubiesen equivocado de piso.

Todos reimos, i yo mas que ninguno, de mi error. Perdí a mis propios ojos el concepto en que me tenia de hombre observador i me hice el juramento, de cuando tuviese que volver a construir algun Nougaret, lo haria de manera que la construccion tuviese mas solidez.

ALFONSO DANDET.

SONETO.

MI COLEGA I YO.

Colega.

Me alegra tu llegada.

Autor.

¿Qué hai al caso?

Colega.

Un vacío que aquí se nos presenta.

Autor.

Llenarlo; ¿no hai mas tipos en la imprenta?

Colega.

Si fuera así como llenar un vaso....

Autor.

¿Entónces anda el material escaso?

Colega.

Es que todo es mui largo i nada asienta.

Autor.

Pues un soneto me parece, en cuenta,
Es lo mejor para salir del paso.

Colega.

I pronto porque esperan los cajistas.

Autor.

Dalo, pues.

Colega.

Dalo tú.

Autor.

Yo? por San Cleto!

Colega.

¿Catorce líneas? Bah! i no te resistas.

Autor.

Porque nunca os ocurra igual aprieto,
Tomad en mi leccion, ¡oh periodista!
I tened siempre a mano algun soneto.

LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA.

La congregacion las hermanas de la Providencia fué fundada en Montreal (bajo Canadá) por la piadosa señora Gamelin en 1838. El 29 de marzo de 1843, fué elevada al rango de instituto relijioso por el Ilmo. Ignacio Bourget, obispo diocesano de Montreal i canónicamente erijida por bula pontificia en el mismo año.

En 1852 el Ilmo. Sr. Maglorio Blanchet, obispo de Nesqualy en el Oregon solicitó que fundaran una casa en su diócesis. El obispo de Montreal, superior de la congregacion, accedió gustoso a esa solicitud. Al efecto, salieron de Montreal el 18 de octubre de 1852, cinco relijiosas, (1) bajo la direccion del capellan Sr. Presbítero Jedeon Huberdault i llegaron a Oregon-City el 1.° de diciembre de 1852. Pero el no haber encontrado ya al Ilmo. Sr. Blanchet i los movimientos políticos que en ese país había causado la numerosa emigracion a California, persuadieron a las relijiosas de que no era llegado aun el tiempo de establecerse en él; i urjidas por la necesidad, emprendieron viaje a Valparaíso, porque fué éste el que mas fácilmente pudieron realizar. En setiembre de 1853 arribaron a nuestro puerto, donde tuvieron que atender a la curacion de una de las relijiosas que había llegado gravemente enferma.

Sabedor el supremo gobierno de la llegada de las hermanas de la Providencia propuso su introduccion en esta arquidiócesis a nuestro Iltmo. señor arzobispo Valdivieso, quien, habiendo examinado concienzudamente la constitucion de la congregacion i cerciorádose de la competencia de las relijiosas, accedió a la propuesta del gobierno i la congregacion fué instalada solemnemente por auto de fecha 29 de octubre de 1853.

Desde ese dia comenzaron las relijiosas su santa tarea de cuidar i educar a los niños huérfanos.

Al principio ocuparon una casa situada en el barrio de la Recoleta, de donde se trasladaron a la que hoi ocupan, el 26 de noviembre de 1854.

Esa traslacion fué una verdadera fiesta. Las relijiosas i los huérfanos fueron conducidos en carruajes particulares i del servicio público que graciosamente se proporcionaron al efecto, acompañados del intendente de la provincia, la municipalidad i un numeroso séquito de señoras. Una banda de música cerraba la comitiva, que fué recibida en el nuevo local, que hoi ocupan, por los Iltms. señor arzobispo de Santiago i obispo de la Concepcion.

La congregacion hizo en breve rápidos i considerables progresos, merced a la abnegacion de las relijiosas i merced tambien, en gran parte, al celo de su primer administrador, el respetable i caritativo caballero don Miguel Dávila.

(1) Las cinco relijiosas eran las hermanas Laroque, Dorion, llamada sor Amable, Berard, llamada sor María del Sagrado Corazon, Maurin, llamada sor Bernarda i Wadsworbls, llamada sor Dionisia Benjamina.

En mayo de 1859 se hicieron cargo de la casa de huérfanos que se habia fundado en Valparaiso con un legado de don José Bayolo.

En octubre de 1861 se hicieron cargo del Asilo del Salvador de esta ciudad.

En abril de 1864 se nombró presidenta de todas las casas de la congregacion de las hermanas de la Providencia existentes en el arzobispado a la superiora de la casa de Santiago con todas las facultades que para el réjimen de dichas casas conceden las constituciones a la superiora en la Casa-Matriz de Montreal.

En setiembre de 1867 fueron tambien las hermanas de la Providencia a establecerse en Concepcion.

A LUISA.

No, Luisa, la mirada
Llena de fuego el ánimo abatido
Alienta, ni la amada
Soledad ha podido
Calmar mi pecho en el dolor sumido.

Cual tímida paloma
Que al cielo jime sus horfandad doliente,
I triste por la loma
Vaga i se ajita i siente
Los males que le aquejan al presente;

Así, mi Luisa, un dia
Léjos del mundo la quietud buscando,
Mi desgracia jemia
I en tí solo pensando
Iba el monte solícito cruzando.

¿Qué fué de mis pasados
Placeres, me decia, ¿qué se hicieron
Los cantos regalados?
¿Por qué tan presto huyeron
La risa i el amor que en mi bulleron?

¿Do mi calma i reposo
Se encuentra, Luisa mia, ¿qué se hizo
Mi pasado alborozo?
Cual humo se deshizo,
I hoi solo sombra en su lugar diviso.

Cual la arena que el viento
Mueve i ajita un ancho remolino,
Así turbarse siento
Mi pecho de contino,
Males temiendo en mi fatal destino.

Mas todo pasa i muere:
Sucede al claro sol la noche umbría,
I a las hojas que hiere
La tempestad bravía
Nuevas hojas reemplazan en un dia.

I lo que llanto fuera
Ayer no mas, es risa seductora.
¡Oh mentida quimera!
¡Fantasma aterradora,
Que el torpe vulgo neciamente adora!

Tambien, pues, mi tormento
Su término hallará; tambien mi frente
Brillará de contento,
Cual brilla refuljente
El sol en el zenit, astro luciente.

Cesará mi amargura:
Cesará mi dolor; tu imájen bella
Radiante de hermosura,
Será siempre la estrella
Que dirija mis pasos tras tus huellas.

Junio 1871.

ELIAS A. CÁCERES P.

EL PEÑASCO.

Un peñasco estupendo
Rueda desde una cima con estruendo,
I al tiempo que desciende
De árboles i pedrones se desprende;
Pero adheridos sobre el haz conserva
El tenue musgo i la menuda yerba.

Rodamos sin cesar mientras vivimos
Hácia el morir; i, aunque al rodar podamos
Vicios torpes dejar, no conseguimos
Dejar los mas lijeros que tengamos.

J. M. MARROQUIN.

Contenido de este número.

I.—Una advertencia.
II.—Dos meses de vacaciones, conclusion, por Ruperto Marchant Pereira.
III.—La vestal americana, poesia, por Cárlos Walker Martinez.
IV.—La construccion de un Nougaret, por Alfonso Dandet.
V.—Mi colega i yo, soneto.
VI.—Las hermanas de la Providencia.
VII.—A Luisa, poesia, por Elias A.Cáceres P.
VIII.—El peñasco, poesia, por J.M.Marroquin.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, junio 25 de 1871. Núm. 195.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

V.

Cárlos Simrock.

Cárlos Simrock nació en Bonn a principios del presente siglo. Su padre, Nicolas Simrock, que publicó las obras de Beethowen, era amigo de M. Ries, cuyo hijo Fernando llegó a ser el discípulo predilecto del ilustre maestro i despues de él el mas gran sinfonista moderno de Alemania. La música era una musa honrada i festejada en la casa de Nicolas Simrock i los artistas estranjeros que han recorrido las orillas del Rin guardan de él sin duda un grato recuerdo. M. Ries, padre, que conservó una admirable juventud musical hasta su edad mas avanzada, enseñaba todavía a los 82 años los secretos de su arte a los bisnietos de su viejo amigo.

En medio de esta atmósfera de conciertos i de sonidos no es estraño que el sentimiento de armonía se desarrollase mui temprano en el jóven Cárlos. Fácilmente podrian señalarse en los años que precedieron a su adolescencia ciertos signos precoces de vocacion que tanto nos complacemos en recordar mas tarde en la aurora de los hombres que llegan a la celebridad por cualquier camino. Solo mostraremos aquí la rara aficion que Cárlos mostró en su infancia por las obras de Berquin i de Florian: hecho curioso, pues de esta primera impresion no se encuentran ni trazas en las inspiraciones del poeta, que ha sido acaso el mas profundamente aleman de los vates del otro lado del Rin. Como amenudo sucede, la prudencia paternal combatió con empeño la vocacion poética del jóven a quien trató de dirijir hácia los estudios sérios. Despues de haber recibido su diploma de doctor en leyes en la universidad de Bonn, partió para Berlin de donde se le llamaba para ocupar un puesto en la real fiscalía. Así es como las Musas condujeron, no sin murmurar, a su jóven favorito hasta el trono de Themis, su rival austera, a quien no desesperaban sinembargo de arrebatarlo algun dia. Ese dia, que no solamente debia influir de una manera decisiva en el destino del abogado-poeta, sino que tambien habia de quedar grabado con caractéres indelebles en la historia, fué el 29 de julio de 1830.

Cárlos Simrock en su admiracion de hombre i de poeta por la magnánima victoria de un pueblo que no abusabá de su fuerza, se olvidó de su cargo oficial i celebró con un himno de entusiasmo el triunfo de la libertad en Francia. La juventud de Berlin aplaudió estrepitosamente este canto miéntras que la censura lo juzgó detestable. Cárlos no tardó en ser destituido. Las Musas se vengaban de Themis, no del poeta que se desesperaba por volver hácia ellas.

Desde entónces Simrock se consagró con alma i vida a los trabajos literarios. Con una perseverancia admirable no retrocedió ante los mas rudos estudios. Al contrario pareció complacerse en idear siempre un término lejano hácia el cual no se pudiese llegar sino al traves de los mas graves obstáculos. Este término era la continuacion de la interrumpida epopeya de los *Niebelungen*, anudando a fuerza de estudio i de paciencia, los hilos despedazados de la tradicion. Se comprenderá sin trabajo la lenta iniciacion que exijian los materiales que era preciso reunir i los conocimientos que tuvo que adquirir para no construir un edificio informe i disparatado. Tuvo en fin que procurarse el mas esencial de los instrumentos para tan grande obra, aquella lengua enérjica i sábia, aquel verso de los *Niebelungen*, armado de hierro como los caballeros de la Iliada jermánica, i sinembargo flexible i ájil, como aquella altiva Brunilda, que, apesar de toda su fuerza, el valiente Sigfredo no pudo domar sin recurrir a la astucia. El primer trabajo que emprendió Cárlos Simrock para apropiarse

esta forma rebelde fué la version del poema los *Niebelungen*, compuesto en el siglo XIII, a la poesía moderna. Un elojio formal discernido públicamente por el patriarca literario de Weimar fué la grata recompensa que el autor recibió por su obra. El infatigable poeta acometió sucesivamente la misma tarea con los principales maestros del siglo XIII. Miéntras llevaba a término estos trabajos publicó cuatro volúmenes de preciosas investigaciones sobre las fuentes en que se proveyó Shakspeare, cuyos dramas históricos tradujo con tal vigor de talento que sus ensayos conservan aun su valor despues del monumento elevado al trájico ingles por Guillermo Schlégel. Tambien solia de vez en cuando metamorfosear en balada alguna fresca i pura leyenda de las orillas del Rin, sin que aun entónces se alejase mucho del campo épico. Despues de haberse preparado así, puso manos a la obra tanto tiempo meditada i compuso sus grandes poemas.

Pero nosotros no debemos considerarlo aquí sino como poeta lírico. Considerado bajo este aspecto, Cárlos Simrock merece un lugar preferente en lo que podria llamarse la nueva pléyade de los poetas del Rin. La coleccion completa de sus poesías publicada en 1845 se divide en cinco partes. La primera consta de canciones *(lieder)*: la segunda de romances: la tercera de baladas nacionales (*deutsche sagen)*: la cuarta de justas poéticas (*payaduras?*) la quinta de poesías diversas. Apropósito de esta division del libro, puede decirse, sin desconocer el talento siempre visible del poeta:

«Ce que j'aime le mieux, c'est le commencement.»

conviene a saber, los *lieder*.

Reina en ellos tal injenuidad de sentimientos, tal armonía de espresion, que agradan mucho mas que la relacion de sucesos históricos, mui hábilmente referidos, sazonados de una finísima ironía o de una sencillez encantadora; pero mui difíciles de ser gustados por los estranjeros. Esto solo es dable a un aleman de pura raza, dispuesto a acojer siempre con un piadoso interes, con un orgullo, siempre respetable, la mas insignificante partícula de aquellos patrióticos recuerdos que van aumentando de siglo en siglo la herencia de un pueblo. El fondo de casi todas las baladas históricas de Cárlos Simrock no ofrece interes para nosotros. Lo que se comprende i se busca con avidez en las literaturas estranjeras es aquella fuente comun de sentimientos naturales i de verdades eternas en que el hombre se reconoce siempre. De cincuenta i nueve baladas reunidas en el volúmen que nos ocupa apénas encontramos una cuyo argumento no nos sea completamente desconocido. Traduzcámosla para dar a conocer las cualidades de Simrock en este jénero.

LA BATALLA DE TOLBIAC.

En medio de la batalla
El franco rei Clodoveo
Mira sus bravos rodeados
Por un ejército inmenso
De alemanes, que lo ponen
En desesperado aprieto.
Vedlo como se abre paso
Por entre sus compañeros,
Sobre su corcel de guerra,
La larga espada blandiendo!
Mirad como ante los nobles,
Soldados i caballeros,
Ambas manos levantando,
Jura así con voz de trueno:
«Cristo Dios, Dios de la Cruz,
Dios de mi esposa, si es cierto
Que existes i que me escuchas,
I que rijes los imperios,
Ayúdame en este trance,
Pon so mi mano ese pueblo;
I me postraré ánte Tí,
I a tu honor alzaré templos,
I Tú el solo Dios serás
De mis nobles i pecheros!»
Dice—al traves de las nubes
Asómase el sol espléndido,
I renace la esperanza
En todos los francos pechos;
I el valiente peloton
Traba el combate de nuevo!
El mismo rei la bandera
Toma i avanza él primero,
I los nobles van tras él
Con nunca visto denuedo.
Espantados se detienen
Los alemanes ejércitos,
I tornando la espalda, huyen
En pavoroso desgreño.
Su antigua gloria eclipsóse,
Adquirida en mil encuentros:
Pasó su poder como humo
I su libertad cual sueño!

Con los suyos bautizóse
El franco rei Clodoveo
I la Alemania vencida
Sujeta quedó a su imperio!

Puede notarse en este romance la manera que tiene el poeta de conducir su narracion, la marcha progresiva del drama hácia su desenlace, la ausencia de imájenes i de reflecciones parásitas i en fin cierta plenitud de aliento mas fácil de sentir que de esplicar; pero lo que no esposible comprender al traves de la traduccion es la enérjica belleza de los versos, el feliz artificio con que las palabras han sido escojidas i puestas en su lugar i una multitud de ruidos i notas apagadas que en un idioma pintoresco revelan hasta los mas imperceptibles movimientos del alma, hasta los colores mas ténues i los mas delicados matices. Con un instrumento como la lengua alemana un versificador puede sin puerilidad darse el gusto de buscar los mas hermosos efectos por medio de la armonía imitativa. La balada dramática ofrece mil ejemplos felices de esta armonía, que en vano han procurado alcanzar los poetas franceses. Los *Deutohe Sagen* de Cárlos Simrok nos suministrarian en abundancia las pruebas de este aserto.

Pero volvamos a sus *lieder*.

El amor i el culto de la naturaleza es el fondo de todos ellos. En semejante materia los poetas tienen el privilejio de renovarse sin cesar i de no agotarse jamas. Cárlos Simrock empieza el libro de sus canciones como cumple a todo poeta del valle del Rin, celebrando el paterno rio. Solo si que sus elojios empiezan de una manera tanto mas injeniosa cuanto que, proponiéndose alabar al Rin, el poeta parece aconsejar a todos que se alejen de sus seductores corrientes.

Hijo mio, del Rin i de sus dulces
Riberas, cauto guárdate,
Con ánimo viril;
Que es grata en esos sitios la existencia,
Que del placer desbórdase
La copa presto allí!

Al contemplar sus ninfas seductoras
I sus gallardos jóvenes,
La irresistible voz
De los deseos te dirá al oido:

¡En estos sitios quédese
Por siempre el corazon!

Mira cual los castillos seculares,
Mira cual la alta cúpula
De la eterna ciudad,
Mira como los montes jigantezcos
I los collados plácidos
Se inclinan al pasar!

Mira las verdes aguas! allí asoma
Su dulce faz la Náyade
De blanquísima tez.
Cierra los ojos a sus gracias, hijo,
Huye sus brazos pérfidos
Que puedes perecer!

Su voz seduce, su amoroso fuego
Como un filtro diabólico
Se adueñará de ti;
I nunca volverás a tus hogares,
Ni sal rás otro cántico
Que ¡el Rin! el dulce Rin!

Mas tarde, entre los nevados montes de la Suiza el poeta volverá a saludar al Rin con estrofas mas atrevidas. En éstas, en nota tierna i delicada, nos revela que el campanario de su ciudad natal se divisa en el cuadro que se complace en describir. Esta composicion hace recordar una balada de Gebh, *el Rei de los alisos*, i tanto su ritmo como el color de sus estrofas nos prueban que Simrock la tuvo tambien en la memoria.

Un buen número de frescos i encantadores juguetes sobre los pájaros, las mujeres i las flores manifiestan el partido que una naturaleza bien dotada puede sacar del estudio intelijente de los grandes maestros. Walter de Wagelweide, el antiguo trovador, cuyas trovas trasladó Simrock al lenguaje poético moderno, no tiene ramilletes mejor matizados ni mas fragantes que aquéllos que el autor de los *Deutsche Sagen* ha sembrado en la primera parte de su coleccion. Escojamos dos de estos frescos ramilletes i tratemos de dar una idea de ellos en verso castellano:

LA CREACION DE LA MUJER.

Cuando la mujer primera
Formó benigno el Creador
Tenian las rosas todas
Del alba nieve el color:

Mas viendo el cándido seno
De la primera mujer
Envidiosas se tornaron
Del color del rocicler.
Despues notando en sus labios
El encendido carmin,
Rosas hubo que pusiéronse
Pálidas como el jasmin.
¿Dudas?—De un rosal florido
Coje la mas blanca flor
I en ella aun verás los rastros
De su pristino color.

EL JARDIN DE ROSAS.

—¡Qué lindo jardin de rosas!
¡Qué rico esmalte de flores!
¡Feliz guardian que las cuidas
I sus perfumes recojes!
¡Cuánto diera por ser dueño
De tu tesoro, buen hombre!
—Atras! atras! que las rosas
No desatan sus botones
Ni abren sus pétalos rojos
Para viejos cuidadores!

—Jardinero, aquella rosa
Aun medio entreabierta, coje,
Brindame i seré la reina
De la fiesta, de esta noche.
—Atras, niña! que no son
Para adornarse, las flores!

—Deja cuidador celoso
Del pensil, deja que corte
Seis rosas i que con ellas
La tumba querida adorne
De una hermanita que al cielo
Fuése i llorando dejóme.
—Atras! que de este jardin
No abren sus graciosos broches
Las rosas par adornar
De los muertos las mansiones!

—Brindar quisiera una rosa
Al ánjel de mis amores,
Como un emblema brillante
De mi afecto i de sus dotes.
—Entra i cuantas rosas quieras
Corta sin tasa, buen jóven,
Que para el amor nos brinda
El mes de mayo sus dones!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

EL ANJEL I EL POETA.

Anjel.

Poeta ¿por qué estás triste? ¿por qué jimes? ¿por qué lloras? Alza la frente, cesa tu amargo quebranto.

Poeta.

Por piedad no me perturbes, no vengas a interrumpir mi acerba pena.

Anjel.

¿Qué dices? ¿Quieres que insensible escuche tus quejas, oiga tus lamentos; ¿quiéres que sereno vea correr tus lágrimas?....

Poeta.

Yo no lloro, tú te engañas; déjame, déjame solo.

Anjel.

¡Que te deje! cuando los sollozos embargan tus palabras i hacen temblar tu voz. ¡Que te deje! cuando el dolor impreso en tu rostro, revela el sufrimiento que tortura tu corazon. ¡Que te deje! cuando los suspiros que se escapan de tu pecho, a gritos están diciendo el horrible martirio que consume i aniquila a tu alma....

Poeta.

¿A qué ocultarlo? Sí, es cierto, yo sufro, i sufro inmensamente; en vano es que trato de dominarme, en vano es que trabajo por vencer mi debilidad, el corazon puede mas que la cabeza i así es que apesar mio, el llanto me ahoga.

Anjel.

Ya lo sé, por eso he venido; vamos, ábreme tu corazon, dime ¿qué tienes? Quizas yo pueda proporcionarte algun consuelo.

Poeta.

Imposible.

Anjel.

No lo creas; tengo un bálsamo bienhe-

chor que cicatriza i cura las mas profundas heridas, un bálsamo dulcísimo que proporciona al que padece, tranquilo bienestar i plácida quietud.

Poeta.

Oh! dáme entónces de ese precioso bálsamo, deja que mis labios áridos i secos beban por fin la miel del cáliz de la vida, ya que hasta hoi tan solo han gustado el acíbar i la hiel.

Anjel.

Pobre poeta!

Poeta.

Desde que mis ojos por vez primera vieron brillar la luz del dia, las lágrimas bañaron mis mejillas, las lágrimas fueron despues mi patrimonio i hasta la tumba las lágrimas han de ser mis compañeras.

Anjel.

Pobre poeta!

Poeta.

Quise conocer del mundo los encantos, quise tomar las flores fascinadoras que esmaltan i tapizan el sendero por donde hace tanto tiempo encamino mis pasos vacilantes, ¡ah! las espinas ensangrentaron mis manos, las flores se marchitaron, sus aromas se desvanecieron, sus hojas se agostaron.

Anjel.

Pobre poeta!

Poeta.

Quise recorrer los preciosos campos donde al parecer reinaba una eterna primavera; ahí pensé encontrar todo lo que mi fantasía se habia forjado de mas dulce, de mas halagador, de mas risueño; mi desencanto fué espantoso: el sol abrasaba con sus rayos, el viento aterrorizaba con sus silbidos; aquél era un miraje que cambiaba a cada instante, lo que hoi parecia deslumbrador i hermoso, mañana se convertia en un páramo horrible, mortuorio.

Anjel.

Pobre poeta!

Poeta.

Desconsolado, busqué en el cielo lo que en la tierra yo no podia encontrar: el cielo estaba encapotado i negro; luctuosas nubes centellantes i amenazadoras vibraban con furia, el huracan en vertijinosas oleadas las entrechocaba i las confundia; pavorosas tinieblas ocultaban de los astros el esplendor, su brillo se convirtió para mí en oscura i eterna noche.

Anjel.

Pobre poeta!

Poeta.

En vano acudí a mi razon para buscar valor i enerjía, las fuerzas me abandonaban, el hastío me abrumaba, la desesperacion con mano de hierro retorcia mis artérias, despedazaba mis entrañas i esprimia gota a gota en mi espíritu un veneno atroz. Loco, delirante, tomé mi lira, rompí sus cuerdas i yo que habia cantado en tiernas melodías, con voz impía maldije a los hombres, renegué de mi suerte i de mi destino i blasfemo, casi osé contra el mismo autor de mi existencia....

Anjel.

Calla, insensato, calla! no prosigas, no sea que Dios en sus altos juicios descargue sobre tu altiva frente todo el peso de su cólera i de su tremendo enojo. ¿Te quejas? i no sabes que tú mismo eres la causa de tu daño; tú, quien labra tu padecer; tú, quien torna la alegría en amargura, la dicha en tormento, el bienestar en desgracia.

Poeta.

Yo!

Anjel.

Sí, tú, necio mortal, que buscas en cosas efímeras i perecederas, lo que solo puedes encontrar en las eternas. Ah! lloras, porque se secaron las flores que ibas a recojer; lloras, porque solo desengaños has encontrado a cada paso: lo que tú creias virtud era hipocresía, lo que tú juzgabas

honor, fé, probidad, solo era vicio, falsia mentira; lloras, porque has encontrado que en el mundo triunfan los malvados, miéntras se vitupera, se persigue, se rebaja i se escarnece al hombre de mérito i de bien.... Oh! qué pequeña i qué cobarde es tu alma, poeta! ¿Acaso ignoras que en eso consiste la verdadera felicidad? Sufrir i sufrir con resignacion, nada mas grande, nada mas bello. Esta vida es un crisol, no es un paraiso. Si no hubiese abrojos, si no hubiese espinas, si todo fuese paz i bonanza, ningun valor tendria la corona prometida a los que salgan airosos i triunfantes en la lid. Animo, pues! deja la tristeza, enjuga tus lágrimas, ármate de valor i entusiasmado, pulsa tu lira i canta, canta poeta.

Poeta.

Si, dices bien, venga de nuevo mi instrumento, templemos sus cuerdas i que a raudales broten gratos sones i májicas armonías. Cantaré las glorias de mi patria, ensalzaré de los héroes la fama i en lenguas de bronce, repetiré sus proezas i sus hechos; ponderaré los encantos de la virtud i en celestes melodías, del puro i casto amor, las delicias i los goces tambien he de cantar.

Anjel.

Eso es, así te quiero ver siempre. Ahora, adios! me voi, pues ya creo se han anidado en tu alma el bienestar i el consuelo.

Poeta.

Oh! no te vayas todavia, déjame que agradecido estrecho tus manos i te bendiga. Por favor, dime, dime, ¿quién eres?

Anjel.

¿Quién soi?.... Mirame.

Poeta.

Ah! me deslumbro! qué rostro tan divino! qué celeste vision! su ropaje tiene el verdor del campo, sus alas son blancas como el lirio, sus cabellos relumbran como el diamante.... Oh! eres un ánjel!

Anjel.

Si, poeta, soi el ánjel de la esperanza. Adios! i no olvides que yo soi el bálsamo que cura i sana las mas hondas heridas; sin mi, la vida es un martirio; conmigo, la vida es un Eden.....

.....

Dijo, i remontándose hácia el cielo, el ánjel se perdió en medio de resplandores i destellos de sonrosado i vivísimo fulgor.

Santiago, junio 21 de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA MANO DEL DIABLO.

CUENTO AGRIDULCE.

Nunca ha sido tan alabado como se debe el uso de viajar, i ménos se ha dicho lo bastante para ponderar el fruto que se saca de un viaje. Esto de recorrer uno mares i tierras con el lápiz en una mano i la cartera en otra, apuntando todo lo que ve i oye, como lo hacen los caballeritos nuestros paisanos que van a Europa i vienen sabiendo mas que un libro, en blanco, se entiende, es cosa que no comprendemos los que estamos pegados a la tierra en que nacimos, ni mas ni ménos que una mata de col. Con razon que se nos llame raizales i que se mofen de nuestra ignorancia los que vuelven a vernos llenos de lustre (en las botas i aun en los bigotes), i nos miren con el desprecio que merece quien solo sabe de esas tierras de Dios, lo que nos dicen las jeografías, i eso las del año 1840, que a fé no traen noticias mui frescas, i que son las mas recientes que tenemos.

Mucho se aprende en un viaje! Si yo hubiera viajado, con qué elegancia haria el lazo de mi corbata, qué bien me peinaria sacándome la carrera por la mitad, como mujer, i mi vestido estaria tan ajustado al cuerpo como el de un figurin de modas. Al verme las muchachas con el tal vestidillo, el sombrero sobre una oreja, una varilla de azotar corazones, manejada con mas habilidad que lo haria un prestidijitador, i unas gafas quevedunas sobre la nariz i haciendo jestos, cual si me las pusiera mas para oler que para ver, digo, las muchachas sonriendo de ventura se dirian unas a otras: qué primoroso ha venido Roque! Ganó mucho con el viaje! Miéntras que

ahora con mi largo gaban, mi sombrero metido hasta las cejas i una corcoba no mui simpática, pertenezco al número de los transeuntes anónimos, que no alcanzan la altísima dicha de que se fije en ellos ni la solterona desahuciada de la casa.

Ya que la suerte se propuso azotarme hasta el punto de borrar mi nombre del libro del amor, i hacerme ménos que nada, quise una vez hacer un esfuerzo para salir de mi nulidad, i, a manera de los polluelos implumes del águila, salí del nido trémulo i tambaleante, i fuime ni mas ni ménos que los dichos polluelos implumes, a la cercana roca a ver desde allí el mundo i sus arandelas. La necesidad me obligó a ello, pero bendigo mil i mil veces tan bendita necesidad!

Mi viaje fué largo, i tan largo para mí, que sus recuerdos aun viven en mi mente, cual si lo que hubiese conocido fueran los dominios del Gran Turco; i tanto hablo en mis habladurías de lo que vi i de lo que me paso en él, i hago tantos comentarios, que los que me oyen se pasman de mí i de mis aventuras. Yo no sé cómo un bogotano de mi perjenio no suda sangre cuando recuerda que ha montado a mula, ha pasado montes, valles i collados, se ha embarcado en una frájil barqueta para pasar el Magdalena i ha llegado jadeando i sudoroso al nunca bien ponderado pueblecico del Guamo, capital del Estado soberano del Tolima. Sí, señores, yo he llegado hasta el Guamo, i miente como un bellaco quien siquiera ponga en duda mi tan larga cuanto inaudita peregrinacion.

Creo que un novio concienzudo no piensa i repiensa tanto en lo que va a hacer al casarse, como yo pensé i re-que-tepensé en el vuelo audaz que iba a levantar. Para mi mayor dicha plugo al destino darme un compañero, i éste iba a ser mi ánjel tutelar; pues ademas de ser un hombre festivo i de inestinguible charla, habia ido ya dos veces al Guamo, i conocia los caminos i las jentes, i sobre todo, lo que se necesitaba para no morirse uno de hambre i de abandono en el viaje.

Conforme a sus indicaciones, llené un par de petacas, de chocolate, bizcochos, bocadillos i otros tantos comestibles, en tal abundancia, que parecia que iba a traspasar el vasto océano en una frájil i desmantelada carabela; pues fueron tantos los temores que mi amigo me hizo concebir de la falta de recursos que por el tal *camino nacional* habia, que creia que moriríamos de hambre a no llevar los víveres necesarios para el tiempo que durara nuestro viaje. Ahora con el poquito de esperiencia que tengo, calculo que mi amigo, abusando de mi credulidad, queria pasarla conmigo mejor que en sus anteriores escursiones.

—Tengo ya tomado un coche para que pasemos la sabana, me dijo mi amigo dos dias ántes de la partida.

—En coche? le pregunté admirado.

—Por supuesto. A caballo o a mula es una necedad.

—Pero si yo nunca he montado en los tales coches.

—Bárbaro! No sabes lo que es bueno. Es necesario que te vayas civilizando. Estos santafereños por no moverse, son capaces de perdonar la gloria que merecen sus virtudes.

Efectivamente, iban a comenzar mis emociones de viaje por lo mas estraño que en mi vida habia creido. Montar en coche, qué locura! Meterse uno en un cajon tirado por dos caballos no mui versados en su profesion!.... Confieso, i no sin rubor, que tenia eso por la mayor de las barbaridades, i que creia que no bien se metia uno adentro i comenzaban a moverse las ruedas, cuando se le venia el mundo encima i se revolucionaba de tal modo el estómago, que al fin quedaba mas despoblado i desierto que una de las repúblicas con quien confinamos.

Al fin llegó el ansiado cuanto temido dia de la partida. A las cinco de la mañana ya yo estaba confesado i comulgado, i con unas tantas misas i oraciones de sobornal; i si hubiera sido hombre de tener cosa que testar, habria hecho el mejor testamento del mundo i habria dejado mis bienes a... pues en verdad que no encuentro a quien. Bendito sea Dios que me libró de buscar herederos!

Pálido i tembloroso entré al coche, i varias veces volví a ver con los ojos arrasados de lágrimas a mi querida Bogotá para darle el postrer adios, pues entre ceja i ceja tenia la idea de no volverla a ver jamas. Al encontrarme ya acomodado al frente de mi simpático amigo en un asiento que entónces me pareció blando i confortable, sentí que mi tristeza i mi terror se iban disipando; i mas cuando el coche se

deslizaba suavemente por el camellon i mil objetos distintos se presentaban a mi vista.

Una legua habriamos caminado, cuando el coche ya tropezaba con pedrezuelas, ya se enterraba entre el lodo o ya los caballos, pésimamente dirijidos por el cochero, no querian seguir. Era tan brusco el movimiento, que creo que si me hubiera montado en un gato i corrido por los tejados, habria ido mas cómodo i habria sufrido ménos. Pero nos faltaba lo mejor: en la mitad de las alcantarillas, sumérjese el coche en el lodo i los caballos, no pudiéndolo sacar i cruelmente azotados por el conductor, bufan, brincan, i al fin ¡San Pablo! nos arrojan al pantano. Si no hubiera sido porque el cielo me tenia reservado para que narrara tan memorable acontecimiento, ya me habrian comido algunos de mis lectores en la forma de pescado capitan. I, dicho sea de paso, habria sido qué esquisito!

Despues de luchar con el lodo i ver la muerte por todas partes, me vi salvo, debido en parte a la filantropia de unos indijenas que acertaron a pasar por donde agonizantes estábamos. Mi amigo, que habia salido ántes que yo, al verme tan enlodado, sin sombrero i cubierta la cabeza de acuáticas plantas i de renacuajos, no pudo ménos que reirse i esclamar dándome un abrazo: bravo! asi aprenderás a ser hombre.

—No seas insensible! El tiempo no está para bromas. I ahora ¿qué hacemos?

—Tener paciencia i barajar. Ya que pasó el peligro es necesario reir. Esto ha sido mui orijinal. I mirándome de piés a cabeza, echóse a reir con tal entusiasmo, como si estuviese en el sainete mas risible. A medida que él reia, la sangre me ardia, i no sé cómo no me arrojé sobre él para hacerle callar, tapándole la boca con la mano cerrada a manera de puño.

El conoció al fin que no me agradaban mucho ni sus palabras ni su risa, i me dijo: no te afanes por tan poco: esto que nos ha sucedido i mucho mas, se vé diariamente en nuestro famoso camino carretero.

—No digas tal, interrumpí admirado. ¿Cómo es que si esto se vé todos los dias, no se ponen los medios para evitarlo, i esa famosa junta del camino que publica un pomposo periódico para mostrar en qué se invierten las crecidas sumas que se recaudan por peajes i otras lindísimas gangas, siquiera por obra de misericordia no dice en su papel: señores caminantes, no pasen por tales o cuales puntos del camino, si no quieren verse enterrados vivos entre el lodo?

—Tienes razon, replicó mi amigo, pero así pasan las cosas, i pasarán mas, cuando hayan hecho la carretera hasta el Magdalena; pues si a las goteras de Bogotá no se puede andar, no diremos en coche sino en carro tirado por dos seguros i lerdos bueyes, ¿qué no sucederá por las crestas de los cerros, en terrenos deleznables i cercados de precipicios, en que si una rueda se desvia una línea, volarán al insondable cáos de la nada, caballos, coches, i cuantos vivientes en él van? Yo en esto de caminos soi mui retrógado como en muchas otras cosas; soi enemigo de caminos carreteros, ferrocarriles i todas esas locas ilusiones con que soñamos, pues estamos en la incapacidad de sostenerlas. Cuánto mejor seria que compusieran los de herradura que tenemos, i se propusieran mejorar la cria de mulas, trayendo del estranjero buenos garañones, i así, montando uno en una buena mula, poder ir hasta el estrecho de Magallánes.

En todo opiné con mi amigo, ménos en lo de traer asnos estranjeros, pues me parece una tontería traerlos de Europa, cuando aquí hai tantos buenos i de tan diversas clases.

Para no estenderme demasiado no refiero lo que hicimos despues de nuestra imprevista catástrofe, de la noche de frio, insomnio i desesperacion que pasamos en una choza que estaba cerca, pues ésto hace parte de los viajes que tengo escritos i que publicaré para colocarme a la altura de los que con escrupulosa observacion han copiado de las guias i otros librejos lo que dicen que han visto i oido.

La del alba seria cuando montamos en las mulas que esa noche hicimos traer, las que eran tan buenas como mi amigo lo pedia. No puedo negar que sea un tanto desagradable viajar a mula i mucho mas en los terrenos llanos, pero al ménos me parece mejor que ir metido en un carruaje a la merced de unos malos cabal os i de un pésimo conductor i en un camino que tiene tanto de carretero como yo de pruso: así fué que al verme caballero en mi mula me creí tan libre, como algunos militares que se creen libres i felices cuando les cojen

prisioneros; i bendecia al cielo porque en medio de las penalidades que se tienen en nuestros caminos, nos ha querido conservar la raza mular, que si tiene sus ratos de mal humor, es por regla jeneral sufrida, i permite que se la azote i se la hiera, ni mas ni ménos que nuestros paisanos los colombianos toleran a los ambiciosos que quieren dominarles.

Dos dias llevábamos de bajar i de subir cerros, cuando a las cuatro de la tarde, viendo que se preparaba una borrasca, resolvimos pedir posada en una aseada i pintoresca choza que a uno de los lados de camino se escondia entre el tupido bosque.

—Patroncita, buenas tardes, dijo mi amigo dirijiéndose a una vieja descarnada, cotuda i de pañuelo envuelto en la cabeza. ¿Nos podria usted dar posada esta noche?

—Aunque aquí no es venta, lo haré con mucho gusto, le repuso la vieja con fineza. Pero de comer es trabajoso que les haga, porque no hai qué.

Mi amigo desmontándose con prontitud, le pone la mano en el hombro i le dice como si quisiera enamorarla: ¿cómo no ha de haber? aunque sea una gallina.

—*Veré a ver*, dijo la buena vieja despues de unos momentos de silencio. I dirijiéndose a la puerta del frente que daba a un patio lleno de jazmines, naranjos i floridos bejucos, gritó: Paulita, *cojé* una gallina para estos señores.

Tan bien nos sonó este nombre, que nos dirijimos al patio a ver a quien se llamaba así. ¿Habeis visto, curioso lector, esas púdicas i hermosas orquídeas que viven escondidas entre el ramaje de los árboles? Habeis visto esas aves de suavísimo cantar i de plumaje deslumbrador que libres vuelan entre el verde bosque? Si estos primores de la montaña os han llamado la atencion i habeis gozado al verlos, podeis tener idea del encanto que nos produjo ver en esas soledades una mujer tan bella como la que la vieja llamaba Paulita: tres lustros tendria, i sus facciones completamente desarrolladas, presentaban un conjunto admirable; sus negros e inquietos ojos encerrados entre largas pestañas, destellaban tanta inocencia i tanta vivacidad, que no se podia verlos sin sentir flechado el corazon. Esa fresca palidez que solo en nuestros climas ardientes se conoce, daba realce al encarnado de los labios, i sus dientes mas blancos que nuestras perlas, se veian, entre sus labios, como se vé la esperanza vestida de armiño en los delirios de amor.

No sé si debido a la estrañeza de encontrar tanta hermosura en esa soledad, o por la májica influencia que ejerce la mujer sin esos atavíos que el arte ha inventado para empañar los dotes de la naturaleza, al verla nos sentimos deslumbrados, i presurosos nos le acercamos. Franca i sin malicia escuchó nuestros requiebros, i en su plácida sonrisa se veia el contento que le causaban nuestras palabras, tal vez las primeras de adulacion que habia oido.

Si alguna de mis compatriotas por mi ventura llega a pasar sus divinos ojos por estos toscos renglones, confio me perdonará que a ella me dirija i humildemente le revele, que no solamente a mi sino a todos los hombres, nos cautiva mas la hermosura tal como la naturaleza la prodiga, que la que escondida entre afeites i atavíos pierde su brillo i viene a quedar una máscara antipática i repugnante. ¿Decidme bella lectora mia, habeis visto alguna vez que se disfracen las flores, que la aurora se engalane con falsos arreboles, o que las aves se vistan con ajenas plumas? Entónces, ¿para qué os llenais la cabeza de falsos rizos cortados de algun hospital de Paris a alguna de esas desgraciadas que mueren deshechas? Entónces, ¿para qué empañais el rosicler de vuestras mejillas con esa harina que os hace semejantes a los ratones salidos de un cedazo?

Instalados en la casa cual si fuéramos los dueños, entrábamos con confianza a todas las piezas, i la madre i la hija complacidas se esmeraban en obsequiarnos. Yo confieso mi pecado, me senti tan seducido por la hermosa Paulita, que hubiera querido en ese instante que todos los de la casa hubieran muerto, quedando ella i yo: yo para amarla i ella para hacerme feliz. Pero mi contraria suerte quiso herirme hasta el punto de que ella oyese indiferente mis palabras, i recibiese enamorada las de mi amigo. Tanta es mi desgracia, que desde el instante en que mi amigo i yo nos acercamos a requebrarla, ella se decidió por él, i ¡quién creyera! la vieja, ese alboroto del averno, esa vergüenza de la fealdad, me cobró tal cariño, (iba a decir amor, pero el amor es tan bello que no asoma sino en los labios hermosos), que no queria separarse de mí, i cuando lo hacia, era para traerme regalos, regalos que me horripi-

laban como si fuesen del mismo Lucifer.

No hai vieja que no me quiera
Ni vieja que no me adule,
Ni vieja que al encontrarme
No me llame su querube,

esclamé yo una vez en iguales circunstancias.

Franklin descubrió un instrumento que se llamó pararrayos, i yo podia tambien descubrir otro i llamarlo *para viejas*, i este instrumento no podia ser otro que mi descaecida persona o si no mi retrato: pues no hai parte donde yo vaya, que no tenga la indiferencia de las muchachas i el cariño de las viejas!

Dejemos las cuestiones personales i sigamos nuestro relato.

Todo en esa casa era hermoso i respiraba fidelidad e inocencia; hasta mi maldita vieja era como el lunar que sobre el labio tenia una bellísima mujer que en esta ciudad volvió locos a mas de cuatro. Las aves cantaban entre los azahares i jazmines, i éstos perfumaban la deliziosa brisa que refrescaba la salita de la casa. Las gallinas i los pavos recorrian el jardin i un mono, o *mico* para que se me entienda, seguia a Paulita a todas partes, como si de ella enamorado estuviese. Eran tantas las gracias que tenia este mico, e imitaba tan bien los ademanes de los racionales, que varias veces me estasiaba contemplándolo, i olvidaba los agasajos de la vieja i el desden de la niña. Yo nunca habia visto un animal que se acercara tanto al hombre, i nunca habia creido convencerme de lo que dicen de la historia primitiva de éste. Ahora estoi mas convencido de ello que Karl Vogt i sus traductores. En efecto, ¿quién no cree que para formar al hombre no ha tenido la naturaleza mas que agrandarle el cráneo al mono, reducirle las mandibulas i valerse de alguna de las Parcas para que con sus grandes tijeras le corte el rabo? Si esto es en la parte física, ¿qué no seria en la parte moral en que todavia vemos en estado embrionario a muchos hombres?

¿Quién no se persuade de que los racionales son micos perfeccionados, al ver un político demagogo de nuestros dias, diciendo lo mismo i haciendo los mismos jestos que, segun lei, hacia un demagogo de fama? ¿Quién no vé en una hermosa niña que imita los movimientos naturales de su vecina, o afectada es ni mas ni ménos que una heroina de novela, quien no vé, digo, en esa beldad un mico perfeccionado? En fin, ¿quién no cree en esta teoria cuando vé en los periodistas de nuestra patria unos imitadores de los de Europa i que recojen con entusiasmo, para corromper al pueblo, doctrinas como las de Karl Vogt?. (1)

Si, si, lectores mios: vosotros i todos los que en la tierra habitan, no sois mas que unos monos disfrazados, que no haceis mas que imitar lo que veis u ois....

—Oh qué lindo es el amor! esclamaba mi amigo cuando tarde de la noche i acostados muellemente en sendas hamacas, veiamos a Paulita i a la madre irse para la alcoba, despues de despedirse de nosotros. Qué lindo que es el amor! repitió varias veces, i como la virjen que delira con sus amores, trasportóse en alas del sueño a la májica rejion de los delirios.

Miéntras él veia en sueños a la hermosa niña que le habia cautivado, yo, víctima de la mas aterradora pesadilla, no veia sino arrugas, viejas i cotos por doquiera que, como monstruos infernales, amenazaban devorarme.

—Levantémonos, levantémonos! le gritó a mi amigo ántes de clarear el dia, no pudiendo soportar por mas tiempo esa especie de inquieto letargo.

—Hombre! me has matado! esclamó mi compañero al despertar.

—Qué te ha sucedido?

—Me has despertado cuando soñaba estar en brazos de Paulita.

—Dejémonos de fantasias i partamos al momento: yo no puedo estar mas aqui.

—No te afanes; es necesario aguardar que amanezca i que se levanten los de la casa.

—Si tú quieres quedarte, quédate, pero yo me voi ahora mismo; i sin permitir que me replicase, salté de la hamaca i fui a dispertar a nuestro criado para que inmediatamente ensillase las mulas para partir.

Mi amigo, que entre otras bellas prendas tenia la de ser complaciente, obedeció i

(1) Con tanto rabo como han tenido que cortar últimamente las tijeras de Atropos, están ya romas e inservibles, i por lo tanto deben de haberse quedado muchos ex-micos sin desrrabotar, cosa que se confirma con lo que nos asegura un nuestro amigo, acerca de haber visto a algunos de los partidarios de esta doctrina con el rabo entre las piernas. I despues que estos señores nos llamen rabilargos!

mui a su pesar salimos de la casa, no sin haber buscado ántes al objeto de su culto para darle un tierno adios i ofrecerle que ántes de diez dias volveria a verla.

Qué majestuoso i sorprendente es para quien no cree que haya rio mas caudaloso que nuestro turbo i soñoliento Funza, i que, cuando le hablan del Támesis o del Sena, pregunta si será mas grande que el que riega la sábana, llegar a las calorosas márjenes del Magdalena i contemplar su anchura i sus orillas, sombreadas por árboles corpulentos que enlazados se elevan hasta el cielo. Pocas impresiones he tenido como la que esperimenté cuando ví el rio Magdalena a mis plantas, i contemplé un panorama tan lleno de vida i lozanía, i tan diferente al raquítico i monótono de las tierras frias.

De emocion en emocion llegamos al Guamo; i los diez dias que allí estuvimos, fueron para mi tan felices como nunca mas volveré a pasar; i sentia mas separarme de ese delicioso pueblo que si me separara de una persona querida. Mi amigo mui al contrario, impaciente aguardaba el dia de la vuelta, para volver a ver a la mujer con quien fantaseaba a todas horas.

—Esta noche hemos de ir a quedarnos a la casa de Paulita, me dijo al salir del Guamo.

—Es imposible! Recuerda que hai dos jornadas.

—Imposible? Verás, i aplicándole la espuela al mulo, comenzó a correr hasta parar en las márjenes del Magdalena.

Molido i hambriento le seguia como Sancho a don Quijote, i al reunirme a él, le pedí por las once mil que desistiera de su intento. Pero por contestacion hizo que me ensillaran la bestia en que él venia, i me dijo: en esta irás mejor.

Las nueve de la noche eran cuando llegamos a la deseada casa. I mi amigo al acercarnos comenzó a gritar:

—Buenas noches! buenas noches! Pero todo estaba en silencio. Seguramente se habrán acostado ya, me dijo al desmontarse al frente de la puerta. Hai luz. Buenas noches! i golpeó repetidas veces, mas nadie le respondió. Paulita, no duerma! Doña Sagrario, aquí están sus amigos!

Nadie le respondia i el silencio mas grande por doquiera reinaba.

—Hai que entrar, dijo mi amigo abriendo la ajustada puerta. Qué es esto! Un cadáver! esclamó al ver el que habia en la mitad de la salita alumbrado por dos negras velas de cebo i sobre un lecho de azahares i jazmines.

Mi amigo se estremeció, i yo que desde afuera, todavía a mula, veia lo que habia adentro, me aterré de tal modo que no pude ni hablar.

—Paulita! doña Sagrario! Nadie responde.... Quién será el muerto? se preguntó mi amigo, i queriendo saberlo, alzó un blanco lienzo con que estaba cubierta la cara del cadáver. Dios santo! Paulita!

Al esclamar así, una mano peluda i de largos dedos le cojió la nuca.

—Jesus! Jesus! prorrumpió, i despaverido salió huyendo. Mas la mano que le agarraba, miéntras mas corria él, mas le asia.

Yo corria tambien, creyéndonos víctima de alguna aparicion infernal, i cerrando los ojos para no ver el espanto.

A poco mi amigo cayó desmayado; i yo afanado i haciéndome superior a mi pánico, volví a buscarle. Debido a la luz de la luna, le hallé pronto, tendido en tierra i sin sentido.

La mano no le habia dejado i casi le ahogaba.

Sacando mi revólver me desmonté, i, aunque temblando, acerquémele e inclinéme a ver de cerca la mano que lo ahorcaba.

Rabia i hasta risa me causó ver que lo que creimos cosa infernal era nada ménos que el mico de Paulita, que hambriento i como celoso al ver que mi amigo se acercaba al cadáver de su querida señora, habia descendido de la viga en donde estaba i se le habia prendido en la nuca con la furia con que lo haria la mano del diablo.

Pronto mi amigo volvió en sí, i supimos por una mujer que a nuestros gritos acudió, que la fiebre maligna hacia dos dias se habia llevado a la vieja que mis lectores conocen, i pocas horas ántes de nuestra llegada, a la Paulita a quien mi amigo adoraba, i habrian adorado tambien mis lectores, si la hubieran conocido.

Roque Roca Roquete.

FULANO, ZUTANO, ETC.

De éstos celebérrimos personajes, tan conocidos como Napoleon i Alejandro, se sabe mui poco tocante a patria i jenealojía.

Espondremos lo que de ellos dicen los autores, i algo de nuesta propia cosecha.

Rodrigo Caro, en sus *Dias jeniales* opina que *Fabulano* i *Startano* eran dioses de los muchachos entre los jentiles; el uno que los enseñaba a hablar i el otro a andar; i de aquí se pudo derivar *Fulano* i *Zutano*, es decir, unos seres de quienes se sabe que hablan i andan.

Gonzalo de Berceo, en las coplas 642 i 736 de los Milagros de Nuestra Señora, usa a palabra *fulano*, aplicándola a los judíos i de aquí puede conjeturarse que viene del hebreo. Nosotros acabamos de adquirir unos curiosos documentos que pertenecieron a don Frai Prudencio de Sandoval i de los cuales sacó la jenealojía desde Adan a Cárlos V, con que encabeza la historia de este emperador. En estos legajos se halla plenamente comprobada la descendencia i entroncamiento que copiamos a continuacion:

Fo-hi, primer emperador de la Gran China, estuvo casado con la musa Talia, i de este enlace descendió Foilan de Tal, que se fué a España i se halló en la conquista de Toledo. Diéronle heredamiento i fué conocido con el nombre de *don Fulano de Tal*; casó con una nobilísima señora alemana i hubo por hijo a *Mengano*, que fué esforzado i valiente; casó con una prima suya i tuvieron a *Zutano*, que se halló en la conquista de Sevilla; casó con una princesa polaca i de él descendió *Perengano*, varon esforzado i prudente, del cual descendieron *Perico de los Palotes* i *Catete*, llamado así el primero por su torpeza para aprender a escribir; del segundo hemos publicado en *La Estrella de Chile* algunos manuscritos. Perico de los Palotes casó con una señora húngara i hubieron a *Perico Sarmiento*, alguacil mayor de Toledo, al cual se lo llevó el huracan en una navegacion que hizo por el Gudalquivir. Hubo por hijo a *Juan Lanas*, de jenio afable i gran comedimiento, modelo de paciencia; casado con la princesa Korhnewiskihuff hubo a *Juan de las Viñas*, que murió sin sucesion de un ataque epiléptico, i le sucedió *El otro-que-dijo*, varon sabio i grande orador, que tuvo por hijos a *Nor Este* i a *Comotellamas*, que vinieron a estas Américas por los años de 1600.

PENSAMIENTOS.

El mundo.

El mundo es un tejido de necedades i de crímenes.

* * *

La vida.

Camino a la eternidad. Perpétua alternativa de goces i de penas, de risa i de llanto.

* * *

El matrimonio.

Visto de fuera un Eden, por dentro.... no tanto.

* * *

La muerte.

El mas largo de los sueños. Puerta de la eternidad.

* * *

La relijion.

La unificacion de Dios con el hombre. Luz para la intelijencia, consuelo para el corazon.

* * *

El amor.

El eterno objeto de la actividad del corazon humano. Se ama a Dios, se ama a la patria, se ama a la mujer, se ama el hogar.

Oasis delicioso en medio de las arenas del desierto de la vida.

* * *

El interes.

El interes preside mas o ménos directamente a todas las acciones i a todos los sentimientos del hombre, aun los mas nobles i jenerosos.

No amamos a la mujer sin interés,

aunque éste no sea mas que la correspondencia.

No somos virtuosos sino para ser premiados.

No se sacrifica el héroe sin el interes de la gloria i del bien de la patria.

Ni a' Dios amamos desinteresadamente.

* * *

El sacerdote.

Medianero entre los pecados de la tierra las gracias del cielo. Pontífice, maestro i modelo.

* * *

La política.

La farsa de las farsas.

Fuente fecunda de odios i de crímenes.

Escollo de la honradez, escalon de la mala fé

* * *

Un templo.

El palacio terrestre del Rei del cielo.

* * *

El campo.

Inspiracion para el poeta.

Contemplacion para las almas amantes.

Sustento para todos los seres animados.

* * *

Un libre pensador.

El hombre que ménos libremente piensa. Su pensamiento es esclavo de las preocupaciones, del espíritu de secta, del odio, de la ignorancia i del vicio.

No cree en Dios, pero cree en la trasformacion de los orangutanes en hombres.

Se rie del infierno hasta la hora de la muerte, esclusive.

* * *

Un compajinador de diario.

Tonel de las Danáides.

* * *

Un cajero.

Camino real por donde pasa el dinero n dejar ni huellas.

Caballo *yerbatero* cargado de alfalfa i pereciendo de hambre.

* * *

Un cajista.

Escritor mui fecundo, que no produce nada propio.

* * *

Un cronista.

El inspector nato de los empedrados i faroles.

Testigo ocular de todas las riñas.

Eco de todos los escándalos.

* * *

Una cámara.

Si de diputados, torneo de palabras, conspiracion contra el buen empleo del tiempo.

Si de senadores, avaricia de tiempo i de palabras.

* * *

Un candidato.

Un hombre fuera de la lei de la caridad, de quien todos se creen autorizados para murmurar.

* * *

El espejo.

Unico ser incapaz de lisonjear.

* * *

Silencio.

Receta para conservar i adquirir reputacion de talento.

* * *

Imparcialidad.

Hacer de modo que no se tenga un solo amigo i a todos por enemigos.

* * *

Los oidos.

Camino que transitan mucho las palabras necias, las discretas poco.

* * *

El plomo.

El mas exacto emblema de la civilizacion de nuestro siglo: todo balas i tipos.

La patria.

Para los mas, está en el bolsillo i en el estómago.

***

La guerra.

Asesinato en grande escala.

***

La envidia.

El mayor homenaje al mérito.

***

El periódico Diójenes.

Mucho i mui buen papel, algunas estrellitas i .... nada mas.

***

Los enamorados.

Locos simpáticos e inofensivos.

Se ven, se gustan, se aman, sueñan el uno con el otro, viven de deliciosas ilusiones; pero al fin.... se casan.

Son dos víctimas que marchan al sacrificio engalanadas, vendados los ojos, al son de una májica música que las electriza i las adormece.

***

Cosas supérfluas.

Para el necio, un libro.
Para el sordo, la música.
Para el ciego, los hermosos panoramas.
Para todos los hombres.... la corbata.

***

Barbarie civilizada.

¿Qué otro nombre merece la costumbre de horadar las orejas a las mujeres para colgarles un zarcillo?

I despues nos asombra que los aborijénes de América se taladraran los labios i las narices!

Allá va lo uno por lo otro.

***

La pobreza.

En nuestros dias, el octavo pecado capital.

La lepra moderna.

***

Lo mas temible.

De tejas abajo, la semi-ciencia.

***

La política.

Una *pecha.*
¡Quita allá, para ponerme yo!

***

El recuerdo.

El pasado de visita en casa del presente.
Supresion de la ausencia.

***

El corazon.

Algo como el hígado i los pulmones.
Entraña noble; no sé por que.

***

Los temblores.

Corcobos de la tierra.

***

Casarse.

Comprar a fardo cerrado sin que nadie responda de las averías del artículo.

***

La luna.

Personaje obligado de toda novela.

***

La música.

Idioma del corazon. Único lenguaje universal.

Offembach lo entendia tanto como yo.. caldeo.

***

Un dormilon

Un hombre aquien debe estarle de sobra la vida.

***

Honores póstumos.

Vale mas un *Pater noster* que una estatua.

∴

La moda.

Negocio de los sastres, sombrereros, etc., etc. que tiende a hacer de los hombres i de la mujeres dos batallones de uniforme.

Lei tiránica por cuya cumplimiento muchos hacen mas que por el de la lei de Dios.

La *última moda* que cada dia se nos anuncia, no llegará hasta que desaparezca del mundo la frivolidad.

∴

El dinero.

Es el motor de mas fuerza que ha encontrado el injenio humano.

∴

La pluma.

Como la lengua, lo mejor i lo peor.

∴

Empleos.

Antídotos contra las oposiciones.

∴

Placer.

La cáscara de los sinsabores.

∴

Novela.

Libros llenos de mentiras que se pagan a peso oro i se leen con toda seriedad.

∴

La etiqueta.

Modo de mortificar al prójimo para que esté con nosotros el menor tiempo posible.

∴

El can-can.

Importacion directa de la Francia roja.

Prostitucion artística.

Signo del tiempo.

Piruetas ejecutadas en traje de Evas.

Ariete dirijido contra la moral pública i la paz doméstica.

∴

El baile.

Modo de hacer a son de música con una señorita lo que no se haria con ella en presencia de su madre.

Para un sordo, la mas ridícula de las locuras de los cuerdos.

∴

La Iglesia libre....

Esto es, la Iglesia al aire libre.

∴

Los silojismos.

Moneda antigua, de buena lei, rechazada en los mercados rojos.

∴

La lójica.

Ilustre proscrita refujiada en el campo católico.

∴

Filantropía.

Virtud moderna que consiste en confiscar los hospitales i declarar de utilidad pública hasta el pan de los pobres.

∴

La felicidad.

Rejion misteriosa i codiciada que, miéntras mas vamos hácia ella, mas atrás dejamos i a donde nunca desesperamos de llegar.

∴

La edad.

Piedra miliaria que marca la distancia a la tumba.

∴

La niñez.

Inocencia i dicha.

∴

La juventud.

Ilusiones, amor, borrascas.

∴

La vejez.

Pendiente que conduce de la cumbre de la vida a las oscuridades del sepulcro.

∴

La Iglesia Católica.

Hija de Dios, madre de los mártires.

Civilizadora del mundo.

Brújula, faro i bajel para llegar al puerto de la eterna bienandanza.

Monumento de diezinueve siglos.

* * *

El escote.

Desnudez de las que se visten con gran etiqueta.

RAFAEL B. GUMUCIO.

Diarista.

El que tiene que mandar diariamente al mercado de la intelijencia, aunque no tenga ocho reales en el bolsillo.

* * *

Club.

Una conspiracion perpétua contra el hogar doméstico.

* * *

Retrato.

Cuando es mejor que el orijinal, único falso testimonio que se paga.

* * *

El mas temible de los mortales.

En política, los tontos graves.

En la amistad, los tuertos.

En el matrimonio, los mas insignificantes.

* * *

Capitalista.

El que amó tanto el capital que por afecto conservó los intereses.

* * *

Poeta.

Soñador que mide por silabas sus afectos.

* * *

Baratillo.

El bazar de los pobres.

* * *

Un aspirante.

La zorra de la fábula.

* * *

Un chasqueado.

El mas desprendido de los mortales, en apariencia.

* * *

La mujer.

Libro que nadie puede leer todo entero, escrito en cien idiomas, pero que se hace comprensible al que ménos lo merece.

Enigma escrito en cien idiomas; intelijible solo en uno.

V. B.

ANÉCDOTAS.

Un dia de fiesta nacional estaba una verdulera en el teatro de Vaudeville en Paris, asistiendo grátis a la funcion, i al primer coro que salió se puso a esclamar:

—Miren los bribones como cantan todos a la vez para acabar mas pronto!

* * *

«No hai que dudar: está yerto,
«Ya espiró.»—Dijo el doctor;
I el enfermo.—«Nó, señor
Le contestó: no estoi muerto.»
El médico que lo oyó
Mirándolo con desprecio,
Le replicó:—«Calle el necio!
¿Querrá saber mas que yo?

* * *

Un cura iba a montar a caballo para ir a una aldea inmediata i pidió sus botas; el criado se las trajo.

—¿Por qué no las has limpiado? le preguntó el eclesiástico.

—Porque las va a ensuciar Ud. ahora en el camino i he creido que no merecia la pena de limpiarlas.

El cura se calló, i en el momento de poner el pié en el estribo le pidió el criado la llave de la despensa.

—¿Para qué? dijo su amo.

—Para almorzar.

—¡Oh! tendrias apetito otra vez dentro de tres horas que yo vuelva i no merece la pena de comer ahora.—Adios!

Contenido de este número.

I.—Poetas contemporáneos de Alemania, por Zorobabel Rodriguez.
II.—El ánjel i el poeta, por Ruperto Marchant Pereira.
III.—La mano del diablo, por Roque Roca Roquete.
IV.—Fulano, sutano, etc.
V.—Pensamientos, por Rafael B. Gumucio i V. B.
VI.—Anécdotas.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, julio 2 de 1871. Núm. 196.

NUESTRO ADVERSARIO.

En *La Libertad* del 28 del próximo pasado leemos lo que sigue:

«Se nos informa que en estos dias debe aparecer un periódico literario destinado a hacer frente a *La Estrella de Chile*, único órgano que hasta la fecha ha tenido la literatura en Santiago.

«Escusado parece decir que el nuevo periódico mirará la literatura bajo un aspecto diferente a aquél que ha servido de base al periódico de los *Amigos del País*.

«Miraremos con toda imparcialidad la lucha.»

¿Cuál será ese *aspecto diferente* bajo el cual *mirará la literatura* nuestro nuevo colega?

A lo que entendemos, el nuevo periódico será irrelijioso e inmoral, como quiera que la única especialidad que ha tenido la literatura de *La Estrella de Chile* ha sido la de ser relijiosa i moral. Si hemos entendido bien i es el que hemos dicho el *aspecto diferente* de la literatura de nuestro futuro colega, no es mui buena recomendacion.

Por lo demas, el periódico en ciérnes ha buscado en *La Libertad* un pésimo precursor, un precursor *contraproducente*.

LOS DOS SUEÑOS.

Como hoi, el invierno hacia sentir sus rigores; como hoi, la noche era lóbrega, silenciosa; ninguna estrella brillaba en el firmamento, ningun rumor venia a interrumpir la profunda calma que reinaba por do quiera; en los aires, sinembargo, algo estraño acontecia, de cuando en cuando una vívida claridad, bañaba en suaves tintes el lienzo de tinieblas i de sombras las que como por encanto se tornaban en atornasolados pliegues de un trasparente manto, cuyo colorido la esmeralda i el rubi se disputaban a porfia. Tras de aquel velo, un precioso jardin embalsamaba con la dulce fragancia de mil flores; el aroma de aquellas flores, era mas delicado que la mas delicada esencia, era mas esquisito que el mas esquisito perfume. La malva i el clavel, el lirio i la azucena, la violeta i el jazmin, la margarita i el heliótropo, la dalia i el aleli, el junco i la magnolia, la camelia i el resedá, como una alfombra tapizaban i cubrian todo en torno. En el centro se alzaba un rosal florido; algunas rosas eran albas como la blanca espuma, otras jaspeadas, otras pálidas, algunas pajizas i muchas tambien verde claro, pero solo una habia tierna i linda de fragante i suavísimo olor, cuyas hojas admirablemente reunidas i un tanto aterciopeladas, brillaban con los purísimos matices del rosicler.

Un ser sobrenatural cuidaba de aquella flor. Sus ojos fascinadores revelaban un mundo de ternura. Su rostro modelado por las gracias, poseia todo lo que de divino posee la bondad, el candor i la inocencia. Aquel ser no era un ánjel i sinembargo tenia todas las cualidades del ánjel, por eso era talvez que las flores lo acataban i como a un Dios le rendian homenaje i adoracion. En la floresta, pintados pajarillos en armónicos gorjeos i en melodiosos trinos, de aquel ser o de aquel Dios ensalzaban los encantos. Las auras que bullian en la enramada i las aguas que murmuraban en su lecho de verdura, repetian en dulces ecos los cantares de las aves.

Por medio de los planteles gozoso i risueño se adelantaba un jóven. El jóven se acercó al rosal i apasionado quiso cojer la flor de las hojas de carmin.

—Atras! le gritó una voz, no eres tú quien debe tomar esa flor.

—Oh! por piedad!....

—Atras! volvió a repetir aquel ser cuyo apacible rostro, poco há hacia las delicias de ese misterioso Eden i que de repente se habia tornado en airado i cruel.

El jóven suspiró, desprendióse de sus ojos una lágrima ardiente que cual líquida perla fué a caer en el cáliz de otra flor; todas las demas al punto cerraron sus capullos i conmovidas se inclinaron sobre sus tallos; las aves tambien se entristecieron i mústias i llorosas cesaron de cantar.

—Permite al ménos, balbuceó el jóven, que deposite a los piés de esta planta, un recuerdo, una prenda de mi amor.

—Haz lo que quieras, contestó la voz.

El jóven sacó de su pecho una cinta celeste i con mano trémula, la ató en torno de una de las ramas del rosal.

—Vuelve dentro de un año, dijo de nuevo la voz, al cabo de ese tiempo, tú sabrás lo que has de hacer.....

.....

Abrí los ojos: sobre mi escritorio estaban esparcidos algunos pliegos de papel i un cuaderno en que habia resuelto escribir; me habia quedado dormido i....habia soñado!

* * *

Muchos dias han trascurrido; por mas que he hecho, no he podido olvidar mi anterior i rarísimo sueño. Hoi se cumple el plazo, el año está terminado. Acaban de dar las doce. Como entónces, aprieto entre mis dedos la pluma que corre sobre el papel; he escrito varios renglones; un peso inmenso oprime mis párpados; el mechero de gas que arde sobre mi cabeza, insensiblemente se va estinguiendo; estoi a oscuras; mis ojos se cierran apesar mio; la atmósfera se cubre de emanaciones fosforecentes; un velo diáfano i etéreo se repliega i se descorre, oh! el jardin ha vuelto a aparecer. ¡Qué tristeza! qué soledad! qué silencio! Ninguna flor, ningun aroma, ninguna melodía. Todo enmudece, todo llora, todo suspira. El sol no alumbra, las aves no cantan, el agua no murmura. Las plantas están secas, las ramas sin follaje i el terreno sin verdor. Nada hai, sino cenizas i polvo, desolacion i muerte. ¿I el rosal?.... Ah! las rosas están requemadas i ennegrecidas, los troncos desnudos i amarillentos, solo queda una única flor: es la rosa de las hojas de carmin; el lazo celeste está atado en torno del tallo que la sostiene. Como la vez primera, el mismo ánjel o semi-dios custodia siempre aquella flor. De nuevo aparece el jóven de aquel entónces, ahora viene cabizbajo i meditabundo, camina con temerosos e inciertos pasos; ya llega al rosal.

—Anjel divino, dice, el año está cumplido ¿me rehusarás todavía esa flor?

—Mira en torno tuyo, contestó la voz ¿qué ves?

—Luto i llanto.

—Pues bien, todas esas flores que crecian en este verjel, eran tus ilusiones mas queridas; ninguna queda, todas se han perdido. A la par tambien se han desvanecido los perfumes i los aromas de esas flores, ¡infeliz! asi tus mas risueñas esperanzas se desvanecerán tambien.

—I esa rosa, esa rosa que es la sola que ambiciono?....

—Ah! esta flor.... ¡desdichado! esta flor no es para tí!

El jóven tambaleándose, se llevó las manos a su frente i despues al corazon; su cuerpo se dobló como se dobla la caña a impulsos del huracan; sus ojos vidriosos vagaron algunos instantes en el vacio i luego cayó sobre el duro suelo.

La rosa encarnada acababa de desaparecer; solo quedaba la cinta celeste, mas ¡ai! estaba salpicada con sangre.

Horrorizado salté de mi asiento; acababa de despertar. Como ahora un año, me habia quedado dormido sobre el cuaderno en que escribia i como entónces habia vuelto a soñar, solo si que en vez de un sueño apacible i tranquilo, habia tenido una pesadilla atroz.

Santiago, junio 27 de 1871.

Ruperto Marchant Pereira.

PAZ I FRATERNIDAD.

(despues del triunfo.)

Léjos el odio que emponzoña el alma!
Bajo el hermoso pabellon chileno,

Donde la estrella patria brilla en calma,
Palpita el corazon noble i sereno!

No el insulto procaz a los caidos
Que en lides democráticas riñeron,
Porque no hai vencedores, ni vencidos,
Donde hermanos con honra se batieron.

Todos patriotas, todos ciudadanos,
Que su deber cumplieron como buenos,
Los émulos de ayer hoi son hermanos,
Los émulos de ayer hoi son chilenos!

Lucha de libertad, contienda honrada,
Nos dió en las urnas varonil victoria....
Pues bien! Que esa corona conquistada
Añada a nuestra causa nueva gloria!

Paz i fraternidad! Completo olvido
Para el odio que ayer nos dividia;
Tregua al libre rival que fué vencido!....
Hoi se alza el nuevo Sol de un nuevo dia!

Mas alto que los odios brilla entera
La luz de nuestra fé, noble i cristiana;
I tremola mas alto la bandera
De nuestra santa fé republicana!

Paz i fraternidad! Calma i templanza!..
Bajo el hermoso pabellon chileno
En brazos del placer i la esperanza
Palpita el corazon noble i sereno!

C. Walker Martnez.

EL BARON RODULFO.

Era en el fondo de un sombrío castillo de la Bretaña.

Era el dia de muertos.

La anciana nodriza le habia prometido al jóven heredero de los barones contarle una historia de difuntos, i el niño, que en todo el dia habia podido pensar en otra cosa, estaba en aquel momento sentado sobre las rodillas de la vieja nodriza esperando con ansiedad que empezara su cuento.

La nodriza montañesa comenzo asi:

—Es una triste historia, mi jóven señor, que se remonta a la época del baron Rodulfo, hermano de vuestro bisabuelo.

—¡Ah! es del baron Rodulfo, dijo el niño con su voz infantil, de ese baron terrible que habitaba la cámara verde i en la cual dicen aun que se le vé vagar ciertas noches vestido de hierro?

—El mismo. Pero habeis de oirla con atencion, mi jóven señor.

—¡Oh! di, di; ya te escucho.

—Pues bien, debeis saber que el baron Rodulfo, hombre de fuerza atlética, pues que de una cuchillada cuentan que partia en dos a un caballero armado de todas armas, el baron Rodulfo amaba perdidamente a la jóven castellana de Duelfos, aquel castillo que habreis visto alguna vez a dos horas de distancia de éste, inmóvil junto al rio con su única torre, como un esqueleto o como una alma en pena.

Etelvina, que asi se llamaba la hermosa castellana, pagábale con igual amor i con igual cariño; pero como el hermano de vuestro bisabuelo era algo enemigo de su padre, la pobre jóven sufria en silencio todas las penas de su amor i no se atrevia a confesar abiertamente que habia entregado su corazon al baron Rodulfo.

El padre de Etelvina era un señor áspero i duro, i tenia puesto sus ojos, para hacerle esposo de su hija, en el caballero de Grooswoch, un aleman aventurero que se fijara años hacia en el pais, hombre descreido i maligno, que tenia siempre la blasfemia en los labios, que no creia en Dios por consiguiente, i al cual el vulgo no podia ver, acusándole de tener pacto con el diablo.

Etelvina sentia para con él la misma repulsion que el vulgo. En lugar de amarle como pretendia su padre, le odiaba con tanto odio como con amor amaba al hermano de vuestro bisabuelo.

El señor de Duelfos, viendo que era imposible vencer a su hija i hacerla consentir en dar su mano de fiel esposa al caballero, ideó un medio fácil de salir del compromiso i propuso un torneo, cosa que estaba mui admitida en aquella época i que era mui conforme con las costumbres.

Los heraldos recorrieron la comarca anunciando la liza i diciendo que la mano de la hermosa Etelvina seria el premio del vencedor.

Todos los caballeros vistieron sus armas, montaron en sus caballos encubiertos i se-

guidos de sus escuderos se encaminaron a Duelfos.

¿Qué caballero habia en la comarca capaz de negarse a romper un par de lanzas para obtener la mano de la hermosa Etelvina?

Nadie faltó a la cita, i ya quince dias ántes del designado para el torneo, que era el dia de Todos los Santos, los alrededores del castillo estaban llenos de tiendas de campaña, sobre las cuales, como flotantes penachos, ondeaban los estandartes de los que aquéllos habitaban, por faltar en el castillo alojamiento para todos los caballeros que habian acudido.

Llegó el dia señalado i brillaba en todo su esplendor el sol, cuando veinticuatro trompetas anunciaron con su salvaje concierto que Etelvina salia de su señorial morada.

En efecto, luego apareció la lujosa comitiva.

Marchaba al frente la hermosa castellana; montada en un soberbio corcel cuyas trenzas doradas barrian el suelo, i cuya gualdrapa deslumbraba con la joya i pedrería de que estaba cuajada. Seguianla cabalgando en ataviados palafrenes, las damas que formaban aquel dia su corte, hermosas todas i engalanadas con sus prendidos lujosos i sus costosos trajes, iban en pos los caballeros armados de todas partes que debian de tomar parte en la liza, i finalmente cerraba la comitiva una multitud de pajes i escuderos, tras los cuales marchaban los armados que debian guardar las puertas del palenque i conservar el órden.

Entre todos los caballeros, el que mas figuraba por su atlética estatura i por la riqueza de sus armas, pues llevaba una armadura llena de caprichosos dibujos i perfiles de oro con el peto i espaldar cuajado de piedras preciosas, era el aventurero Ivan de Grooswoch. Por lo demas no se veia entre los otros competidores quien pudiese ser el baron Rodulfo.

Los que estaban enterados de sus amores con Etelvina, encontraban estraño no hallarle con el grupo de los que se disponian a ganar con la punta de su lanza, la mano de la hermosa castellana.

La heredera de Duelfos se sentó en el trono de marfil que halló preparado bajo un dosel, donde se veian ondear al viento las bandas que ostentaban sus colores; tomó tambien asiento la comitiva i el torneo empezó.

Era mantenedor Ivan el aventurero. Las trompetas de desafío resonaron al pié de la tienda i contestó otra trompeta desde la barrera de Oriente.

El primer caballero, que era un noble de los alrededores, se presentó en la arena, pero al primer encuentro, no obstante lidiar con armas corteses, Ivan le arrojó de un bote de su silla, haciéndole morder la tierra del palanque.

Varios se presentaron tras del vencido caballero, pero todos siguieron su suerte. Era Ivan un hombre de hierro i las lanzas de sus contrarios daban en su armadura sin mecerlo siquera, como si hubiese sido una columna de bronce, como si caballo i él hubiesen sido fundidos juntos i fuesen una misma pieza de hierro.

Muchos de los que pensaban justar se arredraron al ver aquella suerte tan decidida i renunciaron a la lidia. El caballero se encontró, pues, sin enemigos, i ya las trompetas habian retumbado por dos veces lanzando a los aires su provocador alarido sin que nadie hubiese contestado, cuando al tercero i último toque, el chillido agudo del clarin resonó desde la puerta. En el mismo instante un caballero armado de todas armas se presenta en medio del palenque a los aplausos de la multitud que habia reconocido al baron Rodulfo.

Ivan tembló de ira, i se dispuso a lidiar tomando otra lanza i otro caballo, pues de todos sus competidores aquél era el mas temible i el mas terrible.

Colocáronse los dos caballeros frente a frente, encontrándose en medio de la arena con el choque de dos montañas de hierro precipitadas una sobre otra, i cuando se disipó la nube de polvo que los habia envuelto, pudieron ver los espectadores a Ivan tendido en el suelo i a Rodulfo que, habiendo descabalgado luego de derribar a su contrario, le habia puesto un pié en el pecho i le mandaba que se confesara vencido.

—No me hubieras vencido, dijo entónces Ivan rejiendo de cólera, sino hubieses empleado la májia. Soi víctima de tus conjuros.

—¡Infame! se contentó con responder Rodulfo.

—Dame, pues, una prueba de que no has empleado los sortilejios. Permite que

mañana volvamos a empezar el combate; colgaré de mi pecho un amuleto bendito, i entónces veremos quien mas puede.

El baron Rodulfo, con toda la hidalguia de su corazon que todos le conocian, retiró entónce su pié i le dijo:

—Busca veinte amuletos si quieres; mañana volveremos a combatir; pero, puesto que accedo a ello, no debe ser con armas corteses como hoi, sino con lanza, espada i hacha.

—Qué me place! uno de los dos morirá.

Así como así, ya es mañana el dia de muerte.

—Pues escojes buen dia, le contestó Rodulfo sonriendo, para ir a reunirte con ellos.

Los dos enemigos se separaron.

Aquella misma noche, hallándose Rodulfo en el parque del castillo pensando en su amada, recibió en pleno corazon una saeta lanzada por una mano invisible que le dejo muerto en el sitio sin poder proferir una palabra.

En seguida salieron de entre unas matas el asesino, que era Ivan i dos de los suyos, cojieron el cadáver, abrieron un cyo al pié de una encina i allí lo enterraron.

Al dia siguiente a la hora del torneo, cuando todas las graderías estaban ya ocupadas, el aventurero Ivan se presentó orgullosamente en la liza. Los jueces del campo llaman en vano al baron Rodulfo; nadie se presenta. Hechas, pues, las tres reiteraciones, uno de los jueces esclama:

—Puesto que el baron Rodulfo no se presenta, faltando como desleal caballero a su palabra, se declara al noble Ivan de....

En este momento el sonido de un clarin lo interrumpe, ábrese la barrera, i un caballero desconocido se presenta en el palenque.

Negra es su armadura, negro su casco, negro su corcel; su coraza arroja un resplandor siniestro, i a traves de su visera sus ojos brillan como dos ascuas encendidas. Al aspecto de aquel aparecido, Ivan tiembla, retrocede i hubiera querido renunciar el combate, pero ya el de la negra armadura ha dicho:

¡Yo soi el baron Rodulfo! no hai medio de retroceder.

Levanta, pues, Ivan su cabeza i marcha hácia su enemigo. El primer choque del caballero negro lo hace rodar por la arena, se apresuran a darle socorro, se le quita su coraza i le encuentran en el corazon una herida.

—¡Ah! dice Ivan, por este mismo sitio le entró la saeta, en el mismo me ha herido su sombra.

Dice, i luego de haber confesado su crímen, espira.

En el interin el caballero misterioso habia desaparecido, i jamas se le volvió a ver.

Era el baron Rodulfo, a quién Dios le habia permitido abandonar su tumba el dia de los muertos.

Así concluyó su cuento la anciana nodriza.

—¡Ah! dijo el niño, vuestra historia me ha dado miedo.

—¿Por qué hijo mio?

—Ahora ya no quiero acostarme; se me figuraria ver al baron Rodulfo con su armadura negra a los piés de mi cama. Hoi es el dia de muertos.

—¿Quereis, pues, que para alejar vuestros temores, os enseñe la balada que cantan en este dia los montañeses de mi país? Ella os traquilizará i hará desaparecer vuestro miedo.

—Sí, sí, enseñádmela.

—Oid, pues, i repetidla palabra por palabra.

La anciana i el niño se pusieron de rodillas, i la montañesa iba diciendo i repitiendo el niño:

«Cristianos, venid a blanquear los huesos de nuestros padres en el cementerio solitario; venid a ver los huesos de aquéllos que os han dado al mundo, lavados por la lluvia i azotados por el viento de la noché. Es una gran leccion, cristianos.

«¡Es una gran leccion, cristianos! Mira tú, pobre jornalero, éste es el cráneo de tu madre, que te paseaba de puerta en puerta en sus brazos, que peinaba tus cabellos con un peine de marfil i que te adornaba los dias domingos con una gorra guarnecida de encajes de plata.

«Jóven, ésta era tu querida, tu desposada, aquélla a quien habias dado tu sortija de alianza. Ahora, en lugar de tus dulces caricias, oye solo el ruido del viento que jime por entre los cipreses del cementerio i los gritos del buho solitario.

«¡Oh cristianos! todos nosotros iremos allí, al desierto cementerio, i en polvo nos tornaremos todos uno a uno. Cada año

coloca una capa de polvo sobre la capa del año anterior: hé aquí la vida del mundo i el destino de los hombres.

«Pero el dia llegará en que todo ese fango humano dejará de removerse i tomará su forma de otro tiempo. Entónces, ¡desgracia para los malos i felicidad para los justos! Porque Dios los pesará a todos en su balanza.

«Sí, a todos en su balanza. Los buenos serán colocados en el platillo de oro, los malos en el de hierro, i el primero subirá hácia el cielo, miéntras que el segundo descenderá a los infiernos.

«¡Vivid, pues, con el temor del juicio eterno, cristianos! Pensad en el cielo e imitad a Cristo. Estended vuestros brazos sobre la cruz sin murmurar, e iréis a reposar en la gloria de Dios.»

Así concluyó la oracion de la anciana, i el niño, disipados entónces sus temores, pudo dormir tranquilamente en sus brazos.

Víctor Balaguer.

A BUENOS AIRES

EN SU INFORTUNIO.

Leida en la conferencia literaria a beneficio de las víctimas de Buenos Aires en el teatro de Solís el 14 de abril de 1871.

Levanta noble pueblo, levanta la cabeza
No dejes que te abata la cruel enfermedad,
Tú, madre de mil héroes de perennal gran-
(deza
Imita a los que un dia te dieron libertad!

Aquéllos en batalla al golpe de su acero
Las huestes detenian de intrépida lejion,
Tú libras hoi batallas con ímpetu mas fiero,
Combates con mas brio, con mas abnega-
(cion.

Entónce a tus hermanos el plomo mas te-
(rrible
Diezmaba i combatian con fuerza sin rival,
Hoi es un enemigo fatídico, invisible,
Que a todos los nivela con su segur fatal.

Levanta! nada temas, que hai héroes en tu
(suelo
Que al infortunio acuden sin muestras de
(pavor,
No temas la batalla, que escrito está en el
(cielo
Con ígneos caractéres, ¡valor, pueblo, va-
(lor!

Los pueblos necesitan los golpes de la suerte,
De rudas convulsiones, sus nervios de metal,
I aunque el helado soplo circule de la muerte,
No puede apagar nunca su espíritu inmortal.

Viste a Montevideo sufrir ajitaciones,
Las guerras fratricidas, la peste, la horfan-
(dad?
I no la viste altiva sufriendo convulsiones
Luchar en el peligro, con santa heroicidad?

Pues bien; la hora es llegada; la guerra es
(imponente
Solemne es el momento, la liza desigual;
Qué importa para un pueblo luchar heroi-
(camente
Si en esa lucha hai algo de grande i divinal!

Mi patria, la que un dia cayó bajo el flajelo
Luchó sin arredrarse con noble intrepidez,
I levantóse erguida rasgando el denso velo
Sin que al peligro estremo rindiera su al-
(tivez!

Mi patria a quien los odios de añejos man-
(datarios
Al carro de desdicha la uncieran sin piedad,
Rompió sus ligaduras alzando en sus san-
(tuarios
Sus inspirados himnos de amor i libertad.

No importa que el flajelo te azote sin ejem-
(plo
Si tú te muestras digna de tu valor sin par,
Si cada moribundo al caer halla su templo,
Si en cada hombre un hermano te es dado
(contemplar.

Si muchos han caido en la tremenda lucha,
Hai otros que abnegados batallan sin caer;
Mas si sucumbe alguno en su agonía es-
(cucha
La voz del que en la liza lo habrá de suceder,

Pero no luchan solo en tan terrible duelo,
Ni jime el pueblo hermano en mísera hor-
(fandad;

Pues halla cariñoso en este hermoso suelo
Un óbolo, una lágrima, un voto de piedad!

El inocente niño, el áchacoso anciano,
La hermosa, el pobre, el rico con sin igual
(placer;
Dispútanse el derecho de dar para el her-
(mano,
Cumpliendo el mas sagrado santísimo deber!

Grandiosa te levantas sin par Montevideo,
Llenando tu sublime, profética mision;
Mas grande que en tus glorias en tu pie-
(dad te veo,
Mas alta que tus triunfos está tu abnegacion.

Los pueblos que en momentos supremos de
(amargura
Comparten con los otros las horas del sufrir,
Por mas que tambien sientan tan íntima
(tortura,
Deben guardar intacta la fé del porvenir.

Que Dios en su clemencia reserva para el
(bueno
Un dardo que acerado lastima el corazon:
Acerca hasta sus labios mortífero veneno
Para otorgarle luego su santa redencion.

Prosigue oh! patria mia, la senda bendecida
Que marca tu conciencia, la hermosa caridad
Al pueblo que se muere devuélvele la vida,
Dios te dará su premio, su amor la huma-
(nidad.

Del Evanjelio santo, alzaste el estandarte,
Cumpliste con el dogma de la eterna virtud!
Yo bardo peregrino no tengo mas que darte
Sino los pobres ecos que arranco a mi laud!

Sigue adelante pueblo; tu senda está mar-
(cada
En el inmenso libro de la posteridad;
Mas si tu gloria es grande, mas noble es
(i sagrada
La gloria que conquista tu santa caridad!

EDUARDO G. GORDON.

LA ESPERANZA.

(BALADA.)

Es nuestra vida borrascosa lucha
De bien i mal, de gozo i de dolor:
El mas feliz en su interior escucha
El eco de un afan devorador.

Sueña el hombre poder, fama, opulencia,
Sueña galas i triunfos la mujer:
Todos llenan i amargan su existencia
Con quimeras de orgullo o de placer.

Piensan que el falso bien porque hoi suspiran
Mañana arrancarán del porvenir;
Mas vuela el tiempo i pasa, i nunca miran,
De ese ansiado mañana el sol lucir.

I si tal vez la copa de ventura
Prueban, que el blanco fué de su ambicion,
Remordimiento o saciedad impura
Halla solo en el fondo el corazon.

La realidad nuestro delirio calma;
Sucede luego al júbilo el pesar:
La ilusion que se sueña encanta el alma,
La ilusion que se toca hace llorar....

I si en la humana esfera nadie alcanza
Las dichas mil tras que perdido vá,
Cómo no comprender que es la esperanza
¿El reflejo de un bien que aquí no está?

¡Ai! esa luz que nos alienta i guia
La senda de la vida al recorrer,
De un venturoso, eterno i claro dia
No es mas que el indeciso amanecer.

¿I en dónde existe, me direis ahora,
De la ventura el insondable mar?
¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?
¿Nuestra insaciable sed dónde apagar?...

¿No os sucedió jamas en la mañana
Mirar de un lago en el cristal azul
Pasar risueña nube de oro i grana
Vaga i flotante como leve tul,

I al ver sus formas, sus perfiles rojos
Retratarse del lago en el cristal,
Involuntariamente alzar los ojos
Para admirar el bello orijinal?

Pues bien, hacedlo mismo en vuestra mente
Que en ese lago que os recuerdo aquí:
¿Quereis de la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo, i la vereis allí.

LEOPOLDO A. CUETO.

EL APOSTOLADO CONYUGAL.

(Traduccion para *La Estrella de Chile* por R. B. G. dedicada a J. de D. V.)

¡Pues bien! me dijo Alfonso, despues de haber leido una novelita mia, esa historia no me gusta. Si nuestras hermanas i nuestras primas se propusiesen todas imitar a tu *gran corazon*, ¿qué seria de tantos buenos jóvenes, que *se han divertido* sin duda, pero que no esperan para arreglarse mas que una mujer cristiana? Paréceme que tu Noemi, aconsejando a las jóvenes piadosas que no se casen sino con jóvenes piadosos, obligará a mis jóvenes a no casarse sino con niñas sin fé i se cegará esa fuente fecunda de conversiones que se llama el *apostolado conyugal*.

—Me pareces, respondí, uno de esos hombres que no pueden oir hablar de un monjio sin lamentarlo por los bienes que sor Luisa o sor María habrian podido hacer en la familia i en la sociedad.—Dejad que cada cual busque su salvacion por el camino i por los medios que le indique su conciencia. Si yo temo que mi flaqueza me haga naufragar en medio de los peligros de la vida ordinaria ¿no tengo derecho para pedir un asilo a la paz del claustro? Si me siento llamado a la vida relijiosa ¿no debo responder a la voz de Dios i despreciar los clamores que pudieran retenerme? Muchos otros no sentirán ni esos temores ni esos atractivos i dejarán al mundo el beneficio de sus virtudes.

¿Qué es lo que yo reclamo para mi heroina? Precisamente el derecho de seguir una especie de vocacion que se manifiesta por una invencible repugnancia por esos tristes enlaces en que la fé está asociada a la impiedad i mui amenudo la pureza de un ánjel a los hábitos e instintos persistentes de la corrupcion.—¡No exajero! Ademas de lo que he dicho, hai multitud de cosas que no se puede decir i que deberian inducir a todos los padres cristianos a considerar esos *matrimonios mistos* como una terrible desgracia.

Ahora, yo no tengo dificultad en admitir que la bondad de Dios se digne a veces sacar bien del mal i que las virtudes, las oraciones, los esfuerzos, la injeniosa e infatigable predicacion de las esposas cristianas sean medios de conversion mui frecuentemente otorgados a los incrédulos.

—Ese apostolado cuesta mui caro a la que lo ejerce, dijo un viejo Consejero que apénas habia notado hasta entónces entre mis oyentes.—Voi a contaros una historia que haga juego con la que acaba de seros leida. En ella vereis en la labor a ese dulce apóstol de la familia trabajando sin cesar i acabando por morir a fin de ganar para Dios un alma que resiste constantemente i que no cede mas que a la muerte.

Yo tenia, hace veinte años, en una de las mas pequeñas sub-prefecturas del centro de la Francia, una jóven i encantadora prima. Era una niña cristiana, mui inteligente i a la que sus padres, ricos negociantes retirados, habian hecho dar una educacion distinguida para la provincia. Por una singular anomalía, el señor i la señora de Lepêcheur, aunque mui relijiosos, ámbos se imajinaban que la raza de los jóvenes cristianos se habia estinguido entre nosotros. Su hija, pensaban ellos, o se haria monja o se casaria con un marido así, así, en lo tocante a relijion, pero que no podria resistir al espectáculo de las virtudes de Paulina;—quince dias despues de su matrimonio, seria ya un edificante feligres.

Pues bien, la pobre Paulina, por ferviente cristiana que fuese, no tenia inclinacion a la vida monástica; i, llegada a los veinte años, fué menester pensar en casarla.

Entre los numerosos pretendientes que atraia su gruesa dote, su buena figura, su carácter amable i su talento seductor, el señor i la señora de Lepêcheur dieron la preferencia a un jóven majistrado amigo mio, que se aseguraba tendria buena carrera, por lo demas buen muchacho, pero no cristiano.—El señor Juan Lebrun agradó a Paulina; le encontró (no sé si con razon)

instruccion, talento, lealtad, mucho agrado en la conversacion. Ella no fué insensible al afecto que él declaró. En fin, se hizo el matrimonio.

Todo, al principio, fué felicidad para Paulina. Ni el talento, ni el corazon, ni el carácter de Juan desdijeron de lo que prometian ni de las esperanzas que mi prima habia cifrado en ellos. Su marido la hacia feliz i la honraba ante el mundo.

Mentira seria decir que faltaba entónces algo a la felicidad de Paulina. Hai en esos primeros dias de la dicha conyugal, de ese amor sin límites que se consagran dos seres hechos uno para otro, una plenitud de gozo en que todo lo demas se absorbe.—I no es ése el menor inconveniente de los que tienen ésos que poco ha llamaba yo *matrimonios mistos*. Es mui de temer que el corazon de la esposa cristiana olvide en medio de esas dulzuras de un amor puramente humano aquel otro amor supremo que deberia dominar i vivificar a todos los demas. A fuerza de amar, aun con el mas lejítimo afecto, a una creatura que no conoce a Dios, se arriesga llegar a encontrar perfecta a esa creatura i a no tomar en cuenta aquello principal que le falta. Habitúase a un marido no cristiano; no hace nada por convertirlo a Dios.

Paulina tenia demasiado buen corazon para desconocer las verdaderas condiciones del matrimonio, para abrazar solo sus goces i rechazar sus cargas.

A esa primera embriaguez de amor que justificaban sin duda las cualidades morales de su marido, sucedieron pronto crueles reflexiones. «Ese hombre tan bueno, tan amable, de una conciencia tan delicada, ese hombre a quien ella habia dado su corazon sin reserva, era completamente estraño a todo sentimiento, a todo acto relijioso, creia sin duda en los grandes principios de una relijion puramente filosófica. No era ateo, materialista ni panteista. Jamas empero salia de sus labios ni de su corazon una oracion. ¡Pensamiento triste cuya verdad no se ocultaba a Paulina! Su marido vivia una vida puramente natural, curábase tan poco de la vida futura como el animal cuyos destinos están limitados a esta tierra.» Paulina, antes de su matrimonio, no habia visto de cerca a ningun otro hombre que a su padre (que era un santo). En medio del afecto apasionado que habia consagrado a su marido esperimentó, una especie de terror por esa existencia en que Dios no tenia parte, por esos pensamientos en que jamas entraba una preocupacion por las cosas de allá arriba.

Los arrepentimientos estériles no convienen sino a los carácteres débiles. Las almas valientes ven el mal para trabajar por curarlo, para abrazar con coraje, aunque fuera menester sacrificar la vida, la santa mision de sembrar la verdad allí donde habia jerminado tan solo el error i el vicio.

Paulina no sintió disminuirse su tierno amor a Juan, cuando hubo visto de cerca en su triste realidad ese mal de que no habia podido formarse idea al consentir en casarse con un jóven no cristiano. Como una madre que ama mas, si cabe, a su hijo cuando cae enfermo, ella conoció cuán enferma estaba el alma de su marido; se redobló su ternura. Compadeció a Juan por la triste educacion que habia recibido, por la atmósfera sin fé en que habia vivido, por los negocios que habian absorbido sus preocupaciones, por el pais i la época a que pertenecia i en donde un hombre tan bien dotado como él podia vivir mucho mas estraño a toda práctica relijiosa que el mas grosero salvaje. Lo comprendió; se creyó llamada a reparar esa desgracia—a ello se consagró por todo el resto de su vida.

No se comprende la diferencia que hai entre una mujer cristiana i un hombre que no es cristiano. No hai palabras para espresar esa diferencia o mas bien ese abismo, el mas ancho i profundo que puede separar a dos creaturas humanas. Paulina lo vió de un golpe de vista. Pero su humildad i su amor echaron, por decirlo así, un puente sobre ese abismo. Dijo para sí que ella, educada como su marido, habria sido probablemente tan indiferente como él, i que él, si hubiese vivido en la atmósfera que ella, habria sido cristiano como ella. Creyó, por otra parte, encontrar en él felices disposiciones para volver a la verdad relijiosa.—Su tarea debia ser cultivar i esplotar esas disposiciones.

Algunos hombres, dice Platon, no tienen el sentimiento de la luz. Mas exacto

seria decir que ya no lo tienen; porque todos lo traen consigo, al venir al mundo, segun la palabra del Evanjelio: *Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. Pero, como tienen al mismo tiempo una triste inclinacion a la mentira i al pecado, que son las tinieblas, ese sentimiento de la luz se embota en algunos, a medida que, engolfándose en las sombrías sendas del mal, apartan sus miradas del divino foco de la verdadera luz i de esos vivos espejos que la reflejan tan maravillosamente acá abajo.

¿Quereis una prueba de que es ése el principio del alejamiento que esperimentan por nuestras creencias tantos hombres por lo demas honorables?—Pues bien: casi siempre ese alejamiento disminuye, luego que han desaparecido ciertos hábitos culpables que eran un obstáculo permanente para ver la luz de la verdad,—i cuando al mismo tiempo esas almas, rebeldes hasta entónces al sentimiento relijioso, se encuentran providencialmente colocadas en presencia de otras almas que tienen, por el contrario, en ese mismo sentimiento, el secreto de las verdaderas virtudes.

Fué eso precisamente lo que sucedió a Juan.—Hasta su matrimonio, habia vivido como jóven del mundo, como buen muchacho segun el mundo, lo que constituye bajo el punto de vista cristiano, un estado irregular i culpable, i absolutamente incompatible con la práctica de la relijion. Educado en una familia de la cual estaba ausente el espíritu relijioso, no habia considerado a la relijion sino como una série de observaciones puramente materiales.—O cuando veia cada año a esas hermosas mujeres que en todo el invierno no habian hecho mas que bailar, aplaudir en la Opera, jugar, murmurar, tejer intrigas o interesarse en esos tristes manejos; cuando las veia, llegada la cuaresma, sazonar esa existencia mundana con algunos sermones, hacer despues su comunion pascual, no veia en ello mas que una rutina medianamente edificante; pensaba que solo la estacion traia para las mujeres del mundo ese período relijioso, como trae las siegas o las vendimias para los campesinos i para los elegantes de la ciudad la caza, los viajes o los baños.

Jamas, por otra parte, ántes de su matrimonio, habia contemplado Juan a la relijion viva, por decirlo así. Apénas se casó, se le presentó ese hermoso espectáculo. Vió una mujer que no faltaba jamas al mas insignificante de sus deberes, para quien el placer no era nada i la voluntad de Dios era todo; igualmente injeniosa para aliviar la miseria, para llenarse de interior gozo por la arrebatadora serenidad de su carácter i para ignorar absolutamente (no por una falsa modestia, sino por verdadera humildad) las cualidades i los méritos de que el cielo la habia dotado.—Todas las virtudes que se escluyen tan frecuentemente para los sabios de la tierra, la dulzura i la firmeza, el celo ardiente i la paciente caridad, la vista perspicaz de los defectos de los hombres i el sufrimiento, no solo resignado sino alegre, de sus flaquezas, lo serio de los pensamientos con lo festivo de la conversacion;—todo eso se combinaba en Paulina en un armonioso conjunto, en que tan evidentemente dominaban el amor de Dios i las inspiraciones de la relijion que era imposible ver a Paulina sin amarla i sin amar al mismo tiempo al Evanjelio i a la Iglesia, que la habia hecho lo que era.

Juan esperimentó, pues, el influjo de las virtudes de su mujer. Cuando se preguntaba por qué ella era mas caritativa que él, mas paciente, mas abnegada, mas resignada, por qué estaba mas pronta a sacrificarse por el mas pequeño de sus hermanos, por qué era mas dueño de su dolor en presencia de los grandes golpes de la suerte i de su humor en presencia de las pequeñas contrariedades de la vida; cuando se preguntaba por qué ella, que era mas bien una naturaleza violenta, era tan superior a él, nacido con toda clase de disposiciones tranquilas i suaves,—se decia en el fondo del alma que Paulina lo debia sobre todo a sus sentimientos relijiosos, a ese móvil poderoso que dirijia la marcha de su intelijencia i de su voluntad, a ese foco de amor que los cristianos tienen en el fondo de sus corazones para Dios, para los pobres, para la verdad, miéntras que él no tenia otra guia que sus buenos instintos que jiran, en un abrir i cerrar de ojos, al menor viento de las pasiones.

Entre tanto, no decia lo que pensaba; pero su mujer, que seguia con una mirada aguzada por el amor los progresos de la gracia en esa alma querida, estaba llena de gozo.—Un dia no pudo disimular su gozo....Juan conoció que se habia descu-

bierto; entrevió el gozo de su mujer por la idea de su próxima conversion....i ese dia parecieron desaparecer para siempre las probabilidades humanas de esa conversion.

¡Estraña inconsecuencia del corazon humano! Hé aquí un marido que ama tiernamente a su mujer. Se goza en leer en ese jóven corazon limpio i profundo como las aguas azules de los lagos.—A fuerza de admirar el suave resplandor de sus virtudes, descubre el vínculo i el principio: la relijion....Necesitariase ser ciego para no verlo i no era Juan ciego para los méritos de Paulina.—Se promete interiormente instruirse algun dia, talvez mui pronto, en la misma escuela.

Nada puede ser mas dulce para el corazon de la esposa cristiana que esa perspectiva. ¿No es verdad que Juan debia conocerlo i apresurarse a prevenir a Paulina de sus buenas disposiciones, para que ella lo ayudase con sus consejos, i lo alentase, sobre todo para que orase por él con mas ardor todavía?

Nada. Desde el dia en que creyó apercibirse de que ese trabajo interior no lo ignoraba Paulina, que ella cooperaba a él al ménos con sus oraciones, todo se detuvo súbitamente.—A la admiracion sencilla de las virtudes inspiradas por el Evanjelio, a la humildad que confesaba su propia flaqueza, a la buena voluntad que comenzaba a hacer algunos esfuerzos, sucedió el orgullo, el orgullo, ese gran enemigo del trabajo de Dios sobre las almas.

Fué ésa una cruel reaccion. En vez de dejarse arrastrar por la suave influencia de las virtudes de Paulina hácia la fuente divina de donde nacian, Juan se hizo fuerte contra ese movimiento. Vió en las raras cualidades de su mujer un atractivo destinado a sojuzgarlo, en sus méritos propios, cuya inferioridad ayer no mas reconocia, el esfuerzo suficiente de la razon humana. A esa pacífica conquista de su alma que Paulina meditaba, la llamó guerra sorda i desleal, hecha contra su libertad.

Significólo, no sin dureza, a Paulina. Esta, siempre pronta a acusarse, se reprochó cruelmente haber entorpecido la obra de Dios, dejando estallar, demasiado pronto su gozo. No fué ménos vivo su deseo de ver volverse a Dios a Juan, ni ménos fervorosas sus oraciones para lograr ese feliz resultado, ni su conducta ménos constantemente escenta de todo reproche que hubiera podido recaer sobre sus creencias ménos constantemente llena de una suavidad, de una gracia i de una prontitud en reconocer sus yerros, de una serenidad alegre que debia ganarle todos los corazones.

Un resultado, por lo ménos, se consiguió con esa prudente conducta. Sin duda el golpe estaba dado, Juan estaba para mucho tiempo encastillado en la resistencia, posicion mil veces peor que su antigua indiferencia.—Pero, despues del mal humor de los primeros dias, su afecto a su mujer no se alteró. Reflexionando a sangre fria, viendo obrar i hablar a esa anjélica creatura, le pareció un sacrilejio la menor sospecha contra su buena fé. No pudiendo considerarla ya como una impostora, la consideró inocente i se resignó sin trabajo a ser feliz con ella.

Dos espinas, sinembargo, estaban clavadas en el fondo de esa felicidad. Juan conocia bien que su triste amor propio lo alejaba de aquello que habria establecido entre Paulina i él una comunidad de sentimientos i de esperanzas que habria duplicado la felicidad. En cuanto a Paulina, ¿cómo espresar el dolor de la esposa cristiana que vé a aquél que ella ama cerrar voluntariamente sus ojos i su corazon a la gracia?

Ese estado duró diez años sin que Juan se cansase de su obstinacion ni Paulina de su paciencia. Dos hijos de seis a ocho años aumentaban los remordimientos del uno i el dolor de la otra; porque su educacion se iniciaba sin esa armonía tan apetecible entre el padre i la madre acerca de los grandes principios que importa presentar desde temprano, sin la sombra de una duda, a esas tiernas intelijencias.

A los que no quieren rendirse a las dulces influencias de que están rodeados, Dios castiga amenudo i los salva al mismo tiempo por algun golpe de su Providencia, que, rompiendo su felicidad temporal, les enseña a buscar las únicas felicidades que sobreviven a todo.—Eso debia suceder a Juan.

Habiéndose alterado la salud de Paulina, se le recetó el aire de mar.—Juan i Paulina gustaban mui poco de la sociedad; eran mui felices el uno con el otro para

necesitar de la muchedumbre de los indiferentes. En lugar, pues, de trasladarse a Dieppe o a Ostende, donde habrian encontrado las costumbres i las exijencias de la sociedad parisiense, escojieron un puertecito de las costas de Bretaña, mui oscuro entónces i frecuentado solamente por algunos paseantes *serios*. Alquilaron una preciosa casita, donde se instalaron con sus hijos.

Jamas habian sido tan felices; no porque su mútuo afecto, fuente de su felicidad, fuese susceptible de acrecentarse,—una sola revolucion habria podido, dándole, por parte de Juan, el principio sagrado que le faltaba, elevarla santificándola; pero esa feliz revolucion, la conversion de Juan, no habia sucedido; Paulina misma, no viendo ninguna probabilidad humana, no la esperaba mas que de la voluntad de Dios.—Nunca, sinembargo, habia sido mas feliz....

Los goces de la tierra se asemejan a un cuadro cuyo mérito, por grande que sea, parece crecer i completarse, gracias al marco que ha sabido elejirle el delicado gusto de un amigo.—En medio de ese admirable paisaje en que, por una parte, el mar desplegaba sus grandezas, su encanto indefinible i sus peligros que parecen aumentar su atractivo, miéntras que, por el otro lado, al abrigo del promontorio tras del cual está el puertecito, sembrados, praderas, riachuelos, ramilletes de árboles lucian la gracia i la animacion de la campiña,—sintiendo, circular su vida, por decirlo así, mas viva en sus venas, gracias a esa brisa del mar que, como el aire de las montañas, parece activar en nosotros el fuego de nuestro ser;—gozosos de vivir casi solos el uno con el otro, de admirar juntos esos espectáculos variados de la naturaleza, de ver desarrollarse a su vista la inteligencia i el corazon de sus hijos, Paulina i Juan no eran mas felices que ántes, pero esperimentaban con mas viveza la felicidad i como una espansion de su dicha.

¿Era ése un consuelo que Dios les concedia en el momento en que su felicidad iba a eclipsarse,—como ese barco que vieron un dia alejarse de la playa, a velas desplegadas, saludado por las alegres voces de las mujeres i de los niños a los que respondia desde el puente el cadencioso canto de los marineros...., a la noche un solo hombre volvió i contó en la aldea que una violenta tempestad lo habia destrozad todo?—¿Era, por el contrario, una angustia mas para el que iba a sobrevivir i a acordarse toda su vida de los encantos en medio de los cuales la muerte habia dado fin con su felicidad?

Un mes habia durado ese dulce éxtasis de felicidad i amor, cuando Paulina sintió una lijera indisposicion seguida de calofrios i despues de una fiebre violenta. El médico, hombre mui hábil, reconoció desde luego una fiebre tifoidea. La enferma languideció toda una semana; temores i esperanzas, sucediéndose unas a otras, hicieron morir i revivir tres o cuatro veces al pobre Juan.—Al fin, la enfermedad se sobrepuso; —i el médico declaró que no habia esperanza.

Paulina habia sido siempre fiel a aquella regla de piedad cristiana de vivir cada dia como si en él se hubiese de morir. La muerte no habria podido, pues, sorprenderla.—Sinembargo, desde los primeros ataques de la enfermedad, habia llamado al buen cura de la aldea, un santo hombre que desde cincuenta años atras dirijia a todas esas almas sencillas i conocia los consuelos apropiados para cada dolor. Supo por Paulina que, perfectamente feliz acá abajo, hacia gustosa a Dios el sacrificio de todos los bienes que debia a su bondad; que no tenia mas que un sentimiento i era morir ántes de haber reducido al aprisco de la Iglesia el alma de su querido esposo.—El buen sacerdote se conmovió con ese jeneroso abandono de una felicidad tan rara; tuvo la confianza de que Dios recompensaria esa resignacion, siempre tan difícil, dando a la muerte de la esposa una eficacia que no habia tenido su vida.—No se engañaba.

Era la noche del vijésimo dia. Pocas horas ántes habia declarado el médico que Paulina no amaneceria viva. Sinembargo, como estaba en pleno uso de su razon, significó que queria volver a ver al cura que la habia sacramentado esa mañana. El cura volvió. Con ese instinto maravilloso que dan el amor a las almas i una larga práctica del santo ministerio, supo recojer las palabras entrecortadas que la enferma articulaba con una voz apagada. Con esas palabras, compuso frases i recibió así la última confesion de Paulina, que se inclinó bajo la última absolucion.—El esfuerzo que

ella hizo pareció haberla concluido; cayó en una especie de abatimiento i letargo que el médico habia anunciado como precursor inmediato de la muerte.

El sacerdote iba a retirarse. Estrechó tristemente, al pasar, la mano del pobre Juan i le dijo, con un aspecto paternal que su carácter i sus canas justificaban ampliamente:—¡Hijo mio, que Dios te asista!

—No os vayais, señor cura, respondió Juan, tomando esa mano venerable i estrechándola contra su corazon, no os vayais. Quiero hablaros.

Sentáronse uno junto al otro. Juan estaba sofocado por los sollozos. El buen sacerdote notó que entre las esclamaciones del dolor mas profundo, nada habia de amargo ni de violento; ni una queja contra la Providencia. Era un buen augurio.

—Padre mio, dijo Juan, cuando pudo hablar, soi un miserable. Soi yo la causa de la muerte de mi mujer. Hace diez años que lucho contra mi conciencia, i Dios, para castigarme, me quita a aquélla cuyos consejos he rehusado seguir i cuyas virtudes he rehusado imitar, con criminal orgullo.—¡Desgraciado de mi porque he aguardado ese golpe terrible para rendirme! —Pero, con todo, ¡gracias, Dios mio, que permites que, aunque sea con este golpe, caiga el velo que cubre mis ojos!

Dentro de algunas horas, padre mio, mi querida Paulina habrá dejado de existir, mis pobres hijos no tendrán ya madre i un duelo eterno habrá tomado posesion de todo mi ser.... ¡Oh, padre mio, no puedo conformarme con esa idea....¿Quereis que os diga el único consuelo que siento nacer en mi corazon?.... Dios, estoi seguro, me lo envia para que no sucumba a mi dolor: quiero hacer por mi esposa muerta lo que no he querido hacer por ella viva, o, mas bien, siento en este instante, en que voi a perderla, todo el peso de sus ejemplos i de sus virtudes. Seré cristiano. Así podré por medio de la oracion conversar con ella. Educaré a mis hijos, como ella comenzaba a hacerlo, en el amor de Dios i de la Iglesia. I la espantosa desgracia que me agobia conozco que debo bendecirla, puesto que este don precioso de la fé, que Paulina me ofrecia hace diez años como un divino tesoro, habré sabido cojerlo al ménos al borde de su tumba.

—Hijo mio, que Dios te bendiga, replicó el sacerdote.

I hacia señas a Juan para que se arrodillase. Este no trepidó. En medio de lágrimas i sollozos derramó su alma toda en el alma del buen cura.

En presencia de una voluntad todavía vacilante, de una fé cuyas raices le hubieran parecido ménos vigorosas, el sacerdote habria dilatado hasta otra entrevista la absolucion que debia restituir a Juan a la gran grei de los cristianos.—Veia a su penitente tan bien dispuesto, contemplaba a esa pobre alma en el momento de esperimentar una conmocion tan profunda i para la cual no estaban demas los mas poderosos consuelos, que creyó no deber diferir la reconciliacion.

El penitente se levantó, fortificado contra el golpe que iba a herirlo.—El sacerdote salió; Juan fué a arrodillarse al pié del lecho donde todavía duraba el terrible letargo.....

¿Quién dirá los misterios de esa noche cruel, los goces interiores del nuevo cristiano mezclados con los dolores que lo desgarraban, la espectativa llena de angustia de ese despertar que debia ser seguido de la muerte?—Eso duró hasta la mañana.

El sol comenzaba apénas a lucir e introducia sus rayos al traves de los postigos cerrados, cuando Paulina salió de su largo sueño.—Al suspiro que ella lanzó, Juan levantó la cabeza que tenia entre sus dos manos.

Los ojos de la moribunda tenian un brillo estraordinario; i, cuando habló, su voz, tan embarazada, hacia algunas horas, se habia puesto tan clara que un relámpago de esperanza cruzó por el alma de Juan.

Ella conoció al punto que algo importante habia pasado durante su sueño. Juan le refirió el golpe de la gracia que lo habia derribado, despues de las largas resistencias del orgullo. Tuvo palabras desgarradoras para pintar su felicidad de cristiano en el momento en que su felicidad de esposo iba a acabar.

En seguida, aferrándose a una última esperanza:—Cara compañera, estás mucho mejor esta mañana. Te restablecerás i tendremos la dicha de servir juntos a Dios.

—Nó, amigo mio. La mayor de las felicidades para mi, como para tí, es que te hayas hecho cristiano. Esa felicidad es

menester comprarla.—¡Dios sea bendito porque ha querido aceptar mi vida como precio de esta gracia que yo le pido hace diez años!—Servir a Dios contigo, verte enseñar a nuestros hijos el amor de las cosas divinas, ¡oh! seria demasiado dulce! Yo no lo he merecido.

Hablaba aun cuando una niebla pasó por sus ojos. Conoció que era su última hora:—Adios, dijo, i con todas las fuerzas que le quedaban estrechó el crucifijo contra su corazon....

Juan lanzó un grito.... estaba muerta.

Hace veinte años que él la llora i procura seguir sus huellas a fin de encontrarla algun dia en la patria eterna.

Al terminar el viejo Consejero su relato, las lágrimas ahogaban su voz.... Supe, a la noche, que él era Juan.

EUJENIO DE MARGERIE.

NO ES MURMURAR.

DIÁLOGO.

—El otro dia me encontré en la calle con....¿cómo te llamas, hombre?....Aquél, pues, que fué albacea de la testamentaria de doña N. i se quedó con toda la herencia....¡qué memoria la mia!....¿no te acuerdas tú?

—No sé de quien me hablas.

—Aquél, pues, hombre, a quien el gobierno dió cuarenta mil pesos para la compostura del camino de T....i no gastó mas que diez mil....¿Cómo te llamas? ¡Acuérdate, Felipe!....aquél que se casó con una vieja rica i a los dos meses dió cuenta de ella....Aquel gordito, feo.... cojo....aquel badulaque....pues, hombre. Tú debes conocerlo....Ah! ya estoi!.... Fulano de Tal.

PENSAMIENTOS.

Escoba.

El mueble de mas importancia, despues que habla un rojo.

∴

Celos.

Reconocimiento de la insuficiencia propia.

∴

Plojio.

El mejor i mas fácil sistema para decir algo bueno.

∴

Diario.

Un gran pliego de papel repleto de necedades, las mas veces, pero que satisface la curiosidad de los que no tienen otra cosa que hacer.

∴

Oposicion.

Una coleccion de hambrientos, despechados i mete-bulla.

∴

Gobierno.

Los mas halagados de los mortales, miéntras pueden satisfacer las peticiones de los que piden empleos.

∴

Banquero.

Se le conoce de a leguas. Los deudores huyen a su vista, los demas le quitan el sombrero cuando pasa.

∴

Editor.

El pato de la boda de todos los que se

creen calumniados, ofendidos, o, por lo ménos, aludidos por un diario.

∴

Mayoría.

Vox populi vox Dei. Siempre hombres de buen sentido i sin vanidad.

∴

Minoría.

Pocos, pero que suenan mucho, como las nueces vanas.

∴

Artículos con estrellitas.

Método sencillo de llenar un periódico.
Homeopatía de la prensa.

∴

Antes de la votacion.

Mucha bulla—grandes promesas—triunfo seguro.

∴

Despues de la votacion.

Libertad de pataleo—choreo libre.

∴

El abogado.

Fuente de dificultades.—(Esto dice el cliente).
Embrollador de pleitos.—(Dice el juez).
Defensor de la inocencia.—(Esto lo dicen los mismos abogados).

∴

El hombre.

Hasta los 2 años, niño que mama.
Hasta los 7, niño que llora.
Hasta los 15 niño que juega.
Hasta los 30 niño que ama.
A los 40 niño regañon.
A los 60 pesadilla de los nietos.
Desde la cuna hasta el sepulcro: siempre niño.

∴

Una madre.

La Providencia bajo la forma de mujer.

∴

El libro.

El mejor amigo en la soledad.
Un libro hizo de Agustin malvado un santo.

∴

La luna de miel.

La mas inocente i encantadora de las bufonadas de la vida.

∴

Un rico.

Segun el Evanjelio: El administrador de la fortuna de los pobres.
Para un rival: Un imbécil incapaz de inspirar amor.
Para los comunistas: El primer bastion de la tirania.
Para el que esto escribe: Un mortal que tiene tanto derecho de hacer lo que quiere, como el primero que pasa por la calle.

∴

La Madre de Dios.

Se la ama, no se la define. Se la señala i se le ruega con la seguridad que nos acoje con ternura en su seno maternal.
La última creencia de los que abandonan la fé, ántes de entrar en el mundo de la oscuridad, del error i de la nada.

∴

Esperanza.

La segunda de las virtudes cardinales.
Compañera inseparable de la fé.
Fuente de la caridad.
Cuando se oculta el sol de la esperanza para el hombre, es porque ha llegado ya a su ocaso el sol de la vida.

∴

La suegra.

«El lobanillo del matrimonio; deja de doler, cuando la cuchilla de la muerte lo separa.»—Esto lo dice un casado que vive por necesidad en casa de la suegra.

∴

Un hotel.

El hogar de los que no tienen otra familia que el dinero.

* * *

El médico.

La burla del fatalismo.

Dios determina—la muerte señala—el médico consuma la obra de destruccion.

Renegamos todos de los médicos, pero es la última persona que se olvida, cuando creemos que llega la hora.

* * *

El sueño.

Imájen de la muerte.

El mejor descanso de los que sufren despiertos.

Se habla mucho del sueño. La ciencia ha escrito millares de libros sobre él; pero nadie se preocupa ni un solo instante de averiguar su esencia, cuando cariñosa e insensiblemente cierra nuestros párpados.

* * *

Periódico de guerrilla.

La escupidera de los biliosos.

* * *

El cumple-años.

El aniversario del dia de la partida. La vida es una cadena. En cada cumple-años rompemos un anillo.

* * *

El cigarro.

Hollinador perpétuo.

Inocente ocupacion, que nada cuesta, cuando se fuma grátis.

Principio de amistad, cuando se busca la ocasion de entablarla.

* * *

Un anillo.

Simplemente un juguete, que vale i significa tanto como otro cualquiera de su especie.

* * *

El pobre.

El Tántalo de la fábula.

* * *

La calificacion.

Una tentacion mas agregada a las muchas que inclinan al hombre al mal.

En dias de elecciones, articulo que esperimenta las alternativas de la opinion.

* * *

Popularidad.

Se habla de ella; pero nadie la vé. Lo que sea; todos se empeñan por conquistar sus favores.

El ajente de mas crédito en el mercado de la opinion.

* * *

Maestro.

La pesadilla de los flojos.

* * *

El dolor.

El inseparable compañero de la existencia.

* * *

Las deudas.

Imájen fiel de la hidra de la mitolojia. En donde se le corta una cabeza, le nacen diez.

* * *

Acreedores.

Los ulhanos que nunca celebran ni obedecen a los tratados de paz.

* * *

Las muelas.

Aunque picadas, se quieren.—Cuando desaparecen se compran a los dentistas.

V. B.

Contenido de este número.

I.—Nuestro adversario
II.—Los dos sueños, por Ruperto Marchant Pereira.
III.—Paz i fraternidad, poesia, por C. Walker Martinez.
IV.—El baron Rodulfo, por Victor Balaguer.
V.—A Buenos Aires en su infortunio, poesia, por Eduardo G. Gordon.
VI.—La Esperanza, poesia, por Leopoldo A. Cueto.
VII.—El apostolado conyugal, por Eujenio de Margerie
VIII.—No es murmurar.
IX.—Pensamientos, por V. B.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, julio 9 de 1871. Núm. 197.

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

El Alba, nuevo periódico literario, redactado, como *La Estrella de Chile*, por jóvenes, dedica un breve pero juicioso artículo a la importantísima cuestion de la libertad de enseñanza, nuestro eterno tema, nuestro sueño dorado, aspiracion jeneral del pais.

Nos alegramos de que cada dia vayan levantándose nuevas voces a pedir lo ya hace tanto tiempo venimos pidiendo nosotros.

Dos cuestiones propone nuestro colega: ¿Tenemos libertad de enseñanza? —Conviene que la tengamos?

I, al resolverlas, emite más o ménos las mismas ideas que mas de una vez han emitido los redactores de *La Estrella de Chile*.

No hai libertad de enseñanza, dice, porque se ha de enseñar «al gusto del rector del Instituto, conforme a los testos del Instituto, dejando por juez al Instituto, rindiendo los exámenes en el Instituto, haciendo, en fin, de cada colejio algo parásito del Instituto.»

I es la pura verdad.

Dice en otra parte:

«La libertad que quieren todos, ménos el rector del Instituto, es la de enseñar conforme al mejor testo i al mejor sistema, i no conforme al que mas gusta a él; la de que se crea que hai colejios en que se pueden rendir pruebas finales tan bien como en el suyo; en fin, la de que se pueda conseguir un diploma sin que se necesite suplicarle que se digne dar su pasaporte.

«Por eso, porque todas las intelijencias, todos los colejios, todos los exámenes tienen que converjer indeclinablemente al Instituto, no hai en Chile libertad de enseñanza.

«I esa restriccion es inconcebible.

«¿Acaso se cree que la instruccion que se da en aquel colejio es mas esmerada que la que se puede recibir en muchos otros?

»Sostendria un error el que eso sostuviera; ni el cuerpo de profesores, magnífico, (?) pero que casi todos lo son tambien de otros colejios, ni los métodos empleados son superiores a los de algunos otros; i en especial a los de algunas corporaciones relijiosas, cuyos sistemas se han admirado i se admiran aun en Europa.

«Tampoco puede decirse que en los colejios particulares haria fortuna el favoritismo i la injusticia, caso que en ellos fueran válidas las pruebas finales.

«I en efecto, seria imposible sostener la rectitud de los fallos del Instituto en una época en que todos o casi todos se han educado ahí, i en que se conoce, por consiguiente, lo flexible de la varilla de justicia de los rectores.

«Sobre todo, ¿por qué hemos de creer que los preceptores de colejios particulares i los de corporaciones relijiosas a qué hemos aludido, tengan una conciencia mas ancha i con mas puerta de escape que las de esos rectores? ¿Por qué ellos se habian de dejar influenciar mas fácilmente que éstos? ¿Por qué hacer una suposicion que no podemos ni debemos?»

I, en otra parte, examinando la conveniencia de la libertad de enseñanza, añade:

«Si se cree que el establecimiento nacional es el mejor, ¿por qué no se deja intentar siquiera una prueba en contrario?

«¿Por qué no se deja ese derecho a colejios que, como el de los jesuitas, probarian brillantemente, como ellos lo han probado siempre i en todas partes, que hai mas de un sistema apropósito para dar una buena i sólida educacion?

«Se teme que en ese caso se haga el vacio en aquel establecimiento? ¿Se teme que tantos padres de familia que hoi envian allí a sus hijos con repugnancia, forzados por la necesidad, los retiren?

«Pero no pueden abrigar ese temor los que tienen o aparentan tener la conviccion de que la mejor enseñanza es la que ahí se recibe. I en caso que lo teman, confesarian con su desconfianza que aun ellos mismos están sospechando que no es en el Instituto en donde mejor se dirijen las intelijencias que se desarrollan.

«Por eso las ventajas de la libertad son indiscutibles, evidentes, palpables.

«La libertad seria el fin de los abusos, la propagacion de la enseñanza, el triunfo del mejor sistema, i quizá una honrosa i laudable competencia entre los directores de los establecimientos de educacion; lucha en que venceria siempre el mérito i la ciencia.»

Véase, pues, cómo no son solamente estos clericales retrógrados, estos *Amigos del Pais*, los únicos que buscan por todas partes i no hallan esa ámplia libertad de enseñanza que el señor rector del Instituto jura por sus barbas que existe, que él la ha visto.

No son solo estos clericales los que piden libertad de enseñanza i encuentran que con ella ganaria inmensamente el pais. No son solo estos redactores de *La Estrella de Chile*, discípulos de jesuitas, los que creen que el Colejio de San Ignacio podria competir talvez con ventaja con el Instituto, si la libertad de enseñanza permitiese competencia.

El Instituto, no sabemos si ganaria o perderia con la libertad de enseñanza. Si por temor de que pierda, se quiere mantener el monopolio de la enseñanza en su favor, de veras que votamos contra el Instituto, si necesita, para mantener su crédito i su vida como colejio, la subsistencia de un privilejio esclusivo.

Que venga la libertad de enseñanza i entónces sabremos de qué parte está la competencia i la contraccion, si solo de parte de los que hasta ahora son los amos de la enseñanza o tambien de parte de los que hasta ahora han tenido que enseñar bajo la tutela i la férula del colejio oficial.

La libertad no puede dañar al verdadero mérito ni puede menoscabar créditos i reputaciones que descansen en bases sólidas.

Como *El Alba*, concluiremos pidiendo al Congreso Nacional la libertad de enseñanza, en nombre de la juventud que sufre el peso del monopolio del Instituto, en nombre del progreso intelectual del pais, en nombre del principio de igualdad i libertad, base de nuestras instituciones.

Pende ante la Cámara de Diputados un proyecto de lei presentado el año pasado por los señores don Zorobabel i don Pedro J. Rodriguez, diputados por Chillan i por Rancagua. Si el Congreso despachara ese proyecto, habríamos dado un gran paso.

POETAS CONTEMPORÁNEOS DE ALEMANIA.

V.

CÁRLOS SIMROCK.

(Conclusion.)

El presente siglo ha producido, tanto en Alemania como en Francia, una rica jerminacion lírica. La Alemania sobre todo ha visto florecer desde treinta años a esta parte una multitud de graciosos injenios de quienes seria fácil citar un buen número de obras acabadas. Si hubiera de renovarse el antiguo combate de la Watburg i si se nos designase por jueces, confesamos que nos sentiriamos perplejos i que no sabríamos a quien asignar con justicia el premio.

Olvidábamos que la parte tercera del libro de Cárlos Simrock es una verdadera justa poética. Sabido es que este jénero de composiciones ha sido usado a menudo por los trovadores franceses i que estuvo mui en boga en las cortes durante la Edad Media. Los favores de alguna noble dama eran el premio ordinario del vencedor en esos combates de galanterías rimadas. ¿Los ojos azules son mas hermosos que los ne-

gros? ¿Cuáles deben ser las prendas de un cumplido caballero? ¿En qué signos puede reconocerse un corazon verdaderamente enamorado? etc., etc.; tales eran los temas ordinarios de esos inocentes torneos del injenio. Resucitar sus tradiciones en el siglo XIX, nos parece un candoroso anacronismo. ¿No podrian en efecto compararse ciertas formas poéticas con aquellos trajes de nuestros antepasados que a pesar de su esplendor i de su gracia parecerian por lo ménos grotescos llevados por nuestros contemporáneos? Las composiciones poéticas de que tratamos no pueden convenir sino a una época de galantería o mui candorosa o mui refinada. Todas esas encantadoras disputas de los buenos tiempos antiguos nos parecerian ahora sobre manera impertinentes. Talvez seria aventurado afirmar sinembargo que asi se juzgasen en Alemania.

Si nos apresuramos a pasar rápidamente sobre las justas poéticas de Cárlos Simrock, sintiendo el talento que ha prodigado en ellas, es solo para tener mas tiempo que consagrar a sus romances; son ellos juntamente con sus *lieder* las mas deliciosas producciones de su musa. Allí se manifiesta en toda su gracia i enerjía ese estilo nervioso i clásico que es uno de los mas sólidos títulos de la fama de Cárlos Simrock. Sus trabajos han sido tan provechosos al vocabulario como los del conde de Platen a la estrofa lírica. Pero ya es tiempo de citar al poeta. Cuando se trata de apreciar una literatura estranjera las citas prueban mucho mas que los comentarios. Proceder asi nos parece tambien un método tan leal para con el poeta que se trata de dar a conocer como conveniente para con el público al cual se pone en situacion de juzgar por sí mismo.

Las dos piezas siguientes justifican nuestros elojios:

MUERTE DE LA POESÍA.

«Despues de largos sufrimientos, la Poesía, hija de cielo, acababa de morir. Sus sacerdotes no ganan nunca gran cosa; asi es que sin duda habia muerto de hambre.

«Se trató de enterrarla magníficamente en un atahud de oro i plata; pero no fué posible encontrar ni oro ni plata; ámbos habian perdido su brillo.

«Para unjir su noble cuerpo se enviaron mensajeros a buscar vino de puerta en puerta; pero ¡ah! todos los toneles i botellas se encontraron vacios.»

«Alguien quiso en seguida hacer una corona para la difunta; pero en vano. El invierno reinaba en la comarca. Despues de aquella primavera, que fué la última, las flores no debian tornar a florecer.»

«Mas de una enamorada pareja se apresura a ver desfilar el convoi fúnebre; i sin sentir que sus cabellos encanecen, la vejez los asalta de súbito.»

«En el mismo instante en que el negro ataud fué depositado en el sepulcro, una profunda noche cubrió la tierra. El sol no se dignó continuar enviando sus rayos al mundo transformado en árido desierto.»

«Un sacerdote entona la oracion fúnebre; su voz resuena desapacible i lúgubre: No espereis ya la dicha; decid adios a toda felicidad!

«Despues tuvo lugar el banquete del duelo: las antorchas irradian una pálida i siniestra luz sobre los convidados inmóviles: están sentados allí como en la mansion de los muertos.»

«Están sentados, mudos, abismados en el dolor; esperan la luz vivificante del dia. —Dejad que os entierren, pobres locos, porque estais muertos i lo ignorais!»

LA CITA.

«¿Quién se desliza al traves de la reja i penetra en el jardin iluminado por un rayo de luna?—La dama dice con suave voz al caballero: Sed el bienvenido!

«Los ruiseñores modulan dulcísimos trinos propios a encender los deseos; los dos bultos van i vienen por las avenidas con el corazon henchido de placer.»

«En el mismo sitio donde un débil rayo se quiebra sobre un rosal florido, el caballero se separa súbitamente de la dama i habla asi:

«No debo mi fortuna a ninguna caballeresca hazaña; nunca mis canciones ni mi tierno afecto habian podido obtener de vos correspondencia. ¿A qué debo esta noche tan amable acojida?»

«La dama contestó entre amorosa i juguetona: Mi eleccion es libre; con todo, agradecedla no solo a mi corazon, sino tambien al de mi marido.»

«Cierto dia un halcon atravesó volando este jardin; vos ibais persiguiéndolo.»

«Entónces mi marido esclamó: ¡Qué tipo de noble bravura! Nunca campeon mas esforzado militó en las filas de la valiente caballería!

«Está destinado a la gloria; los campos de batalla fueron su cuna; nació sobre un corcel brioso i bebió la primera leche en un casco de bronce.»

«Tiene sobre la frente el sello de la lealtad, su pecho es un escudo del honor, su corazon el espejo de las mas puras costumbres: es magnánimo, valiente i cortés.»

«Mirarlo es una fiesta; en su presencia el recuerdo de los tiempos antiguos se viene a la memoria; i el amor que las mujeres le prodigan, justo homenaje debido a sus prendas, no puede excitar los celos de nadie.»—

«Son estas palabras del anciano las que han inclinado en vuestro favor a su esposa. Gozad pues de la dicha que él mismo os proporciona.»

«El caballero le responde al momento: Vuestras palabras me han curado de súbito.»

«¿Por qué no sellasteis los labios? Nada hai en el mundo que pueda inducirme a burlar al hombre que ha formado de mi tan alto juicio.»

«Doi las gracias a su benevolencia que ha inclinado hácia mi vuestro corazon: engañarlo seria mostrarme indigno de ella.»

«Debo deciros adios! Permitid que bese vuestra mano. Voi a llevar vuestros colores hasta Jerusalen.

«I decid a vuestro marido que su héroe es en efecto como una sombra de los buenos tiempos de la noble caballería.»

Un libro que contiene piezas de tan raro mérito no puede dejarse sino con pena. Con todo las muestras presentadas darán al lector una idea de los diversos jéneros en que se ejercitó el poeta.

Aunque la coleccion de Cárlos Simrock prescinda de las ardientes cuestiones en que la polémica contemporánea se ejercita i en la cual tendremos pronto que seguir a una brillante falanje de jóvenes vates, seria injusto clasificar al autor entre aquellos espíritus egoistas desde el punto de vista del arte, a quienes Gœthe ha servido de jefe i de modelo. Léjos de merecer este reproche, Cárlos Simrock manifiesta en varias pájinas de su libro cuanto se honra de considerarse como un hijo piadoso i reconocido de la patria alemana; pero en sus versos el patriotismo palpita i circula naturalmente como la sangre en la venas, con la regularidad de una funcion indispensable para la existencia. Si el poeta no protesta jamas con rimas afiladas ex-profeso contra los actos políticos de que se lamenta sus pais, el respeto i el amor a la patria que animan todos sus cantos pueden considerarse como la mas elocuente de las protestas.

En sus últimas pájinas ha consignado dos canciones en que se revela un sentimiento hostil hácia la Francia, algo como un recuerdo de las cóleras de 1813. Es de notarse sobre todo una estrofa compuesta en honor de Flandes i Béljica. El poeta se felicita de ver subir a los buenos flamencos en los wagones del ferrocarril de Colonia, i se siente dichoso al estrechar la mano de sus compatriotas, pues segun el lenguaje corriente de Alemania, tambien los belgas descienden del viejo tronco jermánico. El poeta hace votos por la reunion de todos los miembros de la familia bajo un mismo techo i al rededor del mismo hogar.

Estos votos, en parte realizados, prueban que no sin causa se llamó por los antiguos a los poetas *vates*—es decir, reveladores de lo porvenir.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ES TRISTE...

Es triste, mui triste,
Del ave del bosque
Cantar melancólico
Que suena en la noche;
Sus notas apagan
Los vientos veloces,
I a su honda querella
Ninguno responde.

Un alma que sufre
Secretos dolores,
Así se lamenta
Doliente e insonme,

I lanza sus quejas
Do nadie las oye.

1871.

L. O.

PARIS.

¡Horror! horror! horror!.... así esclamaba un poeta al contemplar las desgracias que aflijian a su nacion i así esclama hoi el orbe entero, atónito i perplejo delante del nefando crimen perpetrado en aquella ciudad, orgullo i gloria de la noble Francia.

¡Paris! Paris! ¿qué fatal destino o mejor qué maldicion es la que pesa sobre tí? ¿por qué avergonzado oculta el sol su brillante faz, tras un manto sanguinolento i fúnebre? ¿por qué huyen las brisas i el huracan se desata en pavoroso torbellino, azotando con furia i estremeciendo hasta en sus zócalos tus mas grandiosos templos, tus mas soberbios palacios, tus mas antiguos monumentos? ¿por qué al ronco estampido de mil cañones se despedazan tus muros, saltan tus fortalezas i se desploman tus bastiones? ¿por qué el incendio en inmensas columnas de voraces llamas, destruye i carboniza tus mas ricas joyas, tus mas valiosas riquezas? ¿por qué, en fin, el ánjel de la muerte ajitando sus negras alas i blandiendo su potente guadaña, airado vuela del oriente al poniente, del setentrion al mediodia, hiriendo sin piedad i destrozando preciosas i queridas existencias? todos caen, a nadie perdona, hijos, hermanos i padres; madres, hijas i esposas, a todos hiere, a todos alcanza.... ¿Quién, quién es el autor de tan triste infortunio? ¿Quién, el miserable que así se goza en el llanto i los clamores de mil víctimas? ¿quién el demonio que se atreve a profanar cuanto hai de mas sagrado, de mas santo, de mas puro?.... ¡Desdichada ciudad! horrorizate, son ellos, son tus propios hijos; sí, esos hijos espureos i parricidas que Dios en su implacable cólera hizo un dia jerminar en tu seno, para que como las víboras, despedazasen despues las mismas entrañas que les dieron el ser. Vedlos ahi feroces i terribles como hambrientos tigres, ahí están agrupados en torno de un estandarte color sangre.—¡Libertad! Igualdad! Fraternidad! vociferan i miéntras sus bocas inmundas i blasfemas profieren tan consoladoras i hermosas palabras, sus hechos a gritos patentizan, lo que se debe esperar de ésos que mas que hombres, hienas debieran llamarse, pues como los hienas poseen sus instintos.

¡Oh! conozcamos una vez por todas, a esos acérrimos defensores i eternos preconizadores de las libertades i de los derechos del pueblo; en todas partes se encuentran, en todas partes hacen oir su fatídica voz.

Los bandidos que han hecho de Paris un cementerio, son los mismos que van sembrando la cizaña i la discordia en el mundo entero, cobijados siempre por ese siniestro estandarte rojo. Todos son unos, unos son sus principios i unas sus ideas. Para ellos no hai paz posible, su incesante clamor es—¡Guerra a todo poder establecido! guerra a todo órden, a toda relijion! ¡Abajo el altar! abajo los cetros i las coronas! Hé ahí su programa, programa abominable cuya realizacion es el mas espantoso castigo que Dios puede inflijir a una nacion.

¡Desgraciado el pueblo en donde esos lobos cubiertos con la piel del cordero, llegasen a afirmar su planta, ese mismo dia desaparecerian por completo i la libertad, i esa igualdad i fraternida tan decantada por ellos; ese mismo dia comenzaria el reinado del terror, del bandalaje, del veneno, del puñal i de la mas horrorosa tirania!

¡Oh Paris, infortunada ciudad! los cadáveres que llenan tus calles, los huérfanos que lloran hambrientos i sin hogar, las viudas que claman por sus hijos i por sus esposos i hasta los ennegrecidos i sangrientos escombros de tus ántes soberbios palacios, piden al cielo venganza! Unámonos todos a ese grito de dolor i de rabia, arrancado por tanto martirio i por tanto sufrimiento i que un universal clamor de reprobacion i de tremenda maldicion, caiga sobre esa funesta raza de verdugos!

Santiago, julio 2 de 1871.

Ruperto Marchant Pereira.

LA CONFERENCIA LITERARIA

EN MONTEVIDEO.

Damos en seguida alguna de las composiciones leidas en esa conferencia.

CARIDAD-FRATERNIDAD.

En el certámen a beneficio de las víctimas de la fiebre amarilla en Buenos Aires, celebrado en el teatro de Solis el 14 de abril de 1871.

Eco lejano, acento dolorido
Que bien no acierta a descifrar la mente
Viene a herir misterioso nuestro oido
I a conmover el alma tristemente.
¿De dónde parte el lúgubre jemido
Que nos traen las brisas de occidente?
Es la voz sepulcral con que una hermana,
Viene a implorar la caridad cristiana.

Pobre pueblo! ayer rico i festejado,
Radiante de placer hasta el exceso,
Sin cuidar del futuro ni el pasado
Cifraba en el presente su embeleso:
Ya esperaba el momento afortunado,
De inaugurar el templo del progreso,
Cuando el fantasma airado del destino,
Vino a posarse en medio a su camino.

No mas allá! clamó con saña fiera;
Tú que del Plata te alzas la sultana,
En vano es que te ostentes altanera,
Por que es tu fuerza ante mi fuerza vana:
Ese encanto, esa dicha placentera
En triste llanto trocarás mañana,
Cuando te cerque la implacable peste
Con su invisible i maldecida hueste.

I la risa i los cánticos cesaron,
I de la gran ciudad cesó el bullicio;
Las luces de las fiestas se apagaron
I se cerró el magnífico edificio;
Lanzáronse hácia el templo donde oraron
E hicieron ante el ara un sacrificio;
Vano esperar! escrita ya su suerte,
Dió comienzo el reinado de la muerte.

I desde entónces la mirada fija
En aquel ser que el alma idolatraba,
Siempre teniendo en su ansiedad prolija,
De miedo de perderle lo ocultaba;
La madre estrecha con pasion a su hija,
La hermana del hermano se abrazaba,
Formando una tiernísima cadena,
Que amortiguase su angustiosa pena.

¿Mas cuál es el poder que tiene el mundo
Contra el fatal designio del Eterno?
¿Sabemos si ese mal horrendo, inmundo,
No ha surjido del centro del Averno?
Es terrible en el lapso de un segundo
Ver sucumbir un ser amante i tierno!
I sin que baste llanto ni plegaria,
Arrojarlo a la fosa como un paria.

Ya no existen allí las distinciones
Que apartaban las clases algun dia;
Ricos, pobres, magnates, en montones,
Son confundidos en la huesa fria;
Acaso dos o tres jeneraciones,
Troncha la muerte con su saña impía,
I del mal son tan crueles los horrores,
Que no bastan dos mil enterradores!

Piedad, piedad! oh Dios de la clemencia
Tú que todo lo puedes i dominas!
Que suene ya la voz de la indulgencia,
Para el pueblo infeliz que hoi esterminas;
Bastante han desgarrado su existencia,
Del árbol de la guerra las espinas;
I si pecó talvez, hoi penitente,
Hunde hasta el polvo la abatida frente.

Pueblo oriental! te imploran tus hermanos
Sumerjidos en llanto i desconsuelo;
Que a raudales reciban de tus manos,
El óbolo de amor que es grato al cielo.
Que no aparezcan sus clamores vanos,
Para los nobles hijos de este suelo:
I pues llaman ansiosos a tu puerta,
Que todo aquél que sufre la halle abierta.

Pueblo oriental! recuerda tu nobleza
Que en los hechos jamás fué desmentida,
I pon otra corona en tu cabeza
Que ya ostentabas de laurel ceñida;
Levántate a la par de tu grandeza,
Vé de tu hermana a reanimar la vida;
La caridad tiene un perfume tierno,
Que se eleva hasta el trono del Eterno!

I cuando enjugues tan acerbo llanto,
I calmes tan cruelísimos dolores,
Cuando a esa noche de mortal espanto,
Sigan de la esperanza los albores,
Dios que te mira de su trono santo

Sembrará tu camino de albas flores,
I de las tumbas se alzará este grito:
Salud i paz a tí, pueblo bendito!

FERREIRA I ARTIGAS.

Montevideo, abril 11 de 1871.

ANTES I AHORA.

Nuestros antepasados eran hombres hechos de masa católica. Hombres de fé i de conducta cristiana, creian con sencillez, con respeto, con valor i obraban conforme a su fé.

Nosotros que vivimos, segun se nos asegura, en tiempos mas adelantados, ya no conocemos esa fé sencilla, ilustrada i valiente a la vez. Son pocos ahora los que creen todo lo que manda creer la Iglesia, pocos los que, creyendo, tienen el valor de su fé i mas pocos todavía los que hacen conforme a lo que creen.

* * *

Nuestros abuelos, que madrugaban a los setenta años mas que nosotros a los veinte, iban mui de mañana a misa todos los dias ántes de comenzar sus tareas cuotidianas.

Ahora, oir misa todos los dias es para un jóven de mundo un anacronismo. La moda es que solo vayan las mujeres.

Los hombres no tienen tiempo de oir misa.

* * *

Antes, nuestros mayores no tomaban jamas su frugal alimento sin haberlo bendecido en nombre de Dios i ni se levantaban de la mesa sin haber dádole gracias.

Hoi ya no hai necesidad de eso.

I, si algun dueño de casa bendijera la mesa i rezase despues de la comida, no faltaria algun mentecato que se riera.

* * *

Antes se comia solo tres veces al dia: a la madrugada, al medio dia i a la noche.

Hoi todo es comidas: por la mañana, a medio dia, a la tarde, a la noche.

¿Cuál sistema es mejor hijiénicamente? Preguntádselo a un médico.

¿Cuál sistema es mejor para la economía del tiempo, para el trabajo?

El antiguo.— Contad las horas que se emplean en las comidas mismas i las horas que hai que abstenerse del trabajo despues de cada una de ellas, las vijilias que hai que guardarles, i sumad.

El sistema moderno es mas muelle, mas apropósito para trabajar ménos.

* * *

Nuestros abuelos eran laboriosos, sobrios i frugales; por eso eran robustos i vivian largos años.

Hoi esa laboriosidad, esa sobriedad, esa frugalidad han escollado en los billares, i en los cafées.

La nueva jeneracion es mas raquítica porque es ménos sóbria, ménos frugal, ménos laboriosa.

Nuestros jóvenes no pueden madrugar: les haria daño; pero pueden recojerse de un baile al amanecer, sin perjuicio de la salud.

* * *

Antes las niñas rezaban, cosian, se ocupaban de los menesteres de la casa.

De la casa a la iglesia, de la iglesia a la casa.

Hoi cantan, tocan, reciben visitas, las hacen i pasean.

De la casa al paseo, del paseo a la casa.

* * *

De la cama a la mesa de comer, de la mesa de comer a la de jugar, de la de jugar a la de comer, de ahí al paseo i del paseo a la cama.

Hé ahí una vida!

I no hablamos de otras peores.

* * *

Nuestros antepasados no se avergonzaban de mostrarse católicos i piadosos donde quiera que se hallasen.

A este respecto, tres hermosas costumbres se han perdido.

Antes, al toque de las oraciones, en esa poética hora del crepúsculo, todos se detenian en la calle, descubrianse i saludaban a la Madre de Dios.

Hoi solo queda el toque. Nadie hace caso de él cuando lo oye en la calle.

Antes, cuando las campanas de la Catedral, como en el momento que esto escribimos, anunciaban que en la misa mayor se estaba alzando, todos, aun los que iban por la calle, se arrodillaban miéntras duraba el toque.

Hoi no. Un mozo a la moda se avergonzaria de arrodillarse en la calle; los ajustados pantalones se ajarian.

En la noche, al *toque de ánimas*, que invita los fieles a orar por sus hermanos que han muerto, ántes se rezaba, hoi ya no.

* * *

Las procesiones, esas manifestaciones públicas de la creencia católica, actos relijiosos, hoi son paseos ni mas ni ménos como las Delicias o el Campo de Marte.

Antes se iba a la procesion a orar.

Hoi se va a *ver* la procesion i la jente.

Antes iban las mujeres de basquiña i manto, como a la iglesia.

Hoi van engalanadas, vestidas de vistosos colores, como van al paseo.

Antes, nadie: autoridades, particulares, caballeros de categoria, jóvenes, nadie se avergonzaba de colgarse un escapulario o una esclavina, tomar una cera i acompañar la procesion.

Hoi las autoridades, los caballeros i los jóvenes tienen vergüenza de eso.

Progresamos.

* * *

Aunque siempre la moda ha imperado, nunca como ahora.

Para vestir a una mujer se necesita un caudal.

Las mujeres i hasta los hombres visten hoi de fantasia.

* * *

¿Por qué hai hoi ménos espiritu relijioso que antes?

¿Por qué, hijos de padres relijiosos, no son relijiosos?

Primero, porque, al confiar los padres la educacion de sus hijos no atienden a la educacion moral que van a recibir de aquél a quien se la confia.

Segundo, porque no educándose el corazon, la irrelijion sube del corazon a la cabeza.

Tercero: muchas veces no hai ni falta de fé, ni perversion del corazon; pero hai un espiritu cobarde, que cede al respeto humano, a la moda i niegan los labios i ataca la pluma lo que la intelijencia cree i ama el corazon. Estos son doblemente criminales.

No son siquiera esos discípulos ocultos que un amigo nuestro llama *Nicodémus*, son los discípulos traidores que besan i hacen prender al maestro.

* * *

En nuestro siglo, hai muchos que odian a la Iglesia.

Dígalo sino la persecucion jeneral contra todo lo que de ella viene. Dígalo la matanza de obispos i sacerdotes, la persecucion al Papa.

¿Se puede odiar a la Iglesia?

Imposible para quien la conozca, si tiene corazon capaz de amar lo grande, lo noble, lo benéfico.

Mui posible para el que no la conozca o, conociéndola, no tenga sentimientos nobles en el corazon.

Se trata de un cuerpo de bomberos. ¡Ah los abnegados servidores de la sociedad que esponen sus vidas por salvar la propiedad i la vida ajena! Son héroes. Toda gratitud para ellos.

Se trata de la Sociedad de Instruccion primaria, ¡ah! tambien son hombres abnegados que se sacrifican por la instruccion del pueblo.

Se trata de una asociacion científica, literaria, artística. Alabanzas para ellas.

¿Se trata de la Iglesia? Ya no se le aplica el mismo criterio.

La Iglesia tiene para cada miseria humana un consuelo i un remedio.—¡No importa!

Al enfermo, al decrépito, al demente le envia una hermana de la Caridad, al huérfano una relijiosa de la Providencia, al ignorante un sacerdote que le enseñe, al cautivo un redentor, al salvaje un misionero, al recien nacido un cura que lo haga cristiano, al moribundo mil inefables consuelos en su postrera hora.—¡No importa, tampoco!

Apesar de todo, se odia a la Iglesia.

Santiago, julio 5 de 1871.

RAFAEL B. GUMUCIO.

¿HIJOS O HIJAS?

(Traducido por R. B. G.)

En grandes apuros nos veriamos si, cuando nuestra familia va a aumentarse con un nuevo retoño, dependiera de nosotros escojerlo de sexo masculino o femenino.

Vacilariamos, creo, tanto tiempo, pesando el pro i el contra de cada eventualidad, el contra sobre todo, que acabaria-

mos por imitar al asno de Buridan, que se dejó morir de hambre entre dos montones de heno.

«Heno de muchachos, diriamos primero. Pero fuerza será educarlos, elejirles una casa de educacion, en que se hagan bien los estudios i los principios sean morales, —dos cosas que no siempre van juntas. Vendrán los exámenes. Vendrá despues la borrascosa estacion de la juventud. Miéntras mas miro a mi derredor, mayor número veo de niños bien educados que, apénas grandes, llegan a ser malos solterones o yernos inútiles. ¿I la eleccion de la carrera? I esa terrible cuestion de la vocacion que va a hacer quizas de nuestros Benjamines, soldados, marinos, o talvez misioneros que acabarán por hacerse comer de los salvajes?

—¿Qué decis, replicó Mr. Parky, que no tiene mas que hijas. ¡Niños! ellos se sacan de apuros solos. Se casan i se hacen millonarios o parten a Arjel i vuelven jenerales....Sobre todo, para establecerse no han menester dote. I en seguida los muchachos son fáciles de sostener, no son exijentes...miéntras que las chicas...¡oh! no me hableis de ellas.—Las mias, por ejemplo, querrian que les diese a cada una cien mil francos de dote: no hai cómo, dicen, establecerse con ménos. Ellas son tres.....trescientos mil francos: la cifra justa de mi fortuna. ¿Qué seria, con los ceros que nos quedaran, de mi mujer i de mi, de mi viejo padre i de la mas vieja todavia abuela de mi mujer? ¡ah! qué tonto fui cuando despues de mi primer hijo—fué una niñita—deseé un segundo hijo; despues del segundo—otra niña—un tercero!

Habia olvidado el sabio proverbio.

«Una hija, bastantes hijas; dos hijas, demasiadas hijas; tres hijas con la madre, hacen cuatro diablos para hacer rabiar al padre.»

Dejo al pobre M. Parky entendiéndose como pueda con sus cuatro diablos; i, volviendo a tomar la cuestion en lo que a mi toca, digo que en esta materia, como en todas, Dios ha hecho mui bien en no dejarnos libres para elejir entre herederos i herederas.

«Dios hace bien lo que hace.» En ese otro corto proverbio está la respuesta a muchas dificultades; i el que hiciese del proverbio la regla constante de su vida seria a la vez mui sabio i mui feliz.

Si, pues, Dios no nos da mas que hijas, regocijémonos de tenerlas en nuestro hogar.

Si no tenemos mas que hijos pensemos an que ellos son la fuerza del pais; que, miéntras mas aumenta el número de los hombres mal educados, de esos que con justicia se han llamado *inutile pondus* (peso inútil), mas señalado servicio hacemos a la sociedad cuando derramamos en su seno un puñado de jóvenes laboriosos, instruidos, dedicados a la cosa pública, que saben armonizar todos sus deberes, porque saben clasificarlos en jerarquias, segun principios inmutables.

En cuanto a mi, a quien el cielo, como para colocarme en situacion de estudiarlos mejor ha dado hijos e hijas, quiero deciros sencillamente lo que de unos i otras pienso.

Si me preguntais a quienes prefiero, de quienes soportaria mas facilmente verme privado, menester seria no ser padre para esperar una respuesta. Seria como preguntarme si preferiria perder el oido o la vista, los brazos o las piernas, mi corazon o mi cerebro. Mis hijos son yo mismo: ocupan, segun sus aptitudes i segun las funciones que la Providencia les ha asignado, diferentes puestos en la familia como en la sociedad. Pero en el corazon del padre, son ese mismo corazon....Cuando Dios nos quita una de esas almas que Él nos habia dado, nos sometemos, nos resignamos: Dios es el dueño; Él sabe lo que es bueno para nosotros; nos ama hasta cuando nos castiga; nos tiene allá arriba reservadas coronas tanto mas bellas cuanto mayores pruebas hayamos sufrido. Pero Dios no nos impondrá la prueba de decirnos: «De todas esas radiantes figuras, de esos niños, de esos jóvenes, de esas jóvenes que son vuestra sangre, ¿cuál, cuál quereis que os quitel»

Asi, pues, mis hijas, mis tres hijas,—tengo precisamente el número fatal,—mis hijas son en primer lugar las coadjutoras de su madre en los cuidados de la casa.

Sin duda, nadie compadece mas que yo a esas pobres jóvenes que, aunque pertenecen a familias acomodadas, hacen todo el dia el oficio de sirvientes, arreglando

la ropa, zurciendo las medias, no abandonando el trabajo ni para ir a respirar un poco el aire de los bosques ni para entregarse al estudio.

Jamas van a pedir a la historia, a la poesía, a las artes algunas de esas nobles espansiones del alma que ensanchan el alcance del espíritu, impiden que el alma se embote i se abata, suministran materia para la conversacion i le permiten trocar por mas puras rejiones los trapos, la maledicencia, «la lluvia i el buen tiempo.»

No hai derecho para descuidar sino las cosas que se sabe.

Es menester que, cuando nuestras hijas estén con sus libros o en el piano, no se las crea incapaces de hacer dulces i de barrer.

El dia en que ellas deban cambiar esos instrumentos humildes por mas elevadas ocupaciones, lo harán con buen corazon i lo harán bien. Pero hasta entónces no olvidemos que se tiene una obrera por un franco cincuenta céntimos al dia. Cruel seria, por economizar esa miseria, tener a mi hija todo el dia clavada sobre los pantalones de sus hermanos, los baberos del chico i los trapos de toda la casa.

¿Qué diré de una jóven música?

Cuando el padre vuelve a su casa por la tarde, cansado de andar o de estar sentado en su escritorio, algunas romanzas de Schubert, la partitura de *la Flauta encantada*, la *Giulia gentile*, un *andante* de Haydn, una sinfonía de Mozart, un *allegro* de Beethoven, ¡qué encanto, qué dulce encanto para un oido fatigado todo el dia por el *run-run* del mundo, por las necedades i *prosaicidades* del Palacio, del bulevar, de los ministerios!

I cuando los dedos que producen esa melodía son los de nuestra hija, cuando reconocemos en esa ejecucion firme i delicada las tradiciones maternales, ¿creeis que no somos verdaderamente felices?

El ingles, el italiano, la historia, un poco de literatura, ¡cómo repasamos todas esas cosas para enseñárselas a nuestras hijas, para seguirlas por lo ménos i poder juzgar de sus progresos!

Hai—en el momento en que los niños, mujeres o varones cumplen los doce años—hai en toda la familia en que los padres no están decididamente dedicados a las futilidades de la *fashion*, hai para el padre i la madre como una instruccion i un estudio no sin encantos i provecho.

Hai mas. Conozco mas de una mujer de treinta a treinta i cinco años que ha sido arrancada al espíritu del mundo por esa dulce influencia que comenzaba a obrar sobre ella....Se ha zabullido en los libros... ¡ese zabullon ha salvado a su alma.

Mis hijas son las discípulas, las compañeras de su madre en ese bendito ministerio de la caridad.

¿Creis que cuando me encuentro con un vecino i me dice: «Sí, sí, Eujenio, conozco a esas tres enfermeras de la Madre Tirloupe: Isabel, Anjela i Camila. Sé que son vuestras hijas. ¡Dios las bendiga, porque aman a los pobres!» creeis que no me enternezco, que no me siento feliz, que envidio los goces de Ricardo, ese viejo solteron, que se come solo, como un glotón i un egoista, sus veinticinco mil libras de renta?

Una palabra ahora sobre los muchachos. Son principalmente nuestros herederos.

Cuando tenemos cincuenta años ¡cuántas cosas no hemos comenzado!—Nuestros hijos las acabarán.

¡Cuántas veces conoce uno que ha llevado mal camino!—Procurarémos que nuestra esperiencia les aproveche. «¡Ah! si yo hubiese sabido eso cuando tenia veinte años!» se dice amenudo. Gracias a nosotros al ménos ellos lo sabrán.

Sean sacerdotes o agricultores, manejen la espada, el pincel o la pluma, haremos de modo que sirvan a la buena causa i peleen el buen combate.

Dícese que es conveniente que el hijo abrace la profesion de su padre. Salva la cuestion superior de la vocacion, hai en eso algo de verdadero.

Lo que sobre todo es verdadero es que es mui feliz que los hijos estén animados de los mismos sentimientos que animaban a sus padres, que se enrolen bajo la misma bandera. ¡Cuánto mas fuerte es esta fuerza combinada de dos o tres jeneraciones que los esfuerzos individuales! Los que han recibido de sus padres la herencia mas preciosa i mas rara, la herencia de los buenos principios, están obligados a trasmitirla a su vez a sus hijos.

«¿Hijos o hijas?» deciamos al comenzar.

Contesto: «Hijos e hijas. Muchos hijos i muchas hijas.»

Una vez mas, bendiga Dios a las numerosas familias.

EUJENIO DE MARGERIE.

LA VERDAD I EL ERROR.

I ví uno semejante al Hijo del hombre vestido de una ropa talar, i ceñido por los pechos con una cinta de oro, i su rostro resplandecia como el sol en su fuerza. (Apocalyp. cap. I, v. 13 i 16.)

La obra proyectada i llevada al cabo por el Hijo de Dios sobre la tierra fué la enseñanza de la verdad. Todos los católicos ¡ aun las iglesias protestantes confiesan que esta verdad se halla en las Santas Escrituras; mas en su intelijencia, no están acordes los católicos i protestantes, por las preocupaciones en que están los protestantes por culpa de los que les indujeron al error maliciosa i depravadamente, introduciendo este principio: «basta la fé para salvarse;» principio que no puede sostenerse, si estudiamos bastante las palabras del Salvador, enseñadas por sus apóstoles en la Escritura, por interpretar testos aislados, sin el conocimiento pleno de la verdad contenida en la Biblia.

Mi plan es dar a conocer el principio de justificacion que nos enseñó Jesus, i nos dejaron los apóstoles en las Escrituras, como recibido de su Maestro Jesucristo, i como indispensable para entrar al cielo. Siendo Jesus el único que tiene las llaves de la mansion eterna, i abriendo Él, nadie puede cerrar, i cerrando, nadie puede abrir: queda el principio protestante de ningun valor; cuando sepan que hai un solo camino para ir al cielo, i este es el de la caridad, que nos une con Dios por la observancia de sus preceptos. Probaré esta verdad por las palabras del mismo Jesucristo a uno que le preguntaba ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna? Su contestacion fué la siguiente: «Si quieres entrar en la vida eterna guarda mis mandamientos.» (S. Mateo, cap. XIX, v. 17.) I en otro lugar dice: «Aquél es mi hermano, mi hermana i mi madre, quien hace la voluntad de mi Padre.» (S. Mateo, cap. XII, v. 50); i en otra parte: «Mucho mas bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios i la guardan.» Por consiguiente, quien no practica los mandamientos no entra en la vida eterna; no es hermano de Jesucristo el que no hace la voluntad de Dios, su Padre.

Asi son indispensables las obras de justicia para ir al cielo.

La fé por si sola no justifica, segun pretenden los protestantes, sino la caridad, porque la fé nos abre el camino simplemente hácia Jesus i el Padre; la esperanza nos administra los medios, i la caridad nos une con Dios. Convencidos los apóstoles de esta verdad, nos la han enseñado en todos sus escritos. Oid a S. Pablo: «I si tuviese toda la fé, de manera que traspasase los montes, i no tuviese caridad, nada soi. La caridad no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad.» (1.ª a los Corintios, cap. XIII, v. 2.) Lo mismo prueba S. Juan en su evanjelio i epístolas, leed: «I en esto sabemos que le hemos conocido a Jesus, si guardamos sus mandamientos. El que dice que le conoce, i no guarda sus mandamientos, es mentiroso, i no hai verdad en él. Mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en Él: por esto sabemos que estamos en Él, éste debe andar como Él anduvo. El que dice, que está en luz, i aborrece a su hermano, en tinieblas está hasta ahora. Os escribo a vosotros, hijitos, porque os son perdonados vuestros pecados por su nombre. I el mundo se pasa i su concupiscencia. Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre.» (1.ª de S. Juan, cap. II, v. 3 i siguientes.) En el capítulo 3.º de la misma epístola leereis estas otras palabras del mismo: «Considerad cual caridad nos ha dado el Padre queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, i lo seamos. Carisimo, ahora somos hijos de Dios: i no aparece aun. Sabemos que cuando Él apareciése seremos semejantes a Él. I todo aquél que tiene esta esperanza en Él, se santifica a si mismo, asi como Él es Santo.»

«Todo aquél que hace pecado hace tambien injusticia: porque el pecado es injusticia. I sabeis que Él apareció para quitar nuestros pecados: i no hai pecado en Él. Todo aquél que permanece en Él, no peca: i todo el que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, no os engañe ninguno: el que hace justicia, justo es, asi como Él

tambien es justo. El que comete pecado, es del diablo: porque el diablo desde el principio peca. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquél que es nacido de Dios, no hace pecado; porque su simiente está en Él. En esto son conocidos los hijos de Dios, i los hijos del diablo. Todo aquél que no es justo, no es de Dios, i el que no ama a su hermano: porque esta es la doctrina, que habeis oido desde el principio, que os ameis unos a otros. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama, está en muerte.» (1.ª de S. Juan, cap. III.)

«Carisimos, no amemos de palabras, ni de lengua, sino de obra i de verdad, si nuestro corazon no nos reprende, confianza tenemos delante de Dios: i cuanto le pidiéremos, recibiremos de Él porque guardamos sus mandamientos, i hacemos las cosas que son agradables en su presencia. I el que guarda sus mandamientos, está en Dios i Dios en él: i en esto sabemos que Él permanece en nosotros por el espiritu que nos ha dado.» (1.ª de S. Juan, cap. III, v. 18, 21 i 24.) Los testos citados convencerán a los protestantes que no es la fé la que nos salva, sino la caridad. Magdalena fué justificada por su caridad, asegurándolo asi el mismo Salvador: «Le han sido perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.»

Si Jesucristo era el único que podia abrirnos la entrada al cielo, i reconciliarnos con su Padre, cuya amistad habiamos perdido, se nos pide que tengamos fé en Él que es el Mesias, el Hijo de Dios. Este mismo hijo de Dios, Salvador nos manda parmanecer en su amor, asi como Él permaneció en el amor de su Padre, guardando sus preceptos, de modo que, si no guardamos sus mandatos, no tendremos amistad con Él ni con su Padre, quedando asi inútil su venida e inútil su muerte, sufrida por salvarnos. Es necesario como Él dijo para salvarnos que guardemos sus preceptos, aunque ya estamos reconciliados con Dios, su Padre, por la muerte que Él ha sufrido en favor nuestro, siendo el pontifice de la reconciliacion.

Pero si continuamos nuestra rebelion, no observando sus preceptos como nuestros padres en el paraiso, seremos siempre sus enemigos, i no amigos: pues Jesus dijo: «Vosotros sereis mis amigos, si hiciereis las cosas que os he mandado.» (San Juan, cap. XV, v. 14.) Es indispensable la observancia de sus preceptos para conservar su amistad i la de Dios, por consiguiente son necesarias las obras conforme con su lei para salvarse. Jesus nos dice: «Como el Padre me amó, «si tambien yo os he amado. Perseverad en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, perseverareis en mi amor, asi como yo tambien he guardado los mandamientos de mi Padre, i estoi en su amor.» (San Juan, cap. XV, v. 9 i 10.) Jesus tambien nos asegura que nuestras obras buenas son meritorias ante Dios su Padre, como dijo el Concilio Tridentino i San Juan en el capitulo citado. «Si estuviereis en mi, i mis palabras estuvieren en vosotros, pedireis cuanto quisiereis, i os será hecho.» Estas palabras nos prueban la verdad asegurada por el Concilio i nos confirman en la misma verdad las siguientes que nos aseguran de la perdicion eterna de aquéllos que no tienen dichas buenas obras. «El que no estuviere en mi será echado fuera, asi como el sarmiento, i se secará, i lo cojerán, i lo meterán en el fuego, i arderá. Todo sarmiento que no diere fruto en mi lo quitará. En esto es glorificado mi Padre, en que lleveis mucho fruto, i en que seais mis discipulos.»

Mas no podemos ser discipulos de Jesucristo, sino guardando sus preceptos, que son dos: amor a Dios sobre todas las cosas, i este es el mayor; i amor al prójimo como a nosotros mismos, que es el segundo: formando éstos toda la lei, i el yugo del Señor. Por cuyo motivo comprendió S. Pablo la lei en la caridad. «*Plenitudo legis est dilectio.*» «La plenitud de la lei es el amor.» Las obras buenas pues, son necesarias al cristianismo i no simple adorno. Asi, jamas olviden los protestantes estas palabras de S. Juan: «El que no ama, está en muerte.»

II.

No solo son necesarias las buenas obras al cristianismo como queda probado, sino que acompañarán al hombre a la eternidad, i ellas le merecerán un premio eterno en la mansion de Dios, o el castigo en la morada de los réprobos. Estas tendrá presente el juez Jesucristo para señalar a unos la recompensa eterna, i a otros la reprobacion eterna. Jesus, quien nos habia re-

conciliado con su Padre por su muerte, no atenderá sino a las obras para darnos el premio o el castigo que ellas hubieran merecido. (S. Mateo, cap. XXV, vs. 31 i 46.) «I cuando viniere el hijo del hombre en su majestad, i todos los ánjeles con Él, se sentará entónces sobre el trono de su majestad, i serán todas las jentes reunidas ante Él, i apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos: i pondrá las ovejas a su derecha i los cabritos a la izquierda. Entónces dirá el Rei a los que estarán a su derecha: venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre i me disteis de comer: tuve sed, i me disteis que beber: era huésped, i me hospedasteis: desnudo, i me cubristeis: enfermo, i me visitasteis: estaba en la cárcel, i me vinisteis a ver. Entónces le responderán los justos i dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento i te dimos de comer, o sediento, i te dimos de beber? I ¿cuándo te vimos huésped, i te hospedamos, o desnudo i te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, i te fuimos a ver? I respondiendo el Rei les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de mis hermanos pequeñitos, a mi lo hicisteis. Entónces dirá tambien a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo i para sus ánjeles. Porque tuve hambre, i no me disteis de comer, tuve sed, i no me disteis de beber, era huésped i no me hospedasteis, desnudo i no me cubristeis, enfermo i en la cárcel, i no me visitasteis. Entónces ellos tambien le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambiento o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, i no te servimos? Entónces les responderá diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mi lo hicisteis. E irán éstos al suplicio eterno, i los justos a la vida eterna.» ¿Se convencerán ahora los protestantes que las buenas obras son necesarias, i han de darnos el premio o el castigo siendo malas; volarán con nosotros a la eternidad para darnos la recompensa que hubiésemos merecido por ellas, de vida o muerte, por cuyo motivo no son un simple adorno al catolicismo, sino esenciales a él i de tal modo que el que no las tenga buenas no entrará a la morada de Dios, no ha conocido a Jesucristo por la fé, ni ménos es su discípulo. Así no estrañarán que el Salvador Jesus en ese dia terrible pronuncie este fallo sobre los que se hallen sin ellas: no os conozco, no tendreis parte conmigo, ¿dónde está el amor que me teneis? si hubieseis permanecido en mi amor, hubierais hecho mis mandatos. Nuestras buenas obras nos darán la recompensa eterna como discípulos de Jesus, sus hermanos que observamos su doctrina. Son asi estas obras mérito del justo, segun dice el Concilio de Trento, i el justificado por ellas merece la vida eterna, como dice el mismo Concilio. A mas, tengan presente los protestantes, no mis palabras tan solo, sino las palabras de Jesus. «No todo aquél que me reconoce por Señor Jesus se salvará, sino el que hace la voluntad de mi Padre.» *Non omnis qui me dicit Domine, Domine, salvus erit, sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est.*

Vuelvan sobre sus pasos conociendo la necesidad de las obras buenas, i que ellas nos merecerán tambien la vida eterna, si las hacemos.

No se asusten porque digo nos merecerán la vida eterna, porque sin ellas no tendremos vida eterna.

Jesucristo con su muerte nos ha reconciliado con Dios su Padre, i nuestras obras tienen el mérito que tendrian las de Adan i Eva si no hubiesen pecado, mérito delante de Dios, que es ya nuestro padre, como lo es de Jesucristo. Esto nos dió su muerte. Pero, la vida eterna solo se nos dará, si hacemos como hijos de Dios la voluntad de nuestro Padre, como la hizo Jesucristo guardando sus mandatos i permaneciendo así en su amor, i es el camino para nosotros.

Tampoco deben asustarse del mérito que nos dan las obras ante Nuestro Padre Dios, prometiendo Él por las palabras de Jesus hacer aun acá sobre la tierra su morada de nuestras almas, si guardamos su palabra, Jesus dijo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, i mi Padre le amará, i vendremos a Él, i haremos mansion en Él.» (Evanjelio de San Juan, cap. XIV, v. 23.) Nuestras buenas obras, pues, conquistan el amor del Padre i son meritorias delante de Él.

Sin duda ninguna, ahora confiesan los protestantes, que nuestras obras son meri-

torias ante Dios, que nos merecen la vida eterna, i nos pueden dar la posesion de Dios sobre la tierra. Vuelvan sobre sus pasos, i entónces no duden que el clero católico los ama, i que los desea estrechar en el número de los hermanos.

¡Oh Jesus, en quien esperan los que creen en Tí: dáles a ellos de la abundancia de tu amor, i vean que los tropiezos para ellos han desaparecido, si te aman en verdad. No haya disputa entre hermanos, porque Jesus las reprobó entre sus discípulos.

III.

No hablo a los protestantes el lenguaje de la literatura, sino el estilo sencillo de la verdad, dándoles a conocer mas la verdad de la Biblia, que la verdad de mis ideas, para que no teman sujetarse a esta regla de infalibilidad.

Mi pregunta es ahora i si San Pablo habrá podido enseñar una doctrina contraria a la de su maestro, como la ha enseñado la «Piedra de Valparaiso»: digo que nó. Daré las razones: 1.ª porque San Pablo dice que «sin la caridad él nada seria» *nihil sum*; 2.ª porque los testos citados por la «Piedra» i que pertenecen a San Pablo, muchos de ellos imponen la obligacion de las buenas obras, dejando éstas de ser ya un simple adorno al cristianismo como quiso la «Piedra.» De este tenor es el siguiente: «Seguid la paz con todos i la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios.» (Epist. Hebreos. 12. 14). Ahora me permito otra pregunta ¿podrá San Pablo incurrir en contradicciones siendo sus escritos inspirados por el Espíritu de verdad? Mi contestacion es que no. Por consiguiente es la «Piedra» la que enseña cosas no inspiradas por la verdad.

Asi el espíritu dice que, los testos citados por una mala intelijencia de las epístolas de San Pablo, tienen su esplicacion en los mismos escritos del apóstol, que aislados dicen lo que se les quiere hacer decir; mas no lo quiso decir él apóstol. Examinaremos por órden los testos citados, i daremos la esplicacion del mismo San Pablo. A Tito, cap. III. v. 8 i 14. «Palabra fiel: i quiero que esto afirmes: para que procuren aventajarse en buenas obras, los que creen en Dios. I aprendan tambien los nuestros a ser los primeros en buenas obras para las cosas que son menester, para que no sean sin fruto.» I son menester para el cumplimiento de la voluntad de Dios, porque siendo sin fruto los fieles de buenas obras, serian separados de la vid, que es Jesucristo.

Antes de continuar a otro de los lugares citados por la «Piedra», diré que en este lugar desapareció la dificultad.

La segunda cita, San Mateo, cap. 5, v. 16 i 20. «A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres: para que vean vuestras buenas obras i den gloria a vuestro padre, que está en los cielos. Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas i de los Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.» Segun este otro capítulo citado por la «Piedra» no son adorno las obras buenas, sino necesarias para entrar a la vida eterna, i tan necesarias, que si se parecian a las que practicaban los Escribas i Fariseos, que eran malas, no entrarian en el cielo. Creo asi que la «Piedra» entiende mal los testos de la Escritura que ella cita.

Otro de los testos citados por la «Piedra» es la epístola 1.ª Thessal IV, v. 4.: admirado he quedado que no haya leido los versos 2 i 3 que estaban ántes, siendo el 4.° verso una esplicacion de los dos anteriores, que dicen: «Porque ya sabeis, que precepto os he dado por el Señor Jesus: Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion: que os abstengais de fornicacion. Que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificacion i honor» i en el verso 9.° añade: «I por lo que mira a la caridad fraterna, no hai necesidad de escribiros: por cuanto vosotros mismos aprendisteis de Dios que os ameis los unos a los otros.» Sin duda ninguna estos testos nos prueban que daba el apóstol preceptos a los de Tesalónica, que él habia recibido del Señor Jesus, i las obras que son mandadas no son de simple adorno.

Veamos el último citado por la «Piedra» que es el que mas le favorece. (Galatas 2 vs. 3, 10, 16 i 20.) Dicen estos versos: «Mas ni un Tito, que estaba conmigo, siendo jentil, fué apremiado a que se circuncidase. Solamente, que nos acordásemos de los pobres: lo mismo que tambien procuré hacer con esmero.» Estos testos que anteceden están probando que la lei antigua habia desaparecido en la parte de ceremonia i figura, como tambien su obligacion. San Pablo asegura que nadie se justificó por la observancia de esta lei hasta llegar a la eterni-

dad por ella, lo que era imposible al hombre ántes que el Salvador Jesucristo le reconciliara con Dios; i hacia mas difícil el cumplimiento de esta lei la multitud de sus preceptos. Sinembargo, hubo justos en esa lei antigua, que, por conformarse con ella, merecieron ser llamados con este nombre, i tenidos en la Escritura como justos, a quienes Jesus llevó a la eternidad cuando Él abrió sus puertas entrando Él primero de entre los hombres. Las obras de la lei antigua no podian justificar al hombre hasta llegar donde Dios estaba, sin que primero fuese reconciliado con el Eterno por su Hijo Jesus.

Pero, despues de reconciliados, fué mui distinto, como lo enseñó Jesus, que nos da el título de hermanos, cuando subió de nuevo a su Padre, dijo «que iba a su Padre i a nuestro Padre» señalándonos el camino por la observancia de sus preceptos, necesarios para ir allá, i permanecer en su amor. Ahora comprenderán los protestantes cuanta es la diferencia que hai entre la lei antigua con todos sus mandatos, que a nadie justificó hasta llegar al cielo, i la lei nueva dada por Jesucristo, que nos ordenó Jesus guardar, como el camino para llegar a Dios su Padre.

Por cuyo motivo San Pablo guardó la de la caridad con todo esmero, i consta de sus palabras «lo mismo que tambien procuré hacer con esmero.» No siendo, pues, justificado alguno de los judíos por las obras de la lei antigua hasta entrar al cielo, sino por la creencia en Jesus, despues de su venida. San Pablo lo confiesa i prueba a los mismos judíos, a quienes se dirijió, segun consta del verso 1.° del capítulo citado: «Catorce años despues subí otra vez a Jerusalen con Bernabé, tomando tambien conmigo a Tito,» i verso 3.°: «Mas ni un Tito, que estaba conmigo, siendo jentil, fué apremiado a que se circuncidase,» i en el verso 16, dice de la lei antigua de circuncision: «Mas sabemos, que el hombre no se justifica por las obras de la lei, sino por la fé de Jesucristo,» i en el verso 20 del mismo capítulo añade: «I vivo, ya no yo: mas vive Cristo en mí. I lo que vivo ahora en carne (porque era judío), lo vivo en la fé del Hijo de Dios, que me amó, i se entregó a sí mismo por mí.» ¿De qué modo ya no vivia el apóstol, sino Jesus en él? sino por la caridad. Hai pues distincion entre las dos leyes: siendo la antigua figurada, la que no justificaba al hombre por sus obras; no así la evanjélica, grabada sobre el corazon. Jesus nos dijo: «Vosotros sereis mis amigos, si haceis las cosas que os he mandado.» San Pablo nos asegura la misma verdad en la 1.ª a los corintios, cap. VI, v. 9: «¿No sabeis que los inicuos no poseerán el reino de Dios? No os engañeis.» En seguida continúa el apóstol señalando en esta epístola las obras que nos separarán del reino de Dios; por consiguiente, segun San Pablo, las obras buenas del cristianismo no son adornos, sino necesarias para ir a la morada eterna, justifican al hombre que las hace, i son meritorias ante Dios, pues que nos dan la posesion del reino.

El hombre merece ante Dios, observando la nueva lei, porque Jesucristo le ha reconciliado con el Padre, i se ha hecho ciudadano de los santos i doméstico de Dios, teniendo entrada al trono del Eterno. Lo asegura el mismo San Pablo. (Efesios, cap. II, v.) «Mas ahora por Jesucristo, vosotros que en otro tiempo estábais léjos, os habeis acercado por la sangre de Jesucristo. Por cuanto por Él los unos i los otros tenemos entrada al Padre en un Espíritu» que es de caridad. «De manera que ya no sois estranjeros, ni advenedizos: sino que sois ciudadanos de los santos i domésticos de Dios: edificados sobre el fundamento de los Apóstoles i Profetas, en el mismo Jesucristo.» Fuera de toda duda, las obras buenas son necesarias en el cristianismo para los que se quieran salvar.

Os invito, carísimos, a que formeis el propósito de hacer compañía a los santos, guardando las palabras de Jesus i sus apóstoles; i rechazando cualquiera otro impostor, como Lutero, que saque de las Santas Escrituras falsos principios, que no son la doctrina de Jesucristo, que se encuentra toda fundada en la caridad.

San Pablo da aliento con tales palabras a nuestra union con Jesucristo, por la observancia de esta lei de caridad, que los mas débiles se sentirán con fuerzas. Leed: «Mas el que se allega al Señor, un espíritu es. ¿O no sabeis, que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el que teneis de Dios, i que no sois vuestros? Porque comprados fuisteis por grande precio. Glorificad a Dios, i llevadlo en vuestro cuerpo. Pues no en las palabras está el reino de Dios, sino en la virtud.»

FRANCISCO J. ZUAZAGOITIA,
Presbítero católico.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JUNIO.

Hé aquí las publicaciones recibidas en este mes en la Biblioteca Nacional.

A LA MEMORIA DE OSVALDO MOLINA *fallecido en Copiapó el 29 de abril de* 1871 *consagra este recuerdo de amistad su amigo J. L.* 1 vol. en 4.° de 16 páj.—Santiago.—Imprenta de *El Ferrocarril*.

ANTECEDENTES DEL PLEITO *seguido ante el juzgado de comercio de Valparaiso por los señores don Manuel i don Rafael Waddington con don Manuel Fernandez Lopez, relativo a la sociedad comercial colectiva de Waddington i Ca.* 1 vol. en 4.° de 116 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

BOMBAS COUSIÑO I CACHAPOAL.—3.ª compañia de bomberos.—*Memorias de los trabajos de la Compañia durante los años* 1869 *i* 1870 —1 vol. en 4.° de 36 pájs.—Valparaiso.—Imprenta del *Universo*.

DÉCIMA QUINTA MEMORIA *que el directorio de la Union Chilena presenta a la Junta Jeneral de accionistas en* 15 *de junio de* 1871.—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

DICCIONARIO JENERAL DE AGRICULTURA PRÁCTICA, *economía rural, veterinaria, medicina doméstica, historia natural, zoolojia, jeografía universal etc.*—Entrega 1.ª— 1 vol. en folio de la páj. 1 a la 20.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

DIE OFFICIELLE CANDIDATUR.—1 vol. en 4.° de 31 pájs.—Valparaiso.— Imprenta de *La Patria*.

DISCURSO DE S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA en la apertura del Congreso Nacional de 1871.—1 vol. en 4.° mayor de 15 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

TERCER APÉNDICE AL REINO MINERAL DE CHILE *i de las repúblicas vecinas* por Ignacio Domeyko. Publicado en la 2.ª edicion de la Mineralojia.— 1 vol. en 4.° de 58 pájs.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

EL CÓDIGO CIVIL ANTE LA UNIVERSIDAD *o sus comentarios por los abogados mas célebres del foro chileno.*—Entregas 1.ª a 6.ª— 1 vol. en 4.° de la páj. 1 a la 196.—Santiago.—Imprenta *Chilena*.

LA CANTINERA.—Episodio de la guerra de la República Francesa.1 vol. en 4.° de 217 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

ESTATUTOS DE LA COMPAÑÍA NACIONAL DE SEGUROS.—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

ESTATUTOS DE LA FÁBRICA NACIONAL DE PAPEL.—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

MEFISTÓFELES.—LOS ANTOJOS DE SATANÁS *o el reves de la sociedad.*—Entregas 5.ª a 10.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 97 a la 240.—Santiago.—Imprenta *Nacional*.

GUERRA ENTRE FRANCIA I PRUSIA EN 1870. Entrega 7.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 289 a la 420. — Valparaiso.—Imprenta de *El Mercurio*.

NOVELAS.—*El azote de la aldea* i *¡Qué dicha la de ser rico!* novelas escritas en frances por Enrique Conscience.—*Dominiquino* por Salvador Jacquemond.—Todas publicadas en los folletines de *El Independiente*.—1 vol. en 4.° de 112 pájs.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

LA ÚLTIMA PALABRA DE ROCAMBOLE, por Ponson du Terrail.—Entregas 28 a 31.—1 vol. en 4.° de la paj. 385 a la 530.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

PROYECTO PARA DAR AGUA POTABLE A VALPARAISO *i para regar los campos por donde el canal lleva su curso, sacándolo del rio del Monte.*—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

LA IDEA LIBERAL I LA IDEA ULTRAMONTANA, por Fanor Velazco.—1 vol. en 8.° de 56 pájs.—Valparaiso.—Imprenta de *La Patria*.

Un articulista de *El Ferrocarril* ensalzaba con tantos i tan pomposos elojios esta publicacion que nos decidió a leerla.

La hemos leido, i no hemos podido comprender cómo un hombre de mediano sentido ha podido poner en parangon a Velasco con Arteaga i como todavia ha podido sobreponerlo al lucidísimo autor de la *Sombra de Ayala*, obra acabada como folleto.

El folleto de Velasco, sin pasion, es mui pobre cosa. No vale el papel que se ha gastado para darlo a la luz pública.

Ni siquiera promete su jóven autor nada para el porvenir.

Contenido de este número.

I.—La libertad de enseñanza.
II.—Poetas contemporáneos de Alemania, conclusion, por Zorobabel Rodriguez.
III.—Es triste...., poesia, por L. O.
IV.—Paris, por Ruperto Marchant Pereira.
V.—Caridad-paternidad, poesia, por Ferreira i Arteaga.
VI.—Antes i ahora, por Rafael B. Gumucio.
VII.—¿Hijos o hijas? por Eujenio de Margerie.
VIII.—La verdad i el error, por Francisco J. Zuazagoitia.
IX.—Revista Bibliográfica.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, julio 16 de 1871: Núm. 198

¡VIVIR PARA VER!

Hai en el mundo dos principios que luchan sin cesar, el uno por enaltecer al hombre i el otro por envilecerlo i rebajarlo.

Es el primero el principio cristiano.

El arranca nuestra existencia del mismo Dios, a quien nos enseña a llamar padre. Nos enseña que dentro de esta cubierta de carne corruptible i miserable tenemos un espíritu que entiende i que ama, un espíritu que no muere, un espíritu semejante al mismo Dios. Segun el cristianismo, somos superiores a cuanto nuestros ojos ven en este universo visible. Todo lo que en esta tierra existe está por su naturaleza sujeto a nuestro soberano dominio. Solo allá arriba, en la morada de Dios, hai algo que es superior al hombre.

El principio anti-cristiano tiende a rebajarnos.

Para él, brotamos un dia del lodo, como brota un hongo. Un orangutan fué nuestro primer padre. Somos todo carne que se pudre i ya no es. Segun la doctrina anti-cristiana, somos iguales a los brutos del campo i del establo.

I ¡cosa singular! El espíritu de la humildad, la doctrina del Dios crucificado tiende a enaltecer al hombre. El espíritu de la soberbia, el espíritu de Luzbel, la doctrina del hombre divinizado es lo que tiende a deprimir al hombre hasta el fango.

* *

Leed, si no, el siguiente decreto de la *Comuna* roja de Paris:

«LA COMUNA.

«Considerando que, cuanto mas se aproxima el hombre al animal, mas se aproxima a las santas leyes de la naturaleza, la mas augusta de todas las cosas, mas adelanta en el camino del progreso i de la verdadera civilizacion, mas afirma su felicidad material, objeto único de su destino i término de sus mas lejitimos deseos;

«Considerando que todas las inspiraciones, impulsos e incitaciones de la naturaleza son puros i buenos en sí, que al lejislador que comprende su mision solo cumple consagrarlos sin detenerse en las reclamaciones i protestas de la razon ni en los errores de la preocupacion;

«Considerando que la promiscuidad es la lei jeneral de todas las especies vivas; que no se observa que los *macacos* nuestros indiscutibles antepasados, entre las compañeras a quienes dirijen sus tiernos requiebros, piensen jamas en el esclúsivismo absurdo que consiste en escojer i distinguir a una sola para ligarse con ella; sino que en esa especie, en la que tenemos tanto que imitar, domina el capricho i el goce de la ámplia i mútua liberdad que favorece el desenvolvimiento de la república;

«Considerando, que esa libertad que es uno de los fines de nuestra santa madre la naturaleza, contribuye al aumento de la familia i por consiguiente a la prosperidad jeneral;

«Considerando tambien que es de un egoismo insoportable i completamenteantidemocrático que cualquier hombre pretenda poseer una mujer para sí solo;

«Considerando, finalmente, que la distincion de los hijos en bastardos, naturales, lejitimos, adulterinos, i del mismo modo la distincion de las mujeres en lejitimas e ilejitimas son distinciones vanas, arbitrarias, convencionales, indignas de un pueblo libre i fuerte i de una sociedad que no quiere tener en adelante otro guia i otra regla que la naturaleza;

«Decreta:

«Todo ciudadano i ciudadana podrá casarse libremente con quien quiera, desde la edad de dieziocho años para los ciudadanos i diez i seis para las ciudadanas, i reconocer los hijos que quiera, de modo que no

haya lugar a distinguir entre los hijos lejítimos i los que no lo son i que la familia pueda enriquecerse indefinidamente para mayor prosperidad de la Comuna i de la República.

«En cuanto a los hijos no reconocidos, como es preciso que álguien los patrocine, la Comuna los reconoce i lejitima, promete ser para con ellos, padre vijilante i buena madre de familia, i espera que el título de hijo de la Comuna sea un título honroso, i que su tutela no parecerá demasiado dura para aquéllos a quienes haya acojido.»

* * *

Rebélase el racionalismo contra la fé, porque dice que la fé rebaja la dignidad del hombre. Se encontraba pequeño tal como la divina revelacion le enseñaba que era, apeló a la razon divinizada para pedirle mas grandeza. ¡Hé ahí la grandeza que en cambio de la pequeñez de la fé da a los hombres esa razon divinizada!

Si mas motivo no tuviéramos, este solo nos bastaria para declarar que la razon enloquece i se embrutece cuando niega la entrada a las luces de la fé.

* * *

Con que tenemos:

Que la infalible razon humana dicta que es preferible creerse descendiente de un orangutan ántes que creer en la palabra de Dios que nos asegura tuvimos por primer padre a un hombre perfecto, salido de las divinas manos;

Que el único destino del hombre sobre la tierra es comer, beber, dormir i procrear, ni mas ni ménos que un cerdo;

Que, miéntras mas nos acerquemos al cerdo, somos mas perfectos;

Que todas las inspiraciones i estímulos de la naturaleza son buenos i debemos obedecer a ellos; así el estímulo a la lujuria, al robo, a la venganza, al homicidio, a todos los crímenes, son buenos i hemos de obedecer a ellos.

Que el grado supremo de progreso i felicidad a que un pais puede aspirar es llegar a ser una manada de bestias, sin mas aspiraciones que la propagacion.

¿No es esto soberbio?

¡I son esos los maestros del mundo, los rejeneradores de la humanidad, que acusan al catolicismo de rebajar la dignidad humana!

* * *

Tienen razon los señores racionalistas.

Es mejor creerse igual a las bestias que creerse semejante a Dios, con tal que lo primero lo dicte la *diosa razon* i lo segundo la fé.

Es mejor creerse iguales a las bestias que creerse hombre racional, cuando los instintos brutales han llegado a sobreponerse al elemento racional i cuando se quiere vivir como bestia.

Eso está mui bueno. Engañaos a vosotros mismos, diciéndoos que sois efectivamente lo que querriais ser.

Hacéos una teoría conforme a vuestras aspiraciones i a vuestra vida.

¡Pero, no nos incluyais a todos en vuestra teoría; que ella rija solo con vosotros: es lo bastante!

Nosotros, que aspiramos a vivir como racionales, como hombres, como creaturas semejantes a Dios, creemos a Dios que nos dice que a su semejanza nos hizo.

Sed vosotros orangutanes o cerdos; pero dejad a los hombres ser hombres.

* * *

Hé aquí en su insolente i asquerosa desnudez, teorías, doctrinas, promesas i palabras tan sonoras i tan brillantes.

¡La razon, la dignidad humana, el progreso!

¡La razon! ¿La razon os enseña que sois mas perfectos miéntras mas animales sois?

¡La dignidad humana! ¿Consiste en ser el hombre todo carne, apetitos e inmundos instintos?

¡El progreso! ¿Consiste el progreso del mundo en rebajar cada dia mas el blanco de sus aspiraciones, la meta de sus esfuerzos, hasta decirle que habrá llegado a la cúspide del progreso, cuando se haya convertido en un corral?

Hé ahí las brillantes teorías de los racionalistas, libres-pensadores, anti-cristianos.

¡Conocedlos bien! Son iguales en todas partes. ¡Ai de todos, el dia en que llegan a dar la lei!

Santiago, julio 12 de 1871.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL LEON I EL CHINGUE.

A un enorme Leon de pelo en pecho
Un Chingue barbilindo i chiquitito
De continuo injuriaba,
No sé si de palabra o por escrito.

—«Si como son tus cuartos son tus higados,»)
Decíale, «misérrima alimaña,
Al campo sal i muéstrame
Los terribles efectos de tu zaña.»

Dió un brinco el Leon enfurecido al cabo,
Resuelto a hacer atroz carniceria;
I el Chingue alzó la cola....
¡Nunca falta a los tales sangre fria!

Cual por mano invisible sujetado,
Al notar de la cola el movimiento,
Rabioso i pensativo,
Detúvose el Leon en el momento.

—«Adelante, seór guapo,» gritó el Chingue,)
«Aquí de tu pujanza i tu bravura!
Mis garras i mis dientes
Garras i dientes son de miniatura.»

—«Ya yo cuanto daria de esas armas
Que aunque pequeñas tan terribles dices»
El Leon fuése mujiendo,
«Pero aunque romo soi....tengo narices.»

Santiago, 1871.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ACCION FISIOLÓJICA DE LAS BEBIDAS

FERMENTADAS I AROMÁTICAS.

LECTURA DADA POR EL SEÑOR DON ERASMO RODRIGUEZ.

el sábado 8 de julio en el Club de Amigos del País.

SEÑORES.

—Si vengo a solicitar vuestra atencion para un tema ajeno a vuestras preocupaciones intelectuales, que no me es posible embellecer con las galas del estilo i en que temo no espresarme con la claridad necesaria para ser facilmente comprendido, es porque espero disculpeis estas faltas en atencion a la importancia i a la utilidad del asunto de que voi a ocuparme.

La tierra, como lo sabeis, se considera dividida con relacion a su temperatura en tres zonas: tórrida, templadas i frijidas. El estudio de la Fisica ha demostrado que la pérdida de calor de un cuerpo está en proporcion directa de la diferencia de temperatura que hai entre él i el medio que lo rodea, supuestas iguales las otras condiciones. Con nuestro calor propio sucede lo mismo. Así es que, supuesta siempre igual esta produccion de calor, ella seria excesiva en la zona caliente, deficiente en las glaciales i en las templadas seria excesiva en el verano i deficiente en el invierno. Es cierto que la variacion de los medios de abrigo tiende a disminuir este desequilibrio; pero no serian capaces de destruirlo si la produccion misma del calor animal no aumentara con el frio esterno i disminuyera con el calor. Nuestro calor es el producto de la combustion de los alimentos por el aire que respiramos. Asi tambien el consumo de alimentos aumenta por el frio i disminuye por el calor.

Sobre estos puntos no puedo entrar en mas amplios desarrollos, porque son ajenos a la cuestion que me propongo dilucidar i solo los indico a fin de que me sirvan de preliminares para la mas fácil intelijencia de lo que voi a esponer.

I.

La naturaleza, o mas bien, para usar el lenguaje católico, la Providencia, a suministrado a los habitantes de la zona tórrida en la coca i el café los ajentes necesarios para disminuir la produccion del calor animal; a los de las zonas templadas ha dado en el té i la yerba-mate los medios para disminuirlo en el verano, i los alcohólicos o bebidas fermentadas para aumentarlo en el invierno: por fin, a los habitantes de las zonas frias en los aceites i licores espirituosos, que toman en grandes cantidades, los medios de luchar con ventaja contra el frio del ambiente. Esto es tan efectivo que si se usa de las bebidas citadas en condiciones opuestas a aquéllas para las cuales han sido destinadas por la Providencia, no solo no se obtienen felices efectos sino que resultan daños a veces gravísimos.

Los siguientes datos os confirmarán mi anterior aseveracion.

Asi dice Longet: «Se sabe que en su alimentacion los pueblos de las rejiones polares consumen una gran cantidad de principios grasos (aceite de pescado i aceite de foca principalmente), necesarios a la actividad de la combustion respiratoria que debe mantener el calor del cuerpo en estos climas helados. En los habitantes de estas comarcas vista la enorme proporcion de las materias grasas absorbidas en naturaleza, estas sustancias no son enteramente quemadas por la respiracion, i una parte se conserva en el organismo bajo la forma de gordura.»

Segun Hayes, cirujano de la segunda espedicion de los Estados Unidos al polo norte, los esquimales deben su resistencia casi increible a la accion del frio a su réjimen; pues a pesar de vivir continuamente espuestos a un frio intensisimo, casi sin fuego i miserablemente vestidos, no dejan por eso de ser vigorosos i de gozar de buena salud. Consumen diariamente de seis a ocho quilógramos de carne cruda de oso, morzo, narval, etc., de los cuales mas de dos quilógramos son de grasa. Los marinos norte-americanos no pudieron luchar con el frio excesivo de esa rejion sino adoptando el réjimen de los indijenas, al que se acostumbraron sin trabajo i siguieron con placer; miéntras que en esta latitud las sustancias grasas, como los aceites, mantequilla, etc., tomadas en proporcion considerable moran mucho tiempo en el estómago, perturban la dijestion i son justamente tenidas por indijestas. ¿Quién entre nosotros podria dijerir con facilidad mas de cuatro libras de grasa al dia como lo hacen los esquimales?

Segun Frank, el aguardiente contribuye a suministrar el calórico necesario para resistir a las intemperies de la atmósfera a que está espuesto el pobre. El suple en cierta manera a los vestidos que no le abrigan suficientemente, siendo por lo tanto útil en los paises frios i durante las estaciones frias en los climas templados. Segun Becquerel, la crudeza del clima o de la estacion indican el empleo del vino; produciendo la introduccion del alcohol en la sangre en poco tiempo una cantidad bastante considerable de calor animal, se esplica el efecto ventajoso que causa para ayudar al hombre a luchar contra el frio esterior. De aquí es que se debe emplear el vino con una moderacion mucho mas grande en los paises calientes i durante los grandes calores. En semejantes circunstancias su exceso determina frecuentemente enfermedades del estómago i del hígado. Segun Delioux, en los paises calientes, los borrachos a quienes no ataca la disenteria son contados; miéntras que entre nosotros i en Europa su influencia sobre la produccion de esta enfermedad es evidentemente muchisimo ménos considerable.

No insisto mas sobre este particular porque cada uno de vosotros habrá observado cuanto son mas enérjicos los efectos de las bebidas fermentadas a dósis iguales durante los calores del estio que durante el invierno.

Muchos de vosotros habreis sin duda leido los efectos prodijiosos de las hojas de coca que los indijenas del Perú i Bolivia mascan con cal o ceniza i mediante las cuales, sin tomar alimento pueden ejecutar por algunos dias los mas pesados trabajos. Por el contrario, en Europa, dice Reis, i sobre todo en una latitud fria o templada son necesarios alimentos mas sustanciosos i no podriamos sustentarnos ni durante un solo dia con mascar la coca.

El café a la dósis de 30 gramos al dia, dice Gasparin, permite a los mineros de Charlesroy vivir con una salud robusta i un gran vigor muscular apesar de usar una alimentacion mas escasa que la de los prisioneros de las casas centrales de Francia i que la de los trapences. (1)

Segun Petit de Chateau-Thierry, en las inmediaciones de Riesen-Berg (Bohemia) en medio de los montes Cárpatos, viven pobres campesinos, en su mayor parte dedicados a la fabricacion de tejidos. Estos infelices desprovistos de todo, i sujetos hacia muchos años a una alimentacion insuficiente compuesta solo de patatas, habian llegado a un estado estraordinario de demacracion i palidez. Los médicos del pais tuvieron un dia la feliz idea de someterlos al réjimen habitual del café. El ensayo sobrepujó todas las esperanzas, i los obreros de Riesen-Berg no tienen hoi dia nada que envidiar bajo el punto de vista de la salud i del vigor muscular a los trabajadores de otros paises. Para facilitar a estos pobres montañeses la adquisicion de una sustan-

(1) Su alimentacion se compone de sopa de café tres o cuatro veces al dia, algunas patatas, una libra de carne i dos litros de cerveza por semana.

cia tan saludable, el gobierno austriaco ha suprimido recientemente en su favor los elevados derechos de importacion que pagaba el café. Pero, segun el autor que acabo de citar, el café disminuye el calor animal. Esto hace no solo que su utilidad desaparezca, sino que se haga dañoso cuando a causa del frio esterior nuestra produccion de calor es insuficiente para mantener al cuerpo en su temperatura normal.

Entre nosotros la yerba-mate produce efectos que pueden equipararse a los de la coca i del café. ¿No vemos en efecto como muchas infelices mujeres viven con un régimen manifiestamente insuficiente merced al uso habitual de aquella bebida?

Por fin, el té, aunque dotado de una accion ménos enérjica, obra de la misma manera que la coca, café i yerba-mate.

De lo dicho se puede concluir: 1.° que las bebidas fermentadas i grasas permiten a la economía animal sostener una combustion mas activa i resistir por consiguiente a las temperaturas heladas; 2.° que la coca, yerba-mate, café i té disminuyendo la produccion de calor por hacer ménos activa la combustion orgánica, permite al hombre vivir con ménos alimentos.

II.

Cúmplenos ahora la esplicacion de estos hechos i corroborar su exactitud.

Segun esperiencias de Letellier por una temperatura de treinta a cuarenta grados mas baja que otra la combustion orgánica se hace doble i triple; de aquí la necesidad de consumir doble o triple cantidad de alimentos o la de sustituir en parte los cereales, legumbres i carne por el aguardiente, cuyo poder calorífico a peso igual es mucho mayor, o por las sustancias grasas cuyo poder es aun mas considerable.

Que las sustancias grasas sirvan de combustible en la economía animal es un hecho reconocido por todos los fisiólogos; pero no sucede lo mismo con el alcohol que contienen las bebidas fermentadas. Muchos creen, en efecto, que este no se destruye por combustion en el organismo sino que es eliminado en sustancia. Esta opinion se funda en las esperiencias hechas por Lallemand, Perrin i Duroy contenidas en una memoria titulada *Du rôle de l'Alcool*, premiada por la academia de ciencias de Paris.

Las esperiencias de estos autores prueban dos hechos: 1.° que se elimina alcohol en sustancia con el aire respirado, con la orina i por la piel; 2.° que no se encuentran en el organismo los productos de una combustion u oxidacion incompleta del alcohol como son la aldeida i el ácido acético o vinagre. Como se vé, aun dando por cierto estos hechos, la teoría que se pretende sostener con ellos no descansa sobre ninguna prueba; porque de que contenga alcohol el aire espirado, la traspiracion cutánea i la orina, no se sigue que todo el alcohol sea así eliminado; i con razon Bouchardat desafía a los autores de la memoria citada, a los miembros de la comision de la academia que informaron sobre ella, i a todos los que quieran esperimentar para que, pesando el alcohol a su entrada i a su salida del organismo saquen despues las conclusiones. Por otra parte las circunstancias de no producirse ni aldeida ni vinagre no es razon suficiente para negar la combustion del alcohol porque bien pudiera trasformarse directa i completamente en gas ácido carbónico i en agua. Por fin, dice Gubler, que Baudot i Schulinus han demostrado esperimentalmente que el alcohol eliminado por las secreciones no es mas que una pequeña parte i que la combustion respiratoria destruye una cantidad mucho mas considerable.

La antigua teoría de Liebig i de Duchek que considera a los líquidos alcoholizados como alimenticios i capaces de suministrar calor por la destruccion en la economía animal del alcohol que contienen; teoría que ha sido despues apoyada por las esperiencias de Bouchardat i Sandras, de Edmundo Baudot i de Hugo Schulinus, es la que a mi juicio debe considerarse como verdadera. Espondré algunos hechos que confirman esta última teoría.

En los casos en que la combustion orgánica es activa los efectos de los líquidos alcoholizados disminuyen: así se necesitan grandes dósis para que se produzca la embriaguez en los hombres robustos, cuando la temperatura es mui baja i cuando existe una fiebre intensa, pues dice M. Gingeot que ha podido dar a niños de catorce años hasta 250 gramos de alcohol o sea proximamente un vaso de espíritu de vino diluido en agua i a niños de dos a dos años i medio 80 gramos del mismo líquido sin producir la embriaguez. Por el contra-

rio en los casos en que la combustion orgánica es menor sea por causa de una elevada temperatura o de una gran debilidad bastan pequeñas dósis de alcohol para que sus efectos se manifiesten con intensidad.

Destruyéndose el alcohol en la economía animal, la esplicacion de estos hechos es sencilla, porque cuando la combustion orgánica es enérjica una porcion considerable del alcohol puede ser destruida, miéntras que cuando las oxidaciones orgánicas son menores casi todo el alcohol tiene el tiempo suficiente para producir sus efectos ántes de ser quemado.

Los líquidos alcoholizados son pues alimenticios i sirven para producir calor animal.

La accion calorífica del alcohol presenta una mui notable particularidad señalada por Liebig, i es que miéntras que las harinas i las grasas necesitan varias horas para que la economía animal comience a utilizarlas; el alcohol ejerce su accion mucho mas prontamente i dura ménos tiempo.

IÍI.

Paso ya a esponeros los efectos del alcohol.

No es mi ánimo, sinembargo, trazar el cuadro de la embriaguez, que tantas veces habreis notado sino entrar en algunos detalles que os espliquen en cuanto me sea posible sus efectos i de los cuales pueda sacar algunas deducciones provechosas. No dirijiéndome a personas dedicadas al estudio de la medicina, no debo tampoco entrar en la descripcion de las enfermedades, por desgracia tan frecuentes i graves, que produce el abuso de las bebidas fermentadas.

Accion irritante del alcohol. El alcohol es irritante i tanto mas cuanto ménos diluido se halle en los licores, es decir, cuanto mas fuertes sean. Basta tomar una pequeña porcion de aguardiente para sentir su efecto irritante en la boca i en el estómago. Absorbido en éste por las venas i trasportado por la circulacion de la sangre al hígado i despues a todos los órganos, va a irritarlos por su contacto. Esta accion irritante es la que se nos revela despues de haber tomado un licor mui alcoholizado por una sensacion de calor, de ardor i hasta de quemadura al estómago, despues en la rejion del hígado, i por último por una fiebre i malestar jeneral. Aludiendo a esta accion de los licores mui fuertes, se ha dicho que la destilacion es el don mas terrible que la química ha hecho a la humanidad; pues por ella los ébrios consuetudinarios sufren una inflamacion crónica del estómago, que hace sus dijestiones imperfectas i difíciles. El hígado se afecta, la memoria se debilita, la intelijencia se embota, enfermedades graves i variadas se producen i, por fin, como si esto no fuera bastante, la embriaguez concluye por estampar su sello en el rostro de sus víctimas.

El uso inmoderado de las bebidas fermentadas produce sin duda muchísimas mas muertes que el cólera o la fiebre amarilla. Segun Bacquerel, es probado que, en la Gran Bretaña, 7,000 personas perecen cada año a causa de accidentes producidos por la embriaguez, i que los pueblos salvajes en que se ha jeneralizado el uso del aguardiente han sido mas rápidamente destruidos por él, que por el hierro de los europeos i los progresos de la civilizacion.

No estrañeis, señores, que no diga nada de los gravísimos males morales i sociales de la embriaguez i que ni siquiera insista sobre los males físicos de que el alcohol es causa; pues es solo mi intento esponer con exactitud la accion fisiolójica de las bebidas mas usuales e importantes.

Accion sobre la dijestion. Segun lo han probado las esperiencias de M. Corvisart, cuando el estómago está sano, las dijestiones son normales, i el alcohol es tomado diluido i a dósis moderadas, facilita la dijestion aumentando la produccion del jugo estomacal que sirve para disolver los alimentos. Pero, si, por el contrario, se toma concentrado i a dósis altas, el jugo estomacal, alterado por él, pierde su propiedad disolvente, la dijestion se detiene, i el estómago irritado espele lo que no puede elaborar.

Si las dijestiones están alteradas por una falta de actividad en el estómago para llenar sus funciones, los líquidos alcoholizados pueden remediar los accidentes excitando su actividad. Por el contrario, las lesiones del estómago i los otros jéneros de dispepsias producen trastornos dijestivos que los licores fermentados no son capaces de remediar.

Accion sobre la sangre. El alcohol dismi-

nuye la fluidez de la sangre, i por eso se le ha aconsejado contra las hemorrajias; pero si la cantidad de alcohol absorbida es mui grande, puede causar la muerte por la produccion de coágulos, que formando tapones en el interior de los vasos, impiden la circulacion de la sangre; como lo prueban las observaciones de Lancereaux.

Resulta de investigaciones hechas sobre sí mismo por el doctor Perrin que las bebidas alcohólicas tomadas a dósis moderadas i en las condiciones habituales, disminuyen constantemente, i en una proporcion que ha variado de 5 a 20 por ciento segun su riqueza, la cantidad de ácido carbónico exhalado por los pulmones. Avaluando las combustiones que se verifican en el organismo por la cantidad de gas carbónico espirado, han deducido que el alcohol disminuye las oxidaciones orgánicas i por consiguiente el calor animal, de manera que es un alimento indirecto, porque aun cuando no sirve de combustible disminuye sin embargo su consumo. Asi es como Ed. Smith, Bocker i Beaugrand se esplican que los licores alcohólicos permitan comer ménos, i sobre todo, ménos frecuentemente.

Estas deducciones revelan, sin embargo, en sus autores un conocimiento poco estenso o exacto de la fisiolojia, como vais a verlo.

De nuestros alimentos, algunos como las patatas, cereales i lejumbres están formadas casi únicamente por tres elementos que son: el oxijeno, el hidrójeno i el carbono; los dos primeros en la proporcion en que constituyen el agua; de manera que el carbono es el único que sufre la combustion. Por esto, i bajo el punto de vista que tratamos, se los considera formados de carbon i agua. En estos casos, quemándose el carbono por el elemento comburente del aire (el oxijeno que absorbemos por la respiracion) el ácido carbónico espirado que resulta de esta combustion nos da la medida exacta de ella; pero si los alimentos son sustancias grasas o alcohólicas su composicion no es la misma, no pudiéndose considerar como compuestas de agua i carbon sino de agua, carbon e hidrójeno. Por consiguiente, el ácido carbónico espelido por la respiracion, nos da solo la medida del carbono oxidado, miéntras que para avaluar el hidrójeno quemado, deberiamos medir el agua formada, lo que no nos es posible, o medir el oxijeno absorbido por la respiracion, el gas carbónico exhalado, i avaluar indirectamente el agua formada por el cálculo de los equivalentes. Es lo que se ha hecho.

Las esperiencias de Regnault i Réiset han plenamente probado, que cuando se nutre a los animales con alimentos que contienen mucho hidrójeno en estado de poder quemarse, se exhala con el aire espirado una mas pequeña cantidad de ácido carbónico, sin que por esto disminuya el oxijeno absorbido, i por consiguiente las combustiones orgánicas; pues se ha simplemente sustituido un combustible por otro, el carbon por el hidrójeno.

Por otra parte, bastaba la mas simple observacion para rechazar una teoria evidentemente en oposicion con los hechos. ¡Qué el aguardiente disminuya nuestro calor! El testimonio de un sinnúmero de escritores, desde Lucrecio que en su famoso poema *De Rerum Natura* llama al vino fuego que se esparce i circula en las venas, hasta contemporáneos como Monlau que juzga que con razon se da a las bebidas alcohólicas el calificativo de fuego líquido i la esperiencia de todos prueba lo contrario.

La gran combustibilidad del alcohol, de que hemos hablado anteriormente, produce en la sangre un fenómeno mui importante que debo esponer con detalles por los numerosos efectos de que es causa. Consiste este fenómeno en la facilidad con que el alcohol se combina i quema con el oxijeno. Llevado éste, segun hemos dicho con el aire inspirado a los pulmones i absorbido ahi por la sangre, es el elemento que opera todas las combustiones de que la economia animal es el sitio. El oxijeno consumido por el alcohol disminuye en la sangre por lo que ésta se oscurece haciéndose insuficiente para operar la oxidacion de los demas elementos combustible que contiene. Por esto es que Bouchardat ha observado en gallos a que daba pan mojado con aguardiente en cantidad bastante para que se manifestaran los síntomas de la embriaguez que la cresta tomaba el color negro.

Todas las actividades orgánicas por las cuales se nos revela la vida; que necesitan para producirse la accion del oxijeno de la sangre, accion que por esto se ha llamado vivificante, languidecen por la disminucion

de este principio que le da la propiedad de sostener la vida de cada uno de nuestros órganos i de toda la economia. Con razon pues Moises en el Levítico (cap. XVII.) i Deuteronomio (cap. XII.) llama a la sangre *el alma de los animales* porque ella produce todo los fenómenos vitales de que los órganos son solo sus medios instrumentales. Los descubrimientos de la física moderna nos permiten darnos la razon porque las oxidaciones o combustiones que el oxijeno opera en la economia animal son las fuentes de las actividades del organismo. Estando, sinembargo, esta cuestion en una relacion mucho mas íntima con los efectos del café, la reservo para cuando esponga la accion de éste.

La falta de oxijeno en la sangre produce la asfixia por la que perecen muchos de los que se entregan a la embriaguez. Segun Bauchardat, muchos ebrios se han suicidado por este medio bebiendo enorme dósis de licores fuertemente alcoholizados. Por otra parte siendo el alcohol de una mas fácil combustibilidad impide la oxidacion de los otros principios combustibles de la sangre i hace que aumente la proporcion de estos. Así sucede con la grasa, segun Perrin, de donde procede la gordura que se nota jeneralmente en los que hacen un consumo considerable de líquidos fermentados. El ácido úrico no puede oxidarse, segun Becquerel, i se hace así, con una alimentacion mui abundante la causa de la gota i de la gravela.

(*Continuará.*)

EL DOLOR SUPREMO.

Era una tarde serena;
El sol su frente ocultaba
En el ocaso, tiñendo
Las nubes en viva grana.
Yo meditaba sentado
Al borde de una cascada,
Que con redoblados truenos
En hondo abismo se lanza;
I desde la selva vecina
Vi salir una zagala
Inquieta, pálida, triste,
I llena de vida i gracia.
Con el blanco delantal
Iba enjugando sus lágrimas,
I la brisa de la tarde
En desórden derramaba
La undosa i larga melena
Sobre la mórbida espalda.
Un siniestro pensamiento
Se leia en su mirada;
I presumí adivinarlo....
El nevado pié mojaban
Ya las espumantes ondas
De la horrible catarata;
Iba a inclinarse al abismo,
I esclamé: «¡Desventurada,
Detente! ¿qué vas a hacer?
—Voi a lavarme la cara.
—I ¿por qué lloras así?
—Porque me pegó mi máma.

R. Carrasquilla.

EL SIMOUN.

Azrael, el arcánjel de los ojos de fuego i del rostro negro; Azrael, el poderoso i terrible querube cuyas aceradas i cortantes alas llevan por do quiera el esterminio i el dolor; Azrael, acababa de hender las solitarias i ardientes rejiones del apartado Sahara.

El aire aun vibraba con su fúnebre aleteo; las palmeras se estremecian hasta en las mas profundas raices de sus troncos seculares; los leones, los chacales i las panteras bramaban enfurecidos, las gacelas huian despavoridas i las serpientes en undosos pliegues, se enroscaban i se escondian entre los bambúes i espesos baobades.

En el cielo, las estrellas brillaban con fúljidos destellos; estrañas sombras se ajitaban i se movian en el espacio insondable.

Entre tanto, al traves del gran desierto, Ben-Zaid, el moro de los ojos verdes i de la ensortijada cabellera, como una flecha volaba en alas de su corcel.

—¡A escape, alazan mio! esclamaba, hiriendo los hijares i azotando sin piedad los flancos del noble bruto; ¡a escape! que ya luce el primer fulgor de la aurora!

La atmósfera, en efecto, comenzaba a teñirse de roja i siniestra vislumbre. Un

viento caliente arremolinaba la inmensa sábana de eterna arena.

—¡A escape, alazan mio! a escape! que ya el sol se muestra en el horizonte!

El intelijente animal, como una exhalacion cortaba el espacio i devoraba las distancias: bañado de sudor, cubierto de espuma, herizada la crin, con su cola al viento i llevando sobre sus lomos el moro Ben-Zaïd, cuyo albo i flotante ropaje lo cubria con sus ondas, se asemejaba al jenio del desierto.

El sol, como una bola de fuego, se levantaba imponente i lúgubre. Las arenas humeantes i candentes brillaron como carbones encendidos.

—¡A escape, mi alazan! a escape!....

El caballo se detuvo, sus patas se doblaron, su cuello convulsivo se ajitó tres veces, sus ojos moribundos se fijaron sin mirar, un último i apagado relincho hizo estremecer a Ben-Zaïd. Su compañero mas querido, el amigo de su mujer i de sus hijos, el celoso guardian que tantas veces lo habia salvado de los peligros i que durante tanto tiempo habia sido el encanto i la alegria de su hogar, ahi estaba yerto i sin vida.

Dos lágrimas saltaron a los ojos del infeliz moro. Lleno de angustia, alzó las manos sobre su cabeza, dirijió la vista al mediodia i espantado cayó al lado de su corcel.

—Alá! Alá! murmuró ¡el Simoun!

Una nubecilla, o mas bien un punto oscuro, acababa de aparecer léjos, mui lejos, allá donde la tierra parecia tocarse con el cielo. Aquel punto por segundos iba creciendo con sorprendente rapidez. Un estraño ruido hizo estremecer el espacio; parecia que la tierra se habia desquiciado. Las arenas en espesos i negros torbellinos, se alzaron como encrespadas olas de un borrascoso mar: eran como montañas movibles, que corrian de un lado a otro, sin rumbo ni direccion. Un viento horrisono se desencadenó con furor. El sol ocultó su disco; las tinieblas reemplazaron a la claridad del dia. Aquella polvareda mortífera, impenetrable, por momentos arreciaba; parecia que todos los espíritus infernales en ondas frenéticas, danzaban en aquella espantosa soledad; el terreno todo se sacudia, se alzaba i se abajaba, como si brazos de acero lo solevantasen con poderoso vigor.

El moro Ben-Zaïd no alcanzó a ver aquella escena de desolacion; oculta su faz entre los dobleces del blanco manto que debia servirle de mortaja, apénas si pudo articular:—¡Mi esposa!....¡mis hijos!.... ¡Alá tenga piedad de ellos! ¡Alá tenga piedad de mi!

El Simoun pasó, veloz como habia pasado el arcánjel Azrael; las arenas abrasadoras cubrieron todo en torno i ya no se vió sino un océano de fuego i de terror.

Santiago, julio 10 de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

PAN I LÁGRIMAS.

Eleviam fra le lagrime i cuori
Sosteniamo gli scossi intelletti.
Siam colpiti ma non maladetti
Man paterna é la man del Signor.
SILVIO PELLICO.

En medio de los tristes pensamientos
Que la propia desgracia nos inspira;
Húmedo aun de sangre,
El yermo suelo de la patria amada:
Cuando la diestra airada del hermano,
Contra el hermano alzada,
En lucha estéril se fatiga en vano;
Cuando apénas allá en el horizonte
Brilla la ténue luz de una esperanza.
Vaga como la vela salvadora
Que el náufrago infeliz en sus delirios
Cree siempre ver, i que jamas alcanza;
Nuevos jemidos de dolor resuenan.
Nuevo horror nos abruma,
I otro pueblo enlutado
Sus ayes moribundos nos envia
Del mar sonoro en la brillante espuma.
¡Infeliz Buenos Aires!
La celebrada emperatriz del Plata.
Yace en el lecho del dolor cruento,
Sus hijos desparecen
Al hálito fatal del morbo impio
Como las hojas que arrebata el viento,
Como gotas de lluvia
Que absorbe en su corriente el ancho rio.
Buenos Aires perece,
Pero luchando aun; su noble esfuerzo
A la medida de su mal se acrece;
La caridad sublime por dó quiera

Frente a frente al peligro se presenta,
I la patria sonrie en sus dolores
Cuando a sus héroes por sus hijos cuenta.
Entre tanto la muerte inexorable
Su espantosa labor sigue inclemente,
Las victimas humildes
Al par de las mas altas van cayendo,
I al vicio i la virtud hiere igualmente.
El ministro de Dios i el de la ciencia,
Consuelo i esperanza del que sufre.
Allí a su cabecera
Perecen con la muerte del Apóstol,
Con la del bravo al pié de su bandera.
No hai humano poder que el mal detenga
I nada—nada— su furor mitiga:
La segur va cortando,
Cual la del segador que abate aun tiempo
La yerba humilde i la dorada espiga.
El noble corazon que ayer latia
De caridad i amor dando el ejemplo,
Ya no latirá mas—Las anchas frentes
Que ántes sirvieron de morada al jénio,
Donde hervian grandiosos pensamientos
Que el mundo i los espacios abarcaban.
No piensan ya: quebráronse las alas
Al Aguila altanera,
I el foco ayer de ideas eminentes
Es hoi una vacia calavera!
La beldad juvenil que ántes brillaba,
Viva imájen del ánjel en la tierna,
Vertiendo en torno suyo ese perfume
Que puso Dios en ella i en las flores,
Cesó de sonreir, sus tiernas gracias
Ya no inspiran amores
Fuese...voló...como la flor marchita
Que a la brisa mas leve se desprende,
Como la débil rama que en su seno
El vértice insaciable precipita.
Ayer no mas una mujer dichosa,
Con profundo cariño,
Las gracias inocentes contemplaba
Del ternezuelo niño
Que jugando a sus plantas sonreia.
¡Oh! Con cuanto placer le acariciaba
I a sus calientes faldas le atraia!
Enseñábale a orar, i él, balbuciente
Juntando sus pequeñas manecillas,
Mirábala entre sério i asombrado,
I en palabras cortadas repetia
Las mismas oraciones.
Que del labio materno recojia.
Pura felicidad!—Mas, ai! la hora
En que debe concluir está sonando....
La fiera hambrienta percibió ese niño
I al dintel de la puerta está llamando.
Horrible transicion! infeliz madre!
Héla allí con los ojos espantados,
Suelto el cabello, descompuesto el rostro
Sin pensamiento fijo
I llorando i riendo al mismo tiempo
Abraza el cadáver de su hijo.
Cuanta desolacion! Por todas partes
Un cuadro desgarrante se presenta.
Nada le basta al monstruo; donde quiera
Deja caer su garra despiadada,
I victimas sin cuento
Arranca del bullicio de la vida,
I arroja en el silencio de la nada.
Buenos Aires perece,
Pero luchando aun; los sufrimientos
Son la piedra de toque
Donde el valor del alma se aquilata,
I la excelsa virtud el mal no teme
Que solamente la materia mata.
Los hijos de esa patria jenerosa
En la mas pura caridad se inspiran
I velando incansables al doliente,
Con voluntad serena
El veneno mortífero respiran:
Están con el que muere
I mueren a su vez—Paz a su tumba!
I para eterno ejemplo de los hombres,
En letras imborrables,
Guarde la historia al porvenir sus nombres
Pero, no es todo aun; cuando el azote
Se aleje ya de victimas hartado,
Nuevos males vendrán: aqui una turba
Hambrienta i desvalida
Llegará en vano a la mansion desierta
Del opulento que perdió la vida,
I con paso cansado
Seguirá por un pan de puerta en puerta.
Allá un débil anciano,
A quien la muerte le quitó sus hijos.
Con temblorosa mano
Procurará secar la ardiente lágrima
Que el arrugado párpado le quema
I solitario vivirá muriendo....
I el huérfano infeliz!
¿Quién le devuelve la infantil sonrisa
Que en sus labios vagaba
I que el dolor primero borra impio?
Quién cubrirá sus ateridos miembros
Cuando jimiendo esclame «tengo frio?
I las madres! Para ellas no hai consuelo!
Mirad! allí está una
Al pié de aquella cruz siempre llorando
¿ Por qué, dime en tu llanto inestinguible
Ese sepulcro bañas?
I ella en trémulo acento...
«Regando estoi la flor de mis entrañas.»
Basta; mi corazon destroza el pecho!

Alma mia, ten fuerza! Dios inspírame
Para que tenga mi postrer acento
La verdad que conmueve,
Cuando el hablar a un pueblo jeneroso
Le grite el labio mio.
Compasion, compasion para el hermano
Que en sus dolores al hermano implora,
Abre tu corazon, tiende tu mano,
Pan al que pide pan.—Llanto al que llora!

AURELIO BERRO.

LOS HERMANOS I LAS HERMANAS.

(Traducido por R. B. G.)

Una de las mayores desgracias es la de ser hijo único o hija única.

Veo que muchas orejas se enderezan i se abren desmesuradamente muchos ojos.

«Este Margerie viene a contarnos cuentos,» murmura uno que acaba de ser robado por la vez primera en su vida: ha comprado *Les Petites Nouvelles*, (1) creyendo que *Les Petites Nouvelles* valieran la pena. «Este Margerie viene a contarnos cuentos.» ¡Quién no sabe que en materia de herederas, nada es mas buscado en el mercado como una hija única i que el medio de ser mui rico, si se tiene un padre mui rico, i, si se tiene un padre pobre, de no ser mas pobre que él, es precisamente ser hijo único?»

Comprendeis, lectores, que el ladino i yo no podemos pensar del mismo modo partiendo de principios tan diferentes.

Pero vosotros que os preocupais de la cuestion moral mas que de la financiera, considerad que un niño solo es jeneralmente regalon, i que los niños regalones llegan a ser malos sujetos, en la proporcion de nueve sobre diez. Ahora bien, los malos sujetos no forman hombres de corazon i de enerjía; i los hombres de corazon i de enerjía son los que en toda carrera pueden tener buen éxito.

No me digais que, miéntras mas coparticipes hai para una galleta, mas exígua será la parte de cada uno. Porque os responderé: pero, ya que hablamos de galleta, ¿no es mas placentero ser diez o doce los gozosos convidados al rededor de esa galleta, que comerla solo egoistamente? Esa gastronomía solitaria, aparte de una multitud de inconvenientes, trae casi siempre el de la indijestion.—¿I creeis que solo las galletas se indijestan?

El que no tiene hermanos ni hermanas, marcha solo en la vida. El que tiene hermanos i hermanas tiene apoyos naturales, ayuda, socorro, consuelo.

Por lo demas, como sabe que la porcion es disminuida por sus queridos coherederos, se da un trabajo proporcional, para suplir con su actividad lo exiguo de la herencia paterna. Es honrado, trabajador, sabe «moverse.» No pierde un minuto de su tiempo, no deja que, por falta de ejercicio, se enmohezca ninguna de sus aptitudes naturales.

Oscar que ha heredado solo de sus padres cincuenta mil libras de renta, ha visto mui luego lanzarse sobre él una bandada de parásitos, de caballeros de industria, que lo ayudan a comerse presto esas felices cincuenta mil libras de renta. Al cabo de algunos años, no tiene ni los cinco centavos del Judío Errante.

Al contrario, Estévan, Armando, Cárlos, Gabriel, Anjélica, Jenoveva i María tienen o tendrán una modesta dote; sus espectativas son mas modestas todavía.

¡Pues bien! Todos han sido bien educados i todos abrazan poco a poco una vida honorable. Este una de las carreras de la Escuela Politécnica, aquél la majistratura, este otro entra al ejército o al seminario. Las niñas se casan por sus virtudes i sus gracias: una con un abogado, otra con un médico, otra con un arquitecto, todos ganan honradamente el dinero i hacen de él un uso honorable.

Decididamente, tiene razon el refran:

«Dios bendice a las familias numerosas.»

«Un hermano es un amigo que nos da la naturaleza,» dice otro adajio que he propuesto cristianizar un poco modificándolo así: «Un hermano es un amigo que nos da la bondad de Dios.»

Es ése todavía otro de los beneficios de

(1) Periódico en que Margerie escribia estos artículos.

una numerosa familia. Poder, a cada instante, derramar su corazon en un corazon fraternal que no ignora nada de lo que nos atañe, que ha sido criado bajo el mismo techo, que tiene las mismas afecciones, los mismos recuerdos, las mismas costumbres, los mismos intereses que nosotros ¡qué felicidad!

No diré yo mal de la amistad: seria un ingrato. No me declararé tampoco redondamente contra este dicho ingles: *Un buen amigo vale mas que veinte parientes.* Pero tengo derecho para decir que, puesto que se han de escojer los amigos entre mil, conviene comenzar esa eleccion por lo que nos rodea, por la familia; que seria locura buscar léjos lo que se tiene talvez a la mano i que solo a falta de esos amigos que da la naturaleza, se ha de buscar esos hermanos que uno se elije.

Nosotros éramos ocho: todo un colejio.

Yo era el mayor; carga, mas bien que honor, direis.—Sí, pero una de esas cargas de que se ha dicho: «*Su peso la sostiene.*»

Cuando sabemos que en pos de nosotros están los chicos que no necesitarian mucho para imitar nuestros defectos; para ser, como nosotros, desobedientes, coléricos, holgazanes, egoistas quizas, e indóciles a las observaciones paternales. Los hermanos mayores son esas compañías de élite que ván a la vanguardia del batallon, para darle ejemplo de valor, de abnegacion, de esa larga i tan meritoria paciencia del soldado.

Un dia me tomó aparte mi madre i me dijo: «Hijo mio, tu padre tiene muchos cuidados. Yo siento mi salud quebrantada. De tí, nuestro hijo mayor, depende hacernos soportable la tarea que hemos emprendido de educaros a todos. Sé, pues, el modelo de tus hermanos i de tus hermanas. ¡Ai! sabe Dios si no tendrás que ser algun dia el padre ellos.»

¿I creeis que cuando una madre ha dicho eso, con su voz grave i dulce, a un hijo de quince años, éste, a ménos que sea un miserable, creeis que no se sobrepuja a sí mismo para corresponder a semejante confianza?

¡Oh vida de familia! oh cara existencia en comun! oh hermosa falanje la que formábamos cuando íbamos a pasear, los chicos adelante, mi padre i mi madre atras, yo entre unos i otros, haciendo como el perro del pastor que va i viene a lo largo de su rebaño i se asegura de que no falta ni una oveja ni un corderito!

Cien años puedo vivir, pero no olvidaré esos paseos por montes i valles.

Nuestros queridos padres no separaban el ejercicio del alma del ejercicio del cuerpo. Así nuestras escursiones se dirijian mui a menudo donde el viejo enfermo o donde esa desgraciada madre de familia que, precisamente por vivir léjos de los poblados, en alguna cabaña, aislada eran socorridos con ménos regularidad que otros.

Me parece que veo todavia el rostro sereno i risueño de mi madre, al penetrar en una de esas sucias moradas de la miseria. Evidentemente ella era para esas pobres jentes como una aparicion de la Providencia. ¡Oh bello aprendizaje de la caridad hecho en tal compañía!

¡I esas deliciosas noches!

En el estío, bajo esos techos de jazmines i de rosas, al traves de los cuales pasan los rayos de la luna entrecortados por el follaje, desde donde se escucha el canto de los ruiseñores de los parques vecinos; en el invierno, leiamos juntos los unos al lado de los otros, en derredor de la gran chimenea.

¡Qué hermosas cosas, qué de tiernas historias, qué de admirables poesías nos fueron familiares en esos reuniones de cada noche!

Cada uno leia por turno i enseñaba a leer, ciencia tan rara como encantadora.

En seguida el padre o la madre interrogaba, esplicaba, comentaba, hacia entrar en nuestro espíritu toda clase de conocimientos necesarios que los libros no enseñan o enseñan mal.

¡Ai! ya no existen esos queridos guias de nuestra infancia!

¡Ai! casi todas las ovejas de ese redil están dispersas!

Pero el amor fraternal ha quedado. El liga, como en un haz, a los que han partido al gran viaje i a los que caminan todavía acá abajo; a nosotros que hemos sido fieles al lugar que nos vió nacer, i a nuestras

hermanas casadas en el estranjero; a nuestro hermano que guerrea en Méjico i a nuestro marino que cruza los mares del Sud.

Siempre nos amamos, como cuando éramos pequeñuelos. Nos gusta recordar nuestros paseos al campo; nuestros juegos i hasta nuestras riñas tan pronto terminadas.

El dia de san Cárlos i de santa Isabel, patronos de nuestros padres, es de regla que todos los hermanos i todas las hermanas, sus hijos i sus nietos se reunan en casa del primojénito, en mi casa.

Aquéllos a quienes la distancia o la enfermedad impiden venir, tienen cuidado de escribir. Se leen sus cartas a la hora del postre, se bebe a su salud. I siempre terminamos por ese brindis cuya piadosa tradicion conservarán, lo espero, nuestros nietos:

«¡Por el amor fraternal!»

EUJENIO DE MARGERIE.

¡VEINTE AÑOS!

(TRADUCCION.)

¡Cumplis veinte años, esbelta jóven!

¡Alerta! Desde hoi vais a navegar en un mar tormentoso.

Récia bramará la tempestad; crujirán los mástiles.

Mantened los ojos fijos en el faro de la fé.

El brazo en el timon, el corazon en Dios; i no temais a las borrascas.

Llegará un dia en que Dios os habrá enviado un compañero.

Amadle, amadle con ternura i con fidelidad. Es el piloto que Dios os dá. Gallardo piloto i hermosa viajera, ámbos llegareis al puerto.

∴

EL OÁSIS.

En el árido desierto de la vida tan solo brotan los abrojos del dolor.

Lloramos i las lágrimas son el único consuelo en nuestras penas.

Vamos i vamos sin parar.... Súbito llegamos a un oásis delicioso.

I ese oásis se llama amor.

¡Refrijerio dulcísimo de la cansada humanidad!

¡Amor, amor puro, cristiano amor!

∴

MI SUEÑO.

La luna plateaba la tersa superficie del lago. Ni una onda, ni un rumor, ni un eco perdido. El agua parecia un inmenso mármol blanco.

Al compas de tu dulce canto bogábamos los dos en nuestra barquilla.

Una secreta i silenciosa armonia acompañaba a tu canto desde el fondo de mi alma.

Radiante de amor me mirabas i con mis ojos respondia al amor que los tuyos me juraban.

Asi soñé. I, al despertar, un hondo suspiro exhaló mi pecho.

R. LEPÈCHEUR.

PAJINAS DEL ALMA.

I.

Era el dia 1.° de noviembre de 186....

En ese dia consagrado al recuerdo de los que ya fueron, todos se apresuraban a pagar la deuda del cariño i del afecto, al padre querido, a la tierna madre, o al leal i sincero amigo.

Una inmensa concurrencia habia asistido al campo santo, con el fin de tributar ese debido homenaje de gratitud i respeto.

Las tumbas, nuestra última i silenciosa mansion, veianse adornadas con notable profusion de flores, guirnaldas i coronas.

Tanto la sencilla cruz de madera como el soberbio monumento parecian engalanados, cual si fuera ése su dia de fiesta.—

Era que cada cual cumplia con ello una grata i noble mision, despertando a la vida de los recuerdos que jamas deben fenecer.....

. No interesa a nuestro propósito el hacer una lijera i minuciosa descripcion de este dia.

Basta a su fin el que nuestros lectores sepan que al caer de la tarde en la melancólica hora de la oracion, cuando el silencio que reina en las habitaciones de la muerte imprime un aspecto aun mas lúgubre a tan triste lugar, desiertas ya las tumbas, habiéndose retirado casi todos sus habitantes una mujer permanecia todavia asida a una cruz de mármol que colocada sobre una sencilla lápida tenia la siguiente inscripcion:

«Restos de Alfredo Diaz.»

«Q. E. P. D.»

No léjos de ella, i tras de un elevado ciprés, veiase un jóven que parecia observar cuidadosamente a la señora que se hallaba arrodillada al pié de la cruz.

Su actitud pensativa i su casi completa inmovilidad hallándose como embebida en dicha observacion, despertaban vivo interes.

Antes de satisfacerla, es de todo punto necesario demos a nuestros lectores datos que los haga entrar en relacion con los héroes de nuestra historia, que, historia i no novela es la que escribimos, refiriendo sencillamente hechos cuya apreciacion dejamos a los corazones de nobles i elevados sentimientos.

Estos datos serán de pronto relativos a su apariencia física reservándose el curso de esta historia dar a conocer su valor moral.....

.....

Elisa Lopez era una viuda de treinta i dos años de edad, a quien las canas que privaran a su negro cabello de su lustre i brillantez, no habian conseguido, empero, arrebatarle el fuego de la mirada de sus hermosos ojos negros, ni la esbeltez de su delgado talle ni mucho ménos el aire de nobleza i elegante sencillez que revelaba todo su conjunto.

Prestaba a ese conjunto mayor gracia la simpatía inspirada por una belleza que manifestaba en su semblante las huellas del dolor i del sufrimiento.

Estas breves palabras relativas a Elisa.

En cuanto al jóven de quien nos hemos ocupado se llamaba Ricardo Bravo i nada habia en su fisonomía de notable, sino cierta melancolía, objeto de constantes invectivas de parte de sus amigos i compañeros que lo apellidaban *el romántico Ricardo*. De estatura elevada, poblado de espesa barba i dejando adivinar en la dulzura i suavidad de su mirada una vaga tristeza cuya causa era esplicada en diversas conjeturas sin que ninguna de ellas pudiera apoyarse en su revelacion o en palabras escapadas de sus labios, Ricardo era entre sus amigos un misántropo que a no desmentirlo la juventud que aun a su pesar le acusaba de tener a lo sumo treinta años de edad hubiera creido un anciano sexajenario o una triste víctima de amargos contrastes o crueles pesares.

Tal era Ricardo a quien hemos visto observando con vijilante interes a Elisa el dia primero de noviembre de 186....

Parecia que un mismo pensamiento aunque no realizado de acuerdo, era el que ajitaba a Elisa i Ricardo.

Sinembargo, como lo hemos dicho, este último estaba léjos de Elisa fuera casi del alcance de su vista.

¿Cuál era ese pensamiento?

¿Qué móvil impulsaba esa prolongada detencion, hasta a horas inusitadas, al pié de una tumba? I para decirlo todo en una palabra, cual era la relacion que unia a esos tres seres, dos de ellos animados del soplo divino de la existencia, el otro viviendo en el mundo invisible del mas allá?

Para satisfacer esta curiosidad, no será preciso que retrocedamos diez años en la vida de nuestros personajes.

II.

Era la mañana de un hermoso dia de verano, mañana cual la retratan en sus inspiradas frases los poetas, llena de belleza, de encanto, de placer.

En una habitacion, adornada con esmero i elegancia que demostraba la opulencia i fortuna de su dueño, veiase un suntuoso lecho en el que yacia dormida una hermosa jóven.

Su sueño parecia tranquila i oíase el suave murmullo de su respiracion serena i apacible.

Al contemplarla, involuntariamente se habria esclamado!

En sus apénas entreabiertos labios dibujábase una vaga sonrisa, i su semblante demostraba que el ánjel de la ilusion, cernia sobre ella sus doradas alas.

Sobre un sofá veíase un vestido de baile i sembrado por aquí i por allá de diversas prendas de dicho vestido; a mas, guantes, abanico i otros accesorios de toilette.

Todo ello colocado en desórden i sin arreglo alguno. Era evidente que la noche anterior, la persona, cuyas eran esas prendas, habia asistido a un baile....

Un reloj colocado sobre la cubierta de mármol de una cómoda, indicaba las horas. Lenta i pausadamente, golpe por golpe daba once campanadas, cuando la jóven, habiendo despertado, tiró del cordon de la campanilla, llamando así a una de sus sirvientes.

No tardó ésta en presentarse; i despues de haber dado los buenos dias a su señora, la ayudó a vestirse, entablándose entre ellas el siguiente diálogo.

—Cuánto has tardado, Juana!

—Olvida Ud. que tengo muchas ocupaciones. En el momento de su llamado, recibia del cartero dos cartas, una para su mamá i otra para Ud.

—Debias habérmelas entregado inmediatamente.

—Vaya; señorita Elisa, ha amanecido Ud. de mui mal humor. Parece que no se hubiera Ud. divertido en la filarmónica.

—Qué sabes tú! Mira, no olvides hoi mandar por los crespos a la peluquería, tal como te lo ordené ayer.

—Está bien, señorita.

—Oye, ten cuidado de regar las flores del jardin, sobre todo la resedá; ya sabes que es mi predilecta.

—Así lo aré.—¿Puedo retirarme?

—¿I la carta?

—Voi por ella.

Juana salió, volviendo con prontitud i entregando a Elisa la carta siguiente dirijida desde Valparaiso i cuya fecha era 1.° de marzo de 186.—

Esta rompió el sobre i dió lectura a las líneas que literalmente trascribimos:

«Querida Elisa: desde hace seis dias que »no he recibido carta tuya, i a pesar de »esto te escribo, cumpliendo así mejor que »tú nuestras promesas.

«Desde tu ausencia, me aburro sobremanera en Valparaiso.

«El mar, cuya belleza tanto nos encantaba sobre todo en las noches de luna i »que ha sido el mudo testigo de nuestras »mútuas confidencias (¿no te acuerdas?), »ha perdido para mi toda su poesía. Siento solo su ruido ronco i amenazador, sin »que admire ya el imponente espectáculo »de su inmensidad.

«Me haces una falta inmensa.»

«Cuéntame que diversiones hai en Santiago, a que paseos has asistido i no olvidando nuestra siempre fiel amistad, dime »con franqueza que jóvenes te visitan i »quienocupa el número uno, de entre los »canditos.»

«Háblame de todo i no olvides a tu amiga de corazon.—*Teresa Villarreal.*

Elisa leyó esta carta, sin que se dibujara en su fisonomía ningun signo de impresion o interes; i concluida que fué, aunque no sin dirijir ántes una mirada a un espejo de cuerpo entero que se hallaba en su habitacion, lisonjeando así su vanidad de mujer hermosa, abrió un elegante escritorio, incrustado ricamente de nácar, recuerdo obsequiado por su madre en el dia de su cumpleaños, i contestó de este modo la carta de su amiga Teresa:

«Me tachas de ingrata, pero no tienes razon, te lo aseguro.

«Imajínate lo ocupada que habré estado estos dias cuando he tenido a mas de ir al teatro i al paseo, que asistir anoche a la filarmónica.

«Seria imposible el que yo pudiera hacerte una descripcion de lo que en ella he visto i gozado. Me limito únicamente a decirte que apesar del lujo de los trajes, no quedé descontenta del mio, que consistia en un vestido de tul blanco adornado con flores naturales de la enredadera silvestre llamada *copihue*.

«Te escribo bajo el influjo, reciente aun de las impresiones de anoche, i por lo tanto no estrañes que, prescindiendo de otras cosas, te diga que si bien he encontrado mui amables i galantes a todos los jóvenes ninguno ha podido interesarme como Alfredo Diaz. Mi mamá no cesado de admirar su chiste en el decir, su modestia, su atenta amabilidad; en resúmen, el mérito indisputable de sus cualidades.

«Te conozco i ya me parece oirte esclamar que soi yo, la que le dedico estos conceptos.

«Pues bien, te lo confieso, lo dicho es casi nada en comparacion de la simpatia que me ha inspirado ese jóven.

«Mas; apénas he concedido un vals i un paseo. Profeso el sistema de que tantas veces hemos hablado, i por eso desconfio mucho de los hombres....

«Nos ha prometido visita. ¿Cumplirá su promesa? En todo caso, te contaré lo que suceda.

«Involuntariamente se dirijen mis ojos a un pequeño ramo de flores que tengo aqui a mi lado i que Alfredo me obsequió anoche.

«Voi a quitarlo de mi vista....Mas, ¿por qué?

«Veo que estoi escribiendo desatinadamente i te suplico no hagas juicio.

«Recuerda siempre a tu amiga.—*Elisa Lopez.*»

Concluida esta carta, Elisa la cerró i puesto el sobre correspondiente, salió de su aposento dirijiéndose a los de su madre. Nosotros la dejaremos en esa travesia i valiéndonos de la lijereza de viabilidad otorgada a los novelistas, trasladaremos a nuestros lectores a casa de un nuevo amigo que vamos a tener el honor de presentarles.

III.

En una casa de pobre apariencia situada en una de las calles atravesadas del centro de la ciudad, a espaldas del cerro de Santa Lucia, vivia una modesta i honrada familia compuesta de cuatro personas: don Diego Amenábar, su esposa doña Rosario Luque, i dos hijas Luisa i Rosa, la mayor de ellas de edad de dieziocho años i la segunda dos años menor que la anterior.

Habiendo disfrutado en pasadas épocas de una fortuna casi considerable, reveses i negocios frustrados en su éxito la habian reducido a una mediania, a la cual se sometian con noble cuanto heroica resignacion.

En esa casa habitaba el jóven cuyo nombre conocen nuestros lectores por la carta de Elisa.

Alfredo Diaz habia perdido hacia dos años a su padre, no habiendo gozado de las caricias de su madre quien al darle la vida desapareció a la existencia.

Postrado en su lecho de muerte, su padre don Manuel Diaz, llamaba al mas intimo i mejor de sus amigos don Diego Amenábar: conmovido en estremo le pedia i suplicaba encarecidamente se hiciera cargo de la educacion i tutela de su hijo Alfredo de edad en esa fecha de dieziocho años.

«Pensad, le decia el buen anciano, cual »seria mi desconsuelo si al abandonar la »vida, tuviera la honda pena de dejar a mi »pobre Alfredo sin proteccion i amparo. ¿I »quien sino vos que habeis sido como mi »hermano, a tal punto nos ha ligado la »amistad, podria desempeñar para con él »la noble cuanto delicada mision de amigo »de consejero, de padre?»

I al decir esto sus ojos se cubrian de numerosas lágrimas i en todo su ser se demostraba un amargo sufrimiento.

Don Diego no vaciló en aceptar la ocasion que se le presentaba de hacer el último servicio a su leal amigo.

Al oir su respuesta, Diaz tranquilo por haber confiado el porvenir de su hijo a un corazon tan honrado como el de Amenábar, vió acercarse sin pensar ya, la hora de su postrera partida al viaje de la eternidad. Un mes mas tarde rendia su alma al Creador en medio de los augustos consuelos de la relijion i rodeado su lecho de los seres de su afeccion.

(Continuará.)

Luis Larrain Zañartu.

Contenido de este número.

I.—¡Vivir para ver!, por Rafael B. Gumucio.
II.—El Leon i el Chingue, poesia, por Zorobabel Rodriguez.
III.—Accion fisiolójica de las bebidas fermentadas i aromáticas, por Erasmo Rodriguez.
IV.—El dolor supremo, poesia, por R. Carrasquilla.
V.—El Simoun, por Ruperto Marchant Pereira.
VI.—Pan i lágrimas, poesia, por Aurelio Berro.
VII.—Los hermanos i las hermanas, por Eujenio de Margerie.
VIII.—¡Veinte años!—El oásis.—Mi sueño.—por R. Lepècheur.
IX.—Pájinas del alma, por Luis Larrain Zañartu.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, julio 23 de 1871. Núm. 199

NOS ALEGRAMOS.

Nuestro colega de *El Alba* dice en su número del 16:

«*La Estrella de Chile* se ocupa de nuestro artículo anterior i reclama el honor de haber principiado la cruzada en favor de la libertad de enseñanza.

«I está en su derecho: no es ella quien está con nosotros, somos nosotros quienes estamos con ella.

«Aprovechamos esta ocasion para decirle que en esto, como en todo, sus ideas son las nuestras.

«Es nuestro hermano mayor.

«Hermano por el trabajo i por los principios; mayor por la edad i aun por el tamaño. Por consiguiente, ese título tiene perfecta razon de ser: admítalo.

«Su lema son nuestras aspiraciones.»

I en otra parte:

«Antes de todo, una advertencia. *El Alba* no ha dejado conocer hasta hoi ningun espíritu de secta, ningun espíritu de partido, pero diremos para evitar cualquiera duda que es, ántes que todo, católica.

«Por eso puede apreciar la libertad de diverso modo que otros; por eso la quiere conforme al espíritu cristiano, nunca de otro modo, no quiere las libertades monstruosas, fatales, que principian por demoler templos i guillotinar sacerdotes, i concluyen por ser palabras sin sentido, o mas bien, con este solo sentido: guerra a muerte a todo lo bueno; cuyos beneficios nunca se ven, cuyo resultado es empapar en sangre a la nacion que se deja alucinar; en una palabra, quiere libertad, no licencia.

«En la enseñanza como en todo.»

Casi escusado nos parece manifestar cuán profunda satisfaccion nos causa encontrar, en los tiempos que atravesamos, jóvenes que espresen ideas i sentimientos como los de nuestro colega de *El Alba*.

La irrelijiosidad habia llegado a ser una moda.

Unos cuantos espíritus esclavos del error, inficionados en el corazon primero i despues en la cabeza de la peste irrelijiosa habian sido bastante cínicos, bastante audaces i bastante insolentes para lograr sobreponerse a los buenos i hacer grandes conquistas para la irrelijiosidad, esplotando las malas pasiones de unos i la cobardía de otros.

Los buenos siempre eran los mas; pero los ménos, que eran los malos, habian logrado sus intentos. Habian echado sobre la fé i la conducta católicas un baldon de oprobio i habia muchos que huian de la fé i de la piedad como se huye de la vergüenza.

Entre tanto, los malos invadian todos los campos, se adueñaban de todas aquellas esferas de accion en que podian realizar sus designios, enseñar e inculcar sus ideas. Enseñanza, política, prensa, asociacion, asamblea, todo, todo lo habian invadido. I la usurpacion iba prescribiendo.

Vino, empero, la reaccion católica, reaccion poderosa como la causa que la movia, poderosa por su santo estímulo, la fé, poderosa porque era la juventud quien la emprendia. Hace tiempo ya que vino la reaccion.

La juventud católica interrumpió primero con dos valientes protestas la prescripcion del mal. Los operarios del mal se sorprendieron i se irritaron. Creian haber prescrito ya i se enfurecian contra los que forcejaban por desalojarlos de los puntos ventajosos.

Ensayaron primero el arma del desprecio i del ridículo. Vieron despues

que el adversario no era despreciable i descendieron a combatir con él.

La juventud católica comenzó a disputarles palmo a palmo el terreno usurpado.

Terció en las luchas políticas, tuvo prensa, tuvo asociaciones para la enseñanza, tuvo parte en los comicios.

Comenzó a hacer oir su voz cada vez que se ajitaba alguna cuestion en que estaba empeñado el bien público o el interes relijioso. I se hizo escuchar.

La reaccion avanza.

Nos congratulamos, pues, mui devéras de tener un nuevo compañero de combate. Siempre será para nosotros poderoso ausiliar la juventud sensata i creyente.

Despues de leer el programa i la profesion de fé de *El Alba*, aceptamos orgullosos el título de hermano que nos da. El trabajo, la fé i la lucha son el bautismo de sangre i fuego que consagra la fraternidad católica.

Empero, como «hermano mayor,» habiendo avanzado ya algun trecho en el camino en que *El Alba* comienza a marchar, tenemos la esperiencia del camino. No está sembrado de rosas. Es penoso, áspero, escabroso, sembrado de espinas.

Para hacer el camino de la fé i de la lucha, es menester proveerse del indispensable viático de una resolucion firme i una incontrastable constancia.

Con la resolucion tan solo se parte, con la constancia se llega.

Necesítase tambien abnegacion.

No se cosechan aplausos, no se conquista gloria.

Hai contradicciones i odios.

Pecho firme para las contradicciones; perdon, caridad cristiana para los odios.

Resolucion, constancia, abnegacion i valor: i la obra está consumada.

LA VIRJEN DEL PAEZ.

A V....

En las riberas do estruendoso el Paéz
Mece los bosques de copé aromado
Hai una flor parásita escondida
En el ramaje oscuro de los cauchos.
Tiene del lirio la jentil corola
I luce en terciopelo delicado
Las tintes de la dalia i de la lila;
Llámala el montañes la flor de mayo.
La admiro como a tí: nunca han podido
Acariciar sus pétalos mis labios,
I aunque presiento su celeste aroma
Lo busco a orillas del abismo en vano;
I es porque el viento en las calladas noches
Desciende de los Andes enlutados
I finjiendo del aura los suspiros
Roba el aroma de la flor avaro.
La admiro como a tí: nunca en la mia
Un solo instante se posó tu mano,
En muelle vals tu talle no ha cedido
A la presion de mi amoroso brazo,
Jamas las gasas de tu sien de reina
Al soplo de mi aliento se ajitaron;
Eres como la flor que me enamora
En su lujoso i místico palacio,
Que tiene por alfombra las corrientes
I por techumbre los umbrosos cauchos.
De ella i de tí me seguirá el recuerdo
Hasta en las sombras de mis bosques pa-
[trios;
Mas si eres tú como la flor modesta
I si esa flor se te asemeja tanto,
Deja que lleve tu precioso nombre
La hermana que los bosques te ocultaron,
Mui pronto contarán los montañeses
Que eres tan linda cual su flor de mayo
I que un poeta la llamó virjinia
I por eso virjinia la llamaron.

JORJE ISAACS.

EL PADRE I LA MADRE.

DOS PALABRAS SOBRE LA EDUCACION.

(Traducido por R. B. G.)

«¡Cómo! me direis, no consagrais un artículo entero al padre i otro a la madre, esas dos columnas de la familia!»

—Nó. Porque apoyándose la una en la otra es como esas dos columnas sostienen el edificio sagrado. No quiero separarlas.

Sin duda sus funciones, como sus aptitudes, son diferentes; pero su union constituye su fuerza. Siempre serán imcompletes el uno sin el otro. I despues ¿por qué dividir en el papel lo que siempre ha sido uno en mi corazon?

Espero que no me acusareis de pedante, si me permito hacer una escursioncita por los dominios del *De Liberis recte instituendis*. (1)

Despues de todo, ¿seria un gran mal atacar de frente las preocupaciones de algunos padres?

Si hubiera de creérseles, ellos no están absolutamente encargados de educar a sus hijos. Absorbidos todo el dia por los negocios públicos o privados; enredados cada noche en esa red del gran mundo que no suelta su presa, han debido delegar sus funciones de educadores a esos señores de Vaugirard, a esas buenas relijiosas del Sagrado Corazon, a ese preceptor, a aquella institutriz.

«Nó, señor, nó, señora, les diré yo. Asi como Dios despues de haber creado al hombre no lo ha arrojado desdeñosamente de un puntapié al espacio, así tampoco teneis vosotros derecho, despues de haber dado la vida material a vuestros hijos, para dispensaros de desarrollar en ellos la vida intelectual i la vida moral.

«Sin duda, cuando os faltan la ciencia, el tiempo, las fuerzas o el valor, podeis haceros suplir, sobre todo en esa parte técnica que mas bien es enseñanza que educacion.

«Pero, por mas que hagais: sereis siempre los tipos por los cuales se modelarán vuestros hijos i vuestra influencia será siempre preponderante en la grande obra de su formacion.»

Volviendo, pues, a nuestro punto de partida, ¿de qué procede que haya tantas malas educaciones?

Procede, mui comunmente, de la falta de intelijencia i armonía entre el padre i la madre.

¿Quién no ha visto i lamentado ese espectáculo?

El padre es un rico banquero, hombre de órden i de actividad, si los hai, ambicioso, atrevido i prudente a la vez.

No tiene mas que un hijo.

Ese hijo es perezoso, desordenado, muelle e indolente; o, por lo ménos, a los sieto u ocho años presenta síntomas de un carácter semejante. Porque ¿dónde está el espíritu, dónde el corazon que a esa tierna edad se hayan formado definitivamente? Es el momento en que el padre i la madre, esos jardineros de nuestras almas, deben sembrar, plantar, regar, trabajar i cortar.

Pero el padre está herido en su orgullo. Llena de estériles reproches a ese hijo indigno en vez de trabajar injeniosamente por hacerlo laborioso, en vez de enderezarlo a la carrera para que manifieste mas aptitudes, o ménos ineptitud, si quereis; afecta considerarlo como una especie de criminal.—¡Qué crimen efectivamente el no haberse demostrado desde la cuna digno del gran nombre de su padre!

El padre comienza a tener entre ojos a Benjamin i a tratarlo invariablemente con una mezcla humillante de frialdad, de desden i de cólera.

La madre se pone del lado de su hijo.

Entre el padre i la madre hai cada dia verdaderas comedias.

«¡Cómo! badulaque, ¿otra vez has sido el último en tu clase?» dice el padre.

—«¿Qué quereis?, replica la señora. Sois tan duro con este pobre niño. Vais a acabar por hacerlo estúpido.»

I, para consolar a Benjamin de los rigores paternales, la madre repleta de dulces i galletas el bolson del colejial perezoso. Le da plata, de la que, aunque de solo quince años, ¡ai! sabe ya hacer un deplorable uso.

Benjamin comienza a detestar a su padre i a esplotar a su madre. Algunos años mas, i Benjamin será un mal muchacho. ¡I ojalá pare en eso!

Podria añadir muchas otras cosas.

Pero me apresuro a decir que el padre i la madre que gobernaban la casa de Neuilly, mencionada en una de nuestros articulejos precedentes no se parecian absolutamente a éstos cuyo retrato acabo de bosquejar.

(1) Libro sobre la educacion de los hijos por el cardenal Sadolet.

Hermanos i hermanas mias, ¿no es verdad que deberia ensayar de rodillas el retrato de esas dos figuras augustas, de nuestro padre i nuestra madre?

——

Jamas puedo leer sin una profunda emocion i una especie de terror esas hermosas palabras de la Escritura: «*Cui multum datum est, multum et requiretur ab eo.*» (1)

I seguramente uno de los mayores beneficios que se puede concebir es el de tener padres como los nuestros.

Eran buenos, justos i tiernos, perfectamente unidos, superiores a todas esas pequeñeces i miserias que tan a menudo vienen a turbar la paz de tantas casas estimables.

Se consagraron enteramente a nosotros.

Eliminaron de su vida todo lo que no era precisamente un deber, para consagrar a la grande obra de nuestra educacion su intelijencia, su corazon, sus fuerzas, su tiempo i todo.

Ellos tambien comprendian todo el alcance de las divinas palabras que he citado hace poco. Dios les habia dado mucho: porque los habia dado el uno al otro; i jamas creaturas humanas fueron mejor hechas para completarse i aun engrandecerse, fundiéndose una en otra.

Pues bien; dieron tanta importancia a ese trabajo de la formacion de las almas, de la direccion apropiada a esos niños, que dentro de quince o veinte años, serian hombres i mujeres, tanta importancia dieron a su mision que todo lo abandonaron para educarnos.

——

Es un error pensar que se pueda inspirar a los hijos ciertos sentimientos, inculcarles ciertos principios, como se les enseña una ciencia o un arte.

Si teneis en vista, nó formar bachilleres, sino jóvenes honrados i racionales, que sean un dia dignos padres i dignas madres de familia; sobre todo si quereis formar cristianos—i si no lo quereis trabajais en vano,—no os imajineis que bastan, para obtener ese resultado, ni lecciones, por concienzudas i constantes que sean, ni un catequista ni un profesor de moral.

Nó: los principios sobre que se basa la vida humana es preciso que se apoderen de todo nuestro ser, que los absorbamos por todos los poros, que nuestro aire ambiente esté saturado de ellos.

Es menester que el dominio de la conciencia i de la fé no sea un dominio ajeno que venimos a visitar de tiempo en tiempo. Es preciso que sea como el centro de todos nuestros trabajos, de todos nuestros estudios, de todas nuestras preocupaciones.

Esa ciencia de las ciencias no se adquiere solo en las horas de clase i por el ministerio de los maestros; se necesita ver a cada instante el lugar sobreeminente que ella ocupa en el réjimen moral de los que nos sirven de modelo.

——

Cuando, desde nuestra tierna infancia, vemos un mismo sentimiento único i soberano dominando el alma i la vida de los seres que veneramos i amamos mas en el mundo; cuando con un solo corazon sirven a Dios, visitan i alivian a los pobres, saborean el estudio, contemplan las obras del Creador, resisten al mal, soportan las penas i los dolores, procuran trasmitir ese mismo espíritu, esa verdadera filosofía cristiana, al alma de sus hijos, sus discípulos, menester seria que éstos fueran sobradamente mal nacidos para no penetrarse de esos principios, aun apesar suyo. Es como una savia vivificante, como una sangre jenerosa que corre por sus venas i constituye el ser.

——

Tal ha sido la obra de nuestros queridos padres; i si hai en nosotros algo bueno, despues de Dios, a ellos i solo a ellos lo debemos.

Por eso, todos los dias rogamos al cielo pague por nosotros nuestra deuda de gratitud.

EUJENIO DE MARGERIE.

(1) A aquel a quien se ha dado mucho mucho se le exijirá.

UN HIJO A SU PADRE

EN SU CUMPLE-AÑOS.

Brilló la aurora de un hermoso dia;
El sol en el oriente

Con sus primeros rayos a las flores
Besaba dulcemente;
I la brisa jugaba en los colores
De la florida i pintoresca loma,
Que exhala nubes de fragante aroma.

Siéntese susurrar el manso viento
Entre las ramas del cipres sombrío,
I el ruido turbulento
Que al arrastrar sus ondas hace el rio;
Escúchanse los cantos de las aves
Que modulan sus célicos acentos,
Saludando a la aurora que ilumina
El cielo, el mar, el pueblo i la colina.

I yo, en alas del fresco i manso viento,
Dirijo al Ser Supremo
Mi cántico empapado en sentimiento;
Porque ha lucido el venturoso dia
En que mi tierno padre
Abrió a la vida sus hermosos ojos;
I hoi lleno de alegria
Trémulo de emocion, caigo de hinojos
A pagar un tributo
Al tierno padre, cuyo amor disfruto.

¡Oh, padre mui amado!
Escucha de este pecho con dulzura
El voto mas sagrado
Que rendiros pudiera en mi ternura.

Hoi de tu vida la veloz carrera
Comenzaste ¡oh padre!
A quien el alma con orgullo adora;
I de cariño, de inefable gozo
Asoma a la pupila
Lágrima santa i pura
Que ensancha el corazon con su dulzura.

¡Quiera el cielo en su grande poderío
Que cayendo cual gota de rocío
Crecer haga tus bellas esperanzas
I borre de tu vida los pesares
I los sepulte en los profundos mares!

¡Oh, padre cariñoso, padre amante!
Que una blanca corona
Tejida sea por tu amante hijo
Con recóndito amor i afan prolijo
De aquellas bellas desprendidas flores
Del árbol que lozano
Cultivó un tiempo poderosa mano.

Mi canto ha terminado,
I en alas de los vientos
Cual nube se ha elevado
Para pedir al azulado cielo
Sus rayos de esperanza i de consuelo;
Para pedir tambien gratos prolongue
Tu bello porvenir i tu existencia;
Nosotros de tu ciencia
Seremos fieles hijos
I en ti los ojos fijos
Por ti ruego ferviente
Alzaremos al Dios Omnipotente.

Santiago, julio 14 de 1871.

CÁRLOS CRUZAT HURTADO.

ACCION FISIOLÓJICA DE LAS BEBIDAS FERMENTADAS I AROMÁTICAS.

LECTURA DADA POR EL SEÑOR DON ERASMO RODRIGUEZ,

el sábado 8 de julio en el Club de Amigos del Pais.

(Continuacion.)

Accion sobre el cerebro. Este órgano tiene la propiedad de retener en su sustancia el alcohol, pues segun la memoria ya citada de Lallemand, Perrin i Duroy contiene cerca del doble de la proporcion que se halla en la sangre. El alcohol obra sobre el cerebro por sus dos propiedades de irritante i de desoxijenante de la sangre i sus efectos se manifiestan sobre las tres funciones que preside, el movimiento, el sentimiento i la intelijencia; tendiendo por la primera de estas propiedades a exaltar las funciones cerebrales i por la segunda a deprimirlas; de manera que la accion del alcohol sobre el cerebro se manifiesta por síntomas de excitacion o de depresion.

El primer efecto del alcohol sobre el cerebro i el único si su dósis ha sido pequeña es su excitacion que se nos revela jeneralmente por un aumento de los sentimientos espansivos de confianza, de amistad, de ternura i de amor; otras veces los sentimientos depresivos predominan i hai tristeza, llantos, desesperacion, o desconfianza, misantropia, deseos de venganza i

hasta furor. Estas distintas manifestaciones dependen del carácter individual i de los sentimientos predominantes; ellos son la espresion exajerada de los instintos sin el velo con que los cubre la intelijencia. A tal grado de embriaguez no se habla, ni se siente, ni se piensa sino a impulsos de esos sentimientos exaltados; hai incapacidad para raciocinar sobre ciencias o artes i para dilucidar cualquiera cuestion; pero no para hablar apasionadamente. A medida que los sentimientos se exaltan i la imajinacion los espresa dándoles vivos colorido; la intelijencia se oscurece no pudiendo asir las relaciones mas simples hasta que anulada es sostituida por el delirio. Al mismo tiempo los movimientos pierden de su enerjía, i sobre todo de su precision i la sensibilidad al principio algo exaltada disminuye rapidamente hasta desaparecer del todo durante el delirio. Rambosson, que se ha ocupado de hacer esperiencias numerosas sobre la influencia que ejercen los alimentos en las facultades intelectuales, insiste particularmente sobre la exaltacion de los sentimientos i depresion de la intelijencia que se observa bajo la influencia de los líquidos alcoholizados. «La intelijencia, dice, se transforma en sentimientos i los movimientos en sensibilidad.»

Si la dósis de alcohol es mui elevada sus efectos cambian notablemente; no son los sentimientos exaltados a espensas de los movimientos i de la intelijencia lo que observamos, sino el embotamiento de los sentidos i de todas las funciones cerebrales. Hemos dicho que todas las actividades del orgacismo tienen su fuente en una combustion que se hace por el oxíjeno del aire con los elementos combustibles de la economía animal. Como lo he ya espuesto, el alcohol disminuye la proporcion del oxíjeno de la sangre i quita a ésta el principio comburente que el cerebro necesita para ejercer sus funciones. Ya Lavoisier observó que la intelijencia no funcionaba en nosotros sin que se consumiera una cierta cantidad de oxíjeno i se exhalara una proporcion correspondiente de ácido carbónico, es decir sin que se efectuara una combustion. Este fenómeno se esplica fácilmente: sabemos que nuestro espíritu tiene por órgano el cerebro i por consiguiente aquél no se ejercita sin poner en actividad a éste. Por otra parte la actividad del cerebro como que es cuerpo material no puede efectuarse sino segun las leyes que rijen la actividad de la materia.

El sueño que sobreviene a este período de la embriaguez se encuentra ademas favorecido por la disminucion de las impresiones, que los sentidos apénas trasmiten al cerebro i por la conjestion sanguínea que produce la accion irritante del alcohol, segun el aforismo «donde hai irritacion se produce conjestion». Carencia de impresiones, merma del oxíjeno en la sangre i conjestion cerebral; tales son las causas que producen el sueño. Siendo mis fuerzas pequeñas i mi tema demasiado vasto para una lectura, debo limitarme a solo lo dicho sobre el interesante i difícil problema del sueño.

IV.

EFECTOS DE LOS DIFERENTES LICORES.

Los efectos que he descrito son aplicables a todas las bebidas fermentadas; pero cada una de ellas tiene una accion especial que debe a principios particulares o a la proporcion de éstos i del alcohol que contienen.

Temeroso de fatigar demasiado vuestra atencion haré solo notar en el modo de obrar de los licores aquellas particularidades que os puedan ser mas útiles.

Los licores destilados contienen por lo jeneral una fuerte dósis de alcohol i algunos principios esenciales. Son mui irritantes i por consiguiente los mas dañosos; pero tambien los que producen con mas rapidez mayor calor, es decir son los mas estimulantes. En la mayoría de los casos deben preferirse los licores no destilados, en los cuales hai varios principios que modifican favorablemente la accion del alcohol i que sirven ademas de alimentos. Un ejemplo citado por Bouchardat me servirá para corroborar lo que acabo de afirmar. Dice «dos cruceros, el uno frances, el otro ingles se estacionaban en los mares del sur por mucho tiempo; se distribuia a los marinos franceses vino, i a los ingleses aguardiente, los últimos fueron atacados de escorbuto i los primeros nó.»

Los principios esenciales diversos que contienen i la proporcion variable de alcohol que encierran, es lo que constituye las distintas variedades de licores destilados; pero miéntras que los principios aromáticos de unos son inocentes i agradables, los de otros son nocivos, como los aceites

esenciales de los aguardientes de cereales i patatas.

Los efectos del ajenjo han dado lugar a muchas discusiones. Lunel, Decaisne i Marcé que han escrito sobre el particular lo creen el mas pernicioso de todos los licores. Marcé dice de él: «Ademas de los accidentes habituales del alcoholismo, el ajenjo que obra a la vez por el alcohol i por un aceite esencial especial, determina pronto un estado de estupor i de embrutecimiento que gasta las facultades intelectuales i precipita la llegada de la demencia. Es incontestablemente el veneno mas enérjico que se haya puesto a disposicion de los pueblos i uno se pregunta con admiracion como ningun obstáculo se pone a su espendio, miéntras que la venta de las sustancias tóxicas ordinarias es sometida a una reglamentacion tan severa i tan justa.» Deschamps i Pecholier, que han tomado la defensa del ajenjo no niegan la efectividad de los males que se ha atribuido a su abuso; pero si niegan que contenga, fuera del alcohol, alguna sustancia nociva. Estos autores se esplican sus funestos efectos de la manera siguiente: 1.° que siendo usado como aperitivo se bebe ántes de comer cuando por estar vacío el estómago la accion local i jeneral del alcohol es mas enérjica: 2.° que su sabor dulce, debido a las esencias de anis comun i de anis estrellado, no deja en la boca esa sensacion pastosa i desagradable que dejan siempre líquidos que contienen azúcar; i 3.° que tiene la propiedad de apagar la sed i determina sensaciones agradables que excitan imperiosamente al bebedor a repetir sus libaciones.» De manera, pues, que es dudoso que el ajenjo sea por sí mas dañoso que cualquier otro líquido alcohólico.

Para esponer las particularidades de accion que caracterizan las diversas especies de vinos, los consideraremos bajo el punto de vista de sus principios predominantes. Asi en algunos existe una fuerte proporcion de alcohol como en los de Madera i Marsala i sus efectos se aproximan singularmente a los de los licores destilados. En otros el predominio de principios esenciales permite calificarlos de perfumados.

El aroma de los vinos no sirve unicamente para comunicarles un olor agradable, sino tambien para facilitar la dijestion aumentando la secrecion de la saliva i del jugo estomacal. En estos vinos la accion estimulante de sus principios esenciales se agrega a la del alcohol.

Los vinos dulces son ménos irritantes que los demas; porque el azúcar por su accion emoliente neutraliza en parte la accion local del alcohol; pero tienen por esto mismo el inconveniente que siéndonos poco sensibles sus efectos primeros, se injieren a mayores dósis, hasta que somos advertidos por sus efectos jenerales, por lo comun mas intensos que los que deseabamos. Por fin, los vinos dulces no convienen a las personas que tienen un estómago mui débil o predisposicion a las acideces.

El ácido que contienen los vinos, cuando está en una proporcion débil, es evidentemente útil porque el sabor ácido se asocia bien con el del alcohol; pero sobre todo porque disminuye la rapidez de su combustion en la sangre, i hace por consiguiente el aumento de calor ménos intenso pero mas durable. Este efecto del principio ácido de los vinos es debido a que por su combinacion por los álcalis (sustancias que constituyen la lejía) de la sangre neutraliza la accion de éstos, que son los reactivos por el intermedio de los cuales el oxíjeno opera las combustiones orgánicas.

Si el vino es agrio el ácido que contiene entónces en una fuerte proporcion irrita el estómago, quita al jugo estomacal su poder disolvente, causa indijestiones i diarreas, i en la sangre disminuye la produccion del calor animal.

El gas carbónico que hace espumosos a ciertos licores como el champagne i la cerveza les comunica un sabor lijeramente acidulado i picante mui agradable, estimula el apetito, facilita la dijestion, disminuyendo la irritabilidad del estómago impide las nauceas, i por fin ocasiona un sentimiento de bienestar. Estos felices efectos del ácido carbónico tomado en cantidad moderada, los debe a sus propiedades anestésicas i excitantes; pero si la dósis es exajerada el estómago se destiende i sobreviene, dolor de cabeza, aturdimiento, debilidad i oscurecimiento de la vista, quebranto jeneral i somnolencia; accidentes lijeros i que duran poco tiempo.

El principio astrinjente que da un sabor áspero a ciertos vinos como los del Languedoc i Roussillon, hace las dijestiones mas lentas, tiende a producir la consti-

pacion i dificulta la absorcion del vino; sinembargo su accion debe considerarse útil cuando hai tendencia a la diarrea o a las hemorrajias.

El crémor que contiene en proporcion notable ciertos licores poco alcoholizados, i cuya fermentacion incompleta no lo ha aun dejado depositarse, como sucede con la chicha nueva; da diarrea a las personas predispuestas.

Los principios alimenticios, amargos, aromáticos i la débil proporcion de alcohol que contiene la cerveza, la hacen mui digna de recomendarse cuando ha sido fabricada con esmero e intelijencia

Segun Coutaret la cerveza no bien fermentada tendria ademas el poder de curar por su maltina, muchas formas de dispepcias.

Por fin se ha atribuido al principio aromático de los vinos blancos una accion embriagante enérjica, que esplicaria los efectos mas rápidos e intensos que producen a dósis igual de alcohol. Pero la accion que ejercen los ácidos de los vinos rojos sobre la destruccion del alcohol, i los principios astrinjentes sobre su absorcion, hace que nos sea innecesario recurrir a teorias no demostradas.

Guiados por estas apreciaciones jenerales sobre los principios de los licores, que modifican notablemente la accion del alcohol, creo, señores, estareis vosotros en aptitud de apreciar con acierto los efectos de todas las bebidas fermentadas.

V.

EFECTOS DEL CAFÉ.

Se considera jeneralmente al café dotado de una propiedad estimulante que nos hace producir una suma mayor de calor i por esto se prefiere durante el invierno. Al mismo tiempo que el uso comun atribuye al café la propiedad de aumentar nuestro calor, i que casi todos los que se ocupan de él sostienen la misma opinion, Petit de Chauteau Thierry sostiene lo contrario. Rambosson abundando en el mismo sentido dice, que bajo su influencia sus pulsaciones disminuian en frecuencia i en fuerza. Por fin, segun Trousseau abajo su influencia no se acelera el pulso, ni el calor jeneral se desarrolla, o si el primero se acelera es independientemente del segundo; lo que atestigua no una fiebre artificial, sino una estimulacion nerviosa.»

Si el café aumentara nuestro calor deberia aumentar la combustion orgánica i por consiguiente el gasto de combustible, es decir de alimentos; sinembargo los hechos que he citado de los mineros de Charlesroy i tejedores de Riesen-Berg prueban que sucede precisamente lo contrario. Por otra parte si el café aumentara nuestro calor ¿cómo esplicarse que él sea la bebida predilecta de los habitantes de los climas ardientes a punto que segun Bouchardat sin el café la Arjelia seria inhabitable? I por fin i si la combustion orgánica aumentara por el café, deberia observarse bajo su influencia un aumento en los productos que resultan de esa combustion. Pues por el contrario las esperiencias de Lehman i de Voit nos prueban que estos productos se encuentran disminuidos en lugar de estar aumentados. Como tratándose de observaciones hechas, no podemos rechazar testimonios tan respetables i numerosos, debemos buscar en las condiciones diversas en que aquéllas se hacen, las causas de las disidencias que hemos hecho notar. Es sin duda lo que ha sucedido como vais a verlo,

El café se toma jeneralmente en infusion caliente ¿qué cosa mas natural entónces que se produzca, la fiebre artificial o aumento de calor que ocasionan siempre todos los líquidos calientes? Así pues se atribuyen al café los efectos del agua caliente. Sinembargo aun en estas malas condiciones de esperimentacion se pueden apreciar los efectos refrijerantes del café. Para ello conviene esperar que pasen unas dos o tres horas despues de tomarse, i que hayan así desaparecido los efectos del agua caliente, entónces se siente una sensacion interna i jeneral de disminucion del calor animal. Esta sensacion que yo he esperimentado, puede esperimentarla cualquiera de vosotros en circunstancias análogas. Sinembargo el efecto refrijerante es pequeño i lo que lo prueba es que no haya llamado la atencion de todos; este hecho es mui singular en una bebida que permite a los mineros de Charlesroy vivir bien con un cuarto ménos del alimento necesario a los demas. Que la disminucion del calor animal sea tan poco sensible por el uso del café se esplica en la teoria de las

sustancias llamadas por Gubler *dinamóforas*.

El oxíjeno del aire es susceptible de electrizarse absorbiendo una porcion considerable de electricidad, calórico, o fuerza; palabras que han llegado a ser casi sinónimas. El oxíjeno así modificado se llama azono. Este principio que da al aire de los campos su superioridad sobre el de las ciudades populosas para sostener la salud i recuperarla, cede a nuestro organismo su actividad dinámica o su ozonificacion segun Richarson. Por consiguiente la economía animal no solo aprovecha en el ozono la accion comburente mas enérjica del oxíjeno electrizado, sino tambien el éter o fuerza que tenia al estado tensivo o de combinacion i de que despoja al oxíjeno para que contribuya a la produccion del calor i de los movimientos animales. Gubler atribuye esta propiedad dinamófora o de contener fuerzas susceptibles de ser cedidas a nuestra organizacion, a la cafeina que forma el principio activo del té, café i yerba-mate i compara sus efectos a los de un fulminante que encerrando en sí la causa de una produccion de calor i de fuerzas considerables puede desarrollarlas en un instante dado. La diferencia estaria solamente en que la cafeina como el ozono del aire cederian lentamente a la economía animal la fuerza de que estaban cargados con la que se produciria en nosotros movimientos i calor. Esta teoría es solo una aplicacion a las bebidas aromáticas de uso mas jeneral en el mundo, de lo que los estudios químico-fisiolójicos nos han enseñado sobre la accion del oxíjeno electrizado.

Existe un hecho particular que podria aducirse en apoyo de la anterior teoría i es, que tanto el té como el café, i la yerba-mate como el cacao son sometidos a la tostion, en la cual podrian hacer latente el calor que despues cedian al organismo animal; pero por desgracia no sé que se hayan hecho acerca de esta teoría esperiencias directas que nos permitan afirmar o negar su realidad. Por otra parte cualquiera que sea la verdad a este respecto, las doctrinas que aquí sostengo o son ciertas o a lo mas susceptible de lijeras modificaciones.

Para estudiar la accion del café no deberia tomarse con leche, ni caliente, ni aun con azúcar i someterse a dieta.

Se ha dicho que el café es mui alimenticio, lo que es cierto del café con leche. El contiene sin duda varios principios nutritivos, pero tomándose a dósis tan pequeña (de una onza al dia en los mineros de Charlesroy) sus propiedades alibles se hacen insignificantes como lo serian las de una onza de pan.

Ya hemos dicho que el café disminuye nuestro calor, las combustiones orgánicas i los productos que resultan de estas combustiones; tócanos ahora entrar en algunos mas amplios desarrollos.

(Concluirá.)

LA FLOR DEL RESEDAN.

—Mamá, mamá, mira esa mariposa tan linda que está junto a aquella enredadera; voi a entrar donde tú estás a ver si puedo pillarla.

—Nó, Enrique, el suelo está mui húmedo i quizas te haria daño correr así entre los planteles que están cubiertos de rocío.

—I entónces ¿cómo es que tú que estás enferma andas recojiendo flores?

—Es que pensaba darte una sorpresa; hoi son tus dias i queria que al despertar, encontrases a la cabecera de tu cama un hermoso ramo de violetas i de jazmines.

—Qué dices, mamá? hoi es San Enrique!

—Sí, hijo mio.

—I yo que no lo sabia! i tú que nada me habias dicho! qué gusto! qué gusto! déjame darte un abrazo, i otro, i otro.

—No seas travieso; vamos, suéltame.

—Sabes, mamá, que te encuentro mui pálida; ¿has pasado mala noche?

—Al contrario, hacia mucho tiempo no dormia tan bien; ya se vé, toda la noche me he llevado soñando contigo.

—¿Conmigo?

—Sí.

—I, qué soñabas?

—Muchas cosas.

—Cuéntame pues, mamá..

—Tanto deseas saberlo?

—Sí, mamá, sí.

—Es que vas a entristecerte, Enrique i yo quiero verte alegre, mui alegre.

—Te aseguro que no he de cambiar, mamá; siempre me verás contento.

—Si es asi, voi a satisfacer tu curiosidad; pero salgamos del jardin que hace mucho frio i vámonos al corredor.

—I no me das esas flores?

—Tuyas son Enrique; lástima que las escarchas hayan quemado casi todas las plantas; hubiera querido regalarte un gran ramo.

—Nunca hubiera sido mas oloroso que estas violetas i estas malvas tan fragantes; pero ¿qué veo? tambien hai un pensamiento!

—Es el único que he encontrado en todo el jardin.

—¡Qué bonito es! ¡cuánto voi a cuidar este ramo! i ¿cómo se llama esta flor que has puesto aquí, mamá?

—Esa, hijo mio, se llama la flor del resedan.

—Qué hermoso nombre!

—Te gusta?

—Si.

—Me alegro, pues yo tambien tengo por esa flor una predileccion particular; pero ¿qué estás haciendo? vas a ajar todas las flores.

—No temas, ¡si las beso con tanto cuidado! mas ya que esto te parece mal, dame un beso tú, mamá.

—Estás insufrible esta mañana, Enrique.

—Oh, qué feliz soi! i ahora voi corriendo a colocar el ramo delante de la Virjen del Cármen que tengo en mi cuarto; le pediré mucho por ti, la llenaré de caricias; aguárdame que vuelvo al instante.

—Pobre niño! pobre niño! murmuró la madre, miéntras una lágrima silenciosa se deslizaba por sus mejillas blancas como la azucena. Cuando Enrique volvió, ella sonreia; su hijo se echó en sus brazos.

—Ya te comprendo, continuó María, vienes a pedirme cumpla lo que te prometi; pues escucha, todo lo que ahora has hecho, lo ví anoche en mi sueño.

—Es posible!

—Solo falta un pequeño incidente i éste lo vas tú a realizar; toma estas semillas, son precisamente de la flor del resedan; quiero que seas tú quien las plante i tú quien las cuide; quiero que mi recuerdo vaya siempre unido al de esas flores.

—Tu recuerdo! ¿acaso no pienso en ti a todas horas?

—Si, pero es que yo te queria decir....

—Me asustas, mamá; no sé que de estraño veo en tu semblante; te has puesto triste, oh! yo voi a llorar.

—Nó, mi Enrique, mira como rio; pero dime ¿mucho cariño tendrás a esas flores?

—Las regaré i las cuidaré con la mas tierna solicitud.

—Me lo prometes?

—Si; mas ¿por qué me haces esa pregunta?

—Porque siendo tuyas, yo no podré gozar de ellas.

—No digas eso, mamá; no me hagas sufrir; te aseguro que yo no he de tocar ni una flor, todas serán para ti.

—Pobre hijo mio!

—I, qué mas viste en tu sueño?

—Lo que tú mismo vas a hacer; ahí veo una maceta, anda i siembra estas semillas de la flor del resedan.

Enrique se alejó; por segunda vez una lágrima ardiente volvió a brillar en las negras pestañas de la infortunada María.

—¿Es como voi a llamar esas flores que acabo de plantar? dijo Enrique volviendo al lado de su madre.

—¿Cómo, hijo mio?

—Voi a llamarla, la flor de mi mamá.

—Harás bien, harás bien, balbuceó ella ahogada por los sollozos i estrechando con frenesi a su hijo entre sus brazos, ai! cuando broten esas flores, tu madre habrá dejado de existir!.....

.....

El año siguió su curso, los dias se sucedieron unos a otros; llegó la primavera; los campos i los jardines comenzaron a esmaltarse i a cubrirse de verduras i de flores. Las aves gorjeaban en los naranjos de la casa de María; nadie respondia a aquellos dulces cantares; la casa estaba desierta.

Ah! la pobre María no se habia engañado, su corazon de madre le habia hecho leer en el porvenir, ella tenia razon: cuando en la maceta plantada por su hijo, brotó la primera flor del resedan.... Enrique era huérfano!

Santiago, julio 20 de 1871.

Ruperto Marchant Pereira.

COLOMBIA. (1)

En las noches azules de verano
Su airon de fuego el Puracé levanta,
Huella del arquitecto soberano,
Huella no mas de su divina planta:

Raudales i torrentes abrillanta,
Dora los montes i en el verde llano
Ni aun a la prole del turpial galano
El eco ronco de su trueno espanta.

De tu yelmo, Colombia, ante la lumbre
Luciérnaga es el fuego de ese monte,
Lodo la nieve de su altiva cumbre:

El mundo de Colon es tu horizonte,
I miéntras haya esclavos bajo el cielo,
Habrá libertadores en tu suelo.

JORJE ISAACS.

Julio 20 de 1871.

HISTÓRICO.

Lucía era la mas linda niña de Calabria. Tenia nueve años apénas i era buena como un ánjel.

Su madre estaba sujeta a frecuentes ataques de epilepsia o gota-coral; i murió de uno de ellos, o por lo ménos, así lo creyeron.

Enlutaron la sala, i segun la costumbre napolitana, pusieron el cadáver en un catafalco entre cuatro cirios. Por la noche, tno quedó haciendo la vijilia del muerto sino una relijiosa exclaustrada que llaman allá *mónaca di casa*, la monja de casa.

Habian alejado a Lucía que estaba loca de sentimiento; pero ésta, burlando la vijilancia de sus parientas, que la creian dormida, se deslizó hasta la sala mortuoria, a la que entró silenciosamente. La monja se habia dormido, i la niña se subió al catafalco i consiguió abrazar a su gusto a su pobre madre, cuyo rostro bañó de lágrimas ardientes que corrian en el silencio de la noche i de la soledad.

Lo que allí pasó solo lo sabe Dios!

Por la mañana, cuando llegaron los sepultureros para llevarse el cadáver de la madre, ésta lanzó un suspiro, abrió los ojos i vió a su Lucía inmóvil a su lado; se incorporó, miró al rededor i....comprendió!

Por fortuna, la calabresa, que era fuerte, no se murió de espanto.

La ayudaron a bajar del catafalco; pero cuando quisieron hacer esto mismo con la niña, no pudieron. Creyeron que dormia... ¡sí, el sueño eterno!

¿La mató el dolor, o la alegría de sentir en sus labios el aliento de su madre resucitada, a quien habia despertado con sus lágrimas, como el rocío que hace revivir una flor casi marchita por los ardores del sol?

Nadie lo sabe.

La sala quedó enlutada; esta vez por la piadosa Lucía. I las lágrimas de su madre no pudieron despertarla.

EL LAGO I EL POETA.

(De V. Laprade).

A CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

I.

Yo ví desde aquella selva
Al sol poniente escondiendo
En tu seno, hermoso lago,
Su ardiente disco de fuego.

I tú brillabas entónces
Con mil colores diversos,
I el íris se dibujaba
En tu trasparente seno.

Mas ni el azul ni arrebol
Te pertenecen, porque ellos
Son apénas una copia
Del sol, de la luz, del cielo.

Tú tienes rocas por muro
I de blanda arena un lecho,
Flores bordan tus orillas,
Corres por un prado ameno;

(1) Reproducimos esta composicion de nuestro intelijente amigo el señor don Jorje Isaacs, publicada en *La República* con algunos errores tipográficos.

Pero no te pertenecen
Esos colores tan bellos;
Son tuyos miéntras conserves
La pureza del espejo.

Consérvate limpio, oh lago,
Puro, inmutable, sereno
Para copiar en tus aguas
Las luces del firmamento.

Porque en el alma manchada
I en la agua que arrastra cieno,
Ni quiere mirarse el sol,
Ni se reflejan los cielos.

II.

Como ese lago, oh poeta,
Tú tambien eres espejo
Donde van a reflejarse
Las luces del firmamento.

Mas, si quieres que la luz
Del cielo brille en tus versos,
I que de un mundo mejor
El reflejo sean ellos,

Guarda en tu alma la inocencia
I la pureza en tu pecho,
Consérvate siempre limpio
Como ese lago sereno;

Así podrás traducir
Los hermosos sentimientos,
Así tu voz para el hombre
Será una voz de consuelo:

I te escucharán, poeta,
Cual si escucharan el eco
De la palabra de Dios
Propagada por tus versos.

Pero guarda tu inocencia,
Que esos colores tan bellos
Son tuyos miéntras conserves
La pureza del espejo.

MÁXIMO R. LIRA

LATINES CON RETINTIN.

CUM QUIBUS.

Artículo sumamente escaso.

Elemento indispensable para vivir, para no morirse, para casarse i para no ser en este mundo un pobre diablo de quien nadie hace caso.

ET NOSTRAS VOCES.

Esto sobra.

Hai en el mundo muchas voces porque hai muchas bocas.

Hai muchas bocas que tienen hambre; i el hambre da voces.

DEPRECAMUR.

La casi totalidad de los hombres suplica porque necesita algo i ese algo es el *cum quibus*.

El *cum quibus* viene en forma de empleos i gangas, jeneralmente en forma de buenos negocios, no muchas veces en forma de negocios buenos.

CONFESSIONE DICENTES.

Esto es, si cabe, mas escaso que *cum quibus*.

Si hai mucha escasez de hombres que verdaderamente tienen plata, mayor es todavía la escasez de jentes de ámbos sexos que confiesen su pobreza,

Los ricos gastan lujo. Los pobres, para no parecer tales, como si serlo fuera baldon, gastan lujo como los ricos, a costa de cualesquiera sacrificios: sacrificios del bolsillo del padre o del marido, sacrificios del estómago i comodidad de las familias, sacrificio muchas veces de la honradez, sacrificio ¡ai! muchas veces de la virtud.

Santiago, julio 20 de 1871.

L. O. O.

CONFIANZA EN DIOS.

(ORACION MATINAL DEL POBRE).

Omnipotente Dios, causa infinita
De la naturaleza,
De nuevo para mi luce hoi escrita
Con soles tu grandeza!

Bondad, verdad, principio no creado,
Bien a que el alma aspira,
Mirame ante tu Ser anonadado,
Mi pobres ánsias mira.

Como en castillo armado, en mis sentidos
Gritos oigo violentos;
Duermo cual caminante entre bandidos
Yo con mis pensamientos!

Como ténue vapor que de un abismo
Ignorado se eleva,
Sale mi alma del hondo parasismo,
Del sueño a vida nueva.

Un nuevo sol preparas al durmiente
Que al despertar le alumbre,
I al que en ti muere, un sol eterno, fuente
De toda dulcedumbre.
El mundo que sacastede la nada,
A la nada no vuelve;
La muerte ya feliz, ya desgraciada,
En vida se resuelve.

Soi polvo, mas tus ojos soberanos
Nada ven despreciable:
Lo mismo que lo eterno, está en tus manos
Lo breve i deleznable.

Tú la pequeña gota de rocio
Haces del mundo espejo,
I haces del hombre el alma, Creador mio,
De tus dotes reflejo.

Das al ave el peñon, allí la anidas
I al reptil el pantano;
Lo mismo que del águila, tú cuidas
Del rastrero gusano.

¿Cómo no acallarás de nuestras almas
Las ánsias i las cuitas,
Tú, cuando el hambre de la hormiga calmas,
I al campo la sed quitas?

Aliento dame, oh Dios; ya el torpe sueño
Huyó de mis sentidos:
Seguir quiero tu senda, Padre i Dueño,
Con gozo o con jemidos.

Pues sé, Señor, que es justo tus divinas
Ordenes bendigamos,
Ya siembres o de rosas o de espinas
La tierra que pisamos.

Buscad mi reino, has dicho, i la justicia,
I no perdais la calma
Por los bienes del mundo.—No codicia
Las riquezas mi alma.

Con las potencias i los ojos fijos
En Cristo, tras él voi;
I aunque no tengo pan para mis hijos,
Aunque desnudo estoi;

Despreciando el rigor de la fortuna,
I en el amor fiado
Que al pobre demostró desde la cuna
Tu Unijénito amado;

De ganar con sudores el sustento
El áspera tarea
Con gozo emprendo, i clamaré contento:
Que Dios bendito sea!

I si a despecho de mi afan penoso
Es vana mi vijilia,
I si apesar de mi sudor copioso
Tiene hambre mi familia;

La *Caridad*, de mano siempre abierta,
Que tanto amor abraza,
La hermosa *Caridad* vendrá a mi puerta,
I alegrará mi casa!

PEDRO DE MADRAZO.

PÁJINAS DEL ALMA.

(Continuacion.)

Alfredo tenia entónces, lo hemos dicho, dieziocho años. El terrible golpe que acababa de soportar, el vacio que sentia en su alma, el penoso tedio que le abrumaba sometian su espíritu, aun en tan temprana edad, a una violenta crisis.

Consecuencia de ella, una delirante fiebre lo postraba viéndose obligado a guardar cama durante muchos dias.

La familia de Amenábar, en cuya casa residia desde el fallecimiento de su padre, lo colmaba de tiernas i delicadas atenciones.

La señora Luque fué para él su segunda madre i al contemplarla, dedicada completamenta al cuidado del jóven enfermo, hubiérasela creido sin duda, poseedora de ese noble título.

En cuanto a don Diego, no descansaba, velando solícito a la cabecera del lecho de su hijo adoptivo. Esmerados cuidados i oportunas medicinas devolvieron la salud al enfermo, cuyo primer acto fué tender los brazos a sus nuevos padres, ofreciéndo-

les respetar siempre sus mandatos i acatar sus juicios.

Tal conducta acabó de granjearles su cariño, siendo considerado en adelante no como huésped sino como dueño en la casa de sus protectores.

Hé aquí diseñado en breves rasgos los principales sucesos de la vida de Alfredo hasta la época en que aparece entrando en accion en esta historia.

Estudiante del último año del curso de leyes, merecia siempre buena aceptacion de parte de sus compañeros debida a la franqueza e hidalguia de su carácter.

Ocupaba en casa de Amenábar un pequeño departamento compuesto de dos piezas, una de las cuales le servia de dormitorio, i la otra de salon de estudio, i de recibo a la vez.

Una dulce i grata intimidad habia unido el corazon de Alfredo al de un jóven que compartia con él los trabajos del estudio, siendo su inseparable compañero, i segun él lo decia su único amigo.

Ese jóven se llamaba Ricardo Bravo.

A primera vista habríase creido inconciliable el carácter de Alfredo con el de Ricardo.

Este, vivo, lijero, pronto en sus manifestaciones, era de un corazon abierto a la franqueza i a la verdad.

Aquél, reposado, serio, grave, llevaba impreso en su frente el sello de la tristeza i del pesar. I sin embargo, jamas reñian existiendo entre ellos una comunidad nunca interrumpida, de intereses i de sentimientos.

A no manifestarlo la notable desigualdad de su tipo i aspecto físico, hubiéraseles creido hermanos, de verlos siempre juntos, en clase, en el paseo i en todas partes.

Pero es tiempo que digamos dos palabras sobre Ricardo.

Perteneciente a una honrada familia de la capital, era un hijo amante a sus padres, fiel a sus deberes entre los que se contaba su diaria asistencia al empleo de oficial de número de uno de los Ministerios i de una lealtad a toda prueba en sus relaciones.

Tal era el amigo de Alfredo, quien habia tenido ocasion de tratarlo mas intimamente al habitar la casa de Amenábar, de la que Ricardo era asiduo i constante tertulio.

Hemos indicado mui a la lijera algo de que nos era indispensable dar cuenta para nuestra relacion i debemos dar a conocer la familia de Elisa ántes de continuar dicha relacion.

IV.

Una de las casas de comercio mas respetables del puerto de Valparaiso era, en la época de estos sucesos, la que llevaba la firma social de Lopez i Compañía.

Protejida por la suerte, la ventura i el acierto habian dirijido todas sus operaciones i don Domingo Lopez, jefe i casi único dueño de dicha casa, era considerado como uno de los comerciantes que jiraban con mayores capitales en la plaza, gozando de un crédito i de una fortuna envidiables.

Unióse a esto una sólida reputacion de honradez.

Tales méritos le habian granjeado una honrosa posicion social.

Casado hacia años con una apreciable señora cuyo nombre era doña Mercedes Gomez; ésta, acostumbrada a vivir sus primeros años en medio de escasas comodidades, habia visto incrementar su fortuna, encontrando en el fausto i el lujo placeres i goces a que cada dia se sentia mas inclinada.

Su constante aspiracion era el enlace de sus dos hijos, Jorje i Elisa, con personas que trajeran a su familia esa aristocracia de sangre i de título abolida solo en el nombre por nuestros leyes, pero realmente existente en nuestra sociedad.

Inocular esta idea en el corazon de su hija era el obligado tema de sus familiares conversaciones.

Por lo demas, si se prescinde de esta preocupacion, que era el suspirado anhelo de doña Mercedes, su carácter afable i sencillo i su proverbial liberalidad que la hacian acreedora al noble título de *madre de los pobres*, le daban cierto prestijio e importancia, poseyendo la amistad de las mas principales i respetadas familias tanto de ese puerto como de la capital.

Una sola frase bastará para dar a conocer a don Domingo Lopez *«era un buen hombre»*

Respecto a Jorje, mayor dos años que Elisa, era un jóven atolondrado, que desmostraba un profundo desprecio por la opinion, cuidándose mui poco de lo que pudiera hablarse de él con tal de llamar la atencion pública, i llevando una vida de disipacion aunque no sin fastidio, tuviera que dedicar parte de su tiempo en el almacen

de su padre, en el que se hallaba empleado en calidad de dependiente.

En cuanto a Elisa, en toda la lozanía i vigor de su juventud, bella, rica, celebrada i esmeradamente atendida por los no pocos pretendientes a su mano, vivia feliz en poseer brillantes, galas, i en ser complacida hasta en sus menores caprichos por sus padres que idolatrándola, soñaban para ella un mundo de dicha en su porvenir.

De una ilustracion poco comun entre las de su sexo, no se ocultaba a su penetracion el móvil que impulsaba a muchos de sus pretendientes, al solicitar el dominio de su corazon.

Esta idea la aflijia en estremo.

¿Con que por ser rica, no he de ser amada? se decia a sí misma.

¡Cuánto envidio, continuaba, la pobreza, pues ella me traeria la satisfaccion de ser estimada por mis méritos, no por mi fortuna!

Comparaba su posicion a la de su amiga Teresa Villarreal, pobre, pero idolatrada por un distinguido jóven con quien en pocos meses mas uniria su destino, i se creia sumamente desgraciada.

En los dias en que su ánimo habia estado ocupado en este pensamiento, se revelaba su influjo en el mal humor, consecuencia necesaria de la contrariedad que esperimentaba su espíritu, i displicente se conducia como una niña regalona a quien nada complace i que por todo se fastidia.

En tales dias, los sirvientes solian decirse en voz baja i como en secreto esta frase que circulaba de boca en boca como una señal de prevencion: «*¡Cuidado! La señorita está con spleen.*»

V.

La hemos dejado dirijiéndose a la habitacion de su madre i escuchemos la conversacion que ámbas sostienen.

—No podrás quejarte de mi complacencia.

—En manera alguna. Es Ud. tan bondadosa conmigo!

—Espero que satisfechos ya tus deseos, no me exijas otro sacrificio igual.

—Sí, no iremos a ningun otro baile hasta la próxima filarmónica.

—Parece que ha estado mui léjos de desagradarte la noche que has pasado.

—Francamente, conservaré siempre recuerdos de ella.

—Me alegro, pues así no volverás con disgusto a Valparaiso.

—Cómo! Hace solo quince dias a que llegamos i habla Ud. de vuelta!

—Sinembargo, tu padre me escribe que es necesario nuestro regreso.

—Eso no es posible! Contesta Ud. que... Nó, mejor será que yo le escriba.... Es necesario variar de determinacion!

—Pero, hija, tu padre está solo!

—¿Qué le impide hacernos compañía?

—¿Cómo desatiende sus negocios?

—Primero está la salud de su hija que todos los negocios.

—Tu salud es inmejorable.

—Siempre lo mismo! Inmejorable! I sufro inmensamente de los nervios!

—Son aprensiones tuyas!

—El temperamento de Valparaiso me hace mucho mal.

—Desde cuándo?

—Desde.... desde hace tiempo!

—Sinceridad, señorita, sinceridad! Antes no me hablaba Ud. así....

—Porque ántes sufria en silencio.

—No es ésa la causa.

—Pues entónces cuál es?

—¿Quieres que te recuerde la conversacion que tuvimos anoche, cuando volviamos a casa despues de la filarmónica?

—Se refiere Ud. a lo que hablamos sobre Alfredo Diaz?

—Exactamente. Me ha prometido visitarnos.

—Quedará en promesa!

—Así lo crees?

—Nó, pero el refran dice: *«piensa mal i acertarás.»*

—Eres injusta con un jóven tan amable i atento como Diaz!

—Quisiera no serlo. El tiempo me dirá si estoi equivocada.

Aquí llegaba la conversacion cuando entraba al aposento la sirviente de Elisa trayendo en sus manos un hermoso ramo de flores que llevaba prendida en un lazo de cintas una tarjeta con este nombre «Alfredo Diaz.»

Elisa refirió entónces a su madre que Diaz le habia ofrecido hacerle dicho obsequio como una muestra de la hermosura i variedad de las flores que él cuidaba en un jardin que poseia.....

VI.

Ocho diaz despues Alfredo Diaz era presentado en casa de Elisa.

Las emociones de esa noche están consignadas en un libro en el que acostumbraba, con la inspiracion del sentimiento, escribir el recuerdo de sus impresiones.

Dejamos la palabra a esas pájinas.

«He sido débil, obedeciendo a la voz de mi corazon?

«No es una loca i temeraria presuncion la que me hace afrontar el peligro, sin acordarme de sus riesgos?

«Porque es menester ser todo eso para lanzarme en oscura noche en medio de un mar tempestuoso, en una mezquina i poco segura embarcacion que no podrá resistir al embate de las embravecidas olas del océano.

«Me es imposible esplicarme de otro modo, como desatendiendo las voces de la fria, pero tan necesaria calma de la razon, haya escuchado solo el eco de esa irresistible fascinacion que ella ejerce sobre mi!

«Mas, despues de la filarmónica, he sido dueño de imprimir distinto rumbo a mis sentimientos?

«Hasta entónces, yo solo soñaba en el amor.

«Creia tenia ardiente fé en la existencia de ese sentimiento.

«Empero, a la luz de la realidad, veia desvanecerse, cual fugaces sombras, la imájen del ser que hubiera levantado la polvareda de la ilusion en el camino de mi vida.

«Al dia siguiente de un baile, al formar el balance, por decirlo así, de mis recuerdos, yo solo encontraba vacio, decepcion en el fondo de mi alma.

«Si álguien despertaba en mi algun interes era el del momento, hijo talvez del vértigo producido por el ajitado vals o de la imajinacion exaltada en un momento de entusiasmo.

«Elisa ha resucitado un corazon que parecia dormir el sueño de una eterna indiferencia.

«Ella es el ideal que mi mente he, acariciado en sus horas de tristeza como el ánjel que ha de traer suave quietud, apacible calma a mi vida.....

.....

«Por fin esta noche he ido a su casa!

«La realidad supera en mucho a los encantos de la ilusion.

«Hemos hablado sobre cosas indiferentes.

«Su trato denota una instruccion sólida i una educacion sumamente esmerada.

«Ha habido, sinembaogo, algo que me ha hecho sufrir inmensamente.

«Tal ha sido el saber que ella será heredera de una poderosa fortuna.

«La pobreza es una barrera insupersble, que establece un mundo de obstáculos a la felicidad.

«La voluble diosa no me ha favorecido con sus favores.

«Soi pobre, i Elisa es rica!

«Debo olvidarla!

«Nó! no puedo!

«Acaso la pobreza es una marca de afrenta i deshonor?

«Colocado ya en la pendiente, me es imposible volver atras!

«Sufriré la derrota en sus aspiraciones, no habiendo otro crímen que el de ser pobre es una gloria!

«La pobreza no humilla, no enferma a nadie.

«Cualquiera que sea el resultado final de la lucha en que se ha empeñado mi corazon, me es forzoso seguir adelante.

«La amo tanto!»

Hasta aquí el diario de Alfredo.

(Continuará).

RECTIFICACION.

Decididamente, nuestro amigo el señor don Jorje Isaacs tiene pésima suerte en la publicacion de sus hermosas poesias.

En este número publicamos un soneto que salió a luz con algunos errores tipográficos en *La República*, errores en que hasta su apellido estaba convertido de *Isaacs* en *Baacs*.

En otra columna publicamos hoi mismo otra poesía con que nos ha favorecido nuestro amigo. I hé aquí que el cajista bautizó esa composicion *La virjen del Paéz* en vez de *La Virjinia del Paéz*.

Pedimos a nuestro amigo que nos perdone; i hacemos propósito de enmienda.

Contenido de este número.

I.—Nos alegramos.
II.—Da Virjinia del Paez, poesia, por Jorje Isaacs.
III—El padre i la madre, por Eujenio de Margerie.
IV.—Un hijo a su padre en su cumple-años, poesia, por Cárlos Cruzat Hurtado.
V.—Accion fisiolójica de las bebidas fermentadas i aromáticas, continuacion, por Erasmo Rodriguez.
VI.—La flor del resedan, por Ruperto Marchant Pereira.
VII.—Histórico.
VIII.—El lago i el poeta, poesia, por Máximo R. Lira.
IX.—Latines con retintin, por L. O. O.
X.—Confianza en Dios, poesia, por Pedro de Madrazo.
XI.—Pájinas del alma, continuacion, por Luis Larrain Zañartu.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, julio 30 de 1871. Núm. 200

MORTALIDAD DE SANTIAGO.

Lectura dada por el señor don Abdon Cifuentes, el sábado 22 de julio, en el Club de Amigos del País.

I.

Señores:

Comenzaré reclamando la induljencia de aquéllos que desearian hallar en estas lecturas un grato solaz para las graves i ordinarias preocupaciones del espíritu. Espero que ese justo deseo de amenidad literaria sabrá escusar la natural aridez del asunto con que voi a ocupar vuestra atencion, en mérito de su incontestable utilidad, en mérito del sentimiento patriótico, del anhelo del bien público que me impulsan a tratarlo. Confio en que cuando me hayais oido, me hallareis razon, si he preferido lo útil a lo agradable.

La considerable emigracion de trabajadores chilenos que se dirije al Perú es un asunto que viene preocupando vivamente la atencion pública. La prensa, haciéndose el eco de los intereses industriales del pais i del interes mismo de los emigrantes, seducidos por quiméricas ventajas i por la mas lamentable imprevision, ha puesto a la órden del dia cuestiones, cuya importancia es innegable, i a las cuales han consagrado una atencion constante i un laudable celo muchos de nuestros hombres públicos: tales son las cuestiones relativas a la poblacion.

Nuestro pais, consideradas su estension i la suma de sus productos, es un pais excesivamente despoblado. Sus productos actuales bastarian para alimentar mas del doble de su poblacion. Tenemos dos millones de habitantes en un territorio capaz de contener cómodamente una poblacion diez veces mayor. La Béljica cuenta cinco millones en una superficie de terreno poco mas grande que la de la sola provincia de Santiago. En Chile, como en el resto de la América, la tierra sobra; los pobladores faltan. Sobra la produccion i sobran los campos feraces, que ahora están incultos; pero que la industria i el trabajo podrian esplotar con certidumbre de un halagüeño rendimiento. En los paises americanos es donde puede ser una verdad la opinion de los economistas que sostienen que la fuerza i riqueza de los Estados son proporcionales al aumento de la poblacion, considerada como ajente productor. Si esta opinion es inaceptable en un sentido absoluto, es perfectamente aplicable i admisible con relacion a los Estados de la América. De aquí es que todos los problemas que se relacionan con el aumento de nuestra poblacion, sobre encontrar una benévola acojida en todos los espíritus, logran preocupar hondamente la atencion pública.

Para lograr este aumento, todos los medios pueden reducirse a tres: favorecer la inmigracion, impedir la emigracion o fomentar el incremento natural de la poblacion nativa. Este incremento es paulatino: si queremos crecer rápidamente, es preciso, se ha dicho, atraer hácia nosotros siquiera una parte de esa inmensa corriente de emigracion que sale de Europa i se dirije a los Estados Unidos, a la Australia o a otras partes: i la inmigracion europea en nuestro suelo ha sido un punto larga i minuciosamente debatido. Empero, nuestra situacion jeográfica, de una parte, i la escasez de nuestros recursos pecuniarios, por otra, nos han mantenido en condicion desfavorable para emprender en este sentido trabajos que estuviesen en relacion con nuestros deseos i propósitos. La inmigracion europea ha sido escasa i lenta, i ha estado largo tiempo abandonada asi misma, sin que nuestros esfuerzos hayan ido a protejerla de una manera directa i eficaz.

Ya que no tenemos inmigracion, a lo ménos, se agrega, trabajemos por que los naturales no abandonen el suelo patrio, trabajemos por correjir el espíritu aventurero e imprevisor de nuestros nacionales,

a quienes no curan las mas caras esperiencias: atajemos esas locas emigraciones en masa que sucumben en gran parte en suelo estraño i la que alcanza a regresar a la patria no trae otro fruto que una abundante cosecha de infortunios, de miseria o de vicios. Tal ha sido el propósito de la opinion, en las emigraciones a California, al Perú o a la República Arjentina; tal es el significado de esa viva preocupacion que notamos actualmente en la mayor parte de nuestra prensa.

La inmigracion i la emigracion han sido los puntos capitales que en esta materia han preocupado mas hondamente el espíritu público. Apénas si hemos visto una que otra vez, como objeto perdido en el inmenso piélago de controversias vanas, que álguien consagre escasísima atencion al incremento natural de la poblacion nativa.

Cuando, por ejemplo, la espantosa cifra de la mortalidad de párvulos ha herido casualmente los ojos de los escritores públicos, apénas si las preocupaciones políticas les han dejado tiempo para estampar uno que otro lamento pasajero i estéril. Entónces han esclamado: Antes que pensar en la inmigracion, pensemos en salvar la vida a nuestros compatriotas; ántes que en los estraños, pensemos en los nuestros.

Los matrimonios son en Chile tan fecundos como donde lo son mas. Si la cifra de la mortalidad no fuese mas crecida que en otros paises, la sola cifra de los nacimientos nos aseguraria un aumento prodijioso i rápido de poblacion. I este problema que, por relacionarse tan directamente con la vida humana, debiera merecer estudios preferentes e incesantes, no ha logrado llamar debidamente la atencion ni siquiera de los hombres especiales de la ciencia.

Con todo, lo que sucede a este respecto entre nosotros es tan grave i tan escepcional que, aunque carezca de los conocimientos profesionales que pudieran dar alguna importancia a mis opiniones i mayor fruto a mis estudios, no trepido en apuntar siquiera algunas observaciones que puedan servir de punto de partida a estudios mas concienzudos sobre la materia o que al ménos importen un llamamiento al patriotismo de los hombres competentes, a fin de que la gravedad del mal los estimule a buscar los medios de combatirlo.

Al notar la altura en que Santiago está situado sobre el nivel del mar (549 m. 2), la influencia benéfica de un clima templado i sano, libre de flajelos, como el cólera i la fiebre amarilla, que no nos han visitado jamas i que diezman periódicamente otras poblaciones, la abundancia de los alimentos, la construccion espaciosa de nuestras casas que permite a sus moradores vivir bajo la impresion vivificante de los rayos solares, de un aire puro i de una luz abundante, todo haria esperar que nuestra capital fuera una de las ciudades mas salubres del mundo, una tierra privilejiada para la conservacion de la salud i de la vida. Todas las esterioridades así lo anuncian; la naturaleza parece favorecernos con todos los elementos que harian inclinar la balanza en nuestro favor.

¿Qué dicen entretanto los hechos? Ellos revelan una monstruosa realidad, una realidad que está en contradiccion con todas las apariencias i que ha sido tan poco estudiada que estoi seguro sorprenderá a todos los que fijen en ella su atencion. Santiago es talvez la ciudad mas mortífera del mundo i, sin talvez, mortífera en tal grado que no admite parangon con ninguna de las grandes capitales. Por dolorosa que sea esta confesion para nuestro amor patrio, es menester hacerla; por triste que para nosotros sea esta verdad, conviene declararla para que se trabaje en estirpar el mal de que procede. Los males no se curan ocultándolos. Por el contrario, ellos se propagan i se perpetúan a favor de la sombra i del silencio.

La proposicion que acabo ne sentar exije una exacta comprobacion de los hechos. Hélos aqui.

El último censo de la república, levantado a principios de 1865, daba a la ciudad de Santiago 116,000 habitantes. ¿Cuál ha sido la mortalidad desde ese año para adelante? Mas o ménos la misma que en los años anteriores. Así, en el año de 1863, la mortalidad ordinaria de Santiago fué de 11,546, es decir, que falleció la décima parte de la poblacion total, o lo que es lo mismo, ciento por mil. La mortalidad ordinaria del año 1864 fué de 10,635, algo ménos que la del año anterior. Pero en el año 65, fecha del censo, la cifra de la mortalidad volvió a ascender a 11,569, es decir, a 100 por mil.

Esta mortalidad es inaudita, es una mortalidad a que no se han acercado siquiera

las grandes capitales europeas ni aun en las épocas de mortalidad estraordinaria causada por el cólera o las fiebres; es una mortalidad a que no ha alcanzado Paris en medio de todos los horrores de su actual guerra civil, apesar de las matanzas de su última revolucion. El mayor número de víctimas que nos señalan las noticias del vapor es el de 50 mil muertos. Agregad a esos 50 mil, 45 mil que es la cifra ordinaria de su mortalidad anual, i tendreis para Paris, ciudad de 2.000,000 de habitantes una mortalidad de 95 mil almas en este año. ¿Cuál es la proporcion de esta mortalidad, debida a circunstancias tan estraordinarias, con la poblacion parisiense? Ménos de un cinco por ciento, o lo que es lo mismo, ménos de 50 por mil. Comparad ahora esta cifra con la de nuestra mortalidad de 100 por mil, i decidme si no es monstruoso, alarmante i desconsolador el que nuestra mortalidad ordinaria sea todavía el doble que la estraordinarísima de Paris en este año? Para que Paris nos alcanzase en la proporcion de la mortalidad, seria preciso que la suya ascendiese a la cifra de doscientos mil muertos anuales.

A fin de que los hechos queden debidamente comprobados con la fuerza irresistible de los números, i a fin de que podamos sacar algunas deducciones útiles, conviene entrar en mayores detalles, cuya aridez perdonareis en mérito de la importancia del asunto.

He dicho que la mortalidad ordinaria de Santiago en el año 1863 fué de 11,546 individuos, i la de 1864 de 10,635. Partiendo del año 65, época del último censo, para adelante, encontramos los siguientes datos estadísticos:

Año 1865.

Enero	1209
Febrero	937
Marzo	1028
Abril	868
Mayo	838
Junio	823
Julio	960
Agosto	853
Setiembre	862
Octubre	1083
Noviembre	1090
Diciembre	1016
Totál	11569
Párvulos	5802

Año 1866.

Enero	878
Febrero	679
Marzo	691
Abril	583
Mayo	723
Junio	688
Julio	706
Agosto	741
Setiembre	790
Octubre	969
Noviembre	1100
Diciembre	1222
Total	9770
Párvulos	4933

Año 1867.

Enero	1007
Febrero	757
Marzo	788
Abril	721
Mayo	787
Junio	783
Julio	765
Agosto	728
Setiembre	719
Octubre	678
Noviembre	829
Diciembre	845
Total	9401
Párvulos	4650

Año 1868.

Enero	781
Febrero	621
Marzo	595
Abril	567
Mayo	666
Junio	528
Julio	645
Agosto	694
Setiembre	650
Octubre	702
Noviembre	842
Diciembre	1019
Total	8313
Párvulos	4256

Año 1869.

Enero	873
Febrero	668
Marzo	656
Abril	695
Mayo	779
Junio	853
Julio	975
Agosto	1082
Setiembre	1172
Octubre	1140
Noviembre	1171
Diciembre	1208
Total	11275
Párvulos	6408

Año 1870.

Enero	939
Febrero	861
Marzo	761
Abril	586
Mayo	748
Junio	705
Julio	668
Agosto	709
Setiembre	713
Octubre	722
Noviembre	797
Diciembre	945
Total	9154
Párvulos	4417

Segun estos datos, resulta desde luego que en los últimos ocho años han fallecido mas de ochenta mil almas; i que, en el espacio de doce años, ha muerto un número igual a la poblacion total de Santiago. Mostradme una sola ciudad en el mundo que ofrezca un espectáculo semejante. Paris es una ciudad tildada de insalubre, i Paris en el mismo espacio de tiempo ha tenido poco mas de medio millon de defunciones, lo que importa, no como en Santiago la cifra total de la poblacion, sino solo la cuarta parte, lo que vale tanto como decir que la mortalidad de Santiago es proporcionalmente cuatro veces mayor que la de Paris.

Esto pareceria un sueño increible, si no lo comprabaran los números con su severa i fria realidad.

De la estadistica pasada por el inspector jeneral de los cementerios de Paris, resulta que han fallecido en dicha ciudad, desde el mismo año 65:

En 1865	45300
En 1866	45500
En 1867	44900
En 1868	46300
En 1869	46800

Lo que da un término medio de poco mas de 45,000 al año; i esto apesar de que, en los dos últimos años, especialmente las enfermedades epidémicas, como la viruela, han estado haciendo en los meses de primavera i verano de 150 a 200 victimas por semana.

Segun la estadística oficial del *Register General* de Lóndres, resulta que la cifra de las defunciones representa una mortalidad anual de 23 por mil en Lóndres, de 31 por mil en Paris, 21 por mil en Dublin i 20 en Edimburgo.

Viena, que hace poco i ántes de construir sus nuevos acueductos, pasaba por una de las capitales mas insalubres de Europa, tenia una mortalidad media de 34 por mil.

Roma, cuyas condiciones climatéricas e hijiénicas son incomparablemente mui inferiores a las nuestras, Roma con una poblacion de 220,000 habitantes, es decir, doble que la nuestra, tiene una mortalidad media de seis mil defunciones anuales. El año 1868 fué visitada por el cólera que hizo 2,175 victimas i elevó la cifra de la mortalidad a 8,489, cifra que llenó de consternacion i de pavor a la ciudad, i sinembargo esa cifra estraordinaria, debida al cólera, es menor que la mortalidad ordinaria de Santiago, que tiene la mitad de la poblacion romana. I aquí nadie se consterna ni nadie se alarma, ni nadie se preocupa, ni los hombres de la ciencia, ni las autoridades siquiera para estudiar un fenómeno que acaso no tiene semejantes. El cólera se detiene al otro lado de las cordilleras, la fiebre amarilla no pasa el desierto de Atacama, los terribles flajelos que azotan otros paises nos respetan: vivimos deliciosamente al abrigo de un clima benigno, libres de esos terribles azotes, i entre tanto, callada i solapadamente, sin ostentacion i sin ruido, la muerte nos diezma en una proporcion verdaderamente asombrosa e inaudita.

En el año 1865, Nueva York tuvo una mortalidad anual de 1 por 40 individuos; Lóndres 1 por 41, Paris 1 por 36 i Santiago 1 de cada 10.

La mortalidad excesiva de nuestra capital era un hecho doloroso que habia deplorado muchas veces i sobre el cual he llamado por la prensa en otras ocasiones, la atencion de las autoridades i de los facultativos, reclamando su concurso ilustrado i eficaz en asunto de tamaña importancia. Pero, lo confieso con franqueza, nunca creí que la realidad fuese tan desoladora como me lo demostró mas tarde el estudio comparativo que vengo haciendo.

Acostumbrado a oir celebrar el delicioso clima de este pais, al que con razon han llamado algunos, por su aspecto físico, la Italia de la América, fundado en otros datos mui visibles i sin duda favorables para la conservacion de la vida, habria rechazado *prima facie*, como un absurdo palpable, lo que es, sinembargo, una funesta i desconsoladora realidad: que Santiago es una de las ciudades mas mortíferas del mundo.

Si nuestra capital tuviese una mortalidad proporcional a la de Lóndres, o siquiera a la de Paris, mucho tiempo haria que Santiago tuviese, atendido el crecido número de los nacimientos, doble poblacion que la que tiene. Pero, ¿cómo ha de crecer, a la par de otras capitales, si solo en diez años la muerte nos arrebata la, para nosotros, enorme cifra de cien mil almas? Colocad a Santiago en las mismas condiciones que Paris, i esa cifra no habria sido entónces mas que de veinticinco mil, salvando de la muerte 75 almas, suma igual a la poblacion de Valparaiso.

Mui laudables son sin duda los esfuerzos que se hagan para favorecer la inmigracion i retener a los que emigran. Pero ¿qué importaria una emigracion de ocho o diez mil trabajadores si, haciendo a Santiago tan salubre como Paris o Viena, que no son modelos de salubridad, lográsemos arrebatar a la muerte en el trascurso de diez años, i solamente en Santiago, una poblacion igual a la de la segunda ciudad de la República? ¿Qué nos importa gastar los caudales del Estado en traer dos o tres mil colonos europeos, si, en el mismo espacio de tiempo, i acaso por nuestra sola culpa perdemos una poblacion nativa veinte veces mas crecida que el contingente estranjero?

Es indudable que nadie pára mientes en el singular fenómeno de que somos víctimas; es indudable que nadie se ha detenido a contemplar los hechos en toda su horrible desnudez. Estoi cierto de que muchos, al ponérselos delante de los ojos, dudarán de su propia evidencia. Si ella es penosa, nada se gana con ocultarla. Por el contrario, todos los amantes del pais debemos empeñarnos en ponerla al sol de la mas completa publicidad, a fin de que se trabaje en descubrir i estirpar el azote que nos diezma.

Por mi parte, me complazco en hacer a la prensa de mi pais un llamamiento que espero no será desoido para que descorra el velo del engaño i del olvido en que vivimos sobre tan grave asunto. Me permito llamar a las puertas del patriotismo de nuestros médicos i exhortarlos a que estudien i señalen las causas de la mortalidad incomparable de nuestra capital i los medios de removerlas.

No teniendo los conocimientos profesionales que el asunto exijiria para dilucidarlo con acierto, debiera limitarme a la simple esposicion de los hechos que dejo apuntados. No puedo, sinembargo, escusarme de indicar algunas deducciones a que fácilmente se prestan los datos espuestos i agregar algunas consideraciones que pueden sujerir al simple buen sentido, una universal esperiencia i mi propia observacion.

Ante todo, debo comenzar por desvanecer un argumento que suele hacerse, como una solucion satisfactoria del problema, cada vez que alguna voz aislada se ha levantado para deplorar la excesiva mortalidad de Santiago. No os alarmeis, se ha dicho: no tomeis la estadística de los cementerios para apreciar la mortalidad de Santiago i compararla con la mortalidad de las capitales europeas; porque los ferrocarriles traen de nuestros campos i ciudades vecinas a los hospitales de Santiago muchos enfermos que mueren en ellos i que no deben contarse en la mortalidad de la capital. Los que tal dicen deben probablemente imajinarse que Paris o Lóndres, Viena o Nueva-York no tienen ni ciudades o aldeas vecinas de donde acudan los enfermos; ni ferrocarriles que los conduzcan ni hospitales donde vengan a morir individuos estraños a la localidad. Esto basta para desvanecer un argumento con el

cual se me ha argüido a mi mismo, en tono de razon concluyente satisfactoria.

Nó, la mortalidad de Santiago no encuentra parangon posible ni aun con aquellas grandes capitales en que, por la inmensa aglomeracion de habitantes, la carestía del sustento, la abundancia de los miserables i hasta el exceso de los vicios, la mortalidad debiera ser mui superior a la nuestra.

Todos sabemos que el aire viciado de las grandes ciudades produce esa epidemia permanente que se ha convenido en llamar *malaria urbana*. Imajináos a Lóndres con sus tres millones i medio de habitantes, sus 400,000 casas, sus dos o tres millones de chimeneas, sus 200,000 mujeres públicas, sus 305,000 pobres socorridos por el Estado, sus neblinas constantes, su atmósfera pesada que dificulta la respiracion, su escacez de sol, de luz i de aire puro, i entónces creereis que Lóndres debe ser tres o cuatro veces mas mortífero que Santiago. ¿I cuál deberá ser nuestro asombro cuando reparemos en que la realidad es precisamente el reverso de ese cálculo; cuando comparemos el 100 por mil de nuestra mortalidad con el 23 por mil de la de Lóndres?

(Concluirá.)

EL CABALLO I EL CABALLERO.

(EN EL CAMPO DE MARTE.)

Qué noble estampa de bruto!
Cuan arrogante i lijero!
Qué bien delineados cuartos!
I qué fornidos encuentros!

En los ánimos un leon
I en lo dócil un cordero:
Fuera capaz de volar
A no impedírselo el freno.

I capaz de sorprender
De su dueño el pensamiento,
Si por fortuna capaz
Fuese de pensar su dueño.

I qué finchado que viene!
Sino cabe en su pellejo!
Los aplausos al caballo
Saboreando el caballero!

¡Cómo chorrea la sangre
De las espuelas i el freno!
Como lo hiere i lo estrella
I lo maltrata el zopenco!

Ya se alejan, el caballo
Al jinete conduciendo....
¡I aquél va a la pesebrera
I éste al regalado lecho!

En la pesebrera aquél
Come tranquilo su pienso
I éste en la cama revuélcase
Con los instintos de un cerdo!

I cuanto ménos humano
I noble i digno de aprecio
Es que el caballo que monta
El borracho caballero!

1869.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ACCION FISIOLÓJICA DE LAS BEBIDAS FERMENTADAS I AROMÁTICAS.

LECTURA DADA POR EL SEÑOR DON ERASMO RODRIGUEZ,

el sábado 8 de julio en el Club de Amigos del País.

(Conclusion.)

Las actividades de que nuestro cuerpo es el sitio son el producto de las fuerzas naturales cuya unidad es actualmente reconocida por la mayoría de los físicos. A esta causa única que da actividad a la materia se la ha creido sustancia material i se le ha dado el nombre de éter, calórico o identificándola con su efecto se la ha llamado movimiento. Cualquiera de las dos teorías la de las fuerzas o del movimiento, en cuya apreciacion no puedo entrar, que sea la verdadera; es un hecho, que siempre que se levanta un cuerpo sobre el nivel en que estaba ántes, que se desagregan las

partes materiales unidas, o que se separan los átomos de una combinacion química; se puede notar que ha desaparecido una cantidad de calor sensible proporcional al efecto. De manera, pues, que no se destruyen las fuerzas que tienden a unir la materia, es decir, la pesantez en los cuerpos, la coecion en sus partes i la afinidad en los átomos, sin un consumo de calórico. Por el contrario siempre que un cuerpo se aproxima del centro de gravedad, que sus partes se unen, o que sus átomos se combinan intimamente se produce o se nos hace sensible una cantidad proporcional de calórico. Es decir en resúmen que el trabajo mecánico negativo produce calor i el positivo lo consume. Actualmente se dice del calor que ha desaparecido por la produccion de un trabajo mecánico positivo que se ha *trasformado* en movimiento; i la relacion que existe entre el calor consumido i el trabajo mecánico efectuado se llama *equivalente* mecánico del calor. Segun esto las combustiones que se operan en nosotros no sirven solamente para suministrar el calor animal sino tambien para que éste trasformado en fuerza, nos dé la facultad de poder ejecutar trabajos mecánicos. O en otros términos el trabajo mecánico negativo producido por las combinaciones químicas que constituyen las combinaciones orgánicas, es la fuente del trabajo mecánico positivo que realizamos. Combinaciones químicas que ponen en libertad calor, calor que es fuerza, i fuerza que se trasforma en movimiento; hé ahí en dos palabras la teoria del calor i de las fuerzas animales.

Aun en las mas perfectas de nuestras máquinas a vapor, no podemos trasformar en trabajo útil sino un $^1/_8$ del calor producido; perdiéndose lo demas en al estado de calor sensible. En nosotros tambien, segun esperiencia de Hirn, se trasforma en movimiento próximamente un 12 por ciento del calor animal; pero el restante no es perdido porque mantiene a un grado constante nuestra temperatura; lo que tiene consecuencias importantes i útiles sobre las cuales desgraciadamente no me es posible entrar sin alargarme demasiado i apartarme mucho del objeto de esta lectura.

Segun los ejemplos que he citado el café, disminuyendo el consumo de alimentos i las combustiones orgánicas, no disminuye por eso la produccion de fuerza, sino solamente el calor sensible.

En resúmen el café debe considerarse como un reactivo que minorando nuestro calor sensible i las oxidaciones orgánicas hace menor el consumo de alimento sin disminuir por esto la cantidad de calor que se trasforma en movimientos los que mas bien se aumentan bajo su accion. La cafeina a que debe el café este modo de obrar tan especial no es un alimento segun Stuhlmann i se la encuentra en sustancia en la orina segun Neubauer.

Accion del café sobre el cerebro.—La accion que ejerce el café sobre las funciones cerebrales es diametralmente opuesta a la del alcohol. Así miéntras que éste obra como desoxijenante de la sangre, aquél disminuyendo las combustiones orgánicas, hace el oxijeno superabundante. El alcohol produce la conjestion cerebral, el café la disipa, i por esto se le usa con ventaja para curar la jaqueca lijera, i casi todos los dolores de cabeza, que no son sintomáticos de otras enfermedades. La injestion de las bebidas fermentadas es seguida de somnolencia, de todos los síntomas del narcotismo en una palabra; la del café es seguida de insomnio i minora i hasta destruye los accidentes narcóticos producidos por el alcohol o el ópio siendo por eso uno de sus mas eficaces antídotos. Por fin hasta su accion sobre las facultades intelectuales espuesta, porque segun hemos dicho, el alcohol excita los sentimientos i la imajinacion miéntras que el café los apaga causando la frialdad i el egoismo. La intelijencia excitada trabaja sin dificultad i casi apesar nuestro, sobre un sujeto dado se vé léjos i se sacan consecuencias infinitas; el estilo se hace correcto pero frio. Rambosson que ha estudiado estos efectos del café los formula diciendo, que trasforma la sensibilidad en movimientos i los sentimientos en intelijencia.

La propiedad que tiene el café de excitar los movimientos, de producir un estado espasmódico o vaporoso, hace que sea dañoso para las personas nerviosas e hipocóndricas i que se le haya impuesto la produccion de las enfermedades nerviosas.

El café favorece la dijestion activando la secrecion del jugo estomacal segun Corvisart i por esto sienta mejor al fin de las comidas como lo ha probado el uso, dice

Becquerel. A los ancianos sienta mejor que a los jóvenes porque disminuye, segun hemos dicho, las pérdidas del organismo. En verano es mas útil que en invierno porque estorba la produccion del calor. A las personas débiles i linfáticas que tienen necesidad de conservar sus tejidos prueba mejor que a los pletóricos que necesitan gastarlos, i a los hombres, segun Bouchardat porque están ménos espuestos a los accidentes nerviosos que las mujeres.

Como ajente dijestivo la importancia del café es secundaria, porque si por una parte estimula la produccion del jugo estomacal; por sus principios astrinjentes le disminuye sus propiedades dijestivas.

Por fin, segun Petit de Chauteau-Thierry el uso del café alargaria la vida humana, en apoyo de cuya tésis cita hechos numerosos. Este resultado se deberia a la propiedad que tiene el café de disminuir las oxidaciones orgánicas lo que impediria a sus productos formar los depósitos calcáreos de los vasos sanguíneos que son la causa de tan frecuentes, numerosas i graves enfermedades de los viejos. Ademas por esta disminucion de los productos de la combustion orgánica impide la formacion de sedimentos en las vias urinarias; lo que esplica el hecho de que en Oriente i en las Antillas donde se hace un tan enorme consumo del café la gota i las afecciones calculosas sean casi desconocidas.

VI.

Efectos del café.—El análisis químico nos ha dado a conocer que contiene el mismo principio activo del café, la cafeina; no se estrañará pues que el té tenga la misma accion del café, salvo las modificaciones, que producen en sus efectos los principios distintos que le acompañan. Así miéntras que el café contiene segun Pfaff, dos por ciento de sustancia astrinjente o tanino, el té negro contiene doce por ciento segun Mulder i el verde diez i siete. Sin duda a causa de este principio los que hacen un uso excesivo del té sufren de una grave perturbacion dijestiva, segun Rostan, Ubilde, Trouseau, etc., a consecuencia de la cual se produciria la demacracion que segun Monlau se observa en todos los grandes bebedores de té.

Hebert dice: «se pretende que en China los grandes bebedores de té son flacos, débiles, el tinte plomizo, los dientes negros i sujetos a la diabetis.»

Ademas contiene un considerable principio aromático que le da la propiedad de facilitar la dijestion; sinembargo como tiene una fuerte proporcion de tanino su accion dijestiva en gran parte neutralizada, es débil i para algunas personas nula i aun negativa; Heber atribuye los buenos efectos del té contra las indijestiones a la accion del agua caliente azucarada en que jeneralmente se toma. Por esto creo que en vez de usarlo inmediatamente despues de comer convendria tomarlo tres o cuatro horas mas tarde cuando los alimentos estuvieran ya disueltos. Tal es tambien la opinion de Becquerel.

La gran proporcion de aceite esencial que contiene el té segun acabamos de decir es causa todavía de otras consecuencias, i son: 1.° que por una accion estimulante disminuye los efectos refrijerantes de la cafeina i quita asi al té mucha de su importancia como alimento indirecto; i 2.° que produce un insomnio mas tenaz i un estado de excitacion nerviosa o espasmódica mas intensa que el café. Por esta razon es mas perjudicial para las personas que sufren de afecciones nerviosas.

Se atribuyen al té propiedades nutritivas considerables, apoyándose en que segun Jacquemont, los habitantes del norte de la China remojan en agua caliente i comen sus hojas como una verdadera legumbre i en que los análisis nos han demostrado que contiene una proporcion considerable de azoe. Ninguno de los dos hechos citados prueba que el té preste servicios importantes como alimento porque jeneralmente no son las hojas lo que tomamos sino la infusion, que no será tan alimenticia en concepto de los chinos cuando la arrojan para comerse las hojas.

La gran proporcion de azoe del té i del café la deben a la cafeina que contienen la que ciertamente no es alimento, como no lo es la urea que es aun mas azoada, porque ámbas se eliminan en sustancia por la orina. Para considerar como alible el azoe de una sustancia es preciso que ésta sea susceptible de trasformarse en alguna de las sustancias que constituyen nuestros órganos.

La moda que introdujo del Portugal a Inglaterra Catalina mujer de Cárlos III en en 1662 i la apolojia que hizo de él un mé-

Vosotros comprendereis cuanto tiene de incómodo tomar una bebida que es preciso aspirar por una bombilla quemante i que no es fácil servir simultáneamente a varias personas. La yerba lavada por las infusiones repetidas que se hacen con ella, da lugar a un líquido simplemente azucarado, que por su dulce produciria lombrices segun el doctor Nicanor Albarellos. Por otra parte la misma bombilla que sirve sucesiva o alternativamente a varias personas seria en muchos casos segun Ubilde i el doctor Martin Garcia profesor de patolojia interna en Buenos Aires la via de trasmision de algunas enfermedades i sobre todo de la sífilis.

Segun el doctor Manuel Augusto Montes de Oca esta costumbre de tomar el mate esplicaria la gran frecuencia de caries dentaria en Buenos Aires.

Por todo esto creo deberia abandonarse el antiguo uso del mate, i tomar el té paraguayo en infusion, puro o con leche, preparándolo lo mismo que el té segun lo aconseja Ubilde.

El té paraguayo que puede así prepararse con facilidad i aseo, repartirse a un tiempo a muchas personas, i tomarse con comodidad i sin riesgo de adquirir alguna enfermedad, es ademas mui agradable.

Noticia sobre el árbol de la yerba-mate.—Aunque saliéndome de los límites que he señalado a esta lectura, voi a daros, señores, algunas nociones sobre el árbol de la yerba-mate, por la importancia que tiene entre nosotros el mate, porque su cultivo seria quizás fácil aquí i en fin porque no tenemos como de las otras bebidas de uso europeo una noticia estensa en los libros comunes.

Tomo de los viajes por la América del Sur de don Félix de Azara la siguiente descripcion:

«El árbol que produce la yerba del Paraguay es silvestre i crece en medio de los otros en los bosques, que cercan todos los rios i arroyos que entran en el Paraná i Uruguay, así como en las márjenes de las corrientes que desaguan en el rio Paraguay hácia el este desde los 24° 30' tirando hácia el norte. He visto árboles de estos tan gruesos como un naranjo mas que mediano. Pero en los lugares donde se cosecha la hoja, estos árboles no forman mas que matas, porque se les deshoja cada dos o tres años, i jamas mas a menudo: pues se dice holandes Bontekoe en 1679 contribuyeron a su jeneralizacion, que se ha hecho por su consumo, despues de los licores alcohólicos la primera bebida del mundo. Así el año de 1858 la Inglaterra importaba 34.000,000 de kilógramos de té.

En resúmen, apesar de ser el uso del té mas jeneral que el del café i de la yerba-mate de que voi a hablar, no deberia preferirse en sana hijiene por las perturbaciones de la dijestion que produce su mucho tanino, por los accidentes nerviosos i el insomnio que hacen mayores su proporcion considerable de aceite esencial i porque la accion estimulante de su aroma neutralizando la accion refrijerante de la cafeina lo hacen inferior como alimento indirecto al café i a la yerba-mate.

VII.

Efectos de la yerba-mate.—Su principio activo es el mismo del café i té, la cafeina; de manera que su accion es la misma de las dos bebidas anteriores, salvo las modificaciones que producen las diferencias en proporcion i naturaleza de sus otros principios constitutivos.

Su principio aromático mas escaso hace que sea ménos excitante de los nervios que el café i té i que no favorezca como este último, la traspiracion segun Ubilde. Su tanino aunque no está en mui fuerte proporcion por no hallarse atenuado en su accion por el efecto estimulante de los aceites esenciales, hace que tomada despues de la comida, perturbe la dijestion.

La yerba-mate por contener una proporcion mayor de cafeina i porque ésta está ménos neutralizada i en sus efectos por los otros principios que la acompañan, disminuye mas que el té i café la necesidad de alimentos.

Así, pues, recomiendan la yerba-mate sobre el té i café su accion mas intensa como alimento indirecto i su menor actividad para reproducir el insomnio i el estado espasmódico. Esto no impide que usado con exceso produzca como las anteriores bebidas perturbaciones dijestivas i estados nerviosos.

Una de las principales causas porque el mate no se ha jeneralizado mas es sin duda su defectuoso modo de prepararlo siguiendo el uso que nos legaron los indios.

cree que las hojas necesitan de este intervalo de tiempo para llegar a su punto de perfeccion. Esta hoja es permanente o no cae en invierno. El tronco llega al grosor del muslo; la corteza es lisa i blanquisca; las ramas se dirijen hácia el cielo como las del laurel: la planta presenta un conjunto tupido i mui ramoso. La forma de la hoja es elíptica un poco mas ancha hácia los dos tercios de su largo, del lado de la punta; tiene de cuatro a cinco pulgadas de largo i la mitad de ancho; ella es gruesa, lustrosa, picada al rededor, de un verde mas oscuro en la parte superior que en la inferior, i el pesiolo es corto i rojizo. Sus flores están en racimos de a treinta o cuarenta cada uno, ellas tienen cuatro pétalos, e igual número de pistilos colocados en los intervalos. La semilla es mui lisa de un rojo violeta, i semejante a granos de pimienta. Para preparar la yerba del Paraguay al uso a que está destinada, se tuestan ligeramente las hojas, pasando las ramas aun a traves de las llamas. Despues se tuestan bien las hojas, i por último se las rompe o parte hasta cierto punto, i para conservarlas se depositan en algun paraje, donde se les aprensa fuertemente. Porque esta hoja no tiene buen gusto lo que acaba de recibir la primera preparacion. El uso de esta yerba es jeneral en dicho pais i aun en Chile, Perú i Quito. Los españoles deben el uso de esta yerba a los indios guaranys de Monday o de Maracuyú, el que está tan estendido, que la estraccion que en 1726 no era mas que de 12,500 quintales, monta hoi (1800) a 50,000 quintales. Para tomar esta yerba se echa un puñado de ella en una taza o calabaza pequeña llamada *mate*, se llena de agua caliente, i al instante se bebe el agua, chupándola por medio de un pequeño tubo o bomba horadada en su parte inferior por unos agujeros tan pequeños que no dejan pasar sino el líquido. La misma yerba sirve para tomar tres veces, echando de nuevo agua. Algunos agregan azúcar; a cualquiera hora se toma esta bebida. El consumo ordinario de cada habitante es de una onza por dia. Un peon o jornalero puede recojer o preparar al ménos un quintal i a veces tres en el dia.

«Los jesuitas plantaron en sus pueblos los árboles que producen dicha hoja, i la beneficiaban mas cómodamente i a tiempo mas oportuno. Pero nadie ha seguido este ejemplo, cuya grande utilidad no puede ser apreciada sino por los que conozcan bien todos los detalles. Los jesuitas cuidaban de desmenuzar mas la hoja, sacándole toda la parte leñosa; i por esto llamaban a su yerba *caamiri* (o camiry). Mas nada de esto influye en la calidad; i aun muchas personas prefieren una hoja ménos menuda. Lo esencial es que las hojas sean bien tostadas i que hayan sido recojidas en tiempo conveniente i sin humedad alguna. Asi es que sin poner atencion en la mezcla de los palitos, ni en ser mas o ménos menuda, se divide en dos clases la yerba del Paraguay: la una llamada *escojida* o *dulce*, i la otra *fuerte*. Parte de la primera se consume en el Paraguay, i la provincia del Rio de la Plata puede emplear cerca de 5,000 quintales. La otra no sirve sino para la esportacion; cerca de 1,000 quintales para Potosí; i el resto para el Perú, Chile i Quito.»

Segun J. A. Ubilde «el árbol de la yerba-mate llamado congonha por los portugueses i brasileros se encuentra tambien en el sur del Brasil i en Corrientes. Se cria de preferencia en los lugares altos, frios i húmedos, costeando las márjenes de los rios, tiene por lo comun la altura del naranjo i es a veces tan corpulento que dos hombres apénas pueden abrazarlo; pero el que crece en las cercanias del mar i en los lugares bajos presenta diferencias mui notables del de Villarrica que es para el árbol de la yerba-mate lo que es Usri para el té i Moka para el café. Las hojas son la única parte de ese vejetal que por ahora se utilizan para el consumo. Estas hojas no están perfectamente sazonadas sino despues de tres años i a fines de invierno, época en que dicen los paraguayos que el *mate está gordo* i en que recojidas aquéllas mejor se preparan i conservan.» Hace años que decia el doctor Moreno en una arenga segun la *Revista del Plata* que se esportaban del Paraguay 80,000 quintales de yerba-mate. I segun Ubilde se importa en la actualidad a Buenos Aires 25,000 quintales anuales.

ERASMO RODRIGUEZ.

LA ESTATUA DE COLOMB.

Composicion dedicada a los señores

TOMAS C. MOSQUERA I R. DE LA PARRA.

Et quintus angelus tuba cecinit, et vide stella de coelo cecidisse in terra, et data est ei clavis putei abyssi.
Et aperuit puteum abyssi.
I el quinto ángel tocó la trompeta, i vi que una estrella cayó del cielo en la tierra; i le fué dada la llave del pozo del abismo,
I abrió el pozo del abismo.
(Apocalipsis de San Juan, cap. IX.)

I.

No era un hombre, era un Dios el que a (despecho
De las tinieblas del error profundo,
Juego i escarnio de los hombres hechos,
I armado de una idea contra un mundo,
Dijo a ese mundo, altivo i satisfecho:
«Yo, solo yo vuestro saber confundo:
Yo en mi pobre locura os desafio
Con otro mundo inmenso, i nuevo, i mio!»

II.

No era un hombre, era un Dios el que va- (gando
De nacion en nacion, de trono en trono,
Emulos miserables encontrando
Do hallar pensara liberal patrono,
Iba bañado en lágrimas, rogando,
Mas tenaz cada instante en su abandono,
Que vieran lo que ver solo él podia,
Que tuvieran la fé con que él creia.

III.

No era un hombre, era un Dios, el que ajitado
Del rapto omnipotente del Profeta,
Sin mas luz que la luz del inspirado,
I un alma audaz de abnegacion repleta,
Viendo todo en su pérdida obstinado,
I osando todo, fabuloso atleta!
Lanzóse en pos de un ignorado mundo,
A un ignorado mar, sordo i profundo.

IV.

Ai! dónde irá? quién vé? quien encamina
Ese feble batel, solo i proscrito,
Que va cual descarriada golondrina
Perdido en el azul del infinito!
Parece una alma triste i peregrina
Arriada por el dedo del delito....
Nó! dejad! no temais, *Colomb* va en ella!
¡Medir la inmensidad! hé allí su estrella.

V.

Pesa, el leño que veis, un continente
Con la cabeza de *Colomb*; i brilla
Con su ojo que el espacio rasga ardiente
I ya contempla la distante orilla;
Cual el brazo de Dios, recto, potente
Guia su brazo la tajante quilla;
I a cada empuje del batel, parece
Que preñada la tierra se estremece.

VI.

En vano ruje el huracan, i en vano
La rabiosa borrasca se revela;
I sacúdese hambriento el océano
Bajo la pobre i frájil carabela;
I, cual si Dios negárale su mano,
Huye la luz i la esperanza vuela,
I a un grito de despecho i de venganza
Contra *Colomb* la turba se abalanza.

VII.

Vedlo! Cruza los brazos, i sereno
Cielo i piélago i hombres desafia,
Vibra el ojo imperial, i el noble seno
Abre el furor de la canalla impia;
Pero ésta vuelve atras: i al son del trueno
I al recio azote de la mar bravía,
Todo parece que a Colomb ostenta
Rei del peligro, dios de la tormenta!

VIII.

Mas.... pasó la ovasion: la mar furiosa,
Cual de asombro i consancio se adormece:
Sopla próspero el viento, i jenerosa
Rauda la carabela le obedece;
La quebrantada multitud reposa
I ya la virjen Alba se estremece:
Miéntras con ojo de águila altanera
Colomb, siempre de pié, mira.. i espera!..

IX.

Hubo luz.... i hubo tierra! «¡Tierra!» (esclama
De súbito una voz; i en el momento
«¡Tierra!» de popa a proa se proclama
En himno de frenético contento;

«¡Tierra» es el grito unisono que inflama
La multitud en loco arrobamiento,
I a los piés de Colomb lánzase i llora.
I, Dios imajinándole le adora!

X.

Pero él no vé, no escucha: entrámbas (manos
En humilde oracion levanta al cielo,
Vertiendo sus ojos soberanos
Llanto de gratitud i de consuelo:
Vió, i midió su mirar dos oceános:
Abrazó el mundo i lo encontró jemelo;
I, creador como Dios, de su delirio.
Brotó su creacion.... i su martirio!

XI.

Su martirio!.... tal fué la recompensa
Que alcanzó al fin, cual Redentor de un (mundo,
Al conquistarlo con audacia inmensa
Para la Cruz que en él plantó fecundo:
Era para los hombres alta ofensa
Su excelsa fé, su adivinar profundo,
I, para hacer mas grande su victoria,
Santificaron con su cruz, su gloria.

XII.

Mas, ai! si, indigno de Isabel primera,
Tan mal el español te galardona,
Cual tu irritada sombra álzase fiera
Colombia, hercúlea, espléndida Amazona:
I en tu nombre es el triunfo su bandera,
I en tu nombre magnánimo perdona.
I en tu nombre la fábula realiza
I asi segunda vez te inmortaliza.

XIII.

I hoi, en ese aderezo esplendoroso
De perlas i coral, que entrelazaron
Dos mares en el cuello primoroso
De tu indiana jentil; do celebraron
Las bodas que al mágnifico coloso
Con la *Virjen del mundo* prepararon;
Hoi van tus hijos, a la par dolientes,
A obsequiar tu imájen reverentes.

XIV.

Allí, do al sello de tu augusta planta,
Uniéronse dos cuartos de la tierra;
Donde llorastes con angustia santa
La iniquidad que la ambicion encierra;
Allí serás el ánjel tú que espanta
Al que nos traiga servidumbre i guerra;
Guardian del Paraiso que tú mismo
Con tu brazo arrancaste del abismo.

XV.

Alzate allí, para que al mundo veas
En incesante, hirviente torbellino,
De amor i adoracion ricas preseas
Detenerse a ofrendarte en su camino.
Allí con mano justa balanceas
De tus dos continentes el destino;
I oyes en cada ola, a cada instante,
Dos mares saludándote jigante.

XVI.

¿Pero qué? No te basta el monumento
Que te fundó Dios mismo cuando el trazo
Hizo de la creacion? Al firmamento
Amenaza en el rejio Chimborazo:
Mide la tierra su estupendo asiento,
I la equilibra su estupendo brazo;
Tú, jénio de los jénios, sin segundo
Pedestal de tu estátua hiciste un mundo!

Rafael Pombo.

GOBIERNOS NACIONALES

QUE HASTA EL PRESENTE HA HABIDO EN CHILE.

Juntas gubernativas.

Primera.

Instalada el 18 de setiembre de 1810, se compuso de los señores:

D. Mateo de Toro, Presidente.
Illmo. Sr. D. José A. Martinez de Aldunate, Vice-Presidente.
D. Fernando Marquez de la Plata,

Del Consejo de Indias.

» Juan Martinez de Rosas.
» Ignacio de la Carrera.
» Francisco Javier de Reina.
» Juan Enrique Rosales.

Segunda.

En junio de 1811, la Junta precedente hizo su dimision a consecuencia de haberse

reunido el *Alto Congreso Nacional* que, ejerciendo la plenitud de la soberanía, constituyó el Supremo Poder Ejecutivo en un *Directorio* de tres individuos, cada uno de los cuales representaba por una de las tres provincias de que entónces constaba el reino, a saber: Coquimbo, Santiago i Concepcion. Estos señores fueron:

D. Martin Calvo Encalada.
» Juan José Aldunate.
Francisco Javier Solar.

Por renuncia del segundo entró a reemplazarlo el Dr. D. Gaspar Marin.

Tercera.

Un movimiento militar, ejecutado el 14 de setiembre del mismo año por el jeneral D. José Miguel Carrera, echó por tierra la segunda Junta, la cual fué reemplazada por otra tercera, compuesta de cinco vocales i dos secretarios, que fueron los señores:

Vocales.

D. Juan Enrique Rosales.
» Juan Martinez de Rosas.
» Martin Calvo Encalada.
» Juan Mackena.
» Gaspar Marin.

Secretarios.

D. José Gregorio Argomedo.
» Agustin Vial Santelices.

Se nombró tambien a D. Joaquin Echeverría para reemplazar al señor Marin, si éste no admitia.

Cuarta.

El 16 de noviembre del mismo año, esta Junta fué sustituida por otra compuesta de tres vocales, que representaban otras tantas provincias. Estos fueron los señores.

D. Juan Martinez de Rosas.
Jeneral D. José Miguel Carrera.
D. Gaspar Marin.

Quinta.

El 20 de diciembre de 1811 fué disuelta esta Junta, i en su lugar se nombró otra compuesta de los señores:

Jeneral D. José Miguel Carrera.
D. José Nicolas de la Cerda.
» Manuel Manso.

Los dos últimos hicieron pronto renuncia de su cargo i fueron reemplazados por los señores:

D. José Santiago Portales, i
» Pedro Prado.

Sesta.

I poco despues, por renuncia tambien de éstos, i por haberse investido del mando militar a D. José Miguel Carrera, se nombró otra Junta, que compusieron los señores:

D. Agustin Eyzaguirre.
» José Miguel Infante.
» Francisco Antonio Perez.

Este último fué sustituido al poco tiempo por D. José Ignacio Cienfuegos.

A fines de 813 fué removida esta Junta i en su lugar se nombró un Supremo Director del Estado, que lo fué el coronel

D. Francisco de la Lastra.

Durante el tiempo que medió entre el dia de su nombramiento i el en que tomó posesion de su empleo, fué servido éste interinamente por

D. Antonio José de Irizarri.

SÉTIMA.

En 23 de agosto de 1814 se constituyó una nueva junta compuesta de los señores:

D. José Miguel Carrera.
» Julian Uribe.
» Manuel Muñoz Urzúa.

En los primeros dias de octubre del mismo año, a consecuencia del triunfo obtenido en Rancagua por las armas realistas, fué restablecido el gobierno español, i confirióse la autoridad suprema al jeneral

D. Mariano Osorio.

Quien, en 26 de diciembre de 1815, entregó el mando al nombrado por el rei

D. Francisco Marcó del Pontt.

Derribado nuevamente el gobierno español por el triunfo que alcanzaron los patriotas en Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, nombróse Supremo Director del Estado al jeneral

D. Bernardo O'Higgins.

OCTAVA.

En 28 de enero de 1823 tuvo lugar la abdicacion de éste, i el nombramiento de una Junta Gubernativa compuesta de los ciudadanos:

D. Agustin Eyzaguirre.
» José Miguel Infante.
» Fernando Errázuriz.

Esta Junta gobernó provisoriamente hasta el 31 de marzo del mismo año, dia en que fué nombrado Supremo Director el jeneral

D. Ramon Freire.

Por su renuncia, en 8 de julio de 1826, nombróse en su lugar al

Vice-Almirante D. Manuel Blanco, Presidente.
D. Agustin Eyzaguirre, Vice-Presidente.

En 10 de setiembre del mismo año renunció el primero, i recayó el mando en el segundo. Habiendo tambien éste poco despues renunciado, fué nombrado el

Jeneral D. Ramon Freire, Presidente provisorio.
Jeneral D. Francisco Antonio Pinto, Vice-Presidente.

Por la renuncia del jeneral Freire, asumió el mando el jeneral Pinto que lo ejerció hasta el 14 de julio de 1829, dia en que voluntariamente lo depositó en el presidente del Senado, señor

D. Francisco Ramon Vicuña.

A mediados de octubre del mismo año, fué reelejido Pinto constitucionalmente, i a fines del mismo mes volvió a deponer su autoridad en manos del Congreso. Subrogóle otra vez provisoriamente el Presidente del Senado D. Francisco Ramon Vicuña.

NOVENA.

En 21 de diciembre de 1829 sucedió a éste una Junta compuesta de los señores:

D. José Tomas Ovalle.
» Isidoro Errázuriz.
» Pedro Trujillo. (1)

Por renuncia del último, fué nombrado en su lugar D. José María Guzman que, en union con sus otros dos colegas, ejerció sus funciones hasta el 17 de febrero de 1830, en cuyo dia fueron nombrados:

D. Francisco Ruiz Tagle, Presidente.
» José Tomas Ovalle, Vice-Presidente.

Habiendo el primero renunciado su cargo el 21 de marzo de 830, recayó en

D. José Tomas Ovalle.

El 21 de marzo del año 1831, por fallecimiento del Sr. Ovalle, fué nombrado presidente interino el señor

D. Fernando Errázuriz.

El 18 de setiembre del mismo año, le sucedió el jeneral de division

D. Joaquin Prieto.

Quien, por haber sido reelejido a la espiracion de su período constitucional, gobernó hasta el 18 de setiembre de 1841, en cuyo dia le sucedió el jeneral de division

D. Manuel Búlnes.

Quien, por haber sido igualmente reelejido a la espiracion de su período constitucional, gobernó hasta el 18 de setiembre de 1851, en cuyo dia entró a dirijir los destinos de la República

D. Manuel Montt.

Quien, por haber sido tambien reelejido a la espiracion del primer quinquenio, continuó gobernando hasta el 18 de setiembre de 1861 en que le sucedió

D. José Joaquin Perez.

Que a su vez fué reelejido de 1866 i gobernará hasta el próximo venidero 18 de setiembre, en que tomará posesion del mando supremo el Sr.

D. Federico Errázuriz.

(1) Véase el núm. 1.° del periódico titulado *Documentos oficiales*.

Elejido por la mayoría de los votos de los colejios electorales el 25 de julio.

PÁJINAS DEL ALMA.

(Continuacion.)

VII.

Entre tanto, graves sucesos tenian lugar en casa de Amenábar.

El estado de los negocios de éste única fuente de recursos al sosten de su familia, habia llegado a tal punto que se hacia indispensable vender la única posesion que les quedaba, la casa en que habitaban.

Alfredo comprendió esta situacion i su jeneroso corazon ideó un medio como evitar a la familia de su protector tan terrible golpe.

Su padre, al morir le habia dejado una modesta fortuna. Poseia un fundo de poca estension en una provincia distante de Santiago i un pequeño capital que habia logrado aumentar merced a su prudente economía.

Todo ello alcanzaria, poco mas o ménos, a la suma de diez mil pesos. Desprenderse de su única fortuna era hacer aun mas imposible el logro de sus aspiraciones respecto a Elisa.

Pero ¿cómo permitir, se decia, el que por mi egoismo, quede mi segundo padre sometido a la mas desoladora pobreza?

De una parte la voz de su corazon.

De otra el llamado de lo que el creia su deber. No vaciló.... .

Dias despues daba por contestacion a las lágrimas de Amenábar quien habia estimado necesario instruirlo de sus amargas vicisitudes, solamente estas palabras: «¿por qué dudabais de mí? ¿olvidabais que soi vuestro hijo?» i ponia en sus manos una cartera que contenia canceladas las escrituras públicas que atestiguaban las deudas de Amenábar.

Fácil es imajinar la gratitud que una familia salvada de las penalidades de la miseria tendria para con su bienhechor.

Esta noble accion bastaba para retratar la belleza i virtud de su alma.

Lo engrandecia a sus propios ojos haciéndolo mas digno del amor de Elisa.

VIII.

Hemos avanzado tres meses en la marcha del tiempo.

Vamos a encontrarnos frente a frente con un personaje de quien poco nos hemos ocupado aunque tenga en esta relacion una parte importante.

Jorje Lopez habia llegado a la capital i consecuente con lo que de él hemos dicho llamaba la atencion por su esmero en desplegar su lujo de ostentacion en suntuosos carruajes, encontrándose en los paseos i en el teatro, haciendo gala de una riqueza que jamas habia sabido ganar con el sudor de su trabajo.

Al serle presentado Alfredo, lo habia mirado de piés a cabeza, como para someter a un escrupuloso exámen de comparacion su traje i su elegancia.

No habia pasado desapercibida esta observacion a los ojos de Alfredo a quien Jorje solo inspiraba un sentimiento de lástima i sincera compasion.

La amistad fué pues entre ellos una necesidad social.

Este no podia estrechar cordialmente la mano del que hacia reposar su mérito en el valor de sus brillantes.

Aquél no transijia con la severidad de principios i con el incontrastable amor a la verdad de Alfredo.

Empero las circunstancias los unian, i ante la sociedad aparecian como dos amigos.

Bien pronto un acontecimiento, descubriendo el carácter de ámbos, habia de sembrar la discordia entre ellos.

Vamos a relatarlo.

IX.

En su vida de disipacion i de continuas orjias, Jorje no perdonaba medio, por vedado que él fuese, con tal que lograra su fin.

Valiéndose de la amistad que le ligaba con Alfredo visitaba la familia de Amenábar, donde era colmado de delicadas atenciones.

La hermosura de Rosa, la menor de las hijas de don Diego fué, desde luego, objeto que interesó vivamente a Jorje.

La candorosa confianza, la inocente sencillez de aquella niña que contaba entónces solo diez i seis años de edad, no alcanzaron a imponer silencio a sus inicuas pretensiones.

Mas la Providencia que vela sobre la cuna del pequeño niño incapaz de gobernarse por sí mismo, que proteje la inocencia avasallada a veces aparentemente, para triunfar mas tarde al benéfico influjo del sol de luz i de la verdad, no podia permitir semejante crimen.

Alfredo fué el instrumento destinado por su mano a la salvacion de Rosa.

Una noche en que una fuerte lluvia hacia intransitables las calles de la ciudad, noche de truenos i relámpagos el reloj de San Francisco daba las doce i se hacia oir aun en medio de ese ronco eco de la tempestad el melancólico sonido de la campana de las Capuchinas; cuando Alfredo llegaba a su casa, regresando de la de Elisa.

De repente oye una voz que no le es desconocida. Se detiene, i presta atencion al siguiente diálogo sostenido por dos personas que sin reparar en él se hallaban a distancia de unos pocos pasos de la puerta principal de la casa.

—Diste mi carta?

—Sí, señor, tál como Ud. me lo mandó.

—I la contestacion?

—No la he recibido.

—Eres un torpe!—¿Cuál es la habitacion de Alfredo?

—La primera a la derecha.

—Está bien! Al abrir la puerta, cuida de hacerlo sin que cause ruido. Vamos, en marcha!

Alfredo comprendió al momento de qué se trataba i abriendo con presteza el postigo de la puerta principal, cuya llave tenia lista, penetró casi a tientas a su habitacion, dejando abierta la puerta i quedando intencionalmente a oscuras.

Habia trascurrido apénas un instante.

La puerta principal abrióse lenta i pausadamente.

Dos hombres penetraron al patio.

Uno de ellos es el sirviente de la cas.

Jorje es el otro.

Embozado en una ancha capa, procurando ocultar con dicho embozo, su rostro, penetra cautelosamente a la pieza que servia de salon a Alfredo.

De repente siente sobre sí un pesado golpe.

Procura retroceder.

Ya es tarde!

Encuéntrase aprisionado por una mano de hierro.

«Me han traicionado!» esclama.

I al punto rózase un fósforo sobre el azufre de la caja que lo contiene i merced a esa pronta luz, Jorje vé un semblante que le hace decir con un grito de sorpreza. «Alfredo! eres tú!»

—Sí, le responde éste, sin soltarlo, soi yo que vengo en amparo de la inocencia i que no dejaré impune la infamia!

Trábase entónces una lucha cuerpo a cuerpo i el elegante Jorje, vencido por las fuerzas superiores de su contrario, cae rendido sobre un sillon que éste jenerosamente le coloca.

Un sepulcral silencio siguese a esta violenta escena.

Jorje solo tiene valor para, con voz entrecortada i trémula, pronunciar la voz de «perdon, perdon!»

A lo que Alfredo únicamente contesta «no hai perdon para el criminal.»

Entre tanto, apesar de la rapidez con que todo esto se ha verificado, don Diego ha sentido bulla i movimiento i vistiéndose apresuradamente se presenta en el umbral de la pieza de Alfredo.

—¿Qué ocurre? le pregunta, dominado por la mas sensible ajitacion.

Alfredo, enjugando aun el sudor que empapa copiosamente su frente, le contesta, finjiendo calma i aparente tranquilidad: «no es nada, no se alarme Ud.... Un amigo mio se ha enfermado.... fué un susto.... pero ya pasó.... tranquilícese Ud....»

—Pero irémos a buscar un médico.... Será conveniente hacerle un remedio....

—En manera alguna.... está bien.... solo necesita reposo i silencio.

—Pero, hombre!....

(Continuará).

LUIS LARRAIN ZAÑARTU.

Contenido de este número.

I.—Mortalidad de Santiago, por Abdon Cifuentes.
II.—El caballo i el caballero, poesia, por Zorobabel Rodriguez.
III—Accion fisiolójica de las bebidas fermentadas i aromáticas, conclusion, por Erasmo Rodriguez.
IV.—La Estátua de Colomb, poesia, por Rafael Pombo.
V.—Gobiernos nacionales que hasta el presente ha habido en Chile.
VI.—Pájinas del alma, continuacion, por Luis Larrain Zañartu.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 79 F.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, agosto 6 de 1871. Núm. 201

DE LAS ASOCIACIONES CATÓLICAS.

(Tomado de la *Civiltà Cattolica.* (1)

Conferencia leida por el señor don José Bernardo Lira, el sábado 29 de julio, en el Club de Amigos del País.

I.

Una invitacion apremiante i universal corre desde algun tiempo por todo el mundo católico diciendo en alta voz a los hombres de buena voluntad: ¡Ejercitad el derecho de asociacion, unios mas i mas!

Ninguna clase de ciudadanos se ha mostrado ni se muestra sorda a semejante invitacion; i ya las sociedades católicas se multiplican en Austria, se estrechan en Alemania, florecen en Béljica i se organizan i disciplinan en España, en Portugal i en Inglaterra.

Fácil es señalar la causa de este movimiento. Ella, en efecto, no es otra que esta manifiesta necesidad de una defensa pronta, enérjica i decidida contra un enemigo que amenaza con total esterminio a la relijion i con gravísimos males a la sociedad.

Ensoberbecida con el brillo de victorias obtenidas mediante tenebrosas conjuraciones i a la sombra de gobiernos impotentes o imbéciles i engrosada con numerosas falanjes de adeptos, la revolucion ataca i está haciendo inauditos esfuerzos por demoler con la ayuda de una autoridad usurpada, todas las doctrinas, todas las instituciones relijiosas, para, una vez en tierra la sociedad católica, establecer entre los hombres la insensata sociedad de los incrédulos.

Ante tal ruina, que está ya realizándose a la luz del dia, los católicos se han dado la alarma: i asi como al torrente que se desborda se oponen nuevos diques, a la fuerza invasora otra fuerza mas poderosa, a los ataques de nuevos ejércitos, ejércitos mas aguerridos, asi estrechándose en sociedad a la manera de sólidos diques, de poderosas fuerzas, de aguerridos ejércitos, se oponen a la furia de la revolucion para confundirla i aniquilarla.

He aqui el enemigo: he aqui la tarea de los defensores. Las asociaciones católicas son las sagradas falanjes que, bajo la éjida de la legalidad, se levantan a combatir por las instituciones del catolicismo, por sus principios i por la sociedad misma contra la hidra de la revolucion.

En si mismo considerado, no es nuevo el peligro que amenaza a la relijion i al órden social. Ostentóse terriblemente en aquellos tiempos en que las bárbaras hordas musulmanas intentaron invadir toda la Europa católica; i asi como en aquellos tiempos el catolicismo reunió i lanzó contra tales hordas esa multitud de órdenes de caballeria de que está llena la historia, asi hoi opone contra el nuevo enemigo las falanjes de las asociaciones católicas.

No se crea en manera alguna exajerada la comparacion. Al contrario, mucho mayor es el peligro de hoi que el peligro de aquellos tiempos. El peligro proveniente de la invasion de los bárbaros era un peligro que venia completamente de afuera; era un peligro producido por la fuerza bruta, bajo cuyo peso bien pudo conservarse la solidez de los principios i la esperanza de levantarse en tiempo oportuno; era, en fin, un peligro que, amenazando a cara descubierta todo el bienestar material del Estado, de la familia i del individuo, suscitaba admirablemente la union de todas las fuerzas para la defensa comun. ¡Cuán diferente es el peligro que nos viene de la revolucion! Este es un peligro causado por un enemigo que, nacido en el seno de la sociedad católica, se ha apoderado de las fuerzas de esta sociedad misma, por un enemigo que forceja por borrar en las almas los principios cristianos i derribar sus instituciones para introducir al instante las teorias i las prác-

(1) Se han introducido en este articulo lijeras modificaciones i supresiones con el propósito de darle mas interes entre nosotros.

ticas contrarias; por un enemigo que marcha a la sombra de la conspiracion i del engaño, que halaga las pasiones mas ardientes del ciudadano en nombre de la independencia i persigue el hombre moral con la desenfrenada libertad de conciencia, llevando así a los ánimos el enervamiento con ménoscabo del ardor de la lucha, la discordia con daño de la unidad i las falsas apreciaciones con daño de la verdadera ciencia de las doctrinas i de los hechos. Para contrarestar semejante enemigo ¿quién no ve, quién no toca con la mano la necesidad de que cuantos son verdaderos católicos trabajen activamente con unidad de esfuerzos, con unidad de sentimientos, con armonía de medios, que es como decir la necesidad de una poderosa i activa asociacion católica?

Pero, puesto que la mano está mas pronta para prevenir el golpe cuanto es mas inminente el peligro, arrojemos una mirada sobre las obras que la revolucion ha ejecutado i sigue ejecutando en Italia contra la relijion católica. I ¿quién no las conoce? ¡Ai! la ha blasfemado por boca de sus secuaces en los debates públicos: la ha escarnecido en los teatros: la ha encadenado en su libertad: la ha ultrajado en su santo culto: la ha empobrecido con la confiscacion de sus bienes: la ha entrabado en los derechos de sus seminarios: la ha despojado de sus minitros con la leva marcial: la ha ofendido en sus mas sagradas instituciones con la supresion de las órdenes regulares: la ha proscrito, en fin, de las escuelas quitándole la enseñanza relijiosa; del ejército, despidiendo a los capellanes; de la familia, secularizando el matrimonio; i del Estado, conculcando o dejando conculcar sus leyes i contrariando la enseñanza de sus pastores. I todas estas obras ejecutadas en daño de la relijion católica ¿no vienen a ser mucho mas peligrosas cuando se consideran las maquinaciones contra los mas sagrados derechos del Vicario de Jesucristo i los esfuerzos de la prensa asalariada por la revolucion que orgullosa con su impunidad, muerde i despedaza diariamente con furiosa rabia las cosas mas sagradas? Las profundas quejas de todos los sagrados pastores, los solemnes lamentos tantas veces proferidos por el Pontífice i la indignacion que rebosa en los escritos de tantos hombres de bien, constituyen un testimonio irrecusable de lo que decimos.

II.

I ¿qué han hecho los católicos para oponerse al cumplimiento de tanta demolicion, para reparar tanto daño?—Mucho, sin duda, en sus numerosas demostraciones de ardentísima adhesion al Papa, en sus enérjicas protestas contra los sacrílegos atentados de la revolucion. I ¿podriamos asegurar que han hecho *lo bastante i de una manera conveniente*?—Nó, porque todo eso lo han hecho individualmente i no por medio de sociedades ordenadas. No son los sutiles copos de nieve que caen lentamente i uno a uno los que forman la fuerza de las grandes avenidas, sino esas moles que desprendidas de las altas crestas de las montañas, se precipitan a los valles arrastrando consigo cuanto encuentran en su rápida corriente. No son las gotas de agua desparramadas las que producen el ímpetu de las grandes inundaciones, sino las que corriendo entre rebalsantes orillas van a precipitarse en el seno del mar. No son los franco-tiradores los que vencen los ejércitos sino los gruesos batallones lanzados en órden contra el enemigo ¿Quereis adquirir fuerza, quereis oponeros con buen éxito al progreso del enemigo, quereis reparar en algo el mal causado?—Formad masas, reunios i obrad.

La razon es evidente, si las leyes de la dinámica no valen ménos en el órden moral que en el órden físico. Si aplicais una fuerza material con el impulso aislado de un pequeño motor, tendreis el efecto de un pequeño motor; pero si la aplicais con todo el impulso que puede recibir i bien dirijido, tendreis todo el efecto de que es capaz. Otro tanto sucede con las fuerzas morales. Suponed que esos centenares de millares de adhesiones al Papa publicadas en Roma el año 1865 en doce volúmenes de la *Unidad Católica*, no hubieran salido aisladas i por separado sino todas juntas i armonizadas en un solo grito de protesta, i decidme qué efecto no habrian causado en el ánimo de cualquier partido. Cien mil voces que levantan un grito unísono de protesta, que lo repiten i sostienen cada vez que es necesario, habrian atraido sin duda hácia sí muchos otros millones; habrian hecho hablar de sí bien alto en cual-

quier pais, como sucede en Alemania con las peregrinaciones al sepulcro de San Bonifacio o en Inglaterra con los *meetings* de Lóndres o de Dublin, habrian inspirado algun serio cuidado a los adversarios, i sobre todo habrian dado siquiera a conocer a todos el sentimiento del mundo católico. Desgraciadamente esa multitud de adhesiones, desligadas las unas de las otras, no han producido sino un pequeñísimo efecto, i tantas listas publicadas en diferentes tiempos han pasado por lo mismo inadvertidas como cosa a que ya está acostumbrado el ojo del lector. ¡I qué! La fuerza moral de esas protestas es acaso menor en sí misma?—Nó, absolutamente nó. Pero aparecia movida por impulsos aislados i sin la armonía de fuerzas ordenadas. Ved, pues, cuanto importa obrar en sociedad, con fuerzas asociadas.

Agregad esta otra razon: la union enjendra fuerza. Imajinaos una sociedad bien organizada: la vereis obrar con decision, con unidad de miras, con aquella justa medida i oportunidad que la discusion bien intencionada produce siempre en las deliberaciones. I ¿quién ignora cuán útiles son todas estas condiciones para la consecucion de un fin cualquiera? ¿Quieren los católicos organizar seriamente la defensa de la relijion i de la sociedad, quieren contrarestar los perversos conatos de la revolucion? Asóciense: la lei les otorga este derecho; ejérzanlo.

I con tanta mas razon deben hacerlo así cuanto que los adversarios se valen de estas mismas armas. Fijémonos en la masonería. De ella han salido las doctrinas revolucionarias, de ella tambien los hombres que han comenzado a ponerlas por obra i que se preparan para darles todo su pernicioso desarrollo. I ¿cuál ha sido i es el medio empleado para llegar a este fin? El de las asociaciones. Ella misma, en efecto, no es otra cosa que una vasta asociacion con sus principios i un fin adecuado para ponerlas por obra.

Observad los paises en que se ha establecido el moderno liberalismo. ¿No encontrais en todos ellos una misma lucha acre i vigorosa contra el catolicismo en los diarios por él sostenidos? ¿no encontrais en sus parlamentos unos mismos proyectos de leyes contrarias al catolicismo? La supresion del fuero eclesiástico, la confiscacion de los bienes de la Iglesia, la introduccion del matrimonio civil i otras lindezas por el estilo son cosas que hemos visto en todos los gobiernos de este nuevo sistema. I ¿no fué propuesta, hace pocos años, i discutida a un mismo tiempo en tres grandes parlamentos la lei sobre la proscripcion de la enseñanza relijiosa en las escuelas? ¿no se habló en todos de la separacion entre la Iglesia i el Estado? En los parlamentos de mayoría siendo-liberal vereis sin duda a sus miembros despedazarse entre sí, insultarse, disputarse la cartera, acusarse los unos a los otros i arrastrarse por obtenerla; pero no los encontrareis jamas en desacuerdo, cuando se trata de vejar a la Iglesia, de perseguirla con leyes hostiles, de entorpecer su accion. En todas estas materias ¡qué admirable uniformidad! Discreparán acerca del mayor o menor odio con que hayan de perseguir a la Iglesia; pero pensar alguna vez en defender sus derechos ¡eso jamas!

Así, pues, todos los secuaces de la revolucion marchan dentro i fuera del parlamento a un mismo fin i de acuerdo, cual organizada falanje. Si los católicos no se asocian pronto, no combaten ordenadamente, al fin serán impotentes para resistir, al fin serán sacrificados por los adversarios en sus creencias. Verdad es que Jesucristo tiene prometida la indefectibilidad a su Iglesia; pero no ha prometido que no desaparecerá en todo o en parte de un pueblo que, viéndola atacada, no se levanta a defender su tesoro, listas las armas que le franquean las leyes.

III.

Urje tambien la necesidad moral del deber. En virtud del bautismo, es el católico partidario declarado de Jesucristo: en virtud de la confirmacion, es soldado sagrado puesto al servicio de su doctrina. De aquí el deber manifiesto de seguir a Jesucristo, i de seguirle como soldado en el combate. ¿Cuáles son los adversarios contra los cuales ha combatido Jesucristo? El mismo los señaló claramente delante de Pilato: la mentira, el error, así teórico como práctico, enemigos contra quienes combatió de palabra i de obra, predicando la verdad que dejó en herencia a su Iglesia.

El moderno liberalismo ¿no ha combatido la verdad predicada por Jesucristo, no la ha escarnecido, no trata de oscurecerla con

una nube de errores, no maquina la destruccion misma de la Iglesia, que la ha trasmitido intacta desde Jesucristo hasta nosotros? Si quereis ser verdaderos partidarios de Jesucristo, si quereis conduciros como sus verdaderos soldados, seguidle, pues, en este combate, asociaos, combatid la mentira i el error que os presentan sus falanjes armadas contra la verdad i contra la Iglesia, su natural defensor. ¿Qué diriais de soldados que a la vista del enemigo invasor permanecieran inertes o se negaran a emplear las armas necesarias para vencerlo i espulsarlo del suelo de la patria? ¿No los llamariais cobardes o por lo ménos indolentes? La hora del combate contra Jesucristo i contra su Iglesia ha sonado: sus enemigos dan el asalto por todas partes: la asociacion es un medio de guerra necesario. Quien no concurre a alistarse está convicto de cobardía o de imprudencia.

I no es el nombre ni el título de católico le único que nos impone semejante deber. Es tambien la necesidad misma de la propia defensa. Que todo cristiano está obligado a procurarse con los medios convenientes su propia salvacion, es una verdad que nadie puede negar desde que San Pedro lo dijo en estas palabras: «Por tanto, hermanos mios, sed mui solícitos para hacer cierta vuestra vocacion i eleccion por las buenas obras.»

Ahora bien, fijaos en la situacion de los que debemos vivir, conversar i tratar en la presente sociedad. ¿Podremos libertarnos de la lectura de diarios llenos de falsos principios, de mentiras i de calumnias contra la relijion cuando hablan de ella, como lo hacen tan amenudo?—Difícilmente.—¿Podremos, en medio de las obligaciones de nuestra profesion u oficio, de las necesidades de nuestros intereses i de los deberes de nuestras relaciones domésticas, escusarnos absolutamente de comunicarnos con personas que tengan la cabeza llena de preocupaciones contra la Iglesia i contra su Jefe visible bebidas en la nueva escuela del moderno liberalismo?—Imposible. La sociedad, las leyes, la prensa, el teatro, las universidades, las asambleas, los intereses públicos i una gran parte de los intereses privados respiran la vida, el aliento o por lo ménos las apariencias de los principios en voga hoi dia. Nos movemos en una atmósfera sumamente impregnada de ellos. ¿Podremos asi vivir por mucho tiempo sin contajiarnos, sin que nuestra fe sufra detrimento, sin que nuestra franqueza para hablar i obrar como buenos católicos no reciba quebranto?—Quizas, pero el peligro es mui grande. Por eso para prevenirlo necesitamos otra atmósfera en que brille la purísima luz de la verdad católica, en que florezcan los ejemplos de los firmes propósitos i de las jenerosas resoluciones católicas; para que con semejantes ausilios se disipe la sombra de cualquiera preocupacion que haya podido insinuarse en la mente; para que el alma acaso debilitada o amedrentada a la vista de la revolucion triunfante, cobre nuevas fuerzas para no reconocerse vencida. I ¿dónde podrá encontrarse esa fuerza?—En el seno de una sociedad católica legalmente constituida i bien organizada, que, puesta en la lid como defensora del catolicismo, mire como cosa propia la verdad católica i reconozca el deber de obrar jenerosamente conforme a los dictados de la misma.

Hai mas todavía: el espíritu de partido, la conviccion de que la lucha no es de uno solo sino de todo el cuerpo i la contemplacion de los valientes campeones que a millares combaten al mismo tiempo por la misma causa son otros tantos estímulos i otras tantas fuerzas morales de gran valor para arrostrar valientemente, en la franca profesion de la propia fe, las burlas, las rechiflas, los ultrajes i hasta algo mas, si es menester. Todos sabemos cuánto temen los jóvenes esta clase de argumentos i cómo es que el naufrajio de la piedad proviene jeneralmente en ellos de su funesto miedo al *qué dirán*. Ligados con el vínculo de una formal asociacion los unos a los otros, se atreven a hacer reunidos lo que quizas no se habrian decidido a hacer aisladamente. El Espíritu Santo ha dicho: «El que se asocia gana el ausilio de sus compañeros como una ciudadela inespugnable»; permanece firme en sus creencias i en sus propósitos i asegura su salvacion.

(Se concluirá).

FELIZ EN LA PARTIDA.

Recuerdo tu belleza:
Tus lindos ojos de mirar hermoso,

Velados de tristeza;
Tu acento melodioso,
Tu tersa tez de rosa, i pié gracioso,

Tu anjelical sonrisa,
Tu ensortijada i negra cabellera
Que besaba la brisa
En su fugaz carrera;
Tus dientes de marfil, boca hechicera.

¡Eras ánjel de paso!
I alzando alegre tu radiante vuelo,
En tus alas de raso
Te remontaste al cielo,
Tendiendo en pos la eternidad su velo!

Feliz en la partida!
Fuente es el mundo de pesar, señora,
Que emponzoña la vida.
A cada nueva aurora
El alma tierna inconsolable llora!

Tú fuiste, amiga mia,
Dos tu primer mañana desgraciada.
¿Acaso viste un dia
A el alba perfumada,
Contenta, derramar su luz rosada?

¡Jamas para tus ojos
Tendió la aurora de la dicha el manto!
¡Fué tu senda de abrojos
Empapada con llanto,
Riego de tu aflixion i tu quebranto!

¡Ah víctima inocente!
Ya que apuraste aquí tanta amargura,
Allá orlará tu frente
I tu alma casta i pura
Doble corona de eternal ventura.

¡Pura¡ la flor que arranca
Traidora mano de su tallo alzado
Perderá la hoja blanca;
Mas su aroma preciado
Entre las auras vuela inmaculado.

Sus aguas limpias quiebra
Entre guijas la fuente jemidora.
Del sol la rubia hebra
Que el estanque colora,
Pura ilumina en la siguiente aurora.

El céfiro que vuela
Por do quiera al pasar ¿mancha sus alas?
La luna ¡impura riela
Vestida con sus galas,
Cuando atraviesa las azules salas?

La gloria tu alma alcanza:
Yo oigo el canto de mística armonía,
Que entona en tu alabanza
La excelsa jerarquía.
Tu pesar se ha tornado en alegría.

Tus lágrimas de pena
Son perlas ya de paz i de contento;
Tu voz alegre suena;
No es el triste lamento
Del corazon botado al sufrimiento.

Por eso me consuelo;
Porque tu dicha perennal empieza.
¡La mártir que en el suelo
Abatió la tristeza,
Yergue en el cielo la jentil cabeza!

(Mompox) Bijou.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

JULIO.

I.

La Biblioteca Nacional ha recibido en el mes de julio las siguientes publicaciones hechas por las prensas del pais:

Vida i obras de María Lataste, *relijiosa coadjutora del S. C. de J.* publicadas en frances por el abate Pascual Darvin i traducidas al castellano por el presbítero don José Venégas.—2 tomos en 4.° con 982 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Recopilacion *de leyes, órdenes i decretos concernientes al ejército desde enero de* 1866 *a diciembre de* 1870.—Dispuesta i arreglada por José Antonio Varas.—1 vol. en 4.° de 38 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Ocupacion i civilizacion de Arauco.—Memoria escrita por Luis de la Cuadra, ex-ayudante mayor del batallon 7.° de línea. —1 vol. en 4.° de 111 pájs.—Imprenta *Chilena*.—Santiago.

Informe de la comision de hacienda *de la Cámara de diputados relativo al proyecto*

de lei sobre aumento de sueldo a los empleados de aduana.—1 vol. en folio de 4 pájs.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

Copia de los documentos *de Pedro Lopez Gama, súbdito del imperio del Brasil*, etc., etc.—1 vol. en 4.° de 145 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

Principios de la ortolojía i métrica *de la lengua castellana, por don Andres Bello.*—3.ª edicion.—1 vol. en 4.° de 266 pájs.—Imprenta de *La República.*—Santiago.

Informe *pasado al directorio de la compañía de consumidores de agua* por Pablo Clóvis.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

Dos meses de vacaciones, por Ruperto Marchant Pereira.—1 vol. en 8.° de 184 pájs.—Imprenta de *El Independiente.*

Estatutos *de la compañía esplotadora de Caracoles.*—1 vol. en 8.° de 20 pájs.—Imprenta de *La Libertad.*—Santiago.

Estatutos i reglamento *de la sociedad «Fábrica de tejidos de lana.»*—1 vol. en 8.° de 23 pájs.—Imprenta de *La Libertad.*—Santiago.

El crímen de Orcival, *por Emilio Gaboriau.*—Novela traducida del frances, por A. L.—Entrega 1.ª a 3.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 1 a la 100.—Imprenta *Militar.*—Santiago.

La última palabra de Rocambole, por Ponson du Terrail.—Entregas 32 a 34.—1 vol. en 4.° de la páj. 577 a la 709.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

Al fin, concluyó esta *última palabra* del Rocambole, la *última palabra* mas larga de que tenemos noticia, continuacion de la *Resurreccion* del mismo cuitado Rocambole, digna émula de aquellos largos *Secretos* que tanto demoró en decir al pueblo don Martin Palma.

Pájinas de historia, por Augusto Orrego L.—Entrega 1.ª—1 vol. en 4.° de 48 pájs.—Imprenta de *La Libertad.*—Santiago. ¡Qué tales serán estas pájinas?

Los anteojos de satanas, por Mefistófeles.—Entregas 11ª a 19ª de la páj. 241 a la 476.—Imprenta *Nacional.*—Santiago.

Diccionario jeneral de agricultura práctica, etc.—Entrega 2.ª—1 vol. en folio de la páj. 21 a la 52.—Imprenta de *El Mercurio.*—Valparaiso.

El romance de la duquesa.—Historia parisiense por Arsene Houssaye, traducida del frances.—1 vol. en 4.° de 88 pájs.—Imprenta de *La Libertad.*—Santiago.

Matrícula *de las profesiones e industrias sujetas por la lei al pago de la contribucion de patentes* (año 1871.)—1 vol. en 4.° de 31 pájs.—Imprenta de *La República.*—Santiago.

Decimasesta memoria *presentada por el director de la compañía del Ferrocarril Urbano de Valparaiso.*—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

Sociedad de instruccion primaria.—Informe leido por el secretario en la reunion jeneral de 30 de julio de 1871.—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

Estatutos *de la compañía de Maderas Buques.*—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de *La Patria.*—Valparaiso.

Primera memoria *de la Compañía Nacional de Seguros*, leida en la asamblea jeneral de accionistas el 21 de julio de 1871.—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de *El Universo.*—Valparaiso.

Estatutos *de la compañía del Ferrocarril de Chañaral.*—1 vol. en 4.°de 16 pájs.—Imprenta de *El Universo.*—Valparaiso.

El católico cristiano. La Vírjen María i los protestantes.—2 vol. en 8.° con 45 pájs. de disparates teolójicos de los teólogos Mr. Trumbull i comparsa.—Imprenta de *El Universo.*—Valparaiso.

II.

El 25 de julio cesó la publicacion de *La Aurora* de Valparaiso.

Lo sentimos por el diarismo de nuestro pais en que tan buen puesto se habia conquistado el redactor de ese periódico.

A ELLA.

SONETOS.

Anoche al escribirte este soneto
Se me cayó la pluma en el tintero
Dejándome turbado i mui inquieto.

I esos tres versos coloqué primero
Pues mui pronto olvidóseme un cuarteto;
Tal como sucedió te lo refiero.

Iba a escribir tu nombre en ese instante
Recordando tu gran coqueteria;
De mis locos amores me reia
Porque, como lo sabes, fui tu amante.

No te enojes, mi bien; sigo adelante
Que he de hacer un soneto en mi porfía
Aunque sea al reves; pero alma mia,
Aun no sé la leccion, soi estudiante.

Mas, ya se concluyó. Me he sorprendido
Pues salí del apuro en un momento.
Otro soneto mas: ese es mi intento
Para ver si aquí salgo tan lucido.

En un nuevo pantano me he metido;
Que me faltan las fuerzas, niña, siento;
Pero yo no desmayo; tomo aliento;
No ha de faltar un consonante en *ido*.
Ya seis versos me quedan ¡buena cuenta!
Me turbé, que son cinco por fortuna.
I voi a darte ya la despedida
Pero no encuentro una palabra en *enta*,
¡Caramba qué torpeza! tengo una.
Será para otra vez: adios mi vida.

¿Quieres otro soneto? Si te gustan
Te puedo hacer por libras i quintales,
Pero el gramo te importa cien mil reales
I sin duda a ese precio te disgustan.
Estos irán de gratis; si te asustan
Bótalos a la calle, si es que sales;
Pero si en criticarlos sobresales

Te diré que a las reglas no se ajustan.
Yo digo la verdad siempre a las feas.
¿Te llamaré coqueta? Dios me asista!
Quiero que mis sonetos siempre leas.
Aunque a creerlo tu mente se resista.
Si notas, niña, confusion de ideas
No me culpes a mí culpa al cajista.
Santiago, julio de 1871.

PEDRO NOLASCO PRENDEZ.

MORTALIDAD DE SANTIAGO.

Lectura dada por el señor don Abdon Cifuentes, el sábado 22 de julio, en el Club de Amigos del País.

(Conclusion.)

II.

¿Cuáles son las causas de este fenómeno al parecer inesplicable? Deben ser ellas mui universales para que produzcan un resultado tan desastroso.

Desde luego conviene fijar la atencion en tres circunstacias mui notables que se deducen a primera vista de los datos que he consignado ántes sobre la mortalidad de Santiago.

Obsérvase primero que la mortalidad de párvulos representa casi siempre la mitad o mas de la mitad de la mortalidad total. Este es un fenómeno que está en contradiccion con lo que ocurre en los paises europeos. En las ciudades cuya estadística hemos podido consultar, la mortalidad de párvulos es ordinariamente la cuarta i a lo mas la tercera parte de la totalidad. ¿Por qué entre nosotros sucede lo contrario?

La costumbre que induce a las madres a violar las leyes de la naturaleza, confiando la crianza de sus hijos a manos mercenarias, las cuales ponen a su turno la vida de los suyos en manos mas inhumanas todavía, es sin duda una de las causas de la mortalidad de los párvulos. Pero esta causa i esta detestable costumbre no es por cierto esclusivo patrimonio de nuestro país. Ella obra i en mayor escala aun en Paris, como en Lóndres, como en Nueva-York. La causa de la desproporcion debe ser otra sin duda. Ella debe consistir principalmente en el pésimo réjimen de alimentacion i de abrigo con que nuestro bajo pueblo cria a sus hijos; en las inclemencias a que los somete o abandona en una edad tan tierna, prueba indudablemente superior a la resistencia de la naturaleza. A estas causas debe agregarse otra, de que me propongo hablar mas largamente luego.

En segundo lugar llama la atencion en aquellos datos, que con una rara uniformidad, la mortalidad crece en los meses de noviembre, diciembre i enero, precisamen-

te la época en que nuestro bajo pueblo acostumbra saciarse i alimentarse casi únicamente con fruta verde i con la popular *chicha* nueva, hecha tambien con uva mas o ménos verde.

Nótase finalmente que desde el año 65 para adelante, con la sola escepcion del año 69 en que hubo un verdadero retroceso, la mortalidad ha ido en disminucion, precisamente cuando la poblacion de la ciudad ha crecido de una manera notable. Era natural suponer que con el crecimiento de la poblacion hubiera crecido la mortalidad en la misma proporcion que ántes. Afortunadamente ha sucedido lo contrario, i parece que fuéramos ya en camino de salvacion. Esta notable ganancia si debe atribuirse en parte a las mejoras realizadas en la localidad, entre otras las reformas de las acequias interiores de las casas, i al natural progreso de la hijiene privada, debe atribuirse tambien, a mi juicio, i mui principalmente a la bondad del agua de que ahora se surte la ciudad i a la saludable costumbre que se va introduciendo de habitar en los pisos superiores. Mui luego espondré los fundamentos en que apoyo el juicio que acabo de emitir.

Desde luego las observaciones que acabo de esponer ¿no trazan a la autoridad la adopcion de algunas medidas que, si no pueden bastar a la estirpacion del mal, al ménos podriamos aternuarlo en algo? ¿cómo curar la glotoneria i la incontinencia del pueblo para envenarse con frutas que no están en sazon? De una manera sencilla: prohibiendo su venta i persiguiendo con severidad a los infractores, como se ha practicado aquí mismo por mandatarios, cuyo celo i vijilancia nunca podremos encomiar bastante.

¿Cómo enseñar al pueblo a que no asesine a sus hijos con un réjimen de vida inconciliable con la naturaleza? Propagando por todo los medios imajinables las prescripciones de la hijiene; haciendo de esta enseñanza un ramo mui principal de la instruccion. ¿Enseñais la hijiene al pueblo? En ninguna parte. Ni en las escuelas, ni siquiera en los liceos i colejios. Es curioso lo que pasa a este respecto.

Encanecen los estudiantes aprendiendo que los romanos llamaban *piper* a la pimienta, *papaver* a la adormidera; nos desvivimos por saber dónde está Pekin, cómo se multiplican los binomios o cuáles son los versos sáficos-adónicos. Es de lei que los bachilleres paguen al público su primicia de sabiduria con un ramillete de anacreónticas. Pero es de lei tambien que nadie se conozca a sí mismo, que a nadie se inicie ni remotamente en los problemas que se relacionan con la vida humana i la conservacion de la salud. Las flores eróticas i románticas abundan; pero la última flor del romanticismo, la escena de las tumbas, sobreabunda tambien i en una escala increible. ¿Qué mas necesitamos para ser un pueblo modelo i feliz? ¿Qué importa que perezcan jeneraciones enteras, indudablemente por ignorancia del bien vivir, si entretanto llevamos al sepulcro el delicioso consuelo de saber que a la encina la llamaban *quercus* i que el trinomio consta de tres partes?

Continuemos nuestro estudio.

La estadística de Nueva-Yorck ha demostrado que, despues que se surtió de buena agua a la ciudad, la mortalidad ha disminuido casi en una sesta parte: lo que sobraria para justificar el gasto de las inmensas sumas que han costado sus monumentales recipientes.

La misma observacion se ha hecho en la ciudad de Marsella. Ensanchando sus calles, multiplicando los arbolados i dotándola de buena agua, ha mejorado inmensamente su salubridad. En el magnífico paseo i palacio de Lonchamps, podeis ver los colosales trabajos ejecutados para dotar de agua potable a la ciudad. El acueducto construido para traer esas aguas, el recipiente o surtidor de las cañerías i la hermosisima fuente que lo adorna, semejante a la famosa fuente de Trevis en Roma, son construcciones a la romana, obras jigantescas que han costado a la ciudad de Marsella mas de cuarenta millones de pesos.

Se elojia con justicia a los romanos por sus famosos acueductos construidos en Italia, Francia i España. Roma solo tenia 14 de ellos, cuyas ruinas son todavia la admiracion de las jentes, i algunos de los cuales traian el agua de catorce leguas de distancia. Ahí están aun en pié las jigantescas ruinas de las Termas de Caracalla donde podian bañarse a la vez mil seiscientas personas, i las mas jigantescas Termas de Diocleciano donde podian bañarse tres mil a un mismo tiempo. Parece que una de las primeras necesidades públicas a que

los romanos atendian era el agua i los baños, con que dotaban aun a las aldeas. Pompeya no era mas que una aldea, de 25,000 habitantes, i en Pompeya encontrais entre sus edificios mas notables, los baños públicos.

Roma es ahora mismo, por los cuidados de los Pontífices, la primera ciudad del mundo en cuanto a la abundancia i calidad del agua. A esto atribuyen muchos facultativos, entre ellos el doctor Lancisi, la salubridad de Roma, apesar de las desventajas climatéricas e hijiénicas que tiene.

El doctor Vacher calcula que en la antigua Roma el agua daba 1,492 litros por dia para cada habitante; en la moderna Roma hai 1,040 litros por dia para cada habitante; en Nueva York 159; en Lóndres 134 i en Paris 109.

Pero si Roma tiene mucha mas agua que Lóndres, desperdicia mucha mas, i en cambio las casas de Lóndres están mejor i mas cómodamente provistas de este elemento primordial de la vida. El ingles, como el antiguo romano, toma su baño frio todos los dias del año. Un doctor de Lóndres me aseguraba que ésta era una de las causas principales de la salubridad de aquella capital. «Si los pueblos de raza latina, me agregaba, tienen una mortalidad mayor que nosotros, es, entre otras razones, porque son mas enemigos del agua fria que nosotros.»

Esto me hacia recordar una costumbre de esa raza vigorosa e indomable que tenemos en el sur de la república: la raza araucana. El araucano, que vive principalmente en las cercanias de los rios i de los arroyos, apénas deja el lecho, su primera operacion es tomar de madrugada su baño de agua fria en las heladas corrientes.

El doctor Vacher sostiene que el agua es uno de los primeros ajentes de la salud; que las sustancias inorgánicas contenidas en ella son comparativamente inocentes, respecto del mal que causan las sustancias orgánicas, i agrega que la mejor agua de Paris es la de los manantiales del norte, apesar de que contiene nueve veces tantas sales calcáreas como el agua del Sena. El doctor Bouchut, profesor de la escuela de medicina, ha notado la frecuencia de la diarrea jeneral, durante el estío, en el barrio de Sévres, la cual habia cesado con solo no beber el agua del Sena, i bebiendo en su lugar la del pozo artesiano de Grenelle.

Vacher agrega a esta observacion su propia esperiencia en el liceo Napoleon, donde se bebe agua del Sena i del acueducto de Arcueil. Habia conocido, dice, 15 estudiantes enfermos al mismo tiempo de diarrea, la cual era curada por la alcoholizacion del agua. La misma prueba se ha hecho en los tiempos del cólera en Lóndres. Esta enfermedad atacaba casi esclusivamente los distritos del este, que no estaban provistos de buena agua. El doctor Farre, en su relacion sobre el cólera en la India, cita el hecho curioso de que los naturales usan del agua cocida como un preservativo contra el cólera i pudo notarse cuando mas atacaba este flajelo, que en familias enteras que usaban esta precaucion, no fué atacada una sola persona.

Aleccionada por esta esperiencia, la municipalidad de Viena emprendió últimamente inmensos trabajos, que están aun inconclusos i que le cuestan 16 millones de florines, para surtir a la ciudad con agua abundante i salubre, traida de las montañas mas vecinas. Con estos trabajos ha dotado Viena de 134 litros diarios de agua, para cada habitante.

Otro tanto ha hecho Madrid, llegando a ser en todas partes una conviccion jeneral i bien fundada que el agua insalubre es uno de los ajentes mas destructores de la salud i de la vida i una de las causas primordiales de una mortalidad excesiva.

Estos antecedentes dan mucha luz en la cuestion de que tratamos i pueden alumbrar a nuestras autoridades para combatir el mal sin ejemplo de que somos víctimas. Por esto dije ántes que atribuia una grande importancia a la mejora que ha recibido nuestra capital con la empresa del agua potable, juzgando que la disminucion de nuestra mortalidad en los últimos años debia atribuirse en parte al uso mas abundante i de mejor agua que hace ahora la ciudad, en la bebida, en los baños i hasta en la saludable aplicacion de la hidroterapia, que felizmente comienza a jeneralizarse entre nosotros.

No podemos con todo felicitarnos por completo; porque el uso de la nueva agua es, por muchas causas, mui escaso i reducido, en proporcion del número de habitantes. Esa agua no está al alcance de los

clases pobres, que constituyen precisamente la mayoría de la poblacion. Si la autoridad quiere concurrir eficazmente, como es de su deber, a la disminucion de la calamidad que pesa sobre Santiago, no debe omitir esfuerzos ni sacrificios para poner esa agua reconocidamente buena, al alcance de todo el mundo i en cantidad suficiente para todas las necesidades i aun comodidades de los habitantes.

Muchas otras causas todavía deben influir en la realizacion del fenómeno que estudiamos. Sinembargo es mi propósito llamar vuestra atencion a una sola de ellas que a mi juicio obra de una manera mui poderosa, universal i permanente: tal es nuestro jénero de vida en cuanto a la habitacion.

Nuestras habitaciones son espaciosas, bien ventiladas, bien alumbradas; pero habitan en ellas con nosotros dia i noche dos enemigos mortales de la salud: la humedad i el aire viciado de las poblaciones.

El Doctor Farre cree que la mortalidad está en razon inversa de la altura. En comprobacion de esta creencia cita el hecho de que en 19 distritos elevados de Lóndres, la proporcion de muertos por el cólera era de 3 por mil, al paso que en los distritos bajos era de 10 por mil.

A esta misma creencia me habia conducido mi propia observacion. Dolorosamente impresionado con la estraordinaria i desfavorable desproporcion de la mortalidad de Santiago, respecto de las ciudades europeas, apesar de que muchas de ellas tienen peores condiciones climatéricas, procuraba iuvestigar cuáles eran las diferencias de su réjimen de vida que pudieran esplicar la desproporcion. La educacion, los alimentos, las bebidas, el vestido, todo es mas o ménos igual. ¿Dónde está la diferencia? El observador atento descubre luego una mui capital que arroja viva luz en la dificultad.

Recorred la Inglaterra, la Alemania, la Francia, la Italia. Hai en la manera de vivir de sus pobladores una circunstacia mui notable para nosotros: nadie habita, sobre todo nadie duerme en el piso inferior de las casas. Ese piso se destina para tiendas, almacenes, bodegas, oficinas, para lo que se quiera, ménos para habitar i dormir. Aun este piso bajo, donde el hombre de negocio pasa el dia, está construido de modo que desaparezca de él toda humedad, pues casi todos los edificios tienen subterráneos. En los campos mismos, las pobres chozas de los labradores podrán ser tan pequeñas i pobres como querais; pero tendrán a lo ménos dos pisos: el bajo para guardar los utensilios de labranza; el alto para habitar i dormir.

Esta circunstancia constituye una diferencia capital entre el réjimen de vida de los pueblos europeos i el nuestro. Todo el mundo entre nosotros habita i sobre todo duerme sobre el haz de la tierra. Nuestros edificios no tienen subterráneos como en Paris, como en Lóndres, como en Nueva-York, de modo que las habitaciones en que vivimos contienen todas las humedades del terreno. Esas humedades son nuestras compañeras inseparables durante el dia, i lo que es peor durante la noche, durante el sueño que es cuando el cuerpo está mas suseptible i espuesto a su influencia pestilente.

Es sabido que las habitaciones húmedas son ajentes poderosísimos de las afecciones de hígado i de pulmon i es sabido tambien que esas mortales afecciones son endémicar en Chile. Como no palpar entónces que uno de los ajentes mas destructores de la salud i de la vida en nuestro pais, que unas de las causas mas poderosas de nuestra mortalidad escepcional está en nuestro sistema de habitar en los pisos bajos: el rico separado apénas del haz de la tierra por las pulgadas de altura que tiene el catre ¡i el pobre? Eso no tiene nombre; el pueblo pobre que en Europa vive en las alturas de las boardillas, vive entre nosotros como las bestias, no solo sobre el suelo mismo, sino sobre la tierra que vierte agua.

Penetrad en los ranchos, en ese fatal sistema de habitaciones, i ahi encontrareis congregados todos los elementos destructores de la vida, sobre todo la humendad; algo mas que la humendad, el lodo mismo, suministrando con sus dañosas emanaciones el constante alimento de la respiracion.

En los campos este elemento destructor, este sistema de habitaciones se encuentra en parte contrabalanceado por otros elementos que dan o restituyen la vida. Pero en las ciudades sucede de mui diversa manera.

Es sabido que toda aglomeracion considerable de seres vivientes produce ema-

naciones orgánicas dañosas para la salud. Asi es como los grandes ejércitos en campaña vician el aire i suelen sembrar a su paso verdaderas epidemias.

En las ciudades populosas, la aglomeracion de los hombres i de los animales, las exhalaciones que se escapan de todas las materias orgánicas en via de descomposicion, el ácido carbónico que arrojan el aparato respiratorio, las cocinas, los gases que despiden el alumbrado, las chimeneas, las letrinas, afectan poderosamente el organismo; hasta la acumulacion de un gran número de individuos en un mismo dormitorio, como sucede en los colejios, cuarteles, hospitales, talleres, fábricas, todo condena al habitante de las grandes ciudades a vivir en medio de un aire insuficientemente oxijenado, que vicia la sangre i causa mil graves perturbaciones en la salud; que constituyen no solo una predisposicion para las enfermedades, sino una accion homicida i permanente que reduce el término medio de la vida a una inferioridad desoladora.

Es un hecho evidente que la composicion del aire, que el aire viciado por tantos elementos nocivos es en las grandes ciudades una causa permanente de su insalubridad. De aquí la especie de furor con que en las grandes ciudades europeas se trata de aumentar las plazas, los arbolados i sobre todo de convertir las calles en anchísimos bulevares, sin reparar un instante en las fabulosas sumas que eso cueste. ¿Qué importan los millones, si con ellos se salva la vida de millares de habitantes? El dinero se ha hecho para la vida i no la vida para los dineros. Tal es la lójica que predomina i con justicia.

Estas obsarvaciones sobre la *malaria urbana*, aquella costumbre de los europeos de vivir en los pisos altos, costumbre hija acaso mas de la necesidad que de la ciencia, i costumbre especialmente opuesta a la nuestra, comenzó a esplicarme mas satisfactoriamente la difencia de mortalidad que he demostrado al principio.

Sin duda habreis oido hablar de la famosa *Gruta del perro*, en las orillas del lago de Agnano, a corta distancia de Nápoles. ¿Entrais a ella i permaneceis de piés? Respirais como al aire libre. ¿Os acercais a dos piés del suelo? Os sentis sofocado en el acto; moriríais infaliblemente asfixiado ántes de un minuto. Un perro maniatado es ahí la víctima de las esperiencias que reclama la curiosidad de los viajeros. El gas carbónico es ahí tan denso hasta cierta altura que aun las antorchas se apagan instantaneamente.

Pues ese fenómeno ocurre en ménos escala en muchos otros puntos. La costra terrestre está en muchas partes mas o ménos impregnada de vapores o gases nocivos que puede neutralizar la accion de otros elementos benéficos. En las ciudades ocurre algo de parecido al fenómeno de la gruta del perro.

Segun las observaciones del doctor Lelorain, de Strasbourg, resulta que el gas del alumbrado forma cantidades notables de óxido de carbono, i que éste obra poderosamente sobre el glóbulo sanguíneo, modificándolo en su volúmen, su color i su densidad, con la supresion del oxíjeno. Por efecto de su accion continua, quita a la sangre sus propiedades vivificantes, resultando de esto una perturbacion constante que conduce a la anemia. El remedio que indica son las aspiraciones de oxíjeno que neutraliza lentamente el óxido de carbono.

Agregad al alumbrado, las chimeneas, las cocinas, las mil emanaciones deletereas que abundan en una ciudad i tendreis una capa de gases nocivos, cuya propia densidad tiende a mantener sobre la superficie del suelo. Habitad sobre esa superficie, dormid sobre el haz de la tierra respirando toda vuestra vida esa atmósfera que la humedad contribuye a hacer mas pestilente i entónces tendreis esplicada una de las causas mas poderosas de nuestra mortalidad. Agregad al detestable réjimen de alimentacion i de crianza de los niños del bajo pueblo, esta otra causa de envenenamiento en una edad tan tierna, i os habreis dado una esplicacion mas ámplia de nuestra espantosa mortalidad de párvulos.

Tal aconteció al que habla. Mi propia observacion me habia conducido naturalmente a reparar en la única diferencia capital que ofrece nuestro réjimen de vida con el de los pueblos europeos. Afortunadamente un voto competente vino a ilustrar mi propio juicio i a dar viva luz en un problema tan desconocido como poco estudiado.

En el congreso médico, celebrado en Florencia el año 1869, el doctor Arcoleo de Palermo, presentó un curiosísimo estu-

dio sobre un tema casi enteramente nuevo. Habia llamado fuertemente su atencion, en su esperiencia profesional, un hecho que a primera vista le pareció raro e inesplicable. Habia notado en algunas ciudades que la mortalidad de las jentes acomodadas, que viven en los pisos mas espaciosos i confortables, era mayor que la mortalidad de los pobres, que viven en las alturas de las boardillas, i entre quienes la miseria, la carencia de todo jénero de recursos parecia natural que hicieran mayores estragos las enfermedades i la muerte. Los hechos manifestaban sinembargo lo contrario.

Picado por la curiosidad se consagró a practicar prolijas investigaciones sobre la mortalidad comparativa de los diferentes pisos de los edificios. El resultado de sus observaciones durante un largo trascurso de tiempo vino a darle el siguiente resultado: que la mortalidad en los primeros pisos era de 51 por ciento; en los segundos, de 30 por ciento; i en los terceros de 9 por ciento.

El fenómeno se esplicaba fácilmente considerando que la capa de gases dañinos que se forma en las ciudades populosas i que se mantiene por su propia densidad sobre la superficie del suelo, obra permanentemente sobre los habitantes de los pisos bajos; al paso que los habitantes de los pisos mas altos escapan de esa influencia pestilente, durante la noche, durante el sueño, que es precisamente cuando es mas nociva, i gozan en las alturas de un aire mas puro i vivificante.

La importancia de esta consideracion se comprueba con el fenómeno observado en las lagunas pontinas. Las emanaciones mortíferas que se desprenden de ellas, bajo la influencia de los calores del dia, descienden durante la noche con el enfriamiento de la atmósfera, a la superficie del suelo. De dia podeis acercaros a ellas sin peligro; de noche pocos escapan a su mortal influencia.

Con la atmósfera pestilente de las ciudades sucede igual cosa. Durante el dia las emanaciones nocivas se alzan i las capas inferiores en que viven los habitantes son ménos dañinas; durante la noche aquellas emanaciones descienden; las capas inferiores de la atmósfera están mas densamente impregnadas de vapores malignos i hacen por consiguiente mal sanas las habitaciones a que esa atmósfera alcanza.

En presencia de las observaciones del doctor Arcoleo ¿qué decir de nuestro sistema de habitaciones en que vivimos sometidos de dia i de noche, en la vijilia i en el sueño, a la doble influencia de la humedad natural del suelo i del aire viciado de las capas inferiores de la atmósfera?

Cualquiera que sea la importancia de los numerosos datos que dejo espuestos en este trabajo; cualquiera que sea el juicio que merezcan las observaciones que dejo apuntadas, ellas revelarán al ménos el amor patrio, el anhelo del bien público que las inspira.

El mal que deploro es innegable. Su evidencia es notoria i su gravedad inaudita. Los millares de victimas, especialmente de párvulos, que nos arrebata la muerte año tras año, superan a los azotes, como el cólera i la fiebre, que diezman otras poblaciones. Estos azotes son transitorios. El nuestro es permanente. Aquéllos se anuncian con estrépito i ponen en guarda a los amenazados; éste nos devora silenciosamente i mantiene a las victimas en la incuria i en la imprevision.

Publicar el mal i buscarle su remedio es una obra de humanidad i de patriotismo, para la cual reclamo el decidido apoyo, el eficaz concurso de las autoridades, de la prensa, de los hombres de ciencia. Todos los ciudadanos en la medida de sus fuerzas deben concurrir a la estirpacion del mal.

Feliz yo si con este lijero estudio logro contribuir a que se salve la vida de uno solo de mis semejantes!

ABDON CIFUENTES.

NO MAS COBARDIA.

I.

—¡Ah jenio el que Dios me dió!....
Pero hoi me dominaré.
Sin miedo i claro hablaré
No mas cobardía, nó.
Iré a verla i le diré
Que muero de amor por ella,
Que ella es la única estrella

Que en mi vida seguiré;
Diré que solo sus ojos
Que envidia le dan al cielo,
Pueden calmar el anhelo
Que tiene a mi alma entre abrojos;
Que tan solo cuando estoi
A su lado, es cuando vivo;
Pues mi corazon cautivo
Se deja cuando me voi;
Diréla, en fin, que esa boca,
Cuya sonrisa hechicera
Tanto estrago en mi alma hiciera
Que ya me la ha vuelto loca,
Puede decretar mi muerte
O la vida que reclamo,
Puede decir: *Yo te amo*
I hacer dichosa mi suerte.
I asi diciendo, Francisco
Vuela a casa de su amada,
Cual la oveja que estraviada
Corre hambrienta hacia el aprisco.

II.

—Elena, he venido....
—Sí
Aquí está usted, ya lo veo
—I vengo...es decir...deseo
Decirle a usted algo.
—¿A mí?
—Sí, es algo que he deseado
Decirlo mil veces.
—Ya
Ya comprendo, usted querrá....
—Decir que he determinado....
Declararle a usted...mas veo
Que se pone colorada....
—I usted se interrumpe i nada
Dice con tanto rodeo.
—Es que...ya lo iba a decir
Cuando usted me interrumpió
—No le he interrumpido yo.
—Pues bien voi a proseguir.
Decia, que estaba ansioso
Por decirle con franqueza....
Que...¿baja usted la cabeza?
Creo que me hago enojoso.
—Pero si usted nada ha dicho
¿Cómo me puedo enojar?
—Crei, no obstante, notar
Que....pero será capricho.
Voi al caso, mas por Dios
No me vuelva a interrumpir,
Que lo que voi a decir
Nos interesa a los dos.
—Acabe.
—Desde aquel dia
En que a usted la conoci
Mi antigua calma perdí,
Perdí la paz, la alegría;
I hoi tan solo puedo ver
Al mundo, cual noche oscura
En que brilla hermosa i pura
La imájen de una mujer.
I esta imájen que me tiene
Robada la paz, la calma,
Que me tiene toda el alma
Esta imájen es...¿Quién viene?
—Es mi madre; mas por Dios
Acabe, Francisco, acabe.
—....No puedo... pero usted sabe
Lo que iba a decir.....Adios.

Concepcion, mayo de 1871.

R.

LA ENREDADERA.

(EN EL ALBUM DE UNOS NOVIOS.)

Cuentan los bosques de Chile
Entre sus galas mas bellas
Una planta misteriosa
De graciosa enredadera.

Tan tímida cuanto linda
Crece escondida en la yerba
Sin ostentar de su ornato
La variedad i riqueza.

Hasta que asi en su camino
Un árbol se le presenta,
Que tiende sus verdes ramas
Para que suba por ellas.

Se alza entónces i en mil lazos
El tronco robusto enreda,
I con jiros caprichosos
Por entre el ramaje trepa.

Desde ese dulce momento
Aquella hermosa pareja
Solo viven una vida,
Aunque dos en apariencia.

El, la sostiene en sus ramas,
Con su savia la alimenta
I alza jigante su copa
Por ostentarla sobre ella.

Ella, amante lo acaricia
Con dulce i sentida queja,
Lo cubre con su follaje
Cuando el sol de estio quema.

Lo sostiene cariñosa
Cuando ruje la tormenta,
Lo embellece con sus flores
En la alegre primavera.

Hoi, cuando veo que corre
Tan feliz vuestra existencia,
Se viene a mi alma el recuerdo
De esa linda enredadera.

Julio 25 de 1871.

R. LARRAIN C.

A FRANCIA.

(DEDICADA A VENTURA BLANCO)

Aunque son infinitos tus dolores,
Aunque es inmensa i colosal tu ruina,
Vuélvete, Francia, al Dios de tus mayores
I humilde la cerviz ante él inclina;
Postra en el polvo la abatida frente,
Esa frente humillada,
I podrás levantarte nuevamente
Con el pérdon de Dios rejenerada.

¿Cómo perdiste tus antiguas glorias,
Noble nacion que dominaste el mundo
Con cien i cien victorias?
¿Cómo pudiste a abismo tan profundo
Caer de altura tanta?
¿Qué se hicieron tus jenios, tus guerreros,
I aquella antigua, sin igual pujanza
De tus dias primeros?
¿Aquel poder que la epopeya canta
I aquella espada siempre vencedora
Que paseó tu poder i tu venganza
Por la tierra i los mares?....
¡Ah! pobre Francia! llora
La cruel profanacion de tus hogares,
Llora porque esa tierra devastada
Con tan fiera arrogancia
No es la tierra sagrada
De la invencible i poderosa Francia!

Tus águilas cayeron
Heridas por el águila prusiana,
Tus ejércitos fueron
Valla débil opuesta
A la avalancha humana
Que sobre ti veloz se precipita,
Vence, destruye, mata
I rudo golpe al corazon te asesta.
Tea de destruccion su mano ajita
I la pasea por el fértil suelo
Sobre el cual vengadora se desata
La cólera justísima del cielo.
Cayó en Sedan tu pobre soberano,
En Metz cayó la flor de tus guerreros,
I desde entónces, pobre Francia, en vano
Quisiste resistir a tus reveses,
Que do quiera se oia
Un grito funeral que repetia:
«Ya no hai héroes aquí, ya no hai francese!»

Cayó tambien Paris la cortesana,
I sobre aquellos grandes monumentos
Que recordaban tu pasada gloria
Voló a posarse el águila prusiana;
I al lado de las tumbas de tus reyes
El feliz vencedor cantó victoria,
El fiero vencedor te dió sus leyes.

I no era todo aun, tras del prusiano,
Para hondar tu ruina i tus heridas,
Empuñaron las armas fratricidas
Hermano contra hermano!
I fué aquella una lucha sin ejemplo,
Lucha feroz, impía,
Contra la patria, i el hogar, i el templo.
No se combate ya, que se profana,
Se maldice, se incendia, se aniquila
En esa guerra bárbara, inhumana
De que incapaces fueron
Las lejiones vandálicas de Atila.
El incendio, la muerte i el pillaje
Sobre Paris sin valla se estendieron;
Era de destruccion ansia salvaje
La que impulsaba a aquellas
Fieras civilizadas
Que do quiera dejaban estampadas
Sus ominosas i sangrientas huellas.
Derribados cayeron
Por esas fieras sin hogar ni nombre
Aquellos monumentos colosales
Obra del jenio creador del hombre.
I allí cayó tambien sacrificado
Por aleves puñales
El Pontífice santo, el sacerdote,
Todo el que era inocente i era honrado.
Allí el bandido a la impiedad auxilia,
La locura en demencia dejenera;
Que que aquella lucha de chacales era
Contra la patria, i Dios i la familia.

Mas, la lucha cesó.... I ¿do está aquella
Ciudad de los placeres, cortesana
Tan festejada i bella?
Vedla! un monton de escombros calcinados,
Lodo formado con la sangre humana
Es lo que queda de esos monumentos
Al placer i la gloria consagrados.
Allí está la Columna i allí el templo,
Allí el hogar de enfermos e indijentes,
Que quedarán en ruinas elocuentes
Para eterno escarmiento i para ejemplo.
Mui duro, Francia, tu castigo ha sido
I es tu infortunio inmenso;
Mas, tus culpas lo habian merecido.
Divinizaste el mal, quemaste incienso
Al error colocado en tus altares,
Moviste guerra al cielo,
I entraron enemigos en tu suelo,
Fuego i desolacion en tus hogares....

Mas, no te postren tu dolor profundo,
Ni tus males prolijos,
Porque aun puedes dominar el mundo
Con la virtud i el jenio de tus hijos.
Mal con tu fuerza i con tu antiguo brio
La postracion se aviene,
Nunca la ruda prueba al fuerte abate
Porque sabe que tiene
Reveses i dolores el combate.
Sigue con nuevo aliento tu camino,
Ilustra i civiliza, que esa empresa
Es digna de tu jenio i de tu historia;
Ten fé en el porvenir i en tu destino
I en que a veces la gloria
Solo en el dia de la prueba empieza.
Mas oye, de esas ruinas jigantezcas
Sale una voz que dice
Que demandes clemencia i la merezcas;
Que humilde inclines la abatida frente,
Esa frente humillada,
I así podrás alzarte nuevamente
Con el perdon de Dios rejenerada!

MAXIMO R. LIRA

Julio de 1871.

PÁJINAS DEL ALMA.

(Continuacion.)

—Suplico a Ud. no insista.... i se recoja a su lecho.

Don Diego accede, por fin, a tan reiteradas instancias i se retira.

Alfredo, despues de cerciorarse que nadie lo escucha ni observa, entra de nuevo en su aposento i asiendo de un brazo a Jorje lo guia hasta la puerta de calle, donde al despedirlo le dice solo estas palabras: «me debeis vuestra salvacion, pero no lo olvideis....Necesitais haceros acreedor aun perdon, que ahora no os concedo.»

Jorje alma ruin i miserable era incapaz de apreciar la jenerosidad de Alfredo.

Al acostarse, un pensamiento le ajitaba en su mente i lo tenia inquieto i desasosegado.

Tal era el meditar un plan de venganza!

No podria jamas perdonar la humillacion de que habia sido víctima!

Era menester venganza!

Mas, cómo?

Felizmente para él, no ignoraba que Alfredo amaba i era amado de Elisa....

Sembrar la cizaña de la discordia e impedir así el reinado de la armonía i de la paz entre ellos era una soberbia venganza, digna obra por cierto, de tal autor!

X.

Séanos permitido marchar con la velocidad del telégrafo i del vapor.

Ha trascurrido un año despues de los sucesos referidos. Alfredo muestra cierto retraimiento, cierta falta de franqueza en las manifestaciones de Elisa....

¿Qué ha sucedido? se pregunta a sí mismo.

¿Dónde está la causa de esa frialdad, de esa indiferencia?

Mas cedamos la palabra al libro de sus confidencias.

«Escribo bajo la reciente impresion de un triste pesar.

«Un motivo que no quiero calificar ha »herido talvez su susceptibilidad producien»do como resultado de ello un enojo que »creí al principio una lijera broma, pero »que hechos posteriores me hicieron cali»ficar de serio i real.

«Ella, único consuelo de mi vida, único »lenitivo que dulcifica las mui amargas ho»ras de mi existencia ha podido abrigar »por un momento sentimiento de encono i »disgusto hácia este pobre ser, esclavo de »su deseo, cuya aspiracion incesante es »complacerla?

«Ella ha dudado un instante siquiera del »hombre que vive solo en el pensamiento »de su felicidad?

«Tal idea me atormenta horriblemente!

«Pero en vano, yo quiero buscar otra »causa, distinto móvil a sus manifestacio»nes de esta noche!

«Debo confesar que una vez mas, tengo »derecho para escribir con caractéres aun »mas acentuados en el libro de mi vida »esta palabra que ha sido siempre el fiel »retrato de mi existencia *desgracia!*

«Tú, sinembargo, amiga querida, no po»dras medir jamas la intensidad del dolor »moral que me has hecho sufrir!

«¿Por qué ofenderte?

«Quien tanto te ama, nunca, te lo jura, »ha pensado sino respetarte mucho, para »amarte mas i siempre mas, avanzando en »su cariño con la medida de tu estima»cion!

«¿Por qué tanta injusticia?»

Cúmplenos esplicar lo que habia acontecido.

Al resolver Jorje poner en juego su plan de venganza, sabia mui bien que la reputacion i el buen nombre de que Alfredo gozaba en sociedad eran una valla insuperable para su pretension i que habria sido una desgraciada empresa intentar su desprestijio.

Por otra parte, comprendia mui bien con que clase de enemigo tenia que combatir!

Resonaban aun en sus oidos las palabras que Alfredo le habia dirijido «necesitais haceros acreedor a un perdon que ahora no os concedo.»

Ellas envolvian una amenaza.

Para evitar que esa amenaza pudiera tener efecto se valia de mil sujestiones que se ocurrian a su imajinacion, no perdonando ocasion de apelar al chisme i a la difamacion para hacerle perder el cariño de Elisa.

Estaba escrito en el libro del destino que esta ocasion triunfaria en sus esperanzas.

Alfredo sufria inmensamente, viendo que la indiferencia de Elisa iba en aumento, de dia en dia.

Ignoraba la causa....

En vano repasaba una i otra vez su memoria i sus recuerdos.

No hallaba un solo hecho que pudiera acusarlo de indiferencia o ingratitud hácia Elisa....

Su situacion era en estremo angustiosa.

Demos la palabra a sus pájinas.

«La melancolia, esa terrible enfermedad »del espiritu se ha ido posesionando poco »a poco de mi ser hasta dominarlo comple»tamente!

«Tristeza, siempre tristeza!

«Cerrados por todas partes los horizon»tes de la dicha, presa de lúgubres ideas, »este mi pobre corazon está destinado a »sufrir el eterno invierno del dolor sin que »jamas la primavera de la dicha, dé espan»sion, alegria a su porvenir!

«Yo veo en otros el semblante adusto i »severo de ese dolor cuando la fatídica »hora del pesar turba su sueño.

«Yo he visto correr lágrimas producidas »por desesperantes decepciones.

«Empero mas tarde he visto placenteros »a esos mismos rostros i he oido la sonora »risa de su alegria.

«Talvez la benéfica maga del olvido ha»bia estendido sobre ellos sus alas protec»toras devolviendo a sus corazones la calma, a sus semblantes la dulce quietud.

«Mas yo he encontrado espinas i solo es»pinas por donde quiera que haya transi»tado!

«Las flores tienen su perfume, las aves »su canto, el hombre su ilusion.

«Porque la ilusion es inseparable de la »existencia.

(Concluirá.)

LUIS LARRAIN ZAÑARTU.

RECTIFICACION.

En el número 200, pájina 698, primera columna, línea 35, donde dice: «*Efectos del cafés*», léase: «*Efectos del Tés.*—I en la pájina 699, la segunda columna debe ser primera i vice-versa.

Contenido de este número.

I.—De las asociaciones católicas, por José Bernardo Lira.
II.—Feliz en la partida, por Bijou.
III—Revista bibliográfica.
IV.—A ella, sonetos, por Pedro Nolasco Prendez.
V.—Mortalidad de Santiago, conclusion, por Abdon Cifuentes.
VI.—No mas cobardia, poesia, por R.
VII.—La enredadera, poesia, por R. Larrain C.
VIII.—A Francia, poesia, por Máximo R. Lira.
IX.—Pájinas del alma, continuacion, por Luis Larrain Zañartu.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañia, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, agosto 13 de 1871. Núm. 202

¡COSAS DE NIÑOS!

Cuando vimos aparecer *El Alba* i estampar en dos juiciosos i bien concebidos artículos su programa i su profesion de fé, creimos que *El Alba* era cosa sériа. I a lo sério lo tomamos lo que decia.

Mas, hé aquí que, de una semana a otra, *El Alba* sale refutando a *El Alba*, la seccion editorial refutando a la seccion editorial.

El Alba es católica, dijo Mozab.

El Alba es volteriana, dice otro editorialmente en otro número.

I en seguida, arremete el nuevo redactor a dentelladas con *La Estrella de Chile*, porque se tomó la libertad de aplaudir a *El Alba* de Mozab.

Por fortuna, no nos alcanzan esas dentelladas. No hablemos de ellas.

Cuando *El Alba* sea mayor de edad, cuando se le asiente el juicio, entónces podremos hombrearnos con ella.

Por ahora, i miéntras no rescate *El Alba* dos de sus números que hemos visto cautivos en buena cantidad de ejemplares en la oficina de esta imprenta, puede contar con que no hablaremos de ella.

LIMA.

Un jóven viajero, colaborador de «*La Estrella de Chile*», i amigo nuestro nos ha favorecido con la siguiente correspondencia:

Lima, julio 20 de 1871.

Señores RR. de «*La Estrella de Chile.*»

Paso, en calidad de amigo, a comunicarles a Uds. impresiones i observaciones que, si bien no podrán ser sino lijeras por la brevedad del tiempo, talvez tengan el interes de lo reciente i las acompañe el atractivo de la sinceridad.

Sin necesidad de estudio ni de atencion, Lima presenta al estranjero una particularidad que le interesa i le atrae. Está el fundamento de esta particularidad en dos cosas mas principalmente: en la variedad i contraste de las fisonomías de las clases de su poblacion, i en el modo singular, medio oriental i medio antiguo, de sus edificios.

El estranjero se halla aquí en medio de un pueblo en que cruzan los tipos de las razas mas distintas del mundo. El chino i el negro abundan muchísimo en Lima, como en todo el Perú. Sus caras son tan diferentes como lo es su jenio i su índole.

Los chinos son serios, sus facciones están conformadas para no variar jamas ni reflejar ningun sentimiento. Tienen ojos pequeños i rasgados casi perdidos entre sus altas frentes i sus prominentes pómulos. Sus labios son cortos i sin color, su tez estirada de suerte que parecen no poder reir nunca, i en efecto no se les vé alegres; siempre están atentos a su trabajo i nada mas, no buscan distraccion mirando ni les importa lo que pasa cerca de ellos.

Los negros al contrario: continuamente, i sobre todo las mujeres, están riendo, i en sus grandes ojos lo mismo que en su boca de gruesos labios se pinta un no sé qué de benévolo que mueve a conversacion con ellos. Una cabeza de niño negro con su corona de inumerables trenzas de su lanudo pelo i con sus ojos tan abiertos es una cosa que, si no es hermosa, es simpática i bonita. Sinembargo, en el Perú lleva esta pobre jente la peor parte, diremos casi la parte del burro, porque ella es la que trabaja, la que carga con los pesos, i la que lidia con la materia en un pais donde los naturales son sumamente flojos. Nosotros no sabemos si esta alegre

apariencia del negro es una resignacion heredada i naturalizada en la raza a fuerza del hábito de sufrir o si es un algo de ignorante indolencia; pero de todos modos, es cierto que ella lastima viéndola en medio de tan rudas tareas i de tan desgraciada suerte.

Si, de esto, uno pasa a fijarse en la poblacion indíjena, encuentra tambien agrado. El pueblo de Lima es hermoso en jeneral. Sobre todo la mujer, aun lade la clase que se presenta sin ninguna de las ventajas de la moda i del adorno, por sus ojos rasgados i lo completo del óvalo de su cara tiende comunmente a la hermosura. Tienen tambien siempre en el rostro una sonrisa tranquila, que en las mujeres pobres no es coqueteria i que encanta i agrada al curioso. Asi, reduciendo las cosas a simples espresiones, diremos que el pueblo de las calles i plazas en Lima tiene su mitad bella formada de los naturales i, tambien diremos a nuestro parecer, de los negros, i su parte fea que consta de los chinos i de los indios del interior del pais.

Estos indios son mui deformes de rostro i de cuerpo: son gruesos, estevados i bajos, i tienen en su color cobrizo i en sus caras chatas un aire montaraz i salvaje.

Pero, si, en último resultado, la vista halla en el conjunto mas parte de placer que de repugnancia, al corazon le pasa, por mas que sea duro decirlo, todo lo contrario. No puede ser sino una reflexion triste la que uno se haga en presencia de una nacionalidad que da por todas partes pruebas de su debilidad para valerse a sí misma, i temores hasta de llegar a cambiarse o confundirse con la mezcla tan grande de elementos estraños al sentimiento de la patria.

El Perú, no es temeridad decirlo, en vista de lo numeroso de la inmigracion que recibe cada año, no es servido por sus hijos, no es trabajado por sus hijos, no tiene la fuerza en sus hijos; forma una nacion confiada a los prófugos i desterrados de otras patrias. Son por miles las cuentas que se sacan de los chinos que vienen cada año a este pais, i los trabajos de sus ferrocarriles, como todo el mundo lo sabe, son llevados a término con brazos de puros chilenos. La riqueza del pais, pues, que es tan asombrosa, no es el fruto del trabajo intelijente i económico de sus hijos sino el don superabundante de la naturaleza, recojido del suelo por manos estranjeras.

Si, de esto, pasamos a dar una ojeada a la ciudad, rápida como la mirada de un pasajero que no pretende infulas de viajero, hallamos al reves de lo que deseáramos contra todo nuestro corazon de americano, innegable fundamento para arribar a las mismas tristes e irremediables verdades.

No hai en todo Lima una esquina desde la cual no se divise una cruz, una torre, i no hai una de estas construcciones curiosas, del tiempo todas de los españoles, no hai entre todas ninguna casi que haya merecido desde muchos años un estucado, un simple reboque de conservacion.

Así las iglesias que son los monumentos, sin ninguna duda posible, mas sobresalientes de la ciudad no son sino recuerdos de otros tiempos, por no decir reconvenciones vivientes.

Entre estos edificios que quisiéramos ver mejor tratados, apuntamos, sin pretender dar juicios de hombres de ciencia arquitectónica, el templo de San Pedro. Sobre los demas altares que encierra, dos llaman la atencion, i podrian merecer que se construyera para ponerlos a ellos solos un templo para cada uno. Ambos son obras que pudieron dar que hacer a toda la vida de un tallador. El uno es dedicado a San Ignacio de Loyola, el otro a la Familia Santa. El primero es mas grandioso, a mi parecer, por la magnitud proporcionada de sus columnas salomónicas i la esbelta colocacion de sus chapiteles. Son los dos de una madera negra, no tienen nada sino el color natural; así es que su conjunto es sumamente imponente i grandioso.

Las casas particulares son algo descuidadas en su esterior, i álguien me decia; por eso, exajerando por supuesto, que la telaraña era la insignia de la ciudad i el gallinazo el rei, puesto que es el mas libre de sus habitantes.

Lo mas curioso en ellas son las celosías, que todas las tienen i los balcones salientes que no dejan de ser incómodos para los transeuntes i contrarios a la armonía de los edificios. No se ven al presente sino cuatro o cinco construcciones; la ciudad es casi toda de la misma fecha de los templos.

Es verdad que, contra la falta de espíritu que revela este descuido del mejoramiento social, arguye mucho la ornamenta-

cion bellísima i lujosa de la plaza principal, que tiene una magnífica pila, i el famoso paseo de los Descalzos en que hai muchas estatuas de mármol i bonito jardin.

Reconocemos tambien con placer la misma deduccion respecto de la Escuela de Artes que está perfectamente dotada i bien servida. Ocupa un edificio que, a primera vista, por su entrada adornada por dos figuras de mármol i por su lucido jardin, no seria locura tomar por un palacio. Allí hai un órden admirable, i los obreros aprenden a estimarse con el noble trato que reciben. El comedor es un gran salon cuyas mesas son de mármol, i el aseo de los dormitorios hace pensar en un colejio de hijos ricos, mas bien que en un taller de jente aprendiz.

Ademas, se construye al presente sobre el Rimac un puente de estribos de sólida mamposteria i de grandes arcos de madera que haria honor a cualquiera capital.

Pero ahora, para terminar, puesto que hemos de hacerlo pronto, porque no queremos dar a estos lijeros apuntes la seriedad de un estudio, debemos decir que nuestra pluma se ha levantado varias veces para dar lugar a la memoria, recorriendo en ella lo visto, por si hemos omitido alguna circunstancia que pudiera hacernos descubrir un signo de la vitalidad nacional que quisiéramos descubrir i no descubrimos en esta sociedad política.

Por lo mismo que encontramos en ella la riqueza reflejada en la variedad de producciones agrícolas, por lo mismo que vemos la intelijencia individual manifestarse en un comercio activo, por todo esto, nos parece que la ciudad, que es el centro de los intereses del pais, no representa el verdadero estado de los individuos. La sociedad aqui parece mas pequeña que el hombre; no divisamos suficiente patria.

Si nuestro juicio es triste, es porque deseamos mayor bien, lo que, prueba que amamos al pueblo hermano i que si nos equivocamos, mereceremos al ménos la escusa de la buena intencion.

De Uds. SS. RR. A. S. S.

F. G. E.

EPIGRAMAS.

FATALIDAD.

Triste es i cosa dura
Que jamas muera un hombre de talento
Sin que en su sepultura
El plañidor cenáculo
De los necios reúnase al momento
A dar su necedad en espectáculo.

LEI DE LA VIDA.

El mas lijero golpe en mil pedazos
Destroza la botella
A que un soplo dió cuerpo i forma i brillo;
Apénas dejan huella
Los golpes en las ánforas de plata
Forjadas a martillo.

CONSEJO.

Cuando marches lijero por las calles
I algun anciano, que con tardo paso,
Por ellas vaya caminando halles,
No lo adelantes, jóven, imprudente;
Que al comparar su ocaso con tu oriente
Tal vez la faz rugosa i descarnada
Del viejo surcará lágrima helada.

RECETA.

Saber solo una cosa
Falta al borrico
Para pasar por sabio:
Cerrar el pico.

ENTRE SASTRES...

Acercóse un periodista
A una vieja *tejedora*:
—¿Me hace unas calzas, señora?
—Con gusto, i ¡hasta la vista!
—Pero ¿cuánto vale cada...?
—Por ser del oficio, nada!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

que se hacen actualmente en Chile.

SUS TÍTULOS POR ÓRDEN ALFABÉTICO.	LUGARES DE IMPRESION.	IMPRENTAS.
El Agricultor	San Cárlos	Principal.
El Alba	Santiago	Nacional.
Almanaque i guia de forasteros	Santiago	De «La República».
Id. id	Valparaiso	De «El Mercurio»
Anales de la Universidad	Santiago	Nacional.
El Andino	Andes	De «La Union».
Anualis ordo recitandi etc	Santiago	Del Correo.
Anuario estadístico de Chile	Santiago	Nacional.
El Araucano	Santiago	Nacional.
El Artesano	Talca	De El «Provinciano.»
Boletin de las leyes, decretos etc	Santiago	Nacional.
Id. id	Valparaiso	De «El Mercurio.»
Boletin de las Sesiones del Congreso	Santiago	Nacional.
Boletin Eclesiástico	Santiago	Del Correo.
Boletin de la Comision visitadora de escuelas públicas del departamento de Santiago	Santiago	Nacional.
Boletin de la Sociedad de Agricultura	Valparaiso	De «El Mercurio».
Catálogo de los eclesiásticos de ámbos cleros del Arzobispado	Santiago	Del Correo.
El Censor	San Felipe	Democrática.
El Chilote	Ancud	De El Faro del Sud.
El Colchagua	San Fernando	De El Colchagua.
El Combate	Cauquénes	Municipal.
El Condor	Andes	De los Andes.
El Copiapino	Copiapó	De «El Copiapino».
El Correo del sábado	Serena	De la Serena.
La Correspondencia	Ovalle	De La Correspondencia.
Cuenta de inversion de los caudales concedidos para gastos del servicio público	Santiago	Nacional.
La Democracia	Concepcion	Del Comercio.
Deutsche Nachrichten	Valparaiso	Albion.
Diójenes	Santiago	De «La Libertad».
La Discusion	Chillan	Nueva.
El Eco del Sud	Valdivia	Valdiviana.
Estadística comercial de Chile	Valparaiso	De «El Mercurio».
La Estrella de Chile	Santiago	De «El Independiente».
El Estudiante	Copiapó	
El Ferrocarril	Santiago	De «El Ferrocarril».
Gaceta de los tribunales	Valparaiso	Albion.
El Independiente	Santiago	De «El Independiente».
El Iris	Parral	De la Reforma.
El Laja	Anjeles	De «El Laja.»
La Libertad	Santiago	De «La Libertad».
Memorias ministeriales	Santiago	Nacional.
Memoria universitaria	Santiago	Nacional.

SUS TÍTULOS POR ÓRDEN ALFABÉTICO.	LUGARES DE IMPRESION.	IMPRENTAS.
El Mensajero del Pueblo	Santiago	Del Correo.
El Mercurio	Valparaiso	De «El Mercurio».
El Mercurio del vapor	Valparaiso	Id.
El Meteoro	Anjeles	De «El Meteoro».
El Minero de Freirina	Carrizal Alto	De «El Minero».
El Observador	San Felipe	Del Pueblo.
La Patria	Valparaiso	De «La Patria».
El Penquisto	Concepcion	De «La Union.»
La Piedra viva, verdadera i divina	Valparaiso	De «La Patria».
El Porvenir	Rancagua	Chilena.
Precio corriente de «El Mercurio»	Valparaiso	De «El Mercurio».
Presupuestos de los gastos jenerales de la administracion, etc	Santiago	Nacional.
La Probidad	San Cárlos	
El Progreso	Melipilla	Del Progreso.
El Provinciano	San Cárlos	De San Cárlos.
El Radical	Copiapó	Id.
El Radical	Talca	De la Epoca.
The Record	Valparaiso	Albion.
La Reforma	Serena	De «La Reforma».
La Reforma	San Fernando	De «El Porvenir».
El Renguino	Rengo	De «El Renguino».
La República	Santiago	De «La República».
La Revista Católica	Santiago	Del Correo.
La Revista Coquimbana	Serena	Del Colejio.
La Revista del Sur	Concepcion	De «La Union».
Sesiones del Congreso Nacional	Santiago	Nacional.
El Sufrajio	Curicó	De «El Sufrajio».
Tarifa de avalúos de efectos estranjeros	Valparaiso	De «El Mercurio».
El Telégrafo	Chillan	De «El Telégrafo».
El Trabajador	Santiago	De La Independencia.
Valparaiso and West Coast Mail	Valparaiso	Albion.
La Verdad	Curicó	De «La Verdad».
La Voz del Pueblo	Vallenar	De La Voz del pueblo.

Actualmente existen, pues, en Chile 75 publicaciones periódicas.

Ellas representan a las provincias de la república en la proporcion siguiente:

A Atacama corresponden	3
» Coquimbo	6
» Aconcagua	4
» Valparaiso	14
» Santiago	28
» Colchagua	3
» Curicó	2
» Talca	2
» Maule	2
» Ñuble	4
» Concepcion	3
» Arauco	2
» Valdivia	1
» Chiloé	1

Estas publicaciones, segun su salida a luz, son:

Cuotidianas	7
Semicuotidianas	3
Semanales	17
Bisemanales	14
Quincenales	10
Mensuales	9
Anuales	15

Por su carácter, estas publicaciones son:

Relijiosas	5
Científicas i literarias	5
Industriales	7
Estranjeras, o en otro idioma que el castellano	3
Pópulo-instructivas	2
Judiciales	1
Parlamentarias	2

Politico-administrativas.	9
Políticas.....	42

De las políticas:

Son afectas a la actual administracion.....	28
Contrarias a ella.....	14
Neutrales.....	4

Las publicaciones que hemos apuntado revelan la existencia de 42 imprentas esparcidas en los diversos pueblos de la República, de las cuales las que mas se ocupan en publicaciones periódicas son 4, por este órden: *Nacional*, de *El Mercurio*, del *Correo* i *Albion*; es decir, dos de Santiago i dos de Valparaiso.

Agosto 8 de 1871.

DE LAS ASOCIACIONES CATÓLICAS.

(Tomado de la *Civiltá Cattolica.*)

Conferencia leida por el señor don José Bernardo Lira, el sábado 29 de julio, en el Club de Amigos del País.

(Conclusion.)

IV.

Mas el individuo no vive para sí solo. Encuéntrase tambien ligado con fuertes vínculos sociales, i de aquí nuevos deberes que le inducen a asociarse con los otros. ¿Es padre de familia?—Pues entónces, en medio del escándalo de las opiniones i de los abusos, está obligado a dar a los suyos el ejemplo i la enseñanza de una fe tanto mas sólida cuanto mas se la ultraja públicamente.—Para cumplir con semejante deber no conocemos medio mas eficaz i espedito que el de hacerse declarado campeon de la fe en alguna sociedad católica.

Por otra parte, los padres están obligados a remover en cuanto les sea posible, los estorbos que se opongan a la sábia i católica educacion de sus hijos. Por eso deben cuidar de que la instruccion relijiosa tenga la parte que le corresponde en las escuelas, que no se envenenen las fuentes de las ciencias, que los entretenimientos i el trato social de sus hijos no cedan en perjuicio de la honestidad de sus costumbres ¿Qué sacarian con lamentar en el retiro de sus casas la desenfrenada libertad de la cátedra en las universidades, la escandalosa licencia de la prensa periódica, las impias i obcenas representaciones del teatro, la libre circulacion de indecentes i groseras caricaturas?—Pero reunid a todos los padres de familia en una asociacion católica i haced que todos a un tiempo i en nombre de su sociedad levanten el grito de dolor con protestas en los diarios i con exijentes peticiones al parlamento contra tanta desmoralizacion. El efecto seria siempre grande; pues o pondria el gobierno remedio al mal o no lo pondria. En el primer caso se habria alcanzado el objeto: en el segundo, apareceria mas de manifiesto la perfidia de la revolucion i de sus libertades, los hombres mas vulgares no podrian dejar de considerar la malicia de las obras condenadas por las sociedades católicas i su aversion se iria haciendo poco a poco mas universal. Si nada de esto se consiguiera, los padres católicos tendrian al ménos el consuelo de haber cumplido con su deber del mejor modo posible.

Fuera de la familia está el individuo. Es un grave error el pensar que al individuo nada le importan los otros individuos. —El Señor nos ha impuesto a cada uno de nosotros el cuidado de los demas, a medida de nuestra condicion i de nuestras propias fuerzas. Está escrito en el Eclesiástico, cap. XVII: «I los mandó a cada uno de ellos acerca de su prójimo»; i en el XXIX. «Alivia a tu prójimo segun tu poder.» El progreso que van haciendo la incredulidad i la corrupcion, merced a los principios teóricos i prácticos profusamente propagados por la revolucion, es una cosa espantosa. Pero ¡cuántos caen porque no hai quien con sábias advertencias le manifieste el peligro o con oportuno socorro los ausilie en su debilidad o les ofrezca jenerosamente un seguro asilo contra las malas sociedades! Que los hombres de buenas intenciones se asocien en todas las ciudades; su ejemplo, sus sentimientos manifestados donde quiera con franqueza i mas que todo sus buenas obras inspiradas en el celo de un puro catolicismo serán un faro para los estraviados, un consuelo para los débiles, un poderoso atractivo para todos. Cente-

nares i aun millares de individuos serán apartados del peligro o levantados de sus caidas.

Es mui sabido cómo se formó, no hace mucho tiempo, la sociedad *De la Juventud Católica*, cómo se ha difundido en casi todos los paises de Europa i cómo cada dia es mas i mas numerosa la multitud de jóvenes que a ella concurren. ¿Creis que, si no se hubiese formado esa sociedad, todos los jóvenes hoi incorporados en ella se habrian preservado de los pestíferos principios que corren por todas partes? Tal vez si, tal vez nó: mas, juzgando por lo que ordinariamente acontece, lo segundo es mucho mas probable. ¿A quién el mérito de haber puesto en salvo a tanta juventud? ¿A quién la gloria de haber formado con ella una sagrada i poderosa falanje para la defensa de la relijion? ¿Quién podria dudarlo?—En primer lugar, a sus fundadores; en segundo, a sus propagadores en los diferentes paises. ¿Quereis participar de semejante gloria, de semejante mérito?—Formad en vuestro pais asociaciones católicas; si tanto no podeis, inscribios al ménos en ellas.

Asi os lo ordenan vuestro deber de católicos, la necesidad de vuestra propia defensa contra los ataques de las malas doctrinas i de los ejemplos todavía peores, i sobre todo el puesto de padre de familia i el carácter mismo de hombre, de simple individuo.

V.

Hai todavía otras razones deducidas del estado de cosas dominante entre nosotros. Estamos rejidos por una constitucion en virtud de la cual toda la nacion participa del poder soberano. Asi como cuando gobernaba la monarquía absoluta, el príncipe solo era el responsable ante Dios i los hombres de la administracion de todo el Estado, asi es hoi responsable la nacion en jeneral i todos los individuos en particular segun el puesto que ocupen. De aquí el deber de contribuir a la recta administracion pública impuesto a todos i a cada uno, conforme a su particular condicion: al ministro como ministro, al diputado como diputado, al ciudadano como ciudadano. Ahora bien, la administracion será rejida por buenos o malos principios segun sean las personas a quienes esté confiada; i es sabido que cuando los que tienen las riendas del poder abusan de él, ofenden no ménos a la relijion católica que al Estado mismo. Claro es, pues, que el deber de todos los que componen la nacion consiste en cooperar a fin de que de la administracion sean rechazados los principios contrarios al catolicismo i correjidos aquellos abusos de poder que hayan podido introducirse en menoscabo de la rectitud de sus leyes. Semejante cooperacion obliga ante todo al gobierno i a los lejisladores; pero, dado caso que ellos no cumplan con este deber, ¿de qué medios podrán valerse los ciudadanos para cumplir con el suyo?—De los que la constitucion ha puesto en sus manos, a saber, de las representaciones, de las protestas, de la prensa, i sobre todo de este medio utilísimo de las asociaciones, que, siendo de suyo el mas eficaz para hacer valer todos los demas, es el primero que debe ponerse por obra.

Vengamos a nosotros mismos. ¿Tenemos necesidad de echar mano desde luego i ardorosamente de todos estos medios?—Contemplemos los hechos que dia a dia vienen desarrollándose en daño de la relijion. Supongamos que motivos particulares nos retraigan de tomar parte en las elecciones ¿no seria mucha imprevision el abstenerse de aprovechar los medios concedidos por la constitucion o el utilizarlos con flojedad? Escrito está *potentes potenter torquentur*, esto es, los poderosos reos de inicuas leyes son severamente castigados por la justicia divina; i con razon, porque todo el mal que recibe la nacion es imputable a los que le han dado injustas leyes. Que la nacion se aleje del poder lejislativo, que no tome en el ejercicio de ese poder la parte que la constitucion le señala i que deje formarse libremente leyes inicuas i desarrollarse sin estorbo acontecimientos injustos. ¿A quién atribuiriamos todos los males que de semejante inaccion se seguirian? La respuesta es obvia: a toda la nacion ¿Queremos no tener parte en la iniquidad i salvar nuestra responsabilidad para ante Dios i para con los hombres? Pues echemos mano de los arbitrios concedidos por las leyes en favor del bien i en contra del mal.

Entre los medios lejítimos arriba indicados, ¿de cuáles deberemos valernos principalmente? Repitámoslo otra vez: del de las asociaciones. Muchas son las ventajas positivas de la asociacion, a saber:

1.ª Puede aprovecharse perfectamente i ponerse por obra del modo mas amplio i con mayor eficacia el medio de las elecciones populares, el medio de las representaciones i el medio de la prensa;

2.ª Pueden ejecutarse con rapidez i por lo mismo mui ventajosamente los hechos que se estimen necesarios para conseguir el fin deseado;

3.ª Se procura autoridad i fuerza no despreciable a las peticiones, a las protestas i a cualesquiera otras demostraciones públicas hechas en nombre de la asociacion;

4.ª Los católicos se ponen en camino de oponer viva i enérjica resistencia a los esfuerzos que hace la revolucion por corromper, en daño de la Iglesia, todas las clases sociales i por ponerlas a su servicio, mediante tantos círculos i tantas sociedades que en todas partes se están formando;

5.ª Por medio de las manifestaciones colectivas de todos los católicos conocerá el mundo entero si la inmensa mayoría de la nacion está en pro o en contra de esas opiniones, de esas teorías que se propalan en oposicion a la enseñanza católica. Manos a la obra, sin demora ni descanso: los enemigos están todos sobre las armas.

La masonería, como nos lo ha hecho saber *La Reforma* en la necrolojía del mason Pio Aducii, está a punto de organizar un cuerpo en Roma i de ligarse con un pacto formal para no descansar hasta haber pulverizado el último resto del catolicismo en Italia. La hora de la lucha suprema ha sonado, pues. Que todos los católicos sinceros, que todos los hombres de alma jenerosa se levanten i opongan contra diligencia, diligencia; contra ardor, ardor; contra medios, medios; contra principios, principios; contra el estandarte de la escuela de Satanas, el glorioso estandarte de la escuela de Jesucristo.

I no se crea servir así únicamente a la relijion: la mayor parte del bien que se obtenga redundará en provecho del individuo i de la sociedad. Suponed admitidos principios como éstos: el alma muere con el cuerpo; no hai castigos ni recompensas en otra vida; Dios es una pura invencion, i otros por el estilo relativos a la familia i a la sociedad, que se proclaman por los oradores en los círculos i se propagan abiertamente por la prensa. ¿Cuál será la consecuencia práctica de tales principios?

—La virtud i el delito serán palabras sin sentido: cada uno adorará al Dios de su capricho; se considerará lícito todo lo que sea agradable, i el ciego desenfreno de las pasiones será el bello ideal de las acciones humanas. I ¿qué será de la fe pública, del honor de las familias, de la estabilidad del Estado, de la seguridad de la nacion?—Todo caerá en tierra. Tarde o temprano dan necesariamente los principios prácticos el fruto de sus funestas consecuencias; i ahí está para probarlo con sus obras realizadas el socialismo que tan claramente se dejó oir en ese congreso celebrado pocos años ha en una de las ciudades de la Suiza. ¿Quién no ve que, combatida i vencida la revolucion, que es la maestra i la mas hábil propagandista de los recordados principios, se salvará la sociedad no ménos que la relijion misma? Un mismo riesgo corren en la presente lucha la relijion i la sociedad. La victoria de la primera es todavía la victoria de la segunda: el soldado de la relijion es todavía el soldado de la sociedad.

VI.

Veamos las objeciones.

—Para qué molestarse, se dice. Tiempo perdido! Las peticiones no tendrán curso, como ya ha sucedido con algunas; las protestas serán desoidas; la prensa continuará su obra; el agua seguirá su acostumbrado curso. A otra cosa mas positiva, dejaos de asociaciones.

—¡Vanas escusas del que quiere no hacer nada! Que sea todo lo que decis. I bien, con las representaciones, con las protestas, con la prensa i con todos los otros medios emprendidos en sociedad ¿no habreis cumplido con vuestro deber de católico i de ciudadano? ¿no habreis ensalzado la virtud i la relijion, poniéndoos de su lado en el momento del peligro? ¿no habreis procurado, en la medida de vuestras fuerzas, salvar a la nacion del abismo de la revolucion? I todo esto ¿os parece cosa de poco momento? Os equivocais: siempre fué, siempre será cosa de alta estima el deseo de cumplir con los propios deberes, especialmente en servicio de la virtud i de la relijion ultrajada, el empeño de salvar a la patria con todas las fuerzas de que uno puede disponer. Por otra parte, si no es falsa, es por lo ménos mui exajerada la mala suerte de los esfuerzos de las asocia-

ciones católicas. Si las peticiones i las protestas desoidas vinieran del seno de una sociedad poderosa, bien disciplinada i enriquecida con todos esos elementos que dan prestijio i autoridad, ¿creeis que serian desairadas? La esperiencia de muchos paises os dice que nó. Creedlo: la audacia de la revolucion es tan descarada porque cuenta con la falta de unidad i cohesion de los poco jenerosos, con la inesplicable inercia de tantos otros.

—La idea de una asociacion jeneral no es cosa de bromas. Estas asociaciones van parar necesariamente a un fin conocido, a las burlas, a los insultos i tambien a cosas peores.

—¿Con qué teneis miedo? Está bien: si es así, retiraos. El catolicismo i la sociedad han menester hombres animosos i esforzados. Mas al retiraros pensad en que faltais a vuestro deber; pensad en que desconoceis esa milicia en que os enrolasteis al recibir el santo bautismo; pensad en que olvidais la palabra de Jesucristo, cuando dijo que el reino de los cielos no era de los tibios i cobardes sino de los violentos, de los que combatian valerosamente por conquistarlo. Ea, ánimo, valor! Por la caida de los primeros combatientes no hai que desesperar de la victoria. Los batallones que ven abiertas sus primeras filas no vuelven atras: llenándolas pronto, siguen avanzando, atacan i vencen. En el lugar de los primeros soldados inicuamente oprimidos por la revolucion pongamos otros mas ardorosos; levántense todos en defensa de los caidos; i veremos los asombrosos resultados de esta armonia de fuerzas.

—Tenemos familia, dicen otros, tenemos intereses que cuidar, tenemos relaciones sociales que conservar. Nosotros somos i queremos permanecer verdaderos católicos, i por eso jamas se nos escapa de los labios palabra alguna que pueda menoscabar en lo menor nuestras creencias: pero, satisfechos con el cuidado de nuestros propios negocios ¿qué nos importa lo que otros dicen a hacen?

—¿Estais contentos con eso solo?—Pues, os contentais con bien poca cosa. Ya no es tiempo de mantenerse a la espectativa: los propósitos i las obras de la revolucion son bien conocido, aun de los ménos avisados: conviene oponer a sus esfuerzos una resistencia universal. *Qui non est mecum contra me est*, dice Jesucristo. I en nuestra situacion presente tiene completa aplicacion esta sentencia. Si, quien no está declaradamente con Jesucristo, está contra él. Es menester profesar francamente su doctrina: todo término medio es imposible. I ¿qué? Si miéntras estuviera ardiendo la casa de vuestro padre o de vuestro amigo, permanecierais frios espectadores u os ocuparais en vuestros propios negocios ¿no podria decirseos con verdad que amabais poco a vuestro padre o a vuestro amigo? Pues bien, en torno de la Iglesia de Jesucristo i de vuestros conciudadanos, cunde el voraz incendio de una gravísima lucha, azuzada por la revolucion ¿i os contentais con permanecer indiferentes espectadores de tanto daño, os cruzais de brazos como si nada tuvierais que ver con la Iglesia de Jesucristo o con la sociedad? Vuestra indiferencia, vuestra inercia es en verdad indigna, es en verdad culpable. No basta ya que combata el sacerdote, no basta ya que descienda a la arena el Obispo. Es menester que todos los fieles se reunan i combatan juntos al lado de sus pastores. No se trata de una defensa cualquiera; se trata de la defensa de nuestra propia existencia: no se trata de una lucha aislada i lijera; se trata de una lucha jeneral, obstinada, vigorosa. Ha llegado el momento, en que, como decia Tertuliano, cada cristiano es un soldado, i por tanto todos nos hallamos en el imperioso deber de asociarnos i de aprestarnos para el combate.

NECESIDAD DE LAS BUENAS OBRAS.

No vence sino la verdad, la victoria de la verdad es la caridad.

La Piedra en su último número del 25 de julio reconoce «nuestro buen espíritu» que nace de la verdad i comprende a los que la aman: tal debe ser siempre el espíritu de los discípulos de Jesucristo, para que el triunfo no sea del hombre sino de la verdad, que es Jesus.

«Reconoce nuestro deseo de sostener incólume la obligacion cristiana de cultivar la santidad; nuestro empeño en probar la necesidad de la obediencia.» «En esto estamos perfectamente de acuerdo con

es'e señor» dice ella. I continúa; «a i que en la materia de ser ellas (las buenas obras) obligatorias i necesarias no tenemos que discutir con el señor presbitero. Indispensables son. El que no obedezca no será salvo: mas, el que obedece, recibirá galardon i recompensa.» Hasta aqui estamos de acuerdo. Ya no son las buenas obras simple adorno al cristianismo: son obligatorias; son necesarias para salvarse.

Pero, señala como supremo error, «el pensar que las buenas obras son, no solo la obligacion perpétua del penitente trasgresor, sino que ganan por merecimiento la vida eterna.» En esto no estamos acordes; i tampoco lo estamos en este principio «basta la fé para salvarse.»

Probaremos la verdad por las palabras del Salvador Jesus i por los escritos de sus apóstoles i profetas: que la obligacion de las buenas obras es perpétua; que nos merecen la vida eterna; i que no «basta la fé para salvarse.»

I.

La obligacion que tenemos de las buenas obras es perpétua: la doctrina de Jesus no hace distincion de tiempo, impone la obligacion para todos los tiempos i para todos los individuos que quieran salvarse en todos los instantes de su vida (S. Mateo, cap. XIX. vv. 16, 17 i 19). «I vino uno, i le dijo: Maestro bueno ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna?» Jesus no le contestó que tuviese fé, sino: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»; i verso 18 «El le dijo: ¿cuáles? I Jesus le dijo: no matarás: no adulterarás: no hurtarás: no dirás falso testimonio: honra a tu padre, i a tu madre i amarás a tu prójimo como a ti mismo.» No veo que pueda ser lícito en algun tiempo faltar a estos preceptos sin traer sobre nosotros la ruina eterna. La obligacion que tenemos, pues, de las buenas obras es perpétua.

Confirmaremos mas esta verdad con otros lugares de la Escritura (S. Lúcas cap. I. vv. 74 i 75). «Para que, librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, en santidad, i en justicia delante de él mismo todos los dias de nuestra vida.»

Conforme con lo que nos enseñan los evanjelistas está la enseñanza de los profetas (Ezequiel, cap. XVIII. vv. 3, 4,5 i 9). «Vivo yo, dice el Señor Dios. Hé aquí que todas las almas son mias: como el alma del padre así el alma del hijo es mia; el alma que pecare, esa morirá. I el varon, si fuere justo, e hiciere juicio i justicia, anduviere en mis mandamientos, i guardare mis juicios para hacer verdad: éste es justo, vivirá verdaderamente, dice el Señor Dios». En los versos 20 i 21. «El alma que pecare, esa morirá: la justicia del justo sobre él será, i la impiedad del impio sobre él será. Mas, si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados que cometió, i guardare todos mis mandamientos, e hiciere juicio i justicia: verdaderamente vivirá, i no morirá.» Que la obligacion de las buenas obras es perpétua nos prueba el verso 26. «Porque si el justo se apartare de su justicia, e hiciere maldad, morirá .por ello: pero la injusticia que obró, morirá.»

Por lo que, nuestra obligacion de hacer el bien para salvarnos es perpétua, i, en el dia que hagamos la injusticia contra la lei o el pecado, quitamos la vida a nuestra alma «Anima, quæ peccaverit, ipsa morietur.»

Asi *la obligacion de hacer buenas obras es perpétua en el penitente trasgresor.*

II.

Son meritorias nuestras buenas obras, i la proporcion del mérito es, o de un castigo eterno o de una recompensa eterna, o de la posesion del infierno o la posesion del cielo, o de la muerte eterna o de la vida eterna. Si nuestras malas obras nos merecen un castigo eterno ¿por que no decir que las buenas obras nos merecen la vida eterna? Si las primeras dan muerte al alma, quitándole la vida de la gracia, la amistad de Dios ¿por qué no confesar que las buenas nos conservan en esta misma gracia dándonos despues la posesion eterna de Dios, cuya amistad conservamos al presente por la práctica de las mismas?

Probaré la verdad por la Escritura i palabras del Salvador.

Jesus no atenderá sino a las obras para darnos el premio o el castigo que ellas hubiesen merecido (S. Mateo cap. VII. v. 23.) «I entónces yo les diré claramente: Nunca os conocí: apartaos de mi los que obrais la iniquidad.»

El mismo Jesus en el dia de su majestad i de su gloria solo tendrá presentes nuestras obras para premiarnos o castigarnos: dándonos posesion del reino eterno, o el

infierno, si nuestras obras no merecen otra cosa (S. Mateo, cap. XXV. vv. 31 i 46). «I cuando viniere el hijo del hombre en su majestad, i todos los ánjeles con él, se sentará entónces sobre el trono de su majestad, i serán todas las jentes reunidas ante él, i apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos: i pondrá las ovejas a su derecha i los cabritos a su izquierda. Entónces dirá el Rei a los que estarán a su derecha: venid, benditos de mi padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre i me disteis de comer: tuve sed, i me disteis que beber etc.... En verdad os digo, que en cuanto hicisteis a uno de mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis.» Lo contrario sucederá a los que no tuvieren estas buenas obras de caridad, porque, escrito está, juicio sin misericordia a los que no tuvieron misericordia. Así el juez les dirá: «Apartados de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo i para sus ánjeles.... E irán éstos al suplicio eterno, i los justos a la vida eterna.» Aquí las obras buenas recibirán su recompensa, como tambien las malas llevarán la suya.

Dará Jesus el premio de la vida eterna a las obra buenas, i el castigo a las malas: porque las primeras merecen lo primero, i las segundas merecen lo segundo. (1)

Nuestras obras buenas son meritorias ante Dios i conquistan su amor. Jesus nos lo asegura. «Si alguno me ama, guardará mi palabra, i mi Padre le amará, i vendremos a él, i haremos mansion en él.» (Evanjelio de S. Juan, cap. XIV. v. 23). Si la observancia de la doctrina de Jesucristo nos merece el amor del Padre de modo que obligamos a Dios a venir a nuestras almas i hacer su morada en ellas, ¿por qué no confesar que tambien merece la vida eterna, siendo la vida eterna inferior a Dios, cuyo amor conquistan nuestras buenas obras, i estando en posesion de Dios ya tenemos vida eterna?

San Pablo nos persuade de esta verdad, cuando nos dice «Cum metu et tremore vestram salutem operamini.» «Obrad vuestra salud con temor i con temblor.» (Filipenses, cap. II. v. 12.)

La misma verdad nos asegura en la 1.ª a los Corintios, cap. IX. v. 24, 25 i 26. «¿No sabeis, que los que corren en el estadio, todos en verdad corren, mas uno solo lleva la joya? Corred de tal manera que la alcanceis. I todo aquél que ha de lidiar, de todo se abstiene: i aquéllos ciertamente, por recibir una corona corruptible; mas nosotros incorruptible. Pues yo así corro, no como a cosa incierta: así lidio, no como quien da golpes al aire. «Sic currite ut comprehendatis.»

Los profetas nos enseñan la misma verdad. (Ezequiel, cap. XVIII. vv. 27 i 30.) «I si el impío se apartare de su impiedad que cometió, e hiciere juicio i justicia: él mismo vivificará su alma. Por tanto, juzgaré yo a cada uno segun sus caminos, dice el Señor Dios.»

Las buenas obras son meritorias porque el impío mismo vivificará su alma por ellas, i la fé sin ellas no salvaria al hombre ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento (2). (Ezequiel, cap. XXXIII. vv. 9, 11, 18, 19 20.) «Mas, si intimando tú al impío, que se convierta de sus caminos, no se convirtiere de su camino, él mismo morirá en su maldad: mas tú libraste tu alma. Dile: Vivo yo, dice el Señor Dios: no quiero la muerte del impío, sino que se convierta el impío de su camino, i viva. Convertios, convertios de vuestros caminos perversos: ¿i por qué moriréis? Pues cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere maldades, morirá por ellas. I cuando el impío dejare su impiedad, e hiciere obras de lequidad i justicia, vivirá por ellas.» Luego a vida es por las obras, i la muerte del

(1) San Mateo, cap. 25. vv. 20, 21, 22, i 23. «Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí que otros cinco, he ganado demas. Su Señor le dijo: Mui bien, siervo bueno i fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.» Lo mismo sucede al que ganó otros dos talentos. Sinembargo Dios premia sus dones; porque ¿qué tenemos que no hayamos recibido? Así no debemos gloriarnos, el que se glorie, en Dios debe gloriarse.

(2) San Pablo, cuando dice que Abraham no fué justificado por las obras, habla de la lei de circuncision figurada i sus observancias: lei que no tenian los jentiles, i Dios que justifica al impío, justificó a los jentiles sin tales obras por la fé en Jesucristo, que tambien tuvo Abraham, i fué justificado por la fé mas que por las primeras. I consta del mismo cap. IV. vv. 9, 10, 11 i 12, a los Romanos citado por *La Piedra*.—No sucede lo mismo con la lei natural o divina i evanjélica.

justo o del impio por las obras: nuestras obras, pues, merecen ante Dios o desmerecen.

Lo asegura Isaias, (cap. LIV. v. 17.) «Esta es la herencia de los siervos del Señor: i la justicia de ellos está ante mi, dice el Señor.» «Et justitia eorum apud me, dicit Dominus.»

San Pablo dice, que tambien hai justicia en la observancia de la lei, refiriendo esta verdad como confirmada por el mismo Moises. (Romanos, cap. X. v. 5.) «Porque Moises escribió, que el hombre que hiciere la justicia, que es de la lei, vivirá en ella.» Si vivirá por la justicia de la lei, las obras conformes con la lei son meritorias ante Dios, porque tales obras le son agradables i Dios las premia con su amistad.

Por último, San Juan, que nos exhorta á la observancia de la lei evanjélica de caridad, (1.ª de San Juan, cap. IV. vv. 8, 16 i 19) «El que no ama, no conoce a Dios: porque Dios es caridad. I nosotros hemos conocido i creido a la caridad, que Dios tiene por nosotros, Dios es caridad, i quien permanece en caridad, en Dios permanece, i Dios en él. Pues amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero:» I cap. v. v. 3: «Porque éste es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos: i los mandamientos de Él no son pesados.» Los motivos que nos alega San Juan para que amemos a Jesus, es el inmenso amor que nos tuvo, siendo esto un mérito de Él para con nosotros i para con su Padre; i como esto hace el mérito de Jesus para con nosotros, quiere que nosotros merezcamos tambien para con Él i para con Dios el Padre, amándoles porque su amor fué primero: nuestro amor debe manifestarse por obras, i las obras que nacen del amor son meritorias ante Dios. Por este motivo San Pablo dijo que él nada era sino tenia caridad, aunque tuviese toda la fé. Asi la caridad nos une con Dios, i las obras de caridad tienen el mérito de unirnos con Él dándonos la vida eterna o posesion de Dios.

III.

El principio de Lutero «basta la fé para salvarse» no se puede sostener, como dije en mi artículo de 9 de julio, i estoi en disposicion de probarlo.

San Pablo, dice: (1.ª a los Corintios, cap. XIII. v. 13.) «I ahora permanecen estas tres virtudes, la fé, la esperanza i la caridad. Mas de éstas, la mayor es la caridad.» Por consiguiente, no puede bastar la fé para salvarse: tambien son necesarias la esperanza i la caridad.

Asegura San Pablo la necesidad de la esperanza con estas palabras: (Romanos, cap. VIII. v. 24.) «Spe enim salvi facti sumus.» «Porque en la esperanza hemos sido hechos salvos.» Mui especialmente el pueblo escojido por Dios para llevar sus promesas; luego estas tres virtudes nos salvan, la fé, la esperanza i la caridad. Siendo superior a todas, segun San Pablo, la caridad, porque sin ésta, dice el apóstol que él nada seria, aunque tuviese toda la fé.

Asi el principio de Lutero «basta la fé» no puede sostenerse. Mas sí puede sostenerse este otro de San Pablo. «Fides quæ per charitatem operatur.» (Galatas, cap. V. v. 6.) «La fé que obra por caridad.» Concurriendo las tres virtudes a nuestra salud en la práctica de la caridad.

El apóstol rechazando a los de Galacia la necesidad que ellos no tenian de la lei de la circuncision para justificarse, cuya obligacion habia cesado, les habla de este modo: «Porque, en Jesucristo, ni la circuncision vale algo, ni el prepucio: sino la fé que obra por caridad.

Pues solo justifica la fé que obra por la caridad.

Jesus habia dicho: «No todo el que me dice *(por la fé)* Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos: ése entrará en el reino de los cielos.» (San Mateo, cap. VII. v. 21.) Segun las palabras de Jesus, no puede sostenerse el principio «basta la fé,» sin la observancia de los preceptos o de la caridad, para salvarse.

Santiago apóstol espone mas por estenso esta verdad; leed: «¿Qué aprovechará, hermanos mios, a uno que dice que tiene fé, sino tiene obras? ¿Por ventura podrá la fé salvarlo? I, si un hermano o una hermana estuvieren desnudos i les faltare el alimento cotidiano, i les dijere a alguno de vosotros: Id en paz, calentaos i hartaos: i no les diereis lo que han menester para el cuerpo ¿qué les aprovechará? Asi tambien la fé, sino tuviere obras, muerta es en sí misma. Tú crees que Dios es uno: haces bien: tam-

bien los demonios lo creen, i tiemblan. Pero ¿quieres saber, oh hombre vano, que la fé sin las obras es muerta? ¿Por ventura Abraham nuestro padre, no fué justificado por las obras, ofreciendo a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves, como la fé acompañaba a sus obras: i que la fé fué perfecta por las obras? I se cumplió la Escritura, que dice —Abraham creyó a Dios, i le fué imputado a justicia, i fué llamado amigo de Dios.—¿No ves como por las obras es justificado el hombre, i no por la fé solamente? Porque, así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así tambien la fé sin las obras es muerta.» (Epístola de Santiago apóstol, cap. II. vv. 14 a 17, 19 a 24 i 26.)

El Evanjelio confirma esta doctrina cuando leemos en él que ninguno puede ser discípulo de Jesucristo, sino practica su doctrina; que no somos hermanos de Jesus, sino hacemos la voluntad de Dios su Padre. Por consiguente, el único principio que puede sostenerse es éste de San Pablo: «La fé que obra por la caridad» nos salva.

Sepan ahora los protestantes como deben entenderse los lugares de la Escritura citados por ellos de S. Juan, los Romanos i Hechos Apostólicos.

Para dar mas luz a esta verdad, sírvanos de ejemplo el verso citado por *La Piedra* de los Hechos, cap. XVI. «Dijo el carcelero: señores, ¿qué es lo que debo yo hacer para ser salvo? I ellos le dijeron: cree en el Señor Jesus, i serás salvo:» palabras que importan tanto como decir, cree en el Señor Jesus i segun tu creencia bautízate i guarda la doctrina de Jesus, o sus preceptos, i serás salvo; porque sino se bautizaba i guardaba los preceptos de Jesus no se salvaria. Vean los protestantes que es la verdad lo que les enseño, i que les confirmarán en ella los evanjelistas. (S. Marcos cap. XVI. vv. 16.) «El que creyere, i fuere bautizado, será salvo.» (S. Mateo cap. XXVIII. vv. 19 i 20). Id, pues, i enseñad a todas las jentes, bautizándolas en el nombre del Padre, i del Hijo, i del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado.»

¡Dios Eterno!.... abran ahora los ojos i vean la verdad fuera de la cárcel en que la puso Lutero: este hombre se ha perdido, porque su pecado fué contra el Espíritu Santo.

La Piedra misma que se propuso sostener el principio de Lutero, lo condena al fin de su artículo del 25 de julio con estas palabras, a que le obligaba la verdad. «Una vez que se acepta a Cristo por la fé, las buenas obras se manifestarán como el fruto del buen árbol. El que continúa en el pecado no cree. No ejerce la fé. No la tiene. La que tiene es muerta. Tal hombre se engaña.» I poco mas abajo: «La fé, si no tuviese obras, muerta es en sí misma.» Si la fé sin las obras es muerta «¿bastará la fé» para salvarse? como lo estableció Lutero, i *La Piedra* queria defender? ¡Hai victoria mas sublime? La victoria de la verdad es la caridad.

¡Cuan espléndido sea el triunfo de la verdad defendida, conoceréis por las palabras de Santiago apóstol ya citadas; i mas aun por las de San Pablo a los de Efeso, cap. I. v. 4.°: «Nos eligió en él mismo ántes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos, i sin mancilla delante de Él en caridad.» Nuestra justificacion será por la caridad, o por el cumplimiento de la voluntad de Dios, despues de conocerle por la fé: así no «basta la fé para salvarnos.»

IV.

¿I qué me falta? convidarlos a que vengan a Jesus; que acudan a su corazon abierto para ellos, como para el mundo todo: símbolo de su inmensa caridad. (San Lúcas. cap. IX. v. 56.) «Non venit animas perdere, sed salvare.» ¿Qué me falta? convidaros con sus palabras: «Venid a mi todos los que estais trabajados, i cargados, i yo os aliviaré» (San Mateo, cap. XI. v. 28.) «Buscad el reino de Dios, i su justicia.» (San Mateo, cap. VI. v. 33.) *Regnum Dei factum est, et virtus, et salus.*

Francisco J. Zuazagoitia,
presbítero católico.

EL ÁNJEL DE LA NOCHE.

La luna rielaba en el alto cielo, las estrellas fulguraban con incierto resplandor; ni una nube empañaba la luminosa esfera, ni el mas leve vientecillo ajitaba las verdes copas de los frondosos árboles; dulce perfume exhalaban las flores, perfume que

cual aromático incienso subia hácia la mansion de Dios. El agua murmuraba blandamente, reflejando en su espejo cristalino, los mil diamantes con que la noche engalana su denso i oscuro manto. Las aves enmudecian en sus nidos u ocultas entre el follaje, del grato sueño gozaban los encantos. Todo era paz, todo silencio, todo dulcísima quietud. Una vivida claridad de súbito hiende las encumbradas bóvedas del insondable firmamento; el vago rumor de un imperceptible aleteo, cual célico marmurio por los ámbitos resuena; el aire se rasga, las tinieblas se disipan i una fugaz i purpurina emanacion inunda i baña los espacios infinitos. Es el ánjel de la noche que baja del empíreo hácia la tierra; en sus manos trae la paz i la dulce calma, de sus labios brotan palabras de esperanza i de consuelo, de su pecho manan llamas de amor i de ventura. Ya viene, ya llega, ya huella el suelo con su planta ¡qué apacible dulzura brilla en su semblante! ¡Con cuánto anhelo se acerca a aquel lecho en que descansa la niña de los ojos negros!

¡Qué hermoso es este lugar! ¡qué tranquilidad e imponderable bienestar se goza en este recinto! no hai duda, esta estancia es un pedazo del cielo, entremos sinembargo, pero quedo, mui quedo, no sea vayamos a ahuyentar al mensajero del Altísimo.

¡Qué májica melodía! ah, es el ánjel quien habla, escuchemos su dulce voz.— Duerme, dice el ánjel, duerme en paz preciosa niña; yo arrullaré tu sueño, yo inundaré tu alma en una fruicion celestial, yo haré vibrar en tus oidos las mas arrobadoras armonías. No despiertes, duerme, que yo velo a la cabecera de tu lecho; yo cuidaré tu reposo, yo alejaré de tu corazon la amargura i el pesar, yo embriagaré tus sentidos en un delicioso sopor; duerme pues i no temas, que yo soi tu ánjel bueno, yo soi el guardian celoso i fiel que Dios ha puesto para tu custodia i defensa ¿acaso no me conoces? dudas acaso de mí?.... ah! nó, no seas cruel, no correspondas con tanta ingratitud a mi inmenso amor. Dime, en medio del silencio de la noche, ¿no has oido mil veces que álguien te llamaba i no has sentido que álguien, apasionado, acariciaba tus mejillas i tu frente anjelical? pues ése era yo; sí, yo, que constantemente estoi al lado tuyo; yo, que sin cesar te acompaño; yo, que participo de tu propia vida i rio cuando tú ries i lloro cuando tú lloras; yo, que llevo tu alma encerrada en mi propia alma i sufro cuando tú sufres i gozo cuando tú gozas. Duerme pues, niña preciosa, duerme, que yo entretanto elevaré por ti hácia el cielo, la mas fervorosa i la mas ardiente oracion.

—«Señor, Señor, desde el fondo de mi »nada, te invoco i humilde clamo a tu su»prema bondad. Oye mi súplica, no des»oches mis ruegos, Señor. Derrama sobre »ella tus copiosas bendiciones; aparta de »su corazon todo sufrimiento, todo que»brant», todo dolor; aleja de su camino las espinas que desgarran i martirizan i que »solo broten en torno suyo rosas i bellas »flores. Señor, Señor, que jamas el hálito »emponzoñado del mundo, llegue a empa»ñar la inmaculada blancura de su alma, »ni llegue a marchitar tampoco esa corona »virjinal de lirios i de azucenas que tú co»locaste sobre sus sienes. Oh! mi Dios, »haz que sus dias se deslizen apacibles i »tranquilos i librala de esas borrascosas tor»mentas cuya maléfica influencia tanto aji»ta i hace padecer a los mortales. Señor, »Señor, haz que ella sea feliz, siempre fe»liz!»

.....

El ánjel cesó de orar; la noche siguió su curso; el silencio era solemne; nadie interrumpia aquel silencio, sino la suave i dulce respiracion de la hermosa niña que acababa de dormirse profundamente. Una sonrisa divina se dibujaba en sus entreabiertos labios i en su rostro de querubin, una alegría purísima e inefable.

Salgamos, salgamos, no profanemos por mas tiempo con nuestra presencia este lugar.

Silencio! que ella, la anjelical niña de los ojos negros, acaba de cerrar sus párpados, suavemente arrullada por su celeste guardian.

Ella duerme, no perturbemos su reposo.

El momento es supremo: de rodillas pues, de rodillas i como el ánjel del Señor, por ella, oremos tambien!

Santiago, agosto 11 de 1871.

Ruperto Marchant Pereira.

PÁJINAS DEL ALMA.

(Conclusion.)

»Mis ilusiones no han sido sino engañadoras visiones del sueño de mi pensamiento!

«Fantásticos mirajes del desierto.

«Tristeza, amargura, ingratitud es esto »lo único que me reserva el porvenir.»

De acuerdo con otros amigos Jorje hacia llegar a oidos de Elisa noticias vagas e inciertas que acusaban a Alfredo de una inconsecuencia i lijereza de sus sentimientos, que estaba mui distante de ser la verdad. Decian que esa inconsecuencia habia sido la causa de una violenta resolucion tomada por Luisa la mayor de las hijas de don Diego. En efecto, en esos dias, Luisa habia tomado el hábito en uno de los conventos de la ciudad.

Léjos de ser Alfredo el causante de esa determinacion, con su influjo i consejos, habia procurado disuadir de ella a Luisa aceptando su ejecucion en vista de sus reiteradas instancias de Luisa i persuadido de que obedecia a una santa cuanto noble inspiracion.

Esta era la verdad.

Mas esa gratuita cuanto injusta inculcacion a la que se atribuia un odioso carácter unido a multitud de otros mezquinos chismes repetidos por diversas personas a Elisa concluyeron al fin por sembrar la duda en su corazon.

La duda hizo nacer la desconfianza. Las cordiales relaciones que los unia comenzaron a entibiarse.

Poco a poco la semilla del mal producia sus frutos. Alfredo creyó al fin necesaria una esplicacion.

La exijió de Elisa.

Esta se negó a tal pretension creyéndose ofendida en su amor propio si accedia a satisfacerla.

La tempestad preludiaba su aparicion.

Un paso mas i el triunfo de Jorje seria completo.

XI.

Pasaron seis dias, durante los cuales Alfredo, imponiendo muralla de bronce a su deseo se privó de visitar a Elisa.

Decidióse por fin a hacerlo.

Su visita fué breve.

Elisa se manifestó dominada por una glacial indiferencia.

Al abandonar dicha casa su frente ardia.... Sentia un calor abrasador....

Instintivamente penetró a un café i pidió helados.

Sentado en una mesa, colocado en un rincon apartado del salon, oia el choque de las copas i la alegre i bulliciosa risa de un grupo de jóvenes que se hallaba en el salon siguiente.

De repente, una voz que domina a toda la concurrencia dice «amigos, una copa por el triunfo de Jorje!»

Alfredo tuvo entónces ocasion de oir de los labios de éste la relacion de una ventura escandalosa en que la heroína era la pura i anjélica niña que llevaba el nombre de Rosa Amenábar.

No fué dueño de contenerse.

¿Cómo tolerar tanta infamia?

Sin dar tiempo a la reflexion, atravesó rápidamente el salon en que se hallaba.

Un rayo del cielo no habria sorprendido mas a esa turba de jóvenes libertinos.

Todos callaron....

Alfredo se dirijió directamente al lugar en que se hallaba Jorje, diciéndole «si fueses un caballero, en buena lid te haria lavar con sangre la infamia de tu conducta, pero miserables como tú deben ser escarmentados de otro modo.»

Un terrible puñetazo derribaba en tierra a Jorje, quien al intentar incorporarse, recibia otro i otro mas, que lo hacian caer sin sentido sobre la alfombra.

De los compañeros de Jorje, unos se escapaban lijeramente, i otros presenciaban en silencio este incidente, que tardaba en su ejecucion ménos tiempo del que empleamos en describirlo.

Alfredo entretanto, llamaba al dueño del café, pagaba bien su silencio i le ordenaba hiciera conducir a Jorje en un carruaje a su casa, cuyas señas le daba de un modo detallado.

Al llegar, Alfredo a su casa una fiebre violenta se habia apoderado de él.

XII.

Vamos a terminar....

La familia de Jorje una vez realizada la curacion de la enfermedad de éste i cuya causa relatada por él era debida a un brutal arrebato de Alfredo habia regresado a Valparaiso.

Alfredo, restablecido apénas de la fiebre que le habia hecho guardar cama durante varios dias, quedaba en un estado de pos-

tracion i debilidad que infundia serios temores por su vida.

Pasaba horas enteras encerrado en su cuarto sin mas sociedad que la de su inseparable amigo Ricardo, i de la familia Amenábar.

Un dia recibió por el correo una carta de Valparaiso.

Lo abrió.

Contenia dos tarjetas.

La una decia «Fernando Rojas.»

La otra «Elisa Lopez de Rojas.»

Era el último acto del drama a que podia titularse «la venganza de Jorje.»—

Momentos despues, el médico declaraba el estado de la salud de Alfredo, como un caso desesperante.....

Sinembargo, vivió todavia un mes, agotándose poco a poco sus fuerzas físicas, hasta su completa estincion.

Durante todo ese tiempo, Ricardo no se apartaba un solo instante de su lado.

Alfredo habia solicitado i obtenido para él la mano de Rosa, haciendo así la felicidad de esos dos seres.

Su última determinacion fué disponer de los bienes que habia logrado adquirir, a favor de la familia Amenábar, encargando a Ricardo velara por la suerte de Elisa a cuyo efecto designaba cierta pension que habia de invertirse únicamente en socorrer sus necesidades, en el caso poco probable, pero posible, de un reves de fortuna o de una desgracia.

Este fué el digno término de la vida de Alfredo. Rodeado de los consuelos de la relijion, exhalaba su postrer suspiro, en medio de las lágrimas de sus verdaderos amigos.

XIII.

Han pasado diez años.

La familia de Elisa ha sufrido considerables pérdidas en sus negocios.

Esos pesares le han sido funestos.

Sus padres han sucumbido al peso de esos sentimientos.

Elisa ha visto desaparecer los seres mas queridos a su alma.

Su esposo, a quien sin poder amarlo ha respetado por deber i por gratitud a sus esfuerzos en complacerla i hacerla feliz, tambien desaparece, despues de pocas horas de enfermedad.

Dios le ha concedido la dicha de tener una hija.

Consagra a ella todos sus desvelos....

No obstante haberse trasladado a la capital para vivir mas económicamente, el aguijon de la necesidad se hace sentir!

La Providencia escucha sus ruegos.

Ricardo cumple la voluntad de su amigo.

Una modesta pension entregada mensualmente por él, permite a Elisa el atender a la educacion de su hija.

El alma de Alfredo vela desde el cielo por su porvenir.

La familia Amenábar vive eternizando el recuerdo de su protector.

Ricardo ocupa hoi las habitaciones de Alfredo, en las cuales ha querido conservar todo los muebles i útiles de su amigo, reliquias segun él de un mártir por la mas noble i la mas elevada de las causas, la del amor.

Jorje reside en una provincia del norte, ganando un mezquino sueldo i considerando su miserable estado como un castigo de su depravacion.

I ahora nuestros lectores comprenderán la causa que hacia a Elisa i Ricardo orar, con tan ferviente celo en la tumba de Alfredo Diaz el 1.° de noviembre de 186....

La virtud nunca muere.

El recuerdo la hace inmortal!

Santiago, noviembre 15 de 1870.

LUIS LARRAIN ZAÑARTU.

Contenido de este número.

I.—¡Cosas de niños!
II.—Lima, por F. G. E.
III—Epigramas, poesías, por Zorobabel Rodriguez.
IV.—Publicaciones periódicas que se hacen actualmente en Chile.
V.—De las asociaciones católicas, conclusion, por José Bernardo Lira.
VI.—El Anjel de la noche, por Ruperto Marchant Pereira.
VII.—Necesidad de las buenas obras, por Francisco J. Zuazagoitia, presbítero católico.
VIII.—Páginas del alma, conclusion, por Luis Larrain Zañartu.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, agosto 20 de 1871. Núm. 203

LECTURA LITERARIA

DADA POR EL SEÑOR DON VENTURA BLANCO EN EL CLUB DE "AMIGOS DEL PAIS" EL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1871.

Señores:

Escuso invocar vuestra benevolencia. Sé que la concedeis ampliamente a todo el que trae su contingente de trabajo i de buena voluntad a la obra en que estais interesados i que nos es comun a todos los que profesamos una conviccion sincera i franca.

Guiado por el deseo de cooperar al sostenimiento de estas conferencias, a que vinculo yo inapreciables ventajas para el porvenir, i para el robustecimiento de los lazos de fraternidad que nos unen, no debi rehusar el honor que se me hacia ofreciéndoseme un lugar entre los que debian hacerlas en el año que corre.

En el primer momento concebi un plan vasto e interesante:

¿Qué se ha hecho en materias literarias en Chile en los diez últimos años?

Para llevarlo a cabo habria necesitado tiempo, estudio, meditacion, imparcialidad i franqueza.

Creedme; habria tenido valor para decir mi pensamiento, tal cual lo concebia, sin atender a consideraciones de ningun jénero. Me ha faltado el tiempo para madurar mis juicios. Si hubiera procedido inconsideradamente, habria tenido quizas que arrepentirme mas tarde.

Pero si no me ha sido posible cumplir mis propósitos en toda la latitud en que los formé, traigo, al ménos, a vuestra consideracion algunas ideas jenerales que no son en nada estrañas al têma, que espero desarrollar mas tarde, si Dios me lo permite.

Estas pájinas, a que la amistad va a dar un amistoso hogar en un precioso libro que pronto verá la luz pública, espero, que serán oidas con interes, no por su mérito intrinseco, sino por el pensamiento que las ha dictado i la materia a que se refieren.

I.

La literatura chilena no remonta su nacimiento a una fecha mui antigua. Desde el año 42 hasta el dia es quizás, sin ser exajerados ni nimios, el mayor periodo de duracion que podemos asignarle.

Sinembargo, desde entónces acá ¡qué sinnúmero de trasformaciones! ¡qué notables diferencias!

Pasada la lucha de la independencia, en que nuestros padres pelearon como valientes i como buenos, quedaron subsistentes muchos jérmenes de atraso, infinitos errores, vicios de todo jénero. Se habia andado mui de prisa; no habia bastado el tiempo para hacerlo todo, ni habria sido humanamente posible exijirlo.

Todo faltaba; era menester crearlo todo. Las universidades, ha dicho un escritor, contaban por centenares sus doctores, i sinembargo en todas ellas no habia una sola cátedra de humanidades.

Los ensayos literarios se resintieron naturalmente de los defectos que nunca faltan en las primeras obras. Las composiciones poéticas de esa época, en que aun retumbaba el eco de los cañones i se percibia distintamente el humo de los combates, eran informes, defectuosas.

El entusiasmo, la inspiracion, la fé en el porvenir que las inspiraban, desconocian las reglas de la métrica. Era la naturaleza espontánea, fecunda, como lo es todo en América, la que cantaba, la que hacia poetas a los que no tenian otra escuela que las canciones de los copleros, ni habian estudiado otros maestros que los versos que entonaban los ciegos en sus guitarras.

Si el poeta nace, no da a sus obras la perfeccion, ni la regularidad, siquiera cuando falta el estudio, cuando se desconocen por completo las reglas del arte.

La libertad, que todo lo crea, habia hecho prodijios, pero no habia podido infundir ciencia a los ignorantes de la víspera, a los que cuando cantaban obedecian ciega i forzosamente a la inspiracion que bulle en la cabeza, que mueve el corazon.

Pero no era solo el estudio, la escuela, el ejemplo, el libro, lo que faltaba; habia un verdadero menosprecio por todo lo que se rozaba con las letras. Los poetas, si entretenian, si de vez en cuando ganaban fama, si arrancaban aplausos, no conseguian ni estimacion ni fortuna.

I no obedecemos a la mania de empequeñecer ni de motejar el pasado, cuando consignamos estos hechos, que saltan a la vista, del que estudia nuestra historia sin preocupacion, sin juicios formados de antemano, sin la pretension de amoldarlo todo al gusto o escuela que se sigue.

I sinembargo no son escasos los poetas, o mejor dicho, los rimadores cuyos cantos corren impresos en los pocos periódicos que en esa época se publicaron para dormir mas tarde entre el polvo i las telarañas de nuestras bibliotecas un largo sueño, interrumpido, mui raras veces, por los aun mas raros curiosos que van a investigar en ellos lo que pensaron, lo que dijeron, lo que fueron los hombres de ese tiempo.

El mal no era solo de Chile. La América española entera adolecia de él. I era lójico que así sucediera. Aunque dividida en porciones señaladas con distintos nombres en las cartas jeográficas, un mismo pasado, unos mismos intereses, unas mismas virtudes i unos mismos vicios formaban un lazo que las mantenia unidas no solo en el campo de las armas, sino tambien en el de las letras i de la industria.

Sinembargo la tarea empezada en medio de tantas dificultades, sin horizontes, sin atmósfera que la diera aire, aliento, luz, llegó a hacer escuela i a formar poetas notables, completando la obra de la naturaleza con el estudio i el arte.

Bello, Echeverria, Sanfuentes, Lillo, Olmedo, Pardo, Marquez, Matta, Walker Martinez, unos ayer, otros hoi, han llegado adonde los mas soñadores no osaron siquiera imajinar, mereciendo alcanzar un lugar honroso entre los poetas que han cantado en la lengua de Garcilazo i de Cervantes.

Cuando se leen sus obras, el crítico mas severo no puede ménos de reconocer lo que asentamos con el convencimiento que ha formado en nosotros el tiempo, i que fué en nuestros primeros años entusiasmo i obediencia a esa atraccion misteriosa con que arrastra el jenio en pos de si hasta a los ignorantes de las reglas, pero que tienen el alma templada para el sentimiento i la admiracion de la belleza.

Hubo en los primeros momentos de despertar de Chile a la vida de las letras, un valor i una audacia no comun para intentarlo todo. Como se ha observado con no poca justicia la idea de que basta querer algo para conseguirlo es todo, i que se puede ser poeta, orador, filósofo, político con solo la voluntad de alcanzarlo, habia impulsado a muchos a entrar en la nueva senda, cuyo término mui pocos veian, pero que, sin duda alguna, guiaba a un mundo de mas luz, de mas esperanzas, de mas brillante i fecundo porvenir.

El movimiento literario en América coincidia con la reaccion que esperimentaba en España. Allá es verdad que habia un pasado glorioso, nombres inmortales, escuela formada por injenios que habian descubierto i trillado el camino, pero no habian faltado las vacilaciones, habian abundado las sombras. Esa ajitacion, ese movimiento de progreso encontró eco en América, que gozando de los inapreciables tesoros de la libertad política pudo aprender en las obras de aquéllos i dar a la estampa los cantos de sus poetas.

Apesar del influjo de la literatura española. La América dió a sus composiciones cierta orijinalidad, un carácter propio, peculiar. La idea democrática, las glorias de la patria, la fé ciega en el porvenir de la república daban a todas ellas un tinte de nacionalidad bien marcado.

Con estricta verdad podriamos decir lo que Denham dijo con tanta felicidad de Cowley «Il porte le costume, mais non l'etoffe des anciens.»

La América es el nuevo mundo en el mas lato sentido de la palabra. Todo en ella es la reaccion del pasado. Formas de gobierno, abolicion de clases, igualdad i justicia en todas partes; hé aqui inmensos horizontes en que puede esplayarse la imajinacion de los poetas, en que puede lucir sus galas el injenio.

Hai una nueva poesia, nueva por sus asuntos i por su forma, por las ideas que consagra i los nombres que preconiza, i ella es fruto de la América independiente.

I se concibe esta diversidad que hace una peculiaridad de los cantos de nuestros poetas. Una naturaleza espléndida, un cielo encantador, montañas que ocultan sus crestas en las nubes i celajes, la fraterni-

dad i la libertad inspirando a todos ideas de mas porvenir, arrastrando en pos de si jérmenes mas benéficos i fecundos de bien, bastan, sobran para crear una literatura americana, para formar una escuela, o un sistema en que todo sea grande, jeneroso i elevado.

¿Qué no ha cambiado en el siglo que corre en América?

¿Quién habria presumido que llegara a ser lo que es hoi?

La poesia, reflejo del mundo esterno i síntesis de las conquistas de la época en todas las esferas de actividad i de trabajo ha sufrido necesariamente las variaciones que ha esperimentado el mundo en que vivimos.

Si bien es cierto, como lo observa un escritor chileno, que el corazon humano es idéntico en todos los paises i bajo todos los climas, i, que, siendo idéntico es natural i lójico que los sentimientos que lo hacen latir, apesadumbrarse o conmoverse, se asemejen i se espresen del mismo modo, no es ménos cierto tambien que el corazon humano es como la bóveda del firmamento, iluminado por infinitos astros, unos cercanos, otros remotos i un gran número de ellos visibles únicamente para los hombres que moran en este hemisferio, i completamente invisibles para los que habitan en el otro.

¿Habria soñado álguien en cantar los prodijios de la electricidad que une a los mundos por medio del alambre i del vapor que trasporta con la velocidad del rayo los hombres i los productos de los mas remotos climas? ¿Habria álguien presentido la revolucion social que, proclamando como programa i bandera los principios del Dios-hombre, vino a cambiar de un golpe la faz de la humanidad entera? estrechando con abrazo de fraternal union los enemigos de ayer, elevando a la mujer, purificando el hogar, salvando, en una palabra, del naufrajio del vicio i del mal a la sociedad entera?

¿Pudo álguien juzgar hacederos, practicables los sueños de Platon consignados en su libro *de República*?

Si; todo esto es hoi una realidad que ni sorprende, ni hace parar siquiera la atencion, porque se repite a todas horas, porque se infiltra insensiblemente en todos los actos de la vida, porque se mama en la leche a los pechos de la madre porque se vé en el momento mismo en que se abren los ojos a la luz.

¿Cantará lo mismo a la libertad el que la conoce solo de nombre, que el que ha gozado de sus dones mas preciados?

Es indudable la influencia de las nuevas ideas en la poesia americana, en que chispea un ardor desconocido, en que bullen la inspiracion que fecundiza la libertad, que alimenta el jénio, que se engrandece respirando sus brisas, contemplando sus fértiles valles, bordados de vejetacion eterna, cortado por caudalosos rios, limitados por colinas que dejan ver mas allá las nieves de los Andes, tan hermosas i eternas como sus rocas de granito.

Si la poesia americana, principalmente la lírica, tiene muchos puntos de contacto con la de otros paises europeos, como el hombre de allá, i los de aqui tienen ojos, frente i nariz, hai en ella muchos caractéres que le son propios que la separan de aquella, que le dan una personalidad distinta.

Esta es nuestra conviccion; encontramos en los poetas americanos mucho que no vislumbramos siquiera en los europeos. Pueden tener mas rudeza, ménos arte, pero hai en sus obras un mundo nuevo, cuyas irradiaciones forman escuela, dan vida i animacion a una literatura entera.

II.

Pero si la poesía americana ha sido pobre en algun jénero es sin duda en el romance.

I éste no es falta que sea solo peculiar a la América. En España mismo la reaccion contra el romance habia hecho numerosos prosélitos.

«Aunque el mismo Apolo, decia Hermosilla, viniese a escribirle no le podria pintar ni la medida, ni el corte, ni el aire, ni el sonsonete de jácara, ni el estender ni variar en él los períodos, cuanto piden alguna vez las epopeyas i las odas heróicas.»

Cuando el duque de Rivas publicaba en 1840 sus romances, habia una verdadera escuela que lo proscribia como indigno del parnaso español i como metro despreciable i chabacano.

No es nuestro intento ni cumple a nuestro propósito venir a hacer la vindicacion de semejante jénero de composicion. Apuntamos el hecho, para esplicar por que

no es raro que ántes de ahora mui pocos poetas americanos hayan escrito romances, i ménos aun hayan tratado de esplotar en él los ricos e inagotables tesoros que suministra el pasado de hermosas i sentidas tradiciones, de encantadoras leyendas.

«Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra primera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja a todos los temas, a todos los matices, a todos los asuntos imajinables en manos de nuestros mejores poetas; i que ya rudo, vigoroso i desaliñado, ya galano i florido, ya tierno i melancólico, ya templado i armonioso, ya jovial i satírico, se ostenta siempre con la mayor riqueza en nuestro parnaso; es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone a la opinion jeneral.»

La precedente cita del duque de Rivas nos escusa todo comentario, porque seria inoficioso i estemporáneo por demas.

Basta leer los romances del Cid, los de Esquilache, los del duque de Rivas, para comprender la verdad de las observaciones del literato español, i justificar el metro escojido por nuestro amigo Cárlos Walker Martinez en sus romances americanos.

Las ventajas con que el romance se presta para toda clase de asuntos i las facilidades de la asonancia, lo hicieron familiar hasta la vulgaridad.

Si manejado por Lope de Vega, Calderon, Melendez i Góngora, no habian descendido de la altura a que lo colocaron al lado de las otras composiciones literarias, fué maltratado en manos de adocenados copleros, que se atrevian a llamarse poetas, porque rimaban dislates i vulgaridades de todo jénero.

Al decir de un injenio español, apénas han escrito romances los poetas posteriores de Melendez, despreciándolo por otros metros mas artificiosos tomados del italiano, i que, a primera vista, mejor se amoldaban a los asuntos que en ellos se queria cantar.

¿Es acaso por esto el romance ménos apropiado para cantar la belleza, para traducir los sentimientos del alma, para estigmatizar el vicio, para ensalzar la virtud?

¿Se amolda acaso mas la silva o la octava que el romance a la espresion de los afectos e ideas del poeta?

No lo creemos. Pueden llegar los preceptistas a fijar reglas, mas o ménos precisas para la eleccion del metro, segun sean los asuntos, pasiones o pensamientos que deban espresarse; pero ello no pasará de una nimiedad ridícula que pugna con los hechos, que recibe su confirmacion de falsedad con solo rejistrar las obras de los poetas españoles i americanos.

No se llora mejor en el soneto que en el romance; ni la grandiosidad ni lo sublime se traducen mejor que en él, en la octava o en el tercero.

El romance, como cualquier otro metro, se presta a todo asunto, ya sea histórico, ya relijioso, ya sublime, ya filosófico, ya alegre o ya serio.

¿Qué no puede cantarse en el romance?

Cualquiera que sea su orijen, créase con Bouterwech que lo supone derivado de los cantos de los soldados romanos, o con muchos otros críticos modernos que le señalan como orijen del árabe, o con el siempre recordado sabio primer rector de nuestra Universidad, don Andres Bello, «que es una produccion indíjena del suelo español» nadie podrá recorrer el «*Cancionero jeneral*, sin encontrar justa, filosófica, por demas, la restauracion del romance para todo jénero de composiciones.

Entre los muchos romances que tenemos a la vista, escojemos las estrofas siguientes:

«Sobre el cuerpo de Albenzaide
Destila líquida plata
I convertida en cabellos
Esparce el oro de Arabia.»

.....

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde i blanco
Entre espadañas i juncos
Bañaba el agua del Tajo,

I las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos
I todo el árbol dos vides
Entre racimos i lazos;

Al son del agua i las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides i árbol.

Este con llorosos ojos
Mirando estaba Betardo,
Porque fué un tiempo su gloria
Como ahora es su cuidado.

La exajeracion, el tinte oriental de su forma, la manera de decir, la dulzura i sencillez que en ellos se traslucen, nos parecen inimitables, i valen tanto como una série de ejemplos, que podriamos hacer valer para justificar nuestra asercion.

El romance, que recuerda las hazañas de los primeros tiempos de la nacion que nos dió su relijion, su idioma, sus costumbres, sus manera de ser, en fin; que tanto se presta para las narraciones i descripciones que tambien se amolda al diálogo es el metro escojido por nuestro amigo para recordar algunas de las muchas leyendas, de esos sencillos recuerdos de otras edades, que, a medida que el tiempo las aleja, permiten ver mas de bulto i en mayor relieve, acciones heróicas, hechos que asombran, empresas que involuntariamente traen a la memoria las relaciones mitolójicas de aquellas edades en que los Titanes escalaban el cielo i en que Júpiter descendia a la tierra convertido en lluvia de oro.

(Concluirá.)

EL LABRADOR MEJICANO.

(IMITACION DE UN TROZO DE SOLIS.)

A mi querido amigo Cárlos Walker Martinez.

Con severo continente
I por el cielo inspirado
Así hablaba a Motezuma
Un labrador mejicano.

«Ayer paseaba, señor,
Solitario por el campo
A la hora en que el sol se hundia
Entre las nubes de ocaso,

«Cuando a mi vista pasó
Ave de inmenso tamaño
Armada de férreas uñas,
Vestida en plumaje vario.

«Miéntras la miraba atónito,
Ella, su vuelo bajando
Hácia mi, presta cojióme
I remontóse mui alto.

«Sin darme cuenta de mi
Largo trecho en el espacio
Por sus garras sostenido
Fui pavoroso cruzando:

«Hasta que, abatiendo el vuelo,
Me dejó mudo i turbado
En una gruta sombría
Abierta entre los peñascos.

«Ví allí, señor, como un hombre
Vestido de réjio manto,
De suaves fragantes flores
Dormia en un lecho blando.

«En torno las frescas auras
Soplaban aromas gratos,
I encendido se veia
Rico pebete en su mano.

«Acerquéme mas i ví....
Yo no podria afirmarlo
Si fué tu misma persona
O una sombra tuya acaso.

«Iba a apartarme al instante,
Respetuoso o aterrado,
Pero una voz mas que humana
Detuvo mi incierto paso,

«I me ordenó que la antorcha
De tus manos arrancando
Llegara al desnudo muslo
Que no te cubria el manto.

«Negarme quise a cumplir
Tan sacrílego mandato;
Pero la tremenda voz
Sonó otra vez en lo alto.

«I yo mismo, todo trémulo,
Ya que el resistir fué vano,
Apliqué al muslo la antorcha,
Del miedo mismo esforzado.

«Tú no despertaste; muerto
Te habria quizas juzgado,
Si tu respirar tranquilo
No dijese lo contrario.

«Mirábate asi....mas luego
Prorrumpió ese acento arcano
Que formarse parecia
En medio del aire vago:

—«Así se aduerme tu rei
«En el deleite i el fausto,
«Sin temer la justa cólera
«De los dioses indignados.

«Tal duerme, miéntras su imperio
«Cercan enemigos tantos
«Que a hundir su trono i sus templos
«Llegan de mundos lejanos.

«Dile, dile que despierte
«A conjurar, si aun le es dado,
«Los peligros que amenazan
«Su corona i sus vasallos.»

«Habló: i el águila audaz,
Conmigo otra vez cargando
Cruzó el aire largo trecho
Hasta volverme a mi campo.

«I yo, cumpliendo obediente
De los dioses el mandato,
Te digo:—Despierta, o rei,
Despierta de tu letargo.

«Mira que ya están los cielos
Con justa causa irritados
Por tu crueldad i avaricia
I por tu orgullo nefando.

«Despierta, i vé como duermes,
Pues a conjurar son vanos
Cauterios de la conciencia
Tu corazon descuidado;

«i es imposible no sepas
Que ántes al cielo llegaron
Que a tu oido, los clamores
De tus miseros vasallos!»

Así, con noble entereza
I por el cielo inspirado,
Habló al alto Motezuma
Un labrador mejicano;

I despues a paso lento
Se retiró del palacio
Dejando a la corte atónita
Con sus funestos presajios.

Inmolarlo a sus furores
Pretende entónces el tirano;
Pero, contiene su cólera
Repentino sobresalto;

Que, al tocarse el muslo halló
Signo de fuego grabado
I agudo dolor sentia
Sus entrañas devorando.

1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

DISPARATES SON TRIUNFO.

El mundo es nuevo? el mundo es viejo?

Los jeólogos, que apénas han alcanzado a arañar la superficie terrestre, dicen que es viejísimo, i de aquí deducen una consecuencia mui importante para ellos: luego la relacion de la Biblia es falsa; luego..... luego.... i lo demas.

Con tan piadoso objeto *El Diario de Cundinamarca* publica un artículo del aleman Karl Vogt, en el cual se hallan algunas cosas bien dignas de atencion.

«El cráneo del hombre primitivo, del »neto salvaje, dice el autor, se parece en »todo i por todo al cráneo del mono, como »se vé hoi en algunas tribus bárbara del »África. En las épocas posteriores, hasta »llegar a las de las habitaciones lacustra»les, el cráneo se agranda paso a paso i se »aparta del tipo del mono a medida que la »civilizacion crece, salvo diferencias en »cuanto a la frente i las mandíbulas que »persisten como caracteristicas de algunas »tribus en que predominaba la conforma»cion africana.»

En cuanto al parecido del cráneo del hombre al del mono, nada tenemos que decir; lo único que notamos es que el teatro de la esperiencia lo haya ido a buscar en África, pais poco esplorado i ménos sus tribus bárbaras. En cuanto al crecimiento del cráneo, debe verificarse tan paso a paso o tan poco a poco, que en los millones de años de la edad que se supone al mundo no ha llegado sino a la medida que hoi tiene, o empezó como la cabeza de un alfiler. Todo puede ser, que el campo de las conjeturas es inmenso, i en este bajo mundo no hai

como soñar despierto. Pero convinciendo en el progresivo desenvolvimiento del cráneo: ¿a qué tamaño llegará cuando crezca la civilizacion, a cuyo compas se agranda? vendrá a ser como una calabaza, i luego como un tonel, i luego.... Entónces, la única dificultad que puede ofrecerse será la de la locomocion; pues los hombres, con semejantes cráneos que le han crecido por efecto de la civilizacion, no podrán moverse de un lugar, o tendrán, pobres de los que viven entónces! que caminar a tumbos. Aquí fuera bueno pedir, o que el sistema sea falso, o que no avance la civilizacion.

Como en «el hombre, segun dice el autor, se han realizado trasformaciones »análogas a las que han tenido los otros »organismos», será de verse de aquí a unos años lo grande del cráneo de un burro o de un elefante, salvo que la civilizacion sea el *sine qua non* para el desenvolvimiento del cráneo; pero entónces vendria abajo el principio de que los organismos han tenido trasformaciones análogas. El discreto lector escojerá lo que mejor le parezca; aunque seria lástima que siendo iguales las trasformaciones, la falta de civilizacion dejara estacionario el cráneo del burro i solo el del hombre fuera creciendo, creciendo, hasta llenar el mundo. Válgame Dios! i que esto se escriba! i que esto se imprima! Pero sigamos.

«De edad en edad las mandíbulas apare»cen ménos poderosas i salientes, dice el »señor Vogt, i los huesos frontales adquie»ren una posicion cada vez mas vertical, »lo mismo que el rostro. Se vé clara la »accion que sobre el organismo ejerce la »cultura intelectual.» Esto es claro como el agua clara; i ahí será de ver con el tiempo i la cultura intelectual, el cráneo a ganar terreno i las mandíbulas a perderlo, i a los huesos frontales en retirada para adelante.

«Pero no fueron como quiera salvajes »los antepasados del europeo actual, agre»ga, sino antropófagos por añadidura.» Esta es suposicion gratuita que no descansa en sólida prueba, lo mismo que la intencion que supone a esos antropófagos de comerse a «los enemigos muertos en el »combate, persuadidos de que por este me»dio trasladaban a su cuerpo las ventajo»sas cualidades del difunto.»

Hasta ahora se habia creido por todos que cuando un antropófago devoraba a su enemigo lo hacia por saciar el hambre; pero esta nueva suposicion gratuita era necesaria para poder agregar lo que sigue: «lo que indica obedecian a creencias reli»jiosas, análogas a las de varias tribus mo»dernas que para identificarse a su Dios »se lo comen.»

En todo el artículo se descubre el propósito de atacar la relijion bajo el especioso velo de la ciencia.

¿I qué hicieron los hombres en los mil o dos mil siglos, i acaso mas que los jeólogos asignan de edad al mundo? Esperar pacientemente a que les creciera el cráneo, entreteniéndose miéntra tanto en devorarse unos a otros.

De repente, ved una maravilla! como las flores brotan de la noche a la mañana, les creció el cráneo! pues los mayores progresos en la ciencia, en las artes, en la industria datan de pocos siglos: los globos aerostáticos (1783), el termómetro (1600), el barómetro (1643), el vapor aplicado a la navegacion (1735), la brújula (1303), las bombas para incendios (1521), las bujías (1300), el reloj (1500), el café (1615), el tabaco (1559), el caucho (1750), los caminos de hierro (1823), el cloro (1774), el chocolate (1662), la quina (1648), el lacre (1620), el daguerreotipo (1839), las esclusas (1481), los alfileres (1543), el fusil (1704), el gas (1750), la gutapercha (1840), la ulla (1200), la imprenta (1455), la linterna májica (1650), la litografía (1799), los anteojos (1317), el telescopio (1600), el microscopio (1590), el papel (1300), el pararrayo (1757), el galvanismo (1792), los empedrados (1184), el péndulo (1649), el fósforo (1617), las patatas (1785), los correos (1464), la pólvora (1280), el telégrafo (1793), etc. etc.

I si vamos a sistemas i a conjeturas, i a suposiciones falsas, i a deducciones ilójicas, i echar números por copas; esto es, a sueños de la fantasía, nosotros citaremos un cómputo sobre la edad del mundo que no le va en zaga al del gran jeólogo Karl Vogt.

Arago refiere el siguiente, segun Hesiodo.

La duracion de la vida del hombre es de.....	96 años.
La corneja vive nueve veces mas que el hombre.....	864 »

El ciervo, cuatro veces mas que la corneja..... 3,456 »
El cuervo, tres veces mas que el ciervo..... 10,368 »
El fénix, ave que renace de sus cenizas, nueve veces mas que el ciervo..... 93,312 »
Las amadríadas, diosas que vivian en los troncos de los árboles, principalmente en los de las encinas, diez veces mas que el fénix.....933,120 »

«Hesiodo, agrega M. Arago, despues de tanto atrevimiento, declara sinembargo que ignora absolutamente cuanta es la duracion del grande año, i que Dios solo puede conocerlo.»

¡Vaya que Hesiodo deliraba ménos que el jeólogo del crecimiento del cráneo i de los europeos antropófagos!

LA GOLONDRINA I EL PRISIONERO.

—Centinela ¡alerta!

—¡Qué hórrida voz! Cada vez que ese lúgubre eco retumba bajo estas negras i húmedas bóvedas, se me figura oir el lejano i plañidero sonido de una campana funeraria. Alerta! dice el guardian de los subterráneos, alerta! responde el centinela de los calabozos, alerta! repite desde las almenas el soldado en su garita i alerta! alerta! contestan una i cien veces las piedras i los muros, rechazando i repitiendo ese eterno i desesperante clamoreo. Oh! los dias se suceden a los dias, las noches a las horribles noches; pasan los meses, llegan los años i cuando la rueda del tiempo lenta i pausadamente ha dado por fin una vuelta en torno de su eje, el grito de alerta! me hace conocer que de nuevo va a principiar la misma serie de sufrimientos i de inacabable martirio!.... No puedo mas. Separado del trato i comunicacion de los hombres sin mas compañia que mis lágrimas, uno a uno he visto disiparse i caer todos mis ensueños i todas mis esperanzas de libertad, de una libertad que parece no ha de llegar jamas!....

—Centinela ¡alerta!

—Maldicion! maldicion! ese grito me asesina; ese grito mas que estos pesados grillos ahonda i cava la tumba que ha de encerrar mis huesos. La tumba! ¡qué digo? ¿Acaso no es ésta la fosa que un verdugo inhumano cavó para mi sepulcro? ¿Acaso esas hendiduras a cuyo traves filtran blancas i amarillentas hilachas, no son las mismas que adornan las bóvedas destinadas a contener los féretros? ¿Acaso ese sordo i apagado ruido que resuena sobre mi cabeza, a mis piés i en torno mio, no es el mismo que hace el roedor gusano, único ser viviente, único habitante de las sepulturas?.... Si, sí, yo no lo puedo dudar, enterrado en vida, tendré que beber gota a gota la mas amarga hiel i el mas atroz veneno, hasta que una muerte horrible venga a arrancar de mi pecho una existencia que aborrezco!....

—Centinela ¡alerta!

—Todavia! ¿no tendré pues ni un solo instante de reposo? ¿hasta mi último momento tendré que escuchar ese infernal eco, que me despedaza el alma i me atosiga?.... Nó, nó, es menester abreviar esta tortura, es menester poner un término a este suplicio.... no hai remedio, me arrancaré la vida con mis propias manos!

Diciendo esto el infeliz prisionero se lanza hácia la ventana i afiebrado, delirante, se cuelga de los barrotes para precipitarse despues sobre las baldosas de su prision. Con el cabello herizado, desencajados los ojos, pálido, cadavérico, crispadas las manos i espumante la boca, da una última mirada al cielo cuyo límpido azul brillaba con los ardientes rayos del sol de mediodia. Una golondrina, aleteando, vino a posarse cerca, mui cerca del prisionero; de su pescuezo pendia una cinta verde, sus negras alas se movian con pasion i un triste canto ajitaba las delicadas plumas de su alba pechuga.

—Es ella! es ella!—balbuceó el prisionero, devorando con su mirada aquella avecita o mas bien aquel mensajero de esperanza i de consuelo—Ah! no todos me han olvidado, aun hai álguien que se acuerda de mi.

Una trasformacion completa se habia obrado en el prisionero. Como por encanto desaparecieron las téticas ideas que bullian en su cerebro i anublaban su frente, sus ojos brillaron con abrasadora llama i dos lágrimas de fuego rodaron por sus meji-

llas que aunque pálidas, se tiñeron por un instante de un vivo i sonrosado carmin. Un rayo de esperanza habia bastado para apagar en aquella alma lacerada la tremenda hoguera que encendiera la desesperacion. Aquel hombre acababa de olvidar toda una vida de sufrimientos i de amargura; aquel hombre habia vuelto a renacer.

—Oh! sí, esclamó, no hai duda, es ella quien me envia esa avecita, el corazon me lo dice i luego esa cinta verde que trae atada en torno de su pescuezo; esa cinta, símbolo de la esperanza....oh! yo voi a volverme loco; ella me ha querido significar que pronto quizas va a terminar mi largo i penoso cautiverio ¡qué dicha! volveré a respirar el aire puro de la libertad; mis ojos volverán de nuevo a contemplar ese hermoso cielo i los árboles i las flores; volveré de nuevo a recorrer la esmaltada pradera, el cristalino arroyuelo i los montes i las selvas; mis manos, libres por fin de estas cadenas, podrán estrechar otras manos, cuyo contacto borre i disipe el hielo con que el acero ha impregnado mis huesos. Oh! qué feliz soi! otro corazon contestará a los violentos latidos del mio, otras palabras responderán a mis palabras. Voi a volverla a ver, a ella, al ánjel de mi vida; a ella, a quien tanto amo; a ella, que me acaba de salvar de una muerte cierta i cruel....Libertad! libertad! ven i no tardes; apresúrate, llega ven a sanar las sangrientas heridas de mi corazon...—Vuela, vuela preciosa golondrina, vuelve al lado de mi amada, vuelve i dile que me has visto, que la bendigo i....que espero!

La golondrina estendió sus lustrosas alas i dejando oir un dulce quejido, se remontó en los aires. El prisionero la seguia con la vista i aun mucho despues que ya habia desaparecido, él permanecia siempre con los ojos fijos en el punto donde le pareció verla por última vez.

Cuando el sol se ocultó en el horizonte i que las tinieblas comenzaron a envolver el cielo, el prisionero se soltó de los barrotes i enternecido se postró de rodillas en el fondo de su calabozo i ahí con la frente pegada en tierra, pidió perdon a Dios por haber desconfiado de su bondad.....

.....

Tres dias mas tarde, se abrian las puertas de su cárcel i alegre i venturoso en brazos de su amada, bendecia el prisionero a la hermosa golondrina, mensajera de su felicidad.

Santiago, agosto 15 de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

EPIGRAMA.

(DE MAGALHAENS)

—Dicen, Cárlos, que de Europa
Has llegado hecho *doctor*...
—Qué! te parece imposible?
Pues es cierto, sí, señor!
—De qué ciencia lo eres, chico,
I en cuál universidad?
—No lo sé; porque el diploma
Está escrito en aleman.

NUEVAS ARMAS.

El arte de la destruccion progresa. ¿Qué son hoi, comparadas con las armas modernas, las antiguas máquinas de guerra, aun las mas destructoras? Hasta el temible fuego griego, que quemaba en el agua, ha sido imitado hoi.

Hai varias clases de *ametralladoras*, siendo las principales: la *Montigny* que bota 480 balas por minuto; la *Meckleberg*, 230 balas en igual tiempo: ésta tiene la ventaja sobre las otras de ser portátil. *La ametralladora Durand* lanza 3,600 balas por segundo, i se maneja por medio del vapor.

Detengámonos, lector, para considerar esto: pensemos lo que dura un minuto primero, esto es, la sesajésima parte de una hora; el tiempo en que una vieja reza dos credos, el que necesita una cocinera para tibiar un par de huevos; pues en ese tiempo la ametralladora Durand ha despedido 3,600 balas. Eso debe de ser algo como un chorro de plomo, corriendo sin intermision i sin descanso, que alcanza a la distancia de 400 metros, o mas de cuatro cuadras de las nuestras.

Hai la familia de las *bombas*, entre las

cuales se cuentan: *la bomba Menestral* que, segun dicen los periódicos, puede poner fuera de combate a mil hombres: las *asfixiantes* que tienen el poder de matar instantáneamente a los que se hallan cerca del lugar en que cayendo se rompen, i el de entontecer a los que quedan léjos.

El cohete Satanas tiene el poder de incendiar batallones enteros a una distancia de 5,000 metros.

El fuego griego es una lluvia de bombas que alcanzan a prodijiosa distancia, que caen, se inflaman i que, como la túnica de Deyanira que se prendia de las carnes, no se apagan con nada i devoran cuanto tocan.

Quedan ciertos artificios que obran por debajo de la tierra; tales son las *minas esplosivas de Dickeim* que hacen saltar como corcho rejimientos enteros i los *torpedos subterráneos* que hacen el mismo efecto ¡ lanzan sus proyectiles como la cola del pavo real desplegada a la altura de un hombre.

Ahora figurémonos que son millon i medio de combatientes los que están armados de estos instrumentos, con mas los cañones i los fusiles modernos, peleando entre ese ruido asordador i entre los turbiones del humo que eclipsan el dia i tendremos un cuadro mas espantoso que el que nos pinta Milton en la batalla de los Anjeles i los Demonios.

A LA VIOLETA.

En vano, modesta flor,
Bajo tus sombrías hojas
Derramas tu suave olor
I del céfiro al rumor
Marchitada te deshojas;

De misterio revestida
En esa ambarada esfera,
Te haces, oh flor, mas querida
I, aunque de tan corta vida,
Sois reina de la pradera.

Si tu color enlutado
Te hace humilde i pudorosa,
Guardas tu caliz velado,
Con tu aliento perfumado
Causas envidia a la rosa;

I allá, cuando huye la flor
Bajo el nebuloso cielo
Que te agosta en su furor,
De ti, violeta, el primor
Respeta el rigor del hielo.

I, cuando de un sol tostado
El reverberante rayo
Quiere consumirte airado,
Bajo el césped perfumado
Yaces en dulce desmayo.

¡Tú, que vives retirada
De todas las otras flores,
En esta alma acongojada
Que está de espinas cercada
Vierte tus puros olores.

I tu aroma delicioso
Inundará de dulzura
Mi pecho que, borrascoso,
Presa de un tormento odioso,
Siempre es cáliz de amargura!

Santiago, 1871. CAMPANIUS.

LA CÁSCARA DE NUEZ.

Traducido para *La Estrella de Chile*

por R. B. G.)

Solo una vez en mi vida he visto una tempestad. Pero esa tempestad estuvo a punto de causar un naufrajio.

Caia una lluvia capaz de infiltrarse en los mas impenetrables trajes de goma. El viento, que levantaba las olas hasta una altura inaudita, soplaba en direcciones contrarias i hacia imposible el uso de los paraguas. Los habitantes de Saint Riquier, prudentemente recojidos en sus casas bien cerradas, veian caer a torrentes el agua o escuchaban el rujir de la tormenta. Unos leian, escribian, trabajaban, soñaban despiertos o echaban pestes contra ese tiempo endemoniado. Todos se aburrian mas que regularmente.

Armando i Juana, esposos que llevaban ya unos quince años de matrimonio, apasionados por el mar i curiosísimos de contemplarlo en todos sus aspectos, parten al embarcadero. Están envueltos en capotes, *wrappers* i bufandas. No han dado diez pasos hácia el malecon cuando ya todo el abrigo que llevan está como una sopa.

Al torcer la esquina, próxima al malecon, los esperaba una ráfaga tan violenta que se detuvieron un momento como ante un enemigo. Recojen sus fuerzas, bajan la cabeza i se zabullen, por decirlo asi, en el viento i en el torbellino de lluvia....Han doblado esa especie de cabo i hélos ya en el embarcadero.

Espian el momento favorable para que no alcanzasen a mojarlos las olas que de vez en cuando hacen asperjes, diré a los paseantes, si los habia; mejor dicho, al paseo.

En el Calvario, comienza el tajamar de piedra.

No hai palabras para espresar la altura que tenian las olas allí, sus cimas siempre cubiertas de espuma, sus furiosos choques, los surcos que abren para dejar ver abismos, esas montañas tan presto desmoronadas i reemplazadas tan pronto por otras montañas que cada vez parecen mas terribles que sus precursoras.

Apoyados en el parapeto de granito, Armando i Juana admiran ese espectáculo imponente i piensan en la cólera de Dios, cuya imájen parecen ser esas irritadas ondas, esa cólera de Dios bajo cuyos golpes tan terrible es caer.

Pero pronto no hai en sus corazones lugar mas que para la compasion....¡No hai acaso en ese momento sobre el mar centenares i mi'es de embarcaciones! ¡A cuántos que partieran en la mañana confiando en una aurora engañosa no habrá sorprendido la terrible borrasca!

—¡Cuántos peligros para los marineros, para los grumetes, niños como los mios! se dijo Juana. ¡Pobres madres, las que han quedado en tierra! ¡Qué tristeza! ¡Qué desesperacion, si Dios no aparta de sus corazones ese espantoso sentimiento! ¡Cómo desgarrará sus corazones el pensamiento de que entre el querido compañero de su dura existencia, entre ese osado marinito de diez años a quien la madrugada no mas besaban ellas llenas de ternura, que entre esos seres amados i la muerte mas horrible, no hai mas que una tabla, una tabla que esa atroz tormenta puede volcar i sumerjir como el viento arrastra i despedaza la yerba de los campos!

Despues de estos pensamientos, Armando i Juana juzgaban una curiosidad casi culpable permanecer ociosos espectadores de los sublimes horrores de la tempestad....

Iban ya a volverse a su casa, despues de haber orado en la capilla a la patrona de los navegantes, cuando el listo ojo de Juana creyó descubrir en el horizonte un punto negro.

—¡Es un barco, dijo! ¡Pobres jentes! Dios las favorezca!

El punto negro parecia dirijirse al muelle; avanzaba con tanta rapidez que Armando pudo distinguirlo claramente al traves de su mojado binóculo.

Junto a los dos esposos estaban dos viejos marinos i Mateo, el guarda del muelle.

Tenia su anteojo fijo en la navecilla i hacia signos inequívocos de impaciencia i zozobra.

—En verdad, dijo, es menester haber asesinado a su padre i a su madre para salir con semejante tiempo.... i en una cáscara de nuez como aquélla.

Miéntras hablaba, habia en su tonó brusco un enternecimiento que en vano trabajaba por ocultar; súbitamente palideció. Su corazon de viejo marino sufria por sus compañeros de penurias.

Volvió a tomar su anteojo.

—Es, dijo respondiendó a la mirada inquieta e interrogadora de Juana, un barquichuelo.... en mui mal estado. El mástil se ha roto en la mitad.... Solo hai dos personas a bordo.... un hombre i un niñito.... ¡pobre inocente!

—¿Temeis, pues, Mateo, se atrevió a preguntar Juana, por la vida de esos infelices?

—¡I mucho!.... Ved, se dirijen hácia Saint-Riquier. La entrada al puerto es siempre difícil. Ahora, es casi imposible. Diez contra uno puede apostarse a que el barco va a zozobrar a la entrada; o, si entra, a hacerse pedazos contra el malecon.

—Vamos, dijo Juana a su marido, vamos a rezar por esas jentes para que Dios las salve.

Nada dijo Mateo ni sus dos compañeros.

Talvez el viejo lobo de mar no creia mucho en la eficacia de la oracion, al ménos él jamas habia recurrido a ella. Pero la emocion de Juana i ese movimiento del

corazon que la arrastraba a rezar por aquéllos desdichados, que ella no conocia, eso, digo, le pareció mui respetable al viejo marino.

Armando i Juana están arrodillados en la última grada de las que sostienen el Calvario.

Jamas habian orado con mas fervor. Querian hacer violencia al cielo.

«Señor, decian, humanamente hablando, esos desventurados no tienen esperanza de salvacion. Pero vos sois el recurso de los que no lo tienen. Apiadaos de la pobre madre de ese niño. Apiadaos del alma de ese pobre hombre que talvez no está en estado de comparecer ante vos. En nombre de vuestra Madre, en nombre de los apóstoles, que eran pescadores, por la cruz cuyos piés besamos, por las infinitas gracias que nos habeis otorgado, apiadaos de estas pobres jentes cuya vida es tan dura. Conservadles la vida.... I que ello sea para vuestra mayor gloria!»

Volvieron al lado del viejo Mateo. La barquilla se acercaba. Distinguíanse perfectamente su vela enrollada i que cada ola parecia empapar, su mástil roto i en el timon un hombre bañado por la lluvia, deshecho el semblante i que parecia próximo a desfallecer. A su lado estaba un niño de diez años, la salvacion talvez de su padre. Porque, sin ese precioso compañero, habria cedido mucho há al cansancio i al desaliento, habria abandonado su barquichuelo i su vida a la rabia de las ondas.

Mateo le hacia señas para que se inclinase un poco a la izquierda. Armando i Juana oraban interiormente i se preguntaban cómo podria el débil esquife salvar esa entrada en que parecian haber reconcentrado las olas todo su furor.

Sinembargo, en el momento mismo en que la barca llegaba allí, hubo dos o tres olas que, de puro tremendas, llegaron a ser favorables, tomaron suavemente a la embarcacion i la hicieron penetrar en la seguridad del puerto. Aprovechando esa súbita circunstancia favorable, el pescador se deslizó como una flecha al traves de la bahia.... ¡Estaba salvo!

La cáscara de nuez iba tan lijero que, por mas que corrieron nuestros dos curiosos, la perdieron de vista i les costó reconocerla cuando la encontraron preparándose para amarrar en el muelle.

Fuera de los tres hombres que he dicho, Armando i Juana, ningun otro de todo el puerto habia asistido a la entrada del barquichuelo. Pero, a medida que avanzaba en la bahia, buscando un lugar favorable para amarrar, muchos ojos lo habian divisado al traves de las vidrieras; i como la lluvia habia disminuido, venian en tropel a averiguar que embarcacion era ésa que no habia temido echarse al mar con aquel temporal.

Las preguntas se cruzaban en todos sentidos. Pero nada respondia a ellas el patron del barco, el pobre Cointrel.

Daba lástima ver a ese hombre: temblaba de piés a cabeza, tanto frio tenia. Cuando trató de subir la escala del muelle, que de ordinario suben i bajan con tanta presteza los marineros, necesitó que lo ayudasen dos o tres hombres. Sin esto, habria caido al agua, tan heladas estaban sus manos.

En cuanto al chico, se le subió al muelle, se le acostó en un banco, como en una cama.

Cointrel no habia amarrado aun su embarcacion. Necesitaba presentarse todavía a la oficina de marina para hacer visar sus papeles.... Todo eso lo preocupaba. Pero hubo tal movimiento de compasion por su estado, realmente digno de compasion, que los marinos se quedaron cuidando de su barco i la misma autoridad le dijo: «Reponeos. Vendreis a la oficina con vuestros papeles cuando os hayais calentado.»

Armando i Juana que vivian precisamente frente al punto del puerto a donde habia arribado la barca, tenian fuego encendido en su cocina i sobre el fuego una gran olla de caldo que debia estar ya en estado de prestar un buen servicio al hijo i al padre. Tenian tambien hijos pequeños a quienes habian enseñado cuán ruda es la vida de las jentes de mar a fin de que esos niños, destinados a una vida mas suave, supiesen desde temprano agradecer a la Providencia e interesarse, con sus oraciones i sus buenas obras, por la suerte de los niños ménos favorecidos que ellos.

Instalaron a Cointrel i a Luisito frente al fuego de la cocina.

Cuando el padre se hubo repuesto un tanto, contó con voz temblorosa que era pescador de Dieppe que habia salido en la mañana a la pesca de ostras, contando con un tiempo bonancible i no llevando

consigo mas que a su chicuelo: el marinero que debia acompañarlos i cuyo nombre estaba en sus papeles—lo que talvez iba a ocasionarle algun embarazo en la oficina—habia rehusado partir en el último momento, porque habia bebido algunas copas de mas.

A la hora, de repente cambia el viento.. la lluvia se desata....estalla la tempestad; es imposible ya volver a Dieppe i los pescadores no tienen mas recurso que dejarse arrastrar en sentido contrario, esforzándose por tomar el primer puesto que habia en la direccion del viento: Saint Riquier.

Habian sido así arrastrados i sacudidos por la tormenta durante tres horas, viendo a cada paso la mas espantosa muerte i debiendo su conservacion a su constancia en la lucha, a la habilidad con que Cointrel manejaba el timon—el mástil roto hacia imposible el uso de la única vela,—quizá tambien a la ausencia de su compañero cuyo peso habria podido determinar mas de una vez una caida definitiva.

Miéntras el padre hablaba, contando los peligros que habia corrido, con la sencillez de un hombre que no ha sabido nunca lo que es seguridad, el niño miraba sonriendo a su padre, a Armando i a Juana, al fuego que secaba i calentaba poco a poco sus helados miembros, i tambien, debo decirlo, a las interminables tostadas con mantequilla que comia, no con glotoneria, sino con la calma i la mesura de un hombre que no ha comido desde la madrugada i que conoce que cumple un deber sagrado para con su estómago.

Mas de una hora pasó ántes que el padre se calentase i su voz recobrara su acento ordinario. No podia resistir ese temblor continuo que revelaba que el frio habia penetrado hasta la médula de sus huesos. Pero, cuando pienso en esto i veo que el chico se habia reanimado en un cuarto de hora, me digo que esa diferencia provenia de que el niño, aunque mas delicado, no sufria sino en su cuerpo. El padre, aunque mas robusto, habia sufrido en su alma: i ¡cuánto mayores no son esos sufrimientos! Durante tres horas, habia visto a la muerte frente a frente i, por aguerrido que uno sea, nada hiela mas la sangre en las venas que conocer que se llega de repente al término del gran viaje....I en seguida, Cointrel sufria por su hijo, próximo a morir tan cruelmente, él tan tierno todavia! Sufria por su mujer, mañana talvez viuda con seis hijos. Sufria en su honor de marino pensando en que aquella embarcacion que no era suya iba a perecer por su imprudencia i que eso inferiria menoscabo al propietario. Porque ¿cómo podria Susana Cointrel, sola, sin recursos i cargada de familia, reembolsar jamas a Mazulot, el armador, los 500 francos que valia la *Jeune-Louise*?

Cuando el padre i el hijo se repusieron completamente, cuando hubieron comido i bebido bien, cuando se les hizo contar todo lo que podia interesarles, cuando los niños de Juana i Armando, todos hasta Anita que no tenia mas que dos años, hubieron estrechado las manos callosas de Cointrel i la mui blanca i suave de Luisito, se les dió con qué pasar en la fonda una buena noche en una buena cama. Lo necesitaban mucho. Volver a Dieppe era imposible. Ni el uno ni el otro habrian tenido fuerzas para maniobrar en un mar de aceite i bajo un sol radiante.

Antes de retirarse al *Leon de Oro*, Cointrel pudo arreglar a su satisfaccion sus asuntos de la oficina. Se le permitió vender las ostras que habia pescado en la mañana a su salida de Dieppe.

En el momento en que Armando i Juana iban a sentarse a la mesa, recibieron una docena; i ésas fueron seguramente las mejores que comieron en su vida.

El año pasado Armando, leyendo un diario, vió que en los *Hechos Diversos* se daba cuenta de que muchos patrones de barcos de Dieppe se habian asociado para comprometerse a observar el reposo del domingo no saliendo a pescar ese dia. Entre los firmantes, vió el nombre de Cointrel. Se complace en creer que ese hombre, a quien no habia encontrado mui cristiano, despues de su casi naufrajio de Saint-Riquier, quiso mostrar a su manera su agradecimiento para con Dios, que tan milagrosamente los habia preservado, a él i a su hijo, de los horrores de la muerte.

EUJENIO DE MARGERIE.

LA CASA PATERNA.

J'ai grandi, j'ai vécu dans cette humble retraite;
De mon printemps fini tout m'y redit la fête;
Ses sentiers ont gardé la trace de mes pas.
Là je revois le chœur de mes jeunes années
Qui, le front lumineux et de fleurs couronnées,
Viennent à ma rencontre et me tendent les bras.

A. DE SÉGUR.

¡Dulce estacion de las frutas
I de las mieses doradas,
De las tardes apacibles
I de las noches de plata!

De las bulliciosas trillas,
De las brisas perfumadas,
De los becerros que triscan,
De los pájaros que cantan!

Ya tus aromas percibo
I tus agrestes tonadas,
Ya en las praderas comienzan
A divisarse tus galas!

Años atras, cuando niño,
Así tambien asomabas,
Dulce estacion de las frutas
I de las mieses doradas.

I el infantil pecho henchido
De inocentes esperanzas,
Al verte venir, corria,
I en los brazos te estrechaba.

I ¡adios! decia a los libros,
I a los deberes del aula,
Tan alegre como el pájaro
Que de la prision se escapa.

Todo, como entónces, vuelve;
Calor i luz, frutas i auras;
I una vez mas libre vuelvo
A verte, paterna casa!

¡Oh! nunca olvidado techo!
Aun tienden sobre él sus alas
Las palomas, siempre amantes,
Siempre fieles, siempre blancas.

Aun por entre las tejas
Las golondrinas pintadas
Para contemplar la luz
Sus negras cabezas sacan.

Mas ¡ai! en aquella puerta,
En esa puerta cerrada,
Que el negro polvo oscurece
I afean las telarañas,

Alguien su silla ponia
I a trabajar se sentaba,
Las manos en la labor
I en los ausentes el alma.

Alguien que a nadie volvia
Ni el corazon ni la espalda,
Que daba a los pobres pan
I a los afijidos lágrimas;

Que al escuchar de los hijos
El rumor en la distancia,
Dejando silla i costura,
Como una corza volaba.

Mas ¡ai! ya nadie se sienta
En esa puerta cerrada
Que el negro polvo deslumbra
I amortajan las arañas.

En el patio silencioso
Nadie al que está ausente aguarda
Ni se oyen las bendiciones
Del pobre que su hambre mata.

Solo en enjambres lijeros,
Al suave impulso del aura,
Plumas i copitos blancos
Van i vienen, suben, bajan.

Ya en la puerta se detienen,
Ya acarician la ventana,
Hasta que, tomando altura,
El ojo a verlos no alcanza.

¡Oh plumas de las palomas
Del tejado de mi casa,
Que mi madre cariñosa
Con su mano alimentaba!

¡Oh copitos de los cardos
Que maduran en la estancia
Donde ántes crecia el pasto
I los trigos i las chacras!

Si sois cual me lo imajino
De aquellos pobres las almas
Que en busca de una limosna
Venian aqui en bandadas,

Si conservais de la madre
Las bondadosas palabras,
Si aun os acordais del pan
Que los hijos os brindaban,

Subid, subid hasta el cielo,
Copitos i plumas blancas,
I a la buena madre dad
Un recuerdo de su casa!

Decidle que aun permanece
Aquella puerta cerrada
I que hai quien por verla abierta
Diera la mitad de su alma!

Decidle que aun el nido
Intacto i limpio se halla
I que aun cubrirlo podria
Con sus blanquísimas alas.

1870. ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ALONSO EL BRAVO.

Nunca se habia visto un guerrero tan valiente ni una virjen tan bella conversando mano a mano, sentados en el florido césped de la pradería. Se miraban con delicia, llenos de amor. El guerrero se llamaba Alonso i la jóven Zulema, la de los bellos ojos, de los bellos dientes i del pecho de marfil.

—Mañana me voi a pelear mui léjos de aquí, dijo Alonso, i pronto dejarás de llorar mi ausencia; vendrá otro mas rico que yo a hablarte de amor, i le darás tu mano.

—Oh! déja tales sospechas, respondió la bella, no digas semejante cosa, porque es hacer un insulto a mi amor, pues sea que mueras o que conserves tu vida, juro por la Santísima Virjen que ninguno ocupará tu lugar en el corazon de Zulema.

I si llegare el dia en que me decida por otro olvidándote, Alonso querido, que Dios me confunda castigando mi falsedad! que tu sombra venga a sentarse a mi lado el dia de mi matrimonio, que tu espíritu me acuse de perjura, me reclame como su novia i cargue conmigo i me lleve al sepulcro.

El valiente se embarcó para la Palestina: la virjen lloró su ausencia algunos meses; pero apénas habia pasado un año cuando, ved! llegó un baron cubierto de oro i de diamantes a las puertas de Zulema.

I sus riquezas, sus obsequios, sus estensos dominios hicieron que faltara a sus juramentos, deslumbrando sus ojos i haciéndole perder la cabeza. El ganó su afecto, tan lijero i tan vano, i se la llevó a su casa como su esposa.

Su union habia sido bendecida por un sacerdote, i empezó el banquete a que debia seguir un baile espléndido; las mesas estaban cubiertas de manjares i de licores, iba a empezar el baile, la música sonaba ya, cuando la campana del castillo dió la una!

Entónces la hermosa Zulema vió con asombro un estranjero que estaba sentado a su lado. Su continente era terrible, i no proferia ni una palabra. Estaba callado, quieto, teniendo los ojos fijos en ella.

Tenia calada la visera; su estatura era jigantesca; su armadura i su espada deslumbraban la vista. Al verlo se hizo silencio al rededor, todas las risas i conversaciones cesaron. Los perros salian aullando al verlo, i todas las luces del salon empezaron a chirriar i a oscurecerse.

Los convidados guardaban silencio, i les palpitaba el pecho de espanto. Al fin la novia llena de susto, le dijo:

—Señor caballero, os suplico que lleveis a bien el alzaros la visera i mostrarnos el rostro, i tomeis parte en esta diversion.

Calló la dama i el caballero se fué quitando poco a poco el yelmo i la visera. Santo Dios! ¡qué imájen tan espantosa vieron los ojos de Zulema! ¡Con qué palabras podré pintar el horror que le causó! Era un esqueleto! Todos los circunstantes lanzaron un grito de espanto, i salieron corriendo de la sala. Los gusanos que lo devoraban salian de su boca, de sus ojos i de sus orejas, i entónces el espectro dijo dirijiéndose a Zulema:

—Mirame, falsa! mirame! esclamó. Mira a Alonso, apedillalo *El Bravo*. Dios ha permitido, para castigo de tu falsedad i de tu orgullo, que mi sombra viniera a sentarse a tu lado el dia de tus bodas para decirte que eres una perjura, reclamar tu mano i arrastrarte a mi sepulcro.

Diciendo esto enlazó sus brazos a su cintura.... horrible abrazo! Zulema lanzó un grito i se desmayó.... Entónces se consumió en la tierra con su presa, i no se vol-

vió a saber mas de la hermosa Zulema ni del espectro que la arrebató.

Despues de esto, poco vivió el baron, i nadie, desde entónces, se ha atrevido a habitar el castillo; pues refieren las crónicas que, por permision divina, allí padece Zulema el castigo de su perjurio.

A la media noche, cuatro veces al año, se aparece su sombra con el vestido nupcial, cuando todos los mortales están en brazos del sueño, i recorre las salas, dándole el brazo a un esqueleto, i da gritos cuando él da vueltos en rededor como bailando.

Cuando beben en calaveras recientemente sacadas del sepulcro, otras sombras los acompañan; pero lo que beben es sangre, i entre el baile de las fantasmas se oye una voz que brinda: «A la salud de Alonso el Bravo i de su esposa la bella Zulema.»

LEWIS.

¡CUÁN BUENO ES DIOS!

(IMITADO DEL ALEMAN).

I.

¿Teñidos de grana,
Vestidos de azul,
No miras los cielos
Radiantes de luz?

Pues cada celaje
Pues cada arrebol,
Nos está diciendo:
«¡Oh, cuán bueno es Dios!»

II.

Envuelto en un manto
De verde matiz,
El monte reposa
Grandioso i feliz;

El monte no habla,
Mas, con muda voz,
Sus flores nos dicen:
«¡Oh, cuán bueno es Dios!»

III.

¿Oyes el murmullo
Que forma al pasar
El rápido arroyo
Que corre a la mar?

Escucha un instante
Su dulce rumor
I sabrás que dice:
«¡Oh, cuán bueno es Dios!»

IV.

Apenas del dia
Despunta la luz,
¿No escuchas del bosque
La grata inquietud?

Es que canta el ave,
I en tierna cancion
Repite a sus hijos:
«¡Oh, cuán bueno es Dios!»

V.

¡Elévate al cielo,
Corazon feliz,
Retempla tus fuerzas,
Aprende a vivir!

I cada latido
Sea una oracion
Que ferviente diga:
«¡Oh, cuán bueno es Dios!»

San Felipe, 1871.

J. A. SOFFIA.

Contenido de este número.

I.—Lectura literaria, por Ventura Blanco.
II.—El labrador mejicano, poesia, por Enrique del Solar.
III—Disparates son triunfo.
IV.—La golondrina i el prisionero, por Ruperto Marchant Pereira.
V.—Epigrama, poesia.
VI.—Nuevas armas.
VII.—A la violeta, poesia, por D. Campanius.
VIII.—La cáscara de nuez, por Eujenio de Margerie.
IX.—La casa paterna, poesia, por Zorobabel Rodriguez.
X.—Alonso el Bravo, por Lewis.
XI.—¡Cuán bueno es Dios! poesia, por J. A. Soffia.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañia, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, agosto 27 de 1871. Núm. 204

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,

POR MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, MIEMBRO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA I HUMANIDADES, TOMO II. (1).

I.

Ha salido a luz el segundo tomo de «*Los precursores de la Independencia de Chile*», tomo que afortunadamente no será el último, segun lo teníamos entendido i lo dijimos en el artículo que dedicamos al estudio del primer volúmen, i que se publicó en los números 172 i 173 de esta Revista.

La anterior rectificacion es la única que tenemos que hacer en conciencia acerca de los juicios que emitimos entónces sobre los méritos, errores, exajeraciones i tendencias de la obra del señor Amunátegui. Despues de haber leido atentamente el segundo volúmen, nada encontramos que borrar de cuanto dijimos al dar cuenta del primero. Pero si nada tenemos que borrar, hai mas de una observacion hecha entónces que encuentra en el segundo volúmen nuevos comprobantes i mas sólidos fundamentos; hai sobre todo nuevas e importantísimas cuestiones sociales, económicas, relijiosas i políticas que surjen naturalmente de los sucesos referidos i de los documentos publicados en el libro de que ahora vamos a ocuparnos.

Una breve esplanacion de aquellos juicios emitidos por nosotros al ocuparnos del primer volúmen i que el segundo ha venido a robustecer i comprobar, i el exámen rápido de algunas de las importantísimas cuestiones que de la lectura de éste se desprenden, hé ahí lo que nos proponemos hacer en el presente artículo.

(1) Un volúmen 510 pájinas en 4.°—Imprenta de *La República*, de Jacinto Nuñez, Santiago, 1871.

II.

Se recordará sin duda que en el tomo primero el señor Amunátegui trató de agrupar i de poner de relieve aquellos obstáculos sembrados por la mano de los monarcas españoles, por la opinion de los colonos, i por las preocupaciones de la época en el camino de la independencia americana. La descripcion de esos obstáculos tenia su lugar en una obra que lleva por título, *Los precursores de la Independencia de Chile*. Para apreciar debidamente la conducta de éstos, nada mas oportuno que esplorar el campo en que depositaron las semillas de libertad, que otros mas felices habian de ver llegar a la plenitud de su desarrollo, i cuyos frutos habiamos de recojer nosotros.

Se recordará todavía que, aceptando semejante plan como natural i filosófico, creimos oportuno hacer ciertas reservas. Recorriendo los diversos hechos sociales i políticos consignados en el tomo primero, encontramos mas de uno cuya colocacion no aparecia suficientemente justificada. Algunos de esos hechos no tenian ni una lejana relacion siquiera con la independencia, otros, en concepto nuestro, léjos de haberla retardado i hecho mas difícil, debieron contribuir a acelerarla i facilitarla.

En el volúmen de que ahora nos ocupamos los defectos a que acabamos de referirnos han tomado mucho mayores proporciones. Los lazos que debieran unirlo al anterior i al siguiente escapan a la mas atenta observacion; de tal manera que, al recorrer las interesantes pájinas del libro, varias veces caimos en la tentacion de cerrarlo para leer la carátula de nuevo i compararla con el asunto de casi todos los capítulos.

Perdiendo al fin hasta la mas débil esperanza de dar con la clave de la dificultad en que nos hallábamos, quisimos aprovecharnos de las indicaciones del mismo señor Amunátegui, i leimos i releimos los

siguientes dos acápites del primer capítulo:

«Hé descrito lo mejor que he podido el plan de aquel inmenso i estravagante edificio, levantado sobre tan profundos cimientos i reparado año a año con una constancia i un desvelo realmente admirables. Toca ahora entrar a estudiar cuales de los materiales de que estaba formado tenian poca solidez o no tenian ninguna.»

«Este nuevo aspecto del asunto contribuirá a acabar de hacer conocer lo que era la América colonial.»

No hai duda que el volúmen de que nos venimos ocupando nos da a conocer, bajo una de sus interesantes faces, a la sociedad colonial. Sin grandes esfuerzos de imajinacion, el lector se representa al vivo las vicisitudes de la infeliz raza indíjena, condenada a no despertar de la barbarie, sino para sentir el peso de las cadenas de la servidumbre, cadenas que ningun poder humano fué capaz de romper, i que, segun todas las apariencias, no serán nunca rotas. Pero si el señor Amunátegui ha conseguido iluminar con su linterna májica aquellos oscuros i lejanos horizontes, si ha logrado evocar de su olvidada sepultura aquel pueblo infeliz i hacerlo desfilar en lúgubre procesion ante nuestros ojos, con el séquito de sus luchas heróicas, de sus sacrificios ignorados, de sus padecimientos inauditos i de su fatal servidumbre, ha estado mui lejos de probar que las lágrimas vertidas i la sangre derramada contribuyeron en mucho ni en poco a engrosar el torrente que en los primeros años del siglo en que vivimos desbordó, hizo trizas i arrastró consigo los diques que para contenerlo, con tanta paciencia i habilidad habian levantado los reyes españoles.

El tomo segundo de los *Precursores de la Independencia*, apreciado en sí mismo, con olvido del que le ha precedido, del que debe seguirle i del título que lleva, es un libro interesantísimo, como siempre lo será para el público de Chile cualquier libro escrito con fácil estilo, con noble imparcialidad, con datos abundantes sobre los sucesos de que en los siglos pasados fué teatro la tierra en que vivimos. Pero si el libro, considerado aisladamente, solo elojios merece, apénas se esplica como eslabon de una cadena, como elemento de un plan filosófico, como parte de un todo racional i armónico. Borrado el título i uno que otro párrafo escrito exprofeso por el autor para recordarnos que se trata de los precursores de la independencia de Chile, sería de todo punto imposible adivinarlo.

Para dibujar en su totalidad el esqueleto de animales ignorados solo necesita la Anatomía comparada conocer un diente o una articulacion. Merced a este procedimiento conocemos, no solo en su forma i tamaño, sino tambien en sus costumbres, a ciertos animales de especies ya estinguidas. Nosotros entregariamos gustosos el segundo volúmen de los *Precursores*, al mas suspicaz de los críticos, al mas injenioso de los bibliófilos, al mas perito de los historiadores, a fin de que, en presencia de la parte, nos diseñasen el conjunto, seguros de que la tarea sería superior a todos los esfuerzos de la voluntad i de la intelijencia.

Desde la primera hasta la última pájina no hemos podido descubrir nada que se asemeje a un preludio, ni a una aurora. Hemos mirado i remirado a los encomenderos i a los encomendados, a los gobernadores i a los miembros de la real Audiencia, a los guerreros araucanos i a los guerreros españoles, a los reyes de Castilla i a los vireyes del Perú, i sea dicho con franqueza, no les hemos encontrado traza de precursores de la independencia.

Es cierto que los encomenderos no recibian de mui buen grado las reales cédulas dictadas por los monarcas con el propósito de favorecer a los indíjenas, ya eximiéndolos del servicio personal, ya dándoles otras garantías i derechos. Pero ¿es posible suponer que aquellos señores fuesen suficientemente necios para buscar en la revolucion i la república un desquite contra el rei, i para imajinarse que, proclamada la independencia, las cosas habian de tomar para sus intereses mejor sesgo? Al contrario ¿no parece evidente que si la codicia de los propietarios i el deseo de mantener en no turbada servidumbre a los inquilinos, figuró como un elemento en la revolucion, debió figurar mas bien como un elemento hostil que como un elemento favorable?

Por lo que toca los indíjenas, tanto a los subyugados como a los que conservaron su independencia, no puede abrigarse la mas lijera duda. El mismo señor Amunátegui reconoce que miéntras aquéllos siguieron durante la guerra, débiles i casi incon-

cientes, la bandera de sus patrones, éstos, ántes que afectos, se mostraron por regla jeneral enemigos de la causa de la revolucion.

Ménos aun podrian estimarse como presajios de la independencia, ora las querellas, pueriles casi siempre, ridículas muchas veces, que ajitaban a la sociedad colonial, ora el descontento que de vez en cuando solia manifestarse en el ejército español; pues ni aquellas desavenencias transitorias i hasta cierto punto domésticas influyeron para nada en la revolucion, ni el ejército español le prestó otro servicio que el mui flaco de combatirla a todo trance.

Pero si los araucanos no prestaron a los patriotas el concurso de sus brazos ¿no les prestaron siquiera el concurso de su heroico ejemplo? Así lo cree el señor Amunátegui, quien atribuye a ese ejemplo, tal sobre todo como él se halla cantado i enaltecido en las magníficas octavas de *La Araucana*, una importancia no pequeña en la jerminacion i movimiento de las ideas revolucionarias.

Por desgracia, el autor, que tan escrupuloso se muestra casi siempre para probar aun sus mas insignificantes asertos con hechos indudables i con documentos auténticos, no ha querido o no ha podido emplear en el caso de que tratamos ese procedimiento. I convengamos en que las pruebas no habrian sido ociosas, ya que se trataba de un fenómeno que no habia sido notado hasta aquí por los historiadores; ya sobre todo, que él aparece a primera vista en contradiccion con los propósitos del autor del poema i con la idea que nos tenemos formada de la sociedad colonial.

En efecto, si hai en Ercilla algun propósito político, ese propósito es el de robustecer i consolidar el imperio absoluto que los monarcas españoles ejercian sobre las colonias americanas; si alguna preocupacion lo domina hasta el punto de hacerlo caer en distracciones enormes i olvidar las reglas mas elementales de la composicion, esa preocupacion no es otra que la de enaltecer, íbamos a decir, la de divinizar a los monarcas castellanos.

Se dirá acaso que así como, segun la observacion de Horacio, no siempre un escritor escribe lo que se habia propuesto escribir, así tambien suele acontecer en ocasiones que el autor de un libro viene, andando el tiempo, a servir con él a una causa diversa i hasta contraria a aquélla en cuyo obsequio lo escribió. Aceptamos la tésis; pero no descubrimos las pruebas de la hipótesis. Al reves todo conspira a manifestarnos que en esta ocasion la fantasía del literato ha estraviado la razon del historiador.

¿No habria sido efectivamente estraño que, existiendo el hecho afirmado por el señor Amunátegui, él no hubiera llamado la atencion de aquéllos que, como escritores o como soldados, tomaron una parte activa en la guerra de la independencia? ¿No nos habrian quedado otras pruebas de su efectividad que las no mui decisivas por cierto que el autor de *Los Precursores* cree descubrir en algunas estrofas del *Himno nacional*, i en la circunstancia de haberse bautizado con nombres araucanos, algunas naves, algunas secciones territoriales, un periódico i hasta algunos recien nacidos?

Léjos estamos de negar ese prurito de barbarizarnos que manifestaron ciertos escritores de la independencia, prurito que muchas veces los llevó hasta renegar de su oríjen i de su civilizacion, llamándose descendientes de los araucanos i buscando entre los salvajes asuntos para las poesías, los discursos i los artículos de periódico. Pero este prurito, que aun no ha desaparecido por completo, ni debe atribuirse a la influencia de *La Araucana* ni tuvo, a nuestro juicio, parte alguna en la fermentacion de las ideas liberales i revolucionarias. En concepto nuestro, él nada mas prueba que el mal gusto de la época i las naturales caidas de hombres que, sometidos durante siglos a la tiranía de la metrópoli i a las estrechas e inflexibles reglas del peripato, buscaban a tientas en medio de la luz que los ofuscaba, una nueva senda literaria i política. Tan cierto es esto que el fenómeno atribuido por el señor Amunátegui al ejemplo de los araucanos, enaltecido por Ercilla, mas o ménos intensamente se hizo sentir en todas las colonias españolas que entraron en la rebelion. En el Perú,—para no citar mas que una de esas colonias,—donde ni hubo heróica resistencia de los indíjenas, ni un Ercilla que la cantase, los indios estuvieron tan en boga como en Chile: los escritos en verso i prosa que se dieron a luz estaban plagados de alusiones a la historia, a

las costumbres i a las creencias de los primitivos pobladores; i hoi mismo en su escuadra, en sus monedas i en su bandera, hai nombres i signos tomados de la lengua i civilizacion de los incas. La jeneralidad del fenómeno ¿no es ya por si sola un indicio bastante para sospechar que su causa debió ser tambien jeneral?

Pero no es esto todo. Para que un libro cualquiera llegue a impulsar en cierto sentido las ideas de un pueblo i a ejercer una poderosa influencia sobre sus destinos, es preciso que ese libro, no solo circule con profusion i sea universalmente conocido, sino que logre tambien penetrar hasta las mas bajas capas sociales. I ésta no fué sin duda la suerte que corrió *La Araucana* durante la colonia. Podemos equivocarnos, pero no seria temeridad afirmar que los ejemplares del poema de Ercilla que circularon durante aquella época fueron escasísimos; talvez habrian podido contarse con los dedos. Ahora bien ¿es probable que un libro escrito desde el punto de vista peninsular i que andaba apénas en las manos de uno que otro erudito, hubiese bajado de súbito hasta el corazon del pueblo para levantarlo contra la metrópoli i enardecerlo en la lucha de la independencia?

Las anteriores observaciones no demuestran perentoriamente, a pesar de todo, que la tésis del señor Amunátegui sea infundada. Pero se nos hará la justicia de confesar que semejante demostracion es imposible. Tratándose de hechos históricos la regla jurídica de que la prueba no incumbe al que niega sino al que afirma es perfectamente aplicable. No es a nosotros a quienes incumbe probar que ni el ejemplo de los araucanos ni el poema de Ercilla ejercieron cierto influjo favorable a la independencia; era el señor Amunátegui, que aseveraba el hecho, a quien incumbia demostrarlo. Si alguna vez esa demostracion se hiciese, cosa que dudamos mucho, nos rendiriamos a la evidencia. Entre tanto continuaremos creyendo que el ejemplo de los araucanos i el poema de Ercilla no contribuyeron mas eficazmente a alzar i a enardecer contra España a nuestros mayores durante la guerra de la independencia que lo que ese ejemplo i ese poema contribuyeron a alentarnos i enardecernos a nosotros mismos durante la guerra que el almirante Pareja nos declaró en 1864.

III.

Otro de los puntos tocados en el primer artículo que escribimos sobre *Los Precursores*, i acerca del cual nos proponemos agregar algunas reflexiones en éste, es el estilo del autor. Conocida es su predilección por los períodos poco numerosos, i la sencillez, naturalidad i órden lójico con que construye ordinariamente sus frases. Parcimonioso de figuras, no sabemos si por sistema o por temperamento, rarísimas veces se permite adornar sus pensamientos ni aun con las galas mas modestas. Se conoce que las cualidades dominantes de quien así escribe son, el método para pensar i la facilidad para redactar; i se concibe que caiga muchas veces, sin notarlo, en los defectos de estas cualidades.

De aquí la monotonía de períodos, siempre fáciles, sencillos i correctos; pero mui a menudo descarnados, triviales i uniformes. Ninguna distraccion para la mente, ni aun para la vistad del lector. El camino es llano, limpio de obstáculos i de vericuetos; pero es preciso recorrerlo a trancos medidos a compas, dados a son de caja, teniendo siempre delante de los ojos un horizonte inmutable, sin precipicios ni cuestas que salvar; pero sin esperanza tampoco de descubrir en el curso del viaje panoramas alegres en que puedan fijarse agradablemente las pupilas, ni óasis en que los miembros estenuados por la marcha puedan recuperar sus fuerzas.

¿Cuál es el valor de semejante estilo? ¿Hasta qué punto es compatible con la índole de nuestro idioma i con la índole de las composiciones históricas? ¿Puede recomendarse a los principiantes como un modelo digno de imitarse, o bien debe señalárseles como un escollo que deben evitar con cuidado? Cuestiones mui interesantes, si se atiende sobre todo a la situacion que, por sus obras i por los empleos públicos que desempeña, el señor Amunátegui ocupa en el mundo de las letras; pero cuestiones que desgraciadamente no podemos dilucidar aquí.

El estilo del señor Amunátegui ha encontrado imitadores en las filas de nuestra juventud; lo que no es estraño, pues los ejemplos que vienen de arriba son siempre contajiosos. Esos imitadores hasta ahora nada de bueno han producido. Fascinados por la naturalidad de las construcciones i

la sencillez de las frases, han ido a estrellarse en las sérias dificultades que se ocultan bajo tan engañosas apariencias. Como frecuentemente sucede, se han imitado los defectos del modelo i no se ha hecho otro tanto con sus perfecciones: se ha puesto un punto final cada cuatro palabras i un punto acápite cada cuatro líneas i aun a veces cada una línea; pero sin que la marcha de las palabras i de los renglones tuviese relacion ninguna con la marcha de las ideas. Con periodos cortos i todo ni se han guardado a la gramática sus fueros, ni al gusto los respetos debidos, i lo que es mas curioso, ni siquiera se ha conseguido escribir en estilo cortado.

Porque es preciso no olvidarlo: hai una notable diferencia entre hacer un acápite a la vuelta de cada línea, i escribir en estilo cortado; como hai una notable diferencia entre el trigo i el frangollo i entre ser poeta i llevar la melena a la usanza romántica.

El peligro de hacer andar las palabra a paso de gamo miéntras las ideas se mueven a paso de tortuga, es el mas grave que se ofrece a los que elijen para escribir el estilo cortado. El mismo señor Amunátegui sufre a veces ese percance. La concision de su estilo no corresponde ni con mucho a la concision de sus ideas. El lector pasa rápidamente de uno a otro periodo sin saber por qué ni para qué, sin que le sea dado interesar a su intelijencia en esos saltos que solo los ojos ejecutan.

Para mayor claridad citemos el ejemplo siguiente que tomamos de la pájina 19:

«No quedaba mas que el segundo arbitrio que fué el que se adoptó.

«Pero habria sido insensato imajinarse que tantos aventureros desalmados hubieran venido a arrostrar todo linaje de fatigas i penalidades sin el atractivo de una ganancia pronta i mui cuantiosa.»

«I ésta, dadas las circunstancias, no podia conseguirse sin la esplotacion de los pobres indíjenas.»

O mucho nos equivocamos, o las ideas contenidas en los párrafos anteriores, no autorizaban la formacion de los tres acápites en que el señor Amunátegui ha creido conveniente distribuirlas. Talvez habria valido mas refundirlas en uno, i acaso un punto i coma habria bastado entre el segundo i el tercero.

Estas nimiedades, que no lo son tanto sinembargo en la obra i en el autor de que nos ocupamos, bastan para hacernos comprender cuantos son los peligros i las dificultades del estilo cortado, aparentemente tan fácil. Solo consigue hacerse perdonar su fastidiosa monotonia, su desapacible matraquear, su desaliñada pobreza, mostrándonos al traves de tan humildes aderezos, pensamientos profundos, ideas chispeantes de novedad o injenio, sentenciosos conceptos, en fin una rica fantasía gobernada por una intelijencia vigorosa.

Córtense con el cincel de Tácito las redondeadas frases de Tito Livio; i se tendrá, no un Tácito, sino un Tito Livio desmenuzado. Otro tanto sucederia si se pretendiesen amoldar los cadenciosos i escarmenados periodos de Cervántes a las mucho mas estrechas medidas de Quevedo o de Saavedra Fajardo. Lo que no impide que cada uno de los autores aludidos haya escrito en su jénero excelentes pájinas; i de lo cual se infiere que tocante a estilo el partido mejor que puede tomar un escritor consiste en elejir aquél que guarde mas analojía con su manera ordinaria de pensar, o con la manera como conciba sus ideas sobre el asunto especial de que se ocupe.

Tan bien puede escribirse en acápites largos como en acápites cortos. Una i otra forma tienen sus ventajas i sus desventajas, sus inconvenientes i sus atractivos. Lo esencial es pensar bien i escribir de modo que las formas que damos al pensamiento no sirvan para disfrazarlo, sino para mostrarlo tal cual es.

Si despues de todo se nos pidiese una opinion no trepidaríamos en afirmar que el estilo cortado se aviene mejor que el numeroso con los gustos i hábitos de la época en que vivimos, i que la perfeccion consiste en una mezcla atinada—segun el movimiento natural de las ideas i afectos que se espresen—de uno i otro.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

LECTURA LITERARIA

DADA POR EL SEÑOR DON VENTURA BLANCO EN EL CLUB DE AMIGOS DEL PAIS EL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1871.

(Conclusion.)

Nuestro poeta se ha dicho con aquéllos que deliran con la idea de formar una literatura nacional:

Si hai nombres en nuestra historia
Dignos de fama perpétua;
Si claro, limpio i brillante
El porvenir se nos muestra

¿Por qué cantar de otros pueblos
Las varoniles proezas?
¿Por qué celebrar sus héroes?
¿Acaso el arpa de América

Para ensalzar lo que es digno
No tiene vibrantes cuerdas?
Acaso en su historia faltan
Muchas i hermosas leyendas?

¡Oh! no!....Dejadme, a lo ménos,
A mi, modesto poeta,
Que, Americano ante todo,
Tan solo cante a la América;

Dejadme llenar las pájinas
De mis humildes poemas
Con las bellas tradiciones
De sus antiguas leyendas!

No quiero glorias estrañas
Que rechaza mi conciencia:
Busco, i me basta la sombra
De mi hogar i mi bandera!
I nuestro poeta cantó con éxito feliz.

Hé aquí su obra; recorrámosla; dediquémosle algunas pájinas que bien las merecen los cantos del que ha dado a nuestra literatura nacional numerosos trabajos de mérito reconocido, i que le han conquistado aplausos no solo en América sino en Europa, en donde estimados periódicos han dado cabida en sus pájinas a la mayor parte de sus composiciones líricas.

Antes de entrar en su análisis, consignemos un hecho que es honroso para la literatura chilena i mas honroso aun para nuestro amigo.

Es esta la primera coleccion de romances históricos que se publica en Chile.

Laboriosidad, inspiracion, estudio de los buenos maestros, alma entusiasta por lo bello i lo grande; de todo esto ha necesitado nuestro poeta para salir airoso en su empresa.

II.

Despues de leer atentamente cada una de las composiciones que forman este libro, nos es posible señalar con exactitud la índole de las ideas que las han inspirado e indicar su verdadero alcance.

Destinadas para cantar hechos i acciones anteriores a la independencia, no caben en ellas ninguno de esos arranques peculiares a la mayor parte de los cantos de nuestros poetas nacionales, en que campean, a menudo, los rasgos que inspira la libertad, la idea democrática, la igualdad i la justicia que forman el credo de los pueblos nuevos.

Pero la poesía que no es todo arranque del alma, sueños halagüeños del porvenir, canta el pasado, para enseñar deleitando, segun el precepto de Horacio.

Si la poesía no supiera aprovechar lo que fué, para mostrar a los que vienen en pos, los ejemplos del pasado i dar esperanzas de consuelo en el mas allá del presente, sino indicara al alma el sendero del cielo, que lo marcan el bien i la justicia en la tierra, seria, como ha dicho un crítico, un instrumento armonioso sin mas objeto que deleitar el oido i mover los ánimos blandamente.»

No es esta poesía por cierto. Aunque los dias que corren apénas tienen algun punto de contacto con los dias en que acaecieron los sucesos consignados en este libro, ellos serán siempre un ejemplo i una enseñanza palpitante, que, al mismo tiempo, que nos dejan ver en toda su desnudez el pasado, nos muestra el camino que deben seguir las sociedades.

Chateaubriand ha dicho con profunda verdad que no hai pueblo que no guarde sus tradiciones, tan apegado a ellas, como el musgo a las rocas.

No es difícil en Chile encontrar a menudo recuerdos del pasado. Cada pueblo, cada monte, cada una de las piedras del camino nos dicen con elocuencia muda que ahí pasó algo estraordinario, que se conserva en la memoria de padres a hijos con

ese relijioso respeto que inspira todo lo maravilloso.

Españoles e indíjenas, conquistadores i conquistados, todas aparecen aquí con sus leyendas populares, que bien pueden carecer de toda la exactitud histórica, pero que abundan en poesías i en encantos.

Los pueblos orijinarios de la América, reconociendo la paternidad del cielo, que envió sus hijos a enseñar a los hombres los tesoros de su sabiduría i de su poder, si desconocian las ciencias, si no escribian la historia, conservaban, en cambio, con sentida veneracion sus tradiciones.

La América era para los conquistadores la tierra de los misterios. Revelada al jenio de un aventurero jenoves: arrebatada palmo a palmo á la barbarie; todo en ella era grande; todo reunia el prestijioso encanto con que arrastra lo desconocido.

Oro, poder, renombre, fama inmortal era lo que encerraba este continente.

¡Qué prolijios tan inauditos de esfuerzo i de valor!

Venian a América adocenados aventureros, sin mas mérito que el hambre o la ambicion, i en sus campos alcanzaban renombre i volvian a Europa nobles i ricos.

¿Qué no pudo el arrojo del conquistador?

¿Qué no hicieron esos héroes dignos de la epopeya?

I en medio de tantos nombres inmortalizados por la fama ¡cuántos olvidados para siempre en una batalla sin gloria, al pié de los altares de los ídolos en los teocallis mejicanos, o devorados por los caníbales que poblaban las Antillas!

Cuando se lee la historia americana, el alma se abisma, i llegaria a dudar de la existencia de esos seres fundidos en el bronce, sino tuviera en sí misma, en la atmósfera que la rodea pruebas inequívocas, fundamentos irrecusables que la dicen que fueron una realidad mas asombrosa aun que las leyendas orientales.

¿Quién podria presumir que el jenio inmortal de Ercilla,

> Que jamas volvió la espalda
> A las armas enemigas,
> I como en blandir la espada
> Diestro en manejar la lira
> Cantó en deliciosos versos
> Los hechos de la conquista,

hubiera escojido como teatro de sus hazañas los apartados valles de Arauco?

¿Quién habria presumido en los dos pobres capitanes amigos del cura Luque de Panamá a Pizarro i Almagro, cuyo valor corrió parejas con su cultura i cuyas hazañas sobrepujaron a toda exajeracion?

¿I pudo álguien imajinar que al frente de tales héroes dignos de la mitolojía hubiera una raza, a que nunca abatieron los contratiempos, que jamas doblegó su cuello ni a la fuerza ni al halago?

Raza, que despues de tres largos siglos de lucha sin cuartel aun vive perpetuándose en los hijos de los que murieron en el combate, como se perpetúan los árboles de sus bosques que guardan su verde follaje en los rigores del estío i en las nieves i cierzos del invierno.

Españoles e indíjenas todos pasan en revista en este libro. Aquéllos con sus vicios i virtudes; éstos con su constancia i su decision a toda prueba para mantener el honor i la independencia del suelo que los vió nacer.

No tiene nuestro poeta la manía harto comun de dar a los personajes los caractéres que mas se amoldan a su escuela, o que mas se prestan para producir un resultado dado.

Así, si en una pájina admiramos el arrojo de Balvoa, la incansable paciencia de Pizarro, la enérjica temeridad del jenio de Ercilla, en la pájina siguiente tropezamos con la crueldad, la mala fé, la sed de oro de los conquistadores.

¡Qué contrastes! Qué profundas, qué sérias meditaciones no asaltan el espíritu del que va a investigar en las crónicas i en los anales del pasado lo que fué ese largo periodo embrionario, que se llamó conquista i colonijje.

Sangre i arrojo en el primer momento, miseria i estancamiento despues.

Al través del tiempo i en medio de un mundo, que es la antítesis del mundo que pinta en estos romances, Cárlos Walker Martinez ha podido separarse de la escuela que solo tiene para el pasado reproches amargos, críticas agudas, severas correcciones.

Ni todo lo alaba, ni lo estigmatiza todo. Si ensalza el valor, condena la avaricia; si rinde culto a los héroes de esas edades de milagros i prodijios, cualquiera que fuera su situacion, conquistadores o conquista-

dos, oprimidos u opresores, execra siempre sus crímenes.

El poeta español pudo ser injenioso al decir que las crueldades de la conquista:

«Crímen fueron del tiempo i no de España.»

Pero, sean crímenes del tiempo o de la España el que los condena cumple una mision de justicia.

Sin odio a la nacion que nos dió todo lo que era; sin hacer gala de la mania de cierta escuela que todo lo quiere desespañolizar, nuestro poeta ha esclamado:

Crímen del tiempo!.... Talvez!....
Pero el cielo los perdone,
Si el crímen no fué del tiempo,
I, si, de los invasores!

Mas, no fué todo crueldades en la conquista. Si hubo sombras, hubo tambien luz.

Al lado de los conquistadores de la espada i del arcabuz aparecen los conquistadores de la cruz i del breviario; entre los soldados de la guerra, los soldados de la paz.

Aquéllos propagando el esterminio; éstos predicando la misericordia i la fraternidad.

Todo cabe en un libro que consigna con severa verdad en pájinas que se completan para formar un cuadro de la conquista. El soldado conquistando eterna gloria i el sacerdote,

«Del mundo desconocido
Sin mas aplauso, ni fama
Que la voz de su conciencia
Que lo estimula i levanta,

Sufre la muerte; i no en medio
Del ardor de las batallas,
Sino en un suplicio horrible
Que lento lo despedaza.

Ni una voz le infunde aliento,
Ni un amigo lo acompaña....
Muere de una muerte oscura
I en playas ¡ai! mui lejanas!

¡Cielos! ¡qué hermosas coronas
Ceñirán! ¡qué hermosas palmas
Las que alcanzarán los hijos
De la Cruz inmaculada!»

Nuestro poeta ha llenado en este punto una mision reparadora.

Los pobres frailes de la conquista, mártires muchas veces, calumniados siempre, por lo jeneral olvidados, sin otro premio que la fé en Dios, sin mas satisfaccion que la conciencia del deber cumplido, eran dignos de una pájina, no para pintar sus admirables hechos que no cabrian en muchos libros, sino para tributar a su santa memoria un recuerdo de tierno, de sentida admiracion.

«Los misioneros españoles, dice Williams H. Prescott, desde el principio hasta el fin mostraron profundo interes en el bienestar espiritual de los naturales. Bajo sus auspicios se levantaron magníficas iglesias, se fundaron escuelas para la instruccion elemental, i se adoptaron todos los medios racionales para difundir el conocimiento de las verdades relijiosas; al mismo tiempo que cada uno de los misioneros penetraba solo por remotas i casi inaccesibles rejiones o reunia sus discípulos indios en comunidades, como lo hizo el honrado Las Casas en Cumaná, o como lo hicieron los jesuitas en California i Portugal. En todos tiempos el animoso eclesiástico español estaba pronto a levantar su voz contra la crueldad de los conquistadores i contra la avaricia, no ménos destructora de los colonos; i cuando sus reclamaciones eran inútiles como sucedia muchas veces, todavia se dedicaban a consolar al desdichado indio a enseñarle a resignarse a su suerte i a iluminar su oscuro entendimiento con la revelacion de una existencia mas santa i mas feliz. Al recorrer las pájinas sangrientas de la historia colonial española, justo es, i al mismo tiempo satisfactorio, observar que la misma nacion de cuyo seno nació el endurecido conquistador envió asimismo el misionero para desempeñar la obra de la beneficencia i difundir la luz de la civilizacion cristiana por las rejiones mas apartadas del Nuevo Mundo.»

Reniéguen, en hora buena, de los frailes los que se llaman espíritus aventajados, hombres de ilustracion i de progreso, sin tener otro credo ni otra doctrina que el mal disimulado odio de Dios en la persona de sus ministros.

No fué el sacerdote de la conquista, como no lo ha sido nunca el discípulo del Dios de bondad el que azuzó la venganza, ni pidió jamas el esterminio. Si algo hizo

fué para retirar la mano del que iba a prender fuego a la hoguera, para demandar la piedad del conquistador, para abrir a los que morian el camino del cielo.

¡Santa mision! ¡ejemplo sublime! que bien merece los insultos del descreido, la injuria del que queriendo escupir al cielo se enloda i revuelca en el barro.

Lo grande, lo asombroso de la conquista, la luz que oculta sus manchas de sangre i de mugre, es el elemento relijioso, es la creencia en Dios, árbitro de los hombres i de los pueblos, que los premia o los castiga mas allá de este valle de miserias.

«Jamas, dice É. Laboulaye en su introduccion a la obra sobre los Estados Unidos de Mr. Jonveaux, hombre alguno ni ningun pueblo ha hecho cosas grandes sin tener una fé inmensa. En cuanto al materialismo, que hoi dia es mas bien un grito de guerra que una creencia razonada, ha aparecido en el mundo mas de una vez, pero siempre, forzoso es decirlo, aun cuando sea sensible i doloroso, ha sido un signo de decadencia i de servidumbre; es la doctrina de los malos tiempos.

La libertad no puede acomodarse a tan pobre concepcion del destino de la humanidad.

Para servir a los hombres, para dedicarse enteramente a ellos, a pesar de sus vicios, de su ignorancia i de su ingratitud, es preciso considerarlos como almas inmortales de un precio infinito, i no como los mas estúpidos i miserables de todos los animales. El efecto mas jeneral del materialismo es el conducir a los hombres al egoismo i los placeres mas groseros.

«Goza de la hora presente, porque quizas mañana ya no existirás,» será siempre la última palabra de la escuela epicúrea. Los estoicos serán los mas altivos i nobles, mas no por eso están ménos desesperados ni son ménos impotentes.

El escepticismo, la duda cruel, que no nace ni de una idea elevada, ni del estudio; que no enjendra ningun pensamiento filosófico; que abruma el espíritu; que lo abate, que lo empequeñece, no puede caber nunca en la poesía, que bebe sus inspiraciones en la verdad eterna, que se cierne en los espacios infinitos, que como la paloma bíblica no asienta su planta en el lodo, sino en las alturas en donde crece i fructifica el bien.

Ese escepticismo mata la virilidad de los pueblos; los asfixia.

Walker Martinez, que pertenece a la escuela de los que ven la mano de Dios en el imperio que se derrumba, como en la hoja del árbol que se mueve al influjo del aire, en las ruinas de Herculano i de Pompeya, como en la flor que se convierte en polvo, ha dado a sus cantos ese tinte de relijiosidad espontáneo, que nace del alma, que fluye naturalmente, que no se busca para aparentar una relijiosidad que no se siente.

Insoportable, indigna nos parece la escuela de los que invocan a Dios para interrogarlo despues como Lamartine, cuando escribia:

«Reponds-moi, Dieu cruel, s'il est vrai que tu sais.....

«J'ai donc le droit fatal d'interrompre tes lois?»

No es esto poesía; es apénas algo parecido al grito del chacal. Es esta furia solo semejante a la del escorpion que se hiere con su propio dardo, cuando se le escapa la que creyó fácil presa.

La relijion, la fé de Dios, que tanto vive de la cabeza como del corazon, que, si tiene aliento para pedir mercedes, tiene tambien valor para aceptar con resignacion los desgracias i la mala fortuna, es el alma de la poesía.

I lo decimos con sentimiento; los poetas del mundo moderno en jeneral prescinden de Dios, cuando no lo injurian.

Es verdad que casi no hai una sola coleccion de sus cantos en que no se encuentre alguno dedicado al Creador. ¿Pero es eso relijiosidad? Cree en Dios, el que le canta en la primera pájina de un libro, i le olvida o reniega de él en las demas?

Lord Macaulay dice que la poesía que tiene por asunto a seres de otro mundo debe ser misteriosa i pintoresca, i que esos seres no deben tener otra cosa de comun con la naturaleza humana que lo que es necesario para hacerlos intelijibles a los hombres.

Es así como comprendemos la relijiosidad en la poesía; que adore a Dios, que lo admire, que lo haga perceptible al hombre, sin acercarlo tanto que lo abata i empequeñezca.

Hacer lo contrario es caer en lo que Shakespeare llamaba «bella demencia.»

Lo que hemos dicho basta para dar a

conocer el alcance de las ideas de los romances de nuestro amigo.

La crítica vendrá mas tarde a decir si nuestras apreciaciones son o no infundadas, cuando juzgue el precioso libro de que tratamos.

Como los poetas griegos i romanos, nuestro poeta da a los objetos materiales o inanimados un lugar secundario en sus romances al que ocupan los personajes a quienes nunca deja de la mano, prescindiendo por lo comun, de todo aquello que no tiene relacion directa con el interes del asunto.

La poesía de nuestros, contemporáneos dice el señor Bello, está impregnada de aspiraciones i presentimientos, de teorías i delirios, de filosofía i misticismo; es el eco fiel de una edad esencialmente especuladora.

Por lo demas Walker Martinez narra con estilo animado; cuenta los hechos i consigna las tradiciones con la fidelidad de un cronista; habla de los malos agüeros como hablan los españoles de los vaticinios de la profetisa de Sevilla o de *Micer Codro*; amolda su lenguaje a las escenas que pinta i a los personajes que retrata; hace, en una palabra, en una série de cuadros de hechos i de acciones aisladas, una pintura exacta de esa edad de luz i de sombras, de heroísmo i de martirio, de grandeza, que se remonta a las nubes con el vuelo del águila que mira de frente al sol, i de miseria que se revuelca en el charco.

El presente libro no completa el plan de la obra de nuestro amigo; falta aun la segunda parte que debe referir los hechos de la independencia.

Nuestro poeta, que con justicia puede decir como Beranger:

«Toujours, toujours
Tourne la terre ou moi je cours»

no debe desmayar en su tarea.

Si has cantado con tanta verdad, si has alcanzado la palma, cuando recordabas lo que hicieron los hombres del pasado, canta, poeta, los triunfos de Dios i de la libertad, las glorias de la república, los beneficios de la democracia.

Dios i la patria sean la síntesis de tus cantos.

Santiago, agosto 12 de 1871.

VENTURA BLANCO.

LA LUNA DE OTOÑO.

Pasaron las bellas noches
Seductoras del estío,
I vuelve triste i sombrío,
El otoño a aparecer.
Ya no se ostenta tan clara
Ni tan brillante la luna;
Hoi lánguida en la laguna
Va a reflejarse al nacer.

Cual una virjen que llora
Alguna ilusion querida,
Entre las nubes perdida,
Ocultas tu brillantez;
Mas en tu faz macilenta
Guardas májica ternura,
I embriagas con tu dulzura
Al que te admira, talvez.

Que son tus débiles rayos
Cual la tímida mirada
Del alma que apasionada
Duda i vive en la afliccion,
Reflejando en tu luz pura
La suave melancolía
Que atormenta noche i dia
Algun joven corazon.

Es mui grato al contemplarte
Evocar en la memoria
Aquella feliz historia....
Que otro tiempo hizo soñar!
Acariciar a tu vista....
Bella, májica esperanza,
Que, aunque sea en lontananza,
Nos viene siempre a halagar.

De enero tu luz hermosa
Es mas vivida i brillante,
La estrella mas titilante,
El cielo mas seductor;
Mas, para el alma sensible,
Cual un delicioso sueño,
Es de dulce i halagüeño
De otoño tu resplendor!

Santiago, mayo de 1870.

QUITERIA VARAS.

GUAYAQUIL.

SS. RR. de «*La Estrella de Chile.*»

Guayaquil, julio 22 de 1871.

El vapor arrastra suavemente al viajero que remonta las aguas del Guayaquil. No puede darse una corriente mas mansa e imperceptible que la de este rio: se dilata sin hacer ruido en su inmenso cauce coronado de bosques a una i otra orilla; pero aquellos árboles que se levantan de la misma agua o de pantanos insalubres no tienen tampoco un murmullo. Entre sus ramas no canta un pájaro ni se desliza una mariposa.

Contemplada aquella muda naturaleza en uno de esos dias de los trópicos tan ardientes i tan sin aire, se encuentra en su monótona inmensidad de agua i de verdura no sé qué solemne e imponente. Aquellas selvas mirándose continuamente en una lenta corriente, sin mover una rama ni una hoja bajo los rayos de un sol de fuego tienen algo de eternidad como un pensamiento detenido en un sueño.

¿A qué estan destinados tantos terrenos sin cultivo, tantas selvas inabordables para el hombre, que nadie ha franqueado jamas i cuya verdura no aprovecha ningun animal; rejiones sin elevacion suficiente para librarse de las mareas que las convierten periódicamente en pantanos; tierras sin solidez todavia, que no han concluido el período de su formacion, que no pueden soportar ningun paso ni camino, i que solo las frecuentan monos salvajes que saltan por las ramas?

Indudablemente aquellas tierras dilatadas i praderas aguardan al presente una palabra poderosa, ya sea la de Dios que obra por medio del tiempo, o la del hombre que cambia por medio de la industria i del trabajo.

Así, en estas reflexiones, mirando interminables i enmarañados montes, se enteran las cinco largas horas de navegacion que se emplean desde la boca del ancho rio hasta avistar la ciudad de Guayaquil.

Esta, si se nos perdona la paradoja, es una ciudad fundada en el campo: toda ella no parece otra cosa, porque, esceptuando las casas de la orilla del rio, las demas están medio perdidas entre las copas de los árboles i los abanicos de las palmeras. Ademas, los alrededores son arbolados o monticulos cubiertos de tupidos arbustos.

La primera vista que se ofrece al recien llegado es una larga fila de casas de tres pisos i con arcos i corredores en forma de portales que casi rectamente enfrentan al rio, dejando espedito un anchisimo malecon o tajamar.

Este malecon es una verdadera particularidad i hermosura. De dia, se vé sombreado por laureles llenos de preciosos racimos de flores rosadas i de noche está perfectamente iluminado. Fuera de esto, es el punto de mejor i mas variada vista. En uno de sus estremos está en la misma orilla del rio, el Colejio grandioso que el gobierno de García Moreno destinó a los jesuitas para la instruccion gratuita del pueblo.

Paseando por la vereda de este malecon, se ven todas las calles del pueblo que van a dar paralelamente al rio, i que son las mas notables. Se ven tambien abajo, arrimadas a tierra, una multitud de barcos, canoas i balzas, las unas con sus toldos i convertidas en habitaciones de familias pobres, las otras cargadas hasta no poder mas de piñas i plátanos. Son tan baratas estas frutas que por veinte centavos se obtiene una cabeza de plátanos que apénas puede un hombre.

Pero no hai que admirarse de esta baratura porque todas estas frutas se dan sin cultivo ninguno i con estraordinaria abundancia.

¡Qué riqueza i variedad de vejetacion aquella que, aun despues de haberla dejado atras muchas leguas, los ojos del espíritu la contemplan i se gozan en ella!

A cada paso asoman por los techos las cabezas coronadas de las palmas, las anchas hojas de los plátanos o sus apretados frutos. Aquí un tejado soporta las ramas frutales de un árbol que da una especie de calabazo que una vez seco, su cáscara sirve lo mismo que la de aquella cucúrbita. Allí, en la calle, a la altura del brazo de un niño, un árbol del pan madura sus frutas semejante, a una chirimoya.

Como en Guayaquil no hai ningun coche, ni tráfico rodado, ni mas cabalgadura que pocos burros i alguno que otro caballo, el pasto crece en las calles i verdea en las plazas.

Esto da a la ciudad el aspecto de un pueblo abandonado, sobre todo a las horas medias del dia, en que por el mucho calor,

no sale nadie de sus casas, ni se siente una voz. Es tan grande el silencio, que las mujeres conversan desde sus balcones de un lado al otro.

Las casas son casi todas de dos o tres pisos, todos ellos con corredores sostenidos a veces por dos órdenes de gruesos pilares de magle. Se anda siempre, por consiguiente, debajo de techo, lo que es una gran ventaja en partes donde, como allí, la lluvia i el sol son siempre estremos, i estremosque se suceden casi inmediatamente. Los templos son tambien espaciosos, sobre todo la Catedral, cuyas naves sostenidas por columnas blancas, i ensueladas de entablado, tienen un aire de singular despejo i frescura.

La jente es sencilla i tiene un carácter de paz i tranquilidad primitiva i patriarcal.

El calor constante de los dias no les permite usar sino ropas mui lijeras i sueltas, i la bondad de las costumbres hace que sea inocente una desnudez que no podria en otras partes pasar sin escándalo. Pero el pudor no se conoce ni guarda por la ropa sino por el corazon. *Nudæ nyn phœ nudæque decentes.*

Asi en cada balcon se divisan mujeres que dejan caer por las barandas sus mórvidos brazos, o que toman aire en lánguido abandono recostadas en sus hamacas. Los niños juegan desnudos en las calles como lo harian los de nuestros primeros padres.

I esto en ricos i pobres, fuera de que allí propiamente no existe diferencia de clase, porque todos habitan las mismas casas, con la sola distincion de la mas esmerada pintura i aseo.

Los rostros son allí agradables, los rasgos suaves; los ojos confiados i dulces.

Cuando el pensamiento del viajero, cansado de representarse lo ausente i de ansiar lo que se ha dejado, recibe en medio de aquella atmósfera embriagada, cargada del aroma de tantas flores, aquella multiplicada invitacion al abandono i al dulce bien pasar, se siente débil i capaz de concluir convirtiéndose en mirada.

Quisiera continuar una Sibaris abierta solo al olvido del pasado i de las dudas del futuro, i gozar la calma a la sombra de las palmas, a la falda de aquellas colinas encrespadas de perpétua verdura.

Pero al viajero le ausilia el recuerdo de la patria i le levanta; por ese orgullo de la patria, el hombre prefiere sus tristezas entre las cuales está palpitante la querida imájen. El viajero prefiere cerrar, como Ulises, los oidos a todos los encantos por conservar la integridad de una memoria.

De U. U. A. i S. S. i amigo.

F. G. E.

¿AMISTAD?

A la eterna amistad que asi me juras,
Tu desden i tu olvido ya prefiero:
¿Solo amistad mis labios te pedian?
¿Solo amistad tus ojos me ofrecieron?

De tu perjurio en cambio mi perjurio,
De tu cobarde amor mi amor en premio,
Demandas hoi, ahora que arrancarte
De mi humillado corazon no puedo.

Si no he soñado que te amé i me amaste,
Si esa felicidad no ha sido sueño
I nuestro amor fué un crimen... ese crimen
A mi vida te unió con lazo eterno.

Cuando a la luz del arrebol dorado,
De la verde ribera en los oteros,
Silvestres flores para mi cojias
Con que adornaba yo tus bucles negros:

Cuando en la cima del peñon, el rio
A nuestros piés rodando turbulento,
Libres como las aves que cruzaban
El horizonte azul con tardo vuelo,

Te oprimí temblorosa entre mis brazos
I enjugaron tus lágrimas mis besos....
¿Solo amistad entónces me ofrecias?
¿Solo amistad mis labios te pidieron?

Marzo, 1870.

JORJE ISAACS.

EL LAGO.

Ainsi toujours poussés vers des nouveaux rivages,
Dans la nuit éternelle emportés sans retour,
Ne pourrons nous jamais, sur l'océan des âges,
Ne pourrons nous jamais jeter l'ancre un seul jour?...

—¡Qué hermosa está la mañana! Amigos, venid, el lago cristalino nos convida i nos llama; la barca nos espera, los remos están prontos; a la barca, pues, a la barca!

—Cárlos, por favor, abandona esa idea; tú no sabes cuan peligrosa suele ser la travesia; esa superficie tan tranquila en apariencia, encierra en sus entrañas una horrible tempestad.

—No lo creas, Miguel, está el cielo tan sereno i tan radiante el sol; mira, ni la mas leve brisa ajita los árboles del bosque.

—Por lo mismo, no vayas; esta calma es precursora de borrasca i vendaval; fiate en mi esperiencia: mas de una vez yo he visto a algunas infelices mujeres que desaladas corrian por esta orilla clamando al cielo por el pronto retorno ya de un padre, ya de un hijo o de un esposo ¡ai, Cárlos! esas pobres mujeres han esperado en vano.... ningun barquichuelo ha vuelto a aparecer!

—¿Cómo asi?

—En estas aguas es mui fácil zozobrar: mas de un imprudente pescador, al querer cruzar del lago la estension, ha pagado con la vida su temerario arrojo.

—Pero eso no quiere decir, que lo que a ellos, a nosotros nos ha de acontecer. ¡Ea, amigos, venid, que el lago nos convida i la barca nos espera ¡a la barca, pues, a la barca!

—Oh! Cárlos, deja tu empeño i vente conmigo. Nos internaremos en la espesura i alegres recorreremos esa misteriosa e inesplorada floresta; oye como cantan las avecillas ¡qué lindos gorjeos! qué celestes trinos! Vente conmigo, Cárlos; los árboles nos cobijarán con su sombra, las flores nos adormecerán con sus perfumes i el arroyo con sus murmullos; no vayas al lago ¡cuánto mas bella i cuánto mas grandiosa es la selva!

—Otro dia te acompañaré, por ahora me es imposible. Ya llegan mis amigos, ya están aquí, ¡adios, hasta mañana!

—Te vas i me abandonas! te vas i no escuchas mi ruego?.... Pero nó, esto no puede ser; yo no te dejaré partir. Tengo un presentimiento, un negro presentimiento....

—Cárlos! Cárlos!

—Mis amigos ya están en el barco, ellos me llaman ¡adios!

Cuatro jóvenes saltaron a la barquilla que balanceándose coquetamente, gallarda i lenta comenzó a alejarse de la ribera. Los remos hirieron las azulejas ondas. Una floja brisa rizaba la superficie del lago.

—Adios Miguel! esclamaron ajitando sus sombreros i desplegando la vela de la pintada balandra.

—Pobre Cárlos! murmuró Miguel, arrasados los ojos en lágrimas, pobre Cárlos! Dios lo proteja! i cabizbajo i triste se internó en la selva.

* *

Pasaron las horas. El sol en el zenit brillaba con estraño resplandor; algunas nubecillas fugaces i trasparentes de cuando en cuando empañaban por un instante la claridad del dia; la brisa de la mañana habia ido arreciando insensiblemente; otras nubes mas densas i mas opacas comenzaron a bordear las empinadas cumbres de los altos montes; la selva enmudecia, la ribera callaba; los vagos i misteriosos rumores, dulce encanto de la soledad, con melancólicos quejidos habian apagado sus armenias; las aves acuáticas dejaban oir sus graznidos i revoloteando en prolongadas espirales o rápidas curvas, poco a poco se alejaban i luego desaparecian; el sol dejó de brillar; un manto pardo i lúgubre como un lienzo funerario se estendia sobre el lago; las aguas poco ha tranquilas, ajitadas i revueltas principiaron a bramar con hórrido fragor; el viento convertido en huracan, silbaba entre los matorrales i desarraigando los árboles, tronchando los arbustos, vino a azotar las olas que embravecidas se alzaron en turbios i espantosos remolinos; el relámpago rasgó las nubes i el trueno hizo retemblar los montes i la floresta solitaria.

—Socorro! gritó una voz desesperante i acongojada ¡socorro! venid, corramos al lago!

Era Miguel, que fuera de si corria de cabaña en cabaña, llamando a los pescadores i demas habitantes de aquella apartada orilla.

—Apresurémonos, que una barca es presa en estos momentos de las furiosas olas del borrascoso lago. Corramos, corramos, ellos van a perecer, oh! por piedad, salvad a Cárlos, salvadlo!

Todos compadecian al infeliz Miguel, todos lamentaban el fatal destino de los imprudentes jóvenes, pero nadie se creia capaz de poder prestar ausilio ni ayuda alguna. En efecto, la tempestad arreciaba por segundos, el lago era un abismo, el cielo un volcan, lanzarse al peligro era lanzarse a la muerte.

Llegó la noche; los bramidos de las olas retemblaban en el valle; la oscuridad era profunda; en la cresta de una empinada roca ardia una gran fogata. Ah! aquel faro que debia servir de guia a los afligidos navegantes, reflejaba en vano su pálida i vacilante luz al traves de la densa oscuridad.

Por fin, amaneció; todos acudieron presurosos i anhelantes a las orillas del lago; un grito de desesperacion se escapó de todos los pechos: a la distancia, algunos trozos de madera eran juguete de las olas; en aquellos despedazados restos, todos acababan de reconocer los fragmentos de la barquilla!

Trascurrió un dia i otro dia; las noches se sucedieron a las noches; brilló el sol del quinto dia; Miguel como un loco vagaba por la ribera del lago, su dolor era inmenso; sus ojos cárdenos, sus mejillas pálidas i demacradas, denotaban sus insomnios i su hondo pesar. El lago estaba tranquilo, ni un rumor interrumpia el silencio de aquella mañana. La fiebre devoraba la frente de Miguel; delirante, dirijióse al lago para humedecer sus sienes, retrocedió espantado: un cadáver se balanceaba entre los totorales que crecen en la orilla; acercóse nuevamente; sus piernas flaquearon, un hielo intenso corrió por sus venas.... aquel cadáver, era el cadáver de Cárlos!

—¡Muerto! muerto! esclamó, estrechando con frenesi sus manos yertas entre cuyos dedos brillaba una hermosa medalla de plata. Aquella medalla.... era la de su Congregacion, era la de María!.....

.....

Siete meses han trascurrido.

En las orillas de la laguna de Llanquihue se alza una modesta tumba coronada por una cruz de madera, en su alrededor crecen algunas plantas silvestres i algunas flores que una mano amiga sembró aquel lugar. Las aves del cielo bajan de cuando en cuando a posarse sobre la cruz i casi siempre en vez de un gorjeo, un lamento dejan oir: ellas lloran como lloró una madre al saber en lejanas tierras que el su hijo, el hijo de su amor, habia muerto ahogado en un funesto lago; si, las avecitas del cielo lloran sobre la cruz, sobre esa solitaria cruz donde quizás nunca irá a arrodillarse un amigo a verter una lágrima i a elevar a Dios una plegaria por el infortunado Cárlos!

Santiago, agosto 23 de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

MI CORBATA.

I yo tengo una corbata
Tan bonita, tan bonita,
Cada vez que me la pongo,
Me enajena, me arrebata,
Me sienta, me va tan bien;
Es mui linda mi corbata.

Tiene al campo una pintita
Tan graciosa, tan graciosa,
Tan monona i delicada
Como un maqui de negrita,
Yo le encuentro no se qué
De lindo a mi corbatita.

Me la pongo solamente,
Cuando quiero, cuando quiero
Cautivar los corazones,
I que me admire la jente
Por el aire tan sencillo,
Que da a mi cuello turjente.

Me hago con ella un lacito
Sin cuidado, sin cuidado;
Lo que es mas, a toda prisa,
I me queda tan bonito,
Que, al mirarme en el espejo,
Salgo de casa lueguito.

I me siento tan contenta,
Cuando veo, cuando veo,
Que me miran la rosita,
Que mi corbatita ostenta,

Que pienso que en el comercio
Otra igual no haya en venta.

I me digo: en ese instante
Quien creyera, quien creyera,
Que por nada de este mundo,
Ni por un rico diamante,
Quitaria de mi cuello,
Mi corbatita flamante.

No me gusta ser ingrata,
I deseo i deseo
Conservar, como una joya,
Siempre nueva mi corbata....
Me sienta, me va tan bien,
Me enajena, me arrebata.

Santiago, mayo de 1871.

QUITERIA VARAS.

POTPOURRI.

LAS FALANJES.

La sociedad se compone de falanjes destinadas a combatir cada una a un enemigo especial.

Primera falanje, la mas noble, el sacerdocio. Combate el error relijioso i el vicio.

Segunda falanje, los sabios. Combaten el error científico.

Tercera, los médicos. Combaten con las enfermedades i con la muerte.

Cuarta, los abogados, que combaten unas veces contra la injusticia, otras (no pocas) contra la justicia i el buen derecho.

Quinta, las autoridades i la fuerza pública combaten a los ladrones, a los sediciosos, a los asesinos, etc., etc.

Sesta, la mas numerosa, compuesta de ndividuos de todos sexos, condiciones i profesiones. Va contra el bolsillo ajeno, que tiene que defenderse heróicamente él solo contra tantos. Esta última falanje se divide en dos: la que se dirije leal i honradamente contra el bolsillo i la que le hace guerra desleal i alcve.

***

EL COLEJIAL.

Pichon de hombre, que no quiere ser pichon.

Fuma, pasea, asiste a bailes; está enamorado, sueña con el himeneo; i al dia siguiente de haber estado tratando mui sériamente con su prenda.... da mala leccion en la clase.

***

EL ABOGADO.

El defensor del honor, de la vida i de la fortuna de sus conciudadanos. El protector de la inocencia i del buen derecho.

Está bien; pero, como en cada litis hai dos abogados, la definicion no puede ser verdadera sino respecto de uno solo de ellos.

***

EL MÉDICO.

Un hombre que dicen que conoce las enfermedades i sabe curarlas.

El médico no cura sino cuando el enfermo debia sanar por sí solo i no hai médico que valga contra los decretos de Dios. Así dicen los que no creen en la ciencia médica. I deducen que los médicos son inútiles.

Que se defiendan los interesados.

***

EL LITERATO.

Un hombre que se ha leido muchos libros, que piensa bien i escribe bien. Sabe agradaros con una poesia, con una novela, sabe convenceros i arrastraros con su elocuencia; pero... no sabe ganar un *níquel*, con todo su saber i todo su talento.

Miscuit utile dulci..... pero *non omne tulit punctum.*

***

LA MONJA.

Heroina a quien el mundo no se cuida de inmortalizar.

Desprecia el ámbito anchuroso de un mundo de delicias por la severa estrechez de un cláustro.

Allí entierra para siempre su juventud, su belleza, sus ilusiones, sus amores mun-

danales i sus esperanzas terrenas i vive en el amor de Dios, en la esperanza del cielo.

Del cláustro al cielo hai solo un paso.

RAFAEL B. GUMUCIO.

VARIEDADES.

EN UN WAGON.

Un viajero, sacando de su cigarrera un habano:

—Señora, ¿le incomoda a Ud. el humo?

—No sé, señor: nadie ha fumado todavía a mi lado.

* * *

UN CALVARIO.

Un libre pensador tenia a la cabecera de su cama un crucifijo i a la izquierda de la imájen su propio retrato.

Un amigo, que venia de visita, despues de examinar el santo Cristo i el retrato, dijo al libre pensador:

—¡Perfectamente! Pero este calvario está incompleto. ¿Qué has hecho del Buen Ladron?

* * *

J.

Las siguientes décimas fueron improvisadas por Breton de los Herreros para que las recitase el ministro frances en España, que se preciaba de pronunciar mui bien el castellano:

Dijo un jaque de Jerez
Con su feja i traje majo:
Yo al mas jaque el juego atajo
Que soi jaque de ajedrez.
Un jitano que el jaez
Aflojaba a un jaco cojo
Cojió con terrible enojo
De esquilar la tijereta,
I le dijo:—Por la jeta
Te la encajo, si te cojo.
—¡Nadie me moja la oreja!
Dijo el jaque i arrempuja.
El jitano tambien puja;
Como aguija, el otro ceja
En jarana tan pareja
El jaco cojo se encaja,
I tales coces baraja
Con la punta del zancajo
Que hizo entraran sin trabajo
El jitano i jaque *en caja*.

* * *

LO QUE ME FALTA.

Mi novia me dijo un dia:
—¿Ya tiene Ud. la dispensa?
Yo le contesté:—Alma mia,
Aquí está; mas todavía
Me falta...—¿Qué?—¡La despensa!...

* * *

EL INTELIJENTE.

La fachada de un convento
Observaba cierto dia
Un hombre que parecia
De luces i de talento.
Acercóse cortes
Un relijioso diciendo:
—«El frontis que está Ud. viendo
Del órden corintio es.»
—Pues he llevado petardo,
Le contestó el entendido,
Me habia a mi parecido
Del órden de San Bernardo.

* * *

A LA HUMANIDAD DOLIENTE ADVERTIMOS LO SIGUIENTE:

Mil métodos se han hallado
Para curar la ictericia
Pero ninguno ha llegado
Hasta hoi a nuestra noticia.

Contenido de este número.

I.—*Los Precursores de la Independencia de Chile*, por Zorobabel Rodriguez.
II.—Lectura literaria, conclusion, por Ventura Blanco.
III—La luna de otoño, poesía, por Quiteria Varas.
IV.—Guayaquil, por F. G. E.
V.—¡Amistad! poesía, por Jorje Isaacs.
VI.—El lago, por Ruperto Marchant Pereira.
VII.—Mi corbata, poesía, por Quiteria Varas.
VIII.—Potpourri, por Rafael B. Gumucio.
IX.—Variedades.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, setiembre 3 de 1871. Núm. 205

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,

POR MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, MIEMBRO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA I HUMANIDADES, TOMO II.

IV.

Pasemos ya de estas consideraciones que mas o ménos se refieren a los dos volúmenes de la obra del señor Amunátegui, al exámen de algunos de los importantes problemas que de la lectura del segundo se desprenden. Limitados por el tiempo i por el espacio de que podemos disponer, nada mas haremos que entresacar los tres que en primera línea se presentan, a saber: 1.° determinacion del verdadero carácter del réjimen colonial; 2.° investigacion de los orijenes i causas del sistema de inquilinaje i de los arbitrios que podrian tocarse para mejorarlo; i 3.° influencia ejercida por la Iglesia i particularmente por los Jesuitas sobre la sociedad colonial.

Sobre el primer punto no podemos disimular que el libro de que nos ocupamos nos produjo una impresion estraña. Acostumbrados a oir desde la infancia contra el gobierno español todo lo que es posible oir de malo, esperábamos encontrar en la fidedigna historia de sus actos pruebas abundantísimas de tan graves i jeneralizadas acusaciones. ¡Cuán grande no fué sinembargo nuestra sorpresa cuando, leyendo el libro motivo de este artículo, en vez de encontrarnos con un gobierno sanguinario, perezoso, avaro i voluntarioso, nos encontramos con un gobierno blando, activo, desinteresado i condescendiente! ¡Cuándo, trasladándonos en alas de la imajinacion a aquella época, decididos a apreciar a sus hombres con la noble imparcialidad del historiador, nada, absolutamente nada, encontramos que justificase los anatemas de que los declamadores vulgares suelen hacerlos objeto!

Léjos de nosotros la ridícula idea de comparar la sociedad en que vivimos con la sociedad de aquel entónces. En poblacion, en riqueza, en ilustracion, en bienestar jeneral, la distancia es enorme; pero es precisamente el olvido de esta enorme distancia, la causa de que muchos se estravien al apreciar los actos del gobierno español.

Juzgar la política de ese gobierno con el criterio del siglo en que vivimos es cometer a un tiempo mismo un grave error i una notoria injusticia: un error porque los actos de un gobierno solo son tiránicos en cuanto contrarian las necesidades, aspiraciones e ideas de los gobernados; i una injusticia, porque no puede equitativamente exijirse que los gobiernos se anticipen al siglo en que viven i a las sociedades que rijen. Asi, por ejemplo, aun cuando, examinados a la luz de nuestras costumbres e ideas los procedimientos de que fué objeto el indio don Juan, que el señor Amunátegui reputa con razon como característicos de la época colonial, no pueden ni justificarse ni escusarse, ellos nada tuvieron de contrario a las leyes entónces vijentes i segun todas las apariencias no causarian ni indignacion, ni estrañeza siquiera a los contemporáneos. Si hubo allí culpa, la culpa no fué de las autoridades que administraron justicia en conciencia, sino de la sociedad que aun no habia logrado fijar con exactitud la órbita de accion de los tribunales i determinar qué actos deben estar sujetos a su jurisdiccion i qué actos deben quedar fuera de su alcance.

Apreciada la conducta del gobierno peninsular desde el anterior punto de vista, él se nos presenta con mas de un título que le honra.

Las pruebas de su solicitud por la raza indíjena están consignadas en innumerables documentos que llevan al pié la firma de los soberanos. Puede decirse que desde el principio hasta el fin el tomo II de *Los Precursores* no es mas que la historia de la secular lucha sostenida entre los reyes, que espedian reales cédulas tras reales cédulas,

i amonestaciones tras amonestaciones a fin de protejer a los indios, i los encomenderos, que con uno u otro pretesto, eludian aquellas órdenes; lucha en que al fin los reyes quedaron vencidos, pero en la cual ganaron sin duda sus mejores títulos al respeto de la posteridad.

No es ménos digna de llamar la atencion la dilijencia que se ponia en la corte de España para proveer aquello que se juzgaba conveniente al mejor gobierno de las colonias. Despues de recorrer el crecido número de reales cédulas i despachos de todo jénero espedidos por los soberanos i su consejo, hai que convenir en que, sino siempre se resolvia lo mas acertado, siempre se trabajaba con teson. La correspondencia que el Consejo de Indias sostuvo con los vireyes, gobernadores, reales audiencias, arzobispos, obispos, prelados, etc. debió ser activísima: así solo se concibe que el señor Amunátegui nos haya dado una historia completa i hasta minuciosa de la sociedad colonial, sacada casi esclusivamente de los documentos oficiales i en su mayor parte referida por los mismos reyes.

Todavía otra observacion en obsequio del antiguo réjimen, i que honra tanto a los gobernantes como a los gobernados. Esta observacion se refiere a la parte que se daba al pueblo, o que el pueblo tomaba, en aquellos asuntos que eran de interes jeneral. Si el temor de ser tildados de reaccionarios no nos detuviese, confesaríamos que, leyendo ciertos capítulos del tomo II de *Los Precursores*, comparamos involuntariamente la parte de entónces con la parte de ahora i que mas de una vez nos pareció que estaban las balanzas valiéndonos de las espresiones de una popular copla, *que se iban i se venian*. ¿I cómo nó? Hoi para hacer uso de sus atribuciones, tanto las autoridades nacionales como las locales, apénas se cuidan de nó estralimitar sus facultades, sin tomar para nada en cuenta ni las opiniones ni mucho ménos los votos de los interesados. En tiempo del rei pasaban las cosas de otro modo: no bastaba que una órden estuviese suscrita por el soberano para que se cumpliese sin apelacion ni demora: el cabildo secular i el eclesiástico, los oficiales del ejército, los superiores de las comunidades, los párrocos, i los principales vecinos eran convocados: el asunto era discutido maduramente: cada cual daba su parecer con libertad completa i si al fin de cuentas la real órden se reputaba inaplicable, o perjudicial, o injusta, su ejecucion se suspendia, informándose de todo al soberano. Se nos dirá que aquella representacion era una amalgama monstruosa, sin reglas a qué atenerse ni fueros escritos que hacer valer, en lo que convenimos sin trabajo; pero tal como era, constituia una verdadera representacion del pueblo, bastante poderosa a veces para suspender, durante siglos enteros la ejecucion de las órdenes del soberano.

Las observaciones que acabamos de hacer en obsequio del réjimen colonial no tienen por objeto justificar sus faltas ni paliar sus errores; pero si van encaminadas a presentarlo en su verdadera luz, con sus buenas i malas cualidades, con sus ventajas e inconvenientes, como la historia tiene el sagrado deber de presentar, sin la ceguedad del odio, del entusiasmo o de las ideas preconcebidas, los hombres, las instituciones i las sociedades de los siglos pasados. A este respecto el señor Amunátegui es acreedor a los mas justos elojios. Ya que no entraba en el plan que se habia propuesto apreciar filosóficamente los sucesos, hai que agradecerle la serena imparcialidad con que relata los hechos i exhibe los antecedentes i considerandos del fallo que el lector puede pronunciar fácilmente.

Con respecto a nosotros el estudio atento de esos antecedentes ha venido a persuadirnos mas i mas de que no ha existido ningun siglo ni sociedad alguna en que los buenos i malos elementos no hayan andado mezclados en proporciones mas o ménos equivalentes. Las ideas de progreso i de libertad existen tan fuertemente adheridas el alma humana, que en ningun tiempo, ni en ningun pais, se han visto desaparecer por completo. Como el césped porfiado que jermina hasta sobre las rocas, esas ideas han logrado manifestarse aun bajo los rejimenes mas despóticos; como el coral que crece i prospera en medio de las aguas amargas, batido por las olas, la humanidad sigue imperturbable su obra de progreso i de civilizacion, aun en medio de los errores mas trascendentales, aun batida por las mas feroces pasiones.

V.

Sin duda que la grande obra no se rea-

liza a vapor. Aunque no eterna como Dios, la humanidad es como Dios, que es paciente porque es eterno. Hai en la jornada tropiezos que fatigan aun a los mas robustos, desvios que desalientan aun a los mas perseverantes, demoras que exasperan aun a los mas pacientes. Ya vengan los obstáculos de los gobiernos, ya vengan de las sociedades, ya de la naturaleza misma de las cosas, dos cosas pueden afirmarse por ciertas, la perpetuidad de la lucha i el triunfo difinitivo de la civilizacion.

Durante la colonia ni cesó la lucha ni el movimiento progresivo de la sociedad se detuvo. Acabamos de ver que los reyes españoles tuvieron su parte en ese movimiento. Veamos ahora los obstáculos en que se estrellaron sus esfuerzos; es decir procuremos desentrañar la causa que estirilizó su accion, impidiendo que las reales cédulas espedidas en favor de los indíjenas recibieran el cumplimiento escrupuloso que de ordinario, en lo tocante a otros asuntos tales órdenes recibian.

El señor Amunátegui nota el fenómeno en varias partes de su libro.

«Pero en Chile, dice en la pájina 387, los encomenderos acataban al rei como a un semi-dios, ménos en lo que perjudicaba a su avaricia, i continuaron por lo tanto en cobrar a los infelices indíjenas un tributo, no de dinero, o frutos, sino de sudor, de vida, por decirlo asi.»

Como se vé, la esplicacion del hecho capital que se señala es a todas luces insuficiente; porque fuera de que no hai motivo racional para suponer que la avaricia hubiese elejido para establecerse el corazon de los encomenderos, el interes o la codicia de éstos nada habrian podido contra la voluntad del soberano. Indudablemente si los encomenderos eran movidos por sus intereses personales resistiendo las órdenes de los reyes de España, para que la lucha fuera posible i el éxito de aquéllos concebible, hai que suponerlos apoyados por alguna fuerza mucho mas poderosa que su avaricia i mas permanente que su capricho.

Tan cierto es esto, que el señor Amunátegui, volviendo sobre el hecho algo mas adelante i como sintiendo la insuficiencia de la esplicacion que de él habia dado, no vacila en dar una nueva.

«Las disposiciones del soberano sobre esta materia, se lee en la pájina 402, impotentes contra las preocupaciones i las costumbres, quedaban solo escritas en el papel, siendo desobedecidas en la práctica.»

Mucho mas aceptable que la primera, esta esplicacion no nos parece, sinembargo, ni suficientemente fundada ni rigurosamente filosófica.

Tampoco reputamos completa i exacta la siguiente que leemos en la pájina 391, i que sin disputa se acerca tanto a la verdad que en parte llega a confundirse con ella.

«Mui absoluto i mui venerado, observa el señor Amunátegui, era el soberano de la España i de las Indias; pero por mas leyes que diera no era empresa fácil destruir con simples declaraciones escritas en un papel, aunque fuera firmado por su real mano, la desigualdad arraigada que se habia establecido entre la raza conquistadora i la conquistada, entre los amos i los siervos.»

Nosotros, sin desconocer la influencia que en el establecimiento i conservacion de las encomiendas pueden haber ejercido la codicia de los conquistadores i las preocupaciones i costumbres de la época, tenemos por cierto que la triste condicion a que quedaron sujetos los indíjenas de Chile, fué el resultado natural, i, sino en su intensidad en su esencia, el resultado fatal de los elementos constitutivos de la colonia, del medio en que vivió i de las circunstancias i sucesos que presidieron a su fundacion i desenvolvimiento. Causas profundas, que ni la voluntad de los soberanos ni aun la voluntad de los encomenderos, habrian bastado a destruir sin trastornar completamente i acaso sin destruir la sociedad misma; causas tan hondas, que ni la gran revolucion política iniciada en 1810, ni la gran revolucion social que desde entónces se ha venido operando lentamente, han logrado remover por completo.

En efecto, desentendiéndonos de la diferencia de palabras que poco importa i de leyes que no se ejecutan ¿qué diferencia esencial existe entre los inquilinos de hoi i los encomendados del siglo XVII?

Escusado seria, puesto que escribimos en Chile, manifestar cual es la condicion social en que vive la inmensa mayoria de los habitantes de los campos. Todos, mas o ménos, tenemos una idea de ese ser semi-salvaje, semi-civilizado, semi-libre, semi-esclavo, que sin ser propietario tiene cier-

to número de animales i siembra anualmente algunas fanegas de trigo i algunos almudes de frejoles i que designamos con el nombre, no mui propio por cierto, de inquilino.

Pero si nadie ignora lo que constituye actualmente el sistema de inquilinaje, mas de uno de nuestros lectores se sorprenderá, como nosotros mismos nos hemos sorprendido, reconociendo que ese sistema es tan antiguo en Chile como la civilizacion. El libro del señor Amunátegui viene a manifestarnos efectivamente que, a pesar de las reales cédulas de los monarcas españoles, de las revoluciones políticas i del trascurso del tiempo—reformador mas poderoso que los lejisladores i las revoluciones—los inquilinos de hoi son los descendientes lejítimos, natural i socialmente hablando, de los *mitayos* de los siglos XVI i XVII.

A fin de que el lector pueda juzgar por si mismo; veamos como el señor Amunátegui dibuja en mui pocas pinceladas, la fisonomía de esos *mitayos* tal cual era a principios del siglo XVII.

«Los inquilinos o indios residentes en las mismas estancias de sus patrones estaban obligados a servir ciento sesenta dias cada año en las diversas labores del fundo.»

«En recompensa el dueño les suministraba un pedazo de tierra para que el inquilino levantase su rancho i pudiese sembrar un almud de maiz, dos de cebada, dos de trigo, i otras legumbres; *i a prestarle* los bueyes e instrumentos necesarios para el cultivo.»

Notando de paso el descuido gramatical que hemos subrayado, mui propio para manifestarnos cuan fácil es que hasta los ménos propensos al sueño dormiten a veces en las largas veladas, preguntamos si no seria posible encontrar en este año que corre i en mas de una hacienda el orijinal del retrato hecho en los dos párrafos que quedan trascritos, por el autor de *Los Precursores*. Almudes mas o ménos, cerco un poco mas estenso o un poco mas reducido, mayor o menor número de dias de trabajo, el inquilino del siglo XVII no ha desaparecido todavia de nuestro suelo.

No se crea sinembargo que vayamos a caer en las exajeraciones de aquéllos que, desdeñando por vulgar el testimonio de sus ojos, raras veces se deciden a observar los hechos sociales sin acudir al catalejo para verlos mas grandes o mas pequeños de lo que son realmente.

Sabemos bien, i nos complacemos en declararlo, que la marejada del progreso llega ya a nuestros campos i que un espíritu nuevo empieza a difundirse entre propietarios e inquilinos. La facilidad de las comunicaciones ha venido a darles en la práctica una libertad mayor de la que lograron todas las leyes dictadas para protejerlos, i la escasez de brazos—consecuencia natural de la emigracion i mas que de la emigracion del prodijioso impulso que en los últimos tiempos ha tomado la agricultura, la industria i el comercio—han modificado considerablemente las relaciones de los inquilinos con los propietarios. El inquilino ha probado su libertad i ha visto que ella era buena, i no ha necesitado mas que de este conocimiento para mejorar de condicion. El hacendado por su parte se ha convencido practicamente de que hai sérios peligros en tirar la cuerda demasiado, i de esta mutua persuasion ha empezado a jerminar una igualdad i una independencia relativas, que poco a poco i en unas provincias ántes que en otras, se va estableciendo i diseñando.

¡Honor a aquéllos a quienes ha cabido la gloria de dar los primeros pasos en una obra tanto mas grande, en una reforma tanto mas preciosa, cuanto que nadie fuera de los interesados puede llevarla a cabo! ¡Honor a los hombres de bien, o de inteligencia cuando ménos, que han sentido la necesidad o han comprendido la ventaja de levantar, ilustrando i moralizando a los rudos i desgraciados obreros de nuestra prosperidad, a esos hombres por cuyo intermedio ha ganado nuestra patria todas las batallas, asi las que se ganan con el sudor del rostro como las que se ganan con la sangre de las venas!

Entrar en detalles sobre lo que ya algunos hacendados han hecho para mejorar la condicion de sus inquilinos o en pormenores sobre lo que deberia hacerse con ese mismo fin seria apartarnos de nuestro objeto. Bástenos decir que en algunos fundos de las provincias de Aconcagua, Valparaiso Santiago i Colchagua, los propietarios han empezado a desterrar los ranchos, estrechos, sucios i húmedos que han sido desde tiempo inmemorial el albergue de nuestros huasos, i a reemplazarlos por casitas de adobe i teja, bien distribuidas i blanquea-

das que permiten consultar las conveniencias hijiénicas, morales i económicas de los inquilinos i de sus familias.

Este reemplazo del rancho por la casita de teja debe ser en nuestro concepto la base i el punto de partida de toda reforma seria en el sistema tradicional de inquilinaje.

La acumulacion de los padres de la familia, de los hijos varones i hembras, i mui a menudo de los compadres i alojados en un solo rancho, húmedo, puerco i fétido, es el mas terrible escollo en que han tropezado hasta ahora cuantos, sin removerlo ántes, han pretendido de alguna manera mejorar la condicion de los habitantes de los campos. Por el contrario, removido ese primordial obstáculo, la tarea civilizadora se hace mucho mas fácil i espedita. Las comodidades de una habitacion convenientemente distribuida, permiten al párroco o al misionero trabajar con provecho en moralizar la familia, al preceptor en la educacion de los niños i a los mismos inquilinos en el aumento de sus bienes i en la felicidad de sus hogares. Con el aseo que vé en el techo, en el piso i en las paredes de su casa, nacen en su mente ideas de adelanto i en su corazon deseos de satisfacer nuevas necesidades, poderosos estímulos para el ahorro, que al presente no solo no hacen, pero que ni siquiera anhelan las nueve décimas partes de los campesinos.

Tras la edificacion de las casas,—tarea larga i costosa, pero necesaria,—puede venir el servicio del párroco, del misionero, del preceptor i del médico; servicio que ya algunos hacendados caritativos e inteligentes empiezan a ensayar, luchando con los malos hábitos, la crasa ignorancia i las dificultades materiales que se presentan en los campos.

Fuera de estas reformas que el movimiento natural de nuestra poblacion i el creciente progreso de la agricultura van haciendo cada año mas necesarias i practicables, i cuya conveniencia, la difusion de las buenas ideas económicas irá poniendo al alcance de todos nuestros grandes propietarios, nada mas debe hacerse, ni nada mas seria lícito i posible hacer.

I aquí se presenta a nuestra mente un vastísimo campo, que nos invita a descubrir las causas que han enjendrado el sistema actual de inquilinaje.

En cuanto a las causas del mal, su antiquísima data, su estension i la tenacidad con que ha resistido a las repetidas i enérjicas órdenes de la autoridad ¿no son ya indicios suficientes para sospechar que ellas se derivan de los elementos constitutivos de nuestra organizacion social i que viven tan íntimamente adheridas a esa organizacion que bien podria afirmarse que forman parte de ella?

I en cuanto a los remedios ¿no es claro que ellos deben guardar analojía con las causas, i que siendo éstas esencialmente sociales, es una locura la pretension de hacerlas desaparecer con leyes, por bien intencionadas i hábilmente combinadas que sean?

Basta remontarse con la imajinacion hasta la época de la conquista i observar la índole, la ilustracion, la fuerza i la situacion respectiva de las dos razas que, al principio hostiles i despues mezcladas i confundidas, habian de suministrar los materiales de nuestro edificio social, para comprender que lo que sucedió era lo que habia de suceder i que la resultante de aquellas fuerzas no podia ser sino el sistema de inquilinaje, tal cual siempre ha existido entre nosotros.

M. de Bonald ha observado, si no nos engañamos, en sus *Pensamientos*, que nunca los habitantes de los campos han variado de forma de gobierno i que en las repúblicas i monarquías el estado agrícola es esencialmente monárquico; opinion que coincide con la de un anciano que conocimos en nuestra niñez i que nunca designaba a los hacendados sino con el espresivo nombre de *reyes chiquitos*.

Aun cuando la opinion de Bonald, tomada en un sentido jeneral i absoluto, sea un tanto paradójica i exajerada, ella, aplicada a la sociedad colonial, es de una rigorosa exactitud. Cada conquistador fué en su hacienda un *rei chiquito*, mas o ménos inteligente en el trabajo i caritativo con sus súbditos; pero siempre absoluto. Los indios que ántes encontraban en un pais estenso i en una independencia casi ilimitada los medios de proveer a sus escasas necesidades i al sustento de sus familias, se encontraron repentinamente desposeidos de su libertad i de sus bienes i, como si esto aun no fuese bastante, obligados a pagar un tributo.

¿Qué habia de resultar de este trastorno? Lo que no podia ménos de resultar: que la

propiedad pasó a manos de los mas fuertes, de los mas ricos, de los mas ilustrados, i que los indijenas que no sucumbieron, para vivir, tuvieron que constituirse en servidores de aquéllos. Es lo que sucede siempre que un pueblo bárbaro se vé obligado por la fuerza de las cosas a ponerse en contacto inmediato con un pueblo civilizado: o es estinguido por completo o es sometido a una servidumbre mas o ménos franca, mas o ménos dura, pero siempre efectiva. Esta lei es tan constante que dudamos se encuentre en la historia un solo caso en que no haya tenido exacto cumplimiento; la historia de América al ménos no nos suministra ni uno solo. Desde el Rio San Lorenzo hasta el Rio Negro la llegada de los europeos ha traido por consecuencia para los pobres aborijenes, el esterminio o la servidumbre, la pérdida de la existencia o la consagracion de la existencia al servicio de los vencedores.

No estrañemos, pues, que en Chile haya sucedido lo que en todas partes; ni busquemos el orijen del sistema de inquilinaje existente en la avaricia de los encomenderos, ni en la dureza del gobierno español, ni en el descuido de nuestros congresos. Al contrario sepamos hacer a nuestros antepasados la justicia de confesar que talvez en ninguna de las colonias americanas los indijenas recibieron mejor trato que en Chile i que en ninguna de ellas, relativamente a la poblacion existente a la época del descubrimiento, sobrevivió un número tan considerable de indios ni las dos razas se mezclaron mas fácilmente. Sepamos todavía deducir del orijen social del fenómeno la necesidad de recurrir, para modificarlo, a ese mismo orijen, ilustrando a los inquilinos sobre sus derechos, a los patrones sobre sus deberes; procurando dar a aquéllos hábitos de aseo, de ahorro i de moralidad i a éstos la intelijencia cabal de sus intereses como agricultores; abriendo caminos que jeneralicen i faciliten los efectos de la lei, de la oferta i de la demanda segun la cual se rijen los salarios; i no demos importancia alguna a todo aquello que pudiera idearse i hacerse fuera de la órbita en que ejercen su accion las leyes sociales i económicas.

Desde que el orijen del mal se halla en la distancia enorme que separa al hacendado del inquilino, el buen sentido indica que la manera única de hacerlo desaparecer poco a poco consiste en hacer desaparecer paulatinamente esa distancia. Ya que no hemos tenido el triste valor de esterminar a los indijenas como se ha hecho i se hace en los Estados Unidos para dejar libre el campo a los elementos europeos, tengamos el glorioso valor de levantarlos, de la postracion en que yacen, sentándolos, a fuer de republicanos i cristianos, al banquete de nuestro bienestar.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

¿ME PIDES VERSOS?

¿Me pides versos, niña,?
No me pidas por Dios;
Que el alma cuando sufre
No tiene inspiracion.

¿Cómo quieres que cante,
Que entone versos yo,
Si, como el mar es grande,
Es grande mi dolor?

¿Cómo quieres que cante,
Si llora el corazon?
¡Ai! versos no me pidas,
No me pidas por Dios.

No le pidas al cielo
Su límpido esplendor,
Cuando la noche lóbrega
Su clara luz robó;

Al campo no le pidas
En la cruda estacion
Ni flores en sus valles,
Ni en sus bosques rumor;

Que el valle está desierto,
Que el valle está sin flor
I sin las hojas mudo
El bosque se tornó;

¿Viste que cantó el ave
Cuando a su prenda vió
Herida por la flecha
Del duro cazador?

Si pues yo como el ave
Perdí mi dulce amor,
Si está como el desierto
Mi pobre corazon;

¡Ai! versos no me pidas,
No me pidas por Dios;
Que el alma cuando sufre
No tiene inspiracion.

CELSO VÍCTOR CÁCERES.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

AGOSTO.

I.

Durante el mes de agosto, ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

ROMANCES AMERICANOS por Cárlos Walker Martinez.—Primera parte.—1 vol. en 4.°, de 338 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Esta coleccion de los *Romances* de Walker Martinez está precedida de una introduccion de notable mérito escrita por nuestro amigo don Ventura Blanco. Contiene tambien este precioso volúmen un romance de otro de nuestros mas distinguidos colaboradores, el conocido poeta don Enrique del Solar.

EL LIBRO DEL PUEBLO *o consejos a los obreros sobre los medios de mejorar su condicion, por H. Barrau.*—Obra traducida al castellano por María Isabel de la Barra Aristegui.—1 vol. en 4.° de 159 pájs.—Imprenta de *El Independiente*.—Santiago.

Hemos leido detenidamente este libro i podemos asegurar que tanto la doctrina i las ideas que constituyen su fondo como la forma de que están revestidas no dejan nada que desear. La version del frances hace honor a la jóven traductora.

EL CHARCO por Justo Arteaga Alemparte.—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

SALUDABLES ADVERTENCIAS *a los verdaderos católicos i al clero político*, por V. Erasmo Gesuit.—1 vol. en 4.° de 252 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril*.—Santiago.

Estas *saludables advertencias* son las mismas que un piisimo escritor estuvo por algun tiempo dirijiendo desde las columnas de *El Ferrocarril*. Su autor talvez no estuvo léjos de creer que decia muchas novedades contra la Compañía de Jesus i que con sus *Advertencias* estaba haciéndole mas mella que la que en tres siglos pudieran haberle hecho tantos enemigos mas hábiles por cierto que el sujeto a quien la opinion pública achaca las mencionadas *Advertencias*. Pero, en honor de la verdad, en honor del público, en honor de los mismos enemigos de la Compañía, debemos declarar que el buen señor de las *Advertencias* no dijo nada de nuevo, esgrimió las mismas viejas i melladas armas.

Los mismos embustes ridículos, las mismas calumnias, las mismas terjiversaciones históricas, todo el sistema de combate, el mismo de ahora tres siglos.

Nuestros lectores saben que el piadosísimo escritor de las *Advertencias* ha sido victoriosamente batido en el terreno de la polémica por nuestro amigo Máximo R. Lira primero, i despues por la ilustrada redaccion de *La Revista Católica*.

EL EVANJELIO DEL PUEBLO *i la reforma social*—folleto político-filosófico—por Emilio Corvalan!!!—Primer libro.—1 vol. en 4.° de 83 pájs—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

¡Alto aquí!

¡Un quinto evanjelista!

Dicen las Escrituras que Dios puede convertir las piedras en hijos de Abraham. Pues, señor: anda por estos mundos de Chile álguien mas poderoso que Dios, porque trasforma a un infeliz liso i llano en hombre capaz de escribir un folleto político—FILOSÓFICO.

En estos tiempos no hai como hacerse libre-pensador. I, si no, dígalo Corvalan que se acostó Corvalan i despertó autor; i no le faltó un turiferario que, aunque vergonzante i sospechoso, le echara algunas incensaciones desde las columnas de *El Ferrocarril*.

El espediente es sencillísimo: se hace una ensalada de democracia, soberanía, fraternidad e idea con aliño de fanatismo, ignorancia i tiranía. I ya está todo.

Otro gallo cantaria si para poner la picantería del libre pensamiento se necesitara pagar patente.

Corvalan ha sido corresponsal de perió-

dicos de provincia de todos colores. Dificilmente habreis leido algunas de sus correspondencias. ¿Os figurais que en ellas se habla de politica o se dan noticias de Santiago? ¡Nada de eso! Son disertaciones sobre la justicia, la democracia, la igualdad, la fraternidad, la libertad i sobre todos los acabados en *ad*.

Corresponsal de *El Pequen*, folletista despues, hoi evanjelista, ¡buena carrera! Mañana tenemos a Corvalan de profeta.

¡I dirán que no progresamos!

¡I dirá don Justo Arteaga Alemparte que Chile *duerme en un charco*. (Sic)

Guia de los baños hydroterápicos i medicinales, por Olegario Silva.—1 vol. en 4.° de 27 pájs.—Imprenta de *La Libertad*.—Santiago.

Los anteojos de satanas por Mefistófeles.—Entregas 20 a 25—de la páj. 477 hasta la 620.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Nuestra Señora de Lúrdes.—Historia de recientes apariciones de la Santisima Virjen i de los numerosos milagros que las han seguido. Obra escrita en frances por Enrique Lasserre i traducida de la trijésima segunda edicion por los presbíteros Casanova i Errázuriz.—Entregas 1.ª a 7.ª—1 vol. en 4.° de la páj. 1 a la 400.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

Cuando se concluya la publicacion de este notable libro, daremos a nuestros lectores un juicio de él en artículo especial.

Indice alfabético *de cuestiones jurídicas en que se ha aplicado el Código Civil i de Comercio, formado de los dos tomos de la «Gaceta de los tribunales» correspondientes a los años de 1868 i 1869*.—1 vol. en 4.° de 237 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

Esta publicacion es el tercer tomo del conocido *Indice de cuestiones jurídicas* que con intelijente laboriosidad ha trabajado el señor Vidal. La reconocida utilidad de esta obra ahorra toda recomendacion. Unicamente diremos que en el tomo que apuntamos se encuentra la misma buena disposicion de materias que en los anteriormente publicados, siendo éste, si, mas importante por contener muchas resoluciones en que se ha aplicado el Código de Comercio.

Lista *de las publicaciones chilenas que la Biblioteca Nacional envia al Brasil*.—1 vol. en 4.° de 40 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

Novena al padre eterno.—1 vol. en 8.° de 8 pájs.—Imprenta de *El Correo*.—Santiago.

Ferrocarril de Tongoi. *Memoria del Directorio*.—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de *El Universo*.—Valparaiso.

Ferrocarril del sur.—Informe semestral.—1 vol. en 4.° de 69 pájs.—Imprenta de *El Universo*.—Valparaiso.

Consumidores de agua de Valparaiso *(orijen i antecedentes)*.—1 vol. en 4.° de 28 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.—Valparaiso.

Ferrocarril de cerro blanco.—*Memoria del Directorio*.—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Imprenta de *El Universo*.—Valparaiso.

Ferrocarril de coquimbo.—*Memoria del Directorio*.—1 vol. en 4.° de 31 páj.—Imprenta de *El Universo*.—Valparaiso.

Ferrocarril de carrizal.—*Memoria del Directorio*.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Universo*.—Valparaiso.

El crímen de orcival, novela por Emilio Gaboreau, traducida del frances, entrega 4.ª—de la páj. 101 a la 137.—Imprenta *Militar*.—Santiago.

Prospectos i estatutos *de la Compañia Nacional de construcciones civiles*.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Albion*.—Valparaiso.

Estatutos *de la Compañia de Seguros La República*.—1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

Documentos *relativos al reclamo de nulidad de las elecciones de Melipilla verificado el 25 de junio*.—1 vol. en 4.° mayor de 12 pajs. Imprenta del *Progreso*.—Melipilla.

Los dramas de Paris por el vizconde Ponson du Terrail.—1.er tomo 1 vol. en 282 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

Proyecto de reforma de la Constitucion *presentado a la Cámara de Diputados por el señor don Manuel Antonio Mata*.—1 vol. en folio de 16 pájs.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

II.

Tenemos que anunciar la aparicion de un nuevo periódico literario. Se llama *La Juventud Literaria*. Le deseamos larga vida.

El antiguo periódico de Concepcion *La Tarántula* se ha trasformado en *La Revista del Sur*.

EL ALCALDE QUIÑONES.

HISTÓRICO.

El recibimiento.

«Ya triunfamos, Magdalena!
De la Patria los pendones
Humillaron para siempre
A los viles españoles!

Como un rayo el gran BOLÍVAR
Sobre Boyacá lanzóse,
I trémulos a sus plantas
Cayeron nuestros señores.

Con semejante victoria
Nuestras cadenas se rompen,
I podemos orgullosos
Tener de libres el nombre.

Ya podemos sin peligro
Dejar la vida del monte,
I volver a nuestras casas
Sin que nada nos azore.

Es tanto el placer que tengo,
Que temo que me trastorne
La cabeza. Mas dichoso
No existe otro en todo el orbe!

Ven a mis brazos, querida!
Libres i sin opresores
Ya podemos abrazarnos,
Ya nada se nos opone!»

Así dice a Magdalena
Su buen esposo Quiñónes
Al saber que la victoria
Con la Patria sonriése.

Quiñones era un sujeto
Que aunque de cuerpo mediocre,
Era de alma tan templada
Como el hidalgo mas noble.

Ademas, era tan franco
I tambien tan honradote,
Que en el pueblo con respeto
Se pronunciaba su nombre.

No por esto se liberta
De que la mano de bronce
Del hispano le persiga
I le haga huir a los bosques.

Apénas regresa al pueblo
I acaricia a su consorte
I a una hija que era el encanto
De cuantos la ven i la oyen,

Sale entusiasta a la calle
I todo el pueblo recorre
Victoreando a la Patria
I a sus fieles campeones,

En medio de un gran concurso
I entre pólvora i tambores
Recibe el baston de Alcalde,
Que todos le dan acordes.

Oh qué Alcalde tan celoso!
Todo en movimiento pone:
Ya da bandos, ya recluta,
Ya saca contribuciones,

Ya a caballo a todas horas
Por el pueblo i campos corre,
I, en fin, servir a la Patria
Toda su atencion absorbe.

Por un fangoso camino
Orlado de gruesos robles,
Doscientos negros lanceros
Se ven descender veloces.

En el semblante aguerrido
I en el arrogante porte
Pintanse el valor i el triunfo
En cien reñidas acciones;

I segun a los corceles
Apuran en el galope,
Bien se ve que dar alcance
Al ibero se proponen;

Mas tanto es lo que han corrido
Por llanuras i por bosques,
Que ya caminar no pueden
Los fatigados bridones.

Los jinetes anhelosos
Con impaciencia les rompen
Las ijadas, mas no logran
Que salgan de un corto trote.

Cuando en el opaco oriente
Asoma negra la noche,
Absorbiendo como esponja
Los rayos que el sol le opone,

El afan de los soldados
I la rabia son enormes.

I hacen a muchos corceles
Que de fatiga se ahoguen.

El jefe, que es imposible
Salir del fango conoce,
I al pueblo un oficial manda
Para que al punto le apronten

Los caballos necesarios,
En que sin tardanza monte
La tropa, i continuar pueda
La marcha esa misma noche.

En locura casi frisa
El contento de Quiñónes
Al saber que al pueblo llegan
Soldados libertadores.

Todas las casas visita,
Dando, como un niño, voces
I brincos para que afables
A los soldados alojen.

I en su casa a Magdalena
I a la hija en apuros pone
Para que al jefe reciban
Con las viandas mejores.

No queda en el gallinero
Gallina que no se inmole,
Ni manjar en la dispensa
Que al fuego no vaya entónces.

Buscando fuentes i platos,
Cuchillos i tenedores,
Asientos, camas i colchas
Todas las casas recorren

Sus criados: complacidos
Los vecinos le responden
Entregándoles al punto
De lo que piden el doble.

Abre gustoso el Alcalde
Su no mui preñado cofre
Para gastar en la fiesta
Cuanto haya, aunque quede pobre.

Para él, ser buen ciudadano
I patriota sin reproche,
Es gastar en comilonas
Cuanto tiene i cuanto coje;

I obsequiar, como a un amigo,
Al mas menguado pegote,
Con tal que patriota sea
I a los españoles odie.

I mas ahora que tiene
Al pueblo bajo sus órdenes,
I es el primer personaje
Por su posicion i nombre:

Por esto comprometido
En tal situacion creyóse
A tratar con lujo a quienes
A su proteccion se acojen.

Pensando solo en el modo
De que sus huéspedes gocen,
Que consigan en el pueblo
Los caballos no dispone.

Despues de que vió arreglada
La cena por su consorte,
Salió a vestirse, i ufano
Con alcaldesco uniforme,

Montó una valiente alfara
I con unos tantos jóvenes
Al encuentro de la tropa
Del pueblo salió a galope.

«¡Que viva Colombia! Viva!
¡Viva el coronel Juan Gomez!
¡Viva! Vivan de la patria
Los heróicos defensores!

¡Vivan!» Asi los del pueblo
Gritan, corriendo en desórden,
Cuando en la oscura montaña
Cercano el escuadron oyen.

Su ardor al hallarlos crece,
I redoblando las voces,
Abrazan a los soldados
I les reparten licores.

—«¿Cuál es el Alcalde?» grita
Con voz que terror impone,
El jefe.—«Aqui está,» orgulloso
El Alcalde le responde;

I pronto queriendo verle,
Con espuela i con azote
Hiere al corcel anhelante.
«Aqui estoi: soi yo Quiñónes,

El mas ardiente patriota
Que en Colombia se conoce.
Nadie como yo ha sufrido
Tanto de los españoles.»

—«Me alegro, señor Alcalde,»
Replica el coronel Gómez,
«De encontrar en este pueblo
Uno que de tal blasone;

I por lo tanto confío
Que habrá cumplido la órden
De preparar los caballos
Para que mi tropa monte.»

—«Los caballos....» titubea
Lleno de sorpresa el pobre
Alcalde: «no recordaba....
Buscando donde se alojen....»

—«Que es esto? No están ya listos?
Burlarse usted se propone?
Bien se conoce que ignora
Quién soi i cuál es mi nombre.

¡Vuelva al punto a conseguirlo!
Doi término hasta las once,
I sinó....ni los demonios
De lo que haga responden!»

II.

EL HORNO.

Apenado el buen Alcalde
Al pueblo corriendo vuelve,
Herida llevando el alma,
Como quien la ilusion pierde.

«Es imposible,» decia,
«Entregar lo que pretende:
¡Doscientos caballos! Nunca,
Nunca conseguirse pueden!

A mas de la larga guerra
Vino una terrible peste,
Que mató a los que librara
La astucia de los jinetes,

No hai cincuenta en todo el pueblo...
Qué hacer? Oh maldita suerte!
Soi perdido: ese hombre cumple
Sin falta lo que promete.

Este pago el hombre honrado
Por patriota no merece....
Yo tengo la culpa! Justa
I merecida es mi muerte.

Pero ¿por qué tal castigo
Si virtuoso he sido siempre?
¡Ser víctima uno de aquellos
Que con tanto afan defiende!....»

—«¡En dónde estan?» le interrumpe
La mujer con aire alegre.
«¿En dónde los has dejado?
¿Dime, Quiñónes, ya vienen?»

—«Ojalá que esos bribones
Se pierdan i nunca lleguen!»
Con despecho le contesta.
—«¿Qué es esto? ¿Qué te sucede?

¿Por qué se apagó tan pronto
Tu entusiasmo? Triste vienes:
Algo serio te ha pasado;
Justo es que me lo reveles.»

—«Un tal coronel Juan Gómez
Es quien con la tropa viene,
I el tal hombre es un verdugo,
Un completo matasiete.

Doscientos caballos manda
Que esta noche yo le entregue,
Cuando el pueblo está arruinado
I entregarlos no se puede.

—«¡Seguro que me fusila!»
—«¿Que te fusila? No pienses
En eso.»—«Ténlo por cierto:
En fusilar se divierte.»

—«¡San Pablo qué hombre tan malo!
¿I éstos son los que defienden
La Patria, i los que a los godos
Tanto acusan de crueles?»

—«Por Dios, no me hables de Patria
Que despechado me tiene!....»
I así pensativo sigue
Con las manos en la frente:

«¡Doscientos! Mi Dios, ¡doscientos!
Ni aunque mi alma al diablo empeñe...
Mas bien voi a presentarme
A que en mi su furia cebe!»

—«¡Santo Dios, no seas loco!
Te salvo: no desesperes.»
—«¿Salvarme? Bien se descubre
Que no sabes con qué jente

Tratas.»—«La jente no importa:
Tú verás que las mujeres
Para estos casos las valen:
Al hombre mas feroz vencen.

Voi a que se vista Rosa
Cual si de novia estuviese,
I con sus amigas salga
A recibirle hasta el puente;

Que risueñas i amorosas
Con los soldados se muestren,
I al jefe a mi casa traigan,
Que aquí todo es diferente:

Al ver el recibimiento
I mas que todo el banquete,
Te ofrezco que como seda
Juan Gómez ha de ponerse.»

Velada con negras nubes
La luna escasa luz vierte,
Cuando entra al pueblo la tropa
Entre aplausos i cohetes.

En el semblante de todos
Se ve el contento, i alegres
Al coronel vitorean
I a los soldados valientes.

Las muchachas mas hermosas,
Con trajes como la nieve,
Les arrojan a su paso
Guirnaldas i ramilletes.

Entre todas está Rosa,
Que, mas que rosa, parece
La estrella que en la mañana
Guia a la aurora esplendente.

Ella con jentil donaire
Se adelanta a ver al jefe
I una corona florida
Le pone amable en las sienes,

Diciendo: «Señor, gozosa,
Una tierna mujer viene
A tributar homenaje
Al mas bravo de los héroes»

El coronel, al ver tanta
Hermosura, se sorprende,
I a recibir la corona
Tímido inclina la frente.

—«¡Ya está mansa la pantera!»
Magdalena dice al verle,
A su esposo. «Ya no hai riesgo:
Ya presentártele puedes.»

Cuando entraron a la casa
Rosa i el temible jefe,
El orgullo i la ventura,
En la faz lucen de éste;

Rosa al entrar hace señas
A su padre, que se acerque,
I al verle al lado le dice
Al coronel de esta suerte:

«Coronel, ved a mi padre,
Gran patriota: conocedle;
La salvacion i adelanto
Del pueblo a él solo se deben.»

—«Con ser padre de esta bella
Para ser mi amigo tiene;»
I Quiñónes le responde,
Como quien salvo se cree:

—«Me honra el título de amigo
De a quien he admirado siempre...»
—«¡Voto al diablo!. Reconozco:
El Alcalde me parece....»

—«Un servidor...soi el mismo...
Mande Ud....» i hablar no puede.
—«¿Los caballos?» con viveza
Pregunta Gómez.— «Mi jefe....

No se puede....es imposible....
El pueblo, señor, no tiene....»
—«¿Es decir que no ha cumplido
Mi órden?—«Coronel, contemple....

—«¡Bribon! al punto los trae,
O si nó, juro que muere!»
—«¿Coronel?» esclama Rosa,
I arrodillasele al frente.

—«Está la Patria primero
Que atender a las mujeres.»
I volviéndose al Alcalde
Le dice con voz rujiente:

«Al instante los caballos,
Pues, si nó...que el pueblo tiemble!»
—«Repito que es imposible:
La guerra, señor, la peste....»

—¿Imposible? lo que mando
Cumplirse ante todo debe!
I, cual si alzara una espiga,
Del cinto a Quiñónes prende,

I en el horno do se vian
Dorar pavos i pasteles

Encájale de cabeza
I hasta el fondo le sumerje.

Airado la puerta tapa,
I les manda a sus tenientes
Que hagan lo mismo con todos
Los que a diez pasos se acerquen.

ROQUE ROCA I ROQUETE.

MEDIA NOCHE.

Es media noche.

Las tinieblas envuelven la ciudad i la campiña; las sombras enlutadas cubren la tierra i el cielo. Mudo silencio reina por do quiera; todo está en calma, todo en sosiego: el pajarillo reposa en su nido, la fiera en su madriguera, el cordero en su redil. El reloj del campanario suena con pausado compas.

Las doce! hora misteriosa, hora de dulces encantos, de arrobadoras esperanzas i de fatídicos recuerdos.

Las doce! hora de placeres, de desengaños i de amarguras.

Las doce! hora de risas i de llanto, hora de sacrificios i de crímenes, hora de martirio i de locuras, hora de dicha i de maldicion.

Las doce!..... ah! venid conmigo i descorramos por algunos instantes, siquiera un pliegue del denso velo que nos impide ver ese cáos que presenta el mundo, en aquel supremo momento en que el cuadrante del tiempo señala la solemne hora de la media noche.

* * *

¡Qué horrible es este lugar! qué hielo tan grande! qué atmósfera tan nauseabunda i tan pesada! Las paredes completamente desnudas i sin mas resguardo que algunas tablas agujereadas i rotas, apénas si sostienen el ruinoso techo de paja enmohecida i sucia; dentro, todo está completamente desmantelado, ni un mueble, ni una vasija, nada!

Este es el albergue de la miseria.

Miseria! palabra maldita, cuyo significado todos creen conocer i que sinembargo casi todos ignoran.

Miseria! palabra que envuelve cuanto hai de mas espantoso i de mas cruel en ésta que llamamos vida: hambre, desnudez, soledad, sufrimientos, penas, rábia, sinsabores, abandono, lágrimas, desesperacion i ¡ai! tambien remordimientos.

Hé aquí su morada: la inmunda cabaña.

Hé ahí su víctima: el pobre.

El pobre, es decir ese ser que la sociedad rechaza, que la sociedad desprecia; ese ser desgraciado a quien la fortuna no ha dado lo que a otros prodiga..... el dinero!

—Madre, madre, tengo hambre! dice un niño con voz lastimera desde uno de los rincones de la miserable choza.

—Hijo mio, hijo mio, duerme! contesta con desesperacion la infeliz madre.

Sus ojos se elevan al cielo, las lágrimas se deslizan por sus mejillas, sus manos se estrechan contra su pecho, sus labios murmuran una plegaria.

—¡Madre!.... madre!...

—Hijo del alma, calla! tus palabras me hacen mal, tu voz me mata....duerme!

Se oye un jemido. El niño ya no llora; su respiracion ajitada levanta su pecho oprimido.

La madre se acerca, tiene un candil en sus temblorosas manos. Está pálida, el pelo desgreñado, los ojos desencajados. En los párpados del niño brilla una lágrima, una débil sonrisa vaga por sus labios; la madre se inclina, un sudor frio baña su frente, una convulsion violenta hace estremecer sus miembros; sus labios oprimen los labios de su hijo; sus almas se confunden en un beso de amor i de ternura.

—¡Mamá! repite el niño con lastimero acento, rodeando el cuello de su madre con sus delgados i macilentos brazos.

—Hijo ¿qué tienes?

—¡Me siento morir!

—Morir! morir!....nó, no es posible; Dios no lo quiere, Dios no lo puede permitir. Morir! tú mi único consuelo, mi tesoro, mi amor....

—¡Tengo hambre!

—¡Hambre! i no tengo un mendrugo de pan!....i mi hijo se muere!....¡Hambre! i no sé adonde acudir, no sé adonde volver los ojos....¡Dios mio! ¡Dios mio! ten piedad de mi!....¡Salva a mi hijo!

I la pobre madre rendida por el dolor i la debilidad, cae exánime al lado de su moribundo hijo.

La luz se apaga; todo permanece en las tinieblas.

***

¡Cuántos lujosos carruajes llenan los alrededores de este hermoso palacio! Las linternas brillan como intensos focos de radiante luz; los cocheros duermen embozados en sus anchos paletoes; los caballos piafan de impaciencia.

Una dulce armonía hace vibrar los estensos patios que permanecen velados por una indecisa semi-oscuridad. Algunos criados de gran librea, atraviesan de cuando en cuando por las espaciosas galerías.

¡Qué espléndido golpe de vista! ¡qué algazara! ¡qué confusion! Las parejas se cruzan; damas vienen, caballeros van, criados suben, lacayos bajan; nuevos coches llegan sin cesar; la música retumba; cien arañas i mil bujías derraman fantástica luz; el tumulto crece; las joyas brillan; las flores embalsaman el aire; los mas delicados perfumes llenan los vastos i magníficos salones; los espejos reflejan mil formas, mil colores; las mesas ostentan delicados manjares, esquisitas frutas, deliciosos vinos; gasas trasparentes ondean en los techos, guirnaldas hermosas adornan los claros, festones graciosos, lindas colgaduras, ricas cenefas cubren las paredes; todo es belleza, todo elegancia, todo lujo i esplendor.

—Leonor, dice una jóven de sedosas i negras pestañas ¡qué noche tan feliz!

—Te engañas, querida, yo no lo soi.

—¡Tú! ¿i por qué?

—Anibal me prometió venir a este baile i ya lo ves, las doce han dado i....

—¿I qué?

—Anibal no ha venido.

—¿I por eso estás triste? vaya, ven conmigo; vamos al otro salon ¿oyes? ¡que alegres cuadrillas!

—Nó, Fanny, déjame, aquí estoi mejor. El bullicio, el movimiento, el calor me harian daño. Yo no bailo.

En este instante la luna del espejo vecino refleja una figura hermosa i esbelta; en el fondo límpido del cristal se vé un jóven alto, pelo crespo i negro, ojos azules. Leonor por un movimiento involuntario, abandona su asiento; un rojo carmin sombrea sus mejillas. Anibal está a su lado. Fanny se retira sonriendo, no sin murmurar ántes al oido de su amiga:

—I decias que no eras feliz!....

I a música deja oir nuevos i dulces acordes; los violines preludian un vals. La sala se estremece con májicas melodías; un loco frenesí se apodera de todos; parece que el recinto se trasforma, se mueve, se ilumina con vivida claridad.

Leonor se apoya muellemente en el hombro de Anibal, éste estrecha su cintura con amor, i ámbos alegres i venturosos se pierden en medio de un torbellino donde mil parejas se cruzan, se ajitan i revuelven.

(Continuará.)

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

Damos a continuacion la siguiente poesía del célebre vate don José Esproceda, recientemente descubierta i publicada en España:

ARREPENTIMIENTO.

A MI MADRE.

Triste es la vida cuando piensa el alma;
Triste es vivir si siente el corazon;
Nunca se goza de ventura i calma
Si se piensa del mundo en la ficcion.

No hai que buscar del mundo los placeres,
Pues que ninguno hai en realidad;
No hai que buscar amigos ni mujeres,
Que es mentira el placer i la amistad.

Es inútil que busque el desgraciado
Quien quiera su dolor con él partir;
Sordo el mundo le deja abandonado
Sin aliviar su mísero vivir.

La virtud i el honor, solo de nombre
Existen en el mundo engañador;
Un juego la virtud es para el hombre,
Un fantasma no mas es el honor.

No hai que tener palabras de ternura
Que le presten al alma algun solaz;
No hai que pensar que dure la ventura,
Que en el mundo el placer es mui fugaz

Esa falsa deidad que llaman gloria,
Es del hombre tan solo una ilusion,
Que siempre está patente a su memoria
Halagando traidora al corazon.

Todo es mentira lo que el mundo encierra,
Que el niño no conoce por su bien;
Entónces la niñez sus ojos cierra,
I un tiempo a mi me los cerró tambien.

En aquel tiempo el maternal cariño
Como un eden el mundo me pintó;
Yo lo miré como lo mira un niño,
I mejor que un eden me pareció.

Lleno lo ví de fiestas i jardines
Donde tranquilo imajiné gozar;
Oí cantar pintados colorines
I escuché de una fuente el murmurar.

Yo apresaba la blanca mariposa,
Persiguiéndola ansioso en el jardin,
Bien al pararse en la encarnada rosa,
O al posarse despues en el jazmin.

Miraba al sol sin que jamas su fuego
Quemase mis pupilas ni mi tez;
Que entónces lo miré con el sosiego
I con la paz que infunde la niñez.

Mi vida resbalaba entre delicias
Prodigadas ¡oh madre! por tu amor;
¡Cuántas veces entónces tus caricias
Acallaron mi llanto i mi clamor!

¡Cuántas veces durmiendo en tu regazo
En pájaros i flores yo soñé!
¡Cuántas me diste ¡oh madre! un tierno (abrazo
Porque alegre i risueño te miré!

Mis caricias pagaste con exceso,
Como pagan las flores al abril;
Mil besos ¡ai! me dabas por un beso,
Por un abrazo tú me dabas mil.

Pero yo te abandoné
Por seguir la juventud;
En el mundo me interné,
I al primer paso se fué
De la infancia la quietud.

Que aunque tu voz me anunciaba
Los escondidos abrojos
Del camino que pisaba,
Mi oido no te escuchaba
Ni te miraban mis ojos.

¡Sí, madre! yo no creí
Que fuese cierto tu aviso;
Tan hechicero lo ví,
Que al principio, para mí
Era el mundo un paraiso.

Así viví sin temor
Disfrutando los placeres
De mundo tan seductor;
En él encontré el amor
Al encontrar las mujeres.

Mis oidos las oyeron,
I mis ojos las miraron,
I ánjeles me parecieron;
Mis ojos ¡ai! me engañaron,
I mis oidos mintieron.

Entre placeres i amores
Fueron pasando mis años
Sin recelos ni temores,
Mi corazon sin engaños
I mi alma sin dolores.

Mas hoi ya mi corazon
Por su bien ha conocido,
De los hombres la traicion,
I mi alma ha descorrido
El velo de la ilusion.

Ayer ví el mundo risueño,
I hoi triste le miro ya;
Para mí no es halagüeño:
Mis años han sido un sueño
Que disipándose va.

Por estar durmiendo ayer
De este mundo la maldad,
Ni pude ni quise ver,
Ni del amigo i mujer
Conocí la falsedad.

Por el sueño no miraron
Mis ojos, teñido un rio
De sangre, que derramaron
Hermanos que se mataron
Llevados de un desvarío.

Por el sueño, madre mia,
Del porvenir sin temor,
Ayer con loca alegría
Entonaba en una orjía
Cantos de placer i amor.

Por el sueño fuí perjuro
Con las mujeres allí;
I en lugar de tu amor puro,
Amor frenético, impuro,
De impuros labios bebí.

Mi corazon fascinaste
Cuando me ofreciste el bien;
Pero ¡oh mundo! me engañaste,
Porque en infierno trocaste
Lo que yo juzgaba eden

Tú me mostraste unos seres
Con rostros de querubines
I con nombres de mujeres;

Tú me brindaste placeres
En ciudades i festines.

Tus mujeres me engañaron;
Que al brindarme su cariño
En engañarme pensaron,
I sin compasion jugaron
Con mi corazon de niño.

En tus pueblos no hai clemencia,
La virtud no tiene abrigo;
Por eso con insolencia
Los ricos con su opulencia
Escarnecen al mendigo.

I en vez de arroyos i flores,
I fuentes i ruiseñores,
Se escuchan en tus jardines,
Los gritos i los clamores
Que salen de los festines.

Por eso perdí el reposo
De mis infantiles años;
Dime, mundo peligroso,
¿Por qué siendo tan hermoso
Contienes tantos engaños?

Héme a tus piés llorando arrepentido,
Fria la frente i seco el corazon;
¡Ah! si supieras cuánto he padecido,
Me tuvieras ¡oh madre! compasion.

No te admires de hallarme en este estado,
Sin luz los ojos, sin color la tez;
Porque mis labios ¡ai! han apurado
El cáliz del dolor hasta la hez.

¡Qué veneno el amor de las mujeres
Que gozoso en el mundo yo bebí!
Pero apesar de todos los placeres,
Nunca te puse yo en olvido a ti.

Siempre estasiada recordó mi mente
Aquellos dias de ventura i paz,
Que a tu lado viví tranquilamente
Ajeno de ese mundo tan falaz.

Todo el amor que tiene es pasajero.
Nocivo, receloso, engañador;
No hai otro, no, mas puro i verdadero
Que dure mas que el maternal amor.

Vuelve ¡oh madre! a mirarme con cariño,
Tus caricias i halagos tórname;
Yo de ti me alejé, pero era un niño
I el mundo me engañó; perdóname.

Yo pagaré tu amor con el exceso
Con que pagan las flores al Abril;
Mil besos te daré por solo un beso
Por un abrazo yo te daré mil.

Dejemos que prosigan engañando
Los hombres i mujeres a la par,
De nuestro amor sigamos disfrutando,
En sus engaños, madre, sin pensar;

Porque es triste vivir si piensa el alma,
I mucho mas si siente el corazon,
Nunca se goza de ventura i calma
Si se piensa del mundo en la ficcion.

JOSÉ ESPRONCEDA.

ADVERTENCIA.

Hemos recibido un artículo titulado: *Apuntes para la biografía de don Bartolomé Rodrigo Gonzalez de Marmolejo, primer obispo de Santiago de Chile.*

Como el mencionado artículo viene suscrito con solo las iniciales O. S., suplicamos a su autor se sirva comunicarnos su nombre, no para publicarlo al pié del artículo, sino, como ya lo hemos dicho otra vez, para ponernos a salvo de percances que ya hemos sufrido.

Aprovechamos esta ocasion para prevenir a todas las personas que quieran favorecer con su colaboracion a *La Estrella de Chile*, que no publicaremos ningun escrito anónimo o suscrito con seudónimo o iniciales sin que previamente sepamos, para nuestro resguardo, el verdadero nombre del autor.

Contenido de este número.

I.—*Los Precursores de la Independencia de Chile*, bibliografía, continuacion, por Zorobabel Rodriguez.
II.—¿Me pides versos? poesia, por Celso Victor Cáceres.
III.—Revista Bibliográfica.
IV.—El Alcalde Quiñones, poesia, por Roque Roca i Roquete.
V.—Média noche, por Ruperto Marchant Pereira.
VI.—Arrepentimiento, poesia, por José Espronceda.
VII.—Advertencia.

ROMANCES AMERICANOS,
POR CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Los hermosos *Romances Americanos* de nuestro amigo i colaborador don Cárlos Walker Martinez, coleccionados en una lujosa edicion, se halla a venta en todas las librerías de Santiago i en la imprenta de *El Independiente*.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañia, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, setiembre 10 de 1871. Núm. 206

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,
POR MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, MIEMBRO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA I HUMANIDADES,
TOMO II.

(Conclusion.)

VI.

La cuestion que nos queda por dilucidar tiene cierto interes de actualidad. En efecto, durante los últimos meses no han escaseado, ni en la prensa diaria, ni en la periódica, ni en las asambleas electorales, los ataques contra la Compañía de Jesus. Se la ha considerado en el pasado i en el presente, en el estranjero i en el pais, en sus doctrinas i en sus hechos, para suscitar contra ella las animosidades de los creyentes i de los incrédulos, de los que aman la patria i de los que aman la libertad.

Por punto jeneral todos los que en Chile i durante estos últimos tiempos han tocado llamada a los odios contra la Compañía de Jesus no han dado mui relevantes pruebas de valor i de ilustracion; no de valor, porque no lo hai en volver la espalda a los verdaderos adversarios que atacan a cara descubierta, que saben herir i pueden defenderse, para encarnizarse contra hombres que viven completamente alejados de la política i a quienes no les es lícito defenderse de otra manera que con su silencio i con sus buenas obras, ménos aun de ilustracion, porque, prescindiendo de los errores bochornosos en que han sido sorprendidos cada vez que invocaban en pro de sus propósitos el testimonio de la historia, se necesita nada ménos que de una mala fé insigne o de una supina ignorancia para atribuirá los jesuitas en nuestras contiendas políticas la parte que sus enemigos les atribuyen.

Ese procedimiento desleal que consiste en atacar a los que no han de defenderse i en volver la espalda a los verdaderos adversarios que han bajado a la arena i están en actitud de trabar la lucha, para buscar un miserable desquite en jentes que no pueden oponer otra resistencia que la resistencia del silencio, es el que, aun prescindiendo de lo que todos debemos a la verdad i a la justicia, pondrá siempre de parte de los gratuitamente agredidos a los hombres de corazon recto i de sentimientos levantados. En vano se recurrirá a las grandes falsificaciones i a las pequeñas perfidias para hacer pasar por retrato fiel de la Compañía lo que apénas es una caricatura odiosa: los que tenemos ojos i voluntad para ver el orijinal no podremos ménos que desenmascarar la supercheria i proclamar franca i lealmente la verdad.

El señor Amunátegui en el tomo II de *Los Precursores* ha reunido los datos i testimonios necesarios para que todo lector desapasionado pueda apreciar con pleno conocimiento de causa, sino bajo todas, al ménos bajo una de sus mas interesantes faces, la famosísima obra de San Ignacio. En efecto, lo que nos importa no es tanto conocer las obras de la Compañía en otros paises, cuanto conocer las que ha acometido i realizado en nuestro propio pais. En este terreno, mas estrecho pero mucho ménos esplotado, podrian los enemigos de los jesuitas haber esgrimido sus armas, sino con mas gloria, al ménos no con tanta temeridad como la que se necesita para renovar un combate en que Pascal agotó su erudicion asombrosa i las gracias inimitables de su injenio.

Empero, i apesar de no haberse atacado esa parte de la ciudadela, conviene aprovechar la oportunidad que la obra histórica que analizamos nos ofrece para demostrar que por esa parte la ciudadela es inespugnable. A la vista de los documentos exhibidos i de los hechos relatados en esas pájinas hai que rendirse a la evidencia i confesar que la Compañía de Jesus fué en Chile la mas visible i acabada personificacion de la Providencia durante la colonia. Los jesuitas fueron a un tiempo mismo misericordia i justicia, luz i progreso, ejemplo i estímulo. Casi

nada de bueno se hizo en aquella época que no se hiciera por sus manos o con su aprobacion; i al reves casi no hubo mal que no combatiesen o reprobasen. I esta campaña penosa se prosiguió durante un largo período, apesar de todos los contratiempos i de los desengaños, con el mas admirable desinteres, con la mas santa abnegacion. Jamas hubo sembradores, ni mas laboriosos, ni mas pacientes, ni mas humildes, ni mas llenos de fé en la cosecha.

Creemos que fué Gibbon quien observó que la Francia habia sido formada por los obispos como una colmena es formada por las abejas. Con tanta verdad como el historiador ingles podriamos decir nosotros que Chile a fines del siglo XVIII no era mas que una colmena labrada por los jesuitas.

Para demostrar la exactitud de este aserto bastaria recordar los nombres de Valdivia i de Lacunza, dos memorias que andando el tiempo han de ser en Chile dos monumentos tan imperecederos, como lo es ya el consagrado a perpetuar la memoria de Molina, ese otro jesuita modelo de sabios i de buenos: bastaria preguntar a la tradicion el nombre de los primeros maestros, de los primeros mártires, de los primeros cultivadores, misioneros, arquitectos, escultores, hospitalarios i catedráticos, de los que echaron en Chile las bases de la propiedad, de las escuelas, de los templos, de los hospitales, de los colejios, de los seminarios, de las misiones, de las despensarias; de los que plantaron las primeras viñas, i los primeros olivares, que escribieron i publicaron los primeros libros, que descubrieron, recorrieron o abrieron hasta el corazon de Arauco i aun hasta el centro de la Patagonia las primeras sendas, que hicieron oir ántes que nadie a los conquistadores la doctrina de la fraternidad cristiana que ultrajaban en los indijenas, i a éstos la consoladora voz de la misericordia.

Pero sin dar a la demostracion tan vastas proporciones, i aun sin salir de los datos que suministra i de los hechos que refiere el libro de que nos estamos ocupando, es fácil manifestar cuan hermoso, benéfico i digno de encomio fué el papel que la Compañía de Jesus desempeñó en Chile durante la colonia.

Los que se complacen en publicar, con el objeto de escandalizar a los necios, la lista detallada i comentada de las propiedades que los jesuitas poseian en Chile cuando fueron despojados de ellas por el úkase de Cárlos III ¿por qué no se toman el trabajo de averiguar el secreto que tenian para hacerse los herederos universales, i la inversion que daban a sus cuantiosas rentas? ¿Cuándo sabremos qué hacian aquellos avaros con su dinero i aquellos ricos propietarios con sus inmensas heredades?—Probablemente no lo sabremos miéntras nuestros historiadores insistan en considerar la historia como un escrito de bien probado cuya conclusion ha de ser fatalmente la inocencia del cliente i la criminalidad del adversario.

Por muchas i mui valiosas que fuesen las propiedades de la Compañía, si las adquirió lícitamente, si las cultivó con intelijencia, e invirtió en obras de progreso i de utilidad públicas sus productos, nosotros no vacilamos en absolverla, en nombre de la justicia i en nombre de la patria. Si la propiedad afluia a sus manos debió de ser sin duda porque sus manos eran las mas aptas para cultivarla, i las mas caritativas para repartir entre los menesterosos sus productos. Esto que dice el buen sentido, no podrá ménos de decirlo el escritor que en adelante emprenda la tarea de llenar el vacio que, como pintura de la sociedad colonial, notamos en la obra del señor Amunátegui. Mirado el cuadro desde un punto de vista político o desde un punto de vista civil, todo él aparece perfectamente iluminado; no asi observado desde el punto de vista económico i social. Descubrimos con facilidad cuánto atañe a las relaciones de las autoridades entre si, i aun de los españoles con los indios—lo que es sin duda, algo mas interesante que presenciar el ir i venir de los soldados i las matanzas de las batallas, que era casi lo único que habiamos visto hasta ahora;—pero no vemos cómo se constituia la propiedad, i se trazaban los caminos, i se delineaban las ciudades, i se levantaban los edificios, i se introducian los árboles, los animales i los cultivos europeos, nada en fin que pueda darnos una idea del teatro en que españoles i araucanos, gobernadores i oidores, encomenderos i encomendados representaban sus papeles.

Solo cuando esa historia venga justicia será hecha en Chile a la conducta observada en Chile por los jesuitas.

Entretanto es preciso reconocer que con

la obra de que nos ocupamos la senda queda abierta i la tarea empezada.

Lean los enemigos de los jesuitas el capítulo IV, por ejemplo, i digannos despues si sus prevenciones no han caido como avergonzadas en presencia de Luis de Valdivia, ese sublime apóstol de la fé, de la civilizacion i sobre todo de la caridad. ¡Qué humildad i qué heroismo, qué constancia i qué desinteres, qué propósitos i qué medios! Ni las fatigas de los viajes lo cansan, ni los jenerales clamores que suscita lo alteran, ni las injusticias lo irritan, ni la muerte misma lo acobarda! Encuentra igual acojida en la corte que en las chozas de los indios; pero rehusa una mitra i muere revolviendo en su imajinacion nuevos planes i medios para civilizar a sus queridos araucanos. Poquísimos son los ejemplos que nos presenta la historia de hombres que se hayan consagrado con un desinteres tan absoluto, con una tan infatigable constancia al servicio de los oprimidos i a la propagacion del Evanjelio. I cuando se sabe que el padre Valdivia no fué el único miembro de la Compañía de Jesus que consagró su existencia a tan santa obra, cuando uno lee la vida i trabajos apostólicos de un Mascardi, que recorre las pampas patagónicas anunciando la buena nueva a sus tribus errantes hasta morir *laqueado* por los bárbaros, cuando se recorren con la imajinacion los senderos por donde el padre Guillermo o el padre Lagunas iban, al traves de los bosques, de los rios i de la cordillera, descalzos i hambrientos en busca de los pehuenches i los poyas a fin de fundar una mision i levantar una capilla en las riberas de Nahuelhuapi, para morir abandonados en aquellas soledades con el crucifijo sobre el pecho i los ojos en el cielo, cuando se cuentan los sacerdotes de la misma órden que padecieron en Arauco las persecuciones i el martirio, no es posible ahogar en el corazon el tierno sentimiento de respeto i de simpatía que despiertan virtudes tan heroicas i sacrificios tan sublimes.

No hai duda que para vivir i morir de esa suerte tiene que vencer la flaca naturaleza humana resistencias mucho mas formidables que para vivir en los campamentos i morir en medio del estrépito de las batallas, i Cárlos Walker Martinez tiene razon sobrada cuando, al comparar el heroismo de los soldados de la espada con el heroismo de los soldados de la cruz, esclama en uno de sus mas hermosos romances:

El héroe vierte su sangre
En las feroces batallas
I sacrifica su vida
De la libertad en aras;

Pero tiene por testigo
De sus proezas bizarras
A todo un pueblo que alienta,
A todo un mundo que aclama!

Mas el mártir.... solo, enfermo,
En rejiones apartadas
Bajo un hielo que lo abruma
O bajo un sol que lo abrasa,

Del mundo desconocido
Sin mas aplauso ni fama
Que la voz de su conciencia
Que lo estimula i levanta

Sufre la muerte, i no en medio
Del ardor de las batallas,
Sino en un suplicio horrible
Que lento lo despedaza:

Ni una voz le infunde aliento
Ni un amigo lo acompaña....
Muere de una muerte oscura
En rejiones ignoradas,

¡Cielos! qué hermosas coronas
Ceñirán! qué hermosas palmas
Las que alcanzarán los hijos
De la cruz inmaculada!

El señor Amunátegui no toca sino muy a la lijera la historia de las misiones, i con todo el libro todo de que nos ocupamos está lleno de sucesos i de incidentes que revelan cuántos i cuán importantes fueron los servicios prestados a la sociedad colonial por el clero i por los jesuitas. ¡Qué noble figura, por ejemplo, la de aquel valiente dominico frai Jil Gonzalez de San Nicolas que predicaba a los sanguinarios jefes españoles que iban al infierno si mataban indios i que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen i todo lo que comiesen porque los indios defendian causa justa, que era su libertad, casas i haciendas, etc.» I cuánto enaltece su memoria aquella representacion forzada que le atribuia el licenciado Juan de Herrera, haciéndolo citar i emplazar para que de-

fendiese a los pobres indios ántes de condenarlos a destajo a perpétua servidumbre!

Otro nombre que merece conservarse con respeto es el del primer provincial de los jesuitas en Chile el padre Diego de Torres, que despues de haberse consultado con los teólogos mas famosos del Perú, Tucuman i Chile i de haber deliberado con los sacerdotes de la corporacion que venia a gobernar, declarando «que era mui gravoso para la conciencia servirse de los indios contra su voluntad i sin pagarles el justo precio de su trabajo» mandó, en abril de 1608 «que se recompensasen debidamente sus servicios a los indios del colejio de jesuitas de Santiago.»

Lo que manifiesta que cabe a los jesuitas la gloria de haber ántes que nadie sostenido teóricamente i establecido en la práctica que los españoles no tenian derecho a servirse de los indios sin pagarles, es decir, la gloria de haber dado el primer paso para establecer entre españoles e indíjenas la igualdad económica.

Por otra parte este desinteres nada tiene de estraño, i era justo i natural que los mismos sacerdotes que vivian dispuestos a dar la vida por la salvacion de los indios fuesen los primeros que resolviesen pagarles el salario de su trabajo. Asi se esplica a un tiempo mismo la influencia que ejercieron sobre la sociedad colonial, la rapidez con que se acumularon en sus manos grandes propiedades i la facilidad con que pudieron cerrarlas i cultivarlas.

De los hechos que hemos citado como ejemplos i de otros muchos que podriamos tomar del libro que nos ocupa puede deducirse sin esfuerzo que fué la Iglesia, por medio de sus prelados i sacerdotes i mui especialmente por medio de la Compañía de Jesus, la mas celosa defensora de la libertad, de la igualdad i de la fraternidad humanas, i sino la única, la principal fuerza viva que impulsó a la colonia en el sentido del progreso moral, intelectual i material.

Si el autor de *Los Precursores* no lo dice, lo manifiesta; i por ello ha merecido bien de la verdad i de la justicia. Esponiendo injenuamente los sucesos, tales cuales se encuentran consignados en documentos auténticos, no ha hecho sin duda una obra de sectario; pero ha hecho en cambio algo que vale mas, una obra de historiador. Su deber era mostrarnos a los hombres i a las instituciones de la colonia en presencia de sus actos, i nos complacemos en declarar una vez mas que en nuestro concepto el señor Amunátegui lo ha cumplido con suma dilijencia i con noble imparcialidad.

¡Ojalá estas líneas que hemos dedicado al exámen de su trabajo puedan dejar en el ánimo de los que las lean una impresion idéntica! ¡Ojalá los que leen la bibliografía puedan decir en conciencia de la imparcialidad del bibliógrafo lo que el bibliógrafo ha podido decir en conciencia de la imparcialidad del historiador!

Santiago, setiembre 3 de 1871.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

EL PIRATA.

Cruzando va un buque,
Con noche lluviosa,
La mar borrascosa
Del puerto de Arjel:

I al son temeroso
Del ponto que ruje
Cediendo al empuje
Del bravo bajel.

Del viento furioso
Batida la frente.
Con brazo potente
Jirando el timon,

Valiente el pirata
Sus iras desboca
I al númen provoca
Que mueve el turbion

«No me importa que el mar furibundo
Se avalance preñado de horror,
Si yo tengo mi buque, en el mundo
Nada, nada me causa terror

«Lleve al cielo su oleaje espumoso
Abra abismos con hondo bramar
No le tiemblo, aunque ruja furioso
Yo desprecio las iras del mar.

«Mi existencia es feliz: ha pasado
Ya en los mares diez años i diez
I su saña do quiera he burlado
Sin hundírseme el barco una vez.

«I he sentido las olas i el viento
Tantas noches rodar sobre mi
Cual los años de vida que cuento,
Cual las veces que al turco vencí.

«I en las horas de broncas tormentas
¡Ah del barco que logro abordar!
En él vengo mis viejas afrentas
Dando presa a las olas del mar

«I de Túnez el rei orgulloso
I el osado monarca de Argel
Todos tiemblan si de hambre rabioso
Da un ahullido mi bravo *Lebrel*

«No quisieron probar mi pujanza
Despreciando mi fuerza i valor!
Yo les llevo degüello i matanza
¡Qué desprecien mi saña i rencor!

«En favor de sus patrios pendones
No quisieron mi ayuda leal
¡En mal hora! mis broncos cañones
Ya han sabido mi afrenta lavar!

—«Mas...ved allá léjos...¡muchachos alerta
La presa ya llega, las armas parad!
La noche en tinieblas, el puerto está cerca
Ni ruido ni luces...el buque aferrad.

«La presa es fuerte, productos bellos
De la Turquía rico caudal....
Si acaso vencen, fuego con ellos
Una andanada i a navegar.

«Largad las velas: ya le tenemos
¡Ea! mis bravos! ¡Sús, mi *Lebrel*!
¡Ni uno con vida solo dejemos!
¡Hurra al pirata! ¡Guerra al de Argel!»

Valiente el buque pirata,
Viento en popa, se lanzó
Tras la sultana velera
Que conduce a su señor.

I en las sombras se perdieron
Cual relámpago veloz;
Huyendo va la sultana,
Va el pirata de ella en pos.

Las tinieblas aumentaron
I la tormenta arreció,
Levantáronse las olas.
Bramó fiero el Aquilon

I escuchárонse a lo léjos
Voces, gritos de dolor
I un eco desesperado
Que entre las olas huyó.

I allá, cuando se acallaron
Los quejidos i el rumor,
Un buque la mar surcaba
Sin armas, ni pabellon;

I era el buque del pirata,
Que marchaba vencedor
Llevando en ricos trofeos
De su bravura el blason.

Santiago, 1871.

LUIS R. PIÑEYRO.

ROMANCES AMERICANOS

POR CÁRLOS WALKER MARTINEZ (1).

No somos esclusivistas en arte. Toda escuela literaria tiene su mérito, i, para nosotros no hai ningun jénero de composiciones condenable segun los principios invariables que rijen el buen gusto.

Al comenzar este siglo, Hermosilla condenaba el *romance* octosilábico como indigno de la lira. Años mas tarde el eminente literato i versificador don José Joaquin de Mora esperaba darle el golpe de muerte con la publicacion de sus tan conocidas *Leyendas españolas*. Escritas éstas con notable riqueza de rima, salpicadas de chistes de buena lei i rebozando de injenio i gusto, no alcanzaron, a pesar de tan brillantes cualidades a lograr el fin que su autor se habia propuesto.

Mora dotaba a España de una coleccion de *leyendas* que disentian algo de las que hasta entónces habia preferido la índole literaria de su nacion, pero no cavaba como habria querido la tumba del *romance*.

Tan lozano como en sus mejores dias, i con formas semi-épicas, el romance volvió a alzarse, i Zorrilla i el nunca bien sentido duque de Rivas lo restauraron haciéndolo otra vez grato, no solo a los oidos del pue-

(1) Un vol. de 306 pájinas.—Santiago.—Imprenta de *El Independiente*.

blo que nunca lo desechó, sino para las jentes doctas i del gusto mas acendrado.

¿I cómo habia de morir el romance?

En este metro estaban consignadas las glorias de la España cristiana i caballeresca; en él se habian cantado los himnos a Dios, las hazañas del Cid, los esfuerzos del cristianismo contra la dominacion musulmana, los idilios pastoriles, los suspiros i amorosas querellas de los cautivos, las veras, las burlas, los ayes i los gritos de gozo, en suma, todo aquello que podia conmover a la nacion, desde las jeneraciones mas remotas. El romance en manos de Góngora habia producido májicos sones, manejado por Quevedo i Lope de Vega donosas burlas i graves sentencias, i sorprendia por lo rico, armonioso i variado cada vez que el insigne Calderon usaba de él para contar a su auditorio los amores de sus damas i galanes. Era ademas la forma métrica que mas se adaptaba al teatro, i el teatro será en todo tiempo la pasion de los españoles.

Echar por tierra el romance era una tarea mas que difícil, imposible.

Sinembargo de lo dicho en su elojio, este metro tiene sus inconvenientes como toda forma literaria.

Su estremada facilidad es el primero de sus escollos, porque suele estraviar lastimosamente a los que lo cultivan, i si no se procura darle variedad en los jiros i cortes del período, corre peligro de ser una composicion monótona i desagradable a la larga.

Otra cosa que debe hacer mirarse mucho a los que cultivan los octosílabos asonantados es la rara perfeccion que han dado a este metro antiguos poetas españoles. Es demasiado grande el número de magníficos romances escritos en castellano para haber ya depurado el gusto lo bastante para acobardar a las medianías juiciosas.

Entre los romances los preferidos sobre todos han sido jeneralmente los históricos; i a este jénero pertenecen los que acaba de publicar nuestro amigo C. Walker Martinez con el título de *Romances Americanos*.

Aunque íntimo amigo del autor, el que ésto escribe no teme ser parcial al emitir su juicio sobre un libro que desde luego tiene el indisputable mérito de la orijinalidad. Hijo de un sentimiento patriótico, como el anhelo de recordar las hazañas de que fué teatro el continente americano, el libro de que vamos a dar cuenta no tiene esas galas prestadas que nuestros poetas toman con demasiada frecuencia de los del antiguo mundo; lleva en sí un sello nacional que se advierte desde la primera pájina hasta la última, i no se puede negar que está escrito con jeneroso entusiasmo.

No quiero glorias estrañas
Que rechaza mi conciencia:
Busco, i me basta la sombra
De mi hogar i mi bandera.

Así dice el poeta, i en estos cuatro versos está la síntesis de su obra. El no quiere cantar sino glorias americanas, ni llorar otras desgracias que los ilustres infortunios de los aborijenes del nuevo mundo, o de aquéllos que entre los conquistadores fueron bastante nobles i magnánimos para merecer el respeto de las jeneraciones venideras.

Buscando la gloria donde realmente estuvo, no distingue con mezquino espíritu de provincialismo a los conquistadores de los vencidos i tributa a cada bando un simpático homenaje.

Ha sido comun en América la manía de achacar a los conquistadores cuanto hai de odioso, i deificar a los indios hasta mas allá de los límites que fijan la historia i la filosofía. De aquí han nacido esas innumerables novelas indianas, jénero que hasta el dia, esceptuando la *Virjen del Sol* de Leon Mera, no ha producido una sola obra de mérito, que dé gloria a los bardos del Nuevo Mundo.

Los *Romances Americanos* de Walker Martinez no ostentan ese traje de provincialismo, i esto habla en favor del buen juicio del autor. Este ha estendido su mirada por la historia del coloniaje i ha entresacado de ella todo lo grande, dando a cada cual su merecido. Su libro es un hermoso libro histórico.

Basta rejistrar el índice i ver las figuras que se destacan en cada uno de los poemitas que llenan sus pájinas. Cortés, Pizarro, Hersilla, Yupanqui, Caupolican, Motezuma i la Janequeo son héroes de otros tantos romances destinados a cantar sus hechos que viven todavía en la historia i en las tradiciones. El poeta no se ha dete-

nido tampoco en los límites del suelo patrio al buscar asuntos para sus leyendas; no ha compuesto con ellas una obra chilena sino americana ante todo i por eso ella es un cuadro animado de lo que fueron en nuestro continente la conquista i el colonaje.

El romance histórico es en manos de nuestro poeta lo que fué en la mitad de este siglo en las del ameno duque de Rivas.

No vamos a comparar al poeta chileno i al español, que sin duda es su discípulo i mui aventajado, pero haremos notar que las formas que uno i otro usan son las mismas i que hai en los *Romances Americanos* trozos que habria adoptado por suyos el autor de los *Romances españoles* i *El moro espósito*.

Don Anjel de Saavedra vr. gr. sobresale en la descripcion física de sus personajes, retratando a cada uno con su traje i apostura, de manera que nos parece estarlos viendo todavía. En el libro de Walker hallamos rasgos iguales, algunos tan notables por su exactitud histórica como los que nos dá el famoso romancesta.

Vayan dos ejemplos tomados al acaso de un mismo romance:

Entregado a los misterios
De meditacion profunda,
En el trono mejicano,
Que entre magníficas plumas

Con adornos de oro i plata
Un águila real figura,
Sentado está el poderoso
Emperador Motezuma.

De finísimo algodon
Viste una elegante túnica,
Por un cinturon riquísimo
Sujetado a la cintura;

Echado cuelga a su espalda
Con severa compostura
I prendido en broches de oro
Un manto color de púrpura;

Tiene inclinada la frente,
La mirada taciturna,
I un secreto sobresalto
En su rostro se dibuja....

el trozo que sigue, veremos dibujada la noble i altiva figura del conquistador de Méjico:

....Al dintel de la puerta
De repente apareció
Hernan Cortés, sin cuidarse
De si estaba solo, o nó.

Entró con aquel desplante
Propio del jenio español,
Como quien entra en su casa
Sin vanidad ni ficcion;

Altos los ojos, serena
La frente, un tanto feroz,
La mirada poderosa
Fija en el emperador.

.....

Con propósito marcado
Hizo, al cruzar el salon,
Que los ecos repitieran
El belicoso rumor

De sus espuelas doradas,
De su acero vengador,
I de los guantes de fierro
El seco i áspero son.

Los *Romances Americanos* abundan en estos detalles descriptivos; así como en paisajes copiados de los que embellecen los hermosos campos de América.

Tiene la obra que analizamos un mérito que no debemos dejar pasar sin llamar sobre él la atencion de nuestros lectores. Tal es el pensamiento relijioso que domina en toda ella i el respeto al pasado que da a sus pájinas un tinte especialmente romántico.

Walker Martinez no canta solo a los guerreros de la conquista, celebra tambien a los héroes de la cruz, a los soldados piadosos, a los apóstoles que perdieron su vida por difundir la fé de Cristo en estas comarcas, i hasta al humilde indio en cuyo favor hace milagros insignes la Reina de los cielos, que bajo la advocacion de Guadalupe, es todavía venerada como patrona de la república mejicana.

No nos resistimos a dejar de insertar aquí las bellas estrofas, en que describe a los misioneros de América:

Al Nuevo Mundo llegaron
Sin otra ley, ni otras armas

Que la Cruz del Redentor
I la fé de sus palabras!

Reco rieron anchos mares
Treparon rudas montañas,
E inmensos bosques cruzaron
Entre cien naciones bárbaras;

I regando con su sangre
Cada paso en su jornada
Coronaron con el triunfo
La grandeza de su causa!

Se poblaron los desiertos,
I en las márjenes lejanas
De los rios caudalosos
Entre selvas centenarias,

Se levantaron cien pueblos
De tribus rejeneradas
Que a los piés del misionero
Depusieron su arrogancia!

Con razon se entusiasma el poeta por esos héroes de la Cruz cuya historia pocos conocen, i cuyos nombres en su mayor parte se han perdido para siempre....Las hazañas de los guerreros han quedado en la historia, los nombres de los misioneros mas abnegados apénas si se saben por alguno que otro investigador. La decadencia de las órdenes relijiosas, el desleal volterianismo, i el materialismo del dia hacen que el nombre de *fraile* sea un apodo mas o ménos ridículo. ¡I sinembargo cuánto no debe la América a esos frailes! De ellos es la obra de la civilizacion de un mundo, i ya que hoi se les niega lo que hicieron en pro de ella, recuerde el poeta en sus cantos sus sacrificios i sus obras!

Los *Romances Americanos* merecen su nombre i acaso son el primer libro de su especie que se publica en América.

Sobre su mérito literario debemos añadir a lo ya dicho que tienen las mismas cualidades i defectos de las otras obras que ha publicado su autor. Abundan igualmente en trozos inspirados i nerviosos asi como en incorrecciones que provienen del carácter peculiar del hombre que rara vez se detiene a correjir lo que escribe. La versificacion armoniosa por lo jeneral adolece en algunas ocasiones de cierta dureza i tirantez que desagrada. Con todo, ya que a fuer de imparciales no queremos ocultar al público los defectos que resaltan en la obra de nuestro amigo, no callaremos que ella honra a su autor i es una joya de la literatura patria. A los *Romances Americanos* seguirá otro tomo en que el autor se propone celebrar las glorias de la independencia. Deseamos con ánsia su aparicion porque estamos seguros de que el segundo volúmen será todavia mas interesante que el primero.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA VISITA DE CUMPLIMIENTO.

En los pueblos que por su magnitud i por su poblacion no son grandes ni son pequeños, término medio entre la ciudad populosa i la humilde aldea, donde las costumbres ni son sencillas ni son refinadas, el trato de las jentes suele tener varias dificultades, porque se sujetan las comunicaciones a una especie de reglamento oficial de *cumplimientos* insoportables.

Entre los diversos inconvenientes que ofrece al hombre el trato con los hombres, el mas enfadoso es el de los *cumplimientos*; i entre las distintas especies de *cumplimientos* que la sociedad tiene en juego, no hai ninguna mas enfadosa que las *visitas de cumplimiento*.

La feliz invencion de la tarjeta ha ido poco a poco simplificando esa fórmula fastidiosa del trato de las jentes; i asi es que en muchos paises ha desaparecido la *visita de cumplimiento* bajo el poder cómodo i comunicativo de la cartulina i teniendo con unos pocos reales un ciento de tarjetas, i con un ciento de tarjetas cien visitas recibidas o devueltas, nadie se toma el trabajo de perder el tiempo en hacer visitas inútiles.

Ese pedazo de papel satinado, donde el litógrafo estampa sencillamente vuestro escudo de armas, o vuestros soberbios títulos, es una injeniosa abreviatura, puesta en la pesada tarea del trato humano, viniendo a ser el telégrafo de las *relaciones*, el camino de hierro de los *conocimientos*. Toma el nombre i cumple por el hombre; es, en fin, la forma mas sencilla, mas fina i mas amable de la *visita de cumplimiento*.

Se la puede recibir de cualquier modo, en cualquiera circunstancia; no interrumpe, ni distrae, ni fastidia; no da conversa-

cion ni la pide; no hace preguntas de pié de banco ni exije respuestas de cajon; mas el uso corriente i fácil de la tarjeta no ha llegado todavía a los pueblos de que hablo.

En ellos la visita personal es inevitable, i esto seria lo de ménos; pero no solo es inevitable, sino que ademas es mui frecuente, i lo que es peor, es indispensable estar en casa para recibirla, porque lo contrario constituiria un caso de desatencion, el enfriamiento de las relaciones, i, por último, una guerra a muerte.

Se puede huir de un incendio, de una inundacion, de una guerra, de una epidemia; pero no es posible huir de una visita, porque si no se la recibe se enfada, lo cual es grave, o vuelve, lo cual es peor mil veces: no hai mas remedio que estar en casa.

¿I qué cosa es esta especie de visita?

Es una persona, o dos personas, i comunmente toda una familia, que vestidas con el mayor esmero posible, i en cualquiera hora, llaman solemnemente en la puerta de vuestra casa: la puerta se abre i la visita entra, sube la escalera i toma oficialmente posesion de la sala: son personas de confianza, a veces de la mas íntima confianza, que en otra ocasion se las recibiria en el rincon mas humilde o mas modesto de la casa; pero esta vez vienen de cumplimiento, i hai que recibirlas en la sala.

La familia, desprevenida, no se encuentra preparada, i la noticia de.... «una visita» causa en la casa el efecto de una bomba que estalla repentinamente, i entónces empiezan las carreras, los jestos de disgusto, los movimientos de impaciencia, porque la palabra *visita*, corriendo de boca en boca, suena como una señal de alarma, esparciendo por la casa la confusion mas viva; unas puertas se abren i otras puertas se cierran; unos entran i otros salen: la mamá está sin vestir..... ¡qué apuro!.... Las niñas están sin peinar..... ¡qué conflicto!.... i entretanto la visita espera... ¡qué diablura!

Coje la madre el primer pañuelo que encuentra a la mano i se lo echa sobre los hombros del reves o del derecho, segun caen las pesas, i se lanza a la sala entrando en ella con paso augusto.

Entretanto, las niñas se componen lo mejor que pueden, esto es, como Dios quiere, i al cabo uno a uno van haciéndose presentes ante la visita todos los individuos de la familia; i la visita i la familia frente a frente, sentadas en semi-círculo delante del sofá, pasan media hora fastidiándose mútuamente con toda la finura del mundo.

La familia está deseando que la visita se vaya i la visita está deseando irse; pero ámbas se mantienen heróicamente en sus puestos de honor, cumpliendo con la lei que las obliga a darse mútuamente este mal rato.

El fenómeno es constante en todos sus casos; porque la condicion esencial de toda *visita de cumplimiento*, es el fastidio mútuo.

Pero todo tiene su término, i aunque media hora de fastidio es un siglo, la visita se levanta i todo el mundo se pone de pié. ¡Qué solemnidad! Es una ceremonia séria, mui divertida, si no fuera tan larga.

¡Oh! qué tierna impertinencia! Cuando entra la visita, las dos familias se encuentran como sino se hubieran visto en muchos años; i cuando la visita se despide, parece que se separan para no volverse a ver; i sinembargo, debo decirlo, las dos familias se han visto una hora ántes de misa, o han paseado juntas el dia anterior, o lo que es mas frecuente, son familias vecinas que se están viendo i oyendo todo el dia.

La visita, en fin, semejante a una procesion mas o ménos larga, sale de la sala, i escoltada por la familia, toma la escalera; pero ántes ¡qué apretones de manos!... ¡qué abrazos! ¡qué besos! La puerta de la calle corta, por último, el complicado nudo de los espresivos cumplimientos cerrándose de golpe, i entónces la familia que se va murmura, i la que se queda respira.

Esta visita constituye entre la jente fina un jénero de deudas, que es imposible no pagar; porque se puede eludir el pago de una deuda cualquiera, pero una visita de cumplimiento ¿quién no la paga en el plazo improrrogable de ocho dias? Infeliz el que incurriere en semejante falta de esquisita educacion: le morderian todas las bocas i le arañarian todas las uñas.

El buen trato de las jentes ha establecido esta comunicacion oficial en que las familias que viven en mas estrecha intimidad i en mas continua confianza, están obligadas a visitarse solemnemente, por puro cumplimiento, una vez a la semana.

¿Estais enfermo?....pues os matarán a visitas.

¿Os habeis muerto?....pues tendreis que recibirlas de cuerpo presente.

Hai mentiras agradables, hai ficciones encantadoras, i el secreto consiste en que la mentira no se descubra, i en que la ficcion no se conozca.

Una mujer puede ser fea, indudablemente lo son muchas; pero si ha adquirido el secreto de parecer hermosa, lo será a los ojos de todos los que la vean; i si parece hechicera, ¿qué le importa no serlo?

Eso es una bella mentira, una apariencia deslumbradora, un engaño agradable; hai uno que finje i otro que cree; esto es corriente, es cosa admitida por toda la redondez de la sociedad.

Puede suceder mas todavia, i es que dos se engañan mútuamente sin querer engañarse.

Este fenómeno del corazon humano es mui frecuente en el cariño; i por eso se oye tan a menudo decir a los hombres: ¡Qué ingrata!....I a las mujeres: ¡Qué falso!....Es el triste momento del desengaño.

Son un hombre i una mujer que se amaban sin quererse.

Pero en materia de *cumplimientos* no hai forma de engañarse; porque el *cumplimiento* es la fórmula convenida de un afecto o de un interes que no se sienten.

En todo *cumplimiento* hai dos que se rien misteriosamente; el que lo hace i el que lo recibe.

Cumplimiento es la manera fina, sobona, insoportable, pero corriente, que han encontrado las personas bien educadas para burlarse unas de otras con pleno conocimiento de que se burlan.

Cumplimiento es la mentira solemnemente reconocida; la apariencia en cuyo secreto todos estamos; el engaño convenido; la única ficcion en la cual ninguno creemos.

Es la comedia del buen trato en los pueblos donde apénas hai trato alguno.

Pues bien, la *visita* es el mas cruel de los *cumplimientos*, porque es un martirio que hai que recibir, i lo que es mas que agradecer; mas aun, que hai que pagar.

Las visitas de cumplimiento me aterran.

Me gusta la sociedad; me gusta la compañia; la conversacion me encanta; pero, Dios mio! las *visitas* me angustian, precisamente porque no son sociedad, ni jente, ni compañia, ni conversacion; no son mas que *cumplimientos*: esto es, el fastidio.

José Selgas.

SOLEDAD DE UNA MADRE.

Duerme i descansa, hijo mio,
De las fatigas del dia,
Miéntras tu madre un instante
Su triste suerte medita.

Duérmete en paz, anjel bello,
Miéntras te arrulla la brisa,
Miéntras el llanto tu madre
Con justa razon prodiga.

Que, como grato es al bosque
La fuente arjentada i limpia,
Para ti será el reposo,
La calma dulce i tranquila.

¡Ai! cuán diversos los tiempos
De mi juventud florida
De aqueste tiempo en que todo
Parece nublar la vista!

Oh! como entónces eterna
Mi dicha, necia, creia,
Sin presentir los futuros
Males que hoi turban mi vida.

Cómo al traves de los campos
Cubiertos de flores lindas,
En pos de vagos insectos
Con las de mi edad corria.

I hoi solitaria en el mundo
Sin encontrar una amiga,
Bajo estas rocas enormes
Que sobre el monte se inclnan;

Sobre estos negros abismos
Que ocultan sus hondas simas,
Donde el silencio i la noche
Tienen sus mansiones fijas;

Triste contemplo la imájen
Dulce, risueña i festiva
Del ánjel ¡ai! que a mi lado
Tranquilamente dormita.

De este ánjel que fiel retrata
En su inocente sonrisa,
Al dulce esposo, a quien amo
Como me amo a mi misma.

De este ánjel, en fin, que el cielo
Me depara en mi desdicha
Para calmar mi tormento
Para endulzar ¡ai! mi vida.

¡Cómo esas horas pasaron
Llevando en pos fujitivas
Las esperanzas i ensueños

Que me forjé cuando niña!...
Duérmete en paz, ánjel bello,
Miéntras te arrulla la brisa,
Mientras el llanto tu madre
Con justa razon prodiga.

Duérmete, i nunca conserves,
Miéntras en la tierra vivas,
Ninguna recuerdo que amargue
Tu corazon, i lo aflija.

Santiago, setiembre 9 de 1871.

ELIAS A. CÁCERES P.

MEDIA NOCHE.

(Continuacion.)

La vaga i amarillenta luz de una lamparilla ilumina con sus pálidos reflejos los contornos de un altar. Cuatro vastísimos salones parten de aquel centro; interminables hileras de lechos se estienden a lo largo de las paredes; un silencio fatídico reina en torno; de cuando en cuando se oye un quejido, un suspiro, un apagado sollozo, ah! es el lamento del que sufre, es el ¡ai! que arranca un prolongado martirio, es el estertor del que agoniza i espira.

Aquí no resuenan las festivas armonías que embelesan i que encantan; aquí no retumban los alegres acordes a cuyo compas se enloquecen i se embriagan, aquéllos que al acercar a sus labios la copa de la vida, solo han sentido destilar la miel, pero jamas el acíbar; aquí solo entran los desgraciados, los que no teniendo quien los ampare i socorra en sus dolencias, vuelven los ojos a aquel último refujio creado por la caridad; es aquí donde se palpa la realidad de la vida; es aquí donde se aprende a conocer el infortunio.

Solo Dios sabe las tristes i desgarradoras escenas que dia a dia i hora por hora se renuevan dentro de estos muros sombríos i desnudos. Oh! aquel crucifijo que se destaca entre las tinieblas, aquellas facciones lívidas i sangrientas, revelan a las claras que éste es el asilo del dolor. ¡Cuántas miradas no habrán ido a fijarse en aquel sagrado símbolo, en esos terribles momentos en que la muerte con su mano de hielo estiende sobre los ojos, la venda impenetrable, que ocultándonos el mundo nos abre la eternidad! ¡Cuántos infelices desesperados i perdida ya toda esperanza, revolcándose en su lecho de angustia, habrán encontrado en aquel madero santo no solo el consuelo sino su salvacion! ¡Cuántas dulcísimas lágrimas no habrá hecho verter el arrepentimiento, cuántas el perdon!.... Mas ¿quién está arrodillado al pié de la cruz? ¿quién vela a estas horas? ¿quién se atreve a permanecer en este lugar?.... ¡cielos! es una mujer; sí, una mujer vestida con un tosco sayal, una mujer débil, jóven, hermosa! Pero ¿qué hace aquí? ¿a qué ha venido? ¿quién le manda sacrificarse de esa manera?.... Ya se levanta! ¡con cuánto amor se acerca a aquel lecho! ¡con cuánta ternura prodiga al infeliz que padece, sus cuidados i sus desvelos!

Venid, venid, vosotros todos los que dudais de que la virtud existe sobre la tierra. Venid, vosotros todos los que os reis i haceis burla i mofa de las cosas santas de nuestra relijion; venid os digo, miraos en este espejo i aprended!

¡Oh! bendita seas, tú, mujer incomparable, mujer sublime; bendita seas, tú, ánjel de paz i de salud; tú, cuyo único anhelo es hacer el bien, repartiendo a manos llenas beneficios i consuelos; bendita seas, en fin, bendita seas, una i mil veces, tú, hermana de la caridad!

* *

Trepemos por esta escalera, abramos el cancel, recorramos estas bulliciosas habitaciones. Acerquémonos a aquella mesa i observemos.

Veinte jóvenes permanecen agrupados en torno; sus ojos chispeantes, sus rostros encendidos i sus estridentes carcajadas, manifiestan que el champagne que hierve en los cristales, hierve tambien en los estómagos i mas aun en esas desternilladas cabezas.

—Ea! amigos, esclaman: brindemos! corra a raudales el licor. Bebamos, bebamos. Ahoguemos en tan dulcísimo néctar las penas i sinsabores de la vida. Alzad las copas! compañeros; mas vino, mas vino; vivir es gozar!

Una exaltacion febril domina a aquellos jóvenes que, perdida la razon, gritan, beben, rien i blasfeman.

Pasemos a otro departamento.

Profundo es el silencio que reina en este

lugar; apénas si se oye la ajitada respiracion de mas de quince personas que rodean una gran mesa cubierta con un tapete verde. Del centro del techo cuelga una araña cuyas luces rodeadas por pintadas pantallas, proyectan sobre la mesa una viva claridad dejando el resto de la habitacion dentro de una incierta penumbra. ¡Oh! entre los que componen aquella reunion, se vé mas de una cabeza cana, mas de una barba blanca ya por los años. Apagadas maldiciones resuenan de cuando en cuando i algunas voces interrumpen por algunos instantes aquella escena.

—Uno, cuatro! tres, dos! pareja de cincos, ganado!

—Maldito juego! nunca mas jugaré!

Un hombre flaco i anciano se levanta afiebrado i furioso de esa mesa en donde ha perdido su dinero, su fortuna.... el pan de sus hijos.

—Ja! ja! ja! ja! contesta en coro la multitud de endemoniados jugadores.—¡Vamos, hombre, tu desquite!

—¡El diablo cargue con vosotros!—esclama el infeliz, saliendo desesperado de esa casa maldita en donde ha dejado hasta el último maravedí.

La mesa interrumpida vuelve a continuar; los jugadores ocupan sus asientos; el oro i los billetes de banco ruedan de mano en mano; las miradas vuelven a ponerse torvas i eléctricas; todos callan; en medio del metálico sonido de las monedas, resuena a veces una imprecacion, al mismo tiempo que una sonrisa diabólica, brilla como un relámpago, en los labios de otro mas afortunado.

Pero, basta ya! que el alma se horripila i el corazon se parte.

Basta ya! abandonemos este recinto, pues el aire que aquí se respira, asfixia i mata!

* *

—Silencio!—grita una voz apagada en el crucero de una calle.—Estamos solos; las doce han dado en el campanario de San Francisco; el ruido de la tormenta apaga nuestras pisadas; nadie nos vé; la oscuridad de la noche es profunda. A la una el golpe estará dado; nos reuniremos de nuevo en la cabaña de Juan el jornalero.

—Bravo!—contesta un embozado que lleva una linterna sorda,—¡Manos, pues, a la obra!

—I el lucro?

—Será comun; partiremos como buenos amigos.

—Así me gusta; eso es obrar como antiguos i viejos camaradas. Dime ¿estás seguro que el arca del dinero está a la derecha del mostrador?

—Sí, hombre, sí; cuántas veces te lo he de repetir.

—¡Voto a mil demonios! la llave no da vueltas.

—Si estás torciendo a la izquierda!

—Es verdad; aguarda, ya afloja la cerradura.

—No hagas tanto ruido.

—Espera, espera. Por Santa Bárbara! me he pillado un dedo.

—Bien hecho, eso te pasa por torpe; dame, yo abriré.

La chapa cede i los dos embozados se deslizan como lobos dentro de la pieza cuya puerta han forzado.

En un dos por tres descerrajan el arca, armarios i cajones; los papeles, billetes, libros, cuadernos, ruedan por el suelo i los talegos van depositándose sobre el meson.

—¡Canario!—dice el primer embozado—¿no sientes un ruido?

—Ni moscas—contesta el segundo que está entretenido en repletar sus bolsillos.

—Te digo que me parece sentir....

—Aguarda.

I el segundo se tiende sobre el suelo i aplica el oido un instante a tierra.

—Sí, tienes razon; pero, no hai duda, es algun coche que pasa por la calle atravesada.

Miéntras tanto la operacion marcha. La sangría ha sido buena.

—Hasta mañana, en la cabaña de Juan.

—Hasta mañana!

Los dos embozados estrechan afectuosamente sus manos, apagan la linterna i se retiran sijilosamente tomando por diverso camino.

El custodio de la propiedad, envuelto en un grueso capote, ronca a pierna suelta en el dintel de una puerta. A lo léjos, se oye el aullido de algunos perros i algunos aldabazos de vecinos que se recojen a esas horas, despues de haber empleado santamente la prima noche. En el convento cercano, la campana llama a las monjas a la oracion.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

UNA MADRE A SU HIJA.

(LETRILLA.)

«Si te ofrece halagalor
Solo su mano i su amor,
Algun amante importuno,
Ten presente
Que te hace mal el ayuno
I no seas induljente....

Hazte sorda, sé severa...
Terrible como pantera;
Que el que ofrece solo amor,
Ten presente,
Es una flor sin olor
I no seas induljente!....

Mas, si alguno cariñoso
Aspirara a ser tu esposo
I gran dote te ofreciera,
Ten presente
Que no desprecia cualquiera
Negocio tan excelente!....

¡Tener coches i diamantes,
En los mas breves instantes,
Solo pronunciando un sisi!....
Ten presente
Que yo tampoco perdí
Negocio tan excelente!....

Un marido sin dinero
No puede ser caballero,
Ni puede tener buena alma:
Ten presente
Que hai que pensarlo con calma
I no seas induljente.

Tú le pedirias trajes
De terciopelo o encajes
I él... ¡sin un cuarto siquiera!....
Ten presente
Mas bien, quédate soltera
I no seas induljente.

¡Ai! el oro, hija querida,
Hace feliz esta vida,
Su dueño se torna ufano:
Ten presente
Que nadie deja de mano
Negocio tan excelente!....

Si se te ofrece su marido,
No relegues al olvido
Mi cariñoso consejo;
Ten presente
Que, aunque el novio sea viejo,
Es un negocio excelente.

Santiago, 1869. DAVID BARI

LOS OJOS.

Si preguntais a la ciencia que entiende por ojos, os dirá que el ojo es una esfera llena de los humores llamados *ácueo*, *cristalino* i *vítreo*, rodeada de la *córnea trasparente* i la *esclerótica*, i teniendo en su parte anterior el *iris*, i en la posterior el nervio óptico o la *retina*.

La pobre ciencia no sabe mas.

Pero preguntad a ese rico diccionario del sentimiento i de la fantasía; a ese dialecto elocuentísimo de las almas, no sujeto a academias, ni a medidas, ni a compas; decidle que os enseñe lo que son los ojos, i de seguro no enviadiareis los pulidos conocimientos i rebuscadas definiciones de los sabios.

Empecemos quitándonos la máscara i diciendo desde el principio, que se trata de los ojos de una mujer, porque claro es que ojos hai hasta en el queso; mas no son sino los de una mujer hermosa los que sostienen la fama en sucesivas posteridades, i los que anublan o iluminan nuestra existencia.

Los ojos de una mujer son la hipérbole de la telegrafía eléctrica.

Nada mas veloz, nada mas rápido, nada que condense tanto el significado de la palabra, nada que avive en su seno la luz de la idea como una mirada casi imperceptible que os revela la inmensidad i que os anima en vuestros propósitos u os detiene en vuestros pasos. No hai discurso que equivalga a una mirada oportuna. El amor se sirve de ellas como de su correo favorito, i al cruzarse dos miradas que se comprenden, parece como que las almas se acercan i se hablan al oido, i se siente entónces toda la dulzura de la palabra i toda la majia del secreto.

Yo comprendo que los amores de una sordo-muda deben ser un continuo éxtasis.

Mas, mirándolos de otro modo, los ojos de una mujer son dos cristales, al traves de los que pudiera verse un mundo siempre desconocido.

O bien dos cortinas trasparentes, al traves de las cuales vé el hombre sombras chinescas.

No hai remedio: los ojos de la mujer son un magnífico estereóscopo; nos hacen ver como volúmen lo que es solo superficie, i figurarnos escena, ambiente i luz, donde no suele haber sino el vacio.

El corazon de la mujer es un gran nigromántico; tiene recursos diabólicos, i debemos confesar que el secreto principal de su máquina maravillosa está en sus ojos. El movimiento de los párpados, la contraccion de la pupila, el humedecimiento de la córnea, una lágrima elocuente, la ficcion de una mirada, envenenan, confunden, arroban, desorientan, i el hombre de mas sana razon se vuelve loco; i si una mujer se empeña en probarnos así que el sol da frio, lo creeremos.

Ya lo ha dicho un gran poeta de nuestros dias:

Corazon que en tiernos años
Por unos ojos te pierdes,
Para entender sus amaños
No mires si son castaños,
Negros, azules o verdes.
Que en todos los colores,
Por la espresion iguales,
Reflejan los amores,

Sin que distingan en sus cristales
A los leales
De los traidores.

Eulojio Florentino Sanz tiene razon; todos son iguales. Sinembargo, hai grandes disputas en el mundo sobre el color de los ojos. ¿Qué os parece? ¿Estais por los negros o por los azules?

Los ojos negros son el fósforo en el momento de incendiarse; son el volcan en el momento de abrir su cráter: los azules son la tarde en el momento mismo de dormirse entre las brumas; son la ola al espirar en las arenas de la playa; son la paloma blanca que se pierde en el espacio azul.

Los ojos negros son heróicos; los azules son anjélicos.

Lo que significa el color de los ojos lo ha dicho, como nadie, el pueblo en uno de sus cantares:

«Dame tu amor, o me mato,»
dicen unos ojos negros;
i dicen unos azules:
«dame tu amor, o me muero.»

Por lo demas, unos ojos entornados son símbolo de afabilidad.

Unos ojos fijos, de meditacion.

Unos ojos ligeramente húmedos, de regocijo.

Unos ojos sanguinolentos, de ira.

Unos ojos pardos, de indiferencia.

Unos ojos pequeños i vivos, de actividad.

Ademas de estos ojos, son mui conocidos el del puente, el de la aguja, el del pan, el del queso, el de la conciencia i otros ojos. I son tambien usadas las frases de hacer mal de ojo, tener buen ojo, abrir el ojo, echar el ojo i pasar por ojo.

Ademas, hai cosas que saltan a los ojos, como hai ojos que se echan encima i aun se echan al Cristo.

Se ha demostrado, despues de largas investigaciones, que ven mas cuatro ojos que no dos, i ademas, que *el ojo del amo engorda al caballo.*

I por último, se ha convenido en llamar ojeada a un artículo como el presente. Con que, ¡ojo!—R. Serrano Alcázar.

EL DOMINGO.

Es dia domingo, lectoras. I no os doi gran noticia.

Si madrugais, que así quiero suponerlo en honor vuestro, os veo ya temprano mui de manto i basquiña, con vuestra alfombra, vuestro rosario i vuestro *Eucolojio Romano.*

Venis de misa. Hé aquí que os espera ya vuestro semanal visitante, *La Estrella de Chile.*

Os vais derecho al sumario. Despues de leido, no es dudosa vuestra eleccion. ¿Qué os importa la cuestion inquilinaje, ni si está o no bien escrito el libro del señor Amunátegui? Doblais la primera hoja. Un artículo crítico sobre los *Romances Americanos* de Walker Martinez. Talvez no estariais distantes de leerlo; pero lo condenais tambien a ser leido solo por *lectores.* Os han llamado la atencion los versos. Si estais próximas a elejir marido, talvez encontrareis palpitante oportunidad en los de Bari. ¡Un milagro de Nuestra Señora de Lúrdes! Allá vais ¿no es verdad? ¡Una carta-adivinanza! ¡Mejor que mejor! Os leeis todas las *Variedades.* Guardais, por fin, para mas tarde *Los ojos* i *La visita de cumplimiento.*

* *

¿No vais a misa de doce a la Catedral?

Las que aun no habeis oido misa, ya lo sé, ireis, so pena de ir a dejar el contipado i quizás hasta un pedazo de la basquiña en San Agustin.

Las que oisteis misa de madrugada, tambien ireis: sois buena jente que no anda mezquina con Dios, i luego es de buen tono

ir a la misa de doce, es una misa aristocrática, una misa de moda.

Las mujeres están en la nave del medio, frente a los *Siete Mejores Señores*, sentadas en el suelo, casi unas sobre otras.

Los hombres buscan los rincones. Colócanse en fila allegados a las murallas i con preferencia cerca de los altares o confesonarios para dejar allí los sombreros. Algunos mas familiarizados con la iglesia, buscan los escaños, cuyo uso i goce prohibe la costumbre a las hembras.

Al son de las doce, sale el sacerdote. I, aunque no le veais salir, el ruido jeneral os lo anuncia.

Comienza la misa. Los *espíritus fuertes* i los que tiran a tales no se arrodillan por cierto. Les da vergüenza; i sobre todo ¡los pantalones! Prefieren hacer los mas ridículos cuadros plásticos, admirables pruebas de equilibrio, hincando una pierna en el talon de la otra, cada vez que sin hacerse notar no pueden quedarse de pié.

Si se persignan, hacen un persignado con apócope i síncope.

¿Os habeis fijado en una cosa mui curiosa? Hai ciertas partes de la misa que producen a un tiempo en casi todos los concurrentes accesos de tos, de estornudos i necesidad de sonarse. No puede ser de otra manera. Hai momentos en que se forma un bullicio infernal. Parece que fuera ésa una ceremonia de cajon como la de persignarse i golpearse el pecho.

Por fin, concluye la misa. Al salir teneis que pasar por medio de una doble fila de hombres que os forman carrera para deletrearos de piés a cabeza. ¿No les bastan a esos caballeros las calles, las plazas, la Alameda i los teatros para ver buenas mozas, como ellos dicen, i necesitan al efecto hasta las puertas de las iglesias?

* *

Os dejo en blanco el espacio de dia desde despues de misa hasta *la hora de Pampa*.

En la *Pampa*, ois las detonaciones de algunas descargas de fusil, veis humo de pólvora, algunas evoluciones mas o ménos bien ejecutadas, muchos carruajes de mucho lujo con jente vestida de lujo tambien, algunos jinetes mas o ménos bien montados, veis i aspirais bastante polvo, recibis un si es no es de sol i os volveis mui satisfechas a ver lo mismo en otro lugar, la Alameda. Allí gastais unas dos horas en caminar a lo largo del paseo viendo en cada vuelta mas o ménos las mismas caras i recibiendo, si hai muchas que ver, mas o ménos los mismos pisotones.

Tomais de nuevo vuestro carruaje, i a comer.

Despues otra vez al paseo.

I despues al teatro.

En esto si que os alabo el gusto.

Pero ¿así es como un cristiano cree *santificar las fiestas?*

RAFAEL B. GUMUCIO.

RECIENTE MILAGRO

DE NUESTRA SEÑORA DE LÚRDES.

La siguiente carta ha sido dirijida por una persona mui juiciosa i fidedigna a la redaccion de *La Semaine Catholique* de Tolosa:

Lúrdes, junio 27 de 1871.

«La ciudad toda está todavía ajitada con la noticia de un acontecimiento que acaba de realizarse hace algunos dias en la gruta. Parece que la Santísima Virjen hubiera estado esperando nuestra llegada para aumentar nuestra fé con un prodijio.

«El viérnes pasado, 23 de junio, a eso de las diez i media de la mañana, es decir, al dia siguiente de nuestra llegada, una niña de los contornos de Tolosa, paralítica del lado derecho seis meses hacia, ha sido milagrosamente curada por las aguas de la fuente.

«Hé aquí algunos detalles:

«Los médicos la habian enviado a los baños de Cauterets; al pasar por Lúrdes, tuvo ella la inspiracion de detenerse en la gruta para rezar allí a la Virjen i pedir su curacion. Su padre, que jamas habia tenido fé en la intervencion divina i se reia de los milagros, no queria hacer detenerse el carruaje. Al fin, a fuerza de instancias, la enferma consiguió bajar. Su padre la tomó en sus brazos i la llevó hasta el manantial. No pudiendo bañarse en él, consiguió que le lavaran lijeramente las piernas. Casi instantáneamente, se operó en ella una gran revolucion, i ántes de acabar su breve oracion, esclamó: *¡Estoi sana; ponedme de pié, quiero andar!* Su padre, que no creia, no queria abandonarla; pero ella se desprendió, dió algunos pasos i corrió a la gruta a dar gracias a Nuestra Señora de Lúrdes.

«Efectivamente estaba sana, i todas las personas que habian sido testigo de ese prodijio se echaban de rodillas i lloraban. Su padre lloraba tambien. Loco de emocion i de gozo, no podia creer al testimonio de sus ojos.

—«¿Es ésta mi hija? decia; ¿es ella?

«I la tocaba, la miraba i pedia perdon a la Santísima Vírjen por no haber creido en su poder.

«Otro caballero que se hallaba allí por casualidad, viajero incrédulo que visitaba por curiosidad la gruta milagrosa, mas bien para reirse de la fé de los asistentes que para dirijir sus votos a la Vírjen, se impresionó tan grandemente a la vista del prodijio que casi perdió el conocimiento. Pálido de espanto i temblando de piés a cabeza se asió a dos manos de la reja de la gruta del santuario para no caerse. Cuando se fué, ya tenia fé, i varias otras personas se convirtieron, como él, inmediatamente.

«Un sacerdote del Sagrado Corazon de la casa de Tolosa fué testigo de ese acontecimiento.»

VARIEDADES.

UNA CARTA MISTERIOSA.

Hemos recibido la siguiente comunicacion:

SS. RR. DE *La Estrella de Chile.*

Santiago, setiembre 8 de 1871.

Me he encontrado en la calle**** la carta que les incluyo. Por lo misteriosa, si no versa sobre alguna conjuracion, parece ha de pertenecer al jénero epistolar-erótico. Por mas que me he devanado los sesos, no he podido traducir la epístola en cuestion.

La remito a Uds. para que, si lo tienen a bien, le den publicidad. Quizas alguno de sus lectores dé con la solucion del enigma.

Soi de Uds., SS. RR.

A i S. S.

Un suscritor.

Hé aquí ahora la carta:

(m) I—(q) ueia—(R) Oa:

(c) Oieo—(y)a —a—(p)oa—(l)a—(p)ie—a aa—(d)e—(c)ai—(d)e—ao.(c)Oieo—a—(c)oee (i)ue —(l)a —(d)uua—(q)ue —e—(n)ueo—(i)ieo—(d)ia—(s)aoeé—ea—(t)a—(s)oo—(l)a—(m)ie—(d)e—(l)o—(b)oe—

(T)u—(c)aio—(i)aie—

Ae — e —(c)aa — eeia — (t)eia — ua—(p)aia—(c)aioa —(q)ue—(d)eie—,u—(s)uco — (d)eioo —(q)ue —(c)oae —,aua —(f)o—(l)ue—oeiae, (m)e—(r)eaaa—(c)o—(s)oia—i—(m)iaa—(ll)ea—(d)e—ao—;(h)oi, (s)i (t)e —(h)io—,(m)e —(r)eoe —iieee —;(s)i—(m)e —(m)ia, (m)e —(m)ia—(c)o—(f)iaa. (y)A—(n)o—(h)ai—(p)ia—(m)i—(p)aaa—(c)aioa—, (n)i—(h)ai —ua —(f)oeia—(p)aa—(m)i—e—(t)u—(j)ai.

(c)¿Oiea, (d)i—,a—(c)aae—(d)e—aae?

¿Ao—(u)ueo—(q)ue—(n)o—(t)e—aae—(h)a —(d)euieo—e—(m)i?

¿O—(n)o—(f)ué—ao—(s)io—(p)aaeo —i—eaoo—(f)ue—(f)auo—(l)o—(q)ue—(t)u—i—(y)o—(c)eio—(s)ieo —ao?

E—(d)iiuo—e —(m)eia. (n)O —(m)iea—, (n)ia. (d)I—(s)i—(m)e—aa, (d)i—(s)i—(y)a —(t)e—(s)oi—iieee, eooo—o—(s)i —(m)e—aeee—(y)a—(d)Iia—(d)e—ua—(v)e—e —(m)i —aa—(l)a—(d)ua—(c)ue.

(s)I —(m)e —(j)ua—(d)e—(u)ueo (q)ue—(m)e—aa, (d)ié—(q)ue—..... eaa—(d)e—(m)a—(h)uo.

(s)I—(d)eaa —(f)aae —(q)ue—(y)a—(m)e —(a)oee—,(m)e—(r)eiaé.... (p)oue—(n)o —(q)ieo—(f)oa—(t)u—ao.

Eeo—ua—(p)aaa—(t)ua.

¡Aio!

(s)Oi—(t)u.

Eiio.

Contenido de este número.

I.—*Los Precursores de la Independencia de Chile*, bibliografía, conclusion, por Zorobabel Rodríguez.
II.—El pirata, poesía, por Luis R. Piñeyro.
III—*Romances Americanos, por Cárlos Walker Martinez*, bibliografía, por Enrique del Solar.
IV.—La visita de cumplimiento, por José Selgas.
V.—Soledad de una madre, poesía, por Elias A. Cáceres P.
VI.—Media noche, por Ruperto Marchant Pereira.
VII.—Una madre a su hija, poesía, por David Bari.
VIII.—Los ojos, por R. Serrano Alcázar.
IX.—El domingo, por Rafael B. Gumucio.
X.—Reciente milagro de Nuestra Señora de Lúrdes.
XI.—Variedades.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,» calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, setiembre 17 de 1871. Núm. 207

EL CUMPLEAÑOS DE LA LIBERTAD.

Cuando llega el dia que marca los linderos de un año que pasa i otro que empieza, los hombres cuerdos dan una mirada retrospectiva i examinan su pasado.

Los dias de vida, que han ido amontonándose en pos de él, ¿han sido fecundos o han sido estériles?

El capital de fuerzas i de intelijencia ¿ha sido fructífero o ha quedado escondido, ocioso o improductivo como los talentos del mal siervo de la Escritura?

Hé ahí cuestiones que, si no preocupan, debieran al ménos preocupar mui seriamente nuestro espíritu cuando suena la última hora de un año.

Como los hombres, tambien las naciones tienen sus cumpleaños. Tambien llega un dia en que recuerdan su natalicio a la vida de la libertad. Las naciones, que no son mas que los hombres, formando un todo armónico, una gran familia, tienen tambien un pasado que examinar.

Si fuerzas, si intelijencia tiene en usufructo el individuo, las naciones tienen en usufructo las fuerzas, la intelijencia i la vida de todos i cada uno de los asociados.

Las naciones, como los hombres, pueden echar hácia atras una mirada atenta para aprender en el pasado a lucrar con el presente i lo porvenir.

Las naciones tienen el gran capital de la libertad, fecundo en réditos de infinito valor cuando lo maneja la cordura, la moralidad i el patriotismo; capital que no se puede esconder ni dejar ocioso i que tiene la peligrosa peculiaridad de que cuando no fructifica bienes, fructifica vicios i calamidades sin cuento.

∴

Sesenta i un años de vida libre cumple mañana nuestro Chile.

Sesenta i un años en la edad de las naciones es mui corta edad.

Demos gracias a la Providencia que rije los destinos de los pueblos. Demos gracias al Dios de las jentes que ha velado con predileccion por la suerte de nuestra jóven Patria.

Ella en tan corto tiempo ha llegado a donde, ménos afortunados, no han logrado llegar todavía los pueblos hermanos, i Dios solo sabe cuándo llegarán.

∴

La libertad comprada hace ya mas de medio siglo al precio de la sangre jenerosa de nuestros abuelos, la libertad que en manos de otros pueblos ha sido causa instrumento de perpétua discordia, la libertad en cuyo nombre han derramado otros pueblos a torrentes la sangre de los hermanos en los mismos campos donde derramaron la suya los padres de la patria, la libertad que en otros pueblos ha servido de hipócrita i sarcástico antifaz a la feroz demagójica, a la codicia i a la impiedad, la libertad que en otros pueblos ha servido con oprobio de lema i bandera a los decapitadores de reyes, a los degolladores de sacerdotes i a los espoliadores de la inviliolable propiedad, ha llevado a Chile desde el miserable estado de una colonia olvidada en un confin del mundo hasta el grado de prosperidad i progreso que es nuestro orgullo i nuestra felicidad.

∴

Sensatez proverbial, mesura, patriotismo, acendrada fé relijiosa, unidad

de creencias, de costumbres i de lengua, hombres de injenio esclarecido, soldados valientes, gobiernos mas o ménos patrióticos e interesados por la felicidad de la nacion, ciudadanos probos e incorruptibles, suelo feroz en frutos de todas las zonas, montañas jigantescas con entrañas de oro i plata, hasta la configuracion del territorio ¿qué le ha faltado a Chile para su prosperidad? ¿qué don le ha escaseado la mano de la Providencia? ¿qué elemento de adelanto i bienestar le ha negado esa mano benébola i solícita?

* *

Cuando recordemos los años que han pasado i nos sintamos orgullosos de ello, demos gracias a la Providencia.

Cuando, henchidos de emocion i entusiasmo, recordemos las batallas de la libertad i los nombres de nuestros heróicos abuelos, demos gracias al Dios que preside a las batallas i reparte el triunfo i el vencimiento.

Cuando veamos escrito en letras de oro a centenares los nombres de hombres ilustres que han honrado el nombre de chilenos, acordémonos de que fué Dios quien nos los envió i a él tributemos homenaje de gratitud.

Cada vez que en estos dias las inspiradas notas de himno patrio hieran las mas hondas fibras del corazon, alzemos de lo íntimo del pecho un himno de agradecimiento, himno sublime, síntesis de los recuerdos del pasado i de las esperanzas de lo porvenir.

I depues, hagámonos dignos de la predileccion de Dios.

RAFAEL B. GUMUCIO.

TEATROS POPULARES.

Hace algunos meses publicábamos en *La Estrella de Chile* un artículo sobre la conveniencia de fundar teatros dedicados al solaz i moralizacion de la clase obrera.

Hoi tenemos la satisfaccion de dar cuenta a nuestros lectores del primer paso que se ha dado para realizar una obra que por tantos títulos merece el apoyo de cuantos miran con interes los esfuerzos que se hacen por levantar el nivel social del pueblo. Merced a la iniciativa de algunos artesanos intelijentes i ansiosos de progreso, i a la buena voluntad con que el cabildo i cierto número de caballeros acojieron la idea, puede decirse que es ya un hecho la inauguracion del primer teatro popular de Santiago.

No nos toca hacer aquí ni la descripcion del edificio ni de la sencilla pero hermosa fiesta con que él ha sido inaugurado. Bástenos decir que el primer teatro popular que se abre en Santiago reune las mas indispensables condiciones de aseo, comodidad i economía que deben tener los establecimientos de su clase.

Puede decirse con toda verdad que la inauguracion de ese modesto teatro importa una verdadera revolucion en el modo de ser de nuestro pueblo. El hecho solo de haberse encontrado en las filas de las clases trabajadoras hombres que emprendieran la obra con enerjía i entusiasmo, está probándonos que no faltaban en esas filas espíritus bastante ilustrados para comprender cuan hermosos frutos ella estaba llamada a producir.

I en efecto cuando se piensa en las únicas distracciones que existen actualmente al alcance de los desheredados de la fortuna, cuando se recorren uno a uno los pasatiempos que la autoridad o la especulacion de los particulares ofrecen al público, cuando se considera que todo es para los favorecidos de la fortuna i que al pobre no queda mas que el bodegon, la chingana i la cancha de bolas, se comprende i disculpan fácilmente los estragos que ciertos vicios causan en la clase obrera.

En la constitucion actual de la sociedad es cierto que todos trabajamos; pero no es cierto por desgracia que todos podamos encontrar en las horas de descanso pasatiempos adecuados a nuestros gustos i a nuestra fortuna.

Este vacío es el que están llamados a llenar los teatros populares, si como lo esperamos i deseamos, la obra iniciada no se interrumpe, i si por el contrario tiene todo su natural desarrollo. Para ello es preciso en primer lugar que los mas intelijentes de

los obreros tomen sobre sí la tarea de iniciar la benéfica revolucion que ha de operarse en los hábitos del pueblo, dando el ejemplo de la asistencia al nuevo teatro. Es preciso todavía que sus directores tengan el tino suficiente para elejir las piezas que han de representarse de manera que ellas estén al alcance de la jeneralidad de los espectadores, i que reunan, si es posible a la entretencion, que es el principal objeto, la ilustracion i moralizacion, objetos que deben perseguirse siempre que se pueda.

No es ménos hermoso el campo que el nuevo teatro abre a los jóvenes aficionados a las letras. Quien desee trabajar en provecho del pueblo i en provecho de su propia gloria, i se sienta con vocacion para las composiciones dramáticas, puede i debe lanzarse a ese campo, donde se pueden estudiar al natural las costumbres i los gustos de nuestro pueblo i adoptar para esos gustos i costumbres ficciones divertidas i moralizadoras.

No nos atrevemos a afirmar que el teatro del obrero es, pero deseamos sinceramente que sea:

Antes que todo un lugar en que pueda el pobre encontrar algunos momentos de grato i honesto solaz, despues de los rudos trabajos de la semana.

Un afortunado competidor de las fondas, de los bodegones i de las canchas de bolas.

Una ocasion ofrecida al obrero para que renuncie a las diversiones egoistas a que hoi se entrega alejándose de la familia, i un estímulo para que así como asocia a su trabajo a la pobre compañera de su existencia, que solo prueba lo amargo de la vida, la asocie tambien a sus goces i pasatiempos. Pocos espectáculos mas hermosos que el que ofrecerá sin duda el teatro del obrero con sus palcos llenos de honrados artesanos rodeados de sus esposas i sus hijos.

Una nuevo carrera abierta a los pobres que se sientan con disposiciones para el canto o la declamacion.

I por último una buena oportunidad para que la juventud literaria se ensaye en el arte difícil de las composiciones dramáticas que correspondan a nuestras ideas, a nuestros gustos i a nuestras costumbres.

Si el primer paso es siempre el mas difícil, congratulémonos deque él esté ya dado i hagamos votos porque los resultados correspondan a los esfuerzos hechos i las realidades a las esperanzas.

Estendernos mas seria esponernos a decir mal lo que nuestro amigo Ventura Blanco dijo tan bien en el discurso que pronunció en el acto de la inauguracion i que reproducimos en seguida, tanto porque él no ha sido publicado por la prensa diaria, cuanto porque no dudamos será leido con el inte-res que merece.

«Creedme, señores, que he debido vencer profundas resistencias ántes de aceptar el honor que con instancia se me hacia, encargándome dirijiros la palabra en este momento.

«Debí aceptar, i acepté con temor, conociendo todo el peso de la obligacion que contraia, porque se trataba de una obra que para nadie debe ser estraña, a la cual todos los hombres de corazon i de buena voluntad debemos llevar nuestro continjente, grande o pequeño, cualquiera que sea, de aliento i de servicios.

«Bajo la modesta forma de una funcion teatral, hemos venido a inaugurar hoi un nuevo templo dedicado a la virtud i a la ciencia, i a celebrar, al mismo tiempo, la emancipacion del corazon del pueblo por la moralidad, que Leibnitz jamas separó de la relijion, la emancipacion del espíritu del pueblo por el arte, por el libro, por la ciencia, que beben sus inspiraciones en la luz i en la verdad eternas.

«En los dias que corren, las conquistas en todas las esferas de la actividad humana i los adelantos morales i los progresos materiales se tocan unos con otros siendo las últimas la necesaria consecuencia de aquéllos.

«En la carrera de la vida de los pueblos que obedecen a la fecunda lei del progreso que los impulsa a marchar sin cesar, siempre adelante trabajando sin fin, siempre esperando, los adelantos se tocan, se enlazan, se alimentan mutuamente hasta formar esa cadena misteriosa que engarzan a las diferentes porciones de la gran familia humana con anillos de bien i de justicia.

«Una escuela ayer, un libro hoi, un teatro mañana, todo viene a servir a la obra de la ilustracion i moralizacion del pueblo; todo debe aprovecharse para llevar al a]

má

del obrero una idea que lo eleve, un ejemplo que lo haga mejor.

«Si en todos tiempos la altura a que se encuentra el pueblo sobre las pasiones i sobre la ignorancia, ha sido la única fuente de engrandecimiento verdadero para las naciones, lo es inmensamente mas para las repúblicas que asientan las bases de su prosperidad, de su poder, de su soberanía, de su existencia misma, en fin, sobre ese pueblo de cuya voluntad emanan las autoridades, de cuya virtud e ilustracion nace el progreso social.

«Si el tiempo pasado ha legado al presente inapreciables bienes, no todo está hecho; queda aun mucho que hacer.

«Si nuestra clase obrera es intelijente, desprendida, valiente en el campo del trabajo, le falta mucho para llamarse perfecta, para llegar a la cima en donde pueda sentarse a descansar sobre los laureles conquistados en la lucha de la vida.

«Mas, no volvamos, señores, los ojos para mirar sus estravíos, para analizar sus errores; dirijamos nuestras miradas al porvenir, haciendo en el presente todo lo que esté en nuestra mano para fomentar toda obra de adelanto, de progreso moral.

Si en Chile todos tenemos fundados motivos para enorgullecernos con la santa satisfaccion del deber cumplido; si en todas partes el arte i la ciencia han llevado a término verdaderos prodijios de esfuerzo i de constancia, si en el terreno de la industria hemos luchado con fruto hasta alcanzar la palma de la victoria; hai todavía muchas manchas que afean el cuadro de la prosperidad nacional, no pocos lunares que dejan conocer jérmenes de mal que es forzoso hacer morir en su misma simiente.

«Nuestra presencia en este lugar indica claramente, señores, que lo sabeis, lo lamentais i que os interesais por el progreso de toda empresa que venga a acercar el dia en que se borren esas manchas, en que desaparezcan esos lunares.

«Lo útil no constituye el todo en una sociedad. Lo agradable es tan necesario como lo útil.

«Tras las penosas faenas del taller, en pos de los sufrimientos del trabajo—que es la lei de la vida, la única fuente de puros i verdaderos goces—debe venir el descanso i el solaz a reanimar los cansados miembros, nuevo vigor al espíritu que saca fuerzas, emprender de nuevo la marcha, de la misma fatiga que momentáneamente lo postra.

«I si ésta es una verdad incontrovertible en todas circunstancias, lo es aun mas, si es posible, cuando se habla de nuestra clase obrera que, por lo jeneral, busca el descanso en el vicio que hastía, en la embriaguez que abate, en el crimen que envilece.

«¿Quereis señores, que el cuadro de la criminalidad no vaya, de año en año, en espantosa creciente?

«¿Quereis fomentar el prestijio de la virtud i del bien hasta hacerlos desempeñar el papel que hoi desempeñan el ojo de la policía que vijila, el brazo de la autoridad que castiga?

«¿Quereis hacer algo por apresurar la llegada del dia en que la represion ceda su puesto a la prevencion i en que ya no se espie al criminal, sino que se tienda la mano al que vacile?

«¿Lo quereis señores?

«Yo bien lo sé: son estas las aspiraciones de todos los que vivamente se interesan por la suerte de la clase obrera, en cuyo nombre hemos venido a celebrar esta fiesta, modesta por su forma, de inmensa trascendencia por su significado.

«Desde hoi, aquí en este mismo edificio, desde este proscenio vendrá la verdad, vestida con los galanos atavíos del arte, a hablar al rudo i al intelijente obrero, al de acrisolada honradez i al que se siente flaquear en el cumplimiento del deber, con ese lenguaje de persuasion misteriosa, que encuentra un oido atento en todas partes, un hogar cariñoso en todos los corazones.

«La idea de fundar un teatro para el pueblo estaba hace muchos años en la conciencia de todos. Hubo un celoso mandatario de esta provincia que hizo mucho por llevarla a término.

«¿Por qué no se ha realizado? ¿Por qué no ha sido un hecho hasta hoi?

«Las buenas ideas se abren, tarde o temprano forzosamente camino; si marchan muchas veces a paso lento, al fin llegan i entónces les es dado a todos aprovecharse de sus mas preciados dones.

«Hoi la fundacion de un teatro para el pueblo es una halagüeña realidad.

«¡Qué la tarea empezada continúe!

«¡Qué una clase obrera honrada, moral i laboriosa, no sea un distintivo de la capital, sino una peculiaridad comun a todos los pueblos de Chile!

«Si los empresarios alentados por la cooperacion de muchas personas amantes de la civilizacion del pueblo han puesto su hombro a esta ardua tarea ¿les negareis, señores, vuestro concurso?

«Hé aquí una mision de paz, de vida, de salvacion, en que todos debemos tomar parte en la medida i alcance de nuestras fuerzas.

«Fomentar el amor al estudio; abrir un nuevo campo a la literatura nacional; crear un proscenio para nuestros vates; nutrir con sanas ideas i elevados principios el flexible corazon del pueblo que obedece insensiblemente a la verdad que hiere sus sentidos; fortificarlo en las horas de duda i desaliento con el ejemplo de la virtud que lucha i vence; hé aquí, señores lo que importa el sostenimiento de este teatro, edificado para el pueblo obrero.

«Sea ono el teatro escuela de costumbres, o simplemente un pasatiempo necesario paro restaurar las fuerzas que consume el trabajo, es innegable su influencia como medio de civilizacion i de cultura para la familia, que vendrá aquí a disfrutar de los elevados goces que proporciona el que, al tomar la pluma, se dice con Horacio: «Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes i puras.»

«I hé aquí una nueva ventaja, una brillante esperanza que nos dice que este teatro vendrá a servir a los intereses del hogar, cuyos vínculos estrechará, cuyas amargas horas podrá endulzar.

«Pero yo no debo estenderme mas, pues todo esto lo habeis tomado en cuenta al estender vuestra mano protectora a los que os pedian dinero para repartirlo al pueblo convertido en frutos de bendicion i de vida.

«Para los que mirando a Dios en primer término, como el modelo de perfeccion, buscan los medios de acercar hasta él la humanidad, no puede ser indiferente—digo mal—debe ser una obligacion imperiosa patrocinar una empresa de este jénero.

«Recordaros este deber: hé aquí lo único que he venido a hacer.

«Cuando la imajinacion, separándose del mundo en que vivimos, busca una atmósfera mejor para respirar libremente, se deleita soñando en el engrandecimiento de la patria por la moralidad i la educacion de sus hijos.

«¡Hagamos, señores, realidad esos venturosos sueños del alma!

«¡Lancémosnos en brazos de la esperanza que de las dificultades hace nacer la fé en un mas allá mejor que este presente, i cuyo lema es el entusiasta *excelsior*.

«¡Robustecer la libertad de que gozamos, dirijir al bien las fuerzas del pueblo, inspirarle ideas elevadas, tales deben ser las aspiraciones de los que se preocupan seriamente de la ventura de la patria.

«I cuando, en dias no mui lejanos, mediante vuestra jenerosa proteccion nos reunamos aquí mismo para observar de cerca lo que ha hecho el pequeño sacrificio que os habeis impuesto i podamos recojer los frutos de intelijencia i de virtud arrebatados, a viva fuerza al vicio i a la ignorancia, podremos esclamar:

«¡Honor a la virtud que purifica!

«¡Honor al arte que eleva!»

A SANTA ROSA DE LIMA.

Veni electa mea, et ponam in te thronum meum.

I.

Oh Rosa del Perú, que hoi mas fragante,
Mas lozana, mas bella i adorada,
A los prados eternos trasplantada
Eres gala brillante
Del celeste Pastor i Esposo amante!

II.

Hija del sol, que con el sol vestida,
Puesta en la luna tu divina planta,
Eres hoi en los cielos rejia santa,
Compañera i querida
De la Madre de Dios i su elejida!

III.

No desoigas la súplica afectuosa
Que con labios de hermano te dirijo;
I como hermano tu socorro exijo,
Pues tu cuna dichosa
Es la mia tambien, Virjen gloriosa.

IV.

Aquí está la mansion donde naciste,
Aquí el huerto aun está que cultivaste,
La cruz a cuyo pié te prosternaste

I penitencia hiciste:
Aquí tu altar i tu sepulcro existe.

V.

Aquí veo tu imájen venerada
Conducir entre aromas i entre flores
Al tierno son de armónicos loores
En que tu amor demanda
Gozoso el pueblo que acompaña el anda.

VI.

I te aclaman su gloria i su Patrona
I estrepitosa zumba la campana
Desde que asoma la jentil mañana
Que tu nombre pregona
Dando de rosas a tu sien corona,

VII.

No niegues pues a tu nativo suelo
Una pia mirada, alma doncella;
Que tú su dicha aumentarás con ella,
I su amargura i duelo
Harás que evite compasivo el cielo.

VIII.

Ante tu dulce majestad postrado
Santa terneza el corazon me inunda,
Místico gozo i bendicion fecunda;
O bien, entusiasmado,
A tu altura me siento arrebatado.

IX.

Ah! cuán digna es la aureóla de esplendores
Que tu semblante trasparenta i vela!
¡Cuán puro el rayo que en tus ojos riela!
No tan bellos fulgores
Ostentó el Paraiso en sus albores.

X.

¿I qué lengua podrá cuando acendrada
Te remontabas al confin supremo.
Describir nunca del imperio eterno
A la milicia armada
Para esplendor de tu triunfal entrada?

XI.

Las arpas todas del etereo coro
Con inmensa delicia resonaron,
Con mas luz las estrellas rutilaron
En sus esferas de oro
I Dios mismo entonó canto sonoro.

XII.

Premio debido a tu virtud triunfante,
La palma de Salem vibró tu mano,
Pues vencedora del error humano
A su orgullo arrogante
Le supiste imponer yugo constante.

XIII.

I desprendida del terreno lodo,
Con que un dia mancharon tus cabellos,
Arrojaste de tí sus rizos bellos
I de admirable modo
Tu austera vida se privó de todo. (1)

XIV.

Estricto ayuno i hórrido cilicio
Atormentó tu cuerpo delicado,
I tu espíritu al bien predestinado
Entre tanto suplicio
Doplicado cumplia su ejercicio.

XV.

¡Oh! dichosa ciudad, tiempo dichoso,
I dichoso el mortal que contemplara
A la sierva de Dios, la sierva cara,
Que andaba sin reposo
Vertiendo a mares su fervor piadoso!

XVI.

I pan al pobre, alivio al afijido,
Luz al impio i al enfermo cura,
Do quiera dando la Heroina pura
De si propia en olvido,
Se halló un trono en el cielo prevenido.

XVII.

Por tí mi mente se lanzó a la cumbre
Donde la gloria sempiterna gozas
i con tu faz bellísima alborozas
La alada muchedumbre
De querubes que brillan con tu lumbre.

XVIII.

Solamente por tí miro cambiarse
Mi depravado ser i mis delitos

(1) Siendo niña Santa Rosa, jugaba un dia con uno de sus hermanos i éste le arrojó lodo a los cabellos; quejándose ella, el muchacho le dijo que los cabellos eran redes para cautivar a los hombres. Santa Rosa se los cortó en el instante, i ofreciéndoselos a Dios, juró guardar perpétua virjinidad.

Reconozco tan graves e infinitos,
Que mi alma al angustiarse
Ante el Sumo Señor no osa elevarse.

XIX.

Por eso, ¡oh Rosa! tu favor requiero
I tu sagrada intercesion imploro
Bañado el rostro en penitente lloro;
Tú a Jehová severo
Cuenta mis culpas i el perdon que espero.

CONSTANTINO CARRASCO.

DON BARTOLOMÉ RODRIGO GONZALEZ MARMOLEJO, PRIMER OBISPO DE SANTIAGO.

Apuntes para su biografía, sacados de las historias i documentos contemporáneos.

1489 i 1563.

I.

Los conquistadores españoles del Nuevo Mundo tenian siempre por compañeros en sus espediciones a los sacerdotes que debian propagar el Evanjelio en los reinos que habian de poner bajo el dominio de sus monarcas. En sus conquistas, si un dia resonaba en los oidos del desgraciado indíjena el estampido del cañon que hacia estragos en los escuadrones de los suyos, se hacia tambien mui pronto sentir la voz del ministro de la verdad que con tiernas palabras iba a mitigar sus penas.

Al alzar Pedro Valdivia la bandera espedicionaria para conquistar el pais abandonado por Almagro, cuatro sacerdotes se plegaron a ella, dispuestos a arrostrar toda clase de peligros para llevar la luz de la fé a los naturales que éste iba a subyugar. Mas sobresalia uno entre ellos, uno que por su ciencia i virtudes estaba destinado a ser el primer padre i pastor de la iglesia chilena. Era este don Bartolomé Rodrigo Gonzalez de Marmolejo.

II.

Constantina, pueblo antiguo, aunque pequeño de la diócesis de Sevilla fué el lugar de su orijen (1). Está situado al pié de las montañas de Sierra Morena en un valle delicioso i abundante de frutos.

Nacido don Rodrigo de una noble i piadosa familia, se dedicó como su hermano D. Diego que fué mas tarde dean de Sevilla a la carrera eclesiástica. La universidad de Salamanca, tan célebre en el siglo XVI, lo contó entre sus alumnos. Cursó en ella los estudios propios del estado a que aspiraba, llegando a obtener el grado de bachiller con que se le nombra en los documentos antiguos.

Ordenado de sacerdote, pasó al Perú donde trabajó mucho por la conversion de los naturales.

III.

Al emprender Valdivia la conquista de Chile, el señor Gonzalez Marmolejo acababa apénas de volver de una molesta i peligrosa jornada que hizo con Pedro de Candia a la provincia habitada por los indios chunchos; pero ni el mal resultado de esta espedicion que costó la vida de muchos, ni la dificultad i trabajos de la que se preparaba fueron capaces de detenerlo.

Mucho tuvieron qñe sufrir los españoles en el viaje, especialmente en el trayecto del desierto de Atacama. Una vez que hubieron llegado a Copiapó, Valdivia tomó posesion del suelo chileno a nombre del emperador. Mas a esta ceremonia quiso acompañar otra relijiosa i mui significativa: la de la ereccion en el mismo suelo del símbolo del cristianismo que por medio de los sacerdotes iba a propagar. El cronista Mariño de Lovera nos refiere el modo como tuvo esto lugar. «Se subió, dice de Valdivia, en una huaca i allí mandó se pusiese una cruz grande bien labrada ante la cual se puso de rodillas con todos los suyos adorándola humildemente, i convidando a los indios a hacer lo mismo, como lo hicieron» (2).

No sin resistencia avanzaron los castellanos hasta el valle del Mapocho, i fundaron en la ribera del rio de su nombre la ciudad

(1) Afirman varios historiadores que era orijinario de Carmona; pero su contemporáneo Pedro de Valdivia, en carta al emperador de 15 de octubre de 1550, i Mariño de Lovera en su *Crónica del reino de Chile*, libro 1.°, capítulo 8 sostienen era de Constantina.

(2) Mariño de Lovera. *Crónica del reino de Chile*, libro 1.°, capítulo 8.°

de Santiago. Doce de febrero de 1541, era este dia memorable.

IV.

Durante esos primeros años que siguieron a la fundacion de Santiago el señor Gonzalez Marmolejo prestó como párroco importantes servicios a los conquistadores. Bastante necesidad tenian de los consuelos de la relijion los que léjos de su patria i rodeados de millares de enemigos esperimentaban toda clase de privaciones.

Trascurridos cinco años despues de la salida de Valdivia del Perú el Ilmo. Sr. D. Juan Solano, obispo del Cuzco, deseando subvenir a las necesidades espirituales de la colonia chilena, sujeta entónces a su autoridad, nombró al párroco de Santiago Vicario Foráneo (4 de mayo de 1546). Mas tarde amplió aun mas sus facultades invistiéndolo del cargo de Vicario jeneral de toda la provincias de Chile (3).

Habiéndose erijido en 1552 una sede episcopal en Chuquisaca, hoi Sucre, Chile que por su posicion topográfica debia formar parte del nuevo obispado quedó sujeto a su jurisdiccion. En consecuencia el primer obispo Frai Tomas de San Martin confirmó al señor Gonzalez Marmolejo en el cargo de Vicario jeneral que le habia conferido el obispo del Cuzco.

V.

Mas el título i funciones propias de una parroquia no correspondian ya a Santiago. En la capital de la nueva provincia se hacia necesaria la creacion de un obispado. Por fortuna, no era difícil la eleccion de la persona que habia de ser elevada a la dignidad de primer pastor de la iglesia de Chile. El señor Gonzalez Marmolejo por sus méritos e intelijencia estaba llamado a ocupar este delicado puesto.

Pedro de Valdivia en la carta que dirijió a Cárlos V desde Concepcion a 15 de octubre de 1550, nos ha dejado recuerdos preciosos de su virtudes, trazándonos la figura del sacerdote laborioso, humilde i celoso de la gloria de Dios i de la salvacion de las almas.

Consigna en ella un hecho que nos muestra no habia cosa alguna capaz de detener su infatigable celo. «Por mas servir, dice, i ver como estaban las ovejas que él habia administrado cuando vino a là poblacion e conquista de esta ciudad de la Concepcion, habiéndole dejado por su ancianidad en la ciudad de Santiago, se metió a la ventura en un pequeño bajel e vino aquí a nos animar i refocilar a todos en el amor e servicio de nuestro Dios; i hecha esta romería dió la vuelta a la dicha ciudad a hacer en ella su oficio.»

Hablando un escritor del siglo XVI de las tropelías de los conquistadores, se espresa así: «Verdaderamente todas las veces que me vienen a las manos semejantes hazañas que escribir me parece que esta jente que conquista a Chile por la mayor parte de ellas tenia tomado el estanco de las maldades, desafueros, ingratitudes, bajezas i exorbitancias.»

Ministro de la caridad el señor Gonzalez Marmolejo tuvo que luchar contra la codicia i crueldad de los soldados inspirándoles sentimientos de humanidad. El cronista contemporáneo Mariño de Lovera refiere de él que, al continuar Valdivia su viaje de conquista al sur, fundada ya la Imperial, hizo un sermon al ejército al tiempo de la partida donde intimó mucho de cuanto servicio de Dios sea el acudir a propagar la santa fé católica, entre infieles, i ayudar a la conversion de sus almas haciéndose con las debidas circunstancias, i evitando agravios (4.)»

Su caridad i celo apostólicos le atrajeron el aprecio i estimacion de todos. Así cuando intentó en 1550 volver a España, el pueblo de Santiago que le profesaba un tierno cariño se echó a sus piés rogándole con lágrimas no lo dejara, haciéndole ver su ancianidad i los trabajos del camino. Movido probablemente por los ruegos de tantos hijos, como buen padre, cedió a sus súplicas abandonando el viaje que iba a separarlo de ellos (5).

VI.

Valdivia, fiel apreciador de los méritos del sacerdote ejemplar que lo habia acompañado desde el Perú, rogó encarecidamente a Cárlos V lo propusiera a Su Santidad para el obispado de Santiago, dignidad a que él estaba mui distante de aspirar. Cita entónces en su carta al emperador el

(3) *Libro Becerro*, actas del 14 de diciembre de 1547 i del dos de octubre de 1549.

(4) *Crónica del reino de Chile* libro 1.°, cap. 35.

(5) Carta citada de Pedro Valdivia.

testo del Apóstol sobre el episcopado: *Qui episcopatum desiderat bonum opus desiderat*; pero agrega con enerjia: «Doi mi fé i palabra a V. M. que sé yo que no lo ama.»

Felipe II que sucedió a Cárlos en el trono de España vino llenando los deseos del desgraciado Valdivia (6).

Debian trascurrir sinembargo algunos años para que fuera confirmado por el Sumo Pontifice. No tuvo esto lugar sino en el consistorio de 17 de marzo de 1561 en que Pio IV erijió la diócesis de Santiago haciéndola sufragánea de la de Lima.

Espedidas en Roma las bulas, el monarca español, a 10 de febrero del siguiente año, ordenaba a las autoridades de Chile dieran al nuevo obispo la posesion de su iglesia.

VII.

Pio IV elijiendo al señor Gonzalez Marmolejo para el obispado de Santiago cumplia un vivo deseo del pueblo de la capital que recibió con júbilo la noticia. Llegado el dia designado para la toma de posesion de la diócesis (18 de julio de 1563) acudió éste presuroso a la iglesia mayor: concurrieron tambien a ella el teniente jeneral de gobernador, el cabildo i algunos miembros del clero. Dicha la misa mayor se dió principio a la ceremonia. El presbítero don Francisco Jimenez, comisionado al efecto por el nuevo obispo presentó la cédula real i las letras apostólicas de que se ha hecho mencion i la aceptacion que hacia de ellas el nombrado. Dadas por parte del cabildo muestras de adhesion i obediencia al rei i al Papa, el teniente jeneral de gobernador tomó por la mano, dice el acta levantada por el escribano, al dicho Francisco Jimenez i lo llevó al coro de la dicha iglesia i lo asentó en una silla que allí en medio de dicho coro estaba en lugar donde en las iglesias catedrales se suelen asentar los obispos i dijo que por sí i en nombre de toda esta ciudad i su diócesis recibia i recibió por su obispo e prelado al dicho obispo don Rodrigo Gonzalez.» El señor Jimenez dijo a su vez que tomaba en su nombre la posesion de su iglesia i obispado; en signo de la cual ese levantó de la dicha silla i derramó cierta cantidad de oro en granos en el dicho coro i se paseó por la dicha iglesia i echó fuera de ella algunas personas de las que dentro estaban e cerró las puertas de la dicha iglesia e las tornó a abrir pacíficamente sin contradiccion de persona alguna.» (7) Con esto se dió por terminada esta curiosa ceremonia.

VIII.

Por una de las bulas, habia concedido el Sumo Pontifice licencia al nuevo obispo para que fuera consagrado por el arzobispo de Lima, del que habia de ser sufragáneo; pero no llegó esto a realizarse (8). El señor Gonzalez Marmolejo tenia entónces como 74 años de edad: el trabajo i los sufrimientes de una vida tan prolongada habian concluido su naturaleza aunque fuerte i robusta. De consiguiente el mismo año (1563) los antiguos conquistadores tuvieron que llorar la pérdida de un fiel amigo i consejero: Chile i en especial el pueblo de la capital lamentó la de su padre i pastor.

A su muerte, Santiago simple parroquia del Cuzco en un principio, vicaría jeneral en seguida del mismo obispado i mas tarde del de Chuquisaca acababa de ser a los 22 años de su fundacion elevada al rango de ciudad episcopal. Tres siglos despues constituido Chile en Estado independiente habia de llegar a formar una provincia eclesiástica, debiendo ser la iglesia de Santiago la metropolitana de la antigua diócesis de Concepcion i de otras que debian erijirse en el territorio chileno.

O. S.

(6) La resolucion real fué comunicada al señor Gonzalez Marmolejo, como consta por una razon de los diezmos de Chile que remitió a España en 1558 la que está firmada de esta manera: *D. R. Gonzalez electo.*

(7) Acta de la toma de posesion de la diócesis de Santiago por su primer obispo, publicada en el *Boletin eclesiástico* del Arzobispado, tomo 4.°, pájina 374 i siguientes.

(8) El historiador Carvallo sostiene que el señor Gonzalez Marmolejo fué a consagrarse al Cuzco. (*Descripcion histórico-jeográfica del reino de Chile*, parte 1.ª, libro 2.°, cap. 20, nota 22). Aun suponiendo que hubiera sido concedida en el Perú en 1563, la bula espedida por Pio IV el año anterior por la que concedia que en adelante pudieran ser consagrados los obispos en América por un obispo asistido por dos dignidades no podia haberse verificado la consagracion, pues que el obispado del Cuzco estaba entónces vacante, como tambien el de Lima i de Chuquisaca.

BAZAR

EN FAVOR DEL SANTO PADRE.

La verdadera grandeza tiene el privilejio de conmover el mundo. Hai un sentimiento que recorre la tierra de uno al otro polo i que en las rejiones mas apartadas se traduce en elocuentes manifestaciones, en himnos de amor, en plegarias, en sacrificios.

En estos dias en que los tronos se derrumban i los falsos colosos levantados por la ambicion caen de sus pedestales entre las befas i los silbidos de los que ayer los insensaban, hai un solo hombre cuyo infortunio le atrae mayor respeto, le conquista adhesiones mas i mas ardientes cada dia.

Este hombre es Pio IX.

Basta pronunciar su nombre para que los que admiran la verdadera grandeza inclinen su frente delante del anciano coronado por la aureola del martirio.

Sus dolores recorren el mundo, sus esperanzas son las de millones de almas que con él aman i esperan, su duelo es el duelo de la tierra.

Al saber que Pio IX es casi un prisionero la Francia olvida las heridas que desgarran su seno, la Béljica, la Alemania, la América, el mundo todo se estremecen i palpitan como ajitados por un mismo impulso.

Porque el anciano que padece en Roma es el representante i el maestro de la verdad en la tierra i su cautiverio i su martirio son el de todos los que creen i adoran al mismo Dios que en los rejiones mas apartadas i salvajes tiene altares i adoracion.

∴

Este sentimiento ha dado entre nosotros espontáneas i ardientes muestras de lo profundamente encarnado que está en nuestros corazones.

La indignacion de las conciencias por los hechos consumados en Roma contra el Vicario de Cristo se hizo oir desde la primera hora i los sacrílegos atentados del rei de Italia fueron reprobados aquí como lo han sido en lo restante del mundo.

A ese primer grito de indignacion i dolor han seguido otras manifestaciones no ménos satisfactorias para el espíritu católico; i entre ellas no es la menor la que ahora hacen algunas de nuestras damas, abriendo un bazar, cuyos productos serán enviados a Roma para socorrer la augusta pobreza del Padre de los fieles.

El bazar en favor del Santo Padre se abrió el juéves pasado encontrando en su primera hora la acojida mas favorable.

Estrecho era el lugar para contener la jente que habia acudido a solemnizar su apertura. Parecia que aquel salon lleno de obras de artes i bordados primorosos, dones todos de la piedad, era un lugar de cita para todos los católicos.

Así era la verdad ¿i quién se negaria a acudir a una cita tan llena de encantos? ¿quién no querrá participar en una obra llevada a cabo con tanto desvelo i amor por damas que por sus virtudes i los diarios sacrificios que hacen por el bien son el orgullo de nuestra sociedad?

∴

El *Bazar* sigue cada dia mas visitado i recompensará con creces las tareas de sus amables organizadoras.

Al llamar sobre él la atencion lo hacemos, no para conquistarle simpatías que no necesita, sino para dejar consignado su recuerdo en las columnas de *La Estrella de Chile* cuyos favorecedores aman tanto la venerable personalidad de Pio IX.

∴

Un recuerdo para terminar.

Cuando por vez primera se ocupó la prensa de la organizacion de este Bazar un diario anti-católico le auguraba mal éxito i aun reprendia a las personas que habian concebido la idea porque no destinaban su producto al socorro de

los hospitales i otras necesidades de la clase pobre.

Entónces con maliciosa oportunidad uno de nuestros amigos recordó a esos hipócritas de la caridad el pasaje de Júdas, que censuraba a la Magdalena por haber unjido con preciosos aromas los piés i los cabellos del Salvador.

Era la mejor respuesta que podia darse a un reproche tan ridículo e hipróerita.

Las dignas señoras que ahora piden socorros para el Padre de la cristiandad, recorren diariamente nuestras calles pidiéndolos para el pobre, enseñando al niño i buscando la casa de los proletarios i de los enfermos.

Hijas de la caridad saben, mejor que los filántropos, que esta sublime virtud es múltiple hasta no mas en sus manifetaciones, i acuden a todas partes donde se necesita una limosna o una palabra de consuelo.

Antes de arrojarles solapados reproches u ofrecerles consejos que ellas no necesitan, el periodista aludido debió indagar los bienes qué a ellas deben los pobres que las conocen ya demasiado por los beneficios que sobre ellos derraman continuamente.

GUACOLDA.

I.

Allá en la selva sombría
Orrisono jime el viento
I rayos abrasadores
Se desgajan de los cielos;

En las cavernas lejanas
Van a retumbar los truenos
I estremecen furibundos
Los montes en su cimiento;

Cae a torrentes la lluvia
I con espantoso estruendo
Va a azotar el negro muro
De un aislado castillejo,

Que en territorio araucano,
Como un avanzado puesto
Alzó la hueste española
Sobre la cumbre de un cerro.

En su interior esa noche
Dentro de un salon estrecho,
A la luz de roja llama
Se disputan seis guerreros

El derecho de quitar
La vida a un indio indefenso,
Que en oscuro calabozo
Yace infeliz prisionero.

¡Así aquella soldadesca
Oscurecia los hechos
De inmensa gloria i de fama
Que otros de sus compañeros,

En los campos de batalla
La vida cara esponiendo,
Ganaban con noble arrojo
I con denodado empeño!....

Al fin le cupo al azar
Aquel horrible derecho
Al cruel García, soldado
El mas inicuo i perverso;

En su corazon no habia
El mas mínimo respeto
Por la virtud, ni al honor
Rindió nunca acatamiento.

Pasó la negra borrasca
I apénas lució en el cielo
El primer rayo de luz
Nuncio de apacible tiempo,

Cuando el fortin ya se vió
Rodeado por cerco estrecho
De cien relucientes lanzas
Del araucano ejército:

Al silencio majestuoso
Siguió un vocerío inmenso,
Que pedia al español
Al infeliz prisionero:

—«Venga Millopal, gritaban,
Sano i salvo entre los nuestros
O bien pronto aquesos muros
Os aplastarán ardiendo.»

I ántes de concluir la frase,
García el feroz guerrero

Desde lo alto de una almena
Arrojó un cadáver yerto!....

Grito salvaje de horror
Resonó bravio, inmenso....
I por los montes i valles
Lo repitieron los ecos.

De aquel sitio abominable
Talco i sus huestes huyeron
Llevando de Millopal
Aquel despojo sangriento....

¡Temed, temed, españoles!....
No durmais en vuestros lechos;
Siempre empuñada la espada
Velad alerta en el puesto!....

Del enojo adormecido
No os fies, soldados; que artero
De toldo, en toldo va Talco
Los ánimos conmoviendo;

I allá en recóndito valle
Bajo alersales inmensos
Aliado con cien caciques
Espera que huya el invierno.

II.

En las riberas del mar,
Sobre una roca elevada,
Tendido al viento el cabello,
Asi, una jóven indiana

En doloridos lamentos,
Que repiten las montañas,
Loca de dolor jemia
I del cielo se quejaba:

—¡¡Oh tu Millopal ingrato,
Vuelve a tu Guacolda amada
I no destroces tirano
El fondo de mis entrañas!....

¡Oh, no huyas de la mar
A habitar la honda risada
I abrazar torna risueño
A la que tanto te ama!....

Una tras otra la aurora
Me sorprende en la montaña,
I sus nacarados tintes
Ya no enajenan mi alma.

Recorro en vano la selva,
La ribera solitaria
I nadie, triste de mi,....
Escucha mi voz aciaga!....

Este funesto dolor,
Que ya mi cabeza abrasa
Es negro como esas nubes
Que sobre mí se abalanzan!....

Ai! mi pecho se consume,
Como si la ardiente lava
De los volcanes del Andes
En mi interior se posara!....

I se ajita como el mar,
Cuya inmensa marejada
Con espantoso bramido
Viene a salpicar mis plantas.

Ayer no mas tan ufano
Tendido en la verde grama
Con aromáticas flores
Mis cabellos adornabas;

Ayer no mas, del cristiano
Vencedor en las batallas
De inmenso botin cargado
Volvias a tu cabaña

¡I todo fué solo un sueño!...
¡Huyó la dicha preciada,
Sumerjiendo en negra noche,
De esta infeliz la esperanza!

Pero...¡respóndeme, ingrato,
¡Oye mi súplica amarga!...
Dime, donde estás ¿escuchas?...
¡Oh! tu silencio me mata....

¡Talco! Talco!...padre mio!...
¡Venga, a tu hija idolatrada!
El cristiano aborrecido
Destruyó mi dulce calma...

El me robó de un esposo
Aquellas caricias castas;
El convirtió en triste huérfano
La prenda de mis entrañas!...

Dijo i la doliente jóven
Se precipitó en las aguas
Del mar, cuyas negras olas
Fueron su tumba ignorada.

III.

No habia pasado un mes
Cuando ya era inmensa hoguera

La ciudad de la Imperial
Por sus baluartes soberbia:

El confuso clamoreo,
El caer de las iglesias,
Los ayes de los heridos
I el silbido de las flechas,

Todo contristaba el alma;
I aquella horrible refriega
Estaba por Dios resuelto
Que fuera a España funesta.

La sangre corrió a torrentes
I por las calles estrechas,
Sobre monton de cadáveres
El indio avanza i pelea.

Despues de largo combate
Aquella ciudad tan bella,
Con sus palacios, sus torres
Era un monton de pavesas!...

El vencedor Paillamacu,
A un anciano que a su diestra
Cabizbajo iba a su lado
Habló de aquesta manera:

—«Anciano Talco, ya estás
Satisfecho de la guerra?»
—«Si, contestó, que en García
Empleé mi primera flecha!...

Yo le ví en su propia sangre
Caer bañado i contenta
La sombra de mi Guacolda
Sonreirme en la refriega.

¡Ya estoi vengado! volvamos
A nuestras casas desiertas,
Que humillados los cristianos
No volverán a esta tierra!»

David Barl.

1871.

MEDIA NOCHE.

(Continuacion.)

Algunas luces arden en el altar del Señor. El incienso, en espesas columnas, sube hasta las bóvedas del templo. El órgano deja oir sus armonías.

Arrodillémonos.

¡Oh! qué dulce paz, qué agradable bienestar se goza en este lugar! Ya se vé, este es el albergue de la virtud i de la inocencia. Es aquí, en el silencio i la soledad, donde habla el Señor al alma que lo busca i llama. Es aquí, donde el afligido encuentra un consuelo, el enfermo su remedio, el pecador el perdon. Es aquí, al pié del tabernáculo, donde se olvidan las penas i amarguras de la vida i donde el corazon lacerado, se llena de valor i de enerjía, para soportar con resignacion las contrariedades, i salir vencedor en las incesantes luchas del mundo. Llegad pues, todos los que padeceis i os encontrais agobiados, aquí está el Señor, él os consolará.

Unamos nuestras voces al celeste coro de las santas vírjenes, que álaban i enzalzan las bondades i las misericordias del Señor.

Cubiertas con negro manto i albas tocas, van entrando unas en pos de otras i humildes i reverentes se postran al pié de las aras.

Almas puras, almas escojidas, rogad al Eterno, elevad vuestras plegarias al cielo.

Dios escucha la oracion de una alma inocente i tambien perdona al pecador arrepentido.

Rogad por ellos; vuestra oracion llegará hasta el excelso trono.

Rogad por los que sufren en el lecho del dolor o bajo el peso de la miseria.

Rogad por el hombre de bien así como por el malvado.

Rogad por el estraviado viajero i por el perdido navegante.

Rogad, en fin, por todos; vuestra oracion es santa, Dios la escuchará.

Profundo respeto, solemne silencio reina en el sagrado santuario. La melancólica luz del altar dibuja en las paredes, vaporosas sombras, que se alejan, se acercan, se estrechan, se disipan. El mármol de algunas tumbas funerarias brilla con místico fulgor. Dentro de esas urnas descansan en plácida quietud, talvez amigos, quizas una hermana o una esposa querida, quizas los que nos dieron el ser.

¡Duermen!

No turbemos su reposo.

Sombras queridas de los que descansais aquí, unid vuestras súplicas a las de esas

vírjenes que oran por sus hermanos. Llevad vosotros esas plegarias i presentadlas a los piés del trono de Dios.

¡Silencio! nuestros padres duermen; no perturbemos su sueño.

¡Callad! que las vírjenes ofrecen al cielo su sacrificio, sacrificio de espiacion.

¡Salgamos! que esta casa es santa, es la casa del Señor.

***

Un jóven, con lentos i mesurados pasos, va i viene por la vereda de una calle. Su mirada está fija en una ventana. La lluvia cae a torrentes, pero él no hace caso de la tempestad; todo su ser está pendiente de las vidrieras que continúan cerradas.

—¡Me mata la impaciencia! dice; las doce han dado, era la hora convenida; he dado la señal i....¡nada! la luz no aparece. ¡Qué tormento!....por fin!

La ventana se ha entreabierto i una mano tímida i temblorosa coloca una linterna i luego la retira.

—¡Es ella!—esclama el jóven loco de alegría.—¡Amelia!

—¡Chit! Elías, no seas imprudente.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Creí que no venias, está la noche tan tempestuosa.

—¡No venir, cuando tú me esperabas! No venir, cuando sin tí no puedo vivir, cuando....

—Habla mas despacio.

—Qué hermosa estás, Amelia. ¡Oh! deja que te contemple, deja que busque en tus ojos, la luz que ahuyenta i disipa las tinieblas que rodean mi existencia, esa luz vivificadora que trae el consuelo a mi alma i la dicha al corazon. ¡Si supieras cuánto he sufrido! Si supieras cuán largos i eternos se me han hecho estos dias que he estado separado de tí!....

—Yo tambien he sufrido, Elías, yo tambien he contado una por una las horas i los inacabables dias. Desde que tú te ausentaste, todas las mañanas, cada vez que el sol se levantaba sobre esa blanca cordillera, ansiosa buscaba en sus rayos luminosos, algo que me indicase el punto donde tú te encontrabas, algo que me revelase si tú estabas bueno, si sufrias, si pensabas en mí. ¡Ah! el sol nada me respondia i triste i lúgubre continuaba su carrera. Consultaba entónces al viento, a la luna, a las estrellas....¡Elías! todos permanecian mudos. Desesperada, corria entónces aquí, a esta misma ventana donde tantas veces tú me habias renovado las promesas de tu amor i aquí, aflijida i sola, devoraba en silencio mis lágrimas i mis suspiros.

—Vuelve a repetirme lo que has dicho, Amelia; vuelva yo a escuchar tus quejas, esas quejas que resuenan a mis oidos con mas dulzura que la mas dulce cancion. Ahora, tú me acabas de hacer olvidar penas i sinsabores sin cuento; tus palabras acaban de hacer renacer en mi pecho la esperanza i la alegría. ¡Soi feliz, mi Amelia, soi feliz!

—¿Te has acordado siempre de mí?

—A todas horas. Creeme, Amelia, aunque separado de tí i léjos, mui léjos de tu lado, ni un solo instante he dejado de pensar en tí, de hablar contigo i de acariciar tu memoria. Yo te veia, Amelia, en mis sueños, en todas partes; tu nombre lo escuchaba a cada paso: en la fuente que murmuraba, en los árboles que se mecian, en las aves que gorjeaban; ¡oh! Amelia, tú eres el alma de mi alma, por eso es que cuando no te veo, yo vivo muriendo. Sin tí, la vida no tiene para mi encanto alguno, todo me cansa, nada me halaga, todo me fastidia.

—¿Es decir que siempre me amas?

—Con delirio, Amelia, con delirio. Dame esa flor que tienes en tu seno.

—Es una rosa, ¿la quieres?

—Sí.

Los labios de Amelia se posan en la flor i esta cae a los piés de su amante. Elías la recoje, la besa una i mil veces.

—Amelia, esclama, colocando la flor al lado de su corazon, tu nombre, tu recuerdo, tu imájen están grabados aquí.

—Elías!....

—Esta flor, emblema de tu belleza, emblema de nuestro amor, la guardaré siempre. Si algun dia, no te ofendas, ángel mio, si algun dia me llegas a olvidar....

—¡Jamas! no digas eso, calla por favor!

—Las flores son frájiles, Amelia, el menor viento, el menor soplo las marchita i deshoja sin piedad; ellas se mecen sobre sus tallos, se mueven i cambian con rapidez.

—Es verdad, Elías; pero cuando esas flores se dan en prenda de un amor que hace el embeleso de nuestra vida i que es el todo de nuestra existencia, entónces, Elías, en-

tónces ¿crees tú que puedan cambiar esas flores? ¿crees tú que, no digo los huracanes, pero ni aun las mas horribles tempestades, sean capaces de desarraigar o de marchitar esas flores?....

—¡Tienes razon, Amelia, tienes razon; perdóname!

—¡Ah! creo sentir pasos.

—¿Te vas?

—Temo me vean....¡adios!

—Dime al ménos, que me amas, que me amarás siempre.

—¡Sí, eternamente!

En este momento, Amelia se inclina hácia la reja de la ventana. La luz del reverbero vecino da de lleno sobre ella, sus sueltos cabellos cubren sus espaldas, la sangre se agolpa a sus mejillas.

—Elias, dice, con una espresion de marcada firmeza, Elias, me has hablado de las flores, me has dicho que ellas cambian i que la flor es la imájen de la mujer...pues yo te digo, Elias: los hombres son inconstantes; si tú eres como ellos, si alguna vez llegas a olvidarme....ese mismo dia...Dime ¿no divisas desde aquí un campanario, allá a lo léjos?

—¿Qué me quieres decir?

—Ahí está el cementerio.

—¿I bien?

—Sobre una fria losa podrás leer entónces un nombre, un solo nombre.....ese será el mio, el de tu Amelia....¡adios!

La vidriera se cierra con lijereza. Elias se queda mudo, inmóvil, clavado, por decirlo así, delante de la ventana.

La lluvia sigue cayendo con fuerza; la oscuridad es intensa; la luz de los reverberos se refleja en las piedras mojadas de la calle i en los pantanos, donde mil burbujitas bailan, corren, vuelven, brillan; aparecen, se deshacen. El silencio es profundo, solo se oye el estrépito de la lluvia i de los gruesos chorros que caen de los altos techos.

Elias da una última mirada a la ventana; tras las cortinas pasa una sombra; la sombra permanece algunos instantes dibujada en el blanco lienzo.

—¡Amelia! murmura en voz baja i entrecortada.

La luz se estingue insensiblemente, o insensiblemente la sombra se pierde i desaparece.

(Concluirá.)

Ruperto Marchant Pereira.

LA SUPRESION DE DIOS.

La verdad es amarga. I ninguna sin disputa entre las verdades mas amarga que la existencia de un Dios justiciero i omnipotente.

Un Dios que veda lo que ansia el depravado corazon, que condena lo que malamente amamos, que vijila con ojo penetrante hasta los mas recónditos pensamientos del alma, un Dios que se hace sentir en cada instante de la vida, cuya idea cae como una gota de acíbar en la copa de las delicias es cierta e indiscutablemente un Dios incómodo.

Como le incomoda, el hombre quiere suprimir a Dios.

I cree que negándolo i olvidándolo lo suprime.

¡Locura i ceguedad humana!

Apesar de la negacion i apesar del olvido de los hombres, apesar del afan de desterrar a Dios de todas partes, Dios no por eso deja de existir soberanamente en todas.

Miéntras el impío se engaña a sí mismo diciéndose que no hai Dios, porque es menester que no le haya; miéntras los que se llaman sus salvadores arrastran a la perdicion a la pobre humanidad arrebatándole el único principio salvador; miéntras el impío se engaña i la humanidad se pierde; Dios existe sobre el impío i sobre la humanidad i espera pacientemente el dia de su justicia.

¡Insensatos! Se figuran que, porque ellos cierran los ojos para no ver a Dios, Dios deja por eso de ser.

No saben que negado, o admirado, olvidado o amado, ofendido o adorado, Dios espera pacientemente el dia de su justicia.

Rafael B. Gumucio.

SOLUCION

DE LA CARTA ADIVINANZA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Mi querida Rosa:

Comienzo ya a probar la parte amarga del cáliz del amor. Comienzo a comprender que las dulzuras que en nuestros primeros

dias saboreé era tan solo la miel de los bordes.

Tu cariño languidece.

Antes, en cada entrevista, tenias una palabra cariñosa que decirme, algun sueño deleitoso que contarme, alguna flor que obsequiarme, me regalabas con sonrisas i miradas llenas de amor; hoi, si te hablo, me respondes indiferente; si me miras, me miras con frialdad. Ya no hai para mi palabras cariñosas, no hai una florecilla para mi en tu jardin.

¿Comienzas, di, a cansarte de amarme? Algo nuevo que no te agrada has descubierto en mi? O no fué amor sino pasajero i engañoso fuego fátuo lo que tú i yo creimos sincero amor?

El disimulo es mentira. ¡No mientas, niña! Di si me amas, di si ya te soi indiferente, enojoso o si me aborreces ya. Disipa de una vez en mi alma la duda cruel.

Si me juras de nuevo que me amas, diré que....estabas de mal humor.

Si declaras francamente que ya me aborreces—me resignaré....porque no quiero forzar tu amor.

Espero una palabra tuya.

Adios!

Tu

EMILIO.

VARIEDADES.

RR.

Rojizo resplandor en raudo vuelo
Rasgando la borrasca reverbera;
La tierra alumbra en rápida carrera
La cierra negro, tenebroso velo.

Retiembla removido el férreo suelo;
Resuena el ronco trueno por la esfera;
Reina el horror, la destruccion impera;
Rayos arroja retumbando el cielo.

Revienta el huracan; rompen, derrocan
Horrísonos los vientos rebramando
I torres de raices arrancando,

Sus ráfagas en ruinas todo *trocan*
Revuelta, removida la Natura,
Terrible destruccion hórrida augura.

***

MÚSICA PATOLÓJICA

o patolojía musical.

Véase un ejemplo de escentricidad que cuentan los diarios suecos:

Un médico melomaniaco, el doctor Rhuders, escribió en música las palpitaciones i los latidos irregulares del corazon de un enfermo del hospital de Upsal. Escritos esos latidos i palpitaciones en lenguaje musical, con corcheas i semi-corcheas, forma, segun el cronista sueco, una especie de valse, una de las mayores curiosidades de la anatomia patolójica.

¡Escribir en música las enfermedades! ¡Habráse visto cosa igual!

***

EL QUE HIZO MAS.

Al dia siguiente de una batalla en que un cuerpo de caballeria, compuesto en su mayor parte de andaluces, se habia distinguido mucho, cada soldado ensalzaba largamente sus hazañas.

—Yo, decia uno, he muerto veinte franceses.

—Yo, añadió otro, he perdido la cuenta de los *franchutes* que he mandado al otro barrio.

—Pues yo, agregaba un tercero, he roto un cuadro i me he traido la bandera, el jeneral i toda la plana mayor.

—¿I vos, preguntaron a uno que escuchaba con gran calma a los otros, qué habeis hecho?

—¡Ah! señores, yo he sido muerto en la accion!....

Contenido de este número.

I.—El cumpleaños de la libertad, por Rafael B. Gumucio.
II.—Teatros populares, por Ventura Blanco.
III.—A Santa Rosa de Lima, poesia, por Constantino Carrasco.
IV.—D. Bartolomé Rodrigo Gonzalez Marmolejo, por O. S.
V.—Bazar en favor del Santo Padre.
VI.—Guacolda, poesia, por David Bari.
VII.—Media noche, continuacion, por Ruperto Marchant Pereira.
VIII.—La supresion de Dios, por Rafael B. Gumucio.
IX.—Solucion de la carta adivinanza del número anterior.
X.—Variedades.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.» calle de la Compañía, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, setiembre 24 de 1871. Núm. 208

MEDIA NOCHE.

(Conclusion.)

Apresuremos el paso pues el frio es excesivo.

Una débil claridad brilla al través de una mampara que permanece entornada. Por mas que nuestra curiosidad raye en indiscrecion i parezca imperdonable, asomémonos sinembargo.

La leña chisporrotea en la chimenea: las llamas azulejas i rojas juguetean entre los tizones encendidos. El aspecto de la sala es elegante i hermoso. Un riquisimo tapiz de Bruselas cubre el pavimento; las puertas i ventanas están cubiertas de lujosas cortinas de damasco i seda; los muebles son todos de esquisito gusto; nada falta para hacer de este aposento, un aposento digno de un rei.

En el testero de la sala hai un escritorio i sumido en un *fauteuil* i envuelto en delicadas pieles, un señor de semblante adusto i sombrío; aunque jóven, las arrugas surcan ya su frente i algunas prematuras canas, como hilos de plata, brillan entre sus negros bucles. Calados los anteojos i pluma en mano, piensa, recapacita, cavila i se devana los sesos.

¿Qué hace aquel hombre? ¿por qué esa impaciencia febril que lo devora?

¡Ah! es que los tesoros quitan tambien el reposo, las riquezas ahuyentan tambien la paz i la calma, los millones roban tambien la tranquilidad i mas que todo el bienestar.

Ese hombre es un poderoso señor, un señor cuyas arcas están llenas, un señor que podria, si lo quisiera, forrar en oro el piso de sus salones: pues ahi lo teneis consumiéndose i secándose a fuerza de vijilias i de insomnios. En ese lugar que ahora ocupa, lo encontrareis mañana i siempre. Si duerme, atroces pesadillas lo despiertan sobresaltado, por eso es que pasa las noches en vela, contando su dinero, rejistrando sus documentos i preocupado sin cesar por el insaciable deseo de adquirir. ¡Oh! talvez no estará léjos el dia en que tenga que decir adios a esas riquezas que lo enloquecen i entónces....¿de qué le habrán servido sus millones?

* * *

Sigamos nuestro camino.

Levantemos el trasparente lienzo que cubre esos cristales. No sé por qué, pero el corazon ha dado un vuelco en el pecho. No hagamos ruido, no sea se disipe esa, que cual vision sobrenatural, acaba de presentarse ante nuestros deslumbrados ojos.

Una niña hermosa como las flores que recien abren sus cálices perfumados, una niña encantadora i mas pura que los ánjeles que rodean el trono de Dios, está ahi dulcemente reclinada en un blando sillon.

Una sonrisa misteriosa, hechicera, vaga por sus labios de coral; en sus manos tiene un libro. La lámpara que cuelga del techo, derrama sobre ella torrentes de luz, produciendo en torno de su frente como una aureola de májica vislumbre. La dulzura de su semblante, el fuego de su mirada, encantan i fascinan; los sencillos adornos de su peinado, el brillo del negro terciopelo de su paletó, los caprichosos i confusos pliegues de su vestido azul, realzan su hermosura tan dulce i tan apacible i luego el candor, la pureza i la modestia que resplandecen en su ser todo, la revisten de algo que solo posee la divinidad, de algo que la intelijencia no puede esplicarse, de algo en fin, que arrebata e inclina al alma a la adoracion.

¡Oh! parece que Dios se complace a veces en derramar sobre algunas de sus creaturas predilectas, los tesoros inagotables de sus gracias, como si quisiera probar a los pobres mortales, que la tierra no está, como creemos, tan léjos del cielo, puesto que permite que bajen de cuándo en cuándo algunos de sus mas queridos ánjeles, para que, trayéndonos el consue-

lo, la paz i la ventura, nos hagan entrever siquiera un rayo de la eternal bienaventuranza que El depara a sus escojidos. I en efecto, al contemplar tanta belleza, tantos encantos, tantas perfecciones, el corazon se anonada, la fé se reanima, la esperanza revive e involuntariamente la lengua prorrumpe en un himno de alabanzas hácia el Creador.

Mas ¿qué arrobadora armonía es esa que interrumpe el silencio de la media noche?... ¡Ah! son las delicadas notas arrancadas del piano por ese mismo ánjel que poco há admirábamos. El teclado vibra bajo sus manos; sus melodiosos acórdes resuenan melancólicos, tiernos, rápidos, violentos, pausados, vivaces, solemnes. Esta música eleva, trasporta, enajena; esta música hace soñar con paraisos de imposible dicha; esta música abisma el espíritu, alegra, entristece, estasia.

El piano ha vuelto a enmudecer: las últimas notas han ido a perderse en medio del incesante ruido de la lluvia i del viento que jime....

¡Partamos pues!

* * *

¡Toc! toc! toc! Abrid, abrid!

—¡Eh! ¿quién es? ¿quién diablos golpea a estas horas?

—¡Toc! toc! toc!

—¡Ya van! ¿qué no habeis oido que ya van?

—¡Toc! toc! toc! Abrid, señora, por todos los santos, que el frio ya nos hiela los huesos.

—¿Quién es? ¡No digo yo! golpear con tanta impaciencia i a tan altas horas de la noche! ¿qué se os ofrece? ¿quién sois?

—Somos nosotros.

—Ya estoi, pero ¿quiénes son esos nosotros?

—Nosotros, pues, patrona; nosotros, unos desventurados viajeros a quienes la tempestad ha sorprendido en el bosque i a quienes la oscuridad de la noche ha hecho volcar su carruaje en una hondonada.

—¡Ave María purísima! aguardad que ya voi a abriros.

Oyóse una tos seca i continuada, resonó el agudo chillido de un cerrojo i la puerta se abrió de par en par, apareciendo en el dintel una viejecita cuyos setenta inviernos, apenas si le permitian sostener el farol que temblaba en sus rugosas manos.

—¿Con qué decis que sois unos pobres viajeros? ¿Con qué la noche os ha sorprendido en la montaña? ¿Con qué la lluvia os ha empapado hasta los huesos i se os ha volcado vuestra silla de posta?

—Vos lo habeis dicho, excelente patrona, pero eso es nada: uno de nuestros caballos ha quedado en el barranco, a otro por poco no se le hacen trizas los encuentros, amen de que a Lúcas, el cochero, casi se le salta un ojo o se rompe la crisma contra un tronco.

—Jesus! Jesus!

—Nos permitireis pues alojarnos en vuestra casa, pues ya podreis calcular que con un tiempo como éste i con tantas contrariedades, nos es absolutamente imposible continuar nuestro viaje.

—Pasad adelante, mis caballeritos, pasad adelante; esta casa no es venta ni posada, pero a fé, que no se dirá que yo haya negado la hospitalidad a tan guapos i apuestos mozos. Pasad adelante, os digo: las camas no serán tan confortables como lo desearíais, pero en cambio puedo ofreceros buena i abundante lumbre, rico pan i sobre todo sendas botellas de esquisito Rhin.

—Oh! oh! con que tenemos Rhin! pues no se hable mas, hermosa patroncita, i venga la lumbre, pues estamos como sopas.

—Ya, ya, que todo se os servirá; entrad, i vos tambien señor Lúcas, ya veremos modo de arreglaros unas cataplasmas o unos sinapismos....

Los viajeros cruzaron el dintel i la anciana, entre alegre i risueña, cerró la puerta i corrió el aldabon.

* * *

—¡Abajo las velas!—grita el capitan i los marineros se lanzan sobre las vergas i desafiando las tinieblas, el viento i la tempestad, ejecutan la maniobra.

El *Corsario*, pues estamos en un buque, en alta mar, se balancea como si fuese a zozobrar. De repente se levanta sobre las olas, luego se sume en las aguas i parece va a precipitarse en lo profundo. Las ondas se suceden unas tras otras, altas como montañas, negras como el sepulcro, terribles como el infierno.

A bordo reina la mayor confusion. Los marineros todos sobre cubierta, aferrados a los mástiles, empapados i entumecidos, permanecen tristes i espantados. De vez

en cuando se oye la voz del capitan que ordena una nueva maniobra. Las olas azotan con furia los costados del bergantin, las vergas crujen, el velámen se despedaza, los cables se rompen.

Por do quiera, agua, noche, silencio, consternacion, soledad i muerte.

A lo léjos, el rayo cruza las nubes, hiende el espacio i se sepulta en el mar.

El *Corsario* no avanza, no retrocede; sube i baja, se revuelve, se ladea, miéntras torbellinos de agua lo bañan i sacuden.

El viento brama, la lluvia arrécia, los relámpagos brillan, los truenos retumban, el rayo estalla, la tempestad se enfurece.

El mar es un abismo, la noche un lienzo fúnebre, una mortaja; la soledad es espantosa.

La desesperacion vuela sobre el *Corsario*, viene en alas de la muerte; ésta, como siempre, trae su guadaña i con ella golpea ya a las puertas de la eternidad.

* *

—Alerta!—grita el guardian de la prision, i su voz se pierde en el espacio i solo el eco a la distancia le responde.

La tempestad brama entretanto, el viento ruje i hace oir roncos jemidos, arrancando los árboles, azotando las paredes i estremeciendo los torreones; el mar con sordo fragor, lanza i estrella contra las rocas sus olas embravecidas.

—Alerta!—vuelve a gritar desde su garita el solitario guardian.

Un buho pasa volando, hace oir su fúnebre graznido, sacude sus alas i parte.

La lluvia sigue, el viento apura, las olas no amainan.

Por entre los barrotes de una ventana se vé un rostro pegado contra los duros hierros. Es un infeliz prisionero. Admira ese cuadro sublime, se consuela con el ruido de la tormenta, se estasia en la contemplacion de la inmensidad. Su boca está entreabierta; sus labios trémulos balbucean un nombre.

—¡Elena, dice, Elena mia!.... i una lágrima ardiente i silenciosa rueda por sus mejillas pálidas i demacradas.

Sus ojos se clavan en el cielo.... el cielo está opaco, negro, enlutado, parece que un crespon fúnebre lo cubre i vela.

—¡Elena!—repite el infeliz prisionero con acento desgarrador.

Una ola se estrella contra el muro i algunas gotas de agua humedecen su ardorosa frente.

Un vivo relámpago hiende veloz las encapotadas nubes, su luz se refleja en las revueltas aguas i alumbra el lóbrego calabozo. En la ventana está siempre el prisionero: es un jóven en la flor de la edad; sus cabellos rubios i crespos ajitados por el viento, se enredan entre los hierros de la ventana; el dolor i el sufrimiento están pintados en su semblante, de vez en cuando se anima i la sangre parece se agolpa a su cerebro.

—¡Elena!—repite con voz débil i apénas intelijible—¡amor mio! mi esperanza..... ¿no me oyes? ven i esta cárcel será para mi un paraiso.... Anjel divino, por una de tus sonrisas diera gustoso la vida..... ¡Elena! Elena! si supieras cuánto te amo! si supieras cuánto sufro! Tu nombre, tu recuerdo, hé ahí mi único consuelo..... Ella, a estas horas, quizas duerme; los ánjeles velan a la cabecera de su lecho i custodian su sueño, miéntras tanto..... yo muero; la fiebre devora mis venas, la lluvia empapa mis vestidos i el viento hiela mis huesos. ¡Viento! tempestad! apurad vuestra fuerza, desencadenad vuestro furor; recibid mis jemidos, mis lamentos i haced que ellos lleguen a su oido; que al ménos sepa que mi último pensamiento ha sido para ella, i que mi última palabra ha sido.... Elena!

Dijo, i haciendo un esfuerzo supremo, se levanta sobre sus rodillas i con sus crispadas i yertas manos quisiera romper los barrotes i fuertes grillos que lo separan de su bien.

Rendido por el esfuerzo que ha hecho, las fuerzas le faltan i el infeliz jóven cae desplomado en el fondo de su prision.

El sueño llama a nuestros cansados párpados; la pluma se niega a seguir delineando estos mal trazados cuadros.

Hace muchas horas que el reloj de la iglesia vecina tocó la media noche, que era lo que nos habiamos propuesto describir.

La primera claridad del dia comienza a rayar al través de los cristales. Las diucas i los chincoles repiquetean en los tejados; los gallos entonan tambien sus festivos cantares. Las nubes se tiñen de púrpura i rosa; las cordilleras doran sus cumbres. En la ciudad principia a oirse el murmullo de los transcuntes i de los vendedores, el

ruido de las puertas, el rodado de los carretones i los mil confusos rumores que anuncian que las tinieblas huyen para dar paso al naciente dia.

La noche ha terminado; nuestro bosquejo tambien lo está; demos pues la última pincelada i.... descansemos.

Santiago, setiembre de 1871.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

TUPAC-AMARU.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I.

Dos siglos de férreo yugo
Pesaban sobre el indijena,
Triste i miserable resto
Del imperio de los Incas.

El vencedor embriagado
De triunfos, solo veia
Vasto campo a la ambicion
Dentro su pecho adormida.

Tras luengos años de guerra,
De destruccion i de ruina,
Los soldados españoles
Formaron pueblos, provincias,

I en pos de mil aventuras
Ufanos siempre corrian,
Haciendo de sus hazañas
Al indio indefenso victima.

Aquellos correjidores,
Que de tan léjos venian,
Para conservar la páz
I administrar la justicia,

Fueron el hiriente azote
De cien apartadas villas,
Cuyos rudos pobladores
En el silencio jemian.

El respeto de las leyes,
Que en su ambicion maldecida
Sacrílegos invocaban,
Era una ilusion, mentira:

Ehipócritas opresores,
Bajo su sombra divina,
Para acopiar las riquezas
Mil crímenes cometian.

En vano sentidas quejas
Enviaba al rei el indijena,
Nada venia a endulzar
Sus penas i sus fatigas;

Siempre en el rudo trabajo
De los injenios i minas,
Era constante intrumento
De la sórdida avaricia:

En vano algunos obispos
Dolidos de sus desdichas
Hasta el solio del monarca
Alzaron quejas solícitas,

Que solo hubieron por fruto
Odiosidades inicuas,
Cruel decepcion i lazos
Ocultos contra su vida!....

Hasta que hastiado quizas
El indio de tiranías,
Quiso sacudir el yugo
Que el español le imponia.

I al sordo rumor de guerra,
Que resonó en las provincias,
Alzó de la rebelion
La bandera en sangre tinta!....

II.

En Tungasuca vivia
De todos casi ignorado
Aquel célebre cacique
Don Gabriel Tupac-Amaru.

De los Incas del Perú
Diz que era el último vástago
I aun en España tenia
Parientes de noble rango.

La universidad de Lima,
Allá en sus primeros años,
Frecuentó, como los hijos
De ricos hombres e hidalgos

I allí en las aulas tomó
Conocimientos escasos,
Aunque, para descollar,
Grandes, en un pueblo aislado.

El descendiente del Inca
Dueño de imperio tan vasto,
Tenia que respetar
Los caprichos de un empleado

I prosternarse sumiso
A toda órden o mandato
De inícuo repartimiento
O de tiránicos actos!....

Al fin vencido su orgullo
I de sufrir ya cansado,
Se propuso adquirir nombre
I arrostrar grandes obstáculos;

Quiso sacudir la inercia
I el vergonzoso letargo
Con que sufrian el yugo
Del despiadado tirano!....

Con las vecinas provincias
Tupac se puso en contacto
I en él, para la venganza,
Toda su suerte confiaron!....

III.

Era el cuatro de noviembre
De setecientos ochenta
I en Tungasuca el cacique
Celebraba con gran fiesta

El natalicio del rei
Cárlos tercero i a ella
Al correjidor Arriaga
Invitó, con gran sorpresa

De todos sus compañeros
De rebelion; mas apénas
El vapor de añejos vinos
Llegó a invadir las cabezas,

Cayó Arriaga aprisionado,
I al peso de las cadenas
En vano demandó gracia
A los que él ántes no oyera!....

No paró en esto; a los seis
Dias despues, una siesta
Fué ahorcado el correjidor
Ante muchedumbre inmensa.

El grito de rebelion
Voló, como una centella,
I miles de combatientes
Alzaron hostil bandera:

Del señor de Tungasuca
Siguieron la noble huella
I de comarca en comarca
Llevaron horrible guerra.

Tomar la ciudad del Cuzco,
La de las ruinas inmensas,
Real asiento de los Incas
I de sus dioses emblema

Fué la primera ambicion,
Que de su pecho naciera,
I por eso que altanero
Iba avanzando hácia ella.

Despues de luchar ufano
En horrorosas refriegas
I de vencer mil obstáculos,
Que el español le opusiera,

Llegó a divisar los muros
De la ciudad del sol, bella
Con sus relucientes templos
I sus palacios de piedra.

Ese dia proclamado
Fué por Inca, i la diadema
Que ostentaron sus abuelos,
Ciñó a su frente soberbia.

De terciopelo turquí
Era su traje, i de piedras
I oro, en su pecho lucia
Una costosa cadena;

Con ademan arrogante
Domaba una blanca yegua,
Cuyos acerados cascos
Apénas tocan la tierra;

Era su porte bizarro,
Elegante su cabeza,
I la mirada chispeante,
Como de águila altanera:

Al verlo correr las filas
Grito de alegría inmensa
Se elevó del campamento
I recorrió la ancha esfera.

Pasaron dias tras dias
I una tenaz resistencia
Encontró, tras de los muros
De la ciudad, que indefensa,

Esperaba los socorros,
Con una angustia suprema,

Que ya el virrei desde Lima
Enviaba a favorecerla.

IV.

Ya habia corrido el sol
La mitad del puro cielo;
Sus reverberantes rayos
Como unas lenguas de fuego

Calcinaban los arbustos
I los peñones inmensos
Parecian derretirse
A su contacto; los vientos

Con su hálito abrasador
Alzaban de polvo espeso
Enormes tumbos i a veces
Remolinos jigantescos....

Con todo!.... en aquel instante
Vino a turbar el silencio
En las huestes de Tupac
Un lejano son guerrero:

Todos vuelan a las armas
I se ciñen los aceros
I con ansiedad mortal
Corren a ocupar sus puestos.

La negra fatalidad
Viene a arrojar por los suelos,
De la ambicion de Tupac
El feliz coronamiento....

Esa misma noche el Cuzco
Iba a abrir a sus guerreros
Las puertas, porque ya exhausta
Se encontraba de pertrechos....

Un momento mas....i Valle
Al mando de un grueso ejército,
Al enemigo diezmaba.
Con su mortífero fuego....

Aquello fué atroz!.... la sangre
Corrió a torrentes e inmenso
Fué el estrago que, en una hora,
Los españoles hicieron!....

Los indios amedrentados,
Aun no desmayan i fieros
Con sus cuerpos atrincheran
Al noble Inca, que sereno

Les anima, con su voz,
Con sus arrojados hechos,
Siempre sembrando la muerte
Donde dirije su acero.

Llegó la noche i la suerte
Los abandonó: el ejército
Batido se desbandaba,
Antes de caer prisionero;

Pero Tupac, que sin honra
Queria morir primero,
Resistió en último trance
Con un puñado de deudos;

Mas herido cayó al fin
I como ilustre trofeo,
Fué conducido ante Valle,
Cargado de duros hierros!....

V.

Era una tarde de otoño
De apacible i bello encanto;
Ni una leve nubecilla
Cruza por el cielo claro.

Todo es quietud!.... de las flores
Mece el cáliz aromático
Leve rumor, i nada
Indica negro presajio;

I sinembargo la plaza
Del Cuzco se va llenando,
Como si allí, de una fiesta
Fuese el lugar preparado.

Suenan las seis: la prision
Abre sus pórticos anchos
I nueve víctimas salen
En direccion al cadalso,

Que negro, allá en un rincon,
El feroz Areche ha alzado,
Sin consultar la justicia,
Presa de un furor satánico!...

Allí Tupac vió morir
A Hipólito, su hijo amado,
Jóven gracioso i valiente
I a otros parientes cercanos;

Vió en espantosa agonía
A la fiel cacica de Acos,
Duro el corazon cual bronce
I sin haber pestañado;

Pero al mirar a Micaela
Sumida en hondo desmayo,

A su esposa idolatrada
Ser conducida al cadalso;

Al ver que al garrote infame,
Los verdugos inhumanos
La arrastran, con voz doliente
Gritó:—«¡Malditos seais, bárbaros!»—

Le llegó el turno fatal
I creyendo poco ahorcarlo,
Con espantosa crueldad
Fué atado a cuatro caballos

I los punzan, los maltratan
Para que lo hagan pedazos!...
Pero sus miembros de hierro
Resisten:—«¡Horror!.... Matadlo!»—

Gritó el sanguinario Areche
Desde el balcon de un palacio;
I así fué: el noble Tupac
Concluyó la vida a palos!....

El cielo se encapotó;
Truenos retumban lejanos
I la lluvia se desprende
En medio de los relámpagos:

Todos los espectadores
Huyen aterrorizados
I ven en aquel trastorno
De Dios la irritada mano!....

David Barí.

Santiago, 1871.

EL TEATRO MODERNO INGLES.

Doi comienzo a este lijero bosquejo advirtiendo al benévolo lector que no es mi objeto hacer aquí una reseña crítica de las obras escojidas de autores contemporáneos ingleses. Semejante trabajo, superior talvez a mis fuerzas, habria de exceder con mucho los límites trazados de antemano a este artículo. Al cojer la pluma, pues, no me propongo sino ofrecer al lector que no hubiese recorrido las ciudades de Inglaterra, ni asistido, por tanto, a sus teatros, un cuadro fiel de lo que hoi en la escena inglesa pasa. Quiero hacer en Madrid una vista de teatros de Lóndres.

El lector que recientemente hubiese estado en la babilónica metrópoli del ancho imperio británico, no lea estos renglones: pues nada nuevo ha de hallar en ellos. No intento referir sino lo que él mismo acaba de ver con sus propios ojos i de juzgar con su intelijencia misma.

De los autores dramáticos ingleses, el mas conocido, o por mejor decir, el único, conocido fuera de las posesiones inglesas, i los Estados Unidos, es Shakespeare. Esta circunstancia podria dar orijen a un grave error, como lo seria el de suponer que la literatura dramática inglesa no tenga representante alguno digno de nota mas que Shakespeare.

La historia de esa literatura refiere ademas de la gloria imperecedera del autor de *Hamlet* i *Otelo*, la de otros muchos i mui felices injenios; pero éstos, aun los mas aventajados, nada tienen de comun con aquel coloso: Ben Johnson, el coetáneo i amigo de Shakespeare, Dryden, Fletcher i los dramaturgos chispeantes pero poco decorosos del reinado de Cárlos II; Otway, Addison, Foldsmith Steele, Congreve, Sheridan i otros muchos imitadores mas o ménos hábiles de Racine i Molière, son nombres que ilustran i honran la rica literatura inglesa; pero su fama queda desvanecida ante el nombre de Shakespeare, como huyen i desaparecen las tinieblas cuando ven la luz, i esto sucede, no tanto por la inmensa superioridad de éste sobre aquéllos, cuanto por la gran diversidad que hai entre unos i otros.

Se cuentan en la gran ciudad de Lóndres i sus arrabales nada ménos que veinte edificios que todas las noches, escepto la del domingo, abren sus puertas al público, a quien ofrecen entretener con representaciones teatrales. Sus nombres son *Her Magesty's Theatre o Italian Opera, Lizeum, Covent Garden, Drury-Lane, Haymarket, Adelpi, Princes's Olimpic, Saint Jame's Strand, Gaiety, Queen's Prince of Wallecs's Holborn, Vaudeville, Opera Comique, Charing-Cross, National Standard, Court, Grecian Theatre*. De estos veinte teatros, solamente cuatro o cinco son de *verso*, como vulgarmente se dice.

En el moderno teatro ingles los honores del verso (siempre endecasílabo i casi nunca rimado) son reservados para la trajedia i el drama de alto coturno, los dones mas humildes de la risueña Talia se manifiestan

tambien en mas humilde lenguaje i en prosa vulgar.

Si por espacio de un mes se tomara el trabajo de recorrer el lector sucesivamente todos los teatros de verso de Lóndres, veria representar en ellos gran número de obras de índole i de mérito mui distintos, los cuales, sinembargo de su gran variedad, podrian ser calificados en seis grandes grupos, de esta suerte.

Primer grupo.—Obras de Shakespeare, en cuya representacion i fiel interpretacion se ocupa por lo jeneral la compañía de cómicos, si no de mas mérito, de mas elevadas pretensiones de la capital.

Grupo segundo.—Obras clásicas inglesas que no pertenecen al teatro de Shakespeare, representadas asimismo por una o dos compañías de bien cimentada reputacion. Mui a menudo es una misma compañía que toma a su cargo la representacion de las obras de los dos mencionados grupos.

Grupo tercero.—Dramas modernos de los que llaman ellos *sensational dramas*, o sean dramas de emociones fuertes i patéticas.

Grupo cuarto.—Comedias del jénero realista.

Grupo quinto.—Farsas, sainetes, comedias de magia i aparatos.

Grupo sesto i último.—Arreglos i traducciones del frances.

De las obras que constituyen los dos primeros grupos, nada hemos de decir, puesto que no pertenecen al teatro moderno; nos ocuparemos tan solo en examinar, ya que no el trabajo de los poetas que las escribieron, el de los actores que las representan.

Si hemos de dar crédito a los hombres de la jeneracion que está próxima a pasar, el teatro moderno languidece en un estado de decadencia lastimosa. Los que se acuerdan de los tiempos en que brillaban en la escena, cual lumbreras inestinguibles, Maiquez, Luna, La Torre, Guzman i Romea, i en que los años de Matilde Diez i Bárbara Lamadrid se contaban por sus abriles i no por sus otoños, hablan con hondo desprecio, no sin motivo tal vez, de las representaciones teatrales a que asisten la jeneracion presente i la que va a ser futura.

Lo propio, punto por punto, acontece en Inglaterra. Los ancianos aficionados a esta clase de espectáculos hablan en son de lamento de los tiempos en que pisaban las tablas del *Hay market*, *Covent Gardenry Druiy-Lane*, Charles Kean (padre), Kemble i Mrs. Siddone, i aseguran que si siguen yendo al teatro, es mas por costumbre que por aficion.

Aun suponiendo que haya alguna parte de exajeracion en estas afirmaciones, creemos empero que nadie o mui pocos serán osados a negar que hai en ellas mucha parte de verdad. Las obras de Shakespeare, así como las de los demas autores clásicos ingleses, encuentran cada vez ménos i peores intérpretes entre el número grande i siempre creciente de autores ingleses. Vano fuera buscar la causa verdadera de tan deplorable i constante decaimiento; sinembargo, una razon poderosa hai para que exista, i es que el público que hoi acude a los teatros de Lóndres i los sostiene es otro, mucho mas numeroso i de gusto artístico mui inferior al del de setenta años há. Para satisfacer las exijencias de este nuevo público, mas deseoso de novedades que aficionado a la perfeccion artística, actores i autores mas codiciosos de dinero que de fama, han ido poco a poco desviándose de la gloriosa senda trazada por las huellas de los grandes injenios, hasta el punto de desterrar a las obras de Shakespeare casi por completo de la escena inglesa.

Siendo tal el estado del moderno teatro, no es de estrañar que los actuales intérpretes de esas obras i de las de los demas autores clásicos, sean con raras escepciones, poco ménos que incapaces de desempeñar, ni aun con mediano acierto, su difícil cometido; i así es que Phélps, el autor que mas se distingue en este jénero, a mas de *rora avis*, es inferior a su antecesor Charles Kean (hijo), que aunque autor estudioso i concienzudo, no es digno de ser comparado siquiera con su padre, una de las mayores glorias de la escena inglesa.

Paso ahora al tercer grupo, que lo componen los dramas de emociones fuertes. Estas obras, de índole tierna, patética i a veces melodramáticas, se distinguen de las demas obras modernas i de las buenas obras de todos los tiempos, por la violencia e inverosimilitud de sus episodios i situaciones, por la falsedad absurda de sus caractéres, i sobre todo, por los ridículos golpes de efecto teatrales en que abundan, a los cuales parece que están subordinados el artificio, los personajes i episodios todos de la obra! Los autores de ella son casi

tan numerosos como oscuros. Fian no pocas veces el éxito de sus producciones, tanto a la destreza de maquinistas, decoradores i sastres, como al talento de los actores, i pueden darse por satisfechos si la vida de su obra dura el tiempo que han menester para escribir otra. Como obras que no carecen de situaciones i episodios, sino dramáticos, exajerados, estos dramas de emociones requieren para su representacion autores de talento i elevadas condiciones, los cuales, como ya hemos visto, no abundan hoi en el Reino-Unido. Por lo tanto, no suelen ser mui bien representados.

Sinembargo, suelen alcanzar gran número de repeticiones, merced a las decoraciones i accesorios escénicos, o a la especial habilidad demostrada por algun autor en el desempeño de un papel estrambótico i exajerado.

El cuarto grupo, el de las comedias de carácter realista, es sin duda el que contiene casi las únicas obras modernas de algun mérito literario. En formas lijeras, aunque esmeradas i festivas, sin dejenerar en bufonadas, encierran a veces estas obras un fondo de verdad no despreciable. Con un argumento sencillo i caractéres nada rebuscados, i trazados a veces, si no con maestría, con suma delicadeza, presentan algunas de las comedias de esta escuela cuadros de costumbres modernas, en estremo agradables, no desemejantes en cuanto a carácter e índole jeneral a los que en el papel con habilidad suma suelen trazar algunos acuarelistas ingleses. Su mayor defecto es la falta de vigor, tanto en el artificio con que está espuesta la fábula, como en el delineamiento de los personajes, envueltos, al parecer, éstos, i aquélla en una veladura jeneral de tono i colorido simpático, pero frio. Las obras de este jénero son las mas aplaudidas hoi en el teatro ingles, i su triunfo sobre los empalagosos i ridículos dramas de tono melodramático, es debido en gran manera a un escritor del nombre de Robertson, que acaba de fallecer despues de una corta carrera dramática. Las obras, no mui numerosas de este autor, están cortadas todas ellas por el mismo patron: las mas sérias van encaminadas a esponer i criticar con benevolencia algun defecto de la sociedad moderna, i las mas lijeras son cuadros de costumbres modernas, trazados con delicadeza, soltura i chispeante gracia.

Tienen ademas la gran ventaja de ser no mui difíciles de representar. En ellas no hai ni situaciones terroríficas e inverosímiles, ni personajes rebuscados i exajerados, i requieren por lo tanto, mas que autores de gran talento, cómicos de buen gusto i aplicacion. Una rareza de las comedias de Robertson, cuyas obras consideramos como las mejores del jénero realista que se representan hoi en el teatro ingles, es la de tener todas ellas títulos de una sola palabra, que no es nunca un nombre propio, tales como *Caste*, *Play*, *School*, *Our's*, etc.

Ménos dignas de elojio i ménos entretenidas que éstas son las obras que constituyen el quinto grupo, o sea el de las farsas, sainetes i comedias de puro aparato. Estas últimas suelen ser excelentes en su jénero. Es costumbre en los teatros ingleses el estrenar en la noche de la Navidad una comedia de májia, llamada *pantomime* o pantomima, para esclusivo recreo de los niños. Pero como sucede que estas obras burlescas suelen estar montadas i representadas con mas lujo, i mejor desempeñadas a veces que las obras sérias, acuden a verlas gran número de personas, que nada tienen de niños, i aun algunos que peinan canas i son mui formales, de suerte que las mojigangas estrenadas el dia de la Navidad no pocas veces alcanzan treinta i cuarenta representaciones seguidas, cuya circunstancia por sí sola basta a demostrar que en ese jénero los escenógrafos i payasos ingleses, ocupan un puesto preeminente entre las jentes de su clase.

En cuanto a las farsas i sainetes, diré tan solo que aun no han enriquecido la literatura dramática inglesa, ningun injenio parecido a nuestro inimitable don Ramon de la Cruz. Es menester confesar sinembargo, que el público ingles hoi suele tolerar chistes sin gracia pero nunca desvergüenzas con ella.

La literatura moderna francesa, sobre todo la dramática, ha invadido los teatros de Inglaterra, como ha invadido los de todos los pueblos europeos. Las saladas i turbulentas ondas del canal de la Mancha, ni el rigor i severidad de las costumbres domésticas del pueblo ingles, baluarte aun mucho mas insuperable que las olas del Atlántico, no han sido parte a detener i

rechazar esa formidable invasion, talvez funesta i ciertamente nunca benéfica. I digo nunca benéfica, no porque piense negar al arte moderno frances su justo mérito, sino porque los que se dedican a introducir esas producciones estranjeras, son por lo comun poco delicados i nada escrupulosos en la eleccion; de suerte que casi siempre introducen i tratan de hacer echar raices en el suelo patrio las yerbas peores ilas plantas mas nocivas. Son pocas las obras de Dumas (hijo) Victorien Sardoui i otros de esta ralea, que no tengan una version inglesa: aunque al introducir estas plantas exóticas en el teatro, los introductores tienen buen cuidado de omitir los chistes de color subido i los pasajes mas descarnados del orijinal frances, que es lo mismo que cortar la cola a un lobo, dejándole los colmillos; es afearle sin hacerle ménos dañino.

En cuanto a las bufonadas i operetas cómicas que ha exornado con graciosa música el fecundo Offenbach, ha sido tan completo su triunfo en Inglaterra como en las demas partes del mundo. Verdad es que ese triunfo es debido tan solo a la música que cautiva i encanta, apesar de estar unida a tan ridícula letra.

De lo referido se deduce que el arte dramático no florece hoi en el Reino Unido, sino por el contrario, va cada vez de mal en peor. Esta decadencia manifiesta no deja de ser estraña en un pueblo en cuyas manos todo prospera. ¿Por qué languidece en tan mísero estado, en una sòciedad rica, aficionada como ninguna a las letras, un arte que tanto contribuye a la pública diversion? A mi humilde parecer, es menester buscar la causa de este fenómeno social en el carácter mismo del pueblo ingles.

El único novelista ingles que yo conozco que haya aspirado al título de doctor dramático es lord Litton, mas conocido cómo sir Edward Litton Bulwer, autor de *Los últimos dias de Pompeya*, *Rienzi*, los *Coxtons* i otras muchas obras notables. Bulwer ha escrito dos comedias en prosa i tres dramas en prosa i verso, uno de éstos que se titula *La dama de Lyon*, o *Amor i orgullo*, es sin duda alguna el mejor drama que posee la literatura moderna inglesa.

Tal es el estado en que hoi se encuentra el teatro en la patria del mas grande de los jenios dramáticos que han conocido los siglos pasados i la edad presente.

JAIME CLÁRK.

EL MATRIMONIO PUTATIVO
I SUS EFECTOS.

El matrimonio nulo, si ha sido celebrado con las solemnidades que la lei requiere, produce los mismos efectos civiles que el válido respecto del cónyuje que de buena fé, i con justa causa de error, lo contrajo; pero dejará de producir efectos civiles desde que falte la buena fé por parte de ámbos cónyujes.

Las donaciones o promesas, que por causa de matrimonio se hayan hecho por el otro cónyuje al que casó de buena fé, subsistirán no obstante la declaracion de la nulidad del matrimonio.

(Art. 122 del Código civil chileno.)

I.

Señores:

La disposicion contenida en el art. 122 de nuestro Código civil es de una trascendental importancia, i por ese motivo he creido que ningun tema era mas a propósito para hacer de él un estudio detenido, i contribuir por mi parte a dar alguna luz sobre el ramo mas importante de nuestra lejislacion nacional.

En efecto, nuestro Código, estableciendo sobre este particular principios mucho mas claros i concretos que los de las lejislaciones estranjeras, tanto antiguas como modernas, ha resuelto numerosas cuestiones, que no habian tenido todavía una solucion definitiva, i ha establecido por medio de un precepto terminante las reglas seguras a que debe adaptar su criterio el majistrado encargado de administrar justicia.

No es sinembargo que el precepto del art. 122 introduzca una novedad en la jurisprudencia, puesto que trae su orijen desde las mas antiguas leyes i su mérito consiste en la precision con que se han resumido en él las disposiciones que desde tiempos antiquísimos se han consignado en ellas.

Ya en el Dijesto (lei 57, § 1.°, tit. 2.°, lib. 23) se lee una disposicion dictada por los emperadores Marco i Lucio, que dice literalmente: «Movemur et tempore diuturnitate, quo ignara juris in matrimonio avunculi tui fuisti, et quod ab avia tua collocata es, et numero liberorum vestrorum; idcircoque quum hæc omnia in unum concurrant, confirmamus statum liberorum vestrorum in eo matrimonio quæsitorum, quod ante annos quadraginta contractum est, perinde atque si legitime concepti fuissent.»

Esta disposicion de la lei romana establecia la base de las que posteriormente debian dictarse, i consagraba la lejitimidad de los hijos i los efectos civiles del matrimonio nulo por ser contraido entre dos parientes en tercer grado de consanguinidad en linea lateral, pero celebrado de buena fé por lo ménos de parte de la esposa.

Siguiendo el principio establecido, el sabio lejislador de las Partidas lo reconoció en muchas de sus leyes, i mui especialmente en las 3.ª, tit. 3, part. 4.ª, 1.ª, tit. 13 i 2.ª, tit. 15 de la misma partida; i en las 50 i 51, t.t. 14 de la part. 5.ª De estas leyes, la 1.ª, tit. 13, part. 4.ª, se espresa de este modo hablando de cuáles son los hijos lejitimos: «E esto seria tambien, si ámbos non sopiessen que y auia tal embargo, como si non lo sopiesse mas del vno de ellos. Ca el non saber de este solo, face los fijos legitimos. Mas si despues que sopiessen ciertamente que auia entre ellos tal embargo, fiziessen fijos, todos cuantos fijos despues ouissen, non serian legitimos.»

Las Decretales de Gregorio IX (cap. 1.°, tit. 27, lib. IV) *Qui filii sint legitimi* contienen la misma disposicion, estableciendo que «separato matrimonio in face Ecclesiæ contracto filii geniti vel concepti ante sententiam sunt legitimi.»

Esta unanimidad en la aceptacion de un principio legal, que admiten los antiguos, que ensanchan i vigorizan los modernos en casi todas las lejislaciones, nos prueba de un modo inconcuso que nuestro Código en su art. 122 da el carácter de lei positiva a un precepto de derecho natural, i por consiguiente de evidente justicia.

II.

La lei ha tratado de garantir los derechos de la inocencia disponiendo que ellos se conserven intactos aun cuando un error o la mala fé de un tercero causasen la violacion de un precepto sagrado. Los esposos que, ignorantes del impedimento que anulaba su matrimonio, han vivido de buena fé, cumpliendo los deberes que la naturaleza i la lei les imponen, procreando hijos, i sobrellevando el peso de su estado, no podian ser burlados repentinamente en sus justas espectativas, ni esos hijos podian cargar con la mancha de la ilejitimidad i carecer del derecho que la lei concede al que nace de lejítimo matrimonio.

El cónyuje de buena fé, i el hijo habido miéntras esa buena fé existia, son considerados por la lei en igual situacion, aun cuando sea anulado su matrimonio, que los cónyujes e hijos de un matrimonio válido. La lei no establece diferencia alguna entre unos i otros. Es verdad que anulado el matrimonio, la sociedad conyugal termina; pero los efectos permanecen, de modo que la disolucion del matrimonio no produce otros efectos que la declaracion de un perpétuo divorcio, con la única diferencia de quedar el vínculo espiritual disuelto i en libertad los cónyujes para contraer nuevo enlace.

El matrimonio puede disolverse o bien por no haber existido jamas cuando es imposible en sí, como seria en el caso de bigamia, o bien por haber sido contraido con un impedimento que sea causa de nulidad, pero que pueda ser dispensable. La lei sinembargo no ha querido hacer distincion alguna a este respecto i declara terminantemente que trata del matrimonio nulo, no importa que pertenezca a cualquiera de las dos clases enumeradas.

Si el matrimonio putativo produce los mismos efectos que el verdadero, la lei ha puesto una limitacion a este favor otorgado a la buena fé de uno o de los dos esposos i a la inculpabilidad de los hijos. Asi determina que cesa de producir sus efectos desde que cesa la buena fé de ámbos cónyujes. La buena fé debe presumirse ordinariamente, porque ademas de determinarlo asi la lei en la jeneralidad de los casos, la razon natural nos dice que la buena fé debe ser considerada como lo comun, como la regla; i la mala fé, el fraude, el crimen como lo raro, como la escepcion. El que pretendiere pues impedir los efectos civiles del matrimonio putativo tiene la obligacion de probar la mala fé, que de otro modo nunca se presume.

Sinembargo, es evidente que conocidas por los cónyujes las causas que anulan su matrimonio, la mala fé comienza cuando se adquiere ese conocimiento. En tal caso, ¿cuándo cesará de producir efectos civiles el matrimonio putativo? ¿Desde que la mala fé existe o desde que una sentencia judicial declara su nulidad? La lei dice espresamente que «desde que falte la buena fé por parte de ámbos cónyujes.» De modo que, aun continuando existente el matrimonio por no existir todavía la sentencia que lo anula, deja de producir los efectos del válido, desde el momento en que comenzó la mala fé, i se pruebe este hecho.

El artículo 179 dice que «es hijo lejítimo el concebido en matrimonio putativo, miéntras produzca efectos civiles, segun el artículo 122.» Como se vé la lei comprende el caso de la subsistencia del matrimonio aun despues de cesar de producir efectos civiles, es decir, despues de la mala fé superviniente. Este seria el espacio de tiempo que mediaria entre el momento en que empezó la mala fé i la sentencia que declara la nulidad.

La liquidacion i separacion de los bienes correspondientes a cada uno de los cónyujes, i de los frutos percibidos se harán tomando en consideracion el principio enunciado. Por consiguiente se retrotraerán las cosas al estado que tuvieron al comenzar la mala fé, i para la division de los frutos se atenderá a las reglas jenerales que sienta la lei.

De todos modos, es indudable que la buena fé debe precisamente existir en el momento de contraerse el matrimonio, i que en la práctica jeneralmente la buena fé coincidirá con la sentencia anulatoria.

Son mui numerosos los efectos civiles que produce el matrimonio, i de aquí nace que la situacion especial en que quedan constituidos los cónyujes en el caso del matrimonio putativo dé orijen a muchas cuestiones respecto de cada uno de esos efectos.

Mas adelante tendré ocasion de tratar algunas de las mas importantes, limitándome desde luego a enumerar los principales efectos civiles del matrimonio, i que tienen lugar tanto en el válido como en el putativo. Refiérense estos efectos principalmente a la lejitimacion de los hijos habidos en el matrimonio; a la particion de los gananciales una vez disuelta la sociedad conyugal o al cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales; a las herencias; i a los derechos i deberes inherentes a la patria potestad.

III.

Para que produzca efectos civiles el matrimonio putativo, es menester que haya sido «celebrado con las solemnidades que la lei requiere.» El art. 117 determina que las solemnidades del matrimonio de los católicos serán las prevenidas por la Iglesia, i deja por consiguiente a la lejislacion canónica la facultad de señalarlas.

La lejislacion canónica por su parte ordena que el matrimonio se celebre con dos clases de solemnidades: unas esenciales i otras que pudiéramos llamar de simple forma. La falta de las primeras anula el matrimonio, la de las segundas lo hacen ilícito. ¿Ha querido la lei comprender una i otra especie de solemnidades? ¿Dejará de ser matrimonio putativo únicamente aquél en que, por ejemplo, no ha intervenido el propio párroco; o tambien aquél que se contrae sorprendiendo a éste i sin que preceda informacion alguna, ni proclamas, ni dispensa de ellas?

Respecto de las solemnidades esenciales no puede haber cuestion. Respecto de las demas, podria dudarse con razon si su violacion traeria por consecuencia el privar de efectos civiles a un matrimonio nulo por otros motivos.

Esa violacion es un delito, i un delito no puede dar derechos ni acciones: «nemo ex delicto suo debet consequi actionem.»

La lei sinembargo parece haber querido referirse únicamente a las solemnidades esenciales. La razon es clara atendiendo a sus propias palabras, puesto que habla de matrimonio nulo, i la lei canónica solo declara tales aquéllos a los cuales falta una solemnidad esencial, o que han sido contraidos con un impedimento oculto. El delito cometido no es, por otra parte, de aquéllos que caen bajo el dominio del poder civil. La violacion de una lei eclesiástica no puede traer la privacion de los derechos que otorga la lei civil. Son dos fueros diversos, que castigan regularmente delitos de distinta naturaleza, aplicando cada cuál un jénero de pena enteramente diferente.

Es indudable que la lei ha querido significar que produce los efectos del válido el matrimonio nulo, que habria sido válido a no existir un impedimento oculto, i que se ignoraba con justa causa.

En la práctica debe suceder ordinariamente que la falta de las solemnidades, que hace ilícito el matrimonio, sea una fuerte presuncion de mala fé. Las leyes 3, tit. 3 i 2, tit. 15, Partida 4.ª como el capítulo 5, ses. 24 del Concilio de Trento declaran que debe presumirse de derecho la mala fé en el matrimonio clandestino. La primera citada se espresa de este modo: «Encubiertamente casándose algunos, si embargo ouiessen entre si, como de parentezco o de otra manera cualquier, porque non pudiessen ser marido e muger, aurian esta pena; que los fijos que fiziessen de so vno, non serian legítimos, etc.» La razon de la lei es que la falta de las solemnidades enunciadas impide la averiguacion del impedimento dirimente cuyo conocimiento es un deber del contrayente, i en este caso, justo es aplicarle el conocido principio: «Qui non vult scire, habetur pro sciente.»

El matrimonio celebrado con solemnidades aparentes ¿puede considerarse como un matrimonio putativo? El derecho canónico establece la validez de ciertos sacramentos en que faltando v. gr. la jurisdiccion al que lo administra hai justa causa de error, si el público cree que el que ejerce esa jurisdiccion la tiene realmente. Sin duda que en tales casos el matrimonio producirá efectos civiles; pero si el engaño no se estiende sino a uno de los contrayentes, parece que entónces puede decirse que el matrimonio no ha sido celebrado con las solemnidades que la lei requiere.

La lei parecería injusta sino remediara en este caso el mal con el castigo del delincuente i el resarcimiento de los perjuicios causados al inocente. El remedio, sinembargo, no será el que establece el artículo 122. Hai otras acciones que poder entablar en este caso, i otras leyes que favorecen al perjudicado.

Apesar de la ámplia atribucion que el artículo 117 confiere a la autoridad eclesiástica en cuanto a la celebracion del matrimonio, i a la declaracion de nulidad, en los casos que la hai, es indudable que el juicio sobre la existencia del matrimonio putativo corresponde a la jurisdiccion civil. El juez eclesiástico deberá determinar la validez o nulidad: pero una vez declarada la última, es el juez civil quien entra a conocer si ese matrimonio nulo ha producido o no efectos civiles. El motivo es porque esta cuestion no goza de fuero eclesiástico ni por razon de la materia, ni ménos aun por razon de las personas.

(Continuará).

MANUEL E. BALLESTEROS.

EL PADRE DE LOS NEGROS.

ROMANCE I.

Sobre un peñon elevado
Que domina al mar profundo
I do las olas se estrellan
En continuos sordos tumbos,

Como águila solitaria,
Aparece un negro bulto
Que con fijeza contempla
Sobre el mar rizado un punto,

Que bretando en lontananza,
Al cruzar los hondos surcos,
Va creciendo, como crece
La pasion en pecho impuro.

«¡Allá viene!...Ya se acerca...
¡Cuánta ventura, Dios justo!»
Las manos batiendo al aire
Clama enajenado el bulto.

A medida que la nao
De los vientos al impulso
Con sus abultadas velas
Se acerca al puerto seguro,

El observador gozoso
Con el manto mil saludos
Hace, al ver que el leño toca
Ya al anhelado refujio.

De la alta roca desciende:
Corre ajitado i convulso
A recibirle, i se pinta
En sus facciones el gusto.

¿Será acaso algun amante
Llevado por el influjo
Del amor que ver espera
Al objeto de su culto?

¿O el padre que aguarda al hijo,
O el mercader que seguros
Del naufrajio vé los bienes
Que como perdidos tuvo?

¡Nó! Los vapores mundanos
No turban su pecho puro,
Ni su mirada se clava
En bienes que dan disgusto.

Su alma cándida, inocente,
Siempre se eleva del mundo
A la mansion de los santos
A ofrecer a Dios tributo;

I los placeres i glorias
Que brinda el terreno orgullo,
Tanto desprecio le causan
Cual si fuera lodo inmundo,

Entre punzantes silicios
Flajelaciones i ayunos,
Consigue que su alma pueda
De virtud dar ricos frutos,

Como dan fragantes flores
Esos rosales incultos
Que el jardinero deshoja
A golpes de azote duro.

¡Oh, sí! la virtud es planta
Que no florece al arrullo
De la brisa voluptuosa
De los placeres del mundo:

El alma que se aletarga
Por el embriagador zumo
Terreno, es desierto estéril
De la virtud no halla jugo.

Tal como a la fértil tierra
La rasga el arado agudo
Para que alimente el grano
Que ha de dar ópimo fruto,

Así el hombre necesita
Ser de su cuerpo verdugo,
Para que en su alma jerminen
Del bien los granos fecundos.

***

Aquel hombre que impaciente
Aguardando al leño estuvo
I al verle besar la playa
Corrió hácia él con afan sumo,

Es un santo misionero
A quien idolatra el vulgo
Por tener bondad sin tasa
I caridad cual ninguno.

Las lágrimas de los pobres
Él las enjuga con gusto,
I en sus siempre abiertos brazos
Hallan un dulce refujio.

La caridad, ese fuego
Que Dios en la tierra puso
Para calmar los rigores
Del destemplado infortunio,

En su pecho siempre ardia
Como arde en el templo mudo
La lámpara solitaria
Suspensa en el yerto muro.

Se tenia por el hombre
Mas envilecido i rudo,
I en su humildad reputaba
Por peor siempre lo suyo.

¡Felices los que se humillan
Ante el mundanal orgullo,
Porque serán ensalzados
En la rejion de los justos!

I mas los que se anonadan
Por recojer los mendrugos
Que desechan de sus mesas
Los necios hijos del lujo,

Para alimentar con ellos
Esos mendigos convulsos
Que la miseria i el hambre
Van empujando al sepulcro!

Este santo misionero
A quien todos rinden culto,
Este ánjel, Pedro Claver
Por nombre en la tierra tuvo.

ROMANCE II.

Allá en las ignotas playas
Donde el sol nunca permite
Que Natura se engalane
Con sus vistosos matices;

Allá do nunca la rosa
Las blancas mejillas tiñe,
Do nunca se vé que el oro
En luengos cabellos brille,

De Cam los miseros hijos
Corren menguados, mas libres,
Por las calientes arenas
Que tienen el mar por linde;

En las atezadas frentes
Llevan las marcas del crimen
Que desde el vientre materno
Hasta el sepulcro les siguen.

Ser siervos de sus hermanos
Es su destino ¡infelices!
I su mision arrastrarse
Ante ellos como reptiles.

Convirtiólos la codicia
En mercancía vendible,
I como a útiles objetos
En los mercados vendianles:

Les arrancaban crueles
De sus albergues humildes
O en las cuevas los cazaban
Como a sanguinarios tigres,

Para sacarlos del suelo
Donde vivian felices,
I a retiradas rejiones
Ya de esclavos conducirles!

De la nave en la sentina
Como a fardos les oprimen
I hasta les niegan que el aire
Del océano respiren....

Hambre, sed i pestilencia
En la prision les aflijen,
I el hedor de los que mueren
Aumenta su angustia horrible.

No bien llegan a la playa
Cuando mercaderes viles
A las cloacas descienden
A dar cima al fiero crimen.

Oh, pobres cautivos! Salen
A aspirar el aire libre,
I la pesada cadena
De la esclavitud reciben!

Sus inhumanos señores
Con los oficios mas ruines
I pesados se proponen
Agravar suerte tan triste:

Si agobiados del trabajo
Descansan, como a serviles
Brutos, el látigo pronto
Se les descarga terrible....

Por la suerte de estos pobres
Nadie compasion concibe,
Pues les miran como a seres
Que no son de humana estirpe!

Tan solo la relijion,
Que cuida de los humildes
I hace amables las cadenas
Con que el mundo les oprime,

Hácia ellos sus ojos vuelve,
Cual madre tierna i sensible,
I con sus caricias hace
Que a su suerte se resignen.

Pedro Clavel cual ninguno
Con afan tras de ellos sigue,
Como el ánjel que en la vida
De compañero nos sirve.

No bien divisa la nave
Que a la costa se dirije
Africanos conduciendo,
Cuando sale a recibirles.

Bondadoso, cual si hermanos
Fueran; con ellos sonrie
I en los brazos les estrecha
Con un placer indecible.

Les enseña que en el mundo
No todo es desgracia i crimen;
I ademas que los pesares
Que en la tierra les aflijen,

Un Dios misericordioso
En el cielo los recibe,
I por cada hora de pena
De ventura dará miles;

En fin les hace probar
De ese misterioso elixir

Que destila la esperanza
I da fuerza a los que jimen.

1870.

ROQUE ROCA I ROQUETE.

LAS MUSAS.

Las hijas de Júpiter i Mnemosina, o las diosas de la memoria, eran nueve, llamadas Caliope, Clio, Erato, Euterpe, Melpómene, Pelimnia, Talia i Urania. Participaban de los honores que se rendian a Apolo i eran conocidas tambien por las nueve hermanas, las diosas del valle sagrado, las castas hijas de la memoria, las hermanas de Apolo, etc. Se dice que éstas son las que inspiran a los poetas, los cuales se llaman sus hijos, los instruyen en el gusto de la poesía i les dictan los versos que cantando los hechos de los héroes, inmortalizan su memoria.

Caliope preside a la elocuencia i a la poesia heróica. Se la presenta bajo la figura de una jóven con aire majestuoso, coronada de laureles i adornada con guirnaldas de flores, en la mano derecha una trompeta i en la izquierda un libro. Erato preside a la poesía lírica. Se representa bajo la figura de una jóven con aire risueño, coronada de mirto i rosas, en una mano la lira i en la otra el plectro; a su lado un Cupidillo alado con arco i aljaba.

Euterpe fué inventora de la flauta, i es la que preside a la música i poesia pastoril. Melpómene preside a la música i a su lado flautas, oboes, etc.

Melpómene preside a la trajedia, se le presenta jóven con aire triste, calzada con coturno, i ricamente ataviada, teniendo en una mano cetro i coronas i en la otra un puñal.

Polimnia preside á la retórica i al arte del jesto i declamacion, de que es inventora. Se la presenta jóven, vestida de blanco i coronada de perlas, teniendo un cetro en la mano izquierda, i la derecha levantada en accion de arengas.

Tersicore preside al baile. Se le representa en la figura de una jóven coronada de flores en accion de bailar, con una lira en la mano i varios instrumentos de música en torno suyo.

Talia preside a la comedia. Se la representa bajo figura de una jóven, con aire alegre, coronada de yedra, calzada de suecos i teniendo en una mano una máscara i en la otra un cayado. Urania preside a la astronomia. Se le representa coronada de flores, i con ropaje azul; en una mano el globo celeste, en la otra una varita para demostrar lo que está señalando sobre la esfera i en torno suyo instrumentos de matemáticas i astronomia.

Diana, hija de Júpiter i Latona i hermana de Apolo, es conocida por los poetas bajo tres nombres i aspectos diferentes, lo que ha dado lugar a llamarla la triple Hécate; a saber, Luna en el cielo, Diana en la tierra, i Hécate en los infiernos. Casi siempre confunden los poetas a Hécates con Proserpina, a pesar de que su poder en los infiernos no se estendia mas que a poder detener cien años en los márjenes de la Estijia las sombras de los que no habian sido sepultados.

Diana era la diosa de los cazadores, porque habitaba los bosques i las selvas con una tropa de ninfas ocupadas siempre en la caza. Se le representa con aire noble i majestuoso, pero modesto, calzada de coturno, en una mano una flecha en la otra un arco, a la espalda la aljaba, i sobre la cabeza una media luna. Algunas veces la representan en un carro tirado por cervas. Comunmente se la llama la «Casta Diana», porque nunca quiso casarse.

Contenido de este número.

I.—Media noche, conclusion, por Ruperto Marchant Pereira.
II.—Tupac-Amaru, poesia, por David Bari.
III.—El teatro moderno ingles, por Jaime Clark.
IV.—El matrimonio putativo i sus efectos, por Manuel E. Ballesteros.
V.—El padre de los negros, poesia, por Roque Roca i Roquete.
VI.—Las musas.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañia, núm. 102.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO IV. Santiago, octubre 1.° de 1871. Núm. 209

EL MATRIMONIO PUTATIVO

I SUS EFECTOS.

(Conclusion.)

IV.

Los hijos nacidos del matrimonio putativo son lejitimos. Esto es una consecuencia lójica del art. 122, i una disposicion espresa del art. 35, i mas aun del 37, que declara lejitimos los hijos habidos en el matrimonio putativo, aunque uno de los cónyujes sea casado válidamente con otra persona. Siendo así, el hijo habido durante la buena fé de uno de los cónyujes gozará de todos los derechos que corresponden al hijo lejitimo, i por consiguiente heredará a ámbos padres, aun al de mala fé. ¿Serán recíprocos los derechos del hijo i los del padre de mala fé? Desde luego puede establecerse que no, apesar de que el padre podria obtener algunos de los derechos de la patria potestad en caso de reconocer al hijo, cuando la lei lo permite.

Sinembargo, tratándose de este asunto, no seria la cuestion anterior tan difícil ni importante como la de saber si el matrimonio putativo producirá como el válido el efecto de lejitimar los hijos concebidos con anterioridad a él. Si el matrimonio produce tal efecto, segun el art. 35, debe tambien producirlo, segun el art. 122.

Esta cuestion tan debatida entre los jurisconsultos franceses se halla completamente resuelta en el art. 203 de nuestro Código, que espresamente establece que: «el matrimonio putativo no basta para lejitimar a los hijos que hubieren sido concebidos ántes de él.»

Con este principio está de acuerdo la lei 2.ª, tit. 15, Part. 4.ª, que en su conclusion dice lo siguiente: «Otrosi dezimos, que si alguno que ouiesse muger a bendiciones, fiziesse fijos en barragana biuiendo su muger, que estos fijos atales non serian legitimos; magüer despues desto se muriesse la muger velada, e casasse con la barragana: e esto es, porque fueron fechos en adulterio.»

V.

Una de las condiciones que se exijen para que el matrimonio putativo produzca efectos civiles es «justa causa de error.» Tratándose pues de un error de hecho, que reconoce una justa causa, es evidente que habrá efectos civiles, si no faltan las demas condiciones que especifica la lei.

El error de derecho ¿podrá alguna vez ser alegado para que el matrimonio putativo produzca efectos civiles? ¿O se aplicará en todo su rigor el precepto del art. 706 que dice que «el error en materia de derecho constituye una presuncion de mala fé que no admite prueba en contrario»?

Es un axioma mui conocido el que dice: «Ignorantia juris neminem excusat,» i por consiguiente es mui justa i razonable la disposicion del art. 706. Pero el art. 122 parece que ha querido hacer una marcada distincion entre la buena o mala fé i la justa causa de error. De otra manera no se esplicaria el objeto que tuvo el lejislador al repetir dos veces i con distintas palabras lo que no era sino una sola idea. Donde no hai justa causa de error no puede haber buena fé; pero el art. 706 declara que el error de derecho es una presuncion de mala fé, i esta latitud no parece estar de acuerdo con el sentido que espresa el art. 122. Debe entónces considerarse que éste último ha querido establecer una escepcion del primero al distinguir entre la buena fé i la justa causa de error. La buena o mala fé puede referirse a muchos objetos, i aun puede coexistir la mala fé con la justa causa de error, si aquélla se refiere a distintos motivos que ésta. Así puede haber mala fé en el caso de bigamia, i justa causa de error en creer que el matrimonio de afines en segundo grado es permitido. De aquí es que el matrimonio, que podria ser escusable en el último caso, no lo seria en el primero, i por eso el art. 705 no parece

poder aplicarse a los casos que puedan tener lugar en el art. 122.

El precepto del Digesto citado al principio se refiere precisamente a un error de derecho, puesto que dispone que produzca efectos civiles un matrimonio de tio i sobrina, en que ésta última ignoraba, que tan cercano parenteseo fuera un impedimento dirimente: «quo ignara juris in matrimonio avunculi tui fuisti.»

Por otra parte, se comprende mui buen esta disposicion, porque asi se deja libre accion al poder eclesiástico para juzgar en conformidad a la lei canónica que se aplica en este caso, i que no es tan estricta a este respecto como la lei civil, pues ella escusa a veces la ignorancia de derecho.

El art. 2319 da al juez la lata facultad de poder declarar si un menor de 16 años es o no incapaz de delito. Si llegare el caso de un matrimonio de un menor de esa edad, i que se declarase nulo por algun impedimento dirimente ¿no podria el juez declarar que no habia habido delito, i por consiguiente mala fé? Es evidente, i sinembargo pudo haber en ese caso únicamente un error de derecho.

De este sentir son tambien numerosos autores que cita Gregorio Lopez en sus comentarios a la lei 51, tít. 14, part. 5.ª, bien que todos están de acuerdo en que un error craso del derecho de jentes privado no podria escusar jamas, i tal seria, por ejemplo, el del que se casara con una hermana, u otro caso semejante, porque tales matrimonios repugnan a la razon.

VI.

Declarada la nulidad del matrimonio, i establecida la buena fé de ámbos o de uno solo de los cónyujes, debe procederse a la particion de los bienes, que se efectuará de diferentes maneras, segun sean los distintos casos que se presenten.

Como ántes se ha dicho, el matrimonio putativo puede compararse, al tiempo de su disolucion, con otro válido al tiempo de declararse el divorcio perpétuo. Siguiendo esta regla, fácilmente se comprende como puede hacerse la division de los bienes pertenecientes a los esposos.

Cuando ámbos cónyujes han estado de buena fé, la particion se hará o conforme a las reglas señaladas por el código, o segun las cláusulas contenidos en las capitulaciones matrimoniales. En cuanto a las donaciones hechas para que tengan efecto despues de la muerte de uno de los cónyujes, habrá que aguardar que ella se efectúe para que puedan tener lugar.

Si la buena fé no existió sino en uno de los esposos, éste solo gozará de las ventajas que acuerda la lei. Asi podrá pedir la parte de bienes que le corresponderian en un matrimonio válido, o podrá exijir que se le den los que proporcionalmente le corresponderian en una simple comunidad de bienes. «Las promesas o donaciones que, por causa de matrimonio se hayan hecho por el otro cónyuje al que casó de buena fé, subsistirán no obstante la declaracion de la nulidad del matrimonio.»

VII.

Como se ha visto la particion de los bienes comunes es fácil i sencilla para el caso de la nulidad de un matrimonio putativo. Hai sinembargo un caso en que esa sencillez i facilidad desaparecen, por presentarse un verdadero conflicto de derechos. Tal es el caso de bigamia, en que puede haber dos cónyujes cuyos derechos sean iguales, por ser el uno de un lejítimo matrimonio, i el otro de uno putativo, al cual la lei acuerda iguales efectos que al primero.

Llegado este caso, ¿qué deberá hacerse para dar a cada uno lo que le corresponde sin lastimar los derechos de los otros? Cuestion es ésta difícil de resolver, pero a la cual es menester entrar para dilucidar, siquiera sea someramente, los principales casos a que puede dar lugar un matrimonio putativo.

Numerosos son los que pueden presentarse cuando ha existido bigamia, i distinta la solucion de cada uno de ellos. Veamos primeramente los que resultan del matrimonio putativo que produce efectos civiles para ámbos cónyujes, por estar ámbos de buena fé.

Cuatro casos pueden presentarse en que haya que hacer la division de las dos sociedades conyugales. En todos ellos supondremos, para la claridad de la esposicion, que es el marido el cónyuje bígamo de buena fé, entendiéndose que sucederia exactamente lo mismo si fuera la mujer i no el marido quien hubiera contraido doble matrimonio. Tambien hacemos abstraccion del caso de haberse dado la posesion provisoria de los bienes del desaparecido, porque, como dice el art. 84, «en virtud de

la posesion provisoria, quedará disuelta la sociedad conyugal, si la hubiere, con el desaparecido.»

Los cuatro casos, a que hemos hecho referencia, son los siguientes: 1.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio son frutos de los que ya existian en el primero, i que fueron aportados a él por el marido bigamo. 2.° Dichos bienes adquiridos en el segundo matrimonio son igualmente frutos de los del primero, que fueron aportados por la esposa desaparecida. 3.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio provienen del capital aportado por la segunda mujer. 4.° Los bienes del segundo matrimonio son fruto esclusivo del trabajo i laboriosidad del cónyuje bigamo durante su segundo matrimonio.

Trataremos de cada caso separadamente.

1.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio son frutos de los que ya existian en el primero, i que fueron aportados a él por el marido bigamo.

En este caso, la segunda mujer no tiene ménos derechos porque sean los bienes adquiridos durante su matrimonio, frutos de los del matrimonio anterior, tanto mas cuanto que la primera mujer no podria alegar otro jénero de derecho a esos frutos, desde que provenian de un capital que su marido habia aportado. I aunque la lei no distingue si es uno u otro de los cónyujes o ámbos a la vez quienes introducen el capital social para hacer la particion de gananciales; en estos casos hai sinembargo que atender a veces a esa circunstancia, porque no estando previstos por la lei, es la equidad i la justicia natural quien debe darles solucion.

La mujer en el caso propuesto no puede ser privada de la mitad de gananciales habidos durante el segundo matrimonio, porque ellos fueron adquiridos en el matrimonio putativo, que produce a su respecto los mismos efectos que si fuese válido. Pero cercenando esa mitad, ¿la otra restante se aplicará a uno de los cónyujes del primer matrimonio? ¿O se les dará la mitad de ella, es decir, la cuarta parte del total a cada uno, suponiendo que debiera verificarse entre ámbos la particion de bienes, o bien entre el uno i los herederos del otro?

En el primer caso, se dejaria sin parte a uno de los cónyujes, lo que seria injusto i absurdo, i no puede por tanto admitirse. En el segundo se daria a ámbos ménos de lo que la lei determina, pues se adjudica a cada uno la cuarta parte en vez de la mitad.

A primera vista, semejante decision parece contraria a la lei; pero es menester desentenderse aquí de su tenor literal, porque de él resultaria un absurdo, i atender a su espíritu. En efecto ¿que significa la particion de los gananciales? No otra cosa, que el premio que la lei otorga al cónyuje que lleva sobre si la carga matrimonial. Ambos esposos trabajan: el marido adquiriendo los medios para sostener la familia; la mujer atendiendo a los cuidados domésticos, que son de tanta importancia como los primeros. Los frutos adquiridos en el matrimonio se deben pues al marido que los adquiere i a la mujer que los conserva, i que soporta i cumple los pesados deberes del matrimonio.

Esto supuesto, ¿es igual la situacion de la primera esposa a la de la segunda? Nó, evidentemente. I para que la lei llene su objeto debe darse a la segunda esposa la mitad de los bienes adquiridos, i reservar la otra mitad para la otra sociedad conyugal que queda subsistente, i en la cual corresponde a cada cónyuje la mitad de los frutos. La persona moral representada por la primera sociedad conyugal habrá formado una nueva sociedad con la segunda mujer, i hecha la particion entre los miembros de la segunda, se partirán los de la primera segun lo determine la lei o la convencion.

2.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio son frutos de los del primero, que fueron aportados por la esposa desaparecida.

Una mujer poseedora de un capital de cien mil pesos se casa con un hombre que nada tiene. Mas tarde el marido, creyendo disuelto su primer matrimonio contrae otro nuevo que dura cinco años, al fin de los cuales reaparece la primera mujer encontrando 20,000 pesos mas producidos por el capital que ella aportó.

Esos veinte mil pesos ¿le pertenecen a ella? ¿pertenecen a la segunda mujer? ¿O tienen cada cual una parte proporcional?

Desde luego se ocurre que basta esponer este caso para comprender que el capital de cien mil pesos dejados por la mujer debe considerarse como bienes del desaparecido o ausente i confiarse su administracion

a las personas que señala la lei. El producto de ese capital corresponde a la mujer esclusivamente, i no puede sin fraude llegar a poder del marido, salvo el caso de ser él heredero. Si ese capital produjo algo en el primer matrimonio, se considerará que aporta el marido al segundo la parte de gananciales que le correspondió del primero, i que los frutos producidos serán los gananciales del nuevo, que se dividirán segun lo espuesto en el primer caso.

3.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio provienen del capital aportado por la segunda mujer.

Supuesto este caso ¿qué division se hará de los bienes sociales? La respuesta es sencilla. Produciendo el segundo matrimonio los efectos del válido, los gananciales habidos en él corresponden por mitad a ámbos esposos, i la mitad del marido se agregará a los bienes de la sociedad entre él i su primera mujer, i en caso de separacion de bienes tocará la mitad a cada uno, es decir, la cuarta parte de todos los gananciales.

4.° Los bienes del segundo matrimonio son fruto esclusivo del trabajo i laboriosidad del cónyuje bígamo durante su segundo matrimonio.

Este caso es exactamente igual al primero, i mui semejante al anterior. Sin necesidad de repitir las razones alegadas, podemos decir que a los dos primeros cónyujes corresponde la cuarta parte de los gananciales, i la otra mitad a la segunda mujer.

Aunque aparece a primera vista injusto que corresponda al marido apénas una cuarta parte de lo que se debe a su empeño i a sus esfuerzos, bien considerada la cuestion, no hai en esta solucion nada de ilegal ni de injusto. La lei considera igual el trabajo del marido i de la segunda mujer, segun lo hemos dicho. Por otra parte el marido no adquiria su parte para sí solo, puesto que existia una sociedad que no se habia disuelto, i para la cual él estaba adquiriendo.

VIII.

Resueltas las principales cuestiones a que da lugar el matrimonio putativo, en que ámbos cónyujes estaban de buena fé, nos queda que ver el caso de bigamia en que hai mala fé de parte de alguno de los consortes del segundo matrimonio.

Como en el matrimonio de buena fé, examinaremos las mismas cuatro cuestiones principales que puede ocurrir considerando de mala fé al marido que es quien contrae doble matrimonio.

1.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio son frutos de los que ya existian en el primero, i que fueron aportados a él por el marido bígamo.

En este caso el matrimonio putativo produce efectos solo para la mujer, que es la que está de buena fé, i no para el marido. Corresponde pues a la mujer del segundo matrimonio la mitad da los gananciales habidos durante él. A la primera mujer debe corresponder tambien la mitad de los gananciales, porque no ha sido una sociedad conyugal, ni de otra especie la que ha habido en el segundo matrimonio. Se puede decir que el marido por su delito perdió la parte que le correspondia, i que a ámbas esposas debe darse integra la parte que les asigna la lei.

2.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio son frutos de los del primero, que fueron aportados por la esposa desaparecida.

Despues de haber convenido que no pueden tales bienes llegar a poder del marido sin que haya algun fraude, salvo el caso de ser heredero de la primera mujer, suponiendo que éste estuviera de buena fé, solo puede agregarse ahora que la mala fé agrava el delito, si lo hubo. Los bienes aportados por la esposa le corresponden a ella, i en caso de desaparecimiento a sus herederos; i su administracion a las personas que la lei determina.

3.° Los bienes adquiridos en el segundo matrimonio provienen del capital aportado por la segunda mujer.

En este caso hubo matrimonio putativo únicamente para la segunda mujer. La mala fé del marido, le priva de todos los derechos que la lei acuerda a los esposos, i por este motivo no puede reclamar parte alguna en los gananciales formados únicamente con el capital de la mujer. Todo el provecho será para ésta; i la primera mujer no puede tampoco reclamar para sí parte alguna, puesto que ningun título le asiste para ello.

4.° Los bienes del segundo matrimonio son fruto esclusivo del trabajo i laboriosidad del cónyuje bígamo durante su segundo matrimonio.

¿Puede en este caso privarse a la segunda mujer del derecho, que la lei le da a participar de la mitad de los gananciales? Nó, sin duda: ninguna razon habria para ello, pues que hubo a su respecto matrimonio i efectos civiles, desde que estuvo de buena fé.

¿La primera mujer, por su parte, podrá ser privada de la otra mitad de los gananciales? Es claro que no. Lo que ha concedido la lei por un especial favor a la segunda, lo ha otorgado justa i equitativamente a la primera. Su matrimonio subsistia, i no habiendo nada que lo invalidara, de ningun modo podria privársele de su derecho.

La triste situacion del marido en este caso es un justo castigo del grave delito con que, por su mala fé, ha ofendido a la sociedad i a sus dos esposas, que han sido inocentes del fraude cometido por él.

Tales son los casos principales que pueden presentarse en el doble matrimonio. Las soluciones dadas, sin ser contrarias a la lei, se apoyan a veces en ella, i a veces en los principios eternos de la equidad natural.

Dadas estas soluciones, i partiendo de los principios que le sirven de base, pueden resolverse todavia muchos otros casos, como el de un triple o cuádruple matrimonio, que ha tenido lugar mas de una vez ante los tribunales franceses.

En el caso de triple matrimonio de buena fé, por ejemplo, deberia darse a la última mujer la mitad de los gananciales adquiridos durante su matrimonio, i el resto dividirse entre la segunda mujer i el marido, dando solo la mitad de lo que queda a la primera mujer. Así, si esos gananciales ascendieran a cien mil pesos corresponderian a la primera mujer 12,500, a la segunda 25,000, a la tercera 50,000, i el resto de 12,500 al marido.

He recorrido a la lijera las principales cuestiones, a que puede dar lugar el art. 122 de nuestro Código civil. El estudio que he hecho de ellas me ha inducido a darles las soluciones que he creido mas conformes a la lei. En tan vasta materia queda todavía mucho que decir; i en la esposicion hecha por mí hai talvez mucho que enmendar. Sinembargo me felicito de haber comenzado un estudio tan interesante, puesto que los comentarios hechos sobre esta materia a los principales códigos estranjeros, arrojan poca luz para resolver los casos que ocurren en el nuestro. Este ha alterado en su esencia i en su forma muchas de sus disposiciones, destruyendo gran número de dificultades, i dando márjen a algunas nuevas. Dejo a otros mas competentes la tarea de profundizar aun mas ámpliamente esta cuestion: a mí me resta al ménos la satisfaccion de haberles mostrado el camino.

MANUEL E. BALLESTEROS.

SALMO LXXXII. (1)

Deus, quis similis erit tibi? ne taceas, neque compescaris, Deus.

¡Quién semejante a ti será, Dios mio!....
Quebranta tu silencio,
Que ya tus enemigos han alzado
La cerviz altaneros!

Negros designios forjan maliciosos
En contra de tu pueblo
I a tus siervos con lúbrica algazara
Amenazan soberbios!

Venid i destruyamos sus naciones,
Ufanos se dijeron
I el nombre de Israel i su memoria
Ante el mundo borremos;

De la santa ciudad i del santuario
Vamos a ser los dueños;
¡Mueran sus sacerdotes!...los altares
Caigan en ruina al suelo!...

I todos contra ti, en infame alianza
Inicuo pacto hicieron
Los de Amalec, Moab, los ismaelitas
I demas estranjeros.

Haz con ellos, Señor, como de Sisara
Aquel justo escarmiento;
Como a tantos que, a solo tu mirada,
En Endor perecieron...

---

(1) Este salmo se aplica a Jesucristo, i las conjuraciones de los enemigos de su Iglesia.

A sus caudillos como débil hoja
Arrójalos al viento,
Marca a su frente impura la ignominia
Con un rayo de fuego

I turbados verán cómo a ti solo
Proclama el universo
Altísimo Señor que creó la tierra
Los mares i los cielos!...

1871.

David Barl.

CREENCIAS POPULARES
DE ASTÚRIAS.

Los familiares.—El Trasgo.—La hueste.—Las Xanas.

Las analojías de clima i de terreno influyen tan poderosamente en las creencias i carácter de los mas apartados paises, que la detenida observacion i el meditado estudio de uno de ellos, pueden ahorrar a la intelijencia gran parte de su trabajo para el conocimiento de los demas.

Así, por ejemplo, un viajero de la Escocia no ha de encontrar tanta novedad como interes en la magnificencia de las montañas de Astúrias ni en la galanura de sus valles, como no habrán de parecerle desconocidos el trato apacible de sus habitantes i la orijinalidad de sus costumbres hospitalarias. Esto sucederia tambien tratándose de las Provincias Vascongadas, respecto a los cantones de la Suiza.

En el seno asturiano, que apesar de su escabrosidad, ofrece casi siempre a la vista, paisajes de aspecto risueño, los seres sobrenaturales, animados por la fantasía popular, son protectores e inofensivos: traviesos con frecuencia: malignos pocas veces; siniestros mui raras. Tales aparecen los mencionados en el epígrafe de este artículo, i otros, no tan jeneralmente conocidos i de menor significacion, como los *ñurcros*, los *ayalgas*, los *espumeros*, etc. A todos ellos corresponden en la Escocia los que únicamente en los nombres se diferencian, puesto que su manera de ser, en la imajinacion del pueblo de Roberto Brucio, fraterniza, hasta la identidad, con la que alcanzan entre los hijos de Pelayo. Allí se llaman la *hechicera del Tau*, las *buenas mujeres*, el *brujo nocturno*, las *mujeres verdes*, i otros innumerables.

Nada mas interesante que el conocimiento de estas creencias para el estudio fisiolójico de los pueblos: nada mas útil para el profundo análisis de su historia. Si con tanta mayor dificultad se han ido borrando en Astúrias las huellas de las invasiones primitivas, de aquéllas cuya memoria se confunde entre la vaguedad de los tiempos mitolójicos, cuanto fuera menor la facilidad de que se hubiesen salvado los diques de sus montañas, de sus torrentes, de sus bosques, de sus ríos; si las trasformaciones que sufrió su suelo en las primeras épocas del pleno dominio de la historia no han de tenerse ménos en cuenta que el carácter que le imprimieron con su largo asentamiento las dominaciones romana i gótica, entónces habrá de darse una esplicacion indudable a los resíduos de paganismo, a los restos de idolatría que descubrimos en el poético fondo de sus creencias.

Protejidas por las nieblas de los montes; resguardadas por el abrigo de los valles; con la defensa de sus peñascos graníticos i de sus robles seculares; hubieron de aunarse en su arraigo los recursos del tiempo i del espíritu humano, los esfuerzos del hombre i de la naturaleza.

Así se comprende cómo, a pesar de que el cristianismo logró infiltrar en los corazones asturianos todo el ardor i la pureza de su fé, acrisolada como su patriotismo, cual ningun otro pueblo la ofrece, delante de los siglos i a través de las revoluciones, ha dejado vivir incólumes, dentro de su atmósfera propia, tales reminiscencias del jentilismo.

Una sola observacion bastará para confirmarlo: entre los habitantes de las montañas revisten las creencias un carácter sombrío i fatalista, obra de seres malignos i terribles en jeneral; miéntras las de quienes pueblan los llanos suelen mostrar lo benéfico junto con lo sobrenatural de sus ajentes. I sinembargo, las mismas dotes imajinativas poseen los unos que los otros; pero en los primeros concurren a reflejar su objeto las densas brumas, los riscos erizados, los lóbregos precipicios, en tanto que ayudan al influjo de los segundos la apacible amenidad de los valles i la tranquila corriente de los ríos.

En el órden moral como en el físico, i aún hallándose en contraposicion el uno con el otro, las causas análogas habrán de ofrecer análogos efectos: por eso simpatizaron i se identificaron, a pesar de las ideas i de los siglos, el terrible carácter de las creencias populares jentílicas i el aspecto imponente de las inaccesibles montañas. El espíritu del cristianismo ha penetrado en su atmósfera, sin desvirtuarse ni desvirtuarlas, como no se altera la augusta majestad de las catedrales por las horrib'es i caprichosas figuras que exornan sus bóvedas i capiteles, i son memorias indelebles legadas por el arte pagano a la inspiracion de los artistas cristianos.

Con estas observaciones no ha de ser difícil considerar en el punto de la realidad, objetos creados por la fantasía de uno de los pueblos mas ilustres de la historia.

I.

Los *familiares* se presentan, reclaman el puesto primero en la atencion de los lectores.

No habrá necesidad de espresar que pertenecen a la categoría de los duendes, i que nada tienen que ver con los que, usurpando su propio nombre de familiares (vulgo monaguillos) pululan por el interior de los templos, con mayor desenvoltura i desparpajo que requieren su trato contínuo con los ánjeles i con los santos.

Sí advertiré que toda esa travesura i todo el desparpajo que los acompaña, mui atras se quedan de la gracia i atrevimiento de nuestros amigos,—digo—de los invisibles familiares, que se presentan siempre en campaña contra toda la humanidad, sin ser vistos ni aun por su sombra, haciendo de las aldeas los campos de su predileccion.

No obstante, si algun campesino tuviera la audácia de afirmar que tal o cual vez los ha encontrado metidos, ya en las almadreñas que acaba de quitarse, ya en una manga de la camisa, que por ello no hubo de ponerse, ora que los ha descubierto en el momento de deslizarse de entre los puntos de una media, ora que los ha cojido infraganti apagando la luz del candil, aunque sostenga su afirmacion, jurando por la salvacion de su alma o por los zapatos del rei don Pelayo, bien se podrá decirle que ha visto visiones, o que es un embustero de marca mayor; mayor todavía que la de aquel andaluz que distinguia una pulga sobre una campana, a la distancia de tres leguas, i aun mayor que la del compadre suyo que, acompañándole, la sentia andar. Porque los familiares no se dignan jamas hacerse visibles al mundo, i están en todas partes, como Dios.

Hombre hai que, al levantarse de la cama, encuentra vuelta del revés la chaqueta que ha dejado como debe estar, sin que en la habitacion hubiere entrado persona alguna; o bien tropieza con un zueco arrimado al cofre, miéntras el otro aparece sobre una silla. I estos graves percances ocurren, i muchísimos mas, cuando por descuido o por desprecio, no se tienen propicios a los familiares, captándose sus simpatías, ya con dejarles un hueco bien mullido en los lechos, abrigado en el invierno i de bastante desahogo, durante la estacion del calor, ya no enturbiando el agua que se ha dejado por las noches en la cofaina, puesto que son sumamente aficionados a bañarse cuando nadie puede descubrirlos, ya hablando de ellos, siempre que llegue el caso, con respetuoso cariño i deferencia.

¿Grandes percances se ha dicho? Fatales, desastrosos los ha producido aquella falta, miéntras que han sido considerables los beneficios de su estimacion i cariño. I si no, vea el lector lo sucedido en cierta aldea del consejo de Lena. Perico i Diego eran labradores que llevaban en arrendamiento una tierra, por mitad repartida, i con iguales condiciones de produccion la parte del uno que la del otro. Llegó un año abundantísimo, i todos los labradores de la vecindad recojian pingües cosechas, apresurándose los dos a poner a buen recaudo las suyas.

I ocurrió que Perico halló sus espigas repletas de grano, en tanto que las de Diego estaban raquíticas i desmedradas.

La esplicacion de este resultado, por muí incomprensible que parezca, no puede ser mas natural: a Diego no le eran propicios los familiares, porque no guardaba como guardó Perico con ellos las debidas consideraciones. La prueba es que a haber tenido vista doble, cualquiera hubiese podido observar durante el tiempo en que hicieron la siembra, cómo un enjambre de familiares iban colocando en posicion oportuna los granos que Perico esparcia sobre la tierra, para que jerminaran fácilmente, en tanto que, detrás del arado de Diego, iban desparramándolos fuera de los surcos o

poniéndolos de la peor manera, porque no pudiesen desarrollarse, o para que los gorriones los comieran.

Otro caso notable me ofrece la memoria. Habia un matrimonio mui bien avenido, tanto, que era citado como modelo en seis leguas a la redonda. Ella se dedicaba a la venta de huevos, leche i requeson, i él al cuidado de los ganados. Llegó un invierno rigurosísimo, tal que ni aún los viejos recordaban uno tan cruel en aquellas comarcas, de las mas frias del norte de España. Helábanse los rios, formando témpanos enormes, i era mui frecuente encontrar pájaros helados en sus nidos, i secarse las plantas mas robustas, teniendo que resguardarse las personas con doble abrigo que en anteriores inviernos. El matrimonio en cuestion no habia podido reunir los recursos suficientes a dicho abrigo para ellos i para dos hijos; i particularmente al llegar la hora de acostarse, deploraban con amargura su desgraciada suerte, por la pobreza de sus lechos i la escasez de leña. Los crueles desvelos trajeron entónces a las enfermedades, i las enfermedades a la miseria. ¿I por qué? A la vez lo dicen todos los aldeanos de la comarca. Porque en sus quebrantos dieron al olvido a los familiares, quienes se vieron obligados a abandonarles, a causa de no haberles dejado ni un huequecito siquiera en ninguno de los lechos durante tan crudos temporales.

La venganza no dejó de guardar proporcion con el delito. Otro gallo cantara a los honrados esposos sino hubieran sido ingratos con sus huéspedes invisibles. ¡Pícaros familiares! ¡Cómo pudiésemos atraparlos, ya les habiamos de decir cuantas son cinco, i si es lícito que cambien cuando se les antoja las gracias de la travesura por las gracias de la perversidad, tanto mas criminales, cuanto sobre jentes mas pobres e infelices recaen!

¡Si al ménos no pasasen sus fechorías de las puertas de uno que otro hogar, de los límites de una que otra aldea!....Pero si, si....¡Ahora van ellos a contentarse con eso!....Yo creo, i lo reservo por no asustar a los lectores, que casi todas las calamidades que en España sucedan, no se deben a otra cosa que al poco caso que hacemos de los *familiares*.

II.

No sé si habré tratado con poca consideracion a los familiares; si así lo creyeran, protesto con toda enerjía de la rectitud de mis intenciones; i protesto tambien de la venganza que su amigo o compañero el *trasgo* pretende tomar del supuesto agravio.

El empezar esta cuartilla se ha derramado sobre ella todo el líquido del tintero, manchándose las mangas de mi única levita *visible*, cayendo encima del pantalon, i esparciéndose hasta las puntas de las botas; mi pluma de tres puntos se ha hecho añicos de repente, i con las otras no puedo escribir. Acabo de convencerme de que esta cuartilla era la última disponible, lo cual estaba mui léjos de sospechar—¡i ¡oh dolor! en el almacen de enfrente ya no me fian....

¡*Trasgo* infernal!.....Pero.....¿qué he dicho? Jeneroso señor: amigo mio: ten la bondad de suspender la terrible venganza que tomas, en nombre de tus compañeros: permite que pueda volver a mi tarea; que nuevas cuartillas se deslicen bajo mi mano hollada su virjinal tersura por pulidas letras sin borrones, por una pluma mejor que aquella, a tu furia sacrificada; porque te prometo, te juro, por tus orejas de murciélago, que no voi a decir que eres tan horriblemente feo cual la asturiana fantasía nos miente: declararé que estás bonito i agraciado, i bizarro; hermoso hasta lo sublime con tu cuerpo de erizo, tus patas de araña, tu hocico de mono i tus ojos de diablo: diré que nunca te acercas a las personas inspirado por las sujestiones mas perversas i por los mas torcidos e inhumanos propósitos: ni descubriré que para disimularlos i cumplirlos mejor sueles tomar la vergonzante forma de un raton, o la humilde de una cucaracha, o la repugnante de una araña.

Te advierto que si continúas haciéndome la guerra, he de revelar cuáles son los escondrijos de tu preferencia, a fin de que sin remision puedan cojerte en lo alto de las chimeneas, en lo mas apartado de los desvanes i en los rincones de los graneros. Veremos si entónces te entretienes en arrojar hollin sobre los pucheros; en meter un ruido que no deja dormir a nadie; en echar a perder el grano, cuando no te lo comes; en gritar al oido que hai ladrones, en medio del reposo de la noche, remedando al viento, al abrir i cerrar las puertas con estrépito, i haciendo desaparecer las ropas de los dormitorios, para que se vuelva

loco el que a toda prisa tenga que ponérselas.

Todavia nos hallamos a tiempo de hacer las paces; en cuyo caso, trasgo amigo, como prueba la mas notoria de afectuosa correspondencia, he de descubrirte el medio que emplean los aldeanos maliciosos por librarse de tu enemistad; por cierto que parece inverosimil que tu sagacidad proverbial no haya dado todavia con la excesiva sencillez del caso. Has de saber que en una habitacion completamente vacia derraman sobre el suelo, un gran puñado de linaza, cuyos granos cuentan i recuentan, durante las primeras horas de la noche. Como han llegado a averiguar que el espíritu de imitacion te domina mas que a los micos, están seguros de que continúas aquella operacion en el acto que ellos la concluyen, i no tienen mas que cuidarse en desbaratar tu inútil trabajo, cuando lo has abandonado al apuntar el dia, en la seguridad de que has de volver a continuarle a la noche siguiente, i otra, i otras, logrando así ocuparte de continuo, distrayendo tu atencion sin detrimento de su tranquilidad ni de sus intereses.

Veo con agradecimiento que, en pago de la anterior revelacion, me has permitido encontrar cuartillas suficientes, i una de mis plumas favoritas, llegando tu bondad hasta el estremo de atenuar la gravedad de las manchas de tinta i devolver el órden a mis ideas para tratar de tu colega la *hueste* Te repito las gracias, con la promesa de no poner nuestra amistad en conocimiento de aquellos maliciosos, a fin de que prosigan incautos cayendo en el garlito de tus mañas. Hasta la vista.

III.

Las noches de verano son hermosísimas en Asturias. Si los rayos de la luna májicamente se reflejan en los bulliciosos cristales de los arroyos o en el límpido espejo de los rios; si refrescadas las brisas en el verdor lozano de sus valles, van a mecerse blandamente entre las copas altivas de los pinos i de los robles; si a las plácidas armonías que arrullan el reposo de la naturaleza une el vijilante ruiseñor sus melancólicas querellas; entónces no dejará de salir la *hueste* por los campos, porque este fantasma siniestro gusta de las noches apacibles i serenas tanto como otros apetecen las lóbregas i tormentosas.

Hace algunos años que tuve ocasion de conocerle durante una velada que diera principio de un modo tan placentero en cierto pueblecillo, cuyo nombre ha olvidado la jeografía, que a ninguno de los numerosos concurrentes a disfrutar de la frescura de la noche, descansando de las fatigas del dia, se le hubiera ocurrido pensar en la terrible aparicion.

De pronto se presenta ante nosotros un muchacho de unos doce años, pálido, trémulo i jadeante. Acababa de ver a la *hueste*. Apénas acierta a decirlo i ya el miedo i el horror se reflejan en cuantos lo escuchan. Si alguno se atreve a levantarse es con objeto de ir a ocultar su espanto en lo mas recóndito de la casa.

Venciendo con grandes esfuerzos el que a mi propio me dominaba, i teniendo casi que arrastrar al muchacho para que me enseñase el fantasma, pues ni ruegos ni dádivas le deciden, salgo fuera del pueblo, i.... en efecto.... allá como flotando entre el cielo i los linderos de un bosque, no uno sino cuatro fantasmas se descubren, con negros sudarios en forma de nubes que se arremolinan alrededor de un objeto, imposible de distinguir.

Intento adelantarme, i una fuerza terrible i misteriosa retiene mis piés. Vuelvo a mirar i.... la *hueste* ha desaparecido.

Luego me dijeron que siempre se presenta en aquel número, esto es, que forman la *hueste* cuatro fantasmas de rostros escuálidos i amarillos, vistiendo negras mortajas, estraordinariamente largas. Estos espectros salen de las tumbas cuando ha muerto algun campesino i no se aplican a su alma los sufrajios que dispusiera. Caminan conduciendo sobre sus descarnados hombros un ataud vacío, por mil fuegos fátuos iluminado; i van murmurando oraciones salmódicas en direccion al cementerio. Allí se detiene esperando a otros cuatro fantasmas que han de llegar conduciendo al culpable de no haberse cumplido la última voluntad del finado. Entónces cavan una fosa, i el infeliz, muerto del susto ántes de llegar, es arrojado a su fondo, dentro del ataud, entre roncos alaridos que lanzan todos los espectros. El cielo se oscurece, i una densa columna de negros vapores anuncia la desaparicion de la *hueste*.

Es indudable, lectores, la existencia de este fantasma de la imajinacion de los cam-

pesinos asturianos. La *hueste* es la imájen del remordimiento.

IV.

Solo resta a la conclusion de este trabajo, para cumplir lo que en su epígrafe se ofrece, manifestar el vivísimo contraste de la anterior creencia con la creencia de las *xanas*. Véase el bello recuerdo que, entre otros, las consagra el malogrado poeta, asturiano, D. A. Araujo i Valdés:

«Si por la noche, niña inocente
De sus amores sufre desvelos,
I en un suspiro su amor ardiente
Manda al objeto de sus anhelos;

«Nó, nada importa que esté distante
Surcando el aire lijera *xana*
Lo lleva al alma del tierno amante
Con los susurros de la mañana.»

Las xanas son las ondinas i náyades de Astúrias; vijilantes protectoras de todo amor puro. No viven sino en lo interior de las fuentes cristalinas, i emplean sus artes maravillosas en atraer a sus márjenes a las jóvenes aldeanas. La virtud de sus aguas acrecienta el fresco sonrosado de sus mejillas, i aumenta i depura tambien el albor virjinal de sus pensamientos.

La esploradora fantasía popular ha encontrado siempre a estas deidades solazándose al blando fulgor de las albas de primavera, en los umbrales de sus límpidas mansiones, ya hilando madejas de oro i plata, ya tejiendo guirnaldas de flores i pedrería. Las ha visto vistiendo sáhales vagarosos del color celeste de sus ojos; ha vislumbrado sus talles, flexibles como los lirios, por las brisas mecidos; ha escuchado su voz, dulce como el suspiro de la virjen enamorada, i ha sentido el rumor de su planta, como el eco de un beso maternal.

»Son muchas fuentes xanas cautivas
A quien complace copiar al cielo;
Son estas xanas mui vengativas
Para quien turba su límpio suelo.

«Guai de la niña que va a esas fuentes
I enturbia el brillo de sus cristales.»

dice igualmente el poeta citado, interpretando el sentimiento de respeto que los sagrados manantiales inspiran; sentimiento que llega a la idolatría entre los rudos habitantes de las aldeas.

Con dificultad habrá de hallarse en las baladas de Schiller i de Walter-Scot una belleza espresada con mas poético colorido i con mas encantadora sencillez, ni que con mayor fidelidad refleje la arraigada creencia.

Bien claro se observa el espíritu del paganismo en aquel respeto supersticioso i en el temor que entraña; pero ¡qué depurado en el corazon del pueblo! ¡qué hermoseado por su rica imajinacion! No ménos debe Astúrias envanecerse de esta riqueza, que de lo inapreciable de su gloriosa existencia, que de los tesoros de sus tradiciones i de su suelo, porque repitiendo lo consignado al principio de este trabajo, «nada mas interesante que el conocimiento de tales creencias para el estudio fisiolójico de los pueblos: nada mas útil para el profundo análisis de su historia.»

Luciano García del Real.

LAS RELIJIOSAS

DEL SAGRADO CORAZON.

La rejeneracion i enaltecimiento de la mujer, sacándola de la abyeccion en que yacia en los tiempos del paganismo i alzándola hasta el rango de compañera del hombre con iguales derechos que éste i con una sagrada mision doméstica i una sagrada mision social, es una de las grandes obras i de los mas honrosos timbres de gloria del cristianismo.

La Iglesia católica, intérprete de las enseñanzas del Cristo i continuadora de su obra que sabe encarnar i perpetuar sus tendencias, sus propósitos i su accion benéfica sobre la humanidad en instituciones permanentes, sabiamente organizadas i garantidas con los sagrados votos, ha producido en todos tiempos institutos destinados a la educacion de la mujer.

De ellos, sin duda el mas importante, el que con mayor provecho de la sociedad cristiana ha desempeñado su santa mision

ha sido la Congregacion de las relijiosas del Sagrado Corazon de Jesus, que afortunadamente tenemos establecida en Chile desde hace algun tiempo.

Los abates de Tournely, Varin, Broglie i otros sacerdotes franceses emigrados a Alemania durante la revolucion de 1789, concibieron la idea de fundar una sociedad relijiosa dedicada a la educacion de las jóvenes que por su posicion i fortuna son llamadas a ejercer una influencia poderosa en la sociedad. En presencia de las ruinas acumuladas en Francia por el torrente revolucionario, comprendieron aquellos piadosos e ilustrados sacerdotes que a la mujer estaba reservada una mision rehabilitadora i que ella podia contribuir poderosamente para restablecer en su base los principios de la fé i de la moral.

Desde el año 1793 se trató de realizar tan importante proyecto i aun se reunieron algunas personas con este fin, primero en Augsburgo i mas tarde en Viena; pero no tuvieron éxito estos primeros intentos, i solo en 1800 se logró poner los cimientos de la nueva sociedad, que recibió de su fundador, el abate Varin, el nombre de Congregacion del Sagrado Corazon de Jesus.

La primera superiora jeneral i fundadora fué la reverenda madre Magdalena Sofía Barat. Aunque mui jóven entónces, poseia todas las cualidades necesarias para el gobierno de una órden relijiosa: dotada de una intelijencia elevada, de un juicio recto, de una prudencia singular i de una piedad ejemplar, habia adquirido por una esmerada cultura estensos i variados conocimientos. El tiempo desarrolló estos preciosos dones durante los largos años que permaneció a la cabeza de la sociedad.

Las constituciones i reglas de la Congregacion fueron solemnemente aprobadas por un breve del Papa Leon XII en 1826, quien llamó dicha Congregacion a Roma donde posee tres casas. Esta bendicion poniendo como un sello a la obra emprendida, le dió mayor estension i en 1865, época en que murió su primera superiora jeneral, se hallaba esparcida en Francia, Bélgica, Alemania, Polonia, Inglaterra, Irlanda, Saboya, Africa i América.

El 14 de setiembre de 1853 llegaron a Chile, a peticion del Ilustrísimo señor Arzobispo de Santiago i con la autorizacion del gobierno, tres relijiosas del Sagrado Corazon que fundaron en Santiago la primera casa de su órden, i en la actualidad posee la Congregacion cuatro establecimientos en diversos puntos de la república.

Tanto en Europa, como en América dirije pensionados numerosos i florecientes, en ellos se da una esmerada i sólida educacion a las jóvenes de la primera sociedad, mas no descuidan las relijiosas la instruccion de las niñas pobres, las que siempre hallan una escuela gratuita abierta al lado del establecimiento destinado a la clase opulenta.

Entre los colejios que la Congregacion dirije en Chile el mas floreciente es el de esta capital. Situado en un barrio apartado, silencioso i salubre, con un edificio elegante i espacioso i en que están consultadas todas las conveniencias de la comodidad i de la hijiene, con huertas para el recreo de las alumnas, con maestras competentes, celosas i desinteresadas que son para las educandas verdaderas madres i que saben enseñar con la palabra i con el ejemplo, el Colejio del Sagrado Corazon de Jesus es un establecimiento modelo i del que tienen mucho que esperar la relijion i la sociedad.

Que el celo de las relijiosas no desmaye. Su corona no la tendrán aquí abajo donde trabajan en el silencio i en la humildad. ¡El mundo no sabe tejer mas que coronas de abrojos!

¡Que las niñas, que deben su educacion a las buenas relijiosas, lleven su amor i su reconocimiento hasta mas allá del umbral del colejio i guarden como un precioso tesoro las santas enseñanzas que oyeron allí, a la sombra del santuario, de los labios de las esposas del Señor!

RAFAEL B. GUMUCIO.

AL TABACO.

Por solitario sendero,
Cabalgando en un mal jaco,
Caminaba un pasajero,
I el viaje hacia llevadero,
Celebrando su *tabaco*.

Canten los adoradores
De Marte, Vénus i Baco
Las gracias i los amores,
Las guerras i los licores;
Yo solo canto el *tabaco*!

Si en tales cosas sus gustos
Cifran ellos, yo no saco
Sinó de la guerra sustos,
De amor i embriaguez disgustos,
Que no me causa el *tabaco*.

Cuando de pesares lleno,
Mis ojos anubla el llanto,
Enciendo un *tabaco* bueno,
I ya me siento sereno,
Mi dolor se alivia en tanto.

Este es el único medio
Con que mis penas aplaco;
Que a la soledad i tedio
No conozco otro remedio
Sino fumar un *tabaco*.

Cuando en el prado mullido,
Debajo de árbol frondoso,
Tranquilamente reposo
Con un *tabaco* encendido,
No envidio al mas poderoso.

Por eso allá del Oriente
Los voluptuosos señores
Llevan al lado pendiente
Su pipa, que en grato ambiente
Tabaco exhala i olores.

Pase el avariento en vela
Sus noches cuidando el saco
De ladrones que recela;
A mi solo me consuela
En las veladas, *tabaco*!

I si en alegres paseos
De los negocios yo vaco,
Podré tener mil recreos,
Mas no llenan mis deseos
Si en ellos falta el *tabaco*.

Así, pues, en compañia,
En desvelo solitario,
En tristeza, en alegria,
Hasta para la poesia
El *tabaco* es necesario.

Era de este mismo juicio
Sin duda cierto bellaco
Que sacaban al suplicio,
I el último beneficio
Que pidió, fué su *tabaco*.

La pobre Nueva Granada
Sin tener ni para un taco,
Con grande deuda gravada,
Tiene esperanza fundada
De pagar con su *tabaco*.

El pobre i el poderoso,
Negro, blanco, gordo, flaco,
Jóven, viejo, feo, hermoso,
El malvado i el virtuoso,
Todos gustan del *tabaco*!

RAFAEL ALVAREZ LOZANO.

EL ANJEL DEL LAGO.

I.

La chacra de Peñalolen es un poético oasis al pié de la cordillera, ideado por un hombre de gusto.

Una elegante casa con un jardin, en cuyo frente se eleva un pórtico sencillo con la inscripcion:—«*A la memoria de mi padre*»—espaciosas i bellas avenidas de árboles; un magnífico parron a cuya estremidad se divisa un estanque siempre tranquilo i cristalino, i que recibe el agua de una preciosa cascada artificial; juegos de agua, estátuas alegóricas, fuentes, pilas, todo prodigado con un tino i un buen gusto esquisito, hacen de Peñalolen un sitio encantador.

Todo tiene allí un recuerdo, todo tiene su historia, todo es bello. Allí puede vivir un alma; allí está la obra de Dios i la obra del hombre.

A la distancia, por un lado, el *Pabellon*, caprichoso juguete de una imajinacion brillante; mas arriba la *Garita*, sitio de recojimiento i meditacion, desde el que se divisa a Santiago perdido casi entre las brumas, como una sultana que se trasluce apénas envuelta en trasparente gasa; por otro lado la vista imponente i majestuosa de la cordillera, «ese inmenso mar petrificado

por la mano del Eterno en el momento de levantar sus espumosas i encrespadas olas.»

Uno de los valles mas hermosos del mundo, la cordillera mas vasta de la tierra, preciosos potreros en que bullen numerosos ganados; santo silencio, la naturaleza en toda su espléndida belleza, el arte con sus mas bellos adornos, i en el centro una linda casita, eso es Peñalolen.

II.

Nada turba la tranquilidad i el silencio que reina en torno de la *Garita*, sino es de cuando en cuando el grito de algun ave, el mujido de las vacas que llega casi apagado hasta allí, i el lejano murmullo de una quebrada que corre a la distancia.

Santiago i Rafael habian llegado un dia hasta allí, despues de un largo paseo por las avenidas del jardin.

Recostados en el musgo, a la entrada de la *Garita*, descansaban a la sombra de una enorme encina que cubre casi la pieza, estendiendo sobre ella sus ramas como para protejerla del ruido, de las miradas i del sol.

Hacia rato que estaban en esa actitud, cuando un eco lejano, suave como la mirada de un mártir, dulce como una música celestial, triste i conmovedor como un recuerdo de dicha pasada, vino a morir en el ramaje de la encina.

—¿Has oido, Santiago? preguntó Rafael.

—Sí; creia que habia sido una ilusion mia, pero ya que tú tambien....

La misma voz vibró nuevamente con la ternura i suavidad que ántes.

Los dos jóvenes se levantaron al mismo tiempo i se dirijieron una mirada interrogadora; pero ninguno de ellos sabia lo que aquello podia ser. Prestaron mas atencion, i conocieron que la voz salia de la quebrada cuyas aguas se oian jemir casi imperceptibles.

—Vamos allá, se dijeron.

I se encaminaron a la quebrada.

III.

Entre dos montes, bordada su orilla de flores silvestres, corre mansa i cristalina el agua de la quebrada. Llegada a cierto punto se ensancha, se estiende, acomodándose al caprichoso camino que le marcan las faldas de los montes entre los cuales se desliza. A este ensanche de la corriente es a lo que los lugareños llaman *El Lago*.

I a la verdad que parece un precioso i pequeño lago, recibiendo por un lado el agua i devolviéndola constantemente por el otro estremo; lo que hace que ese lago en miniatura esté siempre fresco, siempre puro i siempre cristalino.

Llegados a este lugar, i miéntras habian ido avanzando, los dos jóvenes percibian mas claras i vibrantes las notas de aquella voz solitaria i misteriosa; pero nada veian, i desesperaban ya de poder saber algo, cuando una sombra se dibujó en el lago. Al mismo tiempo cesó la voz, i apareció a la vista de Santiago i Rafael una bellísima jóven, suelto pero húmedo el cabello, el vestido hecho jirones, avanzando lentamente i con la mirada fija en ellos.

Aquella jóven era hermosísima, la palidez intensa de sus mejillas hacia resaltar la belleza de sus grandes ojos negros, aterciopelados, de mirada inmensa, pero tranquila i resignada; sus cabellos, tan negros como sus ojos, sueltos sobre sus hombros, la semejaban a las antiguas ninfas griegas que cuidaban de las selvas i de los bosques; su andar firme i seguro por las desigualdades i asperezas de aquellos lugares, dejaban conocer la costumbre de habitar en ellos.

Aquella hermosa vision, en aquellos sitios, despues de haber oido aquella voz, hizo creer a los jóvenes que eran juguete de alguna ilusion. Pero los dos estaban allí, i aquella ilusion se movia, avanzaba hácia ellos.

Cuando hubo llegado cerca de Santiago i Rafael se detuvo, i fijando en ellos su mirada tierna i suave, los examinó algun tiempo.

—No es ninguno de ellos, dijo despues como hablando consigo misma.

I se alejó con rapidez. En vano ellos quisieron llamarla i detenerla; la jóven se perdió bien pronto de vista entre los árboles, i apareció despues en una eminencia, sentándose en un peñasco que los campesinos llaman *La Piedra del Jote*. Ahí entonó otra vez la misma cancion que ya habian oido los jóvenes, i despues se perdió enteramente.

—¿Estás seguro de que no es esto un sueño? preguntó Rafael.

—No lo juraria, amigo mio. En todo esto debe haber una historia, que es necesario saber. Cerca de aquí viven hace muchísimos años dos antiguos i viejos inquilinos que podrian contarnos algo. Si lo deseas, iremos a verlos.

—Te lo suplico, amigo.

Los dos jóvenes se dirijieron a la posesion de ño Frutos i de ña Magdalena.

IV.

La posesion de estos dos buenos viejos es quizá la mas bonita i poética de Peñalolen.

Su pequeño rancho se levanta precisamente en el punto orijen del agua de la quebrada. Como habia dicho Santiago, hacia muchísimos años que aquellos viejos inquilinos vivian en ese lugar. Ellos habian visto formarse el lago, conocian la historia de cada árbol, de cada flor, de cada animal. Pero mas allá de la falda de su cerro, poco sabian.

Llegados cerca de ellos, los dos jóvenes les preguntaron si conocian algo de aquella misteriosa jóven, i los motivos que la inducian a andar de ese modo por ahí.

—Es una historia bien triste la que nos pedis, respondieron ellos. Si no teneis urjentes ocupaciones podeis oirla, porque de seguro os interesará.

—Es el único objeto que aquí nos ha traido, respondió Santiago.

El anciano Frutos se sentó, i principió a contar lo que damos a continuacion, con algunas alteraciones de lenguaje únicamente.

V.

Hace como dos años vino a estos lugares una familia de Santiago, la del señor don Pedro Z***, que venia con su esposa, un hijo i dos hermosísimas hijas, la menor de las cuales es la señorita, a quien acabais de ver.

Familia distinguida por su nombre i su posicion, altiva por su sangre, independiente por su orgullo, era dueña de una inmensa fortuna que le proporcionaban las minas que poseia en V...

Pero la suerte se cansó de protejerla, i las minas se cansaron de dar tesoros. Don Pedro se arruinó, empeñado en trabajarlas siempre, i una vez perdido el último centavo, no quiso admitir socorros de nadie ni de ninguna especie: despues de haber aceptado algunos préstamos, se resistió a todos los ofrecimientos que despues se le pudo hacer, porque, sin esperanzas de poder cubrirlos, ellos le habrian parecido una limosna.

Demasiado altivo i orgulloso para pasar de la envidiable posicion que ocupaba a otra en que inspirara lástima, vino huyendo de la desgracia i de la compasion a ocultar su miseria en estos solitarios sitios. Palacios, salones, alhajas, coches, toda aquella brillante opulencia habia sido vendida alcanzando apénas a pagar sus deudas, i aquel hombre que solo habia conocido el lujo i el esplendor, tuvo que trabajar como un peon para dar de comer a su familia.

Pero, implacable en su orgullo, no quiso jamas admitir a ninguno de nosotros para que lo ayudara a abrir la tierra en que él mismo sembraba un puñado de trigo. Siempre altivo, su mirada de acero parecia querer desafiar al destino, i cuando despues de un rudo trabajo, al que no estaba acostumbrado, conseguia trazar un surco en el terreno, una sonrisa de triunfo entreabria sus labios. Era esa la única vez que sonreia; su hijo era el único tambien que lo ayudaba.

Las hijas i la esposa eran dignas del padre i del marido: trabajaban dia i noche, sin descanso, sin desaliento, sin piedad. Aquello era la lucha suprema del verdugo implacable i de la víctima que no quiere rendirse; la miseria actual insultando a la pasada opulencia.

Pero aquel violento i terrible cambio, aquel trabajo pesado i continuo, minaba lentamente a esa desgraciada familia. La señorita Luisa, sobretodo, la mas hermosa i la mas delicada, se sentia desfallecer. Pálida, débil, enferma ya, no podia soportar tantas fatigas; mas de una vez sus manos temblorosas dejaron caer la aguja inactiva, sus ojos ardientes se cerraban, pesados por la fiebre, cuando despues de algun violento esfuerzo queria ocultar a su madre el mal estado de su salud.

Ni una persona de quien valerse, ni un recurso de que echar mano, ni un amigo con quien compartir el dolor; aquello era horrible. I tras de ese espantoso abandono, vislumbraban aquel pasado de riqueza, de lujo deslumbrador, aquel pasado de seda i oro, que hacia mas desesperado el presen-

te de hambre i miseria en que se encontraban.

Algunos meses despues de llegada la familia de don Pedro, apareció por estos mismos lugares un jóven pastor que conducia un corto rebaño, cuyo dueño todos ignorábamos.

Segun pudimos saber despues, ese jóven era un rico heredero de la capital que amaba a la hija menor de don Pedro i que se habia disfrazado de esa manera para poder seguirla. Finjiéndose arruinado tambien victima del mismo destino que pesaba sobre don Pedro, logró ser el único que, usando del título de hermano por la suerte, pudo tener relaciones con la altiva familia.

Desde que ese jóven llegó por aquí, la condicion de don Pedro i de su familia comenzó a mejorar. El caballerito Enrique tenia siempre alguna ovejilla, algun cordero que caia de un peñasco i al que se veia obligado a matar; siempre tenia trigo en abundancia que alguien le cambiaba por alguna pieza de su ganado; siempre encontraba legumbres en las quebradas, siempre tenia magníficas perdices que le daba su aficion a la caza; siempre, en fin, encontraba caballeros caritativos que, ignorando fuese soltero, le regalaban vestidos para su mujer i sus hijas.

Don Pedro aceptaba de buena fé esos obsequios, creyendo todo lo que el señorito Enrique le decia; ademas, éste tenia una manera tan particular de ofrecer lo que daba, tenia tal modo de hacer ver que recibirle era lo mas natural del mundo, que, por mui susceptible que fuera el orgullo de don Pedro, no habria podido resistirse a aceptar.

Desde entónces tambien, la señorita Luisa comenzó a mejorar visiblemente; su palidez desaparecia para dar lugar a su antiguo hermoso color; sus miradas se hacian vivas i animadas; sus manos estaban siempre dispuestas al trabajo, i su alma alegre i contenta. Muchas veces pretestaba paseos por la quebrada, i nosotros soliamos verla en el lago, conversando estasiada con el bello pastor.

La alegría i el contento habian llegado a toda la familia junto con el jóven Enrique.

Pero un dia todo cambió; aquél fué despedido de la casa, no se le admitió mas regalo, i don Pedro volvió a su desesperado i rudo trabajo.

El pastor se habia descubierto a don Pedro, habia dado a conocer su verdadero nombre, su fortuna, i su pasion por la señorita; habia solicitado su mano, i ofrecido a don Pedro volver a la capital, poniendo a su disposicion toda su herencia.

Entónces el funesto orgullo de don Pedro se habia puesto de por medio; rehusó todo, creyendo que aquello era una limosna, i despidió a Enrique. En vano su mujer i sus hijas trataron de disuadirlo.

—Todo es inútil, contestaba él. Viviendo en la capital a espensas de Enrique se murmurará, se nos señalará en todas partes, se nos llamará mendigos i quizá estafadores. Mi resolucion es irrevocable: vamos, señoritas, trabajad, seguid trabajando; sin descanso ganaos el pan vosotras mismas, pero no admitais el que por compasion se os arroje.

Como poseido de un delirio febril don Pedro trabajaba, trabajaba, sin permitirse la menor distraccion, el mas lijero e indispensable reposo.

Su posicion se hacia cada vez mas insostenible; las fuerzas lo abandonaban; su salud se gastaba; sus brazos no podian soportar lo barreta, ni su frente los abrasadores rayos del sol. Su hijo Eduardo se agotaba tambien dia a dia.

Entre tanto Enrique no perdia de vista a aquella familia, i se desesperaba de no poder aliviar tanto dolor, tan amarga miseria, tan horrible abandono....

¡Ah! señor, continuó el anciano Frutos despues de una lijera pausa; ¡el orgullo! qué funesto es el orgullo! Si a veces puede ser una noble virtud, es muchas veces un triste defecto; queriendo huir de la humildad, que enaltece, se hace la bajeza que degrada. Ese orgullo desmedido no es grandeza, no es dignidad, no es elevacion; es miseria, es ceguedad, es locura. Del orgullo noble i lejítimo, al orgullo criminal hai un paso, que es inmenso, pero difícil de evitar i de medir sin un espíritu dispuesto naturalmente al bien.

Don Pedro, victima de esa funesta preocupacion, asesinaba lentamente a su familia; i ésta, que conocia su voluntad inflexible i tenaz, se dejaba morir sin murmurar.

(*Concluirá.*)

MOZAR.

A SILVIA.

¿Te acuerdas, Silvia amable,
De aquellos claros dias
Cuando bordaba octubre
De flores la campiña?

De lo alto de los montes
Veloz se desprendia
De su prision de hielo
El agua fujitiva.

¡Cuán dulces resonaban
Entónces, bella amiga,
Al romperse en las peñas
Sus murmurantes linfas!

El canto que en los bosques
Alzaba el avecilla
A nuestras almas jóvenes
¡Amad, amad! decia.

I era esperanza todo,
I todo era sonrisas,
I a la mudable suerte
El pecho no temia!

Volaron esas horas,
I nebulosos dias
Al prado le trajeron
Desolacion i ruina.

Contempla el bosque ahora:
Sus mústias hojas jiran
Del vendabal en alas
Deshechas i marchitas.

El arroyuelo apénas
Jimiendo se desliza
Parece que llorára
Por su beldad perdida....

Lleva léjos tu paso,
Encantadora Silvia,
No enlute la tristeza
Tu corazon de niña.

Tú que feliz ignoras
La ciencia de la vida
I no la hiel probaste
De su cáliz de acibar,

Tú que ceñida llevas
La tersa frente limpia
De blancas azucenas
Que el mundo no marchita,

En la confianza vive
Que la inocencia inspira....
No sepas que aquí pasan
Cual humo nuestras dichas.

Deja este campo yerto
Donde el dolor habita
Al que con llanto riega
Su senda aridecida,

I, como débil hoja
Fluctuando va indecisa,
Lo arrastra por el mundo
Instable suerte impia.

ENRIQUE DEL SOLAR.

Contenido de este número.

I.—El matrimonio putativo, conclusion, por Manuel E. Ballesteros.
II.—Salmo LXXXII, poesía, por David Bari.
III.—Ciencias populares, por Luciano García del Real.
IV.—Al tabaco, poesía, por Rafael Alvarez Lozano.
V.—Las relijiosas del Sagrado Corazon, por Rafael B. Gumucio.
VI.—El ánjel del lago, por Mozab.
VII.—A Silvia, poesía, por Enrique del Solar.

FIN DEL CUARTO AÑO.

Hoi termina el cuarto volúmen de *La Estrella de Chile* correspondiente al año trascurrido desde el 6 de octubre del año pasado hasta la fecha.

Con el presente número, repartimos la portada i el índice correspondientes al cuarto volúmen.

IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
calle de la Compañía, núm. 102.

ÍNDICE.

Pájs.

ALVAREZ LOZANO (RAFAEL.)

Al tabaco (poesía)..... 841

ABATE BLANCHET.

La academia del silencio..... 281

ALARCON (PEDRO A.)

El cigarro..... 537
En el muladar..... 538

ANÓNIMO.

Charada..... 48
Id..... 64
Id..... 80
Poetas sud-americanos..... 85
Charada..... 96
Id..... 128
Id..... 144
Id..... 160
El verdadero heroismo..... 170
Charada..... 176
Id..... 192
Id..... 208
Último dia del año escolar..... 216
Charada..... 224
Modo fácil de hacer versos..... 252
¿La manía de escribir es hereditaria?. 272
Precepto i ejemplo..... 272

Pájs.

Rimas de don Daniel Calvo..... 282
Costumbres húngaras..... 285
Id. id. (conclusion)..... 289
Rimas de don Daniel Calvo (continuacion)..... 294
El doce de febrero..... 300
Rimas de don Daniel Calvo (conclusion)..... 307
La sanguijuela i el carnero..... 317
Profecías..... 321
Charada..... 322
Razones de peso (poesía)..... 333
Una misa de media noche..... 336
Una maravilla..... 336
¡De veritas!..... 336
Profecías..... 337
Charada..... 338
Noticias sobre Publio Siro..... 347
¡Taita Fuelles---!..... 352
Variedades..... 394
Charada..... 396
Los autómatas..... 408
Definiciones..... 411
Reconciliacion..... 412
Las brujas..... 412
Charada..... 412
Bentham..... 424
El bombero..... 428
Ojeada sobre la historia de la filosofía 435
Charada..... 444
Ojeada sobre la historia de la filosofía (continuacion)..... 453
Variedades..... 459

Purismo (poesía)..... 460
Una verdad (poesía)..... 460
Ojeada sobre la historia de la filosofía (continuacion)..... 462
Charada..... 492
Ojeada sobre la historia de la filosofía (continuacion)..... 493
La oracion de la jóven amante..... 507
Charada..... 508
Ojeada sobre la historia de la filosofía (continuacion)..... 538
Charada..... 540
Ojeada sobre la historia de la filosofía (continuacion)..... 559
Una inscripcion..... 563
El mundo al reves (poesía)..... 564
Ojeada sobre la historia de la filosofía (conclusion)..... 565
Proezas de los socialistas..... 595
Mi colega i yo (poesía)..... 610
Fulano, zutano, etc..... 624
Anécdotas..... 628
No es murmurar..... 642
Histórico..... 687
Gobiernos nacionales..... 702
Disparates son triunfos..... 744
Epigrama (poesía)..... 747
Nuevas armas..... 747
Variedades..... 770
Reciente milagro de Nuestra Señora de Lúrdes..... 801
Variedades..... 802
Id..... 818
Las musas..... 834

ARONA (JUAN DE).

Filolojía..... 38
Filolojía (continuacion)..... 54
Id. (conclusion)..... 78
Filolojía..... 116
El clima (poesía)..... 399

BERRO (AURELIO).

Pan i lágrimas (poesía)..... 669

BALAGUER (VÍCTOR).

El baron Rodulfo..... 631

BLANCHÈRE (H. DE LA).

El sapo..... 333

BLEST GANA (GUILLERMO).

Juventud (poesía)..... 591

BLANCO (VENTURA).

El último dia de Polonia (crítica).... 127
Los jesuitas i sus detractores (bibliografía)..... 129
El dia de la libertad..... 429
Lectura literaria..... 739
Id. conclusion..... 760
Teatros populares..... 804

BRISEÑO R. C.

Revista bibliográfica..... 136
Id. id..... 440

BELLO (EMILIO).

Las flores (poesía)..... 132

BALLESTEROS (FRANCISCO DE BORJA).

A una rosa mústia (poesía)..... 172

BORDA (JOSÉ JOAQUIN)

Soneto..... 369

BARI (DAVID).

Salomé (poesía)..... 83
Una madre a su hija..... 799
Guacolda (poesía)..... 813
Tupac-Amarú (poesía)..... 822
Salmo LXXXII..... 835

BULWER.

La ausencia..... 47
Lágrimas..... 48
La vida..... 143
Sentimientos..... 160

BRAULIO.

Costumbres de los abogados..... 42
Filosofía esperimental..... 188
Un tipo de aspirante..... 194

BALLESTEROS (MANUEL EJIDIO.)

El matrimonio putativo i sus efectos.. 828
Id. (conclusion)..... 831

CONDE DE ROIS.

Un *Stabat*..... 418

CLARK (JAIME.)

El teatro moderno ingles..... 825

CRUZAT HURTADO (CÁRLOS.)

Un hijo a su padre, (poesía)..... 680

CUETO (LEOPOLDO A.)

La esperanza, (poesía)..... 635

CAMPANIUS D.

A la violeta, (poesía)..... 748

CLAVILEÑO.

Meditacion de una fea, (poesía)..... 67

CARRASQUILLA R.

El hombre i la mujer, (poesía)..... 301
Mi único amor, (soneto)..... 369
El poder del hombre, (poesía)..... 392
Tres propósitos firmes, (id.)..... 459
El dolor supremo, (id.)..... 668

CÁCERES (ELIAS A.)

Al lucero, (poesía)..... 510
A Luisa, (id.)..... 612
La soledad de una madre, (id.)..... 796

CATETE.

Lo que va de tiempo a tiempo, (poesía)..... 62
Aprovecha bien el tiempo, (poesía)... 111
Saetas, (poesía)..... 148
Doble turno, (poesía)..... 155
Uno de tantos, (poesía)..... 495

CÓNDOR (BENIGNO.)

Envidia..... 251

CIFUENTES (ABDON.)

Los paganos modernos..... 544
Mortalidad de Santiago..... 691
Id. (conclusion)..... 713

CELTA.

Cancion indiana, (poesía)..... 116

CIRO CIRILO CIRUELO.

Cien nombres..... 369

CARPENTER J. M.

Delirios del Trovador, (poesía)..... 26
Ecos de una alma arrepentida, (id.).. 28

CARRASCO (CONSTANTINO.)

Oracion de los incas a Pachacamac, (poesía)..... 38
Santa Rosa de Lima, (id)..... 807

CHASLES F.

Orijenes de la imprenta..... 24

CÁCERES (CELSO VÍCTOR.)

En tu ausencia, (poesía)..... 358
¿Me pides versos? (id)..... 776

CARO (MIGUEL A.)

La confusion de las lenguas, (poesía). 60
Una idea, (poesía)..... 164
Las dos voces, (id)..... 527

CONSCIENCE (ENRIQUE.)

Ciencia i fé..... 209
Niobe moderna..... 442
Id. (conclusion)..... 448

DANDET (ALFONSO.)

La construccion de un Nougaret..... 607

DÁVILA (ALBERTO F.)

No me quejo de ti (poesía)..... 11
Respuesta (id.)..... 85

ESTRADA J. M.

El arzobispo Escalada..... 83
El sufrajio..... 173
Id (conclusion)..... 178
María (juicio crítico)..... 234

EL SECRETARIO DEL CIRCULO DE COLABORADORES.

Certámen literario..... 580

E. R. N.

Amor (poesía)..... 74
Flor que arrebata (id)..... 390

EGAÑA (MARIANO.)

El consuelo de los que sufren (continuacion)..... 4
Id. (conclusion)..... 20

ESPRONCEDA J.

Arrepentimiento (poesía)..... 784

EMERSON R. W.

Balada alemana..... 393

EDITORIALES.

Cuarto año..... 1
Revista bibliográfica..... 9
Revista bibliográfica..... 79
Union..... 80
Certámen..... 81
Bienvenida..... 97
Certámen..... 97
Felicitacion..... 161
Ilustre huésped..... 177
Revista bibliográfica..... 207
Los acontecimientos de la semana... 222
Cárlos Piñeiro.....bis 304
Bienvenida..... 323
Quandoque bonus..... 358
Revista bibliográfica..... 369
Periódicos literarios colombianos.... 407
Un plajio revelado por su propio autor 477
Peor es nada..... 509
Revista bibliográfica..... 523

Periódicos 561
Revista bibliográfica 579
El Papa i la aristocracia romana 593
Una advertencia 597
Las hermanas de la Providencia 611
Nuestro adversario 629
La libertad de enseñanza 645
Revista bibliográfica 660
Nos alegramos 678
Revista bibliográfica 711
¡Cosas de niños!.. 723
Publicaciones periódicas 726
Revista bibliográfica 777
Advertencia 786
Bazar en favor del Santo Padre 812

FERREIRA I ARTIGAS.

Caridad, fraternidad (poesía) 650

FRONTAURA (CÁRLOS.)

La palma bendita 414

F. G. E.

Lima 723
Guayaquil 765

FALLON (DIEGO.)

La luna (poesía) 299

FERNAN CABALLERO.

Estudios sobre el hombre 318

F. DE B. B.

A ella (poesía) 137

GONZALEZ E. F.

El sentimiento en la literatura cristiana i la pagana 2
Historia de Agustin i Margarita 217
Id. id. id. id. (conclusion) 230
Del amor 399
La amistad 423

GORDON (EDUARDO G.)

A Buenos Aires en su infortunio (poesía) 634

GONZALEZ (JOSÉ TOMAS.)

Una piedra de escándalo 68

GUTIERREZ DE ALBA.

El salto de Tequendama (poesía) 224

GARCIA ROBLEDO (JUSTA.)

Oracion de la tarde (poesía) 411

GUMUCIO (RAFAEL B.)

El Siglo Ilustrado 63
Una invitacion 65
Los muertos 81
Reforma del sistema de pruebas para obtener el bachillerato en humanidades 97
Los sembradores Gilbert, Emparan i Compañía 133
El Papa 151
Veinticinco de diciembre 177
Año nuevo 193
Un buen colejio 323
La cuaresma 339
Roma 397
Siempre Roma 525
Pensamientos 624
Antes i ahora 651
Vivir para ver 661
Potpourri 769
El domingo 800
El cumpleaños de la libertad 803
La supresion de Dios 817
Las relijiosas del S. C 840

GARCIA DEL REAL (LUCIANO.)

Creencias populares de Asturias 836

HURTADO M. A.

Balada (poesía) 143
Romance (id.) 153
Id. (id.) 169
A orillas del mar (id.) 178
El desterrado (id.) 208
La madre a su hijo (id.) 233
Firmeza (id.) 248
A Laura (id.) 340
Balada (id.) 347
Despedida (id.) 395
Las flores (id.) 410
Paseo (id.) 452
A un clavel (id.) 474
Castigo (id.) 505
Él i ella (id.) 516

ISAACS (JORJE.)

Felisa (poesía) 350
Nima (id.) 229
De Antioquia a Medellin (id.) 362
En la noche callada (id.) 448
El cabo Muñoz (id.) 465
La Virjinia del Paez (id.) 678
Colombia (id.) 687
¿Amistad? (id.) 766

J. O.

Tus ojos i tus miradas (poesía) 119
Ausencia (poesía) 142
Impresiones (poesía) 143

JIMENEZ (PACÍFICO).

Educacion popular 355

J. M. N.

A mi madre (poesía)..... 311

KARR (ALFONSO).

La mujer..... 271

L. O.

A orillas del Maule (poesía)..... 221
Es triste (poesía)..... 648

LARRAIN ZAÑARTU (LUIS).

Amor i fé..... 165
Id. (continuacion)..... 184
Id. (conclusion)..... 197
Pájinas del alma..... 673
Id. (continuacion)..... 689
Id. id..... 705
Id. id..... 721
Id. (conclusion)..... 737

LIRA (MÁXIMO R.)

Los jesuitas i sus detractores (continuacion)..... 13
Id. id. id. id..... 28
Id. id. id. id..... 74
Id. id. id. id..... 92
Id. (conclusion)..... 109
Leonor o el último dia de los jesuitas (crítica)..... 505
El lago i el poeta (poesía)..... 687
Francia (poesía)..... 720

LARRAIN C. (RAIMUNDO).

Cailloma (leyenda indiana)..... 119
¡Ai! te lo dije! (poesía)..... 135
Cailloma (continacion)..... 138
Id. (conclusion)..... 156
Fragmento de leyenda (poesía)..... 244
La enredadera (poesía)..... 719

L. O. O.

Latines con retintin..... 688

LAMARTINE.

El sacerdote..... 304

LIRA (JOSÉ BERNARDO).

De las asociaciones católicas..... 707
Id. (conclusion)..... 728

LAFUENTE (MODESTO).

La primera arruga (poesía)..... 324

LEPÈCHEUR R.

Veinte años..... 673
El oásis..... 673

Mi sueño..... 673

LEWIS.

Alonso el Bravo..... 753

MORLA (CÁRLOS.)

Fiesta relijiosa-oficial en Estados-Unidos..... 261
La iglesia católica en Estados-Unidos..... 478
Id. (continuacion)..... 498
Id. (conclusion)..... 517

MADRAZO (PEDRO DE.)

Confianza en Dios, (poesía)..... 688

MARROQUIN J. M.

A Baltazara, (soneto)..... 368
Tu nombre—a mi amada, (poesía)... 368
En un álbum, (id.)..... 408
El peñasco, (id.)..... 612

MARCHENA (JOSÉ.)

A Cristo crucificado, (oda)..... 413

MARGERIE (EUJENIO DE)

La deuda de la amistad..... 190
Id. (continuacion)..... 200
Id. (id.)..... 212
Id. (id.)..... 237
Id. (conclusion)..... 249
El maestro de música..... 252
Id. (continuacion)..... 268
Id. (id.)..... 278
Id. (conclusion)..... 301
Natalia..... 313
Id. (continuacion)..... 324
Id. (id.)..... 341
Id. (id.)..... 359
Id. (conclusion)..... 375
La esposa..... 589
El apostolado conyugal..... 636
¿Hijos o hijas?..... 652
Los hermanos i las hermanas..... 671
El padre i la madre..... 678
La cáscara de nuez..... 748

MARCHANT PEREIRA (RUPERTO.)

El cerro de la Campana..... 35
Id. (continuacion)..... 51
Id. (id.)..... 71
Id. (id.)..... 88
Id. (conclusion)..... 104
Dos meses de vacaciones..... 470
Id. (continuacion)..... 481
Id. (id.)..... 496
Id. (id.)..... 513
Id. (id.)..... 731 531
Id. (id.)..... 541
Id. (id.)..... 571
Id. (id.)..... 581
Id. (conclusion)..... 597

El ánjel i el poeta..... 616
Los dos sueños..... 629
Paris..... 649
El Simoun..... 668
La flor del resedan..... 695
El ánjel de la noche..... 735
La golondrina i el prisionero..... 746
Media noche..... 783
Id. (continuacion)..... 797
Id (id.)..... 815
Id. (conclusion)..... 819

MEJÍA (MARÍA JOSEFA.)

El empleomaniaco, (poesia)..... 74
El solfeo, (id.)..... 47

MOZAB.

El ánjen del lago..... 842

OLIMPIO.

Ayer reias (poesia)..... 394
A Lice..... 558

O. S.

— Don Bartolomé Rodrigo Gonzalez de Marmolejo..... 809

PIÑEIRO (LUIS R.)

La pampa (poesia)..... 69
El pirata (poesia)..... 790

PRÉNDEZ (PEDRO N.)

Un pedante (seneto)..... 48
A ella (poesia)..... 712

POMBO (MANUEL.)

Epigrama..... 402

PERICO DE LOS PALOTES.

La que se lleva la palma..... 339

PEÑA (BELISARIO.)

Reflexiones para las señoritas..... 391

R. C. B.

La roca (poesia)..... 23

R. C.

Al buen entendedor..... 267

RIOS (CAMILO.)

A Julia (poesia)..... 109
A C. (poesia)..... 183
Nueva vida (poesia)..... 236

RODRIGUEZ (ERASMO.)

Accion de las bebidas fermentadas i aromáticas..... 666
Id. (continuacion)..... 681
Id. (conclusion)..... 696

R.

No mas cobardía (poesia)..... 718

RODRIGUEZ (ZOROBABEL.)

Poetas contemporánes de Alemania (continuacion)..... 17
Id. id. id..... 33
Id. id. id..... 49
Id. id. id..... 113
Teatros populares..... 145
Id. id. (conclusion)..... 161
Ultimas huellas (poesia)..... 211
Los precursores de la independencia de Chile (critica)..... 225
Id. id. id..... 245
Adios del colejial a las vacaciones (poesia)..... 321
Sentencia..... 343
Poetas contemporáneos de Alemania (continuacion)..... 371
Id. id. id..... 528
Las abejas elijiendo reina (poesia)... 544
Poetas contemporáneos de Alemania (continuacion)..... 613
Id id. id..... 646
El leon i el chingue (poesia)..... 663
El caballo i el caballero (poesia)..... 696
Epigramas (poesia)..... 725
La casa paterna (poesia)..... 752
Los precursores de la independencia de Chile (continuacion)..... 755
Id. id. id..... 771
Id. id. (conclusion)..... 787

POMBO (RAFAEL.)

La estátua de Colomb (poesia)..... 701

ROQUE ROCA I ROQUETE.

La loca..... 328
La mano del diablo..... 618
El alcalde Quiñones (poesia)..... 779
El padre de los negros (poesia)..... 831

SOLAR (ENRIQUE DEL).

Francisco de Rioja (estudio literario). 149
Lope de Vega i sus hijos..... 242
Id. (continuacion)..... 257
Id. (conclusion)..... 273
Un importante descubrimiento literario..... 363
¡Conserva mi fé! (poesia)..... 375
María al pié de la cruz (poesia)..... 417
La flor del almendro (poesia)..... 437
Leonor o el último dia de los jesuitas (bibliografia)..... 510
La fuente del valle (poesia)..... 588

El labrador mejicano (romance)..... 713
Romances americanos por Cárlos Walker Martinez (bibliografía)..... 791
A Silva, (poesía)..... 846

SOFFIA J. A.

Confianza (poesía)..... 15
A un jóven (poesía)..... 260
¡Cuán bueno es Dios! (poesía)..... 754

SERRANO ALCÁZAR R.

Los ojos..... 799

SELGAS (JOSÉ).

La visita de cumplimiento..... 794

SILVA (JENARO S.)

A una pata (poesía)..... 87
¡Maldita campana! (letrilla)..... 327

ST-AMOUR.

El par de caballos (poesía)..... 281

S. E.

El Rhin..... 350

VARAS (QUITERIA.)

La luna de otoño (poesía)..... 764
Mi corbata..... 770

VIJOU.

Feliz en la partida (poesía)..... 710

VERGARA I VERGARA (JOSÉ MARÍA).

Amor inmortal (poesía)..... 335
Un nombre..... 368
Opinion (poesía)..... 459

VERGARA MONTT (FERMIN).

Alocucion a los premiados (poesía)... 25

VIÑA (JACINTO).

Delicias del hogar..... 337

V. B.

Pensamientos..... 628
Id. (conclusion)..... 642

VALENCIA (JOSÉ LUIS).

A la memoria de mi madre..... 406

VIAL G. (JUAN DE DIOS).

Mi pesar (poesía)..... 78

VIEYTES (GAVINO).

La relijion i la ciencia..... 571

VILLANUEVA (BENITO).

La campana del monasterio (poesía).. 187

VARGAS (ANTONIO).

La belleza..... 459
Id. (conclusion)..... 466

VARAS (PIO).

A la Virjen María (Inédito) (poesía).. 8
A un álbum (poesía)..... 142

VALENZUELA (MARIO).

Recuerdo (poesía)..... 470

VEUILLOT (LUIS).

El dormilon..... 236

WALKER MARTINEZ (CÁRLOS).

Poeta i soldado, (romance)..... 11
Una misa en el siglo XVI, (romance)..... 45
Malos agüeros (poesía)..... 102
El santuario de Guadalupe, (id.).... 124
Episodio de la conquista de Méjico, (poesía)..... 204
Yaraví, (id.)..... 271
Justicia de Dios, (id.)..... 276
Ejemplo, (id.)..... 292
Gratitud indíjena, (id.)..... 431
El misionero, (id.)..... 461
Un horóscopo, (id.)..... 484
Descubrimiento del mar del sud, (id.). 561
Antiguos vaticinios, (id.)..... 567
La hoguera, (id.)..... 586
La vestal americana, (id.)..... 601
Paz i fraternidad, (id.)..... 650

WISSEMAN (CARDENAL.)

La lámpara del santuario..... 402
Id. (continuacion)..... 419
Id. (id.)..... 445
Id. (id.)..... 474
Id. (conclusion)..... 489

ZUAZAGOITIA (FRANCISCO JAVIER.)

La verdad i el error..... 655
Necesidad de las buenas obras..... 371

FIN DEL TOMO CUARTO.